

V
Enero-Febrero 1954

REVISTA BIMESTRAL

B.D.I.C

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

4

Dos rasgos de la cultura occidental
¿ Torre de marfil ? ¿ Torre de hierro ?
El IV centenario de Sao Paulo
Mensaje de las letras hispanoamericanas
Ferreira de Castro
¿ Nueva política económica del Kremlin ?
La tarea de historiar
El escritor en la sociedad de masas
Fronteras de la novela
El puente imposible

FRANCISCO ROMERO
ERICO VERISSIMO
GILBERTO FREYRE
JEAN CASSOU
HENRY POULAILLE
B. STEFAN
AMÉRICO CASTRO
FRANCISCO AYALA
HERNANDO TÉLLEZ
RAMON J. SENDER

Otros textos de :

ROBERTO IBÁÑEZ, ADOLFO SALAZAR, FEDERICA MONTSENY,
ISA CARABALLO, P. PARISOT, K. A. JELENSKY, F. FERRANDIZ ALBORZ,
R. REGNIER, LUIS ARAQUISTAIN, FERNANDO VALERA, ETC.

El número : 125 fr.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista trimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se responsabiliza de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de las diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont

Secretario general : Nicolás Nabokov



CUADERNOS

F. FERNÁNDEZ ALBORZ

NUMERO 4 REVISTA BIMESTRAL ENERO-FEBRERO 1954

LA CIENCIA Y LA DEMOCRACIA

SUMARIO

Dos rasgos de la cultura occidental.....	FRANCISCO ROMERO.....	3
¿ Torre de marfil? ¿ Torre de hierro?.....	ERICO VERISSIMO.....	7
¿ Nueva política económica de Kremlin?.....	B. STEFAN.....	14
La tarea de historiar.....	AMÉRICO CASTRO.....	21
El mensaje de las letras hispanoamericanas.....	JEAN CASSOU.....	26
Fronteras de la novela.....	HERNANDO TÉLLEZ.....	31
El escritor en la sociedad de masas.....	FRANCISCO AYALA.....	35
Imágenes del mundo y del trasmundo en los <i>Versos</i> <i>Sencillos de Martí</i>	ROBERTO IBÁÑEZ.....	44
Poema.....	ISA CARABALLO.....	51
El arte en crisis.....	ADOLFO SALAZAR.....	52
 <i>Cultura y libertad</i> 		
Ferreira de Castro.....	HENRY POULAILLE.....	58
El puente imposible.....	RAMON J. SENDER.....	65
La mujer española en la vida social.....	FEDERICA MONTSENY.....	73
 <i>Crónicas</i> 		
El IV centenario de Sao Paulo.....	GILBERTO FREYRE.....	78
Entre Madrid, Roma y Washington.....	P. PARISOT.....	83
La persecución religiosa en Polonia.....	K. A. JELENSKY.....	86

1918

Artes plásticas

La « Casa de la Cultura Ecuatoriana » en Montevideo F. FERRANDIZ ALBORZ 90

El Museo de Sao Paulo en París RITA REGNIER 93

Lecturas

Hombre, mundo y siglo, por FERNANDO VALERA. — ¿ Vuelve el mundo a la barbarie ?, por LUIS ARAQUISTAIN. — « Técnica de una traición » de Silvano Santander, por J. G. — « El Pensamiento de Unamuno » de S. Serrano Poncela, por I. IGLESIAS. — « Las nacionalidades españolas » de Luis Carretero y Nieva, por I. I. — « Tratado de Derecho penal » de Luis Jiménez de Asúa, por CARLOS R. CARRANZA. — « De esto y de aquello » de Miguel de Unamuno, por G. P. C. — « En la Piel de Toro » de Clemente Cimorra, por C. P. C. — « Cambiar la vida » de J. Alvarez Baragaño, por LUIS LOPEZ ALVAREZ. — « Platero y yo » de Juan Ramón Jiménez, por L. I. A. 97

Las revistas. — Vida del Congreso. — Nuestro Carpet. — Correspondencia.

PRECIOS

Francia y Unión Francesa :	Países de Iberoamérica :
Número suelto . . . 125 francos	Número suelto . . . 0,50 dólares USA
Suscripción anual . 650 «	Suscripción anual. 3. - «
(6 números)	(6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e) France

Dos rasgos de la cultura occidental :

LA CIENCIA Y LA DEMOCRACIA

POR FRANCISCO ROMERO

EL problema de la caracterización diferencial de las culturas es uno de los que más interesan ahora; en él se suma al aliciente puramente teórico la necesidad urgente de comprender la índole de los contactos culturales y de atenuar en lo posible los choques que pudieran resultar de ellos. Todo el asunto es apasionante y por su viva repercusión en la conciencia actual conviene afrontarlo con precauciones, para que lo verdadero no sea superado a lo conveniente, esto es, para que lo que teóricamente sea cierto no se desfigure en provecho de lo que parezca útil para un mejoramiento de las relaciones humanas, porque nada más falaz que la ilusión de creer que pueda edificarse algo sólido sobre concesiones que importen el desconocimiento de los hechos.

Debe recordarse ante todo que pueblos y culturas son cosas diferentes, y que ni siquiera sabemos a punto fijo qué relación guarda con cada pueblo la correspondiente estructura cultural. De primera intención se juzga, y es la concepción más difundida, que la cultura de un grupo humano brota de su entraña racial más íntima y que, por lo tanto, es consustancial con él en cuanto unidad biológica; pero hay respetables opiniones en contra, que hacen más lugar a las posibilidades de opción derivadas del costado espiritual del hombre. Sombart, por ejemplo, sostiene la normalidad de las mayores alteraciones culturales a lo largo

de la vida histórica de un pueblo. La preponderancia de la intención práctica en el planteo de estos asuntos puede acarrear errores, y entre ellos el de concebir el hecho de los contactos de cultura únicamente como el contacto entre pueblos dotados cada uno de su especial cultura, sin advertir que acaso los fenómenos más importantes del encuentro cultural se dan en el seno de un pueblo, cuando en él la cultura propia empieza a convivir con otra extraña que paulatinamente va ganando terreno, bien en su totalidad, bien en alguna de sus dimensiones. Poniendo de lado consideraciones generales de este orden, quiero dejar bien establecido que al referirme a continuación a las culturas orientales, no pienso en los pueblos correspondientes ni aun en su situación cultural presente, sumamente variable y compleja, sino en las mayores estructuras culturales clásicas del Oriente, cuya relativa pureza se mantuvo hasta el proceso de occidentalización que se produce en ellas desde la segunda mitad del siglo pasado. Y no debe olvidarse que el llamado « despertar del Asia » fué una de las consecuencias de la occidentalización.

Es una cuestión de dificultad extrema la de apreciar los trasvases ocurridos entre las culturas orientales y la occidental, y más todavía la de determinar qué elementos de aquellas sería deseable que se incorporaran a la nuestra. Por mi parte, soy occi-

dentalista resuelto, pero no creo que nuestra cultura sea perfecta y no tenga nada que aprender de las demás ; entre otras deficiencias, me parece que carece demasiado de sentimiento cósmico. En toda gran cultura se manifiesta de algún modo lo esencial humano, y debe reconcurrir donde aparezca y aun admitir la superioridad donde la haya. Contra lo que, en mi opinión, debe estarse más en guardia, es en lo tocante a ciertas irrupciones que nos amenazan cada vez que, tras las tensiones de un largo esfuerzo, sobreviene el cansancio. Nuestra cultura se singulariza por ser una disciplina severa, y de vez en cuando el occidental aspira al reposo que le ofrece la entrega a disposiciones espirituales ajenas, menos preocupadas de llevar la vida en peso y de fundir en un ideal único la personalidad y la responsabilidad.

Y paso al propósito de estas anotaciones, que es señalar, como dos rasgos o propiedades exclusivas de nuestra cultura, la ciencia y la democracia.

Casi todos los procesos y creaciones que componen el repertorio cultural aparecen en toda civilización desarrollada y madura : la filosofía, la religión, las artes, el derecho y el Estado, la técnica, etc. La ciencia, en cambio, es logro peculiar de la occidental. En las más altas culturas orientales, las de India y China, su ausencia es fácilmente perceptible. En cuanto a los orígenes orientales de la ciencia griega, deben entenderse como acopio de conocimientos estimulados por las necesidades prácticas, tesoro de saber que sólo al ser prolijado y perfeccionado por los griegos alcanza la suya jerarquía científica, con sus prerrogativas de severa teoreticidad, de sistematicidad, de rigor crítico. El monopolio del espíritu científico ejercido por el Occidente desde la Antigüedad se corrobora con lo sucedido con la historia, que también ha sido elaborada científicamente sólo por los occidentales, a partir de Herodoto, mediante la sucesiva eliminación del mito, el recorte de sucesos y personalidades, la precisa determinación cronológica y la indagación de influencias y nexos reales. De la falta de espíritu científico derivan varias consecuencias que le son subordinadas. Sólo

el Occidente posee una técnica vasta y complicada, que se agranda y renueva sin cesar ; ello resulta comprensible, porque esta técnica no es sino la aplicación práctica de las conquistas científicas, y no se puede comparar con las técnicas del Oriente, donde tanto pesan una empiria tradicional y las fantasías mágicas. Otra consecuencia no aparece tan clara, pero existe y es sumamente considerable. Sólo la filosofía del Occidente, en su porción mayor, es pura teoría ; las filosofías del Oriente son al mismo tiempo teorías y « caminos de salvación », algo intermedio entre lo que nosotros entendemos por filosofía y por religión. La filosofía del Occidente no ha recibido su particular tonalidad de la « ciencia » ; ya era como es antes de que la ciencia existiera como entidad autónoma, pero desde su raíz la ha originado y la informa el mismo riguroso sentido para la teoría que ha sido también la principal fuente de la ciencia.

Dentro de sus propias culturas, el hombre oriental se inclina ante la realidad en postura reverente ; desconfía de poder abarcarla, y desde luego renuncia a concebirla según conceptos bien definidos. El occidental, desde los Presocráticos, lanza a la faz de lo real sucesivas definiciones que son como desafíos ; le dice : eres agua, o aire, o sustancia confusa, o átomos y vacío, o flujo irrestañable, o ultratrenas ideas, o materia moldeada en formas. Errores, sin duda, tomada en sí cada definición como la única verdadera ; pero fecundos errores que han ido anotando los perfiles efectivos o posibles de la realidad y acercándonos a su matriz. La mente occidental se ha templado en este forcejeo, como se robustece el atleta en la gimnasia del estadio. Pero lo esencial en tal actitud, la teoreticidad, de donde viene la científicidad, consiste en mirar la realidad cara a cara, sin anegarse en ella, sin anularse en su seno. Lo que el oriental busca ante todo son las rutas para llegar al fondo de la realidad y reposar en él. El occidental ignora el reposo. Nunca renuncia a su ser propio, y uno de los modos de esta persistencia en su ser es su permanente inquisición de las cosas ; su concepción del saber como tarea infinita e interminable.

La filosofía, aunque activísima ocupación de la mente para el occidental, le permite la inacción de otras facultades. En la ciencia se conjugan la movilidad mental, el sentido concreto de lo inmediato y temporal, y ese activismo físico, que se dan en nuestra cultura en medidas tan elevadas. La cultura china clásica es « pasatista » ; todo lo grande lo contempla en el pasado. Los antepasados gobiernan, y la sabiduría consiste en atenerse a sus enseñanzas, fijadas en fórmulas y ritos. Dentro de tal tradicionalismo la ciencia no es concebible, porque la ciencia supone una verdad desconocida que se va descubriendo poco a poco, cada una de cuyas adquisiciones aumenta, corrige o desmiente la sapiencia heredada. La ciencia es unas veces evolutiva y otras revolucionaria, pero siempre antitradicional y rebelde a cualquier autoridad que no sea la suya propia. Si funda, como ha fundado en el Occidente, una tradición, es la de la marcha hacia adelante, la de la fe en el mañana científico, la de que toda tradición intelectual debe ser superada. Nada más ajeno al chino ejemplar, al fiel adherente a la milenaria civilización china, que todo esto. Por lo que toca a la insigne cultura de la India, la incompatibilidad es pareja, aunque derive de otros supuestos. Esta cultura no es pasatista, como la de China, pero es intemporalista. Las grandes construcciones de su pensamiento, sus creaciones más representativas, niegan el tiempo, restan todo valor a cuanto palpita en la temporalidad. La ciencia, averiguación ante todo de lo temporal, natural y humano, es para la mente india (en su actitud tradicional) un juego de niños, una curiosidad pueril proyectada sobre temas de mínima importancia.

El espíritu científico se concierta con las propensiones de nuestra cultura, con las condiciones humanas que destaca y valora. Ante todo con la fe del hombre en sí mismo, con la robusta afirmación de su propia personalidad, que lo pone frente a frente de la restante realidad. El hombre de esta cultura no se siente vencido por lo extraño inconmensurable, no quiere entregarse a esa realidad ajena a él ; quiere ver cómo es, arrancarle sus secretos, describirla y explicarla en conceptos com-



D. FRANCISCO ROMERO

pacios, en proposiciones terminantes, en sistemas consecuentes. La ciencia no es para él un mero manejo intelectual, como la filosofía ; aplica a ella muchos otros resortes que son muy de su cuerda. Utiliza operaciones materiales, esfuerzos corporales ingentes, hasta el agotamiento, hasta el sacrificio. Las manos han tenido mucho que hacer en la labor científica, y también los pies, los pies de los grandes exploradores, de los naturalistas, y geógrafos. El activismo del occidental, su ritmo vital acelerado, su inquietud y otros módulos de su cultura, cuentan en la génesis de la ciencia ; el puro espíritu teórico, que al parecer le ha sido hasta ahora exclusivo, es el elemento primordial sin duda, y a su lado, andando el tiempo, se agrega la demanda de recursos para la acción eficaz y productiva ; pero no hay que olvidar, aunque sea de menor cuantía, otro ingrediente : el hacer libre y desinteresado el ímpetu deportivo, la energía caudalosa que se fija metas por el mero gusto de alcanzarlas, todo ello expresión de una personalidad en libre ejercicio.

La democracia es también una creación del Occidente. Responde al mismo sentimiento de energía individual, de autonomía, de afirmación de la personalidad que se manifiesta en la ciencia; pero mientras en ésta ese sentimiento inspira una conducta cognoscitiva, en la democracia da lugar a una ordenación social. Por eso la ciencia — la ciencia grande y no la que se contenta con buscar recetas aplicativas — y la democracia van de la mano y florecen en el mismo suelo. El mismo impulso que pone al hombre erguido ante las cosas, decidido a entenderlas con claridad y utilizarlas racionalmente, le lleva a proclamar el derecho igual de todos los hombres y a rechazar cualquier autoridad que no se sustente en el consenso auténtico y explícito. La actitud anticientífica que se doblega ante los enigmas naturales y en vez de investigarlos se complace en delirios fantásticos, se corresponde con la postura antidemocrática que acepta irracionalmente la autoridad de personajes supuestamente ungidos, iluminados o providenciales y se humilla ante ellos: en uno y otro caso triunfa el mito y funciona la magia. La ciencia y la democracia son

la expresión de esa vocación de claridad racional y de dignidad humana que ha encarnado el Occidente, y que es parte de esa afirmación, suya del individuo humano en plenitud intelectual y moral, esto es, de la persona.

Es dicha y honor de nuestra cultura haber acertado en estas cuestiones, decisivas para el destino humano. Pero cada día se comprende mejor que, si ella ha descubierto estos valores y ha tenido a su cargo desarrollarlos hasta ahora, no son la propiedad absoluta de los pueblos que han forjado esa cultura. Si así fuera, estarían viciados de particularismo y de ningún modo ostentarían el alcance universal que debemos reconocerles. Y, en efecto, los hombres de otras razas y otros pueblos revelan su capacidad para la ciencia y la democracia apenas se adoctrinan en los principios y supuestos que las fundamentan. Se trata, por tanto, de adquisiciones humanas, valiosas para todos, aunque hayan sido descubiertas y elaboradas por la civilización de Occidente.

FRANCISCO ROMERO

«Nunca han faltado a la vida humana sus dos dimensiones: cultura y espontaneidad, pero sólo en Europa han llegado a plena diferenciación, disociándose hasta el punto de constituir dos polos antagónicos. En la India o en la China, ni la ciencia ni la moral han logrado nunca erigirse en poderes independientes de la vida espontánea y ejercer como tales su imperio sobre ésta. El pensamiento, del oriental, más o menos certero y profundo, no se ha desprendido jamás del sujeto ante la conciencia del europeo. Caben puntos de vista desde los cuales parezca la vida de Oriente más perfecta que la occidental; pero su cultura es evidentemente menos cultura que la nuestra, realiza menos radicalmente el sentido que damos a este término.»

JOSÉ ORTEGA Y GASSET: "El Tema de nuestro tiempo"

TORRE DE MARFIL?

TORRE DE HIERRO?

POR ERICO VERISSIMO

CUANDO, hace algunos años, los escritores del Brasil se entregaban a polémicas apasionadas sobre si la literatura debía ser « interesada » o no, más de una vez me vino a las mentes que una de las primeras obras literarias publicadas por un brasileño — la « *Prosopopea* » de Benito Teixeira, aparecida en el siglo XVI — fué decididamente un libro « interesado ». Se trataba de un poema épico y adulatorio en que el autor glorificaba servilmente al capitán y gobernador de Pernambuco, y cantaba en octavas reales el talento, la apostura y el valor de aquel « Alburquerque soberano » que la fama antigua eclipsaba.

Otro autor de la época clásica brasileña que hizo literatura en « interés » de lo peculiar a su país fué Gregorio de Matos, poeta satírico conocido por el « boca del infierno », implacable flagelador de las costumbres, a pesar de que él mismo no era un modelo de virtudes. Hablaba mal del clero. Hablaba mal de la nobleza. Hablaba mal de los mulatos. Y como también habló mal de los portugueses, casi trescientos años más tarde los comunistas, siempre en busca de nuevos santos y mártires para su calendario, se apoderaron de él y lo presentaron ante mundo como uno de los precursores del movimiento de la independencia del Brasil, un verdadero poeta del pueblo dotado de « conciencia social ». Sólo les faltó afirmar que ya en el

siglo XVI Gregorio de Matos era uno de los adeptos de la famosa « línea justa » stalinista.

Está claro que en nuestros días el « interés » que en el sector marxista se espera de la literatura es el interés social, o, más objetivamente, el del Partido Comunista. De los escritores y de los artistas se ha exigido en estos últimos treinta y tantos años que renieguen de sus torres de marfil, las abandonen y desciendan al nivel del suelo, identificándose con el pueblo y con sus reivindicaciones políticas.

Ahora bien, la literatura tuvo siempre en el Brasil, desde los tiempos del Descubrimiento, un carácter aristocrático y académico. Durante más de dos siglos nuestros escritores hicieron poco más que copiar los modelos europeos, principalmente los de la Metrópoli, y cantar, con exaltación juvenil, las bellezas naturales de la tierra brasileña. Además, la lengua se prestaba a ese género de literatura diti-rámica. Rica, flexible, sonora, era una invitación continua a la aventura verbal. No es de admirar, pues, que en cierta época haya sido Góngora una de las influencias literarias más fuertemente acusadas en el Brasil; tan intensa, contagiosa y extraña como la de Jean Paul Sartre en los días que corremos.

Entretenidos en esos pintorescos juegos de palabras y de imágenes, los escritores no prestaban atención al elemento humano

que poco iba poblando tumultuosamente del decantado paisaje. ¿Qué especie de inspiración debían reflejar los beletristas de época; qué motivos de arte podía ofrecerles aquella sociedad efervescente e informe, prosaico conjunto en que se mezclaban confusamente portugueses de origen y carácter dudosos, aborígenes y negros de la costa de África? La verdadera inspiración les venía, eso sí, de la Grecia y de la Roma antiguas, por el camino de Portugal, España, Francia e Italia. Allá por 1836 escribió Gonçalves de Magalhães que « tan grande fué la influencia que sobre el genio brasileño ejerció la mitología griega transportada por los poetas portugueses, que muchas veces los poetas brasileños se transforman en pastores y van a apacentar sus rebaños en las orillas del Tajo y a cantar a la sombra de las hayas. »

Así se explica que en el Brasil del siglo XVII se hayan multiplicado con tanta exuberancia las academias literarias. Ser miembro de una de esas tertulias daba al escritor la sensación de pertenecer a una clase privilegiada, de hallarse por encima de la plebe y de sus mezquinas preocupaciones cotidianas. El académico era un habitante del Olimpo, que se alimentaba de hidromiel, de adjetivos, de rimas y metáforas, mientras que allá abajo, en la llanura, los vulgares mortales comían carne (y a veces carne humana) y se entregaban a sus prosaicas actividades comerciales. Creo que viene de esos tiempos la idea supersticiosa de que todo artista, todo intelectual tiene que habitar necesariamente en un castillo inaccesible donde pueda vivir solitario y soñar y crear cosas bellas, sin contacto alguno con el mundo exterior.

La « Escola Mineira » que floreció en Vila Rica en la segunda mitad del siglo XVIII y que estaba compuesta de poetas, y prosistas que conspiraron para libertar al Brasil de la dominación portuguesa, constituyó una curiosa excepción. Pero aun esos mismos conspiradores consiguieron separar la actividad política de la literaria, pues en la obra que legaron a la posteridad existen pocos vestigios, por la menos claros, de sus intenciones y de sus sueños de libertad. El conspirador Tomás Antonio Gonzaga, por ejemplo, no dejó de escribir poemas líricos

para su bien amada Marilia, y su musa, de modo general, aparece desprovista de todo interés político.

Creo que la expresión « torre de marfil » empezó a ser usada entre nosotros en el siglo XIX, principalmente durante el movimiento romántico. Nuestros poetas y prosistas parecían tener en sus torres una ventanita especial que se abría sobre Europa, o mejor, sobre Francia, que era el sol del sistema artístico y literario de la época. Bajo la influencia de Rousseau y Chateaubriand se propagó en el Brasil una verdadera epidemia de indianismo. Y los indios de nuestros poemas y novelas (seres de nobleza sublime, que hablaban el lenguaje poético y se prestaban a morir a fin de pedir a Dios, en audiencia especial, una estrella del cielo para adornar los cabellos de la mujer amada), esos indios de ópera no tenían nada que ver con los feos e infelices sujetos que poblaban nuestros campos y bosques.

Si en las épocas del clasicismo tenían esas torres de marfil cierto decoro y sencillez en su arquitectura, ahora con el romanticismo se engalanaban con los más rebuscados arabescos y sus paredes parecían ensuciarse con el romanticismo más almidonado. Atacados del « mal del siglo », sus moradores sufrían como el joven Werther, acompañaban a Lord Byron en sus arduas heroicas y eróticas, y, con metro y rima, lloraban todos los dolores del mundo, pero del mundo « europeo ». Hubo, entretanto, algunos escritores románticos del Brasil que, influidos por Víctor Hugo, encontraron su inspiración en los problemas populares. El más importante de ese grupo fué Castro Alves, de cuyo cadáver glorioso se apoderó recientemente el Partido Comunista brasileño para sus fines de propaganda.

Con el advenimiento del parnasianismo, la lengua portuguesa recuperó hasta cierto punto la dignidad y la sinceridad del período clásico. Reaccionando contra el romanticismo, la poesía procuró hacerse filosófica, lógica, marmórea. Secáronse los ojos, se extinguieron las penas y se endurecieron los corazones de los poetas, que ahora con el parnasianismo cultivaban la impassibilidad, la impersonalidad y el « détachement » científico. En la novela impere

raban entonces el realismo, el naturalismo, lo que hasta cierto punto era — o por lo menos debía ser — una invitación al artista para que abandonase su torre de marfil. Era todavía de Europa de donde llegaban los modelos: Flaubert, Zola, Eça de Queiroz... En su novela naturalista *A Carne* el brasileño Julio Ribeiro reflejó de manera tan acentuada la influencia francesa, que un crítico de vena humorística llegó a extrañarse de que el autor no hubiese traducido su nombre transformándole en Jules Rivière.

A todo esto, el país crecía y se agitaba. Se sucedían los gobiernos, estallaban revoluciones, se entabló la batalla abolicionista, vino por fin la abolición, cayó el Imperio, se proclamó la República y — si exceptuamos a los periodistas, tribunos y estadistas que escribieron artículos o hicieron discursos contra la esclavitud o en pro de la campaña republicana — no se encuentra casi ningún reflejo de esos hechos políticos y sociales en las páginas de nuestros escritores de aquel período. Machado de Assis, el único novelista brasileño de talla universal, parece haber asistido impasible a la campaña abolicionista y a la caída del Imperio. Su interés parecía concentrarse principalmente en los problemas psicológicos. Era un intelectual puro. No fué ese, en cambio, el caso de uno de los más importantes novelistas de la escuela realista brasileña, Aluizio de Azevedo, cuya primera novela de consideración *O Mulato*, afrontaba el problema del prejuicio de las razas de color, y esto en los tiempos en que era más enconada la campaña abolicionista.

De modo general, los escritores del Brasil continuaban en aquella época enamorados, y hasta apasionados, de la lengua portuguesa, que para muchos era no sólo un medio de expresión, sino un fin en sí misma. Rui Barbosa, jurisconsulto, orador, estadista, tenía fama de ser entre nosotros — y ciertamente lo era — el mejor conocedor de la lengua de Camoens. Sus innumerables discípulos se jactaban de conocer y emplear decenas y decenas de sinónimos de *prostituta*, y, entretenidos en ese juego de vocablos, se olvidaban (cosa que venturosamente no le ocurrió a su maestro) de que estaban ante un pro-

blema social, la prostitución, y no sólo ante una cuestión de gramática o de estilo. Ese ejemplo nos da una idea de la separación que existía hasta entonces entre los beletistas brasileños y los problemas sociales de su tierra.

Lo que en esa época se aproximaba más a la « novela social » era la « novela de tesis », que gran parte de la crítica repudiaba por considerarla una herejía artística.

Después de la primera guerra mundial — y como consecuencia de las fermentaciones en el campo de la letras y de las artes en Europa — un grupo de poetas, prosistas, músicos, pintores y escultores de la ciudad de Sao Paulo llevó a cabo la famosa « Semana de Arte Moderno », en la que se decretó la muerte de la literatura académica y « caduca » y se echaron las bases de un movimiento de renovación estética al que se daba entonces, un poco a la ligera, el nombre ya de *futurismo*, ya de *modernismo*, habiendo prevalecido por fin esta última denominación. Proclamaban los reformadores que nuestra literatura era estática, convencional, y que adolecía de marasmo en una época de dinamismo trepidante y de ideas libres. Era necesario derribar las columnas griegas que obstruían las páginas de nuestros escritores y destruir los viejos clisés que desde hacía siglos daban falso brillo a nuestra literatura. Hacíase, en suma, necesario crear un arte dinámico, ágil y atrevido, digno de la era de la aviación y de la radio.

Con los modernistas tuvieron las letras del Brasil su segundo movimiento indianista. Fué un delirio de taparrabos y de penachos de colores, un *ballet* en que tomaron parte todos los demonios y duendes de las florestas: anhangás, curupiras, sacis, iaras, boi-tatás... Hubo fantásticas danzas de guerreros bronceados, borracheras de cauim, caledoscópicas cacerías de papagayos y de tucanes. Todo era tierra. Todo era verde y amarillo. Todo era el Brasil. « La lengua portuguesa murió — parecían proclamar los modernistas — ¡ Viva la lengua brasileña ! »

Oswald de Andrade inició el « movimiento antropofágico » y sus « indios » comieron simbólicamente los cuerpos de escritores como Coelho Netto, prosista rico y perdulario, uno de los más expresivos

representantes de la sintaxis lusitana en el Brasil. Era, en fin, ese movimiento antropofágico una forma primaria de existencialismo. En un principio todo tuvo un carácter de iconoclasia juvenil y un tanto irresponsable. Todo se redujo a demoler monumentos académicos, a pintar bigotes a los retratos de los escritores respetables, a una ronda irreverente en torno a los principios estéticos secularmente consagrados. Terminada la guerra se contaron los muertos. La tierra estaba cubierta de cadáveres; pero pocos sobrevivían de los que habían alcanzado la victoria.

La batalla parece, sin embargo, haber traído resultados beneficiosos, principalmente como operación de limpieza. De ese movimiento modernista surgirían nombres que más tarde habrían de ofrecerse como los más importantes en la literatura y en las artes del Brasil. Y puede afirmarse también que la «Semana de Arte Moderno» representó la encrucijada histórica de donde salieron los tres caminos más importantes de la vida política y literaria del país en estos últimos treinta años. Uno de estos caminos, con Oswald de Andrade, se dirigió hacia la izquierda; otro, con Plinio Salgado, tomó rumbo a la derecha y eventualmente hacia el «integralismo», versión brasileña del fascismo de Mussolini, y un tercero más literario que político, permaneció en el centro con Jackson de Figueiredo y Tristao de Athayde.

El resto del mundo en esa misma época se reía o se irritaba ante las excentricidades de Marinetti, pero miraba con mayor respeto, aunque con cierto desagrado, hacia el tipo de literatura que estaba produciendo la llamada «generación perdida», que salía desilusionada de las trincheras de la primera guerra mundial. El gran suceso literario de la época fue la obra *Sin novedad en el frente*, de E. M. Remarque, que considero como un libro de capital importancia en el desenvolvimiento de la técnica de la novela moderna. Esa obra, con su carácter de crudo reportaje, parece haber impuesto el tono a toda una literatura que había de surgir en los dos decenios subsiguientes y que encontraría mayor número de cultivadores y lectores en el país más rico e industrialmente

más desarrollado del mundo, es decir en los Estados Unidos.

Creo que la novela más importante de ese nuevo género de realismo que apareció en la literatura brasileña fue *A Bagaceira* de José Américo de Almeida, obra evidentemente de un escritor que no vivía en una torre de marfil. Es este libro la sombra epopeya de la siega y de los «retirantes», cruda, brutal, directa y dramática, con un dramatismo enjuto, valga la palabra, es decir despojado de todo sentimentalismo.

La crisis económica y financiera que siguió a la quiebra de la bolsa de Nueva York en 1929, tuvo un influjo decisivo en los rumbos que tomaron el arte y la literatura en el mundo occidental. La Unión Soviética procuró hábilmente capitalizar aquel desastre burgués en una transacción en gran escala, que produjo fabulosos dividendos para la causa del comunismo internacional. El terreno se hallaba preparado para recibir la simiente del marxismo. Contribuían a ello no sólo la técnica de propaganda marxista-leninista-stalinista, sino también la ceguera suicida del capitalismo.

Los años de 1930 a 1940 fueron el decenio de la «novela proletaria» (la *prolitteratura*, según la humorística expresión de un crítico norteamericano). En el Brasil, tras la revolución del 30, apareció un grupo de novelistas de gran importancia, como José Lins do Rego, Jorge Amado, Graciliano Ramos y Raquel de Queiroz, dotados de lo que ha dado en llamarse convencionalmente conciencia social. Vinieron luego otros novelistas menores, y de un modo general la ficción tomó la forma del reportaje fotográfico, en el cual el factor económico era siempre más importante que el psicológico. La novela extranjera que mayor influencia ejerció sobre esos «prolitteratos» brasileños fue *Judíos sin dinero*, de Michael Gold. Poseídos de una especie de furioso «antiruiarbobosismo», nuestros escritores del decenio 1930-40 descuidaban la forma y maltrataban la gramática, que para muchos de ellos no pasaban de un

saben también que la solución no reside del relato, todo era bueno. Lo que importaba era demostrar al lector, de la manera más sencilla y chocante, el estado de miseria y de abandono en que vivía el proletariado urbano y rural y, al mismo tiempo, los desmanes, crueldades y abusos de las clases privilegiadas. En la mayoría de los casos eran libros llenos de buenas intenciones, pero de pésima literatura, aunque no se pueda negar a muchos de ellos cierta fuerza dramática. Es un error, sin embargo, creer que todos esos escritores que se interesaron por los problemas sociales fuesen militantes comunistas. Algunos de ellos tenían sólo un contacto con las izquierdas; otros no hacían más que seguir una boga, y aparece claro que la mayoría estaba movida por el sincero y cristianísimo deseo de protestar contra un sistema político y social evidentemente injusto, absurdo, y cruel.

Procuraban entonces los comunistas fomentar en el artista la vergüenza de no participar en la lucha social. Los apodos de cobarde, acomodaticio y asalariado de los banqueros de Wall Street, fueron lanzados al rostro de aquellos que no obedecían los mandamientos del arte proletario. Impelidos por una singular especie de temor — el temor de que los demás pensasen que tenían miedo de tomar una posición política — varios escritores cayeron en la ingeniosa estratagema comunista. Bajo la implacable presión de una conciencia culpable, abandonaron prarrepentidos y contritos, sus torres de marfil, para hollar el camino de Moscú, sin advertir que lo que hacían era cambiar una dulce prisión, cuya llave tenían en el bolsillo, por una inapelable mazmorra: la torre de hierro de un partido totalitario. No obstante, gracias a la estupidez y a la falta de austeridad de la burguesía brasileña — que parece obsesionarse en dar cada vez más la razón a las reivindicaciones comunistas — se debe de haber sido fácil para éstos desertores de la torre de marfil soportar el rigor de la férrea prisión y hasta forjarse por algún tiempo una ilusión de libertad.

Vinieron, sin embargo, alas famosas depuraciones de Moscú y poco después el pacto ruso-germánico de 1939, acontecimientos que escandalizaron en todo el

mundo a centenares de intelectuales comunistas, que entendieron que era ya imposible aceptar el *realismo político* de Stalin. El desorientador tratado de paz de la Rusia soviética con la Alemania nazi constituyó un golpe para esos hombres de letras que raciocinaban aún de acuerdo con los valores tradicionales de la burguesía. Por otro lado, la violencia de esas depuraciones lastimó la sensibilidad de esos constructores de quimeras, debilitados — como diría un Comisario del pueblo — por tantos años de masturbación espiritual en sus torres solitarias.

Se efectuó entonces la desertión de un gran número de intelectuales del campo del comunismo. Algunos de esos *renegados* volviéronse a sus torres de marfil, en muchos casos a una torre de iglesia, generalmente de la Iglesia Católica. Otros permanecieron en una especie de orfandad y anduvieron vagando — hombres vacíos — a través de un *wasteland*. Sea como quiera, simpatizó mucho más con esos huérfanos inconsolables que andan todavía en busca de ídolos para sus hornacinas vacías, que con aquellos que, habiendo abjurado del comunismo, la primera cosa que hicieron fué echarse en los robustos brazos del capitalismo, encarnizándose en atacar a la Rusia soviética con el mismo fanático fervor con que antes la habían exaltado. Poseídos de un celo de « cristianos nuevos » esos excomunistas pretenden ver en los más inocentes liberales, en los más moderados socialistas, peligrosos agentes del comunismo internacional a sueldo de Moscú. Y lo peor es que parecen olvidarse de los motivos que los condujeron hacia la izquierda, a saber, un sentimiento maduro de responsabilidad y de solidaridad humana y un deseo de justicia social.

De nuestros novelistas de mayor talla, que yo sepa, sólo se mantuvieron fieles al Partido Comunista Graciliano Ramos y Jorge Amado. Si examinamos el panorama de las letras brasileñas en la actualidad, comprobaremos que, fuera de aquellos que tienen sus ojos vueltos hacia el Vaticano o hacia el Kremlin, el estado mental que predomina entre nuestros intelectuales es el de duda, de inquietud, de busca de rumbos y valores. Los más sinceros de entre ellos detestan al capitalismo, pero

lujo burgués. En cuanto al procedimiento en el comunismo soviético. Y la división simplista del mundo en dos campos adversos, dominado el uno por los Estados Unidos y el otro por la U. R. S. S. ha venido sólo a hacerles más difícil el tomar posición.

No es de admirar, pues, que en estos últimos quince años la poesía haya tenido entre nosotros un florecimiento excepcional tanto en calidad como en cantidad. Todo indica que las torres de marfil han vuelto a ser habitadas. Sea como fuere, no creo que puedan ofrecer a sus moradores la paz, la satisfacción y la gracia que antaño les ofrecían, toda vez que serán ahora casas irremediabilmente frecuentadas por todos los fantasmas que engendraron las tremendas agitaciones sociales de nuestro tiempo. Y es que los intelectuales continúan sufriendo el remordimiento de una conciencia culpable. Como dice Albert Camus en una de sus admirables conferencias : « *Nos hallamos en un tiempo en que los hombres, impulsados por mediocres y feroces ideologías, se habitúan a tener vergüenza de todo. Vergüenza de sí mismos, vergüenza de ser felices, de amar o de crear.* »

A un joven novelista que en reciente carta me refería la lucha íntima en que se debate, vacilando entre la indiferencia deshumana de la torre de marfil y la villanía deshumana también del comunismo, le respondí que no veía razón para colocar al hombre de letras contemporáneo entre las puntas de esa terrible disyuntiva. Porque, con toda sinceridad, veo muy claro una alternativa que se me figura no sólo digna sino también, y principalmente, lógica. Para mejor comprenderla debemos examinar primero con sentido de la realidad la situación del intelectual. No nos engañemos : en los países totalitarios, los escritores honrados y consecuentes tendrán siempre el destino sombrío de engrosar la población de las prisiones y de los campos de concentración, mientras que en los regímenes capitalistas nunca dejarán de constituir una extraña minoría de gentes al margen, miradas con una mezcla de temor, desprecio y desconfianza por la burguesía. No hay, por consiguiente, razón para que tengamos esperanza en la posi-

bilidad de una verdadera inteligencia con políticos o plutócratas. Hablamos un lenguaje diferente. Tenemos objetivos que se repelen. Y siendo así, no debemos jamás transigir con dictadores, financieros o industriales, haciéndoles el juego, alquilándoles nuestro esfuerzo o prestándoles nuestro apoyo. Ni tenemos tampoco por qué avergonzarnos de nuestro oficio.

Sabido es, tiempo ha, que Stalin no confió nunca en los intelectuales ; y ahora, del lado de acá del telón de hierro, principalmente en los Estados Unidos, comenzamos a ver desfilarse y tomar cuerpo un movimiento de repulsa hacia el escritor, hacia el profesor universitario, hacia el hombre de pensamiento, todo eso basado en la superstición del hombre común (de tu hombre común, ¡oh, cándido Henry Wallace !) de que esos « egg heads » son criaturas inciertas, versátiles, portadoras de ideas peligrosas para la salud física y moral de la nación.

★
Sí ; los intelectuales honrados son los eternos disconformes, los que siempre claman en favor del libre examen, de la igualdad racial, de la tolerancia religiosa y del derecho a la discusión. No se erigen en definidores absolutos ni en « líderes » infalibles, y se niegan a repetir consignas fabricadas por los departamentos de propaganda de los gobiernos. No aceptan la idea de que el fin justifica los medios, y jamás se harán cómplices del asesino ni dejarán de protestar contra la opresión y la violencia, hasta contra la llamada « violencia necesaria ».

Fué también Camus quien dijo que la acción política y la creación artística son las dos caras o aspectos de la misma protesta contra los desórdenes del mundo. En ambos casos lo que se procura es dar al mundo su unidad. El revolucionario — continúa diciendo el autor de *L'homme Révolté* — corre siempre el riesgo de transformarse en conquistador, y el conquistador de la derecha o de la izquierda procura no la unidad, que es ante todo la armonía de los contrarios, sino la *totalidad*, que resulta del aplastamiento de las diferen-

cias. Ahora bien, el escritor busca la unidad de la vida a través de la creación artística, que es un acto de amor y no de destrucción.

Confieso por mi parte que no tengo en muy alta estimación las elucubraciones de los moradores inveterados de las torres de marfil (salvo en el caso de muy contados genios) y que despiertan en mí muy escaso interés las novelas que huyen de enfrentarse con los dolores, los problemas y las dificultades del mundo en que vivimos.

Al amigo angustiado y sumido en incertidumbre que me escribió, le respondí que el novelista puede y debe participar íntegramente en la vida, con todas sus pasiones y luchas. Esa participación, no obstante, ha de realizarse al margen de cualquier partido y de los intereses de cualquier grupo económico, y sólo hay alguien que tiene derecho a determinar la naturaleza de esa participación: el propio artista.

No es de la competencia del novelista ofrecer fórmulas para salvar al mundo en el aspecto económico o político. Como dijo con tanto acierto William Faulkner en el breve y hermoso discurso que pronunció al recibir el Premio Nobel de Literatura, lo que debe preocupar al artista son las viejas verdades del corazón, las viejas verdades universales, sin las cuales toda la historia está condenada a ser algo efímero: amor, honor, piedad, legítimo orgullo, compasión, sacrificio; en suma, el estudio de los problemas del corazón humano en lucha consigo mismo. Y si queremos encontrar banderas de combate y nobles causas que defender, ¿ habrá en este mundo frío y mecánico de la era atómica un objetivo más bello y elevado que el de contribuir a la restauración de la dignidad de la

persona humana, que el totalitarismo está tratando de destruir?

En esta época de desesperanza y de desintegración de valores morales, se salvarán tan sólo los escritores que hayan mantenido una fe profunda, apasionada y activa en su arte. Hay que evitar la estrechez de todas las torres, y principalmente de la torre de hierro. En el caso especial del novelista, su puesto natural y lógico está en medio de sus personajes, con los pies bien firmes en el mundo que constituye la materia misma de sus libros. Pero si quiere realizar obra seria y duradera, no veo cómo puede dejar de volver de cuando en cuando a su torre de marfil, para dar un orden y una expresión artísticos al caos de impresiones e imágenes tomados, de primera mano, de la vida.

No creo que John Donne tuviese razón al afirmar que « no man is an island ». A mi juicio cada hombre es, en efecto, una isla y creo que es en ese estado de soledad donde reside todo el drama del vivir. Cada poema, cada narración, cada cuadro, cada escultura u obra musical que produce el artista es un puente que lanza en dirección de otras islas, en una anhelada busca de comunicación, de inteligencia, de comunión. Y existe, por encima de todo, el deseo de las islas de integrarse e un continente. Pero, ¿ qué es el continente? Para unos, Dios. Para otros, el Proletariado o el Partido.

Para mí, todo el dolor y toda la gloria de vivir y de crear está en esa incierta busca del continente, en ese vuelo ciego y vertiginoso y en la amarga sospecha de que tal vez el día en que nos integremos en el *mainland* no tendremos más conciencia para saber.

ERICO VERISSIMO

¿ Nueva política económica del Kremlin?

POR B.

STEPHAN

El Consejo Supremo de la U. R. S. S., en su reunión del 5 al 8 de agosto, ha votado el presupuesto del año 1953 y ha oído un largo discurso-programa de Malenkov. Este período de sesiones hubiera debido inaugurarse el 28 de julio, pero ciertas consideraciones misteriosas, que son sin duda la consecuencia del asunto Beria y de la subsiguiente actividad policíaca (detenciones, traslados, nombramientos) han obligado a retrasarlo una semana.

Habitualmente, el presupuesto se presentaba a principios de marzo e iba seguido de un empréstito... voluntario-obligatorio que se emitía en los primeros días de mayo. En este año, con la muerte de Stalin, todo se ha alterado. El empréstito, cuyo importe total es inferior en más de la mitad al de los años anteriores y, por lo tanto, notoriamente menos gravoso para la población, no fue anunciado hasta el 25 de junio. Y el presupuesto se presentó al Consejo Supremo el 5 de agosto, o sea con cinco meses de retraso. A primera vista, no es fácil explicar por qué la muerte de Stalin ha obligado a retrasar cinco meses la aprobación del presupuesto, salvo si se supone que se ha procedido a una revisión de las concepciones vigentes. Pero este aplazamiento se comprende mejor al examinar el texto del presupuesto, al leer las razones del Ministro de Hacienda y, sobre todo,

al conocer la argumentación del discurso de Malenkov.

Una vez desaparecido Stalin, sus sucesores, preparados de manera sorprendente para esta eventualidad, han tratado en seguida de « aflojar los tornillos », procurando al mismo tiempo evitar la menor imprudencia. En el orden político no podrían hacer gran cosa sin poner en peligro la existencia del régimen. Ya se conocen las disposiciones adoptadas, por haberse comentado a medida que se publicaban: amnistía para los delitos menores, rehabilitación de los médicos acusados arbitrariamente de terrorismo, promesa de respetar los derechos del ciudadano y de revisar el Código penal. Pero los informes son más raros en lo que se refiere al cumplimiento de esas resoluciones. En el orden económico, debían poner sobre el tapete especialmente todo el presupuesto y adoptar medidas inmediatas en relación con la baja de los precios, el empréstito anual, el impuesto agrícola y las deudas de los « koljescs ».

Después de haber concedido a la población, bajo formas diversas, un aumento de la capacidad adquisitiva, era preciso preocuparse de elevar la oferta de las mercancías al nivel de la demanda. De ahí la necesidad de realizar mayores inversiones en las industrias de transformación, y de aligerar la carga que pesa sobre los campesinos. La reducción del impuesto agrí-

cola, el pago de las prestaciones « koljosianas » a mejor precio, la anulación de las deudas contraídas por los labriegos con el Estado, etc., son las principales medidas que tienden a estimular la horticultura y la ganadería, tanto en beneficio de los « koljosianos » como en el de los consumidores de la ciudad.

El examen detallado del presupuesto es de la competencia de las publicaciones especializadas. En conjunto, apenas se advierten los cambios introducidos en los altos cargos, ya que las proporciones continúan siendo más o menos las mismas. Se concede gran importancia a una muy ligera disminución aparente de los gastos militares. En realidad, las cargas de la guerra subsisten, bajo diferentes disfraces, más abrumadoras que nunca.

En el presupuesto de 1952, los ingresos se calculaban en unos 98 mil millones de rublos, pero entre los gastos había 34 mil millones cuya inversión no se especificaba. La obra del profesor N. N. Rovinski, sobre *El Presupuesto de Estado de la U. R. S. S.* (Moscú, 1951) precisa el origen de una parte de los ingresos del ejercicio precedente, pero no da ninguna información acerca de las salidas. Es indudable que se trata de un aumento de los gastos militares. En este año, los primeros cálculos cifran en unos 70 mil millones de rublos este fondo oculto suplementario, mientras que en el capítulo llamado de la defensa, sólo figuran tres mil millones de reducción. Poco importa que, según ciertas hipótesis, este aumento se deba a los trabajos atómicos. De todos modos, se trata de gastos improductivos de un régimen oneroso, condenado a sacrificar el bienestar del pueblo en beneficio del poder material de sus amos.

El discurso de Malenkov es más eloocuente que las cifras del presupuesto, no tanto en razón de su longitud (tres páginas enteras de la *Pravda*, del 9 de agosto) como por las múltiples confesiones que ilustran este nutrido texto. Lo esencial en este discurso tan comentado fuera de la U. R. S. S. es lo referente a la situación interior, a las condi-

ciones económicas y sociales. Y esto es lo que ha pasado inadvertido, mientras los comentaristas examinaban cuidadosa y obstinadamente los pasajes en que se repiten, diluidas y con insistencia, las fórmulas habituales de la propaganda y de la guerra fría.

Ha sido necesaria la muerte de Stalin para que los epígonos, de quienes Malenkov es portavoz, se permitan decir : « *Ahora... se reúnen todas las condiciones necesarias para organizar una producción, rápidamente creciente, de los productos de consumo corriente.* » Y Malenkov, con el pesado estilo machacón característico en los medios dirigentes de Moscú, insiste en estos términos : « *Nuestra tarea urgente consiste en aumentar intensamente, y en el curso de dos o tres años, el suministro a la población de productos alimenticios e industriales...* »

Así, tanto en la U. R. S. S. como en los países satélites, se ocupan ya en mejorar la suerte material de los trabajadores, haciendo por lo menos ciertas promesas de realizaciones para dentro de breve plazo. Por consiguiente, se reconoce el fundamento de las críticas y de las reivindicaciones denunciadas ayer como contrarrevolucionarias. Ha sido, pues, merceder que Stalin muera para que los súbditos soviéticos tengan alguna esperanza de vivir un poco menos mal.

La confesión más importante de Malenkov está rodeada de precauciones oratorias, que tienden a justificar las inversiones hechas antes en la industria pesada para fines defensivos. No hay una palabra de verdad en esta historia. Proporcionar a la población alimentos, vestido y alojamiento es tan necesario para su defensa como el armarla. Una política exterior conciliadora y pacífica hubiera sido menos costosa que una política de desafíos y de provocaciones. En todo caso, Stalin y sus acólitos son enteramente responsables de la competencia entablada desde 1945 en la producción de armamentos. Y no obstante, ¿ quién, hasta ahora, había pretendido que el nivel de vida soviético no dejaba nada que desear, y que la U. R. S. S. era, desde hace mucho tiempo, en país en el que la leche y la miel fluyen en abundancia ?

Lanzado ya por el camino de las confesiones, Malenkov denuncia la mala calidad de los productos soviéticos : « Es preciso reconocer nuestro atraso en cuanto a la calidad de las mercancías de gran consumo... » Y a continuación : « Para vergüenza de los trabajadores de nuestra industria, los clientes prefieren a menudo mercancías extranjeras, porque están mejor presentadas. » Dicho de otro modo : la mercancía soviética, de inferior calidad, no resiste la comparación con los productos sonsacados a los países satélites. Esta observación viene a confirmar las quejas y lamentos que pululan en la prensa comunista de la U. R. S. S., al mismo tiempo que las publicaciones comunistas en el exterior cuentan mil maravillas sobre la economía totalitaria.

« Sería una grave falta no ver el retraso de un cierto número de sectores importantes de la agricultura... », prosigue imperturbable Malenkov, que no carece de argumentos en su apoyo : « Tenemos aún muchos « koljoses » y hasta distritos enteros en los que la agricultura continúa estancada ; en muchas regiones los « koljoses » y los « sovjoses » obtienen mezquinas cosechas... y toleran grandes pérdidas en el momento de la recolección. » Pero aún hay más. « Es necesario reconocer que, en lo referente a la ganadería, el progreso no es satisfactorio y que estamos lejos de hacer frente a las necesidades crecientes de la población... » Textualmente : estamos lejos. « También se observan serias insuficiencias en la producción de patatas y legumbres... » En resumen, en el capítulo de la agricultura : « Debemos hacer desaparecer nuestro retraso intolerable en el desarrollo de la ganadería... Debemos corregir nuestras deficiencias en la producción de patatas y de legumbres... Estamos obligados a asegurar un aumento ulterior más rápido de la producción de cereales... No podría considerarse como normal la actual situación... » Ya se han leído con frecuencia cosas semejantes, recalcadas con las expresiones « es preciso » y « debemos »... Hace treinta y cinco años que así ocurre. Esta vez ¿ se trata de un cambio de orientación ?

Malenkov proclama : « El Gobierno y el Comité Central del Partido han decidido corregir seriamente y cambiar las malas

relaciones establecidas en nuestro país con respecto a la economía individual auxiliar de los « koljosiánicos ». ¿ De qué forma ? El Estado pagará mejor las prestaciones en especies, en adelante se reducirán a la mitad los impuestos exigidos a los « koljosiánicos », ¿ a quienes también se eximirá del pago de sus atrasos. Así aumentarán los ingresos de los campesinos, quienes producirán más y mejor, por estar interesados en el rendimiento. Parece ser que estos métodos se practican abundantemente en otras partes... »

En relación con el comercio, Malenkov confiesa también : « No podríamos darnos por satisfechos con los intercambios comerciales actuales. Nuestra organización comercial adolece de graves defectos. » (No opinan así los « Amigos de la U. R. S. S. », para quienes todo es inmejorable en el perfecto mundo soviético). « No es raro que, para comprar tal o cual mercancía, el cliente se vea obligado a ir a otra ciudad o a otra región. » Trata luego de los problemas de la vivienda y de la construcción : « Las necesidades de alojamiento distan mucho de hallarse cubiertas, y en todas partes se hace sentir una aguda crisis. »

Siguen las críticas relativas a la construcción escuelas, hospitales y locales de todas clases. Por último, trata de la industria : « Hay todavía muchas empresas cuyos precios de producción rebasan los precios de venta ; sus pérdidas son cubiertas por las empresas prósperas. » « Existe una gran cantidad de empresas deficitarias y se registran fuertes pérdidas en la industria carbonera y en la forestal. » Y así sucesivamente. ¿ Cómo son posibles estas cosas en una economía planificada, dirigida, intervenida por el Estado en sus menores detalles ? Malenkov se abstiene de explicarlo.

En resumen, el excómplice de Beria, poniéndose a la defensiva, confirma las observaciones y los análisis hechos en el extranjero por los economistas competentes y especializados, a los que, no obstante, los servidores del régimen soviético vituperan. Malenkov no dice con bastante franqueza las verdades que se imponen ; usa y abusa de los eufemismos y de las expresiones equívocas, que él procura envolver con presuntuosos elogios de sí mismo ; atenúa, y esfuma los trazos

principales del cuadro, mientras trata de engañar con una jactancia propia de las gentes de su especie. Mas, para quien sabe captar el valor de las palabras y comparar las confesiones de Malenkov con la literatura apologética que Moscú difunde por el mundo entero, la verdad de los hechos aparece con toda claridad.

Después de cuatro días de simulacros de debates y de la aprobación definitiva del presupuesto, así como de una nueva ley sobre el impuesto agrícola, el Consejo Supremo ha ratificado una serie de decretos por los que se modifica una vez más, en parte, el alto personal gubernamental, o mejor aún, administrativo, y en particular el de las instituciones económicas. Desde la muerte de Stalin, las personas que ocupan puestos elevados en los Estados de la U. R. S. S. no han cesado de caer en desgracia y de ser objeto de traslados; y estos hechos continúan produciéndose, incluso después de la reunión del Consejo Supremo. Los nombres propuestos con este motivo no dicen nada al público, pero es indudable que pronto será necesario señalar las características de los principales, para comprender los acontecimientos que se avecinan.

Tanto estos decretos como el presupuesto y el impuesto, eran ya hechos consumados que tenían su origen en el Presidium a las órdenes de Politburó; el llamado Consejo Supremo no es sino una Cámara de registro, cuyas votaciones, siempre unánimes, están ganadas de antemano. En teoría, el conjunto de las disposiciones adoptadas en el orden económico no carece de coherencia; pero seguramente no podrá afirmarse lo mismo respecto a su aplicación.

Hace treinta y cinco años que las contradicciones del « sistema » incitan a los dirigentes a tomar medidas tan contradictorias como empíricas, quebrantando así sus supuestos principios, y sin ofrecer ninguna salida al círculo vicioso de un régimen fundado en la arbitrariedad y en la violencia. Antes de que transcurra mucho tiempo, volverá a hablarse de las recientes

iniciativas post-stalinianas, comparadas con los resultados tangibles.

Existen razones plausibles para pensar que, a fin de mejorar relativamente pronto el nivel de vida, el « Politburó » ha decidido hacer economías en los gastos correspondientes a las « grandes obras », tan exaltadas por la propaganda comunista. En efecto, Malenkov no ha dicho ni palabra de esas « grandes empresas del comunismo », de esa llamada « transformación staliniana de la naturaleza » que, al parecer, debía cambiar la faz del Turquestán y de una inmensa parte de Siberia meridional. Parece evidente que las pretensiones delirantes de Stalin sobre esta cuestión han sido abandonadas en su parte esencial, así como un gran número de las extravagancias stalinianas, cuya enumeración no se ha hecho todavía.

Otro medio de paliar las agudas dificultades que ofrece la alimentación consiste en procurarse productos de importación; el « Politburó » no deja de recurrir a ello. La Rusia zarista exportaba grandes cantidades de productos agrícolas. La Unión Soviética está obligada a comprar manteca y carne al extranjero. Para satisfacer las necesidades elementales de sus súbditos, debería aumentar considerablemente sus importaciones, en especial las de huevos, patatas y legumbres frescas, como Malenkov mismo ha tenido que reconocer. Puede hacerlo si gasta una parte de las reservas de oro obtenidas por la explotación inhumana de la mano de obra penal en Siberia. Pero prefiere hacer lo posible para conservar su oro, estimulando los « intercambios entre el Este y el Oeste »; y ya se conocen los esfuerzos que despliega con este fin, mediante conferencias económicas, misiones y maniobras diversas.

En conclusión, con motivo de la reunión del Consejo Supremo, el « Politburó » inició un verdadero « cambio de orientación » de su política económica, una especie de semi-plan económico nacional en beneficio directo de los campesinos y del cual espera, además, consecuencias indirectas favorables al aprovisionamiento en víveres, de las ciudades, y en materias primas animales y vegetales, para las industrias de transformación. Era un cambio de orientación importante que debía precisarse y

acentuarse en el curso de una reunión inopinada del Comité central del Partido, celebrada a principios de septiembre, y en la que Kruchtchev debía ahora representar el papel principal antes de ser condecorado « primer secretario ».

La *Pravda* del 13 de septiembre publicó una resolución del Comité Central, aprobada el día 7, y que no ocupaba menos de cuatro páginas enteras del periódico. Al mismo tiempo anunciaba, a todo lo ancho de la primera plana, que acababa de celebrarse una reunión del Comité Central, en la que se había oído y discutido el informe de Kruchtchev, en relación con el « desarrollo ulterior de la agricultura », y se había designado a este informador como « primer secretario del Comité Central ». Por último, la *Pravda* del 15 publicaba el texto del informe presentado el 3 de septiembre, con una extensión de cinco páginas y media (lo que hace suponer que la reunión había durado por lo menos cinco días).

Es evidente que será preciso bastante tiempo para analizar y estudiar una literatura tan fastidiosa e indigesta, en la que las afirmaciones concluyentes de la propaganda se entrelazan con informes más o menos exactos y consideraciones difusas económico-políticas; todo ello acompañado de cifras, críticas, órdenes y consignas. La prensa soviética, desde el día siguiente a su publicación, reflejó una acogida entusiasta reservada a esos documentos por los trabajadores, que ni siquiera tuvieron tiempo para leerlos, y de los que una simple audición no permitía formarse idea exacta de su alcance (un cronometraje acusaría, sin duda, de diez a doce horas de lectura, por lo menos, para poder enterarse del contenido de unas diez páginas de periódico, llenas de caracteres pequeños y apretados). Es indudable que ese entusiasmo sólo es comparable a los entusiasmos precedentes desencadenados por informes y resoluciones diametralmente opuestos. ¿ Por qué es preciso que las columnas de la prensa, llenas de aprobaciones recibidas de todas partes, vayan ilustradas con fotos en las que aparecen « koljosianos » escuchando la lectura de la prosa oficial, y en las que las fisonomías del auditorio traicionan el aburri-

miento, la desconfianza, y en el mejor de los casos, una pasividad triste ?

En el extranjero, la atención se concentra en la personalidad de Kruchtchev, cuya promoción como « primer secretario », cargo que ya detentaba sin título explícito, alimenta vanas especulaciones acerca de la sucesión personal de Stalin. No obstante, lo cierto es que Kruchtchev ya ocupaba el puesto de Stalin al frente de la secretaría, y que Malenkov había cesado en ella, a partir de 14 de marzo, lo más tarde (si se admite la información oficial), o tal vez a partir del 6 de marzo. En el curso de las rivalidades que permarecen oscuras, todavía no parece definitivamente establecida una nueva división del trabajo en el equipo que ha heredado el poder de Stalin. Las modificaciones gubernamentales, en Moscú y en otras capitales del imperio totalitario, no cesan de poner en evidencia las luchas intestinas. En el círculo dirigente del Partido, los supervivientes de la « vieja guardia » se mantienen vigilantes para no permitir nunca más la instauración de una tiranía personal a la manera de Stalin. La duración de esta combinación dependerá de las pruebas ulteriores, tanto en el interior como en el exterior.

En conjunto, este informe y esta resolución no hacen sino confirmar las indicaciones dadas por Malenkov, con abundantes detalles y con precisiones suplementarias. A las publicaciones especializadas corresponderá hacer un estudio detallado de dichos documentos. Pero desde ahora ya se puede prever una nueva retirada del Partido Comunista ante los campesinos.

Sin poner en litigio el principio de la colectivización agraria, el Comité Central reconoce la necesidad y la urgencia de estimular la producción, aumentando notablemente las ventajas materiales concedidas a los agricultores, haciendo un llamamiento a sus intereses bien entendidos, prometiéndoles mejores precios, menos impuestos y más máquinas. Confesará la decadencia de la ganadería, en el curso de los treinta y cinco años que dura el régimen soviético, el descenso del nivel de vida,

la falta de productos de primera necesidad, tales como la leche, la mantequilla, los huevos, la carne, las patatas, las legumbres... Especula desde este momento sobre las pequeñas explotaciones agrícolas, sobre las parcelas individuales, asignadas a los trabajadores « koljosianos »; todo ello con objeto de remediar, en el plazo de dos o tres años, la situación actual, a cambio de nuevas satisfacciones concedidas a los « koljosianos » en su calidad de pequeños propietarios.

Esta es la contrapartida de la política exclusivamente coactiva y represiva de Stalin. Además Kruchchev no ha podido abstenerse de condenar la política agraria anterior, para preconizar otra nueva, subrayando al mismo tiempo la importancia de las parcelas individuales. Como escribe M. Crankshaw en el *Observer*, « la coacción ha fracasado; ahora, se dice, en efecto, a los campesinos que el Gobierno, a la manera del Enrique IV, quiere que todos tengan su gallina en el puchero, una vaca en el establo y una vida próspera ».

Rompiendo con la práctica staliniana de disimular las cifras absolutas y de no revelar sino los porcentajes relativos, Malenkov había ya suministrado algunas cifras esenciales, y Kruchchev ha dado todavía más. Eso permite comprobar que en 1953, el número de cabezas de ganado es inferior al de 1913, para una población que ha pasado de unos 140 millones de habitantes a más de 200 millones. En Siberia, la producción de mantequilla ha bajado de 75 mil toneladas, en 1913, a 65 mil, en 1953. En los « sovjoses » (explotaciones agrícolas del Estado), este año no hay más que 1.300.000 vacas, o sea 500.000 menos que en 1935. La falta de abonos se deja sentir de manera desfavorable: se necesitaría disponer de una cantidad tres veces y media mayor que la producción actual. También se advierte la falta de tractores; Kruchchev promete 500.000 más en el curso de los próximos cuatro años, etc.

Según los cálculos, cuyo resultado comunica Kruchchev, las concesiones anunciadas deberán procurar a los agricultores individuales, en 1953, 3.800 millones de rublos más que el último, a cambio de sus prestaciones al Estado y de sus aportaciones al mercado libre. Esto significa que

la industria ligera debería poder suministrar un aumento de mercancías por un valor global equivalente. El año que viene se tendrán más noticias sobre este asunto.

En el informe de Kruchchev hay una alusión a Lyssenko, para recomendar un método de siembra estival de cierta variedad de patatas. Desde la muerte de Stalin, ya se acabó el « mitchurinismo » integral y la hegemonía « lyssenkista », pero todavía no se han rechazado todas las teorías, experiencias y enseñanzas que el dogmatismo staliniano pretendía imponer como el alfa y el omega de la ciencia biológica extendida a la horticultura y a la ganadería. Lyssenko es objeto de duras críticas en las revistas especializadas, pero tiene libertad para responder a ellas, hecho que si bien parece insólito en la U. R. S. S., es normal en el resto del mundo. La desaparición de Stalin habrá tenido curiosas consecuencias en muchos aspectos. Es indudable que las siembras de patatas en verano, según un método de Lyssenko, no hacen daño a nadie, ni alteran en nada la ciencia de Mendel y de Weissmann, tan vituperada en tiempo de Stalin.

Pero, ¿ qué significa tan solícita atención dedicada a las patatas? Sencillamente, que la escasez y el precio exorbitante de este producto toman ya un cariz alarmante. La prensa soviética publica numerosos artículos sobre esta cuestión, pero no se atreve a dar cifras. Se sabe, no obstante, que el kilo de patatas, que se vendió a 8 copeks, en 1928 (antes de la colectivización agraria), costaba 168 copeks, en 1952, en la región de Riazan, según testimonio de Franks Rounds. Y se sabe, sobre todo, que una gran parte de la población no puede procurárselas, ni aún a precio elevado.

La *Pravda* del 29 de septiembre publicaba un editorial titulado: « Aumentar la producción de las patatas y de las legumbres ». El día 8 de octubre, aparece otro artículo en la primera página: « Efectuar lo antes posible la recolección de las patatas ». El 12 de octubre, dice en el editorial: « Acelerar el transporte de

las patatas y de las legumbres. » etc. El órgano político oficial del Imperio soviético, mentor de centenares de millones de individuos, destaca en primer término la cuestión de las patatas, que los campesinos y los hortelanos de todos los demás países resuelven espontáneamente y por sí mismos, sin colectivización ni coacción.

Es necesario leer en la *Pravda*, del 26 de septiembre, todas las decisiones precisas del gobierno de Moscú para llevar a la práctica las resoluciones adoptadas por el Comité Central, y que constituyen un documento monstruoso. Conviene hacerlo para convencerse de la falta de viabilidad de la colectivización agraria, que supone una burocracia parasitaria sin precedente; una planificación esterilizadora, una reglamentación minuciosa de los trabajos agrícolas extendida hasta los menores detalles. Los órganos directivos han reconocido que, de los 350.000 especialistas de grado superior y medio destinados a la agricultura, sólo 18.500 trabajan en los « koljoses », y 50.000, en las M. T. D. (estaciones de tractores y máquinas). Los demás están en las oficinas. Y en las M. T. S. faltan mecánicos especializados. En estas condiciones, ¿ cómo llevar a la práctica las instrucciones imperativas del poder ?

Todo está previsto en este documento digno de figurar en una antología del delirio burocrático y planificador : el número de cabezas de ganado bovino, de certeros, de cabras, de cerdos y de aves que habrán de obtenerse antes del primero de octubre de 1954; la proporción de las gallinas ponedoras por hectárea, y la de pavos o de ocas, en relación con el número de gallinas; la producción de leche por cada vaca y de lana por cada carnero; el engorde del ganado; la utilización de los toros y de las vacas jóvenes; el acrecentamiento del ganado caballar; el almacenamiento de los forrajes y la construcción de graneros; las sanciones contra los responsables de la no ejecución de los planes; el reparto

de prados y pastos; las medidas profilácticas y veterinarias; los laboratorios bacteriológicos; los medios de transporte; la inspección de las carnes; las entregas obligatorias al Estado en carnes para el consumo, pieles, leche, mantequilla, huevos, proporcionalmente a las superficies cultivadas; las prestaciones en quesos de oveja; las modalidades de pago; los porcentajes de entregas escalonadas; los cálculos proporcionales de los pagos en especie; la adquisición de animales reproductores; la incubación artificial; la cría de conejos y la entrega de las pieles de conejo al Estado; el lino y el cáñamo; los desperdicios y los residuos; las máquinas agrícolas, los arneses, los cueros; los pozos y los abrevaderos; los orujos y los aglomerados; el estiércol y las purinas; los sembreros; la mollienda, la pesca, les epizootias, los silos; el heno, la paja; por último, las mil modalidades de las exenciones, de las reducciones, de las exoneraciones condicionadas. sin hablar del número de ladrillos necesarios para la conservación de los edificios agrícolas.

No se menciona la cantidad de circulares de que irán seguidas tan sabias disposiciones, ni el número de funcionarios que habrán de esforzarse para ponerlas en ejecución. Cada cual puede dar libre curso a su imaginación en cuanto al *modus operandi*, al leer, por ejemplo, que las industrias alimenticias deberán devolver la leche descremada a los « koljoses » que la entregaron, y esto en tales o cuales proporciones, según los casos. O que ya no se debe admitir en los « sovjoses » « el sistema anticuado de dejar mamar a los terneros, impidiendo que se pueda ordeñar a las vacas. » Pero esta lectura laboriosa y pesada permite sacar una conclusión: los desdichados campesinos de la U. R. S. S. no han llegado aún al fin de sus pruebas, ni el gobierno de la U. R. S. S. podrá llevar a feliz término su empresa irrealizable.

B. STEFAN

LA TAREA DE HISTORIAR

POR AMÉRICO CASTRO

LA Historia no hace escarmentar ni sirve de guía a la conducta; contribuye, en cambio, a que la gente se dé cuenta del lugar humano en donde reside, y de cómo sea el ocupado por sus semejantes próximos o lejanos — esto, si la Historia realiza lo que ya va habiendo derecho a exigir de ella. Los hombres de hoy, con tanto viaje y comunicación, con tanto papel impreso, se sienten en más incómoda vecindad que nunca, pues la capacidad estimativa de la gente es limitada y está siendo forzada hasta un punto de indiscreta imprudencia. El volumen de inepticias que cada pueblo desborda sobre sus semejantes es tal vez mayor que en otros tiempos. De ahí mi interés creciente por un modo de historia intelectual y valorativo, y mi menor simpatía por la sapiencia porque sí. El desequilibrio entre el saber y el entender valorativo (gusto y goce) es ya pavoroso.

La ingenua urgencia de narrar o averiguar sin más, lo que pasó, hace olvidar a veces la auténtica realidad de los hechos y de las obras de la historia humana, una realidad sólo historiable cuando es puesta en correlación con la estructura humana en que existe, y con los valores en los cuales se hace significativa. Pirandello puso en boca de un personaje la siguiente declaración: « Un hecho es como un sacó que no se tiene en pie cuando está vacío; para que se mantenga derecho hace falta

poner en él la razón y el sentimiento motivadores de su existencia. »

Los hechos humanos necesitan ser referidos a la vida en donde acontecen y existen. Esa vida es, a su vez, algo, concreto y especificado, que se destaca sobre el fondo genérico y universal de lo humano. La anterior exigencia vale, igualmente, para lo que acontece en una construcción artística o de pensamiento. Si en un escritor de calidad (sirva ello como ejemplo) se encuentra algo procedente de otro, antes de decir que aquello no es suyo, habrá de determinarse la función de lo usurpado (en sentido latino) dentro de la totalidad de la obra, y ver cómo enlaza con el resto de las actividades valiosas del autor. Plagio es lo transplantado a tierras humanas vitalmente estériles.

Decir qué sea la realidad es asunto para filósofos. Pero sea ella lo que fuere, es indudable que la realidad de « lo histórico » consiste en un *estar en algo* eso que empieza por ser. Al *en dónde está* lo histórico de la vida humana lo llamo « morada vital », el centro-agente en donde se planea y de donde parte la historia de cada pueblo (1). No cabe hablar plenamente de historia cuando falta la referencia a una « morada » interior (vital) en donde situar los fragmentos inconexos de

(1) Explico esa idea en el cap. II de mi próximo libro *La realidad histórica de España*.

realidad humana, trátase de lo descubierto por los arqueólogos o de lo allegado por el periódico mañanero. Yendo a un campo muy diferente, tampoco logran realidad los fragmentos óseos de un animal fosilizado, hasta que no surge la imagen de la totalidad de su esqueleto.

Por ese motivo carece de sentido histórico cuanto se dice sobre la españolidad de los iberos, o de las otras gentes que habitaban la Península Ibérica antes de la venida de los romanos. Fragmentos de lenguaje, objetos referidos a un pueblo situado en un vacío mudo, aisladas menciones de historiadores de la Antigüedad no dibujan, no expresan una realidad histórica en el sentido que doy a estos términos. Primaria obligación del historiador es intuir y tener presente el área interior en donde la historia acontece; pero el historiador nada puede hacer, si el pueblo mismo no ha expresado su conciencia de estar existiendo como tal pueblo. La más antigua « morada » histórica de que hay noticia en la tierra que habría de llamarse y sentirse como española, es la de los romanos, la cual no era como la de los futuros españoles. Estos no existieron siempre.

En la morada de cada historia se originan actividades espontáneas, se adopta o se rechaza lo que llega de fuera, o lo que se toma del pasado propio o ajeno. Cada pueblo, desde la morada en que existe, maneja la *civilización* pasada o presente en forma peculiar, pues las tradiciones, como todo lo demás, especifica su ser, *estando* de cierto modo en la vida de cada comunidad humana. El pasado romano no se ha « realizado » del mismo modo en los países que habían formado parte del Imperio. Lo mismo aconteció luego en Occidente con la redescubierta civilización griega. Las *razas*, además de serlo, aparecen siempre estando de algún modo: los negros no están en la vida del Brasil como en la de los Estados Unidos, y todos son igualmente negres. Los judíos, otra « raza », no estuvieron en la vida española como en la del resto de Europa. Cosa análoga acontece a la idea de *generación*, o sea, a la vivencia del tiempo pasado y presente; el pasado próximo o remoto no se actualiza de la misma manera en todas partes, y, por lo tanto, su ritmo vital no es

generalizable o universalizable (en todo caso, no es ese aspecto el más importante ni el decisivo para el historiador).

El *clima*, lo mismo que cualquiera otra *circunstancia natural*, se subordina, como factor histórico, al hombre, y no éste a aquél. Las ciudades alemanas en el Brasil semejan a las alemanas y no a las brasileñas. Los habitantes, en ocasiones, fuerzan la tierra a producir lo que espontáneamente no da (los holandeses hicieron tierra del mar), mientras puede acontecer que riquezas al alcance de la mano no creen prosperidad en torno a ellas. En igualdad de circunstancias naturales, el cambio del elemento humano hace variar el tipo de civilización, para bien o para mal. El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. »

En suma, todo lo que *sea* (según la lógica, la metafísica, la ciencia) se vuelve para el historiador en un *estando*, en una *estancia vital*. La historia comprensible es, para mí, como una proposición vital en la cual un predicado (acontecimientos, fenómenos, de toda índole) se integrara en un sujeto-agente, lo explicara. De igual importancia que los grandes acontecimientos del pasado (guerras, instituciones, peripecias políticas, economía) son otros aspectos de la vida: religión, lengua, literatura, arte, pensamiento, ciencia, vida interior, « comportamientos ». La exigencia de tenerlos presentes desde el primer momento no demanda poseer saberes enciclopédicos, pero sí una clara noticia del *modo* en que dichos aspectos (junto con otros acontecimientos colectivos de cualquier tipo) se hallan situados en el existir de un pueblo, llevan en una u otra forma, la impronta de la disposición vital, de la *vividura* del pueblo en cuestión. En todo fenómeno humano que de veras y justificadamente reclama la atención del historiador hay, desde luego, algo reducible a conceptos universales; pero hay, además, la presencia del enlace entre ese fenómeno y la concreta disposición vital del pueblo en donde se encuentra situado. No es menester, por ejemplo, que el historiador analice rigurosamente la ciencia en un momento dado, si sería deseable (seamos o no capaces de hacerlo) mostrar cómo se articula un cierto tipo de saber



D. AMÉRICO CASTRO

(o de ignorancia) dentro de esta «morada vital».

La historia señala la curva del ascenso o descenso de los valores, el proceso axiológico y axiogénico. Ahora bien, podemos hablar de un pueblo históricamente por ser diferentes y peculiares los modos valiosos (merecedores de recuerdo y de perduración) en que cada grupo humano trató el mundo en donde existía y se realizaba. Si todos los pueblos se hubieran comportado de modo análogo — es decir, si la disposición de sus vidas hubiera sido análoga —, el hombre no sería sentido como un ser histórico. La historia nació de la curiosidad viajera, de la observación de la variedad humano geográfica.

La historia de un pueblo es totalmente suya, no es escindible en hombres latentes y acciones o acontecimientos patentes. Estos últimos han de aparecer en enlace con la disposición vital del hombre histórico, han de darse en una historia pró-

vista de un volumen suficiente de valías historiables. La vida histórica es muy pública, justamente por ser axiogénica, engendradora de construcciones valiosas, merecedoras de seguir estando ahí en alguna forma. La prehistoria, lo mismo que la muda o balbuceante arqueología (según antes dije) no merecen el nombre de historia, pues no sabemos ni sentimos en qué vidas se hacían reales las pinturas mudas, los restos monumentales, las referencias a pueblos remotos transmitidas como rasgos o ecos sin estructura. El monumento prehistórico adquiere realidad en la cultura moderna de quienes lo estudian y lo convierten en problema dentro de sus vidas. No sabemos qué sentido yace en las pinturas de Altamira o en el busto de la Dama de Elche; para nosotros hoy poseen valor sumo, pero en tanto que realidades historiables son como aerolitos desprendidos de un astro incognoscible.

Lo anterior permitirá captar el sentido de lo que llamo *real* en la historia del pueblo hispano, algo que poco tiene que hacer con la llamada « psicología » del pueblo español. Los fenómenos que presento en mis escritos acerca de este problema pretenden iluminar la vía a través de la cual ellos se conectan con la disposición vital llamada hispánica, o española si se quiere, la cual es una realidad singular, inseparable a su vez de los fenómenos y del proceso en que se manifiesta. Las « causas » de la existencia de la modalidad hispánica me importan menos que el hacer patente esa modalidad en su funcionamiento y coherencia vitales, y como conciencia del mismo vivir español. De ahí el interés que ofrece la delimitación temporal de ese conjunto de vida, de acciones y de conciencia, expresada ésta en un lenguaje creado por el mismo proceso de la vida. De ahí también la imposibilidad metódica de aceptar la vieja creencia de que los habitantes de la Península Ibérica, durante la dominación romana, eran ya como los españoles de más tarde (eran ya españoles), aunque sometidos a la presión de un poder no español. Pero los habitantes del Imperio Romano eran romanos « históricamente », por grande que fuera la mezcolanza de gentes, creencias y condiciones de carácter de quienes,

hacia el siglo IV de la era cristiana, (o ya mucho antes), hablaban latín y tenían a Roma como horizonte sus vidas. Hoy también son muy distintos los franceses de Bretaña y de Marsella, y, sin embargo, la disposición de sus vidas y su dimensión histórica son francesas. Lo cual es compatible con grandes diferencias, con que sea difícil imaginarse a un Renán marsellés, o localizar en Bretaña las anécdotas de Marius y Olive. Esos y muchos otros contrastes caben dentro de la compleja modalidad de una *vividura* o disposición vital.

Me doy precisa cuenta de que mi manera de historiar herirá susceptibilidades nacionales, en un momento en que cada frontera política (o con aspiraciones políticas) está armada más que nunca de defensas ideológicas, de unas defensas en que la sentimentalidad, el sofisma y las razones se trenzan prietamente. Será difícil hacer aceptable la idea de que, dentro del ámbito de la misma disposición vital, caben las más variadas realizaciones y naciones; y que sin variar la misma disposición se puede ascender a altas cimas de valor, o caer en vulgaridad y miseria. Enfoco la historia desde un punto de mira antropológico para, desde él, abarcar la amplitud de la realidad hispánica, revélese ésta en la expansión imperial del siglo XVI, en el peculiar uso de *ser* y *estar*, en la escasa ciencia e industria originales, en la maravilla literaria y artística, en el área ocupada por creencias y mesianismos de toda clase, y en *n* fenómenos más cuya realidad hispánica se hace patente al hacerlos converger hacia la « morada de vida » que los hace posibles y les presta sentido. Todo eso ha surgido y acontecido hispánicamente. No podría decirse lo mismo de la cultura romana en la Península Ibérica, o de la conquista de Dacia por el emperador Trajano, nacido en lo que luego sería Sevilla, pues Trajano realizó esa acción como romano, hablando y pensando en el latín de Roma, y no en andaluz de Triana; su « morada vital » era romana, no española.

Urge más entender y valorar la realidad hispana que buscarle « causas » y antecedentes que, en el mejor caso, nada contendrían equiparable a las acciones y

obras que unívocamente, denominamos españolas porque así las vemos y las sentimos. Aparece tal realidad desde el momento en que ciertas gentes de la Península Ibérica se comportan como españolas, o sea, revelan en actos de significación durable sus preferencias y capacidades; o con sus omisiones y desvíos expresan que no les interesa algo, que no saben o no pueden hacerlo. No voy, pues, a caracterizar a los españoles psicológicamente (en el sentido ya vulgar de este vocablo), ni a decir si son pasionales, envidiosos o sufridos. Su historia para mí consiste en la estela valiosa trazada por sus vidas, y en la confianza, o en la inquietud e inseguridad, siempre expresadas, respecto de sí mismos: en lo que han hecho, y en lo que tienen conciencia de no estar haciendo.

La evidencia primaria de que un pueblo posee dimensión histórica se da en el hecho de hacerse presentes sus obras en la vida de otros pueblos. Los españoles comenzaron a hacerse presentes en la esfera de los valores religiosos. Ya hacia el año mil, su creencia de que el cuerpo del apóstol Santiago yacía en Compostela encendía las almas y ponía en movimiento los cuerpos de incontables europeos. El Santiago español intervino, directa o reflejamente, en la civilización de Europa. Presentes están también Domingo de Guzmán, sin el cual no habría dominicos; Vicente Ferrer, agitador de la sensibilidad religiosa en el siglo XV; Ignacio de Loyola, cuyos jesuitas afectaron el curso de la política, de las ideas y del arte internacionales; junto a ellos Luis de Granada y Teresa de Jesús, a quienes la sensibilidad religiosa y literaria de Europa debe más de lo que suele admitirse. Incluso el quietista Miguel de Molinos, a fines del siglo XVII, posee alta significación.

Así pues, durante ocho siglos la tensión religiosa de los españoles ha comunicado su vibración lejos de sus fronteras, como estímulo activista y como expresión de sensibilidad; en mucha menor medida, como pensamiento religioso. Lo cual no menoscaba la idea de haber sido la creencia una máxima dimensión en la vida-historia de España, una actividad situada en lugar preferente en el recinto de su morada vital.

Este singular modo de creencia, nunca puesta en paréntesis por la meditación racional, comenzó a hacerse visible en gentes cuyo inevitable horizonte era el Islam español, el cual incluía un fuerte elemento judaico, muy luego insertado en la textura social de los cristianos. Se produjo así el hecho, sin paralelo en Europa, de existir en la Península tres maneras de gentes cuyo perfil personal y colectivo estaba trazado por su respectiva creencia: se era cristiano, moro o judío. Tan real y evidente fué esa larga y apretada situación, que el contacto con los otros países cristianos (muy fuerte desde el siglo XI) no hizo volver a los españoles a la disposición vital en que se hallaban los habitantes de la Península durante la época visigótica. Tan clara escisión me ha obligado a pensar que los visigodos no existían en la misma morada vital de los futuros españoles. No es la primera vez, por otra parte, que un pueblo se deiferencie en sus actos creadores de historia respecto de quienes habitaban sus tierras con anterioridad. Los italianos no son etruscos, ni ostrogodos ni romanos, sino meramente italianos.

Ser español significa, ante todo, haber existido como creyente. Tan es verdad que hasta el siglo XVIII no surgen en España nociones *seculares* acerca de la persona humana, aunque sin gran originalidad. Aun así, libertad religiosa no ha habido nunca. Se han tolerado otras creencias (después de suprimirse la Inquisición en 1833), siempre con escatimas y como

una necesidad impuesta por la ya más frecuente comunicación con el extranjero. En esto han coincidido todos los pueblos peninsulares, con lo cual expresan que la disposición radical de sus vidas es la misma. Este vivir en la creencia (que tan alta floración produjo en otros siglos) no dió ocasión a una teología como las de San Anselmo o Santo Tomás; pero no es eso lo que ahora importa, sino la manera de disposición vital implícita en la creencia española. El creyente hispano ha vivido en la confianza y en la esperanza, y desde ella concibió sus ideas respecto de sí mismo y del espacio vital en que proyectaba su actividad. Ambas nociones *carecían de límite*, pues el anhelar y el esperar son situaciones siempre abiertas.

Sin sombra de crítica *racional* acerca de sí mismo, el español distendió al máximo su aspiración y su brío, o cayendo en otro extremo, se dió por no existente. Lope de Vega sabía que el español « lleva en el alma el todo ». En cuanto al espacio, el hispano lo sintió tan próximo y accesible, que ya en el siglo XIII expresó el anhelo de extenderse por inmensas tierras. En el siglo XVI muchos soñaban en dominarlo todo bajo el signo de la cruz y de la espada de Carlos V. Creencia, personalismo integral, expresión y expansión ilimitadas no son para mí abstracciones o caracterizaciones psicológicas. Son radios que me llevan al centro de la morada vital de los españoles.

AMÉRICO CASTRO

El mensaje de las letras hispanoamericanas

POR JEAN CASSOU

KEYSERLING, en su exploración de los diversos pueblos del globo, debía encontrar en los de América Latina los más próximos a su tumultuoso temperamento. Porque su pensamiento nacía de su temperamento; su pensamiento era enteramente físico y biológico. Este filósofo telúrico vibraba antes de ser. Su conciencia debía su despertar, ante todo, al contacto de las energías cósmicas. Y se concibe que el lugar más apto del planeta para suscitar en él esta conmoción inicial no podía ser sino el continente iberoamericano con su tropical caos del tercer día de la creación. Allí debía sentir como ocurrieron las cosas *in principio*: esas comarcas no son solamente una « reserva » de especies vegetales y animales en estado salvaje, un *National Park*, un trozo de espacio, sino un trozo de tiempo donde podemos volver a empezar la experiencia de las emociones primordiales y de las primordiales creaciones.

Esta es sin duda la diferencia esencial de América Latina, la que separa de nuestro antiguo mundo esta parte del nuevo. No es sólo una diferencia étnica y geográfica: depende también de la evolución planetaria. Este universo llegado tarde y aún no acabado de descubrir se sitúa en un momento anterior al nuestro. Tal singularidad aparece sin duda en el paisaje de este universo, en los aspectos que reviste allí la naturaleza y en los del acuerdo o de la lucha de las construcciones humanas con

ella o contra ella. Y también en las costumbres de sus habitantes, su comportamiento político, sus problemas sociales. Como éstos están ligados a los nuestros, solemos a menudo definirlos y juzgarlos en términos que nos son propios: con lo cual incurrimos en errores desconcertantes, ya que nuestra terminología política no se aplica exactamente a los problemas políticos de los pueblos iberoamericanos. Un retraso, una disonancia histórica trastorna estas analogías. Las peripecias de la conquista, de la liberación luego, así como las condiciones de la mezcla de las razas no han permitido todavía a estos pueblos tener una acabada conciencia nacional. La era de la epopeya primitiva no está terminada para ellos, o sólo lo está desigualmente. Y los gigantescos conflictos de los imperialismos y capitalismo modernos que, en el resto del mundo, incluso la parte anglosajona de América Septentrional, afectan a naciones evolucionadas y potencias sólidamente constituídas, tocan allí a grupos nacionales o sociales aún en vías de formación y que se buscan. Y cuando los pueblos iberoamericanos se esfuerzan en abrirse una salida fuera de la órbita del dólar, realizan no sólo un acto político que incumbe únicamente a las cancillerías, realizan un acto vital, orgánica y espiritualmente vital: tienden a encontrarse a sí mismos y a asegurar su existencia de pueblos, a fundarla sobre una independencia.

cuyo desahogo y desarrollo les permitirán, primero y ante todo, expresarse, conocerse, meditar, ordenarse según sus caracteres propios, tanto económicos y sociales como morales, y entonces, y sólo entonces actuar conforme a ellos mismos, a aquello que se habrá revelado y que en adelante, sabrán ser ellos mismos.

Esta voluntad de conciencia, de conciencia autónoma y profunda, aparece hasta en el lenguaje, y en esa manifestación del lenguaje que es la literatura. Aquí también, como en el dominio de los fenómenos políticos, corremos el riesgo de cometer errores y confusiones, ya que los lenguajes de estos pueblos son dos viejos lenguajes europeos, el español y el portugués, que tienen siglos de evolución, de participación en la cultura, de literatura. Creemos por ello poder colocar las literaturas iberoamericanas en el cuadro que nuestros manuales de historia literaria nos presentan de las viejas y gloriosas literaturas de la Península. Y en verdad, a primera vista, llegamos a inscribir las obras del genio ibero-americano bajo los encabezamientos de capítulo de nuestra cronología literaria: romanticismo, simbolismo, surrealismo, etc. Ahora bien, estas son clasificaciones superficiales, forzadas y engañosas. Pues aquí nos vemos obligados a hacer una distinción entre lenguaje y lengua y a decir que si un poeta castellano y un poeta ecuatoriano nos parecen hablar la misma lengua, no hablan el mismo lenguaje. El del poeta ecuatoriano, como la naturaleza del Ecuador, y como los fenómenos políticos y sociales de este país, pertenece a otra edad, a una edad de nacimiento, de iniciación y formación. Otro dinamismo, auroral, salvaje y puro, le anima. Veo bien las influencias y corrientes que parecen venir de Europa, e ilusionar, pero no es sino una ilusión. Veo bien que un Rubén Darío sufrió apasionadamente la atracción de París y de ese simbolismo, que, al cabo de tantos siglos, se intitulaba a veces decadente. Pero esta crepuscular atracción se ejercía sobre una sensibilidad de orígenes. Se ejercía sobre una sensibilidad india, por lo tanto absolutamente extrínseca, a nuestro estado de sensibilidad de ese momento. Y el indio Rubén Darío no era de ese mo-

mento. No hay allí sino una apariencia de sincronismo, y de hecho no hay sincronismo. El simbolismo de Rubén Darío no es un fenómeno de influencia cultural: es una nostalgia sentimental y que se combina con otras nostalgias sentimentales en el fondo de un alma tan exótica en el tiempo como en el espacio.

Igualmente, noto en muchos autores hispanoamericanos, trastornos del lenguaje que pueden hacerme pensar en los procedimientos de autores europeos tales como Joyce. Pero en éste son la coronación a la vez sabia y exasperada, de un secular trabajo enciclopédico. Un Joyce ejerce su genio sobre una vieja lengua histórica y cargada toda de experiencia para hacerle decir lo que no hubiese dicho hasta entonces, y en particular los misterios del subconsciente. Se sirve de esta lengua como de un instrumento para sus investigaciones y sus descubrimientos. Para los autores hispanoamericanos, un Miguel Angel Asturias, por ejemplo, la lengua, su lengua, no es un instrumento, sino un elemento. Uno de los elementos de un cosmos elemental. El español es una lengua ilustre que tiene sus ejecutorias y que siglos de civilización han elaborado. Pero los explosivos y lujuriantes ejercicios con que la atormenta un Asturias son a imagen y semejanza del caos en que se despertó a la expresión este poeta guatemalteco, hijo de los Mayas, que lleva en su rostro la marca irrefutable de su raza. Tales desencadenamientos líricos no pertenecen en modo alguno a la tradición estética que va de Góngora al surrealismo: son de carácter orgánico y telúrico. No son expresión literaria sino biológica, física. Y en esto reside su precio. En esto reside su maravilla.

En un notable ensayo publicado recientemente por estos mismos Cuadernos, Ferrándiz Alborz estudiaba la aparición del indio en la literatura hispanoamericana. Fué menester sin duda que el indio se introdujese en ella primero como personaje, personaje de novela, objetivamente considerado. Es propio del realismo literario enriquecerse con tipos y costumbres que hubiesen escapado hasta aquí a su encuesta; y la literatura gana con ello, en la medida en que la literatura sirve para

revelar a la curiosidad del hombre nuevos territorios humanos, y a su sensibilidad nuevos modos de sentir. Así se vieron los campesinos integrados en la literatura, y los eclesiásticos, y los marinos, y los provincianos, y los provincianos de tal provincia, Alsacia o Bretaña, y los negros, y los « cow-boys », y las musmés. Tales conquistas de la realidad no son más que un primer paso en esa forma de conocimiento que es específico de la literatura. Este conocimiento se hace más profundo cuando el personaje recientemente anexado llega a ser, no ya objeto, sino sujeto, y que él mismo crea su literatura. El indio, la realidad india, del interior de sí misma, el alma india en fin, habla y se expresa. El lenguaje viene de las entrañas del suelo y de la entrañas del hombre que ha nacido de este suelo, que es este mismo suelo. Es un lenguaje español, sí, pero proyectado a otro período de su formación, transplantado en otra tierra. Rejuvenecido no, de ninguna manera, sino favorecido por otra juventud, quiero decir la juventud de otro lenguaje. Recreado, renaciendo. De donde una libertad extraordinaria y hallazgos que no son del orden de los que podría tener el español de Europa, ya que estos últimos están marcados por una época, por circunstancias, hasta por modas; se sitúan en el mecanismo de una tradición. Por el contrario, los hallazgos de los escritores hispanoamericanos tienen algo de imprevisible y de insituable, algo de excéntrico, de disparatado, algo de que no se hubiese podido nunca creer capaz a la lengua española. Giros sintácticos, síncopes, imágenes, comparaciones, parecen arbitrarias, gratuitas, fuera de lo concebible, de lo realizable, de lo plausible. Por supuesto, no hago aquí ninguna alusión al léxico, ya que es natural que el de los pueblos americanos sea diferente, con los nombres de plantas o de comidas distintas y otras singularidades típicas. Esto incumbe al americano objetivamente descrito, quien tiene evidentemente su dialecto, sus dialectos, como el bretón o el alsaciano de las novelas naturalistas francesas. Hablo de la lengua misma, en su substancia poética, que, empleada por un poeta como César Vallejo o Pablo Neruda, o aun Asturias, para volver a este ejemplo

no menos prestigioso, se manifiesta como una lengua de una frescura, de una novedad, de un empuje orgánico totalmente asombrosos. Y el primer asombrado será la misma lengua española, ya que, la admirable criatura, se sabe susceptible, según los estilos, las escuelas de los siglos pasados y venideros, de una perpetua renovación. Pero no de esta desmesura y de esta inconmensurabilidad, de esta aberración, de esta extrañeza. Y he aquí que se ha vuelto muy extraña a sí misma. Lo cual debe ser para ella una extraña impresión. Tanto como para el lector de Asturias, confundido por esta manera tan total de tener genio.

En las imágenes es donde quizás nos será más inmediatamente sensible esta independencia del lenguaje hispanoamericano respecto al devenir continuo y como genealógico y lógico de la lengua, de la poesía, de la poética españolas. Esta última, como todas las poéticas del viejo continente, se ha aplicado a una realidad exterior, a una naturaleza cuyo uso secular ha transformado, agotado, renovado, enriquecido los aspectos dejándonos, desde la aurora de dedo rosado y la risa innumerable de las olas, un arsenal de metáforas con el que nos hemos familiarizado forzosamente. Por sorprendentes que sean, en este dominio, las próximas invenciones, por revolucionarias que las haga el genio futuro, nos parecerá que se inscriben en una tradición. No ocurrirá lo mismo con las del presente genio americano; digo bien: presente, y no contemporáneo. En efecto, ninguna coexistencia, ni ninguna identidad de especie puede establecerse entre nuestra mirada sobre el mundo — que es nuestro mundo — y la que echa sobre él mundo — que es el suyo — un poeta hispanoamericano. Lo heteróclito de su lenguaje se duplica con lo heteróclito de sus metáforas. Estas se mueven, se encuentran, chocan, se combinan en una naturaleza virgen. De ahí el aspecto forzado, alocado, a nuestros ojos, de toda esta poética. Los puntos de comparación surgen allí a distancias astronómicas los unos de los otros. Distancias, no sólo en el espacio, sino en el tiempo, ya que se establecen, por ejemplo, entre cosas naturales y generales y cosas fabricadas y

actuales, sin ninguna de esas preocupaciones de adecuación que retienen nuestra retórica. Las relaciones se presentan en un grado de tensión difícilmente tolerable para nuestros nervios. Una fiebre nos arrastra, vertiginosamente de hipérbolo en hipérbolo. En resumen, para nosotros esta poética es heteróclita, pero también paroxística.

Una lengua española, por consiguiente una literatura española que escapan al mecanismo, a la cronología y a los hitos de la lengua y de la literatura españolas, tal es la paradoja. No se podría concebir nada más excitante para el espíritu, ya que es una paradoja de vida. La vida prevalece sobre el sistema y sobre la razón, lo que es arrebatador y chocante al mismo tiempo. Chocante, sí, ya que esta paradoja pone en tela de juicio el gusto. El gusto es una creación de la historia, una creación de la cultura, el testimonio, adorablemente conmovedor de la conveniencia entre las formas y el medio que las ha creado y que se complace, se mira y se satisface en ellas. Forzosamente no puede haber gusto en las obras paradójicas de la vitalidad hispanoamericana, del genio hispanoamericano. El Simbolismo de los simbolistas europeos podía manifestar gusto, y ese gusto era el de la época; era, como se dice de los objetos que venden los anticuarios, *de época*. Era la flor de la época, pues el Simbolismo se situaba en su tiempo y lugar; se inscribía necesariamente en la historia de la cultura europea. Puede gustar más o menos el gusto simbolista, pero no se puede negar su existencia. Y este gusto, en ciertos autorcillos simbolistas dotados solamente de talento en lugar de genio, puede, a fuerza de refinamiento, rebuscamiento, insistencia y fatiga, llegar hasta el mal gusto. Albert Samain, o algunos poetas inferiores a Albert Samain, han mostrado este mal gusto. No diré lo mismo de Rubén Darío. Su simbolismo, aun en sus partes más afectadas, allí donde no es más que el efecto de un contagio en una naturaleza que parece debilitarse voluntariamente para sufrir más deliciosamente su daño, no es mal gusto. Está fuera del gusto. Pues no es el exceso de una moda. La moda es un fenómeno de civilización, de cultura. Y nuestro indio está fuera de la

cultura. Por muy enamorado que esté de las modas europeas y en particular de esta, de este encantador, lánguido, exquisito melancólico simbolismo de Europa, de Versalles y del Barrio Lutino, no puede adoptarla como una moda. Sigue siendo un indio, y un indio no puede ajustarse a nuestra moda. Pero triste de su tristeza india, cargado de un pasado primitivo, heterogéneo en todo a nuestros viejos pasados, de un pasado que se hace presente, pero presente que no sabría marchar al mismo paso que nuestro presente, este admirable poeta siente aspiraciones que, por cierta simpatía superficial, parecen semejar a las de sus compañeros simbolistas europeos, y las expresa en una lengua que se identifica, o solamente se parece o parece semejar al español... Pero no puedo decir nada más. Un mal poeta simbolista tiene muy mal gusto. Pero el más detestable simbolismo del peor poema simbolista de Rubén Darío no es de mal gusto. Un pequeño burgués que compra sus muebles en un bazar tiene mal gusto. Pero un primitivo, un salvaje, un indio que se entusiasma por una mercancía de ese mismo bazar, no diremos que tiene mal gusto. Soñaremos tan sólo con los motivos peregrinos de su entusiasmo y que son los mismos que, otras veces, lo arrastraron a un canto, a un grito totalmente originales.

Nuestros criterios, nuestras referencias, nuestros indicios no pueden servirnos para juzgar a estos americanos. Son de otro lugar y preparan otra cosa. Lejos de nuestra continuidad, se activan en una obra que posee su velocidad, su potencia y su razón. Tiene el crecer de las primeras juventudes, impetuoso, violento, cándido. Es apasionado, pero en modo alguno a la manera de los personajes de aquí, cuyos sentimientos han recorrido toda una historia semejante a la de las especies animales: y el amor, la ambición, el sentimiento filial, la maldad tienen entre nosotros su monografía desde los tiempos prehistóricos hasta nuestras últimas posguerras, como el caballo o tal o cual vértebra. Al contrario, la pasión, allá, es enteramente nueva, enteramente cálida, apenas salida de la forja de los volcanes. Una vez más, quiero de entre una magnífica flo-

ración de grandes genios, tomar a Miguel Angel Asturias como ejemplo típico de la expresión literaria hispanoamericana y, en sus poemas de tan lujuriente riqueza metafórica y musical, en sus *Leyendas de Guatemala* donde se reconoce contemporáneo de los períodos fabulosos, en su atroz novela *El Señor Presidente*, en su todavía más sorprendente novela *Hombres de Maíz*, uno de los libros cumbre, quizá el libro cumbre de América, considerar una realidad absolutamente inadecuada a nuestras realidades de Europa, y algo así como un prodigio. Un prodigio que se define ante todo por lo que es, puesto que es, que existe, que está ante nosotros como obra maestra consumada. Pero un prodigio que se hace y que testimonia cosas que se hacen. Un prodigio que no se sitúa en una sucesión, en un desarrollo como nuestras obras maestras, sino en un comienzo, por lo tanto implicando virtualidades desconocidas e incognoscibles.

Lo admirable es que esta literatura hispanoamericana no se concentra entera y exclusivamente en esta situación de primitivismo, y, para decirlo todo, de *genialidad pura*. Aspira igualmente a hacerse cultura, y por lo tanto a marcar su relación con las culturas, a colocarse en una sucesión de acontecimientos espirituales, conscientes de sí mismos, de su significación y de su acción bienhechora y susceptibles de presentarse, no sólo como explosiones de la naturaleza, como irreprimibles manifestaciones del instinto, sino también como fenómenos inteligibles y objetos de conocimiento. Una cosa me llama la atención, y es que los últimos humanistas tengo que buscarlos en América Latina. En nuestra Europa desgarrada por insolubles contradicciones, jadeante y exangüe, la que se llamaba, desde el siglo XVIII hasta nuestra última posguerra, la sociedad de los espíritus ha desaparecido y, pese a los laudables esfuerzos no parece ya reconstituible. Porque los principios en que podía fundarse están cruelmente puestos en tela de juicio: hay que volver a empezar todo. Así, pues, debemos por fuerza volver los ojos hacia alguna cosa que *comienza*. Quizá es mejor que el humanismo, en vez de volver a ponerse en marcha partiendo de ruinas, parta de nuevo. El humanismo ya

no está entre el número de las humanidades reducidas a polvo. No se reconstruye: vaya pues por su construcción. Y ésta, quizá, será la obra de los hombres que viven en un clima enteramente distinto y nuevo y a los que anima un sentimiento nuevo de la duración. Pudo haber en nuestros círculos, nuestras bibliotecas, nuestras tertulias, espíritus libres que el pasado ilustraba y que con el raso de las cosas justas, buenas y hermosas medían la calidad y la eficiencia de las cosas por nacer. Estos espíritus habían alcanzado una sabiduría a la cual los creadores, tanto en el dominio del pensamiento, puro o inmediatamente activo como en el de la misma acción, es decir, de las decisiones subversivas y de vasto alcance, podían complacerse en recurrir. Hoy es a América Latina, al fondo de los viejos imperios bárbaros del Méjico precolombiano, cuna de mezclas y revoluciones que sólo han dicho su primera palabra, a donde iría, de buena gana, a descubrir en un escritor como Alfonso Reyes el tipo del humanista. Es decir, del hombre que cultiva las virtudes exquisitas de la erudición viviente y fructuosa y de la cortesía espiritual, y satisface en las bellas letras su gusto por la simpatía universal y su fe en el acercamiento de los hombres. Este tipo de hombre puede parecerle a algunos anticuado y frívolo, algo así como un lujo académico, pero no menospreciar la historia de las civilizaciones. Éstas, a través de las catástrofes y los oscurecimientos, como a través del desgarramiento necesario y justificado de las acciones, nacen también de este lujo. Este lujo conserva, prolonga y crea. A las individualidades y a las masas que transforman la historia les recuerda que estas transformaciones sólo son valederas en el orden y a la medida del hombre. ¿Qué es este lujo sino preocupación de enciclopedia y de armonía, exigente necesidad de universalidad? Es confortador descubrir su huella en una literatura de carácter esencialmente tropical, como si entre los ruidos y los perfumes de la selva virgen, junto a figuras terribles, se descubriera la de un Dios naciente.

JEAN CASSOU

FRONTERAS DE LA NOVELA

POR HERNANDO TÉLLEZ

ENTRE la novela iberoamericana y la novela europea existen algunas diferencias que no emanan precisamente del hecho de que la primera represente una tradición literaria más antigua, y, seguramente, más ilustre que la tradición literaria de la segunda, más joven o menos ilustre. Es evidente, desde luego, que las escuelas novelísticas europeas influyen, con el retardó histórico correspondiente, en las escuelas o modas de la novela iberoamericana. Pero, a partir de un cierto momento histórico, la diferencia entre una y otra novela se precisa más, se delinea mucho mejor que antes. Mucho mejor, por ejemplo, que en el siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. En el XIX, Iberoamérica es, en el orden de la novela, como en casi todos los órdenes literarios, una modesta sucursal, una dócil colonia europea.

La diferencia nace, muy vigorosa, cuando los novelistas iberoamericanos de verdadera importancia resuelven dejar de ser tributarios de Europa y hacer, en cuanto a los temas sobre todo, una nueva revolución de independencia. Es decir, cuando deciden que las novelas de esta parte del continente deben interpretar las peculiares realidades del ambiente físico y social que los rodea. Y, principalmente, interpretar esa extraña realidad que es el hombre americano, como tal, como criatura humana

nacida dentro del cuadro especial de unas determinadas circunstancias. Al ocurrir esto con las novelas de los colombianos Tomás Carrasquilla y José Eustasio Rivera, del argentino Ricardo Güiraldes y del venezolano Rómulo Gallegos, la crítica europea halla la primera estupenda dificultad para juzgarlas: la que emana de la sorpresa de un mundo nuevo, verdaderamente nuevo para el concepto europeo, respecto de los conflictos sociales y psicológicos que esas mismas novelas transcriben ejemplarmente.

La frontera entre Europa y América, por cuenta de la novela, queda bien limitada después de estas grandes creaciones, a pesar de los meritorios e inútiles esfuerzos que los escritores europeizantes de la Argentina, de Colombia, de Chile, del Ecuador, etc., etc., hicieron y continúan haciendo para mantener intacta la subordinación temática y técnica de la novela a los cánones europeos. Ha sido, pues, suficiente que una media docena de verdaderos novelistas iberoamericanos seguidos por otros menos verdaderos e importantes, pero más numerosos, insistieran en dar el necesario ejemplo, para que esa frontera pudiera precisarse. ¿De qué tratan esas grandes novelas como para que resulte cierto que implican una novedad radicalmente americana? La respuesta es bastante fácil: de la selva, la pampa, la

llanura ; del misterio de una geografía, de una mitología, de una etnología, inexploradas ; y en medio de todo ello, del misterio de un hombre sujeto a estímulos, a determinaciones, a hechos sociales, económicos y políticos sin parecido con los que originan la conducta de la misma criatura humana en otras latitudes. La imposibilidad de que un héroe de las novelas de Carrasquilla, de Rivera, de Güiraldes, de Mariano Latorre, de Jorge Icaza, de Miguel Angel Asturias se comporte psicológicamente como un héroe de Proust, de Joyce, de Aldous Huxley, de Thomas Mann o de Jean-Paul Sartre, es el síntoma inequívoco de que la novela iberoamericana implica una realidad artística diferente de la realidad artística de la novela europea. Conviene insistir en esta verdad, que es, sin embargo, muy obvia, pero sobre la cual subsisten todavía no pocos equívocos. La novela iberoamericana, para serlo auténticamente, necesitaba corresponder con entera lealtad a la demanda histórica. No podía « quemar las etapas », como había ocurrido con la novela romántica y la naturalista del siglo XIX en la América latina. Esas anticipaciones, esas imitaciones de los modelos europeos, como lo fueron tales novelas, resultaron deplorables. En rigor, representaron una caricatura del modelo, porque, desde el punto de vista de la interpretación de sus propias realidades históricas, América no podía llevar a sus novelas, sin que se volvieran caricaturescos y falsos, los conflictos psicológicos y sociales de la etapa europea que trataba de imitar. La suprema falla del romanticismo y del naturalismo en la novela iberoamericana del siglo XIX y una parte del XX, consiste en que hace un trasplante indiscriminado y servil de las formas y la esencia del romanticismo y del naturalismo europeos. Por eso mismo también, en el caso especial del naturalismo, éste se convierte en la caricatura literaria del mismo, es decir, en mediocre costumbrismo. El modernismo europeo incidió con algunos resultados fatales en la novela iberoamericana de la misma época señalada. Bien es verdad que esta moda literaria significaba una cabal antítesis de la psicología social y de la particular del hombre americano, y, por lo

mismo, no obtuvo sino un auge limitado cuyos perturbadores efectos quedan, apenas, como débil testimonio del snobismo literario en estas comarcas. El modernismo, a diferencia del romanticismo y del naturalismo europeos, no consigue alterar ni corromper a fondo la autenticidad latente en la novela americana.

Esa autenticidad, me parece, llega a su plenitud ahora mismo, en nuestro tiempo. El gran novelista iberoamericano superó la etapa de la imitación a partir del instante en el cual hizo el mejor de todos sus descubrimientos : el descubrimiento de América. Anteriormente se había propuesto una tarea gigantesca y absurda : descubrir a Europa y transplantarla, con ligeros retoques, con cautelosos disimulos, a su propio continente. Al descubrir cuanto tenía en torno suyo, al alcance de sus manos, al alcance de sus sentidos, incitándolo, llamándolo, reclamando su testimonio y su interpretación, realizó el acto más importante y decisivo de su propia historia literaria. La tierra y el hombre americanos, las contradicciones y conflictos correspondientes a ese mismo hombre en su propia atmósfera geográfica y social, constituyeron un hallazgo imponderable para la creación novelística. Además, así se fijaba la frontera literaria natural con Europa, sin que esa línea divisoria entrñara la negación, de todos modos imposible, de la herencia cultural o de la experiencia artística europeas. Pero las creaciones de la novelística latinoamericana iban a ser, ahora sí, honestamente originales, puesto que llevaban como designio profundo, el de traducir una porción de realidades específicas, nacidas de un proceso social sin semejanza con el europeo y en cuyo desarrollo todas las alternativas históricas llevaban un sello especial, una marca característica.

La primera diferencia de este lado de la frontera, sería esta : el novelista iberoamericano tenía que comenzar por el principio, en tanto que el novelista europeo podía seguir explotando el final del proceso. Digamos, para ser un poco más claros, que el novelista europeo podía seguir la ruta a partir del punto fijado por Proust o fijado por Joyce — como se quiera — hasta llegar a Kafka y continuar la marcha.

El iberoamericano debía partir del ingenuo mapa literario acotado por los cronistas de la Colonia y, prolongando con un sentido más ambicioso la etapa de la literatura ecológica, llegar al redescubrimiento de su tierra y de sus hombres. La diferencia cronológica entre una y otra señal de partida, entre uno y otro experimento es, más o menos, de 400 años. Al aceptarla, los novelistas iberoamericanos pisaban, como quien dice, « tierra firme ». Pero esa tierra firme es lo que les permite ser auténticos, ser veraces, ser lo que debían ser : los intérpretes insofisticados de una realidad que palpan, que conocen, que aman o que detestaban, pero que en ningún caso es una invención arbitraria o artificial, porque ahí está esa realidad dominante o dominada, terrible o benévola, modelando sus ideas, sus sentimientos, su noción de la vida, su concepto del mundo. Esa realidad, antes del descubrimiento a que me refiero, hecho por cuenta de la novela contemporánea, se les escapaba a los novelistas del pseudo-romanticismo y naturalismo del XIX, porque entre su duro contorno y la imaginación de ellos mismos, se hallaba tendida la nebulosa cortina de humo de los modelos europeos ante los cuales pagaban el tributo de la beata imitación. « Lo que somos, eso es lo que somos », parecen haberse dicho, en un momento dado, los grandes contemporáneos. Y, además, deben haberse preguntado esto otro, todavía más importante : ¿ por qué somos lo que somos ?

La respuesta a esto último se encuentra precisamente en las mejores novelas de nuestro tiempo iberoamericano. Somos así, parecen decir esos autores, porque somos hijos de la selva, veteranos de la manigua; de la soledad, de la lejanía y del misterio, porque nuestra civilización no concluye, sino que apenas empieza ; porque nuestra incipiente cultura es un noble artificio que se destroza constantemente ante la tenaz oposición de las circunstancias físicas y sociales que le son hostiles ; porque todavía, entre nosotros, todo es rigurosamente provisional como corresponde a un universo social y político que está buscando, sin encontrarlas aún, su estabilidad y sus jerarquías.

De esta suerte, la novela iberoamericana ofrece una visión del mundo y una visión del hombre que, de ninguna manera pueden ser las mismas que la novela europea ofrece de su mundo y su hombre. El hombre en la novela iberoamericana, aparece como una criatura primordial cuyas intuiciones le dictan, siempre eventualmente, las normas para su lucha contra las circunstancias físicas, sociales o políticas que lo presionan. Todo proceso psicológico, en esas novelas, es elemental. El hombre está allí psicológicamente entero, como unidad, absoluta, a tiempo que en la novela europea ha sido ya parcelado en secciones, en compartimentos, en subdivisiones que llegan hasta lo infinitamente pequeño. La histología proustiana de los sentimientos, el análisis celular o atómico de ellos mismos, la codificación minuciosa de los movimientos de la conciencia, la querrela interminable en torno al problema metafísico, no son las constantes de la novela iberoamericana. Son, en cambio, las de la novela europea contemporánea. El novelista de esta parte del mundo, afronta, es cierto, implícitamente, no explícitamente, todos esos mismos problemas. Pero su mensaje tiene, básicamente, otros signos. En primer lugar, el signo esencial no es el metafísico, no lo determina el problema de la conciencia, sino uno más general y más sencillo : el de la existencia como batalla ante el medio físico y el medio social. La novela iberoamericana plantea, desde luego, el problema de la libertad, pero no a la manera europea, como una querrela doctrinaria respecto de la cual puede haber una o mil tesis contrarias de tipo filosófico o de tipo político. El problema de la libertad en la novela iberoamericana es, sencillamente, el problema de la libertad para poder existir como una criatura humana. El Estado, la sociedad y la naturaleza conspiran sistemáticamente, en la realidad de estos países, contra esa primera y biológica libertad. Rivera, Gallejos y Miguel Angel Asturias, por ejemplo, hacen de ese problema, en sus novelas, una demanda. Sus personajes, juzgados con un riguroso y correcto criterio crítico europeo, resultarían metafísicos. Y, en verdad, se encuentran en estado químicamente puro frente a las nociones del bien

y del mal. Ninguna posibilidad existe de que promuevan y resuelvan el litigio gidiiano de la conciencia, o el litigio mauriciano de la gracia, o el litigio huxleiano de la razón, o el litigio proustiano de los sentimientos. El gran problema en las novelas iberoamericanas no corre por cuenta de esos sutiles derivados y subderivados de la inteligencia, la sensibilidad, la razón y la cultura, sino por cuenta del hecho simple y terrible de poder alcanzar la libertad de existir.

De ahí, pues, que la novela iberoamericana haya tenido que establecer, literalmente, un tratado de límites con Europa para adquirir su originalidad. Esta dependía del hecho de que los novelistas dejaran de mirar y de valorar con una óptica y un criterio europeos los problemas de América. Al hacerlo así su versión del hombre les resultaría tan natural, tan « brutal », como se presenta en *La Vorágine* de Rivera o en *El Señor Presidente* de Asturias. En esas novelas la metafísica se hace pedazos ante los modelos humanos. ¡ Qué lejos nos encontramos ahí de los sutiles meandros psicológicos de la novela europea, y qué distantes también del ale gato crítico de la razón ! La fuerza elemental, el terrible vigor de la gran novela iberoamericana, establece también otra diferencia sustancial con la europea, pues ésta, a pesar del horror, de la crueldad que ha logrado acumular en los años de

la post-guerra, no da la misma sensación de fatalidad natural e irresistible con que se presenta el destino del hombre en la novela iberoamericana. El vigor incontrastable de ésta última padece de la misma feroz simplicidad de los problemas que plantea. El hombre, en la novela ya citada de Miguel Angel Asturias, por ejemplo, no tiene siquiera el alivio de una metafísica que como en el caso del hombre en *La Hora 25* de Gheorghiu, le explique su propia crueldad o su propio martirio.

La novela iberoamericana lleva, pues, un signo diverso del signo más general y acusado de la novela europea. No se puede decir que es hija del experimento proustiano, ni de la tentativa joyciana, a pesar de las vagas o precisas resonancias que de cualquiera de estos dos supremos modelos puedan advertirse en ella. Es hija de la propia historia en que nace. Esa historia, como proceso, es inescapable. Y determina, por consiguiente, sus peculiaridades. Antes de que la novela iberoamericana llegue a convertirse en un complicado y sabio testimonio metafísico sobre la condición del hombre tiene que cumplir, como lo está haciendo, la etapa de ser sencilla y ejemplarmente una demanda en favor de la más elemental de las libertades solicitadas por el hombre en estas comarcas : la de poder existir como criatura humana.

HERNANDO TÉLLEZ

« Iberoamérica es, estoy seguro de ello, una región de nuestro mundo occidental que tiene un gran futuro delante de sí, y mi interés personal está particularmente dirigido a esa cadena de países latinoamericanos, desde Bolivia hasta México inclusive, en los cuales la historia local de la civilización no comenzó con la legada de los conquistadores del lado atlántico de Europa en el siglo XVI de la era cristiana ; por eso, en mi intento de hacer un estudio comparativo de las civilizaciones que han hecho tan remota aparición, he incluido en mi examen las civilizaciones precolombinas de las Américas. »

ARNOLD J TOYNBEE

El escritor en la sociedad de masas

de FRANCISCO AYALA

CREO que, desde que en el mundo se escribe, nunca se habrá escrito tanto acerca del escritor mismo como durante estos dos o tres decenios últ mos. La literatura encaminada a dilucidar de un modo u otro la posición de los « intelectuales » en la sociedad contemporánea resulta ya impresionante por su volumen, y también respetable por la perspicacia y finura de sus análisis, aun cuando, tomada en conjunto, pueda verse en ella una manifestación grotesca del consabido narcisismo. Y no diré yo que no lo sea ; pero, por mucho que descubra mortificaciones de la vanidad junto a un desesperado deseo de hacerse valer, transparente siempre también la conciencia, más o menos clara, de que los cambios de la época están desplazando, ponen fuera de lugar y privan de sentido a la actividad del hombre de letras, lo que sin duda es grave para el hombre de letras, pero (y ésta sería la cuestión) ¿ sólo para él ?

Antes de ahora, el escritor pudo consolarse de la impopularidad o — más exactamente — de la indiferencia pública, con esperanzas de futuro. Quien ejercía el oficio literario ante el público abierto e indefinido de la sociedad liberal, podía afrontar razonablemente su escasa ventura y aceptar lo mezquino de su éxito, atribuyéndolo a que, o las nuevas masas recién alfabetizadas no habían adquirido aún el grado de refinamiento cultural indispensable para saborear los más delicados productos de una vieja y muy elaborada tradición (siendo así mera cuestión de tiempo, el que llegara a las multitudes lo que por el momento quedaba reservado a minorías especializadas, encargadas de transmitirlo y, acaso, popularizarlo), o bien que, frente a una literatura barata al alcance del vulgo, tiene que levantarse siempre lo selecto, cuya estimación exclusiva por el grupo de los mejores compensa del clamor multitudinario, haciendo irrisorios los triunfos de la popularidad

efímera por contraste con la perduración que promete.

Ambas interpretaciones, combinadas entre sí con mucha frecuencia, respondían a los supuestos cardinales de aquella sociedad liberal : distinción entre una *élite* cualificada frente a la masa informe, y progreso continuo, tanto en el sentido de selección de dicha *élite* como en el de paulatina elevación de esta masa. Y, desde luego, describen con bastante exactitud la realidad de la situación durante esa etapa social, ya vencida. Hoy, en cambio, sería un recurso desesperado atenerse a tales supuestos, cuya falacia se ha hecho tan evidente. Ha progresado, en efecto, la alfabetización, y las masas, antes inertes, se han incorporado de lleno a la actividad social. Pero, con ello, la sociedad liberal, dirigida por una clase burguesa que seguía las orientaciones y recibía muchos criterios de su propia *élite* intelectual, ha desaparecido para dar paso a una sociedad informe, donde no hay grupo que ejerza autoridad por virtud de una particular cualificación. Y en esta sociedad de masas, ¿ qué hace, ni qué papel le está reservado, qué perspectivas se le prometen al escritor libre ? La ansiedad que aquellas inquisiciones revelan no es, ciertamente, fruto de una aprensión vana ; en el aire se percibe que está sellado su destino. Y eso, a pesar de que su posición concreta — considerada en sí misma — no ha empeorado entre tanto. Incluso es muy probable que las condiciones materiales de su existencia le sean un poco más propicias, gracias a la elevación general de los niveles económicos ; que haya actualmente más escritores profesionales, y vivan mejor, que a finales del siglo pasado. Mas, aunque él siga estando allí donde estaba, las proporciones y relaciones del cuadro social se han alterado en tales términos que su figura, antes destacada en un primer plano se ha hecho insignificante y marginal ; y aquella su obra,

manjar estimadísimo de entendidos paladares, o secreta simiente destinada a germinar y ramificar hacia copiosos frutos, se ha trocado en una fruslería destituida de todo porvenir.

Así, el cambio operado a su alrededor hace anacrónica, insensata y absurda, su posición en el mundo. Cuando era una personalidad independiente pontificando frente a un público indefinido, pero, en realidad, influyendo sobre una « burguesía ilustrada » a la que el mismo pertenecía como miembro conspicuo, unos pocos miles de lectores bastaban al escritor para garantizarle la fecundidad de su obra. Esos lectores pertenecían a los grupos dirigentes de la sociedad, tenían en sus manos las palancas de dirección y mando, constituían la instancia decisiva. Burgueses emancipados de los tradicionales prejuicios, librepensadores, activos y responsables, entre ellos el escritor era exponente de una autoridad espiritual desvinculada de instituciones y aplicada a elaborar desde diversos ángulos, con libertad completa, la concepción del mundo y el entendimiento de la vida propios de una sociedad que abandonaba rápidamente las viejas estructuras estamentales hacia equilibrios más dinámicos y relaciones más justas. Poco importaba, pues, que su público actual fuera restringido. Su palabra llegaba, en todo caso, a donde tenía que llegar, a donde podía alcanzar efectividad; y, por otro lado, era de esperarse que conforme el pueblo fuera saliendo de las formas tradicionales de vida en que todavía estaba sumido, y despertara, y se ilustrara, y se elevara hasta participar de lleno en la cultura viva de la época, se ampliaría el público y, por consiguiente, la influencia directa de la *élite* intelectual. Cierta subproducción literaria que un estrato muy bajo de lectores había comenzado a devorar como pasto idóneo — la novela de folletín, el melodrama — consentía ser desdeñada como fenómeno circunstancial y pasajero de un apetito que la alfabetización despertaba antes de haber afinado el gusto, fenómeno saludable, pues, y nuncio de excelentes desarrollos.

Sin embargo, pasado el tiempo, hemos alcanzado hoy ya el punto en que las multitudes, alfabetizadas, arrancadas por completo de las viejas estructuras sociales, se incorporan en masa a la civilización moderna; la burguesía puede considerarse prácticamente disuelta en el seno de la nueva sociedad; y mientras, los escritores libres continúan, sin embargo, reducidos, como si nada hubiera cambiado, a producir para unos escasos miles de lectores. Muy explicable es que sus miradas desdeñosas al vulgo se carguen ahora de temor; que la ignorancia campante, la oronda chabacanería, suscite su inquietud acerca del propio destino — individual y de grupo — bajo a forma objetiva de inquietud por el destino de las letras. De tal modo se ha alterado

el juego de las fuerzas presentes y activas en nuestra sociedad, que la posición de la minoría creadora de cultura ha llegado a ser precaria en extremo.

En verdad, el problema de la posición del escritor en una sociedad de masas surge muy temprano, con la crisis misma de la sociedad liberal burguesa. Tan pronto como ésta se escindió en dos clases con la formación del proletariado, empieza a manifestarse también la idea de una literatura proletaria, adecuada a las características de esta nueva clase social que se consideraba dueña del porvenir. Y es claro que una nueva literatura, en tal sentido sociológico, supone, además de contenidos específicos, una distinta manera de entender la función y posición social del escritor. El puesto de éste en la sociedad era, pues, una subcuestión implícita.

A la fecha, no queda ya posible duda sobre el fracaso de intentos semejantes. Lo que ha querido darse una vez y otra por literatura proletaria no pasaba de ser sino versiones degradadas, y muchas veces caricaturescas, de la literatura burguesa; o, dicho en otros términos, mala literatura. Y el propio escritor pretendidamente proletario, cualquiera fuese la ideología de su obra, era en todo caso un escritor burgués — quizás, también, infraburgués — sólo sujeto a sus propias iniciativas personales, y empeñado en competir en un mercado literario libre, con vistas a la captación de público. Se dirá que no hubiera podido ser de otra manera hasta lograrse la transformación social prevista y postulada por ideólogos tales. Pero es lo cierto que, allí donde se produjo de hecho una revolución inspirada por ellos, y se pretendió haber transformado la sociedad eliminando a la burguesía, se nos ofrece hoy por « cultura proletaria », al cabo de 35 años, un mero detritus de la agotada burguesía, servido bajo formas no menos ramplonas y alicortas que los subproductos « populares » de nuestra despreciada literatura de quiosco. Todavía cuando aquella revolución social se encontraba activa, en los primeros tiempos soviéticos, un cierto margen de libertad que, como luego se ha visto, no era sino desorientación y falta de criterio firme, al conjugarse con los recursos materiales y morales que el nuevo régimen les ofrecía, permitió a los intelectuales rusos sacar adelante alguna obra estimable que ahora, en perspectiva, se nos muestra como residuo de la tradición pre-revolucionaria, como un retoño tardío que de ninguna manera podría considerarse representativo del arte proletario. El arte proletario, si lo hay, debe identificarse con lo que ahora se llama « realismo socialista »: pintura putrefacta, novelas chatas y patrioterías, poesía de propaganda, y las cintas vulgárrimas y toscas en que ha degenerado la que fuera soberbia cinematografía revolucionaria

rusa; en fin, todas esas deleznable confectiones de la minerva soviética que tan curioso parentesco presentan con los productos más baratos de la literatura y del arte de masas en los países donde nunca ha habido una revolución proletaria.

En cuanto a la situación del escritor mismo en el seno de la sociedad soviética — a la que pudiera describirse como régimen de masas organizado totalitariamente — es, ni más ni menos, la propia de un burócrata, burócrata privilegiado y mimado, eso sí, a cambio de una total servidumbre y definitiva sumisión a los criterios estéticos de los jefes de negociados, quienes, allá como acá y en todas partes, están muy poco calificados *a priori* para dictar las normas del gusto. El que en Rusia puedan imponerlas con absoluta eficacia basta sin más para explicar el hecho de que la producción artística de ese país se vea reducida hoy a obras sólo equiparables con aquellas de calidad ínfima que entre nosotros, satisfacen el gusto más común. Una lectura del folleto de Czeslaw Milosz, publicado en *Preuves* de París y traducido por la revista *Sur* (núm. 211-212, 1952) de Buenos Aires bajo el título de *La gran tentación*, disuadirá a muchos de simplificar bajo una etiqueta de fanatismo político y esterilidad estética el problema de « los trabajadores de la cultura » al otro lado de la cortina de hierro, poniendo en claro cómo el resultado lamentable de sus esfuerzos depende por completo de la estructura del régimen dentro del cual tienen que cumplirlos. Hay que decir que sus condiciones son análogas — incluso, podría afirmarse, esencialmente idénticas — a las que padecieron los intelectuales alemanes bajo el imperio efímero de Adolfo Hitler. Pues el contenido ideológico de los regímenes de masas importa relativamente poco (la soladora comprobación de la doctrina marxista de las ideologías, aplicada a los mismos que la postulan como dogma); y lo importante es que los regímenes de masas, al organizarse totalitariamente, dan frutos de brutalidad, terror, intolerancia, vulgaridad espesa y desprecio de la inteligencia, cualesquiera sean los ocasionales contenidos de las respectivas propagandas. Convertido en instrumento, en burócrata, el escritor tiene que desmentir y falsificar en ellos su íntima condición, y negarse a sí mismo como intelectual.

Volvamos ahora la vista sobre nosotros mismos; consideremos las circunstancias del escritor en nuestro mundo occidental, donde, sin revolución proletaria, también se ha extinguido la burguesía, disuelta en una sociedad de masas con capitalismo de Estado, y donde, bastante alejados todavía de la opresión totalitaria, el

juego espontáneo de las fuerzas sociales insinúa ya, sin embargo, ciertas tendencias amenazadoras. En lo que respecta al estado de la literatura, pudiéramos diagnosticar la situación entre nosotros — bien compulsados todos los factores — de grave, pero no desesperada. Por lo menos — ya lo vimos al comienzo — el escritor, aunque muy restringida su importancia social, conserva aún posibilidades de subsistir, trabajar y crear con independencia, siquiera sean mínimas las que todavía le restan de ejercer una influencia directa y orientadora desde esa posición al margen. Lo que convierte en negativa la situación es que la sociedad, entre tanto, marcha a la deriva, sin brújula, llevada por los criterios romos que impone una selección a la inversa, mecánicamente operada por el número y la masa. Pues ésta no puede alcanzar los niveles más refinados del pensamiento y del arte, que requieren capacidades excepcionales. Y, por otra parte, las multitudes que la componen no reposan ya en el lecho de una tradición cultural segura y conformadora, sino que, despojadas de los criterios de autoridad en que se fundaba su vivir, desconocen toda autoridad, no acatan ningún principio, y sólo se someten a la fuerza de los hechos — lo que significa: a su propia gravitación, que es el gran hecho de la época; el peso bruto y poder ciego de la masa; a los estímulos elementales, desencadenados y multiplicados enormemente por vías mecánicas.

Ante esta realidad de hoy debemos reconocer que, en principio, no estaba tan desprovisto de razón el fracasado intento de elaborar una literatura destinada a las masas y adecuada a la nueva sociedad que se estaba incubando. En el fondo de ese propósito se alojaba la idea de suministrar a las nuevas multitudes recién activadas una visión idénea del mundo, y los correspondientes criterios de conducta; de proveerlas de autoridades. El fracaso de la literatura proletaria fué el fracaso del proletariado mismo como clase social, uno de los más dramáticos de la historia, y tanto más flagrante allí donde, por paradoja, se ha producido a través del triunfo de una revolución proletaria. En cuanto a los pretendidos escritores proletarios — dicho queda — no fueron, ni quizás podían ser, sino intelectuales de extracción y formación burguesa; ni hicieron otra cosa, cuando hicieron algo, que rebajar los niveles con el designio, rara vez logrado, de acercar al más común entendimiento y sensibilidad los valores de la única cultura disponible por el momento: la burguesa. De hecho, las masas obreras se mantuvieron ajenas siempre a los sospechosos banquetes que así se les brindaban, cocinados con pretensiones y visos de alta cultura « proletaria », para atenerse al consumo de aquellos materiales groseros que integran la llamada « literatura popu-

lar », y que se extienden desde el folletín truculento hasta las tirillas cómicas y el cine comercial de nuestros días.

Pero, con todo, esos intentos respondían a una provisión atinada de las grandes transformaciones en curso. Los procesos económicos propulsados por la burguesía, mediante la industrialización de la sociedad, estaban sacando a las poblaciones campesinas de sus tradicionales maneras de vida, y con ello volatilizándolo los valores espirituales vinculados a esa vida rural. Dejar la aldea por la ciudad, aprender a leer y a escribir, trocar las labores agrícolas heredadas de padres a hijos por un trabajo industrial racionalizado y muy cambiante, entablar relaciones de vecindad nuevas, inciertas y apoyadas en normas de convivencia no menos vacilantes, todo esto traía consigo la inevitable pérdida de creencias y prácticas, deberes y compensaciones que en el ambiente rústico prestaban clara configuración y sentido inteligible a la conducta de cada cual, colmándole la existencia, sin que ninguna otra cosa viniera a sustituir lo perdido, ya que las nuevas masas obreras, rechazadas a los arrabales de la civilización urbana, no podían en modo alguno incorporarse plenariamente a la cultura burguesa, extraña y enemiga, al mismo tiempo que inaccesible y anhelada. Sin holgura, sin recursos, sin los refinamientos que trae el ejercicio del privilegio, ¿cómo hubieran podido aquellas multitudes alcanzar otros bienes culturales que los últimos relieves de la clase alta?

Ha pasado un siglo, se han borrado los límites de clase, el progreso industrial junto con la democracia política han nivelado la sociedad al elevar las condiciones de las masas hasta posibilidades superiores en muchos aspectos a las de la antigua burguesía. Pero ahora nos encontramos con que falta, en esta sociedad amorfa, una actitud cultural idónea, positiva, una alta cultura de masas. Aquellos intentos de crearla, aun bajo el nombre y forma errónea de « cultura proletaria », ponderaban con exactitud el hecho de que la nueva sociedad en perspectiva no podía satisfacerse culturalmente con los módulos burgueses; y de que el cambio en la estructura de poder traído por la fundamental democratización de la sociedad requería, a menos que esta sociedad cayera en el marasmo, sustituir esa cultura burguesa, así como la previa cultura de base religiosa conservada hasta ayer mismo en el pueblo bajo, por una nueva cultura de masas, para evitar el desconcierto espiritual que, a falta suya, se ha producido en efecto, y en el que actualmente vivimos.



Es comprensible — y quizás disculpable — que el escritor, sufriendo los efectos viciosos de

esta situación en su propia carne, la exprese con demasiada frecuencia bajo la forma de lamentaciones más o menos subjetivas. El hecho de haber perdido la influencia que tuviera durante el período burgués — pérdida que él considera con razón catastrófica no tanto para sí mismo como para el porvenir de las letras — deriva con toda evidencia de aquel cambio en la estructura del poder social. El capitalismo, en su fase expansiva configuró la actividad intelectual según el modelo de las profesiones liberales. Sin desaparecer nunca por completo, el tipo de escritor sostenido por mecenazgo había quedado relegado al rincón de lo excepcional, dando paso, en cambio, al « hombre de letras », el literato, que elabora su obra, libre de compromisos aparentes, con destino a un público que él suscita y configura por la virtud de esa misma obra, y al que impone los rasgos de su propia fisonomía intelectual y moral. Podría acaso objetarse — y el dato es cierto — que rara vez y en casi ninguna parte ha vivido el escritor, como un profesional libre, de su pluma. La burocracia oficial, una posición de rentista, instituciones de cultura, los negocios o alguna otra fuente extraliteraria de ingresos, lo han solidado liberar de la miseria que, sin eso, parecía ligada a su vocación, y a la que prestaba un dudoso prestigio la bohemia. Mas no por ello dejaba de constituir, ahora, paradigma de la profesión literaria la figura del escritor mantenido con los productos de su ingenio dentro de una sociedad liberal donde, por otra parte, una industria editoria todavía incipiente permitió, hasta bien entrado nuestro siglo, que el autor dominara a la organización comercial o salvaguardara siquiera una cierta independencia al cotizar su firma entre las distintas empresas en competencia. Era, pues, un burgués dentro de un orden de relaciones burguesas; un profesional libre.

Pero, ¿de qué libertad disfrutará hoy el escritor que se resigna a trabajar como tal para las grandes empresas de nuestra sociedad industrializada? Han crecido hasta hacerse gigantes las organizaciones editoriales, y su competencia se ha transformado en una federación complejísima de entidades más o menos afines, donde se integran los distintos medios de comunicación en masa — reproducción gráfica, cine, radio, televisión, etc., hasta formar una tupida red dentro de la cual el escritor, apesado y oprimido, ha llegado a convertirse en un empleado al servicio de intereses ajenos. Y vano resultaría en definitiva el intento de sustraerse a estos grandes medios técnicos. Son el vehículo normal de difusión en nuestra sociedad, el único medio adecuado hoy para operar la socialización de la cultura. Renunciar a él sería tanto como haber renunciado a la letra impresa hace un siglo o dos: renunciar prácticamente a la

tarea cultural activa. Pues a la fecha, las ideas — en general, los productos de cultura — o llegan al cuerpo social por tales caminos, o prácticamente quedan sin efecto. Y cuando llegan, lo hacen, por cierto, de la manera más imperiosa, coercitiva, inapelable y directa que imaginarse pueda.

Los medios de comunicación en masa, con toda su complicada y potentísima técnica, son las palancas de gobierno de la sociedad actual. Cuando se encuentran en manos de una organización política como el partido único de los regímenes totalitarios y, cabe decirlo, cuando, en términos generales, son un monopolio del Estado, quienes contribuyen a su funcionamiento en calidad de intelectuales deberán estar al servicio de la dominación ejercida por ese grupo, cuyos intereses de gobierno y apetitos de poder no suelen ser compatibles con el espontáneo desenvolvimiento de los valores culturales; antes al contrario, los ahogan, violentan y retuercen inhumanamente. Pero, ¿qué ocurrirá cuando esos grandes instrumentos de comunicación pertenecan a entidades puramente económicas, o por lo menos sustancialmente económicas, según es el caso de la sociedad capitalista? Un análisis centrado sobre este punto — análisis que no podrá ser aquí sino muy superficial — nos ilustrará, acaso, bastante acerca de las condiciones reales del escritor en nuestra sociedad contemporánea, y del problema conexo del porvenir de las letras, es decir: de la cultura viva, que es lo que en verdad interesa.

Al caracterizar como « escritor » o « literato » al sujeto activo de la comunicación, lo caracterizaremos ya por referencia a una determinada técnica — la de la escritura — que repercute, y mucho, sobre el fondo mismo de la obra, inextricablemente ligado a su composición formal. Baste pensar en la diferencia profunda que, por necesidad, existe entre una cultura oral, apoyada en la memoria, en el verso, en la tradición, en la imaginación colectiva, y una cultura libresco donde pueden darse las mayores afinaciones de la inteligencia y de la sensibilidad mediante elaboración solitaria destinada a un lector también individual y aislado. No es sólo, pues, que en la escritura las palabras suenan apagadas, en sordina; es también que son ya otras palabras... Y dentro de la comunicación escrita, la reproducción mecánica de la letra impresa comporta a su vez un cambio técnico de trascendencia análoga. Un solo detalle: repárese en cómo la imprenta rompe el último vínculo personal de la comunicación, aislando al escritor de su eventual lector, convirtiendo al público en una entidad abstracta y casi fantasmagórica.

¿Qué no ocurrirá al sobrevenir y desenvolverse, como se han desenvuelto ante nuestros ojos durante el último medio siglo, las nuevas técnicas de comunicación en masa! En contraste con la escritura, estas técnicas vuelven a integrar en la comunicación lo oral y visual, trayendo un contacto vivo, inmediato, que incluye de golpe a la persona entera. Quien comparece ante el público debe entregarle, no ya ideas elaboradas y pulidas con calma en la soledad de un estudio, sino también las inflexiones de su voz, sus gestos sus maneras, la evidencia misma de su complejidad física. En cierto modo, esto significa una vuelta a los tiempos de la poesía de bardos, juglares e histriones; pero ¡qué diferente, sin embargo, este retorno sobre otro plano! Los dispositivos mecánicos empleados agigantan portentosamente el hecho de la comunicación, sustrayéndola al cuadro de las medidas humanas: la voz puede hacerse estentórea, la presencia puede multiplicarse hasta el infinito; e, igual que el espacio, también permiten anular el tiempo. Las posibilidades que estas técnicas ofrecen al juego de la imaginación son fabulosas. Pero lo decisivo es que al superar las proporciones humanas, lo hacen en todos los aspectos. Constituyen una organización, un enorme aparato, una maquinaria complejísima y gigante que necesita el trabajo de muchos, muchos ingenios para alimentarse y funcionar, y llenar todos sus programas y cubrir todas las horas del día, y todos los días del año.

De este modo, el aparato técnico de la comunicación en la sociedad actual está movido, o por una propaganda política encaminada a la esclavización y violencia, o si no, por la propaganda comercial. La gran prensa, el cine, la radio, la televisión, pertenecen a un sistema industrial que, en su alto desarrollo presente, se mueve un poco por inercia, después de haber basado las necesidades de abastecimiento de la población, por lo menos en aquellas zonas del planeta donde la tecnología se encuentra plenamente introducida. En ese movimiento que la inercia mantiene, los mecanismos de la competencia que originalmente propulsó el desarrollo siguen funcionando, aunque ahora funcionen como en el vacío, y sin un sentido real, y sólo porque si se detuviera o menguara el proceso de producción podría temerse un colapso, una de esas pavorosas crisis económicas que han sido experiencia de un pasado no muy remoto. Dentro de ese sistema, los medios de comunicación en masa sirven de instrumento a la propaganda comercial para forzar el consumo.

Así, pues, frente a la propaganda política, perversa e inhumana, la degradación de esa propaganda comercial hacia niveles de estupidez representa sólo un mal menor y — hay que esperarlo — subsanable; de modo que las

actuales técnicas de la comunicación están sostenidas, cuando no por una voluntad de dominación violenta, por el designio de estimular la venta de mercaderías. Y esta trivial finalidad marcará su sello y dejará sentir su peso sobre la configuración entera de los contenidos mismos que se transmiten o difunden. Por lo pronto, las distintas técnicas de la comunicación en masa se ordenan entre sí de manera tal que prevalecen de día en día aquéllas capaces de alcanzar á niveles inferiores de la personalidad sobre las que deben apelar por su propia estructura a niveles más altos. Ejemplo : la prensa se ha ido deslizando visiblemente, desde las publicaciones de tono más o menos intelectual que eran todavía muy frecuentes a comienzos del siglo, hasta las grandes hojas sensacionalistas de hoy, llenas de fotografías y dibujos, y cuyo texto se reduce a breves, toscos y vociferantes enunciados. Pero, con eso y todo, la prensa exige todavía por su técnica, practicar la lectura, que implica un cierto grado de aislamiento del individuo, que le permite volver reflexivamente sobre el texto leído, y que, en fin, le deja cierta iniciativa en cuanto a la selección del material sometido a sus ojos.

Con esto, la exigencia de ampliar cada vez más el público sobre el que se quiere influir con propósitos comerciales, da lugar a una incesante selección inversa en la calidad de los cebos ofrecidos para captar su atención. El trabajador intelectual encargado de preparar esos cebos sólo en muy limitada medida puede contrariar esa tendencia : él mismo en cuanto trabajador, empleado de una empresa, está sometido al mismo proceso de selección negativa. Más aún, el propio público, la masa misma, queda envuelta en dicho proceso y sometida al tirón hacia abajo de su propio peso. Pasó ya — aun cuando, claro está, no sin residuo — la época — un día tan vituperada — en que los intereses económicos propietarios de los medios de comunicación eran acusados de seducir a la opinión pública en direcciones egoístas. Ahora, atomizada la sociedad, disuelta la burguesía, convertidos los negocios en un colosal aparato burocrático que funciona por inercia, ya el único punto de vista que prevalece en su dirección es el de aumentar las ventas y, por lo tanto, el de ampliar el auditorio para la publicidad. ¿Cómo? Pues mediante la apelación a los estímulos más elementales y la satisfacción de las demandas más comunes, con abandono paulatino de los grados superiores. Lo único que interesa es ampliar el número de lectores, de espectadores, de oyentes; y todo se reduce a ingeniárselas para descubrir maneras de intensificar su recluta.

Por este camino ha podido llegarse a una situación espiritual como la presente, en que nos

alimentamos con los residuos, ya muy deteriorados, de la concepción burguesa del mundo, y flotamos, sin orientación, en un vago mar de apetencias indecisas que, por lo mismo, casi siempre quedan frustradas. Imprecisos anhelos de felicidad, la convicción de que la vida debe gozarse, pero ningún concepto firme sobre el sentido que ella tenga ni, por ende, la menor idea de en qué pueda consistir esa ansiada felicidad; consiguientemente, abandono a los estímulos inmediatos y primarios, a lo puramente biológico, con un hundimiento vertiginoso en la nada. Jamás ha habido tantas ansiedades, tanta soledad, tan definitivo vacío, como en este mundo cargado de bienes materiales y de comodidades físicas.

Y precisamente de esta lamentable masa es de donde la técnica de las comunicaciones modernas extrae sus pautas. En forma mecánica, se investiga lo que las gentes quieren oír, y se les dice; lo que quieren ver, y se les exhibe. En último resultado, vaciedades, naderías. Es decir que la función de guía que normalmente desempeñan en la sociedad los órganos activos de la cultura, y que en la época burguesa cumplió al escritor libre, ha sido desertada y, actualmente, no la cumple nadie. Los escritores de tipo tradicional, que siguen escribiendo y publicando libros (y en esos libros se encuentra, de hecho, lo que nuestro tiempo puede ofrecer de auténtica creación cultural), están casi desconectados de las masas; vale decir, privados de toda posible eficacia; mientras que las masas mismas, de las que el aparato técnico de la publicidad solicita en vano orientaciones, adolecen por su parte del más penoso desamparo. Si por un instante nos detenemos a comparar los esquemas culturales en que insertaba su existencia el mínimo artesano o labriego de tiempos pretéritos (esquemas que ofrecían respuesta adecuada a cada una de sus cuestiones prácticas y, en conjunto, dotaban de sentido a su vida) con la falta de algo semejante para el hombre medio de nuestras ciudades, por lo demás favorecido, comprenderemos cuán miserable es la situación de éste. El hombre medio de nuestras ciudades se encuentra privado, a la vez, de los motivos culturales propios de una tradición sedimentada, asentada, y de los estímulos culturales de un pensamiento autónomo abierto con perspicacia al mundo, como era el del burgués ilustrado. En una sociedad amorfa, el individuo está desintegrado, suelto como las arenas de la playa. Sus relaciones familiares, si existen (el problema de los llamados « corazones solitarios » no es minúsculo en la sociedad actual), se reducen a una convivencia superficial con dos o tres seres humanos a los que se encuentra unido por meros vínculos biológicos, sin constituir con ellos una verdadera comunidad doméstica de intereses

vitales. Cada miembro de la familia se gana la vida en un lugar distinto, cultiva distintas relaciones en el trabajo y en el recreo, y puede afirmarse que en todas partes se mueve entre desconocidos; es « corazón solitario » en medio de la gran urbe. Todos sus contactos sociales son de carácter meramente funcional, parciales, y no comprometen el núcleo de su personalidad, que se mantiene suelta dentro de la multitud. Como, por otra parte, su educación proviene casi exclusivamente de una escuela donde se le han suministrado unos cuantos conocimientos instrumentales sobre el fondo de un pequeño equipo de dogmas patrióticos y unos cuantos lugares comunes sin sustancia, se halla por completo inerte, a la merced de las sugerencias que pueda presentarle el aparato de las comunicaciones en masa. La prensa popular, los programas de radio y la película del domingo son las fuentes de donde obtiene el pasto de su fantasía, los modelos sobre cuya base fragua sus ideales de vida y los patrones que utilizará para ordenar su conducta y valorar la ajena.

Volvemos, pues, al punto de partida de la masa misma, en cuanto tal, se extraen las pautas que van a presentarse para su orientación. Con el resultado negativo de que esa orientación será nula; de que la multitud queda, de hecho, abandonada a su desamparo espiritual.

Entonces, surge aquí como obvia la solución que Sartre preconiza en su ensayo *¿Qué es la literatura?*: el escritor auténtico y dotado del sentido de la responsabilidad, debe dirigirse hacia las nuevas técnicas de la comunicación (cine, radio, etc.), y forzar su acceso. Pero en seguida se descubre que eso no es tan sencillo como a primera vista pudiera parecer. Si el propio Sartre ha conseguido en alguna medida — temo que en medida escasa — utilizar el cine y la radio, ha sido por virtud de una situación muy excepcional. Francia continúa siendo un país en el que (¿para cuánto tiempo todavía?) el *homme de lettres* conserva gran autoridad social; y quien, como él, ha ganado prestigio mediante sus libros, puede acaso, sin renuncia a nada, o renunciando a poco, disponer por un momento de aquellos medios técnicos. Pero no se olvide que es ahí, precisamente, donde reside el problema. Aunque no tan implacablemente y tan sin resquicio como el Estado en los regímenes totalitarios, también el mecanismo de la publicidad comercial conduce al escritor hacia la negación de sí mismo.

No es, pues, sino muy natural que quienes, llevados por una fuerte vocación, siguen trabajando, entre los resquicios de la malla industrial, como libres profesionales de las letras, para

producir lo mejor que su ingenio les sugiere suelen mostrarse mal dispuestos incluso a tomar conciencia clara de la verdadera situación, aunque, al mismo tiempo, la expresen con frecuencia por otro lado bajo forma de lamentaciones. Hace un par de años, invitado a hablar en el banquete anual que celebra en México una de las mejores revistas de nuestro idioma, *Cuadernos Americanos*, de la que soy colaborador, se me ocurrió plantear ocasionalmente ante mis compañeros esta cuestión misma en términos muy sencillos. El éxito mayor de una revista de cierta altura intelectual, en la sociedad de masas, consiste — dije entonces — en vender unos pocos miles de ejemplares. Y, ¿qué significan esos escasos millares de lectores frente a los millones de personas que buscan guía intelectual y moral en la radio, en el cine, cuando, como es el caso hoy, esos millones de personas — y no una *élite* o una « clase alta » — son quienes determinan la marcha de la sociedad? Probablemente hice de aguafiestas al plantear mi cuestión; pero lo cierto es que produjo visible disgusto. A nadie le agrada abrir los ojos ante ciertas realidades; y si se deriva un cierto placer de lamentar una situación poco propicia, es doloroso reflexionar a fondo sobre ella, cuando puede mostrarnos desde algún ángulo el absurdo de nuestra propia existencia.

Ante situación tal — que sin duda merecería largo estudio y cuidadosa discusión en detalle, pero a la que, por mi parte, sólo he podido echar aquí un rápido vistazo — es fácil darse cuenta de que el problema del escritor en la sociedad de masas no es tanto un problema suyo, del escritor mismo, como de la sociedad entera, que, a falta de guía intelectual adecuada, se mueve sin dirección y sólo por el impulso adquirido. La función del escritor, si no la tomamos en un sentido parcial y superficial muy restringido, resulta imprescindible para una sociedad donde han sucumbido ya todas las instancias tradicionales de autoridad espiritual que sostenían su cultura. ¿Quién, si no él, propondrá a las multitudes una interpretación congruente de las realidades en torno — realidades que, en nuestro tiempo, cambian vertiginosamente —; quién practicará los ajustes indispensables para mantener en pie una idea del mundo que les proporcione un común marco de referencias y les procure así algún asidero contra el caos mental y moral? La actividad del escritor consiste en la incesante referencia de las realidades prácticas y cotidianas — sobre todo, las realidades que presentan un cariz nuevo — a principios y conceptos generales; consiste en la compulsión infatigable entre lo que es y lo que

debiera ser, y, por consiguiente, en una revisión continua del sentido de la existencia para la comunidad entera.

No pretendo con esto presentar un problema insoluble ni describir una situación desesperada; ni en modo alguno creo que lo sean. Si el análisis nos revela los mecanismos que están sacando a la superficie, en la sociedad actual, las menos deseables tendencias del ser humano en lugar de propiciar el prevailecimiento de altos paradigmas, querrá decirse que debemos esforzarnos por conseguir que esos mecanismos funcionen en un sentido opuesto; pues no cabe pensar en retrocesos, ni vale de nada tratar el caso con irritación. Tampoco las meras exhortaciones adelantarian mucho. Hace falta adquirir clara conciencia de los términos reales del problema y, entonces, apoyarse en los factores positivos de la situación con vistas a promover su posible cambio.

Por lo pronto, esa situación no es tan neta como el esquema trazado pudiera sugerir. Cuando se describe una situación histórico-social cualquiera, se hace siempre inevitable el simplificarla; sin eso, ¿cómo se la podría captar, cómo se la reduciría a un cuadro inteligible? El toque está en elegir con acierto los rasgos típicos, en atinar con las tendencias decisivas. Pero resulta que, en los elementos omitidos, pueden alojarse también tendencias opuestas, cuyo fomento y eventual desarrollo invertiría a la corta o a la larga el sentido del cuadro enteró, imponiendo la necesidad de reinterpretar toda la situación; ya que ésta será siempre susceptible de sufrir alteraciones por obra de una voluntad que sepa manejar las posibilidades reales latentes en su seno.

Veamos, pues — y, ya, en revista muy sumaria — cuáles sean aquellos elementos, cuáles estas posibilidades.

Ante todo, la incomunicación entre los intelectuales auténticos que trabajan a la manera de escritores independientes, y el gran público de masas, no es de hecho absoluta, aunque resulten tan deficientes, esporádicos o desviados los contactos. Podríamos comparar el modo como éstos se efectúan a la irrigación sanguínea de un miembro cuyas arterias principales estuvieran bloqueadas: recibe sangre, sí; pero en condiciones defectivas que, o conducirán a un restablecimiento por readaptación orgánica, o, si no, a una degeneración tal vez fatal. De hecho, la obra de los escritores auténticos se filtra en alguna medida — insuficiente desde luego — hasta la masa. Muchos de ellos, mediante transacciones muy astutas, consiguen, incluso, asomarse a las técnicas de la comunicación en masa, eludiendo las peores consecuencias de la entrega, o aun triunfando de ella. Y, en los demás, la sugestión que sus creaciones o sus

puntos de vista originales ejercen sobre los ganapanes del periodismo, la radio, el cine o la televisión, menesterosos siempre de temas y formas — de ideas, como suelen decirlo — con que renovar la diaria estofa, transmite al gran público un eco más o menos desvanecido, una imagen más o menos pálida y deformada, donde, a veces, puede conservarse algo del primitivo sentido. La necesidad de una cierta renovación en los contenidos abre aquí, pues, ciertas oportunidades que no deben ser de desafiadas, sino por el contrario, explotadas a fondo.

En segundo lugar, la propia complejidad del aparato industrial que encierra en su armazón, económica a la sociedad de masas, recubriendo, protegiendo con una estructura tecnológica su amorfa blandura, aporta algunos posibles correctivos al proceso de general rebajamiento de niveles impuesto por el propósito de ampliar indefinidamente, y en competencia, las clientelas mediante el ensanchamiento de los auditorios a disposición de la propaganda comercial. Pienso, ante todo, en el hecho de que esta propaganda comercial corresponde a un desenvolvimiento económico tan exuberante como para permitir gastos de puro prestigio, por el estilo de esas páginas espléndidamente pagadas con que, alguna vez, contribuyen en los diarios las grandes firmas a una celebración de público relieve. En análogo sentido podrían realizar gastos suntuarios, esporádicos o permanentes, para fines de cultura, a la manera de las entidades oficiales que, por ejemplo, han solido preocuparse por mantener programas selectos de radio y sostener o apoyar en un plano decoroso otros medios de cultura popular. Cuando los gobiernos practican esta política en forma liberal, y no deriva hacia un monopolio del Estado, proporcionan desde luego con ella una oportunidad excelente para la difusión cultural en niveles altos. Pero no conviene perder de vista que la actuación de los poderes públicos en este orden de cosas sólo deja de ser perniciosa cuando se limita conservadoramente. Del Estado podemos esperar y desear museos, ediciones de clásicos, conciertos magníficos de Beethoven, y aun de Honegger; pero, al mismo tiempo, que se abstenga de cuanto no esté bien asentado y traiga la recomendación de un prestigio adquirido fuera de las oficinas burocráticas. En la organización industrial misma puede hallar perspectivas una actividad semejante, que sustraiga, en parte, las técnicas de la comunicación en masa de aquella fatalidad de la competencia culturalmente negativa, y que tampoco incurra en las tentaciones de intervención y mangoneo que con mayor intensidad se presentan al ánimo de los funcionarios investidos de poder político. Una estructura industrial cuyo adelanto le consiente mantener en

un elevado nivel de vida a toda la población, debiendo todavía producir y producir para un consumo militar cuya única función económica consiste en consumir excedentes para que se mantenga la gigantesca máquina en movimiento, evitando así la crisis de superproducción, puede bien, si el relajamiento de las tensiones políticas internacionales elimina parte de ese consumo militar, invertir muchos de los excedentes en el fomento de una auténtica y positiva cultura de masas, siguiendo, por ejemplo, los pasos intentados ya por la *Ford Foundation*, con su « Omnibus » de radio y televisión entre otros proyectos.

En verdad, ajustar nuestra sociedad mediante una efectiva, pujante y sana cultura de masas es tan necesario para su pervivencia como los propios gastos destinados a la defensa militar. Y no debe desanimar a nadie la consideración de que los primeros pasos aventurados por ese camino quizás no hayan llevado demasiado lejos. En cuestiones de cultura la impaciencia parece indiscreta; y de todos modos, el camino es, sin duda, ese: abrir créditos muy generosos e incondicionados a la iniciativa libre, en lugar del miope, estrecho o infecundo burocratismo que hasta ahora se ha ceñido la política de la UNESCO.

En fin, es legítimo fundar esperanzas también y sobre todo, en la virtud esencial de la condición humana, que suele resistirse a las últimas abdicaciones. La historia universal, en su completo curso, ilustra la capacidad de reacción con que los hombres han superado, a veces, los peores baches, donde parecían condenados a hundirse. Respecto al presente, me parece haber insistido en mostrar que el efecto de rebajamiento cultural traído por las masas es, más que nada, un resultado mecánico del funcionamiento de las comunicaciones dentro de las peculiares circunstancias de nuestra muy tecnificada sociedad industrial. En modo alguno suscribo la opinión de que la multitud de los hombres sea incapaz por principio de participar en los valores más altos de la cultura. Cada criatura da, en cuanto a esto, sus propias medidas personales, y a nadie debe negársele la confianza, mientras viva y aliente, como sujeto de eventual superación. Lo importante es que las condiciones generales de la sociedad estimulen a ella, en lugar de descorazonar o, incluso, cerrar el paso a los impulsos ascendentes.

Y en conexión con esto, bueno será advertir que la creación de cultura no tiene por qué ser un patrimonio exclusivo de grupos profesionales cerrados; y que en momentos de tan violento cambio como el que ha de producirse en nuestra sociedad para la integración de una cultura de masas, quizás la especialización profesional

con sus tradiciones, formas y maneras establecidas, represente un obstáculo y sirva de traba a la espontaneidad creadora. Probablemente los escritores que siguen trabajando como profesionales libres, a pesar de ser, como en verdad son, los únicos sostenes actuales de una genuina actividad espiritual, encuentran en su situación misma ciertas dificultades y resistencias internas, frente a aquella producción cultural que sería idónea para las masas.

Pues el problema está en conseguir un gran arte abierto a las multitudes — lo cual no significa, por supuesto, simplicidad, sino todo lo contrario: obras cuya estructura sea capaz de brindar acceso en los niveles más diferentes, como el *Hamlet*, que es también un truculento melodrama; como el *Quijote*, que es también una bufonada chocarrera; pero, claro está, obras correspondientes a la experiencia de nuestro mundo actual, y concebidas y producidas dentro de sus técnicas de comunicación.

En la medida en que el escritor — lo que no es fácil — consiga superar las limitaciones inherentes a un destituido mandarinato, y sobre todo la arrogancia resentida que es propia de tal situación, se acercará a la posibilidad de integrarse y reasumir una función efectiva en la sociedad de masas, sin que ésta lo triture y disuelva. El entusiasmo un tanto ridículo, snob, con que muchos intelectuales se han puesto a admirar la novela policiaca y, últimamente, la llamada ficción científica, *science-fiction*, subproductos literarios muy crudos, y verdadera bazofia en la mayoría de los casos, responde en cierto modo al reconocimiento de este problema sociológico, y puede parangonarse a la fascinación que, en el terreno político, ejerce a veces sobre ciertos refinados el poder de la más plebeya vitola.

Pero, por otro lado, el descubrimiento de las nuevas fórmulas aptas para dotar a la gran sociedad moderna de autoridades espirituales condignas, y darle así una dirección positiva, puede esperarse también como un brote espontáneo de genialidad dentro del propio aparato de los medios de comunicación en masa. Su manejo, la necesidad de alimentarlos, las oportunidades de tanteo que ofrecen — pues el cansancio del público reclama siempre novedades —, la misma falta de un criterio cualquiera en su dirección, son factores que el talento, sea cultivado en la tradición de las viejas minorías intelectuales, sea desarrollado en la brega de las nuevas circunstancias, puede aprovechar en beneficio de una nueva germinación cultural que nos despeje el futuro.

Imágenes del mundo y del trasmundo

en los *Versos Sencillos* de Martí

POR ROBERTO IBAÑEZ

MAS de una vez el poeta aparece en los inquietantes Versos Libres como un ser destruido que no se rinde, empero, a la destrucción : ajanado en recogerse del suelo, en alzar y amasar los restos de sí mismo

« ...como un estatuador un Cristo roto »

No pide, con Baudelaire, fuerza y valor para contemplar su cuerpo sin asco. Posee valor y fuerza para mirarlo con amorosa decisión, para asistirlo en sus quebrantos y caídas. Porque sólo con él satisfará su vocación de sacrificio y de martirio

« ¿...dónde el ara

digna por fin de recibir mi frente ? »

Así este varón de poesía y profecía vive o se desvive en un cuerpo a cuerpo con su cuerpo : conteniéndolo, rehaciéndolo tenazmente, preparándolo para la ofrenda última.

Los «Versos Sencillos»

Hay momentos de mengua física a los que un hombre como Martí, sin embargo, sólo atiende cuando el apasionado quehacer le da tregua. A uno de esos momentos debemos los *Versos Sencillos*.

Llega a sus postrimerias el año 1889. Nuestra América parece expuesta a una deshonrosa capitulación.; Cuba, aún sojuzgada por España, a una permuta de cadenas o a ser dividida para siempre de

« la patria hispanoamericana », que debe con ella completarse.

Martí adivina y padece el doble riesgo. Se obstina en prevenirlo y conjurarlo. Como si fuera sólo suya la responsabilidad de un continente. Por esa magnitud universal de la entraña, que es prerrogativa del apóstol. Hasta que confirma « la cautela y el brío de nuestros pueblos ». Entonces puede reconocer que lo han agotado la agonía vivida, « el horror y la vergüenza » por el destino de Cuba. Y declara : « Me echó el médico al campo. Corrían arroyos y se cerraban las nubes ; escribí versos... » Son éstos los *Versos Sencillos*.

¿Sencillez?

¿ Hay sencillez en los *Versos Sencillos* ? Contará, desde luego, quien lo admita y mantenga, con el sufragio del propio Martí, evidenciado en el título de la colección o robustecido en el prólogo : « ¿ Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando... ? » Pero el poeta, acaso, incurrió en ilusión.

Compuso estos cántos en las soledades de Castkill Mountains, en la dulzura de la convalecencia y entre imágenes de paz. Todo allí le predisponía a sentir la gracia de lo natural y lo sencillo. Hasta en sus propios versos... Y coadyuvó sin duda a

fortalecer esa impresión, por contraste, el recuerdo de los otros, donde se hacían las asiduas visiones del trasmundo : los « encrespados *Versos Libres* », los « endecasílabos hirsutos », no sólo más opulentos y complejos, sino como rotos y prorrumpidos, con desencadenada pasión, en el desorden solidario de la lengua y el alma.

Así quizá, pudo Martí considerar sencillos sus nuevos poemas : dotados por lo común de una limpidez y un sosiego que no tienen los otros ; nacidos al amparo sedante de la recuperada naturaleza ; escritos en un idioma escueto, singularizado por giros de linaje popular que favorece la imprescriptible presencia del octosílabo.

En ellos, pues, muchas veces lo sorprendemos abrazado, con entraña amainada, a la realidad del mundo, en la que mora, o se demora y desde la cual, bordeando memorias, respirando el instante o asomándose al futuro con ademán testamentario, nos alcanza un testimonio o un voto — voto y testimonio es la lírica de Martí con pronominal insistencia : « Yo soy... » ; « Yo vengo... » ; « Yo sé... » ; « Yo he visto... » ; « Yo quiero... ». Pero otras veces, en los *Versos Sencillos*, sorprendemos al visionario contumaz de los *Versos Libres*, si menos tumultuoso, si más calmo, internado también en el trasmundo ; recibiendo a un muerto, su muerto, que canta y maldice y es apaciguado y mecido ; o evocando una trágica resurrección o en coloquio fantasmal con los héroes ; o a solas son su propia muerte, que lo asiste, « paje muy fiel », esqueleto de mudanzas mágicas.

Por lo tanto, la sencillez, en estos versos de Martí, no es siempre vocación — ni vacación — arcádica, ni se resuelve siempre en beatas imágenes, como *sinónimo psicológico y moral de apacibilidad o reposo interior*. Con todo, cabría aún reconocerla — o recelarla — como posible prerrogativa de la forma. Interesa verificarlo.

No en balde acotaba Darío : « La sencillez de Martí es de las cosas más difíciles, pues a ella no se llega sin potente dominio del verbo y muchos conocimientos. » La afirmación del gran poeta es unilateral porque lo difícil de la sencillez pueda

radicarse únicamente en el esfuerzo enderezado a conquistarla — y eso es lo que Darío asegura — ; o residir en la misma naturaleza de lo sencillo, que, en esas circunstancias, de tal tiene apenas el nombre o el aspecto. Martí purifica, en algunas ocasiones, el primer caso :

« Yo sé las historias viejas
del hombre y de sus rencillas ;
y prefiero las abejas
volando en las campanillas. »

Pero, con mayor frecuencia, como ya lo insinuamos, el segundo ; flagrante en versos tensos y densos, elípticos y sumarios, que por lo ascético de la palabra y la corriente omisión de las pausas mentales, pueden parecer arbitrarios y oscuros. Refuerzan esa primera impresión de obscuridad o arbitrariedad, algunas características de la poesía martiana ; ante todo, el salto, en el avance intuitivo, sobre los tramos lógicos (bota de siete leguas es la intuición). Y, en consecuencia, la aparente discontinuidad en el discurso lírico, por la brusca asociación de términos, giros e imágenes dispares o el establecimiento de correspondencias inusitadas y repentinas :

« Yo he visto el oro hecho tierra
barbullando en la redoma :
prefiero estar en la sierra
cuando vuela una paloma. »

En rigor, todo estriba en un desajuste de velocidades y rumbos entre el pensar común y la manera de Martí. Pero al poeta le añade todavía dificultad el hábito de manejar ciertos vocablos ya en sentido literal, ya con significación simbólica, al efectuar aquellas antítesis de pensa confluencia :

« ...arte soy entre las artes,
en los montes, monte soy. »

En tales versos lo oneroso del procedimiento consiste en que el poeta da a especies distintas, oponiéndolas, el valor representativo que sólo invisten con plenitud los géneros. Para contrastar cultura y naturaleza, o aún el mundo del hombre y el mundo de Dios, y proclamar en ambos la vigencia universal de su ser, Martí enfrenta dos términos, *arte* y *monte*, de relación débil o conmutable.

¿Espontaneidad?

Correlativamente, ¿son espontáneos los llamados *Versos Sencillos*? Gabriela Mistral, en un estudio muy fino y muy bello, donde escribe que la sencillez de Martí « no es nunca primarismo, es decir, facilidad del primer plano y ahorro de la hondura », elogia la « espontaneidad maravillosa » del cubano. Sin desconocer que en algunos de los poemas se transparenta el impulso primero, lo genialmente prelaborado en las profundidades del alma, hay para nosotros muchos ejemplos que patentizan una elaboración consciente, sabia y quizá morosa. Para suscribir el aserto, apelaremos a la composición más célebre, *La Niña de Guatemala*, en cuyo ingrátido territorio lírico ya, prodigiosamente, conforme al proverbio de Antonio Machado, « se canta una viva historia contando una melodía ».

Si se relee el poema, podrá verificarse ante todo, la premeditada disposición de los sonidos: en las estrofas nones, el sistema de rimas a que pertenece el último verso — configurado por el cambiante retornelo — es siempre agudo; en las estrofas pares los dos sistemas de rimas son invariablemente llanos. De ese modo se opera un *vaivén melódico* de eficacia indecible. Todavía, y por añadidura, ajustado al vaivén melódico, hay un *vaivén narrativo* dentro del « cuento en flor ». Ese vaivén, con que el poeta evoca la historia de la niña levisima, se resuelve en dos movimientos alternativos y paralelos, gobernados por sendas magnitudes o perspectivas temporales; así, en las estrofas pares, se da la perspectiva de un pasado último, circunscripto a un solo día, el de las exequias; y, en las estrofas nones intermedias, la perspectiva de un pasado más fluido y lejano, que abraza una suma imprecisa de días, aunque un número preciso de episodios: la despedida del amante, su regreso, la entrada de la niña en el río. Y aún cabría hablar de un último y secreto *vaivén psíquico*, hecho de remordimiento y de pasión: para revelarnos la esencial autobiográfica del cuento, su íntima verdad, Martí se aplica insensiblemente la



MARTÍ, 1891

(Retrato al óleo, por H. Norman)

identidad del amante y del poeta, mediante un pasaje, también alternativo, pero irregular, de la tercera a la primera persona.

Esos discernidos refiamientos de composición, visibles aún en otros poemas, permiten concluir, con todas las reservas pertinentes, que si es recelable la sencillez de estos versos, no lo es menos la espontaneidad que se les atribuye.

Mundo y trasmundo.

A propósito de los *Versos Sencillos*, dice Martí en la introducción ya citada: « A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado; a veces susurra la abeja merodeando entre las flores ». Es obvio que con dos imágenes sonoras — el fragor de la ola, el susurro de la abeja — el poeta alude a las notas contrarias y hasta a los opuestos estados de alma identificables en su libro. Menos obvio es, en cambio, que esas dos imágenes — visuales, amén, de sonoras —

pueden ejemplificar por añadidura los dominios extremos en que se mueve el poeta. El vuelo de la abeja entre las flores, fía la graciosa realidad del mundo; la embestida nocturna de la ola contra las rocas del castillo ensangrentado, denuncia, ya en un aire fantástico, la grave latitud del trasmundo. Al fin, sin comprometer correspondencias estrictas y sin mengua de los matices circunstanciales que descubre — con prelación del hombre o del profeta — la aventura del sueño, de la esperanza y del recuerdo, puede aseverarse que en los *Versos Sencillos*, Martí va del mundo al trasmundo; de la intuición inmediata a la pura visión.

Representaré los extremos indicados, con dos poemas, el III y el XLV de los *Versos Sencillos*. Cabría titularlos, con palabras que autoriza el texto de cada cual, « El Monte de Laurel » y « Claustros de Mármol ». El uno ilustra, en la despreocupación del instante, la alegría de vivir; el otro, en la preocupación de lo eterno, la necesidad del heroísmo. El uno va de la luz a la luz, a través de la noche natural, mansa e inocente; el otro se suspende, « a la luz del alma », en una nocturna atmósfera elísea. El uno muestra al poeta, en el mundo de los sentidos, como actor y contemplador; el otro, como visionario, en el trasmundo.

« El monte de Laurel »

« Odio la máscara y el vicio
del corredor de mi hotel :
me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar :
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol :
a mí denme el bosque eterno
cuando rompe en el el Sol.

Brillan las grandes molduras
al fuego de la mañana,
que tiñe las colgaduras
de rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
canta al primer arrebol :
la gasa del horizonte
prende, de un aliento, el Sol.

¡ Díganle al obispo ciego,
al viejo obispo de España
que venga, que venga luego,
a mi templo, a la montaña ! »

En estos versos, de indudable raíz autobiográfica, la anécdota se diluye en un indefinido presente. Martí apunta en la primera estrofa : « Me vuelvo al manso bullicio — de mi monte de laurel »; y expresa en la última, corroborando su presencia en el saboroso retiro donde ama — « Díganle... — al viejo obispo de España — que venga... a mi templo, a la montaña ». El reticente movimiento narrativo, de la composición, confinado por los dos verbos que nos permitimos subrayar, puede a la postre ser resumido así : el poeta, abandonando o evitando la fútil compañía del hotel campesino, marcha o regresa al bosque; allí se instala y sueña; allí duerme; allí despierta con el día. Tentemos, ahora, una glosa circunstanciada del poema.

Huyendo, repetimos, la artificial sociabilidad (« máscara y vicio ») de su albergue campestre, se encamina el poeta hacia su electa soledad :

« Odio la máscara y el vicio
del corredor de mi hotel :
me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel. »

En su marcha divisa el arroyo, el bosque, la sierra. En sendas estrofas, a esas tres imágenes de primer grado, es decir, procedentes de la contemplación directa y fiadas por los sentidos, Martí aparea imágenes de segundo grado, esto es, aquellas que convoca la memoria por afinidad o antítesis — ya de índole sensorial, ya de orden intelectual — con las correspondientes a la realidad inmediata. Unas, las de primer grado, son las imágenes suscitadas. Pese a ello, éstas preceden a las otras en dos de las estrofas aludidas, lo que podría tal vez enturbiar la coherencia del curso poemático si no se repara en la prioridad y en la virtud motriz de las imágenes directas. Además, siempre esencial y relampagueante, Martí ni explica ni

amplifica ni dispone según la lógica común las afinidades o antítesis que parecen justificar, en el acto creador, los apareamientos señalados. Pero tales apareamientos estriban en un común vínculo ideal, pues la oposición que configuran responde a la ilustre aunque ilustradísima tradición horaciana — o luisiana — que funda el secreto de la dicha en la vida natural y sin ambiciones.

He ahí el arroyo. Es evidente que esa imagen, por contraste, sugiere al poeta la del mar. Y arroyo y mar son invocados, con intención elíptica y por extensión simbólica, para contraponer, implícitamente, dos formas de vida. Por eso, al carear con el símil del agua humildad y soberbia, sencillez, y ambición, Martí, varón de poesía y profecía, confirma ante todo su voto de pobreza, en el que reconcilia voluntad y destino :

*« Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar :
el arroyo de la tierra
me complace más que el mar. »*

He ahí el bosque. Donde con dádiva impar lo agracia el nacimiento de la luz. Por asociación de apariencias, pero como símbolo enemigo, surge el recuerdo del oro, del « oro tierno », en fusión, el más brillante. (Ya aquí la imagen suscitada precede a la suscitadora). Y el poeta, con simetría distributiva, precipita dos imperativos, para rehusar y escoger :

*« Denle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol :
a mí denme el bosque eterno
cuando rompe en él el Sol. »*

El poeta, al cabo, entra en su monte. Donde abrazándose a la creación halla su propio templo. (El templo natural, la naturaleza-templo, imagen de insigne abo- lengo panteísta, que prohijaran, entre muchos, Goethe y Wordsworth). Si allí el laurel epónimo domina, el álamo es pilar, y muro el abedul, y el pino muchedumbre. Pero antes de proferir la estampa de su templo montés, Martí, siempre inesperado y por nueva asociación implícita, introduce al « obispo de España » en el canto, a un grande de la tierra, ciego para el hallazgo elemental. ¡ Y con qué donaire, aprendido del pueblo, simplifica lo que el señor obispo realmente busca !

*« Busca el obispo de España
pilares para su altar ;
¡ en mi templo, en la montaña,
el álamo es el pilar ! »*

Llega la noche. Y todo es magia blanca, íntima comunión y cántico, asomamiento delicado a un amable trasmundo, desde el mundo alegremente poseído. Ahora, el poeta mismo en sueños, o una criatura de su sueño, como en los juegos profundos de la niñez, es el obispo, un obispo de idílica diócesis, no tan diminuto como la reina Mab.

*« El obispo, por la noche,
sale, despacio, a cantar :
monta, callado, en su coche,
que es la pña de un pinar. »*

Y en esa primaria comunión, siente el poeta en sus labios, como Píndaro niño, el suavísimo roce de la abeja, y en su cuerpo vivir y dilatarse el universo. Incorporado a la inocencia de las cosas, puede la abeja confundirlo, puede el universo habitarlo :

*« Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo »*

*« Una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo. »*

Y tras el nocturno de sueño y ensueño, de tónica identificación con mansedumbre de la tierra, despiertan juntos el poeta y el día. Se suceden las imágenes visuales. El templo silvestre se colora con las primeras luces. En la jocunda ironía de la memoria, cielo y árboles sustituyen al suntuoso artificio del hombre :

*« Brillan las grandes molduras
al fuego de la mañana
que tiñe las colgaduras
de rosa, violeta y grana. »*

En la amena intemperie, qué espontánea la alegría de vivir, qué próxima la presencia divina ! El poeta, con más simpatía que ortodoxia, vuelve a pensar en su obispo recalcitrante, que tiene ojos y no ve. Y quiere resacirlo con su propia ventura, en otro desenvuelto imperativo popular :

*« Diganle al obispo ciego,
al viejo obispo de España,
que venga, que venga luego,
a mi templo, a la montaña »*

Tal, el delicioso poema. Ilustra una

manera de Martí, una tregua dichosa de su convalecencia.

«Claustros de Mármol»

Pasemos al otro, absolutamente diverso, el penúltimo de la obra. Asume la forma de una visión. Y es una parábola del heroísmo, exaltado como imperecedera calidad del hombre. Ante esa suprema calidad, el desaliento es pecado; la duda, blasfemia intexpiable.

«Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan
j de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche
Están en fila: pasé
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
j vibra la espada en la vaina
Mudo, les beso la mano»

Echame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, j el brazo le luce
lo mismo que un sol! j resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: del soclo
saltan los hombres de mármol!

Tres partes, autenticadas por la disposición material de los versos, integran el poema. Las formularíamos así: el homenaje, la blasfemia, el castigo.

En la primera parte, el poeta evoca en sueños el escenario: claustros de mármol donde los héroes, «en silencio...-reposan». Pero de pie. Habla con ellos el poeta:

«De noche, a la luz del alma.»

Pasea entre ellos, los héroes dormidos. Y les besa la mano. El beso con que los venera y reconoce, provoca el maravilloso despertar

«...abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: lloran...»

Lloran, acaso, por la póstuma pasividad en que al despertar se sorprenden, vibrante la espada sin empleo. Y lloran, si con ojos de piedra, lágrimas humanas. El poeta, mudo, torna a besarles la mano. (Martí, con repeticiones que hacen más sugestivo el cuadro sobrenatural, traduce el despertar de los héroes en un poderosísimo *crescendo*. Ese *crescendo*, sostenido con un elemento conservador, el genitivo de piedra — bordón alucinante, aplicado sucesivamente a manos, ojos, labios, barbas, espadas — se difunde y avanza mediante una dinámica serie de verbos perentorios que encabezan las rápidas frases, comunicando dramática intensidad a la animación de lo inerte, para interrumpirse, de golpe, en un solo verbo — lloran — de patética lentitud. Y dos últimos acordes: uno de reasumida altura, otro de equilibrado y conmovido descenso, coronan esta primera parte).

En la segunda — que abren tres miembros rítmicos procedentes de la anterior — el poeta renueva la escena y el escenario: Se pasea entre los mármoles dormidos. Les habla. Y se abraza, lloroso, a uno de ellos, para prorrumpir en una lamentación que se resuelve en involuntaria blasfemia. Insinúa esa blasfemia en un primer movimiento, al expresar que la posteridad de los héroes se ha envilecido:

«...Oh mármol
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
j Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! j Que comen
juntos el pan del oprobio
en la mesa ensangrentada!
j Que pierden en lengua inútil
el último fuego!...»

Y consuma la blasfemia, al admitir que el linaje de los héroes ya no existe:

«... j Dicen,
oh mármol, mármol dormido,
que ya se ha muerto tu raza!»

ISA CARABALLO

VIDA Y MUERTE DE MARTÍ

Encuentro a Martí en mi sangre,
y su palabra trasiega
la luz que a mí ser lo guía,
amor que mi amor preceda.
A la eternidad se ha ido,
y en la eternidad se queda,
pues con el alba renace
Martí a luz y a vida nueva.

Su nombre es quien se levanta
antes que el sol en la selva,
y es vertical de la gloria
que parte en dos nuestra época.
Hacia dentro, luz y síntesis,
dulce dulcedumbre afuera,
siempre ceñido a lo puro,
presente si me desvela
en horizonte de pobres
tener en paz la conciencia.

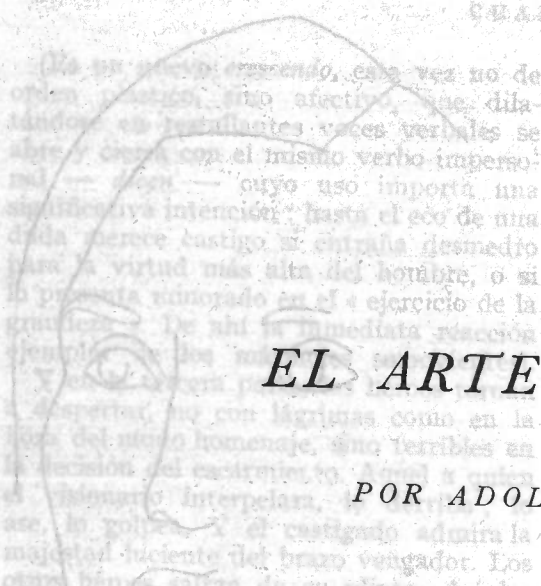
Si su luz es quien me guía,
su luz en las azoteas
asfixia las ambiciones
y a los astros los arenga
y sus muros de ternura
aquí, gozosos, me cercan.



(Dibujo de Bartoli)

Al siglo de bien nacido
alas caídas en huelga
las torres las confabulan
y el horizonte embanderan.
Y si libre continúo
su enseñanza, no hay sospecha
de que en mí llevo una lumbre
que en la obediencia me ordena.
Martí es la luz, yo la sombra
— sombra que su luz trasiega —
y al beber sus vinos agrios
del Santo Martí en la iglesia
anima su mano auroras
para cabezal de piedra.

Pero sé que en luz o en sombra,
de tan puras sus ideas
ponen su discurso encima
del alma, letra por letra...
Y en la luz de su palabra
no hay trayectorias inversas,
y ha de vivir, mientras viva
Cuba adentro la conciencia,
y ha de morir si se muere
lo justo en cubanas tierras.



EL ARTE EN CRISIS

POR ADOLFO SALAZAR

EN 1770, el año en que nació Beethoven, escribió Emmanuel Kant su primera obra significativa: *De mundi sensibilis et intelligibilis forma*. No la he leído, pero me preguntó si el mundo, sensible e inteligible no cambiaría su aspecto, o su manera de manifestarse a sus espectadores sensibles e inteligentes, luego de haber hecho su obra el autor de las nueve sinfonías. La frase célebre de Beethoven en el sentido de que la Música es una revelación más alta que el conocimiento científico o filosófico no es un capricho de artista frente al razonamiento de un pensador. Lo que Beethoven entendía, a mi juicio, es que la Música, como todo arte, se dirige directamente a la intuición sin necesidad de pasar por los caminos, a veces tortuosos, del razonamiento lógico.

La facultad intuitiva en el individuo y por extensión la de la sociedad de su tiempo tiene su raíz, posiblemente, en ciertas predisposiciones; pero para que prospere es menester que esté sembrada en el terreno de la experiencia. El mundo poético alemán después de Goethe no era el mismo que Goethe pudo encontrar en la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando Goethe murió, Beethoven había realizado ya su obra entera. A la altura de 1832, Goethe pudo darse cuenta desde su caserón de Weimar que en el mundo europeo, lo que vale decir en el mundo entero, la sociedad « *sensibilis et intelligibilis* » se había transformado profundamente.

... las manos blancas : del socio
... salten los hombres de mármol.

Y, en el castigo indefinido, se sume el poema. Sin desenlazarse : cubrimos Tal la parábola del heroísmo ex como imperecedera condición del No es difícil desentrañar en el bajo la pura imagen del concurso y de su posteridad inextinguible, un El lamenta la forma al de que un pueblo nacido de héroes p vivir resignado a la servidumbre? Martí quiso expiar en esos versos, salientes humanos. hallar en la fe

Lo cierto es que supo identificar nadie, por « el ejercicio de la gran calidad del poeta y la del héroe.

Otros, hombres intervinieron en el cambio de conciencia histórica, social, científica, que es lo que entendemos por « *intelligibilis* ». La sensibilidad para el arte y para la poesía, el « *mundi sensibilis* » de 1832, era en su mayor proporción la obra de los poetas y de los músicos. En su menor proporción tal vez pudiera decirse que, el « *mundi intelligibilis* » era la obra de los filósofos. Kant había nacido veinticinco años antes que Goethe. Hegel murió un año antes que él, y había nacido el mismo año que Beethoven.

Hablo solamente de luminarias, pero son los « *genii minores* » quienes consolidan el cambio de conciencia. Hipólito Taine no habría podido escribir sus *Ensayos de Crítica y de Historia*, sus varios libros sobre la filosofía del arte sin esos precedentes, y sin que en su tiempo se hubiera fraguado sólidamente un estado de conciencia social adecuado para « sentir » y « comprender » el arte de su tiempo, que llega ya, casi, hasta la consumación del siglo XIX.

El arte entero de Europa, sobre todo en sus dos manifestaciones más accesibles al sentimiento y a la inteligencia de la sociedad, todas las artes líricas y plásticas, iban a sufrir, en seguida, una crisis profunda, como la sociedad misma. El quebranto de las antiguas bases sobre las que se establecía la sociedad burguesa, necesariamente repercutiría en el arte, las mismo que en cualquiera otra actividad

intelectual. Los movimientos sociales llevaron la delantera. Los artísticos iban a la zaga, porque no había con qué sustituir el capital artístico anterior (la enorme masa de experiencias y de obras acumulada hasta fines del siglo XIX). Para refrescar las experiencias, la historia del arte y la arqueología (de la mano de Taine, singularmente) vinieron en ayuda de una conciencia artístico-social que comenzaba a cansarse. El cansancio, más que el razonamiento, interviene muchas veces en la historia. El cambio de paleta en el Tintoretto después del Tiziano vino de la necesidad de acudir a una gama de azules para sustituir a la gama de rojos, que había saturado los gustos de la sociedad veneciana. Los aristócratas franceses del siglo XVIII, cansados del « goût » y de la protocolaria minucia de su vida social, contribuyeron a la Revolución mejor todavía que quienes habrían tenido más derecho a hacerla. Las revoluciones y reformas en el arte de estas últimas décadas se han sucedido constantemente²⁴; tan de prisa, que muchas de ellas no tuvieron tiempo para consolidarse, lo cual, de todos modos, no podrían haberlo hecho, porque eran simples tentativas, movidas en un terreno experimental, sin arraigo en el convencimiento profundo de los artistas ni menos en la conciencia de una sociedad desorientada, « blasée » por lo antiguo (por el pasado inmediato) pero sin satisfacción ni apetito ni por lo que se le ofrecía en sustitución.

En un mundo en crisis, es natural que los valores morales y espirituales lo estén también, como consecuencia. Correlativamente, si los principios sobre los que se basaba una evaluación de los productos artísticos están en entredicho, lo que pudo tradicionalmente estimarse como una escala de valores habrá perdido su vigencia. No es, simplemente, que en nuestra época de crisis no hayan aparecido faros (como decía Baudelaire) de la potencia lumínica de aquellos que, desde el siglo XVIII, proyectaron sus chorros de luz sobre el mundo romántico y que, ahora, tendría que ser sobre un mundo socialista, sino que es difícil sustituir todo un sistema estimativo, con la multitud de certidumbres y de convenciones que lo inte-



D. ADOLFO SALAZAR

gran, por otro que tenga análoga solidez, sobre todo cuando la base radical de ese sistema está fortificada por una experiencia de siglos. Las tentativas de algunos años a esta parte para encontrar un sistema de crítica que venga a representar en el arte algo análogo a las geometrías no-euclidianas o a la física einsteniana han demostrado su fragilidad, porque eran productos convencionales cuya arbitrariedad, a veces inteligente o graciosa, les dió, por un momento más o menos corto, cierta vigencia, pero que, en la mayor parte de los casos ha resultado inoperante a la larga y, en el momento actual, se batan en retirada, si no es que se ve clara su caducidad al reconocerse que los principios en que se basaban eran simples ficciones, o caprichos.

Cuando se repasan las críticas de combate que defendieron a las tentativas para sustituir las normas tradicionales del arte por nuevas experiencias, se comprueba que han quedado descoloridas a fuerza de uso : de manera que se da el caso, realmente curioso, de que haya sido el éxito de alguna de esas tentativas lo que ha causado su mayor quebranto, lo cual no puede extrañar en el terreno del arte, donde el éxito excesivo va casi

siempre seguido por una decadencia. Los franceses pueden decir : « l'usage use », que es como si dijéramos en español : « el gasto desgasta ». Las cosas » en el arte no son justamente las cosas « que se usan », sino las que no se usan ya. Una caricatura de una revista neoyorkina exhibía un estudio de pintura donde, al llevar los discípulos al lienzo un modelo desnudo, daban, sistemáticamente, la misma versión cubista. Las Academias segregan por función normal un arte académico. Cada escuela de arte envía a los museos esos productos de « atelier » que se amontonan en sus pasillos. No es fácil ser un Leonardo, ni hay más que un solo Leonardo, pero los productos del taller de Leonardo son intolerables. ¿ Y los del taller Picasso o los taller Schoenberg ? Picasso como Strawinsky sienten la inquietud de que los sigan sus admiradores, o copistas, como lebreles policías. Schoenberg, más tranquilo, y quizá asombrado un tanto por su propio éxito, acaso se propuso esperar a ver si su manera de barajar las cartas llegaría a crear, de veras, un juego nuevo. Pero, ¿ con qué clase de jugadores ? ¿ Los personajes de Cézanne, con sus sombreros altos de copa, que murmuran entre dientes los sucesos del día, tan apasionantes como el Congreso de Viena o las caravanas a Siberia ?

No ha pasado más que el tiempo normalmente atribuido a cada generación y la que ahora llega se encuentra con que sus mayores parecen agotados en su rebusca de efectos y de argumentos críticos para defenderlos y explicarlos. Constructivismo, valores puros, arte abstracto, objetivismo y no-objectivismo, existencialismo, etc. Las gentes mayores comenzamos a sentir la caducidad de unos argumentos que de tal manera estaban conjugados con el tiempo. Las gentes nuevas tienen un aire descreído. Contemplan en silencio los productos de última hora y no leen a los críticos. Yo conozco jóvenes que de Neruda han pasado a los *Episodios Nacionales* y de Cowel a los *Estudios Sinfónicos*. Cada página o cada folio del proceso estuvo muy bien en su momento, porque, igual que la fase particular del arte en cada instante, la defensa crítica respondía a la realidad relativa de ese

arte en ese instante preciso. El peligro estaba en sus instantaneidad.

La « volte face » de la generación joven es sintomática y contiene una lección clara. Dicho de una manera un tanto chabacana, pero realista, esas nuevas generaciones de espectadores, auditores, lectores, necesitan tener donde agarrarse. Y desde hace treinta años a esta parte, las sucesivas excursiones en el terreno del arte experimental han sido demasiado resbaladizas. El consumidor de arte, real o presunto, se encuentra en el museo o en el concierto con que el viejo aficionado sobre el que resbalaron sin afectarle todas las novedades y todos los esfuerzos de los artistas y de sus críticos, le parece más razonable y de criterio más seguro que el que se precisa para estar a la última. Es una fase normal de reacción contra el « pasado inmediato », y así es fácil ver que los últimos llegados se ponen en guardia contra las experiencias más recientes y se disponen al salto atrás. Naciones enteras han dado ya el salto atrás, y ello no es sino un factor mínimo en la brutal reacción totalitaria que sigue a las guerras, resolviendo así con una fácil violencia todo el dramatismo de una generación escéptica.

Disueltos los lazos de la transición, los periodos intermedios que se nutrían en estéticas precarias, lo mismo las que tenían una razón de ser que las caprichosas, el paso sucesivo, que ahora parece que todos estamos dando, no es el de un retorno, porque todos los retornos, en arte como en política, son imposibles por naturaleza, aunque se parezcan exteriormente a los modelos de una manera superficial. Las vueltas « all'antico », a Bach, a Pergolesi o a Scarlatti no fueron en rigor sino puntos de partida para excursiones nuevas (excursiones y no viajes). Quiero decir que un artista no puede volver la vista hacia atrás (aun cuando pueda echar una ojeada en el espejito retrovisor), pero las circunstancias pueden volver y, de hecho, la historia de un arte presenta, en episodios más o menos dilatados, complejos de circunstancias que se parecen en sus líneas generales o otros, por lo regular, remotos. Es aquello de que la historia se repite. No se repite, indudablemente, sino

que ocurre que la serie de combinaciones vitales no es infinita y, con ello, la historia parece integrada por una serie de papeletas como las que el historiador archiva en sus ficheros. Temporalmente ha habido períodos de duda, de desgaste, de cansancio. Todas las modas son precarias y todos los estilos son temporales. Un artista no puede escapar del imperativo del estilo (que es un fenómeno colectivo, social) y rara vez puede sustraerse a las modas circulantes, a menos que sea capaz de reemplazarlas por otras, lo cual habla de él menos bien que lo que comunmente se piensa, porque los inventores de modas son los modistos: su inventiva es caprichosa y nunca es sólida. Las modas pasan: la historia de la indumentaria es un carnaval. Los estilos pasan: la historia de los estilos es un libro de texto. Nuestra época carece de estilo y aun de una moda señalada; todo lo más, es insignificante. ¿Qué hacer en estos períodos de sequedad y de desabrimiento?

La realidad del fenómeno

La vuelta al desnudo no es una vuelta. El desnudo está siempre latiendo bajo la temporalidad de los convencionalismos. Volver al desnudo no es volver a la estética griega. No es un retorno y, además, cada época tiene su desnudo. La Venus de Milo no es la Venus de Lucas Cranach; las Gracias de Rubens o del Tiziano no son las de Ingres. En la puesta al cero que es volver al desnudo cabe también una manera de ordenación que responde al sentimiento de la época. En el arte, volver al desnudo es dejar que hable por sí la *realidad del fenómeno*. Lo importante es saber escucharla. Si algunos pintores se afanan por pintar botellas o manzanas es porque van guiados por una necesidad natural de quitarse telarañas estéticas de los ojos, y una botella o una manzana están tan desnudas como una Venus o las Gracias. En lo que se han llamado, hace unas décadas, los retornos « de » o « a » Bach, a Scarlatti o a Pergolesi no ha sabido siempre entenderse que lo que el músico ponía ante su imaginación, estimulada directamente por el

fenómeno físico del motivo estilístico desnudo, era lo equivalente a aquella conducta de los pintores. Más adelante, el pintor quería atenerse a una realidad todavía más libertada de coacciones de formas: color, superficie, contraste de valores; las condiciones más cercanas a la naturaleza. Creo que el examen más inteligente que los músicos hacen en estos momentos de la *realidad del fenómeno* se está verificando en América. Desde Edgar Varese a Aaron Copland puede trazarse en Norteamérica una línea de compositores en los cuales es fácil reconocer esta lucha del artista con el barro en que modela sus concepciones. Son artistas que Adolf Weissmann denominaba como « problemáticos », aunque no con relación a estos compositores de nuestros momentos; pero siempre han existido compositores con un problema auestas, más o menos grave, en todos los tiempos de la historia. Si no me engaño mucho, esta es la situación presente para los compositores de la América del Sur, que hasta hace poco habían obtenido sus grados en la apreciación continental, o aun mundial, por sus avances en un nacionalismo del que habían ido superando sin cesar los puntos de vista: desde el nacionalismo pintoresco, folklórico y tradicionalmente costumbrista hasta las últimas fases en las cuales el documento popular se había convertido ya en rasgo de estilo, del mismo modo que el bulbo del loto engendra la columna egipcia, o la hoja de acanto el estilo corintio. Pero después del « Concerto para clavicimbanos » de Manuel de Falla, los compositores posteriores no encontraron el medio de superar ese punto de estilización, logrado por el maestro andaluz, de los elementos históricamente revividos.

Si esto es así, por lo pronto habrá de comprenderse que los compositores que más acuciosamente examinan lo que llamo la *realidad del fenómeno*, tanto acústica como estéticamente, no hayan logrado reducir todavía sus conclusiones a una ecuación terminante. Forma y estilo están fraguándose a la larga de sus experiencias. Schoenberg, Bartok, Strawinsky, en cierto modo Hindemith y Milhaud rebasaron desde hace tiempo la etapa experimental. Los compositores americanos recién salidos del

folklorismo, del indigenismo, del strawinskismo o del schœnbergismo encuentran ahora que su autenticidad como músicos depende de un replanteamiento de los problemas. Si los compositores europeos recién llegados sienten esta necesidad, con mayor razón han de sentirla los americanos, en un momento en que la coacción de la cultura europea es débil y cuando ya no tiene sentido enrolarse en una determinada facción europea. Ya es suficiente para el americano con hablar un idioma europeo: el entronque cultural es firme; pero, para que su manera tenga validez y universalidad le es menester desasirse de los modismos importados tanto como de los indígenas. Ni scarlattismo ni negrismo. El folklorismo no ha salvado de la tradición. Hubo, hasta un momento muy reciente, que examinar el « motivo » negro o azteca como se examinó el motivo Bach o Pergolesi. Pero el motivo no es más que un elemento del estilo, y el estilo, repito, no se crea ni por un hombre ni por una generación. Más allá del motivo está el fenómeno puro, la realidad, casi podría decirse, fonética o acústica. El motivo desintegrado de sus elementos, a fin de que podamos estudiar aisladamente, « disjuncta membra » esos elementos. Después, ya veremos.

Por el momento, las obras más serias, más responsables, más auténticas que se realizan en el doble Continente (no hay que olvidar la reciente inmigración europea por los motivos políticos que todos conocemos) muestran a sus autores en una actitud de estudio, de inquisición. Creo que si se las juzga según la escala de valores vigente, el resultado será desorientador y, en ciertos casos, negativo. Pero si el auditor se sitúa en el punto de vista que estoy describiendo, las obras más recientes de los compositores nativos de las Américas, o en ellas radicados desde estos años significativos, podrán ganar considerablemente en su concepto. En determinadas obras se ve claramente al artista enfrentado con la materia y con su técnica de tratamiento; por lo pronto, en una actitud liberal, dejando, en cierto modo, a los elementos musicales en la libertad de hablar por sí solos, como si el artista quisiera ver lo que esos elementos traen en su equipaje. Es

la actitud del zoólogo que al recibir unas especies más o menos desconocidas quiere observar su manera de acción, su « behavior », dejándolas en posibilidad de expansión de sus instintos naturales, lo cual requiere su tiempo. Unos elementos se muestran rebeldes, duros de trato y agresivos; otros, son más dúctiles. Tal vez aquéllos tengan una mayor fuerza de carácter; estos otros resultan más propicios para establecer la comunicación con el auditor. Unos elementos son de índole armónica, otros de timbre; de algunos depende la posibilidad de una continuidad en el tiempo; otros son estáticos y solicitan una estabilidad que conjugada con la cualidad anterior hace posible el seccionamiento de la forma. Todos esos elementos parecen establecer el medio vital donde se mueven agrupaciones de orden superior, estética e intelectualmente hablando. En este rango de elementos están aprisionados aquellos otros de carácter más material que, por este ascenso a una categoría superior, se llenan de animación y de vida. Así se forman los motivos, los cuales, como si fueran seres vivos, piden que se les deje actuar de por sí.

No es nuevo el caso. Al contrario, se ha estado repitiendo constantemente en cada período nuevo de la historia. Se ha hablado mucho del creador de caracteres escénicos en un drama, o el de tipos en una novela, que terminan por independizarse del escritor, lo hacen su esclavo y le obligan a que les dé forma y movimiento según ellos quieren, a veces muy lejos de las intenciones primigenias del autor. André Gide ha descrito este proceso de rebelión de sus propios personajes y de cómo el novelista viene a resultar su prisionero. Es el mito de Prometeo y sus criaturas. En estas condiciones, preguntar a un compositor por qué su concierto dura una hora; por qué presenta según lo hace su conducción tonal; por qué desarrolla con tal longitud determinado motivo y por qué no hace lo mismo con tal o cual otro; cuáles son las razones que le llevan a buscar determinados planos orquestales; por qué el instrumento o los instrumentos solistas se apoderan del motor dinámico o por qué parecen perderse y diluirse en la marea orquestal, es una serie de preguntas incon-

venientes e improcedentes, porque lo más probable es que el compositor no pueda ni sepa contestarlas. Y no ahora, sino en todos los tiempos de la historia. Un pintor como Claude Monet tenía la respuesta fácil diciendo : « Ça fait bien. » La cosa no es tan expedita para un músico. La respuesta clásica era decir : — Porque me da la gana. Lo que ahora habría que responder es : — Porque *les* da la gana a toda esa « ménagerie » de elementos. Es muy corriente que los Pigmaliones que son muy dueños de sus fuerzas sean las primeras víctimas, de sus criaturas.

Forma y materia

La ecuación, pues, parece planteada en términos muy simples : lo difícil es averiguar la naturaleza de las incógnitas y cómo hay que agarrarlas para resolverlas. No hay más términos que *materia que busca una forma*. Esa es la fase elemental del proceso. La fase espiritual y trascendente es la del *estilo*. Pero el estilo es un don del Espíritu Santo y ni se sabe cuando sopla ni por dónde va a soplar. *No hay nada más en el arte*. Todo el resto son añadiduras, residuos de la magia o del ethos que desde el hombre ancestral se había creído que estaba encerrado dentro del arte, o sea, que era su *contenido*. Naturalmente, un lekithos, una cantarilla griega para el vino o el aceite estaban destinadas a recibir esos líquidos en su esbelto seno. Pero apenas hay que insistir en que lo que perdura hoy de esas vasijas es su estilo y que, como obras de arte, su « contenido » se confunde con el « continente ». Su contenido está en su estilo. Este proviene, como una emanación, de su forma. La forma procede de la materia : arcilla, vidrio. Sin duda unas anforillas estaban destinadas al pueblo llano, las cráteras ricas en adornos, a los labios sensuales de los dioses o de sus favorecidos. Pero el destino de la obra salida del maestro ceramista es su aventura. Salida la obra de sus manos, vive su propia vida. Un tiempo, ejerce una función : la que motivó su creación como « objeto », no como obra de arte, que en la rueda del alfarero era todavía un vago deseo, un proceder incons-

ciente, casi instintivo, guiada su mano por el genio de la raza. El destino, la función desaparecen. Queda la forma y el estilo.

Así se cierra el ciclo vital de la obra de arte : fuerzas ciegas, en un período de gestación. En seguida, llegada la obra a un estado adulto, el uso y el abuso. Finalmente, si logra perdurar en lo deleznable de su materia, la inmortalidad de una vitrina de museo o de unas páginas de cualquiera « Summa Artis ». Y así se cierra el ciclo vital de todo período artístico. Volvemos, en estos días de transición hacia un futuro imprevisible (¿ Roma ? ¿ Moscú ? ¿ Wall Street ?), a la etapa inicial, a las fuerzas ciegas de todos los inicios. En todo caso, se ve que va a abrirse una grieta profunda en el conformismo, que es lo mismo que bachismo o dodecafonismo, cubismo que superrealismo : siempre un patrón cortado en otra parte.

En una ocasión le preguntaron a Bracque, o quizá a Juan Gris, qué era menester para pintar, y él contestó que abrir los ojos. La nueva etapa que se presiente en el arte, sobre todo en América, donde la coacción histórica es más leve, ha de consistir, esencialmente, en abrir los oídos. En escuchar el fenómeno de la realidad musical, si de música se trata : la realidad del fenómeno sonoro. Dejo a los especialistas el cuidado de averiguar cual es la realidad del fenómeno pictórico, o escultórico, o arquitectónico ; o, simplemente, el poético. Si se pudiera hacer « tabla rasa » en el oído, o en los ojos (y ¿ para cuál sentido es la poesía ?) qué grandes novedades podrían escucharse o contemplarse.

Pero no hay que ir demasiado de prisa y creer que un modo de anarquía totalitaria a la manera de algunos extremistas podría ser lo oportuno. Nada hay más horrible que los esperantos, puestos a esperar un idioma nuevo. No se trata de inventar de pies a cabeza ese idioma aún no nacido ; pero los latinos de hace siglos fueron capaces de transformar el latín clásico en lenguas romances, principalmente por el hecho de haber sabido escuchar el *acento* : una fuerza que yacía en el fondo del idioma clásico. Inoperante al principio, arrolladora después.

ADOLFO SALAZAR

FERREIRA DE CASTRO

POR HENRY POULAILLE

FERREIRA DE CASTRO, traducido a dieciséis idiomas, es una de las figuras más interesantes de la literatura universal de hoy. Gran hombre de un país pequeño, no tiene tanta fama como ciertos autores cuya mundanería ha servido al mismo tiempo a su gloria y su talento, pero, sin disputa, Ferreira es uno de los más grandes « *parleurs du monde* » como decía Henri Barbusse a propósito de otro gran novelista de otro pequeño país: el suizo C. F. Ramuz.

No se conoce toda la obra de Ferreira. De más de veinte volúmenes publicados no retuvo para sus *Obras completas*, aparecidas recientemente, más que unos ocho títulos que constituyen doce tomos. En su modestia, o su orgullo, Ferreira ha suprimido, en efecto, todo lo que a su juicio no está totalmente logrado: sus primeras novelas, sus numerosos cuentos, su teatro y todos sus artículos periodísticos, aun cuando, según dicen amigos que los leyeron, están muy lejos de carecer de interés. He insistido mucho para que publicase sus cuentos, así como su editor, el cual no obtuvo más éxito que yo. El sino de las *Obras completas* es el de no serlo nunca. A las de Ramuz les falta un buen tercio y las de Radiguet — un solo tomo sin embargo — tienen omisiones. Allí el culpable no era el autor. En Ramuz y Ferreira de Castro, la supresión es voluntaria. Esto permitirá más tarde a los curiosos hacer

hallazgos que les alegrarán... En cuanto a nosotros, deberemos conformarnos con lo que nos dan.

Seamos justos: el patrimonio de Ferreira de Castro sigue siendo importante, uno de los más importantes de la literatura moderna. Cinco volúmenes de viajes — *Pequeños Mundos* (2 tomos) y *A volta ao mundo* (tres gruesos tomos) y siete novelas — *Emigrantes*, *A Selva*, *Eternidade*, *Terra Fria*, *A tempestade*, *A lâçã a Neve* y *A curva da Estrada*. Estos libros bastarían para colocar a su autor en primerísimo plano: una obra como *A Selva* es de la categoría de un *Jude el oscuro* de Thomas Hardy o de *Recuerdos de la Casa de los Muertos*, de Dostoievski; *Las ovejas del señor* es quizá todavía más perfecto y sin duda sin equivalente en ninguna lengua. Pero hablemos un poco del autor.

Ferreira de Castro no es un escritor de tipo corriente. Nació en la pobreza, perdió su padre muy pronto, y tuvo una infancia mísera. Pero en realidad ni tuvo infancia. A la edad de doce años, su madre, engañada por promesas, le dejó embarcarse en un barco de emigrantes rumbo al Brasil donde un supuesto protector le esperaba. El chiquillo hizo el viaje entre los emigrantes relegados en la bodega. Un largo viaje, penoso y triste. Días morosos horas

interminables en la inmensidad del océano. Por fin, cuando llegó ante su protector, éste le mandó a trabajar con los demás en la extracción de caucho, en plena selva virgen del Amazonas.

Durante tres años el muchacho vivió en medio de los bosques, conoció las peores promiscuidades, toda clase de exacciones, los mayores riesgos. Niño entre adultos, vivió allí en la más absoluta soledad de alma. Poblaba su soledad como podía, leyendo todo lo que le caía en mano, y estos papeles le ayudaron a soportar la vida. De haber sido completamente analfabeto, no hubiese podido sufrir la mala suerte que le había llevado — inocente y cándido — al ciclo infernal en que se encontraba. Estos papeles, trozos de periódicos y libros no eran, por otra parte, todos malos; como los hombres que lo rodeaban no eran todos naufragos. Había entre ellos compañeros libertarios que se habían dejado arrastrar por el espejismo de la aventura, empujados por las ilusiones de su imaginación. Habían sido embaucados y reaccionaban pidiendo a los amigos de su país obras de filosofía social, porque no querían abdicar. Quedaban así en contacto con el viejo mundo que habían abandonado y con las ideas que no querían dar al olvido. De esta manera el joven Ferreira de Castro llegó a leer las obras de Kropotkin, de Eliseo Reclus y otros pensadores y teóricos anarquistas, que editaba la librería Guimaraes en Lisboa, al mismo tiempo que las novelas de Zola y Hugo. Cuando leía estas obras, Ferreira no podía imaginar que unos veinte años más tarde la misma casa editora publicaría las suyas.

Los tres años pasados allá fueron crueles, infernales, y para colmo, le dejaron una enfermedad hepática incurable, que le hace vegetar más que vivir verdaderamente. Hace unos meses, su estado exigió tres operaciones sucesivas, que le debilitaron a tal punto que aún no se ha repuesto del todo. En cambio, no se puede negar que a aquella quietud y aislamiento forzosos les debemos las obras maestras que se llaman *Selva Virgen* y *Emigrantes*.

Habiendo escapado de los sortilejos de la selva y de sus asechanzas, Ferreira ya maduro, hombre antes de tiempo, conoció entonces — como individuo relativamente

libre y no ya como esclavo —, los vagabundeos sin pan y las noches sin techo en el Brasil inmenso. Un día fué a parar a la Guayana francesa, al azar de un trabajo aceptado en un barco de carga.

Durante años su vida transcurrió en marchas agotadoras hacia la evasión, sostenido solamente por la esperanza de poder regresar a su país. De noche, meditaba largamente contemplando la luna. La misma luna brillaba sobre la aldea donde penaba su madre, que le esperaba y no sabía nada de su miseria y de los esfuerzos sobrehumanos que tenía que hacer cada día.

En el curso de sus peregrinaciones, almacenaba impresiones y sensaciones, soñaba con escribir. ¡Escribir era tan importante! Lo había comprendido mejor que otro cualquiera, abrumado como estaba por su destino y por la selva. Un día, su sueño se realizó. Tuvo la suerte de colaborar en un periódico de jóvenes en Belem.

Establecido en el Brasil, fundó allí una hoja periódica donde, dueño de sí mismo, hizo verdaderamente sus primeras armas. Pasaron todavía años de atascamiento cruzados por algunas breves alegrías. La nostalgia de la tierra natal le atenaceaba. No podía más y decidió regresar a Portugal. Allí debió volver al yugo del periodismo, plegarse al oficio de reportero. Era mejor que el oficio de « seringuero », pero para Ferreira de Castro escribir no era « vivir de su pluma », sino expresar su pensamiento.

El periodismo no aportaba más que un medio de vivir, no una razón de vivir. El joven escritor sabía que debía dar a conocer algo que nadie había dicho ni podido decir.

Trató de editar sus obras, ya que no había logrado interesar a ningún editor. Hizo imprimir su obra página por página, pagando el trabajo a medida que iba ahorrando. El libro vió la luz, pero no interesó mayormente. Un poco más tarde, el buen éxito vino con una obra que escandalizó: *Carne ávida*. Se tomó en consideración al joven autor que mostraba puntos de vista no conformistas y los libros que siguieron le valieron año tras año lectores cada vez más numerosos. Entonces comenzó a figurar entre las celebridades de la literatura nacional.

La publicación de *Emigrantes* llevó su nombre fuera de las fronteras, consagrándolo. Con esta novela se abría la serie de obras que le impusieron por completo: *La tempestad*, *Eternidad*, *Selva Virgen*, *Tierra fría*.

Viajero incansable, Ferreira de Castro publicó relatos de viajes con el título de « Mundos Pequeños » (Andorra, Rodas, Malta, Mallorca, Córcega, Mónaco, Egipto, Palestina, Cartago, Pompeya, Irlanda, Madeira y las Azores), dándose cuenta de que el mundo entero era digno de verse. Juntando sus ahorros, haciéndose adelantar dinero a cuenta de sus derechos de autor, partió con su mujer para dar una verdadera vuelta al mundo. Atravesaron Africa, Europa, Asia, Oceanía, América. En el Japón, donde las amenazas de guerra le inquietaron, era en 1939, Ferreira decidió volver a Portugal. Traía de su periplo de varios años un montón de notas, documentos, miles de fotografías y saquitos de tierra de todos los continentes. La señora Ferreira de Castro traía gran número de dibujos. Era una pintora exquisita, y digo era porque ha abandonado luego el lápiz y el pincel. Ferreira, de nuevo ante su mesa de trabajo, elabora su enorme obra *A volta ao mundo* que apareció primero en fascículos ilustrados. El éxito fué tal que se lanzó una edición encuadernada, cuya venta dió tanto dinero que no sólo cubrió ampliamente todos los gastos y empréstitos sino que estuvo a punto de hacer millonario a Ferreira. Pero as quiebras y deva'uaciones que surgieron le evitaron las molestias de sentirse rico. Otro hubiese perdido los estribos; a él le hizo gracia. El dinero no le interesa. ¿ Por qué pedir más de lo que se tiene?, sue'e decir. Una venta asegurada, una vida cómoda para su mujer y su chiquilla. Un poco de dinero para viajar de cuando en cuando, comprar los medicamentos necesarios, hacer algunos donativos anónimos — ¡ procede con habilidad de prestidigitador! —, ¿ acaso no basta? Ferreira de Castro es un sabio a quien la miseria le ha enseñado la bondad.

★

Como no conozco el portugués, lengua muy bella, quizá más rica que la nuestra,

me limitaré a algunas notas sobre las obras de Ferreira traducidas a francés.

Ante todo, *Foret Vierge*, testimonio de un superviviente, que es uno de los frescos más conmovedores que la literatura nos haya dado.

« A mi juicio, escribió Blaise Cendrars que hizo la traducción, la razón del inmenso éxito de « *A Selva* », es su profunda humanidad, la veracidad de los detalles vividos que rela a, sus observaciones, sus anotaciones agudas y escuetas sobre la vida de los pobres « *seringueros* » (los que extraen el caucho), una ausencia a toda de comentarios que deja actuar el hecho directamente sobre el lector y una fidelidad de palabras tan escrupulosas en las conversaciones, que el más leve diálogo entre estas gentes de color, sencillas y primitivas, perdidas en lo más intrincado de los bosques, conmueve, llega al corazón, y obliga a escucharlo. »

Estas líneas de Cendrars pueden aplicarse a todos los libros de Ferreira de Castro. No hay en él ningún artificio libresco, sólo está presente en su obra la preocupación de lo humano, sin ninguna discontinuidad. Y esto es más raro de lo que se cree.

Ya sea que Ferreira nos describa un drama rústico en el marco grotesco de un caserío perdido (*Tierra fría*), o la odisea de un emigrante que ha malbaratado su vida (*Emigrantes*), o la vida de los pastores y la penosa existencia obrera de Portugal (*Las ovejas del Señor*), o la crisis de conciencia de un hombre político (*La vuelta del camino*), sus novelas están todas tomadas de la carne viva y los frutos amargos, pero no agrios, de la experiencia personal, tienen un acento de autenticidad indudable. Es el psicólogo observador del alma primitiva del pueblo, a quien el novelista se empeña en revelar en sus novelas portuguesas y brasileñas, y nunca pluma alguna tuvo más autoridad que la suya, rica por haber orillado y vivido a lo pobre toda la miseria humana. En *La vuelta del camino* y en *Eternidad*, su penetración psicológica daría envidia a muchos psicoanalistas. Ya sea que describa la vida interior de la selva, el trabajo en las plantaciones, el ritmo cotidiano de los héroes anónimos abrumados por la fatalidad y la superstición, la obsesión del país natal



FERREIRA DE CASTRO

(Dibujo de Bartoli)

en el desterrado, la animación de una calle en efervescencia, las promiscuidades en la caía de un barco cargado de ganado humano o el trabajo en una hilería, la existencia desconocida de los pastores, o bien la angustia de un hombre que se autoanaliza presa de la duda, el escritor no se pone nunca a hacer mera literatura. Esto no impide que en él, el pintor y el poeta estén presentes en cada línea, pero en una fusión tan íntima, con tal delicadeza de trazo, incluso cuando el color crudo es violento y lo patético del realismo llega a sùmmum, que quedamos subyugados por la firmeza de pulso y el dominio de sí mismo de novelista.

Ramuz recordaba la «sumisión del artista a la autenticidad». Ferreira de Castro ha tendido siempre hacia esta búsqueda de lo auténtico, como antaño el novelista holandesa Neel Doff, que escribió en francés sus obras maestras. *Jours de famine et de détresse* y *Keetje*. Ramuz y Neel Doff murieron, pero su obra permanece. Con Ferreira de Castro, la acción prosigue, y regocija ver que frente a la literatura de

juego, que hace más estragos que nunca, la literatura viviente no arría su pabellón.

Ningún autor en el mundo tiene un arte más sobrio. *Selva Virgen* es la epopeya más sombría y al mismo tiempo a más vibrante de luz. Sin embargo, Ferreira no insiste y desdeña los temas sensacionales. Por ejemplo, agrupa en diez páginas todo lo concerniente a la fauna, cuando otro hubiese llevado serpientes a todas las páginas.

Ferreira de Castro no se deja llevar por ninguna facilidad. Nada de efectos de relumbrón, nada de parrafadas. Hechos, visiones, bosquejos y toda la vida de la colonia se expresan con su verdad. Toda la selva vibra con sus gritos, con sus ruidos, en sus marcos fantasmagóricos, crecida y decrecimiento del Amazonas, y todo lo que las condiciones creadas por ellos entrañan para estos hombres condenados que la pueblan involuntariamente y que perecen a lú de miseria, asaltados por los indios o muertos por los animales o las plantas, sin poder abandonar su gehena, atados por las deudas contraídas para pagar el viaje, el precio de su equipo y de la comida. Se llamó a la selva virgen, el infierno verde, y en efecto, lo que describe el ciclo de los quince capítulos de la novela de Ferreira, es el infierno. Un infierno distinto del de Dante, donde los condenados no están allí para expiar sus faltas, sino que han sido conducidos por la desgracia y la miseria, que creyeron abandonar con la esperanza de liberarse trabajando como forzados algún tiempo.

Emigrantes nos dice cómo se lleva a estos forzados hacia el espejismo. Ferreira nos muestra uno de estos humildes campesinos, Manoel de Bouça, quien, obsesionado por la necesidad de mejorar su suerte, cede a las tentaciones de la emigración.

Manoel abandona su casa y los suyos. Tiene la esperanza de regresar rico y se va, en medio de centenares de seres iguales a él, al Brasil, en un barco donde son hacinados como ganado. No bien llegados al país de Jauja se encuentran con la decepción. La seguimos a través de las desdichas de Manoel. Obtiene penosamente trabajo en una plantación de café, en el Estado de San Paulo, de donde, muchos años después,

una ocasión que se le presenta durante la revolución de general Isidoro le permitirá huir, después de haber desvalijado a una víctima. Cuando regresa a su tierra es más mísero que antes, porque e que le hab a arrastrado a la aventura le ha robado su casa. Pero no resumiremos esta historia, muy rica en episodios interesantes. Con Ferreira de Castro estamos, no como espectadores de una especie de « film », sino conviviendo con Manoel y con la muchedumbre de sus compañeros de todas las lenguas y de todos los lugares en el drama de su desamparo. Es, en un estilo directo, con observaciones propias y con situaciones vividas por el escritor, la vida de los emigrantes y a través de ella el problema de la emigración. Pero más aún ; al poner al descubierto las causas de esta emigración, que es una de las taras más graves de la civilización moderna, echa menos la culpa a los países de allende el Atlántico que reciben a estos desdichados, que a los países de Europa que los ponen en una situación tal que partir les parece la única solución. Ferreira pone aquí el acento donde es debido. No es una tesis lo que explica, sino unos hechos categóricos los que expone cuando escribe :

« *Estos hombres se marchan a la ventura porque les falta el pan o porque están convencidos de que en el mundo donde viven, sólo aquel que posee el oro tiene derecho a las sonrisas de la vida. En estas circunstancias particulares, son cada vez más engañados por otros hombres que los explotan en su propio país, hac éndoles creer que así como son, toscos y analfabetos, encontrarán, expatriándose, riquezas fabulosas. Entonces se ponen en camino fascinados por el espejismo.* »

Si hubiese que buscar culpables — declara Ferreira de Castro — es a Europa a quien se debería acusar la primera.

Hay libros que son actos, y *Emigrantes* es uno de ellos. Libros que son como abogados de causas ocultas que parecen difíciles de descubrir. Mas en general se abren camino, incluso si se quiere estorbar su marcha. El éxito mundial de *Emigrantes* ha puesto el mal al descubierto.

Tierra fría es una novela portuguesa. Es la vida humilde de un caserío en la montaña, en la comarca árida donde ha

nacido el autor. Un drama muy sencillo está descrito allí en toda su sombría rusticidad. Y esto le permite al escritor presentar una sucesión de cuadros de un realismo de singular riqueza psicológica. Ferreira pone ante nosotros seres primitivos en una naturaleza salvaje, que permanece aún como en las primeras edades del mundo. Almas y paisajes están tomados a lo vivo, en toda su integridad.

Ya sea que el autor nos pinte fondos rústicos o escenas familiares, que restituya tal o cual supervivencia arcaica o nos coloque en plena tragedia bruta, siempre lo hace sin concesiones. Nadie mejor que él sabe abstenerse de lo grosero de la nota sentimental. En este aspecto. *Tierra fría* revela un arte extraordinario. Es el tipo perfecto de la novela de ambiente.

Obra de ambiente es también *Las ovejas del Señor*. Panoramas de Portugal siguen formando el fondo de este ancho fresco. Lo que expone el escritor aquí es el drama del pueblo portugués. Es la psicología del proletario lusitano, imaginativo, soñador, paciente y resignado, pero que conserva, sin embargo, la llama de la esperanza oculta bajo las cenizas. No hablaremos de la historia de Horacio, el pastor que se hace obrero creyendo poder llegar a crearse un hogar sano, parecido a los que ha entrevisto en la ciudad cuando hacía su servicio militar y que, en definitiva, no hace sino cambiar su miseria libre de pastor por la miseria del proletario de las grandes capitales.

Como narración, *Las ovejas del Señor* es quizá la más novelescamente conducida que nos haya ofrecido Ferreira. Hay en ella una progresión dramática sostenida, eso que los franceses llamamos « métier ». Algunos se han mostrado desdeñosos a propósito de *Selva Virgen*, de *Emigrantes* y de *Tierra fría*. Según ellos estos libros son más bien relatos documentales que novelas. Lo cual es una forma de decir que lo viviente está por debajo de lo literario : concepción bien conformista, que por suerte está perdiendo terreno.

Hacemos constar que técnicamente *Las ovejas del Señor* se parece más a la novela del tipo corriente que las otras. No vemos en ello sino una prueba, de que Ferreira es

un autor en perpetua renovación y nos alegramos. Pero lo que nos interesa en este libro, no es tanto su composición como su contenido. En lo que se refiere a la materia, vemos allí que no ha cambiado. A través de la pequeña anécdota sentimental de Horacio y de Idalina, lo que surge es el gran problema de la miseria proletaria. Es la vida popular expresada en dos partes que, como las tablas de la diptico, se completan. La faz pastoral, la faz industrial de los incidentes dramáticos ponen allí lo novelesco. Quizá digan algunos que las páginas donde se describe el ambular de los dos hombres entre la niebla y la nieve de la montaña, que alcanzan una extraordinaria intensidad, son el lado documental. Para nosotros, lo que domina es la expresión de la vida misma. El trabajo de los pastores en los prados, la marcha hacia los pastos de las alturas, los cuidados prodigados a los animales, la soledad, todo esto es lo que se nos dice en la primera parte. Y es algo muy distinto de los apriscos de Giono. La segunda parte, más ruda, el trabajo en la hilandería, es la vida obrera con sus aspiraciones, con sus luchas, la huelga, la refriega, el fin de esos trabajadores en el hospicio, el entierro de uno de ellos y todos los actos del trabajo. ¿Acaso alguien describió jamás la actividad de una hilandería como lo ha hecho Ferreira de Castro ?

La historia de Horacio y de Idalina es un pretexto para este fresco. Alegrémonos si el pretexto permite apreciar mejor el conjunto.

El último libro de Ferreira : *La vuelta del camino* es una novela de psicología social. En el caso genérico que estudia — el drama de conciencia de un militante político a punto de traicionar su pasado — el escritor concreta la psicología del renegado. El libro se sitúa en España, pero sólo se trata de una cuestión de marco para comodidad de la exposición, ya que es este un problema actual y universal. Veinte nombres acuden a la mente de todos en cuanto Don Alvaro se nos muestra frente a frente de sí mismo. Por supuesto, la sinceridad no es en todos tan perfecta como en el protagonista del libro de Ferreira. Pero quizá las fórmulas no serían tan diferentes si ellos nos expli-

casen las razones de su conversión después de haber vuelto la casaca. Don Alvaro Soriano, gran abogado madrileño, uno de los jefes del Partido Socialista, ha envejecido en la lucha política y vió cómo evolucionaban las ideas y los hechos de modo distinto al que él había previsto. Los que lo rodean adivinan su descontento. Los unos están inquietos ; los otros tratan de sacar partido de su incertidumbre. La crisis está latente y bastará una nota anunciando el deseo de Soriano de abandonar su partido, para que estalle. Esta información lanzada como un sondeo obliga a Soriano a determinar su rumbo. La realidad es innegable ; Soriano ya no es el jefe respetado. Había tenido que admitir junto a él hombres de valor y algunos tomaron iniciativas que los ponían en evidencia. Incluso uno, Zornoza, lo había suplantado representando el ala izquierda del movimiento, y el puesto a que Soriano creía tener derecho estaba ocupado por su rival. La cuestión no tarda en salirse del campo de la acción social y de las ideas para hacerse estrictamente personal. ¿ Debe quedarse o irse ? Por haberse dejado sobrepasar es objeto de críticas ; ya no es más que un tibio, al que no le siguen. El, por su parte, desaprueba ciertos métodos en los que ve vicios de doctrina. Sin embargo, no está fatigado y no quiere abandonar la acción. Sus adversarios le han dado a menudo razón contra los suyos. De entre los enemigos de ayer se le podría tender una mano y si fuese hacia ellos conseguiría rehacer una brillante carrera. La nota de prensa aludida ha desencadenado el drama y Ferreira nos lo hace vivir en fases rápidas, como un drama casi de estructura clásica. Era un drama antes de convertirse en novela, de donde quizá esta rapidez de acción. En cuanto la noticia cunde, todo el país se pone en guardia y Soriano se ve entre la espada y la pared. ¿ Desmentirá la nota, o, admitiendo la insinuación indiscreta, se afiliará al Partido Nacional ? Junto a él, su hermana y un hijo hacen el juego a los nacionales y quieren que abandone las ideas revolucionarias que ellos aborrecen. Pero el socialismo es todo el pasado de Don Alvaro y los recuerdos de su vida de militante surgen sin que pueda apartarlos como

desearía. Sin embargo, ¿serán estas imágenes lo bastante fuertes como para contrabalancear la atracción que ejerce sobre el hombre decepcionado la tentación de rehacer una posición de primer plano? Soriano teme, no obstante, hacer papel de extraño, de intruso en el Partido al que piensa adherirse.

¿Qué hará? El tiempo pasa. Soriano, no decidiéndose a desmentir la información sufre presiones de todas partes. En el Partido Socialista se empieza a manifestar cierto nerviosismo. Le llegan censuras al futuro desertor. Su hijo y su hermana tratan de apresurar su decisión. Un viejo militante, Pepe Martínez, viene a disuadirle de cometer lo que él califica de error. Luego otro hijo suyo, que se ha enterado de la noticia en el otro extremo del país y no ve las cosas con la benignidad del viejo compañero, argumenta con más vigor. Es, le reprocha a su padre, una traición. Soriano escucha, discute, pero no se rinde a las razones de sus antagonistas. Entretanto llegan mensajes del jefe del Partido Nacional. Soriano conserva la serenidad y no se decide a adherirse. Y las discusiones prosiguen vehementes entre el hijo, el padre y el amigo. Estas páginas son de tanta densidad, la acción llevada en un movimiento tal, que el lector parece sentir con los tres actores la misma pulsación del drama. Y Ferreira lo mantiene en vilo hasta el fin en que, después de un escándalo donde está mezclado el hijo que él reniega, el viejo socialista no resolviéndose a optar por el Partido Nacional, se sale por la tangente, renunciando a la vez al foro y a su escaño de diputado. Libro de combate, libro de gran categoría. Si el tema no es inédito, al menos es nuevo por la manera de tratarlo. Además, tiene el mérito de venir a su hora.

El hombre es, por las mismas razones que su obra, excepcional.

Bajo apariencias apacibles, es la intransigencia hecha carne, pero esta intransigencia la aplica nada más que a sí mismo. Para los demás, está lleno de mansedumbre. Sabe a qué atenerse respecto de

los hombres, pero siempre les encuentra excusas. La bondad es el único defecto que le conozco.

No le preocupan ni el dinero, ni la inmortalidad, ni la gloria, ni tampoco el asegurar su leyenda como a la mayoría de los escritores. No tiene ni necesidades ni deseos; nada más que una sed inextinguible de observar.

En Lisboa, donde he pasado un mes con él, viviendo su vida de todos los días, me divertía observándole cada mañana cuando abría el periódico. Iba derecho a la página de las Compañías Marítimas y pese a las molestias del régimen a que le obliga la enfermedad, sueña con volver al Brasil, incluso a dar otra vez la vuelta al mundo. ¡Hombre curioso este Ferreira! Este viajero incansable, siempre deseoso de partir, es también un hombre que puede estar trabajando horas y más horas durante las cuales llena decenas de páginas con su letra ancha y nerviosa. Duro para sí, es todo bondad para el prójimo. Hay en Ferreira de Castro un cristiano de las Catacumbas. Siempre afable, sabe ser cordial y está siempre dispuesto a prestar servicio. Vive — inquilino y no propietario — en un apartamento atestado de libros en todas las habitaciones. No tiene el sentido de la propiedad. Le gusta más vivir en el hotel que en su casa, y su mujer ha tenido que insistir terriblemente para tener vivienda y muebles propios. « Para qué? », dice; uno no se lleva nada. » Ferreira de Castro es un filósofo. « Gloria, dinero, vanidades en este mundo quedan. »

Pero vivir es también tener casa, no estar a merced de las gentes, en la incertidumbre del mañana.

— ¿Usted cree? dice.

Para él, la vida es partir, detenerse, volver a partir. Es ver y no tener.

« Lo importante — asegura — es poder mirar dentro de sí y decirse: estoy contento. Esto y la amistad es lo único que vale. » Yo creo que respecto a la amistad, se ilusiona. A menudo es un sentimiento unilateral: hay el que da y los que reciben.

Pero quizá Ferreira no se engaña.

HENRY POULAILLE

CONFERENCIAS

EL PUENTE IMPOSIBLE

POR RAMÓN J. SENDER

Los escritores españoles han salido bastante bien de la experiencia del despotismo. No ha habido sorpresas en la conducta de nadie. Tampoco traiciones. Lo que algunos consideran villanía y bellaquería — los casos de Eugenio d'Ors, Baroja, Benavente — no es más que senectud. Y entre esos tres autores Baroja no ha defendido nunca el régimen, que yo sepa. Se ha limitado a ignorarlo y a seguir trazando esas páginas inefables en las que la trivialidad se hace fácilmente elocuente y el héroe obtiene relieve a fuerza de renunciamiento y frustración. De los otros dos, Benavente es sólo un eco atrasado de Oscar Wilde, a cuya escuela literaria y a cuyo falansterio moral pertenece, con todas las consecuencias. D'Ors, que mostró en los comienzos de su vida de escritor un talento original, es el único de los tres que quemar el incienso voluntaria y alegremente a los pies del verdugo. Ni Benavente ni d'Ors bastan, como es natural, para dar a la dictadura fascista una apariencia civilizada. Pero como no tienen otra cosa, los generales los tratan con una bondad paternal.

Algunos escritores habían muerto poco antes o poco después de comenzar la guerra civil. El más representativo era Valle Inclán. Tuvó suerte marchándose

en la cárcel, donde se encontraba en el momento de la caída de Franco. Valle Inclán, como es sabido, vivió durante el momento de la sublevación y estuvo firmemente comprometido con las fuerzas del orden. Pero, como es sabido, Valle Inclán no fue el único de los escritores de la talla del sector de Galdós y Baroja que se comprometió con el régimen. Todos los demás del mundo, a excepción de Valle Inclán, se comprometieron con el régimen.

antes de conocer aquel caos sangriento. Dada la personalidad mágica de Valle Inclán no es demasiado arbitrario decir que hubo algo deliberado en su muerte. Parecía haberla convocado secretamente, él que tantas veces la cantó en sus versos. En el otoño de 1935, poco antes de marcharse a Galicia — su país natal — yo le dije que esperaba verlo pronto otra vez en Madrid, pero negó y replicó taciturno: «No, no volveré. Esta vez va en serio.» ¡Vaya si iba en serio! Murió dos o tres meses después.

Era entonces Valle Inclán el único entre nosotros que veía claramente lo que iba a suceder. Dos años antes, cuando Franco ocultaba sus manejos en una comandancia militar de provincias, hablaba Valle Inclán, del peligro que representaba ese tipo vulgar, ambicioso y sin escrúpulos. Muchos jefes políticos republicanos, incluido Azaña, acusaban a Valle Inclán de fantástico y de alarmista. Cara pagaron la imprudencia de no escuchar al hombre de los vaticinios, al «vate», que la imaginación de los pueblos primitivos consideraba sagrado.

En cuanto a Unamuno, murió algún tiempo después en Salamanca, en condiciones que todo el mundo conoce. Al comenzar la guerra eran Unamuno y Baroja los dos únicos escritores de relieve que había en el sector dominado por los fascistas. A Baroja lo encarcelaron y al ser libertado pidió que le dejaran seguir

ADIC

en la cárcel, donde de momento se consideraba más seguro. En cuanto a Unamuno ya sabemos como vivió desde el momento de la sublevación. Y cuales eran sus sentimientos en los días que precedieron a su muerte. Pero todavía gustan algunos filofascistas de acercarse a la estatua del rector de Salamanca y hacerle decir que « los rojos » tienen la culpa de todos los males del mundo.

Solía decir Unamuno : « El gran crimen, el mayor crimen es negarse a comprender. » Negarse a usar la facultad divina del entendimiento por encima de los intereses inmediatos y prácticos. Ese crimen sacaba de quicio a Unamuno y cuando lo tenía delante en la forma de farisaísmo o de baja ambición disfrazada o de cualquier forma de aprovechada simulación, contenía con dificultad su iracundia. La capacidad de desprecio de Unamuno era infinita, pero no sabía ofender y cuando se lo proponía usaba un género de sarcasmo que muchas veces pasaba inadvertido. Esta incapacidad para la ofensa era una de las cosas que yo más admiraba en él.

A veces algun amigo me decía refiriéndose a Unamuno : « Creo que su cabeza comienza a fallar ». Yo comprendía que el viejo escritor había querido ser con él impertinente y agresivo y sólo había conseguido dar una impresión de extravagancia. A los que le iban con falsos problemas de moral o de estética, Unamuno les decía que debían leer *Rocamboles* de Ponson du Terrail y les hacía entusiastas y sofisticos elogios de otras novelas de aventuras. A un fascista que hoy es uno de los « definidores » del imperio « vertical y azul » después de haber pasado por los partidos políticos de izquierdas, le decía un día : « Ustedes pueden justificar el asesinato por odio o por amor, pero por resentimiento literario es una perversión incomprensible ». Esta fué una de las opiniones personales más « agresivas » que le oí e iba dirigida al actual teórico del Estado de Franco. Unamuno tenía razón. Por resentimiento literario mataron a Lorca y a Miguel Hernández y a otros muchos. Unamuno lo había previsto. A pesar de esas y otras cosas los fascistas se lo quieren hoy asimilar.

Pío Baroja el novelista — vasco también — decía en Francia, en 1938 : « Los fascistas no me han fusilado porque no han leído mis libros ». A Unamuno quieren hacerlo suyo los fascistas porque no lo han leído tampoco o porque habiéndolo leído quizás incurren en lo que Unamuno consideraba el mayor de los crímenes : la resistencia a entender. A Baroja nosotros solemos censurarlo por quedarse en España respirando el aire de una estupidez consagrada por el crimen, pero la verdad es que los de Franco no se han atrevido nunca a considerarlo suyo.

Ha hablado poco Baroja en su vida de problemas políticos concretos. Tampoco habla mucho de otras cosas. Baroja es un hombre de silencios indefinibles. No importa. Es ante todo un escritor de talento, que no se ha cuidado nunca del disfraz. Son los suyos los silencios de la timidez, recelosos y precavidos. Su odio contra Valle Inclán estaba justificado tal vez por causas profesionales. Valle Inclán había llevado el realismo en la expresión violenta — y hasta procaz — a la última posible expresión. Y ese parecía ser un campo acotado por Baroja. No hay duda de que después de los esperpentos de Valle Inclán los caracteres de Baroja no tenían grandes novedades que decir en cuanto a plasticidad y violencia. Sólo así puedo medio entender una saña tan viva y sostenida.

Vi una vez Baroja en su casa de Madrid y me pareció incómodo de tratar. No desagradable ni indelicado, sino agriamente metido dentro de su concha. Era la primera vez que lo veía y me estuvo hablando mal de mucha gente. Más tarde lo encontré en París. Estuvimos comiendo en un « restaurant » vasco con Díez Canedo y Waldo Frank. Baroja estaba en sus glorias en un lugar como aquel y viendo pasar tipos de su tierra. Contaba con todos los detalles sus aventuras de Vera del Bidasoa durante los primeros días de la guerra. Y de un modo aldeano y lleno de zumba su recepción en la nueva Academia de la lengua ; su segunda recepción, ya que la primera fué si mal no recuerdo en 1935 durante la República. Se hacía aquel día simpático por su natural tendencia a un humor de buena ley, ese humor en el cual

el que habla se ofrece como víctima propiciatoria. Cualesquiera que fueran sus debilidades — ¿quién no tiene las suyas, también? — don Pio era el autor de *El árbol de la ciencia*, de *Silvestre Paradox*, de *César o nada*. Merecía estimación y respeto.

Después sólo he sabido de él lo que dice en sus *Memorias*. Pero andando por el mundo he recordado al novelista a menudo con pequeños motivos infaustos. Casi siempre que he visto que alguien hablaba de su propio origen racial o del color de la piel o de cualquier circunstancia étnica he recordado a Baroja, que tenía todas esas preocupaciones. Ningún escritor moderno ha tenido como él la obsesión de la raza. No precisamente con un sentido político, sino antropológico. Es extraño ver en sus *Memorias* la insistencia con la que habla del color de su pelo — cuando lo tenía — de su estatura, de su origen nórdico, de su carencia de caracteres mediterráneos y de otras mil pequeñeces más. El maestro tiene ochenta y dos años. Hay que disculparle muchas cosas. A veces se ve entre líneas la melancolía de vivir bajo la bota militar y falangista. Salir de España a sus años sería una aventura que a su edad no se puede pedir a nadie. Y tiene miedo. El miedo de los hombres que no han congeniado nunca con nadie.

Ha sobrevivido a la vergüenza como tantos otros, pero no se puede decir que se haya resignado. Hay escritores que han sido siempre casi fascistas, casi antisemitas, casi republicanos, casi socialistas según el viento que soplabá. Esos siguen en España comiendo el pan de la vergüenza mientras confían — o « casi » confían — en hallar alguna forma de impunidad en el futuro. Jacinto Benavente es de esos. Estaba en Madrid cuando comenzó la guerra civil. Escribió en favor de los republicanos sin que nadie le obligara a hacerlo, pero al salir de España — cosa que tampoco pensó nadie en impedirle — se sintió súbitamente inflamado en entusiasmo fascista y se fué al lado de Franco, a cuya propaganda añadió los ecos barrocos de su senilidad. Recientemente ha publicado una especie de proclama o manifiesto delirante, mostrándose partidario de la « continuación del odio y del exterminio », lo que nos extraña teniendo en cuenta los desarre-

glos de humor en los que puede caer un hombre de la misma naturaleza bizarra de Wilde. En cuanto a su obra teatral sigue siendo retórica y afectada, abundante en paradojas y trucos que a las beatas les parecen deliciosamente diabólicos.

Pio Baroja ha publicado nueve tomos de *Memorias* (Biblioteca Nueva, Madrid) y anuncia otros. Tres mil páginas que no eclipsarán a las confesiones de Rousseau ni al diario de Amiel, pero que tienen su encanto. Por supuesto no habla bien de nadie. Tampoco francamente mal, con la excepción de Valle Inclán, Unamuno y el pintor Solana. Ataca preferentemente a sus colegas muertos (de los vivos a ninguno, lo que podría ser revelador) y es curioso que el centro y objeto preferente de sus iras siga siendo la « vanidad narcisista de Valle Inclán », cuando éste poeta no escribió una sola página sobre sí mismo. Pero a los ochenta y dos años no se puede exigir demasiado a nadie. Y Baroja si no habla bien de sus contemporáneos tampoco elogia a Franco. Algo es algo. En cuanto al valor literario, sus *Memorias* se salvan de la prolijidad y del hastío por ese don barojiano según el cual las cosas más triviales se animan y viven bajo su pluma como bajo la flauta de Orfeo.

Quedan dos escritores que habiendo salido de España en 1936 han vuelto y están hoy en Madrid. Los dos son gente analítica y de glosa. Ramón Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset. Estaban en Madrid cuando comenzó la guerra, salieron de España y permanecieron en la América de habla española algún tiempo. Los dos tienen una formación liberal — ¿es que hay otra formación humanística? — y ni el uno ni el otro han atacado a la República, al menos por decoro intelectual. Ortega y Gasset lleva ese decoro al extremo de haberla censurado sólo cuando se hallaba en vigor y no cuando la habían vencido. Queda por aclarar si la presencia de un profesor como él en el Madrid de Franco representa una adhesión al régimen. Ortega y Gasset da la impresión de hallarse fuera del radio de gravitación del « imperio »

y cómo no sabemos nada concreto de él seríamos los últimos en tomar una actitud de acusación. En cuanto a Jarnés — un escritor exiliado que volvió a España — se sentía en Méjico solo, pobre, viejo y enfermo. Cualquiera de esas circunstancias se puede sobrellevar sin las otras, pero todas juntas, añadiendo además el destierro, son demasiadas para un espíritu débil. Murió poco después de llegar a España. Aunque mi caso no tiene importancia no regresaré nunca a España sino en condiciones moralmente satisfactorias, pero trato de comprender la claudicación de los que no pueden resistir. Contra el regreso de Jarnés tenemos varios casos de escritores que han logrado evadirse y salir a compartir nuestro exilio, entre ellos el de Antonio Espina, poeta, novelista y ensayista de la promoción de la *Revista de Occidente*, que dirigía Ortega y Gasset en los buenos tiempos.

En cuanto a los escritores que en los últimos quince años han alimentado las prensas franquistas, el panorama es desolador y ellos mismos lo confiesan *velis volis*. No hay nadie. Los autores que antes de la guerra civil quedaban confinados en la mediocridad de las novelas rosa y de la propaganda « edificante » han tomado los puestos abandonados por los emigrados. En España hay una tradición gloriosa de lirismo y misticismo. Los mejores poetas de los siglos XVI y XVII han cultivado la mística y la apologetica, pero para encontrar hoy un digno descendiente de San Juan de la Cruz hay que buscarlo en los círculos de la emigración liberal, en Jorge Guillén, por ejemplo, o en Juan Ramón Jiménez. La poesía española está fuera de España, también.

Lo que la llamada « cultura » de la nueva era produce en España es moralina y baja retórica. El pueblo vegeta en una miseria física, moral e intelectual, soportando por el terror esa atmósfera densa y malsana que a menudo se hace irrespirable. Los escritores, separados del pueblo y de espaldas a él, sobreviven como pueden comadreando en los cafés y adulando unas veces al obispo y otras al general, ninguno de los cuales tienen grandes exigencias espirituales. Si entre esos escritores hay alguno que necesita algo más, se acerca al

vez a las figuras que irradian alguna libertad y generosidad de espíritu : Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y Baroja. Pero les contiene por un lado el temor a ser decepcionados y por otro el cuidado de obligarles a actitudes peligrosas o de mostrarse ellos mismos a la luz de la sospecha.

Un grupo interesante es el que representa la revista *Insula*, que suele despreocuparse en lo posible de las motivaciones políticas y ha dedicado un número homenaje a Guillén, otro a Juan Ramón Jiménez y encomiásticos artículos a algunos exiliados como Pedro Salinas, recientemente fallecido. Observando estos hechos y los elogios ocasionales en la radio o en los periódicos a algún escritor de los que estamos en el exilio, no faltan quienes hablan de la existencia práctica de un puente o al menos de una zona indefinida por la que se mantiene alguna forma de contacto. Esa zona existe, pero no como la imaginan algunos. No pocos escritores amordazados, entre los jóvenes, callan y esperan pensando en nosotros. Y coinciden con nosotros en el secreto de su angustia cada vez que recuerdan a los mártires que han caído y a los héroes que caen cada día. Ellos y nosotros nos encontramos en esa devoción por el héroe, mejor que en las estructuras intelectuales y en los intereses de la literatura. Ellos saben muy bien que el puente no existe ni existirá en las condiciones presentes, aunque traten algunos de crearlo dirigiéndose a aquellos escritores que resienten más la emigración, y entre estos a los que sistemáticamente el grupo moscovita calumnia y ofende. Esos compañeros españoles que esperan en silencio — quién sabe a costa de cuantas dificultades — saben muy bien que somos bastante maduros para hacer oídos sordos al halago de los unos y al agravio de los otros y que nuestras decisiones dependen de más profundas circunstancias.

Sería injusto no citar los dos casos de escritores nuevos y con talento original surgidos en la España de los últimos diez años. Me refiero a Carmen Laforet y a Camilo José Cela. La primera es una muchacha que ha mostrado condiciones extraordinarias en una novela titulada *Nada*, en la que por cierto no hay una sola línea que el franquismo pueda hacer suya y

donde se nos muestra una sociedad sombría, perdida en una atmósfera brutal e incongruente. El título ya revela esa actitud nihilista que es un escape finalmente imposible de las realidades en las que se asfixia una juventud secretamente rebelde. Cela ha escrito una narración exquisita: *Pa-bellón de reposo* y otra, *La familia de Pascual Duarte*, que es un monumento de prudente sarcasmo. Carmen Laforet y Cela siguen el ancho camino de la mejor tradición española. Y son los únicos, por hoy.

Quedan merodeando los pícaros de la hoja impresa periodística, que nada tienen que ver con la creación literaria. Son los parásitos que viven del prestigio del « hecho consumado », cualquiera que sea.

Entretanto tenemos nuestros mártires en la España de Franco y también en la emigración y a ellos nos atenemos. Nadie olvida a Lorca, a Antonio Machado, a Miguel Hernández y a tantos otros anónimos conocidos a quienes mató la reacción española. La tristeza de la emigración llevó al suicidio a algunos escritores que salieron de España como Ramón Iglesia, joven historiógrafo que trabajaba en una universidad americana; Eugenio Imaz, filósofo y poeta; Fabián Vidal, antiguo director de *La Voz* de Madrid; Sánchez Trincado, profesor y escritor. Nombres distinguidos que añadir a la lista de honor. Los demás andan por el mundo digiriendo como pueden la humillación del exilio en un silencio noble y pudoroso. Los cuatro que se suicidaron en los últimos años no llegaron a ese triste extremo por dificultades materiales. En ese caso su muerte sería sólo un accidente en esta carrera de obstáculos de la emigración política. Murieron porque se les acabó la esperanza. Los profesionales del oportunismo saben muy bien en Londres y en Washington, en París y en Moscú cual era esa esperanza. Para muchos es imposible vivir sin ella. Yo no sé cual sería mi caso, porque la verdad es que no la he perdido nunca. Pero sin ella debe ser difícil vivir.

Nosotros no sentimos odio por los viejos colegas que se quedaron en España,

aunque con algunos como Baroja tenemos sentimientos ambivalentes de admiración y recelo. Con la mecánica del odio pasa algo parecido a lo que sucede con la mecánica del humor. El humorista es un hombre que se ríe de sí mismo, de su deseo de ser tomado en serio. Y al darse cuenta los demás renuncian a la burla. El humorista es el autovacunado de ironía. En cuanto a los viejos colegas, la mayor parte se odian a sí mismos por el simple hecho de estar en España. Eso evita también que los odiemos nosotros. Los que se han quedado en España disfrutaban de algunas circunstancias gozosas, es verdad: el aire natural de España, el grupo de amigos de la tertulia, la sensación de continuidad tan grata en los que siguen viviendo en la ciudad donde nacieron (lecho natal, lecho nupcial, lecho mortal). A veces esas delicias pueden ser enormes. Y para los que las recordamos desde el extranjero son, por un fenómeno de espejismo, como un monstruoso privilegio que merecemos y nos es negado. Pero hay otras cosas. Y esas cosas determinan que el escritor que se ha quedado en España y tácita o expresamente se hace cómplice de lo que pasa, vaya perdiendo la estimación de sí mismo. El hecho puede ser ligero, pero acumulados los incidentes llega a envenenarse. La falta de reacción produce un sentimiento de culpabilidad. Eso nos evita a nosotros la acusación. ¿Por qué vamos a culparlos? No es que les compadezcamos. No hay tal compasión. Esos escritores podrían salir si quisieran. Tampoco los envidiamos. Nosotros podríamos ir, si quisiéramos. Los recordamos con la sensación de una amistad frustrada. Ni ellos ni nosotros tenemos toda la culpa.

No falta el tipo de escritor que desde antes de la guerra civil estaba adulando a los verdugos. Pero ese es el jornalero del odio. Y canta de lo que canta. Sólo pueden prosperar a la sombra del muro de las ejecuciones y cuando ese muro desaparece se secan y desvanecen también sin ruido. Los otros, los que se salvan, son los que se odian a sí mismos. Viejos y jóvenes. En los viejos es más patético. Por ejemplo, en Azorín. No hay un solo emigrado español

que no sepa quién es Azorín y no conozca alguno de sus escritos. Los españoles que fuimos echados de España en 1939 éramos gente que leía. Muchos sueñan aún en medio del tráfigo de las grandes ciudades (Londres, Nueva York, París, Méjico) con esa dorada quietud de las aldeas de Castilla, dormidas en las páginas de *Los Pueblos*, y con el silencio pautado por un gran reloj de caja en la casa de Monóvar donde Azorín sueña con Pepita. Yo de mí sé decir que he llevado esa añoranza al extremo de poner en dos novelas recientes, *Epitalamio* y *Esfera*, dos pequeñas anécdotas, una tomada de Azorín y otra de Valle Inclán, como se toman dos flores del búcaro de los santos de nuestra devoción. No es plagio, sino una especie de alusión corrompida y de arriesgado homenaje. En el fondo es la misma razón por la que pongo semillas y bulbos de flores españolas en mi jardín.

Sabemos que Azorín está en desacuerdo, consigo mismo, lo que es triste sobre todo en la vejez. Y nuestra estimación por él es mayor. En la emigración buscamos a veces libros de Azorín. La acotación erudita de Azorín nos gusta porque tiene también motivaciones nostálgicas. La descripción es morosa y alarga los espacios en la memoria. Lo bueno por bueno y hasta lo menos bueno por atreverse al descuido y al abandono. Tenemos respeto por Azorín y amor por sus libros. Lo imaginamos en su vieja casa, detrás del novecentista edificio del Congreso, triste, solo y tal vez enfermo. Su enfermedad la padece toda una parte soleada, calma y pintoresca de España, que ahora tiene además de las sepulturas nominables otras muchas anónimas.

El caso de Baroja es distinto. Así como en la obra de Azorín hay amor por la vida, por la tierra, por la simple y milagrosa instancia del ser, en Baroja no. Sus *Memorias* tratan de decirnos: « Esto es triste y abyecto. No vale la pena que sigáis soñando. Los que os marchasteis debéis seguir fuera. Aquí todo está podrido. La gente es ignorante y zafia, los escritores viles y yo mismo no he sentido la menor estimación por nadie. ¿Cómo es posible otra cosa? Ya veis que no encuentro en tres mil páginas de mis memorias y en ochenta

años de mi vida una sola cosa o persona digna de amor. Unamuno me parece vacío, altisonante y soberbio, y hablaba de cosas que no sabía. Valle Inclán me resultaba ridículo. De los de segundo orden Baroja dice que Salaverría era estúpido y maligno y Solana tontiloco. De los demás sólo dice que eran inmorales y cómicos.

Ortega y Gasset es el caso contrario. Ha vivido bien acordado con la sociedad, con la familia, consigo mismo. Ha escrito páginas llenas de efusión y alegría. Y otras densas y henchidas de sentido filosófico. Hay quien le tiene inquina porque estando bien acordado y sintonizado con la sociedad de su tiempo y teniendo una « mente positiva » pasa los últimos quince años escurriendo el bulto a la responsabilidad. Ortega es un emigrado « amateur », no profesional, un disidente condicionado. A pesar de eso tiene nuestra misma enfermedad: el mal territorial. La canción del amante andaluz: « Ni contigo ni sin tí tienen mis penas remedio... » nos va bien a todos, incluso a Ortega y Gasset a quien leemos con reverencia dentro o fuera de España. Es Ortega tal vez el que menos ocasión tiene de discrepancia y disgusto consigo mismo. No hay escisión en Ortega. La personalidad escindida del esquizofrénico (del talento artístico) no llega a ser dolorosa en Ortega porque el filósofo mantiene la unidad. Y Ortega y Gasset es otra parte de nuestra España. La pasión metafísica y la voluptuosidad de la idea. Una España popular y aristocrática. La aristocracia española está en el pueblo. La aristocracia de los blasones es simulación y extranjería. Y desde el pueblo Ortega y Gasset creó e impuso el señorío de la literatura. Ortega ha hecho del escritor un hombre menos pintoresco y más noble. Todos los escritores que vienen después de Ortega le deberán a él algo.

Los demás, entre los viejos conocidos, han muerto sin pena ni gloria. Si alguno vive aún, se asfixia y espera su buena muerte consuetudinaria.

La diferencia entre ellos y nosotros está en que nosotros conservamos nuestra patria entera, y viva en nuestra

memoria y en nuestra esperanza. La patria de ellos se ha muerto hace tiempo. Algunos la llevan dentro, muerta y descompuesta y lavada por buila de colorines imperiales. ¡ Pobre imperio grotesco de Eugenio d'Ors ! Otros la tienen disecada como un pájaro antiguo encima de la mesa donde escriben sus cosas ni buenas ni malas : Benavente. Pero los mejores entre los que se han quedado también llevan a España dentro, muerta. Nosotros no, y alguna ventaja teníamos que tener. Para nosotros los ríos de la vertiente oriental tienen su voz y otra no menos conmovedora los que van a Portugal. Tienen los arroyos ecos multitudinarios. Las montañas nos dicen cada día su palabra llena de resonancias mágicas. Los Pirineos con sus lamias hermosas. Gredos con sus ventanas místicas. Guadarrama con sus picardías y sus arci prestes y sus serranas. Sierra Morena con sus bandidos. Sierra Nevada con sus cristales y Ronda con sus gitanos. Las parvas de Castilla nos hablan al alma y los payeses catalanes cuando se cogen de la mano para la sardana nos sugieren misterios antiguos. A menudo oyendo en Nueva York, en París, en Londres o en Buenos Aires una sardana, una foliada, una vaqueira en esos discos de gramófono que conservamos como la mejor parte de nuestro magro tesoro, hemos sentido un nudo en la garganta. Detrás de una jota o de un zortzico hay siempre un panorama de una inmensa ternura purificado por el filtro de la distancia. Nuestra patria está viva y entera en nosotros.

Nosotros amamos a España. No a la nación envilecida tantas veces por la política, el cuartel y la sacristía simoníaca. No a la nación representada por los Alfonsos XII y XIII, ni por los Fernandos VI y VII, ni por Primo de Rivera, sino a la España de Alfonso X, de Fernando el Santo, de San Juan de la Cruz y de los grandes soldados desde Viriato al Gran Capitán. Amamos la España territorial con su pueblo y su estado llano y es más nuestra que de ellos, porque nos la hemos ganado con la sangre, con la esperanza, con el recuerdo y con esta renuncia a ella por el amor que da sentido a nuestros actos hasta a los más mínimos. De ella hablamos en las universidades, por ella discutimos y argumentamos. Y pen-

sando en ella cuidamos nuestra conducta, porque tememos que otros van a juzgarnos como españoles. En todo eso hay amor. Un amor de cada instante. Algunos emigrados se han matado por ese amor. Yo no sé lo que habrán dicho en España de su muerte. No habrá faltado quien hable de sentimiento de culpabilidad y otras monsergas sin sentido. Nosotros no podemos sentirnos culpables. Además, todos eran gente pura y con las manos limpias de sangre, como la inmensa mayoría de los emigrados.

Sin embargo, no hay puente. Ni de plata ni de piedra. No puede haberlo. Es decir, hay un puente de niebla o de rayos de luna por decirlo de un modo ligeramente cursi. Porque en nuestra nostalgia hay sentimiento e incluso sentimentalismo y así como un escritor francés de distinción, Georges Duhamel, dice en algún lugar : « La patria nos ha hecho a todos *cocus* », refiriéndose a la ausencia de la guerra y a las complicaciones de la soledad en el lejano hogar, nosotros podríamos decir que la emigración nos ha hecho sentimentales. A veces patrióticamente cursis. Una cursilería, al menos, sin himnos ni efemérides. No es nuestro amor — repito — un amor de nación sino de territorio. No es de alegorías ni escudos y ni siquiera de estadísticas, sino de colinas, amaneceres, arroyos y campanarios.

De tarde en tarde uno piensa en nombres de escritores que no suenan, que no se oyen y que antes de la guerra eran cabezas bien organizadas y sensitivas. Hombres que salieron de España cuando dentro de ella tenían un futuro brillante. Hombres ventajosamente conocidos, limpios de estilo, con una conciencia generosa de los dones ajenos y olvidadiza de los propios. Sin personalidad política, sin responsabilidades, que salieron por decoro moral y que siguen en alguna parte haciendo lo suyo callada y discretamente. El recuerdo de una realidad tibia de afectos y la esperanza de reencontrarla un día mantiene su cabeza erguida. Tienen como nosotros una ilusión y de ella viven. Esa ilusión que al parecer no tienen Baroja ni Azorín ni tantos otros de los que se quedaron allá.

Hubo un puente para salir y no fué de plata sino de sangre, de duelo y de odio. Cualesquiera que sean los esfuerzos de los

colegas que en Madrid, en Barcelona, quieren facilitar nuestra vuelta a la casa paterna, no volveremos nunca sino con la seguridad de que una vez allí no tendremos que reajustar nuestra imaginación ni desestimarnos, ni avergonzarnos ni odiarnos. Sin el riesgo de que nuestra ilusión (lo único que nos queda) se disuelva en una realidad sórdida. Defendemos nuestro sueño a falta de otra cosa. Y no somos ilusos sino realistas. Realistas a la española, es decir a la manera de don Quijote y de Segismundo y del Calixto, de *La Celestina*, y de tantos otros héroes de ficción o de historia que sabían que el sueño determina a menudo la realidad y la conforma. Somos españoles no rojos ni verdes sino del color de nuestra tierra. No nos interesa Rusia, donde cualquier forma de honradez intelectual es imposible. Tampoco nos interesa una España en la que es imposible la convivencia sin caer en alguna forma de siniestra complicidad.

Tiene la España de hoy su geografía política con las capitales marcadas por generalitos en traje de parada. La nuestra está señalada por calidades de substancia y de esencialidad. Las faunalias gallegas de Valle Inclán, la sensualidad y la metafísica de Miró, el encendido clamor de Lorca, la geometría de ángulos diáfanos de Juan de Mairena, la angustia de Joaquín Costa, la ansiedad de Unamuno, el abandono indiferente (con rescoldo bajo la ceniza) de Baroja, la discreción de Azorín. Todo eso es nuestro y lo llevamos con nosotros por el mundo. Si consultamos la historia desde los tiempos más remotos, desde Séneca, y recordamos a los poetas primitivos y a los clásicos y a los románticos y a los modernistas, se nos ocurre una pregunta: ¿quién de ellos preferiría hoy estar dentro de España? ¿De cuál de sus libros pueden los fascistas extraer una frase, una sentencia, una palabra propicia? Allí encarcelaron al Arcipreste de Hita, a San Juan de la Cruz, a Fray Luis de León, a Cervantes, a Quevedo, a Lope, a Gracián, al duque de Rivas, a Espronceda. A todos los que hablaban en nombre de la verdadera España nuestra. Llevaron

al suicidio a Larra y a Ganivet. Encarcelaron también a Valle Inclán, a Baroja y a Unamuno. Mataron a Lorca, a Miguel Hernández. Pueden alegar que tienen a alguien en cuerpo y alma con ellos. Es verdad: tienen con ellos explícitamente y sin condiciones a Díez de Tejada, a Ortiz de Pinedo. Escritores a la altura de su imperio, de ese imperio que no ha conquistado sino cementerios de aldea, sacristías y escuelas dominicales. Eso, sí, a sangre y fuego. Y cantando himnos. Y señalando efemérides. Y poniendo delante a los moros y detrás a los italianos y encima, en el aire, a los alemanes.

Gracias a los españoles «de nación», los moros pueden jactarse por fin de haber entrado en Covadonga y pisado su recinto sagrado y manchado los pinares augustos con sangre de cristianos. Ese imperio nos envilece a todos, incluso a nosotros, los españoles «de territorio». Gracias a él, ser español es hoy en el mundo casi un título vergonzante. Si andamos todavía con el rostro levantado es porque nacimos en Aragón o en Extremadura o en Castilla o en Galicia. También cuando España tenía un imperio los españoles preferían llamarse catalanes, asturianos, andaluces, vascos, y como tales andaban por el mundo. Los de Franco siguen envileciendo la nación y nosotros honrando el territorio que va con nosotros y que nadie nos puede robar. Y si algún espíritu fraterno habla de un puente que restablezca la convivialidad, debemos decirle que también nosotros soñamos con volver y sentarnos a la vieja mesa solariega. Pero a esa mesa y no a otras que aún huelen a baba y pezuña de imperios de hordas que fueron los enemigos de nuestra alma natural. Sin miedo y sin odio como ayer cuando hacíamos la guerra, y como ahora cuando andamos por el mundo entre el ejemplo de los que mueren antes que aceptar la complicidad y los que viven para seguir denunciándola. Si alguno dentro de España piensa en nosotros, más vale que piense así, justamente y sin malentendidos.

RAMON J. SENDER

La mujer española en la vida social

POR FEDERICA MONTSENY

LA mujer española, esa gran desconocida... Jamás estas palabras fueron aplicadas con mayor justeza. ¿Qué sabe el mundo de la mujer española? Son conocidas nuestras bailarinas, nuestras cantantes, nuestras cupletistas. La mujer española es Tórtola Valencia, Raquel Meller, Conchita Supervía, ahora Carmen Amaya. ¿Pero qué se conoce de Concepción Arenal, la mujer que humanizó todo el régimen penitenciario en España y dejó en él tan profundas raíces que todo el derecho penal se impregnó de su espíritu amplio, generoso y moderno? ¿Qué se sabe de ésta mujer que precedió en bastantes años a Lombroso y a Ferri?

¿A cuántos idiomas ha sido traducida Emilia Pardo Bazán, nuestro Zola femenino, con sus novelas naturalistas, tan ásperas, tan atrevidas, que nadie la hubiera perdonado, en el ambiente reaccionario de la España de 1900, si no hubiese sido aristócrata y millonaria? ¿Qué lugar ocupan en la literatura mundial nuestras poetisas: Rosalía de Castro, tan dulce, tan conmovedora, que recuerda a Marcelina Desbordes-Valmore; Rosario de Acuña, poeta y revolucionaria? ¿Qué se sabe de nuestras agitadoras, las mujeres que levantaron y arrastraron a las multitudes: Teresa Claramunt, nuestra Rosa Luxemburgo y nuestra Luisa Michel; Libertad Ródenas; Rosario Dulcet; Virginia González? ¿Y qué de nuestras mujeres de vanguardia en

la literatura: Belén de Sárraga, nuestra Severine; Amalia Domingo Soler; Soledad Gustavo...?

¿Y qué sabe el mundo de lo que ha sido, a través de nuestra historia, el papel, el alma, la influencia de la mujer española en la vida social? Influencia a la vez útil y nefasta, buena y mala, pero influencia siempre.

En el pasado, pese a la tradición católica de nuestro país, la mujer jugó un papel importante. La más grande reina de España, ¿acaso no fué, precisamente, Isabel la Católica? Intolerante y autoritaria, autora de la expulsión de los judíos, vencedora de la guerra contra los moros, protectora de Cristóbal Colón, financió el descubrimiento de las Américas, consiguió realizar la unidad de España reuniendo las coronas de Castilla y de Aragón, merced a su matrimonio con Fernando. Cristiana a su modo, altanera y orgullosa, auténtica amazona, ostentaba una divisa que las feministas de hoy envidiarían: *Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.*

Estableció la Inquisición en España, pero el Santo Oficio fué creado, sobre todo, para luchar contra los feudales. En su tiempo, el pueblo amó a Isabel, que respetó los fueros y franquicias, que consero los privilegios de las ciudades, los derechos de las comunas; que se mantuvo fiel a la famosa jura de Santa Gadea y que escuchó, sin protestar, el lenguaje altivo

de los alcaldes que repetían las frases tradicionales, con las que expresaban toda el alma libre e indomable de Castilla: *Nos, que somos tanto como vos, y todos juntos más que vos.*

Y es aún otra mujer la que llena, con su nombre y su ejemplo, una de las páginas más sangrientas y más gloriosas de nuestra historia: la lucha de las comunas, de los pueblos, de los campesinos, del artesanado, de la mano baja, contra el rey Carlos V de Alemania y I de España, nieto de Isabel, hijo de Felipe de Austria y de Juana la Loca, educado en Alemania y que marcó su ascensión al trono de las Españas con su política centralista y reaccionaria, con su odio a los derechos populares, con su desprecio a las autonomías regionales y municipales. Esto produjo la lucha, el levantamiento de las Germanías de Valencia, de Cataluña y de Aragón, de las Comunas de Castilla, movimiento que recuerda el de la Jacquerie y que precedió en cuatro siglos al de la Commune.

En efecto, después de la derrota de Villalar y el encarcelamiento y muerte en el cadalso de los jefes de los Comuneros, Juan Padilla, Bravo y Maldonado, fué una mujer quien tomó la dirección del movimiento, quien dirigió las guerrillas de campesinos y de obreros, quien luchó palmo a palmo, con tal encarnizamiento, con un sentido tan genial de la estrategia, sabiendo elegir con tanta inteligencia los hombres que debían conducir la batalla, que, atrincherada en Toledo, con la ciudad sitiada durante muchas semanas, habría durado la batalla meses y meses, sin una traición que entregó al enemigo las llaves de la ciudad y un pasaje secreto para entrar en ella. Esta mujer se llamaba María Pacheco, viuda de Padilla.

En el aspecto filosófico y científico, el nombre de Olivia Sabuco ha llegado a ser universal, como el de Hipatia. La audacia de sus pensamientos, el valor moral que tuvo al formularlos y desbordar el marco estrecho de prejuicios ancestrales que rodeaban el concepto de la mujer en esa prolongación de la Edad Media que fué la España católica, apostólica y romana, hacen de esta mujer un ejemplar realmente extraordinario de española.

Se encuentra en la mujer de nuestra tierra una mezcla seductora y conmovedora de ardor y de ternura, de violencia y de dulzura, que hace de ella ese tipo específico de mística y de apasionada que ha dado a todos los movimientos religiosos, políticos y sociales, sus mártires y sus héroes.

A pesar de su falta de cultura, de su instrucción defectuosa — durante mucho tiempo en España la mujer no iba a la escuela; sólo la enviaban a los colegios de monjas para aprender a coser, a bordar; sólo se exigía de ella que fuese limpia, dócil y buena madre —, a pesar de todo esto, la mujer española se interesó por los movimientos políticos de todas las épocas, sobre todo cuando estos movimientos adquirían carácter de lucha trágica y heroica. Durante la ocupación napoleónica, fueron las mujeres de Madrid las que tomaron parte más activa en el levantamiento del 2 de mayo de 1808 contra el ocupante. Fué la hija de Malasaña quien dió la señal de la revuelta.

Durante las luchas entre liberales y ultramontanos, entre absolutistas y constitucionalistas, la dulce figura de Mariana Pineda, suplicada por haber bordado una bandera para los liberales, inspiró a muchos escritores y poetas, los cuales la inmortalizaron como símbolo del amor a la libertad y del espíritu de sacrificio.

De esa época, asimismo, sólo se conocen las duquesas cachondas, las majas, las mujeres bellas y sensuales que el pincel de Goya inmortalizó. Pero, ¿qué conoce el resto del mundo de la viuda de Torrijos, de la madre de Riego; qué sabe de todas esas mujeres animosas y tiernas, que se entregaron a la causa por la cual su marido daba la vida, continuando su obra, después de su suplicio?

En el curso de esos años llamados bobos, los primeros de la restauración monárquica en España, fué Concepción Arenal, ilustre reformadora del derecho penal, quien revolucionó la mentalidad española con sus obras sobre los crímenes y los castigos, contemplando al delincuente como a un enfermo, anticipándose en muchos años a la psiquiatría moderna y proclamando, como principio jurídico desde ese instante establecido: «En la duda, es

preferible perdonar a un culpable, que condenar a un inocente. » Fué la humanización del derecho penal, la supresión de las penas corporales, la modernización del régimen de las prisiones, la lucha contra la pena de muerte. Es toda una filosofía y un movimiento social y moral los que se ilustraron, después de la gloriosa Arenal, con nombres tales como Dorado Montero, Giner de los Rios y Bartolomé Cossío.

El eterno drama de España, que ha hecho su grandeza épica y su historia sangrienta, ha sido siempre el carácter arrebatado de sus luchas y de sus luchadores. Siempre ha habido, en los dos lados contendientes, el mismo encarnizamiento, la misma tenacidad, idéntica primitiva y trágica violencia.

Los liberales, para vengarse de las atrocidades del carlista Cabrera, fusilaron a su madre ; Cabrera, que la adoraba, fusiló centenares de madres de liberales. El general Zapatero, que fué el verdugo de los obreros de Cataluña en 1854, tenía una hija, a la que amaba tiernamente. José-Anselmo Clavé, el gran músico catalán creador de las formidables masas corales conocidas con el nombre de Coros Clavé, que hoy el franquismo pretende incorporarse, desnaturalizándolos, era un ardiente republicano, al que Zapatero encerró en la Ciudadela. La hija de Zapatero cayó enferma y murió, víctima de una epidemia. Clavé tenía asimismo una hija, que cayó enferma a su vez. Estaba ya en el coma, cuando se informó a Clavé de su desgracia. El compositor dirigió a Zapatero una carta desgarradora, pidiéndole el derecho de salir de la cárcel, para besar a su hija por última vez, dándole su palabra de honor de que volvería a reintegrarse a la prisión, después de haberla visto. Zapatero, hombre de una crueldad inaudita, conmovido por este dolor de padre, igual al suyo, accedió a la demanda. Clavé fué liberado, abrazó a su hija moribunda, la enterró y regresó voluntariamente a la Ciudadela, la Bastilla de Barcelona que el pueblo demolió en 1868. Sin embargo, pese a este momento de emoción que les

acercó el uno al otro, el odio entre los dos hombres continuó como antes.

La revueltas del campesinado andaluz, de las masas industriales de Vizcaya, de Asturias, de Cataluña, comenzaron y prosiguieron sin interrupción a partir de la mitad del último siglo hasta 1936. Nadie sabe cuál ha sido el papel jugado por la mujer en los movimientos políticos y sociales, los pronunciamientos, las sublevaciones de los republicanos, hasta 1868 ; de los socialistas, de los anarquistas, de los sindicalistas, después de la primera República. Se ve en la vanguardia de la lucha mujeres campesinas, mujeres obreras, intelectuales como Amalia Domingo Soler, como Belén de Sárraga, como Soledad Gustavo, como Virginia Gonzalez ; grandes oradores femeninos, como Teresa Claramunt, con su palabra fogosa, con su figura magnífica e imponente : alta, morena, bella, con una voz de oro y una prestancia de diosa. Las multitudes la adoraban, llamándola « nuestra Santa Teresa », como en Francia llamaban a Luisa Michel « la buena Luisa ».

El espíritu místico, apasionado, el corazón ardiente de la mujer española, aportó un elemento precioso a la lucha sostenida contra el despotismo de los poderosos latifundistas ; contra la rapacidad de una fuerte y vieja burguesía feudal, que creía tener derecho de vida y muerte sobre sus obreros. En los levantamientos de los campesinos andaluces — insurrección de Jerez, movimiento de la Mano Negra — fueron numerosas las mujeres que sufrieron, al lado de los hombres, persecuciones y encarcelamientos, la muerte muchas veces. En el curso de las huelgas industriales de carácter general de principios de siglo — huelga de 1902, en Cataluña ; huelga de 1904, en La Coruña — la mujer era el elemento activo, la fuerza más peligrosa.

Muchos recordarán todavía los famosos motines de Madrid, en los que parte tan principal tomaban las cigarreras, la mayoría jóvenes, bonitas, con la gracia peculiar de la madrileña. Cuando se producía un movimiento de protesta

demanda de amnistía para los condenados políticos, revuelta contra algún abuso del Poder —, si esta protesta obtenía el sufragio de las cigarreras, la finalidad estaba conseguida: tan pronto las lindas y revoltosas muchachas se lanzaban a la calle, los estudiantes se precipitaban a secundarlas. Y se producía el clásico motín; tranvías incendiados, barricadas, la lucha en las calles con la guardia civil, los heridos, los muertos. El gobierno caía, imponíase el cambio de política, y promulgábase la amnistía, que en España los conservadores daban casi sistemáticamente, hasta el derrumbamiento de la Monarquía. Cuando los liberales estaban en el Poder, resistían a las solicitudes populares. Era casi siempre los conservadores, sin duda con el deseo de hacerse simpáticos al pueblo, los que accedían a sus exigencias. ¡ España ha sido siempre el país de las eternas contradicciones!

Después de 1909 — y la Semana Sangrienta de Barcelona, que dió pretexto para el fusilamiento de Ferrer Guardia, víctima de la intolerancia religiosa —, la causa de la Monarquía estaba perdida en España. Como un movimiento inolvidable, como algo único en nuestra historia, debemos recordar la acción de las mujeres contra el sacrificio estéril de los mejores hijos de España, enviados a morir a Cuba, a Filipinas, a Marruecos. Las mujeres, al grito de: « Abajo la guerra! » se precipitaban por millares delante de los trenes que se llevaban las levás, impidiéndoles salir de las estaciones, a pesar de los sable y los fusiles de la guardia civil.

Durante el periodo de organización y desarrollo del sindicalismo, fueron también las mujeres las que actuaron en forma más activa: la huelga general de 1917 — la primera que declararon y dirigieron juntas la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión General de Trabajadores — fué empezada y conducida principalmente por las mujeres. Aparentemente, era una huelga pidiendo el

abaratamiento de las subsistencias. En realidad, era una huelga contra la Monarquía, germanófila entonces y cada día más impopular. Las mujeres la comenzaron; los hombres quedaban entre bastidores, esperando las consecuencias para intervenir. La Asamblea de Parlamentarios estaba reunida, mientras que por las calles multitudes de mujeres sin ninguna arma, alta al frente y los brazos cruzados sobre el pecho, dejaban impasibles que avanzasen sobre ellas los batallones de guardias civiles, formados, con el arma al hombro, sin atreverse a hacer fuego sobre esos millares de mujeres inmóviles y desarmadas.

A cada etapa, a cada estación de ese calvario del pueblo español, surgen mujeres y mujeres, obstinadas, con un desprecio absoluto de su vida, anónimas y heroicas. Después de la caída de la Monarquía, durante el deslizamiento hacia la derecha de la República, impotente, incapaz de consumir la profunda revolución de base que el pueblo esperaba y que España necesitaba, es siempre la mujer la que aparece y actúa al lado del hombre — ¡ Tierra y humilde María Silva, asesinada más tarde en Paterna, en 1936, por los franquistas! — Es la mujer la que, en 1934, dió el Poder a Lerroux y a Gil Robles con sus votos reaccionarios. Hecho explicable, si reflexionamos que la mujer obrera era apolítica y antipolítica; como las burguesas, las monjas, la clase media votaron con los partidos de derecha, fué la intervención de la mujer en las elecciones la que produjo el triunfo de la reacción. Y es también la mujer, la mujer obrera la que, cuando el levantamiento de Asturias contra el Gobierno Gil Robles-Lerroux, lucha, y va a la cárcel, y muere, al lado de su marido, de su padre o de sus hijos. En 1936, la mujer trabaja, combate, comparte todas las responsabilidades. Hay mujeres de la derecha y de la izquierda, mujeres con el pueblo, del pueblo o para el pueblo, y mujeres militantes de Falange que tienen por jefe una virago: Pilar Primo de Rivera, la hija del antiguo dictador. Y otras que inclinan la cerviz bajo el régimen franquista, como Concha Espina, la autora de *El Metal de los Muertos*.

La historia no ha terminado todavía. La cantera sigue dando bloques graníticos. Hoy las mujeres son los auxiliares más preciosos, los elementos de "élite" en la lucha sostenida por la Resistencia contra Franco.

No les preguntemos qué ideología tienen, por qué actúan, por qué corren tantos peligros, por qué desafían a la muerte, exponiéndose a caer fusiladas por los milicianos de la Falange, los legionarios, los guardias civiles o la policía. Hay una respuesta muy española, una réplica que es la expresión más definitiva, último razonamiento del español: *Porque sí*.

Ellas hoy hacen eso, ellas han hecho todo eso en el pasado *porque sí*. Porque era su voluntad hacerlo; porque la mujer española ama a los hombres perseguidos; porque siente la atracción del peligro; porque hay en ella el amor instintivo de la justicia, la pasión de la libertad. No les pidáis otros conocimientos; no tienen ninguna cultura; leen, penosamente, novelas muy cándidas o los folletos que son el A B C de los proletarios del resto del mundo civilizado. Pero ellas comprenden con su corazón, con su sangre, con sus entrañas, lo que es bello, lo que es grande, lo que es justo.

Me he preguntado millares de veces, qué fuerza vital, qué tesoro humano habría sido para España y para el mundo, dar a todas estas mujeres primitivas y magníficas, generosas y ardientes, los medios de formarse una cultura, de desarrollar su personalidad. Quizá la cultura habría consumido todo lo que hay en ellas de nuevo, de intacto; habría restado fuerza a estas almas aún vírgenes. Quizá las hubiera enriquecido, conservándoles su fe, su frescura, su facultad de creer todavía en alguna cosa y de vivir y de morir por alguien y por alguna creencia superior.

En todo caso, aquel que asomándose a España pueda ver de cerca a esas mujeres que encontrará ganando trabajosamente su vida en los humildes hogares de Castilla, de Aragón, de Vizcaya, de Andalucía, de Cataluña, de Valencia, de Asturias, de Galicia, en todas las comarcas

tan variadas que constituyen el mosaico ibérico, sentirá la seducción de esas almas que han conservado un elemento precioso, que se encuentra en la base de todo esfuerzo y de toda dignidad humana: el entusiasmo y la capacidad, la voluntad de sacrificio, la fuerza mística de las ideas que levantan los mundos. ¿Resto de la influencia cristiana, del fuego que abrasó las almas de Santa Teresa y de Loyola? No lo sé; en todo caso, prefiero esa fuerza vital, elemental, primitiva, capaz de todas las acciones grandes y heroicas, al envilecimiento, a la pérdida del sentido del honor moral, de la dignidad humana, del respeto de la personalidad del hombre, la más alta representación de la naturaleza, que es el rasgo dominante de nuestra época y lo que ha hecho posibles los horrores del nazismo, la brutalidad fascista y la destrucción de los valores individuales que significa el bolchevismo.

Velázquez fué el pintor de las infantas, y de las meninas; Goya el de las majas y de las brujas; Murillo el de las vírgenes. Romero de Torres ha sido el pintor de la mujer española contemporánea.

Ojos de fiebre, en semblantes melancólicos, de expresión profunda; bocas a la vez sensuales y púdicas, entreabiertas en una media sonrisa indefinible, siempre lejana y triste. Bocas cerradas sobre el secreto de las almas; almas escondidas bajo envolturas carnales, bellas y perecederas. Y, en el fondo de los ojos, de las bocas y de las almas, una sed insatisfecha de infinito y de ideal, un gran sueño inextinguible, una pasión siempre abrasadora, que hace amar a los hombres como Cristos y a los Cristos como hombres...

Santa Teresa de Jesús, sensual y mística, y Santa Teresa Claramunt, anarquista y cristiana. He aquí, quizá el secreto del alma de la mujer española.

FEDERICA MONTSENY

C R O N I C A S

El IV centenario de Sao Paulo

POR GILBERTO FREYRE

DENTRO de la realidad brasileña es un denso complejo el complejo metropolitano paulista, esto es, el de la segunda, y en algunos aspectos la primera ciudad del Brasil. Este complejo se concentra hoy en el área en que se desarrolló, casi por milagro, la remota Piratininga, convirtiéndose de simple aldea de jesuítas y caboclos que era a mediados del siglo XVI, en la ciudad populosa que es actualmente. La única área en el Brasil de ahora en que los economistas encuentran una economía maduramente capitalista, en contraste con la economía recientemente capitalista de los Estados del Sur y la retrasadamente pre-capitalista de los Estados del Norte. El sagaz observador europeo profesor Tulio Ascarelli llega a considerar a Sao Paulo como el centro de « americanización » — no de yanquización o de norteamericanización, adviértase bien, sino de pura americanización — de la vida brasileña, en el sentido de que es el sector del país donde con más vigor se presenta « el natural predominio psicológico de la esperanza en lo futuro sobre la tradición de un breve pasado... » La concentración industrial, al lado de la inmigratoria — incluso la inmigración de brasileños del Norte, atraídos por una Sao Paulo mesiánica — definiría con caracteres decisivos ese predominio, cada día mayor en Sao

Paulo, de la « esperanza en lo futuro » sobre la « tradición de un breve pasado ».

Predominio éste que los paulistas no deben dejar que se confunda con la absorción : la entera absorción de lo que en Sao Paulo sea supervivencia de un breve, pero significativo, pasado, por « una esperanza en lo futuro » que se extreme hasta rechazar por completo la tradición regional como « vitalidad » ya ordenada por un espíritu de nítida « civilidad ». En el excelente ensayo de historiador social que escribió el señor Ernani Silva Bruno sobre la ciudad de Sao Paulo, el pasado paulista surge ante nosotros reconstituido no en forma de un muerto, cuya reconstitución casi esquelética resultase una sencilla curiosidad de museo, sino como una de aquellas figuras de muerto de que habla, con un fervor casi espiritista, la sociología del positivismo : muertos capaces de gobernar a los vivos.

No todo en ese pasado es « feudalismo agrario » o « aventurerismo depredador » o « bachillerismo estéril » que el Sao Paulo de hoy, americanamente vuelto hacia el futuro y el progreso en sus formas urbanas e industriales, necesite rechazar o despreciar para engrandecerse. Hay en ese pasado valores que apenas necesitan ser readaptados a las nuevas condiciones sociales de espacio y de tiempo para continuar siendo válidos y útiles a la población

paulista « pasado útil » y no, solamente pasado pintoresco. Es menester esa readaptación a la vida metropolitana para que en Sao Paulo el mesianismo, el futurismo — en el sentido sociológico — y el progresismo no se conviertan en obsesiones tales del espíritu paulista que lo conduzcan, indefenso de compromisos estéticos, éticos y sentimentales con el pasado, a crisis profundas de desencanto con el llamado Progreso, con P mayúscula. Progreso que tal vez no exista de modo absoluto, sino tan sólo relativo. El mismo capitalismo industrialista, anhelado con fervor por aquellos « progresistas » brasileños de hoy, para quienes fuera de ese industrialismo no hay salvación, para corresponder al mejor espíritu nacional definido ya en « civilidad » — en el sentido que da Croce a este vocablo — necesita ser tan igualitarista en lo que atañe a la raza — biológicamente evidente — como en lo que atañe al *status* — sociológica o culturalmente ostensivo — del individuo. Individuo nuevo o viejo en el Brasil, rubio o moreno, que sea o se convierta en miembro de la comunidad brasileña industrializada. Y es indudable que la tradición que el profesor Ascarelli llama « igualitarista » corre el riesgo, en cuanto a la raza, de « americanizarse » en Sao Paulo, en el peor sentido de la palabra « americanización », avalorándose el adventicio blanco, hijo de un obrero o de un campesino europeo, que se engrandezca por virtud de su personal esfuerzo (« self-made man », « strenuous man », etc.) convirtiéndose en un señor industrial, y suscitándose en cambio dificultades para la ascensión social del brasileño o del paulista sino de cuatrocientos, de trescientos o de doscientos años de antigüedad, que conserve en el rostro y en el cuerpo señales harto visibles de su origen africano. De donde puede deducirse que « la acentuación de la atmósfera igualitaria en el Brasil » no siempre dependerá de la instauración pura y simple de un capitalismo industrial en lugar de un feudalismo agrario y colonial. Porque la tendencia del capitalismo industrial fué en las Américas la de ser igualitario en lo que se refiere al origen social, pero no en lo que concierne al origen étnico de los individuos ; y en ciertos sectores, con propen-

sión a desarrollarse hasta en una forma de « feudalismo » industrial, peor a veces que el agrario en sus consecuencias sociales anti-igualitarias. Verdad es que en tales inclinaciones puede ser el industrialismo deliberadamente rectificado por los paulistas metropolitanos de hoy que no quieran « americanizarse » del todo bajo la mística de un progreso casi mecánico. Es indiscutible que el exceso de « americanización » hará desaparecer de ellos no ya la huella indo-ibérica (tan exaltada por lo neo-paulista como lo fué, en el pasado siglo, por el irlandés brasileñizado Daunt, y capaz de hacer de la ex-Piratininga una amable Cataluña, en vez de una dura Chicago sudamericana), sino indo-latina o indo-europea. Huella indo-europea que desde remotos tiempos le ha valido una situación especialísima en el paisaje étnico-cultural del Brasil, pero acentuadamente luso — luso-africano, o luso-indio o luso-indo-africano — en su composición ; y hasta luso-germánico, como en algunos sectores de Rio Grande del Sur, o casi subgermánico, como en otros sectores, éstos de Santa Catalina, actualmente en vías de rectificación en el sentido luso-brasileño de cultura nacional.

Son estos problemas a los cuales, ensayos como los recientes del señor Ernani Silva Bruno y del profesor Ascarelli — éste italiano y aquél brasileño — atraen la atención preocupada de todo brasileño o de todo americano interesado en que la metropolización de áreas como la paulista no signifique la desaparición, sino la renovación de complejos regionales en las Américas. Complejos que algunos de nosotros, estudiantes de antropología y de sociología, convertidos en ocasiones en moralistas de nueva hechura (el caso de un Lewis Mumford o un Waldo Frank, en los Estados Unidos ; el de un Martínez Estrada en la Argentina ; el de un Amoroso Lima, o de un Sergio Buarque, o de un Sergio Milliet en el Brasil), consideramos esenciales a la sanidad social de las Américas en general y del Brasil en particular. Porque las perspectivas de una « estandarización » cultural y hasta cierto punto paisajística del continente nos repugnan, no sólo por sus consecuencias estéticas, sino también por sus consecuencias éticas.



Una de las calles de Sao-Paulo

Éticas en el más lato significado de *ethos*.

El señor Ernani Silva Bruno logró reconstituir el pasado de la ciudad de Sao Paulo como un pasado siempre en función de una experiencia regional, de sentido o repercusión constantemente nacional y hasta continental. Una experiencia en que por haber adquirido ya la « civilidad » sus formas características, se muestra capaz de dominar lo que está dentro o fuera de la simple « vitalidad ». El profesor Ascarelli considera menos el pasado que la actualidad paulista en relación con las Américas y con Europa.

Nunca fué Sao Paulo, ni aun en sus tiempos más humildes, una población o burgo aislado del resto de América. Colonizada en principio principalmente por portugueses y jesuitas, y, desde cierto momento en adelante, auto-colonizada, empresa esta de auto-colonización en la que la población

paulista participó, de singular manera por la acción de bandeirantes que a la sangre ibérica — portuguesa y española — unían casi siempre la sangre indígena.

De ese proceso de auto-colonización brasileña no se debe separar la actividad desplegada en el siglo XIX por la Escuela de Derecho de Sao Paulo. El pasado de este establecimiento como escuela de estudios políticos no se desliga del pasado urbano paulista. Allí se prepararon bachilleros, magistrados, hombres públicos, publicistas, abogados y funcionarios que contribuyeron poderosamente a perfeccionar en un Brasil todavía informe en su vitalidad mestiza, aquello que Croçé denominaba « civilidad ». Brasileños de diversos orígenes se convertirán en una modesta Sao Paulo de viviendas de planta baja y casas enrejadas. Verdadera Maria, Borralleira al lado de Rio de Janeiro y de Salvador, y apenas igualada por Olinda en su recato de burgo académico, en licenciados en Derecho que durante años fueron algo más que técnicos o peritos en ciencias o artes jurídicas, fueron agentes de civilidad. Esta civilidad aprendida dentro de los muros de un Sao Paulo estrecho y tristón, que desde muy temprano comenzó a enseñar al brasileño a ser ciudadano, en oposición a cortésano. Nunca fué Sao Paulo corte, ni se ejercitó en gracias y zalemas de sede de gobierno colonial, nacional o casi nacional, como Rio o Salvador, en el Brasil, o como el Lima de los virreyes en la América Española, y acaso por ello madrugó ofreciéndose en el paisaje, no sólo brasileño sino sudamericano, como centro de una civilidad menos urbana y, no obstante, más cívica que la irradiada por las ciudades cortes. De esa civilidad suya, que reside más bien en los modos de sentir y de pensar políticamente, que en la elegancia de los vestidos femeninos y en los cumplimientos de los vaqueros refinados, se impregnaron bahianos o como Rui Barboza, fluminenses como el segundo Paranhos, y hasta hidalgos pernambucanos como un Joaquín Nabuco, pulido por las artes urbanas aprendidas en los salones de Rio y de Recife. Y no solamente brasileños de origen más rústico, civilizados por el burgo, hoy metrópoli paulista, bajo más de un aspecto de civilizar siendo válidos y útiles a la población.

lización, de urbanización y de educación política.

A la función de centro de civilidad y de civismo había de suceder la de centro de industrialización del Brasil, para el paulista de la capital. Función esta última en que, en cierto modo, se amplía su viejo espíritu — suyo y del paulista de Santos, la segunda ciudad del Estado —, espíritu de insumisión republicana y de reacción, no sólo paulista, sino brasileña, representada principalmente por Sao Paulo, al *status* colonial. Su viejo espíritu de ciudadano en oposición al espíritu de cortesano. Cortesano, tanto en el mal como en el buen sentido en que supieron ser cortesanos los hombres rectos de Lima y de Salvador. Espíritu que correspondía a la antigua tendencia de Sao Paulo para desenvolverse en el Brasil, tal que en una Cataluña celosa de sus prerrogativas regionales, frente al sistema sub-nacional o nacional de convivencia, dominada en un principio por Lisboa y más tarde por Salvador o por Rio de Janeiro.

Esa tendencia sólo dejó de manifestarse dentro de los antiguos estilos políticos de afirmación de la personalidad regional frente a la nacional — pero no siempre opuesto a ella, y en ocasiones hasta en su defensa — para expresarse por una intensificación creciente de autonomía económica menos en relación con el resto del Brasil — en gran parte colonial todavía en su *status* económico — que con relación al extranjero, más acostumbrado a considerar a América del Sur entera como campo pasivo, y no cooperativo, de expansión para su exuberancia de capitales y sus audacias de técnica. Sao Paulo, metrópoli industrial, se presenta hoy, paradójicamente, como una ciudad que, por una parte, debe mucho al extranjero y casi nada al neo-brasileño — a sus capitales y a su técnica — y por otra parte, como la principal expresión, en el Brasil y en América del Sur, de independencia económica frente al europeo y al norteamericano, de propensión todavía imperial.

Siendo esto así, si los *líderes*, de Sao Paulo continúan siendo paulistas, brasileños y, en su carácter, indo-latinos, y al mismo tiempo animadores de un industrialismo y de un laborismo de propor-

ciones grandiosamente metropolitanas, la ciudad de Sao Paulo desempeñará sin duda en el Brasil y en la América del Sur una función que ni Buenos Aires ni Rio de Janeiro parecen capaces de llevar a cabo con igual vigor, a saber, la de ser la afirmación de un poder industrial de tal magnitud que su sola existencia constituirá una garantía para un continente casi entero — el sudamericano — contra las audacias o las tentativas de absorción de ese mismo continente por un super-industrialismo exótico, cuyo dominio absoluto en estos sectores territoriales pudiese llegar a comprometer su *ethos*, o bien el carácter predominantemente indo-latino y democráticamente étnico de su cultura fundamental.

Lo cual no significa ni que la xenofobia sea una característica de la mentalidad urbano-industrialista de Sao Paulo, ni

La Biblioteca municipal de Sao Paulo :



tampoco que esa mentalidad excluya hoy en los paulistas de la capital la estimación hacia los valores agrarios de la región y del país. Por el contrario, parece que los paulistas metropolitanos de ahora saben mejor que los brasileños de otros territorios que su joven potencia industrial reduce a un mínimo insignificante el peligro de técnicas y capitales extranjeros que pudiesen acudir de Europa, de los Estados Unidos y del Japón a competir con las técnicas y con los capitales regionales y nacionales para los efectos del desenvolvimiento brasileño. Y saben igualmente que una economía urbano-industrialista, como la suya, no se basta a sí misma, sino que necesita, para ser saludable y fecunda, ser completada por las actividades agrarias de toda una región de la que la metrópoli es apenas el centro. Saben también que la metrópoli paulista es el centro de un complejo regional y que al mayor vigor de este complejo concurren energías rurales que no deben ser nunca despreciadas por influjo de la mística de un exagerado industrialismo — a riesgo de convertirse en feudal a su manera —, sino estimuladas, animadas y desenvueltas hasta el grado máximo, en beneficio de una economía

paulista brasileña, no sólo urbano-rural, sino también industrial-agraria, y de una cultura que sume a su carácter básico — o indo-latino — valores cosmopolitas que sin restarle carácter, la enriquezcan con nuevas perspectivas.

Paréceme que estudios como el del señor Emanij Silva Bruno y el del profesor Tulio Ascarelli contribuyen de modo notable, en vísperas de la conmemoración del IV Centenario de la fundación de Sao Paulo, a que se consolide y se afie en el paulista metropolitano de hoy la conciencia de responsabilidad de Sao Paulo, ciudad, hacia Sao Paulo, campo, y de Sao Paulo, ciudad y campo, hacia el Brasil y hacia América, principalmente la llamada América latina. Responsabilidad ésta cuyo alto sentido sólo se esclarece mediante el exacto conocimiento del pasado regional paulista en comparación con el de otras regiones del continente. Es Sao Paulo una ciudad inacabada e incompleta todavía; pero es ya una inmensa ciudad. Y siendo una auténtica grandeza de la América mestiza, es también una expresión del vigor del espíritu en tierras americanas.

GILBERTO FREYRE

« El que espera recibir en Sao Paulo singulares impresiones estéticas, sentimentales o pintorescas, quede advertido; es ésa una ciudad que crece en dirección al futuro, con tal inquietud e impaciencia que apenas le queda sensibilidad para su presente y menos aún, desde luego, para su pasado. Quien busque algo histórico allí no lo encontrará en mayor medida que, por ejemplo, en Houston o en otra de las ciudades norteamericanas del petróleo. Incluso el viejo colegio de los fundadores de la ciudad, que por piedad debía haberse conservado como panteón, ha tiempo ya que fué demolido para dar lugar a cualquier edificio práctico. Sao Paulo no conservó nada, o casi nada, de sus siglos XVII y XVIII, y el que quiera ver todavía siquiera un pobre resto del tipo de construcción paulista del siglo XIX debe darse prisa, pues se derriba, con una velocidad que el caso inspira terror, todo cuanto aún recuerda el ayer y el anteayer. »

STEFAN ZWEIF « Brasil, país del futuro »

P. PARISOT

Entre Madrid, Roma y Wáshington

HASTA el momento de celebrarse el acuerdo hispano-norteamericano, la política de las democracias respecto de España, lejos de sentir el horror al vacío, lo buscaba con una tenacidad que causaba decepción. Desde la no intervención de 1936 a la cuarentena impuesta en 1946 no ha variado la idea central, como si fuera posible servir a las libertades de España volviendo la espalda al drama español. En el curso de la guerra civil, lo mismo que en la postguerra, este método ha fracasado lastimosamente, en el supuesto de que persiguiese algún fin. Franco no ha cesado de fortalecerse, aprovechando en su favor el desprecio (o la distancia) de que se hacía objeto al pueblo que él gobierna. Las revueltas obreras, estudiantiles y populares de la primavera de 1952 justificaban una nueva esperanza. Tal vez han servido para aplazar, durante algunos meses, la conclusión del acuerdo militar y económico. Pero los huelguistas de Cataluña y de las provincias vascongadas, los manifestantes de Madrid, Sevilla y Granada se han quedado solos. Ninguna acción del exterior ha influido en los sondeos y negociaciones realizados en el curso de dos años (éstas últimas se iniciaron oficialmente en abril en 1952, es decir algunas semanas después de la gran huelga barcelonesa). Durante estos dos años, la dictadura franquista no solamente demostró su capacidad para sobrevivir, sino que dió pruebas de su voluntad de ser integrada en la comunidad internacional, aunque fuese a costa de graves humillaciones. Obtuvo su admisión en la UNFSCO, se sometió a una investigación de carácter internacional acerca de su sistema penitenciario, y logró concertar un concordato con el Vaticano. En vista de esto, los Estados Unidos cambiaron de actitud.

Y lo han hecho con cierta brusquedad. Las negociaciones fueron tan largas como rápida ha sido la conclusión. Desde la partida del general Bradley, el Estado Mayor general norteamericano se halla dominado por nuevas preocupaciones, en las que las consideraciones polí-

ticas no pesan mucho, y que se resumen en la inquietud de establecer un dispositivo de represalias atómicas a larga distancia. El reducto español presenta evidentemente un interés primordial para el almirante Bradford, antiguo campeón de la guerra aeronaval: España es un portaviones natural, no demasiado apartado de la Rusia europea y, no obstante, difícilmente accesible a los bombarderos adversos, que para llegar hasta él tendrían que volar por encima de una vasta zona de defensa atlántica. Además de las excelentes bases navales de Cartagena y Cádiz, la VIª flota norteamericana dispondrá en España de una multitud de lugares para el aprovisionamiento en « mazut »; y por último, existe una suposición de peso: España resuelve el problema que el depósito de bombas atómicas planteaba, dada la repugnancia que mostraban británicos y franceses para acoger en sus territorios (incluso en Africa del Norte) los depósitos que implica una estrategia de represalias en masa a larga distancia (1). Sin embargo, por grande que fuera el deseo del Pentágono de disponer del territorio, del cielo y de las aguas de Franco, llegó un momento en que la solución se le vino a la mano. Por entonces, el concordato no se había firmado todavía. Pero, de pronto, con un sigilo poco corriente aún en la Ciudad del Vaticano, Franco obtuvo de la Santa Sede lo que deseaba: una compensación sagrada al acuerdo muy profano que iba a firmar con la América protestante.

Entre el concordato de agosto y el acuerdo económico-militar de septiembre, no faltan las analogías. En primer lugar, ambos llevan el sello general de los tratados concluidos entre grandes potencias exigentes y una dictadura.

(1) El presente artículo estaba ya redactado y compuesto cuando Mr. Harold Talbott, ministro del Aire de los Estados Unidos, confirmó oficialmente, en el curso de una conferencia de prensa celebrada en Madrid, que se establecerán depósitos de bombas atómicas en territorio español. Es la primera vez que el gobierno norteamericano se refiere públicamente a la cuestión de las bombas atómicas depositadas en un país extranjero. (N. del A.)

tampoco que esa mentalidad excluya hoy en semicolonial. Lo mismo Washington que el Vaticano se aseguran privilegios que ninguna otra nación soberana moderna podría reconocer. Ciertamente es que el concordato no hace más que legalizar solemnemente un estado de hecho. Pero consagra precisamente la intervención de la Iglesia Católica en la enseñanza dada por el Estado, la exoneración de impuestos a todo establecimiento religioso y la exención del servicio militar para un clero que está pagado por el Tesoro; garantiza que ningún sacerdote podrá ser citado ante los tribunales sin el acuerdo de la Santa Sede, ni condenado a otra pena que a la de internamiento en una casa de religiosos, hasta en los casos de delitos de derecho común; establece la competencia exclusiva de los tribunales eclesiásticos (en realidad de la Rota vaticana) para todas las cuestiones de anulación de matrimonio y de separaciones conyugales; estipula que el Estado español se compromete a modificar su legislación en función de las cláusulas del concordato; y llega hasta a asegurar completa libertad de iniciativa a las asociaciones de Acción Católica. El régimen así definido rebasa, en muchos puntos, las capitulaciones impuestas por las potencias occidentales al imperio otomano. Del mismo modo, el acuerdo del mes de septiembre sólo deja al Estado español una soberanía completamente abstracta sobre las bases que aquél se compromete a suministrar a los Estados Unidos. Las autoridades españolas se obligan, además, a garantizar la « seguridad exterior » de dichas bases, en tanto que la jurisdicción y la intervención norteamericanas en el interior son ilimitadas y que los Estados Unidos no se comprometen a defender a España.

El emplazamiento de las bases se fija de común acuerdo, pero los Estados Unidos las utilizarán a su modo y podrán ocuparlas o abandonarlas cuando les parezca bien, por lo menos en tiempo de paz. La ayuda económica y militar se halla expresamente sometida a las « prioridades y limitaciones » que resulten de los demás compromisos internacionales de los Estados Unidos, y las decisiones del Congreso estadounidense (aun cuando el Congreso no tenga que ratificar un acuerdo considerado como puramente técnico, *Executive Agreement*). Puede decirse, sin ahondar en los textos ni en las intenciones, que España, frente a los Estados Unidos, sólo tiene obligaciones y un mínimo de derechos.

Existe un punto que presenta un paralelismo asombroso entre ambos convenios, o sea el que crea el privilegio de la libre información, concedido a la Iglesia y a los Estados Unidos, y del que no goza el pueblo español. El artículo 2 del concordato concede al clero el derecho de comunicar con el Vaticano y con los fieles (en principio, todo el pueblo) sin tener que someterse a

la censura. Este artículo está redactado en forma tal que hace jurídicamente imposible toda prohibición como las que han recaído sobre ciertas encíclicas, especialmente la dirigida contra el nazismo. Ahora bien, el acuerdo hispano-norteamericano prevé para los periodistas de esta nacionalidad el derecho a informarse y transmitir libremente sus informaciones. Es evidente que ningún tratado con un Estado democrático acarrearía semejantes obligaciones.

Si el Vaticano no detenta ahora, en realidad, más poder en España que el que ya tenía antes del concordato, no sucede lo mismo con los Estados Unidos. El mecanismo de la ayuda económica y militar obliga al Estado español, no sólo a publicar un estado de cuentas trimestral en relación con el acuerdo, sino también a suprimir los carteles y monopolios, crea un nuevo derecho de intervención norteamericana sobre la economía nacional; y da a los Estados Unidos determinados medios para orientarla en un sentido o en otro.

Por lo que respecta al concordato, el Vaticano (hasta donde se pueden interpretar sus intenciones) parece haber pensado en España sólo en función del franquismo, mientras que el estrecho tecnicismo de los acuerdos hispano-norteamericanos tiende a una acción inmediata que podría tener grandes consecuencias. A cambio de procurar a Franco una satisfacción de prestigio internacional, la Santa Sede se asegura un documento que, en caso de cambio de régimen, podría desempeñar el mismo papel que la « conciliazione » con Mussolini, que ha tardado cerca de veinte años en producir su efecto principal, haciendo de la democracia cristiana el primer partido italiano e imponiendo a la República la religión católica de Estado.

Hanson Baldwin, el cronista militar del *New York Times*, a su mismo tiempo que critica el acuerdo hispano-norteamericano por considerarlo demasiado costoso financieramente y moralmente, reconoce su utilidad sólo en la medida en que sea interpretado como un « matrimonio de conveniencia ». Esto es plantear el problema de la evolución política de España. Resulta ciertamente deplorable que el régimen falangista sea admitido a instalarse en las dependencias de servicio de la democracia. Pero sería aún más desastroso condenar esta integración vergonzosa desde el punto de vista ilusorio que fué el de la no intervención.

El mundo internacional se ha mostrado francamente incapaz de desembarazarse del franquismo a España y a Europa. Preciso es, tal vez, que en el cuadro de esta incapacidad figuren las propias fuerzas democráticas españolas... Ningún medio se ha hallado, desde 1945, para modificar, en sentido democrático, la estructura política espa-

fiola. Nada se ha hecho tampoco para desarrollar las diversas fuerzas políticas y sociales que tenían alguna posibilidad de trabajar contra la dictadura. Franco ha engañado a todo el mundo. Valiéndose del único privilegio de los débiles y de los relegados, se ha burlado de todos. No puede sobrevivir políticamente, si no es prosiguiendo esa táctica. Apenas había firmado el concordato, y ya daba prueba, con respecto a los judíos en España, de una benevolencia de la que no hay ejemplo « desde 1942 »: por primera vez desde esa fecha se celebró el « Roch Hachana » en el Hotel Castellana-Hilton de Madrid, con asistencia de un representante del Gobierno. Esta astucia corresponde al estilo de toda la carrera del « Caudillo ». La próxima habilidad podría consistir en reunir durante cierto tiempo en el Gobierno, a los tres elementos con que Franco ha maniobrado hasta ahora, pero oponiéndolos a la Falange, la Acción Católica y los monárquicos. Asociados al Gobierno, los monárquicos quedarían neutralizados como elemento de oposición en potencia, en el mismo momento en que la reconstrucción del ejército, gracias a la ayuda norteamericana, ha de dar más importancia a los numerosos generales que simbolizan la nostalgia monárquica y animan sus pueriles intrigas. La Acción Católica acaba de recibir una primera garantía con la entrada en el Gobierno de Martín Sánchez, que desde 1935 ocupaba la presidencia de su Asociación de propagandistas. Esto equivale para Franco a matar dos pájaros de un tiro: por una parte, ¿ qué independencia puede aspirar a tener una organización cuyos personajes más significados están dentro del Estado? Pero, por otra parte, los designios de largo alcance del Vaticano favorecerán, no obstante, el impulso de una fuerte Acción Católica, candidata a la sucesión del régimen franquista y capaz en próximo plazo de limitar las pretensiones de los demás grupos, especialmente las de Falange. A nuestro parecer, conviene a los demócratas españoles prepararse para abordar debidamente en el porvenir el problema que el incremento de las fuerzas políticas católicas plantea, problema decisivo ante el cual la izquierda democrática francesa, la italiana y la alemana de la post-guerra se han encontrado enteramente desarmadas (y han pagado, y continúan pagando su confusión a precio elevado, al perder en su izquierda en provecho de los stalinianos, y en su derecha en beneficio de la democracia cristiana). La Acción Católica es la menos artificial de todas las formaciones políticas con existencia legal en la España de Franco; es la única que goza de un apoyo internacional y que cuenta con otras análogas en la Europa democrática. El retorno progresivo de España a la comunidad internacional debería, como es lógico, favorecer poderosamente a dicho país. Entre esta comunidad y

Franco, no se sabe de antemano cuál de los dos utilizará al otro para realizar sus designios.

En cuanto a la Falange, si su ocaso está inscrito en la aproximación entre Franco y el Occidente, sus antiguos elementos y los que ha reclutado entre los tráfugas del sindicalismo y de la República, están dispuestos sin duda a cualquier demagogia (incluso a favorecer bajo cuerda un movimiento nacionalista antinorteamericano, en el que los comunistas animarían las campañas de masas) para defender sus privilegios, su tráfico, sus exacciones y su potencia política. Franco, al convocar el congreso de la Falange por primera vez desde 1939, piensa sin duda volver a dar a ésta un papel político importante. Ya no estará solamente llamada a equilibrar las demás fuerzas que sostienen el régimen, sino a justificar, en condiciones nuevas, la conservación misma de la dictadura. Las primeras declaraciones públicas de Franco, al día siguiente del pacto con los Estados Unidos, en su mensaje a las Cortes, insistían sobre el hecho de que la forma y la « ideología » del régimen quedaban fuera de discusión.

El acuerdo hispano-norteamericano no se ha concluido en un momento en que el régimen franquista fuera a desmoronarse por sí solo. Por el contrario, Franco se había fortalecido, esquivando todos los problemas, secuestrando en un « ghetto » político y militar a un pueblo enfermo y agotado. Por primera vez, después de la guerra civil, la ciudadela se abre a la influencia exterior. La simple intrusión de 10.000 militares norteamericanos, que parecen necesarios para la utilización plena de las bases estratégicas, ya constituye un progreso evidente desde el punto de vista de los contactos con el mundo, en relación con la atmósfera confinada, en la que sólo algunos turistas, proveedores de divisas, aportaban una nota internacional. La afluencia de capitales y de máquinas, la actividad económica que provocará en diversos puntos del territorio la instalación de las bases, pondrán a prueba el sabio equilibrio sobre el que reposa el régimen.

Por mucha que sea la ignorancia de las nuevas generaciones con respecto a la tradición republicana, ellas serán las que sientan con más fuerza el aflujo de este aire nuevo. Es indudable que una Europa en marcha despertaría en ellas un eco poderoso. Unos Estados Unidos, instalados en España, incluso en su aspecto militar, son el mundo exterior; un mundo distinto, dinámico y libre, que se introduce en el corazón de un país adormecido, entumecido, resignado por la fuerza a la ideología falangista, a la que la juventud, a pesar de todo, ha permanecido ajena. La libertad, hasta ahora, estaba en el exilio y sin esperanza de volver. Tal vez no sea ya una tentación prohibida.

P. PARISOT

La persecución religiosa en Polonia

POR K. A. JELENSKI

No se pueden valorar aún las consecuencias que tendrá para el pueblo polaco la suspensión del Cardenal Wyszynski, Primado de Polonia, tres días después de la condena a doce años de cárcel del obispo Kaczmarek. Pero parece que la importancia de este suceso sobrepasa mucho la esfera estrictamente religiosa y que sus repercusiones se notan hasta en la vida diaria de los polacos. Entre los países de Europa Central y Oriental, Polonia había conservado cierta libertad a pesar del terror político. Todos los occidentales que han visitado Polonia bajo el régimen comunista afirman que no se siente la misma opresión, ni el miedo de criticar que en Rumania, en Hungría o en Checoslovaquia. Una relativa correspondencia con el extranjero, la posibilidad de mandar a Polonia periódicos y libros, y la existencia hasta hace poco de un semanario en el cual el intelectual católico podía expresar una opinión independiente sobre asuntos corrientes (el *Tygodnik Powszechny*, publicado por la Curia Arzobispal de Cracovia), son otros tantos fenómenos únicos tras la cortina de hierro. Es cierto que esa relajación relativa de una máquina totalitaria era debida únicamente a la homogeneidad excepcional del pueblo polaco que le otorga su apego a la fe católica. Por supuesto, el régimen actuaba con todo conocimiento de causa, y la persecución creciente de la Iglesia, que culmina con

la detención del Cardenal, no se dirige contra la oposición de un sector de la población, sino que tiende a herir a todo el pueblo en la raíz de su unidad.

Encontrándose en la imposibilidad de constituir el núcleo de una « Iglesia nacional » sin una larga preparación previa (como pudo hacerlo el gobierno checoslovaco), el gobierno polaco tuvo que afirmar un acuerdo de « modus vivendi », en abril de 1950, con los obispos polacos. Sin haber pensado siquiera en respetar por su parte el acuerdo, el gobierno trató por todos los medios de « comprometer » a la Iglesia y a los obispos, cortó sus vínculos con la laicidad y creó un grupo de católicos sometidos, con el movimiento « *Dzis i Jutro* » y el llamado Frente nacional de los sacerdotes. Antes de hablar del proceso de Monseñor Kaczmarek, señalemos las principales etapas de esa persecución: clausura de la organización social católica « Caritas », embargo del *Tygodnik Powszechny*, cuyo personal de redacción había sido licenciado, y que aunque sigue publicándose con el mismo título, se ha convertido ahora, así como el *Dzis i Jutro*, en un instrumento del gobierno; la detención de numerosos sacerdotes y « el proceso de espionaje » de la Curia de Cracovia.

Monseñor Kaczmarek, obispo de Kielce,

fué encarcelado el 20 de Enero de 1950. Su proceso duró del 14 hasta el 22 de setiembre pasado. El régimen tuvo tres años para preparar la « mise en scène » del proceso y reducir al obispo al estado de un pobre pelele que se acusaba dócilmente de todos los crímenes. La acusación principal era de « colaboración » con los alemanes. Para reforzar esa tesis, se citó este extracto de su carta pastoral, escrita en mayo de 1940 : « Les recomiendo ser fieles a los santos mandamientos de Dios y de su Iglesia y obedecer a las autoridades administrativas (alemanas) en todo lo que no sea contrario a la conciencia católica. Debe haber orden en la comunidad. No debemos prestar atención a las instigaciones de gentes sospechosas, si tratan de comprometernos, sobre todo a los jóvenes, en unas conspiraciones poco dignas, de confianza ».

Lo que no quisieron recordar durante el proceso, es que a principios de 1940, las actividades de la resistencia eran todavía, para la mayoría, de carácter espontáneo y que provocaban represalias bárbaras contra localidades enteras. Fué más tarde, al organizarse seriamente el ejército secreto polaco, cuando las actividades contra los alemanes fueron coordinadas en un plan nacional. Por otra parte, en el proceso, tuvieron que admitir que el obispo había rehusado enérgicamente toda cooperación política con los alemanes, no obstante las fuertes presiones que sufrió. Y ¿qué decir de esa histórica ironía que hace que los mismos comunistas que hoy acusan al obispo Kaczmarek de no haberse opuesto a los alemanes en Mayo de 1940, estuviesen entonces colaborando con Hitler ?

Al comienzo del proceso, Kaczmarek pidió poder servirse de sus « notas ». Hizo su deposición hojeando sus cuadernos, temblando de miedo cada vez que miraba al procurador. Es imposible reproducir aquí las numerosas contradicciones existentes en su deposición. Pero lo que más impresiona es el estilo y el vocabulario empleados por el prelado. Kaczmarek era un hombre culto y un verdadero estilista. Durante el proceso, se le oyó emplear expresiones características de la prensa comunista, contrarias al espíritu de la lengua polaca, a su gramática y su sin-

taxis. Cuando habló de asuntos eclesiásticos se valió de la expresión « los nefastos medios del Vaticano » y de « la Iglesia católica polaca ». Ni un laico moderado pensaría emplear tales términos.

Aunque ninguno de los acusados era militar y procedían de Kielce, el proceso se desarrolló delante del tribunal militar de Varsovia. Los jueces eran todos militares nombrados por el Mariscal Rokossowski, y es muy posible que hayan sido antiguos oficiales soviéticos. Es el caso del coronel Zarakowski, cuyo verdadero nombre es « Zarako ». Habla corrientemente el polaco, pero con modismos groseros y con un acento ruso muy fuerte. Esos modismos no pudieron ser corregidos en sus textos, que publicó *Trybuna Ludu*, pues se hubiera necesitado reconstruir por completo cada frase. Así fué como el lector polaco pudo evocar (tan sorprendente era el parecido) el estilo de los interrogatorios de la Okhrana zarista, tal como lo interpretan Zeromski o Strug en sus novelas patrióticas.

La gran publicidad dada por el régimen al proceso de Kaczmarek y la implicación de numerosos cardenales, obispos y sacerdotes, así como la relativa « clemencia » de la sentencia, demuestran claramente que era sobre todo un proceso de propaganda, la iniciación de una ofensiva directa contra la jerarquía polaca. El fallecido Cardenal Hlond pasó por ser un hombre sin nacionalidad, alemán o polaco según las circunstancias, únicamente sumiso al Vaticano. Se ha insistido en que el Cardenal Wyszynski seguía la misma política de su predecesor.

Antes de hablar de la deposición del Cardenal Wyszynski, es necesario aclarar el único episodio que podía arrojar una mancha sobre el pasado de Kaczmarek. Se trata de la acusación que le lanzó l'*Observateur* del 10 de octubre de 1953 : « Condenado esta vez a doce años de cárcel, el obispo ya incurrió en el oprobio cuando, en 1946, rehusó desaprobar a los autores de un « pogrom » que tuvo por resultado el asesinato de 45 judíos en su diócesis ». Los terribles asesinatos de Kielce representan uno de los acontecimientos más trágicos de Polonia después de la guerra. ¿Y fué como entonces lo pretendieron

los polacos escapados al extranjero, la obra de una provocación del gobierno comunista, que aún no había caído en el antisemitismo, destinada a comprometer el ejército secreto polaco, cuyos miembros perseguidos se ocultaban en los bosques? ¿O acaso el resultado de una trágica equívocación, fruto de un antisemitismo latente y estimulado en Polonia de una manera criminal durante años? El libro de Manes Sperber *Sólo una lágrima en el Océano*, permite entrever esa trágica y compleja atmósfera.

Lo cierto es que desde que el « pogrom » estalló, el obispo Kaczmarek mandó a la calle a los sacerdotes de los alrededores, que se mezclaron en la contienda, tratando, con riesgo de su vida, de imponer la calma. También es cierto que Kaczmarek rehusó condenar públicamente a los asesinos en los términos exigidos por el gobierno. Se dice que lo hubiera hecho por su propia voluntad, pero condenando al mismo tiempo la persecución de los miembros del ejército secreto, lo que no le fué permitido.

Conviene subrayar que Kaczmarek no perteneció nunca a esos « católicos » antisemitas de los cuales se conocen muy bien las hazañas que antes de la guerra efectuaron en Polonia. Por una curiosa coincidencia (o más bien, por la fuerza de una profunda lógica) esos católicos son ahora los más seguros aliados del gobierno. Porque es en los medios fascistas y antisemitas del « O. N. R. » y de la « Falanga » de antes de la guerra donde se reclutaban los dirigentes de los « católicos sociales » agrupados alrededor del « Dzis i Jutro ».

« Hay en el hombre una verdad interior que no puede ser afectada por ninguna fuerza física. Oímos decir a veces que personas respetables son consideradas como criminales. Mañana la Historia hablará de santos criminales. »

El Cardenal Wyszynski pronunció esas palabras en el sermón dominical, en la catedral de Santa Ana, de Varsovia. El lunes se publicó el comunicado oficial en el cual el gobierno le suspendía de sus funciones, dándole « permiso » para retirarse a un convento. El Cardenal esperaba

esa medida. Once días antes había escrito a Monseñor Gawlina, ordinario de los polacos exiliados, la carta siguiente: « Celebramos la solemnidad de la Exaltación de la Santa Cruz. Es eminentemente una solemnidad muy nuestra. Trabajamos con calma para exaltar la Cruz, aunque sepamos que la Cruz nos arrastra consigo. Este trabajo no puede hacerse sin víctimas ».

Sin embargo, el Cardenal Wyszynski no era un exaltado que iba en busca del martirio. No sólo había comprendido la importancia de salvaguardar la existencia de una vida religiosa en Polonia mediante un acuerdo con el gobierno, sino también las posibilidades de un profundo renacimiento religioso frente a la adversidad. Su carta dirigida al canónigo Levêque, delegado de la obra del Oriente en Francia, publicada por *Le Monde*, es un testimonio elocuente de su falta de prejuicios hacia las transformaciones sociales y económicas de su país: « Por cierto, las condiciones de nuestro trabajo católico son particulares, pero nos permiten considerar más de un problema de forma nueva... Comprendemos cada día mejor, lo que significa la fuerza sobrenatural de la Iglesia. Aunque no posea la misma ayuda que en el Occidente, la Iglesia aquí merece la atención de las gentes y despierta su consideración. Dios quiera que eso lleve a reconocer las formas propias de la Iglesia. La abundancia y el bienestar impiden el completo descubrimiento de aquella fuerza. Cabe creer que sólo en las condiciones en las cuales trabajamos se puede hablar de nuevas posibilidades de la Iglesia ».

Con este espíritu, el Cardenal pide al clero en una carta del 8 de marzo de 1953, no solamente que se abstenga de toda actividad política sino que colabore lealmente con el gobierno en lo que se refiere a los asuntos que no son religiosos. Es evidente que no fué por ser « reaccionario » por lo que el gobierno castigó a Wyszynski. Sin duda su « prudencia » y su equidad exasperaban al régimen, que temía su autoridad y su ruda franqueza en todo lo que se refiere a la fe y a la vida religiosa. El 8 de junio el Cardenal denunció las condiciones de la Iglesia en Polonia diciendo:

Monseñor Kaczmarek, obispo de K...

« Aquellos que creen en Dios y en la fuerza libertadora de la Cristiandad se levantaron contra la violencia moral que no puede ocultar la hipocresía del increíble lenguaje legislativo, sino que, al contrario, subraya toda su dramática gravedad ». Preguntó si se podía llamar « progreso » al hecho de impedir a los obispos que visiten a los enfermos de los hospitales y a los prisioneros ; de afligir y atormentar a un pueblo. El uso del terror físico, dijo, es en sí una expresión de debilidad, y los que recurren a él demuestran su propia derrota moral.

Con la persecución de la Iglesia, el gobierno polaco no desea herir a la « reacción » o a cualquier tendencia política, sino al último refugio de la libertad de pensamiento.

En Polonia, antes de la guerra, la Iglesia representaba un elemento conservador. Casi todos los sacerdotes, y la gran mayoría de los obispos polacos eran de origen campesino, pero sus simpatías políticas los acercaban más bien al gran partido burgués de oposición, la « Democracia Nacional ». Sin embargo, la jerarquía estaba en su mayor parte en buenas relaciones con el gobierno de Pilsudski y de sus partidarios. Además, en Polonia, si bien era difícil gobernar *contra* la Iglesia, no hay tampoco que sobrestimar su influjo político. En este país, casi uniformemente católico, la religión era para muchas gentes algo sólo exterior. Se respetaban sus usos, pero rara vez se sentía su verdadera influencia espiritual. El más eminente polaco católico decía que los polacos eran casi todos paganos. En efecto, un conocimiento profundo

de su religión era excepcional en el católico polaco, incluso culto. Monseñor Kaczmarek fué precisamente uno de los primeros obispos que se lanzó a una obra de evangelización entre los católicos practicantes, pero que no tenían noción verdadera de su fe.

La ocupación alemana vió el principio de aquel renacimiento religioso que siguió desarrollándose después de la guerra, bajo el régimen comunista. Jamás las iglesias estuvieron tan llenas ; jamás la fe, sobre todo en los jóvenes católicos, tuvo un carácter tan ardiente. Se produjo un fenómeno extraño, del cual habla el Cardenal Wyszynski en su carta al canónigo Le-
vêque : La Iglesia perdía en importancia oficial, exterior, pero ganaba en profundidad, en influencia sobre los hombres. La nueva fe total impuesta por el régimen, los cursos de catecismo materialista, la filosofía marxista-leninista que todo el mundo se veía obligado a aprender, hicieron reaccionar a los católicos, que profundizaron en su propia religión, descubriendo que ésta era también una fe total. La Iglesia Católica, que era antes de la guerra una fuerza social, exterior, se transforma ahora en una fuerza de resistencia de los espíritus humanos. Y esto es mucho más grave para los stalinianos que una oposición política, tanto más cuanto que los católicos polacos han aprobado la nueva estructura económica y social del país en sus líneas generales. Polonia debía sus vestigios de libertad a su fuerza de resistencia, y es a causa de esta fuerza por lo que el régimen, por fin, se decidió a atacar sin miramientos.

K. A. J E I, E N S K I

ARTES PLÁSTICAS

La "Casa de la Cultura Ecuatoriana"
en Montevideo

POR F. FERRANDIZ ALBORZ

ENTRE las instituciones hispanoamericanas para el fomento de la cultura, sobresale en primer plano la *Casa de la Cultura Ecuatoriana*. Esta institución ha sabido recoger la inquietud intelectual y artística de su país y encauzarla hacia una nueva finalidad recreadora. Manifiesto es el prestigio que las letras y arte ecuatorianos han conquistado en el resurgimiento general de la cultura hispanoamericana. Un pueblo que ha dado, entre los valores de la nueva generación, autores de investigación crítica como Benjamín Carrión, novelistas como Pablo Palacios, Gallegos Lara, Jorge Icaza, Humberto Salvador, Alfredo Pareja Díez-Canseco, Enrique Gil Gilbert, Aguilera Malta, Angel F. Rojas, poetas como Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Sacoto Arias y cuentistas como José de la Cuadra, hizo integral su expresión dando una serie de pintores con nuevo estilo, equivalentes en las artes plásticas a lo conquistado en la literatura. Oswaldo Guayasamin, Eduardo Kingman, José Enrique Guerrero, Sergio Guarderas, Víctor Mideros, Luis Moscoso y Diógenes Paredes, son algunos de los nombres de la nueva pintura ecuatoriana.

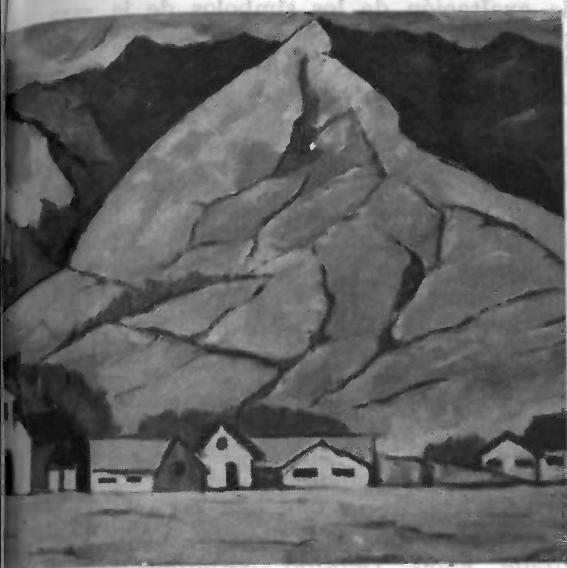
Si escritores y pintores ecuatorianos han trascendido al público americano y europeo por su íntima calidad artística, hoy los artistas plásticos lo hacen orgánicamente bajo los auspicios de la *Casa de la Cultura*. Algunos de ellos hicieron expo-

sición individual en salones de Nueva York, Madrid y París. Ignoramos si lo hicieron en conjunto y en la medida que lo acaban de hacer en Montevideo, dando una impresión del proceso evolutivo del arte plástico ecuatoriano, desde la colonia a nuestros días.

El Ecuador se presta a una interpretación artística muy compleja. Como México, Bolivia y Perú, posee una herencia ancestral de muy originales realizaciones plásticas. La piedra, y con ella la línea y el volumen, y las artes decorativas con estampados de color definitivo, sobrevivieron durante la colonia y persisten hoy, dando tono, perfil y estilo al arte hispanoamericano de nuestros días.

Por los temas y motivos de este arte, una superficial observación parecería indicar que se trata de una vuelta al pasado. Pero no se trata de eso. La historia, y con ella la cultura, vuelven al pasado para morir. De lo que se trata en las letras y arte ecuatorianos es de recoger el mensaje, llamada vital, de una colectividad humana que desea expresarse en su esencial lenguaje de verbo y forma.

Para comprender el mensaje que esta exposición expresa, será suficiente transcribir las palabras del fundador y presidente de la *Casa de la Cultura Ecuatoriana*, Dr. Benjamín Carrión, que ofreció la exposición al pueblo uruguayo en los términos siguientes :



LUIS MOSCOSO : " Ñaquito "

« La Casa de la Cultura Ecuatoriana ofrece, como homenaje de admiración del pueblo del Ecuador a la Patria ilustre de Artigas y Rodó, esta muestra de su arte colonial y moderno, a cargo de comisionados expertos que llevan su representación. En la sala en que se exhiba, flostará tutelar el espíritu de *El Cosmopolita*, pagando la deuda de amistad para el autor de *Ariel*. »

En la exposición del Arte Colonial y Contemporáneo Ecuatoriano que se celebra en Montevideo, se observa plásticamente el tránsito de lo colonial externo a lo colonial autóctono, en una línea ondulada de influencias. Pero así como en el siglo XVII el mestizo Miguel de Santiago transforma en arte su contradicción íntima de hombre, su agonía de personalidad, ahora son blancos descendientes de criollos, o mestizos con leve pigmentación india, los encargados de recrear íntegramente los rasgos distintivos artísticos de una nacionalidad con mayoría de población india. El mismo fenómeno que se operó en la nueva generación literaria. Hablamos, naturalmente, en líneas generales, pues ni el aporte negro de Adalberto Ortiz en la

novela, ni la ascendencia india de Oswaldo Guasamin exaltada en la pintura, niegan el contenido general blanco-mestizo del arte ecuatoriano de nuestros días.

Entre los pintores de nueva inquietud indigenista, debemos señalar a Camilo Egas, del que se exhiben tres óleos, « Desolación », « Retrato » e « Indios ». Cronológicamente es el iniciador del movimiento indigenista. A continuación, Luis Moscoso, del que se exhiben diez óleos. En ambos el tema es finalidad de color y solución de problemas técnicos. Pero fieles a la realidad, ésta se les convierte en drama humano a través de sus cuadros.

Llega Eduardo Kingman, mestizo de inglés y criolla. El primero en enfrentarse con la pintura mural. (Recordamos sus murales en la casa-hacienda del Dr. Benjamín Carrión, en Conocoto, algunas de cuyas partes vimos pintar). En Kingman el tema del indio se hace reivindicación humana por el color, fuerza expresiva de una tradición que no han podido evitar las servidumbres seculares de antes de la colonia, durante la colonia, ni la de hoy.

José Enrique Guerrero ha logrado dar al color fantasía y dramatismo de ensueño.

DIÓGENES PÁREDES : " El Páramo "





OSWALDO GUAYASAMIN: "Rumiñahui"

« Los Danzantes » son ejemplo de cómo las reglas pictóricas son siempre superadas por el talento del artista cuando éste se siente vinculado a la realidad de las cosas que exalta. La violencia de las imágenes es reproducción de una fuerza interior que el indio exhala cuando se halla en su clima de expresión artística o religiosa.

Diógenes Paredes, en su cuadro « El Páramo » da expresión de paisaje en símbolo humano. La soledad no es aislamiento sino vibración telúrica, pies sobre la tierra y ojos de espanto ante el misterio.

León Pedro, en su cuadro « El Mayor-domo », ha resuelto en posición de primer plano, sobre un fondo de mieses, un aspecto social del problema indígena, que encuentra como oposición intermediaria, entre el indio y el latifundista, la figura del mestizo lleno de complejos resentidos.

Oswaldo Guayasamin, una de las más fuertes revelaciones pictóricas de Hispanoamérica, es un temperamento dedicado a

la exaltación de los símbolos de la raza aborigen. Su cuadro « Rumiñahui », nombre del último general de Atahualpa que se enfrentó con la invasión española, es expresión de fuerza y serenidad, pero Guayasamin es mucho más que eso. Es una fuerza de expresión artística puesta al servicio de un pueblo, y que en ese pueblo encuentra los motivos de su recreación. Aparece como lo más personal dentro del arte hispanoamericano y confiamos ver algún día gran parte de su obra para ocuparnos en ella, como nos obliga nuestra devoción a la vida ecuatoriana.

La riqueza pictórica del Ecuador se demuestra si, además de los ya citados, recordamos los nombres de todos los pintores y escultores que han concurrido a esta exposición. Los pintores César Andrade Faini, Gerardo Astudillo, Sergio Guarderas, Galo Galecio, Enrique Gómez Jurado, Bolívar Mena Franco, Juan León Mera, Víctor Mideros, Piedad Paredes, Manuel Rendón Seminario, Judit Roura, María Saenz, Jaime Valencia y Gustavo Váscones.

En escultura, figuran Jaime Andrade Moscoso, Alfonso Andrade, César Bravomalo Roatta y Fausto Cervantes.

Esta exposición que la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha brindado al pueblo uruguayo, es uno de los eslabones más eficaces para el fomento del ideal común de cultura y libertad que el mundo espera. Sobre todo en esta martirizada Hispanoamérica, cuyo mapa político se va ensombreciendo cada vez más con regímenes dictatoriales.

Lo que la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha logrado en el terreno de las artes y las ciencias en su país, ha sido posible porque los hombres que la dirigen son ellos mismos creadores de espíritu en función de libertad. Nuestra felicitación por ello. Demuestran que no hay pueblo grande o chico en lo que a la cultura se refiere. Hay, sí, pueblos libres y pueblos oprimidos, y éstos, por muy vasta extensión de territorio que ocupen, son siempre pequeños, incapaces de producir grandeza de valor espiritual.

FERRANDIZ ALBORZ

EL MUSEO DE SAO PAULO

EN PARIS

POR RITA REGNIER

LA selección de pinturas del Museo de Sao Paulo, reunida en la Orangerie, ha colmado de sorpresa al público parisiense. Ignorábase, hasta en los medios que se hallan al corriente de la actualidad artística, la existencia de este museo, y por lo general se suponía a la segunda ciudad brasileña como una ciudad presa de las preocupaciones materiales, en constante crecimiento, feudo de los reyes de la industria del país, en la cual el arte, a menos de tratarse de arte « utilitario », debería ser suprimido. Tal opinión, por errónea que sea, no está sin embargo desprovista de cierto fundamento. Este recién nacido entre los grandes museos es muy diferente, tanto en sus aspectos como en sus actividades, de los museos de la vieja Europa, santuarios para los iniciados — o lugares de curiosidad para los turistas — siempre al margen de la actualidad, donde los inteligentes esfuerzos de conservadores calificados fracasan frente a la rutina de la administración, la insuficiencia de los créditos y la exigüidad o malas condiciones de los locales. El nuevo museo, fundado en 1947 por el senador Sr. Assis Chateaubriand, refleja, en efecto, bastantes características de la ciudad que le da cobijo. Organizado según los métodos más racionales y más modernos vigentes en materia de museos, en el interior de un rascacielos trepidante de actividad, puede decirse que se incorpora a la vida de la urbe y del país entero, puesto que al propio tiempo que

conservatorio de artes plásticas es un hogar de la vida cultural. Este carácter militante — según la afortunada expresión de M. Germain Bazin — aparece probado por su desarrollo extraordinariamente rápido y por la generosa emulación que ha suscitado entre los mecenas que lo han dotado de tantas obras maestras.

¿Qué satisfacción la nuestra cuando entramos en las salas de la Orangerie! Confesemos que, antes de entrar, nuestra curiosidad estaba un poco mezclada de preocupación... Sesenta telas de primer orden, inteligentemente escogidas, iban a demostrarnos la importancia de este naciente museo latino-americano. Lo que en primer término llama nuestra atención es el predominio del retrato sobre el paisaje. ¿Es ello el signo de una sociedad activa más interesada por el hombre que por la naturaleza, considerada ésta como simple elemento de explotación? Asaz difícil es discriminarlo. Cada cuadro tiene su importancia, ora por sus cualidades propias, ora por su valor como elemento comparativo para estudiar la evolución de un pintor (tal ocurre con las cinco telas de Cézanne y las seis de Renoir, cada una de las cuales ilustra un momento de la carrera de estos artistas) o de una época (como los retratos de Nattier o la *Reunión ante el muro de un sparque*, de Pater, que explican un género de pintura en una época determinada). Nos parece, sin embargo, que debemos citar ante todo el retrato del Conde-Duque de



VELÁZQUEZ : El Conde-Duque de Olivares (detalle)

Olivares, de Velázquez (hacia 1623). Ya desde la entrada se siente uno asombrado por el aspecto gigantesco de este hombre hispano, así como por la incomparable calidad del negro hábilmente matizado de su indumento. Aquello hace evocar toda la densidad y consistencia de la obra del gran maestro. Goya está representado por dos cuadros. El retrato de cuerpo entero de un joven cardenal (hijo del Cardenal-Infante), ejecutado entre 1798 y 1800, señala el comienzo de la serie de los retratos reales. La influencia de Velázquez es sensible en él (brillante color rojo del vestido, blanco grisáceo de los encajes). El borbónico rostro, que no tiene el vigor que Goya suele dar a los otros miembros de la familia real, denota una profunda observación que lamentamos no encontrar, en cambio, en el retrato de la Marquesa de Casa Flores. La viva expresión que habitualmente anima los rostros femeninos debidos al pincel goyesco, se halla ausente de esta obra (tez apagada, cabellera uniformemente oscura, muestran que el pintor prestó menos atención a la dama que le servía de modelo que a su vestido, de nacrada blancura, que por su esplendor nos recuerda el de la *Dama del abanico*).

He aquí, dos lienzos del Ticiano : el *Retrato de un miembro de la familia Contarini*, pintado en el período de auge del artista (1540-45) nos brinda especialmente todo lo que más amamos en el gran pintor veneciano : su profunda sensibilidad y esa especie de comunión con el modelo, que da una palpación de vida a este rostro sereno sobre el fondo amortiguado del cuadro. En un espléndido autorretrato de Rembrandt, parecido al del Louvre, se alían, como en toda la serie de sus autorretratos (1633-35), el vigor de la pincelada y la expresión del carácter. Por el contrario, es el brío, la fuerza más que el análisis lo que destaca en estos rostros de burgueses de Harlem, pintados por Fr. Hals, pareja expansiva, rebosante de bienestar. Adviérense con interés dos etapas de la vida de Van Dyck : su estancia en Génova (*Marquesa de Lomellini*, cuadro desigual, influido por Rubens) y el brillante período inglés (presunto *Retrato de Conde de Strafford*, donde todos los recursos de su pincel tienen pródiga aplicación). El retrato inglés del siglo XVIII está dignamente representado : niños de Th. Lawrence ; otros niños, de Reynolds (los de E. H. Cruttenden). La tez de la muchacha india, especialmente, está tratada con suma delicadeza. El hermoso retrato de Lord Hastings, de Gainsborough, en fin, rostro espiritual, cálido rojo del vestido, y con ello la encantadora ingravidez del paisaje de fondo, le ha valido el honor de ocupar un puesto al lado de los mejores retratos de Van Dyck. Y no podemos menos de recordar las palabras proféticas que este pintor pronunció cuando hizo las paces con su rival Reynolds : — « Ambos volveremos a encontrarnos en el cielo, y Van Dyck estará allí con nosotros. »

Nos agrada hablar con mayor detenimiento de algunas joyas de la exposición... Un retrato de Holbein (Henry Howard, el « Conde poeta »), en el que la vida interior que emana del pálido semblante de finas facciones, el contenido temblor de la mano que emerge del negro vestido y la reserva del afortunado conjunto nos hacen reparar que es Holbein el único pintor alemán que no tiene nada de devoto ni de ascético. En el fragmento de un *Descendimiento de la Cruz* de Memling (la Santa Virgen, San Juan y las tres piadosas

mujeres), inspirado por Van der Goes, volvemos a encontrar, atenuado y como dulcificado, el dolor que tan bien supo expresar la primera generación de los primitivos flamencos... El *San Jerónimo* de Mategna, en formato muy reducido, sorprende y admira, y una fantástica roca al pie de la cual se entrega a la meditación el eremita, pone en el conjunto del cuadro una nota primorosa e insólita.

La pintura francesa está copiosamente representada. Un *Triunfo de Baco* (?), de gran belleza y equilibrado ritmo, se nos brinda como una obra característica del esmerado gusto con que Poussin trataba los asuntos profanos. Tiene cierto parecido con el *Triunfo de Flora*, de Dresde. Deploramos no haber visto de nuestro siglo XVIII más que esos retratos pomposos de Nattier (cuatro hijas de Luis XV personificando los cuatro elementos), la frivolidad de Pater y dos cuadros de Fragonard (una escena de género y un retrato de mujer en el que sólo luce la virtuosidad). La presencia de alguna vigorosa naturaleza muerta de Chardin hubiese revelado otro aspecto más real de esta época. De desear sería que un generoso mecenas, sorprendido y apenado por este hecho, viniese a colmar un día la sensible laguna.

Señalemos la presencia de varios Corot : *La gitana de la mandolina* (1874), sinfonía discreta de oscuros tonos avivada por algunos toques animados de rojo : cinta y pañuelo ; el *Muchacho del hombro desnudo* (1830-40), que tiene toda la gracia ágil de un esbozo ; los retratos de Celia y Julieta, las dos hermanas del maestro de Ornans ; dos hermosos lienzos de Manet, a los que el tiempo ha suprimido el carácter « escandaloso » que se les atribuyó en su época : las *Bañistas* y *Pertuiset*, el *cazador de leones* son excelentes trozos artísticos que ilumina la tamizada luz del taller.

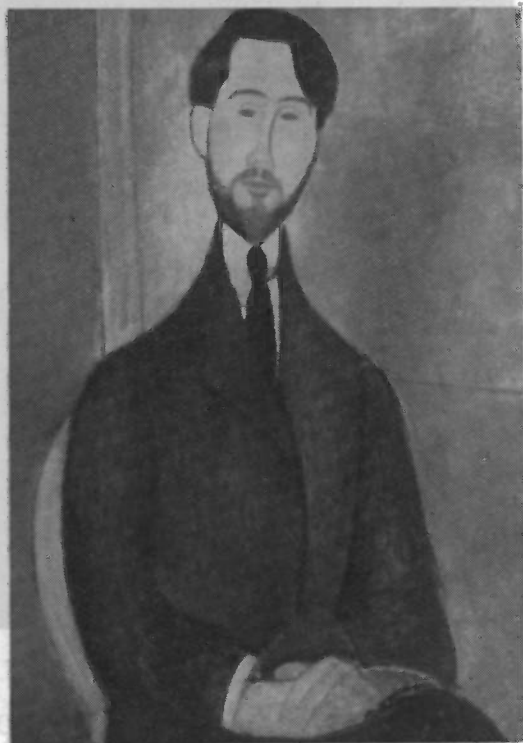
Los cinco lienzos de Cézanne dan una exacta idea de la evolución del artista. *El negro Escipión* (pintado en la Academia Suiza, 1865-70) y *P. Alexis leyendo un manuscrito a Zola* (1869 ?) son buena prueba de una inclinación hacia el claroscuro al modo de los españoles, de una factura plena de vigor, que no ha tomado del romanticismo sino lo que éste tiene de

desordenado, y de cierto desmaño en las actitudes, que Cézanne abandona al contacto de las formas y de la luz provenzales. La inmovilidad serena, el riguroso estilo que ha tomado de Poussin, ese sentido de la estructura de las cosas que es peculiar en él, irán creciendo desde entonces (*Rocas en el estanque*, ¿ 1882-85 ?) hasta el admirable retrato de Madame Cézanne con vestido rojo, en que, como en los *Jugadores de baraja*, no se preocupa más que de los volúmenes de color y descuida deliberadamente el lado decorativo y el análisis psicológico.

Los cuadros de Renoir que se ofrecen a nuestra vista no abarcan todas las etapas de la carrera del pintor, pero nos muestran los mejores aspectos de esa carrera. En *Rosa y Azul*, dos muchachitas de cuerpo entero, se percibe el momento en que el artista se separa del impresionismo. La sequedad del período en que experimentó el influjo de Ingres aparece atenuada en esta *Muchacha del haz* (1888), cambiante profusión de colores, exuberancia de una naturaleza ebria de sol. El empaste fluido, con limpideces de acuarela, que deja transparentar el lienzo, es particularmente bello

PICASSO : " Suzanne Bloch "





MODIGLIANI : "Retrato de L. Zborou"

en ciertos trozos, por ejemplo la blusa del retrato de su hijo Claudio y algunos fragmentos de las dos grandes bañistas (1910 y 1912). Y ¿qué decir de *El Colegial del Kepis*, de Van Gogh — contraste del mandil azul sobre fondo rojo — de su síntesis de *Arlesiana*, según un dibujo de Gauguin, y de un paisaje nocturno en que los olivos trazan arabescos de ensueño?... Volvemos a encontrar con emoción al Gauguin de Taití en un autorretrato « cerca del Gólgota », en que la faz de Cristo se destaca sobre un fondo en que palpitan figuras extrañas...

¡ Cuanto daría uno por poder detenerse horas y horas contemplando esos Modigliani, cuatro hermosos retratos, entre ellos un estudio de Diego Rivera, camafeo gris, azul y negro, formado por leves toques, tan diferentes de las grandes masas de color, de las curvas secas y del deseo de síntesis habituales, o bien admirando ese excelente retrato de mujer, de Picasso, que data de fines del período azul y que se nos da ocasión de contemplar hoy ! Confesemos,

de pasada, que las producciones actuales del pintor español han relegado a segundo plan la mejor parte su obra... Pero nos falta espacio, desgraciadamente, para describir los cuatro decorativos entrepaños de Delacroix, la *Catedral de Salisbury* de Constable, Toulouse-Lautrec, un *Desnudo*, de Bonnard, etc.

Salimos de la Orangerie deslumbrados por esta espléndida visión de la riqueza del joven museo. Sumamente agradecidos a su director M. Bardi y a M. Germain Bazin, que tanto ha contribuido a dar a conocer estas obras en Francia, por los esfuerzos que han realizado para organizar una exposición de esta amplitud. El público parisiense les debe, aparte la satisfacción que procura un conjunto tan importante, en el que figuran lienzos de estilos y épocas diversos, perfectamente clasificados — ardua tarea — el haberle informado de la existencia de una manifestación nueva de la cultura de la América latina. Es la primera vez, en efecto, que obras nacidas en nuestras tierras nos son reveladas por aquel continente. El año último tuvimos ocasión, al visitar la magnífica exposición de arte mexicano, de admirar producciones de aquel país : antiguéddades, muestras del arte colonial, obras de artistas contemporáneos, arte popular... De todo ello pudimos hacer entonces una especie de balance. La exposición del museo de Sao Paulo, que acabamos de admirar, reviste un carácter muy diferente. Y no podemos menos de registrar con alegría este nuevo lazo establecido entre los dos continentes. Es muy de desear que tales manifestaciones se repitan y se renueven. Nos quedan por conocer todavía excelentes conjuntos artísticos : los museos de Buenos Aires y de Montevideo, para limitarnos a citar tan sólo dos ejemplos. Y es también harto deseable que, paralelamente y en justa correspondencia, las colecciones de arte europeas sean mejor conocidas al otro lado del Atlántico, a fin de que el gran interés que europeos y americanos sentimos los unos hacia los otros se estimule y se acrezca por medio de este magnífico intercambio.

RITA REGNIEK

L E C T U R A S

HOMBRE, MUNDO Y SIGLO

POR FERNANDO VALERA

REGALO del espíritu, nos llegan de Buenos Aires dos nuevos libros del Profesor Francisco Romero, « el más eminente de los filósofos latino-americanos en vida », a juicio de Edgar S. Brightman, universitario de Boston. Vienen a coronar estos libros una obra ya considerable del pensador y escritor argentino: su tratado de *Lógica*, en colaboración con Puccia¹ relli, 1938; *Filosofía contemporánea*, 1944; *Sobre la historia de la Filosofía*, 1943; *Papeles para una Filosofía*, 1945; *El hombre y la cultura*, 1950, etc.

El primero de estos nuevos libros es uno de los « esquemas » de la colección que lleva este nombre, y en él se propone el Profesor Romero divulgar — sin vulgarizar — *Qué es la Filosofía* (1). Las primeras líneas nos ofrecen ya el leitmotiv de su pensamiento, al cual vuelve el filósofo reiteradamente, cada vez que se aventura a investigar un aspecto de la realidad: « Lo propio del hombre es ser un sujeto, un yo, y saberse rodeado de un mundo de seres y de cosas », en proceso temporal de duración e historicidad, añadimos para completar su propio sistema: *homo, mundus et aevum*, que diríamos en lenguaje agustiniano.

El esquema comienza por apuntar la crítica del conocimiento. La Ciencia es un modo de saber crítico, por oposición al espontáneo y vulgar. Supone métodos rigurosos y arduas disciplinas. Dentro de este modo de saber crítico, la Filosofía se diferencia de la Ciencia en que no admite como ésta supuestos incomprobados, los cuales se remiten a previos planteamientos filosóficos: La identidad del conocimiento y la realidad, la validez de los métodos, la naturaleza del espacio, del tiempo y de la forma, la capacidad de la razón para llegar a la verdad, etc... La Filosofía viene a ser desde este punto de vista « una radical problematización de las bases mismas

del conocer ». Por eso, para Francisco Romero, « no hay completa y auténtica Filosofía sin meditación libérrima e investigación crítica de las raíces mismas del saber », « La teorización que haya renunciado de antemano a la libre investigación de la verdad, no merece el nombre de ciencia ni de filosofía: Será dogma impuesto o propaganda engañosa ». El filosofar es un modo de saber en profundidad, y comprende a la vez la crítica libre y radical del ser, del conocer y del valer: El mundo, el hombre, la sociedad, la filosofía de la historia y la historia de la filosofía.

Por otra parte, es tarea propia de la Filosofía sistematizar y organizar los hallazgos de las ciencias especiales, dibujando con ellos la carta « de la colonización de la realidad por el espíritu » en cada época cronológica.

Qué es la Filosofía, más que desarrollar un sistema, se propone presentar un índice, lógicamente distribuido, de los principales sectores de problemas que se le plantean al pensador y de los caminos por los cuales discurre la inteligencia en su tenaz, entusiasta y confiada empresa de ir arrancando pedazos de verdad al bloque sólido de la existencia, y cincelandolos en formas intelectuales.



Obra de mayores alcances, no exenta de originalidad en el pensamiento, en el sistema y en el lenguaje es la *Teoría del Hombre* (2), distribuida en tres partes o tratados: La Intencionalidad, el Espíritu, el Hombre.

La primera parte se aplica a identificar la auténtica y específica esencia del hombre. El análisis riguroso lleva a Romero al descubrimiento de que « la estructura intencional, aun privada de la proyección espiritual, es lo sufi-

(1) Editorial Colón, Buenos Aires, 1953.

(2) Editorial Losada, Buenos Aires, 1952.

cientemente característica y exclusiva del hombre, como para definirlo como una entidad esencialmente distinta de todas las demás, sin exceptuar las más cercanas. « Lo propio del hombre es ser un Yo y tener un mundo. » El acto intencional basta para especificar al hombre, y la inteligencia « asienta toda ella en el don de objetivar », de poner delante del sujeto los entes de la realidad, como *objetos* de conocimiento; no la pura representación, todavía indeterminada, en que el yo y el no-yo aparecen embrollados en una niebla difusa, sino la aprehensión intencional que deslinda y define la Inteligencia, el Inteligente y lo Inteligible, dicho en el preciso lenguaje aristotélico.

Los otros actos o notas que suelen aducirse para diferenciar al hombre derivan de esta primera « capacidad de recortar los objetos » de entre la nebulosa de las representaciones o *fenómenos* (en el sentido auténtico del vocablo, que viene de *faíno*, aparecer; de donde, fenómenos, las apariencias que se presentan al yo); capacidad de individualizar los objetos y de atribuirles existencia, que es lo que distingue la mente humana del psiquismo animal. « Si en el animal operara efectivamente una conciencia intencional, se manifestaría en un lenguaje de contenidos objetivos; originaría un comienzo de conciencia de sí, y ese ser no sería ya un animal, sino un esbozo de hombre. »

La capacidad del lenguaje en cuanto interpretación intelectual de símbolos, la facultad de crear cultura, la de transmitirla por tradición objetiva y la de heredarla, la sociabilidad que condiciona esa transmisibilidad, la libertad, la responsabilidad, la atribución de valores morales, la invención de instrumentos, etc., etc., con que a veces se pretende definir al hombre, no son sino desenvolvimientos de esa nota esencial y específica: el acto intelectual, por el que el yo se identifica como distinto del mundo y del *aevum*. « Toda la escala zoológica atestigüa que la mera manipulación de las cosas no genera humanidad. No son las manos las que conocen; sino la mente. »

La segunda parte estudia la génesis de la espiritualidad, que está implícita en la intencionalidad, pero no es idéntica a ésta. La espiritualidad tal como la estudia Francisco Romero, se nos aparece como la floración de la mente humana, su apoteosis, cfrénda de sí misma y renacimiento a una nueva y superior realidad permanente y universal; muerte y transfiguración del Yo. En efecto, el acto espiritual se distingue del mero acto intencional por la abnegación o desinterés, la universalidad, la libertad, la historicidad, la responsabilidad y la trascendencia absoluta. Mas en el hombre no se da nunca la espiritualidad pura: « Aceptamos la posibilidad del hombre

natural; pero este hombre es más bien un hombre naciente, en proyecto. Excluimos la posibilidad del hombre puramente espiritual. En su plenitud, el hombre es un ser compuesto: — de intencionalidad y espiritualidad.

Tras un análisis agudo y profundo, el filósofo argentino resume como sigue el cuadro de la realidad cognoscible

Realidad	{	Naturaleza	{	inorgánica	} Hombre y
		Espíritu		orgánica	

La tercera parte estudia, en fin, al Hombre en cuanto tal, en la sociedad y en la historia que es la ciencia verdaderamente humana. Comparto el especial empeño de Francisco Romero por establecer la autonomía de la sociedad humana respecto de las impropriamente llamadas « sociedades animales ». Hace veinticinco años que vengo insistiendo en este problema. Venturosamente la Filosofía se ha liberado durante este decurso de tiempo, del « naturalismo » que lo trababa y confundía todo. Los comportamientos zoológicos, como había enseñado Proudhon y han corroborado luego Cassirer, Zuckermann, Pierre Janet, Mer eau-Ponty, Buytendijk, Geiger, Jules Vuillemin y otros, son esencialmente distintos de los humanos, de manera que no puede conocerse adecuadamente la verdadera naturaleza de las comunidades animales, sobre las que se habían escrito verdaderas novelas fantásticas, sin desprenderse de lo que Vuillemin llama « resonancias antropomórficas ».

Termina el Sr. Romero su obra de la que sólo sucinta e incompleta noticia podemos dar en tan corto espacio — proclamando la superioridad de la cultura occidental sobre todas las demás, y justificando en esta mayor excelencia la razón de que los ciudadanos de otras culturas las abandonen para pasarse a la nuestra, aceptando sus principios y maneras; « porque la occidental es la única que ha sabido ponerse al unísono con lo más entrañable y genuino del ser hombre ». Por mi parte, he propugnado en diversos ensayos una opinión semejante, y sostenido la conveniencia de reservar la palabra *civilización* para la cultura occidental, aplicando a todas las demás el término genérico y menos noble y espiritualizado de « cultura ».

Resta decir que el pensamiento del Sr. Romero, de trabazón lógica irreprochable, se viste con lenguaje de gran propiedad y elegancia.

FERNANDO VALERA

¿ Vuelve el mundo a la barbarie ?

SIN perjuicio de ocuparnos más extensamente y a fondo en otra ocasión de la dantesca realidad infrahumana que encierra este volumen (1) de más de 600 páginas de prosa documental y árida, resumiremos brevemente lo que puede denominarse su historia externa: la génesis, la estructura y el estado de la cuestión hasta ahora. La cuestión es el régimen del trabajo forzado o forzoso en el mundo actual.

La iniciativa de estudiar su existencia y las medidas necesarias para abolirlo corresponde, dicho sea en su honor, a la Federación Americana del Trabajo, que es, como se sabe, una de las dos grandes organizaciones sindicales de los Estados Unidos. El 24 de noviembre de 1947 escribió al Consejo Económico y Social sugiriéndole que pidiera a la Organización Internacional del Trabajo, de Ginebra, un informe sobre el trabajo forzado en los Estados miembros de las Naciones Unidas y sobre los medios adecuados para su extinción. Después de varias consultas, ambos organismos, el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas y la Organización Internacional del Trabajo, acordaron nombrar un comité especial para este fin. El comité quedó constituido el 27 de junio de 1951 por los señores Paal Berg, Sir Ramaswami Mudaliar y Félix Fulgencio Palavicini; al morir éste en 1952, le sucedió el Sr. Enrique García Sayán; los tres comisionados actúan, a título personal, sin representación de ningún país. El comité lo preside Sir Ramaswami Mudaliar.

Como base de investigación, el comité recibió del Consejo Económico y Social el encargo de estudiar la naturaleza y la magnitud del problema planteado por los sistemas de trabajo forzado o correccional que se emplean en el mundo como medio de « coerción » (sería más propio decir coacción) política, y en qué escala esos sistemas significan un elemento importante para la economía de los países donde existen. Como ocurre con frecuencia en estos organismos internacionales, en que no abundan los estilistas, ni los lingüistas especializados, ni los juristas profesionales, la fraseología del Consejo Económico y Social era bastante confusa y el comité tuvo que empezar por definir los términos del encargo.

¿ Se trataba sólo de averiguar dónde existe el trabajo forzado por motivos políticos, considerándolo simplemente como un problema moral o jurídico, independientemente de sus dimensiones, o es que el trabajo forzado sólo tiene importancia al alcanzar cierto volumen en un país, o sea cuando pudiera constituir una competencia ilícita para los demás países que no emplean esos métodos, considerándolo por tanto nada más que como un problema económico internacional? Esto último hubiera sido empequeñecer la cuestión y el comité, con buen criterio, no siguió por ese camino.

Las formas de trabajo que interesaban al comité no eran tampoco otras que han sido y son objeto de estudio en varios organismos internacionales, como las supervivencias de la esclavitud clásica y específica que aún perduran en algunos países o en sus territorios coloniales, o las condiciones de vida y trabajo de la población indígena en algunos países independientes, pero no todavía bastante civilizados, o el trato de los presos comunes en algunas instituciones penitenciarias, u otros aspectos relacionados con los problemas del trabajo en general. Ni podía entrar en la categoría de trabajo forzado el que algunas constituciones modernas imponen a todos los ciudadanos como un deber social. Las formas de trabajo forzado a que el comité redujo su indagación fueron dos. Una, la empleada como castigo o corrección contra las personas cuyas opiniones políticas discrepan de la ideología del gobierno vigente, y a ese efecto son enviadas a campos de concentración o presidios al aire libre, donde se les obliga a trabajar con un fin exclusivamente punitivo o correctivo. La otra forma consiste en imponer un trabajo forzoso al servicio de los planes económicos de un Estado, sin otro propósito que la explotación del hombre como una bestia, como se hacía en algunos imperios de la antigüedad y se hace en algunos contemporáneos.

Para reunir el material de su informe, el comité recurrió a tres fuentes de investigación: a los propios gobiernos; a las organizaciones no oficiales, como la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, la « Commission Internationale contre le Régime Concentrationnaire » y otras, hasta quince; y a los individuos particulares que deseaban hacer declaraciones. A los gobiernos, fueran o no Estados miembros de las Naciones Unidas o de la Organización Internacional del Trabajo, les dirigió un cuestionario dividido en dos partes, una relativa al « trabajo punitivo, educativo o correccional », y otra sobre « los demás casos de trabajo compulsivo ». Los gobiernos consultados fueron 81, de los cuales contestaron 48 al cuestionario y dejaron de contestar 33. Entre estos últimos figuran la Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Portugal, Vene-

(1) Report of the « ad hoc » Committee on Forced Labour, Geneva, United Nations - International Labour Office 1953.

zuela, la Unión Soviética y sus satélites, salvo Checoeslovaquia. España no figura entre los países consultados que contestaron ni entre los que callaron. Es de suponer que sea una omisión involuntaria, pues posteriormente se le enviaron las alegaciones sobre el trabajo forzado en su territorio recibidas de otras fuentes, y el gobierno español remitió sus respuestas; unas y otras se publican en el volumen. El comité comunicó también a los demás países, 24 en conjunto, los alegatos de fuentes no oficiales que se habían recibido contra ellos, pidiéndoles sus comentarios u observaciones. Hasta el 20 de mayo de 1953, fecha en que se cierra el informe, habían enviado sus réplicas todos menos los seis siguientes: Argentina, Brasil, Bulgaria, Chile, Colombia y Checoeslovaquia.

El informe viene a ser, en suma, una especie de instrucción judicial en una causa donde se trata de averiguar si hay trabajo compulsivo, de una forma u otra, en el mundo. El comité, como juez instructor, ha reunido por su cuenta toda la información que le ha sido posible, examinando la legislación de cada país y recibiendo las declaraciones de los acusadores y de los acusados, que publica imparcialmente. Finalmente, emite sus conclusiones. No hay que decir que los alegatos y conclusiones más interesantes se refieren a los países en régimen de dictadura, y de éstos, el más interesante es sin duda la Unión Soviética, por el empleo predominante del trabajo forzado como explotación económica del hombre.

Del informe tuvo conocimiento el Consejo Económico y Social en su sesión de julio de 1953. Como es natural, el examen y discusión de tan vasto y complicado documento quedó aplazado para la sesión del año próximo. Sea cual sea entonces su dictamen, ni la O. N. U. ni la Organización Internacional del Trabajo tienen medios ejecutivos para imponérselo a los países que no lo acepten voluntariamente. Pero, de todos modos, el informe por sí es un formidable *J'accuse* de la conciencia universal que no dejará de influir, quieran o no, en los gobiernos más recalcitrantes y empedernidos.

Al crimen y la sevicia no les basta siempre la impunidad. Necesitan también de la sombra que confunde justos y delincuentes. La luz puede ser un castigo eficaz cuando no se dispone de otro. Este informe es un torrente de luz proyectada sobre un hecho abominable, que sería vergonzoso en cualquier siglo, pero que lo es infinitamente más, por su anacronismo inconcebible, en el nuestro. A menos que, sin darnos cuenta, el mundo esté cayendo en la barbarie medieval, en la iniquidad antigua o en el salvajismo primitivo.

L U I S A R A Q U I S T A I N

Silvano Santander:

«Técnica de una traición»

Montevideo, 1953.

QUIZA por la situación concreta de Alemania en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, el nazismo fué el régimen totalitario más dinámico y expansivo conocido. Sólo le supera en organización y en agresividad universal, con sus países satélites y sus quintas columnas sutisas y disciplinadas, el totalitarismo stalinista en esta postguerra. Mientras las democracias conservadoras dormitaban en un conformismo y un neutralismo — la no intervención — poco menos que suicidas, el nazismo tendía audazmente sus tentáculos y movía sus quintas columnas por doquier. Todos los reaccionarismos y todos los aventurerismos ambiciosos e intrigantes encontraban su favor y su protección.

Creyóse un momento que el decisivo apoyo dado por Berín a la rebelión militar-falangista española, hasta asegurar su triunfo sobre el pueblo heroico, tenía por principal finalidad el cerco de Francia mediante una tercera frontera fascista. Pero el nazismo iba mucho más lejos en sus cálculos. Se vió claro esto cuando el franquismo triunfante empezó a hablar de «hispanidad» y de «voluntad de imperio». Esta «voluntad de imperio» pareció mucho más ridícula que la preterición de Mussolini de resucitar las imperiales grandezas romanas. La verdad es que al socaire de la hispanidad, y explotando los tradicionales lazos entre España y los países iberoamericanos, el nazismo y el franquismo conjugados preparaban la conquista interior de estos países.

Aparece clara esta trama en el sensacional libro del ex-diputado radical argentino Silvano Santander, *Técnica de una Traición*, publicado en el democrático Uruguay que le da asilo. Constituye la médula del libro una rica e irrefragable documentación encontrada en los archivos oficiales nazis, fotocopiada y traducida al castellano. El puente entre la Alemania hitleriana y los países iberoamericanos, en la obra de espionaje y de traición, era la España franquista; del trágico matrimonio nazi-falangista surgió un retoño: el peronismo.

En torno a la agonía y a la muerte de Eva Duarte se creó en la Argentina una especie de sensacionalismo histórico, con repercusiones universales gracias a cierta prensa. El colmo fue que se pretendiera convertirla en un mito e incluso en una santa. Los documentos del espionaje nazi la reducen ahora a «una endiabladamente hermosa, inteligente, encantadora,

ambiciosa e inescrupulosa mujerzuela ». Aparece un cheque a su nombre por la suma de 33.600 pesos, junto con otro para Perón por la suma de 200.000. En una carta al general Faupel se dice : « El collar de brillantes llegó con la última remesa destinada por usted a nuestra amiga Eva ». Disfrazado con un uniforme del entonces coronel Perón, su audaz amante logró hacer huir a un importante espía nazi reclamado por la justicia argentina. En fin, Berlín tenía mucha más confianza en la pareja Eva Duarte-Domingo Perón que en su propio embajador en Buenos Aires ; de acuerdo con ellos y sin que dicho embajador se enterara, Faupel estuvo en la capital argentina preparando el golpe peronista.

Uno de los informes del espionaje nazi dice : « El éxito de la revolución de nuestros amigos ha sido completo... También hemos triunfado en toda la línea en materia de política exterior... El Gobierno de los Estados Unidos reconocerá inmediatamente al nuevo Gobierno... Esto equivale al triunfo de la inspirada dirección de nuestro amigo Perón sobre el estúpido Roosevelt... Todo lo que hasta ahora se nos oponía ha sido derribado por la fuerza : el Parlamento está disuelto y la policía está firmemente en manos de nuestros amigos y, por lo tanto, en nuestras manos... » No es posible decir más en menos líneas. Encierran éstas una gran lección histórica, política, técnica ; caracterizan el período actual. Para Perón, como para Franco, el demócrata Roosevelt era un estúpido y « los trabajadores, animales de rebaño » a los que « basta darles comida, trabajo y leyes, para rebaño ». Ese cínico amoralismo ha presidido, y sigue presidiendo a los totalitarismos de nuestro tiempo. El hitleriano cayó, pero sus retoños ahí están. Y las democracias se debilitan pactando con ellos.

J. G.

S. Serrano Poncela :

« El Pensamiento de Unamuno »

Fondo de Cultura Mexicana, 1953

Se iba haciendo de veras necesario emprender seriamente el estudio del pensamiento y de la personalidad — ambas inseparables — de Miguel de Unamuno, sin las limitaciones que se venían imponiendo más o menos voluntariamente ciertos críticos y ensayistas, obsesionados por algunos aspectos particulares de la obra unamuniana cuando no por lo puramente anecdótico. Esta tarea, tan necesaria por tratarse de una obra que ha venido gravitando sobre la mente española en forma harto concluyente, en particular sobre las generaciones intelectuales

de estos treinta últimos años, la emprendió, por decirlo así, el joven filósofo español José Ferrater Mora, el cual nos ofreció hace unos años su *Unamuno, bosquejo de una filosofía*, libro en el que procedió a toda una reelaboración del pensamiento unamuniano para mejor poder presentarlo en forma de doctrina coherente. Ahora la culmina satisfactoriamente otro joven de la España peregrina, S. Serrano Poncela, merced a su reciente obra *El Pensamiento de Unamuno*.

El título expresa claramente las logradas intenciones del autor : poner a la luz del día, metódica y sistemáticamente, el pensamiento de Unamuno, única manera de poder referirse luego a la obra completa unamuniana, tan vasta que forma todo un mundo espiritual. El libro que nos ocupa se inicia con un bosquejo biográfico de Unamuno, situando previamente a éste en su medio ambiente y trazando acto seguido las diferentes etapas de la formación espiritual de nuestro hombre, para enfrentarse luego con los temas mayores unamunianos que forman su filosofía de la existencia : el sentimiento agónico de la temporalidad, la « meditatio mortis » y la inmortalidad del alma, el tema de Dios y la condición humana. Preocupado enteramente por estos problemas vivió agónicamente Unamuno (como vivieron antaño sus dos hermanos en agonía Pascal y Kierkegaard), oponiendo a todo conocimiento y a toda filosofía técnica el sentimiento trágico de la vida, fórmula suya muy personal que es la raíz misma de su filosofar existencial, por lo que justo es hayan merecido la particular atención de Serrano Poncela. Finalmente, el libro se cierra con unos capítulos en los que se trata del tema de España y el hombre hispánico, de Castilla y la casta castellana, y del quijotismo como filosofía de la vida, todo ello examinado, claro está, a través del rico prisma unamuniano. En ellos se ve cómo Unamuno entendía a España, a la España de sus fatigas y ocupaciones, a España como existir y no como concepto histórico, lo que más de una vez le hizo exclamar : « ¡ Me duele España ! » Y tanto le dolió que de mal de España murió. Pero... Ya en una de sus últimas canciones había atisbado el sagaz Unamuno su propia pervivencia, al escribir : « Cuando me creáis muerto — retemblaré en vuestras manos. — Aquí os dejo mi alma — libro, — hombre — mundo verdadero. — Cuando vibres todo entero — soy yo, lector, que en ti vibro. »

El libro de Serrano Poncela, no obstante su denso contenido, está escrito en agradable prosa y elegante estilo, lo cual hace aún más atractiva su lectura. Por lo demás, digamos para terminar que *El Pensamiento de Unamuno* ve la luz en un momento oportunísimo, justamente cuando redoblan en España los intentos por encerrar bajo siete llaves el recuerdo mismo de Don Miguel

de Unamuno, cuyo talante heterodoxo subleva por lo visto a los ortodoxos del régimen actual. Contribuir a actualizar y facilitar el estudio de la obra unamuniana es no sólo una necesidad sino igualmente una obligación. Por fortuna para todos, así lo ha comprendido también Serrano Poncela.

I. IGLESIAS

Luis Carretero y Nieva :

“ Las nacionalidades españolas ”

Colección Aquelarre. México, 1952.

ENTRE los varios problemas que desde largos años viene arrastrando España sin saber o querer hallar una solución adecuada, sobresale indudablemente el de las nacionalidades, no sé si el de mayor importancia de todos, pero sí en todo caso el que presenta exigencias más perentorias por corresponder a la estructura política misma de la Península.

Tal vez ningún otro problema nacional ha soliviantado tanto los ánimos, encendido las pasiones y hasta cegado el entendimiento cual este que nos ocupa y preocupa. Y, no obstante, digámoslo sin pizca de paradoja, ningún otro es más ignorado. Abunda, cierto es, una literatura harto polémica, pero por desgracia escasean enormemente los estudios serios y por lo tanto objetivos. Una deformación del problema en sí, sabiamente alimentada por el sector más reaccionario de España y al que de manera inconsciente han hecho el juego ciertos separatistas a ultranza, ha provocado a través de los años esta situación airada en que han caído la mayor parte de los españoles de todas las Españas, los cuales suelen adoptar por lo general actitudes que tienen más de pasionales que de otra cosa, es decir, sin correspondencia alguna con los antecedentes históricos y de otra clase que deben ser los que dicten en última instancia la posición que justamente corresponde adoptar.

La obra del malogrado Luis Carretero y Nieva, que lleva el explícito título de *Las nacionalidades españolas*, viene a llenar un vacío que se estaba haciendo sentir : el de ofrecer una exposición panorámica y completa del problema que nos ocupa. Su tesis es esta : « La nacionalidad no está en la anchura del cráneo, ni en la forma de la nariz o el color de los cabellos ; no puede definirse por los límites geográficos de los Estados, ni tampoco tajantemente por las fronteras lingüísticas ; es, en el fondo, una cuestión de sentimiento, que no brota espontáneamente y porque sí, sino que es resultado de un largo proceso histórico. » Por lo tanto, lo que debe contar, en fin de cuentas, es el derecho de cada pueblo a diri-

girse por sí mismo y a desarrollar su cultura sin imposiciones extrañas, ni a pretexto de mandos ejercidos en el pasado, ni de poderes actuales, ni por coincidencias en la forma de la nariz o en el color de los ojos, ni por semejanzas en el tono habitual y en el sonido de las interjecciones.

Las nacionalidades españolas, es un libro denso, preñado de enseñanzas, digno de ser estudiado y meditado, que facilitará la comprensión de un problema delicado y grave, hasta ahora, repetimos, bastante generalmente ignorado.

Luis Jiménez de Asúa :

“ Tratado de Derecho penal ”

Editorial Losada. Buenos Aires.

EL ilustre penalista don Luis Jiménez de Asúa, figura relevante de la intelectualidad española en el exilio, está publicando su esperado *Tratado de Derecho penal*.

Primitivamente, fué proyectado como un « Tratado de Derecho penal español », especialmente dedicado a los alumnos de su cátedra en la Universidad de Madrid. La catástrofe de 1936 alteró por completo los planes del maestro. Lanzado al destierro y alejado de la docencia en la universidad hispánica, el profesor Jiménez de Asúa decidió aprovechar el saber acumulado en ocho lustros de trabajo intenso y concentrado para componer un *Tratado de Derecho penal* del más vasto contenido.

En él se ha propuesto realizar un doble objetivo : exponer los fundamentos filosóficos de la ciencia penal con el complemento de la progresión histórica de sus preceptos, como base, y el estudio de la legislación comparada, especialmente de la hispano americana, más la crítica de las instituciones en vigor, en vista de un trato más certero.

De momento, su labor habrá de ceñirse a la parte general de la disciplina, parte que abarcará cuatro materias : Introducción, Filosofía y Ley penal, el Delito, Delincuente y Sanción.

La edición, empresa editorial de altos vuelos, está a cargo de la firma Losada. Recientemente ha aparecido el volumen IV, consagrado a la segunda parte de « El Delito » y que estudia la legítima defensa, el estado de necesidad y las demás causas de justificación.

Como los tres anteriores volúmenes, este de ahora deja la impresión de un trabajo magistral que agota la materia. El maestro Jiménez de Asúa ha puesto a contribución su inmenso saber, su asombrosa erudición y su acabado conocimiento de la materia. Contempla a la ciencia,

penal, ante todo, cual al derecho en sí mismo, como un mundo de normas atinentes al *deber ser* y seguidamente en su aspecto positivo, cual un objeto que evoluciona en la vida de un pueblo, como un *ser*.

Además del fondo filosófico y del desarrollo histórico, recoge las opiniones de los maestros y tratadistas más calificados, tras las cuales expone la suya propia, con la autoridad que le presta su dominio de la disciplina, difícilmente superable.

Trátase, pues, de una obra de valor universal, que no se circunscribe a un examen restricto con criterio meramente nacional, sino que abarca a la ciencia penal en su plenitud.

El *Traatado de Derecho penal* del maestro Jiménez de Asúa señala la culminación de la acción cultural que la intelectualidad española refugiada en la República Argentina viene cumpliendo en este país. La extensión y trascendencia de esa labor quedó bien patente hace tres años, en la « Exposición de obras de los Intelectuales Españoles en el exilio », organizada por el Centro Republicano-Español de Buenos Aires, que alcanzó un éxito resonante: Tuvo por finalidad poner de relieve lo que había sido una labor de diez años en la Argentina. Se exhibieron libros originales, editados en la República Argentina, de 86 intelectuales españoles alí exilados. En conjunto, fueron varios centenares de obras. Además se hizo referencia y se exhibieron también algunas muestras de las traducciones de autores extranjeros hechas en la Argentina por españoles exilados, traducciones que en este país sumaban varios millares.

En esa exposición figuró ya el primer volumen del *Traatado de Derecho penal* del maestro Jiménez de Asúa y fué opinión unánime que constituía el exponente máximo de la magnífica labor cultural realizada por los hombres de la emigración española forzada en la Argentina.

CARLOS P. CARRANZA

Miguel de Unamuno:

« De esto y de aquello »

Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

A su fallecimiento, en 1936, don Miguel de Unamuno dejó una producción literaria extraordinariamente abundante. Se componía, en su mayor parte, de artículos y ensayos aparecidos en revistas y diarios de España y América, de los que tan sólo los menos fueron reunidos en libros. Por centenares quedaron dispersos y en peligro de perderse definitivamente.

Mas tamaña desgracia, harto desdolorosa, ha sido evitada merced a la devoción entrañable,

a la diligencia perseverante, al impropio esfuerzo del profesor de Salamanca don Manuel García Blanco, qui n a raíz de la muerte de don Miguel emprendió la ardua tarea de reunir, ordenar y publicar los escritos de Unamuno « no recogidos en libro ». Le sirvió de base el archivo conservado en Salamanca por la propia familia de don Miguel; y, a tan precioso material, se ha agregado el conseguido por el señor García Blanco en afanosa búsqueda. Desde luego, no ha logrado reunir toda la producción que salió de la prolífica pluma de don Miguel durante algo más de cincuenta años; pero, no obstante, el material acopiado es abundantísimo y comprende la mayor y mejor parte de la obra literaria unamuniana.

Todos esos escritos « no recogidos en libro » están siendo publicados en Buenos Aires por la Editorial Sudamericana. En estos días ha aparecido el tercer volumen, titulado *De esto y de aquello*, como toda la colección. Se comprenderá ésta de seis tomos. Los escritos de Unamuno están ordenados en agrupación temática. Y dentro de cada apartado, se ha adoptado la sucesión cronológica. El volumen I comprendió cuatro grupos: « Lecturas españolas clásicas », « Libros y autores españoles contemporáneos », « De literatura vasca » y « Sobre literatura catalana ». En el volumen II se incluyeron los grupos « Quijotismo y cervantismo », « La vida literaria », « Ensayos erráticos o a lo que salga » y « Relatos novelescos ». Y el III está constituido por un grupo general de « Libros y autores extranjeros », dividido en las secciones Letras italianas, Letras inglesas, Letras de la antigüedad clásica, Letras francesas, Letras portuguesas, Letras alemanas, Letras rusas, Letras norteamericanas y Varia. Se completa el volumen con el grupo « España y los españoles ».

No será cuestión de exponer ahora un juicio sobre la inmensa labor literaria de Unamuno. Al releerla, la primera impresión es que, muy lejos de envejecer, conserva la lozanía, el vigor y el interés propios de las obras destinadas a la perennidad. La suprema prueba de una segunda lectura con el intervalo de varios años no sólo la resiste Unamuno, sino que sale engrandecido y consolidado. Releerlo es renovar acrecentado el placer espiritual que invariablemente promovía aquel original pensador, doblado de « sentidor », como se complacía en advertir.

A través de toda su obra, se percibe siempre el angustioso drama que lo conmovía y atormentaba. Y es que el pensamiento de Unamuno nunca dejó de moverse alrededor del secreto de la vida humana, de la « única cuestión, del solo afán, uno y el mismo para todos los hombres », como él proclamaba. Inquiría algo inasequible, saber qué será se nosotros cuando uno muere, porque le acongojaba el ansia de inmortalidad.

«Necesito la persistencia indefinida de mi conciencia individual — decía — la necesito; sin ella, sin la fe en ella, no puedo vivir». Sobre un fondo tan humano y tan esencialmente religioso, el espíritu de libertad, de soberanía del pensamiento individual, es otra de las características de la magna obra unamuniana. En ella nunca estuvo ausente la repulsión sustancial a los convencionalismos, los lugares comunes y, muy en particular, a los dogmas de toda especie.

Sacudir las conciencias, combatir la pereza mental de las gentes, procurar que cada uno piense con sentido propio y no con sentido común, como repetía constantemente, era uno de los primordiales objetivos de Unamuno. Y su saludable acción no se ha perdido ni se puede perder. Su ansia de inmortalidad está plenamente lograda. La ganó con su admirable labor literaria.

C. P. C.

Clemente Cimorra.

“4 en la Piel de Toro”

Ed. Hefós. Buenos Aires.

UNO de los más fáciles y prolíficos escritores de la emigración española republicana en la Argentina, Clemente Cimorra, ha publicado últimamente su obra sir duda de mayor empeño, la novela *4 en la Piel de Toro*.

Un argumento original le ha servido de base para componer una crónica de la vida española en la primera mitad del presente siglo. En la confusión provocada por el atentado de Mayo de 1906 contra los reyes de España, al regreso de su ceremonia nupcial, cuatro niños que habían nacido con el siglo se extravían y son recogidos por un sujeto explotador de la más extraña de las industrias, digna de la clásica picaresca peninsular. Dedicase, en efecto, a concentrar en su guarida de las afueras madrileñas niños de buena posición cuya pérdida, auténtica o forzada, anuncia para conocimiento de los padres, a los que extrae cierta cantidad en concepto de recompensa e indemnización de gastos.

Los cuatro niños de este relato pertenecen a la clase media acomodada y proceden de diversas regiones españolas: uno es madrileño, otro castellano del agro, otro asturiano y el otro andaluz. El contacto ocasional en la guarida del pícaro crea lazos de indestructible amistad entre los cuatro niños, amistad que resiste victoriosamente a todas las pruebas, que perdura inmovible a través de cuantas peripecias y vicisitudes pudieron muy bien haberlos separado y aun enfrentado.

La vida de los cuatro muchachos, unas veces en sus respectivos medios familiares, otras en la que fué Villa y Corte de las Españas, ofrece oca-

sión a Cimorra para presentar aspectos salientes y característicos de la sociedad española de nuestro tiempo. Es, primero, la estudiantina en Madrid; luego, el paso por el ejército; más adelante la conquista de una posición y el acomodo en la estructura económica y social del país, y por fin es la prueba suprema de la guerra de 1936 y los trágicos años siguientes a la contienda bélica.

Un sefardita teósofo, compañero de hospedaje, predice a los cuatro estudiantes su porvenir. Pretende que cada uno es reencarnación de una gran figura pretérita: el madrileño reencarna a Quevedo; el asturiano, a San Juan de la Cruz; el castellano del agro, a Pedro Crespo, alcalde de Zalamea; el andaluz, al torero de leyenda Pepe Hillo. El destino, al transcurrir de los años, parece ir confirmando la predicción del teósofo, claro que en un remedo harto distante de la realidad, pero que marca la orientación de cada vida, las tendencias y los hechos de cada uno.

En el desarrollo de la novela, Cimorra incrusta acontecimientos trascendentales de la vida nacional, como el tremendo desastre de Annual en 1921, muy vigorosa y evocativamente narrado; la proclamación de la República, en 1931; la rebelión militar de 1936; el terror y la represión que siguieron a la guerra. Describe asimismo costumbres e instituciones, trae a escena personajes representativos, presenta ambientes típicos y refiere episodios significativos y anécdotas oportunas.

Acaso el propósito y plan del libro hayan pecado por exceso. Es demasiado contenido para ser encerrado en una novela. Impone en demasía la síntesis e impide calar con la debida profundidad en los hechos más trascendentales. El comentario y la exposición de opiniones, en forma inevitablemente digresiva, puede ser otro reparo que formular.

No faltan, empero, los méritos dignos de ser apreciados y señalados. Sobre todo, la novela tiene vida y emoción, interés y fuerza comunicativa. Los personajes están trazados con seguridad, el relato es fácil y fluido, el estilo es rico en expresión, abundante en léxico, forjado en buen castellano. Acredita, en suma, a Clemente Cimorra como un novelista de innegable calidad.

Esta edición es propiedad intelectual de C. P. C.

está a cargo de la firma Losada. Recientemente

Juan Ramón Jiménez.

“Platero y yo”

Lib. des. Editions. Espagnoles. Paris. 1953.

POR primera vez se publica en Francia sin traducir, directamente, en español el libro más popular del gran «andaluz universal». Esta edición de «Platero» tiene el aliciente de ofrecernos un nuevo prólogo escrito especial-

mente por el autor en Puerto Rico, lejos de su Moguer natal.

Juan Ramón Jiménez hace historia en su prólogo de las diversas ediciones de *Platero*, recuento que se le asevera difícil en razón de las muchas ediciones piratas existentes. De todas formas no es la clandestinidad de estas ediciones lo que más preocupa al autor, ya que « hay muchas de editores indignos que, aparte de robarlas, las hacen feas, lo que les perdono, menos que el robo vil ».

El poeta aprovecha estas líneas de su prólogo para rendir homenaje a la memoria de Don Francisco Giner de los Ríos, al cual, como le visitara días antes de su muerte, encontré rodeado de ejemplares de *Platero* que tenía preparados para enviar a sus amigos como regalo de Navidad. Juan Ramón anuncia la publicación dentro de su libro *Destino* de la serie completa de sus recuerdos del que fuera fundador de la Institución Libre de Enseñanza, de tan honda repercusión sobre la vida intelectual de España.

El libro, cuidadosamente editado, lleva unas viñetas de Lobo que han merecido la aprobación calurosa del autor.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

J. Alvarez Baragaño

« *Cambiar la vida* » (Poemas)

Ed. Le Soleil Noir. París

EN José Alvarez Baragaño se anuncia la feliz conjunción de un vitalismo marcadamente americano y un sentido de lo trascendente, un tanto europeo. Esto, en el momento, en que la poesía de lengua española de América, se nos presenta vacía, apoyada en la facilidad de los elementos naturales de su tierra y de su ambiente; y, cuando la poesía española, de España, o es esclava de un prosaísmo rayano en el mal gusto o de un seudomisticismo gesticulante.

Cambiar la vida ostenta en su frontispicio aquel verso de Rimbaud « Il a peut-être des secrets pour changer la vie ? », y esto no responde a un azar sino a una necesidad. Si existe una posibilidad, el poeta la busca en la acción poética ampliamente constructiva, aun cuando en ocasiones destruye ciertos elementos que vienen a ocultarle los « secretos » con que cambiar una vida, contra la que Baragaño se revuelve ap yándose en aquella frase de Kafka de que « la desproporción del mundo, para nuestro consuelo, parece ser solamente numérica ».

La poesía de Baragaño se manifiesta a fuerza de grandes impulsos que confieren a *Cambiar la vida*, un ritmo acelerado de forma

intermitente. Su sabiduría debe residir, por tanto, en una actitud de vigilancia respecto de su propia inercia que puede llevarle a darse un golpe, como sucede al detenerse el tren en que viajamos.

Para « cambiar la vida », el poeta sólo cuenta consigo mismo; sabe que si algo cambia en él, ha cambiado ya una parte importante del Universo. Después de haber medido sus fuerzas, el poeta se lanza a la acción. Así se explica su egocentrismo en torno al cual las cosas nacen y pasan y mueren, no sin antes haber merecido, en ocasiones, su mirada de amorosa curiosidad. De todas formas no puede decirse que Baragaño sea un poeta surrealista ya que el surrealismo es camino y no meta, camino que José Alvarez Baragaño utiliza con igual frecuencia que fortuna.

Este cubano afincado en París, ha hecho una elección consciente de la auténtica, de la difícil y única poesía, aquella que se valora en tanto que fuente del conocimiento merced al empleo de la intuición. Lo que intenta es ambicioso; su juventud le asegura toda una existencia para alcanzarlo, pero ya en *Cambiar la vida* los aletazos de su vuelo tocan en ocasiones las bóvedas de la techumbre deseada.

Se podrá juzgar a José Alvarez Baragaño en razón de su perseverancia en el intento.

El libro está ilustrado por el pintor rumano Jacques Hérold.

L. L. A.

Las revistas

UNIVERSIDAD DE LA HABANA (Nº 100 al 103) ofrece, como siempre, un rico sumario, en el que se distinguen diversos ensayos sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, Chopin, Racine y Pirandello. También es de señalar un estudio de Domenchina sobre Azaña.

VER Y ESTIMAR (Nº 32), la revista argentina de crítica artística que dirige Jorge Romero Brest, publica un interesante artículo de su director que se refiere al concurso organizado hace meses en Londres para la erección de un monumento al Prisionero político desconocido, tema al que también se ha referido CUADERNOS.

IMAGO MUNDI (Nº 1) es una revista de historia de la cultura que ha comenzado sus actividades en la capital argentina. Sobresalen los estudios de Banani, Bruera, Mondolfo, Romero Brest y, en particular el de su director, Jorge Luis Romero.

HUMANISMO (Nº 13), que mensualmente ve la luz en México, exhibe un rico y variado sumario. Señalemos los artículos de Alfonso Reyes, Roger Caillois, Eugen Relgis, Rodrigo Miró, Albornoz y V. Alba.

AMERICA (Octubre 1953), publicada en La Habana por la Asociación de Escritores y Artistas Americanos bajo la dirección de nuestro amigo Pastor del Río, continúa manteniendo el interés acostumbrado, merced a unas colaboraciones tan ricas como variadas. Sobresale un

estudio de Ponce León sobre la propiedad de la tierra en el Perú, y otro de Manuel Antonio López que trata de la evolución político-social que reclama el continente americano.

LIBROS DE HOY (Nº 21-22), la publicación de información literaria y bibliográfica editada en Buenos Aires ofrece varios artículos de interés, así como diversas notas que permiten seguir el movimiento de publicaciones en la Argentina.

LECTOR (Nº 21), es otra publicación argentina intitulada «Revista de cultura integral». Ofrece varios comentarios a libros recientemente salidos a la luz.

SUL (Nº 20), revista brasileña, órgano del Círculo de Arte Moderno de la ciudad de Florianópolis, sigue con atención todo el movimiento literario y artístico de aquel interesante país.

UNIVERSIDADES DE LATINOAMERICA (Nº 19), es el órgano oficial de la Unión de Universidades Latinoamericanas y se publica en México. El lector puede seguir las actividades universitarias de aquel continente.

CEDA (Junio 1953), es una publicación del centro de estudiantes de arquitectura del Uruguay. En el sumario diversos artículos de carácter técnico.

BOLETIN CULTURAL MEXICANO (Nº 17) informa de cuantas actividades culturales se desarrollan en México, en particular del Congreso de literatura iberoamericana celebrado en los primeros días de setiembre último.

VOZ VIVA (Nº 10 y 11) continúa abriendo sus páginas al arte y a la poesía iberoamericanos. También ofrece esta revista argentina una sección de bibliografía.

FANAL (Nº 35) da cuenta de algunas de las actividades económicas del país, relacionadas con el petróleo y con la «International Petroleum Company Ltd.», organismo que edita y distribuye la revista.

ALBATROS (Nº 1), revista de artes y letras (bilingüe español-francés), aparece en Chile con el propósito de informar de diversos aspectos de la cultura francesa.

LA NUEVA DEMOCRACIA (Julio, 1953), que ve la luz en Nueva York, es el órgano en lengua española del Comité de Cooperación en la América Latina. Colaboraciones de Francisco Romero, Ricardo A. Latham, Eugenio Florit, Juana de Ibarbourou, etc.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA (Enero-Abril, 1953), publicada por la Universidad Nacional de México, informa del último congreso mundial de sociología y publica diversos estudios de interés, entre otros uno de Arturo Urquidí en el que se trata de los aspectos sociológicos de Bolivia.

ESTUDIOS AMERICANOS (Nº 25), revista de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, ofrece a sus lectores una amplia sección de comentarios y otra de información cultural, amén de algunos artículos sobre temas iberoamericanos.

BUENOS AIRES LITERARIA (Nº 8), de temática variada e interesante, con colaboraciones de Viatic Alexandre, Vicente Fatone, Carlos Blanco Aguinaga y otros.

CLAVILENO (Nº 22), la revista que la Asociación internacional de Hispanismo publica en Madrid, ofreció en este número dos interesantes trabajos, uno sobre el sentimiento de la naturaleza en la Edad Media española, debido a Joaquín Casaldueño, y otro de Ricardo Gullón sobre el simbolismo en la poesía de Antonio Machado.

SUR (Nº 223), la prestigiosa revista argentina dirigida por Victoria Ocampo, continúa manteniendo el interés de siempre merced a un sumario en el que aparecen diversos poemas, estudios literarios, crónicas y un estudio sobre la URSS debido a George F. Kennan.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Nº 45), que ve la luz en Madrid, publica diversos estudios y notas en los que se trata de comentar la actualidad cultural y política mundial.

NOTAS Y ESTUDIOS DE FILOSOFIA (Nº 13), publicada en la argentina ciudad de San Miguel de Tucumán, ofrece una amplia bibliografía de las obras filosóficas editadas últimamente, así como varios ensayos, uno de ellos de Juan Adolfo Vázquez sobre las meditaciones cartesianas de Husserl.

CUADERNOS AMERICANOS (Nº 5), la conocida publicación bimestral mexicana dirigida por Jesús Silva Herzog, publica un amplio estudio de Rómulo Betancourt sobre la próxima Conferencia-Interamericana, así como otros diversos artículos de interés.

UNITAS (Nº 9), revista brasileña del Instituto de Cultura Religiosa. Temario religioso.

LER (Nº 19), de Lisboa, periódico de información literaria y artística, publica un interesante artículo de José Regio sobre el teatro portugués.

POLITICA Y ESPIRITU (Nº 100), la magnífica revista chilena de hechos e ideas, ofrece en este número, al igual que en los anteriores, interesantes comentarios a la actualidad política nacional e internacional.

FILOSOFIA Y LETRAS (Nº 45-46), revista de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de México, nos trae estudios de José Gaos, Eli de Gortari, Ramón Xirau, José Díaz García, etc.

HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA (Nº 32), de carácter oficial, publica diversas poesías de Rafael Maya, León de Greiff y Diego Fallón.

REVISTA DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICAS Y NATURALES (Nº 33-34), ofrece a sus lectores varios trabajos académicos y fotos de carácter científico.

CENIT (Nº 34), revista de sociología, ciencia y literatura, publicada en Toulouse (Francia) por un grupo de sindicalistas españoles, reproduce un capítulo del libro de Camus «L'Homme révolté» y publica un estudio de Viñuales sobre la novela norteamericana.

CRITERIO (Nº 1197), revista argentina de franca inspiración católica. Es de señalar un artículo de León Chanterel titulado «El mundo moderno, la Iglesia y el actor».

REVISTA (Nº 81), ve la luz en Barcelona y se propone informar semanalmente a sus lectores sobre las novedades artísticas y literarias.

VIDA UNIVERSITARIA (Nº 36-38), publicada por la Universidad de La Habana, ofrece un amplio noticiario sobre las actividades universitarias cubanas.

CORREO LITERARIO (Nº 81), de Madrid, publica las acostumbradas secciones de literatura, cine, teatro, etc.

REVISTA DE FILOSOFIA (Nº 5), editada por la Universidad de la Ciudad Eva Perón, publica un estudio de Octavio Nicolás Derisi que lleva este título: «El materialismo subyacente en la concepción antropológica y ontológica de Jean-Paul Sartre.»

OCCIDENTE (Nº 92), ve la luz en Santiago de Chile y ofrece un variado sumario.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS (Nº 9), revista de la Universidad de Montevideo.

INDICE (Nº 67), revista publicada en Madrid, con abundante información artística y literaria.

CUADERNOS DE CULTURA PANAMA (Nº 3) publica dos ensayos de Rafael E. Moscote, amén de algunas notas y una sección de bibliografía.

ARIEL (Nº 24), la modesta y a la par interesante revista literaria que ve la luz en el Guadalajara mexicano, ofrece varios poemas y ensayos literarios.

VIDA DEL CONGRESO

EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL

He quedado constituido un Comité para el centro-oriente europeo, integrado por diversos escritores, artistas y profesores que han dado su adhesión al Congreso por la Libertad de la Cultura. Citemos entre otros los nombres siguientes: Czeslaw Milosz, Jan Cep, Joseph Czapski, Mircea Eliade y Karel Kupka.

Este Comité se pone a disposición de cuantos deseen informarse sobre la situación cultural en Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Estonia, Hungría, Lituania, Letonia, Polonia y Rumania. La correspondencia deberá ser dirigida al Comité para Europa Central y Oriental, Secretaría del Congreso por la Libertad de la Cultura, 104, Bld. Häussmann, París 8 (Francia).

INDIA

El Comité de la India del Congreso por la Libertad de la Cultura ha celebrado su segunda Conferencia anual en Madrás.

En el curso de la misma se estudió toda una serie de problemas relacionados con la situación del intelectual en la India y las amenazas que pesan sobre la libertad de la cultura. Asimismo se aprobaron diversas resoluciones, entre las cuales cabe señalar la que se refiere a la adhesión al movimiento lanzado por Acharya Vinoba Bhave, cuyo objetivo es la entrega pacífica de las tierras a los campesinos, y la que condena el trabajo forzado y cualquier otra forma de esclavitud.

FRANCIA

La revista *Preuves*, órgano en lengua francesa del Congreso por la Libertad de la Cultura, ha decidido organizar cada quincena una reunión de sus amigos y lectores a fin de discutir cuanto se relaciona con las libertades culturales.

La primera reunión se efectuó con la presencia del profesor Sydney Hook, decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Nueva York, y estuvo consagrada al estudio del fenómeno del llamado « mc-carthysmo ». Sydney Hook hizo un amplio análisis de las actividades de los agentes del Kremlin en los Estados Unidos y el clima anticomunista que se ha creado allí, clima del cual trata de aprovecharse el senador Mc Carthy para su propaganda demagógica. Tuvo interés en subrayar el Sr. Hook que, contrariamente a lo que por lo general se piensa, la

influencia de Mc Carthy sobre los intelectuales norteamericanos es prácticamente nula. A continuación se entabló una animada discusión.

La reunión siguiente — patrocinada esta vez por *Preuves* y por *Cuadernos* — fué consagrada a la actual literatura española. Los debates fueron abiertos por el hispanista francés M. Pillement y por el escritor español emigrado Arturo Barea. Este puso de manifiesto la ausencia de una verdadera novela española y por lo tanto de novelistas españoles de valía, estudiando a continuación las causas principales, entre las cuales cabe señalar la falta de libertad. El escritor, en España, no puede escribir lo que siente, ni las más de las veces puede publicar lo que escribe. En estas condiciones no existe obra de arte posible. Tampoco entre los emigrados, según Barea, ha surgido un verdadero novelista, no obstante las magníficas promesas que algunas novelas han ofrecido, ni existía un novelista maduro y consagrado, salvo Ramón Sender. Terminó Arturo Barea indicando que la novelística española se halla en un momento crucial, cuyo desenlace es difícil de establecer hoy día, pero que precisa ante todo y sobre todo del aire fresco y vivificador de la libertad para poder salvarse de la nada en que actualmente se encuentra sumida.

Ambas reuniones estuvieron muy concurridas y resultaron muy agradables.

URUGUAY

El 26 de Octubre último quedó oficialmente constituido en Montevideo el Comité rioplatense del Congreso por la Libertad de la Cultura. Forman parte del mismo el Arquitecto Leopoldo C. Agorio, rector de la Universidad; el Profesor Clemente Estable, director del Instituto de Ciencias Biológicas; el escultor José Belloni; el Dr. Emilio Frugoni, poeta y escritor, secretario general del Partido Socialista del Uruguay; el escritor Montiel Ballesteros, presidente de la Asociación Uruguaya de Escritores; Profesor Américo Ghioldi, escritor y secretario general del Partido Socialista de la Argentina en el exilio; y, por último, el escritor rumano Eugenio Relgis.

El Comité, en el que se disponen a ingresar otras personalidades de gran prestigio, piensa inaugurar diversas actividades culturales. Es su secretario el escritor F. Ferrándiz Alborz, corresponsal de *Cuadernos*.

CHILE

El Comité chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura, formado por personalidades intelectuales de gran prestigio en el país, ha inaugurado con éxito la Sala de la Libertad. En el acto inaugural, presidido por el Lic. Aldunate, pronunciaron elocuentes parlamentos Carlos de Baráibar y Jaime Castillo.

En dicha Sala de la Libertad se celebran frecuentes conferencias públicas. El primer ciclo corre a cargo del Profesor Nicolai sobre el Congreso científico celebrado meses atrás en Hamburgo; de Hernán Santa Cruz sobre la discriminación racial; de González Inestal y Carlos de Baráibar sobre la situación en España; y finalmente de la Sra. Viche sobre la Polonia actual, con la proyección de una desgarradora película hecha merced a los dibujos de un dibujante polaco que estuvo en los campos de Siberia.

Aprovechando el gran éxito obtenido por el libro del escritor Alejandro Magnet titulado *Nuestros vecinos justicialistas*, libro cuya primera edición se agotó casi inmediatamente después de haber visto la luz, el Comité chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura organizó una conferencia a cargo del Sr. Magnet, para que en la misma glosara los aspectos más importantes de *Nuestros vecinos justicialistas*, sin duda alguna la obra más completa, actual y objetiva escrita sobre el actual régimen argentino.

Dicho acto tuvo lugar el 6 de noviembre último, en medio de una gran expectación y con un lleno total, pues mucha gente se quedó en la entrada del local sin poder escuchar al conferenciante, por lo que el Comité, de acuerdo con el orador, acordó repetir el acto una semana más tarde, celebrado éste también con el mismo éxito.

La presidencia del acto inaugural.
El Lic. Aldunate en el uso de la palabra.



La puerta de entrada del domicilio social del Comité de Santiago de Chile.

Después del tratado económico firmado hace poco por Chile y la Argentina, tratado que ésta última ha querido reiteradamente convertir en un pacto político, la conferencia del Sr. Magnet ofrecía un interés general. A decir verdad el orador supo sostenerlo en todo momento, gracias a su penetrante análisis de un sistema que aspira a la hegemonía de la América del Sur. El numeroso público, que como hemos dicho llenó el local en ambas ocasiones, premió con grandes aplausos a nuestro amigo D. Alejandro Magnet.

MEXICO

En la ciudad de México, donde bajo la dirección de D. Rodrigo García Treviño venía funcionando una Agencia distribuidora de las publicaciones del Congreso, se han comenzado a realizar los trabajos preparatorios para la constitución definitiva del Comité mexicano del Congreso por la Libertad de la Cultura.

Estos trabajos preparatorios los ha iniciado el Sr. García Treviño en estrecha colaboración con los señores Mauricio Magdaleno y Salvador Pineda, todos ellos muy conocidos en los medios intelectuales de México.

Significadísimos intelectuales mexicanos han otorgado inmediatamente su adhesión al Congreso, descollando en primer lugar la figura insigne de D. Alfonso Reyes, el cual ha aceptado el figurar a la cabeza del Comité de México. Todos ellos han aceptado asimismo colaborar asiduamente en *Cuadernos*.

Muy pronto el Comité de México del Congreso por la Libertad de la Cultura quedará definitivamente formado y podremos informar a nuestros lectores.

NUESTRO CUADERNOS

• FRANCISCO ROMERO, filósofo argentino, una de las más recias personalidades intelectuales de toda Iberoamérica, autor de numerosos libros. Acaba de publicar *Teoría del Hombre*, del que se ha dicho que es de los mejores que han salido a luz en todo Occidente en estos últimos años.

• ERICO VERISSIMO ha dotado a la literatura brasileña de una serie de novelas en las que la vida de su país natal es mostrada con verdad y equilibrio. Citemos : *Fantoches*, *Clarissa*, *Caminhos cruzados*, *Saga* y *E o resto é silencio*.

• AMÉRICO CASTRO fué catedrático de la Universidad de Madrid, y últimamente de la de Princeton, en los Estados Unidos. La literatura española le debe ediciones comentadas de obras de Tirso, Rojas y Quevedo, una *Vida de Lope de Vega*, estudios sobre los erasmistas, Santa Teresa y el romanticismo español. Entre sus últimas obras de carácter histórico sobresale : *Iberoamérica y su pasado y España en su historia*.

• FRANCISCO AYALA, novelista, ensayista y sociólogo español, últimamente profesor en la Universidad de Puerto Rico. Autor de varias obras, entre otras *Tratado de sociología*, *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*, *Razón del Mundo*, *Histrionismo y representación* y la novela *La cabeza del cordero*.

• HERNANDO TÉLLEZ, escritor colombiano, autor de varias obras y de un excelente libro de cuentos ; colaborador asiduo del importante diario *El Tiempo*, de Colombia.

• HENRY POULAILLE, el conocido escritor francés, tiene ya tras de sí una obra importante y vastísima, de la que es expresión evidente la veintena de volúmenes que lleva publicados.

• ROBERTO IBÁÑEZ es miembro del Instituto Nacional de Investigaciones y de los Archivos Literarios del Uruguay. Crítico y poeta, publicó su primer libro de versos en 1925.

• ISA CARABALLO está considerada como una de las mejores poetisas cubanas. El poema que publicamos pertenece a un libro que aparecerá en breve en *La Habana*, con motivo del centenario de Martí.

• JEAN CASSOU, el gran hispanista, actual director del Museo de Arte Moderno de París, nos honra una vez más con su valiosa colaboración.

• FEDERICA MONTSENY, conocida sindicalista y periodista española, ha jugado un gran

papel en las luchas sociales de su país. Fué ministro de la República durante un periodo de la guerra civil.

• GILBERTO FREYRE ha sido el iniciador en el Brasil de un tipo de historia social ricamente tejida de cultura literaria, sociología y antropología, y servida por una gran sagacidad de investigador. Es autor de varias obras, entre las cuales cabe citar *Casa grande e senzala*, *Sobrados e mucambos*, *O mundo que o português criou*, *O nordeste* y *Regiao e tradiçao*.

• K. A. JALENSKY, joven ensayista polaco, colaborador de las revistas *Kultura* y *Preuves*. Abandonó su país en 1940, para incorporarse a las tropas aliadas.

• PAUL PARISOT, periodista francés, redactor del importante diario parisino *Franc-Tireur*, ha seguido siempre con atención la evolución del problema español, del cual trata en su interesante artículo.

• ADOLFO SALAZAR, compositor y crítico musical español, en la actualidad residente en México, es autor de varios libros. Citemos : *Andrómeda*, *Música y músicos de hoy*, *Sinfonía y ballet*, *La música actual en Europa y sus problemas* y *La música en la cultura española*.

• RITA REGNIER, joven pintora francesa, practica también con buen éxito la crítica de arte. Inaugura su colaboración en CUADERNOS con una crónica sobre el Museo de Sao Paulo en París.

CUADERNOS

que tan extraordinario eco ha hallado en los medios intelectuales iberoamericanos, será transformada de trimestral en bimestral. A partir de éste mismo número, pues, CUADERNOS verá la luz cada dos meses, esperando que el éxito obtenido se amplíe aún más y podamos transformarla muy pronto en una revista mensual, que sea lo que nos hemos propuesto desde el primer día : tribuna abierta a todos los escritores demócratas de Iberoamérica.

CORRESPONDENCIA

En nuestro número anterior prometimos reproducir algunos extractos de las cartas recibidas con motivo de la publicación del artículo de nuestro eminente colaborador D. Salvador de Madariaga sobre el problema tan debatido de las nacionalidades españolas. No es propósito nuestro, ni mucho menos, abrir en estas columnas un debate que resultaría inadecuado; empero, entendemos que no podemos dejar de consignar — por desgracia harto brevemente — la opinión de nuestros lectores, tanto más cuanto que éstos nos lo han solicitado así.

El Sr. Pallach, refiriéndose concretamente a la persecución sufrida por la cultura catalana, escribe:

« Un régimen opresor, por el solo hecho de serlo, debe coartar y perseguir las diversas manifestaciones de la actividad cultural. Don Salvador de Madariaga ha hecho notar recientemente que el franquismo no es exclusivo en su persecución a la cultura y a la lengua catalana y vasca, y que igualmente prohíbe la edición de libros de escritores demócratas en castellano. Tiene razón, pero no del todo. En efecto, la persecución contra los pueblos catalán y vasco presenta un aspecto total que no depende de las ideas políticas, y que lo aproxima a una acción de genocidio cultural. Se persigue lo « catalán » y lo « vasco » por el simple hecho de ser catalán y

vasco. Y, sea cual sea la personalidad política de los escritores, se prohíbe la edición de revistas — meramente literarias, o de estudios históricos, o de información, o incluso infantiles. Se prohíbe la representación de traducciones teatrales. Incluso la predicación de los curas en catalán ha sido prohibida. No se trata, pues, del mismo hecho. Se persigue a Cataluña y a Euzkadi en su cultura y en su lengua, que no es de derechas ni de izquierdas, sino simplemente manifestación de sus personalidades nacionales. Es esta diversidad nacional lo que el franquismo, como todo régimen reaccionario en España, no puede tolerar y quiere aniquilar. »

El Sr. Cano, por su parte, comienza por encontrar chocante en estos momentos — tales son sus palabras — el que hayamos publicado el artículo de Rovira i Virgili, suponiendo que si lo hicimos fué para mejor pronunciarnos contra las aspiraciones de Cataluña. A decir verdad, el escrito del Sr. Cano es una diatriba poco cortés y avinagrada contra el Sr. Madariaga, acusado nada menos que de « rehabilitar la España franquista so pretexto de que peor se hace en otros sitios ». Y aun añade:

« No es este un caso insólito, pues gracias a ese estado de servitud (*sic*) a que ha sido reducida Cataluña, se manifiesta en los castellanos

SUR

Revista bimestral

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración:
San Martín, 689 - BUENOS AIRES

Precios:

Argentina:

Suscripción anual \$ 50 arg.
Número suelto \$ 9 »

Otros países:

Suscripción anual 5 dól. USA
Número suelto 0, 50 dól. USA

AMÉRICA

Revista mensual

de la Asociación
de Escritores y Artistas Americanos

Director:

PASTOR DEL RIO

Redacción y Administración:
Ave. de los Presidentes, 52

LA HABANA (Cuba)

Precios:

Número suelto: 30 cts.
Suscripción anual \$ 3.00

(moneda cubana)

de acá una tal satisfacción que ha eliminado en ellos el rencor hacia el régimen fascista de Franco. Doy fe de ello y puedo aportar una multitud de pruebas, siendo una de ellas el escrito que censuramos. »

El Consell Nacional Català, nos envía desde México un largo escrito de carácter oficial, en el que tras agradecer el haber publicado el artículo del desaparecido Rovira i Virgili, se sorprende de la respuesta del Sr. Madariaga y de las conclusiones de éste :

« Es tarde ya para las descentralizaciones y autonomías de tipo regional español que propone el Sr. Madariaga. Esta obra había sido iniciada por la segunda República española, y a los bárbaros de la España imperial, una e indivisible, y que también hablan constantemente de la *unidad de destino*, se les antojó que era separatismo. Ha quedado, pues, conclusa la época del regionalismo español y se aproxima la de las nacionalidades periféricas. Después de la experiencia reciente, ni a catalanes ni a vascos ni a gallegos nos toca ahuyentar nada, excepto los bárbaros. »

Por último, citemos varios párrafos de un interesante artículo que nos envió el Sr. Serra Moret :

« Parte el Sr. Madariaga de la supuesta unidad geográfica, histórica y psicológica de los pueblos peninsulares y tras una serie de consideraciones más anecdóticas que filosóficas, termina propugnando un régimen de autonomías de descentralización para dar libre curso al espíritu creador de pueblos tan diversos y tan originales. La conclusión resulta elocuente y reduce a discrepancias discursivas para llegar a una coincidencia aunque sea por caminos diametralmente opuestos. Sin embargo, la experiencia nos enseña que, salvo el tímido intento de la última República en España, no ha habido, ni hay, ni probablemente habrá autonomías; mientras no cambie la mentalidad de sus clases dirigentes o sean otras las clases dirigentes que rijan sus destinos. España es una entidad unitaria, rígida, absolutista, impermeable, totalitaria y constitucionalmente anti-liberal. No ponemos vehemencia ni exageración en los calificativos. Careciendo de realidad material y de substancia espiritual, España es conceptualmente una abstracción, prácticamente una imposición, y en los últimos tiempos se ha convertido en un absurdo. »

Y termina así el Sr. Serra Moret : « Si se quiere que España exista, hay que tomarla tal cual es y lanzarla a empresas liberales, a alguna forma de progreso, a demostrar su capacidad y su utilidad. Don Salvador de Madariaga, llamado a altas responsabilidades en el futuro de España, nos propone autonomías. Sea. Posiblemente, al calor de esas autonomías se incubará la España presentida y que jamás pudo nacer. »

**Se admiten suscripciones a
CUADERNOS
en las direcciones siguientes :**

LIBRERIA MADRID
Bmé. Mitre, 950
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRAIRIE FRANÇAISE
Estado, 36
SANTIAGO (Chile)

EDITORIAL DEL PACIFICO
Ahumada, 57
SANTIAGO (Chile)

HECTOR D'ELIA
18 de Julio, 1333
MONTEVIDEO (Uruguay)

LA VOZ DE ESPAÑA
R. Cons. Crispiano, 344
10º andar - conj. 1005
SAO PAULO (Brasil)

LIVRARIA EDITORIAL GERMINAL
Edificio Darke
Ave. 13 de maio, 23-9º andar
RIO DE JANEIRO (Brasil)

LIBRERIA SUMA, S. A.
Calle Real de Sabana Grande, 102
CÁRACAS (Venezuela)

LIBRERIA ARIEL
Donceles, 91
MEXICO, D. F.

ASOCIACION DE ARTISTAS
Y ESCRITORES AMERICANOS
Ave. de los Presidentes, 52
Apartado 1969
LA HABANA (Cuba)



PREUVES

REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY

Secrétaire général : JACQUES CARAT

41, avenue Montaigne, Paris (8^e)

Tél. : ELY. 56-61 et 56-63. — C. C. P. 178-00 Paris

Le numéro : France et Union Français : 120 fr. - Etranger : 150 fr.

ABONNEMENTS

France et Un. Fr. un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.

Etranger un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

OTRAS PUBLICACIONES PERIODICAS

KONTAKTE

Kongress für kulturelle Freiheit
Berlid-Zehlendorf, Schmarjestr. 4

BULLETIN

of American Committee for Cultural Freedom, 41 East 44th Street,
New York 17. N.Y.

C.C.F. VEWS

(en Japonés)
Japanese Committee for Cultural Freedom
N° 8 shiba Shimbashi
1 - chome minato-ku
Tokyo (Japon)

LIBERTA

DELLA CULTURA

Associazione Italiana per la Libertà della Cultura, piazza Accademia di San Luca 75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural Freedom, Manekji Wadia Building, 127, Mahatma Gandhi Road, Bombay I

ENCOUNTER

Congress for Cultural Freedom
Panton Housse, 25 Haymarket
London, S. W. 1

PUBLICACIONES DE " LOS AMIGOS DE LA LIBERTAD "

13, rue de Poissy, Paris (V^e).

LES AMIS DE LA LIBERTÉ

CAHIERS MENSUELS DE LIAISON

Le numéro : 30 francs C.C.P. 8100-10 Paris

LIBRES PROPOS

REVUE MENSUELLE DES JEUNES AMIS DE LA LIBERTÉ

Le numéro : 30 francs
C.C.P. 8596-33 Paris

CINÉMA

BULLETIN MENSUEL DES « AMIS DU CINÉMA »

Abonnement : 1 an : 50 francs
C.C.P. 8776-68 Paris

VÉRITÉS RURALES

Abonnement : 1 an : 100 francs
C.C.P. 8100-10 Paris

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista trimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont.

Secretario general : Nicolás Nabokov.

†

M. G. de la p. 104

Marzo - Abril 1954

REVISTA BIMESTRAL

B.D.I.C.

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

5

La agonía de D. Miguel de Unamuno

Las neurosis políticas

Mesa Redonda europea

Cosas de "críticos"

La obra de Jorge Luis Borges

El maquinista (poema)

Sobre historia española

El caso de la Guayana británica

Estampas de la isla de Pascua

Mc Carthy y la defensa de la libertad

BENJAMIN CARRIÓN

ARTHUR KOESTLER

DENIS DE ROUGEMONT

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

E. L. REVOL

EMILIO FRUGONI

C. SÁNCHEZ ALBORNOZ

RITA HINDEN

LUIS MERINO REYES

DAVID DUBINSKY

Otros textos de :

SALVADOR PINEDA, AMÉRICO CASTRO, MICHEL COLLINET,
MANUEL DE IRUJO, MINOO R. MASANI, RODRIGO GARCÍA TREVIÑO,
STEFAN BACIU, LOUIS MERCIER, VLADY, ETC.

El número : 125 fr.

CUADERNOS



NUMERO 5

REVISTA BIMESTRAL

MARZO-ABRIL 1954

SUMARIO

La agonía de Don Miguel de Unamuno	BENJAMIN CARRION.....	3
Observaciones sobre las neurosis políticas	ARTHUR KESTLER.....	II
Aproximación a la obra de Jorge Luis Borges ..	A. L. REVOL.....	20
Cosas de « críticos »	LUIS ALBERTO SANCHEZ ...	29
Mesa Redonda europea	DENIS DE ROUGEMONT	34
Estampas de la Isla de Pascua	LUIS MERINO REYES.....	43
Cuatro tiempos de la muerte	SALVADOR PINEDA.....	47
Emilio Frugoni.....	F. F. A.....	54
El maquinista (poema).....	EMILIO FRUGONI.....	55

Problemas de nuestro tiempo

El caso de la Guayana británica	RITA HINDEN.....	57
Comunismo y asalariados en Francia	MICHEL COLLINET.....	63
McCarthy y la verdadera defensa de la libertad..	DAVID DUBINSKY.....	69

La historia y sus interpretaciones

Sobre historia española	C. SANCHEZ ALBORNOZ	75
Acerca de la histórica inseguridad de los espa- ñoles	AMERICO CASTRO	82

Crónicas

Asia reivindica su libertad	MINOO R. MASANI.....	85
Sabino de Arana, propulsor del renacimiento vasco	MANUEL DE IRUJO.....	89

Artes plásticas

Rufino Tamayo	VLADY.....	94
Clavé o el humanista	JEAN BOURET.....	97

Lecturas

La sociología en Hispanoamerica, por RODRIGO GARCIA TREVIÑO. —
 Análisis de un régimen político, por LOUIS MERCIER. — Novedades
 literarias en el Brasil, por STEFAN BACIU. — Una nueva teoría del
 imperialismo, por VICTOR ALBA. — Una aportación al estudio de
 Romain Rolland, por C. A. — Dos mundos colocados frente a frente,
 por C. A. — Una gran obra iberoamericana, por CARLOS P. CA-
 RRANZA

	99
--	----

Revista de revistas. — Vida del Congreso. — Nuestro Carnet.

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>	<i>Países de Iberoamérica :</i>
Número suelto . . . 125 francos	Número suelto . . . 0,50 dólares USA
Suscripción anual . 650 »	Suscripción anual. 3. - » »
(6 números)	(6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

LA AGONÍA DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

POR BENJAMIN CARRION

Se iba quedando solo. Inaccesible. Solo en el panorama intelectual de España, en el de Europa. En el panorama universal del espíritu. Dos o tres nombres, acaso, para hacerle compañía : Bergson, Santayana, Strindberg...

La generación española del 98, iba quedando atrás — a pesar de ser lo más nutrido y denso de los últimos tiempos — ante la eminencia extraordinaria, ante la presencia genjal. Dicha generación, que abarca casi todas las expresiones del espíritu y la sensibilidad, fué precedida por algunas figuras fundamentales en la historia de la inteligencia española : Galdós, el que emparejó las letras castellanas, muy desmedradas y venidas a menos, con las letras de todos los grandes países, hasta el punto que Jean Cassou pudo decir : « Con Pérez Galdós llegamos a una de las más grandes figuras de la literatura española y aun a uno de esos hombres que, entre Balzac y Tolstoy, caracterizan el enciclopedismo y el humanismo del siglo XIX ». Costa, el teórico de un futuro europeo para su España, que clamaba porque se « eche doble cerrojo al sepulcro del Cid », que andaba ganando batallas después de muerto, y amparando la ociosidad del presente español, tras la cortina de su gloria. Ganivet, meditador agudo, descubridor certero de la verdad de España, fijador de sus dolencias, señalador de sus remedios. Finalmente, don Fran-

cisco Giner de los Ríos, profesor de mansa reciedumbre, « Sócrates español, supremo partero de las mentes ajenas », como le llamara con su máscara expresividad, el propio don Miguel de Unamuno. Creyente fiel de la religión del ideal. Español por dentro y por fuera, para ser pintado por el Greco, « caballero de la mano al pecho ». Exaltador de la « materia ética », hombre de plástica y de prédica, de iniciativa y de acción a la vez.

La generación española del 98. Diez años más o menos : Valle Inclán, Maeztu, Azorín, Manuel y Antonio Machado, Baroja, Juan Ramón Jiménez... Luego, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Salvador de Madariaga. Extraño y vociferante, vertido hacia el mundo, hacia todo el mundo, « contra esto y aquello », crecía sobre la generación y la hora, Don Miguel de Unamuno. Ya lo sabíamos en la caballería andante del universo mundo : listo para tomar como suya la causa de los rebeldes, de los débiles, de los menesterosos. Listo para combatir y batir a malandrines, gigantes y follones. Por eso, cuando Gonzalo Zaldumbide le hablara sobre nuestro Montalvo, y le pidiera un prólogo para la reedición de alguna de las obras montalvinas, el gran vasco eligió a Montalvo insultador :

« Cogí las Catilinarías de Montalvo, pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano, ya que el término se ha hecho vulgar, desprendiéndose de su eti-

mología, y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos, ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo.»

Eso, su montalvismo, en nuestras mocedades, lo había acercado a nosotros: era el gran español, el más grande de los españoles vivos, glorificador de nuestro gran compatriota. Y fuimos a él, a don Miguel, primero por las rutas de la lectura, indignándonos a ratos por sus desplantes sobre nuestros ídolos: ese Rubén Darío humilde que le reclamaba: «Sea justo y bueno, don Miguel, para mis esfuerzos de cultura...» y el vasco tozudo e inquebrantable, sólo a la muerte del lírico del idioma, reconoce y se arrepiente: «No fui justo y bueno, Rubén, para tus esfuerzos de cultura...»

Pero nos fué ganando, en hondura, la obra constructiva de este gran destructor; la obra afirmativa de este gran negador. La obra entrañada de este trascendentalista cabal que, por fin, elevaba la nota del pensamiento inorgánico de España, a eminencias que sólo habían sido acaso alcanzadas por Séneca, Gracián, Quevedo...

Presencia

Europa 1927. Una ancha y caudalosa sensibilidad pacifista ganaba los espíritus de políticos, internacionalistas, intelectuales sobre todo. Después del movimiento del «Grupo Claridad», inspirado por Romain Rolland y Barbusse, y que erarboló el grito de «guerra a la guerra», apareció, entre otros, el grande y generoso intento de Stephan Zweig: «el desarme espiritual del mundo». Entre tanto, Benda en Francia especulaba sobre *la trahison des clercs*. Un valicso número de intelectuales de nuestra América, recorría en ese momento las averidas de una Europa confiada. Cuartel general, punto de partida: París. Algunos habían sido invitados al décimo aniversario del formidable experimento soviético, y se habían quedado algún tiempo en los países occidentales. La capitania natural y obvia, por derecho de altura, «de poder

ser», de ternura y de energía vital, la tenía en sus manos de modeladora de hombres, Gabriela Mistral: sacerdotisa y augur, fuerza de crítica y rectificación, «don de consejo», según la expresión dogmática.

Una angustiadora inquietud por descubrir los signos de la salvación o la catástrofe, nos agobiaba a todos. Y, singularmente, a ese espíritu extraordinario de Gabriela que era, en esos tiempos — como hoy y siempre — una tensa, urgente y exigente pregunta a los hombres y al ambiente; segura de que, con las respuestas que obtuviera, se fijaría e iluminaría su alma, acrecentaría su poder de esclarecimiento para, como en la hora del Sermón, con sus cinco panes dar de comer a todos.

Queríamos ver y escuchar a los rectores del pensamiento y la sensibilidad de los hombres; a aquellas gentes torturadas por los anuncios de un nuevo cataclismo; las que pensaban que sólo la taumaturgia del espíritu podría producir el desarme de las almas.

Y si alguna vez serían Romain Rolland, Valéry, Mauriac o Barbusse, en otra sería el sensible y penetrante creador de *Salavin* y los *Pasquier*, ese hombre con «voluntad de simpatía», que dijera Daniel Rops: Georges Duhamel, el escritor que ha dicho, como definición exacta de sus ambiciones: «Yo sigo, desde siempre, en busca del hombre.»

Ese Georges Duhamel torturado porque el mundo había perdido su fragancia, había perdido su silencio; porque la nueva civilización mecanicista nos iba a quitar el gusto de las fresas, nos está dando la música *en conserve*, está ya higienizando el beso y tarifando la plática con Dics. El hombre que entiendo el llanto de los niños, no quiere que los hombres se maten entre ellos sin término, y anhela la paz de los hombres por el conocimiento.

Gabriela Mistral quiso visitar conmigo a Duhamel, y me encargó pidiera a Unamuno — desterrado en Hendaya, frente a su tierra vasca — una presentación, una *introduction*, ante el gran novelista. Don Miguel envió de inmediato uno de esos papeletes tan característicos suyos: «*Voici, avec ce petit papier, Gabriela Mistral et Benjamín Carrión, dont je vous ai déjà*

parlé. Le reste... à vous. Et je suis sûr d'être parmi — parmi et dans — les trois. »

Un día, pues, en un lugar de Francia — Valmondois — se hacía posible la reunión — en espíritu uno de ellos — de tres de los más grandes valores de la inteligencia universal, y yo podría estar « *entre y en* » los tres.

La última vez que encontrara a Unamuno, fué también en Hendaya, en el Hotel Brocca, donde hacía su destierro. Con Lazcano Tegui, el querido y pintoresco Vizconde, vasco también como Don Miguel.

La estampa inolvidable del hombre, en su tierra — la Vasconia de una y otra orilla del Bidasoa era su tierra — monologando siempre. Recio, ligero, capaz de vencer a quienquiera en el hablar y el caminar. Barbas blancas sin sentido profético. Barbas blancas de hueso — o ya del mármol en que se han de esculpir — que prolongaban, sin ablandarlo, el mentón agudo y poderoso. Ojos vivaces detrás de los quevedos. Hablar rotundo, españolísimo, rico de interjecciones viriles, cau-

daloso de malas palabras; con esa recia hombría del hablar cervantino. Maravilla del impropio unamuniano, de cepa quijotesca: Tomás Cecial, El Escudero de el Caballero del Bosque, defendiendo la rotundez iracunda de un hieputa colocado a tiempo. Desde la orilla francesa libre, frente a su españolísima tierra guipuzcoana, a la imponente Fuenterrabía lanzaba la diatriba contra esos generalillos que entonces como hoy — peores los de hoy que los de entonces — ya estaban empeñados en el asesinato de la España de todos los hombres: Primo de Rivera, Martínez Arido. La fauna militar de esa época babosa en que Primo estaba haciendo la « caricatura de ese ya caricaturesco Mussolini ». Y escribía los insultos en papelitos pequeñines, los lastraba con una piedrecilla, y los lanzaba a la orilla española del pequeño río. Ya estaban insultados, ya estaban vencidos. Y don Miguel entonces — ¿ verdad Lazcano Tegui? — era la significación egregia, pura, auténtica, del Caballero de la Triste Figura.

Era cierto — mis ojos lo vieron — lo de

Una de las últimas fotografías de Unamuno



las migas de pan que sacaba durante la conversación, abolaba y lanzaba como proyectil al sitio en que cayeren. Y verdad también, verdad inolvidable, lo de las pajarritas de papel, realizadas con arte, con fe, con el mismo fervor entusiasta que pusiera en el juego superior y trascendental de las ideas. Y al mismo tiempo con esa curiosidad infantil que puso siempre en la etimología, no en el sentido muerto que le dan los profesores de lenguas, sino en el sentido vivificante que el genio — el auténtico genio de Don Miguel — sabe imprimir a las cosas que toca :

— ¿ Dios ex-iste, mi amigo ? No. Dios in-siste.

Don Miguel de Unamuno — una de las cumbres indiscutibles del pensamiento contemporáneo, y según el Profesor Mackay, la más alta cumbre del pensamiento contemporáneo — hizo una burla sangrienta de los hombres que abominan el « perder el tiempo ». Y que lanzan anatemas contra quienes « pierden el tiempo ». Don Miguel de Unamuno, la mente de creación más fecunda que haya existido, escribió, con terrible sentido irónico, su *Apuntes para un tratado de cocotología*.

El monólogo, sobre todo el monólogo. Entre las dos figuras más altas de la estirpe, a cuya vida y actitud me haya asomado personalmente yo, Gabriela Mistral y Don Miguel de Unamuno, podría establecer esta diferencia sustancial : Don Miguel, monólogo, *monólogo exterior*, dación inmediata de los productos de la mente, elaboración de conceptos, en presencia de los auditores. Gabriela : inquisición, pregunta, avidez de arrancar el secreto de la esfinge. Diálogo, diálogo, diálogo. Entrega de la emoción en forma de relato, de parábola. Tono de confidencia. Y, sobre todo, polémica. La polémica verbal es la vida de Gabriela. Un poco en la línea augusta de Sócrates y Jesucristo. Se indigna — se desasosiega e intranquiliza por lo menos — con quienes están siempre de acuerdo con su opinión ; sobre todo si advierte que la actitud de conformidad del interlocutor, es motivada por el respeto : contradígame, exige, de lo contrario, nada tenemos que hablar. Don Miguel afirmativo, magistral, no con la magistralidad pedante de quienes conceptualizan y hacen docencia a todas horas.

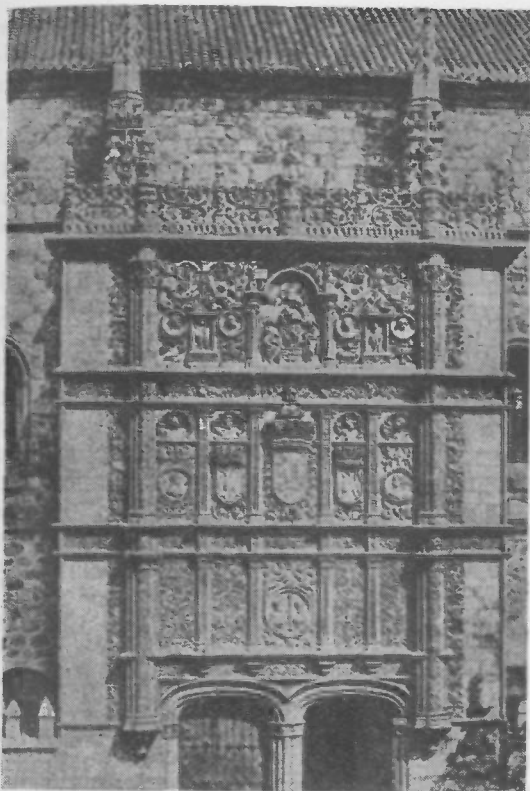
Si alguna cosa no tiene Don Miguel es pedantería. Cuando plantea dudas — y aun aventura una pregunta o una afirmación — lo hace en el tono recio de las afirmaciones. Expresa inquietudes, « agonías », con machismo, con « cachondez ». Espíritu engendrador — engendrador hasta de la duda — porque la duda es combate ; *dubitarse* contiene la misma raíz, la del numeral *duo*, dos, que *duellum*, combate, lucha, cosa de hombres, afirma. Y aquí sí una real coincidencia con Gabriela : afirmación, lucha, polémica. La duda pascaliana andando por entre el diálogo, para convertirse en afirmación apasionada. Yo sé : los dos, Don Miguel y Gabriela han luchado, han polemizado. Y sé esto : la mutua admiración de estas dos figuras torales de la estirpe.

La pasión

Pasión. He ahí la característica esencial de este gran erudito, de este estudioso sin paz :

« Don Miguel es uno de los eruditos más prodigiosos de nuestro tiempo — afirma el gran pensador católico francés Daniel Rops. Conoce el latín, el griego, el sánscrito y el hebreo ; lee en sus textos originales las obras españolas (castellanas y catalanas), portuguesas, francesas, italianas, inglesas, alemanas y danesas. Estudió este último idioma a los sesenta años para poder leer directamente a Kierkegaard. »

Pasión. Este erudito sin par, no se refugia en el recurso de eunucos y cobardes de la serenidad, para hacer obra infértil, gazona, insustancialmente neutra. Viejo pleito vengo sosteniendo contra esa enfermedad purulenta, ese cáncer intelectual — cuya vigencia hoy como nunca se quiere mantener — de mi tierra : tratar de contraponer la erudición, la ciencia, la investigación, a la pasión creadora. Gentes que conciben un Pasteur de guardarropía, un Goethe con naftalina. Viejo pleito mío contra ese prurito absurdo, suicida, de subestimar lo « tropical », el « tropicalismo », palabras ardidas y ardientes, médula y sustancia de sal, tierra y sangre nuestras. « Detesto a Anatole France — dice Unamuno — porque no sabe indignarse. » Por



Fachada de la Universidad de Salamanca,
regalada por los Reyes Católicos.

eso, cuando explica sus propósitos al escribir la *Vida de Don Quijote y Sancho*, dice : « He escrito este libro para re-pensar el *Quijote* contra los cervantistas y los eruditos ; para hacer una obra viva de lo que ha sido y sigue siendo, para la mayor parte de las gentes, obra muerta. »

La pasión para Unamuno no es solamente un sentimiento aéreo, iluminado, como en el caso egregio de los místicos. No ; la pasión de Unamuno es algo radical, encarnadamente humano, vital. Sensual, sexual y espiritual. Viril, por sobre todo. « Trata de vivir en un vértigo continuo, de ser dominado siempre por una pasión. Sólo los apasionados realizan obras verdaderamente durables y fecundas. »

Y para expresar la pasión, este profundo conocedor de los idiomas de los hombres no acepta ninguna de las derivaciones más o menos admitidas de *voluntad*. Y grita, como si hubiera hecho el gran hallazgo :

« Lo que en español sale de los órganos de la virilidad no es la voluntad sino el deseo, la gana. ¡ Gana ! Admirable palabra... » Y más lejos agrega : « ¡ Con cuánto acierto y cuán hondamente se ha podido hablar de lujuria espiritual ! De esa lujuria de solitario onanista a la manera del pobre Huysmans, otro agonizante más, cuando se puso *en route*, buscando la fe cristiana monástica, la fe de los solitarios que renuncian a la paternidad carnal. » Y al referirse al « apetito de Dios », de San Juan de la Cruz, Don Miguel piensa que mejor habría sido decir « la gana de Dios ».

Amor, vida y muerte

Jean Cassou, su gran exégeta francés, afirma : « Cierta pasión, que algunos llaman amor, es para Unamuno una necesidad terrible de propagar esta carne que, según se asegura, debe resucitar algún día. » El trascendentalismo de Unamuno, ansioso de pervivencia, de eternidad, inconforme con la posibilidad de la nada — o por lo menos de su injusticia, según la expresión de Sénancourt —, se acoge por lo menos a la continuidad de la especie, y su gran arma es la existencia del amor. Oigamos lo que dice el propio Don Miguel : « Cuando hablamos de amor, tenemos siempre presente el amor sexual, el amor entre el hombre y la mujer para perpetuar la especie humana sobre la tierra. Es por eso que nunca conseguimos reducir el amor ni a su forma puramente intelectual ni a su forma puramente volitiva, cuando se prescinde de su forma sentimental o, si se quiere, sensual. Pues el amor no es, en el fondo, ni idea ni volición, sino más bien deseo y sentimiento ; es algo carnal aun en el espíritu. Gracias al amor sentimos todo lo que el espíritu tiene de carnal. » Y más luego, el maestro, con su don poderoso de expresividad masculina, afirma : « La providencia de Dios ordena que nuestra humana especie se propague por generación sexuada y no de otra manera. Pues a eso que el Padre Jesuita y biólogo (el P. Laburu) — no sé si biólogo jesuítico o jesuita biólogo — llama « estímulos somático-psíquicos », llaman ahora *sex-appeal*. En romance corriente y moliente, cachondez. »

Como Leopardi, Don Miguel cree que el amor « es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermano ». Concibe el amor en tragedia de dación absoluta, de entregamiento de nuestro ser individual para la permanencia de la especie. Todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente lo que se era, un partirse, una muerte parcial. Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. « Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital. »

La línea espiritual, Loyola y los jesuitas

Daniel Rops, filósofo y pensador católico, sitúa a Don Miguel de Unamuno así : « católico de espíritu, de tradición, de esencia... » Y así lo sitúan todos los que se han detenido a examinar la obra sin igual del gran vasco. El mismo lo revela cuando establece su línea espiritual, en diversas y variadas formas. En los numerosos días de diálogo — « de mono-diálogo » — que tuve en Hendaya con él, a mí no me habló de la « vuelta eterna », de Nietzsche, a la que Unamuno llama « trágico-comedia o comi-tragedia ». No me dijo, como le afirmara a Esterlich, que la última fecha de su muerte era 1855, en Copenhague, y que su nombre entonces fué el de Soren Kierkegaard ; y que antes, hacia atrás, había tenido muertes sucesivas, llamándose Pascal, Iñigo de Loyola, Pablo de Tarso. Se refirió a una especie de generación espiritual, a una familia de almas. Que su verdadera ascendencia, carnal y consubstancialmente, era así : Kierkegaard, Pascal, San Agustín, Marco Aurelio y San Pablo. No se refirió a Loyola, aun cuando al hacer la exaltación de lo vasco, tuviera para el hombre de Manresa términos poco entusiastas :

« Y así el cristianismo, el verdadero cristianismo, agoniza en manos de esos maestros del siglo. La pedagogía jesuítica es una pedagogía profundamente anticristiana. El jesuita odia la mística. Su doctrina de la obediencia, tal como la expuso

Iñigo de Loyola en su célebre Carta a los Padres y Hermanos de Portugal, es una doctrina anticristiana y, en el fondo anticivil. Con ese género de obediencia la civilización se haría imposible, y se haría imposible el progreso. » Y como si esto no fuera bastante, en el Capítulo VII de su gran confesión cristiana *La agonía del Cristianismo*, bajo el título de « El supuesto cristianismo social », expresa con su franqueza de hombre : « Los jesuitas, los degenerados hijos de Iñigo de Loyola, nos vienen con la cantilena esa del reinado social de Jesucristo, y con ese criterio político quieren tratar los problemas políticos y los económico-sociales. Y defender, por ejemplo, la propiedad privada. El cristianismo nada tiene que ver ni con el socialismo ni con la propiedad privada. »

Pascal y Kierkegaard

El gran agonista francés, temía la paz. La paz muerta en que interviene la razón convincente, inactiva, tranquilizadora. Y no la razón persuasiva, inquietadora, capaz de producir angustia, vida. El gran agonista francés temía la resignación — esa que dió razón a quienes llamaron a las religiones predicadoras de la resignación, « el opio de Occidente » — ; temía a la resignación, porque es principalmente *razonable*. Y, por lo mismo, improductiva, apaciguadora, mortal. Aceptación de todo, porque estamos tocando su dura o su halagüeña verdad : muerte de la rebeldía.

Para el gran vasco también, la resignación es el eunuquismo de la voluntad, la capadura del espíritu. En todos los tonos proclama que hay que combatir a los que se resignan sea al catolicismo, al racionalismo o al agnosticismo. Y que hay que mantener a los espíritus inquietos, polemizantes, en actitud de lucha « contra esto y aquello ».

Y en cuanto a la fe — expresión suprema de agonía, de lucha, de combate — Don Miguel de Unamuno se hace esta interrogación : « ¿ Creería Pascal ? Quería creer. Y la voluntad de creer, la *Will to believe* como ha dicho William James, otro probabilista, es la única fe posible en un hombre que tiene la inteligencia de las matemáti-

cas, una razón clara y el sentido de la objetividad. » Y explica luego su pensamiento así : «... Pascal no ha creído con la razón, no pudo jamás, aun queriéndolo, llegar a creer con la razón, no se hubo jamás *convencido* de aquello de que estuvo *persuadido*. Y esta fué su tragedia íntima... »

La desesperación de Unamuno, no es el concepto imposibilista de Soren Kierkegaard. Menos aún el concepto que expone Jean-Paul Sartre, el filósofo-literato, lanzador del existencialismo francés, cuando dice : « En cuanto a la desesperación, esta expresión tiene un sentido extremadamente sencillo. Ella quiere decir que nos limitaremos a contar sobre lo que depende de nuestra voluntad, o sobre el conjunto de probabilidades que hacen nuestra acción posible. » (Jean-Paul Sartre : *L'Existencialisme est un humanisme*.) Y luego, con ese espíritu de simplificación y clarificación, propio del pensamiento francés, añade : « Obrar sin esperanza, es desesperación. »

Don Miguel de Unamuno, afirmativo o negativo — afirmativo aun cuando niega — viril siempre, con el sentido de varonía de todo lo español, lanza el grito emocionado, constructivo, optimista hasta el absurdo : « De la desesperación, y solamente de ella, nace la esperanza heroica, la esperanza absurda, la esperanza loca. » Es este un supremo esfuerzo, un acto agónico, de lucha contra la « enfermedad mortal », del maestro danés. Cómo lucha heroicamente con la muerte, cuando alza los brazos, en actitud dolorosa, para decirle al Abismo : « No quiero morir, no, no quiero ni quererlo ; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir este yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora... »

España, Don Quijote y Bolívar

Cómo llevaba dentro de sí, de su inmensa inquietud de lucha, de su universal curiosidad y de su ardida pasión de amor y vida — amor de sexo y espíritu —, su España, « mi madre y mi hija : sí, mi hija, porque soy uno de sus padres... » Nunca encontré un hombre de más vasta preocupación por todos los problemas del mundo, de más intenso fervor metafísico, de más

extenso amor por la cultura : su erudición sin rival lo proclama. Y sin embargo, más enamorado, con rabia y con ternura a la vez, de su patria, de su España de todos, que ahora nos la están matando, nos la han robado y la han crucificado... El conocía toda la estupidez traicionera del pretorianismo español, chulo y aseñorado, al que se ganaba con prebendas y ascensos. El sabía la existencia de la Anti-España : la de los jesuitas, que son la anti-patria en todos los lugares del planeta ; la de los espadones bonitiños ; la de los mercaderes internacionales... Durante las pocas semanas que estuve junto a Don Miguel — a su orilla — en el Hotel Brocca de Hendaya — reunidero de vascos de aquende y allende las fronteras que jugaban al *mus* con Don Miguel — yo le escuché las ternuras y las rabias de su amor a España, de la mañana a la noche. El, un espíritu de religiosidad esencial, no creyó que *era necesario sacrificar a la patria para salvar la religión*, como se hace en mi pobre tierra ecuatoriana, a pesar del anatema quemante del Obispo ilustre...

Se indignaba al pensar que nos estaban matando al Quijote : los eruditos, los puristas, esos que han dado contra el suelo una de las más bellas palabras del idioma, titulándose « humanistas ». Hacer de eso que no es de Cervantes, sino de todos los hombres de este mundo, un motivo de erudición barata y de notas de archivos — ¡ cómo me cargan las notas de archivos ! — era algo que Don Miguel de Unamuno consideraba crimen nefando contra la vida, el arte, la humanidad. ¡ Hacer cosa pequeña de sintaxis, de retórica, de gramática, una de las más grandes, puras, sangrantes creaciones del espíritu desventurado del hombre ! En el año del centenario cervantino, junto con la figura magra del Caballero de la Triste Figura y su escudero Sancho Panza tenía que haber estado presente la imagen de « este donquijotesco Don Miguel de Unamuno », como lo esculpiera, con su buril de eternidades, el gran poeta de la España Mártir, martirizado también : Antonio Machado. En la justificación de su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, Don Miguel expresa que lo ha hecho « para repensar el *Quijote*, contra los cervantistas y los eruditos, para hacer

obra de vida de lo que era y continúa siendo para la mayor parte de las gentes, letra muerta. »

Y de Don Quijote, a Bolívar. Cómo se complacía Don Miguel en repetir la anécdota famosa y la famosa frase del Libertador : « ¡ Los tres grandísimos majaderos hemos sido Cristo, Don Quijote y... yo ! » Y le enorgullecía singularmente su parentesco racial con Bolívar : « Me permitiréis que, como vasco que soy por treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. » Bolívar el hombre de lucha, de agonía ; Bolívar el Quijote de la Libertad, es justamente el hombre de textura heroica capaz de producir emoción y admiración a Don Miguel. Oído comentando una escena superhumana de la vida del gran vasco de América : « ¿ Y no es acaso quijotesco aquello que cuentan dijo Bolívar a raíz del terremoto de Caracas, el 26 de Marzo de 1812, cuando atribuyéndolo un fraile a azote de Dios, irritado por haberse desconocido a Fernando VII, el Ungido del Señor, el futuro Libertador, que se hallaba en la turba, entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando a bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó : « Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca » ? Y nada tan esencialmente quijotesco como la suprema afirmación de Pativilca : « Vencer ».

El dolor de España le iba consumiendo. Veía cómo su madre — y su hija — des-

pués de la Oración del Huerto, iba pasando de Herodes a Pilatos, se la azotaba, se la coronaba de espinas, se le ponía el INRI de los ajusticiados, seguía el *via-crucis* sin Verónica que le enjugara el rostro y, finalmente, estaban los sayones izando el árbol de la crucifixión.

Pasión y muerte

Un generalote burdo, había lanzado el grito sin calificativo, en su presencia, en la plaza ilustre de su Salamanca : « ¡ Abajo la inteligencia ! ¡ Viva la muerte ! » La intelectualidad española se dispersaba por todos los confines del mundo, se asesinaba en Granada « en su Granada », a la voz más límpida de España, Federico García Lorca. Se encamidaba despacio a la muerte, la noble figura de Antonio Machado, España en cántico, al otro lado de los Pirineos. Y él, Don Miguel de Unamuno, un siglo de conciencia española, asistiendo a la pasión...

Y un 31 de diciembre de 1936, junto al cuerpo yacente de su madre, de su hija, él también se tendió en la « tierra todoparidora », para la comunión suprema con la entraña española. El « mal de España » lo llevó a la muerte. Pero la muerte, según la expresión del hombre Kierkegaard, « la muerte no es enfermedad mortal ».

BENJAMIN CARRION

Observaciones sobre las neurosis políticas

POR ARTHUR KOESTLER

LA mayor parte de las teorías contemporáneas relativas a la conducta política se basan en una curiosa paradoja. Es opinión muy generalizada que las muchedumbres tienden a conducirse de una manera irracional (« histerismo de las masas », « obsesiones de las masas », etc.). También es del dominio común que los individuos reaccionan de una manera irracional ante los problemas sexuales y en sus relaciones con la familia, con los superiores y con los subordinados. Sin embargo, aun cuando admitimos que las muchedumbres se conducen en la vida pública como los neuróticos, y que los individuos sufren complejos en la vida privada, seguimos aferrados a la extraña ilusión de que el ciudadano medio, cuando no forma parte de la muchedumbre, es un ser racional en las cuestiones políticas. Todo nuestro sistema de gobierno democrático se funda en esta suposición implícita. Esta creencia, dogmática e injustificable, en la racionalidad política del individuo, es la razón primordial de que las democracias se hallen siempre a la defensiva contra sus adversarios totalitarios, no ya sólo físicamente, sino también psicológicamente. No obstante, la evidencia nos demuestra que el hombre del siglo XX es un neurótico político.

Los totalitarios, que son las fuerzas de la muerte que asaltan nuestra civilización, lo han comprendido así desde un principio ; y

la muerte, que se nutre de la enfermedad, tiene un diagnóstico seguro. De ahí que, para sobrevivir, nos será preciso también aprender a diagnosticar con acierto. Ahora bien, es imposible llegar a obtener un diagnóstico exacto, si se parte del supuesto de que el paciente está sano. Durante el « siglo de las luces », una serie de filósofos franceses, alemanes e ingleses : los enciclopedistas, los marxistas, los benthamistas, los owenistas y los progresistas de todas clases y matices nos inculcaron la creencia en la cordura política del individuo y en su racionalidad. Freud y sus sucesores han demolido una parte de esta fe optimista en el hombre, como ser racional ; y se acepta el hecho de que nuestra libido sexual está desquiciada. Pero ha llegado la hora de reconocer que nuestra libido política está tan cargada de complejos, tan reprimida y tan retorcida, si no más, que la otra.

La cortina de hierro mental

A primera vista puede parecer que el hablar de una « libido política », de una « inconsciencia política » y de sus recuerdos reprimidos », es tan sólo un nuevo pasatiempo intelectual, un malabarismo con metáforas y analogías. Pero, si estudiamos de manera imparcial la escena contemporánea, veremos que la maraña neurótica del instinto político es tan real, y no menos profunda, que la del instinto sexual.

Un neurótico puede definirse diciendo que es una persona que tiene un contacto insuficiente con la realidad, y cuyos juicios se basan en sus deseos y sus temores, pero no en hechos firmes y comprobados. Los hechos capaces de contrariar el universo de los deseos y de los temores del paciente no son admitidos en la consciencia, si antes no son « censurados », convirtiéndose así en complejos reprimidos. Si se aplica este esquema simplificado a la conducta política, se advertirá que abarca toda la escala de la patología política, desde la « esquizofrenia controlada », de un Klaus Fuchs, pasando por el mundo de los sueños y de los deseos del patrocinador de la campaña pacifista de Estocolmo, hasta la evasión de la realidad del « neutralista ». Los clisés políticos, que sirven como argumentos racionalistas para sus temores inconscientes, son tan desatinados como las razones que pudiera alegar un neurótico para no comer pescado. Cuando, en 1941, Harold Laski escribió al Sr. Juez Frankfurter que « la U. R. S. S. está más profundamente arraigada en la opinión popular que cualquier otro sistema », este argumento había perdido su fuerza de penetración contra las extravagancias de la libido política, y este profesor pasó evidentemente a ser un caso de estudio para el psiquiatra.

En el universo desquiciado del neurótico no tienen entrada los hechos que pudieran alterar su estabilidad interna. Los argumentos no pueden atravesar sus toques de casuística, sus parachoques semánticos, ni sus defensas emocionales. El censor interior — en el verdadero sentido psiquiátrico de la palabra — que protege las ilusiones del paciente contra la intrusión de la realidad, es incomparablemente más eficaz que ninguna censura de Estado totalitario. El neurótico político lleva su « cortina de hierro » particular dentro de su piel.

Por consiguiente, los hechos desagradables que el censor interior ha rechazado, quedan reprimidos y se amontonan hasta formar los complejos. El subconsciente político tiene lógica, síntomas y símbolos propios. Alger Hiss y Whittaker Chambers han llegado a ser estos símbolos para un espectáculo de títeres o para una concepción caprichosa, en que la culpabilidad se imputa, no ante la fuerza de la evidencia,

sino de acuerdo con la lógica de los sueños del inconsciente. Si se mencionan los hechos « censurados » en presencia del neurótico político, éste reaccionará sea con vehemencia o con una sonrisa de superioridad, sea francamente con improperios o con insidias tortuosas, según la naturaleza del mecanismo defensivo que le protege contra su íntima incertidumbre y su temor inconsciente. Pues de lo contrario perdería el equilibrio precario del mundo de sus sueños y quedaría indefenso contra el mundo inflexible de la realidad, una realidad tan aterradora que ni siquiera un hombre cuerdo podría afrontarla sin sentir escalofrío.

La culpabilidad reprimida

En las cámaras de gas de Auschwitz, de Belsen y de otros campos de exterminio, se dió muerte a unos seis millones de seres humanos durante la última fase de la segunda guerra mundial. Fué la mayor matanza organizada que registra la historia. En la época en que esto se produjo, la mayor parte del pueblo alemán ignoraba lo que sucedía. Después, los documentos oficiales, los libros y el cine han publicado estos hechos con tal prolijidad, que es imposible que una persona culta pueda desconocerlos. Y sin embargo, el alemán medio hace cuanto puede por ignorarlos. La verdad no ha penetrado en la consciencia nacional y probablemente no penetrará nunca, porque su visión es demasiado aterradora. Si se la admitiera en la consciencia, la culpabilidad pesaría tanto que aplastaría el orgullo de la nación y frustraría sus esfuerzos para levantarse de nuevo como gran potencia europea. Muchos alemanes inteligentes y bien intencionados, cuando oyen mencionar en su presencia Auschwitz y Belsen, reaccionan con un silencio de piedra y la expresión dolorida de las damas de la época victoriana ante todo lo que les recordaba de manera algo ruda las crudezas de la realidad. No cabe en la cabeza de estos alemanes que tales hechos sean efectivos; son sencillamente cosas que no deben mencionarse y que carecen de significado para ellos. Otros desmentirán tal vez estos hechos y los calificarán de enormemente exagerados, o presentarán, a

renglón seguido, diversos argumentos contradictorios, sin darse cuenta de la contradicción en que incurren.

El hecho notable, en lo que concierne a este tipo de reacción, es que revela un complejo de culpabilidad inconsciente, incluso entre las personas que no participaron en las matanzas y que son la inmensa mayoría de los alemanes. Ante la ley, y hasta donde alcanza su conocimiento consciente de estos hechos, ellos son inocentes. Hacer, colectivamente, responsable a una nación de los actos de una minoría criminal es injusto, tanto en el aspecto legal como en el moral. Pero la subconsciencia política « enfoca la cuestión de un modo distinto. Asume automáticamente una responsabilidad colectiva compartida, en cuanto atañe a los triunfos y a las derrotas, al honor y a la culpabilidad de la nación. En realidad, la característica más destacada de la líbido política es su tendencia a identificar el « ego » con la nación, con la tribu, con la iglesia o con el partido. La líbido política puede definirse como la necesidad de considerarse parte integrante de una comunidad y de sentir la necesidad apremiante de pertenencia.

Ahora bien, cuando esta tendencia inconsciente a la identificación produce resultados favorables, el « ego » consciente los admite de buena gana. Todo alemán se siente orgulloso de « nuestro Goethe », como si hubiese participado en su creación ; todos los norteamericanos sienten satisfacción por su Guerra de Independencia, como si hubiesen luchado en ella. Pero los resultados menos agradables de la tendencia a la identificación no ocupan ese puesto de honor en el « ego » consciente. Y aun los hay que pueden actuar como un « shock » traumático, y que, por consiguiente, deben olvidarse o reprimirse rápidamente. *Nuestro Goethe, nuestro Beethoven, mi país* constituyen la carne y el hueso del « ego ». Pero *nuestro Auschwitz, nuestros niños asfixiados por el gas, la guerra que nosotros iniciamos* deben hundirse en las profundidades de la mente.

Los complejos políticos, lo mismo que los complejos sexuales, cuando están reprimidos, tienen un efecto desconcertante. Por muy doloroso que sea el proceso, únicamente puede obtenerse una cura dura-

dera retrotrayendo a la memoria el recuerdo reprimido. En lo que concierne al pueblo alemán, esta operación de higiene mental sólo sus propios dirigentes podrán realizarla. El castigo y la humillación infligidos desde fuera no harán sino empeorar las cosas. Bien está que los vencedores olviden ; pero los vencidos habrán de aprender a recordar.

La amnesia colectiva

Los franceses padecen un complejo reprimido de un carácter diferente, cuyas manifestaciones son todavía más ostensibles. Cuando el Gobierno legítimo de Francia capituló, en junio de 1940, después del derrumbamiento de sus ejércitos, la mayoría de los franceses aceptó la derrota y trató de llegar a una especie de *modus vivendi* con los alemanes vencedores. Con una Europa muerta y una Inglaterra desesperadamente aislada, este era el único camino que el francés medio, ajeno a la política, podía emprender razonablemente. Cuando el general de Gaulle proclamó desde Londres que « Francia había perdido la batalla, pero no había perdido la guerra », el pueblo francés, apresado como en un cepo, entendió que esto era una buena consigna de propaganda, pero que no respondía a la realidad de la situación. Durante unos dos años, aproximadamente, los franceses se dedicaron a sus ocupaciones lo mejor que pudieron, y gozaron de una paz relativa. Sólo un pequeño número de ellos siguió el llamamiento de de Gaulle y huyó a Inglaterra, para alistarse en su ejército de voluntarios, o se unió al movimiento de la resistencia. Esto tampoco deja de ser natural, ya que en aquella época la resistencia parecía una verdadera locura o una quirotada, y en todas las épocas y en todas las naciones los locos heroicos han sido siempre una pequeña minoría.

El giro que después fué tomando la guerra, el alistamiento forzoso de los franceses para trabajar en Alemania, y otros numerosos factores conexos contribuyeron a engrosar las filas del movimiento de la resistencia, hasta tal punto que, en el momento del desembarco de los aliados, ya había unos 20.000 á 40.000 franceses seriamente comprometidos en las

operaciones de sabotaje, de espionaje y de resistencia armada. Pero, ni aun entonces constituían otra cosa que una pequeña minoría, ni su bravura ni su abnegación influyeron materialmente en el curso de la guerra. Francia fué liberada, no por el *maquis*, sino por el poderoso mecanismo bélico de los angloamericanos, por la aviación y los tanques británicos y norteamericanos.

De esta dura verdad no hicieron alarde los dirigentes angloamericanos, quienes por razones de cortesía dieron un relieve extraordinario a la contribución de los franceses a la guerra. Como es natural, los generales y hombres políticos de Francia siguieron la misma táctica, con el fin de reavivar la maltrecha dignidad de la nación y de salvar a ésta de la humillante sensación de haber sido liberada por los extranjeros. Así es como, en poco menos de un año, el francés medio llegó a convencerse sinceramente de que Francia no había sido jamás derrotada, sino que se había salvado por su propio esfuerzo; y además, que él, Monsieur Dupont, había sido siempre un valeroso « *résistant* », al que sólo había faltado la oportunidad para demostrarlo. El recuerdo de sus pensamientos y de sus actos, durante el sombrío intervalo de los años 1940 a 1943, se reprimió con tanto éxito, que estos años aparecen hoy como una especie de hueco en la trama de la historia de Francia. Esto explica por qué llegó a ser posible que los comunistas franceses, que desde 1939 a 1941, habían predicado abiertamente la traición y la capitulación, y habían calificado de « aventura imperialista » y de « guerra de los ricos » la resistencia a la agresión alemana, resurgieran cuatro años más tarde como el partido más fuerte de Francia. Se aprovecharon de la amnesia colectiva y sus hazañas se hundieron en el abismo abierto en la memoria de la nación.

Así es como la estructura mental de la Francia de nuestros días ha podido levantarse sobre las quimeras y los desengaños. La leyenda de la nación victoriosa e invencible, que se mantuvo al principio gracias a un consentimiento mutuo y tácito, se convirtió rápidamente en acto de fe. El antiguo colaborador, no sólo ostenta la cinta de la « *résistance* » en el ojal, sino que

cree también sinceramente que tiene derecho a llevarla. Porque admira a los héroes de la resistencia y porque siente que representan el verdadero espíritu de la nación, acaba inconscientemente por creerse uno de ellos. *Nuestro* Goethe, *nuestra* Juana de Arco, *nosotros*, la nación de los heroicos « *maquisards* » resurgen en todas partes.

Aquí vemos desarrollarse un proceso similar al que hemos observado en Alemania — el proceso de la identificación inconsciente con una minoría representativa — pero con resultados opuestos. En el caso de los franceses, la identificación conduce hacia una gloria compartida y permite a la libido política una expansión jactanciosa. Pero los recuerdos reprimidos ejercen su influencia tenaz y venenosa sobre la moral de la nación. La ficción del pasado sólo se mantiene evadiéndose de la realidad del presente. Francia, según la leyenda, nunca debió nada a nadie, en el pasado, y tampoco quiere deber nada a nadie, en el porvenir. Si se le procura la ayuda del Plan Marshall, es para servir algún proyecto misterioso de Wall Street. Si se le envían armas y tropas, es para favorecer los intereses del imperialismo norteamericano. Los únicos recuerdos del tiempo de la guerra relacionados con los norteamericanos, que permanecen vivos e incólumes, son los de los bombarderos que, a menudo, no acertaban a lanzar las bombas contra el objetivo y destruían de este modo ciudades y vidas francesas; y el de los C. I., a los que se veía con frecuencia borrachos, y que pagaban con cigarrillos los favores efímeros de las mujeres. La reacción consiguiente ha sido: ¡ No más liberación « *à l'américaine* » ! ¡ Dejados en paz ! ¡ No queremos vuestras limosnas, ni vuestra coca-cola, ni vuestras bombas atómicas ! Si vosotros nos dejáis tranquilos, también nos dejarán los rusos.

Todos los días pueden leerse en los periódicos franceses, cualquiera que sea su tendencia, variaciones rebuscadas sobre este tema. La única cuestión que no se menciona jamás es el hecho trágico, pero decisivo, de que la supervivencia física de Francia depende del potencial atómico de Norteamérica. Si se admitiera este hecho, toda la estructura ficticia se derrumbaría. Y si hubiera que separar el elemento deseo, del universo de los deseos y de los temores del

paciente, sólo quedaría el temor : el terror intolerable y reprimido de una Europa virtualmente indefensa todavía ante la amenaza rusa.

De ahí que sea necesario seguir manteniendo la ficción y eludiendo la realidad a toda costa. Esto no es hipocresía consciente, ni ingratitud, ni implica tampoco menosprecio por el carácter francés. Cualquiera nación que hubiera sufrido tres invasiones en el espacio de un siglo, y en la que cada familia hubiera perdido un varón, por lo menos, padecería la misma forma de neurosis.

La evasión de la realidad

La evasión de la realidad es un rasgo característico de la Europa contemporánea ; pero durante mucho tiempo fué un vicio específicamente británico. Casi podría decirse que los británicos deben su notoria inmunidad contra el histerismo al hecho de ser impenetrables a la realidad ; defecto hábilmente disimulado con el arte de presentar sus desaciertos como si fueran actos de razonable moderación.

En los días en que Londres estaba sometido al « blitz », el P. E. N. Club pidió a Louis Golding que organizase unas conferencias para establecer una comparación entre la novela norteamericana y la británica. Apenas hubo terminado Golding su charla, cuando empezaron a sonar las sirenas anunciadoras de un ataque aéreo ; pero la discusión se prosiguió con la naturalidad acostumbrada. El segundo o tercer orador era un hombrecito simpático y endeble, de pelo gris, que creo había escrito la biografía de un oscuro naturalista del siglo diecisiete, originario del Wiltshire. Atacaba a Hemingway, a Dos Passos, a Faulkner y a otros.

« Me parece », explicaba tranquilamente, « que estos novelistas norteamericanos modernos padecen una preocupación morbosa de la violencia. Leyendo sus libros pudiera creerse que allí el hombre normal se pasa la vida dando puñetazos a sus semejantes o recibiendo golpes en la cabeza ; cuando, en realidad, las gentes normales rara vez tropiezan en su vida con la violencia. Se levantan por la mañana, tra-bajan sus jardines... »

Silbó una bomba y fué a estallar sobre unas casas próximas, y las baterías anti-aéreas iniciaron su estruendo infernal. El hombrecito esperó pacientemente que volvieran a sonar las sirenas, anunciando el fin del peligro, y después continuó con calma :

« Lo que quiero decir es que la violencia pocas veces desempeña un papel importante en la vida de las gentes normales y, en rigor, no es correcto que un artista dedique tanto tiempo y tanto espacio a esas cosas... »

Uno de los rasgos más destacados de la conducta del neurótico es su incapacidad para aprovechar las lecciones de sus pasadas experiencias. Como si actuara bajo la influencia de un maleficio, se lanza una y otra vez a los mismos conflictos e incurrir en los mismos errores. La política extranjera británica, en relación con la unión europea, y la política interna francesa, durante los últimos treinta años, parecen haber sido dictadas por esta fuerza que induce a la repetición de los mismos actos.

El resorte que hizo estallar la segunda guerra mundial fué la reivindicación, por parte de Alemania, de una ciudad que formaba en enclave en territorio polaco y a la que sólo podía llegarse por un corredor. Apenas se había terminado esta guerra y ya los hombres de Estado aliados creaban un nuevo enclave, exactamente del mismo tipo, sólo accesible por un corredor trazado a través de territorio extranjero. El nombre del primer enclave era Danzig ; el nombre del segundo es Berlín. Detrás del axioma baladí, según el cual « la historia se repite », se ocultan las fuerzas inexploradas que inducen a los hombres a repetir sus trágicos errores.

El ejemplo evidente más característico de esta fuerza es la llamada política de apaciguamiento. La lección que nos ofrece el tercer decenio de este siglo es que mientras exista una depresión, habrá una fuerza agresiva y expansiva, con una fe mesiánica en su misión, para ir a colmarla ; que la elevación del nivel social, por conveniente que sea en sí misma, no basta para proteger contra un ataque, ni para disuadir al atacante ; que el precio de la supervivencia es el doloroso sacrificio de una gran parte

de la renta nacional para la defensa, durante un largo y penoso período, y que el apaciguamiento, por muy seductores y plausibles que parezcan sus argumentos, no es un sustitutivo de la fuerza militar, sino una invitación directa a la guerra. El recuerdo de estos hechos debería estar aún bien presente en la memoria de todos, y sin embargo, son numerosos los hombres políticos, sin mencionar a los millones de seres que entran en la categoría del hombre medio, que parecen decididos a cometer los mismos errores y a vivir de nuevo la misma tragedia.

« Del peligro de la guerra no es posible defenderse con las armas; esto sólo se podrá conseguir con el progreso hacia un nuevo mundo regido por el derecho... Los armamentos no pueden combatirse acumulando armamentos; sería lo mismo que recurrir a Belcebú para expulsar al Demonio. »

Esto suena como un discurso de Mr. Aneurin Bevan, en 1953. En realidad, es un discurso pronunciado el 11 de marzo de 1935, en la Cámara de los Comunes, por Mr. Clement Attlee, para protestar contra una proposición del Gobierno, por la que éste pedía un modesto aumento del presupuesto del rearme. * Cuando Mr. Attlee sugirió, como una idea brillante para salvar la paz, la « disolución de los ejércitos nacionales », fué interrumpido con gritos de: « ¡ Dígaselo a Hitler ! » El orador hizo caso omiso de la interrupción, lo mismo que 18 años más tarde, Mr. Bevan pasa por alto impertinencias parecidas. En el citado año de 1935, la « candidatura de la paz » obtenía en Inglaterra once millones de votos, es decir, más de la mitad del electorado británico. Hoy día, todo esto ha pasado al olvido, se ha reprimido y se halla relegado a la subconsciencia política.

Incluso las consignas con que el agresor hipnotizaba a sus víctimas, eran las mismas. Hitler patrocinó los congresos de la paz de los veteranos de guerra alemanes y franceses, que protestaban contra la conspiración de los « traficantes de cañones » y contra los belicistas plutodemócratas de Wall Street. Los refugiados antinazis, que

hablaban de los campos de concentración y de las intenciones agresivas de Hitler, eran considerados como propaladores de atrocidades, como maníacos de la persecución y fomentadores del odio entre las naciones, lo mismo que acontece ahora con sus sucesores, los refugiados rusos y los excomunistas. ¡ Si las Casandras y los Jeremías se callaran, todo iría bien !, parecían decir las gentes. Después de cada acto de agresión, Hitler hacía un gesto de paz, que era ansiosamente aceptado por su valor nominal, como lo son los gestos similares de Stalin y de Malenkov. Los hombres que levantaban la voz contra esta credulidad eran acusados de sabotear deliberadamente las posibilidades de una solución pacífica. La cabeza de turco, el « verdadero belicista » era, en aquella época, no los Estados Unidos de América, sino... Francia. Cuando Duff Cooper, entonces Ministro de la Guerra, pronunció un discurso en el que insistía enérgicamente sobre la necesidad de la amistad franco-británica, fué atacado en ambas Cámaras por los laboristas, y Mr. Attlee subrayó que « un énfasis tan acentuado, al hablar de la amistad de un país, induce a otros países (es decir Alemania) a preguntarse por qué no se les trata con « la misma amistad ». Cuando Hitler invadió la Renania (e inmediatamente después ofreció un tratado de paz de veinticinco años), el presidente del Consejo francés se trasladó a Londres, donde fué acogido con la misma cordialidad con que se recibe actualmente en Francia a los generales norteamericanos. Algunos expertos políticos imparciales, a quienes no gustaba el régimen nazi, se pusieron en guardia contra la exageración de sus peligros, diciendo que los alemanes sólo deseaban anexarse algunos territorios alemanes, como la Renania y el Sarre, pero que eran « demasiado inteligentes » para tragarse un país extranjero, tal como Checoslovaquia, que no podrían digerir jamás. Desde 1945 se oye exactamente el mismo argumento en Europa central y occidental, en relación con las intenciones de Rusia.

El resultado de todo ello fué que, por el año 1936, los belgas, los rumanos, los yugoslavos, etc. se habían hecho « neutralistas », y el sistema de la seguridad colec-

* Evidentemente, en otros períodos se encuentran declaraciones semejantes en los discursos de los portavoces del partido conservador.

tiva se desintegró, como se está desintegrando actualmente la O. T. A. N.

El neurótico que comete cada vez el mismo tipo de error y cada vez espera salir bien librado de él, no es un estúpido, sino sencillamente un enfermo.

Algunas aberraciones de menor importancia

Casi todas las aberraciones de carácter sexual tienen su tipo correspondiente de perturbación en la libido política. Señalaré sólo algunos de los casos más frecuentes de neurosis política

La ambivalencia :

Una persona puede amar a otra y a la vez odiarla, y experimentar estas emociones simultánea o alternativamente, como acontece con las parejas de temperamento fuerte y en los casos de relaciones difíciles entre padres e hijos. Las relaciones que existen entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América son un caso típico de relaciones ambivalentes. A los norteamericanos, por lo general, les gustan los aristócratas, las modas, los acentos y el empaque de las tradiciones británicas, pero al mismo tiempo se ríen de ellos. Los británicos, aunque por razones distintas, consideran también a los norteamericanos con sentimientos que son una mezcla de admiración y de burla, de envidia y de desprecio. Aproximadamente una vez cada seis meses, las relaciones angloamericanas se envenenan y se produce una pequeña crisis causada, casi siempre, no por verdaderos conflictos de intereses, sino por la exasperación mutua, que es típica en una asociación ambivalente.

También se observa en las historias clínicas de los neuróticos que una emoción va seguida, de modo más o menos duradero, por su contraria : pasión ciega y odio desenfrenado, admiración ferviente y repugnancia escalofriante. Muchos excomunistas, excatólicos y expatriados adoptan la misma actitud que el amante desengañado en relación con su pareja, con su iglesia o con su país, que en otro tiempo lo eran todo para ellos.

En el tecnicismo psiquiátrico, esto significa una aberración por la que el instinto sexual se aficiona a un símbolo, a un accesorio o a una parte de lo que debería ser el destino natural de éste. El aspecto exterior de una mujer, un corsé, unas botas de montar, e incluso un retrato de « pin-up » pueden llegar a ser objeto de una adoración fetichista. La libido política también puede estar sometida a este fenómeno.

El fetichismo :

El carácter fetichista de los símbolos, tales como las banderas, los uniformes, los emblemas, las canciones y los himnos, es demasiado evidente para que sea necesario insistir sobre él. Es igualmente obvio que la propaganda explota rasgos característicos, como la mecha de cabello de Hitler, el cigarro de Churchill o la guerrera de cuello alto de Stalin. Esos apasionamientos de las masas rara vez se reconocen como síntomas patológicos, a pesar de que nadie ignora su existencia. Significan no sólo una regresión hacia la idolatría y la adoración de los totems primitivos, sino también que el símbolo o la parte del mismo que se ha convertido en objeto del culto del fetichista, ha pasado a substituir a la cosa que aquéllos representan, desviando así la energía social de su propósito original. El impulso político de millones de idealistas, que empezaron yendo a la busca de un mundo mejor, se ha visto pervertido de esta manera ; la lucha por el progreso se ha convertido en adoración del « Partido », al que ya no se considera como un accesorio de la finalidad primitiva, sino como un objeto de adoración, por derecho propio.

Los eternos adolescentes :

El joven intelectual radical de Bloomsbury, de St.-Germain-des-Prés o de Greenwich-village es un tipo realmente inofensivo. Su radicalismo proviene a menudo de una rebelión de adolescente contra sus padres o de cualquier otro conflicto estereotipado que le hace desesperar temporalmente del mundo. Pero algunos de esos radicales no alcanzan nunca la madurez del adulto y siguen siendo los eternos adolescentes de la izquierda.

En los Estados Unidos y en Francia, se encuentra frecuentemente una variedad de este tipo, pero rara vez aparece en Inglaterra. El joven X... empieza siendo un comunista entusiasta; pronto se desilusiona, y funda un grupo de oposición trotskista, constituido por diez personas; descubre que seis de entre las diez forman un « bloque de oposición » secreto dentro del grupo; vuelve a sentirse desilusionado, y funda una « capillita », con un programa cien por ciento anticapitalista, antinacionalista y antipacifista, que también fracasa; inicia otra nueva « capillita » y así sucesivamente. Todas sus luchas, sus polémicas, sus victorias y sus derrotas son tormentas en un vaso de agua, limitadas al mismo grupito de intelectuales radicales: una especie de familia que se sostiene con las peleas y las acusaciones mutuas, y que, no obstante, mantiene la cohesión en virtud de un singular coagulante dialéctico. Un ejemplo clásico de estos grupos es el de los existencialistas-marxistas que se agrupan en torno a *Les Temps Modernes*, de Sartre, con sus rencillas y sus cismas perpetuos. Puede decirse que el sectario padece de líbido política de tipo « incestuoso ».

El entrometido Y... representa otro tipo distinto. Su nombre figura en todos los comités « progresivos », su voz se alza para protestar contra todas las injusticias; ha abrazado todas las causas justas que existen bajo el sol, y no ha llevado nada a feliz término sobre la tierra. Y... es el equivalente político del « ninfomaniaco », que sufre de exceso de líbido política. También esta clase de neurosis florece especialmente en el clima de izquierda; porque, en general, la izquierda es políticamente hipersexuada.

Finalmente, existe Z..., el « masoquista » político. Para él, la parábola de la paja y la viga se ha invertido. La menor injusticia, dentro de su propio país, le arranca gritos de angustia y de desesperación; pero encuentra excusa para los crímenes más odiosos cometidos en el campo opuesto. Cuando a un jugador de tenis, por no ser de raza blanca, se le rehusa una habitación en un hotel de Londres, Z... tiembla de indignación espontánea; cuando millones de personas echan los pulmones por la

boca en las minas soviéticas del Artico y en las barracas de los campos de concentración, la conciencia sensitiva de Z... permanece silenciosa. Z... es un patriota invertido, cuya aversión por sí mismo y cuya ansia de autocastigo se han transformado en odio hacia su país o hacia su clase social, y anhela el látigo que habrá de flagelarlo.

El desco de pertenencia :

Es un axioma de la psiquiatría que nadie es perfectamente cuerdo. La diferencia entre una persona normal y un neurótico es sólo de matiz, no de calidad. Pero en determinados períodos de la historia, el clima social y cultural favorece ciertas tendencias específicas hacia la neurosis y la aberración. En la edad de oro de Grecia, la homosexualidad masculina era un fenómeno casi general. En los años de 1920 a 1930, la promiscuidad alcanzó proporciones sin precedente. La líbido política está sometida a altos y bajos similares, que van desde la relativa normalidad hasta las proximidades de la locura. Hace ya bastante tiempo que estamos presenciando una constante decadencia hacia esta última.

Las causas posibles de este proceso sólo pueden mencionarse brevemente. Así como el impulso sexual sirve para perpetuar la especie, la líbido política representa la necesidad urgente en el individuo de identificarse con una idea o con un grupo de valores que forman parte de una comunidad; en otras palabras, su necesidad de « pertenencia ». Ambos instintos son humanos, aun cuando en el curso de los últimos decenios la importancia del primero se ha visto oscurecida por la insistencia con que los freudianos se han dedicado a estudiar exclusivamente la primera.

En la Edad Media, a pesar de las guerras, del hambre y de las epidemias, el hombre vivía en un universo relativamente estable. La formidable autoridad de la Iglesia, la jerarquía petrificada del Estado medieval, la fe en la Providencia y en la justicia divina daban a las gentes un sentimiento de seguridad y de pertenencia. Después se produjeron una serie de movimientos sísmicos, que empezaron con el Renacimiento, continuaron con la Reforma y

culminaron en las revoluciones francesa y rusa, que deformaron lenta, pero totalmente, la visión que el hombre tenía de la sociedad y del universo. La vida medieval se hallaba regulada por mandamientos indiscutibles, que terminaban todos con signos de admiración. Ahora, todos los signos han pasado a ser interrogaciones. Toda la tierra, que antes era el centro estable del universo, se ha transformado en un laboratorio experimental que se agita como un torbellino; los valores se han derrumbado, los lazos se han aflojado, la libido política del hombre se ha desatado con las ansias eróticas de un adolescente. Pero, hasta ahora, la busca de un nuevo orden general y de un credo que comprenda las relaciones que unen al hombre con el universo y con la sociedad, no ha dado ningún resultado positivo. El hombre del siglo XX es un neurótico político, que no encuentra una solución al problema del significado de la vida, porque tanto desde el punto de vista social como del metafísico, ignora adonde « pertenece ».

De acuerdo con estas circunstancias, un instinto frustrado puede manifestarse bajo una gran variedad de formas y, a menudo, se encuentran en la misma persona signos contradictorios. La frustración y la derrota prolongadas pueden conducir hacia una atrofia del instinto; el paciente se hace socialmente apático y sus desengaños le convierten en cínico político y le dictan una conducta antisocial. Los síntomas de este proceso de la libido política amargada se observan con carácter más sorprendente en la Francia contemporánea.

Pero el proceso contrario es todavía más peligroso. La necesidad insatisfecha de « pertenecer » puede conducir a la « hipersexualidad política », que se manifiesta por una ciega devoción abnegada hacia una causa no santa. En nuestra época, los que más profundamente han sentido la pérdida del paraíso han sido los primeros en experimentar la atracción de los reinos de los cielos « ersatz »: la Revolución Mundial, la Rusia soviética, o el imperio milenarista. En lenguaje psiquiátrico se dice que han experimentado « fijaciones » de su libido política hacia esos sustitutivos sangrientos de la utopía.

Las anteriores consideraciones no significan que deba subestimarse la importancia de los factores económicos y de los estados de tensión social. Ningún psiquiatra puede curar la pobreza ni la enfermedad que sufren las densas poblaciones del Asia. Pero es innegable que antes de expresarse las necesidades económicas del pueblo mediante acciones políticas se produce un proceso mental; y la mayor parte de las veces, este proceso mental engendra acciones absolutamente opuestas a la necesidad original. Los pensadores optimistas del siglo XIX creían que, en general, las acciones de las masas coincidían con sus intereses; el siglo XX nos recuerda que hasta un pueblo tan altamente civilizado como el alemán, es capaz de entregarse al suicidio colectivo, impulsado por alguna obsesión neurótica y sin tener en cuenta la realidad económica.

El razonamiento por sí solo no es suficiente para vencer esas obsesiones. Es propio de los credos totalitarios suministrar al creyente una saturación emocional, una sensación perfecta de pertenencia. Aunque el comunismo es un credo fantasma, tiene, no obstante, el dinamismo de una religión secular. Para los frustrados y hambrientos, tiene toda la atracción sexual de un credo fuerte y monolítico, en comparación con nuestra civilización dividida y compleja. La democracia no puede crear un instrumento de conspiración semejante al del Cominform, ni producir un fantasma contrario para oponerlo al credo comunista. No dispone de ninguna panacea para los múltiples problemas que abruma a nuestra civilización. Y sin embargo, sólo podremos sobrevivir si, además de poseer el armamento más poderoso, somos también capaces de destruir la fuerza hipnótica del fantasma.

La primera condición para ello es un diagnóstico exacto. Se atribuye a los hombres políticos tener solamente un conocimiento superficial de la historia y de la economía. Ya es hora de que se les obligue a aprender los elementos de la psicología, y a estudiar las extrañas fuerzas mentales que impulsan a las gentes a actuar contra sus propios intereses, con determinación tan obstinada.

A. KOESTLER

APROXIMACION A LA OBRA DE JORGE LUIS BORGES

POR E. L. REVOL

NINGUN escritor más evidentemente argentino, entre los de nuestro tiempo, que Jorge Luis Borges.

Es fácil prever cuantas dudas puede suscitar semejante afirmación, cuantos prejuicios (ya bien arraigados en muchas mentes, por ejemplo en las de casi todos los críticos que se ocupan en literatura suramericana) resulta necesario vencer para verificarla. Pero la afirmación es válida, de cualquier modo ; aunque en su obra más reciente abundan las menciones de libros y nombres exóticos, y aunque en ella no se advierta, *a primera vista*, el interés por su medio ambiente, no sólo existe tal interés sino que hasta hay amor y, más que amor todavía, una especie de necesidad inevitable de ser argentino, así como él mismo veinte años atrás sentía la necesidad de escribir en argentino.

Porque conviene recordar que en la obra de juventud de Borges, en la poética sobre todo, pero también en la del prosista de *El idioma de los argentinos*, por ejemplo, se manifiesta una intención muy deliberada de afirmarse argentino e inclusive de actuar como explotador de lo « pintoresco » argentino. A este respecto cabe suponer que esa ha de ser la parte de su obra que estimen más sana, más americana, quienes consideran que el uso inmoderado de criollos, con incesantes facones,

mates y chinas, es índice de autenticidad en un escritor argentino ; aunque debe tenerse en cuenta que cualquier extranjero, con tal que sea un poco avisado, en pocas semanas de residencia allí (o aun sin ella) y con la frecuentación de algunos oportunos volúmenes puede hablar también de todo eso — criollos y demás admiñuculos — y que afectar amor a su respecto no cuesta ni siquiera la lectura más o menos somera de un par de tales obras...

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que cada día esos criollos pertenecen más y más al dominio de la utilería, es decir, que cada día se vuelven un poco menos reales puesto que ya no queda ni uno de ellos en las principales ciudades y ni siquiera en sus cercanías. Por todo esto, tratándose de un escritor argentino debe buscarse lo específicamente nacional de su espíritu sobre todo en ciertas ausencias y en un verdadero enjambre de dispares presencias : presencias de recuerdos, heroísmos y austeridades ya difuntos, presencias cotidianas de nombres y de rostros exóticos ; y presencia, muy particularmente, de afán, por recoger algo de las principales tradiciones de nuestra comunidad occidental.

En este sentido, por estas presencias tan evidentes en la obra de quien ha es-

crito *El jardín de senderos que se bifurcan*, la naturaleza argentina — o como hubiera dicho Unamuno, el artífice de este vocablo ya tan manoseado, «la argentinidad» — de Jorge Luis Borges es un hecho que sólo puede ser desconocido por quien se empeñe en ignorar crasamente la configuración espiritual de la Argentina de hoy. Puesto que ahora quizás el modo más elevado y el más profundo de ser argentino consiste en sentir ausencia y, por ende, necesidad; ausencia, por ejemplo, de tradición cultural (porque nos sobra pasado histórico y nos falta la fuerza que le dé cohesión) y necesidad consiguiente de Europa, de una Europa ideal en el sentido estrictamente platónico, cuyo trazado sólo puede concebir la imaginación, pues ella lo decanta y conjuga en ciertos nombres, en ciertas fechas, en ciertos lugares y ciertas obras.

Jorge Luis Borges, nacido en Buenos Aires en 1899, es muy posiblemente, después de la muerte de Unamuno y Lugones, uno de los dos mayores prosistas vivientes de lengua española (el otro, decirlo casi está de más, es Alfonso Reyes); pero inició su carrera literaria como poeta y hasta hace pocos años ha seguido escribiendo versos, lo cual hace imprescindible para la comprensión de su desarrollo total e incluso para una mejor interpretación de sus mismas narraciones, una referencia — aunque sea somera — a su carrera poética.

La poesía de Borges

Borges es el autor de cuatro libros de versos: *Fervor de Buenos Aires*, el primero, data de 1923, y en 1925 apareció su *Luna de enfrente*, en 1929 *Cuaderno San Martín* y, por último, *Muertes de Buenos Aires*: todos ellos, más algunos poemas ocasionales, forman sus obras poéticas completas, reunidas en volumen en 1943. Tras éste, Borges ha publicado solamente un poema (sobre Heráclito), a principios de 1944; de modo que es posible pensar que ha abandonado definitivamente el ejercicio de los versos, por cuanto el crítico ya puede considerar terminada su obra lírica.

Dos sentimientos afines rigen la poesía de Borges. En primer lugar, un sentimiento de amor a su ciudad natal, un amor como sólo puede sentirlo aquel — y Borges fué educado en Suiza — cuya infancia transcurrió en el extranjero. Así, cada edificio, cada esquina, los múltiples rasgos de la ciudad recuperada tienen, en los versos de Borges, un poder evocador y un esplendor que el hombre acostumbrado de siempre a ella, el que por así decirlo la ha vivido cotidianamente, no podrá nunca hallarle por sí solo. A este singular amor — amor crítico, también cargado de mordacidad — se une en Borges un conocimiento portentoso de cuantos acontecimientos históricos, hasta de ínfima historia municipal, marcaron de un modo u otro etapas en el desarrollo de ese Buenos Aires, hoy tan moderno y tan geométrico que, por sus solas apariencias, podría suponerse tan exento de historia como un triángulo o un círculo.

Semejante conocimiento de la historia argentina, y con más exactitud porteña, parte en Borges de un intenso sentimiento de la grandeza familiar, el cual constituye el otro rasgo primordial de su actitud poética. Existe siempre en Borges, unas veces evidente y agazapado otras, pero existe siempre, algo así como una viril melancolía patricia, comparable muy bien a la que Lugones declaraba en las líneas finales de su espléndida «Dedicatoria a los antepasados», la pieza liminar de sus *Poemas solariegos*:

« Que nuestra tierra quiera salvarnos del
olvido,
Por estos cuatro siglos que en ella hemos ser-
vido.»

Es que por linaje Borges, como Lugones, pertenece a ese grupo — hoy casi extinguido por el diluvio de inmigrantes, de riqueza fácil, de mal gusto — que le dió a la Argentina, en los tiempos heroicos de sus guerras, la sangre para que la derramaran los enemigos y, en los años demasiado breves de la Organización — nuestra época de la Ilustración —, jurisconsultos, legisladores, promotores de europeísmo...

Pero quizás toda esa melancolía por hechos y hombres de los que ya nada puede

revivir, en circunstancias muy diferentes, con otros ánimos, es lo que impidió un desarrollo más generoso de Borges como poeta. No obstante, si se le considera entre los poetas de su generación y de este idioma, en el cual hay figuras tan estimables como Jorge Guillén, Francisco Luis Bernárdez y Xavier Villaurrutia; si se le considera entre esos poetas cuya reacción contra el modernismo es perfectamente comparable a la de los simbolistas contra los parnasianos en Francia o a la de los imaginistas contra los georgianos en Inglaterra, entonces es necesario reconocer que en ese conjunto Borges ha sido una de las figuras descollantes, particularmente cuando ha conseguido sobreponerse a lo inmediato y ha aplicado sus magníficas dotes verbales a la manifestación de sentimientos aún más intensos y, sobre todo, más puros, por ejemplo cuando escribía este « Manuscrito hallado en un libro de Conrad »:

« En las trémulas tierras que exhalan el
[verano.
El día es invisible de puro blanco. El día
Es una estria en una celosía,
Un fulgor en las costas y una fiebre en el
[llano.

Peró la antigua noche es honda como un
[jarro
De agua cóncava. El agua se abre a infinitas
[huellas
Y en ociosas canoas, de cara a las estrellas,
El hombre mide el vago tiempo con el cigarro.

El humo desdibuja gris las constelaciones
Remotas. Lo inmediato pierde prehistoria
[y nombre.
El mundo es unas cuantas tiernas
[imprecisiones.
El río, el primer río. El hombre, el primer
[hombre. »

Por desgracia, en otros poemas de Borges tanto brillo y audacia de imágenes suele verse suplantado por una pesada retórica amorosa, como la que exhiben sus *Prose Poems for I. J.* (originalmente escritos en inglés), o — lo que sin duda todavía es peor — por una mera versificación llena de pretensiones metafísicas, de « statements » y no de « meaning », para

usar la distinción siempre útil de Richards; una versificación que apenas si consigue *ejemplificar* tal o cual problema filosófico, posiblemente mejor tratado en algún manual de la materia, como sucede en su poema « La noche cíclica ».

De cualquier modo, en la obra ya vasta de Borges los versos son simplemente una actividad marginal; tan marginal, en verdad, que estimar su importancia por ellos sería tan injusto como recordar a Joyce sólo por « Chamber Music ». Además — y esto es lo más importante — que no sólo excede tanto en cantidad como en calidad la obra en prosa a la obra poética de Borges, sino también que en su prosa él ha conseguido lo que se propuso y no alcanzó en esos versos con *pretensiones metafísicas*.

Su estilo peculiar

Declaré al comienzo que Borges es uno de los dos mayores escritores vivientes de nuestro idioma. Me consta que un juicio tal impone aclaraciones y precisiones.

Si se piensa, como parecen hacerlo ciertos críticos de inexplicable notoriedad, que un gran estilo es producto, única y exclusivamente de la imitación de los clásicos de la lengua; si así se piensa, de seguro Borges no es un gran maestro de estilo, no es un gran escritor. Pero cabe temer que con igual fundamento podría negarse que Unamuno haya sido un gran maestro de nuestra lengua; y el caso es que si se busca auténtica renovación en el idioma castellano escrito — y un idioma es vida, y vida es renovación — es imprescindible recurrir a Unamuno, en primer término, y luego, al lado de Lugones y Alfonso Reyes, a Borges.

Permitase a esta altura una consideración de carácter general. En una lengua como la española, tan precozmente estabilizada que ya en 1492 — téngase bien presente: justamente en el año del descubrimiento de América — Antonio de Nebrija, su primer y más digno gramático, podía temer que cualquier progreso ulterior fuera impracticable en ella y que sólo

la aguardaba la decadencia ; en una lengua petrificada en su país de nacimiento por la falta de nuevas ideas, por la carencia de esa especie de diálogo internacional que es tan necesario para la vida de idiomas y países como para la de los individuos, en una lengua tal, el escritor que aspire a tener su propia escritura, su forma distintiva por así decirlo, no puede ignorar el habla cotidiana, es decir, todas las deformaciones y cuantas innovaciones ha impuesto el pueblo consciente o inconscientemente. Pero si, además, dicho escritor no sólo es de nuestra lengua sino también hispanoamericano, entonces debe considerar los innumerables modismos que han aparecido, en primer lugar como consecuencia de la separación de la madre patria, y en segundo lugar debido a la llegada de tantos inmigrantes procedentes de países cuyos idiomas no son el nuestro.

En España, Unamuno consiguió crear su escritura propia, y por ende enriqueció la lengua común, porque vivía en contacto permanente con las mayores literaturas europeas ; y además porque su genio excepcional — excepcionalmente arbitrario, excepcionalmente curioso — tenía necesidad de una especie de escritura, que él mismo creó y perfeccionó, que posee la esbeltez de una conversación entre hombres muy inteligentes y la libertad de una discusión entre hombres muy honrados. Borges, en América del Sur, ha infundido realmente un nuevo giro a la prosa — por más que en la formación de su estilo puedan discernirse huellas de Quevedo, de Gracián y de otros — porque vive nutriéndose de otras literaturas — de la inglesa, en primer término ; y dentro de ella, de ciertos escritores como Thomas de Quincey y Sir Thomas Browne — y, sobre todo, porque ha tenido en cuenta el habla cotidiana y, más aún, porque la naturaleza peculiar de su imaginación se lo exigía. En realidad, a Borges le hubiera resultado imposible escribir de otro modo que el suyo, apartarse ni una pulgada de su estilo, porque su imaginación es de diferente índole a la de todos los demás prosistas, antiguos y modernos, de nuestra lengua.

Desgraciadamente, la costumbre consiste, sobre todo entre los críticos de nuestro

idioma, en hablar acerca del arte de escribir, acerca de las diversas clases de escritura, como si se tratara de hechos puramente objetivos, de puntos gramaticales exclusivamente, sin darse cuenta de la relación muy íntima (e indisoluble) que existe entre la naturaleza de la escritura y la naturaleza de la imaginación del escritor. Por supuesto, semejante actitud ante la obra literaria impide la comprensión de la importancia real de cualquier escritor ; pero, sobre, todo, la de un escritor como Borges, cuya imaginación desempeña una función tan capital y, por así decirlo, tan directa en su obra.

En cambio, si tales críticos pudieran tener presente siempre que existen estilos de la imaginación como hay estilos de escritura y que el estilo de la imaginación determina siempre la clase de escritura, entonces sería posible llegar a apreciar más fácilmente la eficacia o ineficacia de un escritor en el tratamiento de un determinado tema. Y cuando uno advierte que el número de temas que la fantasía concibe es invariable (pues en última instancia la fantasía es tan limitada como la misma razón), entonces, mediante la confrontación de dos o más piezas literarias cuyos temas son básicamente el mismo, puede establecerse una jerarquía de escritores, de estilos y hasta de imaginaciones que, de otro modo, sólo puede determinarse muy arbitrariamente.

En el caso de Borges, cuyo talento se ha manifestado sobre todo en sus relatos fantásticos, cabe comparar algunos de éstos (y sus modos de desarrollo) con las técnicas adoptadas por algunos otros escritores para desarrollar temas idénticos. Tómese, por ejemplo, entre varios que serían igualmente útiles a tal fin, el relato de Borges titulado *El milagro secreto*. Es bien notorio el parecido de esta narración con *An Occurrence at Owl Creek Bridge* de Ambrose Bierce y con *Mr. Arcularis* de Conrad Aiken ; en resumen, el tema de los tres autores es el mismo : se trata de toda la vida ilusoria que vive un hombre en los últimos instantes que preceden a su muerte. Pero Borges no ha tratado este asunto desde un punto de vista psicológico,

como lo hicieron Bierce y Aiken, sino más bien con un criterio que podría llamarse metafísico. Los personajes de los cuentos de Bierce y Aiken son un puro fluir, son el torrente psíquico que perdura intacto por un segundo, desembarazado ya de toda la carne que lo nutría. El personaje de Borges, un dramaturgo checo que frente a un pelotón de ejecución nazi tiene tiempo suficiente — entre la orden de « ¡ Fuego ! » y el ingreso de los proyectiles en su cuerpo — para escribir con prolijidad flaubertiana un drama que intentó en vano durante muchos años, es, por el contrario, en vez de puro fluir, puro ser, y un ser como de piedra, se diría ; entre la muerte y la vida, como los otros, pero más cerca de la muerte que de la vida. De este modo, Jaromir Hladik, el héroe de Borges, adquiere un ímpetu con el que alcanza y rebasa la mera alegoría política e ingresa, de lleno, en el dominio de lo metafísico.

Estrictamente hablando, corresponde decir que Borges es uno de los muy pocos escritores que han dado en el orden narrativo un tratamiento literario apropiado a los problemas metafísicos. Y en este sentido puede señalarse una diferencia fundamental entre la imaginación de Kafka y la de Borges, en tanto que ambos poseen un rasgo común que por mi parte me atrevo a describir como la capacidad para hacer de la tierra un escenario de la Eternidad.

Influencias en su obra

Supongo que un crítico que al analizar las obras más recientes de Borges no comenzara por indagar el proceso de su formación literaria estaría tentado de hablar sobre « la enorme influencia » que en él ha ejercido el escritor de Praga ; y si tal crítico recordara que Borges ha sido uno de los « importadores » de los escritos de Kafka en los círculos literarios hispanoamericanos, de seguro que semejante opinión se afianzaría en él. No obstante, y sin que con esto intente negar por completo la influencia que Kafka puede haber ejercido sobre Borges, me permito anotar dos diferencias sustanciales entre ellos. En primer lugar, Kafka funda sus alegorías

en una clase de experiencia que es casi mística (y pienso que a veces mística del todo) en tanto que Borges apoya sus fantasías en especulaciones estrictamente filosóficas, trabajando no tanto con la ayuda de la Cábala o el Tao-Teh-King como con la de Berkeley y Schopenhauer. En segundo lugar, Kafka es evidentemente un escritor mucho menos interesado que Borges en los problemas puramente literarios : Borges es siempre un « hombre de letras », en tanto que a Kafka bien podría llamársele el escritor menos literario de nuestra época. Además, un estudio atento del desarrollo de la prosa de Borges revelaría otras influencias más enérgicas que la de Kafka en su obra. Así, cuando se considera, además de sus dos libros más recientes — *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949) — el conjunto de cuentos publicado en 1935 con el título *Historia Universal de la Infamia*, es fácil reconocer la influencia de dos escritores ingleses : Robert Louis Stevenson y Gilbert Keith Chesterton.

En cuanto al segundo, influencia de las más constantes sobre Borges, se me concederá una breve digresión. Por lo común, Chesterton se ha visto relegado, en el mundo de habla inglesa, a la condición, más o menos, de un mero narrador hábil, reputándosele escritor totalmente exento de importancia literaria en el sentido en que ésta cuenta para críticos e historiadores. En los países latinos, por el contrario, donde los círculos católicos son tan influyentes, su valor ha sido exagerado hasta el punto de situarlo entre los mayores poetas ingleses.

Ahora bien, es muy probable, y casi seguro, que ambos puntos de vista sean igualmente errados. Sin duda, Chesterton no es uno de los grandes poetas ingleses, e inclusive dentro de la breve sección católica de la poesía inglesa se podrían hallar piezas muy superiores a sus versos, cargados de retórica tan pomposa las más de las veces. Pero esto no impide que un libro como *The Man who was Thursday* tenga, aparte de su calidad de historia divertidísima (y ya esto por sí solo vale mucho más de lo que suponen ciertos tratadistas de la literatura), una indiscutible eficacia

alegórica, la cual merecería ser más estimada, sobre todo ahora, cuando novelas y cuentos como los de Kafka, Rex Warner y Julien Gracq, plantean de nuevo — y con vigor inusitado — la cuestión de los usos de la alegoría en literatura.

En este sentido, me parece que Borges es de los muy pocos — por no decir el único — que haya sabido dónde ubicar a Chesterton en la literatura británica moderna. Y, de hecho, el reciente ensayo de Borges sobre Chesterton no sólo es uno de los mejores trabajos críticos de Borges (de los más equilibrados, y su crítica suele resentirse por falta de equilibrio), sino quizás también el mejor estudio sobre Chesterton que se haya escrito hasta ahora (1).

En él, Borges indica que casi todo elogio y toda negación de Chesterton alude, antes que nada y casi incesantemente, a lo que es obvio : a su fe católica ; pero que lo realmente importante — el conflicto interior de Chesterton — es dejado de lado como exento de interés. « Chesterton — escribe Borges — se impidió convertirse en un Edgar Allan Poe o en un Franz Kafka, pero algo en la arcilla de su ser tendía a la pesadilla, y esto era algo secreto, ciego y central. »

Este rasgo oculto que Borges discierne en Chesterton, bien puede descubrirse, a poco que se ahonde, en la misma obra de Borges, en sus relatos de pulcritud matemática. Y ciertamente si él ha optado por una clase de escritura que aparentemente está más próxima a la narración detectivesca, con su sentido implacable de la deducción, que a la moderna novela psicológica, de vericuetos tan turbios y en la cual quizás su angustia hubiera hallado procedimiento más propicio para la expresión, esto es así por razones estrictamente literarias : en busca de un mayor rigor, no porque él consiga liberarse de esa angustia casi teológica que sin duda en el fondo de su ser lo aqueja.

Narrador de fantasías

Por este camino, Borges ha conseguido esa pureza que hoy lo caracteriza como narrador de fantasías. Por eso, él no necesita apelar, para solucionar los enigmas que plantea, a espurias explicaciones « psicológicas » y por eso no le tientan las diabólicas fórmulas químicas ni los mecanismos más complicados que la misma naturaleza humana en que caen con tanta frecuencia los especialistas en literatura fantástica. Sin química de prestado, sin físicas del futuro, logra sus efectos. Para ello usa, en cambio, sus dos ciencias favoritas : la metafísica y las matemáticas. Con la primera, comparte la más atrevida fantasía, y de la segunda ha aprendido el más inexorable sentido de la forma.

Estos dos rasgos — el atrevimiento extremo de la fantasía y la implacable precisión formal — aparecen con particular vividez en su cuento *Las ruinas circulares*, en el que narra cómo un hombre crea a otro artificialmente, extrayéndolo del mundo de sus sueños. Por su pureza poética, uno llegaría a creer que este cuento es una magnífica y vasta metáfora del orgasmo. En lo que se refiere a su claridad literaria, al rigor de su fantasía — estos dos términos que parecían inconciliables y que no obstante Borges ha ligado —, pienso que basta compararlo con los relatos, en cierto sentido bien semejantes, de Mary Shelley y H. G. Wells para apreciar el orden inexpugnable que reina en *Las ruinas circulares*.

En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó — escribe Borges. Y el lector se atiene a esto sin protestas pues sueños tan lúcidos como los que Borges refiere prolijamente sólo podrían llevar a tal conclusión, a esa conclusión que procuraba aquél que « quería soñar un hombre : quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad ». Todo es aceptado sin protesta por el lector : designio y victoria, todo es aceptado porque no hay de por medio fabulosos injertos biológicos ni se atribuye el efecto a drogas tremendas,

(1) Recientemente ha sido recogido en el libro de Borges *Otras inquisiciones* ("Sur", Buenos Aires, 1952), colección de ensayos literarios.

porque sólo el sueño (y la imaginación que lo sustenta) están en juego... ? Y qué droga más portentosa que el sueño mismo?

Desearía poder decir algo ahora sobre los otros trece cuentos que forman *Ficciones* ya que, no sólo para mí sin duda, la elección entre ellos no es nada fácil. Pero, por cierto, sería imposible hacer esto dentro del marco de un artículo cuyo único propósito es acercarse al mundo de Borges; aparte de que la prudencia me indica que apenas si tengo ya derecho a mencionar dos relatos más de ese libro admirable. Sean, pues, « La muerte y la brújula » y « Funes el memorioso ».

« La muerte y la brújula » es una narración de estremecedora lógica. Se trata — inequívocamente — de la muestra más cabal del método de creación literaria que hace unos cien años propuso Edgar Allan Poe. Es la historia de un asesino que, con más ingenio que Minos ciertamente, construye el laberinto en que se perderá su víctima; y hace esto con la ayuda, tan sólo, de « un heresiólogo muerto, una brújula, una secta del siglo XVIII, una palabra griega, un puñal, los rombos de una pinturería ». La víctima de esta increíble trama, hecha con residuos de culturas remotas, de especulaciones febriles, de vida común, es el detective de la historia: el hombre llamado Lonrot, en quien la astucia deductiva se convierte en guillotina que le rebana la cabeza. Lonrot podría ser el mismo Borges, es Borges mismo cuando en alguna parte de la narración, febril de razonamiento, embebido de fantasía, exclama: « Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis ». Quizás en estas solas palabras está incluida la explicación de por lo menos uno entre los rasgos sobresalientes en la obra entera de Borges.

En cuanto a « Funes el memorioso » es, conforme a su autor, una « larga metáfora del insomnio ». En 1936, Borges escribió un poema titulado *Insomnio*, algunas de cuyas líneas constituyen una especie de prefiguración del cuento, que por primera

vez apareció en 1942. Estas, por ejemplo, son precursoras evidentes:

*En vano quiero distraerme del cuerpo
y del desvelo de un espejo incesante
que lo prodiga y que lo acecha
y de la casa que repite sus patios
y del mundo que sigue hasta un despedazado*
[arrabal
de callejones donde el viento se cansa y de
[barro torpe.

*Sigue la historia universal:
los rumbos minuciosos de la muerte en las
caries dentales,
la circulación de mi sangre y de los planetas.*

Pero en los seis años que separan al poema de la historia, la mente de Borges hubo de fijarse sin cesar en el tema del insomnio hasta que resaltó, perfecta, esa « metáfora » que es la vida de un humilde criollo del Uruguay, un hombre de memoria tan portentosa que ha podido inventar — para uso privado, claro está — todo un sistema de numeración, una especie de fabulosa mnemotecnia en la que, por ejemplo, el número 7013 se llama « Máximo Pérez », en que el 7014 es « el ferrocarril », y en el que otros números se reconocen por denominaciones como « Napoleón », « La ballena » y « Manta de carne ». « Locke — escribe Borges — en el siglo XVII postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado... Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. » Y agrega en seguida: « Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche

convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. »

Sus últimos cuentos

Hace ahora cuatro años apareció una nueva colección de cuentos de Borges, con el título de *El Aleph*. No estimo que ésta, considerada en conjunto, señale un nuevo avance en su desarrollo ; pero, por cierto, no trato de indicar con esto que implique un retroceso. Estancamiento, sí, quizás lo llamaría ; pero, ¿ hasta qué punto es lícito llamar estancamiento a la condición de un escritor que se manifiesta, entre otras de las que forman dicho volumen, con piezas tan memorables como « El inmortal », « Biografía de Tadeo Isidoro Cruz », « Deutsches Requiem » y « El muerto » ?

Lo mejor sería decir que en *El Aleph* Borges sigue, quizás demasiado previsiblemente, el sendero, o los senderos, ya marcados, ya en buena parte recorridos, en las piezas de *Ficciones*. Nada realmente nuevo se añade : los asuntos, claro está, son nuevos, y bien sorprendentes y bien atractivos. Pero los temas, los métodos, la calidad de la escritura se agregan sin la menor conmoción a los de sus relatos anteriores. Y esto no es saludable, tratándose de escritor tan dotado y de un período que desde el primer cuento de « Ficciones » hasta el más reciente en *El Aleph* abarca, nada menos, catorce años.

Lo siguiente puede parecer dictado por un malsano afán de paradoja. Es el caso, sin embargo, que en todo *El Aleph* la pieza que juzgo más interesante, aquella en la que creo verse esbozar al Borges de los años venideros, es precisamente la que da título general al libro... y la peor en él.

Cuando apareció *Ficciones*, un crítico perspicaz, Ernesto Sábató, escribió en la revista *Sur* lo siguiente : « la influencia que Borges ha ejercido sobre Borges parece insuperable », agregando de inmediato : « ¿ Está él, de ahora en adelante, destinado a plagiarse a sí mismo ? » Una y otra vez, lo confieso ahora, me sentí tentado de responder afirmativamente a esta pregunta, casi

indignado por el hecho de que el escritor a quien más debe la nueva literatura argentina, tanto así que ha promovido toda una generación de hábiles narradores y de críticos sagaces, que ese Jorge Luis Borges, tan eminente creador, se hundiera en sí mismo irreparablemente. No obstante, como acabo de señalar, en el cuento que se titula *El Aleph* presiento ahora la nueva salida del gran hombre de letras, una diferente y espléndida fase de su carrera a la que no tardará, creo, en acceder (en acceder, en ambos sentidos de la palabra).

Porque en ese relato se evidencia cabalmente una cualidad que anteriormente Borges sólo había concedido en razones muy moderadas : una sátira social que es profunda y certera, y que sobre todo tiene el don supremo de la sátira porque es divertidísima. De esto pueden dar una noción precisa las siguientes líneas que se refieren al llamado Daneri, personaje subsidiario en la historia, si bien de una ridiculez tan exuberante que desdibuja la figura del principal protagonista :

...y leyó con sonora satisfacción :
He visto, como el griego, las urbes de los
 [hombres,
Los trabajos, los días de varia luz, el hambre ;
No corrijo los hechos, no falseo los nombres,
Pero el Voyage que narro, es... " Autour de
 [ma chambre "

« Estrofa a todas luces interesante — dictaminó. El primer verso granjea el aplauso del catedrático, del académico, del helenista, cuando no de los eruditos a la violeta, sector considerable de la opinión ; el segundo pasa de Homero a Hesiodo (todo un implícito homenaje, en el frontis del flamante edificio, al padre de la poesía didáctica), no sin remozar un procedimiento cuyo abolengo está en la Escritura, la enumeración, congerie o conglobación ; el tercero — ¿ barroquismo, decadentismo, culto depurado y fanático de la forma ? — consta de dos hemistiquios gemelos ; el cuarto, francamente bilingüe, me asegura el apoyo incondicional de todo espíritu sensible a los desenfadados envites de la facecia. Nada diré de la rima rara ni de la ilustración que me permite, sin pedantismo,

acumular en cuatro versos tres alusiones eruditas que abarcan treinta siglos de apretada literatura : la primera a la *Odisea*, la segunda a los *Trabajos y días*, la tercera a la bagatela inmortal que nos depararan los ocios de la pluma del saboyano... »

Quien no tenga un conocimiento directo de la realidad social argentina podría sentirse inclinado a sostener que esta sátira, y otras semejantes, no rebasan el nivel de lo individual, que son meramente el entretenimiento de una mente saturada de literatura. Pero, en primer lugar, figuras como la del « poeta » Daneri abundan en medio de un « ersatz » pedante de cultura ; y es necesario traerlas a luz, exhibirlas ante el mundo, para curarlas o extirparlas. En segundo lugar — y esto es lo más importante — que Borges se ocupe en ellas

revela un interés en el bienestar de la república que, dando salida en él a instintos y sentimientos, completa su figura de hombre, permitiendo advertir que él es algo más que una mente rigurosa. Así, pienso que a Borges ahora le queda por cumplir una tarea — gran tarea, quién lo duda — y que ésta es la de emprender el análisis de la naturaleza moral con fervor y rigor iguales a los que ya ha puesto en el análisis de la naturaleza mental y los poderes de la imaginación. Para esto, posee todas las condiciones : inteligencia eximia, imaginación copiosa y, sobre todo, ternura. Porque tras la metafísica y la matemática uno diría que se esconde en Borges un don prodigioso de ternura.

E. L. REVOL

« Al extranjero que pregunte los mejores nombres de la literatura argentina, toda persona inteligente le dará entre los primeros el de Jorge Luis Borges. Durante cerca de veinte años su obra ha sido permanente y enérgico excitante : con su poesía, que ahora calla... ; con sus inquisiciones filosóficas y literarias, sobre imprevisibles problemas de pensamiento y de estilo ; con sus cuentos, de invención siempre sorprendente. Esta obra es, además, obra íntegra y pulcramente realizada, obra de plenitud intelectual y artística. »

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

« En mi opinión, la obra de Borges es una de las más singulares y valiosas, no sólo en nuestro país, sino en toda la actual literatura del idioma. Se puede disentir respecto a los modos y preferencias del escritor ; no así en lo tocante a la noble calidad estética, a la sorprendente originalidad, a la genialidad idiomática. Borges ha dado el ejemplo de la fidelidad a su vocación, a su destino, fidelidad sin duda incómoda como todas las fidelidades. Puro hombre de letras, se ha conquistado la admiración o el respeto de cuantos sienten la dignidad de la belleza expresada en palabras. »

FRANCISCO ROMERO

COSAS DE "CRITICOS"

POR LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

EN los primeros días de diciembre último, en vísperas de someterme a una delicada operación a los ojos, recibí desde Madrid un ejemplar del nº 85 de *Correo Literario* correspondiente al dicho mes. En su primera página destacábase, con escandalosos titulares, un artículo de D. Ricardo A. Latcham titulado « Una curiosa *historia* literaria llena de errores ». Como hace años que no publico « historia » literaria, me quedé algo perplejo. Leí las líneas iniciales y se me fueron saltando las amarras de la sorpresa. No obstante la caudalosa envidia y la pueril malevolencia de que es campeón dicho artículo, lejos de enojarme me produjo un singular placer : el de comprobar un diagnóstico infeliz respecto de su autor, y el corroborar « ad absurdum » casi todas las tesis e hipótesis de mi reciente *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (la cual expresamente declara no ser « historia »). Con su acostumbrada orfandad de ideas generales y su jactancia enumerativa, el crítico da la razón a mis asertos. Sólo que se limita a insintarlo en las menos líneas posibles (« evidentes méritos », etc.), dado que su misión sobre la tierra consiste en tratar de apagar la voz de todo el que entone su misma partitura y ver si consigue presentar como afónicos o mudos a los que no hacen de la estridencia infantil porfiado abuso. Sin duda, el

señor del mucho ruido y pocas nueces habría dado media vida por ser autor de un libro de alguna envergadura, por lo que le estorba y agita que otros lo escriban. Considerado lo cual, me invadió una incontenible simpatía por el señor Latcham, quien debe sufrir mucho al ver que otros ejecutan lo que él habría querido hacer, aunque vista la pluralidad innumerable de sus deseos, debería tocar a rebato las campanas de sus posibilidades para disipar las alarmas de su egolatría.

Lo verdaderamente importante

No es eso lo importante. Los juicios de una persona, cuando se expresan en forma tan dogmática, no merecen ser recogidos. Lo importante es que algunos lectores europeos podrían pensar que en América todavía usamos plumas... aunque sean retóricas, y que arrojar flechas con muchos colorines y no poco veneno es nuestro deporte favorito. No. Casos así son raros ya. No constituyen síntoma, sino rezago. Me interesa, pues, librar a la crítica americana de toda sospecha de « valbuenismo » y de crasa incultura. Hace tiempo que distinguimos entre un crítico y un corrector de pruebas impaciente por falta de ocupación adecuada, entre una salva y una andanada, entre un cohete y un disparo.

Estos « niños terribles » que, cuando resultan Jurados de literatura, se oponen al otorgamiento de un premio nacional a Gabriela Mistral, para tener que cantar la palinodia, un año después, visto que la Academia sueca había concedido el Premio Nobel a la dicha poetisa ; estos jupiterinos deparadores de rústicas famas, que se enredan en sus propias colas (digamos chismes), como le ocurrió al de marras cuando don Federico de Onís visitó Chile, a mediados de 1950, y el crítico Alone, sin alharaca ni titulares ostentosos hubo de poner las cosas en su sitio, muy a regañadientes (y regaña lengua, que la tiene suelta) del señor Latcham ; estos abundosos autodidactas y monologadores, que se lanzan sobre la primera plana en blanco para inundarla, a lo calamar, de su tinta, no son frecuentes en nuestras letras. Los americanos poseemos ya el sentido de la medida, de la tolerancia, del buen gusto, y, si de cuando en cuando se nos arruga el ceño o se nos suelta el regulador hepático, luego que nos reponemos nos sentimos terriblemente avergonzados y solicitamos excusa tal como otros hacen clamorosos llamados a la atención del transeúnte con embelecios de feria.

Nada habría dicho yo a este respecto si dos amigos gentilísimos, uno de Madrid y otro de París no me comunican su sentimiento y me piden decir algo para el público. Como un homenaje a tan delicadas personas va lo que sigue. En ello no habrá nada personal ya, salvo repetir que el señor Latcham es tan cordial, comprensivo y generoso que se cuida mucho de que nadie que algo sepa de lo que él amasa, se presente en sus predios, no por mantener incólume la patena de la sabiduría de que tanta ostentación hace, sino por otras razones menos, mucho menos, altas y plausibles.

La crítica en América

Durante largo tiempo, la crítica española dejó de interesar en América, a causa de que se la identificaba con esos deplorables regüeldos de profesor de castellano a su pesar cesante con que se hizo famoso

Valbuena, el de los *Ripios ultramarinos*. Por lo común alineamos con Valbuena, como españoles, a dos americanos íntimamente vinculados con las letras peninsulares : Emilio Bobadilla y Luis Bonafoux. Fué preciso que pasaran los años, y que surgiera una generación de críticos interpretativos, tolerantes y finos, como fueron los que se agruparon allá por 1927, entre los que resaltan Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Amado Alonso y, desde luego (« last but no least »), Ortega y Gasset y el inolvidable Unamuno (mucho antes del 27 estos dos últimos). En el entretanto, nuestras actividades críticas se acogieron a la lección francesa. De Menéndez y Pelayo pasamos a Faguet, Brunetière, Gourmont. Cuando la discusión del « meridiano intelectual », ya España había recuperado ante los ojos de los prejuzgados escritores americanos, los prestigios oscurecidos durante casi un siglo. Dicho lo cual, se entenderá fácilmente por qué mi alarma al pensar que a los cincuenta años de la inmarcesible lección de Rubén Darío, en España y Francia se vaya a pensar que los americanos hemos dado un salto atrás, para caer en las manías del finado Valbuena, reproducidas por el señor Latcham. No. Ni siquiera este señor es así. El señor Latcham, salvo su sed enumerativa (debilidad de adolescente sin paciencia y de autodidacta sin método), suele ser más diestro y de buen tono. El que le haya leído por primera vez (lo cual es lo más probable en este caso) no debe juzgarle por tal exabrupto, fruto de incontrollables pasiones y no de su verdadera personalidad literaria. Ni el artículo citado es la expresión cabal del modo crítico de su autor, ni muchísimo menos de lo que llamamos crítica en América. Se trata de un lapsus en su más ajustado sentido. El día que logre crear algo, el señor Latcham se curará definitivamente de toda tentación como a la que ha cedido ahora. Cuando se leen los trabajos de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Benjamín Carrión, Baldomero Sanín Cano, Enrique Anderson Imbert, etc., uno se da cuenta de lo que significa la crítica en nuestro continente, armonioso juego de ideas, apetencia de ensanchar horizontes, pasión por la be-

lleza, sacrificio y constancia en aras de la cultura.

Ahora bien ¿ qué idea discute, modifica o propone el señor Latcham en su larguísima evacuación de palabras ? ; ¿ qué nos dice acerca del problema de la novela ? Debo ser muy sordo cuando no he percibido nada al respecto.

Los problemas de nuestra cultura

La novela americana — me remito a mi libro — tiene una visible abundancia bibliográfica, pero, sin embargo, hasta hace unos treinta años, adolecía de una lamentable pobreza temática. No deseo repetir los conceptos de este y otros libros míos sobre la materia. Vengo meditando acerca del problema de nuestra cultura a través de nuestra novela, desde hace casi un cuarto de siglo. Honestamente le he dedicado lo mejor de mis cavilaciones y la mayor cantidad de mis lecturas. Sé, por eso mismo, que si hubiese querido « épater » o sea deslumbrar (descrestar suele decirse en algún lugar de América) a los lectores ingenuos con mi « sabiduría », hubiera sacado de los valiosos *Handbooks of Latin American Studies* (1935-1951), o de la serie de quince o dieciséis « Bibliografías » de literatura hispanoamericana, publicada por Harvard hace alrededor de treinta años, los títulos de novelas que allí constan, y habría ofrecido una confusa floresta de unos cuantos millares de rótulos. Preferí confesar mis limitaciones y jugar con las fichas logradas por mis propios esfuerzos, sin ánimo de hacer « historia », sino sólo de señalar directivas generales (el « proceso ») y clasificar los principales temas (el « contenido ». Además, declaré que, en la medida en que retardase la aparición de mi libro, después de veinte años de manipularlo, mayores serían sus deficiencias, porque cada día se hace más larga la distancia entre la posibilidad de leer y la rapidez de editar novelas. ¿ Deberé transcribir mis propias palabras ? Prefiero librar de tan tinterillesca tortura al paciente lector que todavía me acompañe.

Sé que, desde el punto de vista de « Historia de la novela hispanoamericana »

(empresa que no he acometido, aunque me tienta si encuentro equipo internacional que me acompañe), requeriría, como insinúa un comentarista en *Revista Nacional de Cultura* (Venezuela), que en cada país se organizara una especie de cooperación espontánea (de mal o buen humor, eso no importa) para completar mi libro. Ojalá se hiciera, y se profundizara en los temas y subtemas que propongo. Yo mismo me hallo « embullado », como dicen los cubanos, en escribir un trabajo sobre la idea y la forma de la muerte en la novela americana. Hay quien ha emprendido uno sobre el pirata y el contrabandista en la misma. Son estos asuntos, y otros muchos, lo que la novela tiene de vivo, de sugerente, de animado y fecundo. Y es eso, acaso, lo que, cegado por su anticristiano propósito de encontrar la paja en el ojo ajeno (desatento a su propia viga) no ha querido o no ha podido entender el señor Latcham. Mas ya que hablamos de pajas y vigas, no dejemos pasar la ocasión sin demostrar con hechos suministrados por el propio crítico, lo enconado de su invectiva que le lleva hasta a perder el indispensable respeto a la exactitud.

Algunas aclaraciones

Yo confieso en mi libro, con toda humildad, que ignoro mucho, pese a mis esfuerzos y viajes (ninguno de ellos — digo mal, uno entre treinta — hecho con dineros fiscales ni usando becas ni concesiones gratuitas), que ignoro mucho de la novela centroamericana, paraguaya y uruguaya. Con ninguna caridad, y olvidando mi propia objeción, el entrañable amigo de mi obra se lanza por la brecha que yo le descubro y me fusila a reproches. Se le va la mano. Dice que he olvidado a Hernán Robleto, y resulto comentándolo en tres lugares de mi libro (págs. 533, 534 y 597). Mi Zoilo se horroriza de que yo haya adjudicado a Enrique Amorín el libro *Zangarapá* (1952), cuando ha escrito uno que se llama *Tangarupá* (1925). Lástima de falta de imaginación : la alteración de 1925 por 1952, no necesita comentarios, ni la de Z por T, tampoco. Siquiera hubiera dicho que no he mencionado otra

novela de Amorín, la titulada *La Victoria no viene sola*; pero ésta no la conocíamos ni el señor Latcham ni yo, con lo que tenemos ganado el infierno. Más adelante, se derrite de ira porque *Barco ebrio* aparece con fecha de 1932, siendo de 1923; que en otro lugar se da la fecha de 1854 y después 1957, y que hay un cambio respecto a *La Parcela*, porque se la menciona en 1891, después en 1898: la futilidad de estas erratas se carga a la cuenta del lector pueril, no del crítico avisado.

Hay más: no entiende, o no quiere entender que *El Matadero*, de Echeverría, es efectivamente un producto prenatalista, sin que eso signifique que Zola copió a Echeverría, sino que dadas ciertas circunstancias suelen producirse determinados efectos, rija una moda o no; pero esto rompe los moldes del airado profesor. Igual ocurre cuando señala que la primera edición de *Mirando el Océano*, es de 1911. Yo cito la de 1928 que tengo a la vista, y me basta, porque como yo no estoy escribiendo la historia de la novela chilena ni hispanoamericana, sino señalando su proceso genético y su contenido temático, me es suficiente ser exacto en la mención del sujeto. Comprendo que el señor Latcham es de los que si les preguntaran ¿qué es un hombre? contestaría: un bípedo implume, con tantos dientes, tantas muelas, tantas costillas, dos pulmones, quizá un cerebro, acaso un corazón, con seguridad un hígado, muy ciertamente un estómago y... lo demás, incluso la vida misma, no le significaría nada.

Mencionaré otros casos: al referirme yo a ese gran desconocido que es Fernando Gilardi, indico textualmente que es autor de una sola novela « que yo sepa ». Mi agitado censor prescinde del « que yo sepa », para señalar otras dos novelas cuyos títulos ha tomado de un fichero bibliográfico. Con todo, *Silvano* sigue siendo la novela de Gilardi.

Tengo mucha consideración por el entusiasmo que mi señor tábano manifiesta por Mariano Azuela, y lo comparto; lo cual no quita que considere que, desde *Los de abajo* hasta *La nueva burguesía*, la

trayectoria de Azuela sea la del desengaño al desencanto revolucionario. Mas ¿no será una demasía hablar de « trayectoria ideológica » o « política » en el caso que se me presenta (y no me refiero a don Mariano, desde luego)?

Se me pretende dar una lección con respecto a Carrasquilla, el colombiano. Agradezco el propósito: lamento que sea tan deficiente. Peor es aún la inepticia que no deja percibir un rápido parangón entre Isaacs y José Eustasio Rivera; y mucho más, cuando muy en doctor, dice mi entrañable apologista que José Santos González Vera y Eugenio González pertenecen a una misma generación porque ambos colaboran en *Claridad* de Santiago de Chile, en 1920. He escrito varias veces sobre la generación del 20, a la que en Perú pertenezco; la generación a la que Pedro Laín Entralgo, actual Rector de Madrid, señala como la que dió un nuevo sentido, un sentido propio, a la cultura americana; esa misma generación a la que el señor Latcham no podría pertenecer, aunque hubiese o haya nacido entre 1895 y 1905, por obvias razones, objetivas y subjetivas. Resulta enojoso tener que referirse a cuestiones tan elementales, pero no hay remedio.

González Vera, finísimo escritor, se relacionó con la generación chilena del 20, sin ser estudiante, sino obrero, por su inquietud de anarquista; Eugenio González, estudiante, forma parte de ella por su emoción socialista. No sé si el señor Latcham en su infinita sabiduría sabrá apreciar la diferencia entre un anarquista y un socialista aunque hayan nacido el mismo día del mismo año, y mucho más cuando existe entre ellos una diferencia mayor de un lustro. Si la aprecia comprenderá por qué Recabarren, el fundador del comunismo en Chile, terminó como terminó, desesperado, y de acuerdo con el impulso individualista de su primitiva emoción de anarquista. Por eso sostengo que entre los dos escritores mencionados hay una diferencia generacional, aunque coincidan en un instante o en varios de sus respectivas vidas.

Puro provincialismo

Todo esto es provinciano, terriblemente provinciano. En un artículo titulado « La enseñanza de la Literatura », dije que si profesando literatura peruana exalto 20 escritores de mi país, al dictar literatura americana, esos 20 quedan reducidos a 6 u 8, y al enseñar literatura universal, a 2 o 3. Los provincianos y rastacueros de la cultura no pueden entender esto ; en horas de bombardeo quisieran cargar consigo hasta con los zapatos viejos del bisabuelo. No pienso así ; ni creo que la literatura, ni la novela, desde luego, sea asunto de mucho nombrar, sino de mucho comprender, y de mucho sentir e imaginar. El señor Latcham se refiere a que en mi libro hay « capítulos entretenidos, observaciones valiosas y aciertos críticos, innegables atisbos críticos » y hasta — honor de honores — que en algún caso coincido con él. Tan amables referencias ocupan unas diez líneas de las 400 del artículo.

Se ve que la ponderación y la generosidad no son virtudes que le adornen. Gabriela Mistral lo saboreó en vísperas de recibir el Premio Nobel : « atisbo crítico » indudable. Pero, en fin, lo importante sería seguir analizando los problemas de la novela americana, tan vivos, tan fecundos, tan ignorados. Hace 25 años — a eso se llama ahora « precipitación — vengo escribiendo y hablando al respecto. Para molestia de algunos y alegría de otros, todavía me falta mucho que decir, y he de decirlo. Y nada más por hoy, que lo que me dejo en la cinta de la máquina requeriría mayor extensión que la de un artículo, y no es cosa de atormentar a los lectores en primeros días de año. Quede para ellos el consuelo de este mutis ; y para mí, el de un verso (Gabriela Mistral podría acompañarme en recordarlo a propósito del mismo personaje) : « los muertos que vos matáis — gozan de buena salud ».

LUIS ALBERTO SANCHEZ

« Se impone recordar lo anterior para entender y a'ender lo que la novela americana trae consigo. Ella conserva un aspecto de documento. No porque trate de ser así ; porque se lo impone la inmensidad de su problemática, la carestía de intérpretes. Mientras en otros lugares del mundo los novelistas salen en busca de temas, en nuestra América los temas se tienden a esperar que pasen los novelistas. En un cotejo riguroso, tenemos quizás más asuntos que narradores, lo cual nos exime de adelgazar los conceptos para presentar en forma nueva una vieja realidad.

« Prácticamente, pese a que en el siglo XIX tuvimos una buena docena de excelentes novelistas y centenares de mediocres, es sólo en la actual centuria cuando nuestra novela tiende el vuelo, hunde las manos en sus propias entrañas, aprende a auscultar el corazón de su tiempo y de su circunstancia. Por eso, este libro, escrito al comenzar la segunda mitad de la vigésima centuria, deberá ser considerado como el largo prólogo a un género literario cuya historia, en América, ha empezado a escribirse ahora. Lo anterior es sólo prehistoria novelística. A lo sumo, protohistoria. »

LUIS ALBERTO SANCHEZ : Proceso y contenido de la novela hispanoamericana.



MESA REDONDA EUROPEA

POR DENIS DE ROUGEMONT

En 1952, la delegación británica en el Comité de los Expertos culturales del Consejo de Europa presentaba una memoria, en la que sugería que una restringida agrupación de escritores, de publicistas y de periodistas eminentes se consagrara a discutir un programa de difusión de la idea europea en Europa y en el mundo. Esta iniciativa fué aprobada por los Delegados de los Ministros.

En el curso de una sesión ulterior, el Comité de los Expertos culturales ha decidido extender el alcance de estas discusiones, invitando a seis Europeos distinguidos a entablar un debate sobre « el problema espiritual y cultural de Europa considerada en su unidad histórica, y sobre los medios de expresar esta unidad acomodada a términos de actualidad ». Cada una de estas personalidades sería invitada a tratar un

aspecto diferente de este problema. Al mismo tiempo, quince publicistas, uno por cada país miembro, deberían participar en la discusión, siendo su peculiar tarea la de expresar sus opiniones sobre la manera de realizar la unidad de Europa, no solamente desde el punto de vista político y económico, sino también en el plan cultural y espiritual. Se había decidido finalmente que esta Mesa Redonda se reuniera en Roma, el 13 de octubre, y que celebrara sesiones durante cuatro días; que el Sr. Denis de Rougemont, director del Centro Europeo de la Cultura en Ginebra, dirigiera los debates; y por último, que el Gobierno italiano, que había aceptado patrocinar la reunión, pusiera a disposición de la Mesa Redonda la villa Aldobrandini, y adoptara todas las disposiciones materiales para favorecer este encuentro.

De izquierda a derecha, en nuestra fotografía: Sts. Kogon, Schuman, de Gasperi, Denis de Rougemont, Arnold J. Toynbee, van Kleffens y Einar Lófstedt.

He aquí las personalidades que han participado en las discusiones de la Mesa Redonda de Europa : El Sr. de Gasperi, antiguo Presidente del Consejo italiano ; el Sr. van Kleffens, antiguo Ministro de Asuntos Exteriores de los Países Bajos y antiguo embajador en Washington, actualmente en Lisboa ; en profesor Kogon, director de los *Frankfurter Heft* y presidente de la Unión Europea ; el profesor Löfstedt, rector de la Universidad de Lund ; el Sr. Robert Schuman, antiguo Ministro de Asuntos Exteriores de Francia ; el profesor Arnold Toynbee, director de Estudios en el « Royal Institute of International Affairs » y profesor de Historia Internacional en la Universidad de Londres ; y el Sr. de Rougemont, director de los debates.

Publicistas : Los Sres. Hommel (Bélgica), Ross (Dinamarca), de Carmoy (Francia), Friedländer (República Federal de Alemania), Cotsaridas (Grecia), Gudmundsson (Islandia), Srta.

Chinneide (Irlanda), Sres. Piovene (Italia), Hess (Luxemburgo), Schlichting (Países Bajos), Oftedal (Noruega), Becker (Sarre), Linder (Suecia), Yalman (Turquía), Clark (Reino Unido).

Observadores de la Asamblea Consultiva, del Comité de los Delegados de los Ministros, del Comité de los Expertos Culturales, de la U. N. E. S. C. O. y de la Organización del Tratado de Bruselas asistían a la reunión.

La sesión inaugural y pública de la Mesa Redonda ha tenido lugar el martes, 13 de octubre, bajo la presidencia del Sr. de Menthon, presidente de la Asamblea Consultiva, y en presencia del Sr. Pella, Presidente del Consejo italiano, así como del Cuerpo diplomático.

Las sesiones terminaron oficialmente el viernes, 16 de octubre, en una reunión solemne en el Capitolio. »

(Extracto de un comunicado del Consejo de Europa).

I

POR UN DESPERTAR DE LA CONCIENCIA EUROPEA

UNA de las obras más célebres de Gauguin se titula : *¿ De dónde venimos ? ¿ En dónde estamos ? ¿ A dónde vamos ?* No encuentro mejor divisa para la *Mesa Redonda de Europa* que se ha reunido en Roma en el otoño último.

Para situar rápidamente este propósito, partamos de la segunda pregunta : *¿ En dónde estamos, europeos, en esta mitad del siglo XX ?*

Una frase ya famosa, pronunciada el año último por el primer presidente de la Asamblea de Estrasburgo, Paul Henri Spaak, responde de una manera dramática : « Nosotros, europeos, vivimos, desde la última guerra, entre el miedo a los rusos y la caridad de los norteamericanos. » Traduzco ahora las palabras en cifras, y esto da el siguiente y curioso resultado : « Al oeste de la cortina de hierro, 325 millones de hombres viven entre el miedo a 190 millones y la caridad de 155 millones. »

La razón de esta paradoja es de las más sencillas. No nos damos cuenta de que somos, en realidad, 325 millones de europeos, y no solamente 42 millones de franceses, 8 millones de belgas,

3 millones de noruegos... En la era de los grandes imperios continentales, de los grandes mercados y de la estrategia mundial, pensamos y sentimos como naciones separadas en compartimientos estancos. Nos sentimos, por consiguiente, demasiado pequeños para el siglo, y condenados a perder, después de nuestras últimas posiciones en el mundo, nuestra independencia política, económica y quizá moral.

Y ciertamente perderemos todo esto, todo lo que constituye la razón misma de nuestras vidas, si persistimos en ser una veintena de naciones, como cantones desunidos. Pero, en cambio, podemos salvarlo todo mediante una unión que haga de Europa, en la realidad viva, lo que este continente representa hoy sólo en datos numéricos.

¿ Qué necesita Europa para salvarse, para alcanzar una salvación muy próxima y casi al alcance de la mano ? No le falta quizá más que una sola cosa : *la conciencia de los peligros* en que incurre, que todos nuestros países corren juntos, y también la *conciencia de los recursos inmensos* que existen en ella ; de los

que puede disponer, con la sola condición de ponerlos al servicio de la comunidad europea.

Despertar la conciencia : tal parece ser, pues, la condición primordial de toda acción concreta y razonable en favor de la unión, que es nuestra salvación próxima.

Así es como, supongo, se veían las cosas en los medios del Consejo de Europa, donde hace unos meses germinó la idea de una Mesa Redonda europea. La construcción de Europa avanzaba, aunque lentamente, en los aspectos económico, político y militar. Y las resistencias crecían en la proporción de los avances ya realizados.

¿ Cómo reducir esas resistencias cuando se encuentran en los espíritus y en los corazones, con arreglo a la fórmula consagrada, que por una vez es justa ? ¿ Cómo despertar la opinión ? Las consignas se gastan muy de prisa ; y la juventud actual, muy sensible ante los tribunos literarios,

acoge con un escepticismo amargo a nuestros más elocuentes hombres de Estado. Era preciso, previa seria meditación, grabar más hondamente la idea misma de la Europa unida y realizar un esfuerzo serio de información para satisfacer las necesidades de la opinión.

La tarea de meditar sobre nuestros destinos fué confiada a un pequeño grupo de seis sabios, cuya acertada elección me parece digna de tenerse en cuenta (1). En efecto, constituían dicho grupo hombres de Estado de primera fila, versados en las disciplinas del espíritu, al lado de pensadores, en el sentido más riguroso de la palabra, pero ricos en experiencia íntima de las necesidades de la acción. Alrededor de esta alianza, muy significativa, de la meditación y de la experiencia, quince publicistas reputados fueron invitados a participar en la búsqueda de los medios adecuados para dar a conocer e ilustrar, cada cual dentro de su esfera de influencia, los resultados de la reflexión de los Seis

II

DE LA UNIDAD CULTURAL A LA COMUNIDAD POLITICA

No me propongo resumir las peripecias de los debates que se desarrollaron durante seis largas sesiones en el brillante recinto inaccesible de un viejo palacio de Roma, sino más bien comentar algunos de sus temas dominantes. Obligado a conceder la palabra a todos, salvo a mí mismo, no por ello dejaba de pensar y de tomar nota de los puntos de partida de intervenciones virtuales... Sin embargo, no podría perdonarme si los desarrollase aquí sin haber previamente señalado la curva general de una reflexión común, a pesar de estar dirigida por espíritus tan diversos como son nuestros pueblos y las familias intelectuales que los componen.

Cuando se trata de resolver un problema, el espíritu latino exige definiciones, el espíritu germánico necesita un método, mientras que el anglosajón más bien procura plantearlo adecuadamente. Es preciso tener en cuenta esta discordancia

persistente en el diálogo europeo. No obstante, el *ángulo visual* que se adopta es el que permite finalmente ponerse de acuerdo. Así, pues, sugerí a los informadores que enfocaran el problema europeo desde una perspectiva tal, que permitiera presentar, como transitorias y relativas, las graves divisiones nacionales, lingüísticas e ideológicas que hoy nos fascinan. Con este fin, introduje en los seis temas propuestos la idea de un *destino común* de todos los pueblos de Europa, definido por la unidad indiscutible de sus orígenes y por el hecho de que el día de mañana sucumbirán

(1) Digo esto con tanta más libertad, cuanto que, por haber sido invitado por la Secretaría del Consejo de Europa a presidir los debates, me encontré en presencia de personalidades ya designadas por los gobiernos de los Estados miembros. y, por lo tanto, sólo soy responsable de la elección de los temas y de su distribución a los informadores. Podrían ciertamente haberse imaginado otros equipos de seis sabios, no menos valiosos en su conjunto. Pero la dosificación creada por el azar de las designaciones oficiales, ha dado felices resultados.

ante los *mismos* peligros, si no encuentran *juntos* su salvación.

Nos hemos dedicado a investigar los orígenes comunes de todos los pueblos de Europa, bajo la dirección magistral y amable de uno de los historiadores más grandes de nuestro tiempo, el Sr. Toynbee, apoyado por la autoridad de un sabio humanista, el Sr. Löfstedt. Hemos visto dibujarse la extraordinaria aventura colectiva del Occidente : el nacimiento de nuestra civilización en la confluencia de las corrientes procedentes de Atenas, de Roma y del Próximo Oriente ; su expansión en el mundo entero ; la exportación desordenada a todos los pueblos de la tierra de nuestros ideales religiosos, de nuestras formas políticas y, por último, de los secretos técnicos de nuestra potencia. Y en el siglo XX presenciamos la subversión repentina y completa de nuestra posición en el mundo ; el incremento de los imperios unificados, ante nuestras divisiones sangrientas ; la crisis de nuestros ideales, ante la propaganda imponente de las dictaduras ; los recursos materiales e intelectuales de nuestra preponderancia vueltos contra nosotros. Hemos visto claramente que nuestros países no tenían más solución práctica, ni más porvenir posible, que la unión. La última frase del informe de Toynbee fué : « ¡ Hagamos ahora la unión de Europa ! ¡ No tenemos tiempo que perder ! »

No obstante, todos podemos ver que perdemos el tiempo. ¿ Cuáles son las causas interiores que paralizan nuestros esfuerzos hacia la unión ?

El examen de nuestra crisis espiritual y, por consiguiente, cultural y cívica fué ampliamente iniciado por el Sr. Eugenio Kogon. Este llegó a la conclusión de que es necesario instaurar, en primer lugar, una unión política, como condición previa para toda renovación de los cuadros de una cultura nueva y de las bases de un lenguaje común. Después, el Sr. van Kleffens, en calidad de jurista ducho en negociaciones gubernamentales, expuso sin pasión el problema candente de las relaciones entre la soberanía nacional (o lo que de ella queda) y la futura comunidad supranacional.

Presentado el diagnóstico en esta forma, dirigimos nuestra mirada hacia el porvenir ; *¿ A dónde vamos ?* Y el Sr. Robert Schuman, plenamente de acuerdo con las tesis formuladas con mucha energía por el Sr. de Gasperi en su discurso inicial, es quien nos presentó el cuadro coherente de las medidas institucionales destinadas a asegurar el renacimiento de nuestra unidad comprometida.

La Mesa Redonda no ha encontrado ciertamente soluciones fáciles, ni recetas milagrosas para suprimir el mal y asegurar el bien en un plazo garantizado. Pero ha determinado claramente nuestras responsabilidades de europeos ante el mundo que hemos cambiado, y ha formulado los *objetivos comunes* capaces de unirnos. Puesto que no son solamente los orígenes, sino los objetivos que los hombres contemplan juntos, los que pueden inspirarles la fraternidad.

Ante el antagonismo, en apariencia irreductible, entre la fe religiosa y las convicciones relativas fundadas en la ciencia, la Mesa Redonda ha afirmado la necesidad del diálogo fecundo y la de aceptar la discusión recíproca, dentro de la tolerancia mutua y de una moral cívica europea común a las dos familias de espíritus.

Ante la contradicción aparente que existe entre la exigencia de unir nuestros países y la de salvaguardar las diversidades que constituyen la riqueza de Europa, la Mesa Redonda ha planteado la necesidad de estructuras supranacionales, que permitan llevar al acervo común lo que normalmente le corresponde, con objeto de garantizar y permitir una vida mejor a lo que normalmente debe permanecer autónomo, distinto, privativo y original.

Por último, ante el doble desafío con que se enfrentan varios de nuestros países : el de pasar del régimen colonial a la asociación dentro de la igualdad, y el de compensar la pérdida de nuestras posiciones económicas en el mundo, la Mesa Redonda ha llegado a la conclusión de que es necesario « operar un cambio radical en nuestras relaciones con el mundo extraeuropeo y en nuestras relaciones mutuas » (Toynbee), es decir, recobrar en prestigio moral lo que perdemos en potencia política, y

compensar, mediante la explotación en común de nuestras propias riquezas, lo que perdemos en aportaciones exteriores.

La Mesa Redonda no ha levantado los planos de una civilización modelo, sino que ha declarado que el deber y la salvación de los europeos estriban hoy en día en edificar nuevos modelos de sociedad, valederos no solamente para ellos mismos, en primer lugar, sino también para el resto

del mundo. Bastará para ello citar un solo ejemplo : el nacionalismo ha sido nuestra invención colectiva. Nosotros lo hemos comunicado, más bien « dado » al mundo entero, y este licor, que al principio era embriagador, se convirtió pronto en veneno. A nosotros nos corresponde, por consiguiente, inventar el antídoto de este tóxico y crear un tipo nuevo de Comunidad federal.

III

ELEMENTOS DE UN PENSAMIENTO EUROPEO

Todo resumen perjudica tanto a lo que es objeto de él como a su autor. « Nada hay más difícil que no ser lo que uno es, o no serlo más que hasta donde los demás quieren que se sea », observa Valéry. Ahora diré las reflexiones que se me ocurrían al escuchar las de los demás. Todas giran alrededor del mismo problema : el de la actitud de espíritu que es necesaria para imaginarse a Europa.

VER A EUROPA EN EL MUNDO. — En cuanto se habla del destino común de nuestros países, se elevan voces para denunciar no sé qué « nacionalismo europeo », que tendría por efecto « separarnos del mundo ».

Advierto que esta resistencia a un nacionalismo europeo, todavía imaginario, es generalmente peculiar de los nacionalistas propiamente dichos. Me refiero a los partidarios tardíos, pero vergonzantes, de la soberanía ilimitada de las naciones. En realidad, lo que temen es la Federación, por ser incapaces de imaginársela, si no es como una nación monstruosa ; y se apresuran a proyectar sobre ella los pecados de egoísmo, de orgullo, de mezquindad inherentes al nacionalismo, que no han sabido superar aún en el fondo de su corazón. Bien se ve cuál es la razón de esa actitud.

Otros hablan de humildad, y cargan a los federalistas la culpa de la Europa colonialista. « ¡ Nos alabáis a Europa, y no hay ninguna razón para ello ! Ella ha reducido

a la servidumbre a pueblos enteros y a veces hasta los ha aniquilado, en América, en Asia y en Africa. Ella ha producido un Hitler, las cámaras de gas y el racismo. Ella ha provocado las guerras más sangrientas de la Historia, etc. » A esto se puede responder : No ha sido Europa la que ha hecho todo esto, sino varias de nuestras naciones, consideradas como tales, es decir el delirio nacionalista. Y fijaos bien : en nombre de ese nacionalismo — apoyado por los comunistas — atacáis hoy a los que quieren poner fin a la causa de esos males, a los que se proponen salvar por medio de la Federación lo mejor de nuestra cultura, no la tolerancia indiferente, sino el sentido de las tensiones fecundas y de la unidad en la diversidad. El genio federalista no excluye nada, si no es precisamente el imperialismo, inseparable de nuestros nacionalismos.

Otros, finalmente, niegan los conceptos de Europa y de su unidad cultural, en nombre de un ideal de universalidad. Parecen ignorar que la creencia en el valor universal de su religión, de su razón, de sus distintas morales, de su técnicas y de sus formas políticas, es típica del europeo, heredero de los griegos, de los romanos, de la Iglesia católica y de los « clubs » jacobinos. Esta creencia, más bien ilusoria, es la raíz de los peores imperialismos : los que se disfrazan de empresas misioneras, como en otro tiempo las Cruzadas, más tarde el colonialismo, como hoy el comunismo. Es cierto que el universalismo sigue siendo

una pretensión honrosa en el terreno de las ideas puras (si es que las hay, y que siguen siéndolo). Pero encubre demasiados equívocos. Lo que hay de bueno en el deseo de despertar la conciencia y el conocimiento, sólo la actitud federalista puede salvarlo, ya que ésta se funda en la necesidad del diálogo entre iguales, dentro de la diversidad.

En realidad, para nosotros, europeos de mediados del siglo XX, no se trata de orgullo ni de humildad: se trata de vernos *responsables* de una cultura muy particular, cuyos principios nos son comunes desde hace siglos. Esta cultura es el corazón de una civilización que ha llegado a ser verdaderamente universal en todos sus aspectos, para todos los efectos. Con objeto de salvar esta cultura, amenazada por los choques de retroceso de una civilización que aquélla ha fundado, y que luego ha exportado sin ningún discernimiento, y sólo con este objeto, y no en beneficio de un imperialismo evidentemente inconcebible, es preciso que ahora los europeos reconstituyan una Europa viva por encima de sus naciones perecederas.

La primera y principal razón para unir a Europa reside, a mi juicio, menos en nuestras querellas internas, que en el juego de las fuerzas mundiales que nos oprimen. Y sin duda será preciso liquidar nuestras querellas; pero únicamente la visión del gran peligro que todos nuestros países corren juntos, nos dará los medios para ello, es decir, la voluntad firme. « No hace mucho aún, Europa podía permitirse el lujo de vivir dividida; hoy esto ya no es posible » (Toynbee).

RECUPERAR LA SOBERANÍA. — ¿ Es acaso verdad que nuestras soberanías habrán de ser abandonadas, si se quiere hacer una Europa? ¿ Es acaso cierto que esto constituye un obstáculo para la unión? ¿ Tienen estas soberanías alguna realidad y consistencia fuera de los debates en que figuran como *pretexto* para negar las evidencias europeas? Analicemos los hechos.

La soberanía nacional sólo es ejercida por el Estado. El Sr. van Kleffens la ha definido como « la facultad que tiene un Estado para obrar discrecionalmente, tanto en el interior como en el exterior, dentro

de los límites asignados por el derecho aplicable en cada materia ». Pues bien, ya no hay Estado europeo que conserve la facultad de actuar a su modo en el exterior, es decir, que sea capaz de declarar la guerra, de negociar la paz como lo entienda, de asegurar su prosperidad sin depender ya del extranjero, de defenderse más que unas horas contra los rusos o los norteamericanos: en resumen, de conducirse como un pirata o de vivir en el aislamiento. Estos límites decisivos de la soberanía ya no son impuestos por el derecho, sino por implacables circunstancias técnicas, económicas y políticas. De aquí resulta que la soberanía nacional apenas tiene ya otra existencia que la psicológica. ¿ Dónde se la ve actuar? No en la realidad, sino en los discursos de los diputados adversarios de la C. E. D. (1) Alcanza su grado de extrema virulencia en los centenares de cartas llenas de censuras, que los coroneles retirados envían a las redacciones. Apartada del dominio de las fuerzas positivas y desprovista de poderes concretos, ha llegado a ser el receptáculo donde se refugian confusamente las nostalgias de glorias pasadas, los orgullos abatidos, los rencores y los prejuicios heredados de una historia falseada por la escuela, la agresividad frustrada y, sobre todo, la angustia de perder su identidad. La soberanía nacional ha adquirido, por consiguiente, los caracteres clínicos de un complejo. De aquí la dificultad, para los que de él son víctimas, de adaptarse a las realidades mudables del siglo, y aun de advertirlas. De aquí la presa que ofrecen a las maniobras más burdas del comunismo, que actúa sobre su afectividad inquieta, como Yago sobre los celos de Oteló. De aquí, finalmente, la extrema confusión y el apasionamiento absurdo que caracterizan los debates sobre la soberanía nacional.

★

Todo esto exige una terapéutica adecuada. El medio más sencillo, regularmente propuesto por todos los congresos, desde hace treinta años, es la reforma de los

(1) Comunidad Europea de Defensa.

manuales de historia. Todos sabemos que han inculcado el nacionalismo obligatorio a todas las generaciones de niños europeos que han pasado por la escuela desde hace un siglo. La Mesa Redonda no podía dejar de hablar de esto, a su vez. Por desgracia, creo que ha vuelto a caer en la ilusión de que bastaría *depurar* los libros, pues lo que conviene cambiar es nuestra visión de la Historia. Cuando se hayan expurgado los manuales de todos sus « Partes de Ems » y de todos sus juicios descorteses sobre los países vecinos, no se habrá hecho más que mejorar el terreno que nutre al nacionalismo. Pues Europa no es la suma de veinticuatro « historias nacionales ». Por el contrario, sobre la unidad fundamental de la *historia común de los europeos* se destacan, aparecen y desaparecen las naciones y sus Estados, que son fenómenos de naturaleza y de duración muy variables, y que no han llegado a ser mortales, sino a partir del momento en que se ha pretendido darles valores absolutos. Más necesaria es la introducción de una historia de Europa, en todos los grados de la enseñanza, que la de una reforma de los manuales nacionales. Sin esa historia, nuestras crónicas regionales nos serán para siempre ininteligibles y alimentarán los más fatales errores : los que permiten la *aceptación* por nuestros pueblos de nuestras guerras interiores.

Me han impresionado dos argumentos, que pudieran estimarse propios para encauzar el sentido europeo de nuestra opinión pública. El primero fué aportado por el Sr. Ernst Friedländer, publicista alemán : « Es preciso decir francamente a nuestras naciones que no podrán salvar su *individualidad*, más que sacrificando su soberanía ficticia ». Así es como debe tranquilizarse a los que dicen temblar de ver a su patria « perderse en la masa informe de una Europa unida ». El segundo argumento es debido al Sr. Cotsaridas, publicista griego : « En las esferas militar, económica y política, las organizaciones *internacionales* existentes (tales como la O. T. A. N.) toman hoy sus decisiones principales, y el pueblo no ejerce intervención alguna en ellas. Por el contrario, las organizaciones *supranacionales* (las autoridades federales previstas para Europa) restablecerán de hecho

la soberanía del pueblo, pues el pueblo estará asociado a su gestión. Importa explicar esto a las masas, pues así se disipará el temor que suscita la pérdida de la soberanía nacional ».

Resumiendo : no es exacto que nuestras naciones, a fin de unirse, deban sacrificar lo que subsiste de su soberanía nominal. En cuanto a lo esencial de esta soberanía, lo han perdido, y sin poder recobrarlo. A la pregunta : ¿ Por qué la Europa unida ? nos es preciso pues responder ahora : Para que Europa recobre, entre los grandes imperios, la soberanía que sus naciones pierden.

SENTIR EL FEDERALISMO, — Cuanto más escucho lo que se dice sobre Europa, más me impresiona la ausencia, entre nuestros intelectuales, de lo que podría llamarse el instinto federalista. ¿ Hasta qué punto se ha llegado en el conocimiento del federalismo ?

La mayor parte parece ignorar el verdadero significado de la palabra. ¡ Y no es en el diccionario donde lo encontrarán ! Littré lo define así : « Neologismo. Sistema, doctrina del gobierno federativo », y lo describe, de acuerdo con Chateaubriand, como « una de las formas políticas más comunes, empleadas por los salvajes ». (Esto después de haber concretado, en la palabra *federal*, que « Suiza y Estados Unidos tienen gobiernos federales »). El mismo Littré añade que el federalismo fué también un « proyecto de romper la unidad nacionalista, atribuido a los Girondinos ». ¡ Nada extraño es que numerosos franceses creyeran, no ha mucho aún, que el federalismo era un procedimiento para debilitar a Alemania ! Invirtiendo el error, otros imaginan que los federalistas europeos se proponen crear un vasto Estado centralizado. Y ¿ cuántos saben que la Constitución suiza de 1848, no obstante ser ejemplarmente federalista, lejos de abolir la soberanía de los Cantones, la *garantiza* expresamente ? Esta equivocaciones explican cumplidamente la extrema confusión de los debates sobre la federación de Europa.

El federalismo es más bien una práctica. que una doctrina, Supone un instinto político opuesto al espíritu de sistema y al racionalismo retórico. Debe seguir siendo

incomprensible para los que, al no hallar diferencia sería entre una contradicción en las palabras y una tensión fecunda en los hechos, quieren suprimir la segunda, porque la primera hiere su lógica. El federalismo se basa efectivamente y por completo sobre esta « lógica de lo contradictorio », que el Sr. Stephane Lupasco acaba de formular en obras de erudición, lógica que rechaza por igual a jacobinos racionalistas y a dialécticos marxistas, y que los hombres de Estado de mi país han practicado sin proponérselo, desde hace siglos con apacible éxito.

Considero urgente y vital que los que se ocupan de Europa hagan el esfuerzo de asimilar los rudimentos del federalismo, pues sin él la unión de nuestros países es prácticamente inimaginable, si he de atreverme a arriesgar la alianza de estas dos palabras.

El federalismo no es más que una manera de captar a la vez la unidad y la diversidad en política ; de comprender, al mismo tiempo, que las diversidades son legítimas ; que la unión es necesaria ; que las primeras no pueden subsistir sin la segunda ; que la segunda sería mortal sin las primeras ; que se trata, por consiguiente, de reconciliarlas, o mejor dicho, de ponerlas en tensión. La resultante se denomina la paz.

Siendo Europa una y diversa, compuesta de veinticuatro naciones, a las que una cultura milenaria engloba y vivifica, su unificación la mataría, pero también moriría si continuase dividida. De esto se deduce que la única manera de concebirla, con propósito de resolver sus problemas, es la manera federalista. En tanto que se persista en concebir la unión en las categorías del Estado-Nación, de las administraciones centralizadas, o por el contrario, de la coalición, el falso problema de las soberanías agriará o paralizará los debates. Creo, por lo tanto, que la primera tarea del momento actual es la educación federalista de la opinión.

Ilustraré con tres ejemplos, tomados de los debates de la Mesa Redonda, lo que conviene llamar, no la doctrina, sino la actitud federalista.

1. La federación de las naciones de Europa debe ir seguida de su federalización interna :

El Sr. Schlichting (Países Bajos) hace resaltar que un sistema supranacional podrá contribuir a aflojar las apretadas ligaduras que las naciones se han visto obligadas a imponer a sus diferentes regiones ; lo que conduce a un centralismo excesivo y a una limitación anormal de la autonomía local y de la vida regional. El supranacionalismo ofrece, pues, perspectivas muy favorables para amplios sectores de la población europea, al crear posibilidades de expansión a las manifestaciones locales y regionales de la cultura.

El Sr. Schuman sugiere, en apoyo de este último criterio, el examen de la Comunidad carbón-aceró, en la que la Lorena, el Sarre y Luxemburgo podrán constituir una zona única, cuya autonomía será casi completa, aunque deba conocer ciertos límites. El supranacionalismo puede conducir a la creación de autoridades regionales que cabalguen sobre las fronteras actuales.

2. El federalismo implica la legitimidad de las lealtades múltiples, como condición fundamental de la libertad :

El Sr. Toynbee. — En lo concerniente al concepto de la lealtad, los romanos han descubierto que no debía aplicarse necesariamente a un solo objeto. Cicerón concilió fácilmente su lealtad para el Estado mundial romano, con la debida a Artino ; Pablo, su lealtad hacia Roma y Tarso. Un conflicto de lealtades no tiene ya hoy en Europa una razón de ser que no tuvo en Roma. Las naciones europeas no pueden sobrevivir, sino dentro de los límites de Europa, y Europa no puede asegurar su florecimiento si las naciones que la componen no conservan su identidad.

El Sr. von Kleffens aprueba las observaciones del profesor Toynbee sobre las lealtades múltiples — « allégeances » sería quizá un término más adecuado — e insiste en que esta noción encuentre su lugar en las conclusiones de la Mesa Redonda.

El Sr. Kogon. — Europa ha de aportar su tributo a la civilización. Deberá encontrar lo óptimo como resultado de combinar un mínimo de unidad con un máximo de diversidad.

3. El federalismo sólo opone el buen sentido a los sofistas que abusan de las definiciones para impedir todo resultado práctico :

El Sr. de Gasperi. — Únicamente los sofistas pueden preguntarnos por qué nos limitamos a ciertos países. Honradamente no se nos puede reprochar que excluyamos al resto de la humanidad. Cuando se ama a una mujer y se contrae con ella matrimonio, ¿ acaso se firma una declaración de odio hacia todas las demás mujeres ?

DISTINCION ENTRE EL INDIVIDUO Y LA PERSONA. — La confusión de nuestro vocabulario, subrayada por Eugenio Kogon, es uno de los signos más graves de la crisis espiritual del Occidente. (Rusia no la ha resuelto con sólo limitarse a desvirtuar el sentido de palabras tales como paz, libertad, orden, agresión). Me acuerdo de haber analizado esto ampliamente en uno de mis primeros libros, « *La decadencia de los lugares comunes* ». Este análisis, convertido a su vez en lugar común, ha prosperado después, por una triste ironía, pero sin remediar el mal. Le añado aquí un ejemplo tópico.

Casi todo el mundo parece confundir hoy, sin escrúpulos, los términos individuo e individualidad, personalidad y persona. Esto denota un descenso catastrófico de la cultura teológica en nuestra época, para no tener que mencionar la filosofía, la etimología y la semántica. Estas confusiones de lenguaje, que acusan una inconsciencia general, han lanzado por la borda siglos de disputas eruditas y apasionadas, los trabajos de los concilios fundadores de nuestra concepción occidental del hombre, así como la obra de Atanasio, Gregorio y Basilio, Beocio y Tomás de Aquino, Calvino y Kant. ¿Cómo imaginar la Europa y su aportación vital a la concepción de lo humano, si se persiste en mezclarlo todo y en confundir las palabras clave que determinan nuestra existencia concreta? ¿Cómo responder, por ejemplo, a la crítica común a marxistas y fascistas, relativa a la atomización de nuestras sociedades, y cómo refutar la ética colectivista, si no se puede oponer al individuo la persona, en lugar de la masa; a los desórdenes de la democracia, la democracia sana y no la dictadura; a la anarquía individualista, el *sentido comunitario* y no el colectivismo; en una palabra, a la peste, la higiene y no el cólera? ¿Cómo defender contra los comunistas al individuo vacío, egoísta, impotente, que es precisamente la causa y a la vez la víctima de las reacciones colectivistas del cuerpo social? Si hemos perdido la noción de la persona, del hombre como ser social, tal como la han definido los grandes concilios en sus largas disputas trinitarias, ya no sé qué Europa defenderemos.

La noción de que hablo es una *noción del hombre* y no una suma de intereses de los que pudiera prescindir el resto del mundo.

HACER SACRIFICIOS RAZONABLES. — Al observar, entre los mejores espíritus, la tendencia a « apaciguar » a los adversarios de la unión, a dorar la píldora a los Estados, a no insistir más que sobre las ventajas de una mayor cooperación sin dolor, guardándose de atacar de frente los prejuicios nacionalistas y de mencionar los sacrificios indispensables, he creído oportuno acabar con estas palabras mi discurso de clausura en el Capitolio:

Está claro que unos y otros deben aceptar ciertos sacrificios. Deben afrontarse ciertos riesgos. No obstante, el eludirlos sería perderlo todo con seguridad y en breve plazo.

Se acepta de buen grado la comparación entre nuestra Europa y Bizancio. Este imperio que se hundió para siempre, hace cinco siglos exactamente, había cesado de representar su gran papel histórico desde el año 1204, en que el ejército de los cruzados saqueó su capital y profanó su santuario. Caída inmensa, cuya causa directa fue la negativa a aceptar un sacrificio mínimo.

Los cruzados, al desembarcar en Constantinopla, exigían un tributo antes de alejarse: 10 millones de francos oro, aproximadamente. El emperador les entregó la mitad; después se puso a lamentar su miseria. Los ricos se negaron en absoluto a ayudarle, pretextando estar arruinados y rehusando hacer la aportación patriótica de las débiles sumas que debían asegurar su salvación. Después de varios meses de espera, los cruzados decidieron asaltar la ciudad. Bizancio fue saqueada. El producto del saqueo se elevó, al cabo de tres días, a más de cien millones, sin contar el tesoro inestimable de las obras de arte y de los objetos sagrados dilapidados o « requisados ». Las riquezas de Bizancio, reunidas al fin en un « fondo común », fueron arrebatadas por el ocupante.

De ustedes depende, señores de la Mesa Redonda; de esfuerzos como el de ustedes, de todos nosotros, europeos, depende, escribir otra Historia para una Europa nueva.

DENIS DE ROUGEMONT

ESTAMPAS DE LA ISLA DE PASCUA

[POR LUIS MERINO REYES

LA Isla de Pascua se encuentra ubicada a dos mil sesenta millas del puerto de Valparaíso y es una posesión chilena. La primera impresión paradójica del viajero se basa justamente en esta última condición de la Isla, en su nacionalidad. Después de navegar unos once días entre la Isla de Juan Fernández, siempre por mar agitada y con viento noroeste, sin otra distracción que divisar algunos escualos y una o dos ballenas, el viajero distingue el perfil brumoso, situado en la latitud del trópico de Capricornio, en el ombligo del mundo. Entonces aparecen por todos los rincones del barco unos hombres altos y morenos, de rostros más bien indos o africanos, algunos de talla gigantesca, que hablan un idioma impenetrable, como rápido chasquido lingual, y son chilenos. Nada tienen que ver ellos con nuestro mestizaje, ni con la forma cómo nos fué impuesta nuestra lengua y nuestra cultura. Uno me tutea y me enseña unas figuras talladas en madera miro-tahiti. Son los moais Pa'apa'a Hiro y los moais Kavakava, monos flacos, costilludos, que se conocen con el nombre de toromiro y que representan a los « akuaku », espíritus del otro mundo. Los oferentes no se interesan por dinero, desean ropa, camisas, pantalones. Adquiero un pez, unas dagas, dos Pa'apa' Hiro y un Kavakava por algunas camisas y varios panes de jabón. El proveedor me dice, en su media lengua castellana, que él es mi amigo, que sólo me trae un regalo

y que acepta mis prendas de vestir por que las necesita. También me regala piñas, plátanos y naranjas jugosas. Su condición infantil, su astucia primaria, lo diferencian del ladino isleño que subió al barco, en la isla de Juan Fernández, a ofrecer sus bastones, polveras, palillos y cajas de chonta y sándalo, haciendo, a cada instante, presente que nos favorecía con su negocio.

Al salir a cubierta vi a un muchacho delgado, bronceado, de ojos azules, que tiraba entumecido sobre un banco. Recorrió casi 800 metros, desde el embarcadero, sin agotarse. Cuando entendió que le encontraba tipo de europeo, me dijo que su bisabuelo era francés y que estuvo en la Isla, mientras él quién sabe dónde estaba. Otro, alto y gordo, llamado Napoleón Paoa, un tanto estático y desenfadado, nos regateó una paloma tallada en madera, que representaba el Manutara, pájaro legendario.

En la noche ya eran numerosos los pascuenses que deambulaban por el buque. En la cámara del ingeniero de la nave, cantaban varios, uniformados con ropas de la Marina, guiados por su « alcalde », un hombrecillo flaco y canoso. El Comandante fué condecorado mediante un collar simbólico y asistía a la fiesta con sus oficiales. Ningún pascuense ignora el canto, y los que se introducian en la cámara se sentían incorporados a la melodía. El ritmo de las canciones es el típico de las islas del mar Pacífico y es seguro que a ellos les ha llegado de Tahiti o de



Moais en la pendiente del volcán Rano Raraku.
(Dep. de fotos de la Universidad de Chile)

Hawaii. En la popa la fiesta adquirió mayor colorido : los pascuenses cantaban y bailaban y, sin asomo de perversión, imitaban los movimientos sinuosos de las bailarinas. El compás melancólico, propio tal vez de los habitantes de las islas, se renovaba sin cesar. El barco quedó fondeado, pero vivo, la brisa era fresca, la isla estaba sumida en las tinieblas. Junto al constante murmullo del agua, corría el monorrítico estribillo de una canción isleña.

Al amanecer, nuestro buque, el « Angamos », se trasladó de La Pérouse, su primer fondeadero, que lleva el nombre de un expedicionario francés que arribó a la Isla de Pascua en 1786, a Hangaroa, donde reside el núcleo de la población, compuesta de 850 habitantes, y ya tuvimos una sensación colectiva del ánimo que despertaba entre los pascuenses nuestra llegada. Se aproxima al costado del buque un bote que tripulan varios muchados y un viejo. La mar está agitada y el bote se vuelca ; los muchachos alcanzan la escalera del buque, mientras el viejo se aterra al bote volcado, sin perder

sus bártulos ; monos de madera, una cabeza de plátanos, un bastoncillo. Sólo pierde algunas frutas que se desgajan. Ha vencido su desgracia sin abandonar el control de sus necesidades ; su rostro es terco y su mirada impasible. Menudo, nervioso, es la visión total de un hombre.

Aparte de las visitas, portadoras todas de morrales con figuras de madera, naranjas, piñas y plátanos, los pascuenses asumen por derecho propio, sus puestos en los remos. Nadie podría reemplazarlos e improvisar destrezas en el paso de las barras que guarnecen sus desembarcaderos. En un bote tripulado por mocetones macizos, de rostro oscuro, vestidos con uniforme náutico de trabajo, se recorta la figura del Padre Sebastián Englert, sabio sacerdote católico, radicado desde hace 18 años en la Isla. Lleva hábito blanco y su cara es pálida, aumentando su albura la inexpressión de sus ojos celestes. Los bogadores lo cogen en vilo y en uno de los reflujos favorables, lo depositan en la escalera del barco. Entonces sube con agilidad de misionero.

Los tripulantes, desembarcados, ya afrontan la barra de Hangaroa. La chalupa se levanta y desaparece entre dos lomajes de agua; desde el barco, los observadores rien como si sospecharan esos rostros clásicos, mitad irónicos, mitad inseguros, con la voluntad sobre el accidente imprevisto, que ponen los hombres cuando sienten miedo.

Nosotros nos embarcamos en dirección a Hangapiko, muelle de Mataveri, residencia de la administración de la Isla. Los pascuenses, no más de cuatro, todos iguales para el forastero, dirigen la boga con su lenguaje de giro rápido, como tableteo gutural. La maniobra fué hábil y la embarcación logró soslayar la renovada y espumeante acometida del mar. A pesar de la destreza nativa, la lancha se alzaba y descendía rebotando inerte. Yo observé el rostro malicioso de los pascuenses; uno de ellos bostezaba haciendo alarde ingenuo de tranquilidad. Por último, los diversos recursos hábiles, los mandatos guturales de los pascuenses, se encauzan en un navegar breve y deslizado que nos conduce al desembarcadero como por un tobogán de agua luminosa.

COMO un fondo a la vida de los escasos continentales que residen en la Isla de Pascua, está la actitud sinuosa, algo inasible de los pascuenses. Son como pupilas y orejas que atisban desde escondites o miradores. En pocos lugares, se advierte, con menos tapujos, el ademán de guardar silencio cuando aparecen la boca gruesa o los ojos oblicuos de un nativo sonriente que sirve un plato o pasa una copa. La variedad de razas establece en esta relación su mejor contraste, su afirmación más poderosa. El roto chileno, mezcla de araucano y de mestizo, observa y un día estalla. El nativo pascuense es sensible y sutil; sus ancestros polinesios, su propio aislamiento, lo frenan en el ataque, prefieren valerse de la murmuración a espaldas vueltas. Nada más próximo, en este sentido, que la Isla de Pascua a una ciudad de artistas. Además, hay tiempo, un tiempo que fluye de todos los regazos de la Isla, de la falta de angustia orgánica, de los bailes y del tallado de monos de madera.

El hombre continental está asediado por un ámbito bárbaro de mujeres. Las nativas han perdido muchas características folklóricas; pero desde las primeras expediciones hasta hoy, han mantenido su instinto eugenésico. Ellas anhelan unirse con el continental para que les dé hijos distintos, menos propensos a la lepra que los vástagos de su misma raza. Las casadas no se detienen en el camino cuando van solas y se les saluda en forma insinuante; pero tampoco se niegan a la unión sexual foránea. La gestión de los misioneros reduce, en la práctica, los derechos del marido a su licencia para golpear a la cónyuge si ésta no observa buena conducta. Sin embargo, esta misma actitud es variable y si el forastero, en lugar de ligarse a hurtadillas con una mujer casada, pidiera permiso al esposo, no incurriría en un desatino.

Mientras transitamos por la calle principal de Hangaroa, diviso a un grupo de

Talla de toromiros.

(Dep. de fotos de la Universidad de Chile)



colegiales, con edades fluctuantes entre los 10 y los 13 años. Uno de los compañeros más jóvenes e impulsivos, les pregunta por el « toroko », planta de significado malicioso, alta como los juncos, donde el muchacho o « torito » lleva su presa. Una de las colegialas, de rostro moreno indo, cuyos ojos brillan con el resplandor del Asia más quemante, exclama : — ¡ Toroko, oh no, pecado original !

COMEMOS en una atmósfera de trópico ; los jarros de jugo de naranja, las piñas, los plátanos, decoran la mesa. Es el hogar afectuoso del matrimonio Lord. Durante la comida nos sirven Felisa, una nativa alta, con mezcla racial norteamericana, y Miguelina, típico ejemplar de mulata negroide. Las bromas abundan matizadas con palabras del idioma pascuense. « Hanga rahe an kea kohe » significa « te quiero mucho a ti ». « Korohua », « hombre viejo » ; « tanhata nepariva », « hombre joven ».

Un sentimiento de aventura dinamiza el ánimo de muchos, a pesar de que algunos rostros, aferrados a una juvenil y tímida dignidad, son impenetrables. Estoy sentado a la derecha de la dueña de casa y me deleita la precisión sutil de su lenguaje. Este grupo de nueve alojados — cada uno con su misión de trabajo, pero distante de su hogar más de dos mil millas, ha de ser un espectáculo para ella. Sin embargo, permanece estilizada por la cortesía. El propio mister Lord, su marido, busca su asentimiento luego de esbozar algunas de sus franquezas, o le hace un guiño cuando un idealista describe a los nativos como ángeles polinesios.

Después de comer, ocurre lo que el mismo ambiente determinaba y, con la venia de los dueños de casa, se organiza el baile al compás de un acordeón. Surgen, después de un momento, como los actores de sus camarines, Ricardo el cocinero, típico malayo de modales femeninos, Felisa, Miguelina y Aurora, un bello ejemplar pascuense, alta, fina, de caderas plenas y negros ojos en ojiva. Se instalan en un escaño del corredor de la casa y cantan y danzan. Las melodías se repiten con estribillo monótono, la letra es triste, ahita de nostalgia. Es la isla de Tahiti la

que ambienta y conforma la totalidad de los cantos :

Muchacha de ojos verdes yo te saludo,
venga pronto mi querida
con vaivén, vaivén navega el buque
para llegar a Rapa Nui.

El canto y el baile son seguidos en rueda por unos instantes ; mister Lord y su esposa se han instalado en un extremo del corredor y observan silenciosos. No se trata de una música típica. La casa, rodeada de mosquiteros, con parrones de cuyos flancos penden cabezas de plátanos, con un vestibulo ornado por objetos pascuenses, de los mejores artífices, me evoca la casona de alguna novela inglesa ambientada en la India.

La contención occidental se pierde y vendida la barrera de la etiqueta, bailamos todos, con movimientos improvisados, felices, aceptando el ondulante compás de Pascua, mezclado a la bastardía de nuestros bailes. Sólo es reacia para bailar emparejada Aurora, la más bella del grupo nativo, que baja los párpados, temerosa de su dueño, observador próximo, desde el grupo de los músicos, cuya expresión estática, taciturna, tiembla llena de presagios.

En cambio, baila, sin hacerse de rogar, Casimiro Paoa, llavero sin llaves de la casa, de sesenta y siete años de edad, cuya mirada gris tiene ese resplandor canino de los viejos. Casimiro no se quebranta después de saltar sensualmente, moviendo las manos a través de su cuerpo, como si amasara una escultura imponderable.

En seguida, recorro la noche pascuense, huérfana de ladrido de perros. Es necesario andar con cautela, pues no hay veredas y abundan los hoyos en el camino. Sobre un cielo negro están inmóviles las estrellas y nace una luna delgada y brumosa. Las luminarias presionan mi nuca, como me sucedió en las tierras rojizas de nuestra pampa salitrera. Ubico la Cruz del Sur, Venus y Saturno. No adquiero la conciencia de estar en una isla a más de dos mil millas del continente. El cielo, las estrellas, la silueta de los seres humanos hace sentirse confiado en cualquier punto de la tierra.

LUIS MERINO REYES

Cuatro tiempos de la muerte

POR SALVADOR PINEDA

EL tema de la muerte, campea en casi toda la literatura de nuestro tiempo ; pero alcanza mayor rango y significación en autores de la talla de André Malraux, Thomas Mann, D. H. Lawrence y Stefan Sweig. Los cuatro la personifican en sus libros de distinta manera ; pero bastaría con releer sus páginas alusivas para comprobar que en todas ellas figura como personaje central.

La muerte es, en efecto, « leitmotiv » de sus libros, contenido y expresión de sus obras : para Malraux es casi « condición humana », signo de fatalidad en todo prisionera que ve pasar « el tiempo del desprecio » desde su cautiverio ; para Mann es sinfonía macabra, motivo filosófico o sentimiento artístico del mundo convulso en que vivimos ; para Lawrence sólo tiene sentido como resurrección del sexo, como misterio fálico que encierra, sin embargo, la belleza de la vida en estado natural ; para Zweig, finalmente, es cosa de predestinados, fuerza demoníaca, idea obsesionante, mal interior que empuja a trágicos desenlaces.

Pero ya sea como signo de fatalidad, como sinfonía del espíritu, como resurrección del sexo o como fuerza demoníaca, la muerte tiene cuatro momentos estelares en la literatura contemporánea que conviene resaltar separadamente para darles la importancia que merecen.

Malraux o la muerte prisionera

EN distintos pasajes de sus novelas, André Malraux — apóstol de la condición humana — reconoce sin vacilar que el individuo, como el genio, vale por lo que tiene dentro y que la juventud, en cierta forma, es una religión de la que siempre es preciso abjurar. Es difícil — ha dicho — ser un hombre. Pero no lo es más llegar a serlo ahondando su comunión que cultivando

su diferencia. Y como todo hombre, en el fondo se parece a su dolor, sabe por lo menos que cuando su cuerpo se siente amenazado el espíritu está libre.

En casi todas sus novelas — intensas y dramáticas como su propia vida de militante y aventurero — Malraux se ha propuesto reducir el mundo de la tragedia a dos personajes centrales : el héroe y su sentido de la vida. Ha vivido mucho y escrito apenas unas cuantas novelas : *La Condición Humana*, *Los Conquistadores*, *La Esperanza*, *El Tiempo del Desprecio* y *La Vía Real* ; pero en todas ellas se manifiesta la soltura de su estilo y la agilidad de su prosa. Pese a su corta producción novelística, no es sin embargo un escritor limitado sino cultivador de temas humanos de gran alcance.

Literatura de combate es la suya, y no hay nada que lo pueda evitar, porque sus personajes están encadenados y luchan por desatarse de las fuerzas que los retienen inexorablemente. Un drama esquiliano se desarrolla en la tragedia honda de sus héroes, que buscan la manera de evadirse cuanto antes de la angosta prisión que les roba la humana facultad de accionar.

Malraux mismo ha explicado que su obra se propone profundizar el sentido de la condición humana, frente a un mundo abatido por el sufrimiento y la muerte. Con un heroísmo a prueba, el hombre pelea por reconquistar la libertad de que se ve privado al ser víctima de una esclavitud que lleva aparejada la anulación de los derechos y la exaltación del despotismo.

— ¿ A qué llama usted dignidad ? pregunta uno de sus personajes.

— A lo contrario de la humillación — responde Kyo.

La humillación no es otra cosa, en realidad, que la injusticia social que encierra al hombre en una celda obscura, por la que ve pasar « el tiempo del desprecio » antes de que le llegue la hora. Pero

en el fondo de la humillación, como en el fondo del dolor, el verdugo tiene muchas probabilidades de ser más fuerte que las víctimas.

La prisión del hombre y el cautiverio del espíritu; el hombre metido en un cuarto de losas frías, sin más compañía que su imaginación atormentada y el silencio que le toca la frente; he aquí el mundo típico de Malraux en que actúan los seres perseguidos de sus novelas.

« Siempre son los mismos los que van a la cárcel — dice Kyo en *La Condición Humana*. — Katow iría aunque no me quisiera profundamente. Iría por la idea que tiene de la vida y de sí mismo. No es por alguien por lo que se va a la cárcel. »

No es por nadie; es por destino, tal vez. Porque la cárcel se lleva dentro de cada cual. El individuo no quiere ser sumiso, pero sabe muy bien que lo que pesa sobre él es su propia condición de hombre. Todos son prisioneros de la misma suerte, aunque no se encuentren en un calabozo. Por eso todos están condenados a sumergirse en el mismo sentido de la vida que les da fuerza.

Cada uno de ellos es cautivo de su naturaleza angustiada y, sin embargo, su redención se encuentra en realizar la trayectoria fatal de su destino. El sufrimiento hace pensar más en la vida que en la muerte, y por eso hasta el prisionero vuelve a ser un hombre en el momento mismo en que lo torturan. Aquí está precisamente la paradoja de su existencia: en la prisión de su suerte encuentran la libertad.

Kyo es más él cuando se liga a su deber y se sabe sin embargo sometido al dominio de su propia mujer; Clappique se posesiona de su papel de bebedor cuando siente que eso lo inclina más al vicio y la mundana excitación. May se reafirma más en el amor hasta el día en que pone en peligro su situación conyugal; Valeria adquiere con orgullo su libertad femenina, hasta el momento en que recobra la posibilidad de entregarse a la aventura en que las circunstancias la obligan a demostrar « que también la mujer es un ser humano »; Chen tiene que matar un hombre en una noche de angustia para ponerse de acuerdo con su instinto en el mundo nocturno que no se opone al crimen, como si sólo el homicidio le hubiera permitido reconciliarse con su propia existencia.

Y ¿ qué decir de Gisors, ese personaje de recia contextura que forma casi todo el nervio de *La Condición Humana* y que por sus patéticos perfiles se parece tanto al padre de los Karamasov? Espíritu fuerte de trágicas virtudes en una abierta lucha contra la crueldad y el desengaño, Gisors representa el pensamiento en acción indirecta. Es el tipo del intelectual derrotado que se satisface en contemplar su obra y la proyección de sus ideas en una generación combativa. Sí-

bolo de la tradición de un país, enseña a sus discípulos la fórmula de actuar con el pasado auestas, ya que para justificar su vida no hay más que un recurso: transmitirla.

Malraux ha hecho, pues, la apología del hombre prisionero. Del hombre encerrado que sueña en la rebelión y en el próximo desquite, mientras la soledad y el desconsuelo le hacen pensar que el más fuerte de los lazos es el combate. El hombre vive enconado por el dolor, que de tanto lastimarle las entrañas se le parece mucho. Todo hombre sueña con ser un dios; pero vale más seguir siendo hombre. Un dios puede poseer pero no puede conquistar. Nada en cambio es más atractivo en un hombre que la unión de la fuerza y la debilidad.

El sufrimiento, la angustia, el dolor, la privación de la libertad, el espacio limitado para las acciones humanas, la línea de la fatalidad y la suerte de los espíritus condenados al cautiverio; tales pudieran ser los rasgos sobresalientes de esa temática vigorosa que tiene en André Malraux su más vivo y fecundo realizador.

Personaje de novela, Malraux se retrata en sus propios libros y habla en ocasiones por boca de sus mismos héroes. Le preocupa en extremo la condición humana y el drama del hombre ante la muerte. Pero coloca al artista por encima del héroe y del santo.

Por lo demás, Malraux sabe muy bien que es indispensable transformar la voluntad en inteligencia y que hay que interesarse por las fuerzas humanas en lugar de interesarse por los seres. Bajo una atmósfera constelada de fatalidad, sus seres se mueven como prisioneros del destino, teniendo la seguridad de que no basta la caridad para agotar el dolor y que las noches agobiadas de angustia no son más que claridad.

Y al hombre prisionero, cuya condición humana él defiende con tanto aplomo, le queda, en última instancia, la posibilidad de repetir la salmodia nocturna que entonan los camelleros tártaros entre el olor de los jazmines secos y bajo el cielo de Mongolia: « Si ésta es la noche del Destino, ¡ bendita sea hasta la aparición del alba ! »

Mann o la sinfonía de la muerte

LA vida, rítmica como una sinfonía de Beethoven o como un drama musical de Wagner, tiene tonalidades múltiples en proporción de acercamiento entre las jerarquías de una clase social en decadencia y las escalas maravillosas del arte. En torno de principios egocéntricos y núcleos en descomposición, se va de integrando, poco a poco, toda una organización de castas que encierra, en su más profunda esencia, fuerza de abolengo y sensibilidad estética. Tal es la técnica central que llena el contenido de *Los Buddenbrock*,

otra de las novelas donde se exalta el tema de la muerte.

Destila sobre sus páginas, demasiado estrechas para contenerlo, el destino de un grupo de hombres que integran la realidad punzante de una época histórica. Tiene el tinte perfecto del color alemán, tanto por su estilo como por su fuerza literaria; pero, como Goethe, Thomas Mann se ha engañado: pensaba legar a su patria un libro terriblemente alemán y resultó, en último análisis, que escribió para la humanidad entera.

Se propone hablar de su pasado y hace desfilar, con pasos lentos pero seguros, las aristocráticas figuras de una familia de comerciantes hanseáticos que se desviven por mantener íntegro el orgullo de sus antepasados, por encima de sus fracasos. Todos ellos, hombres militantes frente a un mundo de posibilidades, manifiestan al actuar un sentido tan real, que se tiene la impresión de verlos levantarse sobre el papel para justificar, con su potente voz de alemanes robustos, las inviolables ideas de sus prejuicios burgueses. Viven tan intensamente desde la infancia hasta la ancianidad, que se siente un tentado a detenerlos para buscar en su interior ese « virus maléfico » que los incita a obrar.

Esta, es, precisamente, la nota característica que informa el temperamento artístico de Thomas Mann: « solicita de una manera profunda, a la alemana », para ir más allá de sus páginas. Es, en el fondo, un encaminador de almas, y sus novelas, rebosantes de ideas y doctrinas, no son más que perspectivas humanas que hacen sospechar latitudes más amplias. Su táctica estriba en apuntar sugerencias para que la curiosidad enciclopédica del lector se encargue de descubrir las conclusiones. Aquello de que Mann habla más al intelecto que a la emoción, nos induce a calificarlo de pensador más que de novelista, hombre de letras más que literato.

No otra cosa nos insinúa la posición doctrinaria de Settembrini, aquel heroico pedagogo de *La Montaña Mágica*, que habla al mundo latino desde las alturas. La actitud bélica, profundamente europea, que asume Hans Gastorp ante la irrupción de mundiales acontecimientos y que ha sido la causa de que la nueva generación alemana vea en Mann un maestro de juventudes, expresa claramente una serie de reflexiones sobre el germanismo.

Graves problemas filosóficos tienen que plantearse para la vida en declive de Thomas Buddenbrock — último reducto de una generación en derrota — cuando sus manos burguesas, nunca vencidas, tropiezan con un libro de Schopenhauer. Este pesimismo, signo inequívoco de la transformación que se opera en el fondo de su espíritu, le arrastra a experimentar esa morbosa sensación que implica el misterio deductor de la muerte.

« El contacto precoz y frecuente con la muerte, inclina a un estado de espíritu que nos hace más delicados y más sensibles a las durezas, trivialidades y, digámoslo claramente, al cinismo de la vida ordinaria... », como el atormentado personaje de *La Montaña Mágica* y pariente suyo por la semejanza de la suerte, parece meditar al cónsul Buddenbrock. Y quién sabe si en sus serias reflexiones no le hayan asaltado, de pronto, las palabras de Maeterlinck: « Purificado por el fuego, el recuerdo vive en lo azul como una bella idea, y la muerte no es sino un nacimiento inmortal en una cuna de llamas. »

La esperanza de una resurrección espiritual le impulsa a tratar de prolongar la vida; pero se desgasta en el placer inútil de querer resurgir. Sin embargo, todo esto que sabe no le servirá más que para morir dolorosamente. Pero esa resolución de firmeza y serenidad que adoptan todos los Buddenbrock en la hora final, seguros y satisfechos de haber cumplido su destino, es un rasgo típico de la raza nórdica.

Por eso el espíritu de Thomas Buddenbrock — igual al del propio Mann — es el mismo que anima los momentos más trágicos de aquella nórdica personalidad que se llama Juan Gabriel Borkman. Ambos intentan redimir a sus pueblos a costa de sus propias vidas, expiando su pasado con las culpas del presente y edificando, desde abajo, el porvenir. Es así como el norte de Europa debe a Ibsen y a Mann, lo que el oriente a Tagore y el occidente a Spengler.

No es verdad que con este libro Mann se revele como un traidor a su clase, — según pensaron las gentes de la hanseática ciudad de Lubeck, su tierra natal. Antes bien, trata de evitar su escandalosa caída y su aparatoso derrumbamiento, aportando una solución definitiva: cree que la burguesía mercante tiende a desaparecer del campo de las fuerzas económicas; pero ante la inminente catástrofe, antepone la barrera de principios morales y estéticos al interés de casta. Ante la disolución de viejos privilegios, se conserva viva la espiritualidad humana, porque los principios vitales, como toda civilización y todo perfeccionamiento moral, « han salido del espíritu de la literatura que es el alma de la dignidad humana y que es idéntica al espíritu de la política. »

El propio Hanno — símbolo de una nueva clase en formación — deja de ser influyente y poderoso industrial para entregarse a la inmortalidad del arte. Todos los suyos tienen contra la música « una antipatía de orden político »; la califican como síntoma de perdición, de vana sensiblería, pero han ignorado siempre, tal vez por el necio temor de comprobarlo, el caudal de riquezas emotivas que pueden introducir las notas musicales en su turbada y adormecida conciencia. Desprecian torpemente a Beethoven,

sin saber que una de sus mejores sinfonías — lenta, dulce y sutil — es, en principio, más edificante para la virtud del hombre que la energía concentrada en varias fábricas de tejidos.

El espíritu de la música — síntesis milagrosa de humanismo y cultura — abre nuevas orientaciones en aquel inocente organismo « destinado a la anatomía de la tumba ». Y si parece este tierno y último retoño de la clase aristocrática en la aventura con la muerte, es porque sus estuendas melodías no obedecen ya al sentido limitado de su vida, sino que se desbordan en busca de universales modalidades.

En este trágico desdoblamiento de formas decadentes e impulsos creadores, Thomas Mann se ha visto obligado a matar a sus personajes para no comprometerse demasiado. Porque de no hacerlo así, se le hubiera pedido justificar atrevidas y peligrosas situaciones, contrarias a sus teorías de regeneración social, originando, por otra parte, cierto desequilibrio en la forma literaria. Además, para ser leal consigo mismo, era indispensable poner fin a un estado de cosas en bancarrota y dejar en libertad, con toda la pujanza de su desinterés, los límpidos manantiales de la música y el arte para que fertilicen conciencias y regeneren al mundo.

En *La Montaña Mágica* se contiene, en forma enciclopédica, la visión tremenda del mundo occidental; pero no en un análisis ligero, superficial sino profundo y concentrado, porque Thomas Mann va hasta la esencia misma de la enfermedad de este siglo, plagado de peligros, para descubrir que la vida tiene movimientos macabros, cuya celeridad es mayor a medida que más se aproxima la nota final. Y esta música desintegradora de la existencia humana, obedece a los seductores compases de la muerte, cuyo preludio es el agotamiento físico que produce la enfermedad. Por eso Han Gastorp adquiere mayor seguridad de la vida y más familiaridad con la muerte cuando se acerca a Claudia Chauchat, ese tipo de mujer caucásica que simboliza la belleza imponderable de la materia orgánica. Ambos, hombre y mujer, constituyen la plástica presentación del espíritu y el amor entre los cuales flota el viento de la muerte como una musicalidad cuyo contenido sentimental, según Settembrini, es de inspiración latina. Esa virulenta y apasionada declaración de amor con que el protagonista hace patente su apego a la vida, se antoja toda una filosofía de la sensualidad, brotada de organismos enfermos predestinados al aniquilamiento de la tumba...

Ante este espectáculo de ruina y desastre, y desde las mismas alturas de « la montaña mágica » donde habitan los afectados de males interiores, la muerte se desliza sigilosa entre esa atmósfera de reposo y silencio que rodea a todas las existencias, como virus imperceptible de lenta des-

trucción, como mórbida penetración en los recodos del cuerpo... Y así, llega hasta nosotros esta profunda lección de *La Montaña Mágica*: vida, muerte y esperanza confundidas con el amor, espíritu y materia, enfermedad y grandeza como trágicas expresiones del arte y la existencia en el mundo convulso de nuestro tiempo.

Lawrence o la muerte en vacaciones

D. H. LAWRENCE es indudablemente uno de los mejores novelistas de nuestro tiempo. Sus novelas han dado la vuelta al mundo motivando centenares de críticas y elogios. Desde la aparición de su primer libro, *El Amante de Lady Chatterley*, ya no dejó de escribir; familiarizado con la vida, se hizo escritor profesional para lograr realizaciones plenas de naturalidad. Pero Lawrence no era un retórico de la vida sino un naturalista de la existencia, y por ello su lenguaje es preciso, real, positivo, sin encubrimiento ni hipocresías.

Su primera novela, se ha hecho famosa y su celebridad ha servido para hacer de *Lady Chatterley* un tipo universal de mujer y de Mellors la representación espiritual del hombre. A través de ambos, Lawrence proclama airadamente su tesis sobre la inmortalidad de la carne. Los secretos del sexo, con sus complejos y prejuicios, le sirven de fundamento para exaltar la pasión física y la potencialidad del hombre. Es su justificación sensual de la vida o, para decirlo de una vez, el misterio fálico de la individualidad humana, que expresa sin embargo toda la belleza del mundo.

La lucha entre la potencialidad de la materia y la fuerza del espíritu ha sido tradicional; pero Lawrence ha querido encontrar un equilibrio en la siguiente fórmula conciliatoria: mantener una fluctuante armonía entre el intelecto y el cuerpo. Es decir, no sacrificar el espíritu a la sexualidad, sino mantenerlos a un mismo nivel, en productiva y fecunda vinculación. En este sentido, Lawrence es sobre todo un moralista y un educador: quiere que el hombre se conozca a través de su capacidad física y su categoría humana. Calificarlo de inmoral o pornográfico significaría, en cambio, negar las propias culpas e ignorar los propios méritos.

Lawrence recorrió casi todos los caminos, demostrando que para hablar con propiedad del mundo y de la vida hay que conocerlos en su estado natural. La inestabilidad de su ánimo y la curiosidad de su inteligencia, lo empujaron de una parte a otra, aparentemente en busca de lo desconocido, pero en el fondo en busca de sí mismo.

Catherine Carswell, en un estupendo ensayo biográfico sobre la soledad del peregrino Lawrence, ha vuelto a actualizar la estampa del escritor inglés como viajero del espíritu, con su psicología de aventurero y descubridor de los aspectos más recónditos de la vida. Ahí está Lawrence de cuerpo entero, con sus oscuros defectos y sus genialidades proféticas. Hombre de contrastes y alternativas, Lawrence fué ciertamente un raro, pero genial escritor que dió al traste con el orden establecido para abogar por un mundo nuevo: el mundo de la sexualidad en que no cuentan los prejuicios ni los convencionalismos. Enamorado de las delicias del Mediterráneo, de la fuerza telúrica de Australia y del abundante sol de México — diganlo sino *Crepúsculo en Italia*, *Canguro* y *La Serpiente Emplumada* — Lawrence describió con emotividad y prestancia las tierras que descubrió. Por eso no fué simple turista ni caminante improvisado, sino viajero de vocación, deseoso de descubrir la verdadera esencia de las cosas.

Parece que andaba siempre sobre aviso, a caza de oportunidades, espiondo la ocasión de confirmar su devota inclinación por la vida. La amaba profundamente y su mayor desencanto era comprobar que los hombres, de espaldas a la realidad, no sabían vivirla intensamente. Desvirtuar la vida, desnaturalizarla en nombre de los prejuicios, era para él pecado imperdonable, negación de todo principio moral y, lo que es peor aún, la anulación de sí mismo; asimilarla con todos los sentidos, aceptarla tal como es o interpretarla como debe ser, era en cambio vivir a la altura del bien, apegado a la verdad.

Y en ésto, su imagen se refleja íntegra, completa, natural: Lawrence no era un superficial sino un hombre profundo: no escribía sobre trivialidades sino de asuntos humanos de honda proyección. Mucho se ha escrito sobre Lawrence; pero nunca se agotará el tema de su personalidad y seguirá siendo una incógnita, la incógnita del hombre para decirlo con las palabras de Alexis Carrel. Lawrence fué un hombre difícil porque no se dejó captar tan fácilmente. En ello estriba precisamente su atracción y magnetismo: no basta con conocerlo superficialmente; se requiere penetrar en los recodos de su alma para impregnarse de sus intimidades.

Lawrence era un tipo excepcional; no estaba hecho para los « snobs » ni para los decadentes, sino para los espíritus mayores, para las mentales construídas paralelamente a la vida. Lawrence iluminaba los senderos ocultos y parecía, en efecto, una llama danzando sobre el viento, persistente, inexorablemente. Pese a su alejamiento, a su reserva con los demás y hasta consigo mismo, dejó la impresión de que la vida aflúa a él desde numerosas fuentes invisibles.

Era un tipo real, pleno de humanidad; no fué por eso un simulador ni le gustó jamás conducirse hipócrita, fingidamente; por el contrario, se dió a conocer como era efectivamente: un rebelde, un inconforme, un inadaptado que trataba sin embargo de reconciliarse con la vida.

Jamás pudo estarse quieto ni permanecer tranquilo en un solo lugar; se sublevó contra todas las formas sedentarias para preferir lo inestable y la posibilidad de aquietar su conciencia cambiando de perspectiva. Su peregrinar no era otra cosa que la empeñosa búsqueda de una tierra y un nuevo cielo en que fincar una nueva existencia.

El tiempo y la historia no contaron para él sino en tanto que tenían que ver — ejecutoria del sexo, trayectoria del individuo — con el destino personal. Trató de ser un profeta más que un novelista; advirtió el presente y el futuro con los ojos puestos en el mañana, viendo con reserva a Proust porque jamás le preocupó la búsqueda del tiempo perdido.

Casi todos los personajes de sus novelas son tipos solitarios, aislados, aunque no por eso menos humanos. No son solidarios del ambiente social en que viven sino del clima en que se desarrollan. Ahí radica precisamente el aspecto novelístico y real de sus obras: cuando se leen sus novelas, no se sabe, en verdad, si se está frente a un mito o ante una realidad. Y es que Lawrence tenía la seguridad de que la soledad hace la fuerza y de que, a pesar de todo, guardar rencor contra las gentes era pecar contra la vida. Practicó la más pura moral del afecto y la sinceridad; místico de lo humano y devoto de lo real, abominó de los puritanos y los simuladores para predicar la religión del bien en comunión con la naturaleza.

Amaba la vida por lo que hay en ella de soledad y, como a todos sus personajes, lo rodea un misterio y una sombra que no es fácil descifrar. Pero aunque lo rodea un círculo de sombras, Lawrence no dejó por eso de manifestarse en todos sus perfiles humanos: no era un fugitivo de la vida, sino un perseguidor de ella misma.

Después de recorrer el mundo, Lawrence consignó sus experiencias en páginas llenas de pureza y de sinceridad. Sus realizaciones literarias son, por lo demás, prueba irrefutable de que en sus novelas, como lo afirma Aldous Huxley, no hubo otra influencia que no fuera la de la vida vivida por él mismo.

Pese a su sinceridad, no escapó a las críticas y ataques de sus contemporáneos; le dolieron las injusticias y las incomprensiones, los insultos y las vejaciones de que fué objeto, pero no por ello renunció a su estilo de vida ni a la integridad de sus ideas. Jamás se encontró satisfecho en Inglaterra, no porque fuera mal inglés sino porque nunca pudo adaptarse a la estrechez de

su isla ni resignarse a los prejuicios imperantes.

No fué inglés sino por referencia. Su verdadero hogar, su auténtica patria fueron los viajes, los pueblos con que tropezó en sus largos recorridos, las tierras que descubrió en su afán incontenible de superar las distancias. No dejó nunca de andar, porque un hombre de su temperamento no podía permanecer estacionado : la amplitud de la vida lo empujaba fatalmente al placer de viajar.

Una vez en camino, escribió en una de sus jornadas, no hay más que continuar. Y eso fué precisamente lo que hizo : continuar hasta el final la trayectoria de su vida, prolongar la línea de su heroísmo trashumante, hasta el encuentro definitivo con la muerte.

Pero Lawrence no murió sino relativamente ; su muerte fué, por extraña paradoja, la resurrección de su espíritu y la perpetuación de sus ideas. Su enfermedad y su muerte no fueron el epílogo de su ejecutoria humana, sino apenas el principio de la difusión de su obra y la universalidad de su pensamiento. No vivió bastante para conocer la gloria, pero a pesar de todo fué un triunfador. Trazó un camino para la salvación humana : el cuerpo ante todo, y por encima, la fuerza del espíritu, porque primero son las hojas y después la flor, según sus propias palabras.

Alfred Fabre-Luce lo ha calificado como novelista y profeta, ya que fué capaz de ligar religiosamente a los seres con la naturaleza y el instinto, No fué precisamente un idealista, sino un defensor de los derechos naturales del hombre. Seguro de que todo genio es ángel y demonio a la vez, ante lo religioso y lo pagano optó por exaltar los valores humanos. Lawrence no pretendió ser genio excepcional ni hombre de importancia, sino un hombre común, en contacto con la realidad. No les dió vuelta a las palabras; prefirió decir las cosas con franqueza y sinceridad. Escribió como hablaba, y al leer sus libros se tiene la impresión de que se escucha su propia voz.

Lawrence fué, además, un hombre de contradicciones, tal vez porque su alma, igual que la de sus personajes, se encontraba en ocasiones turbada, en una especie de caos. Pero dejó, por lo menos, un principio sagrado : el derecho a vivir con naturalidad.

Marcando un contraste entre lo profundo y lo superficial, entre su psicología de minero y su sentido de la inmortalidad, la trayectoria de su vida podría representarse con un círculo rodeado de sombras. El drama de Lawrence fué una lucha terrible entre la soledad y los convencionalismos, entre las trivialidades y la sublimidad. Sus ideas lo impulsaban hacia arriba, hacia planos de ascensión constante, en tanto que su estructura humana lo empujaba hacia abajo. Por eso sus

libros serán siempre, a pesar de él mismo, victorias del minero sobre el misterio de las profundidades humanas.

Pero Lawrence fué, sobre todo, un artista ; quiso hacer, con su ejemplo de hombre y de viajero, un arte de vivir en forma natural, idílica, perfecta. Aldous Huxley ha hecho notar que Lawrence insistía, a cada paso, en que el hombre debe ser artista de su vida, creador de su propia moral. Y no puede ser de otra manera, porque el arte de vivir es más difícil que el arte de escribir.

Lawrence es, pues, un peregrino de la vida. La exploró tenazmente, tratando de encontrar su verdadera justificación terrena. Y sin embargo, dejó en pie un misterio : el misterio del sexo. A la postre, como ha dicho alguien, su búsqueda fué tan estéril como ineficaz su huída ; por eso su incorregible calidad de peregrino fué su ventura y su desdicha, su tragedia y su felicidad. Sus viajes constituyen una lección : tener el corazón abierto para asimilar las verdades que ofrece el mundo ; pero sus libros significan un vivo testimonio : la persistente búsqueda de algún mundo en que la vida no pierda su naturalidad.

Hay que admitir a Lawrence como realmente fué: un exponente de la virtud sexual y un vocero del perfeccionamiento humano por el amor. Tal vez por haber sido un apóstol de la vida y un sacerdote de la soledad, le habría gustado pasar a la posteridad como un vencedor. El hombre y la naturaleza se reconcilian en su obra plena de actualidad ; pero después de muerto, y aún vivo en sus libros, se revela claramente como un resucitado sobre la cruz del sexo.

Zweig o la muerte demoníaca

EN tierra brasilera se asilenció el rumor de una de las fuentes más claras de nuestro tiempo, se apagó para siempre la llama de una de las mentalidades más vivas de estos días : Stefan Zweig.

Sin embargo, el suicidio del autor de *María Antonieta* nos nos parece un acto extraño, porque Zweig era, ante todo, un predestinado a la muerte, un espíritu destinado a la tumba. Basta con releer sus obras, en las que se estampa con palpable insistencia la obsesión de la muerte, para comprender las causas verdaderas de su dramático fin.

Psicólogo por pasión, y más que por pasión por deleite intelectual, este ejemplo realizador de voluntades enérgicas hasta donde la debilidad del carácter se manifiesta, tuvo siempre inclinación por las naturalezas violentas y las figuras más dramáticas de la historia. Su abierta simpatía por los tipos superdimensionales o de personalidad destacada, no era simple afición literaria sino identificación temperamental con los personajes estudiados.

Un hombre que, como Stefan Zweig, al escribir vivía la suerte de sus propios biografiados, no podía, al final de cuentas, mantenerse indiferente ante la observación de tantas vidas destrozadas. Guiado por su « pasión creadora », descubrió secretos e intimidades, sepultados en el tiempo, pero rescatados hoy gracias al mágico poder de sus interpretaciones psicológicas; con penetrante instinto, exploró muchas almas desgraciadas que acabaron por contagiarle el ánimo con su virus maléfico, y poco a poco fué desprendiéndose de sus esencias personales, hasta crearse internamente un sentimiento de fatalidad. A fuerza de asemejarse a sus mismos personajes, se familiarizó con la tragedia, la tragedia de una vida que, como en Marcelina Desbordes Valmores, después de conocer el triunfo fugaz de la existencia busca la gloria de lo eterno. Y es que según lo indicó el propio Zweig, quien vive la vida como una tragedia, tiene la muerte del héroe.

Por lo demás, las heroínas de sus libros, a pesar de su femineidad, como sucede en María Antonieta, o por encima de su sencillez habitual, como acontece en Mary Baker Eddy, van visiblemente marcadas con un sello de tragedia.

Pero este signo de fatalidad que fija los contornos de sus retratos literarios, se expresa más claramente en las caracterizaciones masculinas. Las figuras de Hoelderlin, Kleist y Nietzsche, por ejemplo, constituyen una triología de condenados a muerte cuyo lirismo tiende a resumirse en amor, soledad e infinito.

Una fuerza invencible los arrastra más allá de su ser y los empuja a sucumbir en el agitado torbellino de sus pasiones. Con el espíritu aniquilado y un mortal enervamiento de los sentidos, los tres terminan en el suicidio y, como el propio Zweig, pasan por el mundo como luminosos meteoros para sumirse, después, en la misteriosa noche de su misión.

Una fuerza demoníaca e incontrastable exalta su espíritu hasta el extremo de aferrarse a la muerte como una liberación, convirtiéndose así en el personaje trágico de la tragedia de su propio destino. Presintiendo el final intentó justificarse previamente al escribir: « El demonio es, en nosotros, ese fermento atormentador y convulso que empuja al ser, por lo demás tranquilo, hacia todos los peligros, hacia el exceso, al éxtasis, a la renunciación y hasta la anulación de sí mismo ».

Pero no hay en su expresión el síntoma de una locura mental, sino el tono de una voz segura, cuyo eco desgarrador aspira a conmovir la adversidad. Stefan Zweig no fué un suicida vulgar que se condujo con la inconsecuencia de un fracasado moral, sino un raro convencido de sus altos designios que aseguró su personalidad ante el secreto inviolado del más allá.

Los genios de su categoría, más que por debilidad o agotamiento se matan impulsados por una plenitud emocional que no se conforma con lo mundano y busca lo infinito; las inteligencias privilegiadas de este género, alimentan la seguridad de que la renunciación voluntaria significa una luminosa resurrección del espíritu. « La vida — subrayó Zweig con énfasis especial — es destrucción, porque es desintegración, fraccionamiento, mientras que la muerte disuelve al ser en el universo ».

Ansioso de claridades y sediento de emociones, con la nostalgia de la Viena de sus mejores tiempos, este gran austriaco, como todos los temperamentos de su estirpe andariega, vagó por todas partes tratando de hallar lo inalcanzable. Obediente a la veleta de sus inquietudes, plasmadas en la sutileza de sus relatos, este infatigable peregrino se aventuró por todas las rutas del mundo, acosado por un fuego inextinguible que le quemaba el alma. Pero al final del recorrido, su ánimo rebelde le señaló el camino y no pudo resistir a la ansiedad de adentrarse en lo desconocido. Su viajera existencia fué, por eso, solamente el preludio de una sinfonía fúnebre, cuyos últimos acordes habían de romper toda noción de límite y conservación.

Enamorado de la muerte, este hombre sin patria y, sin embargo, ciudadano del mundo, realizó su arduo desprendimiento alcanzando lo imperecedero. Puede que en su gesto suicida haya habido algo de desencanto y mucho de amargura, pero lo cierto es que con su renunciación definitiva pretendió demostrar que estaba en absoluta posesión de su destino, en uso completo de sus facultades anímicas. « El que no ha podido aprender a vivir — apuntó en uno de sus libros, anticipando su despedida —, el que ha visto hundirse el cielo de la fe, rompiendo así su corazón, va ahora a soñar el último sueño, el sueño supremo, el sueño de la muerte en la inmortalidad »... Tales fueron sus palabras, y no hubo al expresarlas irreflexiva exaltación, sino el juicio sereno y la seguridad recóndita de quien explica, de antemano, el desenlace.

Stefan Zweig no era, ni con mucho, un tipo patológico, sino un hombre de tragedia, un genial predestinado de espíritu esférico, sin más contentamiento subjetivo que su potencialidad creadora: dominador del sentimiento humano, hizo de la muerte la más alta poesía de su vida. Lo que dijo alguna vez de Heinrich von Kleist puede grabarse como epitafio sobre su propia tumba: « Sólo la muerte logró transformar en música su último suspiro ».

SALVADOR PINEDA

EMILIO FRUGONI

UN análisis sintético de la obra poética de Emilio Frugoni, nos llevaría de la mano al estudio del ciclo poético hispanoamericano de todo el medio siglo XX. Escribió sus primeros poemas en los años iniciales del siglo, cuando Rubén Darío avasallaba todo el potencial de los ritmos. Siguió escribiendo cuando Leopoldo Lugones en Argentina, Herrera y Reissig en Uruguay, José María Eguren en Perú y Guillermo Valencia en Colombia, entrecruzaban nuevas expresiones modernistas. Sigue poemizando hoy, mientras perdura la fresca romancera de Federico García Lorca y resuenan los himnos de Carlos Pellicer en México. En cada una de las etapas del verbo poético de Hispanoamérica, se hablaba de revolución poética, aunque rarísimo era que algún poeta se vinculase a la revolución como empresa histórica. Emilio Frugoni, que no hablaba de revolución poética, es el único poeta teórico y prácticamente vinculado a la revolución social. Y sigue poemizando en estos años en que Pablo Neruda pretende haber fecundado todas las posibilidades rítmicas, incluso para la exaltación de la tiranía.

Su primer poema fue *Bajo tu ventana* (1902). El título evoca ya un contenido romántico, romanticismo que se transmite a su libro *El Eterno Cantar* (1907). En 1916 publica *Los Himnos*, exaltación del trabajo, de las fuerzas sociales positivas, de la libertad, poesía de contenido social, pero poéticamente lograda. En 1923 su libro *Poemas Montevideanos* es un canto a la ciudad nativa. Pero la ciudad que canta es todo el complejo social, de hombres y cosas bajo la luz del sol, bajo las sombras de la miseria. Un libro de alma sensitiva por el amor de todas las criaturas, indignación a la vez ante la injusticia. Por esta doble condición de sensitivo y justo se desdobló en un nuevo libro, *La Epopeya de la Ciudad* (1927), en el que los poemas se hacen cánticos. El lírico se siente sangre de su pueblo y se abre en llaga, llanto y alegría para cantarlo. Porque no es tanto la ciudad urbe la que él canta sino la urbe como entidad humana.

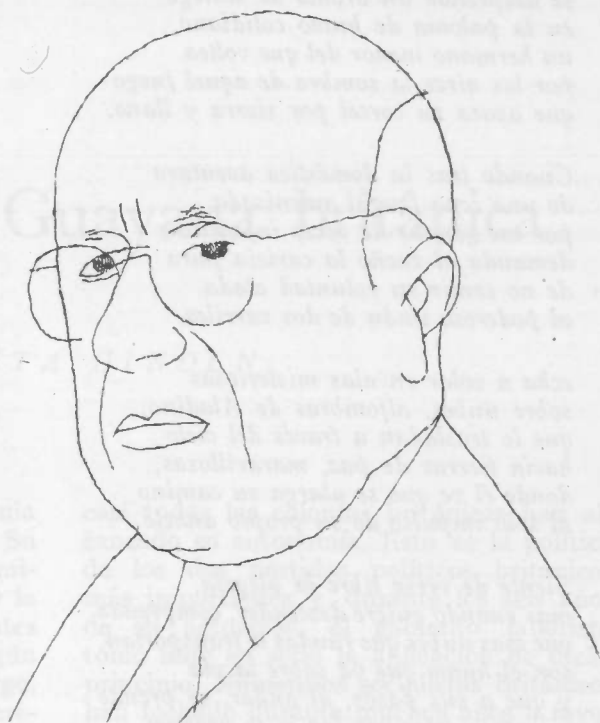
Como un remanso para el esfuerzo lírico, publicó en 1925 sus *Bichitos de luz*. Impresiones luminosas que, como aerolitos al chocar sobre la atmósfera terrestre, producen las cosas al chocar con nuestra sensibilidad. Por ejemplo: « El sol bajo las aguas se ha escondido; pero hay una Verónica oportuna que en su pañuelo blanco ha recogido la imagen de su rostro entristecido. ¡ Miradlo en el pañuelo de la luna ! »

Reafirmando su comunión ontológica, firme su vocación lírica y política, Emilio Frugoni nos dió en 1936 *La Canción Humana*, salmo a todos los constructores de vida. Canto al hombre, obrero vertical afirmando su posición edificante. En 1942 publica la *Elegía Unánime*. Por él nos da el testimonio de cómo el sabor de ceniza que el dolor confiere a nuestros labios puede convertirse en alegría reconfortante. Un intermedio elegíaco en *El Libro de María Roca*, la compañera de su vida, y luego *Poemas Civiles*, de tono político, exaltando la figura del hombre de la calle en sus diferentes aspectos funcionales.

De su fecunda labor inédita, el poeta ofrece a CUADERNOS las primicias de su poema *El Maquinista*, testimonio de una vocación poética que se acentúa con los años y una sensibilidad humana más fina y pura cada vez. Por algo es un poeta que canta al hombre y a su virtud cardinal de emoción, trabajo y pensamiento.

F. F. A.

EMILIO FRUGONI



(Dib. ijo de Birtol)

EL MAQUINISTA

*Con jornalera y máscula confianza
cabalga su corcel de hierro y fuego
que embridado de acero y con estribos
de viento, clamoroso se abulanza,
huracán engrillado, raudo y ciego,
hacia los horizontes fugitivos.*

*Su tenaz aventura cotidiana,
raptó de alucinadas extensiones,
es un ciclón que atado va a un camino.
Y él preside con calma soberana
el vértigo de recias pulsaciones
que ha encadenado al suyo su destino.*

*Vulgar arcángel entre nubes vuela
de humo que rezagado por el cielo
alas cuelga en sus hombros, y entretanto
él azuza su trueno con la espuela,
mas con el puño lo sujeta al suelo
y le da un ritmo para hacerlo canto.*

*En el canto a horcajadas atraviesa
el espacio y el tiempo, y su mirada
despeja ante su vértigo la vía.
Al llegar al andén el canto cesa
y él desembarca su alma fatigada
de traerse en brazos a la lejantía.*

*Torna al hogar de cuya chimenea
se desprende un aroma de sosiego
en la paloma de humo cotidiano,
un hermano menor del que voltea
por los aires la sombra de aquel fuego
que azuza su corcel por sierra y llano.*

*Cuando tras la doméstica aventura
de una cena frugal amenizada
por un gorjeo de voces infantiles,
demanda al sueño la caricia pura
de no sentir su voluntad atada
al poderoso imán de dos carriles,*

*echa a volar en alas misteriosas
sobre nubes, alfombras de Aladino,
que lo trasladan a través del cielo
hacia tierras de paz, maravillosas,
donde él ve que se alarga su camino
al solo impulso de su propio anhelo.*

*Siente de verse libre la alegría,
mas cuando quiere descender, comprende
que esas nubes que raudas lo transportan,
son el humo que va sobre la vía
y que a sus pasos, al andar, se prende
mientras éstos vacilan y se acortan.*

*Vuelve a verse otra vez ceñido al freno
de la máquina ardiente que devora
las distancias y asalta los confines*

*arrastrando frenética su trueno,
y es esa fantasmal locomotora
que despierta en la noche a los mastines.*

*Es ese jadeante meteoro
que horadando el espacio abre la brecha
para que en la quietud del campo yerto
entre un río de hombres y de oro
y se clave veloz como una flecha
en la dormida Esfinge del desierto.*

*Monstruo domesticado, bajo el puño
de su jinete sin fatiga, cuando
la soledad con su huracán traspasa,
en la frente del suelo graba el cuño
de su paso, y semillas va sembrando
de urbes y de futuro, mientras pasa.*

*Batiendo alas de fuego a sus costados
como un Pegaso vuela entre los rieles,
bridas que lo sujetan desde el suelo,
y se pone a soñar desesperados
sueños en que se fuga a los vergeles
que ve extendidos en el alto cielo.*

*El maquinista frénale los sueños,
pero él sueña también salirse un día
como un halcón al cielo azul lejano.
Conductor de cautivos Clavileños,
a él le toca apresar su fantasía
y hacerla agonizar entre su mano.*

EMILIO FRUGONI

El caso de la Guayana británica

POR RITA HINDEN

LA Guayana británica es una colonia pequeña y no muy importante. Su población es tan sólo de medio millón de habitantes ; y aparte el azúcar y la bauxita, no cuenta con grandes fuentes de riqueza, ni tiene tampoco ningún valor estratégico especial. Sin embargo, los asuntos de la Guayana británica merecieron súbitamente la atención del mundo, cuando, en el mes de octubre último, la existencia en el país de un complot comunista se confirmó. Se enviaron tropas y se suspendió su Constitución, que apenas tenía seis meses de vigencia. ¿ Acaso el Ministerio de Colonias ha hecho lo que debía ? ¿ Podía destituirse, desde el exterior, a un gobierno elegido democráticamente ? Estas cuestiones han excitado las pasiones más profundas, porque de lo que se trata realmente no es del porvenir de un pequeño territorio desconocido, sino del más serio de todos los problemas que preocupan actualmente al mundo libre : el modo de tratar al comunismo. Todos los conflictos ideológicos que inquietan a los demócratas, cuando se utiliza la libertad para fomentar el totalitarismo, parecen haberse cristalizado en ese episodio. La Guayana británica ha adquirido importancia, no precisamente en razón de lo que representa en sí misma, sino porque es un microcosmos del malestar mundial.

¿ Cuáles son los hechos acaecidos en la Guayana británica ? Después de la guerra,

casi todas las colonias británicas han alcanzado su autonomía. Esta es la política de los dos partidos políticos británicos más importantes y, durante los seis años de su actuación, el gobierno laborista tomó muy en serio la aplicación de dicho principio. Numerosos socialistas británicos han luchado durante muchos años a favor de la autonomía de los pueblos sometidos, sin tener en cuenta el color de su piel, ni su credo religioso, lo mismo si eran cultos que analfabetos. Y el triunfo en esta lucha ha sido tan completo que la India, el Pakistán, Ceilán y Birmania han obtenido su completa independencia o han adquirido la condición jurídica de Dominio (que son una misma cosa, con la única diferencia de que la nación independiente entra por su libérrima voluntad a formar parte del Commonwealth) ; la Costa de Oro ha llegado al umbral de la independencia ; Nigeria la sigue de cerca ; y las Colonias de las Indias Occidentales, próximas a la Guayana británica, han obtenido, una tras otra, el derecho al sufragio universal libre de toda tutela y un principio de gobierno. En realidad, se había prometido a las diez o más colonias del Mar Caribe, y en mayor o menor grado, la condición jurídica de Dominio, siempre que formaran una federación que las convirtiera en una unidad viable.

Sólo la Guayana británica se quedó atrás, a causa de las inquietudes y que-

rellas internas que, en cierto modo, eran consecuencia de la división de la población en dos grupos raciales de casi igual importancia: el de ascendencia africana el de origen indio. Pero el pueblo de la Guayana británica ni es menos culto, ni pedía su autonomía con menos insistencia que los demás pueblos; y se impuso la necesidad de hacer algo en este sentido. Esto motivó que el Gobierno laborista, en 1950, decidiera enviar una comisión constituida por tres personas, para que estudiara la situación y emitiera su informe acerca de las primeras medidas que convendría tomar.

Yo fui designada para formar parte de dicha comisión y jamás tuve la menor duda, como tampoco la tuvieron mis colegas, aun cuando sus opiniones políticas fueran distintas de las mías —, en cuanto a la posibilidad de conceder a la Guayana británica el sufragio universal libre de tutela. Esta colonia tendría, por lo tanto, un cuerpo legislativo totalmente elegido por sufragio y un ejecutivo, cuya mayoría sería designada por elección. El único punto sobre el que discrepábamos — y ello figuraba claramente en nuestro informe — era el de las restricciones que habrían de consignarse en su Constitución. Todos estábamos de acuerdo en la necesidad de otorgar al gobernador facultades discrecionales; pero dos de nosotros deseábamos que la nueva restricción constitucional tuviera la forma de una segunda Cámara, con poderes parecidos a los que disfrutaba la Cámara de los lores británica, en tanto que nuestro tercer colega prefería, para mantener el equilibrio, el sistema de una sola Cámara, que comprendiese un grupo de miembros designados por el Gobierno. En este caso, se aceptó la primera proposición, y en realidad, tal como evolucionaron los acontecimientos, si el Ministerio de Colonias se hubiera inclinado por la segunda proposición, el resultado hubiera sido el mismo.

En cuanto a la oportunidad de esta resolución — de hecho era inevitable — que habría de equiparar la condición política de la Guayana británica, con la de Jamaica, Trinidad y las Barbadas, nuestro acuerdo era tan completo, que nuestra tarea se hubiera deslizado sin la menor dificultad. Pero había un obstáculo de ro-

poca monta. Nos dábamos perfecta cuenta del poder creciente del Partido Popular Progresivo, dirigido por los comunistas. Todos sus miembros eran jóvenes, enérgicos, organizadores competentes, y tenían solución para todas las cuestiones. No existía una oposición coherente contra ellos; y era más que probable que saldrían vencedores en una elección popular. Evidentemente, su concepto de la democracia no era igual al nuestro.

*

Este hecho inquietante apareció con dolorosa claridad cuando el grupo vino a declarar ante nosotros. La Constitución que deseaban tenía por base un gobierno de una sola Cámara, totalmente elegida por sufragio, y debía concederse el derecho a voto a todos los ciudadanos mayores de dieciocho años. Se limitarían a tolerar la autoridad del gobernador y no aceptarían ninguna otra restricción constitucional. En el curso de una dramática sesión pública, que tuvo lugar ante numeroso auditorio, la comisión discutió con los dirigentes del P. P. P. el significado de la democracia. Nosotros la definimos como un gobierno establecido con el consentimiento de todos, incluso con el de la oposición. Hablamos de la necesidad de establecer restricciones constitucionales — que reconocen casi todos los gobiernos democráticos del mundo — con objeto de proteger los derechos de las minorías y la libertad de los individuos, así como para permitir el libre juego de la oposición, Pero ellos no veían la necesidad de todo esto. Si un partido consigue la mayoría de los puestos de la Cámara, aseguraban, tiene derecho, en nombre del pueblo, a hacer todo lo que estime conveniente. « La voz del pueblo es la voz de Dios », se nos decía; y cuando nosotros protestamos y demostramos hasta qué punto la voz del pueblo puede cambiar de unas elecciones a otras, y también que un partido puede obtener la mayoría de los puestos sin contar efectivamente con la mayoría de los votos, se resistieron a aceptar nuestros argumentos, « ¿ Quiéren ustedes poner restricciones a Dios? », nos gritó uno de ellos.

Nos hallábamos, pues, ante un dilema : ¿ Tendríamos que rehusar la autonomía al pueblo, por miedo a lo que pudiese hacer un grupo político ? Sabíamos que, en definitiva, esto era imposible, ¿ Qué mejor arma podría darse al Dr. Jagan y a sus amigos ? Una de las réplicas más concluyentes que pueden oponerse al comunismo en los territorios coloniales — como ya sabíamos por experiencia — es la concesión de la autonomía y el traspaso de la responsabilidad a los dirigentes locales. Esto es lo que ha sucedido en la Costa de Oro, cuyo primer Ministro actual, El Dr. Nkrumah, fué comunista en otro tiempo. En la India, Nehru mantiene ahora a raya a los comunistas de su país, en una forma que la Administración británica no hubiera podido hacerlo nunca. No ; estábamos seguros de que era preciso avanzar por este camino y confiar en que el ejercicio de la responsabilidad y la fuerza del sentido común acabarían por triunfar. Si hubiésemos carecido de esta fe, el movimiento general hacia la autonomía de las colonias no se hubiese iniciado nunca.

Así, pues, respaldados por el Ministerio de Colonias, y con la bendición de Oliver Lyttelton, que precisamente por entonces fué nombrado Secretario de Colonias, nuestras proposiciones progresaron, y todos nuestros temores se confirmaron. La Guayana británica obtuvo su nueva Constitución ; celebró sus primeras elecciones generales en 1953 : el P. P. P. ganó dieciocho de los veinticuatro puestos en la legislatura. (aun cuando no obtuvo más que el 51 por ciento de los votos) y, por consiguiente, tuvo también seis de los diez puestos del Ejecutivo. El Dr. Jagan constituyó su Gabinete con ministros del P. P. P., e inmediatamente procedió a actuar como habíamos pronosticado.

Estos hechos se han resumido en un *Libro Blanco*, en el que se acusa a los ministros del P. P. P. de haber tratado de fomentar la subversión en la policía y entre los funcionarios ; de desviar la acción judicial para adueñarse de la dirección de los sindicatos, por medios políticos, cuando hubiese fracasado la acción profesional ; de querer imponer la intervención política en la organización de la enseñanza

y en los movimientos juveniles ; de haber descuidado las actividades puramente administrativas, para llevar a cabo la agitación política ; de haber creado el pánico en la Caja postal de ahorros y de haber provocado la retirada del capital extranjero, hasta el punto de abocar al país a una crisis económica, y así sucesivamente. Había informes acerca de manifestaciones políticas, en las que se enarbolaron retratos de Stalin, de Malenkov y de Mao-Tse-Tung, y carteles con la inscripción : « ¡ Abajo las iglesias ! » En más de una ocasión se había arriado la « Union Jack », con gran ceremonia, para izar en su lugar la bandera roja. Los dirigentes del P. P. P. pasaban y traspasaban la cortina de hierro, y el país estaba inundado de literatura comunista.

En estas circunstancias, el gobernador consideró imposible continuar en actitud pasiva. Sus facultades discrecionales, según dijo, no estaban previstas para hacer frente a una situación semejante. Reclamó refuerzos de tropas y suspendió la Constitución. Simultáneamente se anunció que se enviaría otra comisión para formular nuevas proposiciones.

*

Juzgar si fué o no prudente suspender la Constitución de esta manera, o si hubieran podido adoptarse medidas menos drásticas, será motivo de muchas conjeturas hasta que se aclare la situación. Los dos partidos políticos de la Gran Bretaña están de acuerdo en que se deben suspender las actividades del P. P. P., a fin de que el debate parlamentario pueda concentrarse únicamente sobre dichas cuestiones técnicas. ¿ Pudo el Gobernador hacer uso de los poderes discrecionales ? No existe ninguna prueba concluyente. La suspensión de la Constitución es ciertamente un acto de tal violencia que, de antemano, predispone al pueblo en contra de todas las medidas ulteriores que hayan de tomarse en la Guayana británica ; y la nueva comisión tendrá que enfrentarse con una tarea muy ardua. Pero, en último término, este litigio es una cuestión de táctica. En el fondo de estos acontecimientos tan tristes, existen otros dos pro-

blemas mucho más graves. En primer lugar : ¿ Era justo llegar a esta interferencia del P. P. P. en el gobierno que, después de todo, había sido elegido democráticamente ? O bien, sin extremar tanto las cosas, ¿ no hubiera sido mejor dejarle actuar hasta que hubiese cometido alguna falta mucho más grave ? Y en segundo lugar : ¿ cómo un grupo comunista ha podido obtener tal apoyo en la Guayana británica ?

Numerosos son los que arguyen que, si los comunistas son elegidos democráticamente, o si cuentan con el apoyo evidente de la mayoría del pueblo, nadie tiene derecho a intervenir desde fuera. Es posible que esto sea una desgracia, pero debe suponerse que tal es la voluntad del pueblo. Del mismo modo que ahora tenemos que reconocer al gobierno comunista de China, y que hemos reconocido al gobierno Soviético de Rusia, tendremos que reconocer al gobierno comunista de la Guayana británica, cualquiera que sea su actuación. Después de todo, esto es lo que significa la autodeterminación ; de lo contrario, todo lo que se habla acerca de la autonomía de las colonias es una vergüenza. Este es un criterio sencillo y franco, que defienden muchos demócratas ; y en casos como el presente, si son anti-imperialistas convencidos lo defienden con más ardor aún.

La situación no es en modo alguno sencilla, ni es fácil atacarla de frente. En primer lugar, porque una colonia no es todavía un territorio autónomo ; en las cuestiones decisivas, el Parlamento británico y el gobernador conservan una cierta autoridad y, por consiguiente, en contraste con una nación soberana e independiente o con un Dominio, la Gran Bretaña tiene, no sólo el derecho, sino también la responsabilidad, de intervenir cuando las cosas marchan mal. La Gran Bretaña se reservó, precisamente con este propósito, el derecho de resolver en último término. Cuando una colonia ha alcanzado la independencia — como sucede actualmente con la Unión Sudafricana — su actuación puede incluso llegar a ser incompatible con la tradición británica ; pero en este caso ya es demasiado tarde para intervenir.

En segundo lugar, al conceder a una

colonia una constitución liberal, se asumen tácitamente ciertas obligaciones. Se supone que la ampliación de los derechos democráticos habrá de ir acompañada de la aceptación de los valores democráticos ; y nadie imagina, ciertamente, que tales derechos habrán de utilizarse como medios para llegar al totalitarismo. Cuando el pueblo británico reclama la autonomía para las colonias, lo hace creyendo que las nuevas y enormes oportunidades que ofrece a los habitantes de las mismas se emplearán con el debido respeto para las minorías, así como para la libertad de palabra, de asociación y de conciencia, tan celosamente conservadas por los británicos, que éstos desean hacer extensivas a todos los demás. Y lo mismo que luchan por ellas en su país, seguirán defendiéndolas en las colonias, mientras la condición jurídica de éstas no cambie, ya que el objetivo final de la política colonial británica no es simplemente la autonomía, sino la autonomía *democrática*.

Puede hacerse una tercera objeción a este argumento. El Commonwealth británico es una asociación libre de naciones, que comparten los mismos valores fundamentales ; las colonias van obteniendo ahora la igualdad de derechos como miembros de esta asociación. Los únicos lazos que mantienen unidos a los países del Commonwealth son los intangibles, que Edmundo Burke calificó, hace tiempo, diciendo que son « ligeros como el aire, pero fuertes como el hierro ». Así pues, dentro de este marco, no hay lugar para las naciones que defienden valores opuestos. La conducta de la Unión Sudafricana, con su brutal racismo, representa una fuerza disolvente, que envenena las relaciones entre los blancos y los pueblos de color que dependen de la Corona. Esto ya es bastante malo en sí ; pero con un miembro comunista, cuya lealtad efectiva fuera para Rusia, no se podrían compartir los secretos de la defensa, ni mantener con él una ciudadanía común, con todos sus privilegios, ni conservar la significación de la Corona (el P. P. P. ya rehusó enviar representantes para dar la bienvenida a la reina, en su visita a las Indias Occidentales), ni celebrar conversaciones con la franqueza y la confianza que caracterizan

las relaciones entre los países de la Comunidad de naciones británica. Un miembro así resultaría inasimilable y provocaría tensiones que amenazarían destruir toda la estructura.

Pero estas ideas no logran convencer a todos. En realidad, se arguye, la Guayana no era comunista *todavía*. Aun no se había producido ese hecho tan terrible. El P. P. P. se conducía mal ; pero no se puede pedir a los recién llegados a las responsabilidades políticas la misma conducta convencional que nos imponemos nosotros. Muchos son los políticos coloniales que han falseado las normas de conducta británicas, sin que nosotros hayamos intervenido en sus asuntos. Y no existe ninguna prueba efectiva de que los de la Guayana británica hubiesen llegado a instituir un régimen totalitario.

La respuesta a estas objeciones sólo puede hallarse en la importancia que demos nosotros mismos al comunismo. ¿ Eran acaso los P. P. P. unos neófitos irresponsables a los que hubiera debido tratarse con tolerancia ? ¿ Eran sus afinidades comunistas internacionales un simple pasatiempo frívolo, que no debía tomarse demasiado en serio ?

*

En mi opinión, el comunismo — excepto tal vez entre los muy jóvenes — nunca es así. Sostiene sus creencias inquebrantables con pasión fanática ; tiene sus planes claramente definidos ; sabe exactamente adónde se propone ir. Prepara sus éxitos contando con la tolerancia benévola de los demócratas y en particular de los socialistas, sin perjuicio de volverse contra ellos para destruirlos. Ya se ha presenciado varias veces este proceso en el curso de nuestra generación. Yo no pretendo que por esta razón se deba renunciar a la tolerancia y que sea preciso suprimir a todos los comunistas, porque tales acciones engendran otros males. Pero cuando un partido comunista ya está en marcha, el hecho de no tomar ninguna medida antes de que el corcel empiece a galopar es tan culpable como si un doctor diagnosticase un cáncer y dijese, al mismo tiempo : « No quiero intervenir todavía. El pa-

ciente no está aún verdaderamente enfermo, porque no siente ningún dolor. Quizás no se propague el mal. » Pero el cáncer siempre se propaga, y la única esperanza es intervenir a tiempo. Lo mismo sucede con el comunismo, con el fascismo, con el racismo o con cualquier otra enfermedad virulenta del cuerpo político. A no ser que se cierren los ojos ante la historia y la ideología del movimiento comunista, no es posible tratar sus actividades como si fuesen los pecadillos veniales de otros políticos poco escrupulosos y tal vez poco maduros. Aquí se trata de una categoría de políticos completamente distinta.

Pero en tal caso se esgrime siempre el argumento decisivo : el pueblo los ha *elegido*. Sí, pero ¿ con qué fin los eligió ? En la Guayana británica, el P. P. P. fué a las elecciones con hermosas promesas de salarios más elevados, de mejores alojamientos, de un mejor sistema de enseñanza y de que todo iría mejor para todo el mundo. Ni una palabra acerca del comunismo, ni de ninguna de las cosas que más tarde trataron de hacer. El pueblo carecía de experiencia política ; la mayoría votaba por primera vez en su vida. Es evidente que no votaron a sabiendas por el comunismo. Y el sugerir que este pobre veredicto del pueblo puede fijar su destino con carácter definitivo es querer falsear la democracia.

Pero, ¿ a qué se debe que un partido comunista se estableciera en la Guayana británica con tanto éxito, que haya podido impresionar al electorado ? Aquí nos enfrentamos con la amarga herencia de un largo pasado poco afortunado, que se complica con las verdaderas debilidades y contradicciones de la administración colonial británica. La mayor parte de los naturales de la Guayana británica descende, o bien de los esclavos negros traídos, hace siglos, del Africa para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, o de los obreros indios contratados y transportados para reemplazar a los esclavos, después de su liberación. Estas gentes fueron objeto de un trato innoble, y una herencia de cólera y de odio hacia el hombre blanco ha persistido hasta nuestros días. Pero lo peor es que todos ellos carecen de arraigo y de tradiciones. Conviene tener presente que, en tanto que los pueblos del Africa tienen

sus jefes, sus instituciones de tribu, sus costumbres, su lenguaje, su vida de clan, los habitantes de las Indias Occidentales no tienen otra cosa que una pobre imitación de Europa. La Guayana británica no puede ofrecerles siquiera una perspectiva económica. Su terreno es singularmente difícil. Toda la población se amontona en una estrecha faja costera, situada por debajo del nivel del mar y cortada por grandes ríos, que se extienden en pantanos antes de alcanzar el Océano. Las únicas cosechas importantes con que cuentan son el azúcar — y a los africanos liberados no les gusta volver a las haciendas — y algo de arroz. Algunos de ellos encuentran trabajo en los alrededores poco acogedores de las minas de bauxita. De este modo, el nivel de vida se ha mantenido bajo; las condiciones de alojamiento siguen siendo espantosas y el descontento se nutre con el notorio contraste que existe entre su pobreza y la fortuna de los ricos propietarios de explotaciones azucareras y de los comerciantes, que viven en magníficos palacios, en medio de la miseria general.

Y ¿qué hace la administración colonial británica para mitigar esta situación irritante? No invierte — tal vez porque no puede — los centenares de millones de libras necesarios para regar las tierras costeras, utilizar la fuerza hidráulica, explorar el interior del país, construir carreteras, crear nuevos cultivos y ofrecer al pueblo una nueva esperanza económica. Dicha administración ni es malévolamente ni opresora; Lejos de ello! Pero no se cuida de hacer lo que pudiera producir una impresión favorable. Al mismo tiempo, de acuerdo con el espíritu liberal de los últimos años, la administración favorece la creación de sindicatos y cooperativas, la formación de gobiernos locales y el desarrollo de la enseñanza. Es innegable que se llega hasta a ofrecer becas de estudio en las universidades de ultramar a algunos de los jóvenes más brillantes (que ahora figuran entre los ministros del P. P. P.) y que vuelven al país inflamados por las nuevas ideas explosivas. Pero toda esta educación general de «ciudadanía» no va a la par, ni con el progreso económico, ni con el progreso político del país.

¿Qué tiene pues de extraño que, en circunstancias tan heterogéneas, cualquier grupo violentamente anti-imperialista, anti-capitalista e insidiosamente anti-blanco, es decir el que ofrezca la luna a todos, sin necesidad de trabajar demasiado, encuentre el modo de abrirse camino? No fué necesario quebrantar sólidas lealtades, a no ser en relación con las Iglesias. La sociedad carecía de una coherencia que pudiera transformarse en resistencia.

*

¿Qué puede inferirse entonces de todo esto? ¿Es que no podrá haber sufragio libre de tutela, ni gobierno responsable, mientras no existan las condiciones económicas y sociales que predispongan a ello? Mi conclusión es exactamente contraria. Lo que hubo de malo en la Guayana británica no fué que se le otorgara la autonomía demasiado pronto, sino que llegase demasiado tarde. Vino *después* de las reformas sociales, *después* de fundarse los sindicatos, con sus nuevos fermentos, *después* de ampliarse la enseñanza. Y en este caso, o bien se retiran todas las concesiones — lo que ya no es posible en una colonia británica — o no se retira nada. El comunismo ha podido medrar precisamente por haberse fomentado las nuevas ideas y las nuevas instituciones, en tanto que el progreso económico estaba paralizado y la autonomía seguía ocultándose detrás de la esquina.

Por mi parte, yo conservo mi fe inquebrantable en la autonomía colonial, y creo que es la única solución definitiva. Pero lo esencial en estas resoluciones es la oportunidad. Si la concesión de la autonomía se aplaza demasiado, los que hubieren de disfrutar de ella la encontrarán agria. Y entonces nos hallaremos ante la trágica disyuntiva que nos obligue a elegir entre anular nuestras propias acciones — como sucede ahora en la Guayana británica — o permitir que el nuevo estado, que nosotros mismos hemos creado, se precipite hacia su ruina en pos de los falsos dioses.

RITA HINDEN

Comunismo y asalariados en Francia

POR MICHEL COLLINET

LA importancia del comunismo en Francia es, a primera vista paradójica. Los grandes países industriales, entre los que se cuenta naturalmente Francia, no padecen o han dominado el comunismo. Este, por el contrario, conserva una fuerza explosiva en las naciones atrasadas del globo. Ha comenzado en Rusia, que jamás había alcanzado el nivel de un Estado moderno; se desarrolló en los pequeños países pobres, con predominio campesino, de los Balcanes y de Europa Central, antes que el ejército rojo lo instaurase completamente a punta de bayoneta. Se propaga en los viejos países asiáticos y les sirve de instrumento contra el colonialismo europeo. Es poderoso en Italia, que mantiene en su estructura agrícola los rasgos del viejo feudalismo y cuyo excedente de población ejerce una presión desmoralizadora sobre las condiciones de vida.

Francia, en cambio, tiene una densidad demográfica razonable, una propiedad bien distribuida, una población agrícola todavía importante pero a menudo propietaria, hábitos arraigados de democracia y libertad, de tradiciones e ideas revolucionarias aunque muy alejadas de los métodos bolcheviques, y, en fin, un nivel de cultura superior al de los países aludidos más arriba. ¿Cuáles son entonces las bases de un comunismo francés?

Sin embargo, Francia en este siglo conserva aún ciertos rasgos de los países de predominio agrario. Nación rica a comienzos del siglo XX, pero no poderosa, carente de una gran industria, Francia ha sido desangrada por las dos guerras mundiales que mataron dos millones de personas jóvenes y activas, destruyendo las estructuras sociales estabilizadas desde hacía un siglo. Incluso en los tiempos de su riqueza, su expansión industrial fué muy lenta por falta de carbón y materias primas, y también por falta de audacia de la burguesía francesa que prefería los títulos de renta al beneficio industrial.

Aun cuando la categoría de los rentistas convertidos hoy en « económicamente débiles » desaparece lentamente, su psicología y la de los campesinos subsiste en el espíritu de los empresarios industriales: espíritu malthusiano y rutinario, profundamente conservador, con gran frecuencia egoísta, que aspira al « cada uno para sí » y al « en mi casa mando yo », rasgo constante en la burguesía francesa del siglo XIX. La presión de las fuerzas colectivas, el papel dominante del Estado, la inestabilidad monetaria con sus corolarios, falta de créditos y evasión de capitales, tornan impracticables los viejos métodos del siglo pasado. Estos incitan a las clases poseedoras a desinteresarse de la cosa pública y frecuentemente al fraude fiscal que las condiciones de la última guerra han permitido perfeccionar.

Semejante falta de interés por la cosa pública encuentra a menudo excusa en el sentimiento derrotista, aparentemente justificado, de que Francia no es ya dueña de su destino. Esta apatía de las clases directoras no es de hoy; tiene su origen en la gran depresión económica de 1929, y se manifestó desde entonces (particularmente en 1936 y durante la ocupación alemana).

Durante cerca de veinte años, Francia no ha modernizado su maquinaria y la industria sólo ha conseguido defender sus precios por métodos malthusianos, acuerdos profesionales en el interior, aranceles aduaneros en el exterior. Su resultado fué un estancamiento de los salarios reales en un nivel demasiado bajo con relación a las necesidades materiales y culturales de un país democrático. Cuando en 1936 la clase obrera obtuvo mejoras considerables, no se intentó ningún esfuerzo industrial para incorporarlas en una técnica superior, y, entonces, la inflación inevitable devoró los salarios obreros. La consecuencia, explotada por el Partido Comunista era evidente: los obreros se convencieron de que no había posibilidad de mejora sin destruir el régimen capitalista. Cuando terminó esta

guerra, gracias en parte a los donativos del Plan Marshall, se hizo un serio esfuerzo para reequipar el país, esfuerzo desplegado a expensas del consumo; los salarios fueron bloqueados; pero aun cuando desde hace tres años el esfuerzo prosigue en el dominio del consumo, los salarios reales no han seguido el aumento de la producción. Todos los asalariados lo saben y lo sienten diariamente. Sin adherirse espiritualmente a las teorías, estos asalariados votan por el Partido Comunista. Vamos a ver ahora en qué medida y por qué.

A esto se debe que le haya sido posible a Moscú encontrar en Francia decenas de miles de afiliados ardientes y fanáticos que, viviendo en espíritu fuera de la comunidad francesa, la socavan desde el interior. A la evasión egoísta de las clases poseedoras contestan con una evasión fanática, una fuga hacia adelante, llena de agresividad.

El comunismo y la estructura social

Esta evasión común, aunque diferente, de los dos polos de la sociedad, es el síntoma más evidente del mal social de Francia y de este mal resulta que después de dos guerras que han trastornado sus costumbres, los franceses tienen necesidades insatisfechas generadoras de resentimiento. La potencia económica del país, frenada tanto por la falta de medios como por costumbres no superadas, es insuficiente para satisfacer las necesidades. Tal es el punto débil del sistema por donde se mete el comunismo.

En la base hay, no cabe duda, una ausencia o escasez relativas. En este sentido se puede comparar a Francia con los países atrasados económicamente que viven en una privación total.

El comunismo tiene la faz de Proteo; en formas diferentes impregna todas las clases. Las dimensiones de este artículo nos obligan a limitar nuestro estudio a las clases más directamente afectadas y que constituyen el salariado.

Una encuesta hecha en febrero de 1952 por el *Institut Français d'Opinion Publique* (I.F.O.P.) publicada en la revista *Réalités* (mayo 1952) nos da algunas indicaciones acerca de la situación social o profesional de los electores comunistas. Se trata en este caso de electores, es decir sobre todo de simples simpatizantes, y sería erróneo transponer estas cifras a la composición social de los afiliados al propio partido.

Según el I. F. O. P., en 100 electores comunistas encontramos: 38 obreros industriales, 8 obreros agrícolas, 8 empleados, 5 funcionarios, 1 técnico o administrativo, 5 labradores, 5 comerciantes, 3 miembros de profesiones liberales, 5 rentistas o jubilados y 22 mujeres sin profesión

definida. Traduciendo estos porcentajes a números absolutos, y relacionándolos con los efectivos de la población activa registrados en el censo del año 1950, llegamos a los resultados siguientes. Votan por los comunistas:

- 30 % de los obreros industriales;
- 23 % de los obreros agrícolas;
- 20 % de los empleados;
- 14 % de los funcionarios;
- 8 % de los labradores;
- 8 % de los comerciantes;
- etc...

y un promedio de 17 % de la población activa.

Estas cifras muestran que las huestes comunistas están lejos de ser exclusivamente obreras; lo son mucho menos, por ejemplo, que las del Partido Laborista inglés, o de la Social-Democracia alemana. Sin embargo, en la misma encuesta del I. F. O. P., el deseo de mejorar la suerte de los asalariados aparece una y otra vez como « leitmotiv » dominante de las reivindicaciones del electorado comunista. Debemos ver en primer lugar cuál es la situación que corresponde al asalariado que vota por los comunistas.

Dividamos el salariado en dos grandes categorías: la clase obrera propiamente dicha, que produce los bienes materiales destinados al consumo y la *clase media asalariada*, que en general no produce bienes, sino que presta servicios por un salario. En esta última categoría colocamos los empleados, técnicos, administrativos, funcionarios, miembros de la enseñanza, etc... En lo que concierne a los obreros propiamente dichos, debemos distinguir los obreros agrícolas de los obreros industriales.

La penetración comunista en el campo

Los obreros agrícolas sólo han sido influidos recientemente por los comunistas, durante la segunda guerra y después de ella. Salvo en escasos lugares, los obreros agrícolas, antes de 1936, votaban como sus patronos y los pequeños labradores, es decir que se dividían en izquierda (radical o socialista) y en derecha clásica. Igualmente los sindicatos de obreros agrícolas no comenzaron a existir verdaderamente hasta después de 1936, cuando las leyes sociales se extendieron hasta ellos. Ha habido excepciones entre los obreros forestales (taladores, leñadores), que cultivaban una vieja tradición republicana y revolucionaria desde el siglo pasado; pero incluso en 1936 la penetración comunista fué muy débil entre ellos. Llegó a ser muy importante durante la ocupación alemana cuando los obreros de las ciudades, refugiados en el campo, formaron con los obreros agrícolas « maquis » armados de resistencia. En su calidad de « resistentes » a

partir de 1941 y sobre todo de 1943, los jefes comunistas de los franco-tiradores y guerrilleros conquistaron, a veces violentamente, los campos, volviendo a encender aquí y allá la vieja « jacquerie » contra los poseedores, acusados con razón o sin ella de simpatías por Vichy o por los alemanes.

En pequeña escala, la penetración comunista en los campos de Francia recuerda por su técnica la lucha de los guerrilleros de Yugoslavia, o las operaciones de Mao Tse Tung. Maniobrando las asociaciones de antiguos franco-tiradores, los comunistas mantienen su influencia entre los obreros agrícolas (y los pequeños campesinos) a quienes consideran como una cantera de obreros no calificados de las ciudades. La estadística muestra, en efecto, que la mayoría de los obreros agrícolas se encuentra en la juventud, que emigra luego hacia la industria. La influencia comunista a través del canal de esta emigración es muy patente en la industria temporal tal como la Construcción, o en las empresas que la descentralización administrativa crea en los campos.

El comunismo y la clase obrera

La penetración comunista en su terreno predilecto ha sido considerablemente facilitada por la transformación de la estructura obrera. A comienzos del siglo, con excepción de los trabajadores textiles del Norte, los militantes de los sindicatos eran exclusivamente obreros calificados que habían hecho un largo aprendizaje al lado de sus mayores, recibiendo de ellos la tradición viviente del siglo XIX.

De 1914 a 1930, la industrialización trastornó la estructura social llenando las fábricas de obreros y peones no calificados, procedentes del campo o del extranjero y entre los cuales había muchas mujeres.

Desarraigados geográficamente y socialmente, estos nuevos trabajadores, intercambiables y despersonalizados por el trabajo en serie, constituyeron psicológicamente una masa poco apta para pensar y actuar fuera del marco de una propaganda y una organización totalitarias. El suburbio parisiense, ese baluarte del comunismo francés, ya no está poblado de hortelanos, como hace cincuenta años, sino de estos obreros desarraigados. El Buró Político del P. C. es por ello la prolongación social del « Planning Management » en la fábrica. No pudiendo definirse en un trabajo constructivo ni encontrar un sindicalismo tradicional adecuado para comprenderlos y encuadrarlos, estos obreros han transferido su necesidad de arraigo al partido y a sus mitos.

En el obrero calificado tradicional, la conciencia de la solidaridad nace por una extensión

social normal de la solidaridad profesional al conjunto de la clase trabajadora. Nada de esto hay en el obrero no calificado, pobre y entregado a una actividad monótona, sin ninguna compensación en el plano técnico ni el plano social exterior. Su resentimiento, nacido de múltiples frustraciones, sólo se convierte en conciencia colectiva por la orientación adecuada de un partido o de un jefe que desempeña el papel de motor de las masas ; pero el verdadero fin de este partido o de este jefe se le escapa, lo mismo que el fin de su producción monótona. La citada encuesta del I. F. O. P. lo confirma : la mayoría de los electores comunistas interrogados parecen ignorar tanto el fin como la naturaleza del partido comunista. Este es sobre todo un exutorio para su descontento y su sensación de inseguridad.

El comunismo y la necesidad de seguridad

Esta sensación de inseguridad se decuplica en el obrero no calificado y el peón, que ni siquiera tienen la protección relativa que constituye la posesión de un oficio y por eso tratan de encontrar esta seguridad fuera de sí mismos, en una organización poderosa que tiene buenos éxitos en su haber. Las victorias militares de Rusia, el ascenso del Partido Comunista francés en 1936 y 1945 gracias a circunstancias interiores e internacionales, han polarizado, sólo por su fuerza y sobre todo por la publicidad de su fuerza, las adhesiones de las masas obreras. El Partido, con sus posibilidades (que parecían grandes al terminar la guerra) ha cristalizado su necesidad de seguridad. El carnet del P. C. o al menos de la C. G. T. era garantía para encontrar un buen trabajo. Cuando el Partido fué desalojado del gobierno y la C. G. T. quedó dislocada por sus fracasos y las escisiones, las masas refluieron fuera de las organizaciones. Se conformaron entonces con votar por ellas en papeleta secreta, pero sin afiliarse ni arriesgarse a movimientos violentos. Aun cuando hoy el P. C. sigue expresando el descontento de estas masas (y la encuesta del I. F. O. P. lo prueba), apenas si recoge su adhesión formal. Las manifestaciones brutales dirigidas por pequeños grupos disciplinados las dejan indiferentes o pasivas.

Sin embargo, el Partido tiene todavía poderosos medios de acción para mantener bajo su dominio las masas, incluso si se han vuelto pasivas. En 1947 poseía la casi unanimidad de los comités de empresa encargados de administrar las obras sociales destinadas al personal ; ha perdido algunos desde entonces, pero aún conserva la mayoría. Como administra el presupuesto, a menudo considerable, de estos

comités, coloca sus hombres en las obras de ayuda, las cantinas de fábrica, los clubs deportivos, las asociaciones de turismo y las colonias de vacaciones. Cuando, últimamente, las fábricas Renault expulsaron un centenar de agitadores comunistas, el comité de empresa con mayoría comunista los recogió y los colocó en sus obras, donde pueden, aún con más facilidad, ejercer una presión moral sobre la masa. Para obtener los beneficios de la ayuda social y ventajas particulares, ésta tiene todavía, con mucha frecuencia, interés en mantener la potencia comunista.

Los comités de empresa son por otra parte un tesoro de guerra para el Partido. Con los fondos considerables de que disponen estos comités, gracias a una cotización patronal proporcional a los salarios abonados, el P. C. mantiene propagandistas gratuitos y paga sus carteles y octavillas. Es indispensable reformar estos comités y apoyar a los sindicatos libres que luchan valientemente para arrancarlos de manos de los comunistas.

El comunismo y la herencia revolucionaria

Las reflexiones precedentes nos muestran cómo el comunismo en acción utiliza su fuerza para conservar su dominio sobre la clase obrera; pero no contestan a la pregunta: ¿cómo y por qué el comunismo ha tenido, desde sus orígenes, un gran prestigio en la clase obrera francesa, o al menos en su fracción más militante? La explicación puede parecer paradójica: el comunismo explota una herencia revolucionaria en una clase obrera que, a consecuencia de los cambios estructurales de que acabamos de hablar, ha perdido de hecho su tradición revolucionaria del siglo XIX. Hace cincuenta años, esta tradición estaba viva y se transmitía directamente de padre a hijos en las grandes ciudades como París o Lyon, es decir que era transmitida íntegramente con sus características propias. Ahora bien, éstas pueden resumirse en dos palabras: *hostilidad contra el Estado; desconfianza hostil hacia el régimen parlamentario y sus representantes.*

La hostilidad hacia el Estado rebasa la clase obrera y es general en el pueblo francés. El filósofo Alain lo ha expresado en su obra *El Ciudadano contra el Poder*. Sin remontar a las tribus celtas, el pueblo francés ha sufrido la centralización monárquica, y si la perdió en la Revolución de 1789 fué para sufrir ulteriormente las centralizaciones jacobina o imperial. Si se recuerda que Francia ha conocido dieciséis regímenes políticos diferentes en 160 años mediremos el débil prestigio del Estado y hasta qué

punto el pueblo está preparado para admitir, sino desear, cambios revolucionarios.

El pueblo francés, en su conjunto, ama la libertad. La gran mayoría de las huestes comunistas tiene la convicción de estar en la vanguardia de la lucha por la defensa o la obtención de dicha libertad; pero siguiendo la tradición jacobina y terrorista, está convencida también de que la libertad no puede adquirirse y defenderse sin suprimir a los adversarios considerados por ella como enemigos de la libertad. Tal es la contradicción que alimentó las tendencias revolucionarias del pasado y que el comunismo actual mantiene para sus fines propios.

También hay en Francia, contrariamente al sentir que prevalece en otros países, un divorcio latente entre la idea de libertad y el sistema parlamentario. Se manifiesta sobre todo en la clase obrera que fué varias veces reprimida con violencia por gobiernos apoyados legalmente en parlamentos elegidos por sufragio universal (junio de 1848, mayo de 1871, y la cruenta represión de las Fourmies en 1891, etc.).

Esta herencia alimentó un antiparlamentarismo que estaba aún muy vivo entre los socialistas y sindicalistas revolucionarios en vísperas de la primera guerra mundial. Porello, lejos de despertar la indignación de los revolucionarios, la liquidación de la asamblea constituyente por los bolcheviques rusos y la instauración del poder soviético fué aclamada como la señal de una auténtica revolución obrera. El soviét ruso fué asimilado con entera buena fe a la « Bolsa de Trabajo » o a la « Comuna » revolucionaria del tipo de 1871. Por dicha asimilación, dos conocidos militantes del sindicalismo revolucionario, Pierre Monatte y Gaston Monmousseau, dieron su adhesión al sistema soviético; el primero se separó de él ya en 1924 y se convirtió en un adversario enérgico del comunismo stalinista; el segundo sigue siendo un dirigente del P. C.

Los primeros militantes del comunismo francés fueron revolucionarios impregnados de la tradición obrera nacional que soñaban con una sociedad sin Estado ni Parlamento, obreros calificados todos en quienes el amor profesional al oficio y las solidaridades corporativas y sindicales creaban una base social para su hostilidad contra el Estado. Fueron eliminados poco a poco por los dirigentes de Moscú, que los consideraban demasiado rebeldes a la disciplina comunista y demasiado inclinados al espíritu crítico, y luego reemplazados por una nueva generación extraída de las grandes fábricas racionalizadas que no habían conocido el oficio libre, sino el trabajo en cadena y habían sufrido lo que Lenin admiraba en la empresa capitalista, es decir: la recia « escuela de la fábrica ».

Los dirigentes rusos tuvieron mucho cuidado de no oponerse a la herencia revolucionaria francesa, sino de considerarse a sí mismos como los sucesores de esta tradición. La Rusia soviética fué definida como heredera de la Comuna de París, y Lenin tuvo por mortaja la bandera roja de los « communards » de 1871.

La tendencia natural del obrero no calificado no es combatir al Estado, sino por el contrario mendigar su protección lo mismo que la de cualquier otra fuerza exterior. El problema para el P. C. fué levantar una barrera entre estos trabajadores y el Estado democrático (incluso los partidos), y aparecer ante ellos como su única fuerza protectora. Las circunstancias políticas que de 1934 a 1936 debilitaron al Estado, puesto en tela de juicio por la agitación fascista, o que lo destruyeron completamente en 1944 cuando la liberación, favorecieron esta transferencia de protección: en 1945 las masas obreras sólo tenían ojos para los comunistas dueños de la C. G. T. De la herencia viviente, los comunistas conservaron y mantuvieron la lucha de clases, pero despojándola de sus tendencias libertarias para convertirla en un instrumento oportuno del Partido. El P. C. quiso aparecer como el « salvador supremo » y habiendo conseguido al menos parcialmente asumir por sus propias fuerzas la necesidad de seguridad permanente de los trabajadores, se permitió copiar el culto de Stalin instaurando el de Maurice Thorez.

La hostilidad hacia el Estado democrático se conserva, pero en lugar de significar un exceso de individualismo como hace cincuenta años, se ha convertido en sinónimo de sometimiento al aparato del P. C., y por su mediación al gobierno de Moscú. El P. C. explota así una tradición revolucionaria para sus fines propios de dominio totalitario. Disfrazando estos fines con un lenguaje democrático, la estafa stalinista tiene por efecto principal aislar la clase obrera dentro de la nación y separarla de la comunidad democrática, poniéndola al servicio de una potencia extranjera en el doble plano nacional y social. El obrero comunista no puede ya ver su situación directamente, sino sólo a través del prisma deformador de la estrategia soviética.

El comunismo y la clase media asalariada

Sondeos recientes realizados por el Instituto de Demografía para indagar el origen social de los miembros inferiores de la clase media asalariada nos revelan que ésta se compone de un tercio de obreros, un tercio de campesinos y pequeños burgueses y un tercio de la propia clase media asalariada. Esto muestra que dos corrientes de importancia igual se cruzan aquí:

una, de ascenso social (hijos de obreros, que llegan a ser empleados o funcionarios) y otra de origen burgués o campesino que puede significar, en algunos casos, un venir a menos social, y en otros, el mantenimiento de una situación precaria.

Las dos corrientes llevan en sí cierto nivel cultural adquirido o deseado, que no encuentra la debida satisfacción material en un nivel de vida correspondiente. Los salarios de la clase media asalariada, sobre todo en las categorías más inferiores no están jamás en relación con la cultura, ni en su defecto, con las aspiraciones a la cultura de estas categorías. El malestar así creado está a menudo al mismo nivel que el de los obreros no calificados y llega raramente al de los obreros calificados, ya que, a salario igual, los presupuestos de gastos de un obrero o de un empleado no se parecen, porque el segundo comprime sus gastos de alimentación más que el primero y llega a veces hasta la privación. A él se aplica bastante bien el criterio general que exponemos al comienzo de este artículo: cuanto más elevadas son estas aspiraciones mayor es el resentimiento, pues el hombre se siente herido en la idea que se forma de sí mismo.

La guerra y la posguerra, con su mercado negro y su inflación, han sido crueles para la clase media asalariada que no gozaba siempre de las ventajas en especie que las empresas concedían a los obreros; esta clase ha visto como se acaparaban fortunas rápidas gracias a la especulación sobre los artículos de consumo, y tiene, más que ninguna otra, la sensación de ser una desheredada.

El comunismo, desde hace quince años, ha ganado muchos prosélitos en sus filas, aprovechando el desafecto y el escepticismo manifestados por esta clase respecto al Estado democrático, con frecuencia impotente frente al desorden económico. Si tenemos en cuenta el hecho de que los hijos de obreros aspiran a no trabajar más en la máquinas y a entrar en una administración donde podrán llevar corbata, comprenderemos por qué es tan importante la migración hacia esas categorías, pese a que allí la remuneración es inferior a la que exigirían la calificación y la naturaleza de los servicios. Esta clase se ha duplicado en cincuenta años, mientras la clase obrera sólo aumentó en un diez por ciento. E'lo significa que su importancia política ha crecido en proporción análoga y que es de hecho la gran cantera de las fuerzas políticas, sobre todo de izquierda y centro.

La influencia comunista, muy fuerte al terminar la guerra, ha decrecido desde que los dirigentes comunistas fueron desalojados de los ministerios y altos empleos, pero conserva en ciertas administraciones y centros universitarios posiciones fuertes. La atmósfera política, los

acontecimientos internacionales se combinan en dosis desiguales con el resentimiento social para determinar las ideologías, y podemos afirmar que los factores políticos son tanto más determinantes cuanto más elevado es el nivel cultural. A fin de cuentas, entre la « *intelligentia* » estos factores más o menos anegados en una filosofía de la vida o de la historia (existencialismo, marxismo, etc.) llegan a ser los únicos motivadores de la actitud personal. El idealismo del siglo XIX ha cedido en este caso su lugar a un seudorrealismo que sirve a menudo de tapadera a la pusilanimidad frente al miedo que inspira la fuerza política y militar de la U. R. S. S. Hay, en verdad, un temor físico a esta fuerza; pero la resistencia a este temor se debilita por el hecho de que las capas sociales cultas son frecuentemente víctimas de la vieja herencia revolucionaria. No juzgan al stalinismo en su sustancia totalitaria, como consecuencia de un nudo de fuerzas actuales, sino como una desviación secundaria de un ideal permanente de progreso social en el que ellas participan. En general su manera de juzgar es poco racional y se acerca más bien a un sentimiento semi-consciente que constituye un extraño complejo de culpabilidad, del que abusan los maquiavelos comunistas.

El análisis del comportamiento de las capas intelectuales se separa aquí de sus fundamentos

económicos y sociales para entrar en el mundo paradójicamente estrecho de la « creación »: en cierto nivel de invención y de erudición, el espíritu pierde en capacidad de juicio lo que ha adquirido en conocimiento, y, buscando afuera una seguridad intelectual, llega a adherirse a las tesis más fantásticas.

Conclusión

Con esta comprobación, cerramos el ciclo infectado que un organismo enfermo ofrece a la ofensiva de los microbios stalinistas. El antibiótico sería aquí una acción coherente y eficaz para eliminar la presión física que el comunismo hace pesar sobre la sociedad. Pero a esta acción a corto plazo hay que agregar otra a largo plazo para rehacer una salud a la sociedad enferma e inmunizarla contra la penetración microbiana. Estas dos actividades no pueden separarse en el tiempo ni en el espacio; son a la vez económicas, políticas y psicológicas, pero exigen previamente adquirir conciencia con toda claridad, recurriendo a las ramas más diversas de las ciencias humanas.

MICHEL COLLINET

« No hay paz posible sino entre Estados cuyos gobiernos gocen de un orden suficientemente estable; no hay orden estable en un Estado sin gobierno legítimo, es decir, justificado por un principio de derecho que los que obedecen acepten sinceramente y que los que mandan respeten lealmente; rechazado o debilitado el principio hereditario, el único principio de derecho que la civilización occidental puede reconocer es la delegación del pueblo expresada por el sufragio, más o menos universal; si bien las formas por las cuales el sufragio puede expresarse son diferentes, no obstante un mínimo de libertad es siempre necesario para que la delegación popular del poder no sea una comedia, sino una realidad capaz de establecer el derecho y de legitimar el poder. Para que este mínimo de libertad exista, es indispensable que un pueblo disfrute de una amplia libertad intelectual, económica, política, religiosa; que la gran conquista del mundo occidental, la gran novedad de los últimos siglos, el derecho de oposición, le esté asegurado. »

GUILLERMO FERRERO

McCarthy

y la verdadera defensa de la libertad

POR DAVID DUBINSKY

Los Estados Unidos necesitan una política perspicaz, responsable y eficaz para oponerla a los peligros que el comunismo hace pesar sobre su sociedad liberal, de una política que les procure una auténtica seguridad sin poner en riesgo esas libertades individuales que son la esencia misma de la diferencia que media entre la democracia y el sistema esclavista soviético. Y es tiempo ya de demostrar que los americanos están actualmente en condiciones de concebir una política semejante. Porque hace ya más de treinta y cinco años que presenciamos el espectáculo de la dictadura totalitaria operando en Rusia. Hemos visto al comunismo extirpar todo vestigio de libertad en China, en Polonia, en Checoslovaquia y en los países bálticos y balcánicos. Y hemos visto también nuestros sueños de paz mundial, acañados al calor de la alianza de guerra contra el nazismo, evaporarse por la acción del doble juego y de las agresiones soviéticas.

Es menester no olvidar que el problema de la infiltración comunista no ha sido abordado en los Estados Unidos sino a través de múltiples tanteos. Cuando fué fundado, en 1919, el movimiento comunista americano, débil eco de la subida al poder de los bolcheviques rusos, no tenía ninguna raíz en el movimiento obrero organizado ni en ninguno de los grandes sectores de la vida norteamericana. Sin em-

bargo, el gobierno americano fué como presa de pánico ante esta minúscula aberración del sentimiento revolucionario. Fueron los días de los inhumanos « raids » de Palmer, en que centenares de trabajadores nacidos en el extranjero eran internados sin garantía alguna, víctimas del « delirio de deportación ». Pero los Estados Unidos volvieron pronto a la razón, desembarazándose de esas prácticas antidemocráticas y arbitrarias que manchaban sus tradiciones y las degradaban a los ojos del mundo.

Llegó después un día en que el Partido Comunista salió de la sombra, alzándose con pretensiones de civismo y de respetabilidad. Aquí y allá logró adquirir posiciones influyentes en los sindicatos. Y entre otras actividades que desplegó, lanzóse a una hábil campaña para adueñarse del sindicalismo, con el propósito de dirigirlo o dividirlo. Después de largos años de una lucha extremadamente fatigosa, la victoria sobre esta conspiración es hoy tan completa en el movimiento sindical, que los comunistas han perdido esa partida para siempre.

Fué la gran depresión del decenio 1930 a 1940 la que ofreció a los comunistas su primera coyuntura verdaderamente favorable. Al socaire del paro de considerables masas de trabajadores y, a la vez, del reconocimiento del gobierno soviético por los Estados Unidos, consiguieron alinear mu-

chas gentes en sus filas, sobre todo entre los intelectuales sin trabajo, a quienes acechaba la desesperación. Esos « hijos de la crisis » perdían confianza en América y creyeron un momento que Rusia era la cierta promesa del porvenir.

Con la aparición de nuestro poderoso movimiento de reforma social *New Deal* y con el nacimiento del C. I. O., encontraron los comunistas nuevas ocasiones para infiltrarse, ganar influencia y constituir una fuerza. Su técnica del frente único y su sistemático adueñamiento de las organizaciones existentes les conquistaron un ascendiente considerable. Aprovechándose de la ingenuidad y de la ignorancia políticas, comenzaron a convertirse efectivamente, en una fuerza que Wáshington tenía que tener en cuenta. La cínica alianza entre Stalin et Hitler acarreó ciertamente un retroceso temporal para los auxiliares americanos de Moscú, porque hubieron de distraer sus energías aplicándolas a sabotear abiertamente los preparativos de defensa; pero ganaron con creces el terreno perdido cuando los nazis penetraron en Rusia y cuando la Unión Soviética se convirtió en aliada de las democracias.

Durante este período el gobierno americano se inclinó a subestimar el peligro comunista. Algunos de nuestros dirigentes sindicales, por su parte, acariciaron la idea de que podrían « utilizar » a los comunistas, a reserva de desprenderse de ellos en un momento dado; pero lo que estuvo a punto de ocurrir fué que se convirtiesen ellos mismos en una especie de fachada al abrigo de la cual se edificaba el prestigio comunista. Y es que para muchas gentes de izquierda era perfectamente normal alzarse contra el fascismo y el nazismo, pero, en cambio, atacar al comunismo y oponerse a su infiltración era un crimen contra la izquierda.

Fué necesario que el comunismo renegase de sus solemnes promesas de cooperación internacional, hechas durante la luna de miel que había sido su amistad del tiempo de guerra, y que diversas naciones se convirtiesen, una tras otra, en víctimas de la codicia soviética, para que los Estados Unidos adquiriesen conciencia, como pueblo de la gravedad del peligro. Pero lo súbito del cambio de actitud, después de largos

años de inercia, sumió a millones de americanos en un sentimiento de morbosa intranquilidad.

De un problema serio — el de preservarse de los manejos comunistas — se hizo una especie de juego: el fútbol de la vida política nacional americana. Los sembradores de pánico encontraban elegante y provechoso especular con la ansiedad que se había apoderado del país. Se ejercitaron en difundir exageraciones novelescas, multiplicaron el ultraje y la calumnia y se esforzaron en transformar una preocupación fundada y razonable en un histerismo irrazonado y destructor.

Hombres que habían sido llevados al Partido Comunista o a sus organizaciones anejas por un idealismo mal inspirado y que en seguida, al ver traicionado su ideal, suscitaron una vigorosa oposición contra el comunismo, se vieron puestos en la picota con tanta saña como aquellos otros que continuaban sirviendo a los amos del Kremlin sin reservas y sin haber perdido nada de su primitivo fervor. Los principios del circo romano, agravados con los refinamientos del siglo XX, como la televisión y las películas de información de actualidades, prevalecían sobre los principios de una serena investigación judicial. Los derechos de la persona humana fueron hollados y una vez más los Estados Unidos se empequeñecieron ante el mundo. Y ello en un momento en que la seguridad del mundo dependía precisamente de nuestra capacidad para convencer a las otras naciones de que la libertad y la dignidad humanas son cosas a las cuales vale la pena de sacrificar la vida.

El fracaso del « macarthismo »

Tal es la técnica que se ha dado a conocer con el nombre de « macartismo ». El vocablo tiene menos importancia que las prácticas que con él se designan, prácticas que han merecido severas condenaciones, porque si es verdad que hay que hacer una campaña eficaz contra el comunismo, no es posible convertir esta campaña en una celosa caza de supuestas encarnaciones del diablo. Y, después de todo, algunos de los investigadores parlamentarios no habrían

encontrado oportunidad de librarse a tales excesos de celo si los americanos hubiesen hecho todo lo que era menester para preservarse de los manejos comunistas durante todos estos últimos años. Por peligrosos que sean los procedimientos de McCarthy, la labor que ahora importa es la de afrontar el problema que ha hecho nacer el macartismo, empleando para ello procedimientos más eficaces, más americanos, actuando con inteligencia eficiente allí donde él se esfuerza en encontrar una solución con brutal ineptia y con grave daño para el buen nombre de Norteamérica en el mundo.

El método de McCarthy se ha mostrado incapaz para alcanzar los objetivos que se persiguen, y ello por múltiples razones.

En primer lugar, no es adecuado para conducir a los comunistas hacia las concepciones democráticas, porque el temor y el terror son sus armas más socorridas.

En segundo lugar, ese método no puede de ninguna manera poner fin a la influencia comunista en la comunidad social y en sus cuerpos organizados, porque en lugar de identificar claramente a los comunistas y de aislarlos, enturbia el problema confundiendo a comunistas y a no comunistas en los mismos ataques.

En tercer lugar, estorba y entorpece el trabajo normal de los organismos legales de seguridad tratando de llevar a la primera plana de los periódicos para someterlo al apasionamiento de todos, aquello que debe ser sustraído a la pasión y tratado con calma, sin publicidad, por los profesionales de los servicios contra el espionaje. Y al mismo tiempo tiende a hacer nulo el trabajo de las comisiones parlamentarias responsables y por ende a desacreditar los poderes de investigación de propio Parlamento.

En cuarto lugar, el método de McCarthy favorece una indiferencia generalizada con respecto a toda acción contra el comunismo, a causa de la desilusión que naturalmente produce el ver rebajada una labor política seria al nivel de un sainete o de una pugna de circo.

En quinto lugar, los Estados Unidos son incapaces de debilitar al comunismo en el terreno esencial para él — el terreno internacional — hasta tal punto que los métodos

de McCarthy tienen el efecto contraproducente de hacer pasar a los americanos por imitadores enfermizos de las costumbres totalitarias, más bien que por entusiastas campeones de la verdadera democracia.

Para encontrar la respuesta conveniente a la amenaza comunista es necesario comprender bien la complejidad de esta amenaza. Nos encontramos en presencia de un movimiento que es una suerte de monstruo de varias cabezas, cuyos dirigentes son « gangsters » políticos, sin principios ni escrúpulos y que actúan bajo una máscara de reformadores sociales. Es pueril confiar en batir victoriosamente un movimiento semejante empleando las calumnias, de las que él tiene privilegio de invención y propiedad exclusiva. Ofrece el tal movimiento una nueva fe dinámica a los desposeídos, a los desilusionados, a los desalentados. No es posible combatir esa fe nueva con el miedo. Hay que oponerle una fe más elevada, más auténtica, más atrayente, la fe en una democracia viva y vigorosa que obtiene su fuerza de las libertades populares.

Cuando se trata de hombres que en el pasado han sucumbido a los cantos de sirena comunistas, es mucho más eficiente recurrir a una técnica de redención que abrumarlos con la condenación eterna. La respuesta que dan los comunistas a los que se desvían políticamente del partido es la liquidación. La democracia, en cambio, a las faltas que contra ella se cometen debe responder con la regeneración. Nuevas cosechas de adictos se les depararán a los comunistas si los investigadores son incapaces de distinguir entre los malos dirigentes y los mal dirigidos.

Una consideración final se impone, si se quiere que los esfuerzos para acabar con la influencia comunista tengan verdadero alcance. No hay que olvidar nunca que nos hallamos ante un movimiento que depende de la U. R. S. S., que existe únicamente para servir sus intereses y que adquiere toda su significación del hecho de que sus miembros representan una vanguardia sin uniforme de la máquina militar soviética.

No creo disminuir con estas opiniones la importancia de precaverse contra la traición en mi país, pero este esfuerzo no puede reemplazar a la tarea inmensamente más

imperiosa de detener la agresión comunista, a la vez militar e ideológica, en todo el resto del mundo, en todas partes, en el campo de batalla total donde el Kremlin trata de hacerse el amo. Los Estados Unidos no deben regatear ni el dinero ni los esfuerzos materiales, ni tampoco los esfuerzos de la inteligencia, tan necesarios para contrarrestar la fuerza temible del adversario político y para acrecer al mismo tiempo la potencia y la fe combativa del Occidente. Esto supone algo más que armas y una ayuda económica; supone sobre todo un absoluto respeto a todas las opiniones. Supone esencialmente que los Estados Unidos vuelvan a ser a los ojos del mundo occidental la ciudadela de la libre expresión del pensamiento y del respeto al individuo.

A la luz de esta fundamental afirmación es como el reciente congreso nacional de la *International Ladies Carment Workers Union* hizo suyo, con ligeras modificaciones, un programa que tuvo el honor de someter a su consideración.

Este programa tiende a sustraer el problema comunista a los juegos de la política y a las conveniencias oportunistas o a las competencias de los políticos. Tiende a una acción realizada por intermedio de organismos destinados a secundar las funciones regulares de órganos que no puedan ser puestos en tela de juicio.

Uno de esos organismos deberá ser una comisión consultiva independiente, nombrada por el presidente de los Estados Unidos para orientar a la nación con referencia a todos los aspectos del problema comunista. Otro organismo sería una institución investigadora e informativa de carácter privado, sin finalidad lucrativa, que auxiliaría a los sindicatos, patronos, educadores, iglesias, organizaciones e individuos a preservarse contra cualquier posible absorción por sorpresa en la órbita del comunismo. Veamos cuales podrían ser las atribuciones y el funcionamiento de cada uno de estos organismos.

I. La comisión presidencial

La función fundamental de esta agrupación sería la de tener al pueblo norteamer-

cano continuamente al corriente y advertido de todo cuanto atañe a la naturaleza del problema comunista y proponer una política coherente para hacerle frente con eficacia en cada una de sus ramificaciones. Su misión sería la de suministrar hechos verídicos en lugar de fantasías, la de dar a los problemas su justa perspectiva histórica en vez de provocar reacciones histéricas, la de unir, en fin, a los americanos contra el comunismo en lugar de dividirlos con respecto al comunismo.

No debería estar dirigido este organismo por hombres cuyo interés principal fuese el de crearse una posición personal en política, de esos que conciben la lucha contra el comunismo como una caza de brujas supuestas... y de membretes oficiales. Esta comisión estaría compuesta de hombres representativos de nuestra vida nacional y que poseyesen verdadera experiencia en los asuntos comunistas, tanto en los que conciernen a la ideología como en los que atañen a la organización; hombres, en una palabra, que hubiesen demostrado desde hace mucho tiempo que tienen un sentido exacto de la amenaza comunista y una perfecta comprensión de las complejidades que encierra.

Esta comisión se encargaría de hacer investigaciones sobre la penetración comunista en los diversos sectores de la sociedad americana, ayudando en lo posible a las entidades honradas a depurar sus propias filas, librándolas de toda contaminación. Sus investigaciones habrían de ser realizadas con entera independencia, pero la comisión tendría a la vez el poder y el deber de hacer públicos sus descubrimientos en todos los casos en que la revelación pudiera ser provechosa para el interés público.

No sería una de las funciones menos positivas de la comisión la de determinar los caminos por los cuales el comunista vacilante — o sus antiguos compañeros arrepentidos — podrán liberarse de la influencia del partido. Actualmente el Partido Comunista mantiene en su seno a muchos de sus miembros por medio del chantaje, por el temor a las represalias económicas y hasta por el miedo a la violencia. El hombre o la mujer que verdaderamente deseen abandonar el partido deben ser ayudados para que lo hagan.

La medida en que esta comisión hubiese de cumplir su tarea, dependería evidentemente de los hombres que el presidente de los Estados Unidos nombrase para integrarla y de la autoridad con que ejerciesen sus funciones. Algunas de las reformas más beneficiosas de que disfruta el pueblo norteamericano proceden de comisiones o grupos de ese género, encargados de aconsejar y orientar a los ciudadanos. Así, por ejemplo, todo nuestro programa para la conservación de los recursos naturales ha surgido del trabajo de una comisión nombrada por Teodoro Roosevelt. La Comisión de Heriberto Hoover sobre las tendencias sociales realizó muchas investigaciones preparatorias para la legislación que ayudó ulteriormente a superar la depresión — el *New Deal* del sucesor de Hoover, Franklin D. Roosevelt. En época aún reciente, el mismo Hoover prestó al país señalados servicios como presidente de la comisión designada por el presidente Truman para estudiar la reorganización gubernamental.

Una agencia presidencial para ocuparse en el problema de comunismo no excluiría el establecimiento de comisiones de encuesta por el Congreso. La Cámara y el Senado tienen derecho, una y otra, para abrir investigaciones sobre el comunismo o sobre cualquier otro asunto siempre que consideren que ello puede ayudarlas a legislar con mayor prudencia y acierto. Pero las comisiones parlamentarias de investigación deben operar — como los tribunales y los órganos regulares — respetando reglas que les permitan reunir los hechos sin pisotear los derechos elementales de las personas sometidas a la investigación. Paralelamente al trabajo de la comisión será, pues, necesario, con objeto de llegar a buenos resultados, establecer un procedimiento que proteja contra la calumnia y sus consecuencias a los individuos requeridos en audiencia parlamentaria.

Instituyendo una comisión presidencial que venga a ser el estado mayor general de nuestra ofensiva interior contra las intrigas y manejos inspirados por el Kremlin, e introduciendo saludables modificaciones al procedimiento de investigación parlamentaria, podremos reunir la equidad con la eficacia en un grado que hasta ahora no se ha conseguido nunca y que no se conse-

guirá si continuamos confiando en los métodos de campos de carreras o en el histerismo.

II. El Centro de información privada

Uno de los principales signos distintivos de una democracia es que sus ciudadanos no sean como niños dispuestos a abandonar su propia suerte al poder paternalista de un Estado omnisciente. Cada uno de nosotros tiene como responsabilidad directa y personal la de contribuir al esfuerzo total de la nación para apartar de ella el peligro comunista. Esta responsabilidad pesa especialmente sobre aquellos que ostentan una posición dirigente en las instituciones cotidianas de la vida americana: sindicatos, iglesias, escuelas, periódicos, organismos de recreo y de cultura para las masas, partidos políticos, etc. Impidir a los comunistas que se infiltren en tales organizaciones es un problema que interesa ante todo a la responsabilidad de esos mismos organismos.

La dificultad con la que gentes de una acrisolada honradez pueden encontrarse inscritas en las organizaciones concebidas o dominadas por los comunistas ha tenido una expresión clásica durante la guerra en el Consejo nacional de amistad americano-soviético, que figura actualmente en el registro de entidades subversivas llevado por el Attorney general, y que contaba entre sus valedores y simpatizantes ciudadanos tan eminentes como el secretario de Estado Cordell Hull, el secretario de Comercio Jesse Jones, Owen D. Young de la General Electric, Thomas W. Lamont del banco J. P. Morgan, Mrs Ogden Reid del *New York Herald Tribune* y el teniente general Leslie C. McNair. En 1945, el general Eisenhower dirigía a esta organización el siguiente saludo: « Deseo a su Consejo el éxito más completo en el valioso trabajo que ha emprendido. »

Entre paréntesis, puede advertirse que ha habido buen número de americanos que tardaron mucho en reconocer la hipocresía de las declaraciones soviéticas en favor de la paz y de la cooperación internacional. En 1946, por ejemplo, el candidato republicano al escaño senatorial del Wisconsin,

el famoso Joseph R. McCarthy, proclamaba : « La proposición de Stalin para un desarme mundial es una gran cosa y debe ser acogida como sincera. »

En ausencia de fuentes de información dignas de confianza, vemos multiplicarse los « consejeros » profesionales en materia de comunismo, cuyo interés esencial es el de ganar el mayor número de dólares posible a costa de los jefes de empresa, sindicalistas y otros dirigentes de comunidades, ansiosos de evitar las molestias y enojos que podría causarles el comunismo.

Estos consejeros no pueden vivir más que exagerando las proporciones del problema. Así, cualquier primera figura del cinematógrafo, de la radio o de la televisión que ha dado su nombre a una empresa u organismo de apariencia inocente, puede ser inscrita en una lista negra permanente de gentes indeseables. Nuestros actores, cantores y escritores no eran acaso un modelo de vigilancia política en la bella época del frente único ; pero si es cierto que no merecían aplausos por sus complacencias con respecto a los halagos comunistas, las cobardes genuflexiones de los productores y agentes de publicidad ante los ayudantes de la censura son todavía mucho menos encomiables.

De lo que tenemos necesidad en la situación actual es de un comité responsable al cual las organizaciones democráticas y los ciudadanos puedan recurrir para obtener opiniones meditadas. El

patronato y la ayuda económica inicial para un comité de esa clase tendría un origen privado. Nuestro propio sindicato aceptaría contribuir a empresa semejante, que recibiría ánimos y apoyo de los institutos, casas de comercio y otros establecimientos y entidades.

Ese comité no buscaría la publicidad, no andaría a la caza de las personas, no pondría una política determinada. Obraría tan sólo con vistas a esclarecer cualquier caso que se presentase en relación con las actividades comunistas. Utilizaría, dentro de los límites que la comisión presidencial aludida estimase deseables, los informes que el gobierno tuviese en su poder, pero sería siempre una agencia esencialmente particular, operando en favor del interés público y de una manera no lucrativa.

Estas dos proposiciones no son presentadas como una panacea para el problema comunista. Treinta años de disputas con los comunistas me han convencido de que no existe ningún remedio que pueda librarlos de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Pero tengo la convicción de que esas medidas, tomadas de concierto con las acciones de carácter nacional resueltas que son necesarias para revitalizar nuestra democracia y para edificar la fuerza militar, económica y espiritual del mundo libre, nos harían dar un gran paso hacia la solución que buscamos.

DAVID DUBINSKY

SOBRE HISTORIA ESPAÑOLA

POR CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

ESPaña EN SU HISTORIA, de Américo Castro, es una obra apasionante. Desde hace muchas décadas ninguna otra ha captado con tanta sutileza algunas de las ondas misteriosas que nos disparan el todavía incógnito pasado de España. El talento extraordinario, la penetrante agudeza, la pluma brillante y la gran erudición de Castro han dotado a su libro de un extraño interés que va ganando la convicción del lector poco informado. Pero Castro ha trazado una visión esencialmente equivocada del proceso histórico del que surgió el estilo de vida hispánico. La publicación de *España en su historia* me planteó en su día un ingratisimo problema de conciencia. El callar habría implicado asenso a una teoría que podía convertirse en básica interpretación de la historia española. El análisis crítico de la tesis de Castro me obliga a enfrentarme con un amigo de horas no sólo por pasadas mejores, y con un compañero de destierro. Al cabo triunfó en mí la idea de mi responsabilidad científica y mi devoción por la verdad. Y me lancé a escribir una obra sobre el enigma histórico de España, obra que había de contradecir sin remedio la de Castro. La larga y difícil aventura va tocando a su fin. De esa obra ofrezco aquí algunas páginas. En ellas discuto varias de las ideas de mi viejo colega madrileño: las más generales y no las de más interés.

Pero claro está que no puedo ni quiero descubrir anticipadamente la enjundia de mi libro (1).

Qué es lo hispano

Ante algunas críticas a su desdén por lo peninsular anterior al 711 Castro ha reaccionado de una manera peregrina: ha negado que sea hispano todo lo que no coincide con lo que juzga característico de lo español moderno. Tal afirmación autoriza tan deliciosas como absurdas conclusiones. Conforme a la idea de que parte Castro, podrán negarnos a él y a mí la condición de españoles los habitantes de la Península del año 3000, quienes naturalmente serán muy distintos de los dos.

Castro, genial y agudísimo de ordinario, arguye que si los españoles de hoy pudieran trasladarse al Burgos de la segunda mitad del siglo XI hallarían que aquello se parecía mucho a la España de nuestros días y que, en cambio, no podrían convivir con los habitantes de Numancia, de Gades o de Hispalis anteriores a Cristo. Naturalmente, y esos viajeros retrospectivos se hallarían todavía más sorprendidos en Tartessos o

(1) Va a ser publicado por la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, con el título de *España, un enigma histórico*.

entre los pintores de la Cueva de Altamira, y más cercanos a sus hábitos diarios en el Madrid de Felipe II o en el de Carlos III.

Hispano es todo lo hecho por cuantos hemos alentado en Hispania y hemos vivido conforme a la estructura funcional que regulaba a la sazón la vida de los peninsulares. No hay un arquetipo definido y definitivo de lo hispano. Un historiador no puede pensar en lo *auténtico* español como piensan quienes nos catalogan a él y a mí en la anti-España. Lo hispano ha sido, es y será eternamente cambiante, como todo en la historia. Está integrado por una serie de estratos diferentes que se alteran un poco cada día y un mucho al cabo de los siglos. Ni siquiera los grandes giros de la vida histórica han provocado saltos, cortes, vacíos. El hombre y los pueblos reptan despaciosos por la gran espiral del tiempo. Ayer es ya distinto de hoy y lo más lejano a nosotros tiene siempre algún vínculo de semejanza con el mañana.

Lo singular de la afirmación de Castro, que me niego a aceptar, deriva de su peculiar concepción de la historia, a la que atribuye la unívoca misión de fijar las contexturas vitales de los pueblos con miras al descubrimiento de la dinámica de sus posibilidades e imposibilidades de acción cara al futuro. Señalaré en otra parte las limitaciones que esa concepción implica y las dificultades que contra ella se alzan. Esas limitaciones y dificultades aumentan por lo que hace al curso del pretérito vivir de la Península, enclavada desde la prehistoria en una encrucijada de culturas y de contexturas vitales y, por tanto, en perpetua fermentación catalizadora, pero también en perpetua antibiosis eruptiva. Si las simbiosis sucesivas fundían estilos de vida y esencias culturales, las repetidas antibiosis afirmaban y prolongaban muchos rasgos de la disposición funcional primitiva de los hispanos y de las proyecciones de su primigenia estructura cultural. Como consecuencia de ese perdurable tira y afloja hacia el ayer y hacia el mañana, el río de la historia española, si nunca ha retrocedido, naturalmente, hacia sus fuentes, ha avanzado sí más despaciosamente que los otros ríos históricos de Occidente; e incluso después de los inevitables saltos

torrenciales que ha debido de padecer o de gozar, se ha remansado en meandros o ha caminado lentísimo hacia la mar lejana. Por ello es el español el pueblo en que las constantes históricas han conservado una más dilatada vitalidad y en el que han perdurado más vivaces los caracteres vitales de sus abuelos milenarios.

Es vano empeño por ello intentar hacer resaltar las diferencias que separan a lo español de hoy de lo hispano-cristiano medieval, lo hispano-árabe, lo hispanogodo, lo hispano-romano o lo hispano-primitivo, para negar la hispanidad de tal o cual etapa de nuestro pasado. Esas diferencias se acentuarán en proporción geométrica a medida que retrocedamos en el tiempo. Pero ellas no son óbice para que puedan investigarse los vínculos genéticos y las aproximaciones entre todos esos estratos de lo español. Si el estiaje de las fuentes históricas no impidiera nuestra observación, aprovechando exhaustivamente su caudal de noticias podríamos advertir los cambios sufridos por lo hispano en cada década, como menudos latidos del corazón de España. Y no obstante la pobreza de nuestra documentación, es posible descubrir lo que ha perdurado a través de las etapas sucesivas de lo hispánico.

Arriesgadas conjeturas

Es peligroso acuñar bellas frases, demasiado rotundas. Suelen estar cargadas de subjetivismo explosivo. Eso ocurre con algunas vacías de substancia histórica, lanzadas a los espacios siderales por la imaginación de Castro. « La España medieval — escribe — es el resultado de la combinación de una actitud de sumisión y maravilla frente a un enemigo superior y del esfuerzo por superar esa misma posición de inferioridad. » ¿ Sumisión y maravilla ? Es fácil escribir esas palabras, mas costará a Castro mucho esfuerzo comprobar con hechos la realidad y la perduración de tal sumisión y de tal maravilla antes y después de la segunda mitad del siglo X.

« Nada realmente universal en la civilización de España existiría — desde el



D. CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

Poema del Cid hasta la música de Falla - si España se hubiera incluido en el círculo de la cultura racionalizada », escribe una vez. Y otra : « Rebelde a la ley y a cualquier norma estatal, el español fué dócil a la voz de la tradición y al imperativo de su persona absoluta. De no haber sido así, la Península se habría convertido en una prolongación de Africa o en una extensión de Francia o quizá de Inglaterra. » El juego de los síes permite en la Historia, las más audaces conjeturas. Lo difícil es darles validez científica. Y eso ocurre con las dos tajantes afirmaciones de Américo Castro, ahora registradas. Si España se hubiera inscrito en los cuadros de la cultura racionalizada... ; si los españoles no hubiesen sido rebeldes a toda norma y dóciles al imperativo de su real gana y de la tradición... Si Castro reflexiona sobre sus palabras ¿no encontrará orgullosa su pretensión de adivinar lo que hubiera sido el pasado de nuestra patria y de nuestro pueblo y lo que sería su presente, si España o los españoles hubieran hecho lo que no hicieron ? En todo caso no le será fácil lastrar de realidad histórica tales afirma-

ciones, tan brillantes y sugestivas como aventuradas y flotantes.

Ni la historia de una inseguridad ni un vivir desviviéndose

Las más bellas frases no suelen ser sino eso, bellas frases. Magníficos pero fugaces fuegos de artificio que suben muy alto y deleitan un instante, pero que, vacíos de substancia, se desvanecen pronto en la oscura noche. Eso ocurre con las dos a que vengo aludiendo. « España o la historia de una inseguridad ». España o « un vivir desviviéndose ». Alucinantes y deslumbradoras, ascienden rápidas hacia el firmamento, se desgranán en miles de estrellitas prometedoras de claridad sideral y se apagan al punto faltas de verdadera luz.

¿ Inseguridad en el caminar ? ¿ Vacilación en el querer ? No, los españoles no dudaron ni vacilaron hasta la gran crisis de mediados del siglo XVII. Para desdicha de España. Durante cerca de un milenio supieron muy bien lo que querían y avanzaron por la historia con más firmeza de rumbo y menos incertidumbre en el caminar que ningún otro pueblo de Europa.

Los hermanos de Occidente se dejaron ir durante esos largos mil años a la deriva de faenas cambiantes y sin proyección de eternidad. Y así todavía en los días del Renacimiento y de la Reforma, magníficas empresas preñadas de tantas esperanzas como dudas — las esperanzas y las dudas que nacen con toda vida individual y con toda vida histórica — y aún de más dudas que esperanzas, porque así ocurre en toda ruptura decisiva con el ayer, por más que les pese a los audaces novadores.

Salvados los cambios provocados en ellos y en torno a ellos por el correr del tiempo, desde Covadonga hasta Rocroi los españoles quisieron lo mismo, llevaron a cabo una sola gran tarea — esencialmente « dirigida a extender una creencia más que a establecer un sistema de intereses » —, creyeron en ella con fe viva, se sintieron seguros en su empresa y prosiguieron su avance sin zigzagueantes titubeos hasta el terrible fracaso final.

¿ La historia de una inseguridad ?
¿ Cuándo y cómo se manifestó esa inseguridad ?

ridad antes de mediados del siglo XVII? Américo Castro pretende que dos españoles cuatrocentistas contemplaron ya a su patria « crítica y argustiadamente », y que « desde el siglo XV hasta hoy corre sin ruptura la línea temblorosa de esa inquietud respecto al propio existir. » Otra vez bellos fuegos de artificio. Se refiere al discurso en defensa de la preminencia de Castilla sobre Inglaterra, pronunciado por don Alfonso de Cartagena en el concilio de Basilea y al papel confidencial de Fernando de la Torre a Enrique IV, en el que parangona Castilla con Francia. Castro resume y comenta los dos textos. No hay en ellos ni crítica, ni angustia, ni inquietud respecto al existir de la nación. Rezuman orgullo. La soberbia hispana movió las plumas del caballero y del prelado. Lo reconoce Castro en su exégesis. De las palabras del obispo de Burgos dice que « rebotaban conciencia de hispanidad ». « La historia aparece aquí como perfecta seguridad », escribe al comentar una frase del antes rabino burgalés. Y a la postre declara : « Don Alonso termina su arenga, más que alegato, con un gesto de suprema arrogancia. » Y si con acierto califica al escrito de Fernando de la Torre de « descripción valorativa de las peculiaridades españolas », sobre él concluye : « Todo esto suena ya a lenguaje imperial anunciador de las grandes empresas. »

Ningún pueblo tenía en el siglo XV, dice Castro tan redonda y cabal conciencia de sí mismo. Alonso de Cartagena y Fernando de la Torre comprendieron y reconocieron las peculiaridades de la sociedad castellana — podríamos decir sin hipérbole de la sociedad peninsular — frente a las sociedades de allende el Pirineo. Otro tanto hizo Gutierre Díez de Games al referir en *El Victorial* las andanzas de don Pero Niño por los mares y tierras del Norte. Pero ninguno de los tres juzgaba inferior el estilo de vida de Castilla al de Francia o al de Inglaterra. Las críticas de los futuros rivales de España no les hacían vacilar. No sentían ninguna inquietud, ninguna inseguridad, ninguna angustia. Los tres defendían el carácter hispánico y tenían fe plena en los destinos de su patria : « Otra gente así diestra en armas en el mundo no la ay », decía de la Torre.

No ; de las palabras del noble y del obispo no parte ninguna línea temblorosa de inquietud y de angustia. La guerra de las Comunidades, los comienzos del reinado de un príncipe extranjero y los resplandores de la hoguera de la Reforma inspiraron algunas ideas pesimistas al Almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez ; un castellano de pro, piadosamente irritado por el espectáculo de una clerecía inmoral y de unos fieles que no armonizaban su obrar con su creer — Bataillon refiere que buscó apóstoles para evangelizar sus Estados — ; un gran señor que guardaba tan vivo como amargo recuerdo de los desastres de la recién terminada guerra civil en la que había desempeñado papel principal, y que muy chapado a la antigua se sentía muy inquieto ante el inicio del gobierno, en Castilla, de Carlos de Gante. Y Gonzalo Fernández de Oviedo, otro espíritu archisensible, también torturado por el recuerdo de los desmanes de los comuneros y también irritado por los vicios del clero — escribió contra ellos durísimas palabras — al contestar al Almirante, se dejó ganar por sus ideas pesimistas y llegó a abultarlas arrastrado por su temperamento de escritor.

Pero el mismo Sánchez Montes, que ha sacado a luz estas dos actitudes — Castro no tuvo noticias de ellas — y que ha señalado palabras de Guevara de ascendencia manriqueña, alega numerosos testimonios de la confianza que los españoles, de los más diversos núcleos sociales, sintieron ante el porvenir de la nación y de su firme fe en la misión providencial de España y del Emperador.

Américo Castro no puede alegar luego el nombre de un solo español anterior al siglo XVII de cuya boca o de cuya pluma haya escapado un tenue y leve eco de ese inseguro y angustioso dudar que nos tortura a los hispanos desde las horas de nuestra gran crisis.

Los españoles del siglo XVI creyeron con tal firmeza en el destino de su patria, que no obstante su exaltado fervor religioso y su tradicional castrense devoción al papado, osaron enfrentarle. Y no sólo Vives censuró y Francesillo de Zúñiga y Diego Hurtado de Mendoza apostrofaron a diversos Pontífices ; el último de los citados, el

secretario del Cardenal de Santiago, Fray Juan de Toledo, y hasta el gran teólogo Melchor Cano llegaron a aconsejar a Carlos V que privase al Papa del Estado de la Iglesia.

Castro lanza a la noche un puro cohete literario al afirmar que el rasgo primario de la cultura española consistió en no hallarse segura de sí misma. Los españoles sí tuvieron conciencia de su singularidad apenas se asomaron fuera de las fronteras de su patria, pero ese saberse distintos se dobló desde entonces de un recio orgullo de su superioridad y de una firme seguridad de lo sin par de su destino. Un pueblo inseguro de sí mismo, angustiado e inquieto sobre su existir, no hubiera hecho lo que hizo España desde 1492 en adelante.

Lo reconoce el mismo Castro al escribir, contradiciéndose : « el español se aferró a sus creencias legendarias, religiosas y artísticas como ningún otro pueblo europeo ; se encastilló en su propia persona y de ella sacó arrojo y fe para erigir un extraño e inmenso imperio »...

España no ha vivido « siglos y siglos sintiendo faltarle la tierra bajo los pies ». Sánchez Montes ha ofrecido muchas pruebas de cómo durante el XVI sacudió a los españoles un eufórico providencialismo. Aparece en cartas privadas, en escritos anónimos y en coplas populares. Llegaron a escribir :

*Pues Dios tan claro se muestra
de parte del gran Carolo
sea ya el mundo español.*

El áspero criticismo español es fruto del terrible despertar al alba clara de su derrota por el mundo nuevo de un pueblo hasta allí ebrio de fe en sí mismo. Y todavía en el primer tercio del siglo XVII, aunque los españoles más inteligentes eran ya pesimistas, todavía muchos otros creían en España : por ejemplo, don Adam de la Parra y algunos escritores de los que Jover ha agrupado en la generación de 1635. Sólo entonces arraiga y triunfa la inquietud y medra el mesianismo. La inquietud que se traduce en inseguridad y el mesianismo que espera de un hombre la salvación de la patria : del Cardenal Infante don Fernando, del bastardo don Juan José de

Austria, del que después fué Luis I de Borbón... y así hasta hoy.

La historia de España no fué antes la historia de una inseguridad. Ni ha sido nunca un vivir desviviéndose. También esta frase está vacía de luz perenne y se desvanece rápida en el horizonte del pasado. Las amargas palabras que escaparon a Alonso Ferrández Coronel y a Don Alvaro de Luna al subir al patíbulo — « Esta es Castilla que hace los hombres y los gasta » — y las censuras que ante el señorío de Castilla por la codicia escaparon de la pluma de Fernán Pérez de Guzmán no pueden servir de testimonio de ese supuesto vivir desviviéndose de los peninsulares a lo largo de su historia, y las más o menos justas y más o menos agrias críticas de Quevedo y de Gracián, de Unamuno y de Ortega y Gasset y de algunos otros pensadores hispanos del siglo XVII y del XX son hijas de la rudeza y de la soberbia españolas, que derivan de las más viejas raíces de lo hispánico, y exponentes del estado de ánimo de generaciones que asistieron a grandes crisis nacionales.

Son hijas de la rudeza española, porque el pueblo español nació como prolongación histórica de las tribus peninsulares norteafricanas, las menos penetradas de la influencia balsámica de la cultura romana. La áspera herencia temperamental con que iniciaron la Reconquista no fué después sino acentuada al correr de los siglos. Y las masas populares hispanas han merecido muchas veces los latigazos críticos de las minorías que de entre ellas lograron destacarse.

Y de la soberbia española, porque los hombres superiores se han sentido en España con frecuencia sacudidos por un orgullo satánico ; desde antes de Séneca hasta después de Unamuno, y sin excluir a Ibn Hazm y a otros hispano-musulmanes. El orgullo de los intelectuales españoles equilibró la envidia con que eran flagelados — no sé si fué causa de ese flagelo o reacción contra él — y esa soberbia se desbordó a las veces en injustas invectivas contra el pueblo, cuando no se mostraba propicio a escuchar sus consejos y a aceptar su maestrazgo. Esas invectivas han sido el reverso del milenarismo caudillismo ibérico. Las masas españolas han buscado con frecuencia al hombre superior para seguirlo con pasión ;

y el hombre superior, habituado a su caudillaje, ha necesitado imperiosamente del coro dócil y obediente que le siga.

Las críticas irritadas contra el vulgo — no es justo lanzar invectivas contra el pueblo español porque haya padecido del mismo mal de los hombres de elección — no probarían además que España haya vivido siempre desviviéndose.

Los trallazos críticos contra la propia patria de los pensadores españoles del siglo XVII y de los últimos tiempos, su angustioso enfrentamiento con el pasado y el presente de España han sido ocasionales. Han surgido cada vez que hemos tenido conciencia de la gravedad de una crisis. De una crisis que amenazaba la existencia de la nación. Han sido descargas emocionales ante la amargura y la angustia de horas sombrías y desesperanzadas, en que parecían cerrarse todos los caminos y no ser posible una renovación de la perdida vitalidad.

En oposición a la tesis de Castro, acaba de escribir Aubrun que ese desvivirse se ha producido siempre que la esclerosis de una sociedad, su estratificación en clases cerradas, ha puesto en peligro la existencia de una comunidad. « Cuando la comunidad — ese complejo afectivo entregado sin cesar a tareas comunes y sin cesar por ellas recreado — está amenazado en su funcionamiento existencial, aparece la angustia. » Insistimos, añade, sobre la universalidad del fenómeno, porque podría creerse, de seguir a Castro, que ese « desvivirse » es particular de España, que la angustia ante la elección, la dramática asunción de la libertad, abruman al español más que a ningún otro, y reconoce que ese ha sido el caso de Alemania de 1920 a 1925 y de Francia de 1945 a 1950. Sus afirmaciones son exactas y no sería imposible trazar las horas de angustia de todos los pueblos a través de su historia.

No ; España no ha vivido desviviéndose. Todos los pueblos han padecido grandes crisis y sufrido grandes angustias. Las de España han sido graves porque los españoles se han sentido sacudidos por un ímpetu desenfrenado y frenético de acción, como resultado de su historia singular, y tras esas descargas energéticas han caído en la somnolencia y la fatiga ; y se han

dejado ir por el viento del destino después de sus impetuosas sacudidas eléctricas. No sería difícil presentar el cuadro de esos ascensos bruscos, como de flecha disparada hacia la altura, y de sus inmediatas caídas verticales. Estudiaremos el proceso de ese desorbitado activismo hispano en el libro del que proceden estas páginas. Pero sus proyecciones históricas no obligaron a España a vivir desviviéndose. De todas sus crisis sucesivas ha sabido alzarse airosa, hasta que llegó a agotarse en el cumplimiento de la misión histórica a la que se había dado con pasión, llena de fe y segura de sí misma. Y aún después, su extraordinaria vitalidad le ha permitido sobrevivir. Su vitalidad que alumbraba en seguida y seguirá alumbrando grandes valores humanos.

Convivencia orgánica

« Siempre que el pueblo español deja de estar encintado por el nimbo de un mito seductor, confundió sus derechos con el caos. » « El español nunca convivió con sus semejantes sino que coincidió con ellos bajo una misma creencia — religiosa o monárquica — que por encima de los afanes diarios los cobijaba a todos. » Es lícito aventurar tales afirmaciones con gesto displicente y elegante en una amena conferencia o con ademán tribunicio y vehemente en una apasionada prédica política. No lo es estamparlas en un libro de historia, al socaire del estudio de la influencia de Santiago en la vida española.

Los peninsulares supieron articularse políticamente más temprano y mejor que los habitantes en los países feudales de allende el Pirineo. Si Castro se hubiera asomado a la historia institucional de la Edad Media hispana, habría visto a portugueses, leoneses, castellanos, navarros, aragoneses y catalanes, conscientes de sus intereses y derechos públicos y procurando asegurarlos pacíficamente por medios legales, al margen de su devoción por mitos religiosos y de sus fervores monárquicos.

Desde fechas muy tempranas lograron garantizar sus libertades políticas, mediante leyes municipales primero y por medio de leyes territoriales después.

Cuando creyeron amenazados sus derechos, supieron organizarse en hermandades y pactaron ligas defensivas para aumentar su fuerza y asegurar el respeto a sus fueros. Y en las horas de caos político, en los períodos de anarquía nobiliaria, lejos de contribuir a su prolongación, supieron muy bien que el orden jurídico y la paz interior podían garantizar sus intereses, libertades y exenciones y volcaron su potencia económica y política del lado de la legalidad constituida. Y no por devoción hacia la monarquía, porque hicieron pagar caro a la realeza su socorro y tanto en Aragón como en Castilla le arrancaron la concesión de preceptos legales que les daban intervención en el gobierno del reino. Será tan difícil a Castro contradecir la realidad de estas afirmaciones como fácil comprobarla a cualquier mediano conocedor de la historia jurídica española.

Según he hecho ya notar en otra parte, es frecuente mirar al ayer con ojos en cuyas retinas están todavía impresas imágenes del hoy. Castro no se ha librado de esa flaqueza... Ha contemplado las revoluciones de Sahagún y de Santiago de principios del siglo XII, deslumbrado por la luz cegadora de las conmociones y revueltas provocadas por la reciente guerra civil española, y ha hipertrofiado esos dos acontecimientos históricos. Están casi aislados en la llanura de la pacífica ordenación jurídica de las libertades castellanas y aragonesas. Castro no puede brindarlos como especímenes de la estructura funcional del pueblo español. Precisamente quienes iniciaron los alzamientos de Sahagún y de Santiago fueron inmigrantes ultrapirenaicos, recién llegados al país y todavía no hispanizados. Y se rebelaron contra dos tipos de regímenes señoriales — Castro confunde siempre señorío y feudo con error disculpable en un filólogo — de abolengo ultramontano y mucho menos liberales que los habituales en tierras leonesas. Las revoluciones municipales se repitieron en Galicia, cuyas grandes ciudades eran de señorío episcopal. Los burgueses gallegos necesitaron arrancar por la fuerza a sus señores el reconocimiento jurídico de sus libertades. Como les fué preciso hacer a los habitantes de las ciudades de la Europa

feudal y señorial al otro lado de la cordillera pirenaica.

Un paralelo entre los movimientos revolucionarios ocurridos dentro y fuera de las fronteras peninsulares al correr de los siglos habría impedido a Castro aventurar sus juicios temerarios. El pueblo español no ha confundido sus derechos con el caos apenas liberado de la seducción de un mito. Si alguna vez se ha lanzado a la revuelta fiera y sangrienta, ha sido azuzado y enfurecido por sus amos y señores — en el siglo XII como en el XX — y encendido de ibérica pasión, de la misma pasión con que ha combatido seducido por sus viejos mitos. Y cuando ha abierto un proceso revolucionario nunca ha ido tan lejos como los otros pueblos en casos parecidos.

Los españoles han convivido muchas veces orgánicamente y muchas se han articulado política y pacíficamente al margen de sus creencias religiosas o de sus vocaciones monárquicas. El pueblo español ha necesitado, como cualquier otro pueblo de la tierra, ideales que suscitaban sus fervores. No ha sido culpa suya si sus minorías directrices rara vez han sabido brindarles proyectos atrayentes que le sacudieran de sus pobres afares diarios y de sus tradicionales amores y creencias; si no han acertado tampoco a suavizar sus pasiones, si no han logrado encauzar su profundo e instintivo sentido jurídico y su arraigada emoción ética y si, tanto en los siglos medievales como en los modernos, le han enfrentado como falsos profetas o como crueles domadores, en lugar de alzarse ante él como guías o como maestros. La empresa no ha sido ni es fácil por el ímpetu torrencial que la historia de la azarosa pugna multiseccular con el Islam ha ido acumulando en una comunidad histórica por su vieja estructura funcional arriscada, vehemente, orgullosa y propicia a los desbordes energéticos. No se logrará el cambio con libros como *España en su historia*, en los que a la par se hipertrofian las lacras nacionales y se invita a la defensa del estilo vital hispano. En lugar de encastillarse en el « sostenello y no enmendallo » urge enmendarlo sosteniéndolo.

C. SANCHEZ ALBORNOZ

Acerca de la histórica inseguridad de los españoles*

POR AMÉRICO CASTRO

Las páginas anteriores — por fuerza incompletas, a menudo excesivamente lacónicas — corren el riesgo de ser malentendidas, si sus temas, o las ideas expresadas, se aislan del contexto en que cobran sentido cabal. Importa, por lo mismo, recapitular lo dicho acerca de alguno de esos temas centrales. Mi idea de la radical *inseguridad* del hombre hispano y de su consiguiente desvivirse obliga a detener unos momentos más la atención del lector. La inseguridad de que hablo no implica parálisis ni inactividad, pues es justamente un inevitable resultado de haber sido como han sido las actividades hispanas. La inseguridad acompaña como un halo a las acciones motivadas y sostenidas exclusivamente por la fe en la persona, en una persona sin un mundo de cosas e ideas creado por ellas, y objetivado como una proyección de las actividades personales. Inseguridad e integralismo personal son aquí conceptos correlativos, dados en una unidad de visión.

La forma de hallarse situado el español en su historia hacía esperable que las expresiones más hondas y auténticas de su conciencia, incluyesen, con el personalismo de su vivir, el sentimiento de una grave oquedad en torno a la persona. Es decir: el español se sentía plenamente instalado dentro de sí (batalló, conquistó, se expresó,

creyó con firme arrojo); simultáneamente experimentó una sensación de insuficiencia, de soledad, de inseguridad al enfrentarse con el pobre escenario de su tan dramática vida.

Ya en el siglo XI fué notada la insuficiencia de las instituciones religiosas. Fueron llamados los monjes de Cluny por creerse que, a diferencia de los españoles, « ad caelestia sine taedio tendunt », o sea, que se ocupaban con ahinco de las cosas divinas (pág. 168 de este libro). Los cluniacenses, al parecer, no fueron superados por los monjes hispanos, puesto que hubo que recurrir de nuevo a los extranjeros, a los cistercienses del siglo XII. Que los cristianos no trabajaban ni contribuían mucho técnicamente a las necesidades sociales, está bien claro en las palabras del Cid respecto de los moros: no los matemos, « posaremos en sus casas, e dellos nos serviremos » (pág. 91). El lector ya conoce la importancia y extensión de aquellos servicios. El moro hizo de todo, y hasta aconteció que le confiaran en ocasiones la guarda de sus propias ciudades al ser reconquistadas éstas: El rey Fernando II de León tomó la ciudad de Badajoz, y « fiando en ellos (los moros), dióles por adelantado a un moro que dizíen Abenhabel; et fiando el rey en la fieldad deste Abenhabel, metió en su comienda la guarda de sus moros et la çipdat » (*Crónica General*, pág. 676) (1).

(*) Del próximo libro de Américo Castro, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, Heimerlcs, 1974.

La inseguridad en cuanto a la propia cultura se manifiesta en el hecho de haber llamado Alfonso VIII a sabios franceses y lombardos para iniciar los primeros estudios universitarios en Castilla, para que hubiese en su tierra «enseñamiento de sapiencia» (pág. 234). La conciencia de sentirse por bajo de otras naciones rezuma en los versos del *Poema de Fernán González*:

«De Inglaterra y Francia, quisola (Dios) mejorar

(ved) que non yaz apóstol en todo aquel logar» (pág. 167).

A los franceses e ingleses del siglo XIII no se les ocurrió entablar pugilatos de superioridad, tomando a España como término de comparación. La fe en Santiago había brotado (ya se ha visto) de una inicial situación de angustia. Pero no obstante la irradiante gloria del Apóstol, una zona de penumbra se dibujaba en torno a aquélla. La mención de Francia e Inglaterra hacia 1240 demuestra que el autor del *Poema* lamentaba no ser más de lo que en efecto sentía ser.

Repetidas veces he hecho notar la sensación de inseguridad de los cristianos respecto de los judíos, únicos capaces de cobrar los tributos de los reinos cristianos, según el testimonio de los mismos reyes (pág. 475); éstos dijeron una y otra vez que, sin los judíos, las finanzas de sus reinos periclitaban. Inseguridad significa igualmente haber tenido que servirse de las conversos al desaparecer los judíos.

Como confesión de inseguridad valen las repetidas declaraciones en el siglo XVI (Ginés de Sepúlveda, Pérez de Oliva, Padre Cabrera y otros), de haber sido una desdicha la conquista de Granada, pues se había debilitado el ardor bélico de los antes heroicos españoles. (Nada importa, según he dicho con frecuencia, que esa impresión

careciese de fundamento objetivo). Jiménez de Quesada, el insigne conquistador, lamentaba en 1569 que en ninguna parte fuera reconocida la grandeza imperial de España (pág. 35).

Miguel Servet sí reconoce la importancia de las empresas de españoles y portugueses, y alaba la riqueza de su ingenio; pero dice al mismo tiempo que poseen escasa cultura y que «andan siempre mendigando libros extranjeros» (Adiciones a su traducción de la *Geografía* de Tolomeo, León, 1535). Lo cual, en el terreno del espíritu, corresponde a lo dicho por Fernando de la Torre, mucho antes, acerca de España: grandes riquezas naturales y escasa capacidad para elaborarlas; fecundos ingenios, grandes aspiraciones («magna molient»), pero escasa ciencia («infeliciter discunt»).

En este contexto de vida sentida y expresada a lo largo de los siglos hispánicos hay que situar las palabras de Fernán Pérez de Guzmán («Castilla, mejor es para ganar de nuevo que para conservar lo ganado»), y las de don Alonso Fernández Coronel («Esta es Castilla que faze los omes e los gasta») proferidas mucho antes. Los españoles sentían ser y no ser, estarse haciendo y deshaciendo. La inseguridad — desde la invención del sepulcro de Santiago hasta las palabras de Galdós que figuran en el umbral de este libro («La inseguridad, única cosa que es constante entre nosotros»), no radica en nada ocasional, o escrito por pesimistas malhumorados, sino en el latir mismo de la conciencia española. El Rey Católico lanzó a sus nobles sobre Granada para que no deshicieran a España en guerras intestinas; el pueblo se desparramó heroicamente sobre la haz de la tierra para no languidecer sin más ocupación que orar y labrar la tierra. El desvivirse en este caso no fué anécdota aislable que pueda darse en cualquier época o pueblo; no es nada sobrevenido, como una yuxtaposición, sino un ritmo y función de vida, el mismo hacerse de esta vida valiosamente. Lo más universal de las creaciones hispanas — desde *La Celestina* hasta la mejor literatura del siglo XX — está situado sobre una inquietud radicalmente hispánica. No existe en España ningún gran pensador desinteresado, desligado de su estar en lo hispánico.

(1) La admiración que la civilización musulmana producía en los cristianos se expresa en lo escrito con motivo de la conquista de Sevilla en 1248: «Quán grant la belted et la alteza et la su grant nobleza», etc. (*España en su historia*, pág. 52); en la imitación de los estilos arquitectónicos árabes en los siglos XIV y XV (el Alcázar de Sevilla y tanta otra cosa); en la traducción de obras científicas árabes en la corte de Alfonso X; en la presencia de modelos islámicos en el *Libro de Buen Amor*; en aceptar la *Crónica de Alfonso XI* la justicia de una victoria musulmana (v. *La realidad histórica de España*, Apéndice III); en el hecho de traducir las *Partidas* de Alfonso el Sabio las normas de tolerancia religiosa del Alcorán, etc., etc. Todo ello y mucho más ha acontecido después del siglo X.

Nada original y fuerte existe allá acerca de cualquier « razón pura ». Ellos (los del unamunesco « que inventen ellos ») piensan objetivamente sobre el pasado chino o sobre los astros. Los españoles, integrados y realizados en ellos mismos, no lo han hecho nunca. De ahí que la *novedad* (cap. XV) haya sido un proceso inmanente (« aquí se mete en *nuevas* Mío Cid Campeador») y no una innovación exterior; de ahí el uso de *estar*, como opuesto a *ser* (Apéndice I), exclusivo del español.

Hay que invertir las usuales perspectivas históricas a fin de alcanzar la zona en donde se hace perceptible la conciencia, la vivencia, de cómo está funcionando la vida en cada peculiarísima « morada vital », de cómo la realidad española — clara y manifiesta ya — es una alternancia de cimas y abismos. Hace años publiqué el máximo texto en que se expresa la voluntad de imperialismo universal en el siglo XVI. Carlos V circundaría el mundo todo : ... « Egipto, Siria, las Indias, todos se le han de dar, ... más dichoso que Alejandro, por la tierra y por la mar. A todos en un aprisco él los tiene de encerrar ; los sacramentos son pasto con que los ha de pastar » (*Aspectos del vivir hispánico*, 1949, pág. 53). La creencia humano-divina, la razón de existir para el hispano, haría el prodigio, en un arrebatado de entusiasta mesianismo. Pero ese mismo Emperador universal no tenía en 1555 ni aun para pagar su comida : « La necesidad es tan grande que yo he vergüenza de decillo, y prometo a Vm. como cristiano que ha

venido a términos, que S. M. no ha tenido para su dispensa » (Ruy Gómez escribe de Bruselas al secretario Erasso ; M. Gachard, *Retraite et mort de Charles V*, pág. 61-62). Del futuro Felipe II, a la sazón en Londres escribían sus secretarios : « Come prestado ».

España ha sobrevivido y se ha universalizado en obras expresivas de sus angustias humanas, de sus anhelos de grandeza y de su afán de aproximarse a Dios lo más posible. Sin su arte, sus letras y su lengua (tanto en España como en lo que fué su antiguo Imperio) la historia de España sería una insignificancia. Como dice una linda muchacha en una obra de don Juan Ruiz de Alarcón : « Y así, para no morir me quiero hablar y divertirme ». Sus leyes y sus instituciones administrativas no la habrían alzado hasta el reino de los valores perdurables y maravillosos. Roma sigue existiendo en la memoria de las gentes gracias a su genialidad jurídica e institucional, presente hoy en nuestros códigos y en la organización de la Iglesia. Pero la gran originalidad de los españoles no fué de ese tipo. El eje de su historia no pasa por el detalle anatómico de su vivir, sino por lo que hubo y hay en los españoles de justificada aspiración de eternidad. Recitemos, una vez más, el gran dicho axiológico de nuestro siglo XIII :

« Non cuentan de Alexandre las noches nin
(los días ;
Cuentan los buenos fechos e las caballerías. »

AMÉRICO CASTRO

Asia reivindica su libertad

POR MINOO R. MASANI

YENDO de la India a los Estados Unidos, tuve ocasión de leer por el camino un artículo de R. H. S. Crossman en *New Fabian Essays*. Al mismo tiempo que dice, al correr de la pluma, muchas cosas razonables y humanas, el Sr. Crossman propone una tesis que merece ser analizada. Después de declarar que considera el comunismo totalitario de Occidente como una fuerza nociva a la que deben oponerse todos los pueblos de la comunidad atlántica, prosigue afirmando lo siguiente :

« Pero el *coolie* de Malasia, así como el indígena que vive en régimen de tribu en la Nigeria, permanece igualmente indiferente ante la libertad, igualdad y fraternidad que ante la dictadura del proletariado. No está a nivel de semejantes ideales políticos. »

El autor pide entonces a sus lectores que acepten como él, a la vez intelectual y sentimentalmente, el hecho de que el comunismo, fuera de Europa, sigue siendo una fuerza de liberación. Nos encaminamos así hacia una conclusión que debemos poner de relieve aquí :

« El aislacionismo americano, que reacciona tan violentamente contra la inmensa carga del rearme y de la ayuda al extranjero, se acerca más en el fondo a la verdadera tradición americana que los profetas rooseveltianos cuando pregonan las responsabilidades mundiales de América ». Los americanos deben aceptar el riesgo que representaría dejar vacante en

Asia y en Africa, « el vacío político » que se ha producido al desintegrarse los antiguos imperios establecidos por los europeos... « Debemos oponernos — añade el Sr. Crossman — a la expansión rusa, mas también a la victoria norteamericana ».

Cualesquiera que sean los motivos determinantes de esta línea de pensamiento, es desgraciadamente difícil engañarse respecto a los postulados que implica. Se trata, en primer lugar, de que los valores humanos de los pueblos de Europa occidental y de América del Norte no tienen nada que ver con las poblaciones no industrializadas de Asia y de Africa ; en segundo lugar, de que las reivindicaciones de *pan* y de *libertad* son contradictorias, y que esta contradicción, cuando se trata de países « atrasados », debe ser resuelta a favor del *pan*. Se trata, en fin, de que el Occidente debe borrar esos países « atrasados » y sus poblaciones del cuadro de sus preocupaciones políticas y abstenerse prácticamente de protegerlos contra la expansión y la agresión comunista.

Véase cómo un portavoz autorizado del socialismo « de izquierda » de Occidente, se expresa a la manera de un extraño eco de lo que Rudyard Kipling dijera : « El Oriente es el Oriente, y el Occidente el Occidente. Allende el Canal de Suez, no hay sitio para los Diez Mandamientos ». Crossman saca la consecuencia extraña de que lo que para el europeo y el americano

es reacción y tiranía, resulta liberación y progreso para los pueblos « menores de edad ».

¿ Hay algo de verdad en la afirmación fundamental de que las masas analfabetas y explotadas de Asia y de Africa están compuestas solamente de estómagos vacíos y de bocas hambrientas, sin otra conciencia y sin otra reivindicación que la necesidad de alimentarse ? Los hechos manifiestan precisamente todo lo contrario. Puede ser verdad que ciertos intelectuales « de izquierda » — en la India como en cualquier otra parte — estén obsesos por el deseo de introducir en sus países planes quinquenales de modelo soviético, y de instaurar todo lo que Lewis Mumford llama « gigantismo » industrial ; pero puedo afirmar que en mi país los hombres en general se apegan a cosas muy diferentes. Su manera de vivir tradicional, su religión y sus templos, su familia y su hogar, la posesión de su tierra y su ganado lo suponen todo para ellos. Es sin duda por eso por lo que el Partido Comunista de la India cuenta en sus filas tantos miembros de la *intelligentsia* de lengua inglesa, y tan pocos representantes de las clases no privilegiadas. Las masas de la India — y la adhesión casi unánime que han otorgado durante treinta años al Mahatma Gandhi es una buena prueba — siguen al hombre que sabe hablarles al corazón, al que se dirige a ellas en nombre de sus valores espirituales, como el amor, la verdad, la fraternidad humana, y que predica la igualdad del intangible *harijan* y del *brahman* orgulloso de su ciencia y de su virtud.

Gandhi es para el político comunista la antítesis más completa que se puede concebir. Como tal lo ha reconocido, desde hace treinta años, la prensa y la radio de Moscú. El comunista no jura más que por el materialismo dialéctico. Para él, la materia es substancia, el espíritu no es más que un residuo ; Gandhi predica la supremacía del espíritu y del alma sobre la materia. Para el comunista, el fin justifica los medios, para Gandhi los medios lo son todo ; medios y fines son como la semilla y el árbol y es por eso por lo que Gandhi declaró que el comunismo soviético « repugna a la India ». Stalin afirma la necesidad del odio hacia el enemigo de clase y hacia el ene-

migo nacional ; Gandhi, la necesidad del amor hacia todos. Busca el uno centralizarlo y colectivizarlo todo ; el otro, descentralizarlo todo y distribuir hasta donde sea posible el poder político y económico. El uno glorifica al Estado ; el otro — consciente del distingo trazado por Reinhold Niebuhr entre el hombre moral y la sociedad inmoral — sostiene que el individuo es fin en sí mismo. Al identificarse con los más humildes de la escala de las clases sociales, los *harijan* o intangibles, Gandhi recuerda las palabras de Aquél que dijo : « Todo lo que hayáis hecho al último de los hombres, hermancs, me lo habréis hecho a mí ».

Los que hoy laboran para los más humildes de nuestro pueblo no pueden por menos de volver a encontrar un día el espíritu de Gandhi. No más lejos que el pasado mes, uno de mis mejores amigos, Jayaprakash Narayan, jefe del Partido Socialista Demócrata, un hombre educado en América, escribía :

« Durante muchos años, me prosterné delante del altar del materialismo dialéctico, doctrina que me parecía intelectualmente más satisfactoria que cualquier otro sistema del mundo. Pero, a ese precio, la indagación esencial de la filosofía quedaba insatisfecha ; me he dado cuenta de que el materialismo, cualquiera que sea su forma, malogra en el hombre la posibilidad de ser verdaderamente humano... Me parece hoy más evidente que nunca que la reconstrucción social es imposible si no empieza por el hombre, y solamente cuando se ha superado el materialismo entra el hombre individual en posesión de sí mismo y se convierte en fin propio. »

Es evidente que para la India la única revolución social válida es la que Gandhi empezó. Personalmente estoy convencido de que era esencial que se reafirmase la universalidad de los valores humanos tan rudamente puestos en tela de juicio por el Sr. Crossman, pues salta a la vista que, además de los partidarios de Bevan en Gran Bretaña, hay muchos hombres y mujeres de buena voluntad incluso en los Estados Unidos que comparten su opinión. Tapemos con pan las bocas hambrientas de las masas asiáticas, dicen ; llenemos los estómagos vacíos, y salva-

remos así Asia del comunismo. ¿ No es cierto que hay motivos para creer que el pensamiento de muchos hombres de buena voluntad del Occidente discurre por estos cauces ?

Pues bien, a mi entender, esta es una manera de ver profundamente equivocada. No sólo de pan vive el hombre, aunque tenga la piel morena, amarilla o negra. Los espíritus vacíos y las almas hambrientas ofrecen al comunismo un campo de desarrollo tan propicio como los estómagos insatisfechos. Checoslovaquia no cayó bajo el talón de hierro porque el pueblo gimiera de hambre ; las viviendas modelo construidas por los socialistas en Viena no impidieron la subida al poder de Dolfuss ni seguidamente la de Hitler ; y los acontecimientos han dado un mentís a los profetas que predecían que el Irán, una vez privado de las rentas de las explotaciones petrolíferas, acusaría el golpe y volvería a entrar en razón. Parece que la lección que nos dió Peter Drucker en su libro se haya olvidado demasiado pronto.

El fin del hombre económico

Lo que Asia reivindica hoy, no es sólo su derecho a la prosperidad económica y a los progresos de la técnica, sino más bien el estatuto de igualdad en la familia mundial, el respeto de sí mismo y la dignidad, la igualdad racial y el fin de toda clase de diferencias y privilegios.

Tres cosas deciden que un pueblo se encariñe con la democracia o sucumba al comunismo. Si cree en ideas de orden más elevado que el comunismo, si tiene la voluntad de resistir a su degradación, y si posee una clase dirigente capaz de guiarle en esta resistencia, está salvado.

Hago especial hincapié en la importancia de valores inmateriales y en los imponderables morales, sin ser por eso insensible a la de las cosas materiales y a la necesidad de poseerlas para asegurar al ser humano una vida más independiente y una dignidad más alta. Lejos de mí la idea de que los Estados Unidos debieran moderar su ayuda económica a los países « atrasados » ; he sido incluso uno de los que se pronunciaron porque se aceptase la ayuda económica

americana a la India, y ésto antes de que pareciera por lo general aceptable ; tampoco insinúo que los U. S. A. deban cesar su esfuerzo de rearme para asegurar la tranquilidad colectiva del mundo libre ante la agresión totalitaria ; antes bien, sé que en la medida en que América aumenta su propia fortaleza y la del mundo libre, nos protege, sepámoslo o no, a nosotros, los que somos militarmente débiles. Sin embargo, sostengo la necesidad de reaccionar igualmente en el terreno de las ideas.

Arthur Goodfriend, en su notable libro *The only war we see*, ha utilizado el mismo razonamiento. He aquí lo que ha escrito :

« Los comunistas chinos se han apoderado de las masas gracias a la educación y al adoctrinamiento político. Nosotros, tratamos de ganarlas dándoles limosna... ¿ Silenciaremos, como lo hicimos en China, el pasado vergonzoso del comunismo ruso, o bien heriremos al comunismo en su punto flaco recordando a todos cómo destruyó los valores más preciados, los valores tan gratos a los asiáticos como a los otros hombres : la religión, la familia, la independencia nacional y la propiedad rural ? De no estar preparados para afrontar este grave problema, los Estados Unidos y el mundo libre pueden verse arrastrados hacia un error de graves consecuencias. Los gobiernos de los pueblos « atrasados » podrán quizás ponerse de nuestro lado, pero, detrás de la fachada oficial, el pueblo permanecerá indiferente y e incluso hostil. »

Partiendo de esto, corresponde a los americanos afirmar el papel de su país en Asia y en Africa durante los meses y años venideros. Son ellos los que tienen que preguntarse : ¿ Cuáles son los móviles del M. S. A. del T. C. A. y del Punto 4 ? ¿ Esos enormes proyectos de beneficencia, sin paralelo en la historia del mundo, se fundan únicamente en la misericordia ? (Si así fuere serán a la larga inaceptables para aquellos a quienes pretendían socorrer). O bien, como lo han dado a entender algunos cínicos, ¿ esos proyectos benéficos se inspiran en la necesidad de dar salida al exceso de mercancías y materiales ? (En ese caso, en todo ello no hay más que una nueva forma de explotación). ¿ No se persigue otro fin que la derrota del comu-

nismo ? (El propósito es bueno en sí mismo, pero insuficiente). Me gustaría poder pensar que lo que en realidad determina esos magnos proyectos de Norteamérica, es la fraternidad ; que lo que les anima es el deseo de compartir con sus prójimos, deseo que se siente tan intensamente en familia ; que, en una palabra, su fundamento es el amor, el amor consciente del valor ajeno. Si así fuere, a algunos de nosotros, ciudadanos del viejo mundo, nos parece que los norteamericanos sirven mal su causa, por no saber presentarla tal como es : una causa espiritual.

Verdad es que hay por lo menos un gran borrón en el cuaderno de los U. S. A. : la condición del negro ha sido presentada con razón como la vergüenza de la democracia americana ; y el problema racial constituye, internacionalmente, el talón de Aquiles de los Estados Unidos. Los gobiernos de África del Sur, con sus medidas de separación racial, parece como si quisieran atraer sobre sus cabezas y sobre el mundo entero la catástrofe comunista, y la voz de los Estados Unidos no se ha destacado entre las que se levantaron en señal de protesta. Y sin embargo, a pesar de sus taras, hay muchas cosas que América del Norte puede y debe difundir además de los bienes materiales que prodiga : el amor a la libertad — levantarse en defensa de sus derechos — ; la igualdad de estatuto — responder cuando se ataca a la dignidad humana dondequiera y quienquiera que lo haga — ; la iniciativa — hacer las cosas para y por sí mismos sin esperar a que las emprenda el gobierno ; la audacia espiritual — explorar la frontera del conocimiento con un deseo de conquista y no de fatalismo ; la generosidad — dar liberalmente, exponer su vida por el prójimo —. También existe en Estados Unidos la unión espontánea

de los talentos y de los esfuerzos que se manifiestan para servir a un solo ser humano, por humilde que sea ; existe en fin, ese espíritu cívico que se está haciendo cada vez más internacional y universal, y que reconoce que, tanto para lo bueno como para lo malo, Estados Unidos pertenece al mundo y tiene que compartir sus alegrías y sus tribulaciones. Norteamérica tiene, pues, « un gran festín de ideas » que ofrecer, al que puede invitarnos a cada uno de nosotros.

Ya es hora que el mundo oiga un poco más esta voz, que conozca esos aspectos de América, y que nos ocupemos algo menos de sus automóviles, sus refrigeradores, y sus aparatos de televisión. Desgraciadamente, demasiados asiáticos tienen la impresión de que América, si nutre al cuerpo, deja morir de hambre al espíritu y al alma. El profesor M. A. Lineberger, basándose en su experiencia personal en Extremo Oriente, nos ha planteado esta gran paradoja : « Los americanos creen en las cosas del espíritu, pero se esfuerzan en adquirirlas por medios materiales, con dólares, créditos, y socorros en especie. Los comunistas creen en las cosas materiales, pero ofrecen a los hombres algo en qué creer, algo qué hacer, algo qué defender. »

Ni militar, ni espiritual, ni moralmente una parte de la humanidad puede permitirse ignorar a la otra. Si era verdad, en los tiempos de Abraham Lincoln, que una nación no podía ser a medias esclava y a medias libre, hoy es todavía mayor verdad — en este universo del siglo XX que se está haciendo pequeño para el hombre — que es imposible tener un mundo a medias esclavo y a medias libre.

MINOO-R. MASANI

SABINO DE ARANA-GOIRI, propulsor del renacimiento vasco

POR MANUEL DE IRUJO

EL 25 de noviembre de 1903 dejó de existir Don Sabino de Arana-Goiri, el fundador del renacimiento vasco. El que sus discípulos y seguidores hayamos celebrado en familia su aniversario, no obsta para que *Cuadernos* recoja el hecho y lo lleve a conocimiento del mundo hispanoamericano, del que es tribuna autorizada. Fué la pluma llena de prestigio de Jean Cassou la primera que, en París, anunció el cincuentenario de Arana-Goiri en un artículo preñado de generosidad que publicó *Euzko-Deya*: que su mención sirva de entrada a estas líneas.

Vida y obras de Arana-Goiri

Nació Arana-Goiri en 1865. Inició sus estudios de Derecho, que no terminó, en la Universidad de Barcelona. Su formación intelectual se forjó por autodidactismo. Investigador y hombre de acción, historiador y lingüista, forjador de grupos sociales y animador de masas, poeta y letrado, periodista y creador de doctrina política trascendental, vivió 38 años de vida fecunda, de lucha constante y actividad ininterrumpida.

En tres períodos puede fraccionarse esa vida de apóstol. El primero va de 1886, en cuya fecha hace su primera publicación, a 1893, año en el cual, a la actividad intelectual se une el movimiento político. Corresponden a estos primeros años las *Etimologías Euskéricas*, los *Pliegos Euskarófilos*, la *Gramática elemental del Euskeya bizkaino*, los *Pliegos-histórico-políticos*, el trabajo histórico genético *Bizkaya por su independencia* y los *Pliegos Euskeralógicos*. Los títulos de estas obras reflejan la índole de su contenido.

El año 1893 tuvo lugar en Navarra el hecho conocido con el nombre de la « gamazada ». El Ministro de Hacienda del Gobierno Sagasta, Don Germán

Gamazo, llevó al Parlamento un proyecto de presupuesto atentatorio contra lo estipulado en la Ley Paccionada del 16 de agosto de 1841, que había sido otorgada en ejecución de la ley derogatoria de los Fueros vascos del 25 de octubre de 1839. Desde mayo de 1893 hasta abril de 1894, el Gobierno Sagasta y la Diputación de Navarra mantuvieron sus posiciones, llegándose a escenas tumultuosas y violentas, como consecuencia de las cuales, dimitió el Sr. Gamazo. Arana-Goiri se puso en contacto directo con la Diputación de Navarra y participó en varias de las manifestaciones públicas que la « gamazada » produjo. Denominó a los navarros « sublimes enlocados de amor patrio », y refiriéndose a la máxima concentración del 18 de mayo de 1894 a que aquella gesta dió lugar, escribía: « Ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua alguna contó jamás nada semejante a lo que anteayer sucedió en este pueblo. » La epopeya popular de la « gamazada » influyó notablemente en el ánimo de Arana-Goiri.

El 3 de junio de 1893, seis días después de la primera gran manifestación de la « gamazada » y a los dos de haberse sublevado en el fuerte de Gares (Puente la Reina) el sargento López Zabalegui, Arana-Goiri reunió a sus primeros discípulos y ante ellos planteó la tesis nacional vasca, que culminó en el « Juramento de Larrazabal ». Después de relacionar el pasado histórico del país vasco y anatematizar el yerro en que este incurrió al aceptar el régimen monárquico, dijo: « Levantando el corazón a Dios, de Bizkaya eterno Señor, ofrecí todo cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración patria, y juré — y hoy ratifico mi juramento — trabajar en tal sentido con todas mis débiles fuerzas, arrastrando cuantos obstáculos se me pusieran de frente y disponiéndome, en caso necesario, al sacrificio de todos mis afectos, desde el de la familia y la amistad hasta las conveniencias sociales, la hacienda y

a misma vida. » Fué en Larrazabal donde lanzó su lema « Jaungoikoa eta Lagizarra. »

El 8 de junio de 1893 salió a la luz *Bizkaitarra* (El Vizcaino), primer órgano periodístico divulgador de la nueva doctrina, tomando modelo de la actitud de Navarra en la « gamazada ». El 16 de agosto, día de San Roque, Vizcaya organizó un homenaje al Orfeón Pamplonés, significando en él a Navarra y adhiriéndose a su actitud. El « Gernikako-ARBOLA » entonado por aquel orfeón al pie del roble simbólico, dió lugar a incidentes aparatosos, conocidos en el país con el nombre de « la Sanrocada ». La « gamazada » sirvió además para poner en contacto al renacimiento vasco con el catalán. Comisiones catalanas representativas participaron en todos los actos principales de aquella gesta, tanto en Navarra, como en Vizcaya y Madrid. Y ante la Diputación Foral de Navarra, las representaciones de los municipios congregados y las comisiones catalanas, ondeó por vez primera públicamente en Castejón (Navarra), el 18 de febrero de 1894, la bandera de « Jaungoikoa eta Lagizarra ».

D. SABINO DE ARANA-GOIRI



De 1893 a 1898 desarrolló Arana-Goiri dobles y paralelas actividades. De su pluma de investigador siguieron brotando obras como el *Tratado etimológico de los apellidos euskéricos*, *Lecciones de ortografía del euskera bizkaitno*, *Egutegi bizkaitarra* (Calendario euskérico), y *Umiaren Lenengo Aizkidia* (El primer amigo del niño). Como polemista publicó *El Partido carlista y los Fueros vasco-navarros*, estudio de la significación político-social del carlismo, del que se agotaron rápidamente varias ediciones y que constituye un ataque a fondo contra la falsa tradición representada en aquél. Prohibida por el gobierno la publicación de *Bizkaitarra*, creó *Baserritarra* (El Campesino), desde cuyas columnas Arana-Goiri planteó en el terreno social la misma doctrina enunciada desde las de *Bizkaitarra* en el político. El año 1894 se constituía la primera sociedad de carácter renacentista, « Euzkeldun Batzokija » (Centro vasco), que al siguiente era clausurada, puestos en prisión los miembros de su Junta de gobierno y procesados todos sus socios. Mas en su seno había quedado fundado ya el Partido Nacionalista Vasco, el cual, dentro de la ley mientras fué ley la democracia, fuera de ella cuando a la democracia substituyó el arbitrio y el despotismo, en exilio hoy, continúa la obra comenzada por Arana-Goiri en Larrazabal el 3 de junio de 1893.

En 1898 tuvo lugar el desastre colonial : la guerra de España con Estados Unidos y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. A este hecho precedieron los años de lucha por la autonomía primero y por la independencia después, de aquellos países. Causas de libertad las de Cuba y Filipinas, como la de Euzkadi, sus repercusiones mutuas les alcanzaron, puesto que todas las libertades humanas son solidarias. Y el año 1898 nos ofrece el testimonio de dos hechos altamente significativos. Como reacción de nacionalismo español, es contundentemente lapidada la casa solariega de Arana-Goiri ; y como afirmación de nacionalismo vasco, es Arana-Goiri, elegido diputado por Bilbao. Este hecho señala la trayectoria que seguirá en el futuro el movimiento nacional vasco — la generación vasca del 98 —, actuando dentro de las leyes y cubriendo puestos representativos y de responsabilidad y gestión política en todos los órdenes, con significación específica vasca o integrando grupos y organismos de carácter genérico y amplitud estatal. Así, los nacionalistas vascos han concurrido a los ayuntamientos y diputaciones del país, mientras fueron elegidos por sufragio universal ; constituyeron en el Parlamento español el Grupo vasco ; e integraron el Gobierno de la República cuando ello fué preciso. Como desarrollo y aplicación de esa política forjada por Arana-Goiri en el 98 y en concurso con los restantes grupos democráticos,

fué plebiscitado por el país y aprobado por el Parlamento el Estatuto Vasco. Y fuera del país, los vascos participan con organizaciones propias en los « Nuevos Equipos Internacionales », en la « Unión Europea de Federalistas » y en el « Consejo Federal de las Comunidades y Regiones Europeas »; y por medio del « Consejo Vasco por la Federación Europea », forman parte del « Consejo Federal Español », miembro a su vez del « Movimiento Europeo ».

El año 1899 triunfó en Bilbao la primera candidatura nacionalista vasca para concejales, apareció el diario *Correo Vasco* y se fundó la sociedad « Centro Vasco »; y en 1891 veían la luz la revista *Euzkadi*, de investigación, y el semanario *Patria*, de lucha política. El año 1902 lo llena el gran proceso del que nos ocuparemos a continuación; y el siguiente, después de publicar el melodrama histórico « Libe », Arana-Goiri dejaba de existir el 25 de noviembre de 1903.

Los procesos de Arana-Goiri

Fueron siete. Cuatro de ellos quedaron alcanzados por las amnistias que se vieron obligados a otorgar los gobiernos monárquicos en favor de los periodistas de carácter republicano, que ocupaban los puestos más sobresalientes de la prensa de Madrid y Barcelona, con creciente influencia en la opinión pública. Alternaron en la represión la jurisdicción ordinaria y la castrense, con detenciones preventivas, intervenciones gubernativas, multas, clausuras y otras vejaciones. A media mañana del 2 de mayo de 1902 asaltaron el « Centro Vasco » de Bilbao los oficiales de la guarnición, empleando sus sables en destrozar la vajilla y el mobiliario, dejando heridos o contusos a los empleados que encontraron en sus salones. Hubo de justificarse el hecho con un sumario seguido contra la sociedad ante la jurisdicción castrense, que pasó después a conocimiento de la ordinaria para terminar sobreseído. Cuando el diputado Sr. Picabea pidió la libertad de Arana-Goiri, puesto a la sazón en prisión preventiva y gravemente enfermo, Don Segismundo Moret le contestó que « será más gallardo para él morir en la cárcel » y que « la tranquilidad de España bien vale la vida de un hombre ». El 16 de septiembre de 1895, Don Francisco Romero Robledo, a la sazón Ministro de Gracia y Justicia, anunció la reforma y ampliación del Código penal para poder de tal guisa perseguir y yugular el renacimiento vasco. A su discurso de apertura de Tribunales pertenecen estas frases: « El Poder legislativo creyóse obligado, tarde, ante los tristes hechos, a llenar este vacío, declarando delito la propaganda separatista de las provincias de ultramar. Pero, es el caso, aunque parezca increíble, que en una

provincia de la Península se viene cometiendo igual atentado. Un periódico, *Bizkaitarra*, órgano y representación de un club autorizado, enarbola en sus solemnidades bandera de rebeldía contra la integridad de España... Por la insuficiencia de la ley, por la indefinición del delito juzgándose como de imprenta, viene subsistiendo hace tiempo aquel papel. » La reforma en aquel entonces anunciada por el Ministro, fué realizada por la Ley del 1 de enero de 1900, que quedó incorporada al art. 248 del Código Penal de la Monarquía, castigando como delitos de rebelión « los ataques a la integridad de la nación española o a la independencia de todo o parte de su territorio bajo una sola representación de su personalidad como tal nación. » En este precepto se fundó la acusación fiscal contra Arana-Goiri en el proceso de 1902. La República lo hizo desaparecer de su Código Penal. El actual régimen ha vuelto a incluirlo, figurando en el art. 217 núm. 3 del Código Penal franquista.

Uno de los procesos tuvo su origen en querrela por injurias; se tramitó a instancia de parte ante el Tribunal de Derecho y terminó con la condena de un mes y once días para Arana-Goiri. Los dos que dieron lugar a juicio oral ante el Tribunal del Jurado, incoados en 1895 y 1902, terminaron con la absolución del procesado. Los jurados se solidarizaron de tal guisa con Arana-Goiri. Fué esta una alta lección de la democracia, que los vascos no olvidaremos.

El proceso de 1895 se desarrolló en juicio comparativo de los movimientos de liberación de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y el País Vasco. Los códigos penales, las leyes de imprenta y las restantes disposiciones represivas vigentes en la Península y en las provincias de Ultramar, dieron contenido a la defensa — a cargo del padre de quien estas líneas escribe —, la cual, tras proclamar el derecho del pueblo vasco a la independencia, terminó fijando el programa político del nacionalismo vasco en la reintegración foral, o lo que es lo mismo, en la vuelta al estado jurídico anterior a la promulgación de la ley abolitoria de los Fueros vascos del 25 de octubre de 1839.

El proceso de 1902 fué incoado como consecuencia del cable dirigido por Arana-Goiri al Presidente Roosevelt, felicitándole por haber otorgado a Cuba su independencia. La misiva fué detenida por el Gobierno, que una vez más puso en prisión a Arana-Goiri. Este, desde la cárcel, repitió el envío, remitiéndolo al Vicecónsul de Estados Unidos en Bilbao, con una carta en la que, explicando lo sucedido, le rogaba hiciera llegar aquel texto a su Presidente. El Vicecónsul americano, transcurridos varios días, en lugar de hacer honor a la confianza depositada en él por Arana-Goiri, se trocó en delator, entregando la carta con el texto del cable, ambos

originales, a las autoridades españolas ; y en este hecho fundó el Fiscal la acusación, que el Tribunal del Jurado rechazó determinando la absolución del procesado.

Lo doctrina de Arana-Goiri

Es la que hoy se denomina democracia cristiana. Demócrata en su plenitud, afirma los derechos de la persona humana, así se considere en su aspecto individual o colectivo, sea hombre o pueblo. Opuesto al absolutismo del poder y al desvío capitalista del liberalismo del siglo XIX, no lo es menos al materialismo filosófico, histórico o dialéctico que el marxismo entraña Arana-Goiri no conoció la democracia liberal, abierta y progresiva del siglo XX en lucha contra conservadores y reaccionarios, ni la social-democracia enfrentada gallardamente al comunismo. Como los forjadores de Norteamérica, el fundador del nacionalismo vasco invoca a Dios, afirma la moral cristiana y proclama como aspiración conjunta la libertad del hombre y la de su patria. Se vuelve contra cualquier intento que coarte la conciencia individual : « No es fácil comprender que para convertirte a uno haya que mandarle de un balazo a los infiernos. » Fervoroso partidario de la igualdad social afirma : « No hay para nosotros personas respetables sino por sus actos... Tampoco entendemos de familias ilustres, de aristocracias y de clases sociales, porque repugnan esencialmente al espíritu vizcaíno, y es tan digno de respeto el hijo de un sencillo labriego como el descendiente del más ilustre varón. » Mantiene la doctrina de la independencia entre la Iglesia y el Estado : « Nula intervención de los poderes civiles en la celebración del culto, en la enseñanza religiosa y en la provisión de cargos y administración de bienes eclesiásticos : en una palabra, en los oficios y cosas propias de la Iglesia. Nula intervención de las personas eclesiásticas en los Poderes del Estado. » Afirma la primacía del espíritu y mantiene la procedencia de las nacionalizaciones, no tan sólo al servicio de la economía, sino al del país considerado en su conjunto. Aconseja a los obreros vascos que se asocien entre ellos y constituyan sindicatos propios, pero sin dependencia de otros sindicatos extraños al país, y sin que la prosecución de la libertad económica o la seguridad social les haga perder de vista la necesidad de propugnar y defender la libertad política fundamental. Este consejo dió alma a « Solidaridad de Trabajadores Vascos », el sindicato más numeroso de país, de carácter social-cristiano, cuya última Directiva mantiene aún en prisión el general Franco.



Obra en poder de esta Alcaldía, atta. comunicación, N.º 2436, del negociado 4.º, del Excmo. Gobierno Civil de esta Provincia, fecha 27 del mes de Octubre p.p. y una de cuyas partes, copiada literalmente, dice: "...se recuiera a los familiares y propietarios de las tumbas o panteones donde figuran inscripciones en vascuence, para que sean retiradas las losas y sustituidas las citadas inscripciones por otras en castellano.-"

Y siendo V. uno de los propietarios de la tumba en la cual aparece inscripto con nombres en vascuence, requiero a V. para que con la debida urgencia sea retirada dicha placa y sustituida por otra en castellano.-

Dios guarde a V. muchos años.

Guernica y Luno 2 de Noviembre 1.949.

EL ALCALDE,

El régimen actual ha prohibido la lengua vasca hasta en los cementerios.

Distinguió Arana-Goiri la nación (comunidad natural erigida sobre el trasunto de la raza, la cultura, el idioma, la tradición, el sentido religioso y el territorio), del Estado, asociación política, con su régimen e instituciones. Para el fundador del nacionalismo vasco, Euzkadi es la nación vasca y la patria de los vascos. El programa político de orden estatal se reduce a la reintegración foral, con derogación de la ley abolitoria de los Fueros vascos y vuelta al estado jurídico anterior a su promulgación. « Fueros » significa para los vascos tanto como códigos y leyes elaborados por el país en uso de su soberanía ; y régimen foral equivale a régimen de libertad, de soberanía política e independencia nacional ; y en los postreros siglos de historia, de pacto con la Corona de Castilla, en virtud del cual, esta corona vino a representar para los países vascos peninsulares la unión de unidades, que permitía a un mismo soberano serlo de diferentes países, así se denominen reinos, señoríos, naciones, regiones o Estados. Damos como ejemplo de la síntesis foral en su última etapa histórica la Ley 33, Tit. 8, Lib. 1, de la Novísima Recopilación de Navarra, trasladada del acuerdo adoptado el 11 de junio de 1515 por las Cortes de Castilla — tal vez las postreras que merezcan este nombre —, y sancionado por la Corona común de ambos reinos el 7 de julio siguiente, cuyo texto reza : « La incor-

poración de Navarra a la Corona de Castilla fué por vía de unión equé-principal, reteniendo cada una su naturaleza antigua, así en leyes, como en territorio y gobierno. » « Naturaleza antigua » fué enunciado por Arana-Goiri por « Lagizarra ». Por eso, el lema nacionalista vasco, en lugar de proclamar como García V de Nájera el 12 de diciembre de 1052 « *Honorem Dei Libertate Patria* », dice « *Jaungoikoa eta Lagizarra* » ; y por eso no se comete afrenta contra el mismo lema cuando es traducido en sentido vulgar y corriente por « Dios y Fueros », porque « Lagizarra » envuelve la aspiración de reintegración foral con espíritu nacional vasco.

Martí, Rizal y Arana-Goiri

El año 1953 fué cincuentenario de la muerte de Arana-Goiri y centenario del nacimiento de José Martí, el apóstol cubano. Los problemas cubano, filipino y vasco se entrelazan en su desenvolvimiento, como heinos podido observar. Martí, Rizal y Arana-Goiri, sus figuras señeras, coinciden en el tiempo y en el espacio. Martí nace en 1853 y muere en 1895 : vive 42 años. Rizal ve la luz en 1861 y fallece en 1896 : son 35 años de existencia. Arana-Goiri viene al mundo en 1865 y sale de la vida en 1903 : cumple 38 años, de ellos 30 con existencia común en los tres. Hombres de letras Martí y Arana-Goiri, médico Rizal, los tres son de formación autodidacta, poetas e investigadores, intelectuales

y hombres de acción, creadores de grupos políticos y animadores de masas sociales, pensadores y periodistas. Los tres son perseguidos por la monarquía española, de la cual eran provincias a la sazón sus países respectivos. Riza muere fusilado, Martí es alcanzado por balas españolas en campaña, y Arana-Goiri sale de la prisión para entregar su alma a Dios. Pi Margall, Pablo Iglesias, la Princesa Eulalia, Canalejas y Don Antonio Maura piden en formas varias la autonomía de las provincias de Ultramar. Sus palabras caen en el vacío o son oscurecidas por el griterío patriótico. La monarquía española, que había perdido en los albores del siglo el continente iberoamericano, no sabe, no puede o no quiere aprender aquella lección histórica. Pierde las Antillas y Filipinas, sin otra preocupación que la de salvar la Corona del naufragio. Tras la ley represiva de enero de 1900 aprobará aún la de Jurisdicciones — que tan grave ofensa hace a un espíritu liberal —, sometiéndolo los « delitos » cometidos por los patriotas catalanes y vascos a la jurisdicción castrense.

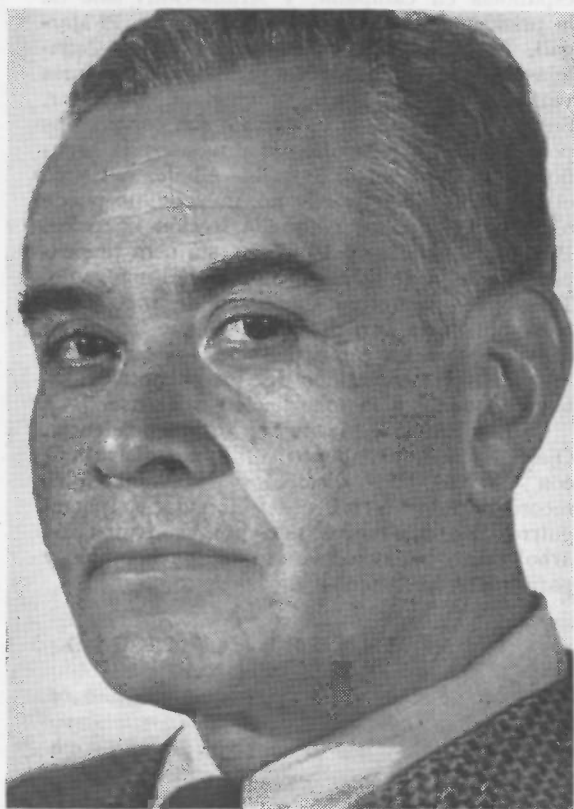
Cuba y Filipinas alcanzaron su independencia. Ojalá sea dado a cubanos y filipinos disfrutarla con libertad. Los discípulos de Arana-Goiri, recordando las estrofas del himno de Iparraguirre, hacemos votos por que los frutos del árbol santo sazonen para todos los hombres y para todos los pueblos de la tierra.

MANUEL DE IRUJO

« Se presenta en este plan la figura, no menos heroica y significativa, de Arana-Goiri, el animador del destino vasco. Existe, en efecto, un destino vasco que, arrancando de sus orígenes inmemoriales, ha sabido abrirse su camino hacia la libertad. Este destino posee, para afirmarse, una lengua y para cumplirse unos medios políticos, unas tradiciones y unas aspiraciones propias. Sabe asociarse a los otros destinos de la hispanidad. Todas las historias nacionales convergen hacia la historia de este mundo, de esta humanidad específica llamada España. El País Vasco ha sido históricamente una forma de concebir la democracia y de proseguir a su manera el cumplimiento de ésta, y de darle forma, ejemplo y ayuda a las otras Españas tendientes al armónico cumplimiento común. Es toda la España en marcha hacia esta realización la que ha sufrido en su carne la herida del árbol de Guernica. Todos los vascos oprimidos o en destierro, y con ellos todos los españoles oprimidos o en el exilio, festejan en estos momentos y en el silencio de sus corazones la gran memoria de Arana-Goiri. Permitasle a un francés nacido en Bilbao que se una en esta comunión. »

JEAN CASSOU

ARTES PLÁSTICAS



RUFINO TAMAYO

POR VLADY

EXISTE, indudablemente, un « caso » Tamayo. Y existe, ante todo, por el esfuerzo de sus adversarios y de sus detractores.

Tamayo ha logrado particular fama durante los últimos años, una fama legítima que se asienta fundamentalmente en la indiscutible calidad de su obra. Pero en México, y por la fuerza de las cosas, el pintor se ve impelido a llenar un papel que traspasa los límites del taller y que lo convierte en un personaje público. Así ha sido al menos hasta ahora.

Rufino Tamayo procede de una humilde familia del Estado de Oaxaca y ofrece en sus rasgos su origen indígena. Pertenece

a una generación por demás notable. Se forma como pintor con un grupo de jóvenes, al que pertenecen el francés J. Charlot, el mexicano Alfaro Siqueiros y el gallego Paco Miguel, cuya obra quedó truncada lo mismo que sus manos antes de que lo fusilaran los franquistas. En la misma época, María Izquierdo causaba la admiración de sus compañeros por la espontaneidad de su cromatismo folklórico. A los mismos grupos pertenecen Villaurrutia y Usigli, dos de los grandes valores del joven teatro mexicano, y ese gran poeta y educador que es Torres Bodet, ya universalmente conocido.

La pintura de Tamayo se caracteriza esencialmente por la exaltación de los

valores cromáticos. Parte muchas veces de *colorines* de procedencia puramente popular. Es una época la suya en que, rompiendo con los convencionalismos, el pueblo se descubre — o se redescubre — como fuente directa y rica de inspiración. Una época en que, gracias a los nuevos medios de reproducción, se conocen y popularizan artes casi desconocidos anteriormente : el arte negro, los barbarismos, etc. En Italia, la pintura trata de ser dinámica ; en Rusia, la literatura conoce la incursión del lenguaje popular ; en México, la revolución pone al descubierto toda una serie de valores largamente adulterados. antes.

Trabaja de firme Diego Rivera, cuya obra se ha impuesto y perdurará gracias a su amor por lo indígena bajo todas sus formas. Pero el arte excesivamente anecdótico de Diego Rivera y la rebeldía telúrica de José Clemente Orozco esperan aún la obra de los plásticos. Más que mensajes, misiones sociales, literarias o poéticas, exaltan éstos la pintura en su aspecto específico, pues esta pintura, cuando es realmente buena, encierra siempre en sí un mensaje.

Desde sus comienzos, en sus primeras naturalezas muertas — composiciones de elementos pueblerinos —, Tamayo manifiesta su inclinación por el color hasta llegar a su magistral concepción actual. ¿ Qué decir de sus magníficos blancos concebidos como color ? Tamayo ha sabido elevar los « colorines » a la categoría de color.

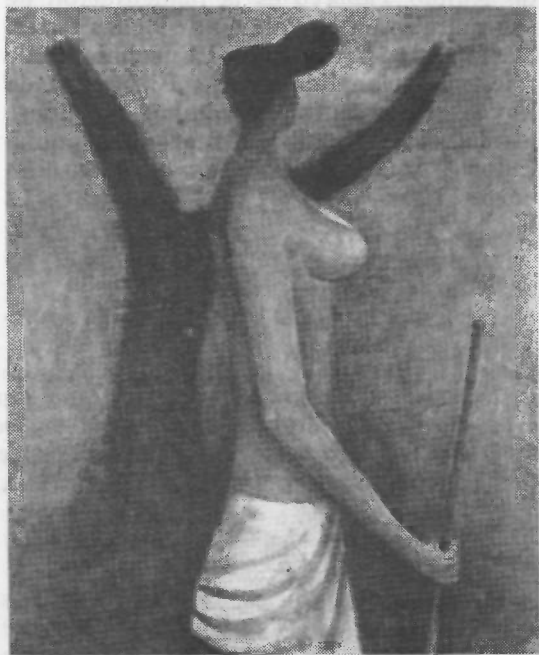
No es este un hecho absolutamente nuevo en la pintura moderna ; Van Gogh, Gauguin y Matisse se han esforzado, principalmente, en el mismo sentido. Pero en Tamayo parece renacer la concepción tizianesca del color, pese a que recientemente se le ha reprochado cierto sistematismo con sus « frotados » y sus « esponjados ». Y con motivo de la inauguración de sus murales en el Palacio de Bellas Artes, de México, recibió críticas hace unos meses por su excesivo geometrismo, tan en contradicción con lo propiamente suyo.

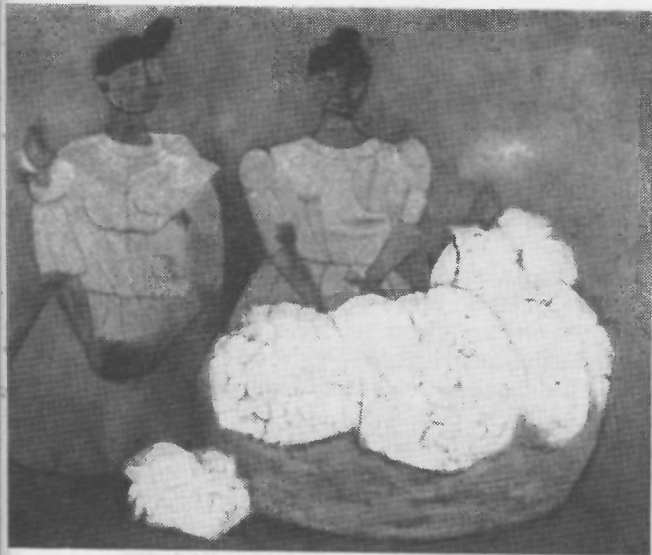
El dibujo de Tamayo, por lo general inteligente y lleno de sabor, se nos aparece, sin embargo, como bastante impersonal. Lo verdaderamente personal, lo auténticamente « tamayesco » es por esencia el color, el sabor y la visión de lo atmosférico,

valores dominantes en el Tiziano y en Velázquez.

Pero el « caso » Tamayo se desarrolla — ya lo hemos indicado — en un terreno menos pictórico que político. Demuestra esto, una vez más, que aun sin quererlo muchas veces el pintor se ve obligado a desempeñar una función social. Los pintores y los intelectuales sujetos a la influencia stalinista han convertido a Tamayo en centro de sus ataques y ello con el fin de erigirse en los promovedores mexicanos — o latino-americanos — del ya famoso « realismo socialista » mecánicamente transplantado de la URSS. Es este un arte que se pretende portador de una alta misión social y que presume de reflejar asimismo la conciencia de las contradicciones políticas y sociales. Trátase de una posición esencialmente demagógica que tiene por fin inmediato la diferenciación de los medios intelectuales conforme a los partidismos y sirviéndose a la vez de sentimientos bajamente nacionalistas y falsamente progresistas y sustituyendo la falta de información sobre los hechos por una escolástica. El hecho de que Tamayo coseche legítimos

RUFINO TAMAYO : "Mujer de Tehuantepec".





RUFINO TAMAYO : " Vendedoras de flores " .

éxitos en Europa pretenden explicarlo por la decadencia de ésta. Y el hecho de que venda cuadros en los Estados Unidos como una prueba de hostilidad hacia el realismo mexicano. ¿ No lo interpretarán uno de estos días como una prueba de « intervención imperialista » ?

La más reciente manifestación artística de Rufino Tamayo es la inauguración de sus murales en el Palacio de Bellas Artes. Tienen éstos por tema : « El nacimiento de nuestra nacionalidad » y « El México de hoy ». Representa el primero un jinete — símbolo del hombre blanco, del conquistador — y una mujer dando a luz un niño entre blanco y café. En el discurso inau-

gural oyóse, por parte del representante de la actual administración, esta verdad evidente : « Lo que caracteriza a las grandes civilizaciones es la suma de valores y no la resta ». Ha chocado esta definición, claro está, con el elemento stalinista habituado a monopolizar el más burdo de los nacionalismos al servicio de una dictadura exterior.

En una interviú concedida a la periodista Bambi, Tamayo se permitió poner en duda la tradición pictórica precortesiana ; no estaba ésta al nivel de la escultura de aquel tiempo, cuya tradición se ha perdido completamente. Aseguraba Tamayo que los murales descubiertos recientemente — los de Bonampak — carecen de valor estrictamente pictórico y que son en realidad dibujos coloreados. Vemos en esta crítica la inclinación del artista a exaltar las posibilidades del color por la matización. Un crítico comunista se apresuró a ver en esto un acto de hostilidad hacia la tradición artística mexicana. ¿ Como si decir que la pintura de caballete ofrece mayores posibilidades plásticas que el fresco significara una negación del valor artístico de éste !

Existe un « caso » Tamayo. Han contribuido y contribuyen a crearlo los repetidos y sistemáticos ataques de los que se presentan como sus adversarios. Pero estos ataques se estrellan y se estrellarán ante la noble independencia del artista y ante el valor creciente de su obra.

V I A D Y

Nuestro admirado amigo Rufino Tamayo ha obtenido el Gran Premio de pintura instituido excepcionalmente con ocasión del IV Centenario de la fundación de Sao Paulo. Nos congratulamos de esta merecida recompensa y felicitamos cordialmente al gran pintor mexicano.

CUADERNOS

Clavé
o
el humanista

POR JEAN BOURET



ANTONIO CLAVÉ : "Dispensa provenzal".

EN el Museo provincial de Sevilla, la Santa Dorotea que pintó Zurbarán hacia 1650 es un remanso de gracia entre una centena de cuadros que, proclamando la omnipotencia de un Dios esencialmente favorable a España y el orgullo conquistador de sus nobles caballeros, se esfuerzan en traducir toda la dureza, el sentido trágico y la fe de una raza apasionada hasta la muerte por el drama de la carne y del espíritu.

Esta obra de Zurbarán respondía por anticipado a las interrogaciones más insistentes del arte moderno y a su preocupación de dar una forma concreta a las construcciones del espíritu. Acaso por eso mismo pasó inadvertida esa obra en el siglo en que se produjo, y fué menester esperar a Cézanne, el sucesor, para que la historia sepa volver a colocarla en su lugar en la aventura humana.

Es en esta especialísima imagen de España en la que nos hace pensar hoy la pintura del más joven de los pintores españoles en el destierro y el más grande, a nuestro juicio, después de Picasso : Antonio Clavé.

Del mismo modo que Goya supera las visiones de horror que ha pintado para al-

canzar a lo que las provoca, es decir a esta suerte de fatalidad barroca y rimada que planea sobre los seres y las cosas, Clavé toma en ese sentimiento barroco lo esencial de una inspiración que la exposición celebrada últimamente en la « Galerie Drouant-David » de París nos muestra en pleno triunfo.

¿ De qué se trata en esos cuarenta cuadros a los que dedicó atención preferente la crónica de arte habitual ? Pues de algunos temas sumamente sencillos, corridas de toros, fantoches, retratos compuestos y naturalezas muertas. El paisaje no se halla ausente ; pero está en segundo plan, puesto allí como mero soporte de la expresión plástica.

Es muy sutil la gama que va del tierra sombra al azul, de los negros cálidos a los amarillos estridentes, a los rojos sostenidos y a los blancos mate. El dibujo nace del color, diríase que se enrolla a él ; no es aquí un elemento de fabricación, sino de afirmación y que se niega al simple grafismo.

En un universo sombrío, pero cálido, una especie de antesala del purgatorio sin tristeza ; la vida desenvuelve sus períodos, nacimiento, amor y muerte ; los labios

están prestos al beso, los ojos a la contemplación, y las manos a inquirir la sensación que dan las telas, los frutos o la piel de los animales. Clavé, propiamente hablando, no nos cuenta cuentos: se cuenta a sí mismo jugando con sus colores. Y de este modo es torero, payaso, filósofo, bailarín, espectador, gato o tigre, flor o tomate, almírez de sal o rincón al amor de la lumbre.

Si no se tratase más que de desgranar recuerdos personales, fácil me sería escribir sobre Clavé mil variadas anécdotas recogidas en el tesoro de la amistad y del compañerismo, puesto que, nacidos ambos el mismo año — el de 1914 —, nos hemos encontrado hacia nuestros veinticinco años en mi Montparnasse natal, transformado en una especie de venturoso asilo para los artistas españoles. Volvía él de la guerra, precediendo en algunos meses a nuestros camaradas de combate. Con prontitud había aprendido las sutilezas de nuestra lengua; las sutilezas, digo, porque, en el fondo, era bastante catalán para conocer de ella lo esencial.

Clavé se enraizó sin tardanza en ese suelo de la rue Boissonade, donde crecían ya Honorio Condoy, escultor español, y Oscar Domínguez, hijo de un cultivador de plátanos de Canarias, tan feo como Lautrec, pero con la deformación inversa, el gigantismo. Domínguez hubiera podido arrastrar a Clavé hacia el surrealismo, del cual era un epígono; pero se advirtió a primera vista que Clavé tenía ya su idea de la pintura y su propia personalidad, personalidad que Gruber y Marchand, con toda su autoridad, admiraron en la primera manifestación pública del artista, que fué una pequeña exposición de naturalezas muertas. De exposición en exposición, del Salón de Otoño al Salón de Independientes, Clavé iba a acabar de formarse para estallar como un meteoro el año de la liberación de París.



Puede decirse que Clavé se identifica por turno con cada una de las cosas que pinta, a fin de que la cosa pintada traduzca lo esencial de su temperamento. Ahí está precisamente el proceso normal

de la verdadera pintura. El artista pone como fundamento de una obra nueva una especie de dibujo general, es decir, cargado de recuerdos, de conceptos y de ideas ampliamente meditadas para que hayan podido tomar forma e imponerse a él. Y él elige, pues, conscientemente, la arquitectura geométrica que de aquello se desprende.

La malicia de nuestros contemporáneos pretende que cada vez que un pintor es un hombre bastante universal para pasar de la pintura a la ilustración y de la ilustración a la escenografía teatral, se le pueda formular el agravio de sus actividades accesorias y se llegue a ver en él el litógrafo o el escenógrafo con preferencia al pintor. Clavé no ha quedado libre de esos reproches. Se le dijo todo eso, lo mismo que en su período azul se le reprochó ser un descendiente de Picasso. La verdad es que no hay nada de eso. El principal escenógrafo o decorador de los *ballets* de Roland Petit — donde actuó como innovador, de modo tal que pudo hablarse con justicia de un nuevo Diaghilev o de un nuevo Baskst — sabe muy bien discriminar sus actividades. Y si en su pintura se asemeja a alguno de sus mayores, es mucho más a Velázquez que a Picasso. Tiene de aquél el mismo vigoroso aliento y el mismo respeto por la corporeidad y por el claroscuro. Su gran naturaleza muerta es un lienzo de un clasicismo pasmoso, no porque se parezca a ciertos pasajes o detalles de escuela, sino porque prefigura lo que será el arte español de mañana, un arte en el cual los problemas técnicos no se advierten ya, pero en el que se ha conservado el fuerte soplo inspirador de una trascendencia trágica.

En este sentido hay que considerar la aportación de Clavé como un humanismo nuevo. En efecto, el artista no se sirve de la abstracción sino como un medio y nunca como un fin. En él es lo humano lo que prevalece, y esto es lo que da a sus obras su resonancia múltiple y grave, ese grito que repercute como expresión de un amor profundo por las formas y de una belleza cuya eternidad ha ratificado el estilo.

J E A N B O U R E T

La sociología en Hispanoamérica

POR R GARCIA TREVIÑO

EDITADO por la Universidad de La Habana e impreso en la imprenta del propio centro docente, acaba de ver la luz un interesante libro de C. A. Echánove T., titulado *La Sociología en Hispanoamérica*. Trátase de una ampliación a las conferencias que el autor pronunció en mayo de 1949 en el Centre d'Etudes Sociologiques de París y, después, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en febrero de 1950. Cuando las conferencias de París, el autor, que es miembro del Instituto Internacional de Sociología y catedrático de Sociología General y de Sociografía Mexicana en la mencionada facultad de México, se hallaba sirviendo la cátedra de Actualidad Científica de la Universidad de Argel, por invitación que le había hecho el Gobierno Francés. (1).

El libro constituye una historia crítica de la Sociología y del « pensamiento social » en toda Hispanoamérica. El autor distingue desde las primeras páginas del prefacio lo que debe entenderse por Sociología, o sea el estudio científico, según los cánones de esta ciencia de los fenómenos sociales, del simple « pensamiento social », o sea cualquier tratado sobre los mismos temas que no llene los requisitos científicos a que acaba de hacerse referencia. Esto es muy importante, porque si alguna disciplina científica ha sido y sigue siendo mixtificada por los meros *dilettanti*, es justamente la Sociología. De aquí que en concepto de mucha gente tal ciencia carezca de prestancia realmente científica, lo que no es más que un error de apreciación, proveniente de la fácil confusión entre lo que es científico y lo que no lo es en materia social. Con dicha distinción como

uno de los criterios fundamentales del trabajo el autor emprende en seguida una revisión minuciosa de la Sociología y del « pensamiento social » en la América Española, o sea en todos y cada uno de los veintidós países que la forman.

El autor distingue también, en cada caso, el período « presociológico », o sea el anterior a la formación de la Sociología propiamente dicha (mediados del siglo XIX), del « sociológico » (posterior a la obra de Comte). Todos los que, no obstante pertenecer a este último período, continuaron o continúan tratando los asuntos sociales de una manera empírica y hasta caprichosa, son clasificados automáticamente como simples « pensadores sociales », denominación que el autor adopta a falta de otra preexistente y en la que quedan comprendidos muchos habitualmente — y autollamados — « sociólogos ». Se ve, pues, la seriedad crítica que preside la obra que comentamos, la cual viene a llenar un vacío, pues antes de ella sólo se había publicado el breve tratado del sociólogo argentino Alfredo Poviña, *La Sociología en Latinoamérica*, con grandes lagunas y ya agotado. El trabajo del maestro Echánove, en cambio, se antoja exhaustivo, pues tanta es la información que contiene y tan interesantes las transcripciones que continuamente hace de los principales tratadistas hispanoamericanos.

Del libro aparece — para no hablar sino de lo más sobresaliente de él — que la Sociología fué enseñada oficialmente, por primera vez en Hispanoamérica, en la República Argentina (1896), siguiendo México, en donde la primera cátedra fué impartida en 1897. Aparece también que la Sociología *in situ* (o de *field work*, en inglés) está siendo cultivada principalmente en México y en el Brasil. El autor se detiene, por supuesto, en las figuras señeras de la Sociología en esta parte de América, tales como Antonio Caso y Robert Redfield en México,

(1) El Sr. Echánove Trujillo es asimismo autor de un *Diccionario abreviado de Sociología* (1944, La Habana), de una *Sociología Mexicana* (1949, México) y de una traducción del *Compendio de Sociología según V. Pareto*, por G.-H. Bousquet (México, 1940).

Cornejo y Mac-Lean Estenós en Perú, Venturino en Chile, Proviña y Orgaz en Argentina, Freyre, Carneiro-Leão, Pierson y Willems en Brasil, etc. El libro resulta avalorado con los retratos de los principales cultivadores de dicha ciencia en esta porción del Nuevo Mundo y remata con un índice onomástico de los autores tratados.

Consideramos que la importancia no sólo informativa sino crítica del libro que comentamos es máxima y que, por ello, debería ser traducido a otras lenguas, pues la trascendencia de los estudios sociológicos en la América ibérica es grande, sobre todo si se piensa en el sector de las investigaciones vernáculas, o de Sociología local, sector éste al que el autor concede precisamente la máxima importancia, porque a su juicio es el único que puede enriquecer con nuevos datos la Sociología General, especialmente en materia de Sociología « primitivista ». Hasta hace poco, los estudios desde este ángulo se habían limitado a las sociedades « primitivas » de África, Asia y Oceanía, y ahora las investigaciones emprendidas en varios países hispanoamericanos respecto de sus grupos « primitivos » de indígenas representan, juntamente con las asimismo verificadas en Estados Unidos de América respecto de sus propios nativos, un acervo de gran significación, que la Sociología General o universal no puede dejar de tomar en cuenta.

RODRIGO GARCIA TREVIÑO

Análisis de un régimen político

JUAN PERON, *Caudillo* que perdura ¿ es un coronel vulgar lanzado al poder en virtud de una feliz conjuración de confusiones políticas, o por el contrario, debe verse en él al representante ocasional, pero auténtico, de una tradición nacionalista argentina ? ¿ Es el « Justicialismo » simple fraseología justificativa de una autoridad nacida de un concurso de circunstancias, o es más bien una doctrina de acercamiento que responde al impulso de fuerzas constantes y de necesidades verdaderas ? Dicho de otro modo : ¿ debe manejarse la ironía o impeler el análisis a fondo para definir al personaje y al régimen ?

Hasta hace poco tiempo, los adversarios del sistema preferían el primero de estos dos métodos, porque juzgaban al peronismo como un fenómeno pasajero y se reservaban para días mejores y de mayor importancia. Los folletos de la oposición eran libelos que atacaban los defectos, demasiado visibles, de los personajes de la situación ; que criticaban la corrupción y el fraude, denun-

ciando persecuciones y violencias. Pero entre la sonoridad vacía de los escritos y discursos de la propaganda peronista, y el desprecio lejano expresado por las publicaciones y murmuraciones de los adversarios, el país elegía, no como observador, sino como objeto. El acontecimiento y las masas estaban modelados por los múltiples organismos del Estado, creados por los hombres que se hallaban en el poder. La oposición únicamente podía invocar el pasado o prever las catástrofes. Ahora bien ; las crisis y sacudidas provocaron importantes modificaciones entre los grupos dirigentes, pero no dejaron ninguna posibilidad a los movimientos rebeldes que se encontraban desplazados en una vida al margen y desgastados por los combates de retardo que habían llevado a cabo con valor, pero aisladamente, sin coordinación. Perón continuaba siendo el árbitro, cambiaba de ministros y de vocabulario y sobrevivía a las peores dificultades.

Ha sido necesaria la excelente obra del periodista y profesor Robert J. Alexander, para que los observadores tengan a su disposición un estudio de conjunto. Este libro, aparecido en 1952, sólo está publicado en inglés (1). Por vez primera, el peronismo era examinado, no sólo desde el ángulo económico-social, sino también en el aspecto esencial de las relaciones internacionales. Con la obra de Alejandro Maguet disponemos, desde hace poco tiempo, de un análisis casi exhaustivo de la Argentina justicialista (2). El autor es chileno, lo que explica las calidades del trabajo : conocimiento exacto de los acontecimientos, documentación de primera mano, comprensión clara del carácter expansionista del sistema peronista. Una justa dosis de ironía y de juicio sereno hace agradable la lectura. Escrito en el fuego de las luchas consecutivas a los intentos argentinos de unir a las dos naciones que separa la Cordillera, el estudio se sustrae, sin embargo, a los defectos de los textos de circunstancias, dejando al lector, al mismo tiempo, el sabor del peligro sentido por las poblaciones vecinas a la República de La Plata. La trama histórica de las grandes corrientes políticas argentinas está rápida, pero sólidamente reconstruida, aunque las etapas de un mismo impulso aparecen lógicamente simbolizadas por los nombres siempre evocadores : Mariano Moreno, Manuel de Rosas, Irigoyen. Para Maguet, el hombre de las « llanuras » es un nacionalista instintivo, como lo es el americano del « Middle West » o el ruso de las estepas. Lo que constituye una novedad en la Argentina, desde hace una decena de años, es el cambio del nacionalismo

(1) *The Peron Era*. Gollanez, Londres.

(2) *Nuestros vecinos justicialistas*. Ed. del Pacífico, Santiago de Chile.

replegado y defensivo, en nacionalismo reivindicativo, conquistador, que manifiesta voluntades de hegemonía.

Muchos factores han facilitado el nacimiento y desarrollo de esta tendencia: la segunda guerra mundial que ha creado las circunstancias favorables al despertar del nacionalismo, tanto en América Latina como en otras numerosas regiones, y ha proporcionado a la Argentina capitales suficientes para comprar su independencia a las grandes compañías extranjeras; la difusión de las técnicas totalitarias — nazi y musoliniana — y la llegada a territorio argentino de agentes que pertenecieron a los aparatos de los partidos monolíticos europeos; el darse cuenta de la importancia de una comunidad de intereses entre las naciones suramericanas, y finalmente, el resentimiento común dirigido contra ciertas tutelas norteamericanas.

Vista desde esta perspectiva, la ascensión de Perón adquiere su verdadero significado, aunque pueda apreciarse la diferencia entre las manifestaciones demagógicas y la realización de una política a plazo. Porque no existe doctrina peronista. No hay más que un farrago de improvisaciones, de generalidades y de redundancias. Basta escuchar al propio líder: « El peronismo es una cuestión de corazón más que de razón. » Las definiciones son de una vaguedad irritante: « Queremos una nación en la que la doctrina y la cultura sean profundamente humanas hasta el límite en que se opongan al Estado o le debiliten, y cuyo sentido y sentimientos serán estatales en la medida en la que el hombre no se encontrará ni anulado, ni tiranizado. » Y sobre esta base técnica el *Caudillo* proclama sin pestañear: Ejecutemos lo que Cristo anunciaba al mundo hace dos mil años, pero hagámoslo en términos que las gentes comprenderán... » No hay estructura social peronista: la copia de algunas formas de organización política del fascismo italiano (grupos locales de base y sindicalismo corporativo) en nada modifica el sistema societario. La famosa « tercera posición » únicamente tiene significado por la intervención de las clases dirigentes — ejército y burocracia — respaldadas por la policía.

Si se dejan de lado los oropeles propagandísticos y se inventaría la contribución del régimen a la política nacionalista expansionista ¿ Qué se encuentra? En primer término, un esfuerzo costoso, a veces torpe, pero proseguido con constancia para disponer de un material que responda a las necesidades del ejército y a las esperanzas en él colocadas. Este esfuerzo va desde la compra de los sobrantes de material aliado, al siguiente día de la guerra, hasta la implantación de fábricas siderúrgicas y la explotación de todas las fuentes de materias primas. Este esfuerzo ha sido pagado por el ocaso relativo de la agricultura y por agudas dificultades económicas.

En segundo lugar, una política de influencia sobre los partidos, sindicatos, grupos militares de los países latinoamericanos, con objeto de obtener su colaboración para el triunfo de algunas reivindicaciones firmadas por Buenos Aires. Tanto en Bolivia como en el Perú, en Paraguay como en Chile, la acción de los grupos favorables a la hegemonía argentina se descubre fácilmente en el propio seno de los partidos tradicionales.

Alejandro Magnet analiza con gran lucidez la intervención, a veces torpe, de los elementos peronistas en la vida política chilena y señala las reacciones que ha provocado. Aprovecha esto para poner de relieve el otro aspecto de las actividades expansionistas argentinas, muy prácticas e interesadas en modificar los límites territoriales del país de La Plata, singularmente en Patagonia.

Todavía sería posible ensanchar la visión, ya amplísima del autor, en lo concerniente a la imbricación del juego argentino en la política internacional. Cuando Magnet recuerda la huelga de los marineros de Buenos Aires, desencadenada para oponerse al sindicalismo de Estado que pretendía imponer el Gobierno de Perón, hay que añadir que este conflicto fué apoyado por la Internacional de los Transportes (I. T. F.) afiliada a la Internacional de los Sindicatos Libres (C. I. S. L.), pero que aquélla fracasó por la negativa de la Internacional de Puertos y Doks (adherida a la F. S. M. comunista) a reconocer valor a dicha huelga. En el plano general y, cuando menos, en esta circunstancia, las posiciones peronista y staliniana se represan, no sólo en el terreno antiamericano, sino también en un esfuerzo común para liquidar un movimiento obrero independiente.

LOUIS MERCIER

Novedades literarias en el Brasil

ENTRE las últimas novedades literarias del Brasil sobresale el libro del novelista Graciliano Ramos (1892-1953) titulado *Memoorias do Cárcere*, obra fundamental de este extraño y gran escritor brasileño, que a pesar de su importancia es poco conocido fuera de las fronteras de su país. Hay aquí, entre nosotros, quienes afirman que los cuatro volúmenes publicados recientemente por la Editorial José Olympio forman parte de las más importantes realizaciones concebidas en lengua portuguesa, que Graciliano Ramos dominaba como un auténtico maestro. Pero no es nuestro propósito hacer aquí un análisis crítico de la obra. Tan sólo deseamos destacar algunos aspectos típicos, algunas particularidades que demuestran cuan singular ha sido la vida y la producción de este maestro, que

dominaba por igual todos los recursos de la lengua y de la psicología, cosa tan rara entre los escritores de ahora.

Las *Memorias do Cárcere* son, sin duda alguna, un libro actual, un libro contemporáneo en el sentido más estricto de la palabra, pues se exponen en ellas los sufrimientos de un intelectual de nuestros días, humillado y torturado en las prisiones de un régimen dictatorial. Durante el « Estado Nuevo », Graciliano fué de los e critores que padecieron la falta de libertad y estuvo encarcelado varios años. Y he aquí un elemento que hace de los cuatro volúmenes de Graciliano una obra sumamente interesante : el autor fué, durante los últimos años de su vida, miembro activo del P. C. brasileño, es decir comunista.

Pero ¿ qué especie de comunista era este hombre, que nunca hizo en toda su obra concesión alguna a la « línea » partidista y que ignoró voluntariamente el llamado realismo socialista, lo mismo que si no existiese ? Los comunistas brasileños se enorgullecían de la adhesión de Graciliano Ramos, porque era una figura ilustre ; pero lo cierto es que, a pesar de esa adhesión, nunca pudieron citar una sola palabra suya en que hiciese concesiones a la « ideología » de los comisarios políticos. Sólo algunos meses antes de su muerte fué obligado a escribir una breve carta en la que decía que no se había alejado ni se alejaría nunca del Partido comunista ; pero ni aun en esas líneas encargadas se encuentra una sola palabra que indique que su arte está al servicio del comunismo. En cuanto a las Memorias publicadas ahora, que están siendo discutidas, comentadas, examinadas, elogiadas y analizadas por toda la prensa del Brasil, no han merecido por el momento ni siquiera una línea por parte de los « críticos » comunistas, precisamente porque no son la declaración de un comunista, sino la declaración de un hombre digno. *De un hombre que sufrió como un hombre.*

Quienes esperaban que esa obra, que esos cuatro volúmenes fuesen un libro de « protesta » en el sentido militante del vocablo, se han equivocado rotundamente, pues Graciliano no abdicó nunca su dignidad de escritor y fué una extraña especie de comunista que en los instantes de sufrimiento invocaba el nombre de Dios...

La máquina de propaganda del comunismo conoció siempre ese *lado flaco* de Graciliano, en el que estriba en realidad su grandeza, y por eso no trompeteó nunca su nombre a pesar de tratarse de un maestro en toda la acepción de la palabra. En cambio fué traducido y divulgado un Jorge Amado, brasileño y comunista también que literariamente no puede compararse con Graciliano. Pero Amado fué traducido justamente por la misma razón por la cual Graciliano no lo fué : porque escribió libros de encargo y por orden, como su *Mundo da Paz*, que demuestran la falta

de ética profesional del escritor y la devoción partidista del agitador.

Por dicha, Graciliano Ramos no fué un agitador. Fué tan sólo un escritor, que en esos cuatro volúmenes densos, trágicos, sobrios y sombríos nos ha legado un ejemplo de dignidad que ni Aragón, el francés, ni Neruda, el chileno, ni Hikmet, el turco, fueron capaces de darnos. El brasileño no cambió su carnet de miembro del P. C. por su vocación de escritor, libre de todo compromiso. Por eso los periódicos del P. C. brasileño publican únicamente los anuncios comerciales del libro, divulgados por la casa editorial, sin ningún encomio de redacción ; pero al mismo tiempo publican diariamente, en folletín, la novela de Antonín Zapotocki, « escritor » atendido a la línea justa y — todavía — primer ministro de Checoeslovaquia.

*

Fué el escritor José Lins do Rego, ya conocido de los lectores de *Cuadernos*, quien en su libro de críticas y ensayos titulado *Gordos y Magros* escribió que el Brasil tiene toda una cordillera de poetas. Por diversas razones, el lector y el amante de la poesía podrán tener difícilmente una visión de conjunto de este vasto panorama, como no sea a través del libro del gran poeta brasileño Manuel Bandeira *Apresentação da Poesia Brasileira*, editado recientemente también en castellano por el « Fondo de Cultura », en Méjico.

Surge ahora una *Antología da Poesia Contemporânea do Brasil*, editada bajo la dirección del Club de Poesía de Sao Paulo, presidido por el poeta periodista Domingos Carvalho da Silva, que es al mismo tiempo uno de los jóvenes líderes del Partido Socialista Brasileño de Sao Paulo. La *Antología* fué anunciada durante varios meses, y su aparición llena verdaderamente una necesidad, pues se encuentran reunidas en ese libro todas las voces importantes de la moderna lírica del país, sin limitación de escuelas, de provincias o de capillas.

Los elementos del aludido club de Sao Paulo han conseguido llevar a cabo una antología nacional, obedeciendo tan sólo a un criterio de calidad, lo cual es bastante difícil y de mucha importancia. Para cuantos se interesan por este gran sector de la vida cultural brasileña, existe, pues, a partir de ahora, un libro, realizado por el espléndido esfuerzo del equipo poético de Sao Paulo, en el que se muestran los verdaderos valores de una poesía autónoma y altamente representativa.

Una labor de importancia poco corriente es la que ha venido desarrollando durante estos

últimos años el « Servicio de Documentación » del Ministerio de Educación y Cultura de Rio de Janeiro, dirigido por José Simeao Leal, uno de las más dinámicos e inteligentes cultivadores de esta clase de trabajos, que por verdadero milagro ha sabido vencer todas las dificultades de la burocracia oficial, laborando sin tregua, con positivo resultado y con una elevada concepción de las cosas que nada tiene que ver con la rigidez y la incompreensión de los negociados de la covachuela pública.

Libros y conferencias, exposiciones y congresos fueron patrocinados por este servicio *sui generis*, y gracias a ello artistas y escritores entraron de golpe en contacto con el público y con las esferas oficiales, que en la mayoría de los casos se interesan poco o nada por nuestras realizaciones de vanguardia.

Una de las obras más importantes de José Simeao Leal, cuyo nombre permanecerá ligado a esa labor artística y cultural, es la publicación de una serie de obras reunidas bajo el título de *Cuadernos de Cultura*. Con una regularidad que admira y asusta al mismo tiempo, el « Servicio de Documentación » publicó en breve periodo más de sesenta cuadernos, dedicados enteramente al examen y estudio de problemas del pensamiento, del arte y de la literatura.

Debo confesar que jamás he visto cosa semejante. Los libros divulgados merced a la comprensión y al entusiasmo de José Simeao Leal aparecen casi semanalmente, como si se tratase de una revista ilustrada. Pero aquí la cosa es completamente diferente que en tales publicaciones: ninguna concesión a la vulgaridad o al mal gusto. Todo cuanto se publica en estos *Cuadernos* es de primera calidad y responde al deseo de mantener un pensamiento y un tono elevados. No me es posible, por desgracia, ofrecer en este esbozo de las más importantes manifestaciones de la vida cultural en el Brasil durante los últimos meses, todos los aspectos de este Servicio realizado por José Simeao Leal, pero cumpíame hacer constar, cuando menos, que debido a esas bellas e interesantes publicaciones el prestigio del Brasil gana no poco, dando a conocer aspectos ignorados o escasamente difundidos hasta ahora de su vida espiritual.

He aquí, a manera de muestra, algunos títulos — dentro de lo puramente brasileño — que contribuyen de manera efectiva al mejor conocimiento del país: *Arquitetura Brasileira* de Lucio Costa, *José de Alencar* de Gilberto Freyre, *Cincoenta annos de literatura* de Lucía Miguel Pereira (magnífico cuadro sinóptico de la moderna literatura del Brasil, obra de uso indispensable para todos los intelectuales), *Einias e Culturas no Brasil*, de Manuel Diégues Junior, *Retetior da Bahia* de Herman Lima, *A música no Brasil*, de Eurico Nogueira Franca. La diversidad de

estos títulos puede dar al lector una idea de lo que es en conjunto esta labor, mostrando no solamente la existencia de un programa meditado, sino también, al mismo tiempo, la de una preocupación por las cosas y los problemas que caracterizan a nuestra época.

La actividad fructífera de este hombre infatigable continúa. Semanalmente un nuevo libro va a ocupar los plúteos y los escaparates de las librerías y atraviesa la tierra llevando a los demás países aires del pensamiento y del arte brasileño, estableciendo así un saludable contacto entre todo el mundo y las realizaciones espléndidas de un servicio público que se ha convertido en una verdadera casa de la cultura.

STEFAN BACIU

Nueva teoría del imperialismo

AMÉRICA Latina ha sufrido, desde hace siglos, las ingerencias de diversos imperialismos: el de España, con la conquista y la colonia, el de Inglaterra — que ayudó, aunque en menor medida de lo que comunmente se afirma, a su independencia; luego, los imperialismos de Gran Bretaña y Estados Unidos, a veces sazonados con intervenciones militares e inmiscuyéndose en sus asuntos políticos. Sin tener en cuenta la constante presencia, en todos los países, de esos imperialismos, no sería posible comprender la intrincada historia de los 150 últimos años en Latinoamérica.

Parecería natural, pues, que América Latina hubiese dado no sólo abundantes estudios acerca del imperialismo, sino una o más teorías del imperialismo, una o más interpretaciones de este fenómeno, por lo menos de su manifestación contemporánea. La verdad es que los estudios han sido hechos casi todos por norteamericanos y que únicamente una teoría del imperialismo ha sido creada por un latinoamericano: el « aprismo » de Víctor Raúl Haya de la Torre. Tal vez podría considerarse como una consecuencia de la perenne presencia imperialista esta debilidad teórica en las luchas contra la misma, debilidad que se manifestó, a su vez, en el desarrollo de tal lucha y que la esterilizó. Porque, en efecto, la lucha anti-imperialista fué siempre llevada sobre la base de teorías importadas, concebidas más bien ante los fenómenos coloniales que ante el caso de Latinoamérica. Concretamente, fueron la teoría de Lenin y las consignas deducidas de la misma — a menudo forzando mucho los términos — por la Internacional Comunista, las que guiaron a los anti-imperialistas latinoamericanos, incluso cuando, como ocurría

en la mayoría de los casos, no eran comunistas ni « compañeros de canino ».

Por esto hay que señalar y destacar el libro de Antonio García *La Rebelión de los Pueblos Débiles* como un verdadero jalón decisivo en la historia moderna de América Latina. Desde ahora, América Latina tiene ya su teoría del imperialismo. Y una teoría, además, despojada de demagogia, de prejuicios y de complejos de inferioridad. Por tanto, una teoría eficaz y aplicable a la realidad latinoamericana.

Antonio García es catedrático de Economía en su patria, Colombia, fundador del Movimiento Socialista Colombiano, que pretende ser una tercera solución en la lucha, tan a menudo sangrienta, entre conservadores y liberales, y autor de otras obras importantes, como : *Pasado y presente del Indio*, *Esquema de la Economía colombiana*, *La Democracia en la teoría y en la práctica*. Su teoría, pues, no es un simple alarde político, sino la conclusión práctica, en cierto modo, de sus previos estudios teóricos.

El imperialismo soviético, según García, se ejerce a través de los partidos comunistas, a los cuales, en América Latina, se debe « la división crónica de las izquierdas ; la corrupción del sindicalismo ; la lucha encarnizada, implacable y sin escrúpulos contra los movimientos populares que estaban fuera del control político del partido ; el empleo de los sindicatos en aventuras electorales ; la subestimación inicial de las reformas y la conversión subsiguiente a un reformismo demagógico ; el descrédito de los ideales revolucionarios y el desprecio ante nuestra propia historia... Esta vaciedad sólo puede explicarse por el colonialismo ideológico ».

Frente a esto, García considera que « la substancia de la revolución que se está operando en el mundo es la adopción de la causa nacionalista por el pueblo », aunque tal vez esta afirmación sea sólo válida para los continentes insuficientemente desarrollados, puesto que este insuficiente desarrollo se tradujo también en una insuficiente participación del pueblo en la formación orgánica de la nacionalidad.

Un aspecto de esto es la revolución industrial, entendida como « la modernización y transformación del sistema de vida económica » para la dignificación de la vida humana, es decir, consistente no sólo en aumentar el volumen de la renta nacional, sino en lograr una nueva distribución social de esta renta.

Los países sometidos a fuerzas imperialistas se encuentran « en la incapacidad de asimilar las propias experiencias, por carecer, a causa de la pérdida del dominio sobre su propia situación, de un sistema propio de pensamiento ». « La conservación del sistema de privilegios de las potencias imperialistas exige de ellas una estrategia de agotamiento, o sea, un método de escamoteo de

los grandes objetivos de conservación de los países débiles, imponiéndoles objetivos falsos. »

Para combatir el imperialismo así entendido, García preconiza, por una parte, una « política de resiembra de los recursos naturales », es decir, la conversión de petróleo, estaño, trigo, en industrias. « El problema de los países débiles », dice García, « consiste en determinar el cuadro de sus conveniencias vitales... Esta postura supondrá una revisión del concepto imperialista de la división internacional del trabajo, así como un nuevo tratamiento de los propios recursos y un nuevo método de empleo de los recursos financieros llegados del exterior. Toda transformación de fondo, revolucionaria, en cuanto es la única dotada para remover los viejos obstáculos, debe arrancar de esas premisas ». Y la estrategia de este nuevo anti-imperialismo debe basarse « en su compenetración y su búsqueda de puntos de apoyo en el pueblo de los Estados Unidos ».

García especifica, en otros capítulos, cuales han de ser, en líneas generales, tales métodos nuevos. Pero, más que estos detalles, punto de partida de polémicas que pueden ser fructíferas, su libro es importante y básico por cuanto constituye la primera tentativa actual de enfocar el problema sin prejuicios, sin deformaciones ideológicas, y para el año en curso.

V I C T O R A L B A

Una aportación al estudio de Romain Rolland

El escritor rumano Eugen Relgis es un heredero devoto del pensamiento de Romain Rolland, que fué una de las más altas expresiones humanas de las modernas aspiraciones ideales — humanistas, pacifistas, revolucionarias en el sentido noble de esta palabra — aparecidas o reverdecidas después de la primera guerra mundial. Este seguidor de Romain Rolland, apóstol de sus mismos principios, prosigue ahora en América, con igual vigor con que la emprendió en Europa, una estimable labor de solidaridad internacional.

Autor Relgis de numerosas novelas, volúmenes de poesías, ensayos, libros de impresiones y de viajes, etc., ha dedicado poco ha esta obra (debida en su traducción española a los esfuerzos de la « Comisión cultural de la Asociación de los Estudiantes de Medicina » de Montevideo) a la ilustre figura del escritor francés, con miras a difundir lo esencial de su doctrina, mejor dicho de sus preocupaciones y anhelos políticos

y sociales. El *Romain Rolland* de Relgis no es una biografía, aunque en sus páginas abundan los elementos biográficos, ni una semblanza, ni una antología, y es un poco de todo esto al mismo tiempo. Como el autor dice : « un testimonio, una colección de documentos vivos », en los que se refleja la personal experiencia de un literato que ha querido convertir la cultura en un medio para la transformación moral del hombre, para lo que él llama su *humanización integral*.

Se compone la obra de « Una tarde con Romain Rolland » (páginas de *Peregrinaciones europeas* publicadas por primera vez en castellano) ; « Cartas y comentarios », correspondencia no seguida ni de una gran unidad, pero sí espontánea y sincera como dictada por las circunstancias de cada instante ; dos cartas abiertas del autor a Romain Rolland y algunos textos sueltos de Relgis sobre asuntos más o menos literarios, pero animada siempre su prosa por sus anhelos pacifistas o por sus aspiraciones a una completa libertad de espíritu crítico, en el que ve la esencia misma del espíritu de libertad.

El libro de Eugen Relgis, un poco confuso, en su conjunto, por la diversidad de asuntos que toca sin orden riguroso y por la multiplicidad de hechos a que se refieren sus documentos, de fechas diferentes y provocados por sucesos también diversos, es interesante porque permite extraer de esa cantera algo caótica muchos datos y declaraciones o frases que contribuyen a definir y fijar el pensamiento de Romain Rolland y sus seguidores, supervivientes varios de éstos del conglomerado de pacifistas surgido entre la primera y la segunda guerra mundiales.

Muy bien presentado el volumen por las Ediciones « Humanidad », de Montevideo, es una aportación interesante al estudio de Romain Rolland y de su pensamiento en lo concerniente a la paz, al humanitarismo, a la conquista de las fuerzas naturales para aplicarlas al beneficio común de todos los individuos, sin acepción de razas, de religiones o de preferencias culturales o estéticas. Una reserva hemos de hacer sinceramente : lástima que los traductores — cuatro para esta edición española — hayan hecho, por timidez sin duda, una versión demasiado *paso a paso*, afeada con múltiples y evitables galicismos, en la que sólo los vocablos — y no siempre — son españoles, permaneciendo la construcción y giros extranjeros. Sin infidelidad al pensamiento del autor, cabía una traducción verdaderamente castellana. Con el libro habría ganado mucho. La tarea de traducir un libro pide mayor ciencia idiomática y más esmero.

C. A.

Dos mundos colocados frente a frente

VIVIMOS un período histórico tan agitado y fecundo en acontecimientos que se suceden con inusitada rapidez, que esta abundancia de hechos trascendentes, a diario renovados, distrae y diversifica nuestra atención y nos impide o dificulta la visión sinóptica de nuestro tiempo. Atentos a cada episodio, no nos damos cuenta de que estamos siendo espectadores — y actores — del drama más intenso que jamás haya vivido la humanidad. Ocupados en el episodio del día, en el suceso reciente, carecemos de la perspectiva necesaria para bien divisar y juzgar el conjunto. Esta perspectiva, que sólo el paso de los años procura ; esta ojeada sintética tan ardua en nuestra época accidentada y compleja, nos la ofrece, con su afortunada exposición de cuanto de importante ha ocurrido en el mundo en estos años de postguerra, el profesor y diplomático argentino Ricardo de Labougle en su libro *Dos mundos frente a frente*, que es ante todo un concienzudo y honrado reportaje internacional.

Erraría quien creyese que empleando la palabra *reportaje* subestimamos la obra del señor Labougle. La escribimos adrede para encarecer el valor informativo de este libro, cuyo autor, desde la embajada argentina en Londres, que desempeñó durante más de tres años, disfrutó de un magnífico observatorio, circunstancia que unida a su penetración y a la imparcialidad de la parte expositiva de su libro, hace de éste un precioso documento, un utilísimo breviario de historia contemporánea.

Dentro de ese cuadro histórico los juicios y comentarios del señor Labougle se limitan en ocasiones a subrayar el alcance de ciertos hechos, a esclarecer su génesis y significado o a indicar sus posibles consecuencias, discretamente, sin caer en el vaticinio profético, tan sujeto a quiebras, y otras veces instala en la obra ensayos breves de tanto interés cual aquel en que estudia la guerra fría como aplicación a la política de gobierno de la ciencia y del arte de la guerra operativa, o de la guerra a secas, o aquel

otro en que establece el contraste entre las civilizaciones europea y asiática como prolegómenos para una mejor comprensión de las diferentes modalidades de propaganda y desarrollo del comunismo, según que opere sobre los pueblos orientales u occidentales.

No todas las opiniones ni todas las consecuencias deducidas del panorama internacional por el señor Labougle merecen nuestra conformidad y aprobación. Discrepamos de él en algunos aspectos, especialmente en su manera simplista y materialista de enjuiciar el problema español cuando justifica con la *conveniencia* la inclusión de España, de la España oprimida por la dictadura, en *el cuadro de la defensa del mundo libre*. Porque si la *conveniencia* material justifica las decisiones de los pueblos, ¿con qué argumento habremos de combatir el materialismo comunista soviético, que tiene sus raíces precisamente en esa misma política de *conveniencia*, de la que se han extirpado los móviles de idealismo y de justicia internacional?

Escapemos a la tentación de hacer de una nota bibliográfica un artículo de polémica. Comprendemos que la situación oficial del señor Labougle en su país le incline a ciertas concesiones y lo lamentamos; pero nuestro desacuerdo en ese y algún otro aspecto no entibia nuestro reconocimiento del mérito de su obra en conjunto y de la utilidad de su exposición sintética, si no muy depurada en su estilo, por lo menos clara y tan ordenada como la complejidad y gran copia de hechos lo permiten.

En resumen, *Dos mundos frente a frente* es una interesante recapitulación de un período histórico complicado y difícil, sumamente práctica como memorándum informativo.

La novela de la selva ecuatoriana

EN la novelística americana, una de sus cumbres más altas es *La Vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera. Con *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo

Güiraldes; *Raza de Bronce*, del boliviano Alcides Arguedas; *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos, y *El Señor Presidente*, del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, forma una constelación de libros de primera magnitud en el firmamento de las letras criollas.

Apareció *La Vorágine* hace ahora una treintena de años. De salida, ganó justificada fama de obra maestra; y, desde entonces, se suceden las ediciones. La última nos la ofrece la casa Losada, en una de sus más prestigiosas colecciones.

La Vorágine es la novela de la selva ecuatoriana americana. La selva es no sólo un escenario grandioso y sobrecogedor, sino también la protagonista. La selva es el personaje principal, un personaje con vida y acción; que sobrepasa a los hombres; que los atrae, los tritura y los aniquila; que vende al precio de deshumanizar al hombre las maravillosas riquezas que encierra, en particular la codiciada riqueza del oro verde, como llaman al caucho.

Frente a la selva, el hombre es un pigmeo impotente, un vencido. Para el hombre, la selva se convierte en una cárcel cuyas bóvedas verdes tienen por muros ríos inmensos. Allí, el hombre sufre el suplicio de las penumbras, contemplando al sol que ilumina playas opuestas a las que nunca llegará. Allí, la cadena que muerde los tobillos es más piadosa que las sanguijuelas de los pantanos, y el carcelero que atormenta a los esclavos es menos adusto que aquellos árboles, unos árboles que vigilan sin hablar, a los que no se debe mirar, porque hacen señas; cuyos murmurios no hay que escuchar, porque dicen cosas; frente a los cuales, no se puede hablar, porque remedan la voz.

A una naturaleza tal, no se la puede atacar por los medios corrientes, ni está al alcance del hombre común. Sólo aventureros de temple sobrehumano y desesperados que huyen de la civilización osan sumergirse en la selva. Los más duros, los más audaces, los más inescrupulosos se convierten en los opresores y los explotadores de los demás. Unos pocos son los potentados de la floresta; todos los otros se hunden y perecen en la miseria del esclavo.

Y todo ¿para qué? Porque, al final, el oro vegetal no enriquece a nadie, ni a los potentados de la floresta, ya que un sino de fracaso y de maldición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los llama para tragárselos, la selva los retiene, la selva los aniquila. Es la vorágine.

CARLOS P. CARRANZA

REVISTA DE REVISTAS

NOTAS Y ESTUDIOS DE FILOSOFÍA (nº 15), la notable revista argentina que se publica en San Miguel de Tucumán, continúa ofreciendo a sus lectores la acostumbrada bibliografía de obras filosóficas, así como notables ensayos, entre los que cabe señalar el de Rodolfo Mondolfo acerca de dos textos de Platón sobre Heráclito.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA (nº 113) presenta un rico sumario, en el que participan distinguidos escritores colombianos, junto con otros iberoamericanos.

HUMANISMO (nº 14), revista mexicana, publica artículos de José Mancisidor, Mariano Picón-Salas, Víctor Alba y otros.

REVISTA DE FILOSOFÍA (nº 6), editada por la Universidad de la Ciudad Eva Perón, en la Argentina, ofrece interesantes ensayos, entre otros uno de Michelle Federico Sciacca acerca de la filosofía en América Latina.

BOOKS ABROAD (nº 4, vol. 27), la interesantísima revista norteamericana que ofrece en cada uno de sus números un panorama de la literatura internacional, dedica su última entrega a la literatura latinoamericana: Enrique Anderson Imbert estudia las letras hispanoamericanas durante los 25 últimos años; Antonio Soares, la perspectiva de la literatura brasileña contemporánea; Robert E. Luckey, la figura de Mariano Azuela, el novelista mexicano muerto hace un par de años; y, por último, Micheline se refiere a la controversia provocada en América por la publicación del *Boltvar*, de Madariaga.

PAPEL LITERARIO « EL NACIONAL », el suplemento literario ofrecido a sus lectores por el mencionado diario venezolano, continúa manteniendo el alto interés y gran nivel que ha sabido darle su director, Mariano Picón-Salas.

INDICE (nº 68-69), publicado en Madrid, trata en este número de la polémica surgida entre Juan R. Jiménez y Jorge Guillén respecto a « poesía cerrada » y « poesía abierta ».

VIDA UNIVERSITARIA (nº 39), de La Habana, reproduce un artículo de José Gaos acerca de los clásicos del pensamiento cubano.

REVISTA HISPANICA MODERNA (nº 1-4, Año XVIII), órgano del Instituto Hispánico de los Estados Unidos, dedica una buena parte de sus páginas a la vida y obra de Martí. Asimismo ofrece una amplísima bibliografía hispánica.

CENIT (nº 36), revista sociológica publicada en Francia en lengua castellana, trata de algunos aspectos del pensamiento de Malatesta.

ANALES (nº 335-336), editados por la Universidad Central del Ecuador, informa de asuntos relacionados con la misma. Ofrece también unos interesantes cuadernos de arte y poesía.

CRISIS (nº 1), revista española de filosofía, con varios ensayos y notas de diverso interés.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA (nº 2, vol. XV), del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México, publica un estudio del Dr. Ruiz Funes titulado « La defensa social, el delito y el peligro ».

LA NUEVA DEMOCRACIA (Octubre 1953), publicada en Estados Unidos, con colaboraciones de Alfonso Reyes, Federico de Onís, Arturo Torres Ríosco, Rafael Heliodoro Valle, etc.

ESTUDIOS AMERICANOS (nº 27), ve la luz en Sevilla y es órgano de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos; artículos, notas y comentarios diversos.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS (nº 10), publicada por la Universidad de Montevideo, con selecta colaboración; Roberto Ibáñez estudia la novela de Eduardo Acevedo Díaz.

SUR (nº 224), que ve la luz en Buenos Aires bajo la dirección de Victoria Ocampo, ofrece en su sumario un ensayo de Valéry acerca de la libertad del espíritu y otro de Julián Marías sobre los cristianos y la verdad.

CLAVILEÑO (nº 23); de Madrid, publica entre otros trabajos uno de José Luis Cano acerca de las relaciones personales que existieron entre Unamuno y Rubén Darío.

CUADERNOS AMERICANOS (nº 6. Año XII), que ve la luz en México, publica sus distintas secciones con artículos de Francisco Romero, Ferrándiz Alborz, Luis Alberto Sánchez y otros amigos nuestros.

LA TORRE (nº 2) revista de la Universidad de Puerto Rico ofrece un buen sumario; Federico de Onís trata del concepto del Modernismo; Serrano Poncela de la novela española contemporánea y Francisco Ayala de la situación del escritor en la sociedad actual.

DIÓGENES (nº 3), revista que ve la luz con el concurso de la Unesco, publica entre otros más, un interesante ensayo de Dwight Macdonald acerca de la cultura de masas.

POESÍA DE AMÉRICA (nº 4), interesante revista publicada en México y en la que se da una imagen de la actual poesía americana.

ASOMANTE (nº 3) editada por la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, con rica colaboración literaria, en la que cabe señalar a Federico de Onís, Concha Meléndez, Anderson Imbert y otros.

PANORAMA (nº 4), de la Unión Panamericana, publicada en Washington en varias lenguas. Artículos de Francisco Romero, Gilbert Chase y otros más.

REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS (nº 70) del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, publica su variado sumario; señalemos un estudio acerca de los sindicatos norteamericanos y otro sobre las ideas políticas en la obra de Dostoyevski.

REVISTA INTERNACIONAL DE SOCIOLOGÍA (nº 42) de Instituto « Balmes » de Sociología, Madrid, publica sus habituales secciones doctrinales sobre temas sociológicos.

BOLIVAR (nº 25), órgano del Ministerio de Educación Nacional de Colombia; colaboración variada de valor diverso.

UNIVERSIDADES DE LATINOAMÉRICA (nº 20), dedica gran parte de sus páginas a estudiar el problema universitario en Chile.

ESTUDIOS ECLESIASTICOS (nº 107), revista de información teológica publicada por las Facultades de Teología de la Compañía de Jesús en España.

REVISTA (nº 92), ve la luz en Barcelona y ofrece una interesante información sobre las artes y las letras.

AMÉRICA (noviembre de 1953) publica, entre otros trabajos, el habitual editorial de nuestro amigo Pastor del Río.

POLÍTICA Y ESPÍRITU (nº 105), la gran revista chilena de hechos e ideas, continúa manteniendo el interés y elevado nivel intelectual de siempre.

CORREO LITERARIO (nº 85), publicado en Madrid con destino principal a Iberoamérica, ofrece un artículo de Ricardo A. Latham, al que nuestro amigo Luis Alberto Sánchez da en este número de *Cuadernos* adecuada respuesta.

HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA (nº 35), como siempre bien presentadas, con magníficas litografías y buena prosa.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (nº 48), ven la luz en Madrid, y publican en este número un curioso e interesante estudio acerca de la intolerancia española.

VIDA DEL CONGRESO

REUNION DEL COMITÉ EJECUTIVO

El Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura se reunió en Roma, en el domicilio de la sección italiana, durante los días 25 al 28 de noviembre de 1953. Dos de las sesiones fueron públicas. La primera de ellas fué dedicada a los problemas de la libertad en las Indias y en Extremo Oriente, con la participación de Mino R. Masani, animador del Comité indio, y de Raymond Aron, que acababa de regresar de una importante jira de información y de conferencias en el Japón y las Indias. Fué presidida esta sesión por F. Bondy. La segunda, presidida por Ignacio Silone, fué dedicada al estudio del socialismo y del sindicalismo con relación a las libertades políticas y culturales. Fueron sus ponentes Haakou Lie, presidente del Partido Obrero de Noruega, y Carlo Schmid, líder socialdemócrata alemán. A estas reuniones asistieron, además de los miembros del Comité Ejecutivo, la vieja y prestigiosa socialista rusa Angélica Balabanoff, el poeta W. H. Auden, los líderes socialistas democráticos Romita y Saragat y varios universitarios y escritores italianos.

El Comité Ejecutivo aprobó con viva satisfacción los trabajos emprendidos durante los últimos meses en la América Latina, felicitándose por la constitución de varios Comités en los principales países de este vasto continente, por la adhesión de las más prestigiosas figuras intelectuales iberoamericanas y por el éxito obtenido por *Cuadernos*, que ha alcanzado una acogida entusiasta, tanto en los medios de la emigración española como en los países de Latinoamérica. Se decidió proseguir e intensificar los trabajos en esta vasta región que tan magníficas perspectivas ofrece para el desarrollo del pensamiento libre.

URUGUAY

El Comité rioplatense del Congreso por la Libertad de la Cultura ha quedado definitivamente constituido en Montevideo y en él están representadas todas las tendencias. Dicho Comité ha hecho público un documento glosando los catorce puntos del manifiesto aprobado en Berlín por el Congreso constitutivo.

Las siguientes personalidades forman parte de dicho Comité : Arquitecto Leopoldo C. Agorio, Rector de la Universidad del Uruguay ; Dr. Arturo Ardao, escritor, profesor de filosofía en la

Facultad de Humanidades ; José Bellino, escultor ; J. J. Carvajal Victorica, profesor, publicista ; Dr. Mario Cassinoni, Rector de la Facultad de Medicina ; Dr. Pedro Díaz, escritor, Presidente del Ateneo ; Profesor Clemente Estable (discípulo predilecto de Ramón y Cajal), Director del Instituto de Ciencias Biológicas del Uruguay ; Emilio Frugoni, poeta, escritor, Secretario General del Partido Socialista Uruguayo ; Américo Ghioldi, profesor, escritor, secretario General del Partido Socialista Argentino en el Exilio ; Roberto Ibáñez, profesor de literatura de la Universidad, poeta ; A. Montiel Ballesteros, novelista ; Celedonio Nin y Silva, historiador ; Emilio Oribe, profesor de la Facultad de Humanidades, poeta ; Eugen Relgis, escritor ; Carlos Sabat Ercasty, poeta, presidente de Aude (Asociación de Escritores Uruguayos), y Daniel D. Vidart, profesor, escritor



Se le ha conferido el Premio Nacional de Literatura 1953 (5.000 pesos uruguayos) al poeta Carlos Sabat Ercasty miembro del Comité Rioplatense del CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA. Desde su primer libro de poemas, *Pantheos* (1917), se ha ido afirmando

AMÉRICA

Revista mensual
de la Asociación
de Escritores y Artistas Americanos

Director :

PASTOR DEL RIO



Redacción y Administración :
Ave. de los Presidentes, 52

LA HABANA (Cuba)



Precios :

Número suelto : 30 cts.

Suscripción anual : \$ 3.00

(moneda cubana)

la personalidad poética de esta figura de hombre tallada severa y serenamente en espíritu. En su temática confluyen las más egregias influencias rítmicas : Walt Whitman, Verhaeren, Edgar Poe. Su espíritu es una síntesis de cristianismo, brahmanismo y la nueva inquietud social bajo la insignia de la libertad y de la democracia. Tiene en su haber libros como « *Vidas* (1923), *Poemas del hombre* (1927) *Los Adioses-Interludios al modo antiguo* (1929). Además de una fecunda labor literaria, su último libro, *Prometeo*, es un canto a la libertad y un anatema a todas las dictaduras. La poesía de Sabat Erasty imagen, metáfora y ritmo es una exaltación del hombre y de las fuerzas divinas que en él se encierran.

Con motivo de este galardón, se le hizo un homenaje al que asistieron los más destacados intelectuales y artistas uruguayos, entre los que se hallaban los integrantes del Comité del Congreso por la Libertad de la Cultura, Dr. Emilio Frugoni, profesor Clemente Estable, escultor José Belloni, Dr. Carvajal Victorica, Dr. Roberto Ibáñez, Dr. Emilio Oribe y escritor F. Ferrándiz Alborz.

CUBA

Ha quedado constituida en la ciudad de La Habana una comisión organizadora del Comité antillano del Congreso por la Libertad de la Cultura. Forman dicha comisión algunas de las más prestigiosas personalidades de la intelectualidad cubana, tales como D. José Manuel Cortina, D. Jorge Mañach (miembro del Consejo de Honor de *Cuadernos*), D. César Salaya, D. Gastón Baquero y D. Miguel Angel Carbonell. Es su Secretario General D. Pastor del Río, que lo es al mismo tiempo de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos domiciliada en la Habana, y su Secretario Administrativo el Dr. Mario Llerena. Dicha comisión se propone convocar en breve a la intelectualidad cubana para la constitución del Comité antillano.

AMERICA CENTRAL

Durante los meses de noviembre y diciembre últimos, y con ocasión de un viaje realizado por el culto y activo escritor salvadoreño Gilberto González y Contreras por los países de la América Central, quedaron constituidos tres nuevos Comités del Congreso por la Libertad de la Cultura. Forman parte de los mismos los intelectuales de más valía y prestigio de cada país.

Costa Rica. — El Comité de San José de Costa Rica ha quedado formado de la siguiente forma :

Presidente : Profesor Abelardo Bonilla ; Secretario : León Pacheco ; miembros : Alfredo Castro Fernández, Lorenzo Vives, Enrique Ma-

caya, Carlos Salazar Herrera, Fernando Centeno, Mario Fernández Alfaro y Manuel Segura Mendoza. Director del Centro de Información : Julián Marchena, Director de la Biblioteca Nacional.

Nicaragua. — El Comité de Managua ha quedado constituido como sigue : Presidente : Horacio Espinoza ; Vice : Hernán Robleto ; Director del Centro de Información : Dr. Ramón Romero, Director de la Biblioteca Nacional ; Secretarios : Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal ; miembros : Sofonías Salvatierra, Ildefonso Palma Martínez, Agenor Argiello, Juan Ramón Avilés, Francisco Barberena, Pedro Joaquín Chamorro, Luis Alberto Cabrales, Carlos Martínez Rivas, Manuel F. Surita y León Debayle.

Honduras. — El Comité de Tegucigalpa, acogido con entusiasmo por la prensa del país, se compone como sigue : Presidente : Carlos Izaguirre ; Vice : Carlos Gálvez ; Director del Centro de Información : Eufemiano Claros ; Secretarios : Vicente Machado Valle y Hermes Beltrand Anduray ; miembros : Trinidad de Cid, Miguel Navio, Samuel Salgado, Salomón Gimenes, Rafael Manzanares, Carlos Izaguirre, Moisés López, Eliseo Pérez Cadalso, Julián López Pineda, Oscar Flores, Alejandro Valladares y Fernando Zepeda Durón.

FRANCIA

Los días 7 y 8 de enero, y con el tema « La Europa occidental y el pacto Washington-Madrid », explicó dos conferencias Julián Gorkin en las Casas de la Libertad de Lyon y Grenoble. La primera fué presidida por Robert Vial e hizo la presentación del conferenciante Geneviève Goddet. La segunda fué presidida por J. Travé.

Ambas conferencias se vieron muy concurridas y sobre ellas se establecieron amplios debates.



Las charlas quincenales organizadas por nuestra revista en lengua francesa *Prewes*, continúan celebrándose con todo éxito.

Los temas más interesantes y que más preocupan en la hora actual en Francia, son expuestos por diversos oradores y discutidos a continuación por la asistencia. Así, se ha pasado revista a la cuestión de la unidad europea, a la crisis del cinema francés, al problema alemán, a la libertad de información, etc., etc.

Un numeroso y selecto público asiste a estas charlas quincenales, que *Prewes* ha tenido el acierto indiscutible de organizar. Las mismas se prosiguirán durante los meses próximos, contando para ello con la colaboración de distinguidos intelectuales que han aceptado pasar por la tribuna que *Prewes* les ofrece.

NUESTRO CARNET

- **BENJAMIN CARRION**, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, ilustre escritor y uno de los más agudos críticos de toda Hispanoamérica. Autor de *Los creadores de la nueva América*, *El nuevo relato ecuatoriano*, *Atahualpa*, etc.
- **ARTHUR KOESTLER**, gran escritor harto conocido del lector hispanoamericano, autor de numerosos libros, entre otros *El testamento español*, *Espartaco*, *Los Cruzados sin Cruz*, *El cevo y el infinito*.
- **ENRIQUE L. REVOL**, crítico argentino, profesa actualmente en la Universidad de Puerto Rico. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *William Blake*, *Poesía británica moderna* y *Al pie de la letra*. Prepara un extenso estudio, *El sentido de la cultura*, sobre temas antropológicos.
- **LUIS ALBERTO SANCHEZ**, antiguo rector de la Universidad de Lima, es el gran historiador de la literatura hispanoamericana. De su abundante obra cabe señalar *Visión y pasión de la cultura en América*, *¿Existe América Latina?*, *Balance y liquidación del novecientos* y *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Forma parte del Consejo de Honor de **CUADERNOS**.
- **LUIS MERINO REYES**, poeta, novelista y ensayista chileno. Ha realizado últimamente un viaje a la fabulosa isla de Pascua, después de tocar en la no menos famosa isla de Juan Fernández. Fruto de este viaje va a ser el libro *Rumbo a Oceanía*, del que ofrecemos una primicia.
- **EMILIO FRUGONI**, distinguido poeta uruguayo, fundador del Partido Socialista del Uruguay y director de sus publicaciones. Es uno de los grandes valores de la intelectualidad iberoamericana y forma parte del Consejo de Honor de **CUADERNOS**.
- **DAVID DUBINSKY**, presidente del sindicato de la confección femenina y miembro del Consejo Ejecutivo de la Federación Americana del Trabajo (A. F. L.) en 1934-35, es hoy día una de las figuras más representativas del poderoso movimiento sindicalista norteamericano.
- **CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ** fué catedrático de la Universidad de Madrid y director del Instituto de Estudios Medievales; actualmente reside en la Argentina. Ha realizado estudios sobre la behetría, el feudalismo y la organización monetaria en la Edad Media. Es autor de varias obras.
- **RITA HINDEN** participó en los trabajos de la Comisión enviada por el gobierno laborista a la Guayana inglesa para elaborar el proyecto de Constitución. Actualmente dirige la secretaría colonial de la *Fabian Society* y es autora de varios libros y encuestas.
- **MINOO R. MASANI**, uno de los animadores del Congreso por la Libertad de la Cultura en la India, fué parlamentario, embajador en el Brasil y alcalde de Bombay. Es autor de varias obras políticas y económicas.
- **MANUEL DE IRUJO**, antiguo ministro republicano español, autor de varios libros — *Inglaterra y los Vascos*, *Instituciones jurídicas vascas*, etc. — nos presenta la figura interesante de Sabino de Arana-Goiri. Justamente su padre, D. Daniel de Irujo y Urra fué el abogado defensor de Arana-Goiri.
- **LOUIS MERCIER**, periodista, militante de los sindicatos libres franceses, nació en Chile, donde ha estado recientemente para reanudar el contacto con los medios intelectuales chilenos, con vistas a la organización en dicho país del Congreso por la Libertad de la Cultura.
- **RODRIGO GARCIA TREVIÑO**, publicista mexicano, director de la Editorial Ariel y presidente de la Asociación de Editores y Libreros de México. Es también el representante en su país del Congreso por la Libertad de la Cultura.

SUR

Revista bimestral

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración :
San Martín, 689 - BUENOS AIRES

Precios :

Argentina :

Suscripción anual \$ 50 arg.

Número suelto \$ 9 »

Otros países :

Suscripción anual 5 dól. USA

Número suelto 0, 50 dól. USA

Se admiten suscripciones a la revista

CUADERNOS

en las direcciones siguientes :

- LIBRERIA MADRID
Bmé. Mitre, 950
BUENOS AIRES (Argentina)
-
- LIBRAIRIE FRANÇAISE
Estado, 36
SANTIAGO (Chile)
-
- EDITORIAL DEL PACIFICO
Ahumada, 57
SANTIAGO (Chile)
-
- HECTOR D'ELIA
18 de Julio, 1333
MONTEVIDEO (Uruguay)
-
- LA VOZ DE ESPAÑA
R. Cons. Crispiano, 344
10º andar - conj. 1005
SAO PAULO (Brasil)
-
- DELEGACION DEL CONGRESO
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
Rua México, 158, Sala 304
RIO DE JANEIRO (Brasil)
-
- LIBRERIA SUMA, S. A.
Calle Real de Sabana Grande, 102
CARACAS (Venezuela)
-
- LIBRERIA ARIEL
Donceles, 91
MEXICO, D. F.
-
- ASOCIACION DE ARTISTAS
Y ESCRITORES AMERICANOS
Ave. de los Presidentes, 52
Apartado 1969
LA HABANA (Cuba)
- LIBRERIA CARLOS HIRSCH
Florida, 165
BUENOS AIRES (Argentina)
-
- LIBRERIA YERBA BUENA
Casilla de Correo 131
**SAN MIGUEL DE TUCUMAN
(Argentina)**
-
- LOS AMIGOS DEL LIBRO
Calle Perú esq. España
COCHABAMBA (Bolivia)
-
- LIBRERIA MEJIA BACA
Jirón Azángaro, 712
LIMA (Perú)
-
- LIBRERIA GUATEMALA
5ª Ave. Sur N° 1-A
CIUDAD DE GUATEMALA (Guatemala)
-
- INSTITUTO DEL LIBRO
Calle 5ª. N° 5-08
POPAYAN (Colombia)
-
- LIBRERIA UNIVERSITARIA
Frente a la Embajada Americana
SAN JOSE (Costa Rica)
-
- AGENCIA INTERNACIONAL
DE LIVRARIA ET PUBLICAÇÕES
119, Rua S. Nicolau
LISBOA (Portugal)
-
- BUCHHANDLUNG ZUM ELSASSER
A. G.
vormals Albert Müller
Limmatquai, 18
ZURICH (Suiza)



PREUVES

REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY

Secrétaire général : JACQUES CARAT

23, rue de la Pépinière, Paris (8^e)

Tél. : EUR. 55-15 à 17. — C. C. P. 178-00 Paris

Le numéro : France et Union Français : 120 fr. - Etranger : 150 fr.

ABONNEMENTS

France et Un. Fr. un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.
Etranger un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

ENCOUNTER

*Edited by STEPHEN SPENDER
et IRVING KRISTOL*

- On « Negative Liberalism » Irving KRISTOL
- Mount Everest Diary. Wilfred NOYCE
- The case of British Guiana Rita HINDEN
- Doppelgänger : a Story Wyndham LEWIS
- Florence : a Poem . Elizabeth JENNINGS
- Three Letters W. S. GRAHAM
- Words and Music .. W. H. AUDEN
- Persia : Land of Unrealities F. R. ALLEMANN
- Poem Robert CONQUEST

Communications. Books

Please address all correspondence to :
" ENCOUNTER ", PANTON HOUSE,
25 HAYMARKET, LONDON, S. W. 1.

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della Cultura, piazza Accademia di San Luca 75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural Freedom, Manekji Wadia Building, 127, Mahatma Gandhi Road, Bombay I

FORVM

Osterreichische Monatsblätter für Kultur-
relle Freiheit.
WIEN VII
Museumstrasse 5.

Mayo - Junio 1954

B.D.I.C

REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

6

Lámpara de Catedral

Preguntas y respuestas

¿ Por qué mataron a Servet ?

Encuentro con Rómulo Gallegos

Derroteros de la cultura en el Perú

Formación del hombre boliviano

Estampas poemáticas

Notas sobre la poesía cubana

Hacia un nuevo humanismo en el Uruguay

El " nuevo curso " de Malenkov

El Frente Nacional comunista

GABRIELA MISTRAL

IGNAZIO SILONE

LUIS ARAQUISTAIN

JUAN LISCANO

M. SUAREZ-MIRAVAL

F. DIEZ DE MEDINA

J. CARRERA ANDRADE

EUGENIO FLORIT

EUGEN RELGIS

LUCIEN LAURAT

EUDOCIO RAVINES

Otros artículos :

La creación galdosiana, por J. Casaldueo. — Cuestiones indigenistas, por Manuel Gamio. —

La II Bienal de Sao Paulo, por Mario Pedrosa. — Literatura femenina hispanoamericana, por Susana Redondo. —

Carta de Italia, por José Ma. de Semprún Gurrea. — Carta de Austria, por Adam Wandruszka. — Etc., etc.

El número : 125 fr.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont.

Secretario general : Nicolás Nabokov

REPRODUCCION DE LOS TEXTOS DE CUADERNOS

Venimos observando que diversas publicaciones iberoamericanas reproducen con cierta frecuencia artículos de Cuadernos como si fuesen colaboraciones especiales suyas. No tenemos nada que objetar a dicha reproducción. Sin embargo, nos oponemos terminantemente a que se deje de citar la referencia de origen, tanto por lo que se refiere a las reproducciones totales como a las parciales.

CUADERNOS



NUMERO 6

REVISTA BIMESTRAL

MAYO-JUNIO 1954

SUMARIO

¿ Por qué mataron a Miguel Servet ?.....	LUIS ARAQUISTAIN	3
Preguntas y respuestas.....	IGNAZIO SILONE	14
Homenaje a Rómulo Gallegos	« CUADERNOS »	16
Encuentro con Rómulo Gallegos.....	JUAN LISCANO.....	17
Lámpara de Catedral (poema).....	GABRIELA MISTRAL	25
Derrotero de la cultura en el Perú	MANUEL SUAREZ-MIRAVAL .	27
Proceso de la literatura femenina hispanoame- ricana	SUSANA REDONDO	34
Trayectoria de la creación galdosiana	JOAQUIN CASALDUERO	39
Figura y paisaje de Gabriel Miró.....	F. FERRANDIZ ALBORZ	45
Estampas poemáticas.....	JORGE CARRERA ANDRADE .	53
Notas sobre la poesía cubana	EUGENIO FLORIT	59
Teoría y práctica del Frente Nacional.....	EUDOCIO RAVINES.....	63
 <i>Crónicas</i>		
El « nuevo curso » de Malenkov	LUCIEN LAURAT.....	70
Italia : La democracia en un desfiladero	JOSE Ma. DE SEMPRUN.....	75
Austria : Después de la Conferencia de Berlín.....	ADAM WANDRUSZKA	79
 <i>Cultura y libertad</i>		
Formación del hombre boliviano	FERNANDO DIEZ DE MEDINA	83
Hacia un nuevo humanismo en el Uruguay	EUGEN RELGIS.....	87
Diálogo sobre cuestiones indigenistas.....	MANUEL GAMIO	91

Lecturas

Itinerario de ciudades, por FERNANDO VALERA. — El poeta italiano Marino Piazzola, por MARIA ZAMBRANO. — Esperanzas para un mundo en transformación, por CARLOS P. CARRANZA. — La última obra de Upton Sinclair, por C. P. C. — Dos libros de Guillermo de Torre, por GEORGES PILLEMENT. — Filosofía de la saude, por C. A. — Un gran poeta del Ecuador y de América, par I. I..... 100

Vida del Congreso. — Nuestro Carnet.

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>	<i>Países de Iberoamérica :</i>
Número suelto ... 125 francos	Número suelto.. 0,50 dólares USA
Suscripción anual . 650 »	Suscripción anual 3. - " »
(6 números)	(6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

¿ Por qué mataron a Miguel Servet ?

(En torno al IV centenario)

POR LUIS ARAQUISTAIN

EL 28 de octubre de 1553 era abrasado vivo Miguel Servet en el quemadero de Champel, hoy ameno suburbio de Ginebra. El último sendero que recorrió para llegar al emplazamiento de la pira se llama hoy Chemin de Michel Servet. Se redujo su cuerpo a cenizas ; pero de ellas había de renacer, como el ave Fénix, su personalidad incombustible, su fama y su obra imperecederas mientras haya hombres libres en el mundo, con una vida póstuma que nunca hubiera logrado sin su atroz suplicio.

De ninguno de los muchos mártires de esa época, tan peligrosa para los pensadores independientes, se ha escrito tanto como de Miguel Servet. En el extenso estudio que Menéndez y Pelayo le dedica en su *Historia de los heterodoxos españoles* — uno de los mejores sobre Servet — cita medio centenar de obras acerca de la vida y los escritos de nuestro autor. El norteamericano Roland H. Bainton, profesor de historia eclesiástica en la universidad de Yale, en su reciente biografía de Servet (1953), sin duda la más erudita de cuantas han aparecido hasta ahora, registra casi cuatrocientos trabajos sobre el mismo tema — setenta y cinco de un solo autor, el pastor protestante alemán Enrique Tollin —, y tan copiosa bibliografía, según dice, no es más que una selección.

Miguel Servet nació en Villanueva de Aragón. De ese lugar tomará más tarde el pseudónimo latino de Villanovanus y el francés De Villeneuve. Su padre era notario. Tuvo un hermano clérigo, algo cainita, como veremos más adelante. A los catorce años, aparece al servicio de Fray Juan de Quintana, confesor de Carlos V y hombre afecto al liberalismo eclesiástico de Erasmo, como casi todos los personajes de la corte del emperador. Quintana da a Servet una licencia de dos años para estudiar derecho en Toulouse. Reincorporado al servicio del docto clérigo, le acompaña en el séquito de Carlos V y asiste a su coronación en Bolonia, en 1530. Su Majestad imperial, en cuyo nombre las tropas españolas habían entrado tres años antes a saco en Roma — episodio inmortalizado literariamente por los hermanos Alfonso y Juan de Valdés en su diálogo justificativo entre Lactancio y el Arcediano —, besa el pie del Papa Clemente VII. Este acto de cínica humildad diplomática produjo una impresión repulsiva en el ánimo recto e igualitario de Servet, como otro parecido en el de su contemporáneo Rabelais, cuando vió que su señor el cardenal Du Bellay besaba también el pie de su Santidad. El caso es que poco más tarde abandona la servidumbre de Quintana y la corte del emperador y le encontramos en Basilea

disputando de teología con los doctores protestantes de aquella ciudad.

Su filosofía

En 1531 publica su primer libro *De Trinitatis erroribus* (Los errores de la Trinidad). Es asombroso, hasta para los más eruditos, el caudal de lecturas que revela esta primicia teológica, escrita hacia los veinte años, cuando la inmensa mayoría de los hombres apenas ha superado aún la puericia cultural. Allí cita todos los autores antiguos y medievales que tratan directa o indirectamente del dogma de la Trinidad. Conocía perfectamente el latín, el griego y el hebreo, además de varias lenguas europeas modernas. Los pastores protestantes de la Suiza germanica le habían recibido con los brazos abiertos, como a un mozo prodigio, por lo mucho que sabía a tan corta edad, pero sobre todo por venir y ser hijo de aquella remota España que personificaba para ellos la Iglesia más inquisitorial y el Estado más belicoso de la Contrarreforma. Sin embargo, las doctrinas de Servet, expuestas en el libro citado y en sus acaloradas discusiones con los maestros de la Reforma en Suiza, no tardaron en alarmarles y aun escandalizarles.

Decir que Dios es infinito e indivisible, « el océano infinito de la sustancia », « un obrar eterno », y que la Trinidad es un « abismo de contradicciones », que con ella Dios « se hace añicos », que ella nos conduce « al Cancerbero de tres cabezas de la vieja mitología », a la adoración de los dioses, e a propagar herejías intolerables no sólo para la Iglesia de Roma, sino también para todas las Iglesias reformadas, para toda la cristiandad. Era recaer en el arrianismo. No era menos herético sostener, aunque fue: a con la Biblia en la mano — y con la Biblia en la mano impugnaba también el dogma de la Trinidad, que sólo es dogma desde el concilio de Nicea en el año de 325 —, que el hombre es inocente e irresponsable de todo hasta los veinte años y que por lo tanto no debe bautizarse antes de esa edad, lo que equivalía a negar la transmisión del pecado original. Esta tesis, además de heterodoxa, era sumamente peligrosa para el

porvenir de la Reforma, como para todo el cristianismo, al pretender que la infancia qu de sustraída a la catequesis eclesiástica. Pues eso significaba la supresión del bautismo, ya que un ser no bautizado escapa a la jurisdicción de la Iglesia. Las dictaduras modernas han aprendido de todas las religiones oficiales, sin excepción, la eficacia política de apoderarse de la mente del niño cuando es aún blanda arcilla, para moldear el servicio incondicional de sus Estados totalitarios.

Servet no era ateo ; pero su Dios no encajaba del todo en las ortodoxias tradicionales. A su juicio, Dios es incomprendible para la razón humana. Pero se revela de tres maneras : el Verbo, el Cristo y el Espíritu o Logos. El Verbo vale tanto como decir el mundo de las ideas, formas o modelos y principios activos de las cosas ; en esta concepción de Servet hay resonancias místicas, platónicas y neoplatónicas, sobre todo de Plotino. Su idea del Cristo es más realista y personal. Su Cristo, según decía, no era el Cristo abstracto, irreal, deshumanizado por los dogmas y la teología cristiana elaborada durante quince siglos, sino el Cristo histórico, carnal, vivo y palpitante. Es más bien un hombre que se hace Dios, y no un Dios que se hace hombre. No es Dios por naturaleza, sino por gracia, por privilegio divino. Para Servet, todos los hombres son hijos de Dios, como el Cristo, y todos pueden y deben aspirar a la misma divinidad moral. Humanizaba, democratizaba a Dios, por así decirlo, y deificaba al hombre. Su filosofía o teología era una apasionada exaltación del hombre, una deificación gradual de la especie humana, personificada en este proceso ascendente por el que él consideraba como su prototipo, su ideal de perfección, el Cristo, en vez de ver en ella sólo una decadencia, una caída irremediable del estado original.

En la terminología de nuestro tiempo podríamos decir que su cristianismo era más bien darwiniano o evolucionista, y no involutivo o regresivo, una concepción más científica que teológica. En cierto modo, su Cristo tiene algo del Superhombre de Nietzsche, aunque éste sea, en el pensamiento de su autor, tan anticristiano. Y el Espíritu o el Logos es para él el modo por

el cual la esencia de Dios, revelada por el Verbo, se comunica al mundo. Es el alma universal de la creación, lo que anima a los hombres. Aquí el panteísmo de Servet parece alejarse del platónico y anticiparse al de Spinoza. En suma, su filosofía y su teología pueden definirse como un profundo humanismo místico. Su gran ambición no era sólo reformar la Iglesia católica, sino también las propias Iglesias reformadas, reintegrándolas a la pureza del cristianismo primitivo.

Pero no son estas sutilezas filosófico-teológicas el tema principal de este trabajo, sino los motivos que enzarzan en una lucha a muerte a Servet y a Calvino y que determinan su fatal encuentro en Ginebra. Para comprender esos motivos es preciso darnos cuenta de lo que el pensamiento de Servet significa para Calvino y para todos los jefes protestantes de Suiza y aun de Alemania, en realidad para la Reforma entera. No tiene razón Menéndez y Pelayo al pretender que sólo el asesinato jurídico de Servet, uno de los hombres de ciencia más eminentes de su época, eclipsa todos los crímenes, también jurídicos, perpetrados por la Inquisición española, por ser casi todas sus víctimas judíos, protestantes y hechiceros de escaso relieve intelectual y social. Como si el valor de cualquier vida humana, por humilde que sea, no fuese tan sagrado como el de la más conspicua del talento, del rango o de la fortuna. Sostener lo contrario es una monstruosidad jurídica ; pero lo es tanto más en quien blasonaba de ser tan católico a machamartillo como Menéndez y Pelayo. Sin embargo, no deja de ser verdad lo que dice de los responsables que llevaron a Servet a la hoguera :

« La Reforma entera empapó sus manos en aquella sangre : todos se hicieron cómplices y solidarios del crimen ; todos, hasta el dulce Melancthon, que felicitaba a Calvino por el santo y memorable ejemplo que con esta ejecución había dado a las generaciones venideras [...] Aquella iniquidad no es exclusiva de Calvino (dijémos con el pastor protestante Tollin, a quien la fuerza de la verdad arranca esta confesión preciosa): es de todo el protestantismo, es un fruto natural e inevitable del protestantismo de entonces. No es Calvino el culpable : es toda la Reforma. » (*Heterodoxos*, II, 305, primera edición.)

El poeta inglés Coleridge va aún más lejos que Menéndez y Pelayo y Tollin, y mucho antes que ellos, cuando dice : « La muerte de Servet no fué especialmente la culpa de Calvino, sino el oprobio común a toda la cristiandad europea. » Esta es la verdad y así lo han reconocido y lo reconocen ya los propios protestantes. Pero tampoco es toda la verdad ni la que ahora más nos interesa. La historia ha juzgado ya el asunto y no hay por qué estar revisándolo indefinidamente, ni proseguir la vieja polémica entre católicos y protestantes que siempre acaba con el socorrido e inútil argumento de « más eres tú ». El papel de la historia no es tanto definir responsabilidades jurídicas y morales como explicar los hechos. ¿ Por qué toda la Reforma y toda la cristiandad europea, según Coleridge, necesitaban que Servet fuera entregado a las llamas ? Este es el problema.

Las sectas revolucionarias

La herejía antitrinitaria era grave, pero no peligrosa para los Estados europeos, protestantes o católicos. La grave y a la vez peligrosa era la herejía anabaptista. Se trataba de una doctrina revolucionaria, no tanto por sus efectos pedagógicos inmediatos, la pérdida del control de las iglesias sobre el alma del niño, con ser harto importante, como por sus extensas e intensas repercusiones sociales en el pasado reciente de Europa. Todavía no se ha estudiado a fondo la verdadera significación histórica y sociológica de las sectas heréticas de la Edad Media y comienzos de la Moderna, la de los albigenses, los valdenses, los cátaros y muchas otras, pero sobre todo la de los anabaptistas, en Alemania, Suiza y Holanda.

Eran movimientos subversivos con máscara religiosa, violentas reacciones sociales contra la servidumbre feudal, del mismo modo que el cristianismo primitivo fué una evasión y una protesta — el primer protestantismo — contra la esclavitud greco-romana. En el fondo de todas las grandes revoluciones religiosas — y eso, revoluciones, son en primer término — hay siempre un interés político-social de las clases oprimidas o de las naciona-

lidades nacies. El propio protestantismo del siglo XVI es, tanto como una reacción puritana contra la Iglesia de Roma, un ataque al Imperio medieval, un principio de desintegración política del conglomerado imperial y el nacimiento o consolidación de muchas nacionalidades modernas.

Pero es una ley constante de toda gran revolución que se vea amenazada a la derecha por las fuerzas contrarrevolucionarias de los intereses creados y desbordada a la izquierda por sus propios afines, que quieren ir más lejos. La gran revolución política y aun económica, más que religiosa, del protestantismo se vió combatida por la Contrarreforma a la derecha y desbordada por los anabaptistas a la izquierda. La guerra de los campesinos en Alemania — a la que Servet aludirá sagazmente, como luego veremos — es al mismo tiempo una revolución social contra la nobleza y un intento de restaurar el comunismo cristiano de los primeros tiempos. Lutero, tan rebelde con Roma, es en lo

CALVINO



político y social un hombre profundamente conservador, que desautoriza esa guerra civil y aconseja a los poderes tradicionales que exterminen a sangre y fuego a sus promotores, como lo hicieron. En el resto de Europa, se persigue y aniquila también a los anabaptistas, sucesores de las sectas revolucionarias medievales y precursores del proletariado moderno, con el mismo furor que en Alemania.

En Suiza la represión no fué tan cruel como en otras partes, porque en este país el feudalismo había sido menos extenso e intenso, y el ala izquierda de la Reforma, el anabaptismo, contaba con menos sectarios. De todos modos, los directores de las iglesias protestantes suizas veían con inquietud cualquier manifestación anabaptista y la sofocaban por todos los medios posibles. Baste citar un caso. En 1530, poco después de llegar Servet a Basilea, un anabaptista, Konrad in der Gassen, fué procesado en la misma ciudad por haber sostenido, entre otras cosas, que la oración en voz alta es inútil. Los jueces, para impugnar esta tesis, alegaron que Jesucristo había orado con voz audible en el huerto de los olivos. A lo que Konrad replicó: « ¿ Cómo podéis saberlo ? Los discípulos dormían. » La contrarréplica de los jueces, en prueba de que lo sabían, fué ejecutarle.

Había un motivo adicional para que se inquietaran los teólogos protestantes suizos, que además de jefes de sus iglesias eran también las cabezas o mentores de sus Estados o cantones respectivos. Hoy sabemos la poderosa influencia que la Reforma, sobre todo su rama calvinista, ejerció como incitadora y maestra de las virtudes capitalistas, gracias a las obras valiosas que han consagrado a este tema los alemanes Ernst Troeltsch y Max Weber y el inglés R. H. Tawney, entre otros. El calvinismo fué, más que una secta, la filosofía social del capitalismo ascendente en Suiza, los Países Bajos, Escocia y los Estados Unidos, principalmente. Atacar las bases del protestantismo era atacar también las de los nuevos Estados capitalistas. Pero Servet era un anarquista radical en lo divino como en lo humano, un enemigo de todos los Estados, civiles y eclesiásticos, como puede verse por estas palabras de su libro sobre la Trinidad :

« De igual modo, a medida que desaparecan los motivos para que haya gobierno, se abolirá todo poder y toda autoridad, y el ministerio del Espíritu Santo dejará de existir, puesto que entonces no tendremos necesidad de ningún intercesor o mediador, ya que Dios será Todo-en-Todos ». (Bainton, *Michel Servet*, edición francesa, pag. 31)

¿ Se daba cuenta aquel loco y terco aragonés — pensarían los sesudos teólogos suizos — de lo que hablaba y escribía? Probablemente no se la daba, ni de lo que era la Europa central de aquel tiempo, sacudida en sus mismos cimientos por una doble revolución religiosa y política. Algo debió presentir, sin embargo, al saber que varios teólogos de la Suiza alemana se habían reunido en Zurich para tratar de su caso y, más tarde, que su libro sobre la Trinidad, y una continuación, *Diálogos de la Trinidad*, publicado en 1532, habían sido prohibidos en Estrasburgo y Basilea. Prudentemente, en fecha incierta, desaparece de Suiza. Pero no le olvidarían aquellos teólogos, como hemos de ver.

El hombre de ciencia

El resto de su vida, hasta su infausto viaje a Ginebra en 1553, transcurre en Francia. En Lyon trabaja como corrector de pruebas de obras clásicas y hace dos ediciones famosas de la *Biblia*, de Pagnini, y la *Geografía*, de Tolomeo. Calvino utilizará las notas atrevidas a estas obras, sobre todo las de la primera sobre Jesucristo, para su acusación. Sus caracterizaciones de casi todos los pueblos europeos, en la *Geografía*, rebosan en deliciosos sarcasmos dignos de la pluma de Quevedo. A veces su visión es profunda y llena de humanidad, aunque pesimista, como cuando habla de Alemania, después de haber dicho que los alemanes son glotones y borrachos: « La situación de los campesinos alemanes es terrible. Viven aquí y allá en chozas de adobe, madera y paja. Se alimentan de avena y legumbres cocidas, beben agua y un poco de leche. Las autoridades de cada territorio los despojan y explotan, y esa es la razón de la reciente revuelta de los campesinos y de su sublevación contra los nobles. Pero los pobres fracasan siempre. »



MIGUEL SERVET

En los años de Francia, su actividad científica es enciclopédica. Interviene en la discusión entre Fuchs y Champier sobre el origen, americano o no, de la sífilis. En París, observa un eclipse de Marte y en su universidad enseña geografía. Publica un tratado de farmacopea y es compañero del gran Vesalio en trabajos de disección. Hace un gran descubrimiento, el de la circulación pulmonar de la sangre, probablemente en París, cuando colaboraba con Vesalio; pero no lo publica hasta 1553, perdido en un pasaje de su libro *Christianismi Restitutio* (Restauración del cristianismo) que había de ser la causa final de su muerte. Se le ha disputado la gloria de ser el primero en ese gran descubrimiento; pero entre los rivales alegados — Colombo principalmente — los autores no españoles nunca citan todavía otro español que bien pudiera haberse adelantado a Servet. No lo cita ni Bainton en su muy documentada biografía, donde se ocupa con algún detalle de esta cuestión de

prioridad. Me refiero al veterinario Francisco de la Reyna, que en su *Libro de albeitería* describe magistralmente la circulación de la sangre. No se sabe a ciencia cierta la fecha de la primera edición de esa obra, aunque se cree que es de 1546; pero algunas de las ediciones conocidas son anteriores a 1553, fecha de la *Restitutio* de Servet.

Servet ejerció la Medicina en Lyon, Avignon, Charlieu (Loire) y Viena del Delfinado (Isère), donde se estableció finalmente. Entre sus clientes de Viena figura el arzobispo de la diócesis, Pierre Palmier, hombre culto y tolerante que había sido discípulo suyo de geografía en París. Con la práctica de la Medicina alternan sus trabajos de erudición, traducciones, ediciones y reediciones de obras agotadas. Allí transcurren los doce años más apacibles de su vida vagabunda y azarosa. Pero el virus teológico y el « demonio de la controversia », que le censuraban los pastores de la Suiza alemana, no le dejan en paz, y un mal día comienza a escribir cartas a Calvino, a quien había conocido en París. Quiere adoctrinarle, con la esperanza tal vez de que Calvino haga de Ginebra una especie de república anabaptista. Le escribe una treintena de cartas y además le remite un ejemplar manuscrito de su obra aún inédita la *Christianismi Restitutio*. Calvino corresponde enviándole su libro *Institución cristiana*, publicado en 1536, y diciéndole en sustancia que allí está todo su pensamiento y que no tiene tiempo que perder en polémicas. Servet le devuelve el ejemplar de la *Institución cristiana*, lleno de injuriosas notas marginales. Calvino escribe por entonces a su amigo Farel, el pastor de Lausana: « Servet acaba de enviarme con sus cartas un grueso volumen con sus divagaciones. Vendría aquí (a Ginebra) si yo le dejase. Pero no haré tal cosa, pues entonces, a poca autoridad que yo aquí tenga, no le dejaría salir vivo. »

Hubiera sido más noble en Calvino prevenir de sus intenciones nada evangélicas al propio Servet; pero es probable que Servet no le hubiera hecho caso por los motivos que luego se dirán. No se puede alegar que se metió en la boca del lobo, yendo a Ginebra, por no conocer de lo que

era capaz Calvino. Lo sabía perfectamente. Conocía con todo detalle, como se vió en el proceso de Ginebra, las confidencias de Calvino sobre quiénes eran el autor y el impresor de *Christianismi Restitutio*, publicada clandestinamente en Viena en los primeros días de 1553. La denuncia no fué directa: Calvino se sirvió de un testafarro protestante de Ginebra llamado Guillaume de Trie para transmitir esas confidencias a un pariente católico de Trie en Lyon, llamado Arney, el cual se apresuró a comunicárselas al inquisidor Ory y éste a su vez al torquemadesco cardenal de Tournon, quien ordenó inmediatamente abrir instrucción a los jueces de Viena. Calvino no se limita a denunciar los nombres del autor y el impresor del herético libro anónimo. Envía también, siempre por conducto de su testafarro, pruebas materiales irrefutables: entre otros documentos, algunas de las cartas originales que Servet le había escrito y que éste imprimió imprudentemente en su nuevo libro. Las pruebas eran terminantes y Servet y el impresor fueron encarcelados.

Servet se fugó de la cárcel el 7 de abril de 1553 y, a pesar de todas las batidas que se dieron en Viena y sus alrededores, no pudo ser hallado. No hay duda que en esta evasión debió intervenir la complicidad de personas influyentes, acaso la del arzobispo Palmier, que admiraba mucho a Servet. De Servet no se vuelve a tener ninguna noticia hasta el 13 de agosto del mismo año, en que es detenido en Ginebra al día siguiente de llegar a esa ciudad, según declaró, aunque se sospecha que estuvo oculto un mes. Grandes debieron ser sus cavilaciones durante todo ese tiempo, para decidir dónde refugiarse. En Francia le esperaba la hoguera: el 17 de junio, no pudiendo dar con su cuerpo, los jueces de Viena le habían quemado en efigie. En España no había que pensar: la Inquisición de Zaragoza había encargado al clérigo Juan Servet, hermano de Miguel, que fuera a buscarle cuando andaba por Alemania y Suiza y le trajera consigo. No se sabe si los dos hermanos se encontraron; en todo caso, Miguel no cayó en el lazo del fraterno Caín; conocía bien a los inquisidores de su patria.

¿ Por qué fué Servet a Ginebra ?

En el proceso de Ginebra, Servet declaró que su intención era dirigirse a Nápoles para practicar allí la Medicina. Añade que ya había encargado una embarcación para atravesar el lago Lemán y acercarse a la ruta de Zurich. Esta parte de la declaración es del todo inverosímil : ni Ginebra ni menos Zurich están en la ruta más corta ni más cómoda para ir de Viena del Delfinado al sur de Italia. Tampoco es verosímil, como se ha dicho, que para pasar inadvertido y no inspirar sospechas en la posada de la Rosa, donde se hospedó, fuera a oír misa — aquel fatídico 13 de agosto era un domingo — precisamente a la iglesia donde predicaba Calvino y donde había algunos feligreses que le conocían, además de Calvino, y que, al reconocerle, le denunciaron para que fuera detenido, como lo fué. Más bien parece que asistió a aquel acto religioso para que toda la ciudad tuviese conocimiento de su presencia. Su aparición y exhibición en Ginebra tiene todas las trazas de ser un guante de desafío lanzado al rostro de su mortal adversario Calvino.

La situación de Calvino en Ginebra distaba de ser sólida en aquel momento. Desde su llegada en 1536, fugitivo de Francia, encontró obstinada resistencia en el partido de los libertinos. Se llamaba así a los partidarios del poder civil, los demócratas y liberales, como diríamos en el lenguaje de nuestro tiempo. Al emanciparse del príncipe-obispo católico y del duque de Saboya, que ejercían el condominio de Ginebra, los libertinos no vieron con buenos ojos que Calvino, un francés y un clérigo además, viniera a organizar su iglesia al margen y aun por encima de las leyes y los órganos de gobierno fundados en la soberanía popular. No se habían liberado los ginebrinos de una teocracia de Roma para caer en una teocracia de la Reforma. En 1538, Calvino es desterrado de la ciudad por desacato a las órdenes de las autoridades civiles. Se le cancela la pena en 1540 y retorna a Ginebra. Pero su autoridad no es suprema hasta los últimos años de su vida, de 1555 á 1564. Todavía en 1553, Ginebra no le ha concedido el título de burgués o ciudadano, y poco antes de

llegar Servet, en julio del mismo año, Calvino, contrariado por la tenaz oposición de los libertinos, anuncia al Consejo o gobierno su propósito de dimitir su jefatura de la iglesia ginebrina, o sea, de marcharse de la ciudad.

Servet tenía seguramente conocimiento de esta situación política. Las relaciones entre Ginebra y las ciudades de la Francia oriental eran constantes y estrechas, sobre todo en asuntos religiosos, que tanto apasionaban en aquella época. Además vivía refugiado en Viena Guillaume Guérault, hugonote ginebrino, enemigo de Calvino y muy amigo de Servet, hasta el punto de ser el corrector de pruebas de su *Christianismi Restitutio*, y su cómplice, con el impresor, en la publicación clandestina de esa obra. No es inverosímil suponer que fuera Guérault quien más influyó para que Servet optara por el refugio de Ginebra, encareciéndole y tal vez exagerando la debilidad de la posición de Calvino y la fortaleza de sus adversarios los libertinos.

El proceso de Servet es uno de los más documentados que registra la historia. Se conservan las interminables declaraciones orales y escritas de Calvino, que fué el testigo de cargo principal, de Servet, que fué su propio y único defensor, por no habérsele permitido tener un abogado, y de los personajes secundarios, durante los dos meses largos que duró la vista. Pero la última verdad, la verdad sobre los móviles recónditos que indujeron a Servet a ir a Ginebra, no la sabemos ni la sabremos nunca. Sólo podemos conjeturarla. Decir que es una de tantas tragedias de la intolerancia religiosa es como no decir nada o por lo menos es empequeñecerla.

De todos los directores de la Reforma, Calvino es el de reputación intelectual más eminente y sólida. Lutero es el panfletario político y el conspirador. Los demás son locales eminencias grises. Cuando Servet empieza a atacarle en sus cartas desde Viena y en los márgenes de su propia *Institución cristiana*, Calvino se siente hondamente herido en su obra de teólogo y en su posición de casi Papa infalible del protestantismo. Un homicida odio teológico, el más terrible de los odios, hacia aquel español insolente le avasalla, y no se

lo oculta a Farel, como vimos : si el audaz viene a Ginebra, no saldrá vivo. Cuando le ve en Ginebra, en la misma iglesia donde él predica, la presencia de aquel hombre temerario que se había permitido insultarle a distancia y a quien él, Calvino, había denunciado a la Inquisición católica de Francia y había sido la causa eficiente de que fuera sentenciado a ser quemado vivo, aunque entonces sólo pudo serlo en efígie, debió parecerle la de un espectro y acaso la de un vengador : conocida es la fama de los españoles como gente irascible, violenta y vindicativa. El odio teológico, ante aquella aparición inesperada y angustiosa, debió transformarse o doblarse en miedo, defensa natural del instinto de conservación. Sólo así se explica la detención inmediata de Servet, antes de que hubiera ningún cargo punible contra él. Había que tomar precauciones, contra todo derecho.

Aquel hombre, libre, en Ginebra, es un peligro para su persona, para su doctrina, para el Estado teocrático-burgués que está edificando con tanto esfuerzo y frente a tanta resistencia. Por eso manda apresarle, casi en la misma iglesia ; pide su procesamiento ; le acusa con toda saña ; solicita su pena de muerte y la ve cumplida. Sólo respira tranquilo cuando ve en un calabozo a « este perro obscuro », « este falsario impío », y otras lindezas con que califica a Servet durante el proceso. Verdad es que Servet no le iba a la zaga en invectivas y vituperios. Pero ni los ultrajes recíprocos, ni los argumentos de Calvino para probar la herejía de Servet, ni los de Servet para refutar los de Calvino, tienen hoy la menor importancia para quien busque las causas reales de aquel duelo a muerte. No era una pugna de ortodoxias y heterodoxias antagónicas que los dos gladiadores se lanzan mutuamente a la cabeza. Ésa era la máscara. En el fondo había una lucha política en defensa y en contra de un poder arbitrario, aunque los dos contendientes no se dieran cuenta de ello. Para Calvino no hay duda de que Servet no es un pensador abstracto, un visionario sin contacto con la realidad, sino un revolucionario peligroso, un aliado presunto de sus enemigos los libertinos. Si no lo fuera, ¿ qué objeto tendría su presencia en Ginebra ?

Por su parte, la actitud de Servet no es la de un hombre acusado, intimidado, acorralado, que lucha a la defensiva, sino la de un acusador que contrataca con la mayor violencia. « Tú mientes », le dice reiteradamente a Calvino durante el proceso. « ¿ Quién dirá que un acusador criminal y un homicida sea un verdadero ministro de la Iglesia ? » « Eres un miserable si continuas condenando cosas que no entiendes. » Y a los pastores de Ginebra que se han dirigido a los jueces del Consejo, protestando de que Calvino sea calificado de asesino por Servet, éste les contesta : « Negad que sois asesinos y yo os probaré que lo sois por vuestros actos. Pero en una causa tan justa como la mía, yo guardo un espíritu constante. Yo no temo la muerte. » Recordemos estas últimas palabras significativas.

Servet llama frecuentemente Simón el Mago a Calvino. No es un calificativo caprichoso o casual. Después de haber sostenido en su defensa que el pensamiento, aun herético, no delinque, no podía Servet pedir la cabeza de Calvino por una simple herejía. Pero si la doctrina de la predestinación de Calvino tenía su origen en Simón el Mago, como Servet alegaba, esa doctrina era entonces, no una herejía, sino una hechicería, y la Iglesia durante siglos ha condenado los hechiceros a muerte. Que es lo que pide Servet en sus últimos alegatos. La cosa está ya clara : a juicio de Servet, tiene que morir uno de los dos, él o Calvino. Éste le había acusado de negar la inmortalidad del alma. « Si yo hubiera dicho eso — contesta Servet — me condenaría a muerte yo mismo... Por lo cual, señores — añade dirigiéndose a sus jueces — pido que mi falso acusador sea castigado *poena talionis* y que quede preso hasta que la causa se decida por su muerte o por la mía. »

Antes de formular su acusación definitiva, requiere a los jueces que interroguen a Calvino sobre las denuncias y las pruebas que envió a Lyon por el vehículo de Trie y que fueron la causa de su condena a ser quemado vivo. Era, pues, evidente que Servet estaba perfectamente informado de la perfidia de Calvino. Lejos de intimidarle este conocimiento, es probablemente el motivo determinante de su viaje a Gine-

bra. Va a pedir cuentas a Calvino, el pontífice máximo de la Reforma, su denunciante y el cómplice de la Iglesia católica francesa en un proceso inquisitorial contra un pensador independiente ; crimen tan horrendo por ser el autor el primer sacerdote de la Iglesia ginebrina, que Servet está seguro de que las autoridades civiles y eclesiásticas de Ginebra le castigarán con todo el rigor que se merece. Ello explica la absoluta confianza en su triunfo de que da muestras en todo el proceso hasta su conclusión, cuando dirige a sus jueces el asombroso escrito siguiente pidiendo la pena de muerte para Calvino, como si él, Servet, fuera el fiscal y su acusador el acusado :

« Señores, hay cuatro e infalibles razones por las cuales Calvino debe ser condenado. La primera es que una cuestion de doctrina no está sujeta a acusación criminal, como yo os lo mostraré más ampliamente con el ejemplo de los doctores de la Iglesia. La segunda razón, por ser un acusador falso. La tercera, porque con sus frívolas y calumniosas razones quiere oprimir la verdad de Jesucristo. La cuarta, porque en gran parte él sigue la doctrina de Simón el Mago. Por lo cual, como mago que es, no sólo debe ser condenado, sino exterminado y arrojado de esta ciudad. Y sus bienes deben serme adju-

dicados en recompensa de los que él me ha hecho perder, lo cual, señores, yo os lo pido. — Miguel Servet, en su propia causa. »

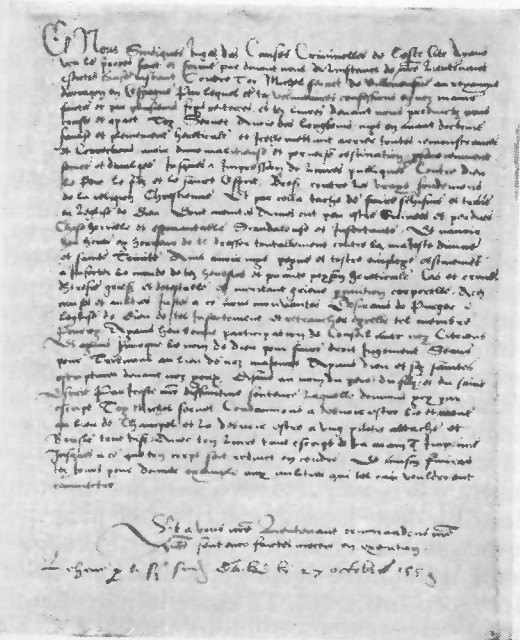
Quería la muerte de Calvino y tal vez algo más : ser su sucesor para transformar la Iglesia de Ginebra en el instrumento de su ideal antitrinitario y anabaptista, y la ciudad de Ginebra, en una república modelo de libertad donde el pensamiento no delinque. Esa fué probablemente la ilusión secreta de su aciago viaje a Ginebra. ¡ Pobre Servet !

Dos constantes históricas

La conducta de Calvino nos parece y es abominable, sobre todo en su papel inicial de confidente de las autoridades francesas. Pero una vez comenzado el trágico proceso y ante la inesperada e indeseada presencia de Servet en Ginebra, que venía a pedir su cabeza, no sin razón, pero sin ninguna fuerza personal ni pública para ejecutar tal sentencia, no es fácil concebir cómo Calvino pudo obrar de otro modo. Defiende su piel, que le reclama Servet. Era lo humano, aunque al mismo tiempo fuera demasiado inhumano. Pudo, es cierto, haberse contentado con desterrar a Servet de Ginebra. Pero aun suponiendo que eso hubiera sido posible, después de las tremendas acusaciones de Servet, ello hubiera traído aparejada la caída del poder personal, aún no consolidado, de Calvino y el derrumbamiento de la incipiente y todavía débil teocracia calvinista. Sólo su triunfo completo, mediante la muerte de Servet, podría evitarlo. Quería, pues, en última instancia, matar a Servet por instinto de defensa y por razón de Estado, de su Estado, como tantos asesinatos legales en todos los tiempos y en el nuestro acaso más que en ninguno : es una constante histórica.

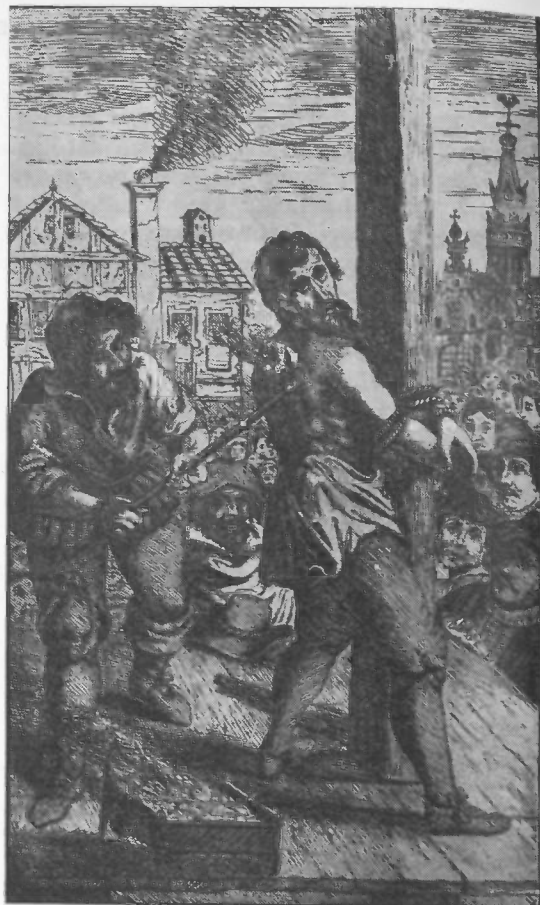
El de Servet no pudo ser más legal. Los jueces, perplejos ante la complejidad de aquel triple duelo entre dos hombres que se aborrecen a muerte, entre dos concepciones teológicas que ellos, hombres civiles, no entienden, y entre dos oposiciones al gobierno de la ciudad, la de Calvino que ellos ya conocen y la de Servet que ellos han pensado quizás utilizar para sus fines particulares, pero cuyas consecuencias son arriesgadas, endosan a la pcostre la respon-

Sentencia de Servet



sabilidad de la decisión a los gobiernos e iglesias de otras ciudades suizas. Les consultan sobre el caso y les piden consejo. Los de la Suiza alemana no han olvidado al Servet que estuvo en Basilea ni su doctrina sobre la Trinidad. A los otros, que no le conocen, les informa Calvino con cartas oportunas. Todos ellos, velada o francamente, se pronuncian por la condena de Servet, sin indicar límite en el rigor. Respaldados por esta opinión unánime de las iglesias y magistrados suizos, los jueces de Ginebra dictan sentencia de muerte el 27 de Octubre de 1553. Como las leyes de Ginebra no habían previsto el delito oficial o aparente — negación de la Trinidad y el bautismo — hubo que exhumar y aplicar el código de Justiniano. Era una enormidad jurídica. Pero había que matarle de cualquier modo y todos los medios eran lícitos para la razón de Estado, juez supremo.

El comportamiento de Servet ante la sentencia y su ejecución arroja mucha luz sobre su carácter y también sobre sus posibles motivaciones psicológicas. Calvino cuenta que Servet recibió la noticia de la sentencia como en éxtasis (« ravi »); luego exhaló suspiros que llenaban toda la sala; a veces aullaba como fuera de sí; finalmente, golpeándose el pecho, gritaba en español: ¡ misericordia, misericordia ! El primer sentimiento de arrobamiento no deja de ser significativo, como si el anuncio fuera una promesa de liberación o de sublimación personal por el sacrificio. Recordemos que en una ocasión había escrito: « Yo no temo la muerte. » En una carta dirigida desde Viena a un pastor de Ginebra, había dicho también, proféticamente: « Yo sé que ciertamente encontraré la muerte en todo esto, pero no pierdo la esperanza de ser un discípulo semejante al Maestro. » En otra ocasión aspira a ser el escudero del arcángel San Miguel, patrono o símbolo de los anabaptistas. Al ir a Ginebra, ¿ no pensaría que su misión era esta alternativa: o destruir la personificación del cancerbero trinitario (Calvino) o morir como su Maestro (Jesucristo) en la contienda? Perseguido en varios países de Europa, Ginebra era uno de los últimos tableros para jugarse su última carta; o triunfar o perecer deificándose en el holocausto como Jesucristo.



Servet torturado con un hierro candente, según la leyenda.

El arrobamiento de Servet cuando sabe que va a morir por su verdad, por su creencia, como su Maestro, es la parte como divina o divinizante de su persona. La flaqueza carnal, ante la idea del atroz suplicio que le espera, grita ¡ misericordia ! ¡ misericordia ! en su lengua materna, expresión profunda de su personalidad ibérica. « No tenía más dominio de sí que un poseso », escribe despiadadamente Calvino. Es fácil decirlo en quien enciende la tea y cuando es otro el que arde en la pira. También el Cristo flaqueó en el Gólgota. Sólo Sócrates bebe sin temblar la cicuta. El día 28 de Octubre le sacan de su mazmorra y le llevan al atrio del Ayuntamiento, donde le leen la sentencia. Servet pide que le maten con el hacha y no por el fuego: teme retractarse de su verdad bajo el dolor del ígneo tormento. El empedernido Farel, que le acompaña — Calvino ha eludido su

presencia en la siniestra ceremonia — le insta a que por lo menos confiese su culpa y se arrepienta ; por hacerlo así, al sociólogo Juan Valentin Gentilis le conmutaron la pena del fuego por la decapitación en 1566, en Berna. Servet no se retracta ; al fin triunfa en él la naturaleza divina sobre la humana. En su calvario, desde el Ayuntamiento hasta Champel, Farel insiste en que por lo menos « confiese que Cristo es el Hijo eterno de Dios ». Servet no le responde hasta que su cuerpo empieza a quemarse a fuego lento : la leña estaba verde o húmeda y ardía despacio. Pero sus últimas palabras no fueron las que su verdugo moral le pedía, sino estas otras, según un testigo presencial : « Oh, Jesús, hijo de Dios eterno, ten piedad de mí. » El eterno, para él, no era el hijo, sino Dios. Su verdad triunfaba sobre la muerte.

En nuestra época, tolerante o escéptica, nos parece increíble que nadie mate ni nadie se deje matar por que un adjetivo califique un sustantivo u otro. Pero eso era la apariencia. Se mataba y se moría por causas más positivas. Mataba Calvino en propia defensa y por razón de Estado. Moría Servet por profesar un pensamiento revolucionario, porque su doctrina, al parecer religiosa, en realidad social, amenazaba a un Estado y un orden determinados, aunque él no se diera clara cuenta. Los hombres que caen en las guerras, en las revoluciones o simplemente en la propaganda, como Servet, rara vez se dan cuenta de las realidades históricas por que mueren. Los hombres matan y mueren continuamente por razones de Estado, que pocas veces comprenden.

Con esto no se trata de justificar lo ocurrido en Ginebra, sino simplemente de explicarlo. Como espectadores lejanos, como críticos de la historia, tenemos el deber de ver aquella tragedia en su integridad y en su fatalidad histórica, haciéndonos cargo de los motivos de cada uno, poniéndonos en su lugar. Como actores de la historia, tenemos derecho a tomar partido. Es verdad que Servet quería también matar a Calvino ; pero ese hecho no les iguala. No es lo mismo matar por razón de Estado, por conservar el poder, exterminando al hombre cuyas ideas se

creen peligrosas, que querer destruir ese Estado, o al hombre que lo personifica, porque no permite pensar y vivir libremente.

Digo esto porque Bainton, en las últimas palabras de su libro por tantos otros conceptos admirable, no parece distinguir esta diferencia cuando escribe : « En nuestro tiempo, cada uno de nosotros condena la intolerancia de Calvino y sentimos estupor al ver quemar un hombre hasta reducirlo a cenizas por una cuestión religiosa. ¡ Pero no vacilamos en reducir a polvo ciudades enteras para salvar nuestra civilización ! » Esa es, sin embargo, la otra constante complementaria de la historia : liberar el mundo de los Estados despóticos, conquistar y consolidar la libertad, a fuerza de crueles sacrificios mutuos. No nos duele la muerte de Servet sólo por ser suya, sino por ser el símbolo de millones de víctimas sacrificadas a la razón de Estado en todos los tiempos y lugares ; no por una cuestión religiosa.

Si no hubiera diferencia entre los millones de gentes que el Estado de Hitler aniquiló en sus campos de concentración y en sus conquistas, y los enormes sacrificios morales y materiales que hubo que hacer para liberar al mundo y a los propios alemanes de ese Estado criminal, la historia del hombre no tendría sentido y apenas se distinguiría de la de otras especies animales. Acaso la idea de libertad, como la de la paz perpetua según Kant, no sea nunca plenamente realizable ; pero sólo el hombre es capaz de concebir esas ideas y de querer realizarlas. Lo contrario, este humanitarismo noble, pero erróneo, que quiere reducir la historia a un « todos somos unos », es, aunque inconciente, la contribución más eficaz a que se perpetúen los Estados de tiranía y conquista. Sólo cuando la mayor parte de los hombres estén dispuestos, como Servet — y para eso fué a Ginebra — a combatir hasta la muerte contra el despotismo y por la libertad, aunque a veces sea ilusoria o minúscula, habrán terminado las tiranías del mundo. Esta es la mayor grandeza de Miguel Servet.

LUIS ARAQUISTAIN

IGNAZIO SILONE



(Dibujo de B. Milleret.)

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

— ¿ Por qué escribes ? — *Para comunicar.*

— ¿ En qué lectores piensas con preferencia cuando escribes ? — *En los hombres y mujeres dispuestos a reflexionar, e inquietos.*

— ¿ Qué piensas ofrecerles con tus libros ? — *Un poco de compañía.*

— ¿ Y a los lectores ocasionales ? — *Una mosca detrás de la oreja.*

— ¿ Qué piensas de los críticos ? — *En el mundo hay sitio para todos.*

— ¿ Qué influencia ha tenido la crítica en la orientación de tu labor ? — *Ninguna.*

— ¿ Tus autores preferidos ? — *Cervantes, Tolstoy y Verga.*

— ¿ El pintor contemporáneo preferido ? — *Rouault.*

— ¿Cuál sería para ti el segundo oficio que más te agradaría ? — *Molinero.*

— ¿ Tu ocupación actual preferida ? — *Conversar, leer.*

— ¿ Piensas volver un día a la vida política activa ? — *Si las libertades estuviesen en peligro.*

— ¿ El don de la naturaleza más ambicionado ? — *La buena salud.*

— ¿ Cuáles han sido los encuentros más importantes en tu vida ? — *Algunas personas sencillas ; y entre los personajes conocidos, don Orione, Gramsci, Trotski y Ragaz.*

— ¿ Cuáles son ahora para ti los personajes más estimulantes de la historia italiana ? — *Gioachino da Fiore, Francisco de Assis y Tomás Campanella.*

- ¿ En nuestra época ? — *Simone Weil.*
- ¿ La fecha más importante de la historia universal ? — *El 25 de diciembre del año Cero.*
- ¿ En la crónica reciente ? — *Los motines proletarios del 17 de junio de 1953, en Alemania Oriental.*
- ¿ Qué piensas de la tercera guerra mundial ? — *Crearé las premisas de la cuarta.*
- ¿ Los héroes militares que más admiras ? — *Josué, en el acto de detener el sol, y el soldado Schweik.*
- ¿ Crees en el fatalismo del progreso ? — *No.*
- ¿ Crees que el hombre es libre ? — *Pienso que el hombre puede ser libre.*
- ¿ Crees que el hombre es responsable ? — *En la medida en que es libre.*
- ¿ Piensas que el hombre puede vencer su destino ? — *Sí, si lo acepta.*
- ¿ Qué opinas del suicidio ? — *Es una de las muchas cosas que no consigo comprender.*
- ¿ Crees en un orden político perfecto ? — *No.*
- ¿ En la posibilidad de leyes, instituciones, autoridad perfectas ? — *No.*
- ¿ En un Estado cristiano ? — *No ; habría contradicción en los términos.*
- ¿ En una sociedad cristiana ? — *La sociedad donde el amor sustituya a las leyes será cristiana.*
- ¿ Qué entiendes por revolución socialista ? — *La eliminación de los obstáculos económicos y sociales que actualmente limitan la libertad del hombre.*
- ¿ Realizado esto, el hombre será feliz ? — *No obligatoriamente. Sobrevivirán viejas angustias, surgirán otras.*

— ¿ Crees posible la libertad en un país socialista ? — *Pienso que en la época de los monopolios no hay libertad posible sin cierto número de medidas socialistas.*

— ¿ Cómo en Rusia ? — *En Rusia no existe el socialismo sino su contrario, el capitalismo de Estado ; no la libertad, sino su contrario.*

— ¿ Crees que la clase culta tiene una función de guía de la sociedad ? — *No.*

— ¿ Aceptas la máxima : « Para no equivocarte, sigue siempre a la clase obrera » ? — *Es una brújula ya insertible. No existe una dirección unívoca de la clase obrera.*

— ¿ No hay una orientación de su mayoría ? — *Según el país, la mayoría de la clase obrera es ahora laborista, socialdemócrata, comunista, titista, sindicalista, peronista, etc. Seguirla siempre y adonde vaya es absurdo.*

— La organización proletaria, sin coacción externa, ¿ no es espontáneamente progresiva ? — *Espontáneamente, no.*

— ¿ Qué es lo que decide, en último término, su carácter efectivo ? — *En los límites de las condiciones dadas, la conciencia de sus miembros y de sus dirigentes.*

— ¿ Eres pesimista ? — *No.*

— ¿ Tienes fe en el hombre ? — *Tengo fe en el hombre que acepta el dolor y lo transforma en verdad y en valor moral. Por ello pienso ahora que de la tremenda noche polar de los campos de trabajo forzado de Siberia puede salir alguien que devuelva la vista a los ciegos.*

— ¿ Alguien ? ¿ Quién ? — *Su nombre no importa.*

IGNAZIO SILONE

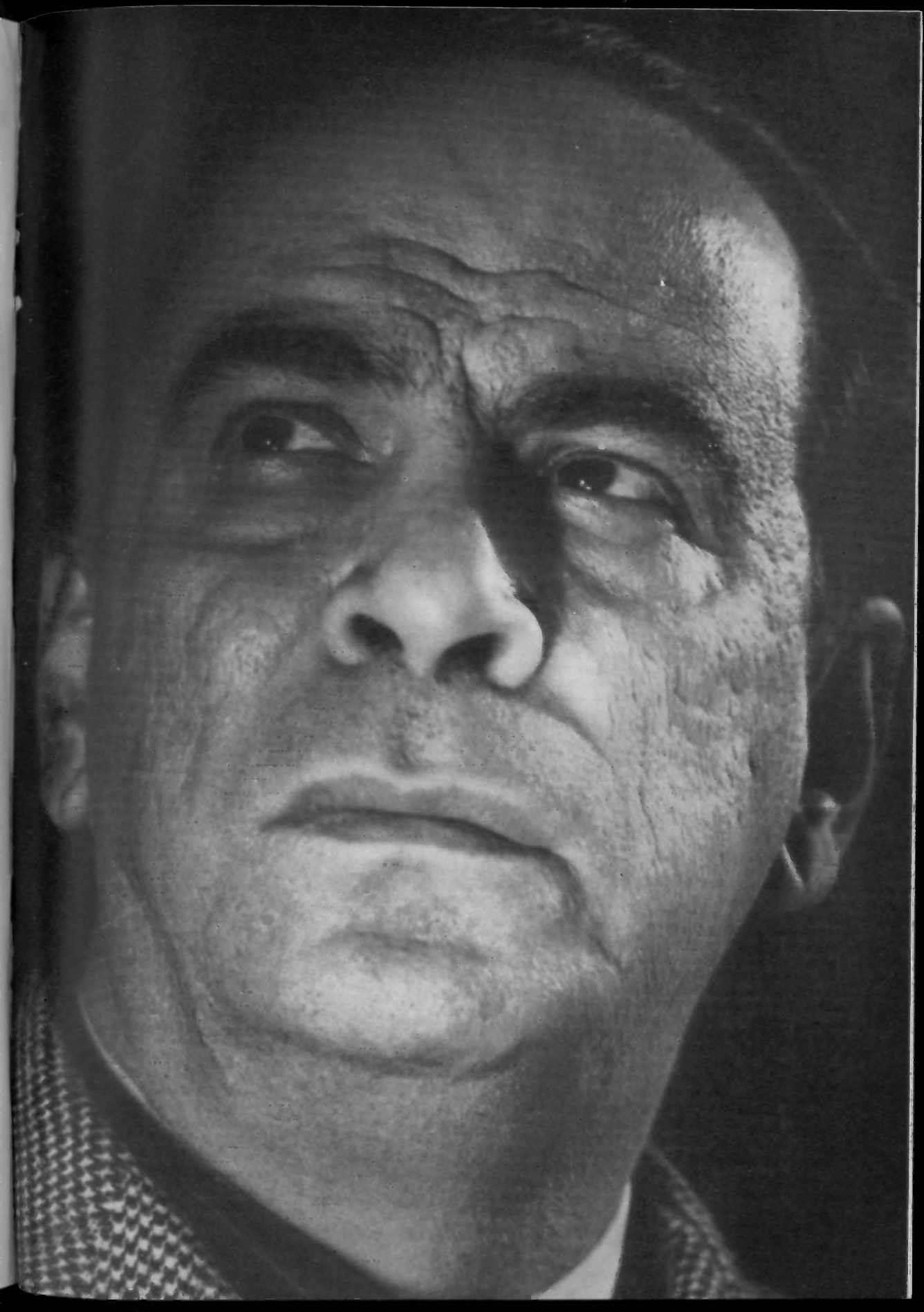
HOMENAJE A RÓMULO GALLEGOS

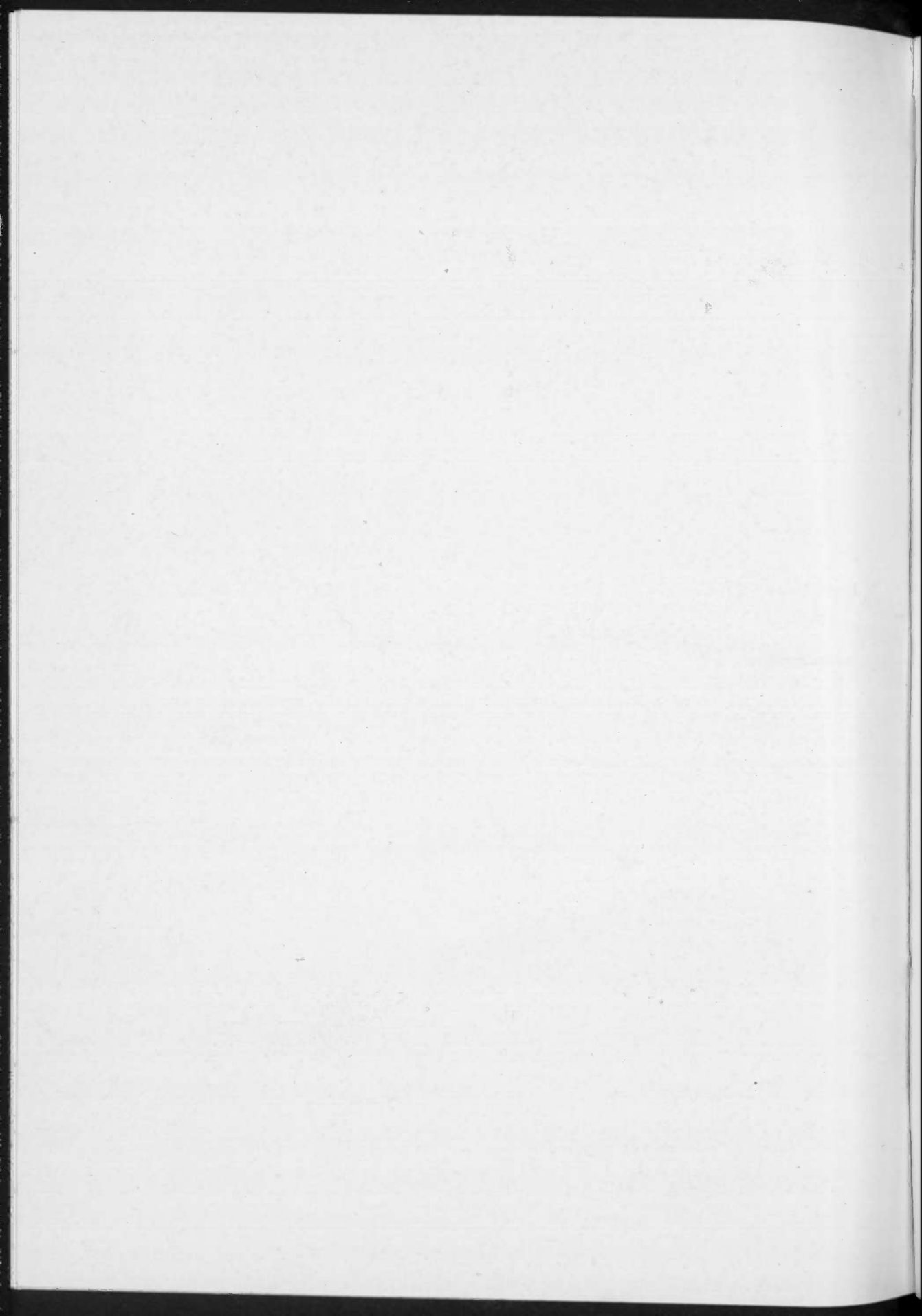
EN este año de 1954 se cumplen el vigésimo quinto aniversario de la publicación de la novela ejemplar *Doña Bárbara* y los setenta años de vida de su autor, el ilustre novelista venezolano don Rómulo Gallegos.

Con motivo de estos aniversarios se están organizando en toda América significativos homenajes. En el Instituto de Bellas Artes de México, dirigido por el escritor Andrés Iduarte, se preparan diversos actos, entre los cuales figurará el de una exposición de todas las ediciones de *Doña Bárbara*, obra que, como es sabido, ha sido traducida a numerosos idiomas, entre otros al italiano, al francés, al inglés, al checoslovaco, al noruego, al alemán y al portugués. Coincidiendo con este homenaje, aparecerán algunos libros sobre el propio Rómulo Gallegos, entre los cuales cabe citar el del escritor cubano Raúl Roa y el del norteamericano Lowell Dunham, profesor de la Universidad de Oklahoma, que es donde se encuentra en la actualidad el autor de *Doña Bárbara*. También se han constituido comités organizadores del homenaje en Santiago de Chile, en Quito, en Guatemala... Quizás el único país que permanecerá silenciosamente al margen de este gran movimiento de simpatía y adhesión será el del propio homenajeado. Las circunstancias políticas creadas por el golpe militar triunfante en 1948, y que acarrearón el inmediato destierro de Rómulo Gallegos, así lo exigen.

El autor de *Doña Bárbara* y de tantas obras cimeras es, indiscutiblemente, la figura cumbre de la novela hispanoamericana. Rómulo Gallegos se ha impuesto con rasgos propios en la moderna literatura; la síntesis de lo foráneo y lo nativo da a sus creaciones un valor excepcional dentro de la literatura universal. Además, su estilo es robusto, pleno de expresión y de vigor, y sus libros — ¡esas descripciones maravillosas de la sabana venezolana y de la selva tropical, en las que el hombre aparece en su perenne lucha contra la Naturaleza! — rezuman humanidad. Añadamos que Gallegos es no solamente el gran novelista hispanoamericano, sino el novelista hispanoamericano por excelencia: el temario, el vocabulario, los personajes, los sentimientos, todo, todo es autóctono y a la par auténtico. Es la expresión viva de todo un Continente con la conciencia arraigada en la tierra, en su propia tierra, salvado así de la simple imitación y de las corrientes artificiales y superficiales de antaño. Alguien dijo, con entera razón, que la literatura de Hispanoamérica ha entrado ya en su Edad de Oro.

Cuadernos, que cuenta a Rómulo Gallegos entre los componentes de su Consejo de Honor, se adhiere incondicionalmente y con todo entusiasmo a tan merecido homenaje, deseando al insigne novelista largos años de vida para bien de la novelística americana.





Encuentro con Rómulo Gallegos

EN el curso de la última década del siglo XIX, y de los primeros veinte años del siglo XX, nace la que, con propiedad de términos, pudiéramos llamar literatura venezolana de ficción. Ni la Colonia, dada a la retórica y a la erudición superflua y farragosa, ni casi todo el siglo XIX, devorado por la pasión política, las cruentas guerras de la Independencia (1810-1821), seguida ésta por las expediciones libertadoras de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y de la Federación (1859-1863) con su secuela de alzamientos, pronunciamientos y revoluciones sangrientas, fueron propicios al desarrollo de un movimiento literario que pudiera merecer el calificativo de nacional.

Las obras más notables del siglo XIX fueron más bien de contenido teórico y didáctico. Ni Simón Rodríguez, ni José Luis Ramos, ni Fermín Toro, ni Rafael María Baralt, ni Cecilio Acosta, ni Juan Vicente González, ni el propio Andrés Bello, cuya obra se afirma toda en dimensión universal y riguroso pensamiento intelectual aunque esporádicamente hayan escrito versos o intentado novelas, pueden ser considerados como escritores de ficción. En cuanto a los poetas del romanticismo, entre los cuales figuran cantores y versificadores de méritos ciertos, ninguno, sin embargo, logró superar los modelos que inspiraron sus obras.

Fué tan sólo después de 1890, en torno a las revistas *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado*, cuando se perfiló un movimiento literario de inspiración nacional, con propósitos específicos de creación de formas e ideas estéticas. La escritura poemática, novelística o sociológica se convierte en herramienta de trabajo y las obras afirman un pensamiento coherente que intuye en

las posibilidades americanas, en las virtudes y defectos de lo nacional, en los caracteres del mestizaje, en el absurdo histórico y en las contradicciones del acontecer social. Se pretende penetrar en el complejo de la nacionalidad, estudiando su existencia, no en las leyes, sino en la viva materia de su acaecer. El principal aporte estará en el campo de la novelística, la cual adquirirá carta de nacionalidad con *Peonía* (1890) de Romero García y *El Sargento Felipe* (1899) de Gonzalo Picón Febres, pese a *La Sibila de los Andes* de Fermín Toro y al *Santos Zárate* de Eduardo Blanco.

Pero será preciso doblar el cabo del siglo XIX y entrar en las aguas del siglo XX para encontrar a los primeros navegantes de alta mar de nuestra novelística. Ellos se llamarán Rufino Blanco Fombona, Luis Urbaneja Achelpohl, Manuel Díaz Rodríguez, José Rafael Pocaterra, Rómulo Gallegos. Después de la publicación de *Doña Bárbara*, de éste último (1), en 1929, la novela venezolana trascenderá las fronteras del país y alcanzará categoría universal. Esta obra, la más leída del autor aunque no sea necesariamente la mejor, fué reconocida por la crítica extranjera y de habla española, como una de las novelas ejemplares de la América. Picón Salas explica el éxito obtenido por *Doña Bárbara* en estos términos: « Subsistía sin conciliación aquella antítesis sarmentiana entre las minorías cultas, de estilo europeo y el pueblo adormecido aún en la embrujada noche de su atraso y supersticiones. » « Mérito singular de *Doña Bárbara* fué aproximar estos dos mundos, estas dos

(1) La primera edición de *Doña Bárbara* se imprimió en Barcelona, España, en febrero de 1929, pero fué conocida primero en Venezuela y Cuba.

caras de la existencia vernácula como no se lograra hasta entonces en la ficción venezolana. Conquistado ya el paisaje y descrito el duro oficio de las gentes, era necesario entender con sumo amor y hasta suma paciencia cómo reaccionaban las almas. » (2).

Felipe Massiani, con certero criterio analítico, señala : *Doña Bárbara*, manteniéndose en su estructura dentro de la tradición clásica lleva la naturaleza y el hombre americano a un plano de universal belleza ; y encuentra su fórmula estética en la concurrencia de tres factores muy bien combinados dentro del equilibrio interno de la novela : a) El hallazgo psicológico : *Doña Bárbara*. b) Un sentido nuevo del paisaje que lo convierte en protagonista mismo de la novela. c) Y una riqueza del documental folklórico, unida a una técnica narrativa que dará contenido social y vibración humana a la obra » (3).

La suerte de *Doña Bárbara* ya está echada. Innumerables ediciones en castellano han dado a conocer, por los países de habla hispana, la historia de la inquietante amazona. Traducciones a otros idiomas han divulgado su existencia por el mundo. El cine mexicano contribuyó a popularizar el personaje, sin arte y sin inteligencia, en una película, aunque con libreto del autor, mal concebida, peor dirigida y carente de toda virtud interpretativa. Sin embargo *Doña Bárbara* pertenece ya a la mitología de América Hispánica.

El hombre

Han transcurrido cuatro décadas entre 1913, fecha de la publicación del primer libro de Rómulo Gallegos — un manojito de cuentos titulado *Los Aventureros* — y el año de 1953 en que hemos escrito este trabajo. En 1954 se cumplirán simultáneamente los veinticinco años de la primera edición de la novela *Doña Bárbara*, con la cual este gran escritor venezolano obtuvo

(2) Rómulo Gallegos : *Doña Bárbara*. Prólogo y notas de Mariano Picón Salas. (Edición expresamente autorizada por el autor para la escuela de Puerto Rico). Editorial Orión. México, 1950.

(3) Felipe Massiani. *El Hombre y la Naturaleza Venezolana en Rómulo Gallegos*. Editorial Elite. Caracas, 1943.

fama internacional, y los setenta de una fecunda y ejemplar existencia que se ha cumplido en la integridad de sus tres personas : la del maestro de escuela que dedicó veintisiete años a la enseñanza, la del escritor y la del hombre público.

Estos aniversarios le encuentran en el destierro. Fué también en el destierro, el 20 de septiembre de 1950, cuando falleció su esposa, doña Teotiste Arocha de Gallegos, la compañera en treinta y ocho años de íntima comunión espiritual y afectiva. A ese destierro le arrojaron la codicia y la vileza de los militares que, en forma arbitraria y cruel, detentan hoy el poder en Venezuela. No es este el primer tributo doloroso que Venezuela paga a las ambiciones de sus generales y coroneles. No olvidemos que Simón Bolívar fué la primera víctima de los mezquinos intereses de la casta de los militares a quienes dejó al descubierto, con palabras vigentes, en la carta que en 1821, desde Guanare, dirigiera a don Pedro Gual y de la cual no podemos privarnos del deseo de citar el siguiente párrafo :

« No pueden Uds. formarse una idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que Uds. conocen : son los que más o parecen mejores, y han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejores. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma ; y ni aún esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y conciudadanos. Persuádase Ud., Gual, que estamos sobre un abismo, o más bien un volcán pronto a hacer explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a Ud. la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse... »

El tema todo de la obra de Rómulo Gallegos, lucha entre la civilización y la barbarie, entre las aspiraciones superiores y las apetencias egoístas, se convirtió en el tema mismo de su vida personal y en el tema del drama de su patria. La acción pública y política fué en Gallegos como una posibilidad buscada para identificarse con los personajes de sus libros, para encarnar en ellos, porque la literatura le resultaba un medio y no un fin, un medio para hallarse a sí mismo y hallar un sentido a la experiencia de su vida. Jamás cobró verdad mayor la tesis de su obra como cuando Rómulo Gallegos, Presidente electo por la voz del pueblo, pacífico detentor de un

poder representativo, tuvo que encararse y fué vencido en el plano de lo inmediato por unos militares que por toda razón esgrimían la de la fuerza bruta y la de sus apetencias. En esa hora histórica de la rebelión militar de noviembre del año de 1948, Gallegos supo arrancarle a su condición de civil una sonoridad metálica de valiente. En él creció hasta el tamaño del héroe, la personalidad de Santos Luzardo, y en los militares, en aquel Estado Mayor alzado que pasaba por sobre sus juramentos y compromisos con la causa de la República, descendía, hasta su mayor ruindad, el destino de Doña Bárbara.

A punto de cumplirse la trayectoria de Rómulo Gallegos y contemplada con la perspectiva de los cuarenta años que median entre los días que vivimos y los de la aparición de su primer libro, descubrimos que su obra, además de haber creado una emoción y una imagen de Venezuela, afirma una unidad de estilo y de pensamiento, de propósito y de convicciones que, dentro de altos y bajos naturales, sólo le es dado alcanzar al escritor capaz de merecer el calificativo de clásico.

La obra

Casi todos los temas de sus novelas y algunos de los caracteres que llenan sus primeras creaciones se encuentran esbozados en sus cuentos escritos entre 1910 y 1920, fecha esta última en que publica su primera novela, *El Último Solar*, modificada después y vuelta a publicar con el título de *Reinaldo Solar*.

Su triunfo como novelista fué la causa de que se echaran en olvido sus méritos como cuentista. Sin embargo, estos no son escasos. Aún no se ha efectuado una recopilación completa de sus cuentos. El lector debe contentarse con el volumen titulado: *La Rebelión y Otros Cuentos* (4). Figuran en aquella recopilación relatos admirables, junto con otros que son ya capítulos de novelas.

(4) Rómulo Gallegos: *La Rebelión y Otros Cuentos*. Librería y Editorial del Maestro. Caracas, Venezuela. Impreso de La Argentina. Imprente López. Buenos Aires, 1946.

Estos cuentos pueden ser repartidos en cinco grupos.

1. — Los que constituyen crítica de costumbres tales como *Las Mengánez*, *Pegujal*, *El Cuarto de Enfrente* y *Pataruco*, de los cuales se desprende el novelín *La Rebelión* (1922), boceto magistral de la novela *La Trepadora* (1925), obras estas que plantean el conflicto del mestizaje de razas y de castas.

2. — Los que exponen ideas impregnadas de misticismo, de elevación espiritual, de ansias redentoras tales como *El Místico*, *El Maestro*, *El Apoyo*, *El Paréntesis*, en los cuales se siente ya el soplo de mesianismo que alentará en sus novelas, y el idealismo de *Reinaldo Solar* y *El Forastero*.

3. — Los que asoman la antinomia civilización y barbarie como *Los Aventureros*, de los cuales brotará el vigoroso árbol de sus máximas novelas: *Doña Bárbara* (1928), *Cantaclaro* (1934) y *Canaima* (1935).

4. — Los que constituyen poderosas descripciones de paisajes o de conflictos psicológicos agobiantes, al estilo de *Marina* o bien de *Paz en las Alturas*, *La Liberación*, *Sol de Antaño*, *Estrellas sobre el Barranco*, *La Hora Menguada*.

5. — Los que manifiestamente desbordan el molde del relato corto para expandirse hacia los cauces de la novela, como *La Fruta del Cercado Ajeno*, *La Ciudad Muerta* y *Los Inmigrantes*.

Hemos de advertir que volveremos a encontrar la crudeza de las luchas psicológicas, el misterio de los paisajes desolados, la violencia de los sentimientos que nos entregan los cuentos agrupados en la cuarta sección, como simiente generosa regada por toda su novelística.

En la formación intelectual de Gallegos hubieron de intervenir, además de clásicos castellanos y novelistas contemporáneos suyos de España y de América, los naturalistas franceses, los rusos psicologistas y mesianistas, los filósofos del momento, a lo mejor algunos psicoanalistas. Presumimos que los nombres de Cervantes, Galdós, Baroja, Pardo Bazán, Miró, Zola, Balzac, Maupassant, Tolstoy, Andreiev, Gorki, Barrés, Dostoyewsky, Hegel, Nietzsche, quizás Freud, se mezclaban en sus conversaciones literarias con los de los novelistas patrios.

Pero en general, y con la excepción de *El Último Solar*, la obra de Gallegos no hace pensar en un gran lector, sino en un poderoso creador. Sus libros no plantean problemas intelectuales o artísticos, sino sociales, políticos y conflictos intensos de sentimientos y pasiones.

Los procedimientos novelísticos o cuentísticos de Gallegos son simples, directos y hasta arcaicos en comparación con los que solían emplear novelistas contemporáneos de Europa y hasta de la misma América. En la escuela de la novelística española que concede a la acción puesto preponderante, encuentra la solución de sus problemas técnicos. Esa parquedad en los modos, y maneras, dará lugar a que el interés descanse, por entero, sobre el argumento, el motivo y el vigor de los caracteres. Sus novelas serán sustantivas y no adjetivas. Elaborará toda su obra dentro de un mismo molde. Uslar Pietri dirá de él: « No hay novelista grande menos renovador y audaz en lo formal y en lo técnico... » Más de un comentarista señalará, sobre todo en *Doña Bárbara*, un carácter cervantino. Al concederle a la acción puesto preponderante no sacrificará por ello la vitalidad de los caracteres, pero éstos tenderán a cumplirse en el continuo acaecer. Sus personajes serán casi siempre gentes de acción, con alma huracanada, pero poco inclinadas al monólogo interior. La acción los irá definiendo.

Uslar Pietri ha resumido de esta manera la estructura de las novelas de Gallegos: « ...el escenario natural venezolano presentado al través de un conflicto épico y sentimental que se combina con la pugna reformista entre civilización y barbarie. » La fórmula resulta exacta. Con ella Gallegos ha descrito a Venezuela mejor que casi todos sus historiadores.

Julio Planchart definió el estilo de Gallegos con estas palabras: « Le basta lo suficiente y no le intranquiliza la imperfección. » Picón Salas, aludiendo a *Doña Bárbara* señalará: « Más allá de las modas y convencionalismos estilísticos aparecía socorrida de su propia y segura fuerza » y calificará su estilo de « clásico y popular », pensando en Cervantes.

No se puede ignorar el parentesco literario que le une a los prosistas venezolanos

que le precedieron o que se le anticiparon en el uso de temas y conflictos criollos. Urbaneja Achelpohl, quizás más que ningún otro, influyó sobre él con su don impresionista de describir paisajes y su acento lírico-realista, con su pasión criollista y sus temas y conflictos: mezclas de razas, decadencia del mantuanaje, es decir, de la aristocracia colonial, desorientación venezolana. También Díaz Rodríguez, con sus atormentados vástagos de una casta vencida, venida a menos, y, seguramente, Pocaterra, con sus primeras novelas de vehemente afirmación naturalista. Aunque Gallegos le llevara cuatro años de edad a Pocaterra, este último publicó sus tres novelas iniciales antes de que viera la luz, la primera del autor de *Doña Bárbara*. Entre 1913 y 1919 aparecen las novelas de José Rafael Pocaterra. En 1920 es cuando Gallegos da al público su obra primigenia.

Barrés, d'Annunzio, Jean Lorrain influyeron en la literatura esteticista de Manuel Díaz Rodríguez. Urbaneja Achelpohl buscó modelos en una inspiración poético-realista que Picón Salas atribuye a Federico Mistral. Pocaterra seguía las huellas de los naturalistas. A todos ellos debe Gallegos algo.

Reinaldo Solar nace como primo hermano del Alberto Soria de *Idolos Rotos*, y del Tulio Arcos de *Sangre Patricia*. Los tres son « puntas de raza », vástagos de familias mantuanas que proceden de la Colonia y de la Conquista, en quienes agoniza el poderío de la casta vencida por las guerras y revueltas que han alzado hasta su nivel a pardos y a mestizos. Un destino crepuscular acecha a esos herederos de encomenderos y latifundistas. Gallegos, tomando impulso sobre el tema de la decadencia de una casta y el ascenso trepador de otras inferiores, encuentra el acento propio de su obra. Pero no se limita a hurgar con morbosa complacencia en la psicología compleja de su personaje, sino que apoyándose en él, salta al encuentro de Venezuela. Y muy pronto comprende que el tema de la decadencia de una casta se entrelaza con el del nacimiento de otra casta. Y Reinaldo Solar cederá el puesto a Juan Lorenzo Figuera y a Hilario Guanipa, o mejor dicho, tras de un tremendo

desgarrón interior, de una guerra de sentimientos y pasiones necesarias, llegarán uno y otros a la fusión de sangres y de energías, en procura de una síntesis venezolana. Reinaldo Solar no será el melancólico superviviente de una casta decaída, como Soria o Tulio Arcos, sino la fuerza desorientada que consume en vanos propósitos su amor por la patria, hasta caer vencido por el medio y ser como la bandera hecha un trapo, en manos del soldado.

Haciendo gala de una perspicacia que ratifica, una vez más, las altas cualidades de crítico que se le atribuyen, Jesús Semprún, saludó con estas palabras, la aparición de la primera novela de Gallegos: « Rómulo Gallegos es cuentista y novelista. Nunca ha tenido el afán del estilo pintiparado, hecho digno de nota allí donde impera el culto bizantino del párrafo oratorio y de las frases untadas de miel. Escribe con precisión, claridad y elegancia. » Y aludiendo a los héroes atormentados de Díaz Rodríguez, expresa: «...entre ellos y Reinaldo Solar existe la misma diferencia que entre los hombres de la generación de Díaz Rodríguez y los de la nuestra. Y no sé si me engaña la esperanza, pero tengo para mí que, como ciudadano y como hombre, Reinaldo Solar vale más en su fracaso que los inconformes de hace veinte años. Vale principalmente porque su actitud ante la vida no es fruto de ficciones artísticas ni de conveniencias momentáneas: nunca desespera de la patria, ídolo inquieto en su corazón, y cuando la vida lo arroja convertido en despojo agonizante, a las costas pálidas de la muerte, todavía su mirada turbia va a posarse con orgullosa reverencia sobre la bandera que las brisas del Avila despliegan y baten... » Los párrafos citados tienen una asombrosa virtud adivinatoria de lo que será estilo y destino de Gallegos, en cuya actuación pública y en cuya creación, se expandirá con ímpetu huracanado o lucidez intacta, con avasallador poder de arrastre, la pasión de la patria — nación y terruño — hasta cuajar en lección de dignidad republicana y en ejemplaridad de invención artística.

Una vez lanzado por el camino que le condujo al encuentro de temas como el mestizaje, los matrimonios desiguales y la decadencia del mantuanaje, como ya

lo hemos dicho tratados con anterioridad por Urbaneja Achelpohl, Díaz Rodríguez y Pocaterra, penetró Gallegos, en la realidad profunda de Venezuela. Salió de la ciudad para ir al campo. Salió del ámbito cerrado de la psicología compleja de personajes urbanos para recorrer, con lucidez creadora, el alma de sus mestizos y gentes de tierra adentro, atormentada por las furias abiertas de la naturaleza. Será esta la aventura de Reinaldo Solar. Fué esta la aventura espiritual del propio Gallegos como novelista. También Urbaneja Achelpohl había enderezado sus pasos hacia el campo, al influjo del canto de Andrés Bello, de la famosa *Silva a la Agricultura*:

« ¿ Amáis la libertad ? El campo habita
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo. »

Descartando lo que de ingenuo romanticismo, de inspiración a lo Rousseau, tiene el citado poema de Bello, será preciso, alguna vez, estudiar con detenimiento la influencia ejercida por su mensaje agrarista sobre el desarrollo de la literatura venezolana. En efecto, algunos de los más nobles poemas de nuestra lírica han sido escritos en procura de comunión con el medio telúrico y muchos de ellos, como la admirable *Silva Criolla* de Lazo Martí, constituyen una invitación a regresar a la tierra, a consagrarse a las faenas agrícolas, en contacto con el pueblo campesino y con la naturaleza. Fermín Toro cantó la zona tórrida en una bien compuesta oda. En nuestros días, algunos poetas han expresado con singular emotividad la presencia y existencia de nuestra naturaleza. Entre ellos citaremos a Antonio Arráiz, cuya obra poética, desgraciadamente, él mismo truncó, y Vicente Gerbasi, autor del extraordinario libro *Mi Padre, el Inmigrante*. En este poema dividido en varias partes, obra de poderosa inspiración, el tema de la tierra adquiere subjetividad y, superando el mero realismo descriptivo, la sola objetividad, íntegra, con una emoción de nuestra época y en un idioma de jerarquía universal, la visión de Venezuela, de sus hombres y de su naturaleza a la experiencia psíquica del

poeta, a su yo personal. *Peonía*, novela precursora publicada en 1890, principiaba con el motivo del regreso al campo que el protagonista había abandonado por la ciudad disociadora. Con un impulso semejante, propósito de enmienda, regresa a su hacienda Reinaldo Solar, dando así comienzo a la acción de la novela de Gallegos.

Frente al paisaje de la tierra, en una suerte de regreso espiritual, será como Gallegos descubrirá los grandes motivos de su novelística. Nacerá, primero, *La Trepadora*, en el ambiente de una hacienda de café cercana a la capital. Todavía Gallegos no se ha libertado del ambiente urbano. La hacienda Cantarrana, donde transcurre parte de la acción, está situada en un pueblo fácilmente identificable como el de Carrizales, en el Estado Miranda, próximo a la capital de provincia Los Teques. El paisaje será el de la Sierra de la Costa, selvas nubladas y montañas con tierras bajas veraneras. La acción se trasladará a la ciudad para regresar a Cantarrana. Con *Doña Barbara* alcanzará frente a la llanura, la embriaguez total de la naturaleza. Y libertará su extraordinario don de narrador, en párrafos y páginas de descripción inigualada de paisajes y estaciones. Serán creados, entonces, los símbolos de una Venezuela integral, misteriosamente salvada de la obra destructora del tiempo,

En Gallegos se operó la síntesis artística que esperaba la novelística venezolana. Ni el psicologismo preciosista y modernista de Díaz Rodríguez, ni el impresionismo externo de Urbaneja Achelpohl, ni el brutal naturalismo de Pocatererra habían producido la novela ejemplar venezolana. En la fusión de todas esas tendencias estaba la obra acabada. La escribió Rómulo Gallegos y se titulaba *Doña Bárbara*. La creación sincrética de Gallegos, alcanzó con *Cantaclaro* y con *Canaima*, su culminación esplendorosa. Después *Pobre Negro* y *Sobre la Misma Tierra*, sin superar las anteriores novelas, completarán el ciclo de la invención galleguiana. *El Forastero*, publicado en 1942, pertenece por entero a la época de *Reinaldo Solar*.

Así como desembocó en la novela porque ya no cabía dentro del cuento, se encaminó hacia el panorama de las tierras agrestes y las pasiones de sus bárbaros moradores

porque no se encontraba a sí mismo dentro del ámbito de la preciosista y cosmopolita temática de Díaz Rodríguez o el rudo realismo urbano de Pocatererra. Y aunque por el gusto en describir paisajes y la aceptación de ciertos temas, se le pudiera emparentar de manera estrecha con Urbaneja Achelpohl, lírico de la naturaleza venezolana, es preciso distinguir en Gallegos, un vigor, una intuición dramática, una inspiración telúrica, una virtud de elevar los conflictos hasta una categoría universal, de los cuales carecía el fino autor de *En este País*.

Por lo tanto, ha sido por voluntad propia como Gallegos se ha apartado del tema urbano y de la tendencia psicologista. Algunos de sus cuentos nos demuestran el don singular que tenía para asomarse y especular con « casos » y « torceduras » psicológicas, y reacciones complejas de personajes morbosos. Con leer *La Liberación*, *Estrellas sobre el Barranco* y *Paz en las Alturas*, o ahondar en el capítulo donde se desmenuza el proceso de formación de Reinaldo Solar, tendremos la medida de la capacidad de buceo de Gallegos, en las más abstrusas psicologías y en el propio juego del inconciente. Pero lo que le interesaba no era perderse en esas especulaciones a las que son tan dados muchos escritores jóvenes de su país, enfermos de literatura y de psicoanálisis, sino encararse con la realidad rural, telúrica, cósmica, en la que los hombres se miden con la naturaleza y vuelven a crear la cultura.

Proceso de creación

Las novelas de Gallegos nacen de profundas intuiciones emotivas. Es poco amigo del acopio de documentos, del plan riguroso y previo, del detallismo, de lo anecdótico, es decir de todo aquello, en la novela, que irritaba a Antonio Machado y le movía a declarar, no sin agudeza: « Lo que hace realmente angustiada la lectura de algunas novelas, como en general la conversación de las mujeres, es la anécdota boba, el detalle insignificante, el documento crudo, horro de toda elaboración imaginativa, reflexiva, estética... Es muy posible que la novela moderna no haya encontrado toda-

vía su forma, la línea firme de su contorno. Acaso maneja demasiados documentos, se anega en su propia heurística... En ella, además, son muchos los arrimadores de ladrillos, pocos los arquitectos. »

En verdad, el problema de la creación para Gallegos no parece haber sido asunto de forma, de manera, de continente, sino de contenido, de sustancia, de inspiración. Massiani apunta : « No sabemos si tendremos razón al pensar que en Gallegos lo específicamente literario está presidido o condicionado por la inspiración que parece ser de naturaleza romántica y una técnica de rasgos acusadamente clásicos. »

Valgan algunas consideraciones biográficas. En efecto, Gallegos parece ser un escritor inspirado, con lo cual se pretende decir que la función emocional es, en su creación, más determinante que la intelectual. Dentro de un esquema lo bastante amplio y seguro para contener la ondulante materia de la invención escrita, Gallegos echa a vivir o a morir a sus personajes actuantes, activos, más que racionantes o monologantes. Julio Planchart, quien le conoció íntimamente, señala que Gallegos crea « sus personajes, por los actos de ellos y por una serie de acontecimientos interesantes que les ocurren » y advierte que el propósito inicial del escritor, en *La Trepadora*, no era el de darle una solución optimista al problema novelado. Empero, el desarrollo de los caracteres impuso la acción y el desenlace feliz. Para ser consecuente con sus personajes, Gallegos tuvo que desechar el final trágico previsto. En la dedicatoria de la novela — ofrendada a un compañero de letras que no supo o no pudo estar a la altura de su amistad, en horas adversas — cuenta lo sucedido : « El hábito pesimista me llevó a darle al boceto de esta novela una solución trágica, conservando la tuya ; más, por sobre mi voluntad conciente, la trama del asunto y el determinismo de los caracteres, tendieron ellos solos, puede decirse, a la solución optimista. »

El propio Gallegos nos contaba una vez, que cuando le asaltaban las « ganas » de escribir, empezaba a recorrer toda la casa, lleno de zozobra, buscando lo que él llamaba el rincón propicio, el cual, generalmente, era un sitio donde se pudiera insta-

lar una mesa contra una pared. No podía escribir sino de frente a una pared desnuda, cerrado todo espacio. Entonces escribía seguido, de un tirón, página tras página, sin soportar interrupción alguna. De esa manera, en unos veintiocho días y tras de un viaje de una semana al llano, escribió, *Doña Bárbara*. Las dos primeras partes de *La Trepadora* fueron concluidas de una sentada y, acaso, se deba la debilidad de la tercera, a que tuvo que suspender el trabajo a fin de atender a la apertura de los cursos escolares. *Canaima* necesitó, tan sólo, un recorrido de quince días por Guayana. Pero una vez concluida la obra, Gallegos demora su publicación, la retoca, la modifica, destruye y vuelve a escribir capítulos enteros. A los íntimos suele leer sus obras inéditas.

Lo expuesto sugiere que Gallegos somete sus novelas a un proceso previo de elaboración interior, de masticación de temas y personajes, hasta que un buen día cobran tal realidad que ya no queda sino alumbrarlas sobre el papel. Allí empiezan a vivir para los demás y, a veces, suelen sorprender al propio autor, con el curso de sus acciones.

Conclusiones

La primera conclusión que se desprende del estudio panorámico de la obra de Gallegos es la de que ella se presenta como un todo compacto, integrado, en lo literario, por cuentos y novelas comunicantes ; en lo personal, por una vida que se cumple siempre en función civilizadora generosa, a través de la triple dimensión de maestro, hombre de hogar y hombre público.

En lo que se refiere a su literatura es preciso concluir que se trata de un *ciclo* y no de una sucesión de escritos independientes los unos de los otros. Ese *ciclo* (5) descansa sobre un determinado conjunto de constantes que le conceden unidad de forma y de fondo. Temas y protagonistas suelen pasar de una obra en otra cumpliéndose hasta el agotamiento de sus posibilidades o bien ofreciendo aspectos diferentes de su

(5) El autor tiene en preparación un libro sobre Rómulo Gallegos del cual ya ha concluido la parte relativa a este tema, titulado « Ciclo y Constantes Galleguianas ».

existencia. En realidad los personajes de Gallegos no pasan de una veintena.

No sería posible presentar a Gallegos como una inteligencia inmanente, infusa y solitaria que nada debe a sus compañeros de generación o a los escritores que le precedieron. Empero no cabe dudar de que ninguno de aquellos supo interpretar tan profundamente ni traducir a un idioma literario de tan vigorosa belleza, la realidad que pretendían aprehender. Ninguno, tampoco, supo trascenderla a una creación artística con aceptación universal.

Se puede hablar de un universo galleguiano, el de sus símbolos, el de sus héroes el de sus villanos, el de sus temas, el de sus paisajes, el de sus misteriosas figuraciones.

Ahora, a punto de cumplirse ya el ciclo del descubrimiento galleguiano, decimos : Doña Bárbara, y con sólo pronunciar esa palabra despertamos un juego de imágenes en las que pasa algo que pertenece a Venezuela. La obra de Gallegos hace posible nombrar con propiedad sentimientos, pasiones, virtudes y maldades del alma de ese vasto complejo geográfico y humano que es nuestro país. Decimos : Juan el Veguero, y nos agosta el horror de la miseria en la que puede volverse polvo en vida el hombre de las sequías venezolanas ; decimos Florentino Coronado, y es toda la crioltería vivaz no exenta de melancolía, la que se pone a cantar o a contar « cachos » ; decimos : Juan Parao, y se inflan las banderas amarillas de la Federación ; decimos : Encarnación Damesano, Antonio Sandoval, Venancio Navas, y nos ponemos firmes ante la lealtad que pasa ; decimos : José Francisco Ardavín, Melquíades Gamarra, Cholo Parima, Adreán Gadea, y son cabezas de bestias que se asoman a rostros conocidos ; decimos : Juan Crisóstomo Payara y es un mundo que se vuelve hombre ; decimos : Marcos Vargas, Reinaldo Solar, y dentro de nosotros se rompe una vena de llanto porque nos asalta la súbita evidencia del sino de frustración que puede pesar, como lápida mortuoria, sobre el idealismo de la juventud de un país donde impera la ley de más fuerte. Recordamos nombres : Pio Tamayo, Carlos

Aponte, Armando Zuloaga Blanco, Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas... Los unos roídos por las cárceles, los otros disparada sin rumbo la flecha del ímpetu juvenil, algunos caídos en acción de rebeldía generosa. Fuerzas desorientadas o voluntades heroicas. Dramas de desencanto. Devorados por la bestia de la realidad, ante el porvenir, en un país donde toda tentativa de superación por el espíritu, de afinamiento por el amor, parece, de antemano, condenada al fracaso. Sin embargo, el porvenir será de esos mártires y no de sus verdugos, porque los pueblos cuidan el recuerdo de sus héroes y abominan el de sus tiranos.

Las novelas de Rómulo Gallegos recogen todas las experiencias y tentativas anteriores o contemporáneas de hacer novela venezolana y les imponen el sello de lo definitivamente creado. En ellas, todos los elementos que componen la realidad convergen para crear un mundo y sobre éste suele resplandecer la estrella simbólica de la redención por el espíritu. De ahí la diversidad de aspectos que presenta la obra galleguiana, en realidad inagotable como la vida misma. Hay quien la define como cuadro de costumbre y descripción de paisajes naturales ; hay quien la califica de realista y fotográfica, o bien de reformista y tendenciosa. Los que quieren « estar al día » la rechazan por su objetividad y carencia de sutileza psicológica, en tanto que otros la estudian como si se tratara de una galería de casos freudianos. Se discute su actualidad o su anacronismo. Cada cual mira en ella lo que quiere o lo que es capaz de ver. El lector de pocos vuelos se complacerá tan sólo en la descripción de costumbres, de paisajes y de accidentes. Otros, mejor preparados, admirarán el equilibrio logrado entre esos elementos y el don de la escritura. Los menos, gustando de esa virtud de estilo y de composición, se asomarán a perspectivas hacia un « más allá » sugerido por determinados símbolos. Finalmente, alguno se llenará con la gracia de todos los *sentidos* de su creación.

JUAN LISCANO



(Dibajo de Bartolí)

GABRIELA MISTRAL

LÁMPARA DE CATEDRAL

A JACQUES Y RAISSA MARITAIN

*La alta lámpara, la amante lámpara,
tantea el pozo de la nave
en unos buceos de ansia,
quiere coger la tiniebla
y la tiniebla se le adensa
retrocede y se le hurta .*

*

*Parece el ave cazada
a la mitad de su vuelo*

*a la que atrapó la llama
que no la quema ni suelta,
ni la consiente que vaya
sorteando las columnas,
rasando los capiteles.*

*

*Corazón de Catedral,
ni enclavado ni soltado,
grave o ligero de aceite,*

brazo ganoso o vencido,
sólo válido si alcanza
el flanco hendido de Cristo,
el ángulo de su boca.

*

La sustenta un pardo aceite
que cuando ya va a acabarse,
para que ella al fin descanse,
alguien sube, alguien provee
y devuelve todos sus ojos.

*

Vengo a ver cuando es de día
a la que no tiene día,
y de noche otra vez vengo
a la que no tiene noche.
¡ Y cuando caigo a sus pies,
citas son, llantos, siseos,
su llamada de lo alto,
mi fracaso en unas losas !

*

Caigo a sus pies y la pierdo,
y corriendo al otro ángulo

de la nave, por fin logro
sus sangrientos lagrimales.
Entonces, loca, la rondo,
y me da al pecho y me inunda
su lampo de aceite y sangre.

*

Vendría de hogar saqueado
y con las ropas ardiendo,
como yo, y ha rebanado
pies, y memoria, y regresos.
Tambaleante en humareda,
ebria de dolor y amor,
desollada danzaría
hasta que ya fué aupada.

*

Desde el hondón de la nave,
oigo al Cristo prisionero,
que le dice : « Resta, dura.
Ni te duelas, ni te rindas,
y ningún relevo esperes. »
Ella ni El tienen sueño,
tampoco muerte ni paraíso.

GABRIELA MISTRAL

DERROTERO DE LA CULTURA

EN EL PERU

POR MANUEL SUAREZ-MIRAVALL

PERU tuvo siempre un prestigio de leyenda. Voltaire o Marmontel le utilizaron sin desmedro de sus propias y personales convicciones. El nombre adquirió — como diría José Santos Chocano — la metálica eufonía de « una resonante medalla colonial ». Perú, decían los hombres cultos, los eruditos, los aventureros, todos aquellos que jugaban el destino a una carta, aunque fuere geográfica. Pero quedamos sumergidos en la leyenda y hoy, para hablar de estos inicios de 1954, se nos ignora y se nos desconoce totalmente. ¿ Sigue el Perú una ruta trazada de antemano ? ¿ Juegan en él las coordenadas indeclinables de una teluria ? A responder estas dos interrogantes van las líneas que siguen.

La noche de los tiempos sorprendió a los primitivos habitantes de esta parte que nos corresponde en el planeta, con el afán presuroso de las manos incesantes y las pupilas ávidas. País éste que no tuvo recreo que conceder a una naturaleza imperiosa y subyugante ; país que avasalló al hombre que lo poblaba hasta subordinarlo a su imagen y semejanza, no podía haber llegado a ser lo que fué si, antes, no hubiere destilado centuria a centuria la impenitente brega del Hombre que se vence a sí propio para vencer escollos que le circundan. No trato de imputar toda una escuela filosófica a mis abuelos milenarios, no. Sostengo, sí, que sólo merced a muy espe-

cial filosofía, sólo en orden a conquistas sujetas a una praxis vital, pudo el habitante de estas márgenes trascender de su Destino. « Tras las duras colinas de sus pómulos, los ojos, oscuros lagos quietos. Las cejas eran una crestería. Se diría que el Adán americano fué plasmado según su geografía. Que las fuerzas de la naturaleza, de tan eglógicas, eclosionaron en un hombre con rasgos de montañas ». Así definió a Rosendo Maqui, Ciro Alegría, nuestro más grande novelista de todos los tiempos. Así delineó sus trazos angulares la raza que aún sobrevive. Como rasgo indeleble de su genialidad quedaron Machu Picchu, Ollantaytambo, Paracas, Ancón, Chan-Chan, Pachacamac... Esos hombres, ¿ vinieron del mar ? ¿ Fueron a él, como deja aventurar el viaje de Kon Tiki ? Nada importa. Lo positivo, el saldo último, se obtendría si preguntáramos : ¿ Fué un viaje hacia el Hombre ? ¿ Fué una aventura del Hombre ? Lo fué, y mucho. Lo intuimos, desde ya. Porque cuando respondamos a esa Esfinge de piedra que son nuestras culturas madres tendremos más asideros que nos vinculen al porvenir. Lo cierto es que lo telúrico, lo ancestral, la tradición, pesan sobre nosotros con persistencia inquietante y esclarecedora. De tal modo que aún hoy, en el Perú, para enjuiciar con profundidad crítica cualquier considerando debe partirse de una determinada y definida actitud ante nues-

tra historia. A simple vista, podría parecer que planteamos el indigenismo como anti-hispanismo. Nada más lejano de la realidad; porque nadie que pueda mantener cierta cordura intelectual tratará de cercenar raíces y fontanas. En el caso específico del Perú, nuestra geografía hiperestésica acusa señaladamente dos corrientes definitorias de influencias. La una, arcaica y nefasta, soterró legítimas aspiraciones y enfocó proscenios en la Europa lejana e inaccesible. Ella, fruto de apresuradas simbiosis, negó lo vigente, disminuyó adolescentes inclinaciones y propuso excelencias de ambiente foráneo y vivencia exterior. Fué, simplemente, la que yo he denominado alguna vez *eurotropismo*, esto es, la atracción de Europa. Pero no la necesaria polarización cultural, no, sino el simple remedo, el calco desafortunado, la ceguera voluntaria y el infeliz acomodo. Complementando esta inclinación, o tal vez corolario o negación de aquélla, discurre el torrente locatario, instintiva reacción ante los peligros que la primera comporta, algo así como un contrapelo equilibrador y dinámico. La poca frecuencia de su paso, su bajo índice en alguna minuciosa e interesada estadística, no amengua en nada su carácter auténtico y valioso. Hoy por hoy, es una de las pocas actitudes que nos dan prestancia, y por su genuina fisonomía, es el único plinto que entraña altura y proyecciones en el concierto espiritual del Nuevo Mundo. Esta actitud, la última, la que comparto (y la que creo haber canalizado en algunos ensayos y en cierto Mensaje suscrito por varios intelectuales de mi país), ahonda necesariamente en el estudio del Hombre que nos precedió en la Vida. ¿Qué anhelaba ese habitante que poblaba y avecindaba ríos, quebradas, mesetas, punas, valles, costas y selvas de este suelo? ¿Qué misión se impuso en esta vida? ¿Es cierto, como Vasconcelos sostiene, que inauguraba su famosa tesis de los tres estadios? ¿O, por lo contrario, deambulaba sin norte y sin angustia su devenir cotidiano? Tendríamos derecho a la duda y al rictus escéptico si la ruinas no hablaran a cada instante su mensaje de esoteria, si los *quipus* y tejidos, si las tumbas o los fardos funerarios no hubieran, hace tiempo,

entregado su mensaje de continuidad y grandeza. Ahora bien, para este morador el *modus operandi* no implicaba traba alguna. Construyó esos Evangelios de piedra que son nuestras ciudades teocráticas; distribuyó el agua, el maíz y la justicia como beneficios de un Dios proveedor; ignoró las inclemencias de la adversidad y atalayó, a despecho de las fuerzas elementales, las lejanías que el corazón presente. Hombre de rostro de barro, su angustia se volcó en gestos rígidos en las vasijas de barro, y sus máscaras sólo se regocijaron al lindar con lo grotesco. La chicha y la coca actuaban como válvulas de escape en las festividades comunales. Pero ese Hombre, ¿qué tenía de elucubrar sistemas? ¿Cómo exigirle la duda pirrónica o el sabio escepticismo, si quedó acorralado ante una rígida intransigencia de todo o nada, como centurias después la planteara el existencialista Kierkegaard? ¿En qué momento distraer su atención para bullir o zambullirse en un recreo cromático de colores? Los ponchos, los quipus, su vestimentas en general, acaparaban los contados descansos de una no repetida infatigabilidad. Pueblo eminentemente práctico, no encontró jamás el cero absoluto para su cotidiano afán. Su cerámica no fué, por eso, sino una escultura de bajorrelieve, ajustada a los usos domésticos. Su arquitectura, una tangente al ángulo y al volumen de rígidas aristas. Su música, una pentatónica frase expresiva. Hecho de barro, como el Adán legendario, rostro de barro, manos de barro, sólo en el barro aquietó sus faenas: hay que divisarlo sin esfuerzo en los *huacos* que no alcanzaron a llevarse los Museos y Universidades de Estados Unidos y Berlín.

En su fase primaria (aquella que emparenta con las más acusadas de la expresión azteca) el hombre precolombino asume los animales y los dioses malignos, en simbiosis inexplicable y liberando en la confianza (toda proyección externa es una confianza) el espíritu poblado de mitos, dioses vengadores y fieras inclementes. Es la fase que la cerámica reproduce plagada de rostros zoomorfos, de figuras híbridas, en que lo diabólico y lo abigarrado, en que la fauna y la fábula dividen, por igual, la imaginación vernácula. Esa etapa debe

de corresponder — es tan sólo una simple hipótesis — al diálogo mudo entre el hombre y los obstáculos próximos, etapa hecha de una cuasi anarquía, en que el provecho que emana de las sociedades constituidas quedaba librado a las energías individuales. Cual más, cual menos, todos estarían temerosos de un castigo permanente, esperando sabe Dios qué respuestas de odio y destrucción. Esta etapa, profundamente conmovida por subterráneos y dominantes sucesos, por inexplicables fenómenos y por tanteos dilucidatorios, encontraba en la sangre y en ciertas costumbres tribales anejas, la satisfacción de primitivos contenidos anímicos. No está probado que lo demoníaco sea la fase más antigua en el sentido cronológico, porque la humanidad retorna, cada cierto ciclo, a las formas más estúpidas y canallescadas de la degradación social. Pero en el proceso de interpretación estética, la fase cavernaria, la fase zoomorfa, la fase de yuxtaposición de lo grotesco con lo terrorífico, corresponde a las más antiguas edades

ANCON : Vaso de p'ata repujada.
(Col. del Museo del Hombre. París)



históricas. Hace mil quinientos años, en Moche, pueblo del norte peruano, los mochicas o proto-chimús elaboraban un considerable avance psicológico y plástico. Como ha señalado durante varios años Luis E. Valcárcel, en ese estado evolutivo empieza el artista (sin mengua del congénere helénico) a diferenciar la parte humana (consciente) de la parte animal (instintiva). Es un período que se va a caracterizar por la fidelidad con el modelo y en que, lógicamente, se llevará la técnica de la reproducción facial y anímica a caracteres que trascienden la sola enunciación del retrato. Para nosotros, tienen tanta importancia los rasgos deformados de un dios asesino como las sutilezas y bondades de un dios generoso. Tanto da, para el concepto religioso, las iras de un Jehová como las lágrimas de un Jesús. Todo depende del punto de vista que se adopte y la religión que se profese. De ese modo, para volver a la cerámica norperuana, se obtuvo una corriente que deberíamos llamar «expresionismo», si la difusión extremada de este vocablo como inherente a determinada escuela pictórica francesa o cierta corriente literaria germánica, no lo estorbasen. Lo que quiero sostener, en este caso, es que no hubo intermediario visible entre lo que el artista quiso hacer y lo que obtuvo. De ahí que ese arte se caracterizara por una fiel correspondencia entre lo que el artista quería y lo que obtenía. En otras culturas (Egipto de la decadencia, por ejemplo), el artista elaboró todo un arte de evasión, dispersándose en una serie de gestos o actitudes que maldisimulaban su contenido verdadero y trascendente. Nuestro artista no tuvo necesidad de dirigirse a dioses extraños o ajenos. Su mensaje, su ruego, su pedido o súplica iban dirigidos a un dios malo, si se quiere, pero tangible, cercano, próximo, prójimo. Ello bastaría para otorgar al artista peruano una proyección inusitada en el concierto de la cultura universal. Lamentablemente, estamos esperando que venga un extranjero para sostener este considerando con orgullo, una vez que él lo respalde. Pero, aún hay más. La cerámica nativa, más allá de su extraversione límpida y categórica, se encandiló del motivo minúsculo, del sentido esotérico

de las pequeñas cosas. (Un descubrimiento igual, cientos de años después, haría de Proust, el adelantado de la hipersensibilidad). De ese modo, poco a poco, en un repliegue paulatino y discriminado de potencias oscuras y legados atávicos, nuestros ceramistas fueron incorporando la decoración y el ornamento como indeliberables del trabajo en sí, del ánfora ritual, del vaso funerario, del recipiente doméstico. Y como el indio nativo estaba identificado con el suelo que lo sustentaba, como entre él y el cosmos se interponían tan sólo las distancias que el mar y el cielo le encuadraban, lógica e ineludiblemente volcó en la geometría circundante, en la lección que respiraba, su coloquio telúrico. Así aparecieron, en la mañana de los tiempos, esos rasgos geométricos que reproducen un escalonado andén cordillerano o un peldaño intermitente en torno a un motivo central. De ámbito cerrado, de concepción rotativa, de ejecución delicada, de colorido suave y enriquecido, el ornamento de nuestros objetos de cerámica inunda nuestra imaginación con una inventiva que todavía estamos desentrañando. El color, aquí como allí, está caracterizado por una fidelidad y un respeto a determinados cánones. Parece que los artistas respetaban determinadas ecuaciones técnicas; que cada ejecutante bordeaba dentro de rígidos cánones temáticos todo el exordio y la exultación de sus aspiraciones. Así, nada quedó vedado al artista primitivo. Ni lo erótico (¿no es el pudor una hipocresía más?), ni lo trágico, ni lo cotidiano, ni lo religioso, pudieron jamás cercenar sus pasos o detener su diálogo con el barro. Con la misma naturalidad con que un caracol marino (los *pututos*) adquiriría extrañas resonancias en sus manos, así también todo lo que era fe de vida le atenaceaba. No había nada de que avergonzarse. No pesaban en su conciencia colectiva ni la sangre de inocentes ni el saqueo de indefensos. Así empezó a dialogar con la eternidad nuestro pueblo. El arte, el nuestro, aparece, pues, como cordón umbilical con el cosmos circundante. Sólo adquiriremos análogas resonancias cuando restauremos la honestidad y la fidelidad a nuestros propios impulsos. Creo que es preferible ser un oscuro peruano



Cerámica mochica.
(Col. del Museo del Hombre. París)

auténtico que un rutilante y postizo europeo.

La Conquista y el Coloniaje no desmoran las cualidades de nuestra raza autóctona. Por el contrario, le dan una nueva dimensión. Pero como el artista no ha producido esa cultura, sino que le viene de imposición y de préstamo, lógico es asistir a un visible retardo de las facultades primigenias. Lo real, lo terriblemente real, es que no hubo síntesis entre ambos *tempos* culturales. Los unos, los conquistadores hispanos, saturados de energías que almacenaron tras 700 años de yugo musulmán; los otros, que vieron en el caballo y el arcabuz divinidades de más convincente ejecutoria, distrajeron sus ansias, de consuno, en una sujeción y una rebeldía, forcejeo que sólo eclosionaría con fugaces destellos tres siglos después. En ese lapso, milerio y medio de pintura europea (modificada y absorbida por el turbión hispano) plasmó sus más escondidas posibilidades en una pintura que ha dado en llamarse colonial y que yo considero apenas un

afluente de cierta tendencia del medioevo, precisamente aquella que volcó en Cristos, Vírgenes y Santiagos toda una praxis más de rito que de esencia, más supersticiosa que conceptual. Aquietados por el triple dogal económico, religioso y político, los pueblos nativos empezaron a vislumbrar (con el azoramiento peculiar) iglesias, altares, púlpitos, coros en los que vetas inagotables de canteras auríferas y platerescas realizaron un plateresco y un barroco de leyenda. Pero la pintura colonial peruana, aquella que tuvo asiento y centro en el Cuzco milenario, fué embarcando sucesivamente mil y un motivos heréticos ajenos a ella. Como en las catedrales de la Europa feudal, las iglesias americanas (aquí el plural sigue siendo peruano) se ornaron de indiátides, frisos del sol y la luna y de toda la flora y la fauna americanas. Los primeros religiosos de hábito no tuvieron a menos hacer coincidir hábilmente el santoral cristiano con las leyendas indígenas, ni pusieron reparos a los cimientos y muros incaicos sobre los cuales edificaron sus preciados templos. Por reflujo de la Historia, acatando esa ley histórica (¿ hay leyes en la Historia ?) por la cual el vencedor es absorbido por las costumbres y modos del vencido, por altares, retablos y pinturas a floró, sin desvirtuación posible, ese cúmulo de energías populares que jamás ha sido posible cercenar. Y no es extraño que en aquellos lugares donde el hombre se sintió más mestizado (Potosí, en Bolivia ; Cuzco, en el Perú ; Quito, en el Ecuador) hallara la pintura su expresión más vigorosa y duradera.

Y un buen día llegamos a la emancipación. Las clarinadas libertarias suspendieron una siesta que Túpac Amaru había tratado de perturbar. Pero nada cortamos con España : el idioma, la religión, las costumbres siguieron siendo las de la Colonia. Aparte, claro está, usos y modos vernaculares. Y así nos enfrentamos, una vez más, a nosotros mismos. La Independencia, estéticamente hablando, jugó al Destino su última carta. Como el Antonio Cava de *La Vorágine*, nosotros pudimos haber parafraseado : « Antes de apasionarme por Ideal alguno, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia ». Aquellos países que supieron encontrar su camino,

aquellos que defendieron hasta el último instante la propia herencia, obtuvieron la recompensa de la propia alma. Así Argentina, con Sarmiento y Alberdi ; así Chile, con Vicuña Mackenna y Alberto Blest Gana ; así Venezuela con Andrés Bello y Laso Martí ; así Cuba con el apóstol y poeta José Martí ; así Puerto Rico con José María Hostos... ¿ Y nosotros ? Nosotros nos hundimos en la pelea, en el caudillismo, en el recuerdo, con la mirada hacia atrás, nuevas estatuas de sa^l. Por eso produjimos liberales y panfletarios como Francisco de Paula Vigil, Manuel González Prada ; poetas como Carlos Augusto Salaverry o Felipe Pardo y Aliaga ; tradicionalistas como Ricardo Palma ; lenguaraces y belicosos como Joaquín de Larriava y Juan de Arona... Hasta que llegamos al siglo XX. Hasta que empezamos a mirar en redor y descubrimos cada vez más solos. Entonces fraguamos la puerta de escape : nos dió por « ir a Europa ». Dizque a aprender. Nada de eso hubo. Nuevamente, los vaivenes y oleajes de la historia nos golpearon las puertas del sentimiento y la voluntad. Necesitábamos afrontar la amarga y cruda realidad. Comprendimos que habíamos vivido con una mentalidad sensiblera de película ; que habíamos aplaudido el gesto orondo, la « pose » hueca, la palabra retórica, el cuadro estulto, el poema inocuo. Comenzó el proceso de re-valoración. Así insurgió en el proceso intelectual peruano la generación del 21. Aquella generación que vió al Perú por vez primera. Así empezó el proceso de crisis y enjuiciamiento de nuestros falsos valores. En esa vorágine, bien que paulatina y lentamente, empezó a criticarse la poesía de Chocano, la pintura de Merino, la literatura tradicional o inofensiva. Paralelamente, se enfocaba la realidad nacional. Innúmeras tierras en poder del imperialista o del terrateniente. La pretendida riqueza del Perú en unas cuantas manos. No extrañe que los intelectuales se hicieran políticos. Eran dos facetas de una sola y triste realidad. Es el apogeo de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. Se trata de crear nuevas bases de convivencia. Se cree que la poesía debe ser de combate, que la novela debe mostrar la explotación, que la pintura debe ser realista, que la

música corresponde a esencias autóctonas. Como en todo movimiento de juventud, hay más esperanzas que promesas ciertas. La poesía revolucionaria no se escribió. La novela, con veinte años de retraso, se plasmó en *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría. Antes, había facturado esas dos bellas novelas que son *La serpiente de oro* y *Los perros hambrientos*. La pintura adquiere — desde hace unos 5 años — nuevo contenido en la obra, profundamente propia, de Juan Manuel Ugarte Eléspuru, ganador de los últimos concursos de pintura, en el que la tierra — la antigua Pachamama — adquiere categoría de protagonista. Otros pintores actuales que siguen esta tendencia, aun cuando con voz y modos propios, son Sabino Springett, Alberto Dávila, Carlos Aitor Castillo, Servaldo Gutiérrez, Julia Codesido, Vinatea Reynoso (ya muerto), José Sabogal y otros que no han logrado separar o epidérmico de lo eterno. La escultura se manifiesta en algunos trabajos de Luis Valdettaro, de profundo conocimiento técnico y muy original percepción plástica. Los demás no han abandonado los descubrimientos relegados en los « ateliers » europeos.

La literatura exige algo más que unas cuantas líneas. José Santos Chocano, « el cantor de América », había oscurecido un tanto las voces genuinas. No había otra escapatoria que superarle o negarlo. Lo primero era difícil, lo segundo casi una herejía. Hasta que amaneció el genio : César Vallejo. Este mestizo nacido en el norte del Perú, fijó el Norte definitivo y consagratorio de la poesía nacional. Chocano había representado el gesto vacío, la « pose », el servilismo al tiranuelo, la defensa del prepotente, la adulación y el piropo. Vallejo encarnó la actitud humana, el trance, el desafío a los prejuicios y tabúes, la defensa del oprimido, del débil, del « de abajo » ; fué la voz medular, el lenguaje destrabado de sus resonancias accesorias. Chocano era la fidelidad a una lengua madre ; Vallejo encabezó la rebelión idiomática. Chocano se enorgullecía de « ser de América dos veces, y dos veces español » ; Vallejo se jactaba de ser Hombre, nada más. Local y patrioterero el uno ; cósmico y universal el otro. No había inucho

que escoger. Las nuevas generaciones optaron por lo permanente y por lo eterno. Ahí nació el culto a Va lejo que todos rendimos hoy al poeta trujillano. Ahí nuestra fidelidad a ese clamor que resonó en todos los ámbitos del mundo : « Si cae España, digo, es un decir... » Ahí nuestras almas inmersas en ese cadáver que « ay, siguió muriendo ». Por eso, para nosotros, los peruanos de 1954 (y me atrevo a jurar por los de 1984), César Vallejo es el irremplazable mensajero nuestro con lo Eterno, el Padre del Perú Nuevo, el liberador y gerifalte de un Perú que se gesta pese a quien pesare y a través de los obstáculos que hubiere.

Con la tierra y la dimensión humana nos llegó un mensaje de celestía. El estuvo a cargo de uno de los poetas simbolistas de mayor prestigio en el mundo ; José María Eguren. El incorporó una visión taumaturga y silenciosa, un nuevo mundo que trascendía el « zoológico de cristal » de que habla Tennessee Williams. El dotó a los puristas de sus más fuertes argumentos. Así se explica la poesía de Enrique y Ricardo Peña, la de Enrique Bustamante y Ballivián, la de Emilio Adolfo Westphalen, la de Xavier Abril. Otros, encontraron en el rasero francés un buen módulo de creación : César Moro, amigo de Breton y Eluard. Algunos más afincaban en la rebeldía y en la lucha sus más íntimas aspiraciones : Manuel Moreno Jimeno, Julio Garrido Malavert. La tierra, el paisaje, los problemas indígenas, renacieron en la obra poética de Mario Florián, en la de Felipe Arias Larreta — uno de los mejores poetas del momento actual — en la de Guillermo Mercado — ese gran poeta del sur peruano — en la de Alejandro Peralta. Paralelamente, sintiendo estas vivencias, pero superándolas en la alquimia poética, un nuevo grupo de poetas amaneció en nuestra realidad cultural : Gustavo Valcárcel — casi un artífice del verso —, Manuel Scorza — ganador de los tres primeros premios en los Juegos Florales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1952 —, Alejandro Romualdo Valle — Premio Nacional de Poesía —, Juan Ríos — autor de un teatro poético de muy altas calidades : « Medea », « Prometeo », « El Quijote », « Ayar Manco » y

otras obras —, Sebastián Salazar Bondy — también autor de teatro — y, tal vez, más que todos ellos, Martín Adán, seudónimo de Rafael de la Fuente Benavides, dominador excelso del idioma y autor de los sonetos más puros que haya producido el idioma desde hace cien años. Su novela poema *La casa de cartón* y sus poemas recopilados en *Poesía de Extramares* han conmovido a varias generaciones americanas. Otros grandes poetas americanos del Perú son Alcides Spelucín y Alberto Hidalgo. Juan Perra del Riego murió en Montevideo. Los uruguayos han tratado, varias veces, de hacerlo suyo. Esfuerzo que nos honra.

El cuento, influido poderosamente por el éxito de la novela de la tierra, ha tratado — vanamente — de hincar en el folklore. Porfirio Meneses (premiado en unos Juegos Florales de la Universidad de San Marcos, la más antigua del continente americano), cultiva con singular dedicación y notorio esmero esta veta de relatos. Le sigue Rubén Sueldo Guevara. Otros cuentistas, que afinan en el tema psico lógico tienen, a mi entender, varios motivos de supervivencia : Luis Alberto Ratto, Carlos Ribeyro, Elena Portocarrero, Armando Robles Godoy...

El siglo actual, este medio siglo sobre todo, nos sorprende en inquietud y en la hora cero. Hay un como renacimiento ontológico. Se empiezan a divisar los motivos nacionales ; se empiezan a indagar las causas de nuestra frustración. Pero en arte, ¡ ay !, lo fundamental es el artista. Y para el nacimiento del artista lo primordial es el pueblo. Pueblo sin energías, pueblo sin artistas. Pueblo creador, pueblo exultante. ¿ Tenemos alegría de ser lo que somos ? ¿ O algunos problemas gravitan enormemente sobre nuestro sino ? A contestar este interrogante nos hemos lanzado manos mil. Unas pocas llegarán a buen recaudo. Creo que el genio sólo aparece cuando la colectividad lo hace suyo, cuando un grupo humano (cualesquiera que sea) se condensa y concentra en un solo individuo. No se trata de que nuestros

escritores o nuestros artistas hagan arte peruano, con paisajes peruanos, no. Porque cualquier motivo y cualquier incidente es lícito para el creador. Pero tiene que haber, debe de haber una conjunción entre nuestro destino y nuestra esperanza. ¿ Puedo yo amar a la Madre, así, en abstracto, en generalidades, en arquetipo ? ¿ O debo amarla plenamente, cercanamente, en función de la mía, de la que me dió el ser y la vida, la razón de mi sino y el porqué de mi agonía ? ¿ Debo admirar o desear a la Mujer, así, en teoría, en conversación, en conjetura ? ¿ O debo perseguirla, acorralarla, dialogarla en mi vecindad, en mi sufrimiento o padecer ? ¿ Debo amar al Hombre, así, en lejanía, en libros, en doctrinas ? ¿ O debo amarlo en proximidad, en comunión, en cercanía, comenzando por el de este pueblo ? Es uno de los grandes dramas contemporáneos el fracaso de las pretendidas democracias. Se comienza por amar a las multitudes, pero se desprecia a la que va a nuestra vera. Se adula al pueblo en discursos y se le pospone en nuestro camino. No. Yo no quiero que el arte o la literatura de mi Perú pequen de lo mismo. Si toda la historia del arte, si ese « Museo Imaginario » de que habla Malraux nos enseña que toda manifestación artística es un mensaje del Hombre para el Hombre, yo no veo de qué Hombre van a hablar los que afinquen en tolveras extrañas sus hitos de partida. Porque del Hombre de allá hablarán los de allá, pero del de acá ¿ quién va a hablar ? Por eso, y solamente para ese bienaventurado día, guardo yo mi parábola de la oveja extraviada. Yo no veo de qué modo cooperaremos al arte universal, a la literatura universal, a la justicia universal, a la democracia universal, si, antes, no nos construimos nuestro propio arte, nuestra propia literatura, nuestras propias justicia y democracia. Y cuando llegue el minuto — y esto es para mí una llama votiva — estoy completamente seguro que concluiremos una nueva carta a los Efesios.

MANUEL SUAREZ-MIRAVALL

Proceso de la literatura femenina hispanoamericana

POR SUSANA REDONDO

LA literatura femenina en Hispanoamérica ha seguido la misma evolución que la de otros continentes : desde la represión en la expresión ocultando el nombre bajo un seudónimo, por considerarse menoscabo el que la mujer se expresara públicamente, hasta la expresión libre de los últimos tiempos, en que la mujer no sólo expresa sin ambages sus ideas, sino que hace de la pluma un medio para ganarse la subsistencia.

Todo escritor forma su pensamiento al calor de las creencias, costumbres y tradiciones que condicionan su vida, y este pensamiento se convierte en expresión y revelación de su momento y de su tierra ; es la voz de su medio la que habla por sus escritos. Así la expresión femenina ha estado siempre de acuerdo con su medio y las oportunidades educativas que se le hayan proporcionado. No es de extrañar, pues, que el movimiento literario femenino durante la colonia fuera muy escaso y reducido a una minoría de la clase social privilegiada, que la instrucción a la mujer no era fruto que se prodigara. En los primeros tiempos de la colonia la mujer ni escribió ni fué inspiradora de obras literarias. Los conquistadores, imbuidos en su afán de conquista y maravillados ante las tierras que sojuzgaban, describieron en sus obras épicas luchas, aventuras, los aborígenes y sus costumbres. La mujer, cuyo papel debía quedar reducido a ser sólo inspira-

ción, numen y fuerza de la producción literaria, no logró ese homenaje y se limitó a seguir la corriente de la época que le tocó vivir. La primera manifestación de escritura femenina florece a principios del siglo XVII en el Perú, en la que podemos llamar precursora, en aquella legendaria « Amarilis », cuya figura el lector engrandece, no sólo por sus indiscutibles méritos como rimadora, sino también por estar rodeado su seudónimo por esa aureola de misterio que siempre da el incógnito y por aparecer como figura señera en medio de una producción seca y artificiosa como fué la producción poética del Perú de su tiempo. La excelencia de su *Silva* a Lope de Vega hizo que se dudara que hubiese sido escrita por una mujer. En ella se muestra como índice y distintivo de lo que sería la literatura femenina en Hispanoamérica : encendidas estrofas en que cada palabra palpita de emoción sincera por sentida y en las que se satisface escribiendo como mujer, sin querer emular al hombre. Celebra Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* a otra poetisa sobre la cual hay cierta confusión, pues no sabemos si es la misma « Amarilis » a quien contestó en la epístola de *Belardo a Amarilis* en 1621, o es otra dama, no del Perú, sino de Bogotá, pues Lope de Vega la llama « fénix rara » de Santa Fe de Bogotá. No son estas figuras anónimas las únicas que se manifiestan en el siglo XVII ; hay otras, como doña Jeró-

nima de Velasco, de Quito, también muy celebrada por Lope de Vega ; pero de casi todas se encubre el nombre « por respeto », pues a los ojos de la sociedad de la época eran « pedantes insufribles ».

Al correr del siglo XVII se comienza a gozar plenamente del fruto de los penosos y agónicos años de lucha del siglo anterior. La sociedad sigue el patrón de vida de la Metrópoli, y como es lógico, la actividad literaria es eco del gongorismo predominante en España. Este gongorismo, acentuado en América por la exuberancia del paisaje, la abundancia de los bienes materiales y la proverbial agudeza de ingenio del criollo, dió lugar a una literatura en extremo recargada, conceptuosa y deliberadamente artificial, arrastrando en su vorágine a muchos claros ingenios de la época. No así a Sor Juana Inés de la Cruz, la monja mexicana, asombro de su tiempo por lo variado y enciclopédico de sus conocimientos y cuyo nombre llena la historia literaria del Siglo XVII. Escribió algunas poesías culteranas — que era hija de su época y no podía sustraerse a ella, o quizá para demostrar que su poesía podía ser abstracta como la del que más —, pero sus villancicos, romances, estrofas satíricas, y en general, toda su obra lírica, es de una belleza y delicadeza admirables, especialmente en una mujer que además se preocupaba por las ciencias y le gustaba observar para después deducir leyes de la naturaleza.

Entre el siglo XVII y XVIII el único nombre digno de mención es el de Francisca Castillo y Guevara, « la madre Castillo », abadesa de Tunja, Colombia, que al igual que Santa Teresa, es decir, por mandato de su confesor, escribió su *Vida* y ese maravilloso libro de profunda influencia bíblica : *Afectos espirituales*. En estos libros se pone de relieve una vez más, con soltura y sencillez, un alma femenina cuya profunda sinceridad la lleva muy cerca de la mística y hace de ella la mayor prosista de nuestra literatura colonial.

Así como en el siglo XVII el boato, artificio y recargamiento de la literatura gongorina se exageró en América, así también la decadencia de la literatura colonial fué más profunda que en la Metrópoli. Si el gongorismo fué el falso oropel con que se

quiso encubrir la realidad en una sociedad que se llenaba de palabras altisonantes y desmedido lujo en los salones, así el siglo XVIII sería un período de calma aparente incubador de grandes tempestades que conmoverían a América en todos sus sectores. Las ideas de filósofos franceses, que llegaban subrepticamente a América, y el ejemplo de la democracia triunfante de la América del Norte influyeron para que a fines del siglo XVIII se viviera un racionalismo sistematizador, de curiosidad científica, de negación de los viejos valores de la cultura. La literatura de la época se impregnó de un gran dinamismo cultural ; el escritor estampó sus ideas en *Gacetas* más o menos clandestinas aspirando a convertir sus ideas en hechos y viajó por otros países en busca de nuevas culturas. El régimen colonial se resquebrajaba a fuer de marcar las divisiones entre criollos y españoles, y las nuevas ideas hallaron campo abonado para su fructificación afectando el pensamiento y lógicamente la literatura de la época. La sátira y el comentario corrosivo que preceden a todo cambio social aparecen en América también, pero no hallan eco en la mujer, cuya visión del mundo había sido muy restringida y así no acertó a expresar sus pensamientos en un medio que pregonaba la igualdad y la libertad individual y le negaba a ella el simple derecho a la instrucción y la expresión.

Ya en el siglo XIX la mujer se siente con derechos que ha ganado a través de su heroica ayuda en las guerras de Independencia. Su participación activa en las luchas por la libertad le ha dado una clara visión del mundo en que se mueve y la ha colocado dentro del romanticismo, que con su exaltación sentimental se adapta más a la modalidad femenina, demostrando que es maestra en todas las formas de literatura subjetiva. Las corrientes literarias de la primera mitad del siglo XIX, en cierto modo antípodas, clasicismo y romanticismo, imprimen vacilaciones en el estilo y así se hallan estas vacilaciones hermanadas en Gertrudis Gómez de Avellaneda, sin duda el más bello exponente de lírica femenina del romanticismo. Nacida a la vida del arte en las postrimerías del artificioso clasicismo y en la aurora del

romanticismo, es forzoso que participe de estas dos tendencias. Clásica por algunas cualidades de forma, pero completamente romántica por su fogosa inspiración y por su temperamento apasionado, expresado especialmente en sus poesías. Cuba fué su patria y de ella habla apasionadamente en sus versos y sobre todo en sus *Leyendas*, tan poco conocidas, en las que escribe con gran amor sobre las tradiciones de su patria, y que si no lo expresa con el apasionado fuego de su compatriota José María Heredia, lo hace con una dulce nostalgia por las cosas amadas y lejanas.

Esta poesía del romanticismo produce grandes figuras como indudablemente lo es la de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que también escribe novela y teatro, pero produce también una gran cantidad de poesía de tono menor, aunque de un profundo lirismo en que no predomina la idea, pero que la palabra es magia que lleva a la emoción. Y este tono romántico será túnica que vista la producción literaria femenina, adorno del que pocas logran desprenderse. En unas será su canto maravillosa y dulce tristeza, en otras tendrá un tono culto y moralista, en otras tendrá la desesperada angustia de lo imposible, pero en todas se hallará la sinceridad, la exaltación de la pasión romántica y la destreza para expresarlas.

Generalmente la expresión femenina tenía como vehículo adecuado la poesía. Como literatura incipiente no estaban representados todos los géneros y es necesario llegar a la segunda mitad del siglo XIX para poder decir que la mujer entra en el dominio de las letras hispanoamericanas. Pocas habían escrito en prosa antes del siglo XIX y constituyen casos aislados: Sor Juan Inés de la Cruz, la madre Castillo, Josefa Acevedo de Gómez, de Colombia. Es en el siglo XIX cuando la prosa surge de pluma de mujer. Es prosa que se recrea en el pasado, bien en el pasado patrio, tan cercano aún, o en el pasado inspirador del romanticismo, que de ambas tendencias participan las novelas históricas y cuadros de costumbres de la colombiana Soledad Acosta de Samper. Pero no es en la novela histórica en donde más se destaca la mujer; los acontecimientos narrados están demasiado cercanos al protagonista, no tienen

luz de perspectiva y los hechos no aparecen con contornos claros, defecto notable en casi todas las novelas históricas hispanoamericanas. Realidad social es la tónica de la novela hispanoamericana; desde su origen en *El Periquillo Sarmiento*, la novela ha sido y es vehículo y portavoz en la descripción y juicio del sistema social. El fin de la novela, más que crear personajes, ha tendido a reivindicar al individuo, sea cual fuere su raza y posición dentro del sistema social que denuncia y condena. A esta tendencia no podía sustraerse la mujer, y el anarquismo que siguió a la Independencia la encuentra, no participando en los motines de las incipientes repúblicas, sino como espectadora que anota y observa. En el Perú, Mercedes Cabello de Carbonera denuncia valientemente, en un medio no sólo hostil, sino hasta agresivo, su anhelo de perfección en el sistema social. La obra de Mercedes Cabello de Carbonera tiene el indiscutible mérito, no sólo de ser analizado estudio de la descomposición de las clases altas, sino que es denuncia sin ser libelo virulento, ya que su autora tenía un alto sentido de la literatura, cuya función primordial debía ser la de colaborar con la obra social para el mejoramiento del bienestar colectivo. Fué naturalista sin llegar nunca a las crudezas del naturalismo, pues en su afán de crítica social eran más importantes las pasiones que los actos mismos. Era realista a la manera de Balzac y sin desprenderse del todo del romanticismo.

Se ha dicho que la mujer no señala caminos en la literatura, que se limita a seguir los ya trazados. La misma Flora Tristán, inquietud de insatisfecha perenne, repetía en 1875, en los salones de otra gran novelista, María Gorriti, que « El hombre ha nacido para crear; la mujer para perfeccionar y descubrir, en las cosas creadas ya, otros matices, otras bellezas que él no ha podido conocer ». No siempre es esto cierto; en ese mismo Perú, Clorinda Matto de Turner abre un nuevo camino a la novela hispanoamericana cuando escribe *Aves sin nido*. Desde el siglo XVIII predominaba el antiespañolismo, se volvía la vista al pasado porque en él había algo que vindicar, errores que enmendar, y el indio vuelve a atraer al escritor como lo había hecho

desde los primeros tiempos coloniales. Las corrientes románticas que traen a América las novelas de Scott y sobre todo *Atala* de Chateaubriand, hacen surgir las novelas indianistas, en las que los indios, por lo regular mestizos, son tratados a la manera romántica, teniendo como fondo las selvas idílicas de *Atala*. Clorinda Matto de Turner fué la primera en expresar el contenido ideológico de su generación, influida por la escuela positivista en filosofía y su escuela literaria del realismo y el naturalismo, y más que nada por su sensibilidad femenina. Escribió lo que vió y sintió ante la opresión y la injusticia con que el blanco trataba al indio, lo denunció en *Aves sin nido*, abriendo así un nuevo camino a la novela hispanoamericana: la novela indigenista, que tantos seguidores ha tenido y que tantas formas ha ido adoptando hasta llegar a hacer de esta novela indigenista uno de los más firmes baluartes de la literatura hispanoamericana.

A fines del siglo XIX Hispanoamérica se había convertido quizá en el continente más cosmopolita del mundo. Las influencias extranjeras llegaban en abundancia a sus playas, que eran puertos abiertos a todas las innovaciones y que encontraban eco en el inquieto y alerta pensamiento de sus hijos. Con esa facilidad de expresión, asimilación y selección que siempre se le ha reconocido al criollo, retuvo éste lo mejor de la cultura extranjera, que incorporó a los valores autóctonos que se habían sublimado después de la Independencia, surgiendo así el modernismo, vale decir, la renovación amplia y profunda de los viejos valores culturales que vistiéndolos nuevas galas dan a la expresión castiza un nuevo brío y una mayor armonía.

Durante el modernismo, las pocas mujeres que escriben lo hacen sobre los temas convencionales de la patria, el hogar y los hijos, siguiendo los viejos moldes del romanticismo. En el siglo XX, después de apagado el resplandor de llama que levantó el modernismo, ya más acallado su tono brillante, la mujer se decide a dejar oír su voz de nuevo. Unas tienen el tono callado, dulce y sentimental, con una expresión muy suya y al mismo tiempo muy tradicional; no pertenecen ni al romanticismo ni al modernismo, como la mexicana

María Enriqueta Camarillo de Pereyra; otras se rebelan contra las barreras que aún las cercan y oprimen como garras de acero, se debaten en ellas, pero sus intentos son débiles y las garras que las oprimen pueden más que ellas, terminando por sucumbir, heridas por los mismos hierros que quisieron romper. Tal es el caso de la uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira. En Delmira Agustini, uruguaya también, encuentra la poesía femenina su más libre expresión. En lengua castellana es la primera mujer que osa poner su alma al desnudo con todos sus anhelos, con todos sus deseos. Su trágica y misteriosa muerte fué digno corolario a sus versos de amor, de deseos, de muerte. Soñar fué su vida, soñar con el amor, que por haberlo soñado intangible, no alcanzó a encontrar jamás. En Gabriela Mistral la angustia del amor frustrado se vislumbra lo mismo en *Desolación* que en *Tala*, pero es serena, de desolación íntima que no se muestra apasionante y sensual, sino resignada, hecha a todos los vientos y tempestades. Los versos de Alfonsina Storni cantan el amor sin falso rubor y son interpretación de lo que es la vida de las grandes ciudades para las almas sensitivas: soledad, indiferencia, almas uniformes y monótonas, interminable vulgaridad. La ciudad la sentía como caverna que apresaba su espíritu, la muerte era espacio y el mar era la pampa verde que la atraía con su infinita vastedad y a él fué, en sus aguas hundió su vida atormentada. Naturaleza y amor están hermanados en la poesía de Juana de Ibarbourou, del Uruguay. Poesía fresca, olorosa a rosas y tomillos, rezumando el gozo de vivir en un alma que no ha conocido las luchas en que se debatieron sus antecesoras.

La poesía del siglo XX sigue en continua evolución. A la angustia y exaltación que es nota dominante del postmodernismo, sucede la emoción social que es secuela natural de la evolución social operada en el continente, especialmente en lo que se refiere a la liberación política y hasta pudiéramos decir sentimental de la mujer. Pero esta emoción social tiene una sensibilidad que oscila entre el tema íntimo y el social, siempre con algunos rasgos románticos, como en la peruana Magda del Portal. No hay sentido de humor en la poesía

femenina; se le encuentra solamente en la cubana María del Villar Buceta, que ha logrado su propia originalidad sin seguir los trillados caminos del amor y los desengaños. La exaltación de las poetisas uruguayas se encuentra más atenuada en la nueva generación, aunque sin perder su ardor apasionado, como en Luisa Luisi, Esther Cáceres y Sarah Bollo. También la poesía típicamente filosófica y conceptual, que tiene la angustia como motivo, encuentra cultivadoras en las argentinas María Villarino, María Alicia Domínguez y Margarita Abello Caprile. La poesía de racionalismo alerta, de suspicacia ante la influencia norteamericana encuentra su expresión en la panameña Nicole Garay. En las Antillas sigue predominando la poesía lírica, sin referencias reales, con una absoluta originalidad y finura emotiva, poesía de esencias como ha sido siempre la poesía de Cuba, — posición bien definida dentro de la lírica de todos los tiempos — Puerto Rico y Santo Domingo. En general la poesía contemporánea es más serena, sin los desgarramientos angustiosos de las precursoras, pero siempre encontrando la expresión justa por el camino del lirismo.

Es imposible anotar todas y cada una de las valiosas aportaciones femeninas a la literatura contemporánea en sus diversos géneros. Sería catálogo interminable el mencionarlas a todas. En el teatro la mujer va adquiriendo habilidad en la técnica y el desarrollo escénico; desde los logrados intentos de Gertrudis Gómez de Avellaneda en el siglo XIX hasta la contemporánea Magdalena Petit con su loable esfuerzo por crear un teatro chileno. La literatura pedagógica forma también un bello capítulo en la literatura femenina con estudios valiosos expresados en elegante prosa, que quienes la cultivan son, además de pedagogas, poetisas, novelistas o ensayistas: Luisa Luisi ya mencionada como poetisa; Amanda Labarca, de Chile, de juicio claro y sereno; Mercedes García Tudurí, fina pedagoga y admirable poetisa de profundas inquietudes filosóficas. El cuento, arte difícil de síntesis y acción, tiene su desarrollo en América en el siglo XX. Participa de todos los temas. Quizá el más trabajado sea el folklórico, como en la cubana Lydia Cabrera, o los

impregnados de americanismo de Carmen Lyra, de Costa Rica, y también los de la colombiana Elisa Mujica.

En la novela contemporánea es en donde se halla mayor diversidad, tanto de temas como de expresión. *Ifigenia*, de la venezolana Teresa de la Parra, es novela artística y psicológica. Escribió con fino humor sobre la tragedia social de la mujer, pintando ese mundo de anhelos, desilusiones y fracasos de la mujer hispanoamericana de su tiempo, de vida controlada por las tradiciones y convencionalismos. En el terreno de la psicología infantil es difícil que encuentre rival en sus *Memorias de Mamá Blanca*, deliciosos cuadros de recuerdos infantiles. Venezolana como Teresa de la Parra es Antonia Palacios, que también escribe una novela: *Ana Isabel*. — *Una niña decente* —, que es otro cuadro sutil de psicología infantil. María Luisa Bombal, de Chile, en sus novelas *La última niebla* y *La amortajada* llega a una gran originalidad propia. Su estilo es sumamente impresionista; crea seres y situaciones que se apartan de lo habitual y cotidiano. En *La amortajada*, los pensamientos subjetivos respecto a la muerte nacen de una realidad psíquica nutrida de pasiones, de sueños, de los cuales se despoja la protagonista sólo para cambiarlos por otros de paz, de desprendimiento absoluto de las pasiones humanas para llegar a una completa identificación con la naturaleza. *Humo hacia el Sur*, *Montaña adentro* y *Bestia dañina*, novelas de la también chilena Marta Brunet, son, por lo contrario, objetivas, de fondo rural, realistas y dramáticas, con escenas pintorescas de costumbres regionales y un mucho de preocupación social.

Esta preocupación social es la tónica de la novela hispanoamericana del presente siglo, especialmente en las novelistas mexicanas, tan vinculadas a su suelo. Expresan el problema sociológico, pero todas, sea cual fuere su nacionalidad, lo expresan con originalidad propia. Sentimentales, trágicas, románticas o realistas, todas le dan vida al ambiente que crean, porque lo pintan con la sinceridad del que sabe que su mensaje de redención y elevación llegará a todos.

SUSANA REDONDO

Trayectoria

de la creación galdosiana

POR JOAQUIN CASALDUERO

LA emoción histórica, que los románticos sienten por primera vez como expresión de la temporalidad humana, es una de las características del siglo XIX. Esta emoción histórica, además de hacer surgir el pasado en la atmósfera poética de lo vago y lejano, y sobre todo de lo extraño y extranjero, no sólo en el espacio sino en el tiempo, es lo que condujo a los románticos a que se fijaran en su propia época, en el presente como tal presente, preparando así el advenimiento del Realismo. *Fernán Caballero* lo dice claramente. Su intención es pintar la sociedad contemporánea.

Galdós, pues, en su juventud madrileña, vive en un medio literario en que tanto el teatro como la novela encuentran su inspiración en la realidad social, vista como una antítesis entre lo tradicional y lo moderno.

Después de una breve vacilación, el joven Galdós encuentra el tema de su obra y la forma que le convenía: la sociedad contemporánea y la novela. Galdós desplaza el tema tal como lo habían visto los realistas. Estos habían estudiado la lucha entre lo tradicional y lo moderno, era lo que todavía estaban haciendo y lo que todavía harían. Lo que Galdós se propone es estudiar las raíces de esta lucha y su crecimiento. El pasado tiene para Galdós un valor histórico y a la vez filosófico. Como valor histórico el pasado explica el

presente y, por lo tanto, ayuda a comprenderlo; el pasado es la causa y el presente el efecto. Lo que estudia Galdós es esta relación mecánica causa-efecto en terminos históricos: pasado-presente. Como valor filosófico, pasado es sinónimo de muerte, y presente lo es de vida. La oposición pasado-presente se transforma en la oposición muerte-vida, con una consecuencia muy importante, la de creer que el tiempo, no el hombre, es quien destruye y quien crea.

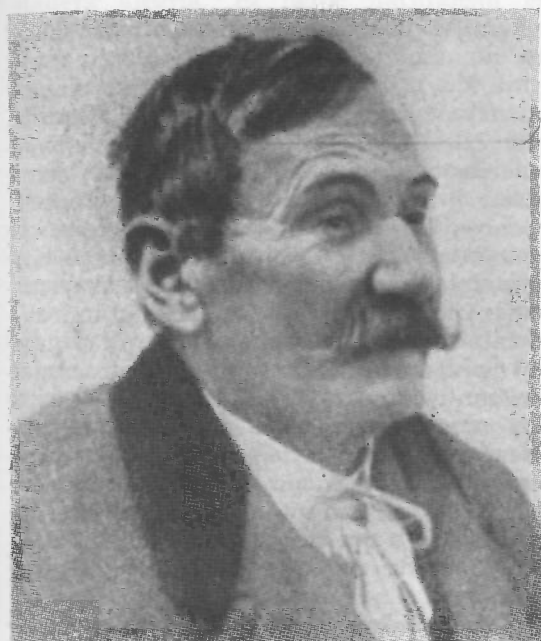
Taine da a Galdós las ideas históricas para poder aprehender la realidad social, Balzac le hace ver la sociedad no ya como un cuadro de costumbres, sino como un organismo vivo, el verdadero héroe de la Historia, y Dickens le prepara para transformar el sentimentalismo individualista en un sentimentalismo social. Además de estas tres grandes figuras del siglo XIX, hay que tener en cuenta a Cervantes. El *Quijote*, sentido y comprendido, como es natural, según las ideas de mediados del siglo XIX, es el que proporciona a Galdós los medios para contemplar la realidad española y para crear el perfil grotesco de gran número de personajes. Hay que añadir a Víctor Hugo para cierta concepción del mundo novelesco de su primera época, y para la visión trágica de algunas figuras de su madurez conviene recordar a Shakespeare. Ha tenido contactos con Ibsen y con Tolstoy, pero sin carácter for-

mador ; han sido más bien debidos a un desarrollo paralelo.

Éstas me parecen ser las características y determinantes de la primera etapa de Galdós (período histórico 1867-1874), en la cual crea sus dos primeras novelas — *La Fontana* y *El Audaz* — y los diez volúmenes de la primera serie de *Episodios Nacionales*. Doce novelas en las cuales estudia la historia de España desde finales del reinado de Carlos IV hasta el trienio liberal de Fernando VII.

Con el primer *Episodio* de la segunda serie entramos en otra etapa de la labor galdosiana. En esta segunda etapa (1875-1879) el análisis histórico es sustituido por un esquema abstracto. En la primera etapa las dos novelas dieron lugar a los *Episodios* ; en la segunda etapa, los *Episodios* dieron lugar a sus novelas correspondientes : *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela* y *La familia de León Roch*. La primera serie de *Episodios* trata de la guerra de la Independencia, y tiene una fuerte unidad. El novelista ha querido que la unidad de la acción histórica se refleje en la parte novelesca, y ha hecho de ésta un relato autobiográfico : la redención moral y social de un hombre, como si dijéramos la salvación moral de España. De aquí que a pesar de las batallas y los continuos accidentes militares, yo no encuentre en esta serie el carácter épico que la crítica ha señalado con insistencia. La segunda serie, en cambio, novela la historia civil de España desde la vuelta al trono de Fernando VII hasta su muerte. En este período histórico ve Galdós completamente formada la división que apenas había comenzado a germinar en el anterior. Al novelar esa escisión, los personajes adquieren inmediatamente un carácter decididamente simbólico, subrayado por sus nombres. El personaje liberal se llama Salvador Monsalud, el absolutista, Garrote, el buen burgués, Benigno Cordero, etc. La novela en la primera serie servía, entre otros propósitos, para contar la historia ; en la segunda, la novela sirve para elevar el hecho histórico al plano de lo general y abstracto ; de aquí que sintiera Galdós la necesidad de desentenderse de los hechos históricos para dejar plasmada la fisonomía del si-

glo XIX español en sus trazos definidores y característicos. Entonces crea sus tres novelas abstractas : *Doña Perfecta*, que tiene lugar en Orbajosa ; *Gloria*, que sucede en Ficobriga, y *Marianela* que pasa en Socartes. Las dos primeras novelas nos llevan de la lucha entre lo antiguo y lo moderno, considerada desde un punto de vista político-religioso y español, a la lucha entre lo particular y lo general vista desde el ángulo religioso. *Doña Perfecta* es el símbolo del espíritu universal y reaccionariamente tradicional ; si, además, tiene un acento español se debe a que esta fuerza reaccionaria universal se estudiaba en España y para España. Por eso se apresuró Galdós a presentar esa lucha en términos más universales al enfrentar en *Gloria* el catolicismo con el judaísmo, tan intransigente el uno como el otro, porque ambos no representan el espíritu religioso en general, sino que son una manifestación parcial e histórica del espíritu religioso ; y, como son incapaces de abarcar a toda la humanidad — al creerse cada uno de ellos en posesión de la verdad —, tienen forzosamente que oponerse, no solamente el uno al otro, sino a toda concepción de la verdad que no coincida con la suya. En *Doña Perfecta* y *Gloria* cristaliza el concepto negativo y trágico que tiene Galdós del mundo en general y de España en particular. Pero Galdós puede expresar esta tragedia de un modo terminante, porque, gracias a su esperanza en un mundo mejor, ha podido descubrirla ; esperanza que toma forma en *Marianela*. En esta novela, la ciencia luchando contra la imaginación da al hombre la vista para que pueda contemplar la realidad y, desplazándose de la zona de lo absoluto a la de lo relativo, dedicarse al trabajo fecundo. *Marianela* es a la vez el desenlace vital de la trágica situación de *Doña Perfecta* y *Gloria* y el manifiesto estético-ideológico de Galdós. *Marianela* se apoya fuertemente en Comte para dar una estructura a la Historia — períodos teológico, metafísico y positivo, es decir un estado provisional, seguido por uno transitorio que va al último, científico y definitivo. Las dos primeras tienen la trágica decisión de una situación mortal claramente captada, la tercera, en cambio, une a la forma de un



BENITO PÉREZ GALDOS

idilio melancólico la seguridad de la fe en el credo positivista.

A *Marianela* le sigue *La familia de León Roch*, donde todavía observamos un esquema abstracto para organizar el mundo, donde todavía nos encontramos dos principios frente a frente, pero este conflicto ya no tiene lugar en una ciudad imaginaria, sino en Madrid, en una familia, en unos individuos. Doña Perfecta tenía que explicarle a la sobrina del Penitenciario, que la lucha entre ella y Pepe Rey era en realidad una lucha entre dos Españas, entre dos mundos. En *La familia de León Roch* se trata de una incompatibilidad de caracteres, es el temperamento lo que separa a León Roch de su mujer; temperamento que debe explicarse por la influencia del medio y de la educación, pero principal y especialmente por la forma de la vida sexual. Con esta novela termina la etapa abstracta, que tiene la fuerte influencia de Comte ya indicada y un marcado carácter antihegeliano; al mismo tiempo prepara la etapa siguiente caracterizada por su naturalismo.

La etapa naturalista comprende las novelas escritas desde 1881 hasta 1885, es decir desde *La Desheredada* hasta *Lo*

Prohibido. Seis novelas en las cuales junto a la enseñanza de los autores antedichos notamos la de Zola. El Naturalismo hace sufrir a la cultura española una de sus mayores deformaciones. No me refiero a la decidida actitud antagónica, como cuando cita Galdós el verso de Calderón « Soñemos, alma, soñemos », dándole conscientemente un sentido opuesto al del dramaturgo barroco, sino a la asimilación de la picaresca del XVII y al patrocinio de Cervantes. En esa época, es claro, se tenía que rechazar el *Persiles*, al cual no se le podía hacer entrar dentro del concepto naturalista, y muchas de las novelas ejemplares llamadas idealistas; esto no era lo peor, sin embargo; lo peor fué cuando con toda sinceridad deformaron el *Quijote* o la visión de Velázquez. Hoy acaso podamos ver la belleza del Naturalismo y la del Barroco en su sentido aproximadamente verdadero.

En las obras de estos cinco años se reflejan todas las características del Naturalismo y su concepto del mundo. Lo importante, empero, es notar el crecimiento y desarrollo de la obra de Galdós, ver cómo el naturalismo no es una aportación meramente externa, sino que es una asimilación, gracias a la cual se separa del análisis histórico y de la representación abstracta para estudiar el carácter nacional a través de unos individuos. El trabajo de este período le lleva, además, a descubrir la realidad, esto es a crearla. Una realidad tal como la conciben los naturalistas, desprovista de toda finalidad que la trascienda. El Naturalismo-positivista pone ante nosotros una naturaleza que no es nada más que materia; el mismo espíritu, si por raro azar se le encuentra, es únicamente un estado de transformación de la materia que recibe este nombre. La última novela de esta etapa, *Lo Prohibido*, es la obra más estrictamente naturalista en toda la labor de Galdós. En ella el novelista ve reducida toda la realidad a materia y el individuo a fisiología. Ya para penetrar en el carácter de Doña Perfecta se nos decía que padecía de la vesícula biliar, pero esa observación se pierden en el contenido histórico e ideológico tan compacto que sostiene a esa figura. Ahora no, desde *La Desheredada* y cada vez en



JOAQUÍN CASALDUERO

aumento mientras nos vamos acercando a *Lo Prohibido*, los hombres y mujeres que pueblan sus novelas son fruto del medio, con todas las taras hereditarias que se han ido acumulando de generación en generación.

Al quedarse solo ante la materia, Galdós descubre la presencia y realidad del espíritu. La realidad de la materia y la realidad del espíritu frente a frente, este es el conflicto cuya expresión da lugar a la creación de las obras maestras de Galdós: *Fortunata y Jacinta*, *Miau*, *La Incógnita*, en las cuales el autor se debate en esa lucha entre la materia y el espíritu; y *Torquemada en la hoguera*, *Realidad*, *Ángel Guerra*, *Tristana*, novelas en que se ve al hombre sometido a una fuerza superior y descubriéndola.

En todas las obras de este ciclo — 1886-1892 — los personajes viven desasosegados y su morir es un desesperado suicidio, al chocar constantemente con una fuerza ignorada que les domina y sujeta, o bien es un doloroso esfuerzo por perfeccionarse a sí mismos. Si antes pasado era sinónimo de muerte, y presente, de vida,

ahora la palabra materia es otra manera de nombrar la muerte, y la palabra espíritu, de nombrar la vida. De la misma manera los personajes vuelven a adquirir un valor simbólico, pero no son encarnación de ideas o de principios, sino seres poéticos y universales. Ahora, como antes, vemos dos principios frente a frente. En las dos primeras etapas, sin embargo, eran dos principios — tradición, libertad, o lo particular y lo general — que se excluían mutuamente, por eso su lucha debía tener siempre un fin infecundamente trágico. En esta etapa del conflicto entre la materia y el espíritu los personajes mueren también trágicamente, pero su muerte es un dolor fecundo, porque el espíritu no excluye la materia. Materia y espíritu son dos términos contrarios, sí, pero que necesitan el uno del otro para formar eso que llamamos vida, el hombre.

Así, Galdós en el año 1892 entra en la quinta etapa de su producción, en la cual estudia la vida y la muerte, o dicho de otra manera, la espiritualización de la materia sin el espíritu. Después de habernos presentado al héroe de la libertad política — Salvador Monsalud, Pepe Rey — y al héroe naturalista — Teodoro Gólfir, Isidra, Manso, etc. — nos presenta al héroe espiritualista y su acción. Galdós no reniega del Naturalismo, lo supera. Galdós en esta etapa va conducido por Schopenhauer y reconciliado con Hegel, quienes le ayudan a plantearse de nuevo el problema de la personalidad humana, del Estado y de la voluntad.

El héroe espiritualista no es ya el hombre que lucha por principios políticos, ni ese hombre que con la fe en la ciencia y en el trabajo, lucha, de una manera a veces ruda y brutal, con la naturaleza o con el hombre, que no es un ser moral, sino también una fuerza elemental y ciega. El hombre espiritualista es el que lucha consigo mismo. No tiene voluntad de poder, voluntad de dominio, sino voluntad de perfeccionamiento. El héroe espiritualista, partiendo de una culpa trascendente, que reconoce como suya, lucha por purificarse, y acepta la realidad de la vida; acepta la vida que es dolor, pero no un dolor inútil e infecundo, sino un dolor que en el centro de su mayor sufrimiento encierra la ver-

dadera alegría. El héroe naturalista es el hombre que se forma a sí mismo y conquista la materia ; su heredero, es el hombre ya formado, que tiene que conquistar el espíritu, o con expresión de Ganivet, *El Escultor de su Alma*. Este ciclo termina en 1897 y comprende las novelas y obras de teatro escritas desde *La Loca de la Casa* hasta *El Abuelo*. Los personajes de estas obras tienen una rara monumentalidad. Es verdad que ya Doña Perfecta tenía un aire colosal, pero sus dimensiones se deben a la relación de planos y al juego de luces y sombras. En otro medio, iuminada de otra manera perdería su apariencia simbólicamente gigantesca. No es ella la que es colosal, sino la intransigencia, la ceguera, el atraso, la sombra de la Catedral. De Pepet al Abuelo, pasando por Torquemada, la de San Quintín, Nazarín, lo que hace monumentales a esos personajes es la lucha consigo mismos o con la sociedad o con ambos. Luchan con el mal que está dentro y fuera de uno mismo.

Con el año 1898 llegamos a la época de mayor perplejidad en nuestro autor. Hacia finales de siglo los principios estéticos y morales pasan por una profunda crisis, no sólo en España, es claro, sino en toda Europa. El objetivismo naturalista ha dado lugar al subjetivismo impresionista y el individuo social del Naturalismo se ve sustituido por el individuo anarquista del Impresionismo. Además hay un cambio de acento. El Naturalismo tiene una preocupación profunda humana y, por lo tanto, moral ; en cambio, el Impresionismo se mueve, aun dentro de su constante preocupación moral, por anhelos de índole estética : esculpir el alma, no sólo quiere decir crearla, sino hacer algo bello en su perfección imposible. Esas aspiraciones a un último bien son raíces morales que dan frutos estéticos. Las dos corrientes que han estado con su lucha incesante dando forma al siglo XIX — la tradicionalista y la liberal —, en el Impresionismo se separan por completo, llegando a las posiciones más resueltamente extremas. Después de un momento de gran depresión, que va de 1898 á 1900, cuando se escribe la tercera serie de *Episodios*, Galdós con una gran energía y

decisión da un paso hacia adelante ; entonces entra en la etapa de la libertad metafísica, en la cual intenta asimilarse los nuevos principios estéticos, y en la cual se vuelve a plantear el problema de España, no de una manera objetiva, sino subjetiva. No trata de estudiar la realidad histórica y de observar y explicar cómo Doña Perfecta mata a Pepe Rey, sino que lo que quiere es dar un ideal a los españoles, y entonces Doña Perfecta es condenada a muerte : este es el significado de *Cassandra*. En la primera serie de *Episodios* la novela está al servicio de la historia, en la segunda serie la novela es la cristalización del fluir histórico. La tercera es la serie de la guerra civil — dolor, crueldad, insensatez, ni el Estado ni el individuo son respetables —, la novela refleja esa especie de feudalismo moderno, que ni es feudalismo ni es moderno, es únicamente desbarajuste y desorientación. En la etapa de la Libertad, los *Episodios* se convierten en el comentario y la justificación de la novela, de *Cassandra*. A quien había que haber matado era a Fernando VII, y esto lo dice cuando escribe sobre Isabel II, la de los tristes destinos. Por la ironía, por la serenidad, por la penetración histórica, por la creación de personajes, la cuarta serie quizás sea la mejor junto con la quinta que dejó sin terminar. Esta etapa acaba en 1907, cuando aún le quedan al escritor once años de trabajo.

En sus últimos años el novelista abandona la historia para entregarse a la mitología, manera de liberarse de la sujeción temporal y poder penetrar el sentido de los hechos ; pero eso todavía no le basta. Los últimos seis años de su vida los dedica a soñar. El ha querido que el hombre hiciera de la Tierra un lugar feliz y moralmente habitable. No lo ha conseguido, pero nadie puede impedir que sueñe utopías, en las cuales se imagina al hombre realizando el bienestar en la Tierra : un bienestar naturalista, hecho de escuelas y fábricas, con una nota espiritualista : la del amor, amor de unos hombres por otros.

Así, la semilla que estaba en su corazón y que encontramos en sus primeras obras ha ido germinando y desarrollándose.

La experiencia histórica, moral, individual y metafísica del novelista ha imprimido un sello en la germinación y desarrollo de ideas e ideales, dando lugar a las diferentes etapas de su obra, que podríamos delimitar de la siguiente manera :

1. Período, 1867-79 : período histórico, 1867-74 ; subperíodo abstracto, 1875-79.

2. Período, 1881-92 : período naturalista, 1881-85 ; subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu, 1886-92.

3. Período, 1892-1907 ; período espiritua- lista, 1892-97 (tercera serie de *Episodios*, 1898-1900) ; subperíodo de la Libertad, 1901-1907.

4. Período, 1908-18 ; período mito- lógico, 1908-12 ; subperíodo extratemporal, 1913-18.

Galdós comienza tratando de estudiar el carácter español, después quiere captar al hombre del siglo XIX, luego al hombre en general y por último cierra su obra con figuras utópicas.

De los numerosos temas y tipos de la obra galdosiana — el despilfarro, la buena administración, el trabajo, el ocio, la voluntad, el médico, el ciego, el mon- struo, el cesante, etc. — sigamos, por ejemplo, el de la imaginación a través de la diferentes etapas señaladas, y veremos cómo desde el período histórico hasta el subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu, la imaginación es un valor de signo negativo, que en el período histó- rico se estudia como una de las caracte- rísticas de la historia de España que hay que combatir y en el período abstracto como una de las características de España y de la mente humana que se opone a la vida moderna científica, pero cae vencida. En el período naturalista, se destaca la imagina- ción como una de las peculiaridades del carácter español en el siglo XIX, obser- vándola Galdós en individuos. Del subpe- ríodo del conflicto entre la materia y el espíritu hasta el subperíodo extratemporal vemos que la imaginación aparece como un valor de signo positivo. Es claro que la manera de concebir la imaginación y de valorarla lleva consigo una manera de concebir y valorar la realidad. Si la imagi- nación era un valor negativo se debía a la

exaltación de la realidad, no sólo como guía espiritual, moral y política del hombre, sino como fuente de conocimiento. Cuando la imaginación adquiere para Galdós un valor positivo, entonces la realidad no queda des- virtuada, pero se la hace depender de la imaginación. Si hay realidad, si la justicia, el bien, la moral existen, es porque la ima- ginación las crea. El hombre hace de su creer un ser. Primero Galdós quería que el alma dejara de soñar, luego piensa que soñar es vivir, y vivir, soñar. Pero la mate- ria de su sueño no cambia. Continúa tan alejado del Barroco como siempre. Galdós quiere que el hombre cese de considerar al hombre como un enemigo, quiere hacer de la Tierra un lugar de convivencia.

No hay una evolución en la obra de Gal- dós, sino una formación, un desarrollo. Con las raíces profundamente hundidas en tierra de España y fuertemente, la obra de Galdós tiende sus ramas últimas hacia la altura y abarca a la Humanidad. De un extremo a otro, la obra de Galdós está traspasada por el mismo anhelo. Anhelo optimista, lleno de comprensión, de fe ; sobre todo de fe, que apenas si se eclipsa un momento en los años de mayor depresión, volviendo a irra- diar, pasada la crisis, más brillante que nunca. El pesimismo de madurez — des- fallecimiento necesario cuando se está próximo a la victoria — se convierte en ironía bondadosa, con una gran capacidad para perdonar, la cual no requiere ni im- pone la menor claudicación.

Su primera obra cristaliza en *Doña Per- fecta*, momento en el que se ve el mal, el odio, la reacción, en toda la grandeza de la destrucción ; el espíritu de la destrucción fatalmente implacable, con dimensiones colosales, cubre toda la novela. La creación de sus etapas finales va a dar a *Cassandra*, en la cual también hay una muerte ; también las sombras rampantes del mal se extienden por la sociedad, pero a la mano que mata, quizá más exactamente, a la voluntad decidida a matar, no la conduce el odio, sino el amor, el deseo entrañable de res- catar con su propio sacrificio a los hijos de los hombres.

JOAQUIN CASALDUERO

FIGURA Y PAISAJE DE GABRIEL MIRO

POR F. FERRANDIZ ALBORZ

EN plena madurez fructidora, a los cincuenta y cuatro años de edad, el 27 de mayo de 1930, Gabriel Miró cumplió el tránsito hacia lo que el melancólico Hamlet llamaba « *the undiscover'd country, from whose born no traveller returns* ». Dediquemos algunos minutos de meditación al hombre que no conocimos y al escritor fundido a nuestra sensibilidad desde el primer momento que saboreamos su palabra. El hombre y la obra lo merecen, vida y obra que se prolongan como ejemplo de serenidad para los días angustiosos que vivimos.

Como escritor hay que centrar a Miró en el núcleo espiritual de la generación del 98. La polémica en torno a ella la actualizó hace unos años Azorín con sus libros *Valencia* y *Madrid*, evocadores de dos centros de sensibilidad española en aquellos desdichados años. Por muy convencional que nos parezca la lista de nombres y la uniformidad de criterios que se asigna a esta generación, es evidente que su obra (crítica, ensayos, novela, poesía, teatro) inicia la revaloración de nuestra literatura clásica y moderna, redescubriendo a su vez los contornos y ánima de nuestro paisaje espiritual y físico.

Estas dos corrientes forjadoras de una nueva sensibilidad en la estructura de una nueva mentalidad, no son la obra exclusiva de un deliberado deseo renovador de los primates del 98. Más bien son el resultado de una profunda labor de investigación histórica, de discriminación cultural, hecha por hombres como don Eduardo de Hinojosa en derecho, de don Francisco Codera con su escuela arabista, de don Joaquín Costa con sus estudios históricos, de don Francisco Giner de los Ríos incorporando los nuevos menesteres intelectuales a un ritmo educacional nuevo en una entrañable realidad hispánica, de don Marcelino Menéndez Pelayo con sus investigaciones literarias, de Pablo Iglesias revitalizando la conciencia de las masas populares con un nuevo mensaje político.

Sin esta labor previa, ni los del 98, ni cuantos en los diferentes aspectos de la cultura nacional recibieron su influencia, hubieran podido interpretar al Greco, a Velázquez o a Berrugete; a Tirso, Cervantes, Lope o Santa Teresa; a Vitoria o a Suárez; ni captar las apetencias espirituales del pueblo español; ni sentir la nueva emoción estética que se desprende del paisaje.

Pero ¿qué paisaje? Como en el idioma, ha habido confusión de términos. Se dice el paisaje español, pero en realidad fué una parte del mismo, el de Castilla, que descubrieron precisamente los del 98, aunque, por su nacimiento, eran los menos indicados para ello. Unamuno Maeztu y Baroja son vascos; Valle Inclán es gallego; Azorín, valenciano; Machado, andaluz. El único castellanó es Benavente, que por su espíritu cortesano es el menos sensible al paisaje de Castilla. En la generación inmediata hay un castellano, José Ortega y Gasset, en cuyas páginas reverbera la tierra de Castilla, pero no han sido castellanos los que con mayor intensidad emocional han interpretado alma y tierra de la meseta. Antonio Machado con sus poemas, Azorín con sus estampas y el catalán Julio Antonio con sus Bustos de la Raza, son los que más a lo hondo han llegado de esta tierra. ¿Y Miró?

Clásico y moderno

¿Cómo es Sigüenza para los que no tuvimos la dicha de dialogar con él? No hay paisaje sin figura. Los horizontes, serranos o marítimos, de la provincia de Alicante, se nos desvanecen sin la figura de Sigüenza. ¿Cómo era este doble espiritual de Gabriel Miró? Los que le conocieron le amaron en comunión de amistad. Debió ser, ante todo, bueno. Esta bondad es la que recuerdan sus amigos. Se ha dicho también que escuchar su palabra era deleitarse el espíritu con el más puro y recamado, melodioso y plás-

tico estilo de lenguaje, fluyendo, evangélico, por abundancia de corazón.

Releamos, una vez más, algunas de sus páginas de meditada y culta elaboración, haciendo fuga de ojos hacia la ruta de cipreses que sube a la ermita del calvario. Este sendero pedregoso, tan sencillo, se ha convertido en « selva oscura » de extravío para algunos críticos de Miró. Ni la estampa bíblica del leproso ha servido para desentrañar su sentido trascendente. Todo en él era serenidad de ciprés, calma de mar azul, ritmo de manantial, quietud de crepúsculo, humo dormido, peregrinaje de años por las leguas de su tierra. Todo reverberante, hasta el grado de que José Ortega y Gasset tenía que leerlo con la mano haciendo de visera, todo « impecable », según la crítica orteguiana, pero « implacable ».

El temor a esa luz cegó a muchos, antes de que llegaran al fondo del paisaje espiritual de Gabriel Miró. Pero como Miró es un valor consagrado, hay que decir algo de él, aunque sea un lugar común retórico. Su perfección de estilo, según unos, es un defecto, por eso, sólo se le puede gozar desintegrándolo, haciendo de su obra una orfebrería de miniaturas preciosistas. Todos de acuerdo en la excelencia de su prosa. Acaso haya escrito como nadie desde Santa Teresa y Francisco de Quevedo, con la diferencia de que, lo que en Santa Teresa fué ánima y en Quevedo concepto, en Miró es plasticidad sensual y matiz. Es el escritor en cuyo espíritu arraigan de modo más permanente las influencias de nuestros clásicos y la del paisaje que le vio nacer. Pero no es sólo en los clásicos donde bebe Miró la savia del idioma. Lo clásico se le hizo subconsciencia. Pero es mientras habla con los hombres de su tierra, hombres del pueblo llano : arrieros, labriegos, sacerdotes, frailes, mujeres devotas y niños, cuando se colma el caudal de su léxico vernáculo, vibrando sobre las cuartillas con sonoridad clásica y ritmo moderno. Siendo uno de los escritores de estilo más pulcro, de idioma más trabajado, es el de mayor sabor a tierra y a humanidad entre los novelistas posteriores a la generación del 98.

La conjunción de lo clásico y lo moderno da a la obra mironiana su excelencia artística. Siendo sus personajes, en su casi totalidad, de extraacción humilde, adquieren jerarquía de aristocracia espiritual, sin dejar de transparentar la realidad y el ensueño de sus vidas. Desde el primer momento sus libros fueron de minoría selecta, demostrando que no es la jerarquía social de los tipos la que obliga a la excelencia literaria, sino la jerarquía artística del autor.

La esencia de sus sustantivos y el jugo de sus verbos dan a la prosa mironiana su contextura clásica, y sus metáforas y ritmo prosódico su significación poética. Pero algo más, repitámoslo, se descubre en la realidad de su literatura. No

sólo es un renacentista de valores clásicos en lo que a la palabra se refiere, sino, a la vez, en sus preocupaciones por el ser y el existir de las almas. Esta falta de comprensión humana de algunos críticos al referirse a Miró, hace que se extravíen por los senderos bordeados de cipreses, ciegos a la vez por el reflejo « implacable » de su palabra cristalizada.

Odio y crítica

Siendo un escritor aislado de todo bullicio, incluso el literario ; alejado de todo grupo o peña ; sin compromiso de militancia política, no escapó, sin embargo, al sectarismo de la crítica confesional, por lo que se le negó el premio Fastenrath, de la Real Academia Española, impidiéndosele por la misma causa su ingreso en la misma Academia.

¿ Era Miró un heterodoxo ? Discrepan los teólogos. Sin embargo, en la vida como en la hora de su muerte se comportó como un cristiano. Pero como la ortodoxia tiene tantos matices como órdenes religiosas, y él lo era a estilo franciscano, se enemistó con los jesuitas, es decir, los jesuitas se enemistaron con él, y de éstos recibió el fangazo. El R. P. R. Ruiz Amado S.J., resentido por lo que Miró escribe de la educación jesuítica, dice : « ¿ Quién duda que la maligna inspiración no le salió del pecho, sino procedió de algún editor que le ofreció algunos miles de pesetas, por las que plegó su conciencia y escribió páginas de que debía arrepentirse ? » Que dude alguien, no sabemos, pero que lo crea ninguna persona decente, de eso estamos seguros que no. Razón tenía Gabriel Miró cuando dijo : « Se me han embestido y enroscado todos los sacres de San Ignacio y todos los galloferos de la pluma. La censura del Gobierno ha consentido que me volcasen el estiercol de la Compañía y Cia... Pero ha tachado los artículos más valientes que me defendían ».

La crítica literaria le ha reconocido cualidades máximas de perfección. Se le considera uno de los escritores de más perfecta belleza formal y mayor riqueza idiomática de todos los tiempos. En este parecer están de acuerdo casi todos : Unamuno, Gómez de Baquero, Azorín, Ortega y Gasset, Maeztu, Madariaga, Baeza, Salinas... Según ellos, su virtud poética y su estilo constituyen su grandeza. Para algunos, Ortega y Gasset y Maeztu, esa perfección es defecto. En ambos aspectos es un doble error por exceso y deficiencia, respectivamente, de apreciación. En los primeros por juzgar la obra mironiana como poesía, sin tener en cuenta sus novelas, y en los segundos al valorarla como novela al margen del estilo novelístico. Unamuno fué el único que supo aglutinar la creación mironiana en su doble

aspecto poético y de figura. La perfección es para Ortega y Gasset una valla que impide al lector llegar a la médula novelística de las criaturas. Para Maeztu, esa misma perfección hace que la obra de Miró preocupe sólo a los escritores interesados principalmente « en la manera de escribir ».

He ahí un problema. Alcanzar un grado de expresión artística que destaque a un autor de los demás de su tiempo ¿ es un defecto ? ¿ No es aspiración de todo artista alcanzar la máxima perfección posible en la técnica de su arte, dominando sus elementos expresivos ? Sabemos que ese supuesto defecto por exceso de perfección (valga el absurdo), que se le atribuye a Miró, es en cuanto a medio para representar entes artísticos. Habría que preguntar entonces : ¿ Hasta qué punto responde la técnica mironiana a la novela ? El género es muy difícil y complejo, tiene una técnica especial, por mucho que varíen las circunstancias vitales de cada tiempo y de cada medio. Y para eludir el análisis de las novelas de Miró, sus críticos admirativos siguen hablando de la excelencia de su estilo y de su evocación poética.

Tres dimensiones del espíritu

Su primera novela, dentro ya de su estilo, fué *Del Vivir*, editada en 1904. El libro pasó inadvertido para crítica y público. El tema resultaba, y resulta, desagradable para la ñoñería de los gustos literarios. Ambiente de leprosería. Miró es ya en este libro el escritor acabado, insuperable en la calidad artística. En 1908 tiene lugar un concurso literario de « El Cuento Semanal ». Miró escribió para el mismo su novela *Nómada*, que obtuvo el primer premio. El argumento de la novela se reduce a interpretar la psicología de un inadaptable, caprichoso emigrante, a quien los reveses de fortuna devuelven a su tierra natal para ser motivo de escándalo en la moral pueblerina. El prejuicio y la caridad cristiana de los familiares ; la pugna entre la honra y el sentimiento, se equilibran al fin y el hombre juguete de las pasiones entra vergonzante al seno de la familia. Un motivo pueril si se quiere, pero esto es secundario, pues lo que trasciende de la obra es el hombre, tal como entonces lo interpretaba Gabriel Miró.

Para valorar más acertadamente la interpretación mironiana, meditemos un momento sobre lo que el hombre era para las literaturas romántica y naturalista que privaban en su tiempo. Un ser uniforme en el desdoblamiento de sus pasiones. Como suele decirse, hombres de una sola pieza. El bien o el mal singularizados en el devenir anímico de las personas, incommovibles, desenvolviéndose en compartimentos estancos,

paralelos en el acontecer de sus vidas. El hombre era ángel o demonio. Este binomio ético, producto de la simplicidad positivista, era canon para la recreación literaria. Al final de su proceso, romanticismo y naturalismo desembocaron en un mismo error de interpretaciones. Hoy, Víctor Hugo nos da la impresión de un naturalista sin sociología, y Zola de un romántico sin historia.

En *Nómada*, Miró hace el descu brimiento de las tres dimensiones del espíritu humano. El bien y el mal, fundidos al instante, se manifiestan en complejidad de reacciones. El bien y el mal viven y se desarrollan en el hombre, son herencia de su ancestro, y en la palestra de la voluntad luchan para prevalecer el uno sobre el otro, en deseo de superación o fatalidad de hundimiento, cuando no se integran en un permanente juego de luz y sombra. Este tema de la complejidad espiritual de los seres, Miró lo reafirma en los sencillos y trágicos personajes de *Nómada*, *Del Vivir*, *La Novela de mi Amigo* y en toda su obra.

Pero donde Miró aparece más señero es en la interpretación de la vida de capellanes y devotas. Hasta entonces, esos temas aparecen bajo la luz unilateral de clericalismo o anticlericalismo. Miró los presenta bajo una luz clara de verdad y sentimiento, por la que los defectos y virtudes aparecen en su propia ley interior, sin que nada deban al prejuicio, al odio o al fanatismo. El hombre no es para Miró esa entelequia de una sola pieza predestinada al bien o al mal. Lo analiza en sus tres dimensiones psíquicas, dilatado en su devenir y en el escenario de su medio, profundo en la raíz de su complejidad volitiva, y ésta es la causa de que permanezca inaccesible al vulgo de todas las clases sociales.

Poética y dramática

La evocación poética es don de las grandes figuras de la literatura universal. Cervantes y Shakespeare la poseyeron, y sus obras son aleteos del misterio sobre la realidad del ser y el destino indiscifrable. Los grandes maestros de la novela del siglo XIX son poetas en ese mismo sentido. ¿ Pero es ese el don poético que le conceden a Miró sus críticos y admiradores ? No ; ellos se refieren a la poesía como fraseo en la disposición y selección de las palabras, a los giros del lenguaje, a la imagen en el espejismo idiomático. Y si esa fuera la evocación poética que Miró deja en sus lectores, entonces hay que reconocer certeza en las palabras de Ortega y Gasset.

Cierto es que Gabriel Miró, dominador consistente de la técnica del idioma y de una riqueza inusitada de vocabulario, elabora su prosa con ritmo de imágenes poéticas. Las *Figuras de la Pasión del Señor* y los tres volúmenes *Del Vivir*, *El Libro de Sigüenza* y *Años y Leguas*, son poesía

en rigor impresionista, en interpretación de símbolos y en expresión de emociones, pero a la par de estos libros, con el mismo estilo, Miró tiene unas cuantas novelas en las que aborda el tema del hombre con la evocación poética de los grandes maestros, sin la cual no hay novela buena.

Flaubert, uno de los más pulcros novelistas franceses, escribió *Madame Bovary*, y Stendal, de estilo formal incorrecto, escribió *Rouo y Negro*, ambas novelas con aliento de universalidad al margen de su estructura. Lo que en ellas perdura es la interpretación del símbolo humano, como en los casos de *Don Quijote* y *Hamlet*. Y eso mismo podemos decir de Goethe, Balzac, Dickens, Dostoyewsky, Galdós. Lo que perdura de ellos no es la poética formal, malbaratada en las traducciones, sino la poética dramática. La poesía como complejo de imágenes, medida y cadencia no es condición necesaria de la novela. ¿Habría lenguaje menos poético que el de Dickens? Los conocedores del ruso dicen que Dostoyewsky es muy pobre en recursos lingüísticos, pero ¿qué riqueza de emociones en ambos autores manejando el corazón humano!

En Miró, afortunadamente, se unen las dos excelencias, la del conocimiento del alma humana y la del lenguaje como modo de recrear la vida artísticamente, con poética y dramática.

Una obra única

La figura de Jesús continúa siendo tema de recreación literaria. Tema apasionante, desarrollado ya sea para la comprensión de una tesis, como en Strauss y Renán, o de apología admirativa, como en Papini y Mauriac. Miró prescinde de la tesis y la apología, pues ni hace exégesis ni biografía. Escribió sencillamente una obra de arte, equivalente a las obras pictóricas de los maestros del Renacimiento, grandes frescos cuyo tema central era el Nazareno. En este sentido, son justas las palabras de Ricardo Baeza, cuando dice que las *Figuras de la Pasión del Señor*, es obra única en la literatura universal.

No la consideran así los sectarios del clericalismo. Esas *Figuras* han sido causa de una sorda conspiración contra su autor. El naturalismo con que Eça de Queiroz describe sus *Vidas de Santos*, no es obstáculo para el respeto oficial que el escritor lusitano merece en su país. Como tampoco lo fué en Francia respecto de Flaubert por su libro *Las Tentaciones de San Antonio*. Es natural que la iglesia mire con reserva estas incursiones profanas en materia de dogma, aunque vayan precedidas de espectaculares conversiones, como en los casos de Huysmans y Papini, pero Miró no merecía el insulto de nadie. Que fué un liberal, su vida lo atestigua, como asimismo

atestigua que fué un cristiano sin reservas de ninguna naturaleza. No era un atormentado por la duda, de esos que buscan a Dios para definirlo. Su recreación hagiográfica es afirmativa. Su búsqueda es conforme a la meditación de Pascal: « Console-toi ; tu ne me chercherais pas si tu ne m'avais trouvé ».

Un hombre sin fe no puede escribir un libro como *Figuras de la Pasión del Señor*, y su excelencia de estilo y la belleza de interpretación son tales, que por ser humanas, sencillamente humanas, resultan divinas. Es, por taumaturgia artística, uno de los más bellos homenajes a Jesús de Nazaret. Jesús aparece en el centro de todas las cosas, superándolas todas, y lo que es el mayor de sus misterios, definiéndolas en misión porvenirista. La figura de « El Padre de Familia » encierra tanta fortaleza espiritual, que ella por sí sola da un mentis a la pretensión nietzscheana de hacer de Cristo un débil y del cristianismo una religión para seres débiles, bien que la historia, con sus hechos, coloca en su debido lugar los términos de esta polémica.

En esta obra Miró ha logrado plenitud de cualidades narrativas. Su idioma se desprende de todo lo accidental y superfluo. Su estilo es hueso, médula y transparencia. Jesús aparece en contacto con diferentes manifestaciones de la vida moral y política de su tiempo. Quince capítulos, bajorrelieves elaborados con cincel idiomático, porque las figuras, más que descritas, se nos presentan en volumen y movimiento, se apoderan de nuestros sentidos, las oímos, las vemos, percibimos su aroma o contenido moral, las gustamos y las tocamos en su corporalidad literaria. Son quince capítulos en los que los animales que acompañan a los hombres, las plantas que adornan su paisaje y las cosas que lo circundan adquieren ritmo de vivencia humana. Todo se incorpora al imperativo de vida que el arte infunde al mundo en una atmósfera de ensueño.

Jesús comparece ante la justicia, ante el sacerdocio, ante la envidia, ante el amor, ante la cultura, ante la piedad, ante el eterno femenino, ante la concupiscencia, y su figura de predestinado se prolonga entre flaquezas humanas e inflexibilidades divinas, tan fuerte y poderoso como su propio destino.

Pero Miró no sólo adquiere magnificencia recreando estampas bíblicas. De entre sus páginas, las más bellas son las que escribió sobre el hombre de su tiempo y de su medio.

Dos ciclos literarios

En la obra mironiana se destacan dos ciclos que, por sí solos, no sólo hacen la fama de un autor sino que dignifican a una literatura, aun



GABRIEL MIRO

siendo tan rica como es la española. Son el ciclo de « Sigüenza », integrado por los tres tomos titulados *Del Vivir*, *El Libro de Sigüenza*, y *Años y Leguas*, y el que puede denominarse ciclo de Oleza, que forman las novelas *Nuestro Padre San Daniel* y *El Obispo Leproso*. Ignoramos por qué no se han editado estos ciclos en tomos compactos, con lo que el lector, además de una impresión de conjunto, captaría con más detalles el desdoblamiento espiritual de los personajes.

« SIGÜENZA »

En la literatura española contemporánea, *Sigüenza* es el símbolo del más puro amor del hombre a su tierra. La fuga de *Sigüenza* de su medio es la muerte de su espíritu. Periódicamente tiene que retornar a su paisaje nativo para reverdecer su prosa. *Sigüenza* no entiende de vías anchas ni de velocidades. Caminos, mejor senderos. Las tres etapas de su peregrinaje corresponden a lo más él, en la intimidad de su horizonte.

En 1903 Miró ha cumplido 24 años, y transfundiéndose en el espíritu de su personaje, *Sigüenza*, se lanza a recorrer los pueblos de La Marina de Alicante. Fruto de ese primer contacto

con su tierra es su libro *Del Vivir-Apuntes de parajes leprosos*. El libro inicia un nuevo estilo en la interpretación del hombre y el paisaje. Vibra en él una ilusión de aventura, un quijotismo sin caballería; a lo más un rucio, asomándose al dolor ilagado, en los recodos de la vida donde los enfermos rumian su soledad sin esperanza. Junto a la lepra física deshaciendo los cuerpos, ¡ cuánta lepra moral consumiendo las almas ! El egoísmo de vivir en todos, la sed de amor insatisfecha de los lazarinos. Estampas crudas en su sencillez, vida rural de horizontes luminosos, sabor y color de mar que desde la lejanía aclara el gris berroqueño de las cumbres; nubes de humo gris que se extienden sobre la serranía calva, enmarcando el dolor y la alegría, clarooscuro de las criaturas.

Catorce años después, en 1917, reaparece *Sigüenza* auscultando en el recuerdo el corazón de su juventud. *El Libro de Sigüenza* tiene un melancólico sabor de ciudadanía. *Sigüenza* ha madurado el juicio, mas permanece fiel a su estilo. Tránsito de remembranzas bajo la misma luz gris azul del mar dormido. Barco amarrado bajo la mole del Benacantil. La ciudad blanca, Alicante, es gris en polvo, y una nave imaginaria hace real la ilusión de viajes hacia la mar brumosa. Pero los viajes llevan lejos y *Sigüenza* es inseparable de su tierra, y en ella echa el ancla de su sentimiento. Su rumbo es fijo, y la claridad de sus ojos hace tangible las más distantes cosas y las más enigmáticas sensaciones. Los seres humildes son los más asequibles a la sensibilidad de *Sigüenza*. ¿ Quién ha dicho que en lo humilde no hay selección ? Los que no saben calar en el fondo de los seres ni exprimir el zumo de las palabras. *Sigüenza* es un romero de la humildad, apartado del tráfigo mundano. Espíritu de selección él mismo por los senderos serranos, caminaba en busca de la verdad eterna, que no pueden sentir quienes renuncian a las auroras sobre las cumbres y al eco del hombre en los crepúsculos urbanos.

Más tiempo. En 1928 hace su tercero y último peregrinaje por los panoramas de su juventud. Ya no hay leprosos. La ciencia y la piedad los han confinado en lugar que les haga más llevara la vida. Ya no son peligro de contagio. *Años y Leguas*. Última comunión del artista con el horizonte de su vida. ¿ Un estado de alma ? ¿ Un estado de conciencia ? Byron y Amiel, románticos, pasionales, exacerbados de ilusión, divagaron ante el paisaje con deseo de intelectualizarlo. Para *Sigüenza*, el paisaje, la vida toda, es sentimiento. En *El Lugar Hallado* nos lo expresa en la plenitud de su euforia sensitiva. Somos agónicos de las cosas cuando rebosamos de sentimiento por ellas, o cuando la tensión da nuestra sensibilidad nos conduce a su íntime

valoración. A impulsos del sentimiento, Sigüenza, en su última visión de la tierra nativa, se nutre de lo más esencial de ella: sierra y mar, pueblos y caseríos, masías y calvarios, campanarios y breñales. Aquí su palabra es supersensible y tierna en la denominación. Lo que Selma Lagerlöf hizo en su novela *El Maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* para la imaginación del pueblo sueco, lo hizo Miró en *Años y Leguas* para el sentimiento terrigeno de su provincia.

Maeztu dijo de Miró que era el escritor que más nombres de cosas sabía. Elogio en verdad, pero a la postre es un valor de diccionario. Justicia es agregar que Miró es uno de los escritores que más acertadamente sabe emplear el nombre de las cosas; y no el nombre, sino a la vez los accidentes de su función, y sus íntimas esencias. Esto explica sea Miró tan rico de matices al describir cambios de tonalidad en el paisaje y en las emociones, lo que determina la calidad poética de su prosa y la dramática de sus personajes: « Y aquí dejaré a Sigüenza, quizá para siempre. Conviene dejarlo antes de que se quede sin juventud. Porque sin un poco de juventud no es posible Sigüenza... »

Así terminó el ciclo, culminación de una obra y de una vida. Acaso murió el autor porque ya había cumplido la misión que le impusieron los dioses: la de inmortalizar a su tierra y a los hombres que la recrean.

« OLEZA »

Oleza es el equivalente levantino a la norteña *Vetusta*, de Leopoldo Alas, « Clarín », en su novela *La Regenta*. Pero las separa no sólo una diferencia de tiempo en la escenificación, sino también una disimilitud de perspectivas amínicas. « Clarín » veía a los capellanes y devotas de su *Vetusta* con lente naturalista, lo mismo que Zola en *El Abate Mouret*, o como Eça de Queiroz en *El Crimen del Padre Amaro*. Miró no se halla adscrito a una escuela literaria con rigidez determinante en el análisis de los caracteres, sino que recoge el desdoblamiento vital de los personajes en su libre actuación, siguiendo únicamente aquellos datos que en su sola enunciación evocan un contenido moral.

El ciclo de Oleza (Orihuela, ciudad de la provincia de Alicante), lo integran las novelas *Nuestro Padre San Daniel* y *El Obispo Leproso*. Especialmente en el segundo volumen se condensa el arte de escribir novelas de Miró, cuando dijo: « decir las cosas por insinuación. No es preciso — estéticamente — agotar los episodios ». En ambos aborda el tema de las tres generaciones. Padres, hijos, nietos, tres etapas de un proceso familiar con sus múltiples reacciones psicológicas. Empeño en el que muchos maestros han

fracasado y raros son los que han logrado consecuente equilibrio en el acontecer de sus personajes. Históricamente los pueblos dan abundante material representativo en esta clase de novelas. En España tenemos los ya clásicos « Episodios Nacionales », de Benito Pérez Galdós, las « Memorias de un hombre de acción », de Pío Baroja, « Las Luchas Fratricidas », de Alfonso Danvila, « El Ruedo Ibérico », de Valle Inclán, inconcluso por la muerte del autor.

Fuera de los temas históricos, la literatura universal nos presenta ciclos como el de la ingente « Comedia Humana », de Balzac, y el no menos ambicioso de « Los Rougon Macquart », de Zola. En ambos casos, el complejo psicológico, condicionado por el complejo social y político, se fragmenta en múltiples temas independientes. Lo admirable es cómo el tema cíclico, de una o más generaciones, se condensa plenamente en pocos volúmenes, como en el caso de *Los Maías*, de Eça de Queiroz, *Las Sonatas*, de Valle Inclán, *Los Campesinos*, de Ladislao Reymont, *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, y en la misma proyección « Oleza », de Gabriel Miró.

En este ciclo la prosa miróiana armoniza las influencias entre el hombre y el medio, haciendo de la libertad la raíz cambiante de los hechos, por lo que los entes artísticos resaltan en realidad vital. Ninguna faceta del desenvolvimiento psicológico de sus personajes queda por analizar, pero su palabra es certera para el término que evidencia el fenómeno en su plasticidad artística y evocación poética.

Otra de sus cualidades es la ausencia de feísmos. Verdad es, dicho sea con palabras de Bacon, « que toda belleza tiene su desproporción ». En todos los tiempos ha habido, aunque parezca paradójico, una estética de lo feo, pero existieron y existen artistas tan acertados en el decir y representar, que en ellos lo feo, artística o moralmente considerado, adquiere categoría de belleza. Cualquiera que sea la consideración moral que nos merezca Oscar Wilde, por ejemplo, es evidente que pertenecía a esa clase de recreadores de belleza. En España, ortodoxos como Ricardo León, resultan escabrosos comparados con Miró, sin que esto quiera decir que Miró rehuya el tema escabroso, sino que lo resuelve con los imponderables de su estilo poético.

En la valoración de *Nuestro Padre San Daniel* y *El Obispo Leproso*, la crítica y el común de los lectores tropiezan con el prejuicio, desviando la cuestión del verdadero cauce literario. Se quiso encasillar a Miró en el lugar común del clericalismo y anticlericalismo, se hizo necia política de su literatura, y al fin, como siempre, quedó escamoteada la excelencia de su obra. Esa misma crítica, señalando motivos literarios, recomendaba a los rusos, sobre todo a Dostoyevsky, sin parar mientes que, en *Nuestro Padre*

San Daniel, un « Caracruzada » bien vale un Raskolnikof, y en *El Obispo Leproso*, Don Alvaro y su hermana Elvira tienen una complejidad psicológica, subconsciencia y conciencia en pugna de ambiciones y pasiones, que más claramente definidas no se hallan en la literatura europea contemporánea.

A la verdad por la poesía

Goethe subtítulo sus *Memorias de mi vida*, con las sugestivas palabras de « Poesía y verdad ». En la obra de Miró no cabe la idea de que estos dos conceptos puedan estar aislados. Se traban ambos en función creadora. En este sentido fué un apolíneo. Anaba la proporción en todo, y su parte dionisiaca se exteriorizó con un humorismo de ilusión blanca. Se le encasilló en el fichero romántico por su novela *Las cerezas del cementerio*, pero cuánta diferencia de motivos y reacciones anímicas entre su héroe, Félix, con los prototipos del romanticismo, Werther, de Goethe, Adolfo, de Benjamin Constant, Octavio en *Armanca*, de Sandhuil. El Félix de Miró halla una solución mironiana a sus indeterminaciones, desvaneciéndose repentinamente en una bruma de ensueño. Las voliciones de los personajes mironianos flotan siempre en esa atmósfera de idealismo poético, criaturas aladas con peso específico de realidad. Lo mismo sucede con *El Abuelo del Rey*. Don Arcadio y su nieto Agustín son realidades de reverberación en un paisaje de sol. Aletea en la novela un humorismo, no contradictorio y trágico, como en Dostoyewsky, ni de escepticismo, como el de Thackeray, ni irónico, como el de Eça de Queiroz, sino de ensueño. La ilusión sigue al humorismo mironiano. Mientras el nieto Agustín era una realidad inmediata, fué sombra, y cuando emigra y se desvanece para siempre en una supuesta grandeza de rey de tribu en las selvas americanas, entonces adquiere su realidad, sueño convertido en realidad. La ilusión es la única grandeza del abuelo, raíz de una dinastía de ensueño.

La verdad poética de Miró lo hace intraducible. De ahí el mayor mérito de Valéry Larbaud, Jean Raymond Vidal y Francis de Miomandre, entre los que conocemos como traductores de la obra mironiana al francés. En Miró lo fundamental no es la narración, sino la exaltación insinuante de las emociones por la plasticidad de las imágenes. Esta es una de las causas por las que se le compara con el francés Proust. Comparación, a nuestro entender, no muy afortunada. Miró es a Proust lo que el Giotto es a Picasso. Miró es un renacentista, Proust un decadente, y la misma polarización, aunque mucho más distante en el tiempo, existe entre los pintores mencionados. Lo que en Giotto y Miró es síntesis valorativa de

la figura humana, en Proust y Picasso es desintegración de la persona. Miró pertenece a los artistas con un concepto orgánico de la vida, que no ven al hombre aislado, sino como elemento integrante de una conciencia universal. Sus personajes son entes bien definidos, con preocupación finalista, pero interdependientes del mundo moral que les circunda. En sus novelas no hallaremos al héroe que anula a las demás figuras. Su moral no es de superhombre (que Unamuno traducía por sobre-hombre) sino moral de entre hombres. Acaso esa condición media de sus tipos, preocupados por un vivir cotidiano, en apariencia intrascendente, le hizo poco grato a los enamorados del gesto engolado y retórica grandilocuente.

Universalidad de la provincia

Sigüenza, el amante de las rutas campesinas de Alicante, vivió en Barcelona y Madrid. Su noble deseo de alcanzar renombre en las letras no cambió el ritmo de su vida. El afán inmediato de muchos escritores de lograr popularidad no hizo mella en su espíritu de serenidad clásica. Más de admirar aún porque con su pluma tenía que asegurar la vida de su hogar. La necesidad de ganar dinero no le hizo mercantilizar su letra. La posibilidad se le presentaba diariamente ante sus ojos. En la vida de las capitales; gran mundo, burguesía, proletariado, rebullen argumentos que salpicados con erotismo más o menos disfrazado, si no dan gloria dan dinero. Miró rehuyó deliberadamente esos temas. Vivió obsesionado por su provincia. Mientras los filisteos sin casta espiritual huyen de la provincia buscando en Madrid nuevos argumentos, Miró, en Barcelona y Madrid, afirma el amor a su tierra recreándose en sus hombres y paisaje.

¿ Es acaso la provincia un grado inferior de categoría literaria? El artista aspira a lo universal, pero el símbolo de esa universalidad es el hombre, el concreto de sangre y espíritu, de tierra y ancestro. Cuanto con más fuerza se interpreta esa parcela de tierra y de alma, base y cuna, más universal es su representación literaria. No hay símbolo universal de literatura que no sea raíz de su provincia. ¿ Habrá símbolo más universalmente apasionante que el Don Juan? Y Don Juan, por mucho que viaje, permanece andaluz. ¿ Y qué es Andalucía? La síntesis de ocho siglos de convivencia hispano-árabe; por eso, en el *Don Juan* de Tirso alienta esa furia avasalladora del simún africano y la sensualidad perfumada de los cármenes sevillanos.

Puede afirmarse que, de la generación del 98 y aledaños, Miró ha sido el escritor absolutamente fiel a su comarca. Los vascos Unamuno, Maeztu y Baroja se castellanizaron, y lo mismo

el gallego Valle Inclán, y el alicantino Azorín, y el andaluz Antonio Machado, y el asturiano Ramón Pérez de Ayala, y el catalán Eugenio D'Ors. Contrariamente a todos ellos, Miró, que escribía un castellano no igualado desde los días de Quevedo, Santa Teresa y Juan Valera llevaba a su tierra tan dentro de sí, que las *Figuras de la Pasión del Señor* las recreó saturándose del paisaje alicantino: almendros, chumberas, parrales, higueras, bancales grises sobre los collados y barrancos que se extienden desde Alicante a Jijona. Estos fueron los testimonios de su poesía y de su verdad, sublimados en emoción estética. En la categoría de las vanidades literarias, se llama a esto provincialismo y a lo otro universalismo, universalismo que, en la mayoría de los casos, es cosmopolitismo mercantilista.

Eugenio D'Ors, cuando dejó de escribir en catalán, dijo abandonaba una lengua buena a lo sumo para conquistar una región, para expresarse en otra conquistadora de continentes. Cierta es la realidad geográfica, pero ningún escritor castellano de Cataluña ha conquistado más vasto continente espiritual que Mosén Jacinto Verdader en su idioma vernáculo. Sólo pueden interpretarse bellamente las cosas que se aman en sentido de profundidad, desinteresadamente. El hombre es el tema de todas las grandes literaturas, y el artista siente y presiente lo más afín a su espíritu, los más inmediato a su radio de acción espiritual. Don Quijote, por ejemplo, no es entelequia, ni siquiera objetividad; es el producto de un sentimiento de tierra castellana.

Evidente es la gran crisis literaria que aqueja a España. Se ha tenido que revalidar de nuevos valores a los octogenarios Baroja y Azorín. Y la decadencia es el resultado de un proceso de descastamiento, sin médula ni savia. La permanencia de Miró dimana de su puro contacto con los elementos afectivos de su ambiente. Abierto a todas las corrientes espirituales, a fuerza de ser alicantino se hizo español y universal. El descastamiento de muchos escritores no ha sido obstáculo para que escribieran buenas obras, pero crear tipos como Sigüenza sólo se consigue con sabor a tierra, amasada en verdad e interpretada con pasión poética.

Su dolorido sentir

Alicante tiene un tono de melancolía gris: la serenidad de sus marinas y las ondulaciones ocres de sus collados. Entre dos frondosidades verdes, linderos de Valencia y Murcia, la médula

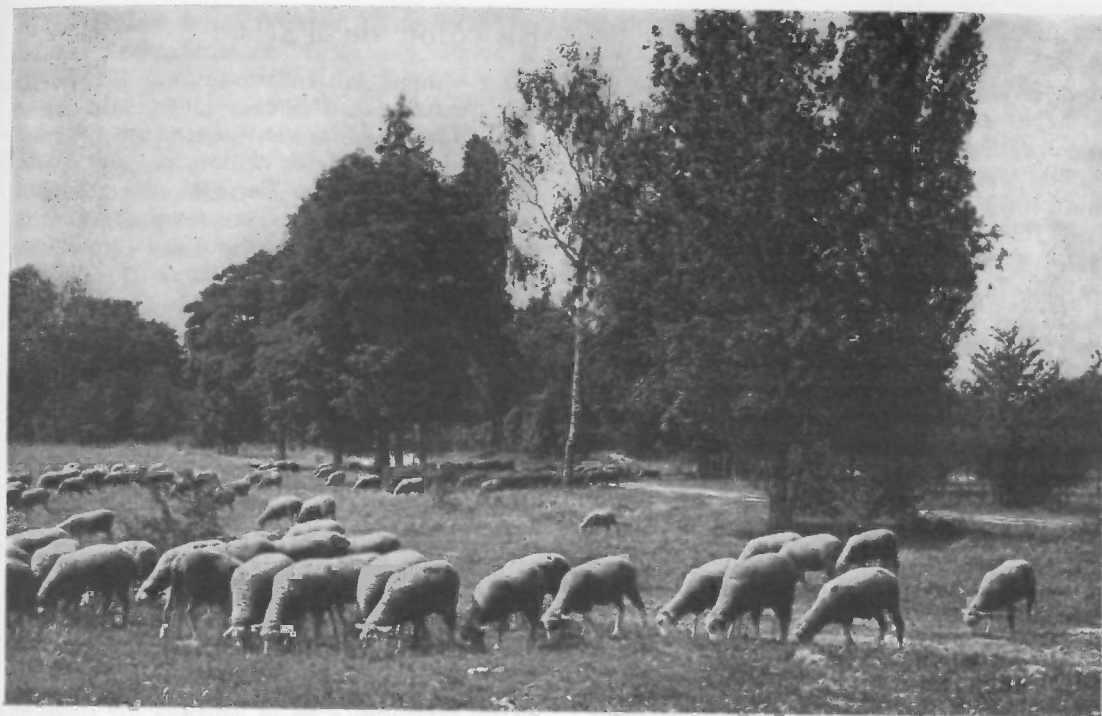
del paisaje alicantino se desarrolla en planos grises, melancólicos, de intimidad luminosa. Valencia y Murcia capitales son algarabía moruna en despertar de siesta. La huerta llega al centro de ambas ciudades en eterno día de mercado humeante, sentimental y tierno en el tono de sus verdes.

Alicante es el vértice de una espada castellana, sedienta, que se abreva en el mar refrescando el ardor de la meseta o entibiando el soplo de las nevascas. En este horizonte tibio y acogedor, sin tonos rotundos, todo matiz, bebieron claridad los ojos claros de Miró. Aquí se modeló su espíritu para la captación de la complejidad de las cosas y las almas. No busquemos en él auroras ni luz cenital. El amaba las horas morosas de la tarde. Su corazón palpitaba a ritmo con el ángelus, cuando los labriegos regresan a sus lares dando al paisaje un perfume de mazorca tierna y caldeada.

Aquí se hizo clásico por la claridad formal de sus imágenes y moderno por la complejidad y profundidad de sus interpretaciones, trabado siempre a la raíz vital de los hombres. Por la magia de su verbo, vibra en nosotros el bordoneo de los abejorros, el tamborilear de los grillos, el rasgueo de las cigarras sobre el parche del sol, mientras el murmullo de las acequias nos recita un romance de frescura.

Sus símbolos recreativos son el ciprés, índice puesto sobre los labios del horizonte para escuchar las resonancias del caracol marino. Amaba en devoción pausada el vellón de « humo dormido » sobre las faldas de los montes, palpitando en la vibración de los campanarios pueblerinos. El breñal, los parrales, el bronce plata de los olivos, el admirativo signo de las palmeras, el rebaño blanco de los casalicios reposando bajo los muros de las iglesias, las cotidianas angustias de las almas, los mendicantes Padres Franciscanos rebosantes de polvo y sol de los caminos, las calas y bahías de la mar sin arrugas, el repecho de los calvarios que en las colinas transforman en gloria azul la sofocación del vía-crucis. Polop con su « Huerto de Cruces » y Guadalest, osario sobre la cumbre, atalayando el horizonte marino, presagiando a la vida una aventura sin retorno. Este clima moral, en el que armonizan el dolor y la alegría, la luz y la sombra, en el que la muerte reposa sobre la vida, elaboraron en Sigüenza su dolorido sentir, que no es tristeza, sino comprensión y bondad, precisamente lo que no tuvieron con él algunos hombres y todas las academias.

F. FERRANDIZ ALBORZ



(Foto Hurault-Violet)

ESTAMPAS POEMÁTICAS

POR JORGE CARRERA ANDRADE

Inglaterra : ovejas y castillos

LAS piedras grises tienen un color de eternidad, entre el verde césped de los parques o junto al agua lagrimosa del Támesis. Los pórticos, los palacios y los albergues seculares ilustran con su alta y señorial presencia — como ornamentales estampas en blanco y negro — el libro vetusto y pétreo de Londres : Somerset House, Palacio de Saint-James, Westminster, Palacio de Buckingham, Palacio de Kensington... La piedra encanece, recuerda y llora sus lágrimas de moho, en callada elegía a las edades muertas.

Las almenas de la Torre de Londres hospedan algunos pájaros acuáticos que pare-

cen imitar con sus gritos de niebla los lamentos de los prisioneros de otro tiempo : Walto Raleigh — señor de navíos, explorador de las costas americanas, narrador de una extraña historia del mundo — ; Carlos de Orleans, el poeta y desterrado eternal ; las tres jóvenes reinas de « ocho días », que fueron decapitadas por orden de su augusto esposo, genio y figura de Falstaff dentro de sus pomposas vestiduras de oro y brocado... Ahora, en la siniestra Torre se hallan únicamente — prisioneras de luz — las joyas de la Corona de Inglaterra : el inmenso zafiro de Eduardo el Confesor, el fabuloso rubí que llevaba en su casco el Príncipe Negro, la diadema sacramental del rey Eduardo y otros tesoros increíbles, fulgurantes en sus celdas de cristal.

Mas, la niebla que anda sacudiendo sus sábanas verdosas alrededor de los torreones y que se ensancha en el aire como un moho de vejez, desprendido de las murallas de piedra de los castillos fantasmales, se solidifica, al llegar a la grama, en blancos y gordos ovillos ambulantes : las ovejas de Hyde Park, de Green Park, de Kensington Park... Las innumerables ovejas de todos los parques ingleses, rizadas ovejas limpias, educadas y obedientes, que saben distinguir entre el césped de adorno y el pasto de comer y que no se acercan nunca a los bancos ni a las flores. Inseparables ovejas, juntas siempre, como una civilizadora legión agropcuaria o como una nube de bonanza que atraviesa los barrios residenciales de Londres, dando a los ciudadanos británicos la visión anticipada de la mesa bien servida con la costilla succulenta.

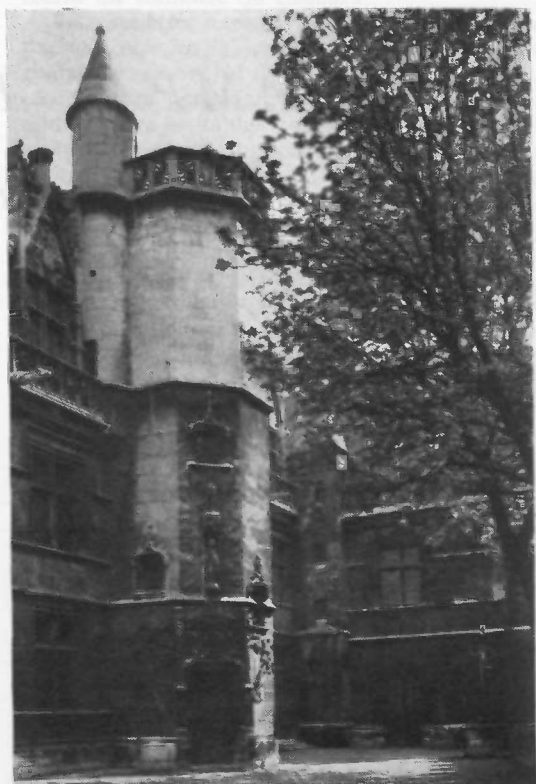
La oveja está ligada indisolublemente a la historia de Inglaterra. En realidad, es uno de los instrumentos de la política imperial. Ese modesto cuadrúpedo posee las dos cosas más indispensables para el hombre : alimento y vestido. La carne y la lana son las dos cifras mayores de la riqueza británica. Así, la oveja es la humilde constructora del poderío económico de Australia — hija de Albión — y de otras vastas regiones de la Comunidad Británica. La oveja es la verdadera madre y nodriza de las Colonias.

¡ Ovejas de Chaucer, dramáticas ovejas de Shakespeare, ovejas dolientes de Shelley ! Ovejas de Westminster, peinadas, solemnes y parlamentarias. Las pelucas rizadas como piel de oveja han desempeñado un papel decisivo en la marcha del Imperio Británico : ¡ Oh, Sir Walpole, oh Sir William Pitt ! El rebaño ramonea pausadamente las hierbecillas que crecen entre las piedras seculares, realizándose de ese modo la alianza de la oveja con el castillo. O sea, del poder civil y militar — que simboliza este último — con el poder económico. La alianza de la espada con la lana... Los balidos tiernos le dan al corazón de Londres una palpitación bucólica y los centenares de menudas patas dejan en el suelo las huellas de una extraña escritura indescifrable, mientras los castillos — altos pastores fantasmales — exhalan un vaho de siglos.

El color de París

ENTRE los árboles — que van cambiando de matiz, al influjo de las estaciones, desde el oro y el cobre hasta el hierro oxidado —, París es una sinfonía en gris mayor. Todas las tonalidades más delicadas se armonizan en esa atmósfera grisácea y discreta, en la que el espíritu recobra su confianza y respira como el pez en el agua... ¡ Gris acuoso, gris benévolo y manso que protege al paseante como una mirada maternal !

En las ruinas de las Termas de Cluny el gris es de ceniza y de plateada armadura romana, mientras las hojas que vuelan en el aire parecen dibujar los signos enigmáticos de Lutecia. Los pájaros son de color de piedra en la Isla de la Cité, en donde el polvo cubre las reliquias de los santos, los guerreros y los reyezuelos merovingios y carlovingios. Gris de gorrión, gris de humilde sayal es la iglesia de Notre Dame, gran grito petriificado, eterno grito gótico en la oquedad del tiempo.



Vieja ciudad de los Nautas — de los poderosos « Mercaderes del Agua » —, París se extiende a las dos orillas del Sena y viste, sucesivamente, la cota de malla feudal y el jubón de raso del Renacimiento. Y el cielo gris y blanco, el cielo de nácar, resplandece sobre el pardo rostro momificado del Colegio de Francia que da la bienvenida a los cortejos de la Cultura, lo mismo que sobre el Hotel de Ville — gris de legajos y de expedientes — que escucha con aire severo los pleitos de señores y menstruales.

Matices del gris en el Puente del Carrusel que repite a cada paseante su ilustre historia arquitectónica. Las aguas del Sena y de las innumerables fontanas de París hacen relumbrar en varios sitios a la vez, sus chispeantes espadas y otras fugaces armas blancas. El gris histórico trepa por el Arco del Triunfo, se vuelve gris renacentista y se adorna de oro solar en la avenida de los Campos Elíseos, adquiere la palidez de la perla en la Concordia y en los húmedos muelles y va a vibrar, con resplandores de plata, en las alas de los pichones de la Plaza Saint Michel, del Louvre y de las Tullerías.

Mas, al atardecer, la gran ave de nubes que anida sobre los techos y las torrecillas de la ciudad, se consume en la llamada crepuscular, en las ascuas del occidente. El gris entonces se vuelve azul, rosáceo, verdoso, con las luces que se van encendiendo en las avenidas, como collares de cuentas de oro. Las sombras suben a la Butte Montmartre y se refugian entre los arbolillos de la Plaza del Tertre. Ya el gris, expulsado del cielo, no hace otra cosa que correr bajo los puentes, murmurando con su lengua mojada que chasquea en las piedras encanecidas por tantos siglos de historia.

Los pasos en los adoquines lagrimeantes van despertando los recuerdos de París, cuya biografía es, al mismo tiempo, la de la civilización humana. Todos los emblemas y los signos de la lucha eternal, roídos por el gris de las centurias, se reflejan en la mente oscura y memorable del Sena : el águila romana, la cruz primitiva, la espada medioeval, la flor de lis, el gorro frigio, la imperial abeja de oro, el gallo republicano, la cruz de Lorena...

El gris de París se torna ciertamente azul — azul poético de Musset y Apollinaire,

azul cosmopolita — en Montparnasse ; verde en el jardín de Plantas, en el Luxemburgo y en la Torre Eiffel — ¿ guitarra del cielo » ? ¿ « jirafa de las torres » ? ; policromo en el mercado de flores de la Plaza de la Magdalena ; pardo y tranquilo en Saint Germain des Prés — habitado de doncellas y golondrinas — ; dorado y luminoso en la Plaza Pigalle, en donde la fábula de Eva y otras sirenas se hace realidad cada noche. En las calles y avenidas de Montmartre, riman con las pisadas de los transeúntes las palabras cavernosas de Vigny : « ¡ Infierno, paraíso del mundo, París, principio y fin, París, sombra y antorcha ! »

La canción de los cerezos

Alo largo de los senderos, sobre los bancos de los parques, en todas las rutas que van al interior del Japón, en la secreta intimidad de las islas, los cerezos alinean sus ejércitos blancos, sus muchedumbres florales que el más ligero soplo de viento despoja de su carga liviana y la dispersa en copos de nieve fragante o en remolinos de extrañas alas de mariposa, que caen en círculos concéntricos, prisioneras melancólicas de la gravedad.

Los cerezos cantan, en palabras de blanca, formadas con las sílabas aromadas y minúsculas de sus florecillas ; cantan la dulzura del existir y la brevedad de la vida. Sólo dos semanas dura la canción de los cerezos floridos, cuyas vaporosas estrofas de seda hacen estremecer el aire y llenan de suspiros los corazones y los estanques.

« Nacimos a fines de marzo y comienzo de abril — dicen las flores de cerezo — y muy pronto nos multiplicamos sobre los campos como las arenas en el mar y los luceros en el cielo. Somos ligeras como las plumas de las más niveas aves y nos posamos en el suelo como nubes que hacen — en su viaje — una breve escala terrestre. Nuestra presencia entre los hombres es como una visita celestial y anunciamos la estación del amor. Mas, nuestro paso es efímero y, al final, caen nuestro pétalos como pequeños corazones muertos. »

¡ Cerezos de Miyánóshita, como un inmenso mar de espumas ; ilustres cerezos de



(Foto Bouvel-Viollet)

Kyoto que acarician con su nieve rosada los palacios imperiales y que van a ornamentar los kimonos de primavera ; cerezos de las montañas de Yamato, de cuya flor dijo el poeta que « era la primera entre las flores, como el guerrero es el primero entre los hombres » ; cándidos cerezos que parecen arrodillarse con sus vestidos albos ante el templo budista de Asakusa ; místicos y amantes cerezos que cubren con su manto floral lo mismo las tumbas que los bancos de las citas, en los parques de Ueno y Shiba ; cerezos que se alumbran como candelabros de perfume en el crepúsculo !... La flor de cerezo, émula de la rosa occidental, es un símbolo de perfección y una imagen de la vida humana para el hombre del Extremo Oriente.

La canción de los cerezos no sólo es un himno al amor, una invitación a gozar del momento que se escapa, sino que constituye también una evocación anual de los grandes instantes del arte japonés, en la pintura, en la cerámica, en la poesía, en la escultura. Los cerezos invaden los grabados de Maronobu, los cuadros de Utamaro y de Hokusai, los objetos de porcelana de todas las calidades,

los poemas escritos por el pueblo, las lacas espejeantes en que el oro chispea sobre un fondo negro como la noche o rojo como la sangre.

Los cerezos cantan una vez por año su gran canción de albura, en la que las letras son las flores y donde los acentos y puntos suspensivos los pone en abundancia el rocío. Izan los cerezos floridos, sobre todo el Japón, sus olorosas banderas blancas, en señal de sumisión a la primavera y a la vida, breves como un sueño, y de rendición a la belleza universal que clarinea — en los metales del sol — su victoria efímera.

Nuestra Señora la Lluvia

NUESTRA SEÑORA LA LLUVIA, madre de las sementeras, viene a visitarnos cada día. Su gran manto gris ondea sobre los tejados y las calles y su corazón campesino se regocija en los parques públicos, en donde deja olvidadas entre las hojas sus gargantillas de cristal. Madre de los aguaceros y de las tormentas, su prodigalidad excede a todas las esperanzas y, a su paso, se realiza el cotidiano milagro : las calles se convierten en ríos murmuradores, las casas se sumergen en un mar vertical como viviendas submarinas y todos los objetos se aduermen en un sueño de peces...

El día se viste de prioste para recibir a Nuestra Señora la Lluvia que viene por las estribaciones de la Cordillera, en sus andas de nubes, precedida por los relámpagos que ramifican en el cielo su luz lívida como fuegos artificiales de esta Gran Procesión de las Aguas, en la que desfilan todas las congregaciones del mal tiempo, desde las hijas del viento hasta las monjas de la eterna noche. Se descubre, entonces, que los sapos han tomado posiciones en los sitios más estratégicos de la ciudad y se les escucha, por todas partes, clavar apresuradamente los cordeles de la lluvia, como tratando de sujetar para siempre la imagen llorosa de la Madre de las sementeras.

Nuestra Señora la Lluvia, nostálgica y errabunda, hidrópica e igualitaria : Tú tienes el mismo rostro para todos, grandes

y pequeños. La misma dádiva cristalina para poderosos y desvalidos. A veces, sueles dar la parte mayor a los menesterosos. Te asomas tímidamente, en puntillas, a la puerta de las mansiones suntuosas y empañadas apenas con tu vaho las vidrieras resplandecientes; mas, penetras sin miramientos a las moradas humildes, forcejeando, llenándolo todo con tu manto gris y haciendo flotar los objetos en un súbito mar, oscuro y misterioso como la muerte.

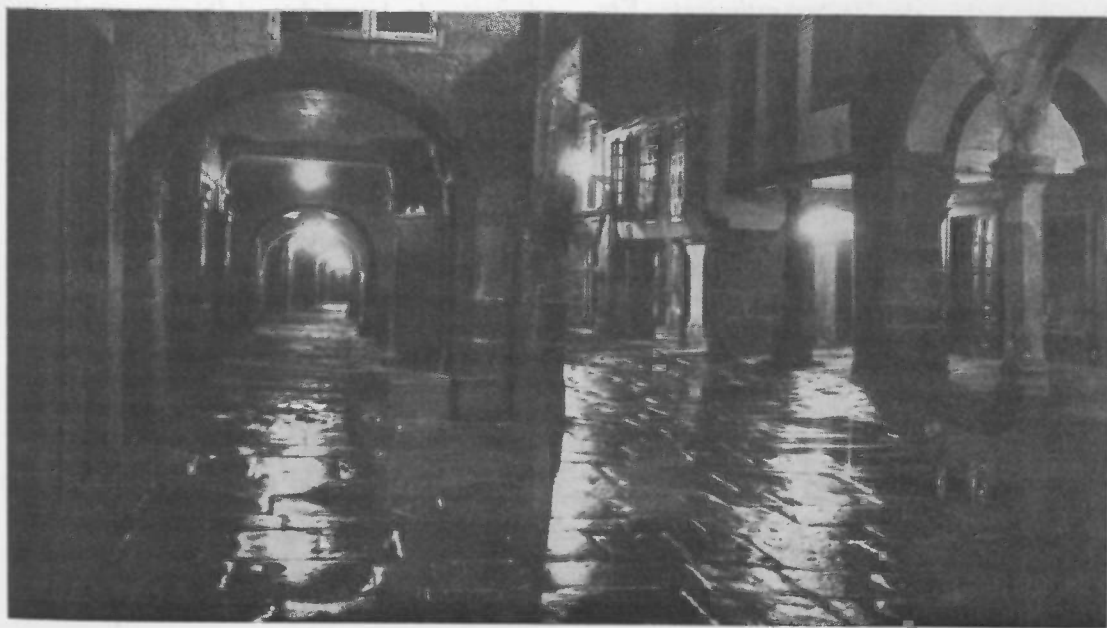
Tus pasos de cristal se marcan en las aceras y la huella de tu pie aparece en el fango de los jardines y los patios. Golpeas con los nudillos en las goteras — pequeños altares de tu culto, oh Nuestra Señora la Lluvia — y por allí entras clandestinamente a las habitaciones, donde das a los recipientes una lección de solfeo, gran maestra de música, vendedora de jaulas de pájaros.

El paisaje entero, con su verde fondo de Cordillera, y sus rojizos tejados irregulares, es como un lienzo que chorrea, colgado de la cuerda del cielo. Tú lo lavas, Lavandera de ojos azules, celeste Lavandera Mayor, y amontonas sobre las montañas la espuma de las nubes. Las casas lavadas te miran pasar y alejarte con el rumor de seda de los

arroyuelos que se deslizan por las calles como la cola susurrante de tu vestido. En las huertas, después del tropical diluvio, irrumpe el canto de algún gallo oxidado. Y, allá lejos, sobre la cumbre, se iza la bandera amarilla de un sol que no se atreve a tomar posesión de la ciudad casi lacustre.

Mas, esa ilusión del sol naciente que no engaña sino a los gallos, dura sólo un momento. Nuestra Señora la Lluvia baja de nuevo desde la Cordillera arrojando sus millares de cuentas de agua, sus rosarios de vidrio que resuenan como puñados de semillas sobre las tejas. Y los charcos se forman otra vez, como pequeños santuarios de Nuestra Señora la Lluvia, donde rezan y dicen su misa los sapos vestidos de dalmática. Y las plazas y las calles se convierten en verdaderos sistemas fluviales y hace su aparición el limo fecundante. La humedad, vestida de verde, se asoma por todas partes, hasta en los tejados, con sus vegetaciones imprevistas. Y la luz, prisionera como un pájaro en la jaula gris de la lluvia, revolotea, diciéndonos adiós, de casa en casa, hasta perderse en las montañas últimas.

¡ Nuestra Señora la Lluvia, patrona de Quito, madre de los aguaceros y de las tormentas !



Música de Xochimilco

LOS canales orlados de flores se pueblan de numerosas barcas también floridas y cargadas de frutas. El aire entretejido de sol, envuelve todas las cosas en su finísimo velo de oro. La naturaleza parece ataviada como para una boda. Entonces, en medio de ese fasto natural, se alza una música extraordinaria, maravillosa, y un coro de voces varoniles hace vibrar de júbilo al paisaje.

Son los mariachis, los músicos populares, los mensajeros de la alegría, que hablan el lenguaje profundo de México, el lenguaje del corazón, antiguo como la tierra y siempre nuevo como el sol matinal. ¿ De dónde vienen estos cantores ? Vienen de la víspera oscura de la Conquista, de las tierras de Jalisco y de Nayarit. Vienen de las tribus enigmáticas de los coras y los huicholes, que heredaron de los colonizadores hispánicos esas guitarras apasionadas y esas suspirantes vihuelas.

Charros infatigables, cuya voz conoce todos los secretos de la dulzura, de la pasión y de la nostalgia, ellos saben dar a sus guitarras entonaciones humanas. Las guitarras hablan, en sus manos, de amor o de coraje. La primera noche de su llegada a México, la desventurada Emperatriz Carlota las oyó hablar y experimentó una emoción extraña, en la que había algo de presentimiento. Era en el Castillo de Chapultepec, envuelto por la caricia azul de la noche del trópico americano, bajo el chisporroteo de las estrellas, sorprendente como un fuego de bengala. Atrás quedaban, hundiéndose definitivamente en la sombra, las Cortes suntuosas, los campos de batalla, las victorias y las intrigas de Europa. Frente a sus ojos se extendía, como una inmensa manta de colores, México. A su lado, sosteniéndola del brazo galantemente, su esposo — el Emperador de la barba de trigo y de las manos de nieve — contemplaba la nueva tierra, sumido en sus meditaciones. Carlota parecía interrogar a la ciudad muda, preguntarle sobre su destino... Y, de pronto, se alzó en el silencio la respuesta de México, la voz estremecida de las guitarras que hablaban de amor... y de muerte.

¡ Infortunada Emperatriz ! El embrujo de la música y de los cantos mexicanos la perseguirían hasta la celda de un convento,

hasta el encierro pavoroso de un manicomio y hasta la tumba misma. Con la pareja imperial llegaron también la corte o el cortejo, los inmigrantes franceses — jóvenes y damiselas anhelosos de fortuna y de aventuras. Una vida más intensa y ruidosa conmovió la calma todavía colonial del antiguo Virreinato. Era la estación del amor, y las bodas se multiplicaban por todas partes. Los grupos de guitarristas nativos eran contratados especialmente para esos mariages. De ahí el nombre de mariachis con que se designa, desde aquellos tiempos, a estos músicos incomparables. Sólo que, de las bodas, se fué pasando insensiblemente a otras ceremonias diferentes, epilogadas a veces por descargas de fusilería.

Ni Maximiliano ni Carlota sabían interpretar con exactitud el lenguaje de las guitarras. A las orquestas de Chapultepec les sucedieron las cabalgatas y los disparos, las escaramuzas en las ciudades sitiadas, las sorpresas y las batallas. Los mariachis ya no cantaban a las novias sino a Juárez, el enamorado de la Patria. Juárez, el novio austero de la libertad, llegaba al frente de sus desordenados batallones de labriegos, artesanos y estudiantes, destruyendo a cargas cerradas los cuadros de un ejército disciplinado que retrocedía rodeando a su Emperador. Juárez era el conductor de esa Orquesta Mayor de mariachis, que venía a dar la serenata de la muerte a la monarquía en América.

Las guitarras hablaban un idioma de lamentos, un tembloroso y entrecortado lenguaje de lágrimas, bajo las ventanas del palacio de Carlota, cuando Maximiliano fué ejecutado, pagando con su vida las maquiavélicas combinaciones de las familias reales de Europa.

Los cantores populares de México cuentan esta historia, rascando sus guitarras y sus vihuelas, mientras se deslizan las barcas floridas por los apacibles y soleados canales de Xochimilco. Cuentan esta historia y cien historias más de amor y de ternura, de gracia y heroísmo. Los mariachis no viven sino cantando. Su canto es un himno a la efímera felicidad de este mundo.

JORGE CARRERA ANDRADE

Notas sobre la poesía cubana

SE me ocurre comenzar estas cuartillas escribiendo lo difícil que va a resultarme — como siempre, claro — ser juez y parte al mismo tiempo. Y me viene a la memoria aquella escena de una comedia española de fines del siglo pasado, *El oso muerto*, de Vital Aza y Ramcs Carrión, si no recuerdo mal, en la que una señora que va a tomar una dorcella le pregunta sobre sus antecedentes y referencias y termina por : « ¿ Es usted de buena familia ? » Respuesta : « ¡ Ay, señora, yo creo que muy buena ! » Sí, señores lectores amigos míos. Soy de muy buena familia. Quiero decir que por ser poeta de Cuba pertenezco a una de las más distinguidas familias literarias de las que hablan español a lo largo del mundo, y a lo ancho también. Pero valga decir en este punto que a pesar del orgullo bien justificado — si quieren ustedes llamarle vanidad, adelante —, me ha dado Dios bastante serenidad de juicio, la suficiente imparcialidad y la necesaria objetividad para poder darme cuenta de los favores y desfavores de mi gente. Y que por fortuna en esta poesía cubana sobre la que vamos a conversar un rato más, muchos más son los primeros que los segundos. Ya iremos viendo por qué. Ya iremos viendo en este correr de teclas y de ideas — ideas puestas en teclado sumiso —, la curiosa desproporción que existe en mi país entre el territorio geográfico y el literario ; entre los límites que un mar — un mar tan hermoso — pcre a la hermosa tierra, y los ilimitados, o por lo menos amplísimos horizontes de su creación poética.

Téngase en cuenta que Cuba, como por ejemplo Chile, no nace a las letras propias sino hasta comienzos del siglo XIX. Que la poesía para ambas naciones — dejando a

un lado el ilustre ejemplo de *La Araucana*, o el del poema de Pedro de Oña, o aun el de nuestro pequeño poema insular de los primeros años del XVII, el *Espejo de paciencia* — que su poesía, digo, es cosa de un anteayer muy cercano. Y que parece milagro que en siglo y medio apenas hayan subido ambos países a la « cumbre de toda buena fortuna » donde se mantienen, muy bien puestos en el concierto de los que mejor lo están.

¿ Y qué nos pasa a los cubanos en el XIX ? Claro que nos pasan muchas cosas, precisamente porque no nos pasa lo que al resto de América. Y la pobre niña Cuba está mirando como sus hermanas mayores se van casando con los héroes que las desencantan. Y ella se queda con muchas ganas de salirse también, y mucho aire de angustia. Aire que se agita una vez, tan lleno de coraje, con tanta fuerza romántica, con la primera gran fuerza romántica del mundo hispanoamericano, en aquella melena alborotada frente al mar de su destierro de José María Heredia, fuera ya de su patria por agitador y libertario, en 1823. (Tal vez no sea inoportuno recordar aquí al otro Heredia, el cubano-francés, nacido como su primo en Santiago de Cuba, regalo de la pequeña isla tropical al friso del parnasianismo francés.) La poesía cubana del XIX, riquísima en número y calidad, se me aparece ahora escindida por la actitud de sus dos poetas mayores en dos direcciones contrarias : Heredia representa lo más ardiente del pensamiento criollo en función de amor a la libertad. El es el iniciador, el gran vocero, el que indica el camino, el que, por desgracia, se queda derrotado antes de todo, aunque tras él lleguen los demás a escribir versos incendiarios, a padecer hambre y sed de jus-

ticia, a morir algunos por ella. La otra actitud, de mucho amor a la tierra, sí ; de mucha emoción patria también, pero de una tierra y una patria coloniales en todo el sentido político de la palabra, la tenemos en Tula Avellaneda, la gran mujer del XIX, mujer tremenda de amor y poesía, de inteligencia y de pasión, de arrullos de torcaz y de grandes elocuencias teatrales. Cubana, también, como lo era Heredia. Pero trasplantada a un ambiente isabelino español de saraos y fiestas reales en el que tanto brilló la opulenta hermosa y en el que se desvaneció su estrella como una de aquellas arañas de luces que se apagan al terminar el baile. No se me entienda mal : la actitud general del poeta cubano de aquella época es la primera, desde luego. La otra, la de la Avellaneda, queda aquí por contraste establecida.

Ya teníamos contados dos grandes poetas en el pleno del XIX. Pero eso no era bastante para nuestra historia. Pasaba el romanticismo por el cielo y en él se incendiaron éstos, y muchos otros. Pero ya iba saliendo sol más tranquilo, con su matiz y con su música. Zenea — pobre muerto de azares libertadores —, Luisa Pérez — aquellas manos casi niñas que coronaron a su mayor Avellaneda —, Mendive — maestro de quien iba a serlo de todo el mundo de habla castellana —, se acercan con mayor o menor vacilación a las imprecisas luces simbolistas. Y de pronto, como síntesis de todo lo anterior, de todo lo de siempre, de lo que fué y de lo que vendrá, la otra gran pareja de nombres para ilustrar el fin del siglo. Gran pareja en contraste también ; en gran distancia. Se les suele llamar precursores. Precursores ¿ de qué ? ¿ Del Modernismo ? Pero si Julián del Casal es tan modernista ya en espíritu, en sentimiento, en actitud, en acento y en forma como sus demás compañeros de época. ¿ Qué aún nos muestra un costado romántico ? Recordemos el verso de Rubén :

Románticos somos... ¿ Quién que es no es
[*romántico ?*]

Pero dígaseme si el romanticismo de Casal, envuelto en sus sedas y sus kimonos japoneses, no pasa bien junto a algunos versos parnasianos de su admirable *Elena*

de Troya, o al simbolismo más exquisito que marca el ambiente de gran parte de sus poemas. Modernista Casal, amigo y compañero de Darío, enfermo de aquel indefinible mal del siglo, con el « impuro amor de las ciudades », vuelto de espaldas al campo que le agobia el espíritu ultrasensitivo. He hablado antes del contraste. Aquí lo tenemos, vivo, entero, verdadero, violento, en remolino. Nombro a José Martí al fin de este año de su centenario. Martí ¿ precursor ? ¿ Del Modernismo también ? Martí no es precursor sino de sí mismo. Hay en su poesía — y no hace mucho lo dije en palabras más lentas que éstas de ahora — indudables momentos, anticipaciones, previsiones del mundo modernista. Toda su prosa, en especial la de las admirables crónicas, es nada menos que la creadora del nuevo escribir. Esa está bien, y hay que decirlo siempre, y muchas veces, como lo están diciendo cada vez con mayor insistencia quienes se han puesto a reparar en la obra de este cubano universal. Pero que tales indicaciones, tan ciertas, no nos deslumbren. Es Martí precursor no sólo del Modernismo sino de todo nuestro crear literario contemporáneo. Su verso, además álzase solo y señero de entre todo lo que se ha escrito en español.

La guerra de Cuba, la del 95, rompió con frase heroica las cadenas de la servidumbre colonial ; pero el triunfo no fué suyo sólo. Alguien a su lado había intervenido, por cuenta y razón propias, naturalmente, y así la nueva República salió a la vida — y así la mantuvieron unos pocos años — sin vida propia. Aquel mirar la bandera de los Estados Unidos junto a la cubana produjo grandes desencantos y no pocos aprovechamientos de los realistas y adaptables a todas las situaciones. Los desencantados, y entre ellos el poeta Bonifacio Byrne, asumieron una actitud de reserva y espera. Haciendo versos, desde luego. Pero en un ambiente enrarecido de ilusiones cortadas. Claro está que todo ello se supera. Y al aclararse los horizontes se van destacando ciertos nombres de gran importancia. El Modernismo, después de aquellos dos grandes poetas muertos tan jóvenes, en el 93 y el 95, se afloja y debilita entre nosotros, sin duda por las causas que acabo de anotar. La figura de Federico

Urbach, por ejemplo, siendo como es de mucha importancia en nuestras letras, no basta a mantener el tono de excelencia de lo anterior. Se advierte por aquellos años que la poesía cubana se halla en un momento de transición, navegando en mares de diversos colores y tendencias, ninguna de ellas definida o satisfactoria. Han de pasar algunos años. Hasta 1913 precisamente, en que con la publicación del libro de Regino Boti, *Arabescos mentales*, se abre otra vez nuestro buen camino. Aquello es otra cosa, que es precisamente lo que se necesita en momentos de calma chicha. Otra cosa que mueva los vientos y los mares. Otra cosa que sirva de revulsivo en lo estancado. Y así, con Boti, y Acosta y Poveda nos vamos entrando en lo verdaderamente contemporáneo. Entre ellos, además, se establece en cierto modo el contraste que vengo anotando. Mientras en Boti y Poveda hay más generalismo, diríamos, Acosta, después de sus primeros libros, se fué acercando a la tierra, a la realidad del campo. Hasta ha llegado a ciertas formas, innecesarias, de lo patriótico. Y no debemos olvidar tampoco para relacionar a estos poetas con su pasado inmediato, las raíces modernistas de que se nutren: en Acosta, acentos muy rubenianos de vez en cuando; en Poveda, ecos bien claros de Laforgue, aquel Laforgue lunático que tan del sur uruguayo había salido y que iba a regresar más tarde para aparecer en las lunas de Leopoldo Lugones.

Son los de 1913 á 1917 años de gran inquietud intelectual en Cuba, de fundación de revistas, de organización de grupos, de sociedades de conferencias. En todo, una vuelta al quehacer y al trabajar, que no sólo de pan vive el hombre. Y a aquellas inquietudes de entonces el fervor de un Max Henríquez Ureña, por ejemplo, animador de tantas cosas cubanas, casi cubano él mismo por el amor, presta entusiasmo y materia, las siempre presentes ala y raíz martianas.

Así las cosas, si llegamos a los primeros años de la primera postguerra — cuándo, Señor, podremos decir de la última, para siempre, guerra — veremos cómo todas las corrientes universales de la literatura de entonces van a reflejarse con mayor o menor oportunidad, en nuestra literatura.

Concreción de muchas iniciativas, realización de muchas tentativas, resumen de muchos esfuerzos particulares, exposición de muchos atrevimientos, punto de partida de muchas nuevas direcciones, la *Revista de avance* en sus tres años de vida, 1927-1930, llena otro momento decisivo en la historia de nuestra cultura literaria y, más en lo que por ahora nos interesa, de nuestra poesía. Fué un nuevo contacto con el mundo, un ponerse a tono con todo lo exterior. Eso no lo habíamos perdido nunca, entiéndase bien; pero ahora, con aquellas páginas, aparecía juvenil y vigorosa la inquietud del momento. El llamado vanguardismo, en fin, ya era un hecho aceptado. Nuestra batalla de un nuevo Hernani había sido ganada, con unos pocos años de retraso con respecto a Europa. En esa revista, además de los ensayistas y críticos de mayor responsabilidad, que fueron precisamente sus fundadores o continuadores, había dos poetas de gran importancia: José Z. Tallet, el máximo artista, entre nosotros, del prosaísmo sentimental, y Juan Marinello, entonces finísimo poeta lírico, aunque ya hace años ande perdido para la poesía. Y allí nos dimos a conocer los poetas algo más jóvenes también entonces; los que andábamos en nuestros, ay, veinticinco años. Me refiero en especial a Nicolás Guillén y a mí; porque Ballagas es algunos años más joven que nosotros y Mariano Brull algunos mayor. Brull, sin embargo, ha sabido mantenerse joven toda su vida, cerca de nosotros, amigo y compañero de generación, a pesar de la diferencia de edad. Ballagas, con muchos menos años de distancia, logró asimismo acercarse y ponerse a nuestro nivel. Y así andamos por esas antologías del mundo, muy contentos de estar juntos. Pero también ocurre en el grupo cierta divergencia de caminos, no sólo entre unos y otros, sino aun dentro de uno mismo. En Ballagas, por ejemplo, hay el período negro, a lo Picasso; en mí hubo un momento « tropical »; en Guillén, más constante en las preocupaciones sociales que dan tono a la mayor parte de su obra, hay ciertos momentos, bellísimos, de universalidad. Brull vino evolucionando desde un claro postmodernismo hasta las posiciones más extremistas en forma y expresión, pero siempre fiel a su atempo-

ralidad y a su geografía. No quiero pedir perdón, con falsa modestia, por haberme nombrado. Como tengo la conciencia de haber contribuido con mi obra a la poesía cubana contemporánea, sería una falta de sinceridad el abstenerme de entrar en el panorama. Máxime, si las alusiones las hago con cierta objetividad y discreción, como creo.

Y adelante, que gracias a Dios esto no se acaba. Es la frase maravillosa de Segismundo :

*Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó
Y esto sólo no se acaba.*

El príncipe moscovita-español estaba pensando en el amor. Traslademos sus versos a la poesía. Tan verdad es siempre, que todo se acaba. Pasan reinos y dictaduras, desastres, guerras, devastaciones, asesinatos en masa. Pasan ciencias y descubrimientos, pasan las modas y las escuelas literarias. Pasamos los pobres hombres con nuestras angustias y nuestros pequeños problemas. Todo se acaba, sí. Y sólo no se acaba la poesía, eterna desde el nacer del mundo en las manos de Dios hasta que el mundo muera entre sus manos.

En Cuba, « isla hermosa del ardiente sol », tampoco se acaba la poesía. Y cuidado que hemos tenido y tenemos épocas de climas agostadores. Tras varios años de incertidumbre política — ¿ y qué años nuestros no han sido así, no son, acaso no serán ? — aparecen otros grupos y otras revistas más o menos efímeras que van a dar en una, más constante que las otras, pues viene publicándose desde 1944. Es *Orígenes*, cuadernos fundados y dirigidos por José Lezama Lima, el centro más visible de la poesía cubana de la actualidad. Además de ser el órgano que sirve para mantener a los poetas cubanos jóvenes en contacto con el mundo exterior, función primera y fundamental de toda revista de esa clase, ésta de que hablo reúne junto a sí un numeroso grupo de poetas por los que la lírica de mi país continúa viviendo una vida activa y verdadera. El de *Orígenes* es el grupo más numeroso y organizado, por así decirlo, pero no el único, desde luego. Hay en la misma Habana y en otras partes de la isla, como en Cienfuegos, por ejemplo, notables

islitas poéticas que saben salirse de su límite y llegar a muy apartados ambientes.

Viendo y mirando desde lejos este panorama actual de la poesía cubana, podría yo decir, tal vez, que se halla, con acento propio, muy personal, muy isleño, inserto en las corrientes más universales de la lírica ; experimentando con las más avanzadas técnicas, sin olvidar las nobles tradiciones españolas y extranjeras ; que a lo que la distancia me permite apreciar, está nuestra cultura bien enraizada en lo fundamental y lo accesorio ; en el modo y la moda, si se quiere ; en lo que pasa y lo que permanece ; en lo que da tono y acento a una época y lo que distingue desde siempre, lo que a nosotros los cubanos nos distinguió desde el *Espejo de paciencia* inicial : un expresar lo nuestro con palabras de la más honda prosapia castellana ; un decir lo cubano — que no es lo típico, no, por Dios — con acento universal, de acendrada cultura.

Aún ahora podríamos distinguir dos caminos diferentes. Es decir, que podemos continuar esa línea de separación entre dos actitudes que he venido trazando a lo largo de estas páginas. Porque, si nos fijamos un momento, advertiremos, por un lado, el poema menos temporal, más general, de Gaztelu, por ejemplo, y el más caliente de alusiones realistas por ejemplo, de Cintio Vitier, el gran crítico y antologista de su generación ; y la entraña campesina y de tierra colorada en que se mueve Samuel Feijoo y la atmósfera de silencio y tono menor de Dulce María Loynaz, también por ejemplo.

En todo y todo, han pasado por nuestra poesía lírica vientos y tempestades ; pero el aire queda. Nuestro aire ha sido siempre noble y personal, de isla con sol y mar, clara y discreta. Podrá olvidarse lo demás de nuestra literatura : el teatro, flojo ; la novela, no tan brillante como en otras ; aun el ensayo, aunque éste sea mucho mejor, desde luego. Pero hay una cosa que no nos podrán quitar aunque quieran : el « dolorido sentir » de nuestros poetas, tan grandes casi siempre como los mejores y muchas veces más que los mejores del mundo de habla castellana.

EUGENIO FLORIT

Teoría y práctica del “ Frente Nacional ” comunista

POR EUDOCIO RAVINES

HAY concordancia ecuménica, a los dos lados de la cortina de hierro, en estimar la política internacional soviética y su reflejo, la que desarrollan los comunistas a través del Occidente, como la concepción y la praxis de una guerra. Guerra que, de la ideología de la lucha de clases ha evolucionado hasta convertirse en calificada guerra de expansión imperialista. De un imperialismo que, con pretextos nuevos, a menudo con venerables razonamientos, y siempre por la fuerza, conquista naciones débiles, las subyuga hasta abolir, mediante la más ruda constricción, toda resistencia nacional, les impone un gobierno y un sistema de vida, y, sin recurrir a ninguna especie de capital financiero o de exportación de capitales, las somete a una explotación colonial de tan exacerbados caracteres que llega a reproducir en nuestro siglo, en plano más vasto y más profundo, los grandes saqueos de los peores tiempos del colonialismo, comprendiendo inclusive el retorno a las formas esclavistas de vida y de trabajo. En nada altera la esencia de estos fenómenos históricos el pomposo paramento socialista con que sus ejecutores pretenden revestirlos.

La política internacional soviética y la actividad comunista en el Occidente, concebidas y aplicadas como guerra, se desarrollan conforme a una estrategia bélica y según modos y momentos tácticos va-

riables. La estrategia comunista no ha sido alterada por la desaparición de Stalin. Esta continúa persiguiendo la expansión soviética, la dominación de otros pueblos, el debilitamiento y el derrumbe de toda fuerza de resistencia en el Occidente. Rusia y el comunismo no tratan de negociar, ni de buscar el terreno del compromiso válido, sino de extenuar al contendiente, de destruir sus más fortalecidas posiciones, de aniquilarlo como potencial ideológico, político, militar o moral.

Se discute en forma desplegada si la desaparición de Stalin ha determinado o va a determinar cambios fundamentales en la política soviética y comunista, o si todo seguirá igual. Los hechos de ayer y de hoy favorecen la tesis de una estrategia comunista que, tanto antes como después de Stalin, se propone lo mismo : destruir el mundo occidental en su materia y en su espíritu, liquidar su pensamiento, sus concepciones, sus modos de gobernar, de trabajar y de vivir. Después de la muerte de Stalin no hay cambio en la intención. Sólo cambian las fintas. No se buscan los términos honorables y sinceros de un entendimiento cualquiera ; sólo se espía con tenacidad de insecto el momento en que el interlocutor va a descuidarse y a bajar su guardia. Por esto, la lucha de Occidente se convierte, más y más compulsivamente, en una de supervivencia en el más trascendente y vital de los sentidos.

Los planes de expansión rusos han soportado gruesos reveses. La avalancha lanzada después de la victoria de los aliados el 45 ha tenido que estancarse al chocar, más que con un terco obstáculo, con una fuerza superior a la suya. La resolución combativa ha sido el factor subjetivo, y el aumento del potencial bélico del Occidente el factor objetivo, que han obligado al Kremlin a revisar sus anteriores designios y a contener un desborde que fué lanzado con destino incontenible. En este aspecto, la guerra de Corea ha desempeñado un papel histórico trascendente y de la más alta jerarquía política.

Se ha repetido, a un lado y al otro, que en el paralelo 38 el mundo occidental ha jugado una partida en la que, si bien no ha sufrido una derrota cabal, tampoco ha conseguido una victoria. Tal juicio permanece adherido a la superficie de los hechos, a los accidentes de la geografía o a las circunstancias de la geopolítica. Pero subestima su esencia histórica.

En Corea, lo esencial reside en que se ha contenido el desborde soviético hacia el Asia. El comunismo, que confió irresponsablemente en realizar un alegre paseo para ir a instalarse no sólo en Pusan sino en Tokio, en Formosa y en Singapur; los rusos, que convencieron a los chinos de la fe en el número como factor de decisión, han recibido a través de la lucha en Corea una amarga, costosa e inolvidable lección. Tan dura y tan didáctica que el Kremlin ya no intentará seguramente aventuras semejantes en el porvenir inmediato. Y que la China, que tiene toda la fuerza necesaria para invadir Birmania, Indonesia y la India, se inclina más y más por el *statu quo* que por la invasión.

Este es el acontecimiento que trasciende, con mucha mayor fuerza que la ausencia definitiva de Stalin, en el proceso comunista, o que el advenimiento de Malenkov y de los Mariscales y la decapitación de la poderosa policía política. A la rigidez agresiva del que siente el olor de la victoria, sucede la ductilidad del que aprende experimentalmente que no sabe por cuanto tiempo deberá tascar el freno de la paz. Se ha impuesto un nuevo modo, un momento distinto en la actividad comunista, poco importa si antes o después de la muerte de

Stalin. Y ese nuevo modo, ese nuevo momento, se ha cristalizado en la política comunista mundial tendente á forjar un « Frente Nacional », con participación comunista, y dentro de lo posible, bajo las orientaciones o la hegemonía comunistas.

El antecedente histórico del « Frente Nacional » para la década del 50 está en el « Frente Popular » de la década del 30. La idea original, iniciativa de los franceses, como la más adecuada de las formas aptas para combatir el avance del fascismo, fué acogida con reservas sectarias en el seno de la Internacional Comunista. Aprobada en principio en las conferencias secretas, celebradas en Moscú en 1934, de los Partidos Comunistas de la América Latina y de los de la Gran Asia Oriental, la idea fué consagrada como táctica oficial en el VII Congreso de la Internacional Comunista y acabada como realización política en Francia, en Chile y en España.

Hay diferencias tácticas, en el método, en la dirección del ataque, en las formas entre el Frente Popular de ayer y el Frente Nacional de hoy. El Frente Popular fué forjado como la alianza de partidos políticos ideológicamente adversos al fascismo; su creación se realizó de arriba hacia abajo, por acuerdos con las direcciones orgánicas; su bandera fué la del combate por la libertad, por la democracia y por la paz, todo lo que sirvió después como botín o cual moneda de cambio en el pacto germano-soviético del 39.

¶ En el Frente Nacional de la hora presente, los comunistas pretenden movilizar no las ideologías, sino fundamentalmente los nacionalismos y todos los fermentos nacionalistas, cualquiera que sea su índole: desde el viejo rencor de tiempos superados hasta situaciones episódicas de inferioridad en el plano internacional; desde la desconfianza y el resentimiento hasta el odio. Al servicio de este curso fluvial de nacionalismos, debe ponerse todo lo que pueda ser de utilidad, sin importar para nada ni doctrinas ni principios. Todo, a condición de que la concentración se realice en contra de los

Estados Unidos y de su política, cualquiera que ella fuere.

El Frente Popular se propuso impedir que el poder pasase a las manos de los simpatizantes o partidarios del fascismo, antes del pacto nazi-comunista del 39. En el Frente Nacional de hoy, los comunistas se proponen obtener que el poder pase a las manos de los grupos más hostiles a los Estados Unidos, a su posición en el comando de la resistencia occidental, a su política en defensa de la supervivencia del Occidente. En la « agit-prop » del Frente Nacional no se trata de convencer a nadie de la necesidad de colaborar con la política soviética. Ni siquiera se exige aceptar la concepción comunista de una América rapaz, belicosa e imperialista. Se trata sólo de aglutinar simpatías nacionalistas que puedan transformarse en antipatías, resistencias, recelos y antagonismos hacia los Estados Unidos. La táctica comunista de esta década funde, en una concepción indivisible, lo comunista y lo antiyanqui.

En la nueva táctica está activa y operante la estrategia de la expansión soviética, así como la ausencia de toda clase de principios. Y en este aspecto, no sólo hay analgía sino que se exhibe identidad con las modalidades tácticas empleadas anteriormente, muy en especial con la que presidió la interpretación esotérica y la aplicación práctica del doctrinarismo prestado a la democracia occidental, que sirvió al Frente Popular hasta la víspera de la colaboración nazi-comunista, establecida en el Pacto Ribbentrop-Molotov.

*

En vísperas y durante la celebración de las conferencias secretas de los Partidos Comunistas de la Gran Asia Oriental y de la América Latina, celebradas separadamente en Moscú en el otoño del 34, se desarrollaron prolongadas conversaciones íntimas entre Henri Barbusse, uno de los autores de la iniciativas ; Jorge Dimitrov, abierto simpatizante de la idea del Frente Popular y entonces ya Presidente virtual de la Internacional Comunista ; Dimitri Manuilsky, dirigente del Komintern ; Svanidzé, cuñado de Stalin y técnico de la llamada « experiencia de Singkiang » ;

Otto Kuusinen, dirigente del Komintern y, más tarde, jefe del supuesto gobierno títere de Terioki ; Palmiro Togliatti, alias Ercoli, dirigente comunista italiano y Arthur Ewert, alias « Berger », dirigente comunista alemán adverso a la política de Thaelman, agente del Komintern en Francia y en los Estados Unidos y, más tarde, jefe de la delegación enviada por el Komintern a la América del Sur para preparar la insurrección militar que abortó sangrientamente en el Brasil en 1935.

Intervinieron en estas conversaciones confidenciales Maurice Thorez y Raymond Guyot, dirigentes comunistas franceses ; Luis Carlos Prestes y Federico Candelaria, alias « Blas Roca », dirigentes comunistas del Brasil y de Cuba y luego miembros del Comité Ejecutivo del Komintern ; Eudocio Ravines, dirigente comunista peruano, designado jefe de la delegación de la Internacional que debía trabajar en Chile por la organización del Frente Popular, y Rodolfo Ghioldi, dirigente comunista argentino, designado asistente en el Brasil de Arthur Ewert.

Y, finalmente, se desarrollaron conversaciones calificadas como « estrictamente confidenciales » con altos dirigentes chinos, delegación que estaba presidida por Mao Tse Tung en persona.

A través de aquellas conversaciones, referidas en lo esencial en mi libro *The Yen-an Way*, editado por Charles Scribners Sons, de Nueva York, en 1951, fué dable conocer el verdadero carácter y los propósitos oscuros del comunismo en la formación del Frente Popular. Sólo en aquellas conversaciones confidenciales, de tipo esotérico, destinadas exclusivamente á núcleos estrechos de dirigentes comunistas, se exhibió el móvil auténtico que gobernaba la actividad detrás de la venerable teoría de lucha contra el fascismo.

El comunismo, ha sentenciado con lúcida justeza A. Rossi, desarrolla su propaganda y su actividad sobre la base de medias verdades. El comunismo dispone, en efecto, para todas sus acciones, de un doble arsenal. El que podría llamarse doctrinario, destinado a la gran masa, que se despliega envuelto en todo género de justificativos teóricos, de principios generales extraídos de Marx, de Lenin

y luego de Stalin ; sus razonamientos cuidan la forma, la presentación y hasta el tono, procurando no escandalizar y, en lo posible, persuadir. El segundo arsenal, el más importante porque está más íntimamente ligado a la acción práctica, constituye la interpretación esotérica, el cuerpo de directivas confidenciales, oficiosas y destinadas a pequeños núcleos dirigentes, que se expresan en forma desnuda y ya sin consideración alguna por las ideas, las inclinaciones o resistencias de la masa. La teoría doctrinaria aparece siempre expuesta con pompa en conferencias, congresos, materiales impresos, discursos y proclamas. La interpretación esotérica, de tipo confidencial, sólo circula de viva voz entre los agentes calificados del Komintern o del Kominform. La teoría doctrinaria sirve para dar elaboraciones abstractas, ideas generales, tramadas siempre sobre el fondo de medias verdades, que se prestan para revestir con ropaje respetable los propósitos comunistas. Las interpretaciones esotéricas, al contrario, prescinden de todo escrúpulo doctrinario, convierten los principios en viscoso contenido que se adapta a cualquier forma y, desembarazándose de toda preocupación teórica, muestran que para la acción comunista no hay otra norma que el éxito, que debe ser obtenido por cualquier medio y en el camino de cuyo logro todo está permitido.

*

La teoría doctrinaria del Frente Popular, definida por Mao Tse Tung en sus largos monólogos, consistía en que la labor comunista no debía desarrollarse ya en adelante pensando exclusivamente en términos de clase, actuando dentro de categorías proletarias, o sea tomando en cuenta exclusivamente a la clase obrera, a sus aliados los campesinos y a la « vanguardia », el Partido Comunista. Para forjar el Frente Popular contra el fascismo era obligatorio un pensamiento más amplio, un sentido más elástico, abarcando muchos sectores, comprendiendo otras clases y otros partidos. Ante la amenaza del fascismo, millones de no comunistas y hasta de anticomunistas,

estaban dispuestos a comprometerse en la lucha defensora de la democracia. La obligación de los comunistas era utilizar este nuevo estado de ánimo general.

A este aspecto teórico, Mao unía inmediatamente la interpretación concreta, la que fluía de la experiencia china y particularmente de lo que llamaba « la experiencia de Singkiang », que luego recibió el nombre de « Camino de Yenán ».

— No es sólo el temor de la pérdida de libertad lo que puede darnos ambiente y abrirnos camino — sentenciaba el conspicuo dirigente chino — ; es, principalmente, la ambición de millares y millares de políticos de toda índole, salidos de la pequeña burguesía rural y urbana, que no logran escalar posiciones importantes, no tanto de acuerdo con sus méritos, sino más bien de acuerdo con sus ambiciones. Si nosotros, los comunistas, con las grandes o pequeñas fuerzas de que podamos disponer, ofrecemos nuestro apoyo a esos políticos, ellos vendrán hacia nuestro campo, no como militantes del partido, que a ellos no les conviene, ni a nosotros tampoco, sino como servidores de nuestros fines. Servidores de conveniencia, está claro. Nos servirán cuando servimos les dé provecho. Y nosotros les podremos siempre retribuir mejor que sus propios partidos o los sectores en los cuales ellos actúen.

— Nosotros hemos conquistado por este camino — añadía Mao Tse Tung — a centenares de oficiales del ejército de Chiang Kai Chek. El militar chino es ambicioso ; tiene un hambre de poder que no tiene el militar europeo, y sed de riquezas, de lujo, de buena vida. Hay generales del ejército de Chiang que son provincianos pobres y oscuros. De no haber ingresado en el ejército habrían quedado como escribientes de juzgado, como propietarios de parras de mulas, como maestros de escuelas rurales a lo sumo. En cambio por la vía militar han llegado arriba. Y allí lo único que anhelan ya es pasar de su mediocre condición económica y de su ubicación social inferior, a la de hombres ricos, personajes poderosos y afortunados.

— Sirviendo a veces las ambiciones de estos hombres, verdaderos señores de la guerra, los comunistas hemos obtenido

ventajas y posiciones que no habríamos ganado mediante la lucha. No siempre la lucha de masas conduce a la victoria política; con frecuencia conduce también a la derrota. Estos procedimientos, que parecen de serpiente, otorgan más macizos y duraderos triunfos. El talento del comunista está en saber aprovecharlos.

La exposición confidencial avanzaba triturando todo el doctrinarismo teórico, haciendo papilla de los principios. Mao proseguía:

— El más grande talento en este trabajo es procurar siempre no hacer causa común con el que cae. No defender nunca al que no posee fuerza, aunque a veces tenga razón. No atacar al que pilla el erario, si ese que pilla es dueño de un poder que puede emplear contra nosotros. No hay necesidad de hacer mártires. Nuestra experiencia es que muchos abogados, doctores, dentistas, comandantes, que carecen de fortuna, no aman el poder por el poder mismo, sino que les seduce ganar poder para hacerse ricos. Dejad que se enriquezcan hoy, que luego, muy luego, les expropiaremos. Eso sí, dos cuestiones esenciales: no participar en sus latrocinios, lo cual es más difícil de lo que parece, y realizar la colaboración sin que la masa pueda percibir algo indecoroso, sin que nuestros enemigos puedan demostrar ninguna especie de complicidad. Esta conducta resulta encantadora y provechosa para ellos, puesto que nuestra limpieza aumenta la parte que les corresponde.

— Tenemos que emplear todos los medios — reiteraba Mao — para arrebatárle al nazismo el sector de donde saca sus mejores contingentes: el de la pequeña burguesía. Esto no se logrará con propaganda teórica. Sólo se obtendrá éxito si en nombre del partido comunista, desinteresadamente en la apariencia, se sugiere o apoya la candidatura de un liberal de izquierda, de un radical de avanzada. Funcionará la ambición del pequeño-burgués, y como reflejo forzoso, surgirá en su círculo la simpatía hacia los comunistas, aun en medio de la repugnancia por el comunismo. Esto no es engaño. Es un negocio político para él y para

nosotros. Contribuir al triunfo, por ejemplo, de un político radical cien veces postergado en su partido, que tiene ambiciones, que es manejable y que puede llegar a ser elegido por una circunscripción cualquiera donde nosotros no podemos hacer triunfar a un comunista, es siempre dar lo que ese radical no alcanzaría sin nosotros, recibiendo en cambio lo que nosotros necesitamos obtener. Y no debéis olvidar nunca que los comunistas, al ofrecer la grande o pequeña fuerza que podamos tener, estamos en realidad utilizando la fuerza, el prestigio y la presión que ejercen a través del mundo la Unión Soviética y la Internacional Comunista.

— Hay países en los que se desarrolla una política de partidos. Es allí dónde es más factible la formación de un Frente Popular. Hay que ganar, para esto, a los radicales, izquierdistas y progresistas de toda clase, no importa si buenos o malos. Hay que tentarlos creándoles tentaciones. Ayudarlos a conseguir lo que desean; ejercer presión sobre ellos; más tarde comprometerlos tanto que luego no puedan zafarse. Y esto cada día, sin descanso, pensando siempre que los partidos pasan, pero que la Internacional Comunista queda.

*

La teoría del Frente Popular sirvió en Chile para la propaganda de masas. Las directivas confidenciales fueron las que, en realidad, trazaron los caminos de la acción. Esas directivas concretas fueron aplicadas en Chile, a través de los años 1935, 36 y 37, con un éxito tal que el Partido Comunista de Chile llegó a ocupar tres Ministerios bajo la Presidencia de Gabriel González Videla, dirigente del Partido Radical chileno.

Las previsiones del alto comando del Komintern en Moscú resultaron cortas en relación con los resultados que a través del año 35 se obtuvieron en Chile. Tras las primeras maniobras electorales, tras los apoyos desinteresados a políticos de izquierda y a elementos postergados, el Partido Comunista de Chile salía de la ilegalidad prácticamente sobre los hombros del Partido Radical.

Todo político ambicioso, sin fuerza para

subir y con deseos de conquistar una posición, recibía conmovido la tentación comunista que había sugerido Mao. Siempre dió resultado provechoso el ofrecimiento de los servicios electorales del Partido Comunista a los candidatos de diversas tendencias que habían sido derrotados anteriormente por derechistas. Y el éxito del Frente Popular en Chile quedó sellado cuando el Partido Comunista lanzó y sostuvo la candidatura a senador por Cautín y Biobío del más rico terrateniente de la región, de filiación radical.

En la formación del Frente Popular se explotó todo. El sentimiento de amor al prójimo y la indignidad de los ambiciosos ; la defensa de la paz y del patrimonio de la humanidad, que iba a ser incendiado por los nazis, y la ruindad encubierta de los más bajos traficantes de la política ; la confianza de los trabajadores y la picardía de los arrivistas.

No fueron necesarias ni una conciencia moral escrupulosa, ni una aguzada perspicacia para comprender que todas las victorias obtenidas por el Partido Comunista, a través del proceso del Frente Popular, estaban imponiendo a los trabajadores chilenos los más duros sacrificios. El provecho inmediato fué obtenido por los elementos más audaces, más desvergonzados y de más cínica concupiscencia. En realidad, el Partido Comunista se transformó en el explotador de la clase obrera, en el tratante de la miseria del pueblo. La masa trabajadora, bajo la compulsión de las victorias políticas y del poder adquirido, se transformó más y más en un instrumento del Partido Comunista, al servicio de la política soviética.

Se operó a través del proceso del Frente Popular una separación de intereses, un antagonismo entre los caminos y las aspiraciones de la clase trabajadora y los del Partido Comunista. El Partido se transformó en parásito de la clase obrera ; encaramado sobre ella, proclamándose su vanguardia bien amada, le succionaba la sangre y vivía y prosperaba a expensas de la declamación de sus dolores y de la explotación de su miseria.

El poder que había conferido al Partido la administración de la victoria se orientó con toda su fuerza a la conquista de los

puestos sindicales, ya que este era el mejor medio para utilizar la masa obrera como instrumento. Se desarrolló un acercamiento organizado a manera de cerco en torno a los dirigentes sindicales que no tenían filiación política o que eran adherentes o simpatizantes tibios del Partido Radical o del Partido Socialista. Se puso a disposición de los dirigentes sindicales independientes o miembros de otros partidos, cuerpos de asesores que se iniciaban como meros auxiliares y que terminaban dirigiendo toda la actividad de los dirigentes elegidos. A los que resistían se le construía pacientemente un cerco que debía cerrarse sin apresuramiento, pero de modo siniestro. Se ganaba, a menudo por medios deshonestos, a sus más íntimos y activos colaboradores, hasta aislarlos. Se les fabricaban dificultades gruesas y menudas en una implacable guerra de nervios. Y así los sindicatos, de organizaciones para la defensa de los trabajadores, se convertían, bajo el dominio franco o encubierto del Partido Comunista, en instrumentos de sojuzgamiento de sectores más y más amplios de la clase obrera.

El crecimiento del poder político facilitaba la obra de dominación sindical, ya que él abría las puertas y los canales de penetración en los Ministerios y organizaciones estatales del Trabajo. La influencia, la presión, la corrupción de funcionarios y empleados, determinaba que grandes y pequeñas ventajas eran recibidas por los obreros a través de los representantes, los dirigentes, los organismos del Partido Comunista. Y de esta apariencia, que la propaganda se encargaba de hacer resplandeciente, el comunismo formaba un precioso capital político, una máquina de dominación que le permitía ampliar su órbita y dominar todas las resistencias menores.

El historial del Frente Popular en Francia, en España y en Chile, el de las alianzas nacionalistas en China y en Indochina, son el antecedente histórico y alocucionador de lo que se proponen en la época presente los « Frentes Nacionales » con ingenuidad y participación comunista.

*

La esencia del frentismo de ayer y del frentismo de hoy es siempre la misma, pese a las variantes de orientación, de organización y de dirección de los golpes principales; en la teórica doctrinaria, siempre las argumentaciones patéticas en favor de la paz, en defensa de la democracia, de la libertad y de la independencia de los pueblos. Es decir, el decálogo por el cual la humanidad viene luchando desde hace dos milenios constituye un delito criminal, digno del tiro en la nuca, en el otro lado de la cortina de hierro. Siempre el clamor profético contra los armamentos, por la paz, por la fraternidad de los hombres y los pueblos. Es decir, no la exposición de una ideología comunista, sino la exhibición de valores occidentales, doctrinas defendidas a través de los siglos por todos los libertadores de la humanidad.

Ocultas tras el espeso telón de esta teoría, se desarrollan las interpretaciones esotéricas, pleróricas de los mismos elementos de amoralidad, de oportunismo sin principios, de carencia absoluta de doctrina. En el momento actual, táctica viscosa y envolvente dominada por una sola estrategia: debilitar al mundo occidental, dividir sus fuerzas, paralizar o amortiguar su esfuerzo defensivo, con la finalidad quinta-columnista de servir la agresión, la conquista y la expansión soviética. Al servicio del Frente Popular ayer, como al del Frente Nacional hoy, están siempre la misma fluvial deshonestidad, la misma ausencia de escrúpulos, idéntica disyunción monstruosa entre el pensamiento que sirve para el ruido de la propaganda y las prácticas ominosas impuestas a través de la acción.

Históricamente, todo el frentismo del historial comunista constituyó siempre procedimiento dilatorio y defensivo en su estrategia. Cada vez que el comunismo siente que el piso se desliza bajo sus pies, recurre desesperadamente a las alianzas y a los frentes. Con todo el proletariado, con todos los campesinos, con todos los pequeños burgueses descontentos e insurgentes, contra los burgueses. Luego, con los obreros y los campesinos pobres contra pequeños burgueses y campesinos ricos. Más tarde, con un clan fortificado y poderoso

contra todo un pueblo. Con Zinoviev y Kamenev para liquidar a Trotski; con Bujarin y Rykov para triturar a Zinoviev y Kamenev, para más tarde terminar por devorar a Bukharin y Rykov.

A través de su historia, el comunismo ha recorrido siempre dos caminos: o el del sectarismo o el del frentismo. El sectarismo fué expresión de los momentos de fuerza, la táctica de los momentos victoriosos o de consolidación de sus victorias, de las horas de éxito. El frentismo, llámesele alianza de obreros y campesinos y soldados, frente único, frente popular, unión de la resistencia o frente nacional, fué siempre la táctica de los momentos difíciles, de las etapas de revés en los planes, de los ciclos en los cuales la misma garra agresora se ve forzada a enfundarse en terciopelo.

El comunismo atraviesa en el mundo occidental una etapa regresiva. Aumenta su descrédito entre las masas, se hace ostensible su papel inequívoco de quinta columna al servicio de una potencia imperialista; sufre una baja objetiva y constante lo que un día fuera psicología militante, capacidad de heroísmo, mística de combate. Para rehacerse, el comunismo tiene urgente necesidad de una alianza que le apuntale. El nacionalismo de los pueblos oprimidos le ha prestado buenos servicios y le ha otorgado ricos beneficios. Al nacionalismo trata de sumar el neutralismo, el derrotismo, el temor a la guerra que pretende comprar la paz y, para ello, pagar por ella cualquier precio, aun el de todas las libertades conquistadas por el hombre a través de siglos de acción heroica.

En este período se convoca ardorosamente a la alianza a europeos, asiáticos, latino-americanos, para formar un frente contra lo bueno y lo malo que pueden albergar los Estados Unidos, no para purificar a América, sino para devorar más pronto y más cómodamente a Europa, al Asia y a la América Latina. El pasado así lo proclama. Y así lo indican los espectros de Trotski, de Zinoviev, de Bujarin, de Benes, de Masaryk y de Slansky.

EUDOCIO RAVINES

EL "NUEVO CURSO" DE MALENKOV

POR LUCIEN LAURAT

Son muchos los que en Occidente interpretan la nueva política económica de los rusos como una ruptura brusca con los principios y los procedimientos de Stalin, cual el abandono de la prioridad del rearme en gran escala y la iniciación de una política de apaciguamiento tanto en el interior como en el exterior. La ruptura, acompañada por otra parte de confesiones significativas, con ciertos métodos del pasado es innegable. Pero, contrariamente a la opinión difundida con tan fácil optimismo por los auxiliares del Kremlin, esta ruptura no afecta en nada al potencial militar de la U. R. S. S.; incluso tiende a robustecerlo, pues la situación catastrófica, como al fin se ha reconocido, de la agricultura y de la ganadería ha sido hasta el presente el punto más vulnerable del dispositivo de guerra de la U. R. S. S., y el corregirla tiene por objeto asegurar al régimen a un tiempo las reservas agrícolas y la buena voluntad de una población menos hambrienta, de las cuales no podría prescindir ningún país en caso de conflicto.

Los dirigentes soviéticos no han decretado por otra parte el « nuevo curso » de manera totalmente espontánea; las circunstancias han acabado por no dejarles otra posibilidad, y la voluntad de romper con la « línea stalinista » después de la

muerte del déspota les ha sido sin duda ajena. Muy probablemente la desaparición de Stalin ha contribuido algo a este viraje — vamos a verlo en seguida — pero en modo alguno en el sentido en que lo entienden comentaristas como el señor Henry Shapiro, los cuales contraponen, *post mortem*, al « malvado Stalin » el « buen Malenkov ».

Para comprender el sentido y el alcance del « nuevo curso », hay que remontarse a los comienzos de 1953, a un período, por tanto, anterior a la muerte de Stalin.

Origen y fases del nuevo viraje ruso

La prensa soviética del 23 de enero de 1953 publicaba el balance económico de 1952, segundo año del segundo plan quinquenal de postguerra, y este balance tenía bien poco de brillante. La producción soviética había disminuido sensiblemente en 1952 en relación con 1951, incluso en la industria pesada. Pero en tanto que esta última se mantenía, en líneas generales, al ritmo previsto por el plan, la producción de artículos de consumo señalaba un crecimiento inferior, no tan sólo al de 1951, sino incluso al prescrito por el plan :

	AUMENTO DE LA PRODUCCIÓN		
	De 1950 a 1951	De 1951 a 1952	Ritmo anual previsto por el plan
Prod. industrial (conjunto) ...	16 %	11 %	12 %
Fundición	14 %	14 %	13 %
Acero	15 %	10 %	10 %
Laminados	15 %	12 %	11 %
Hulla	8 %	7 %	7 %
Tejidos de algo- dón	22 %	6 %	10 %
Tejidos de lana	13 %	8 %	9 %
Calzados de cue- ro	17 %	5 %	9 %
Azúcar	18 %	3 %	13 %
Mantequilla	6 %	4 %	12 %
Aceite	12 %	9 %	13 %

	AUMENTO DEL GANADO KOLJOSIANO		
	De 1950 a 1951	De 1951 a 1952	Ritmo anual previsto por el plan
Ganado bovino (total)	12 %	(1)	6 %
Vacas	15 %	6 %	16 %
Ovino	8 %	7 %	13 %
Porcino	26 %	4 %	14 %

Hallándose en posesión de estos datos, más que decepcionantes, el observador podía preguntarse con legítima curiosidad: 1º, cómo se reflejarían en el presupuesto, que el Soviet Supremo « vota », por regla general, a principios de marzo; y 2º, si esta producción, tan claramente debilitada en su ritmo, permitiría decretar en febrero o en marzo una nueva baja de precios, a semejanza de lo que se había hecho en los años precedentes.

Ahora bien, el Soviet Supremo no fué convocado (aunque debiera haberlo sido desde mediados de febrero) para ocuparse del presupuesto a principios de marzo. La publicación y aprobación del presupuesto para 1953 fueron por tanto aplazadas en vida de Stalin y con su consentimiento: se comprendía perfectamente cuál era la situación económica y sus inevitables repercusiones sobre la hacienda pública. El

(1) El comunicado no indica cifra alguna; las revelaciones hechas por Khrushchev en septiembre de 1953 explican este misterio.

Soviet Supremo no se reunió en efecto hasta el día siguiente de la muerte de Stalin y con objeto de decidir acerca de su sucesión. No se le sometió el presupuesto hasta el mes de agosto.

Sin embargo, a pesar de la falla de la producción de artículos de consumo, se decretó la tradicional baja de precios el 31 de marzo. Incluso fué más amplia que las bajas precedentes, ofreciéndose esta vez a los consumidores un regalo de 53.000 millones de rublos, contra 28.000 millones en 1952, y 34.500 millones en 1951. Como era patente que la economía soviética no tenía con qué satisfacer una demanda tan bruscamente aumentada, había que esperar un empréstito forzado de excepcional envergadura para absorber este poder adquisitivo sobrante. Este empréstito obligatorio suele emitirse generalmente a principios de mayo.

Ahora bien, en el mes de mayo no ocurrió nada. Es más que probable que la muerte de Stalin había, en cierto modo, abierto las compuertas al descontento de las masas, acumulado desde hacía demasiado tiempo. Los nuevos amos, presa del « pánico » (¡son ellos los que han empleado el término al día siguiente de la muerte de Stalin!) tuvieron que arrojar lastre, decretando primero una baja de precios que sabían incompatible con las posibilidades económicas, absteniéndose a continuación de enjugar el poder adquisitivo suplementario por medio del empréstito obligatorio. Pensaban salir del trance haciendo más dura la expoliación de los países satélites, política que desembocó en las revueltas de junio en Checoslovaquia y en la Alemania oriental, por lo que se hizo necesario reducir las exacciones realizadas hasta entonces en todo el « glacis ».

Ocho días después del 17 de junio el nuevo equipo se decide a lanzar el empréstito obligatorio, que se ha hecho ya inevitable. Pero, no obstante, el nuevo empréstito no se eleva sino a 15.000 millones de rublos, la mitad solamente de lo que se había impuesto a los « suscriptores » en 1952, 1951, 1950 y 1949. Quedaba, pues, a la población un poder de adquisición que sobrepasaba con mucho la producción nacional. Desde el mes de julio, la prensa

soviética habla de « recursos suplementarios » que el Estado va a poner a disposición de los consumidores ; dicho en otros términos, se rasca el fondo de los cajones, se saca una parte de los « stocks » guardados en reserva para el ejército y se comienza a importar mantequilla y carne, que van a buscarse hasta en Australia y Nueva Zelanda. Antes había podido expoliarse a los satélites y arrancarles todo sin compensación ; ahora, hay que pagar al contado y proceder a gigantescos envíos de oro para pagar los géneros importados.

En estas circunstancias desfavorables se reúne, a principios del mes de agosto, el Soviet Supremo para aprobar el presupuesto.

Los gastos militares siguen teniendo prioridad

Al presentar al Soviet Supremo el presupuesto para 1953, el equipo Malenkov esbozaba ya el viraje, pero esperaba poder realizarlo sin forzar las cosas y sin provocar la confusión, mediante confesiones sensacionales y ante una opinión pública recelosa e inquieta. Hay que estudiar, por tanto, el presupuesto con mucho cuidado para descubrir en él índices reveladores. Se observa ante todo un mutismo sospechoso sobre ciertos resultados del presupuesto de 1952 : ignoramos lo que han producido el impuesto sobre los totales de ventas y los impuestos directos ; ignoramos de igual manera lo que se ha gastado en realidad en las fuerzas armadas. Tanto del lado de los ingresos como del de los gastos, aumentan sensiblemente los capítulos no especificados, y por tanto ocultos al público. Dos cosas hay que disimular esencialmente : el aumento de los gastos militares y las repercusiones desfavorables de la mala situación económica sobre la hacienda pública.

Los gastos militares propiamente dichos, es decir, confesados, se elevan a 110.200 millones de rublos contra 113.800 millones (previstos) en 1952, 96.400 millones (previstos) en 1951 y 82.900 millones (invertidos) en 1950. En relación con 1950, último año del plan

quinquenal precedente, se registran los siguientes aumentos :

Gastos totales	28 %
Fuerzas armadas	33 %
Gastos no especificados	91 %
Fomento de la economía nacional.	22 %
Medidas sociales y culturales.....	11 %

La mayor parte de los gastos que se ocultan se halla dedicada, evidentemente, a la preparación de la guerra (y muy probablemente a las investigaciones y producciones atómicas) ; de lo contrario, el Kremlin no tendría ningún motivo para mantenerlo en silencio. La parte de estos dos capítulos en los gastos presupuestarios totales es la siguiente :

	1950	1951	1952 (previstos)	1953 (previstos)
Gastos militares declarados..	20 %	22 %	24 %	21 %
Gastos militares ocultos.....	9 %	7 %	7 %	14 %
Totales ..	29 %	29 %	31 %	35 %

Cuando el Kremlin proclama su voluntad pacífica, subrayando que sus gastos militares oficiales, declarados, han disminuido en relación con el año anterior, se tiene derecho a responder que los gastos militares ocultos suben sin cesar y que el total de sus gastos militares — los declarados más los ocultos — aumenta, tanto en cifras absolutas como en porcentaje, en el total de los gastos presupuestarios.

No es, pues, hincando el diente en los gastos militares como el equipo Malenkov piensa llevar a la práctica su « nuevo curso ». Es a costa de ciertas inversiones — las destinadas a las « grandes obras stalinistas » — como se quiere obtener algo con que dar satisfacción a ciertas necesidades, a las más urgentes y más ineludibles, de la población. El cuadro que sigue permite comprenderlo :

Aumento en relación con 1950

Inversión presupuestaria en la economía nacional	17 %
--	------

De aquí :

Grandes obras (canales, « transformación stalinista de la naturaleza », etc.)	0 %
Agricultura	17 %
Otras inversiones	93 %
Inversión total (incluyendo la realizada por organismos autónomos y subvenciones extra-presupuestarias) :	
Grandes obras « stalinistas »	4 %
Agricultura	56 %

En su discurso pronunciado el 5 de agosto de 1953 ante el Soviet Supremo para presentar el presupuesto, Zverev, ministro de Hacienda, declaró con energía :

« De los créditos presupuestarios destinados este año al desarrollo de la economía nacional, aparte los fondos propios de las empresas, se consagrará una cantidad global de 82.600 millones de rublos al fomento de la industria y *sobre todo de la industria pesada* (somos nosotros quienes subrayamos), base del crecimiento continuo del conjunto de las ramas de la economía nacional. Una parte importante de estos créditos se utiliza en la construcción de instalaciones industriales y en equipar la industria con máquinas y mecanismos nuevos y perfeccionados ».

Está claro como la luz : la industria pesada continuará gozando de prioridad, lo que por otra parte va de acuerdo con el mantenimiento e intensificación de los gastos militares. En efecto, el aumento de estos últimos no tendría sentido si el desarrollo de la industria pesada no proporcionase una oferta que fuera creciendo al mismo ritmo que la demanda. No es la industria de guerra la que pagará las satisfacciones que se ha prometido prodigar a los consumidores ; esto sólo se conseguirá con el abandono de las obras emprendidas ante la insistencia explícita de Stalin y cuya utilidad debía parecer muy dudosa, aun viviendo él, a algunos de sus cómplices.

Una ligera atenuación de la miseria

Algo ha debido pasar entre el comienzo del mes de agosto (sesión del Soviet Su-

premo) y el comienzo del mes de septiembre (informe de Khruchtchev sobre la situación catastrófica de la ganadería). El Soviet Supremo había iniciado ampliamente el viraje con el discurso de Malenkov, con el aumento apreciable de las sumas destinadas a la agricultura y con las ventajas fiscales concedidas a los campesinos. ¿ Por qué se ha tocado a rebato apenas un mes más tarde ? ¿ Por qué se ha oprimido bruscamente el acelerador cuando parecía que las decisiones del mes de agosto debían bastar ?

El informe, publicado por la prensa soviética del 31 de enero último, sobre la ejecución del plan en 1953, proporciona una primera respuesta a estas preguntas. Este informe nos dice que en 1953 las superficies destinadas al cultivo de trigo han aumentado en dos millones de hectáreas, y algo más lejos se lee :

« Aunque las condiciones meteorológicas han sido *desfavorables* en cierto número de regiones del país, el rendimiento de los cultivos de cereales en 1953, *se ha acercado* al del 1952 (el subrayado es nuestro). »

Para el que conoce el estilo soviético, esta frase quiere decir que el rendimiento de los cultivos de cereales ha sido francamente malo. Esta impresión se ve corroborada por el hecho de que el comunicado se abstiene — a diferencia del año anterior — de dar la cifra de las cosechas. De lo cual se puede deducir que ha sido en el transcurso del mes de agosto cuando, al recibir los informes sobre la cosecha de trigo ya casi a punto de segar, los dirigentes se han dado cuenta de la gravedad excepcional de la situación, y, presa del pánico y la desorientación, han decidido reunir el pleno de septiembre para contener *in extremis* una decadencia que las medidas presupuestarias decretadas unas semanas antes no eran ya capaces de dominar.

Desde mediados de septiembre hasta el 19 de noviembre, los decretos y los discursos que los explican se suceden a un ritmo vertiginoso. Después de la restauración de la agricultura y de la ganadería, se promete desarrollar la industria de

transformación y mejorar los métodos comerciales. Se llega hasta el punto de hacer producir máquinas de lavar, neveras eléctricas, motores para bicicleta y camas metálicas en las fábricas de aviones, y aparatos fotográficos, bicicletas y neveras por la industria del armamento.

Estas medidas merecen que se reflexione acerca de ellas. La precipitación con que se había abordado el problema de restaurar la producción agrícola y ganadera quedaba justificada, sin lugar a dudas, por el calendario : el invierno se acercaba rápidamente, y había que darse prisa a toda costa para no ser sorprendido por los acontecimientos. Pero el calendario no puede explicar tal precipitación en cuanto se refiere a los artículos que acabamos de enumerar, ni es tampoco el calendario el que justifica las importaciones en gran escala de productos alimenticios a cambio de los cuales se exporta oro. ¿Qué urgencia era la que obligaba a encargar a las industrias de aviación, de armamento y de construcción mecánica que fabricasen camas, relojes y baterías de cocina ? Es preciso que hubiera allí, no ya gentes aisladas, sino extensas capas sociales *que no podían o que no querían esperar más*. Es preciso que el descontento se hubiese apoderado de una fracción importante de los beneficiarios del régimen, cansados desde hacía tiempo de la austeridad stalinista y que ahora, después de la muerte del déspota, expresaban con más energía sus aspiraciones. La mera enumeración de las mercancías cuya producción se quiere aumentar a toda prisa demuestra que el régimen tiene que dar satisfacción a esta capa de sus propios beneficiarios en mucho

mayor grado que a las masas moldeables y capaces de plegarse a cualquier tarea que se les imponga.

Para éstas habrá también, evidentemente, algunos restos y migajas. Las promesas hechas para 1954 y 1955 — ¡ si se las mantiene ! — no llevarán en modo alguno al pueblo ruso la abundancia tan a menudo anunciada, sino una ligera atenuación de su miseria. El consumo previsto para 1955 representa, por cada habitante, la mitad de lo que se había prometido para 1933 en cuanto a carne, casi la cantidad de tejidos de algodón y lana que se había prometido para 1937, algo más de la cuarta parte de la leche prometida para 1933, y el ruso medio consumirá la misma mantequilla que en 1914, es decir cuarenta años antes, bajo el antiguo régimen. En 1953, el consumo de mantequilla por habitante era inferior en un 30 % al de 1928 (en vísperas de los planes quinquenales), el de leche había disminuído, en relación con el mencionado año, en un 65 %, y el de la carne en un 69 %. Durante el mismo período, la producción del acero se había multiplicado por 9. Cañones antes que mantequilla : he aquí algo que hubiera hecho palidecer de celos a Goering.

Los principios mismos de esta política no han sido modificados por el « nuevo curso ». Se ha soltado, sencillamente, un poco de lastre, abandonando las extravagancias de Stalin, para conservar mejor y consolidar el potencial militar cuyo desarrollo sigue siendo el objetivo primordial e inmutable del régimen.

I. UCIEN LAURAT

La democracia en un desfiladero

POR JOSE Ma. DE SEMPRUN GURREA

Los términos Democracia liberal o República (que se identifican en mi mente, a conciencia de que eso no les sucede a otros), significan dos cosas que conviene distinguir y poner, con el mismo esfuerzo, de relieve. A veces se pone todo el ahínco en una de ellas, descuidando, e incluso, en algunos casos, despreciando la otra. Esto último sucede con los comunistas, en general, y con los nazifascistas que consideran la « democracia formal », como la llaman los primeros, despectivamente, cual un artilugio desdeñable, huero y engañoso. Otras veces se usan aquellos términos de una manera indiscriminada y oscura, precisamente porque se ha instalado en el espíritu de muchos la convicción de que están dotados de una especie de evidencia automática, que por tanto no necesita aclaraciones ni distingos. Entonces, como es natural, cada uno arrima el ascua a su sardina, a la sardina de su peculiar evidencia. Forma extrema y grotesca, pero auténtica e irrecusable, de la personal evidencia con que algunos entienden los términos de libertad democrática, la tenemos en aquel pequeño episodio — histórico — del buen ciudadano que, cuando en España se proclamó la República dejó en absoluto de ir a la iglesia que antes frecuentaba asiduamente. Como el gobernador de la provincia requiriese su testimonio para algo que se decía ocurrido en el recinto del templo, el ciudadano res-

pondió que no sabía nada. El gobernador extrañado, insistió : ¿ Pero cómo puede Vd. ignorarlo, si me han dicho que va mucho a esa iglesia ? A lo cual el buen hombre, impertérrito y seguro de su evidencia inepetativa, respondió : Verá Vd. señor gobernador, es verdad que yo iba antes ; *pero desde que se ha proclamado la libertad de cultos, ya no voy más...* La libertad democrática de cultos significaba, para aquel ciudadano, no practicar libremente el culto que hasta entonces había venido practicando. Yo conozco aquí un rapaz que, mientras estaba escribiendo a unos amigos ardientes proclamas fascistas, fué sorprendido por la mamá, quien, no tanto por ideología cuanto por precaución, le reprendió con energía. Y el chiquillo salió diciendo : Pero, bueno, mamá ¿ no tenemos ahora libertad política ? Para el muchacho y (lo que es ya más serio y más bufo al mismo tiempo) para muchos que hace largos años dejaron de serlo, lo substancial, o a lo meros, lo más substancioso de una República democrática reside en la posibilidad de propagar, organizar y preparar un nuevo fascismo. Así todo vendría a reducirse, con sarcástica paradoja, a tener libertad para acabar con la libertad. Argucia de mogollón, que hubiera hecho soltar una gruesa carcajada al irónico Maquiavelo, mientras tantos ingenuos demócratas y liberales se mecen en el ramaje de la consabida higuera. Para otros, las liber-

tades de la República se reducen a la libertad de iniciativa y de manejo en el campo económico, o en definitiva vienen a parar a ella. Sobre esto ha escrito un capítulo luminoso y transparente el profesor de Roma A. C. Jemolo en su libro *L'Italia Tormentata* (1951). En ese capítulo cuida el egregio profesor, con penetrante acierto, de distinguir entre la libertad económica y las libertades que llama « clásicas » : libertad de conciencia, de asociación, de prensa, de reunión, de palabra, etc. Le place la idea de considerar solidarias todas las libertades en el sentido de que la caída de una de ellas arrastra le debilitación de las otras. Pero añade : « No logro concebir la libertad de los economistas como algo análogo a las que defendieron los iluministas y enciclopedistas y, después, los liberales ». Y con sutileza se adentra en el equívoco de la asimilación, denunciando que mal podrían hoy pretender unirse a los propugnadores de las libertades políticas los descendientes de aquellos economistas de la era victoriana que « con impecable lógica », se opusieron « en nombre de la libertad económica, a las limitaciones primeras que se proponían frente a la explotación de mujeres y niños ».

Proyectar un régimen de libertad democrática hacia la más amplia libertad de iniciativa en el orden económico, significa asegurar a la iniciativa privada (que en sus debidos términos es tan interesante) la posibilidad de desencadenar concurrencias catastróficas, de extenuar a la clase proletaria con horarios indefinidos y jornales de hambre, de exasperar el agio y la especulación y, en una palabra, permitir en nombre de la libertad a los grandes « manitu » del mundo económico la creación de condiciones tales que para una gran parte de la población — y no sólo de la población obrera — ellas prácticamente representan no tener más libertad que la de morir de agotamiento o la de echarse a la calle con el cuchillo entre los dientes.

*

Por cuanto queda dicho me parece conveniente (aunque al hacerlo deba disculparme de repasar conceptos tan primarios) distinguir y señalar, incluso recal-

cándolas un poco, las dos series de realidades a las que propia y principalmente se aplica la expresión *democracia liberal* (o, según mi modo de concebir, República). Por una parte se quiere con ello designar un conjunto de instituciones públicas, de organismos sociales, de modos de proceder, de reglamentos, en cierto modo técnicos, a que debe ajustarse el comportamiento de los individuos y los grupos en determinadas formas de actividad colectiva ; pero todo ello prescindiendo, o haciendo por el momento abstracción, de cuales serán los hombres y los grupos que constituirán y harán funcionar aquellos organismos e instituciones y del contenido concreto — moral, cultural, económico, social... — que tendrá la obra realizada mediante el funcionamiento de aquellos organismos. Si, por ejemplo, tomamos la vigente Constitución italiana (por ser la que tengo más a mano y, sobre todo, porque corresponde a la República democrática más reciente), y leemos su artículo 48, según el cual « serán electores todos los ciudadanos, hombres y mujeres, que hayan llegado a la mayor edad », o el art. 83, donde se dispone que el Presidente de la República sea elegido por los dos ramos del Parlamento, reunidos en sesión común, y por tres delegados de cada región ; o el art. 92, referente a la formación y nombramiento del Gobierno y de su Presidente, nos damos inmediatamente cuenta de que esas disposiciones (como tantas otras del mismo cariz) para nada se ocupan del color político, de las tendencias o preferencias ideológicas, de la posición social o las actividades profesionales que puedan tener las personas y grupos a que aquellas disposiciones se refieren : El Presidente de la República, los senadores y diputados que le eligen, los electores indiscriminados que a su vez eligen a los senadores y diputados, el jefe y los miembros del Gobierno, pueden ser, ateniéndonos estrictamente a las recordadas disposiciones, todos pobres o todos ricos, todos reaccionarios o todos revolucionarios, favorables o contrarios a la reforma social, creyentes o incrédulos... La Constitución no dice de esto nada. Cuando el art. 70 y siguientes de la misma determinan los trámites necesarios para la formación de las leyes, tampoco se ocupan

en lo más mínimo del contenido de éstas : pueden ser conservadoras o avanzadas, protectoras o debeladoras de determinados intereses, derechistas o izquierdistas... A esos artículos de la Constitución les da igual : lo que les importa es saber cómo y conforme a qué trámites han sido formadas las leyes de que se trate en cada caso.

Pero si, en la misma Constitución italiana, pasamos al art. 39 que garantiza la libertad sindical, o al 40, que reconoce el derecho de huelga, o al 42, que reconoce y condiciona la propiedad privada, entonces vemos que las disposiciones constitucionales empiezan a tener, o mejor dicho, a imponer, un poco de color : son menos abstractas, miran ya a determinar (aunque sea entre límites amplios) el sentido, el valor y el contenido de determinadas actitudes y posiciones. Esta impresión se acentúa notablemente cuando leemos otros artículos, por ejemplo el 13, que comienza declarando : « la libertad personal es inviolable », y antes de terminar establece que « será castigada toda violencia física o moral empleada sobre personas sometidas por cualquier motivo, a restricciones de libertad ». O los arts. 19 y 21 que respectivamente sancionan el derecho de profesar la propia fe religiosa y el derecho de manifestar libremente el propio pensamiento por todos los medios. Todavía más significativos pueden parecernos el art. 30, que define como derecho y deber de los genitores el mantener, instruir y educar a los hijos ; el 35, que dice : « La República tutela el trabajo en todas sus formas y aplicaciones » ; el 36 : « El trabajador tiene derecho a una retribución proporcional a la cantidad y a la calidad de su trabajo, suficiente en todo caso para asegurarle lo mismo que a su familia una existencia libre y digna. » Todos estos artículos, desde el 13 citado en primer lugar, van alejándose resuelta y considerablemente del *formalismo* abstracto que tenían los relativos a las diversas elecciones o a la formación procesal de las leyes. En estos otros, aunque algunos se formulen en términos todavía bastante genéricos, vemos que se entra ya en la substancia de las cosas y que ciertas indiferencias ideológicas o de contenido concreto se hacen imposibles. (La cosa apa-

recería todavía más clara si a los ejemplos aducidos añadiéramos tantos otros de muy parecido significado). En una República con preceptos constitucionales como los últimamente indicados, no es posible un Gobierno arbitrario y dictatorial ni unas masas demagógicas. Una ley que aboliese todo derecho de propiedad privada o que autorizase una remuneración al trabajador inferior a sus exigencias personales y familiares, carecería de validez, aunque hubiera sido formulada con las más exquisitas formalidades ; sería inconstitucional, y precisamente para asegurar la constitucionalidad de las leyes se establece en la carta fundamental italiana — como en las de otros países — un específico Tribunal de Garantías, el cual anula las leyes y preceptos contrarios a tales o cuales normas de la Constitución (por ej. : todas las que imponen un definido comportamiento histórico-social), y las anula aunque su tramitación formal haya sido impecable. Porque no todo es formalismo en una democracia liberal, ni muchísimo menos...

*

No todo es formalismo. Esto es lo que creen, o fingen creer, los totalitarios de las « democracias progresivas », reprochándose insidiosamente a los de las democracias liberales, siendo lo triste que la desidia y la inconsciencia de muchos demócratas sinceros, pero distraídos o egoístas, hagan el juego de los totalitarios al contentarse con que se salven formalmente las apariencias mientras toda la substancia humana, social, cultural, todo el contenido histórico y nada formalista que una verdadera democracia suscita o ampara, quedan relegados indisculpablemente. Si una democracia fuese meramente formal, merecería ser execrada. Si en una comunidad política hubiera elecciones libres y abundancia de periódicos sin censura, pero los mayores perfeccionamientos sanitarios, las más refinadas comodidades, los beneficios de la cultura estuviesen fácilmente al alcance exclusivo de los potentados, mientras capas inmensas de la población careciesen de medios para curarse, o para conseguir un alojamiento decoroso o dar a los hijos una instrucción proporcional a sus apti-

tudes, entonces aquello no sería una verdadera democracia. Porque, como ha ejemplificado la Constitución italiana y confirmaría el examen de otras experiencias y la meditación de ciertas consideraciones teórico-prácticas, en una verdadera República democrático-liberal existen, y su constitución expresa, dos series de realidades complementarias, imprescindibles, inseparables : la que hemos convenido en llamar formal y la que prefigura y en términos generales impone situaciones y comportamientos suficientemente definidos, de carácter profundamente humano, social, familiar, cultural... Y una democracia liberal no está completa si no contiene esas dos series de realidades. Si conservamos únicamente lo formal, somos unos farsantes, extraños a las exigencias del hombre ; si cuidamos únicamente los bienes y progresos de orden material e incluso de orden técnico, y hasta procuramos una mejor distribución de los unos y de los otros, pero prescindimos de los institutos formales de la democracia y anulamos su libre juego, entonces no habremos hecho una democracia progresiva, sino una especie zoológica, dócil, resignada y quizá hasta lastimosamente satisfecha con su envilecido bienestar, si el bienestar realmente existe. Pero un semejante régimen zoológico es indigno de la condición humana dotada de razón, de espíritu.

*

Esta doble realidad de la democracia liberal, juntamente con otros factores históricos, la está metiendo en el angosto y angustioso desfiladero donde se ve despiadadamente atacada por ambos flancos. En el fondo, los totalitarios de una y otra observancia, los « ultras », los integristas cerriles, los demagogos vesánicos, y una porción de imbéciles inclasificables, la odian por instinto ; pero alimentan e instrumentan su odio en ciertos temas polémicos. Los totalitarios de izquierda y derecha la reprochan su « formalismo » y todo lo que la impregna de humana libertad ; los ultraconservadores, sus proyectos,

por tímidos que sean, de reforma social ¡ y, sobre todo, de reforma agraria !) ; la demagogia blanca presume de ofrecer avances y munificencias sociales, proclamados con tanto más calor cuanto más lejos están de poder ni siquiera intentarlos ; las formas más deterioradas de una demagogia izquierdista y anárquica denigran y consideran insuficientes las mejoras que la democracia va obteniendo en la situación de las clases modestas, mientras los grandes capitalistas industriales, acérrimos defensores de la propiedad privada en un régimen de libertades sin freno, quieren transferir al terreno de lo económico-jurídico la neutralidad que el Estado mantiene solamente en ciertas esferas (sector formal de las instituciones), y descargan sus baterías contra el menor intento de intervencionismo o de dirigismo. Desde la ladera de enfrente el comunismo dispara sus desdenes contra una democracia que no se resuelve a imponer, con la dictadura política, el monopolio aplastante del capitalismo de Estado.

Para eso convendrá a la democracia tener presentes algunas cosas, entre ellas éstas : 1º, que se halla en un mortal desfiladero y no en vistoso desfile ; 2º, que en tal situación resulta una candidez suicida buscar refugio y refuerzo en uno de los lados para luchar contra el otro ; 3º, que someterse a la operación del « Caballo de Troya » dejando que, como amigos y auxiliares, se infiltren en las filas algunos de los que tiroteaban desde las dos laderas puede significar que, a la salida del desfiladero, del ejército de la democracia no queden más que los cadáveres... Y habría que preocuparse de evitar el monstruoso ilógismo (al que una falsa lógica se presta) de permitir que manejen tan sin más ni más todos los mecanismos de la libertad quienes lo hacen precisamente para destruirla. La democracia debiera convertir en el más caro de sus lemas estas nobles palabras de Valéry : « La hêtise n'est pas mon fort. »

JOSÉ Ma. DE SEMPRUN GURREA

Después de la Conferencia de Berlín

POR ADAM WANDRUSZKA

AL día siguiente de finalizar la Conferencia de Berlín, los periódicos del Partido Popular Austríaco, del Partido del Canciller Federal Raab y del Ministro de Negocios Extranjeros Figl aparecieron con una orla de luto. Como ya se había visto claro que la realización del Convenio con Austria fracasaría nuevamente — fracaso debido a la actitud soviética — el segundo partido gubernamental, el socialista, había convocado dos días antes, para celebrar una gran manifestación de protesta en la plaza del Ayuntamiento de Viena. En el mismo momento en que la delegación austríaca, compuesta del Ministro de Negocios Extranjeros Figl y de su Secretario de Estado, el socialista Kreisky, llegaba al aerodromo americano de Tulln, la manifestación organizada por los miembros del Partido Socialista y de los Sindicatos recorría las calles de Viena.

Un viento helado del nordeste, que uno de los oradores calificó acertadamente de « desagradable vientecillo de Molotov » llenó de lágrimas los ojos de los que participaban en el acto. Pero a pesar del viento y del frío verdaderamente siberiano, decenas de miles de personas respondieron al llamamiento, tanto por disciplina de partido y de sindicato, como llevados de sincera indignación por la nueva injusticia que acababa de cometerse contra Austria en Berlín.

El primer orador, el diputado Pittermann, supo interpretar el verdadero estado de

ánimo de la población en estos días, cuando declaró, al inaugurar el acto, que los socialistas habían estado dispuestos a celebrar la manifestación en unión de los demás partidos democráticos, pero que éstos no les habían hecho ninguna proposición, con lo cual aludía especialmente al Partido Popular. En realidad, la población austríaca, incluso los más fieles partidarios de los dos grupos de la coalición, estaba en estos días profundamente indignada por el hecho de que los dos grandes partidos, el de los « negros » y el de los « rojos », no hubieran llegado a ponerse de acuerdo, ni siquiera en estas circunstancias, para celebrar una manifestación común de masas. El debate sobre política exterior que, en la semana siguiente, tuvo lugar en el Parlamento, modificó algo esta impresión desagradable. Los dos partidos gubernamentales y la « Unión de los Independientes », que constituye la oposición, se pusieron de acuerdo para adoptar una resolución común de política exterior, y también para abandonar juntos la sesión en el momento de tomar la palabra el comunista Fischer. Esta actitud unánime de los parlamentarios obligó al dirigente comunista a hacer su declaración ante sus tres únicos correligionarios solamente y en un hemiciclo vacío.

El 95 por 100 de la población austríaca está de acuerdo para repudiar y despreciar a los comunistas, a quienes el alcalde socialista de Viena, Jonás, calificó acertada-

mente de « Legión extranjera soviética en Austria ». Y esta repudiación incondicional del comunismo, ante la constante presión soviética, que después de la Conferencia de Berlín se ha intensificado visiblemente, es el lazo político y espiritual más importante que une a la población de Austria.

Si la actitud de la población de Viena y de toda la República alpina y danubiana está justificada, como consecuencia de la seria y trágica situación en que Austria se encuentra, al ver desvanecerse las esperanzas que había puesto en la Conferencia de Berlín, desgraciadamente no puede decirse lo mismo por lo que se refiere a los partidos políticos, como lo demuestra la citada falta de unión para organizar una manifestación conjunta de protesta al terminarse la Conferencia. El resultado negativo para Austria de la Conferencia de Berlín no sólo no ha contribuido a unir más estrechamente, como era de esperar, a los partidos gubernamentales, para vencer juntos las dificultades que se avecinan, sino que se observa un recrudecimiento acentuado de la tensión y de los rozamientos entre los dos partidos de la coalición. Los socialistas, que pretenden hace años ser los monopolizadores de la actitud anti-comunista intransigente, y que reprochan al Canciller Federal Raab su « flirt con el oso », disimulan ahora difícilmente una cierta satisfacción. En octubre próximo, se celebrarán en Viena y en la Baja Austria elecciones locales, y como precisamente en Viena y en la Baja Austria, es decir en la zona soviética y en la parte de Viena rodeada por dicha zona, es donde son más fuertes los sentimientos anticomunistas de la población, los socialistas quieren hacer todo lo posible para presentar, ante los ojos de las masas, a sus adversarios burgueses como anticomunistas « no muy seguros » y como « neutralistas ». Se trata de una especie de revancha por el ardid electoral que el Partido Popular empleó con éxito en las elecciones del año 1949 : el llamado « ardid del gato rojo ». Para convencer a los electores de que los socialistas, en tanto que marxistas, prepararían el camino para la democracia popular, el Partido Popular, valiéndose de un gran cartel electoral movable, hacía salir de un saco que ostentaba las tres flechas, em-

blema del Partido Socialista, el gato rojo de la « Democracia popular ». No obstante, cuando en otoño de 1950, tomando como pretexto las dificultades económicas y la elevación de los precios, los comunistas organizaron huelgas y desórdenes, la gran masa de los obreros socialistas dió pruebas de ser la fuerza más importante de la resistencia contra los planes comunistas. En Austria nadie reprocha hoy a los socialistas complacencias para con los comunistas, ni siquiera la menor simpatía. Pero los funcionarios y propagandistas socialistas no han olvidado la injusta sospecha de que fueron objeto, y arden en deseos de tomar la revancha. En la primavera del pasado año, en la era de la « nueva tendencia del Kremlin », después de la muerte de Stalin, cuando el Canciller Federal Raab contestó con una cortés nota de agradecimiento a los Soviets por la atenuación súbita de diferentes medidas rigurosas (la supresión de ciertas formalidades en la zona fronteriza, de la censura, la devolución de algunos edificios), en determinados medios socialistas se creyó llegado el momento para vengarse del « gato rojo ». Así es como nació la leyenda del « neutralismo » del Gobierno austríaco, leyenda de que se apoderaron ansiosamente diversos sectores y por razones distintas, y que durante algún tiempo estuvo a punto de enturbiar las relaciones entre Austria y el Occidente.

Para juzgar debidamente estos hechos, no debe perderse de vista que la coalición de los socialistas y del Partido Popular, que desde hace nueve años gobierna en Austria, representa en todo caso una anomalía necesaria, por no decir inevitable. A esta anomalía institucional de un país que fué liberado hace nueve años, pero que sigue ocupado, y de un Gobierno que sólo es relativamente libre — porque cuatro antiguos aliados reunidos en un « Consejo » son incapaces de ponerse de acuerdo sobre ninguna cuestión importante —, a esta anomalía institucional y de política exterior corresponde forzosamente también una anomalía de política interior. Pues no debe estimarse en absoluto como normal y saludable que dos partidos casi igualmente fuertes, que disponen juntos de casi el 85 por ciento de los votos, ejerzan conjun-

tamente el Gobierno durante años, en vez de repartirse sus papeles entre Gobierno y oposición, como es corriente en los países donde predomina el sistema de dos partidos.

En realidad, apenas existe una cuestión de carácter ideológico, político y económico, en la que los dos partidos no opinen de modo distinto, salvo en el reconocimiento de la democracia, de la libertad de expresión, en la repudiación de los extremismos totalitarios de derecha o de izquierda y en la voluntad de obtener la independencia de Austria. En la situación extraordinaria en que se encuentra el país, por hallarse ocupado y amenazado, este reconocimiento y esta voluntad común son lo bastante fuertes para garantizar la coalición de la unidad nacional de los dos partidos de masas, el de los campesinos e industriales independientes, por una parte, y el de los obreros, por otra. La política de partido está constituida por luchas y rivalidades; y cada uno de los dos grandes partidos representa para el otro, con el que comparte las responsabilidades del Gobierno, el adversario más importante, por no decir el único. Las alianzas políticas entre los distintos partidos sólo se forman contra un tercero, y aquí en Austria, este tercero que mantiene en pie e impone la alianza de los dos partidos gubernamentales es la presión exterior y la ocupación. En la política interior, estos partidos no tienen ningún adversario digno de consideración. Desde el punto de vista político, los comunistas carecen totalmente de importancia; y la Unión de los Independientes, amalgama de elementos nacionalistas liberales, de burgueses radicales, de partidarios de la Gran Alemania y de antiguos nacional-socialistas, se halla en un proceso de disolución y descomposición incoercible. Así pues, a los dos partidos, el socialista y el popular, de acuerdo con las leyes internas de la política de partido, no les queda otra solución que seguir con sus rozamientos y polémicas; con lo cual, y precisamente por saberse en ambas partes que unos dependen de otros y que deben permanecer unidos, esta polémica adquiere el carácter de odiosidad mezquina y de falta de sinceridad, propio de las disputas diarias de los matrimonios no muy jóvenes, que ya no pueden soportarse,

pero que saben que no pueden separarse y que, en el fondo, tampoco lo quieren.

Es evidente que las discusiones entre los grupos tradicionales más importantes de la política interna de Austria ya no tienen el carácter ideológico apasionado que tuvieron entre las dos guerras mundiales, y que, en el curso de la primera República austriaca, después de largos años de lucha latente, se transformaron en 1934 en una sangrienta guerra civil. Las penalidades sufridas conjuntamente en los campos de concentración, en tiempos de la dominación hitleriana, y más tarde, los años de miseria y privaciones soportadas en común, desde 1945 hasta 1948, han aproximado a los dirigentes de los dos grupos. Además, para la convivencia y la colaboración es una ventaja que los dirigentes actuales de los partidos no sean ya destacados teóricos apasionados, como lo fueron en otro tiempo Monseñor Seipel y Otto Bauer, sino hombres políticos prácticos, como Raab y Figl, en el Partido Popular, y Helmer y Schaerf, en el Socialista. Después de las experiencias de 1933 a 1945, las ideologías y las teorías salvadoras han perdido toda su fuerza. Una manifestación exterior de este cambio es el hecho de que haya caído completamente en desuso la costumbre de llevar distintivos, y que las tentativas para volver a imponerla, que iniciaron diversos funcionarios socialistas al regresar de la emigración, hayan fracasado lastimosamente. Entre la nueva generación, especialmente, se observa una profunda aversión contra toda clase de banderas, distintivos, desfiles, y asambleas, como reacción contra el colectivismo de las juventudes hitlerianas y de la Wehrmacht; en una palabra, contra todo género de uniformización y de colectivización. En las manifestaciones políticas que anteriormente se mencionan, así como en todas las demás que han tenido lugar en los últimos años, se advierte la ausencia total de la nueva generación. Hoy en día, las juventudes católicas son las únicas que disponen de una organización de cierta importancia.

Contribuye también a disminuir el interés de la mayor parte de la población por las rivalidades existentes entre los dos grandes partidos, el hecho de que las diferencias que los separan en el terreno eco-

nómico y financiero se han aplacado mucho. Después que, en octubre de 1952, un serio conflicto sobre el presupuesto obligó a decretar prematuramente la celebración de nuevas elecciones, la campaña electoral, para las de 1953, giró casi exclusivamente alrededor de los argumentos de política económica. La amplitud de las inversiones del Estado para reducir el paro, la política de créditos, la defensa de la moneda son cuestiones que hacen difícil que la gran masa de los electores se apasione por uno u otro partido, sobre todo cuando se observa que las resoluciones definitivas son generalmente la consecuencia de una transacción entre los partidos. Por otra parte, muchas personas carecen de los conocimientos de economía nacional que pudieran permitirles formarse un criterio sobre estas cuestiones tan intrincadas. El hecho de que el Ministro de Finanzas, Dr. Kamitz, profesor de economía nacional, sea miembro del Partido Popular — aun cuando en el fondo no es sino un técnico ajeno a toda política — y que haya logrado la prometida baja de los impuestos, es exhibido y proclamado por el Partido Popular como un mérito propio. En cambio, los socialistas se refieren al número relativamente elevado de parados (más de 300.000) para criticar, en este invierno particularmente duro, la política financiera del Gobierno, del que también ellos forman parte. Y precisamente en el hecho de figurar ambos partidos en el Gobierno, cuyas responsabilidades comparten, se halla probablemente la razón principal de que la población no tome demasiado en serio la polémica entablada entre ellos. Cuando se celebran elecciones, se va a las urnas porque la abstención sólo favorecería a los enemigos de la democracia de extrema izquierda; y se vota por uno u otro de los dos partidos gubernamentales por tradición familiar, por costumbre o por considerar que un determinado partido puede defender mejor los propios intereses económicos. Los campesinos y los industriales independientes votan por el Partido Popular; y los obreros y una parte de los empleados lo hacen por el Socialista. Pero la verdadera pasión política apenas se encuentra fuera de los

círculos muy limitados de los dirigentes y de los funcionarios de partido. También aquí se advierte una cierta « americanización » de la vida política, en el sentido de ir substituyendo el « Partido filosófico » y la « comunidad en la lucha », por un « Partido de intereses » y una « comunidad también de intereses ».

Pero lo que se ha perdido en pasión política y en lealtad a los partidos parece haberse ganado automáticamente en patriotismo y en sentimiento por la plena soberanía del Estado. La República de 1918, o sea el Estado creado en Saint-Germain, después de la disolución de la monarquía danubiana, adolecía hasta su caída, en 1938, del inconveniente de que grandes grupos de ciudadanos sentían repugnancia por el Estado existente, y aspiraban, sea a una restauración de dicha monarquía, o a una federación danubiana, o a una anexión a Alemania; de modo que, no sin razón, se pudo llamar a Austria « un Estado a pesar suyo ». En este aspecto se ha operado un profundo cambio. Las experiencias sufridas bajo el régimen de Hitler, y posteriormente, todas las amenazas del Este, así como la ocupación permanente, han hecho desarrollarse un patriotismo natural y nada patético, que no se opone en absoluto a la esperanza apasionada de una unificación de Europa.

Porque hoy en día, el 95 por 100 de los austríacos cree que una Europa unificada sería la solución, en la que pudieran conciliarse armoniosamente la antigua tradición austríaca de grandeza y de extensión territorial, con el amor hacia el pequeño país, a que ha quedado reducida Austria, entre las montañas y el río; así como la herencia de una cultura cristiana y humanista, con las necesidades económicas de nuestro siglo. Con los ojos puestos en esta visión del porvenir, los austríacos soportan, con cierta calma e indiferencia, las dificultades y miserias de la actualidad, e incluso el resultado negativo de la Conferencia de Berlín, de la que, como escépticos por naturaleza, y desengañados por las experiencias de los últimos decenios, nunca habían esperado gran cosa.

ADAM WANDRUSZKA

FORMACION DEL HOMBRE BOLIVIANO

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

LA educación no es un hecho aislado : está condicionado en lo histórico y en lo nacional ; responde a una interpretación del mundo y de la vida, es decir a una filosofía. Y éste es el punto de partida para la formación del hombre boliviano.

¿Cuál será la posición filosófica del educador, en este país joven, que recién va despertando a una estructura nacional ?

Ni los Estados Unidos ni las Rusias nos darán la solución. Menos la Europa, maestra de saber, donde mudan las fronteras con la misma rapidez que los sistemas político-sociales. Problema y solución pertenecen a un orden propio, de características específicamente bolivianas. El planteamiento racional debe ser, pues, interior : qué somos, hacia dónde vamos. Lo boliviano será el mejor guía del boliviano. Y si anhelamos avanzar a un mundo mejor, comencemos por el conocimiento y el dominio de la propia realidad.

En nuestro medio nacional, todavía en formación, tenemos que optar por una filosofía compuesta : de filiación cristiana, de forma democrática, de contenido nacionalista y revolucionario.

Porque de tres supuestos parte el hombre para afirmar un sistema racional : a) la posición ante el espíritu ; b) la posición

ante el mundo ; c) la posición ante el propio medio.

La primera se funda en la tradición histórica y cultural de nuestro pueblo. Nos movemos dentro de la órbita del humanismo cristiano, porque lengua y religión ponen la verdad del Cristo por encima de nuestra diferencias étnicas y psíquicas.

La piedad cristiana, que hace al pueblo boliviano valiente en la adversidad y magnánimo en la victoria ; el respeto a la dignidad del ser humano ; el amor al débil y al caído ; el idealismo romántico y batallador, que subordina las conquistas materiales a los valores del espíritu, son los más nobles atributos del alma nacional. Somos comunidad cristiana de herencia y de conducta. Y este es el primer rasgo del carácter boliviano.

La segunda proviene de la particular situación que ocupamos dentro del concierto de naciones libres del Continente.

En lo internacional, Bolivia forma parte de la gran comunidad de Naciones Democráticas de América. Aquí lo étnico, lo geográfico, y la necesaria interdependencia económica, configuran un sistema continental al que no podemos sustraernos. Decimos, pues, que somos pueblo democrático, porque este es el sistema general de vida política adoptado por las veintidós

naciones americanas. Con todos sus defectos, y aunque muchas veces la realidad no coincida con la teoría, la democracia sigue siendo el menos imperfecto de los sistemas políticos ensayados en la historia de la humanidad. A ella vuelven nuestras muchedumbres después de la borrasca civil y de las dictaduras. El ideal democrático — ya que la norma democrática integral parece imposible — será pues el segundo rasgo del carácter boliviano.

La tercera resulta de la circunstancia política y social que vive el país.

La Revolución nacional de 1952, que viene operando profundas transformaciones políticas, sociales y económicas en el país, estima que la educación debe ser dinámica y estar al servicio de las grandes mayorías. No será ya el monopolio de una minoría, sino un derecho de todos los bolivianos. De tipo predominantemente técnico, debe responder a las necesidades de la civilización moderna. Tenderá a formar al futuro ciudadano en función productiva, convirtiéndolo en elemento activo y eficiente del proceso de liberación nacional. Para mejorar al hombre — ha dicho el Presidente Paz Estenssoro — hay que mejorar al pueblo. Y este impulso nacionalista y revolucionario, de hondo contenido humano, es el tercer rasgo del carácter nacional.

Definida la posición ante el espíritu, ante el mundo y ante el propio medio, cabe insistir en la síntesis final. El hombre boliviano debe formarse : a) en la conducta cristiana ; b) en la escuela democrática ; c) en la dinámica nacionalista.

O, en otras palabras : una conjunción armónica de Moral, Libertad y Progreso, para formar ciudadanos rectos, responsables y renovadores.

Lo anterior en cuanto a lo normativo. Pero si se trata de analizar el cuadro de realizaciones prácticas de la pedagogía nacional, el campo ofrece mayor amplitud.

Formar integralmente al hombre boliviano, consiste en buscar el desarrollo armonioso de todas sus potencialidades físicas y anímicas. Para formar personalidades, seres conscientes y responsables, objetivo supremo de toda educación, hay

que comenzar por conceder importancia al estudio y perfeccionamiento de lo somático. Hay que partir del hombre elemental, para elevarse al hombre espiritual. El complejo binario cuerpo-alma exige hoy por lo menos, la aceptación de seis planos educativos igualmente importantes, en cierto modo inseparables unos de otros :

- 1º Educación física : nutrición, salud ;
- 2º Educación moral y religiosa ;
- 3º Educación útil y de trabajo ;
- 4º Educación intelectual ;
- 5º Educación política y ciudadana ;
- 6º Educación estética.

Ahora bien : ¿ Cómo se ha de obtener esa educación integral del boliviano ?

Manteniendo estrecha unidad de acción entre la Familia, la Escuela y el Estado, puesto que estos son los tres ejecutores activos del proceso educacional. Si desde un ángulo de enfoque pedagógico no podemos olvidar la necesaria conexión entre las cuatro áreas fundamentales de una educación armoniosa : la biológica, la ética, la intelectual y sensible, y la social ; desde el plano sociológico tampoco es lícito prescindir de la obligada coordinación entre la enseñanza que se imparte en el hogar, la de tipo escolar, y la influencia del Estado en la formación de buenos ciudadanos. Todos tres — Familia, Escuela, Estado — deben mirar a una sola finalidad : formar al buen boliviano, que a su vez dará lugar a la creación de un tipo nacional homogéneo, bien constituido.

Ni el Estado se subordina al individuo, como quería la escuela liberal, ni el individuo es sólo célula del Estado, como piden los socialistas. Debe existir un equilibrio adecuado entre Estado y ciudadano, con deberes y derechos recíprocos. Esa filosofía de libertad y responsabilidad, que concilia la dignidad del ser humano con la moral social, es la que Bolivia necesita para afrontar el duro presente y avanzar a un porvenir mejor. Se trata de formar hombres, en toda la extensión del vocablo ; no autómatas. Por eso decimos que un nacionalismo consciente y operante, de tipo sudamericano, es decir partiendo de la norma cristiana y de la con-

ducta democrática, es el mejor camino para educar a nuestras muchedumbres.

Si en lo filosófico y moral la escuela boliviana debe ser una de libertad y responsabilidad, en lo político y social debe ser constructiva y reparadora. Por eso se ha dicho que dado el estado de atraso y de ignorancia de nuestras grandes mayorías, el deber primario de las actuales generaciones consiste en el lema : en vez de educación de casta, educación de masas. O sea, enseñar al boliviano a ser solidario con los bolivianos. De modo que el desarrollo armónico de nuestra gente no termine en el proceso de perfeccionamiento individual, sino que se prolongue hacia una finalidad idealista y útil de superación colectiva. Así el boliviano será hombre de su tiempo.

Del tiempo clásico a nuestra época, la educación no ha cambiado su carácter ético-práctico. El ideal socrático sigue en pie : se trata del hombre y de su perfeccionamiento como punto de partida ; de formar ciudadanos varoniles y justos como meta. Hoy, como ayer, educar es despertar el alma a la virtud ; formar la voluntad ; desarrollar la inteligencia ; crear una conciencia ciudadana. Platón quiere hombres completos de cuerpo y de alma : moral y razón, intuición y conocimiento son los instrumentos para ese aprendizaje. De la armonía entre espíritu y carácter surge el hombre verdadero. La virtud es el centro primario de todos los valores, y el ideal cimero de la cultura helénica es el dominio de sí mismo.

Para Bolivia pedimos una cultura juvenil como la griega. Que resalten en el hombre boliviano los valores varoniles de fuerza, valentía, gracia, belleza, rectitud. Que la verdad y la bondad vayan del brazo con la osadía y la constancia. ¿ No dijo Aristóteles que la filosofía comienza por el asombro ? Pues enseñad al boliviano la curiosidad, el atrevimiento, el afán de conocerlo todo. El amor a la ciencia creará la voluntad de superarse. Esto es lo que pide el mundo técnico y dinámico de hoy. A la « Kalokagathia » del heleno, el ideal de bondad y belleza, opongamos la norma del tiempo nuevo que concilia el legado cristiano con el humanismo social : virtud y

carácter. O sea : libertad responsable para el individuo, solidaridad activa con la tarea común. Sin olvidar que primero es la formación del hombre interior ; después estructurar al ser social. Porque el carácter moral de un hombre — como enseña el filósofo — vale más que su doctrina o su autoridad política.

En dos sentidos deben formarse nuestras gentes. Uno interior, de desarrollo de una conciencia moral, que mira a lo eterno en el individuo ; otro exterior, que atiende a la temporalidad del ser, que educa el carácter para el trabajo útil, preparando al ciudadano para la sociedad dinámica en que vive.

La moral de la conducta, la depuración de nuestras costumbres, será la piedra fundamental para una edificación nacional. Hay que enseñar al boliviano ciertas nociones primarias : de limpieza, de orden, de puntualidad ; de respeto a la palabra empeñada, de veracidad, de perseverancia ; de lealtad, de osadía inteligente, de responsabilidad en lo individual y en lo social.

A este hombre moral lo llevaremos al campo biológico, velando por su nutrición, su salud, su buen desarrollo físico. Desarrollaremos luego sus aptitudes intelectuales y sensibles. Formaremos su voluntad en la disciplina de trabajos útiles y en la aplicación de conocimientos técnicos. Y así, combinando la educación con la instrucción, la somático con lo espiritual, llegaremos al concepto integrador objeto de este estudio : hacer del boliviano un hombre virtuoso, sano, inteligente, enérgico, culto y práctico, capaz de afrontar victoriosamente las múltiples incitaciones de una sociedad cada vez más exigente y complicada.

Como este planteamiento podría ser tachado de excesivamente idealista y teórico, frente a nuestra realidad mayoritaria de pobreza, de retraso y de ignorancia, señalemos dos finalidades distintas a la sana formación del hombre boliviano :

1º Una a corto plazo, de inmediata aplicación, que comprende : a) alfabetización de niños y adultos en sentido masivo ; b) nociones éticas, preparación física, educación elemental y útil.

2º Otra a largo plazo, planeada de acuerdo al futuro desarrollo del país, para que todos los bolivianos puedan tener oportunidad de educarse conforme al planteamiento humanista y científico anteriormente esbozado.

La educación — como expresa Jaeger — participa en la vida y en el crecimiento de la sociedad, así en su destino exterior como en su estructuración interna y en su desarrollo espiritual. La íntima libertad en que trabaja el individuo, está, sin embargo, al servicio de la totalidad.

El único elemento permanente de la historia es el espíritu. Por eso se ha dicho que la educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. Pero aunque este sea el enunciado metafísico del problema, en un orden práctico, acorde con la realidad actual de nuestro medio social, debemos reconocer que la formación del carácter es el

primer imperativo del pueblo boliviano:

Necesitamos una educación de tipo horizontal, masivo, que lleve a todos los bolivianos los beneficios de la buena conducta y del saber. Una educación eminentemente nacional, de forma y contenido, capaz de vertebrar los núcleos sociales hoy dispersos, en torno a un solo ideal de aproximación y resurgimiento. Formar hombres nuevos para la nueva sociedad técnica y dinámica del siglo XX. Y en lo nuestro, en lo íntimamente fidedigno, almas fuertes y orgullosas de haber nacido en este suelo acosado por la geografía y por la historia, donde se hace varonilmente difícil el aprendizaje de la hombría.

La formación integral del hombre boliviano puede cifrarse en dos palabras; palabras clave que lo dicen y lo abarcan todo: *verdad y voluntad*.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

« En nuestras tres cadenas de montañas andinas vive un pueblo al que le han podido quitar todo, menos la voluntad de permanecer, que es la primera y más honda forma de la esperanza. Alienta esa voluntad esperanzada una impetérrima voluntad vital; paciencia frente a la adversidad; orgullo abroquelado de silencio que se rinde sólo ante la voz de la hermandad; fuerza de la sangre que convierte en un don el simple hecho de existir; irrenunciable apego a la tierra madre; ninguna vanidad frente al éxito y ningún desaliento frente al fracaso; afición acendrada por la música, el color, la forma y la leyenda; trabajo en equipo y ayuda mutua dentro del trabajo; respeto por el mejor, que no excluye el espíritu democrático. Existe allí toda una filosofía, por mucho que el indio no la haya organizado bajo ningún nombre, y una clara ley vital que lo protege, por mucho que entre las escritas no lo proteja bien ninguna... Frente al ciego desdén y la implacable violencia del señor feudal, el indio mantiene su personalidad y espera sin renunciar. »

CIRO ALEGRIA: El Mundo es Ancho y Ajeno.

Hacia un nuevo humanismo | en el Uruguay

POR EUGEN RELGIS

SE escribe y se discute mucho en el Uruguay sobre el humanismo. Es un agradable descubrimiento para el europeo que busca algo más que ocasiones para «hacer la América». Es, por lo menos, una prueba de mejores posibilidades, a pesar de las trabas de orden económico y político. El hecho de que en este joven país se haya llegado bastante rápidamente a la separación de dos poderes *temporarios*, el Estado y la Iglesia, ha favorecido al laicismo, que es de una importancia fundamental para una sociedad en formación y para el impulso de su cultura.

No vamos a exponer aquí esta cuestión, que no está todavía definitivamente resuelta ni en un país tan adelantado como Francia. Solamente precisamos que la primera condición de la libertad de conciencia y de todas las libertades prácticas que de ella dimanar, es evitar los errores del oscurantismo, las opresiones de cualquier dogmatismo. El humanismo es la expresión evidente de la libertad de conciencia. El individuo que siente oprimido su espíritu o su conducta social, no puede elevarse hacia las regiones luminosas de la cultura universalista. Si el laicismo libera al individuo de sus trabas, de sus malas herencias biológicas, psíquicas e intelectuales, de todas esas herencias parasitarias, es decir de tradiciones inútiles ya, y de las opresiones que derivan de un sistema de gobierno basado en la intolerancia y la

violencia, ese laicismo es entonces también humanista. No ha llegado todavía — como el humanismo de Rodó — a una serena concepción ética y estética. Es un humanismo más bien práctico, combatiente en los dominios político y religioso. Cumple la meritoria tarea de retirar los escombros, preparando el terreno para las nuevas construcciones. Como ha hecho él Dr. Pedro Díaz en su último libro sobre él *Humanismo y el Cristianismo*, ese laicismo humanista denuncia los errores y las astucias, se lanza tras los peligros infiltrados en las grandes nociones — o las grandes palabras — de las que se usa y abusa en la vida cotidiana: democracia, liberalismo, socialismo, ayuda mutua, cooperación, caridad, filantropía, etc.

El humanismo laico — y esto no excluye, de ninguna manera, la acción de la fe sincera, que reside en la realidad del espíritu y no en las apariencias rígidas de un dogma utilitario — puede ser un medio eficaz de liberación intelectual y moral, y, en consecuencia, de fecunda difusión de la cultura. «Una de las superiores características del hombre *culto* es el vencimiento del terror supersticioso», dice el Dr. Francisco Arauco al comienzo de su ensayo sobre la moral humanista. No está solo para combatir en su país las supersticiones que pululan en todas partes, y no únicamente en el bajo pueblo. Las supersticiones y los fetichismos de arriba son más tenaces y

dañinos. El « laicismo » (el humanismo laico) tiene su método y su campo de acción. Otros humanistas tienen bastante que hacer en otros dominios. Y todos, coordinando sus esfuerzos, contribuirán al advenimiento de lo que constituye la grande, si no la única revolución renovadora y constructiva : la Revolución en los Espíritus.

Si de las iniciativas de ciertos intelectuales y de la acción de diversos centros de difusión cultural, pasamos a las aulas solemnes de la Universidad de Montevideo, a sus clases llenas de una juventud despierta, a sus seminarios y sus laboratorios donde equipos de investigadores aportan su contribución a las « ciencias de la naturaleza » y a las « ciencias de la cultura », experimentamos la misma impresión : es en un ambiente humanista donde se desenvuelve una actividad que sabe superar las dificultades del comienzo, y que defiende, a veces con encarnizada energía, la autonomía de la Universidad. Desde este punto de vista, la evolución de la Universidad de Montevideo es muy interesante. La encontramos expuesta en el libro bien documentado de Arturo Ardao, aparecido en ocasión del Centenario de su fundación (18 de julio 1849-1949), y no podemos menos que enviar a sus fuentes a aquellos que quisieran saber cómo, desde algunas cátedras de preparación profesional en la primera « Casa de Estudios Superiores », se ha llegado a « la flamante Facultad de Humanidades y Ciencias, orientada a la investigación libre y a la creación original ». Esta Facultad « ha venido a coronar (en 1946) el edificio, prometiendo radicar en los planos superiores de la filosofía y la ciencia la unidad profunda del espíritu universitario ».

En la ceremonia del Centenario, el Rector de la Universidad, el arquitecto Leopoldo C. Agorio mostró que pocos hechos de la historia del país habían de tener tan vastas proyecciones en su desarrollo, y agregó que : « la característica de la vida universitaria ha sido y es la honda fibra democrática de sus profesores y alumnos. Ajena a las luchas políticas que dividen la opinión nacional, aunque participen en ella sus integrantes en defensa de sus convicciones ciudadanas, la Universidad como cuerpo ha sabido mantener su

actitud de abstención, si bien la lucha de partidos puede afectarla de manera directa ».

Esta defensa de la autonomía cultural está perfectamente justificada para toda Universidad que deba cumplir su tarea primordial, que es la de « dar a la vida el tono de la ciencia y también poner la ciencia al servicio de la vida ». En el mismo sentido se han expresado los otros miembros de la Comisión del Centenario. Se ha insistido en el hecho de que esta Universidad, instalada en días azarosos, en medio del estrépito de las armas y las polémicas de la Guerra Grande, no fué instrumento de la falsedad ni del error. Citamos algunas líneas, que no son de un filósofo, sino de un técnico que se expresa en el tono de un verdadero defensor de la cultura : — « Considero indigna y traidora a toda Universidad que se convierte en instrumento de una política o en agencia de un gobierno ; o se degrada sometiéndose al despotismo, o impone vilmente, como en los regímenes totalitarios, limitaciones al derecho de crítica, o censuras a la facultad de pensar... De Universidades como las totalitarias, o las fiscalizadas por las dictaduras, sólo puede surgir una falsa y falsaria ciencia que predica como verdades los mitos que convienen a los fines del Estado despótico ; una juventud con la conciencia mancillada por la adulación y la mentira ; y un repertorio de abyecciones políticas y morales destinadas a debilitar y corromper la resistencia de la sociedad. ¡ Universidades sin espíritu universitario, diríanse, más bien, campos de concentración ! »

Para un intelectual escapado de un país totalitario o de uno de esos horribles campos de concentración de Europa, es emocionante leer, en el rincón hospitalario de su refugio sudamericano, que una Universidad sin espíritu universitario es más bien un campo de concentración. ¿ En qué Universidad de un país sojuzgado por un « partido único », militarizado, y por su « ideología » oscurantista, se podían escuchar declaraciones tan noblemente inspiradas como las que han resonado en ocasión del centenario de la Universidad de Montevideo ? Es la grave advertencia por parte de los pequeños países, que sólo pueden salvaguardar su independencia por

la libertad de conciencia y la libertad social y política de sus ciudadanos.

Por otra parte, el espíritu universitario « no debe detenerse en el límite de la última conquista alcanzada, sino avanzar hacia las nuevas realidades y los nuevos problemas, en este dramático alborar; por el contrario, debe asistir con decidida acción a la presente época conturbada por convulsiones económicas, políticas y sociales, en la que se libra una suprema batalla por el mantenimiento y la vigencia de los bienes de la civilización ». Se debe oponer un sano y reflexivo optimismo a la desesperanza; a la falta de fe, oponer la confianza en el hombre y en sus virtudes: — « Hay que exaltar de nuevo — decía entonces un profesor — todos los ideales y valores morales que ennoblecen a la especie humana, combatiendo sin descanso el materialismo egoísta que limita la existencia al presente ».

Sí, el verdadero servidor de la cultura ve más allá de las apariencias inmediatas, en las vastas perspectivas de la comunidad humana. Debe hasta preferir la lucha a la seguridad y tranquilidad de la vida; el cumplimiento del deber al placer, sin que ello implique desdeñar el bienestar, sin alarde, sin vanagloria, sino como una inclinación de fineza espiritual ». Y, en lo que concierne a la misión de la Universidad, se la concibe como la de un organismo vivo, como la expresión de los intereses generales y de los ideales permanentes de todos los pueblos. Subrayamos esta declaración de otro profesor: — « Universidad al margen de su tiempo, anacrónica o indiferente, es en realidad una Universidad muerta ». Sin la « inquietud universal de la cultura », la Universidad no sería más que « una fábrica de profesionales ». La cultura no significa solamente acumulación de ciertos conocimientos con tendencia a una estrecha especialización. La ciencia desinteresada merece todo el respeto por parte de los hombres de acción. Un verdadero científico sabe que la ciencia no puede ser absolutista, sino relativista en sus concepciones de progreso.

Por otra parte, nosotros sabemos que los hombres de acción que son los gobernantes, los privilegiados, los amos de la hora, utilizan los descubrimientos de la ciencia para

finés contrarios a los intereses de la cultura y de la humanidad. Numerosos « sabios » sin conciencia moral, traicionando la solidaridad viva del género humano, han pasado — para no dar sino un ejemplo — del conocimiento de los « secretos » de la energía del átomo, a dirigir la fabricación de la bomba atómica, que entraña para el mundo entero peligros que no son un « secreto » para nadie. El conocimiento — y hay que insistir sobre esta verdad moral que es también una verdad de la vida — debe servir solamente para la conservación « de los valores más conspicuos del pensamiento a través de las centurias... Esos valores son los que vivifican a la civilización que aspiramos a mantener sobre las bases del respeto a la persona humana, a los derechos individuales y a la libertad crítica del espíritu del hombre ».

Si en la Universidad de un pequeño país sudamericano sus representantes han podido expresar conceptos tan profundamente penetrados de los pensamientos y sentimientos que caracterizan al humanismo universalista, ello nos permite concebir las mejores esperanzas en la evolución social y cultural de *nuestro* mundo. Quisiéramos hacer oír esos conceptos vivificantes en nuestra Europa, que no se ha incorporado aún de entre sus ruinas, ni se ha redimido de su sojuzgamiento a lo que hemos llamado, en otro lugar, « la barbarie totalitaria ».

Por el neo-humanismo que creemos haber descubierto en algunos centros culturales de América, y sobre todo en nuestro refugio, que es el Uruguay, es posible devolver a Europa por lo menos una parte de sus propios valores antiguos, falsificados o destruidos por sus guerras nacionales, civiles e imperialistas, por todos sus regímenes autoritarios, absolutistas, anti-culturales y antihumanos.

Y no somos los únicos en anunciar que ha llegado el momento de pagar esa deuda de gratitud hacia nuestra vieja Europa, hacia los verdaderos « Grandes Europeos », de manifestar la solidaridad espiritual que no conoce las fronteras de las « soberanías nacionales », el desdén o la indiferencia inmensas como el océano que separa ambos continentes. En la solemnidad del Centenario de la Universidad de Montevideo

se ha expresado esa fraternal preocupación, esa inquietud de intelectuales que han comprendido y sentido la tragedia « que ha destruído vidas humanas y bienes, agotando económicamente a Europa ». Pagándole nuestra deuda, servimos, a través de Europa, a la Humanidad entera.

Es en ese sentido de solidaridad activa, de comunión en las mismas aspiraciones superiores, como se puede comprender y cumplir la tarea social, cultural y humanista del Uruguay. Si éste está en deuda con Europa, lo está más aún con América, de la cual no es sino un territorio que se ha individualizado, por decirlo así, después de siglos de espera, de tanteos, de esfuerzos de crecimiento y, en fin, por la acción decisiva de su independencia nacional. Esa independencia es un punto de partida hacia realizaciones cada vez más logradas, por todos los medios de cooperación, de libres competencias entre las energías productivas de la sociedad, en el conjunto de los otros países que deben constituir la unión continental. Así es como interpretamos las palabras que Emilio Frugoni (ese poeta de la « sensibilidad americana », que es también un combatiente social; compenetrado con los auténticos valores culturales de Europa) nos dijo en el curso de una discusión : « *El Uruguay es la llave de Sudamérica* ». Sin duda, no podía dictarle esas palabras sorprendentes ningún orgullo nacionalista, y menos aún regionalista. Palabras sorprendentes, pero justas, si se tiene en cuenta la situación geográfica del país, las condiciones históricas, político-económicas y técnicas de su desenvolvimiento en este continente.

Si el sentimiento de la libertad es más manifiesto en el Uruguay que en otros países americanos y europeos ; si las instituciones sociales del Uruguay indican un grado más alto en las aspiraciones hacia la equidad, hacia esa justa repartición de los servicios públicos, que debe asegurar a cada individuo su « mínimo de existencia » ; si la civilización técnica en el Uruguay,

país también turístico, no es un barniz que cubre la indigencia de las masas trabajadoras y la pobreza mental y la disolución moral de los privilegiados y los aprovechados ; si la paz interna y la cooperación internacional son para el Uruguay, país a la vez de inmigración y de importación, los verdaderos medios de fomentar el progreso en todos los dominios de la actividad productora ; si la cultura ha encontrado ya, por la literatura, las artes y las ciencias de este país, por sus instituciones de educación y de enseñanza, por su Universidad sobre todo, los centros de fijación para su desarrollo intelectual y espiritual ; si, en fin, su humanismo puede dar floraciones, nutridas igualmente por las savias del terruño y por los efluvios de calor y de luz que le llegan de todos los puntos del horizonte, por la tierra, sobre las aguas y por el aire, es entonces cuando se puede decir que « el Uruguay es la llave de Sudamérica ».

Esta « llave » no puede ser concebida sino bajo la forma más humilde y a la vez más digna de la fraternidad activa : ¡ servir ! Sirviendo al prójimo, al semejante, nos servimos mejor a nosotros mismos. Esta es la sabiduría práctica e idealista de los individuos como de los pueblos. Y el Uruguay, sirviendo libremente, noblemente a Sudamérica, con el ejemplo de su voluntad de realizarse a sí mismo y de afanarse por designios superiores comunes a todos los otros pueblos, sirve a la América entera y devuelve a Europa lo que le debe. Así se pueden combatir más eficazmente los males del presente y contribuir de manera decisiva al advenimiento de la verdadera cultura humanista, de la que serán desterradas por fin la guerra y la barbarie maquinista, y en la cual las ideas de los hombres sensatos y los ideales de los espíritus libres se convertirán en realidades, vividas por el mayor número de individuos esclarecidos y animados por una mutua buena voluntad.

EUGEN RELGIS

DIÁLOGO

SOBRE CUESTIONES INDIGENISTAS

POR MANUEL GAMIO

El indianófono .

El desarrollo integral del Continente Americano es obstaculizado de continuo por los grupos racialmente inferiores que habitan desde Alaska hasta Patagonia. Aborígenes de mentalidad negativa, no quieren y aunque quisieran no podrían incorporarse a la civilización moderna, pues se lo veda la personalidad primitiva que los caracteriza y siempre los ha mantenido en los más bajos niveles de evolución social, por lo que durante cuatro siglos han sido lastre que entorpece en todos sentidos la marcha de los hombres blancos con quienes conviven.

¿ Pretenden los indianistas retrotraer al indio a aquellos que consideran maravillosos tiempos de Moctezuma y Manco Capac, cuando no tiene noción alguna de su pasado y vive fatalmente conforme y satisfecho con sus miserables condiciones de vida, que no quiere substituir por las de la civilización moderna por considerar que aquéllas son normales ? ¿ Esperan europeizarlo a toda costa de la noche a la mañana ? La evolución completa del indio es empresa de siglos, muchos siglos, así que no hay que desperdiciar en él, grandes, inútiles y extemporáneos esfuer-

zos que principal, si no exclusivamente, sería más fructífero dedicar a la población no indígena de América, que es la que está progresando de manera rápida y positiva.

El indianista .

Los indígenas cuyos antecesores descubrieron y colonizaron América muchos siglos antes que Colón y los españoles lo hicieron, son como los individuos de cualquier otra filiación, pues sucesivamente han ascendido y descendido en su evolución. Por ejemplo, los teotihuacanos y los mayas de México alcanzaron altos niveles culturales cuando los habitantes de varios países europeos estaban en situación más que primitiva ; posteriormente estos últimos evolucionaron ascendentemente, y tanto que aquéllos retrocedieron hasta los bajos niveles que hoy ocupan.

La cultura europea introducida en América en el siglo XVI correspondía a un nivel evolutivo en varios aspectos más alto que el que mostraban las culturas precolumbinas, las cuales por lo demás ofrecían interesante desarrollo artístico, técnico y científico, como sucedía por ejemplo con la arquitectura, la escultura, la

cronología, la domesticación de diversas útiles plantas, etc.

Después de la conquista la situación del indio empeoró considerablemente, pues le fué prohibido acogerse a su pintoresca mitología, edificar templos, esculpir y pintar, poseer una avanzada organización en cuanto a propiedad de la tierra, como sucedía con el ayllu peruano, medir el tiempo con un sistema que era tanto o más perfecto que el europeo, etc.

De la cultura europea, el indio recibió migajas insignificantes, pues beneficiaba casi exclusivamente a los invasores, según lo demuestran de manera irrefutable, las miserables condiciones de vida en que vegetó durante la Colonia y en diversos aspectos lo sigue haciendo en la actualidad.

El indio :

Deseo tener más dinero para satisfacer mis necesidades, pero no quiero variar en nada mi manera de vivir, que es la que me legaron mis antepasados.

Durante la época Colonial viví esclavizado y posteriormente se me ha explotado y engañado con toda frecuencia. Aun quienes de buena fe pretenden intervenir en mi vida, no comprenden que ellos viven en un mundo y yo en otro distinto. Me tildan por ello de fatalista, conformista y retrógrado. No los entiendo ni me entienden. Seguiré atendido en mis enfermedades por los curanderos y para ciertos problemas consultaré a los brujos; aunque me llamen pagano por los vestigios de la vieja religión que aún conservo, no puedo olvidarlos; continuaré mi producción artística-industrial de hilados, tejidos, bordados, sarapes, vasijas, etc, de la misma manera que siempre lo he hecho o sea manualmente, y para las formas y decoraciones no admitiré otros motivos artísticos que los inspirados por la tradición y por mi propia idea. Lo mismo digo de mis hábitos, costumbres y manera de trabajar. Critican que yo beba pulque, chicha o alcohol. ¿Pero acaso no se hace lo mismo en las ciudades?

El indianófono :

Esas declaraciones del indio confirman su inferioridad e incomprensión. No hay manera de redimirlo.

El indianista :

Si el indio, no se da cuenta de la conveniencia de abandonar y substituir ciertas características de su vida, por otras que le resultarían más favorables, sus detractores, que en general pertenecen a un nivel cultural más alto, son aún más inconscientes.

En el indio concurren, en diversas proporciones, características de vida material e intelectual de tipo precolombino y de tipo occidental, siendo muy alta la proporción de la primera en los grupos que viven en parajes aislados y selváticos para descender conforme están más cercanos a regiones inmediatas a los grandes centros urbanos.

A fin de lograr éxito en la aculturación del indio, hay que proceder gradualmente de acuerdo con las etapas de evolución a que está incorporado, siendo necesario en primer término, conocer el carácter de las múltiples supervivencias psico-culturales de tipo precolombino correspondiente a tales etapas; para ello debe acudir a los métodos de las ciencias sociales, pues así podrán formularse de modo autorizado los medios prácticos de aculturación que haya que aplicar.

De esas características precolombinas varias son de muy alto valor, en tanto que otras adolecen de grandes deficiencias o resultan del todo perjudiciales, sucediendo exactamente lo mismo con las características de la civilización occidental, según demuestran los siguientes ejemplos.

La expresión artística del indio prehispánico fué muy notable y aún hoy en día lo sigue siendo aunque limitada a la producción de lo que puede denominarse artes menores, lo cual es natural pues tiene millares de años de interpretar los bellos motivos de la naturaleza en el

medio americano; esa producción tuvo como principal fuente de inspiración la vieja cósmica mitología que en gran parte presidió sus manifestaciones estéticas.

Entre los aborígenes es innato el espíritu democrático, observándose que éste es más acentuado conforme viven más alejados de los centros de cultura occidental, donde los influencia nocivamente la frecuente corrupción política y administrativa de los llamados centros civilizados, siendo ejemplo fehaciente de ellos los justos y sapientes consejos comunales de ancianos.

Por su larga estancia en el Continente, los habitantes autóctonos han creado poderosas defensas biológicas de que carecen los de procedencia occidental; de otra manera ya habrían desaparecido, dadas las difícilísimas condiciones en que han vegetado desde la Conquista hasta estos días.

Generalmente, respecto a cultura intelectual o sean las ideas éticas, estéticas, religiosas, etc., de los grupos aborígenes, no existen cánones que puedan conceptualizarlas como inferiores o superiores a las correspondientes occidentales, de modo que hay que actuar cautamente al intervenir en tales materias.

En cuanto a sus características de cultura material, sí hay muchas desfavorables y deficientes que deben corregirse, desplazarse o substituirse: atención de las enfermedades por brujos y curanderos con las consecuentes altas cifras de mortalidad y morbilidad; anacrónicas y defectuosas técnicas agrícolas e industriales; incómoda e insalubre habitación; dieta generalmente vegetariana e incompleta; primitiva herramienta y escasos enseres domésticos, etc.

Son muy numerosas las características de cultura occidental que deben introducirse en la vida indígena, pero para ello no

sólo se requiere la acción del factor económico, sino que al mismo tiempo hay que enseñar, educar y demostrar al indio que muchas de esas características son más útiles y favorables que las anticuadas que han heredado. En efecto, en casi todos los pueblos existen indios ricos, los cuales viven de manera igual o análoga a como lo hacen los que carecen de medios económicos, y esto es porque no se dan cuenta de que su existencia sería mejor si la modernizasen en varios de sus aspectos.

Por supuesto que la cultura occidental tiene modalidades oprobiosas y dañinas que hay que procurar no contaminen al indio que aún las ignora.

El alcohol de caña y en general el de alta graduación no era consumido por él antes de la Conquista, pues ignoraba el proceso de destilación y sólo elaboraba bebidas fermentadas que tenían graduación alcohólica análoga a la de la cerveza, como son el pulque, la chicha y otras; con el alcohol los europeos introdujeron la lacra que más ha dañado su vida biológica y socialmente. La corrupción política a que ya se hizo referencia, la desorientación en la ética familiar, tan frecuente en los centros urbanos, y otras deficiencias de la población no indígena arrastraban a la que lo es a más lastimosa situación que la que hoy presenta.

En resumen: lo conveniente, lo necesario, lo que por lo demás se está haciendo automáticamente de cuatro siglos a la fecha, aunque de manera muy lenta y defectuosa, es acercar, fundir y coordinar de manera armónica y autorizada las más valiosas supervivencias psico-culturales precolombinas y las occidentales, a la vez que se corrigen, substituyen o eliminan las de acción nociva, teniendo siempre cuidado de no lesionar innecesariamente el sentimiento y la tradición popular.

MANUEL GAMIO

La II Bienal de Sao Paulo

POR MARIO PEDROSA

LA II Bienal de Sao Paulo ha sido un acontecimiento cultural de primerísimo orden. Las dos exposiciones internacionales de arquitectura y de arte plástico tuvieron un alcance mundial. Todos los continentes, incluso el africano y el asiático estuvieron representados.

De Extremo Oriente tuvimos al Japón e Indonesia, y Australia en arquitectura; del Asia Menor, a Israel y Turquía; del Africa Oriental, a Egipto; del Norte de Africa a Marruecos en la sección de arquitectura. La Europa nórdica estuvo representada por los países escandinavos y Finlandia; los Balcanes por Yugoslavia y una representación individual de los griegos. España figuró por primera vez, como también Luxemburgo. De América del Sur no nos faltó esta vez más que Colombia y Ecuador. De América Central y las Antillas tuvimos a Cuba y la República Dominicana.

La exposición de arquitectura se ha centrado en torno al conjunto de la obra de Walter Gropius, el fundador del Bauhaus en los lejanos días de la República de Weimar, que obtuvo el Gran Premio de arquitectura de Sao Paulo (3.000.000 de francos), instituido por la Fundación Andrea y Virginia Matarazzo.

*

En la primera Bienal, la sección brasileña de arquitectura estaba separada de la sección general extranjera, con premios aparte para los brasileños y los participantes del exterior. El jurado internacional decidió entonces proponer la supresión de estas dos categorías de premios y, en consecuencia, la abolición de una sala especial para el Brasil. La resolución del jurado se

fundaba en el hecho de que la arquitectura brasileña moderna no necesitaba ya de ninguna medida proteccionista en la competición con los arquitectos extranjeros. Los premios reservados a los participantes debían pues ser los mismos para unos y otros sin discriminación. La experiencia se hizo esta vez con pleno éxito.]

La arquitectura moderna es un fenómeno internacional y de un estilo que podemos definir quizá por primera vez en la historia cultural de las naciones como verdaderamente mundial. Esto no significa que no se pueda distinguir en las obras presentadas ni la procedencia ni el sello personal de los constructores. Las diferencias en un proyecto de Walter Gropius, de Le Corbusier, de Mies van der Hoehe, Frank Lloyd Wright, A. Aalto u Oscar Niemeyer, saltan por supuesto a la vista. Sin embargo, los rasgos particulares no son patrimonio exclusivo de las grandes personalidades; podemos discernirlos también en lo que se hace en los países aislados o en un grupo regional de países. El sentido de la economía y de lo social, la preocupación rigurosa de lo funcional marcan, por ejemplo, la arquitectura moderna de los países del norte de Europa; el amor tradicional a la naturaleza ligado a un sentido extremadamente agudo de los materiales ligeros, da a la arquitectura japonesa su marcadísimo rasgo de finura y flexible sencillez. El sentido del espacio abierto, la audacia elegante de las soluciones formales bien encuadradas en la función, señalan al arquitecto italiano moderno, así como la gracia, la tendencia hacia un formalismo seductor son características de la brasileña.

Sin embargo, todo esto no tiene nada de deliberado; son modalidades diferentes de un gran

pensamiento universal. Permanecen mucho más en el plano de lo regional que de lo nacional. En aquel no hay ligadura con una tradición creada, consciente, histórica, como ocurre con éste, sino son un estado natural, con realidades telúricas permanentes, con el medio ecológico, la naturaleza familiar y un ambiente circundante hecho a la escala del hombre. La arquitectura moderna niega o desconoce a la nación para afirmarse en lo mundial con sólidos lazos regionales. Para ella el Estado nacional es una invención demasiado reciente, luego, una noción superficial casi superada ya.

*

En el terreno de las artes plásticas, el visitante se encuentra frente al mismo fenómeno, pero en una etapa mucho menos avanzada. En las introducciones del catálogo general hechas por los comisarios extranjeros, se habla siempre de arte autóctono. Se defiende allí la idea de un arte nacional que es el « reflejo » de las condiciones naturales, sociales, políticas y espirituales de cada Estado. Los daneses hablan de un arte danés, los finlandeses de un arte finlandés, los portugueses de un arte portugués, los suizos de un arte suizo, los paraguayos, uruguayos, argentinos, ironesios, lo mismo. Y mirando de cerca esta pretensión, se reduce a la elección de temas que reproducen, en su gran mayoría, ya sea tipos populares, ya escenas de costumbres.

Un rasgo común a todas estas tentativas nacionalizantes es el empleo de una técnica bastante conservadora, de donde resulta un aire de familia perfectamente internacional entre todos estos artistas que se empeñan en realizar una pintura autóctona, nítidamente diferenciada de las de otras naciones, vecinas o lejanas. Excepto el pequeño grupo que sigue apoyándose en una técnica abiertamente académica, la mayoría de estos nacionalistas apelan al impresionismo y sobre todo al post-impresionismo. Para los que son menos conservadores o están más al día, se trata de hacer un arte nacional con el expresionismo, de espíritu germánico y nórdico, o el « fauvismo » realzando extremadamente los colores. Lo cierto es que todos estos nacionalistas empedernidos descubren su independencia nacional en París, fuente común de inspiración de todo ese aislacionismo estético del arte oficial de los pequeños países o grandes países jóvenes, de la periferia europea o de ultramar.

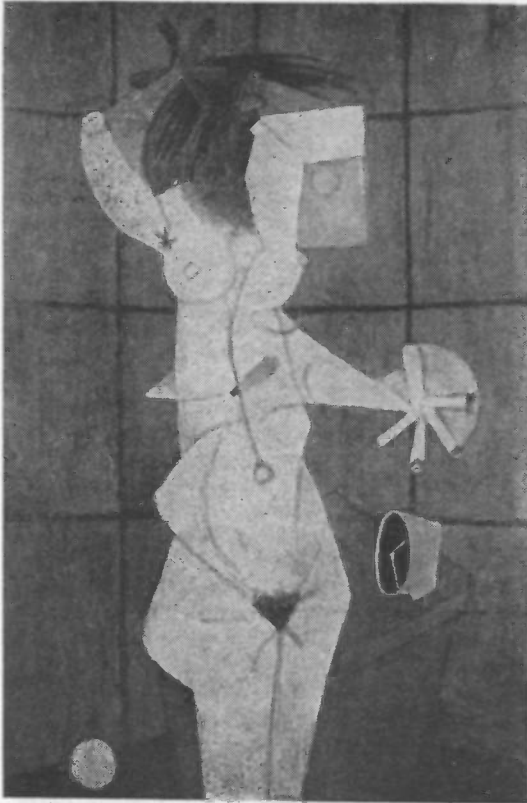
La verdad es que, detrás de estas corrientes contradictorias, sólo el esfuerzo para hacer del arte moderno un lenguaje universal permanece como algo continuo aunque implícito. Como nunca hasta aquí, la gran verdad de nuestra época, ser en el espacio y en el tiempo un campo

de confluencias de todas las culturas, primitivas contemporáneas y primitivas en las profundidades del pasado, se pone de manifiesto con mayor elocuencia. Desde los comienzos del período de penetración blanca sistemática en las lejanas comarcas de Asia, Africa y América, es decir, en cuanto se inició la era expansionista del imperialismo moderno, el contacto de todas estas culturas se realiza de manera permanente. Detrás de la penetración industrial-capitalista de los grandes países de Europa llegaban los exploradores, los antropólogos, arqueólogos y los historiadores del arte. El papel del Occidente no se redujo a obligar a los chinos a cañonazos a que siguiesen consumiendo opio; los occidentales acabaron importando los vasos y *skrolls* chinos y por rendirse a los encantos del arte chino. La estampa japonesa seduce a Manet y embriaga a Van Gogh. Los iconos y fetiches esculpidos africanos llegan a París y ejercen sobre el espíritu de Matisse, Derain, Picasso, Leger y todo el grupo joven un extraño poder de embrujo, abriéndoles la puerta hacia la soberbia aventura del cubismo. En Alemania son también una revelación fulminante para los jóvenes expresionistas de Dresden, para Kirchner y sus compañeros. Ya Gauguin antes de huir a los mares del Sur aconsejaba a sus amigos que volvieran la espalda a los griegos y se aproximasen a los egipcios, y sobre todo a los cambodgiatos.

El arte moderno menoscaba el orgullo europeo en cuanto a la superioridad y monopolio de la cultura mediterránea. El artista y el aficionado europeo se ponen a apreciar por primera vez sin « chauvinismo » el arte de los pueblos considerados como bárbaros hasta entonces. Picasso da la vuelta al horizonte del mundo geográfico y cultural contemporáneo, encuentra en todas partes fuentes de inspiración y se sumerge al mismo tiempo, más allá de los griegos o romanos, en los tiempos fabulosos de las cicladas de donde nos vuelve con el mito del Minotauro actualizado. (En las salas de la Bienal, *Guernica* es uno de sus grandes momentos, porque su poder expresivo es tal que se ejerce incluso sobre el gran público)

Los países más lejanos de Asia con su viejo fondo de tradición milenaria, que llevan a cabo ahora su revolución política en busca de una nueva conciencia nacional o de su « renacimiento », no luchan en realidad — y esto se ve a través de su arte — contra Europa, sino contra su propio pasado o tradición. Luchan enarbolando una bandera típicamente europea del siglo XIX: la idea nacional. Pero un fenómeno tan irreductible como el arte no se somete fácilmente a exigencias puramente ideológicas.

El arte indonesio era un reflejo provincial del arte indio de estricta inspiración religiosa y



TAMAYO : Figura blanca.

simbólica. Para renovar su pintura los indonesios decidieron mirar hacia Europa. En efecto, ya a comienzos del siglo pasado adoptaron las técnicas académicas basadas en la copia del modelo natural, la búsqueda del volumen, del relieve, en una palabra, de la « realidad ». Pero en nuestro siglo la revolución modernista se alza contra las pretensiones realistas del arte académico y, volviendo a encontrar el bi-dimensionalismo, se acerca así a la técnica ornamental y puramente plástica del Oriente. Los artistas indonesios, por su parte, abandonando los viejos motivos religiosos de la India, se dedican a temas de la vida cotidiana, autoretratos psicológicos y expresionistas a la europea, figuras de mujeres y niños, objetos caseros, paisajes, o temas típicos populares y regionales. La idea estética teóricamente dominante pretende « interpretar la cultura nacional » con « técnicas modernas ». Pero entre sus telas vemos algunas donde la representación de los templos religiosos se perfila hacia lo alto por un juego de planos y contrastes de colores que recuerdan las diversas « Torres Eiffel » de Delannay.

Este punto de vista es más o menos el mismo

en todos los países, jóvenes o no, en proceso de revolución o no. Recorriendo los siete kilómetros de salas de la Bienal, salta a la vista una contradicción fundamental : conscientemente, sus teóricos o sus gobernantes se atienen a una estética subordinada ideológicamente a los ideales políticos nacionales. El arte, siguiendo la ideología política general, tendrá la misión de interpretar la realidad objetiva inmediata en el mismo sentido. Pero en la verdad empírica de los hechos, lo que se comprueba es la influencia determinante de lo que se sigue llamando « La Escuela de París », en sus diversas tendencias, desde el surrealismo expresionista hasta los diferentes matices del abstraccionismo.

Incluso en un país como el Japón, de tradiciones culturales y artísticas más antiguas y respetables, el arte moderno en sus más avanzadas manifestaciones ejerce poderosa influencia en las personalidades más sobresalientes de las generaciones jóvenes. En la pintura al óleo el expresionismo figurativo o abstracto y el post-cubismo están muy difundidos. Pero incluso en el grabado, donde la influencia dominante estaba invertida, es decir, iba del Japón hacia Europa, los artistas nipones, adoptando técnicas occidentales como las de la litografía, el aguafuerte o la media tinta, han empezado a incorporar al género en que, apoyados en una tradición incomparable son tan fuertes y tan creadores, ciertos elementos de nuestro arte europeo. Fuera de un soberbio ejemplar de la vieja técnica tradicional de xilografía de Munakata, otros artistas tales como Saito llegan a una expresión muy sobria y pura en el modernismo occidental.

*

En los países más jóvenes de América, donde las tradiciones precolombianas no han dejado muchos rastros, el arte llamado moderno es su medio natural de expresión. En el Brasil, en Cuba, en la Argentina (pese a las veleidades de dirigismo estético-nacionalista de su gobierno), en Chile y en el Uruguay, sin contar los Estados Unidos y en grado menor en el Canadá, los artistas nacen ya en este clima espiritual. La Argentina cuenta hoy con un grupo de artistas de vanguardia muy conscientes de sus fines, poseedores de una gran maestría técnica y de una asombrosa madurez espiritual y estética. Publican en Buenos Aires una excelente revista (*Nueva Visión*, editada por el pintor y teórico Maldonado) y forman parte de la familia internacional de los « concretistas » con Max Bill y sus amigos de Suiza, Vanongerloo, Albers, Gildwart Vendemberg y otros. En la sala argentina este grupo se distingue por la claridad de su vocabulario y por algunos éxitos notables tales como una tela de Hlito y sobre todo una escul-

tura de Iommi en alambre de acero, toda ritmo lineal, pero que dibuja y sigue de manera soberbia un volumen plástico imaginario.

Cuba nos ofrece una pintura de formas abstractas menos materializadas que las de los « concretistas » argentinos, pero rica en colores que deben su transparencia a la luz atmosférica de la isla y que se tienden por contraste en una violencia alegre y llena de buen humor. El arte cubano de aceros rítmicos vivos y sincopados respira un optimismo contagioso, lo que tiende a probar que en sus mejores momentos es un brote bien nacido del arte moderno universal.

El Brasil presenta casos aislados de primitivos como Elisa Martins, llena de temperamento, de colores y fantasía, y jóvenes artistas de vanguardia. De la vieja generación está Volpi quien, de espíritu ingenuo y procedente de un impresionismo a la italiana, ha llegado, cerca ya de los sesenta años, a una síntesis pictórica bastante bien lograda. Sus telas son de una calidad sensible muy fina, encuadrada por planos rigurosamente bi-dimensionales y que por tonos próximos unos de otros o en media-tinta se van costando muy suavemente, avanzando o retrocediendo de manera casi imperceptible. Estas telas representan paredes o casitas con ventanas y puertas bien dibujadas y coloreadas, de los viejos barrios pobres de Sao Paulo. Pese a la audaz sobriedad a que ha llegado y pese a un oficio bastante sabio, Volpi ha conservado su seductora sencillez que en el fondo es un poco maligna, ya que su « primitivismo » no es la pura candidez del espíritu, sino más bien el procedimiento técnico y una estética probablemente semi-consciente que quiere acercarse a la actitud espiritual de los artistas anteriores al florecimiento del renacimiento italiano, llamados todavía hoy, indubidamente, primitivos. A esta inclinación hacia el arte de antes del renacimiento se debe que Volpi nos resulte « moderno ». Es él quien obtuvo, junto con Di Cavalcanti, uno de los fundadores del arte moderno brasileño, el gran premio de pintura. Cicero Dias, que vive en París, es el veterano de la abstracción en la pintura brasileña. Su vigor de colorista le da un sitio aparte en el escalonamiento de las generaciones. A pesar de su lenguaje universal, su pintura es la más brasileña de todas ; es incluso tropical.

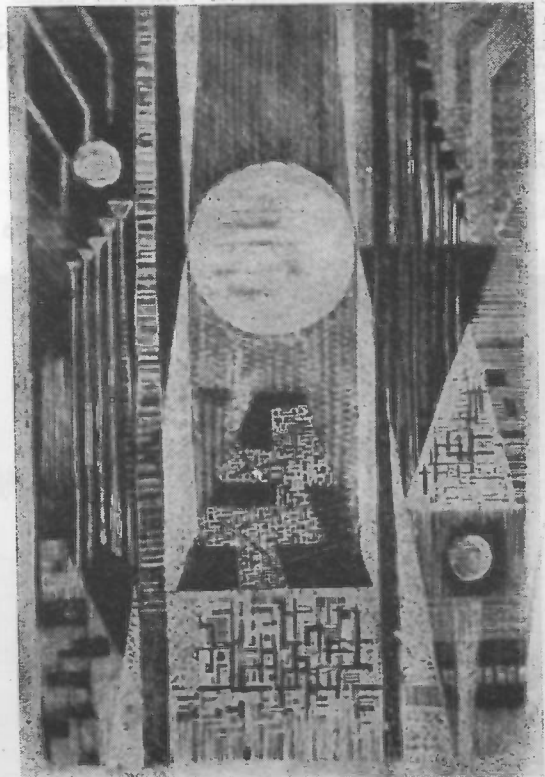
El ala dinámica del movimiento artístico del país no está con los « viejos », sino con las generaciones jóvenes, que van desde aquellos que como Antonio Bandeira conservan el espíritu de poesía y fantasía en la abstracción, o el gusto por una materia llena de savia como el americano radicado en Brasil, Milton Goldring, hasta los representantes más valientes de la izquierda « concretista » : Lygia Clark, trabajadora infa-

tigable cuya rica imaginación plástica es una de las esperanzas de la pintura nueva ; Ivan Serpa, otro abanderado del « modernismo » cuya alma de menje medieval solitario y paciente, unida a un espíritu de extremada finura, comienza a dar ya frutos muy valiosos ; Geraldo de Barros, que se consagra ahora a una ortodoxia calvinista para ocultar mejor unas virtualidades en reposo provisional.

En el campo de la escultura, mucho menos brillante que el de la pintura, fuera de la destreza de Bruno Giorgi, ganador del gran premio nacional, de la imaginación obsesiva y demasiado literaria de María Martins, no hay más que el muy joven Caciporé, cuyo temperamento de expresionista no es todavía más que una promesa. También aquí se está formando un grupo de jóvenes cuya búsqueda de espacios múltiples se acerca a la de un Max Bill, un Pevsner o un Vantongerloo. Mary Vieira, joven artista brasileña, actualmente en Suiza, es la que representa más acabadamente a este grupo.

Se engañan aquellos que desde Europa quieren encontrar en los países nuevos de América expresiones nacionales de tipo « primitivo ». Por

LIVIO ABRAMO : Xilograbado.



el contrario, lo que anima a los mejores de estos, artistas es la idea de estar en la línea de prolongación de la cultura occidental; pierden cada vez más su complejo colonial respecto a la vieja metrópoli europea y se consideran, con razón o sin ella, como los portadores de la antorcha de la vieja cultura renovada; en una palabra, del porvenir.

*

En el grabado es donde nuestra representación brasileña alcanza su mejor nivel. Si el viejo Goeldi es un nieto de Munch, en un lenguaje más lírico y sensible, con Livio Abramo, ganador del gran premio de grabado, llegamos a un refinamiento de trazos y juego de los valores que triunfan de manera muy bella en sus xilogramados. Este artista cuyo dibujo es poderoso y dramático nos da de Río de Janeiro una interpretación muy original y muy profunda, que nada tiene de común con los escenarios espectaculares que ofrecen a profusión las agencias de turismo. Por el contrario, es un Río severo y patético. Un caso particular es el del joven Marcelo Grassman cuya imaginación expresionista nos brinda, con una técnica muy madura, una serie de visiones de incubos y súcubos que ya constituyen un verdadero bestiario de acentos medievales. Podemos citar todavía a Fayga Ostrower y luego al premio de dibujo, Arnaldo Pedrosa d'Horta, cuyo ojo microscópico obtiene de las hojas vegetales las más sorprendentes visiones de un mundo en incesante formación.

En los otros países del continente el movimiento está aún en una etapa más indecisa, mientras México hace campo aparte. Está

dominado todavía por un pensamiento claramente aislacionista. Pero incluso en su caso empezamos a sentir que el empuje modernista, es decir, universalista, penetra poco a poco en la vieja ciudadela. La generación del arte-propaganda ha pasado. Se comprueba ya que el artista más representativo de México no es un Rivera ni tampoco un Orozco, sino un Tamayo. Sus colores, a veces muy cantarines, otras veces casi triviales, extremadamente rebuscados y contenidos sin embargo, la aspereza de sus formas, el viento de violencia o de muerte que estalla de pronto en sus telas nos hacen pensar en su maravilloso país el más turbador de todos. Sin embargo, de todas sus grandes figuras es el que más se aleja de las anécdotas llamadas nacionales para expresarnos, con mayor elocuencia que los demás, signos y símbolos tanto más profundos cuanto que son menos literales y menos convencionales, como ocurre con los motivos y escenas didácticos de las telas y frescos de los muralistas precedentes. El arte mexicano sólo está representado en la Bienal por la sala de Tamayo, cuyo lenguaje proviene en parte del arte popular mexicano y en parte de la deformación expresionista picassiana.

A su lado no tenemos más que una sección de grabadores cuya inspiración sigue siendo todavía la de la generación de los mayores, es decir, impulsada por una intención didáctica o anecdótica. Es un grabado sin valor expresivo autónomo, y de un nivel técnico más bien rudimentario ya que a veces es difícil distinguirlo del simple dibujo, al lápiz o al carbón. No se siente en estos trabajos ni siquiera la presión del buril o de cualquier otro instrumento puntagiado

Edificio donde se celebró la II Bienal de Sao Paulo :



sobre la materia, metal, madera o piedra. La mayoría son litografías, pero no lo parecen.

*

La deducción que sacamos, después de haber visitado todas estas salas de 32 países, es que el rasgo más general del arte moderno es sin duda su universalidad. La era de las artes nacionales aisladas parece haber pasado. En esta vuelta al horizonte del mundo (1) vemos en todas partes la misma curva de evolución: al pie de la escala encontramos un arte pretendidamente nacionalista que no va más allá de un naturalismo borroso, de un realismo pobre o un idealismo « pompiere ». Luego, las proyecciones individualistas se imponen, ya sea a través de un lirismo todavía impresionista, ya como una catarsis de fondo

(1) Desgraciadamente, con la exclusión forzada de los países que están bajo la influencia rusa.

P. S. — El gran premio « Cuarto Centenario de Sao Paulo » para el conjunto de una obra, fué otorgado a Laurens. Sus competidores fueron Calder, Moore y Marino Marini, de Italia. El gran premio mundial de pintura se dividió entre Menessier y Tamayo. El gran premio de escultura correspondió a Henri Moore. En grabado, Giorgi Morandi, el viejo gran maestro italiano ganó por unanimidad. El premio de pintura fué adjudicado al americano Ben Shahn. Desde el punto de vista histórico, el gran interés de la Bienal residía en la retrospectiva del cubismo y en otra magnífica retrospectiva del futurismo que sirven de introducción a una gran sala de Picasso, a partir de la fase negra hasta nuestros días. A esta sala individual seguía una espléndida sala de Paul Klee organizada por la delegación alemana, a la que a su vez seguía la sección magistral del neo-plasticismo holandés cuyo centro era Mondrian, desde la fase naturalista inicial hasta su última tela « Boogy-Woogy-Victoria », pintada en Nueva York, poco tiempo antes de morir. Este conjunto que, partiendo del cubismo y el futurismo se detiene en la obra

surrealista o expresionista. Entonces, la violencia de los tonos, el amorfismo de las manchas coloreadas o la dramática de las deformaciones lineales denotan lo que hay de más profundo, más irracional, más irreprimible e insatisfecho en la descentrada sensibilidad contemporánea. Encontramos esta clase de estados espirituales, de explosiones temperamentales y exacerbaciones subjetivas en los artistas de todos los países, desde el núcleo de Europa hasta los confines del Asia y América. Y por último están aquellos que, más allá de lo individual y puramente sensible, quieren hacer un arte de construcción, un arte que pueda dar a nuestra época la homogeneidad espiritual que no tiene, sus formas más esenciales, más generales, más cargadas de lo simbólico universal, en una palabra, su estilo. Sus representantes se encuentran ya hoy en todos los meridianos de nuestro planeta.

MARIO PEDROSA

entera de Picasso y luego pasa a Klee para llegar al neo-plasticismo, es una cosa que no se había realizado jamás en el mundo. Constituyó algo así como el eje principal de la exposición. Complemento de este conjunto ha sido una soberbia sala con la obra gráfica y pictórica de Munch, organizada por los noruegos; los belgas nos enviaron también, junto con sus artistas contemporáneos, una sala de Ensor. Había además otras salas individuales nacionales: una de Hodler, mandada por los suizos, una de Calder, organizada por los americanos y una de Moore, enviada por los ingleses.

El jurado internacional estuvo constituido de la manera siguiente: Herbert Read, de Inglaterra; J. J. Sweeney, del Museo Guggenheim de Nueva York; Emil Langui, de Bélgica; W. Sandberg, director del Museo Municipal de Amsterdam; Profesor Haefl Staengel, de Alemania; R. Pallucchini, Secretario General de la Bienal de Venecia; J. Romero Brest, de la Argentina y los brasileños Milliet, Santa Rosa, W. Pfeiffer y Mario Pedrosa.

M. P.

Itinerario de ciudades

POR FERNANDO VALERA

HACIA años que ningún libro lograba pulsar en mi sensibilidad las cuerdas del puro deleite estético. Léese unas veces por curiosidad, para asomarse al mundo; otras para penetrar el arcano de las demás almas; frecuentemente, a la busca de conocimientos útiles, o para evadirse de la realidad o para colmar los ocios. En raras ocasiones el lector puro que hay en nosotros llega a encontrar la emoción estética de la lectura como fin en sí misma: contemplación serena de la belleza, con absoluto olvido del principio de razón suficiente, que diría Schopenhauer; esto es, convirtiendo la mente en ojo immaculado del universo, en el espejo sin vaho de preocupaciones pasajeras que aconsejaba Al-Gazali siglos antes de que lo repitieran San Juan de la Cruz y Francisco de Osuna.

Debo este deleite a *La comarca y el mundo*, que como mensaje de amistad me envía desde Montevideo el Dr. Eduardo J. Couture. Conocía al Couture conferencista impecable en varias lenguas, jurisconsulto de subidos quilates, universitario en las cátedras más acreditadas de Europa y América, ciudadano ejemplar y caballero sin tacha. *La comarca y el mundo* me revela al escritor de mis gustos preferenciales, un tanto alejados de los barroquismos, platerismos, plebeyismos y algarabías que ahora se estilan en olimpos, pléyades y « bodegas » a la moda. Claridad en el pensamiento y pulcritud de la palabra; salud en el alma y pureza en el vocablo; armonía de la frase, equilibrio de los períodos, sutiles los conceptos sin rayar en lo hermético, nuevas y graciosas las imágenes sin aspirar a lo insólito. Páreceme adivinar, leyéndole, que la sensibilidad del autor se ha cultivado en la frecuentación asidua de Bach, Mozart y Beethoven, la trinidad del credo juvenil de Ricardo Wagner.

El libro es, en efecto, una armoniosa presentación de su comarca — el Uruguay, oasis europeo en la América española — al mundo, y del mundo en lo que tiene de más universal y permanente,

a su comarca. Audanzas y visiones, como las de Unamuno, sólo que esta vez surcando los aires sobre mares, continentes, selvas y nubes, para buscar de vez en cuando albergue y reposo en las ciudades. Las ciudades — a veces las comarcas, que son ciudades dilatadas en jardines, o también las aldeas, que lo son en simiente — las ciudades y no los imperios ni las grandes naciones, son los hogares de la cultura humana, ora como rescoldos de un esplendor pretérito, ora cual lumbres del presente, ya también anunciando apenas la alborada de los tiempos que vienen. Recuerdo haber oído decir a Gabriel Alomar que casi siempre las naciones y los imperios se forman en el círculo de irradiación de una gran ciudad. En todo caso los imperios se comportan con harta frecuencia a la manera de monstruos políticos cuya función barbarizante consiste en interrumpir la libre frecuentación de las ciudades en que se fecunda, engendra y guarda la cultura humana. En cambio las pequeñas naciones y las comarcas donde toda la tierra se hace ciudad por la hermandad inconsútil de las aldeas — los *demos* que hicieron con Atenas la democracia — conservan mejor los valores de la civilización, porque la persona humana no se disuelve en la masa, en la plebe bárbara, en el rebaño multitudinario: « En la aldea todo está resumido en pequeño espacio y reducido número. Todo está además ordenado en dimensiones humanas. La población se cuenta por *almas*. Antes se contaban así las ciudades; ahora, por habitantes », escribe Couture. « Los vascos — añade — han precedido a Europa en muchas instituciones democráticas surgidas directamente del caserío y de la aldea, las más profundas y complejas de sus unidades sociales, en las cuales la familia es el comienzo y el fin de todas las cosas. » Sí, en la comarca y en la aldea se conservan las proporciones humanas de las cosas, y la gracia no se sumerge en lo descomunal y monstruoso.

No sé si Couture conoció y comparte las doc-

trinas de nuestro gran Alomar, el más alto filósofo civil de la España contemporánea, que se apagó un día silenciosamente, en el destierro, al arrimo de las viejas Pirámides; mas lo cierto es que, salvo en el delicioso intermedio que separa las jornadas americanas de las europeas, donde el viajero evoca los espectáculos naturales de montañas, lagos, selvas y nubes, el mundo se resume para él en las ciudades representativas de las civilizaciones, entre otras Taxco, Puebla, Washington, Chartres, París, Siena, Florencia y, finalmente, Roma, la urbe que extendió la urbanidad al orbe, y, en su doble ciclo pagano y cristiano, ha civilizado al universo.

Trashumando de universidad en universidad, como el peregrino de albergue en albergue, el profesor de Derecho buscaba, terminada su tarea docente, el silencio recatado de las piedras antiguas, se perdía en los rincones sombríos y solitarios, deambulaba por las callejuelas dormidas, donde latén todavía las vivencias de la historia, y en cada ciudad del ancho mundo supo a la vez sorprender las hazañas que forjaron su renombre y la ofrenda lírica que ella devolviera a la cultura universal.

La casualidad ha querido que yo también peregrino, aunque de otros santuarios más trágicos y de otros dioses más crueles, los de mi cruel España, haya recorrido en largo destierro muchas de las ciudades en que el Dr. Eduardo J. Couture recreó su pensamiento y cinceló su prosa. Ello me permite justipreciar mejor la gracia y justeza de sus pinceladas, a la vez que revivir con renovado gozo mis propias experiencias a lo largo de los caminos que huella desde hace quince años la España peregrina. En Camagüey, la bella durmiente del trópico le invita al dulce reposo: « ¿ A qué apurarte ? ¿ No crees que lo humano es esto, y lo inhumano ese vértigo hacia quien sabe qué inútiles apremios ? ¿ Para qué tanta urgencia ? La vida se comprende mejor en una plática tranquila que a cientos de kilómetros de velocidad. Ven, siéntate en esta plácida silla de hamaca. Vamos a ver vivir... » En Taxco, « grácil y aérea como corresponde a algo edificado sobre las nubes », donde « olas verticales de oro y ópalo se alzan como encaje de flores, de plantas de nubes, de ángeles y de santos », en los altares barrocos de las iglesias coloniales, escucha el órgano que reza armonías, mientras fuera, en las calles, tañen los martillos de los plateros, « cuya música es el canto de la historia de esa ciudad encaramada en las inmediaciones del cielo ». Puebla de los Angeles, « la Florencia de nuestra América latina », segunda Talavera de la nueva España, revestida de azulejos, se le revela como una ciudad de porcelana. Recuerdo yo con qué emoción, cierto día, saliendo de una capilla maravillosa, tal vez la del Rosario, topé con un modesto azulejo adosado a la pared, que rezaba

haber muerto en aquél lugar, en trágico duelo de espadas, el poeta Gutiérrez de Cetina, el que cantara a los ojos claros, serenos, alabados de un dulce mirar, y que acaso fuera a la Puebla de los Angeles buscando en los ojos negros y ardientes de una mujer india la dulzura que los ojos claros y serenos le negaran en España...

Ya en Europa, un hostel holandés, donde el lujo se escribe con minúscula y se adorna de tulipanes, le enseña por contraste con el fastuoso Waldorff Astoria « que el armiño no puede compararse con el elefante ». El espíritu no siempre se rinde ante lo colosal y lo monstruoso, llámese fuerza, número, masa u opulencia. La civilización es un valor cualitativo, y « no es posible alcanzar el conocimiento del hombre y del mundo, cuando la opulencia ya nos ha hecho su presa ».

París es una sinfonía de piedras sagradas y profanas. Las profanas encierran « estos restaurantes que mantienen vigente el estilo de cocinar que existía en el mundo antes de que los americanos lo reemplazaran por una ciencia de abrir tarros de lata ». Las piedras sagradas son casi todo París abatido bajo la carga de poesía, de historia, de mística casi. « Se diría que basta apoyar el oído sobre la piedra para escuchar su relato. » Una vez sentido su encanto, París os acompaña ya siempre, « es demasiado tarde para decirle adiós ».

Unas pinceladas entresacadas del cuadro, bastan para dar idea de cada una de las ciudades italianas de este itinerario lírico que tiene en dimensiones universales el alma misma de la *Gula sentimental de Salamanca* de Domínguez Berueta. Siena, católica ayer y hoy comunista, « ha dado al mundo más santos y bandoleros que ninguna otra ciudad y es una síntesis del bien y el mal con que se forja la historia humana, un diálogo secular entre santos y pecadores ». San Geminiano, « una fortaleza erizada de torres, es decir, erizada de miedo. Cuanto más miedo, más torres; cuantas más torres, más altas ». Y Pisa, y Venecia, y Florencia, « el milagro de la civilización », y Roma, « centro de todas las comarcas del mundo, siempre antigua y siempre presente, que no es tanto una ciudad como el símbolo de las ciudades ».

El itinerario se cierra con broche de oro cuando el peregrino regresa del ancho mundo a su comarca natal, « el metro cuadrado de tierra en que se apoya nuestra vida, realizando cuya autenticidad alcanza el hombre la plenitud y la universalidad de lo humano »; mas para realizar esta autenticidad, lo primero ha de ser no disfrazarla con afeites de ese patriotismo vano, de ese orgullo nacional enfermizo de que adolece todo el mundo español, en España y en América. Con harta frecuencia los escritores hispano-americanos hablan solamente de la pequeña América

visible, « la de las Conferencias internacionales », la de los señoritos descendientes de los encomenderos que cantan endechas a los Derechos del Hombre en las Asambleas del mundo, mientras aplauden a los tiranos y desconocen a los negreros de su tierra natal. Parece como si no quisieran saber que existe esa otra « América invisible de los pobladores campesinos, de las Pampas, las montañas y las selvas »; esa trágica América latina donde « los dos tercios de la población se hallan en condiciones de subnutrición; tres cuartos, son analfabetos; la mitad sufre enfermedades crónicas, dos tercios viven en condiciones semif feudales de trabajo, y el poder adquisitivo del indio es, en muchas regiones, igual a cero ». Rara virtud de sinceridad y espíritu de observación tanto más apreciable, cuanto que el Uruguay es tal vez la comarca donde menos se acusan las lacras de la sociedad española. Platicando con otros intelectuales americanos, como cuando habla uno con los señoritos españoles, se saca la impresión de que no están enterados de lo que pasa al pueblo de su patria, o fingen ignorarlo. Es nuestro pecado español, el pecado del orgullo idólatrico y bárbaro que ha suplantado a las auténticas virtudes nacionales: la mansedumbre cristiana y el honor caballeresco. *Sostenella y no enmendalla*, por prurito de honra, por amor propio, a falta del amor de Dios y del culto de la verdad que, según Quevedo, son una y la misma cosa, por aquello de:

« Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
que es lengua la verdad de Dios severo,
y que la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios, Dios verdadero,
ni eternidad divina los separa,
ni de los dos alguno fué primero. »

Reconoce el autor que su itinerario adolece de graves deficiencias, y aún teme que « nunca pueda redimirse del silencio de España, de Inglaterra, de Alemania, de Grecia ». « Alguno de estos silencios está cargado de dolor y de pena »; quizás, el silencio de España, cuyo Gobierno fuerte — la teoría del Gobierno fuerte es la teoría del hombre débil para el jurista uruguayo — veda a tantos enamorados de ella el placer de contemplarla en su magnífica autenticidad nacional y permanente de que dan testimonio la Mérida augusta, la Toledo mozárabe y judía, la Córdoba de los califas, Salamanca la sabia, Valencia la renacentista, la cívica e industriosa Barcelona, las otras mil ciudades. Y Sevilla, que diría el poeta. Estos silencios lamentados son la promesa de un segundo itinerario que, dada la maestría del prosista, desmentirá, como lo desmentió Cervantes, el augurio proverbial de que nunca segundas partes fueren buenas.

FERNANDO VAIERA

El poeta italiano Marino Piazzola

EL sentimiento del exilio ha sido el supuesto de toda poesía lírica, porque la poesía lírica nace del sentir la diferencia irreductible del hombre con el mundo que le rodea, conciencia de prisionero que clama por la libertad y que por instantes la goza. Sin estos instantes de pura libertad el canto lírico no sería posible; de ella brota el ímpetu y la visión que la acompaña y ella revela su propia ausencia o su frustración. Esta doble experiencia — goce de la libertad y padecer de encadenado — trasciende los límites de la vida concreta, del tiempo que se cuenta, del espacio que ilusoriamente nos brinda amplitud, pues el instante de libertad nos lleva fuera del tiempo y por ello nos hace tener conciencia de su limitación; nos hace en cierto modo « salir de sí ». Luego al volver se tiene conciencia de que no sólo la realidad — el mundo y las cosas — y el tiempo son prisión, sino también lo que llamamos « yo » correlato y sujeto del « mundo »: de que si no hubiera « yo » tampoco habría tiempo.

Y así, la poesía lírica desde Anacreonte canta ese instante de libertad — experiencia indeclinable anterior al pensamiento — y la visión de la vida que desde ese instante se presenta, y el dolor de que al pasar el instante pase también la visión pura y clara y la comunicación perfecta y aun la irremediable vuelta a lo efímero, a lo que a medida que respira se consume — la respiración, aliento destructor. — Que algo no ha podido ser sentido sino después del instante en que se lo vivió como eterno, desde un instante en que la realidad apareció libre de su prisión temporal.

De este sentir, experiencia diamantina de la poesía, ha brotado el largo poema de Marino Piazzola « *Esilio Sull'Himalaya* », aparecido en el libro del mismo título (1). Y sin embargo no canta el exilio ni a la ausencia en modo directo; el título viene a ser así una clave, más bien una marca de origen, un escudo genealógico que muestra su inspiración: la más profunda y persistente de la poesía lírica de todos los tiempos. Podría servir de paradigma del género.

Y como tal realización ejemplar de la lírica, es un viaje, un largo viaje a través del tiempo, por entre las raíces de la vida; descenso a los orígenes de lo viviente, de la palabra al silencio,

(1) Marino Piazzola: *Esilio Sull'Himalaya*. Ed. del Canzoniere, Roma, 1953.

de la luz a la sombra. De la substancia al borde mismo donde la substancia se disuelve o se anega.

Porque el exilio es la vida misma; ser una substancia incompleta; es tener rostro y voz, es el mismo uso de la palabra que nunca alcanza lo indecible, que deja bajo su luz no sólo una sombra de sí misma sino la tiniebla, el abismo primero y último inalcanzable. «M'hai dato voce umana/emmi sopporti come un raggio/che mai, mai te raggiunge./Forse io sono inutile/come il buio/che scoppia nella notte.»

Todo el poema parece estar contenido, enunciado como en átomo en la invocación y confesión en tres versos de la primera estrofa: «O tu maturi/questo corpo d'un uomo/in tanta solitudine.» Mas no es un lamento este dolor de ser hombre, sino tan sólo el punto de partida, la situación desde la cual se invoca a lo viviente y al viviente entre todos, la fuente misma de la vida. No es el dolor que se cierra en sí mismo, que vuelve sobre sí, pues no está encerrado en una teoría o en una «visión de universo» pesimista, como en Leopardi. Pues veamos... no hay poesía pesimista ni optimista, bien entendido. Los datos de la poesía, latos instantes de experiencia que el poeta vive, fuente de su poesía, son siempre ciertos, siempre válidos. Pero el poeta es un hombre de su época y ha habido ciertas épocas cuyas creencias e ideas predominantes no permitían al poeta ceñirse estrictamente a su poesía, limitarse y al par entregarse a ella, con la certidumbre de que la poesía es por sí misma pensamiento, pues lleva consigo su propio pensamiento o lo presume. Por el contrario, la poesía aparecía contenida en una «filosofía» previa, más bien por una «concepción del universo» como si el poeta previamente a su experiencia poética poseyera un saber que le proporcionaba horizonte y juicio. Y así su poesía no viene a ser sino una comprobación, un texto sentimental explicativo, no una aventura del conocimiento, una forma irreductible de la expresión humana.

Esilio Sull'Himalaya (Exilio en el Himalaya) de Marino Piazzola tiene ante todo ese valor de ser la expresión de una aventura, de un viaje del alma desde la ignorancia y el olvido a la más despierta vigilia; el dolor de ser hombre es ansia de metamorfosis y es todavía invocación de esperanza: «Se un mattino sara per me nuovo il tuo/lume, muta il mio nome/in una fonte/dove piu secche — sono le rocce tue che non conosci.»

Sed de transformación, de transubstanciación más que de simples metamorfosis que no niega ni reniega de la condición humana, sino que a fuerza de adentrarse en ella halla lo que más importa: ser respuesta al autor de la creación, enriquecerla, ser vida allí donde todavía no ha ger-

minado; ser frescura y rumor allí donde habita el olvido».

Pues *Esilio Sull'Himalaya* es un diálogo, un diálogo con el silencio y la tiniebla y un largo monólogo de la esperanza en verdad, que al ser nacido y movido por la esperanza no puede ser cerrado; ensimismado soliloquio sino llamada, íntima conversación en hondo silencio con aquel que escucha siempre, de quien no se dice el nombre.

Pues no hay propiamente yo y tú en este poema; por eso tanto es monólogo como diálogo. Cuando en lo más secreto del corazón se habla; ¿de quién es la voz? ¿quién habla a quién? La soledad del corazón no es la misma que la soledad de la conciencia, que Descartes para siempre mostrara. En la conciencia solitaria se revela la existencia del yo, del yo que piensa; en la soledad del corazón no se sabe quién habla, pues es el silencio donde la palabra resuena como venida de lejos, como si alguien abandonado y al fin atendido comenzara a desgranar su secreto; es la tiniebla que se entreabre y una claridad no vista comienza a brillar; algo que brilla sin ser iluminado.

Al entregarse el poeta a su fútila aventura la soledad y el silencio se convierten en signos positivos, en semejanza de una vida total: «O come ti somiglia/chi non respira/e piu non apre gli/occhi. Come ti chiama/chi tace e non ascolta/dal suo abisso./E allora che il silenzio fa da guida al suo cuore fino a te.»

Con el silencio por guía llega con el pensamiento allí donde la eterna vida no es más que «fábula de luz». Y sólo entonces el clamor de la propia vida en su prisión se desata: una enumeración de dones recibidos que son al mismo tiempo tormento, pasión de ser, pues la pasión del hombre es vida no cumplida, es no acabar de vivir, no acabar de ser; requerimiento de la esperanza que es también sed y privación. Y la queja brevemente enumerada se concentra en queja de amor: «Io porto un nome fra le tue stelle e non me chiami.» Ansia de ser llamado para reintegrarse al orden de la creación; de ser palabra o signo en el lenguaje silencioso del cual nuestra palabra es la decadencia. Ansia de vivir simplemente, de ser como se era, libre de historia y de cuidado: «E lascia crescere la mia innocenza/nel tuo rifugio que mi fa da guida.» Y esta larga invocación que es todo el poema se acaba en una invocación a sí mismo: «Ch'io me perda;/ come sopra un nauajo./per acostarme a te/antica mia innocenza.»

¿Quién llama a quién? Tendría aquel a quien se llama múltiples nombres, pues es el Dios del corazón cuyos nombres no se agotan, a quien se dan tantos nombres como congojas se padecen; el nombre de todo lo que esencialmente nos falta, el nombre del pan que satisfice

y de la luz que conforta, el nombre de lo más próximo y de lo más lejano. Y es lo inalcanzable y es también yo, yo mismo, el yo en vías de ser, el perseguido, por quien se padece, aquel nuestro yo mejor del que la vida diaria es lento, agónico nacimiento.

Esilio Sull'Himalaya no es una elegía, como el título parece indicar, sino un recorrido inacabado, un trozo del viaje que a lo largo de la vida se cumple por secretas galerías en busca de la vida verdadera. Camino por un país sin frontera donde al fin obediencia y libertad sean la misma cosa: recobrar la inocencia de una estrella, palabra en el lenguaje de la creación según número y ritmo en una órbita.

Quizá tenga un nombre aquel a quien el monólogo se dirige: el silencio que escucha y la tiniebla fueron nombrados, hace tiempo, Dios Desconocido.

M A R I A Z A M B R A N O

Esperanzas para un mundo en transformación

OCTOGENARIO ya, Bertrand Russell asombra por el vigor mental que conserva, por la valentía con que expresa sus juicios, por el noble sentido humano que inspira siempre a su pensamiento. En la Argentina, es uno de los filósofos preferidos, uno de los polemistas más leídos, uno de los escritores mejor gustados. Todas sus obras se traducen y editan con el esmero que corresponde a la jerarquía de tan egregio autor. Recientemente, la Editorial Hermes nos ha brindado una obra de viva actualidad, en la que el ilustre pensador británico aborda el candente problema de nuestros días: el ocaso de una civilización que va descomponiéndose bajo el peso abrumador de fundamentales errores que afectan a la esencia misma de la convivencia social.

Bertrand Russell está muy lejos de profesar un determinismo catastrófico, que contrae al hombre a un papel de mero autómatas, cual instrumento inconsciente de un proceso histórico inevitable sobre cuyo rumbo ninguna influencia puede ejercer. Bertrand Russell posee demasiada sustancia vital, inteligencia demasiado lúcida, carácter demasiado humano para dejarse arrastrar por ninguna especie de fatalismo. No desespera, por ello, ni ante los más sombríos síntomas: y, a su avanzada edad, que él no considera vejez, sino juventud prolongada, muestra preocupaciones urgentes, se aplica al estudio afanoso de las causas engendradoras de la decadencia social y sugiere soluciones constructivas.

De ahí el título de su nuevo libro, denominación *Nuevas esperanzas para un mundo en transformación*. Russell no ignora que la humanidad se enfrenta con problemas en extremo arduos. Pero lo peor, a su juicio, es que quienes no dudan, porque son cortos de inteligencia y de imaginación, adolecen de una torpeza desoladora; y quienes poseen imaginación y comprensión se dejan dominar por la duda y la indecisión.

Russell entiende que hay un punto de vista del hombre que puede proporcionarnos certidumbre y esperanza. Y eso es lo que trata de exponer en forma convincente y alentadora. Se dirige especialmente a los hombres de buena voluntad, a fin de que puedan trabajar con el mismo ardor que hasta ahora viene siendo patrimonio exclusivo de fanáticos crueles, y se esfuerza por ofrecer un sólido cuerpo de creencias que inspire tan firme convicción como la que anima a los secuaces del Kremlin.

Felicísima, a más no poder, es la incitación que nos formula para que abandonemos los ciegos impulsos del odio, los furiosos arrebatos de la venganza, la sádica complacencia en la crueldad. Porque con inspiraciones de índole negativa, no se ha resuelto nunca nada ni se logrará resolver jamás. El odio, la furia y la venganza pueden servir de eficaz instrumento a los fines infames de perversos conductores; pero es a costa de inyectar veneno en el cuerpo social y malograr toda obra constructiva. Y todavía peor que el mismo mal, son el acaloramiento, el espíritu de venganza, la violencia con que se acostumbra a combatirlo. Porque siempre hay algún modo de hacer las cosas sin recurrir a la fuerza bruta. Crear un mundo sin tales abominaciones es tarea, sin duda, extremadamente difícil; pero no imposible. Russell entiende que no está más allá de las posibilidades de la economía y la psicología combinadas.

Pero aquí importa formular una observación. La lógica razonadora de Russell, convincente y comunicativa casi siempre, pierde vigor, precisión y acierto cuando se interna en el campo de la economía. Cual ocurre con las mejores mentes, ha descuidado el conocimiento de la ciencia económica y tiene que atenerse a vagas concepciones, siempre superficiales y confusas, que impiden la correcta comprensión de los intrincados problemas de nuestro tiempo e incapacitan para la búsqueda de las soluciones adecuadas.

Su descuido en tan fundamental materia lo ha descarriado en el momento de las soluciones. Se ha percatado de que la humanidad posee hoy los medios de que todos podamos obtener la cantidad de bienes materiales que permiten la felicidad; mas no logra percibir que el fracaso en el logro de tan humano objetivo se debe a la viola-

ción permanente y flagrante de las leyes naturales que rigen el orden económico con la misma fuerza obligatoria que las que gobiernan el mundo físico.

Y ello resulta tanto más sensible cuanto que el propio Russell acierta plenamente al proclamar que el hombre moderno es dueño de su propio destino; que si sufre, se debe a su estupidez o su perversidad, no a un decreto de la naturaleza; y que la felicidad será suya si adopta los medios que tiene en sus propias manos.

CARLOS P. CARRANZA

La última obra de Upton Sinclair

El último de los diez volúmenes que componen la serie de Lanny Budd, escrita por el ilustre novelista norteamericano Upton Sinclair, se titula *¡Habla, oh pastor!* y nos lo ha ofrecido recientemente la Editorial Claridad de Buenos Aires, firma bien significada por sus valiosos servicios a la causa de la cultura y la libertad.

Fué origen de esta monumental serie un proyecto de novela, en la que Upton Sinclair se proponía recoger la síntesis de los principales acontecimientos de nuestra época. Pero la materia era tan vasta y tan compleja, que lo ideado como contenido de un solo volumen rebasó todos los planes y acabó por convertirse en una de esas novelas-rios tan características de la actual literatura.

Sinclair se sintió incitado a esta obra por la consideración de que la humanidad está viviendo uno de los períodos más críticos de su existencia. Se propuso componer un panorama completo de los grandes sucesos contemporáneos y ha consagrado más de diez años a la realización de su proyecto.

Aquel primer volumen, que fué núcleo de la magnífica serie, se tituló *El fin del mundo* y no pudo abarcar sino la etapa de 1913 a 1919, con Europa como principal escenario. Los sucesivos volúmenes, aparecidos en el transcurso de los doce años últimos, se denominan *Entre dos mundos*, *Los dientes del dragón*, *El ancho camino*, *Agente presidencial*, *La cosecha del dragón*, *Un mundo que ganar*, *Misión presidencial*, *Una clara llamada* y *¡Habla, oh pastor!*

Personaje central de la extensa serie es Lanny Budd, un joven norteamericano, nacido al terminar el siglo XIX, hijo y nieto de grandes industriales dedicados a la fabricación de arma-

mentos, con cuyos beneficios han logrado escalar las cimas de la fortuna y de la posición social. Pero el joven Lanny es una mente ágil y despierta que, desde muy temprano, se percata de las injusticias que abrumaban a la mayoría de los hombres en la actual sociedad y se convierte en un adepto decidido y consciente de las ideas emancipadoras. Inclinado al socialismo democrático, refleja a todas luces el pensamiento y los ideales del autor.

Lanny se aparta de las actividades de su padre y abuelo, se hace perito artístico para ganar su vida y se mezcla en los más importantes acontecimientos mundiales que se suceden desde el estallido de la primera guerra mundial hasta el término de la segunda.

Agregado auxiliar en la conferencia de Versalles, sus muchas y excelentes relaciones, con el complemento de sus actividades profesionales, le permiten penetrar en los gabinetes de los más altos dirigentes y en los salones de las clases más elevadas, así como ponerse en contacto con los personajes más salientes en todos los órdenes del mundo actual. Logra ser recibido y aun convivir con Hitler, Goering y Hess; frecuenta los círculos de los aristócratas y los políticos británicos que tan nefasta labor apaciguadora desarrollaron en el interregno entre las dos guerras; se relaciona con los más significativos miembros de las famosas « doscientas familias » que dominan la vida francesa; conoce a Mussolini; visita a Stalin en el mismo Kremlin, y a la vez mantiene enlaces constantes y presta ayuda tan eficaz como entusiasta a las fuerzas subterráneas que conspiran y luchan contra las dictaduras europeas.

De esa manera, Lanny Budd penetra en las más recónditas interioridades de la política y está siempre al tanto de los acontecimientos que se están forjando y van a producirse. Se convierte, pues, en un elemento informativo de primer orden, inapreciable para un gobierno. Así lo comprende el presidente Roosevelt y logra que Lanny acepte ser su agente confidencial. Las entrevistas entre ambos son de los más hermosos pasajes de esta estupenda serie.

A los grandes personajes históricos, presentados en sus rasgos verdaderos, con datos, circunstancias y anécdotas que muy pocos conocían, se mezclan personajes imaginarios, todos ellos reflejo y representación de la realidad social, política, militar, literaria y científica de nuestros días.

Los acontecimientos más salientes de esta agitada época, hasta el final de la segunda guerra, que se recoge en el volumen último, *¡Habla, oh pastor!*, van siendo referidos a través de las peripecias, las aventuras, las inter-

venciones de la agitada y peligrosa vida que lleva Lanny Budd, siempre colocado en primera línea de los espectadores, cuando no es el centro mismo de la acción.

El tema, como se ve, es de una amplitud, una hondura y una trascendencia que requerían un artífice consumado para su realización adecuada. Upton Sinclair ha sabido serlo de manera admirable y cabal. Pese a su desusada extensión, los diez volúmenes se leen con interés excitante y creciente. La parte histórica está insuperablemente combinada con la imaginada, sin que nunca se adviertan fisuras ni contrastes. El relato es un modelo de orden, claridad, amenidad y fuerza expresiva. Nunca se tropieza con digresiones, minucias intrascendentes ni descripciones farragosas. Y lo que es más importante, a través de todo el relato palpita la pasión por la libertad, la humana preocupación por el bienestar de todos, el espíritu más noble de justicia. Por todos conceptos, puede afirmarse, en conclusión, que la serie de Lanny Budd es una de las magnas construcciones literarias de nuestros días.

C. P. C.

Dos libros de Guillermo de Torre

GUILLERMO DE TORRE, uno de los escritores españoles más abiertos, más comprensivos de nuestros días, y más al corriente de la actualidad literaria y artística mundial, es también uno de los más calificados para hablarnos del drama de la intelectualidad española. Estos dos temas son los que alternan, se mezclan, se oponen y se completan en sus dos últimos libros.

Siempre ha habido en España dos corrientes contrarias: la que personifica Unamuno, que buscaba su inspiración en una España hostil a Europa, oponiendo la pasión a la razón, estableciendo el contraste entre San Juan de la Cruz y Descartes; y la que representa Ortega y Gasset cuando exclama: «¿Qué significa en la historia de la cultura humana nuestro San Juan de la Cruz, ese frailecillo incandescente, al lado de Descartes?» Mientras Unamuno, replegado en sí, a nadie interroga fuera de sí mismo, Ortega ve en la cultura europea la ocasión para renovar el espíritu español, el impulso bastante poderoso para provocar una regeneración positiva y para salvar a España de una verdadera asfixia.

Guillermo de Torre ha sabido ver muy bien los diversos aspectos de este conflicto, al estu-

diar en su *Tríptico del Sacrificio*, las tres grandes figuras de la intelectualidad española que fueron víctimas de la guerra civil: Miguel de Unamuno, Federico García Lorca y Antonio Machado. Ha sabido hablar con mesura y emoción de estos tres nobles escritores, que tan profundamente encarnan el espíritu tradicional de España. Unamuno que, por esencia, estaba siempre *en contra*, y que no podía callar su indignación ante los crímenes que veía a su alrededor, se encerró en su casa para no salir de ella hasta que le llevaron al cementerio.

García Lorca se había negado siempre a participar en toda manifestación política, y no pertenecía a ningún partido. Su ejecución ha quedado como el símbolo de todas las que tuvieron por víctimas a tantos inocentes, cuyo único crimen consistía en pasar por liberales y en no ir a misa. Estos mismos excesos — y los del otro campo, sobre los que proyecta una triste claridad el libro de Jesús Hernández *Yo fui un ministro de Stalin* — son los que demuestran hasta qué punto necesita España recobrar su unidad intelectual, rota arbitrariamente por la guerra civil. Y Guillermo de Torre es uno de los que pueden con más eficacia contribuir a restablecerla.

Federico García Lorca supo inspirarse, para su obra, en las tradiciones populares y en los aires vivificantes que venían de allende los Pirineos o de la otra orilla del Atlántico. Representaba, exactamente, a la España amoldada a los tiempos modernos, que continúa en íntima comunión con la del pasado.

Antonio Machado, la tercera gran figura que Guillermo de Torre estudia, es el poeta cuyos versos acuden fácilmente a nuestros labios cuando nos hallamos en una de esas pequeñas ciudades de Castilla o de Andalucía que parecen dormir hace siglos. Conozco Soria, donde vivió durante veinte años; Baeza, donde estuvo retirado, pequeñas ciudades que constituyen un placer para el turista que desea descubrir recuerdos del pasado, pero en las que la vida transcurre monótona y deprimente:

*En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.*

¿Acaso no era profético Antonio Machado, cuando anunciaba:

*...con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.*

Machado ha muerto en medio de la caravana de desterrados que pisaban la tierra del exilio;

él, que era un hombre afectuoso y pacífico, que siempre había vivido en la soledad y el silencio. Ha sido víctima de esa España del hacha, que quisiéramos ver abandonada y sustituida por una brazada de ramas de olivo.

En *La Aventura y el Orden*, Guillermo de Torre opone las dos tendencias que se enfrentan en la literatura, y también en la política: el espíritu de aventura, que es espíritu creador, el deseo de no repetirse, de alcanzar la originalidad, y el espíritu tradicionalista, que es el espíritu clásico. Oposición algo sucinta que, como la de Eugenio d'Ors, que siempre opone lo barroco a lo clásico, arriesga con frecuencia — y nuestra época lo atestiguará — verse contradicha por las obras. Guillermo de Torre se ha dado buena cuenta de ello. Verdad es que su estudio no tiene otra finalidad que iniciar una apología de la extraordinaria aventura que constituyó el cubismo.

Es interesante ver comentado por un español el movimiento cubista. No sin razón, Guillermo de Torre establece concomitancias entre Juan de Herrera, arquitecto de El Escorial, y el cubismo, sentando como principio que el cubismo es, ante todo, Picasso. Pero la calidad de español de Picasso ¿es verdaderamente lo que aquí se decide? El cubismo, nacido en Montmartre, en un ambiente de artistas y de estéticos, que conocían a Cézanne y la escultura negra, es un movimiento internacional de inspiración puramente intelectual, sin orígenes nacionales precisos. Pueden encontrarse precursores del cubismo en diversas manifestaciones completamente ajenas entre sí. Poseo un dibujo de Cambiasso que es en absoluto cubista. La arquitectura de Herrera, de rigor matemático, es, ante todo, un clasicismo de una sobriedad absoluta. Corresponde al anhelo de anulación y de momificación que Felipe II tenía. Pero ¿acaso este anhelo es el del pueblo español? No lo creo. El verdadero genio español se ha expresado en el arte visigótico, en el mozárabe, en el mudéjar, en el plateresco y en el barroco. Mientras Herrera construía El Escorial para Felipe II, se levantaban en Valladolid las portadas de San Pablo y de San Gregorio; y en Salamanca, la casa de las Conchas. El clasicismo de Herrera es contrario al genio español, y ha producido posteriormente numerosas obras frías y de afectada simetría; ha contrariado la expresión natural del temperamento español. Es lo contrario de la pasión de una Santa Teresa y de un San Juan de la Cruz, de un Montañés o de un Berruguete.]

Guillermo de Torre estudia a varios poetas de nuestro tiempo: Julio de Herrera y Reissig, este simbolista uruguayo casi desconocido en Francia, León Felipe, Walt Whitman, Supervielle,

Valéry, Rilke, que representan diversas tendencias de nuestro tiempo y que nuestro ensayista analiza con una elevación de miras, a la que muy complacido rinde homenaje.

GEORGES PILLEMENT

Filosofía de la saudade

LA Editorial Galaxia, de Vigo, que va camino de alcanzar su ambicioso propósito de convertirse en el más eficiente instrumento de difusión de la cultura gallega, cuenta entre sus recientes aciertos el de haber publicado un excelente estudio del joven escritor compostelano Ramón Piñeiro López, sobre la filosofía de la saudade (1). El sentimiento que gallegos y portugueses designan con el nombre de *saudade* — término que se emplea también en castellano, aunque la Academia Española se resista a incluirlo en el catálogo de voces en uso — se invoca a menudo para indicar otros sentimientos más o menos afines, en tanto que, a la inversa, se denomina a veces el contenido del vocablo *saudade* con otras palabras. Nace de aquí una confusión inicial que da lugar a que ensayistas y especuladores filosóficos no lleguen a vías de acuerdo al tratar de la *saudade*, que para unos es la nostalgia de la patria perdida, para otros la añoranza de la amada ausente y para algunos la *morriña*, melancolía o depresión del ánimo.

Deshacer esta confusión, concretar lo que es la *saudade* y cuales son sus diferentes formas, precisar sus concomitancias — y sus diferencias — con aquellos otros sentimientos es el primer cuidado a que Piñeiro López se consagra, con una claridad laudable, como labor previa, para estudiar luego la *saudade*, definirla, analizarla, asignarle un valor transcendental más alto que el de la *Sehnsucht* germánica y el de la angustia de Heidegger y llegar, con seguro método filosófico, a la conclusión fundamental de que partiendo del sentimiento de la *saudade* y a través de su perspectiva sentimental, el ser del hombre tiene un sentido ontológico positivo, que no es otro sino el de la realización de la libertad. Exégesis de la *saudade* enteramente original, atrevida y preñada de consecuencias, que el señor Piñeiro López formula con gran fortuna expositiva y que desde ahora queda entregada a las disputas de los humanos.

(1) Ramón Piñeiro. *Pra unha Filosofía da Saudade*. Galaxia, Vigo.

En la determinación de lo que es la saudade — sentimiento de singularidad, puro sentir espontáneo — discrepa el autor de otros distinguidos ensayistas gallegos, y a nuestro juicio es él quien está en lo cierto y quien ha sabido trazar con mano maestra los límites y jurisdicción — amplísimos — de un estado afectivo, que no es como algunos creen una vaga congoja, tristeza de enamorado solitario o nostálgico suspirar de expatriado por la patria lejana. No sería ya escaso mérito el de haber esclarecido así las cosas, allanado la ruta para ulteriores trabajos; pero ya va indicando que después de fijar el concepto de la saudade, el Sr. Piñeiro López ahonda con filosófico rigor en ese concepto, y no puede decirse de su libro que es una lucubración que se queda en el aire — como tantas otras — sino un discurso o carrera de pensamiento eficaz, en la que el corredor — o discurredor — llega muy lezано a la meta. Una meta que será, sin duda, punto de partida para nuevas y provechosas excursiones filosóficas.

Pra unha Filosofia da Saudade, ensayo escrito en buen gallego, sin complicaciones, con sobrio y limpio estilo, es la revelación de un espíritu especulador de gran penetración y lucidez. En breves páginas ha logrado hacer el Sr. Piñeiro López un estudio al que será obligado referirse en lo sucesivo cuando de la saudade se hable o se escriba, porque el autor ha fijado, creemos que definitivamente, este concepto, y ha dicho acerca de la saudade algo por completo nuevo, que inviste a este sentimiento de magnitud y nobleza hasta ahora insospechadas.

Sean estas líneas testimonio de que el positivo valer y el laudable esfuerzo de síntesis que supone tan importante estudio, no han pasado inadvertidos fuera de las tierras galaico portuguesas, en las que suponemos habrá tenido una amplia resonancia.

C. A.

Un gran poeta del Ecuador y de América

JORGE CARRERA ANDRADE, el distinguido poeta ecuatoriano de estatura continental, no precisa ser presentado. El público hispanoamericano amante de las bellas letras lo conoce sobradamente. No en vano el poeta tiene tras de sí un itinerario poético bien recorrido, en el que ha ido dejando con toda regularidad sus huellas indelebles merced a un buen número de obras que son a la par expresión de su genuina inspiración y de su contacto con la vida. En

efecto, puede decirse que si su obra lírica es de gran valor, lo es justamente a causa de su riqueza metafórica y de los sentimientos humanos que la enlajan.

Este gran poeta, diplomático de carrera, ha aprovechado bien sus peregrinaciones por el mundo. Así, puede decirse que su poesía es entredicho y sobre todo el resultado concreto de una experiencia vital; poesía en la que con palabras claras y precisas, alejadas de toda oscuridad, expresa sus reacciones sensoriales ante las cosas:

*Las cosas, o sea la vida,
todo el universo es presencia...*

Actitud esta que corresponde en general a la del hombre de América, a la de ese hombre nuevo que nos crvía uno y otro día en lenguaje realista — ¿y cómo podría ser de otro modo? — el mensaje eterno de su tierra, y con el cual no podemos por menos que sentirnos plenamente solidarios.

Los títulos de algunos de sus libros son: *El estanque inefable* (1922), *La guirnalda del silencio* (1926), *Boletines de mar y tierra* (1930), *Rol de la manzana* (1935), *Biografía para uso de los pájaros* (1937), *Registro del mundo* (1940), *Paris secreto* (1940) y *Lugar de origen* (1951). El más reciente de todos, *Familia de la noche*, vió la luz en París hace sólo unos meses. En él, inútil el decirlo, se evidencia una vez más el dominio magistral del verso y la perfección de la expresión alcanzada por Jorge Carrera Andrade, este gran poeta del Ecuador y de América.

I. I.

Cuentos y leyendas de los países de Iberoamérica

El escritor y traductor Pierre Berthelin desea recibir para su eventual versión al francés, toda clase de leyendas y cuentos iberoamericanos, inspirados principalmente en motivos indigenistas u otros con destino a los niños, inéditos o publicados en español y en portugués. De acuerdo con los autores, los trabajos que sean retenidos tienen grandes posibilidades de ser editados en francés y en otros idiomas. Los manuscritos o libros deben de ser dirigidos a la dirección siguiente: Monsieur Pierre Berthelin, 17 rue du Mont-Cenis, Paris (18^o), Francia.

VIDA DEL CONGRESO

EL CONGRESO DE MUSICA CONTEMPORANEA

El Centro Europeo de la Cultura, en colaboración con el Congreso por la Libertad de la Cultura y con la Radiotelevisión Italiana, organiza en Roma, para los días del 4 al 15 de abril próximo, una Conferencia Internacional de Música Contemporánea bajo este enunciado: « Situación de la música en el siglo XX ».

Componen el Consejo Musical los siguientes señores: Samuel Barber, Boris Blacher, Benjamín Britten, Carlos Chávez, Luigi Dallapiccola, Arthur Honegger, G. F. Malipiero, Franck Martin, Darius Milhaud, Igor Stravinsky, Virgil Thomson y Hector Villa-Lobos. En el Comité Ejecutivo figuran las siguientes personalidades: Boris Blacher, Luigi Dallapiccola, Guido M. Gatti, Fred Goldbeck, Mario Labrocca, Igor Markevitch, Denis de Rougemont, Henri Sauguet, Virgil Thomson, G. F. Zaffrani. Secretario General: Nicolás Nabokov.

Habrá seis debates públicos sobre la música contemporánea, bajo los enunciados siguientes: (1) La Música y la Sociedad Contemporánea; (2) Estética y Técnica; (3) Compositores, Intérpretes y Auditores; (4) Música y Política; (5) El Compositor y la Crítica; (6) El Porvenir de la Opera.

En un concurso internacional serán atribuidos los premios de « La Obra del siglo XX ». Serán ejecutados siete conciertos sinfónicos, seis conciertos de Música de Cámara y dos óperas en primera audición.

En fin, se interpretarán obras de los siguientes maestros: Georges Auric, Samuel Barber, Alban Berg, E. Carter, A. Copland, C. Delvincourt, G. Von Einem, Manuel de Falla, Giovanni Gabrieli, P. Hindemith, Arthur Honegger, Janacek, Z. Kodaly, Koechlin, G. F. Malipiero, Olivier Messiaen, Darius Milhaud, Monteverde, Francis Poulenc, Prokofiev, V. Rieti, Henri Sauguet, Erik Satie, D. Chostakovitch, Igor Stravinsky, V. Thomson, E. Varese, etc., y 12 primeras audiciones de obras compuestas para el Concurso Internacional.

La Secretaría General se encuentra en el n° 6, Via del Teatro di Marcello, Roma.

Este magno Congreso musical ha despertado un gran interés entre todos los profesionales y los melómanos en general. Pocas veces se ha ofrecido la ocasión de juntar a tantos maestros para que discutan sobre los problemas que afectan más directamente a la música en nuestro

tiempo; y pocas veces han tenido los músicos jóvenes ocasiones como esta, para evidenciar su valor.

CHILE

El profesor Nicolai, presidente del Comité chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura y figura de renombre universal, ha cumplido sus 80 años el 6 de febrero del año en curso. Con tal motivo, el Comité de Santiago le ha organizado un simpático homenaje, que ha recogido numerosas adhesiones en los medios



intelectuales chilenos. Dicho Comité ha publicado asimismo, con ocasión de este aniversario, una edición de « Ciencia y Cultura », de la que es autor el profesor Nicolai.

Cuadernos se adhiere afectuosamente al homenaje y le desea al profesor Nicolai largos años de vida, en bien de la Cultura y de la Libertad.

*

Con asistencia de 350 personas, ha quedado constituido el Comité del Congreso por la Libertad de la Cultura de la importante ciudad de Valparaíso. Asistieron en representación del Comité de Santiago el profesor Nicolai, Alejandro Magnet, Jorge Letelier y Miguel González Inestal. Ha sido nombrado secretario del Comité de Valparaíso Fernando González Ruiz.

La prensa del importante puerto chileno le ha concedido gran importancia a la constitución del Comité y a la conferencia que con tal motivo pronunció Alejandro Magnet.

NUESTRO CARNET

- GABRIELA MISTRAL, la insigne poetisa chilena, Premio Nóbel de literatura, autora de numerosos libros de poemas, honra las páginas de *Cuadernos* con una de sus bellas poesías.
- IGNAZIO SILONE, el gran novelista italiano, responde con gracia y agudeza a un curioso cuestionario sobre problemas diversos.
- LUIS ARAQUISTAIN, nuestro asiduo colaborador, ofrece en este número un penetrante ensayo acerca de la vida y muerte de Servet.
- JUAN LISCANO, joven escritor venezolano, estudia la obra de Rómulo Gallegos, con el que se halla tan identificado en todos los órdenes.
- MANUEL SUAREZ-MIRAVALL, ensayista peruano, crítico de arte y director de la revista *Idea*. Es autor de varios libros.
- SUSANA REDONDO, escritora cubana, Secretaria de Redacción de la *Revista Hispánica Moderna*, profesora en la Universidad de Columbia, de Nueva York.
- JOAQUIN CASALDUERO, profesor en la Universidad de Nueva York, autor de varias obras, entre otras: *Vida y obra de Galdós*, *Sentido y forma de las Novelas ejemplares* y *Cántico de Jorge Guillén*.
- JORGE CARRERA ANDRADE, gran poeta ecuatoriano, de vasta obra poética. En la actualidad reside en París, formando parte de los servicios de la UNESCO.
- EUGENIO FLORIT, poeta cubano, uno de los directores de la *Revista Hispánica Moderna*. Profesa en la Universidad de Columbia, de Nueva York.
- EUDOCIO RAVINES, periodista peruano, autor de un libro titulado *La gran estafa*, en el que refiere su paso por el comunismo.
- LUCIEN LAURAT, escritor francés, especialista en las cuestiones económicas rusas. Es autor de varias obras.
- JOSE Ma. DE SEMPRUN GURREA, escritor español; reside desde hace años en Italia.
- FERNANDO DIEZ DE MEDINA, escritor boliviano, autor de diversas obras, entre otras una historia de la literatura boliviana. Presidió la Comisión de reforma de la enseñanza en su país.
- EUGEN RELGIS, conocido humanista rumano, autor de varios libros; reside actualmente en Uruguay.
- MANUEL GAMIO, director del Instituto Indigenista de México. Su obra es muy importante.
- MARIO PEDROSA, escritor brasileño, crítico de arte. En su artículo ofrece un panorama de la II Bienal de Sao Paulo.
- GEORGES PILLEMENT, conocido hispanista francés, autor de varios libros y numerosos ensayos sobre la literatura y el arte españoles.

CUADERNOS

ha adquirido un cierto número de ejemplares de la edición francesa de « *La Grande Trahison* », el sensacional libro de Jesús Hernández sobre la intervención del Kremlin en la guerra civil española. A aquellas personas que nos manden, además de la suya, otra suscripción a la revista, a título de obsequio y libre de gastos de poste les enviaremos un ejemplar de este libro, cuyo precio en librería es de 495 francos.

SUR

Revista bimestral

Dirigida por

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración :
San Martín, 689 - BUENOS AIRES

Precios :

Argentina :

Suscripción anual \$ 50 arg.

Número suelto \$ 9 »

Otros países :

Suscripción anual 5 dól. USA

Número suelto 0,50 dól. USA

CUADERNOS

admite suscripciones en las direcciones siguientes :

LIBRERIA MADRID
Bmé. Mitre, 950
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRAIRIE FRANÇAISE
Estado, 36
SANTIAGO (Chile)

EDITORIAL DEL PACIFICO
Ahumada, 57
SANTIAGO (Chile)

HECTOR D'ELIA
18 de Julio, 1333
MONTEVIDEO (Uruguay)

LA VOZ DE ESPAÑA
Rua Dr. Luiz Barreto, 104
SAO PAULO (Brasil)

DELEGACION DEL CONGRESO
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
Rua México, 158, Sala 304
RIO DE JANEIRO (Brasil)

LIBRERIA SUMA, S. A.
Calle Real de Sabana Grande, 102
CARACAS (Venezuela)

LIBRERIA ARIEL
Donceles, 91
MEXICO, D. F.

ASOCIACION DE ARTISTAS
Y ESCRITORES AMERICANOS
Ave. de los Presidentes, 52
Apartado 1969
LA HABANA (Cuba)

LIBRERIA IBERO-AMERICANA
Avenida "B" n° 32
PANAMA (R. de P.)

LIBRERIA CARLOS HIRSCH
Florida, 165
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRERIA YERBA BUENA
Casilla de Correo 131
**SAN MIGUEL DE TUCUMAN
(Argentina)**

LOS AMIGOS DEL LIBRO
Calle Perú esq. España
COCHABAMBA (Bolivia)

LIBRERIA MEJIA BACA
Jirón Azángaro, 712
LIMA (Perú)

LIBRERIA GUATEMALA
5a Ave. Sur N° 1-A
CIUDAD DE GUATEMALA (Guatemala)

INSTITUTO DEL LIBRO
Calle 5a. N° 5-08
POPAYAN (Colombia)

LIBRERIA UNIVERSITARIA
Frente a la Embajada Americana
SAN JOSE (Costa Rica)

AGENCIA INTERNACIONAL
DE LIVRARIA ET PUBLICAÇÕES
119, Rua S. Nicolau
LISBOA (Portugal)

BUCHHANDLUNG ZUM ELSASSER
A. G.
vormals Albert Müller
Limmatquai, 18
ZURICH (Suiza)

EUSEBIO VALDES
Carrera 12, 13-55
BOGOTA (Colombia)



PREUVES

REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY

Secrétaire général : JACQUES CARAT

23, rue de la Pépinière, Paris (8^e)

Tél. : EUR. 55-15 à 17. — C. C. P. 178-00 Paris

Le numéro : France et Union Français : 120 fr. - Etranger : 150 fr.

ABONNEMENTS

France et Un. Fr. un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.

Etranger un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

ENCOUNTER

*Edited by STEPHEN SPENDER
et IRVING KRISTOL*

April 1954

- Churchill as parliamentarian Woodrow WYATT
- Letter from Norway.. George MIKES
- The word and the machine W. H. AUDEN
- Ghost autobiography. Christopher SYKES
- Uncle Bertie : a story Dannie ABSE
- Democracy and its discontents : Germany Norbert MUHLEN

Communications. Books

Please address all correspondence to :
" ENCOUNTER ", PANTON HOUSE,
25 HAYMARKET, LONDON, S. W. 1.

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della
Cultura, piazza Accademia di San Luca
75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural
Freedom, Manekji Wadia Building, 127,
Mahatma Gandhi Road, Bombay !

FORVM

Osterreichische Monatsblätter für Kultu-
relle Freiheit.
WIEN VII
Museumstrasse 5.

Julio-Agosto 1954

B.O.I.C

REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

7

Manuel Kant
Retorno a Tipasa
Savonarola, Maquiavelo y Vespuccio
En prosa
Calixto Garmendia
El convidado de piedra
La obra de Cela
El hombre soviético
Pío Baroja y su novela
El realismo de Salvador Díaz Mirón
Bolivia, un país de misterio

KARL JASPERS
ALBERT CAMUS
GERMAN ARCINIEGAS
JORGE GUILLEN
CIRO ALEGRIA
E. CABALLERO CALDERON
ARTURO BAREA
MANES SPERBER
S. SERRANO PONCELA
FRANCISCO MONTERDE
LUIS TERAN GOMEZ

Otros textos de :

LUIS DE ZULUETA, GUILLERMO DE TORRE, LUIS ALBERTO SANCHEZ,
P. BARTON, ROMULO BETANCOURT, GRANVILLE HICKS, VICTOR ALBA,
STEFAN BACIU, DAPHNE WHITTAM, ETC.

H.P. 5725

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont.

Secretario general : Nicolás Nabokov

REPRODUCCION DE LOS TEXTOS DE CUADERNOS

Venimos observando que diversas publicaciones iberoamericanas reproducen con cierta frecuencia artículos de Cuadernos como si fuesen colaboraciones especiales suyas. No tenemos nada que objetar a dicha reproducción. Sin embargo, nos oponemos terminantemente a que se deje de citar la referencia de origen, tanto por lo que se refiere a las reproducciones totales como a las parciales.

CUADERNOS



NUMERO 7

REVISTA BIMESTRAL

JULIO-AGOSTO 1954

SUMARIO

Manuel Kant.....	KARL JASPERS	3
Retorno a Tipasa	ALBERT CAMUS	9
Entre Savonarola y Maquiavelo había un demócrata : Vespucio	GERMAN ARCINIEGAS.....	14
Reflexiones sobre el hombre soviético	MANES SPERBER.....	25
Pío Baroja y su novela	S. SERRANO PONCELA.....	30
En prosa	JORGE GUILLEN.....	37
La obra de Camilo José Cela	ARTURO BAREA	39
Calixto Garmendia	CIRO ALEGRIA.....	44
El realismo de Salvador Díaz Mirón.....	FRANCISCO MONTERDE.....	49
Andrés Bello y la unidad del idioma español	GUILLERMO DE TORRE.....	54
Mis recuerdos del Führer	LUIS DE ZULUETA	59

Problemas de nuestro tiempo

La Conferencia de Caracas, hora crítica del panamericanismo.....	ROMULO BETANCOURT	64
Intervención de la U. R. S. S. en la economía de sus satélites	PAUL BARTON.....	69

Cultura y libertad

El convidado de piedra.....	E. CABALLERO CALDERON..	73
Efectos de la industrialización en un pueblo de los Estados Unidos.....	GRANVILLE HICKS	78
In memoriam : Jorge de Lima	STEFAN BACIU	84

3108

Crónicas

El movimiento comunista en la América Latina	LUIS ALBERTO SANCHEZ ...	87
Un país de misterio en el corazón de América del Sur	LUIS TERAN GOMEZ	92
El primer ministro hace una película	DAPHNE WHITTAM	95

Artes plásticas

Joaquín Peinado	MICHELLE STUART BARTOLI.	99
-----------------------	--------------------------	----

Lecturas

Leopoldo Zea, redescubridor de América, por VICTOR ALBA. — La nueva obra de Francisco Romero, por CARLOS P. CARRANZA. — « Huasipungo » de Jorge Icaza, por C. P. C. — Los delincuentes en la literatura y en el arte, por CESAR ALVAJAR. — De los poetas a la poesía, por LUIS LOPEZ ALVAREZ. — « Siempre en capilla », de Luisa Forrellad, por ANDRES DALE		102
---	--	-----

Vida del Congreso. — Nuestro Carnet. — Correspondencia.

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>	<i>Países de Iberoamérica :</i>
Número suelto ... 125 francos	Número suelto.. 0,50 dólares USA
Suscripción anual . 650 »	Suscripción anual 3. - » »
(6 números)	(6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

MANUEL KANT

(En el 150 aniversario de su muerte)

POR KARL JASPERS

EN un libro de lectura que se utilizaba en las escuelas alemanas allá por 1890, había una poesía que empezaba así : « Todos los niños saben que el imperativo categórico fué inventado por Kant ». Actualmente ya no es así. La influencia de los grandes cambia en el curso de la historia. En 1900, Kant constituía aún la base de la enseñanza filosófica en todas las Universidades alemanas. Pero el espíritu del pueblo alemán no estuvo nunca tan alejado de Kant como durante la etapa de la dominación hitleriana. Hoy, a pesar de que en la filosofía académica el nombre de Kant tiene un valor de tradición, se observa el mismo apartamiento. Los profesores de filosofía escriben todavía obras sobre Kant ; pero el espíritu de este filósofo parece haberse hundido. Prueba de ello es que se encuentran muy pocos de sus libros a la venta.

¿ Puede atribuirse este hecho al carácter de su filosofía ? Las principales obras de Kant sólo pueden comprenderse mediante un estudio profundo. Muchos estudiantes han renunciado a ello. Pero el que llega a compenetrarse con esta filosofía adquiere una claridad de visión que no podría alcanzar en ninguna otra parte, y todas las demás filosofías le serán en adelante más asequibles. El que logra

trazar hasta esa eminencia, no sólo domina las otras cumbres en el vasto horizonte que se ofrece a sus ojos, sino que puede escalarlas sin dificultad.

Sin embargo, Kant no se propuso destinar su obra solamente a unos pocos, como sucede a veces con las matemáticas superiores o con el estudio de las antiguas lenguas orientales. Antes bien consideró que en la filosofía, en tanto que « concepto restringido de escuela », se encuentra el fundamento de una ideología, cuyo objetivo es la filosofía como « concepto universal », es decir la filosofía para todos. Puesto que la filosofía interesa al hombre en tanto que hombre, mientras que la escuela sólo tiene valor en la medida en que sirve a la filosofía.

Kant condensa esta filosofía del concepto universal en tres preguntas, pero su enseñanza fundamental requiere indiscutiblemente una escuela. Estas preguntas se pueden resumir del modo siguiente :

Primera : ¿ Qué puedo saber ? Tengo enfrente de mí lo que pienso. Acepto esta existencia tal como se presenta, si es que yo lo sé. En tanto que ser pensante ¿ en qué medida me incumbe el objeto pensado ?

Yo no soy el objeto. Pero, ¿ en qué relación se halla éste conmigo ? Si digo que lo represento, en realidad no tengo sino representaciones. Y únicamente podré comparar representaciones con representaciones, pero nunca una representación con el objeto propiamente dicho. No lo tengo más que en la forma en que existe para mí, no como existe en sí mismo. Todo lo que conocemos se encuentra en la zona que separa al ser pensante de la cosa pensada. En conjunto, el universo comprendido en esta zona es una representación de la existencia, pero no es la existencia misma. Por medio de nuestra experiencia, fundada en principios admisibles, tenemos un conocimiento seguro de los objetos en su representación, pero no sabemos nada de la « cosa en sí ».

Segunda : ¿ Qué debo hacer . Mis actos tienen siempre una causa. ¿ Por qué quiero algo ? ¿ Por mi deseo de vivir, porque me complace y me satisface ? Puedo preguntarme si el placer merece la pena, si la vida tiene algún sentido, si la causa tiene una causa final. Es decir : pregunto acerca de la razón absoluta de mi actuación, a la que están sometidas, como condición, todas las causas particulares. O bien : Pregunto lo que quiero o lo que debo hacer, no casualmente, sino exactamente. Y Kant contesta : todos los actos se hallan sometidos al postulado absoluto, que él denomina imperativo categórico. Actúa de tal modo, dice, que el principio que motive tus actos pueda servir de ley general para todos. O dicho en otras palabras : actúa de tal modo que puedas querer un universo en el que todos actúen según el principio en que se basa tu actuación presente. O bien : actúa como si por tu forma de actuar participaras en la creación del universo, que no es en absoluto como es, sino ni siquiera como ha de ser. Este postulado me afecta, pero no desde fuera, sino que procede de mi propia razón.

Tercera : ¿ Qué puedo esperar ? Nuestro conocimiento no alcanza la existencia propiamente dicha. De ahí que ningún conocimiento pueda darnos satisfacción definitiva. Nuestra conducta moral no



KARL JASPERS

tiene en modo alguno como consecuencia la felicidad en la existencia, por cuanto que el mundo está lleno de injusticia. Pensamos que la felicidad debería corresponder al que moralmente la merece. Pero en el mundo, la felicidad y el merecimiento de la felicidad no están en relación directa, lo que constituye para nosotros un motivo de perplejidad. Y también : nos esforzamos con buena voluntad para llegar a la perfección en un sentido puramente moral, pero no lo conseguimos, lo que constituye para nosotros un motivo de desesperación, por cuanto que no alcanzamos la meta antes de morir. Y entre ambos extremos se halla la pregunta : ¿ Qué puedo esperar ? Kant contesta : nada sobre la base de un conocimiento cualquiera, pero todo de nuestra conducta moral. Si nuestra conducta es moral, hallamos en su misma práctica que los conceptos Dios, Libertad e Inmortalidad no están vacíos de sentido. Son postulados de nuestra razón moral. Y aun careciendo nosotros de conocimientos y sin ninguna representación adecuada, pueden

satisfacer nuestra esperanza. Pero sólo a condición de obedecer a la ley moral que la razón ha creado.

Kant ha reducido finalmente las tres preguntas a una sola : ¿ Qué es el hombre ? Sólo podemos orientarnos en el centro que constituimos nosotros mismos, en el que habrá de verificarse todo lo que es para nosotros. Aquí es donde se confirma todo lo que es verdad, ya por la experiencia, ya por los actos. Seguimos siendo seres humanos. No existe ningún lugar donde podamos al mismo tiempo contemplar al hombre y prescindir de él, como si no fuéramos seres humanos, como si fuéramos Dios. Cuando queremos ir más allá de los límites de la existencia humana, caemos en un abismo sin fondo, nos perdemos en la inmensidad y llegamos al error. Por eso dice Kant : « Si existe alguna ciencia que el hombre necesita verdaderamente, es la que yo enseño, y que consiste en ocupar debidamente el lugar que la naturaleza ha designado al hombre, y desde donde puede aprender lo que se debe ser para ser un hombre ».

*

El mundo del racionalismo desbarató los valores tradicionales al tratar de fundar la verdad solamente en la razón. Habíase liberado de las representaciones materiales de un mundo sobrenatural, autoritariamente defendidas, que habían acabado por someter al hombre a la opresión de los príncipes y de los clérigos, lanzándolo a los sangrientos desórdenes de las guerras de religión. Cada partido creía ser el único que estaba en posesión de la verdadera fe y que, por ser de revelación divina, tenía que imponer por la violencia. Pero el racionalismo al liberar de esos horrores a la humanidad la sumió en una nueva prisión, la prisión moderna del conocimiento por la razón, como autoridad absoluta. Este falso racionalismo tiende a considerar todas las cosas desde el punto de vista utilitario, en el supuesto de que su realización sea posible. Primero se hizo intolerante en la lucha espiritual. Después, trazando un plan de conjunto, trató de tomar por la fuerza la dirección

de las cosas humanas, siguiendo el ejemplo del Terror, que transformó el sentido de la Revolución francesa en lo contrario de lo que era en su origen, y terminó siendo el totalitarismo de la intriga.

Kant liberó espiritualmente de esta nueva prisión del falso racionalismo. Para ello fué necesario confirmar todas las posibilidades de nuestra razón. Kant fundaba el pensamiento en la razón, que es la condición previa indispensable para el entendimiento, pero no el origen de toda verdad. Pues el entendimiento tiende a tomar por realidad todo lo pensado y a considerar sus fines como los únicos naturalmente posibles y verdaderos. Kant creó una ideología que somete a la crítica al propio entendimiento y no sólo le señala su derecho, sino también sus limitaciones. Es el camino de la filosofía, que va más allá del entendimiento, aunque sin abandonarlo, precisamente por dejar su libertad de movimientos a la razón. Se puede llamar a Kant el perfeccionador del racionalismo, pero también su vencedor. Perfeccionador en el sentido de haber favorecido hasta el máximo las posibilidades del entendimiento y de la razón ; vencedor por haber comprendido las limitaciones, no sólo del entendimiento, sino también de la razón. Kant ha abierto una brecha en los fundamentos del racionalismo.

Para sus contemporáneos, Kant hace figura de demolidor, por haber disuelto la metafísica tradicional en sus formas dogmáticas y haber interpretado la experiencia en el mundo como el único terreno accesible para nuestro conocimiento. Pero por encima de toda experiencia, el mismo Kant elevó nuestro pensamiento hasta las ideas que determinan nuestro libre albedrío. Nos dió un fundamento lógico en lo sobrenatural, a partir del cual realizamos lo que en el mundo puede ser ante todo objeto de la experiencia. La definición de nuestra conducta requiere, como medio, la noción de la experiencia que a su vez se funda en el precepto ético. Pero el hecho de invocar la experiencia, de servirnos de la experiencia hasta para condenarla, significa privarnos, nosotros mismos de la li-

bertad que nos ha sido otorgada. Nosotros no reconocemos lo sobrenatural, sino que nos aseguramos de lo sobrenatural mediante el sentido de nuestros actos.

Kant ha dado a su filosofía el nombre de filosofía crítica, y reivindica la utilidad de lo negativo. La disciplina de la razón debe ceder el sitio a la verdad y a la realidad, destruyendo las ilusiones y las quimeras y evitando el abandono de la posición humana. Kant ha buscado en la filosofía el origen de lo sobrenatural, por medio de la disciplina de la razón, ha afirmado inexorablemente a lo sobrenatural en su pureza, sin apoyarse en ninguna falsa representación material. Kant aplica este método lo mismo a lo moral que a lo religioso. « Probablemente, escribe, no existe en el Libro de la Ley judaica una idea más elevada que el precepto que dice : No harás para tí ninguna figura, ni tampoco ninguna imagen ».

Kant ha penetrado con su luz toda la razón humana, reconociendo su poder así como sus limitaciones. Corresponde a la razón encontrar en sí misma la instancia superior, al mismo tiempo que las limitaciones. La razón se afirma en el racionalismo, que por medio de la actuación moral, adquiere la seguridad del fundamento sobrenatural ; y está abierta a todo lo que ella puede experimentar legítimamente. La única contradicción verdadera que se puede oponer a Kant se halla en la actitud que, no solamente ve las limitaciones de la razón, sino que quisiera también destruir el derecho y con ello la razón misma, en beneficio de una autoridad que sólo acepta la obediencia y de una materialización de lo sobrenatural. Kant estudia esta contradicción bajo los títulos : exaltación, fanatismo, dogmatismo.

*

Para un hombre de esta condición era de un interés palpitante conocer el futuro de la humanidad. La política y la educación son las que determinan el porvenir. La Revolución francesa y las nuevas tentativas pedagógicas son las únicas realidades de su época que dieron ocasión a

Kant para hacer manifestaciones comprensivas. Nunca traicionó el origen de la Revolución francesa, a pesar de que ésta, al transformarse en el Terror, perdió toda su significación. « Estas cosas no se olvidan », escribía Kant años más tarde, cuando se le reprochaba ser jacobino. No se olvida que la razón humana y la buena voluntad han tratado de justificar una organización de la situación social, amparándose en la idea de la libertad, y una legalidad, haciendo víctimas. Kant es un pensador político de primera fila. Las ideas de un gobierno republicano libre y de una paz eterna excitaron su pasión. No daba por sentado que llegaran a realizarse nunca por completo. Pero consideraba que la misión del hombre era una aproximación constante a la idea, sin suponer por ello que se fuera a conseguir inmediatamente con la aplicación de un programa, sino mediante la evolución de la mentalidad. Era necesario meditar y aclarar las condiciones y las formas precisas de la libre convivencia y de la paz. Kant no lo hizo escribiendo textos clásicos. Sus apasionadas disertaciones « ¿ Qué es el racionalismo ? » y « Para la paz eterna » siguen teniendo actualidad y siendo fácilmente comprensibles.

Conviene no perder de vista que la filosofía de Kant, tan clara y tan universal, tan atenta a las cuestiones humanas, parece sustraerse a una comprensión unánime. Cuando Kant era famoso se le comprendía, o se aparentaba comprenderle, y con frecuencia se repetían frases suyas ; o no se le comprendía y se le repudiaba y escarnecía con indignación ; o bien, aún sin comprenderle, se sentía que su filosofía contenía algo definitivo, digno de tenerse en cuenta, y que merecía todos los esfuerzos que se hicieran para llegar a su comprensión.

La dificultad consiste en que, para comprender esta filosofía, no basta la razón, ya que en su conjunto no se presenta como como una proposición matemática, cuya solución puede obtenerse a fuerza de operaciones complicadas. Antes bien se trata en ella de alcanzar, dentro de lo inteligible objetivo, algo no objetivo ; de rea-

lizar con el pensamiento una revolución en la manera de pensar, un cambio de frente espiritual. El que penetra la filosofía de Kant con un entendimiento bien dispuesto, siente una conmoción de la inteligencia. Esta inteligencia no es una visión mítica, ni tiene tampoco carácter de revelación, sino que trasciende al pensamiento la especulación del entendimiento con la razón.

La influencia que Kant ha ejercido sobre los filósofos se ha manifestado hasta ahora bajo dos formas : primero, en el idealismo alemán, representado por Fichte, Schelling, Hegel ; segundo, en el neokantismo, desde 1860, aproximadamente, hasta la primera guerra mundial.

En su juventud, Fichte y Schelling se referían con entusiasmo a Kant, que les había liberado. Schelling lo consideraba como una aurora de la filosofía, pero añadía inmediatamente : ahora tiene que salir el sol. En realidad, lo que causó el abandono de la razón kantiana y acabó con el llamado derrumbamiento del idealismo alemán fué, una fascinación genial. Pero cuando, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se fué substituyendo esta filosofía con el materialismo, igualmente exento de crítica, pero espiritualmente pobre y descuidado, los naturalistas y los profesores de filosofía se pusieron a la defensiva, gritando : « ¡ Hay que volver a Kant ! » Pero, ya por entonces, las ciencias habían alcanzado la máxima autoridad y eran las únicas portadoras de la verdad aplicable a todos los fines humanos. Esta es la razón de que los renovadores de Kant sólo buscaran y encontraran en este filósofo el fundamento y la justificación de esas ciencias. El neokantismo señaló sólo el conocimiento como última tarea posible de la filosofía, generalmente desdeñada, convirtiéndola de este modo en servidora de la ciencia. En ambas asimilaciones kantianas, Kant pasó a ser el testigo principal de un espíritu que ya no era el suyo.

Kant deseaba que el sendero que había emprendido se convirtiera para su causa en una gran ruta estratégica. Su contenido debía pasar de « concepto restringido de

escuela » a ser una filosofía con carácter de « concepto universal ». Este es el problema que todavía no se ha resuelto.

*

Las conmemoraciones de los aniversarios son sintomáticas del espíritu de los tiempos. En 1804, cuando murió Kant, apenas se levantó alguna voz para exaltar su recuerdo. Sólo Schelling, entre los grandes, le dedicó unas palabras. Sin embargo, el espíritu de Kant seguía presente en muchos medios culturales ; pero el filósofo, estando aún en vida, había tenido que retirarse ante el resplandor de las nuevas filosofías. En 1824, el centenario de su nacimiento pasó inadvertido. En cambio, en 1904, en que se cumplían los cien años de su muerte, su fama fué objeto de solemnes conmemoraciones en toda Alemania. Muchas publicaciones aparecidas en su honor, ilustraron el punto culminante del neokantismo. Y por último, en 1924, si bien en Alemania se celebró ruidosamente el 200 aniversario del nacimiento de Kant, y hasta se emitieron sellos de correo con su efigie, eran muy pocos los que le conocían. Sólo representaba el nombre famoso, con el que se robustecía el orgullo nacional.

Comparando los signos exteriores observados en los años 1804 y 1924, encontramos que : en 1804, una moneda conmemorativa de Kant representaba la imagen de un genio que sujetaba a unos buhos por las riendas, y alrededor de estas figuras se leía la frase siguiente : Domaba a los pájaros de las tinieblas y sembraba la luz. (« Lucifugas domuit volucres et lumina sparsit ») ; se reconocía la razón y la claridad de Kant. En 1924, se había grabado en una moneda una frase del filósofo : « Me interesa dar un piloto a la metafísica. » De las sombras de lo absurdo surgía el doble sentido, aparentemente favorable a Kant, pero en realidad, contrario. En la moneda de 1804, aparecía en el espacio, entre estrellas, un globo majestuoso, y encima del globo un barco ; pero todo ello envuelto en nubes. En la primera época se representaba la labor del hombre insignificante y la confianza en el éxito, gracias a la razón progresiva ; ahora se veía una

imagen pomposa del universo, envuelta en sombras. También el modo de representar su cabeza es fundamentalmente distinto. En 1804, observamos el busto de Hamburger, que muestra al pensador de espíritu animoso, fuerte, sereno, y con una clara disciplina. En cambio, en 1924 surge la imagen de Kant como pensador de rostro amable, pero torturado y con vestidos rococó.

¿Y en la actualidad? Ya no se podrá hacer nunca más un programa para la filosofía del porvenir. Habrá que prepararlo cada vez, asimilando una tradición elevada. Y jamás se podrá prever lo que el pensamiento filosófico llegará a ser realmente. Tendremos que adaptarlo cada vez por nuestra cuenta. Actualmente, en la era de la técnica, gracias a la transformación radical de todas las condiciones de la vida humana, las tradiciones se hallan sin defensa, cuando no acaban sencillamente por caer en el olvido. Kant aparece todavía entre las figuras relevantes, que quieren ser oídas, pero que tal vez están a punto de hundirse en el horizonte para mucho tiempo.

Luchamos con todas nuestras fuerzas para que esto no suceda, y podemos decir: con sus obras, Kant ha dado en la filosofía un paso hacia adelante, que tiene gran importancia para la historia universal. Quizá desde Platón no se ha producido nada en la ruda atmósfera del pensamiento que hubiera de tener consecuencias tan amplias y que desde ella ejerciera su influencia, no en el campo de la téc-

nica, ni en el dominio de la naturaleza, sino en el interior del hombre, en todo lo que se refiere al modo de pensar, a su conciencia, a sus ideas, a sus impulsos y a su buena voluntad.

No es probable que podamos conceder tanto crédito a ninguno de los filósofos que han sucedido a Kant. En su sencilla grandeza, éste impone su calma y su mesura. No es fundamentalmente distinto de los demás hombres, sino que representa la cima de lo que cada hombre, de espíritu razonable puede llegar a ser. No es un experimento, del que tal vez espiritualmente puedan surgir esas cosas brillantes que se pagan con una existencia convulsiva y desgarrada. Tampoco es un intuitivo misterioso y destacado, sino la claridad perfecta. Se muestra sin velo alguno. No emplea en su favor ningún sortilegio, ninguna falsa profundidad, ningún efecto imponente. Cada una de sus frases debe tomarse en serio.

Kant es un representante de la humanidad del racionalismo. No es solamente un gran talento, sino también un hombre sincero. Su ética no conoce la actuación ampulosa, en la que la moral se construye de manera inverosímil o se demuestra patéticamente, para ocultarse después en el egoísmo diario. Su ética es precisamente de todos los días y de todos los momentos. No necesitamos admirarla como algo extraño. Con ella podemos vivir, y nuestra voluntad sería seguirla.

KARL JASPERS

RETORNO A TIPASA

POR ALBERT CAMUS

DESPUÉS de caer sin tregua sobre Argel, durante cinco días, la lluvia había acabado por mojar el mar. Desde lo alto de un cielo que parecía inagotable, incesantes aguaceros, viscosos a fuerza de espesor, se abatían sobre el golfo. Gris y blando como una esponja, el mar se hinchaba en la bahía sin contornos. Pero la superficie de las aguas parecía casi inmóvil bajo la lluvia. Sólo de tarde en tarde, un movimiento imperceptible y vasto levantaba por encima del mar un vaho turbio que venía a abordar en el puerto, situado bajo un cinturón de bulevares mojados. La ciudad misma, con todos sus muros blancos chorreando humedad, exhalaba otra vaharada que iba al encuentro de la primera. Entonces, en cualquier sentido que uno se volviera tenía la impresión de estar respirando agua; en una palabra, se bebía el aire.

Ante el mar sumergido en agua, yo andaba y esperaba, en ese Argel de diciembre, que seguía siendo para mí la ciudad de los veranos. Había huído de la noche de Europa, del invierno de los rostros. Pero también la ciudad de los veranos se había vaciado de sus risas, y sólo me brindaba lomos encorvados y relucientes. En los cafés violentamente iluminados donde me refugiaba al atardecer, leía mi edad en las caras que reconocía, sin poder darles

un nombre. Sabía tan sólo que habían sido jóvenes, y que ya no lo eran.

Pero yo me obstinada, sin saber exactamente lo que esperaba, a no ser tal vez el momento de volver a Tipasa. Es sin duda una gran locura, casi siempre seguida de castigo, volver a los lugares de nuestra juventud y querer revivir, a los cuarenta años, lo que se ha amado o aquello de que se ha gozado a los veinte. Pero yo estaba prevenido de esta locura. Ya había vuelto a Tipasa, poco después de esos años de guerra que marcaron para mí el fin de mi juventud. Creo que esperaba encontrar allí una libertad que no podía olvidar. En efecto, hace más de veinte años que pasé en este lugar mañanas enteras errando entre las ruinas, respirando los ajenjos, calentándome contra las piedras, descubriendo las rositas, pronto deshojadas, que sobreviven a la primavera. Solamente a mediodía, a la hora en que hasta las cigarras se callaban rendidas, huía yo ante el resplandor ávido de una luz que lo devoraba todo. A veces, por la noche, dormía con los ojos abiertos bajo un cielo que chorreaba estrellas. Entonces era cuando vivía. Quince años después, volvía a encontrar mis ruinas a pocos pasos de las primeras olas, seguía las calles de la ciudad olvidada, a través de los campos cubiertos de árboles amargos y sobre las lomas que

dominan la bahía, acariciaba aún las columnas de color de pan. Pero ahora las ruinas estaban rodeadas de alambradas, y sólo se podía penetrar en ellas por los umbrales autorizados. Por razones, al parecer, de moral aprobada, estaba también prohibido pasear por allí durante la noche; de día se encontraba un guarda jurado. Esta mañana, sin duda por casualidad, llovía sobre toda la extensión de las ruinas.

Desorientado, mientras andaba por el campo solitario y mojado, trataba de volver a encontrar esa fuerza, que hasta entonces me había sido fiel, y que me ayuda a aceptar lo que es, una vez que ya he reconocido la imposibilidad de cambiarlo. Y, efectivamente, yo no podía remontar el curso del tiempo, dar de nuevo al mundo el rostro que yo había amado y que, mucho tiempo atrás, había desaparecido en un solo día. El 2 de septiembre de 1939, en efecto, yo no había ido a Grecia como tenía propósito de hacer. La guerra, en cambio, había venido hasta nosotros, y luego también se había extendido hasta Grecia. Esta distancia, estos años que separan las ruinas calientes de las alambradas, volvía a encontrarlos también en mí ese día, ante los sarcófagos llenos de agua negra, o bajo los tamirindos empapados. Por haber discurrido mis primeros años ante el espectáculo de la belleza que era mi única fortuna, había empezado por la plenitud. Después, vinieron las alambradas, quiero decir las tiranías, la guerra, las policías, la época de la revuelta. Fué preciso ponerse en regla con la noche: la belleza del día no era ya más que un recuerdo. Y en esta Tipasa encenagada se diluía hasta el recuerdo. ¿Podía hablarse de belleza, de plenitud o de juventud! Bajo la luz de los incendios, el mundo había mostrado de pronto sus arrugas y sus llagas, viejas y nuevas. Había envejecido súbitamente, y nosotros con él. Yo sabía que el impulso que había venido a buscar aquí no levanta sino al que ignora que se va a lanzar. No hay amor sin un poco de inocencia. ¿Dónde estaba la inocencia? Los imperios se derrumbaban, las naciones y los hombres se mordían la garganta; teníamos la boca mancillada. Inocentes sin saberlo, al principio, éramos ahora culpables, sin quererlo: el misterio aumentaba con nuestro conocimiento. Por

esta razón ¡oh ironía! nos ocupábamos de moral. Y yo desvalido, ¡soñaba con la virtud! En el tiempo de la inocencia, yo ignoraba que la moral existía. Ahora lo sabía y era incapaz de vivir a su altura. Sobre mi promontorio predilecto de otros tiempos, entre las columnas mojadas del templo destruído, me parecía andar detrás de alguien, cuyos pasos oía aún sobre las losas y los mosaicos, pero a quien ya no alcanzaría nunca. Regresé a París, y tardé algunos años en volver a mi tierra.

Sin embargo, durante todos estos años, me faltaba algo que no podía precisar. Cuando se ha tenido la suerte de amar una vez intensamente, se pasa la vida buscando de nuevo ese ardor y esa luz. El renunciar a la belleza y a la dicha sensual que le es inherente, exige una grandeza de que yo carezco. Pero, después de todo, no hay ninguna verdad que obligue a excluirla. La belleza aislada acaba por hacer muecas, la justicia solitaria acaba por oprimir. El que quiere servir a la una con exclusión de la otra no sirve a nadie, ni a sí mismo y, finalmente, sirve dos veces a la injusticia. Llega un día en que, a fuerza de rigidez, ya nada maravilla, todo es conocido, y se pasa la vida tratando de volver a empezar. Es el tiempo del exilio, de la vida seca, de las almas muertas. Para revivir hace falta una gracia, el olvido de sí o una patria. Algunas mañanas, a la vuelta de una calle, un rocío delicioso cae sobre el corazón y luego se evapora. Pero la frescura subsiste, y ésta es la que el corazón exige. Me fué preciso partir de nuevo.

Y en Argel, por segunda vez, andando todavía bajo el mismo aguacero que parecía no haber cesado desde mi salida, y que yo había creído definitivo, en medio de esta inmensa melancolía que olía a lluvia y a mar, a pesar de este cielo de brumas, de esas espaldas que huían bajo el aguacero, de esos cafés cuya luz sulfurosa descomponía los rostros, yo me obstinaba en esperar. ¿Acaso no sabía yo que las lluvias de Argel, con esa apariencia de que no han de acabar nunca, cesan, sin embargo, en un momento, como esos ríos de mi país que se hinchan en dos horas, arrasan hectáreas de tierra y se agotan súbitamente? En efecto, una tarde cesó de llover. Esperé

todavía una noche. Amaneció una mañana líquida, deslumbradora, sobre el mar puro, Del cielo, fresco como un ojo, lavado y relavado por las aguas, reducido por esas coladas sucesivas a su trama más fina y más clara, descendía una lluvia vibrante, que daba a cada casa, a cada árbol, un dibujo sensible, una novedad maravillada. La tierra, al amanecer del mundo, debió surgir en medio de una luz semejante. Y de nuevo tomé la carretera de Tipasa.

Para mí no hay uno solo de esos sesenta y nueve kilómetros de carretera que no esté cubierto de recuerdos y de sensaciones. La infancia violenta, los sueños adolescentes en el ronroneo del autobús, las mañanas, las muchachas frescas, las playas, los músculos jóvenes siempre en el límite de su esfuerzo, la ligera angustia del anochecer en un corazón de dieciséis años, el deseo de vivir, la gloria, y siempre el mismo cielo a lo largo de los años, inagotable de fuerza y de luz, a su vez insaciable, que devora una tras otra, durante meses, las víctimas ofrecidas en cruz sobre la playa, a la hora fúnebre del mediodía. Era el mismo mar casi impalpable por la mañana, el que volvía a encontrar también al extremo del horizonte, en cuanto la carretera, apartándose del Sahel y de sus colinas cubiertas de viñedos color de bronce, descendió hacia la costa. Pero no me detuve a mirarlo. Deseaba ver de nuevo el Chenua, esa montaña maciza y sólida, tallada en un solo bloque, que costea la bahía de Tipasa al oeste, antes de descender al mar. Se la divisaba de lejos, mucho antes de llegar, como una nube azul y ligera que todavía se confunde con el cielo. Pero, poco a poco, a medida que se avanza hacia ella, se condensa hasta tomar el color de las aguas que la rodean, como una gran ola inmóvil, cuyo impulso prodigioso hubiera quedado de pronto brutalmente petrificado encima del mar en calma. Más cerca aún, casi a las puertas de Tipasa, he aquí su masa ceñuda, parda y verde, he aquí el viejo dios cubierto de musgo, inconmovible, refugio y puerto para sus hijos, entre los que me cuento.

Sin dejar de mirarla, franqueo al fin las alambradas, para hallarme de nuevo entre las ruinas. Y bajo la luz gloriosa de diciembre, como sólo sucede una o dos veces



ALBERT CAMUS

en las vidas que, después de esto, pueden estimarse colmadas, encontré exactamente lo que había venido a buscar y que, a pesar del tiempo y de la gente, se me ofrecía verdaderamente a mí solo, en esta naturaleza desierta. Desde el foro cubierto de aceitunas, se descubría la aldea situada más abajo. Ningún ruido venía de ella : los humos ligeros subían en el aire puro. El mar también se callaba, como sofocado bajo la ducha ininterrumpida de una luz centelleante y fría. Desde el Chenua llegaba lejano un canto de gallo que celebraba solo la gloria frágil del día. Por el lado de las ruinas, hasta donde alcanzaba la vista, se divisaban tan sólo piedras carcomidas y ajenjos, árboles y columnas perfectas en la transparencia del aire cristalino. La mañana parecía haberse fijado, y el sol haberse deteriorado durante un instante incalculable. En medio de esta luz y de este silencio, los años de furor y de noche se diluían lentamente. Yo escuchaba dentro de mí un ruido casi olvidado, como si mi

corazón, paralizado desde hacía mucho tiempo, se pusiera de nuevo a latir suavemente. Y ahora, ya despierto, reconocía uno a uno los ruidos imperceptibles de que estaba hecho el silencio: el bajo continuo de los pájaros, los suspiros ligeros y breves del mar al pie de las rocas, la vibración de los árboles, el canto ciego de las columnas, los roces de los ajenjos, las lagartijas furtivas. Yo lo oía, y escuchaba también las oleadas de felicidad que ascendían dentro de mí. Me parecía que al fin había vuelto al puerto, al menos por un instante, y que ese instante no se acabaría nunca. Pero poco después, el sol subió visiblemente un grado en el cielo. Un mirlo lanzó unas breves notas de preludio y, en seguida, de todas partes, los cantos de los pájaros estallaron con una fuerza, un júbilo, una alegre discordancia, un encanto infinito. El día volvió a ponerse en marcha y debía llevarme hasta el anoche.

A mediodía, sobre las laderas medio arenosas y cubiertas de heliotropos como si fuera una espuma que hubiesen dejado al retirarse las olas furiosas de los últimos días, yo miraba el mar que, a esta hora, se levantaba apenas con un movimiento fatigado, y pude dar satisfacción a la doble sed, que no se puede engañar durante mucho tiempo sin que el ser se desee, quiero decir amar y admirar. Pues no ser amado es sólo mala suerte; pero no amar es una desgracia. Hoy día, todos nosotros morimos de esta desgracia. Es que la sangre y los odios descarnan el corazón; la larga reivindicación de la justicia agota el amor que, no obstante, fué quien le dió la vida. En medio del clamor en que vivimos, el amor es imposible y la justicia no basta. Por esta razón Europa odia la luz y ya no sabe qué oponer a la injusticia. Pero para impedir que la justicia se endurezca, hermoso fruto de color de naranja que sólo contiene una pulpa amarga y seca, volvía yo a descubrir en Tipasa que era necesario guardar intactos dentro de sí una frescura, un manantial de alegría, amar la luz que escapa a la injusticia y volver al combate con esta luz conquistada. Volvía a encontrar aquí la antigua belleza, un cielo joven, y medía mi suerte, al comprender finalmente que en los peores años de nuestra locura el recuerdo de este cielo

no me había abandonado nunca. Era él quien finalmente me había salvado de la desesperación. Siempre supe que las ruinas de Tipasa eran más jóvenes que nuestras construcciones y que nuestros escombros. El mundo empezaba allí todos los días en medio de una luz siempre nueva. ¡Oh luz! Este es el grito de todos los personajes del drama antiguo, cuando se hallan ante su destino. Este último recurso era también el nuestro y yo lo sabía ahora. En medio del invierno, me enteraba al fin de que había en mí un verano invencible.

He vuelto a abandonar Tipasa y he encontrado de nuevo a Europa y sus luchas. Pero el recuerdo de esa jornada me sostiene aún y me ayuda a acoger con el mismo ánimo lo que entusiasmo y lo que abrume. En la hora difícil que atravesamos ¿qué puedo desear sino que nada sea excluido, y aprender a trenzar con hilo blanco e hilo negro una misma cuerda tendida hasta el máximo? En todo lo que he hecho y dicho hasta ahora, me parece reconocer estas dos fuerzas, hasta cuando se contrarían. No he podido renegar de la luz en que he nacido y, sin embargo, no he querido rehusar las servidumbres de esta época. Sería demasiado fácil oponer aquí al dulce nombre de Tipasa otros nombres más sonoros y más crueles: para los hombres de hoy existe un camino interior que conozco bien por haberlo recorrido en los dos sentidos y que va desde las colinas del espíritu a las capitales del crimen. Y es indudable que siempre se puede reposar, dormir sobre la colina o instalarse en el crimen. Pero si se renuncia a una parte de lo que existe, hay que renunciar a ser uno mismo; así es que se debe renunciar a vivir o a amar de otro modo que por poderes. Hay, pues, una voluntad de vivir sin rehusar nada de la vida, que es la virtud que yo respeto más en este mundo. Es cierto que yo quisiera haberla practicado de tarde en tarde, por lo menos. Puesto que hay pocas épocas que, como la nuestra, pidan tanto que nos pongamos al nivel de lo mejor y de lo peor, yo desearía justamente no eludir nada y conservar exacta una doble memoria. Sí, hay la belleza y existen los humillados. Cualesquiera que sean las dificultades de la

empresa, yo quisiera no ser nunca infiel ni a la una ni a la otra, ni a ninguna de las demás.

Pero esto parece también una moral y nosotros vivimos para algo que va más allá de la moral. Si pudiéramos nombrarlo, ¡ qué silencio ! Sobre la colina de Santa Salsa, al este de Tipasa, el crepúsculo está habitado. A decir verdad, todavía hay luz, pero en la luz, una debilidad invisible anuncia el término del día. Se levanta un viento ligero como la noche, y de pronto el mar sin olas, toma una dirección y corre como un gran río infecundo de un extremo a otro del horizonte. El cielo se oscurece. Entonces empieza el misterio, los dioses de la noche, el más allá del placer. Pero ¿ cómo traducirlo ? La monedita que me llevo de aquí tiene una cara visible, bello rostro de mujer que me repite todo lo que yo he aprendido en el curso de este día, y una cara corroída que siento bajo mis dedos durante el regreso ¿ Qué puede pedir esa boca sin labios, si no lo que me dice otra voz misteriosa dentro de mí, que me enseña todos los días mi ignorancia y mi felicidad ?

« El secreto que busco se halla sumergido en un valle de olivos bajo la hierba y las violetas frías, alrededor de una vieja casa que huele a sarmientos. Durante más de veinte años, he recorrido este valle, y otros que se le parecen, he interrogado a

los cabreros mudos, he llamado a la puerta de ruinas inhabitadas. A veces, a la hora en que aparece la primera estrella en el cielo todavía claro, bajo una lluvia de luz fina, he creído saber. Y sabía, en verdad. Quizá sé aún. Pero nadie quiere ese secreto, sin duda, ni yo mismo lo quiero y no puedo separarme de los míos. Vivo en medio de mi familia que cree reinar sobre ciudades ricas y espantosas, construidas con piedras y brumas. Día y noche habla en voz alta, y todo se pliega ante ella, que no se pliega ante nada : es sorda a todos los secretos. Sin embargo, su fuerza que me lleva me aburre y hay veces que sus gritos me cansan. Pero su desgracia es la mía, somos de la misma sangre. Desvalido también, cómplice y ruidoso, ¿ acaso no he gritado entre las piedras ? Así es que me esfuerzo por olvidar, ando por nuestras ciudades de hierro y de fuego, sonrío valerosamente a la noche, llamo las tormentas, seré fiel. En verdad, he olvidado : activo y sordo, en adelante. Pero tal vez un día, cuando estemos dispuestos a morir de agotamiento y de ignorancia, podré renunciar a nuestras tumbas chillonas, para ir a tenderme en el valle, bajo la misma luz, y aprender por última vez lo que ya sé ».

ALBERT CAMUS

Totalitarismo y democracia

Entre Savonarola y Maquiavelo

hubo un demócrata : Vespucio

POR GERMAN ARCINIEGAS

PREOCUPADO el mundo por otras cosas, olvidó en 1952 el V centenario de Savonarola : Nació en Ferrara el primer día de Otoño de 1452. Terminó su vida en la hoguera, en mayo de 1498. ¿ Fué un santo ? ¿ Un buen católico ? ¿ Un protestante ? ¿ Un profeta ? ¿ Un demagogo ?

Los dominicanos lo presentan como a un mártir : han pedido su canonización. Donde fué el oratorio de Savonarola, en el convento de San Marcos, en Florencia, hay una imagen de San Pedro Mártir, pintada por Fra Bartolomeo, con la cabeza de Savonarola. Por su parte, los protestantes lo consideran precursor de la Reforma, y estatuas de Savonarola pueden verse en sus templos. El papa Alejandro VI lo excomulgó y se hizo representar en el juicio que lo condenó a la hoguera. Sus cenizas se arrojaron al Arno. Sus correligionarios celebran todos los años el aniversario de su muerte colocando flores frescas en el lugar de la plaza de la Señoría donde se le ejecutó.

Fué Savonarola, desde luego, un político, y es así como vamos a considerarlo ahora. Su caballo de batalla fué la lucha contra la oligarquía. Propugnó por el gobierno a

través de una asamblea popular, o Consejo General del Pueblo, integrada por todos los ciudadanos mayores de treinta años sobre quienes no recayese un impedimento especial. Este Consejo llegó a componerse hasta de 2.573 ciudadanos. Tenía poder para discutir y promulgar las leyes, intervenía en la elección de los empleados públicos y delegaba en un consejo de ochenta ciudadanos los asuntos administrativos. Con esto pensó Savonarola destruir la posibilidad de que el gobierno quedase en manos de unos pocos, y concretamente terminar para siempre con el poder de los Médicis. Después de los Médicis, que fueron el blanco principal de sus ataques, se pronunció contra la institución del parlamento, que era una asamblea extraordinaria del pueblo que la república convocaba en casos excepcionales. « He pensado, decía, en tu parlamento, oh pueblo, que no me parece parlamento sino aniquilamiento, y que hay que terminarlo. Pueblo, hazlo en seguida. ¿ No eres ahora el amo ? ¡ Sí ! Entonces, está atento a que no haya parlamento, si no quieres perder el gobierno. Has de saber que parlamento no quiere decir sino quitar las riendas de mano del pueblo. Guarda esto en tu mente y enséñaselo a tus hijos. En cuanto oigas que la campana toca a parlamento, leván-

tate, empuña la espada y di : ¿ Qué pretendéis ? ¿ Es que el Consejo del pueblo no tiene poder para todo ? ¿ Qué leyes vais a hacer ? ¿ Es que esas no puede hacerlas el consejo del pueblo ? Y así, tienes que hacer tú, oh pueblo, una provisión para que quien entre a la Señoría jure que no convocará a parlamento, y que si alguno pretendiese convocarlo, quien lo delate tenga una recompensa de 30.000 ducados, si es de la Señoría, y de 1.000 si no lo es. Y que si quien pidiese parlamento pertenece a la Señoría, que se le baje la cabeza ; y si no lo es, que se le declare rebelde y se le confiscuen los bienes. Y que todos los gonfaloneros, al inaugurar su mandato, juren que en cuanto oigan sonar la campana a parlamento, lo primero que harán será entregar al saqueo la casa de los de la Señoría ; y que se entregue al gonfalonero que ordene el saqueo de la casa de uno de los de la Señoría, como recompensa, la cuarta parte de esos bienes, y el resto que sea para sus compañeros. Y que en cuanto los de la Señoría pretendan hacer parlamento, en cuanto den un paso se les considere despojados de su cargo, y se les pueda hacer pedazos sin escrúpulos ».

Guido Antonio Vespucio, tío de Américo el navegante, encabeza el partido opuesto al de Savonarola. Entregar a una asamblea multitudinaria el gobierno de la república le parece a Guido Antonio que es caer en manos de la inexperiencia. Su fórmula, que adelante veremos con mayor amplitud, es la de un gobierno representativo, en que el pueblo actúe a través de organismos especializados. Vespucio reconoce que ha habido una dictadura, que condena, pero rechaza la tesis extrema de Savonarola y opta por la intermedia. En el otro extremo se coloca Maquiavelo, que pone la mayor suma del poder en manos del Príncipe, y escribe la filosofía de la dictadura. Aunque Florencia no sea un principado, para Florencia redacta Maquiavelo un proyecto de gobierno en que del sistema representativo no quede sino la apariencia : detrás ha de estar la mente única del amo, armado militarmente.

El debate, tal como ocurrió entonces, fué dramático. Savonarola, Vespucio y

Maquiavelo se movieron en un infierno de pasiones. Hablar era jugarse el pellejo. Pocas veces en la historia del mundo los hombres han sentido tan cerca las tentaciones del poder y los escalofríos del miedo. Muchos incidente de estas luchas parecen escenas de nuestro tiempo, y nos sentimos tentados a hacer la advertencia que suele preceder a ciertas películas : « La semejanza de caracteres debe considerarse meramente casual y no intencionada. » Pero hay que tener en cuenta que en ese comienzo de la política moderna se debatían en Italia dos filosofías — la de la dictadura y la de la democracia — en un ambiente semejante al que preparó la segunda guerra mundial y enturbia ahora nuestros días. Entonces había en Italia muchas repúblicas y un reino, el papa gobernaba un Estado político, y los demagogos, los príncipes, el rey y el pontífice mismo, se movían dentro de un ambiente tan turbulento e incierto como el de nuestro tiempo.

La agresividad verbal de Savonarola contra los Médicis, que eran el blanco de toda su política, desencadenó en Florencia una tempestad. Una masa que se había educado en las turbulencias de la época, se enardeció escuchándole, expulsó de Florencia a Piero, el hijo de Lorenzo el Magnífico, y saqueó su palacio. El cardenal Juan de Médicis — el futuro papa León X — salvó su vida fugándose disfrazado de fraile. Los tesoros reunidos en dos generaciones por Cosme, el Padre de la Patria, y por Lorenzo el Magnífico se arrojaron por las ventanas como una catarata que caía sobre la muchedumbre amotinada. Así se perdió una de las colecciones más famosas para la historia de la cultura universal.

Pasó algún tiempo. El desventurado Piero de Médicis creyó que la ciudad ya estaría cansada del imperio del dominicano y le abriría las puertas. A ellas llegó, y no se las abrieron. Pero a los cinco ilustres ciudadanos que se creyeron interesados en su regreso se les condenó a muerte. Las demostraciones de histeria colectiva eran impresionantes. Cuando Savonarola predicaba, la muchedumbre se apretujaba desde la noche anterior en la vasta cate-

dral. A gritos se pedía penitencia general. Se cantaba, se gemía, se lloraba. Las mujeres se despojaban de sus joyas. Tiraban a la basura perfumes y trajes maravillosos bordados de oro, recamados de perlas. Savonarola decía hablar par inspiración directa de Dios. Lo que aconsejaba para el gobierno de Florencia lo ponía como ordenación inmediata de Dios. Anunciaba castigos terribles, si aquello no se hacía. Cuando denunciaba los pecados de Florencia, su vehemencia causaba físico terror.

Hizo construir para la época del carnaval una pira gigantesca en la plaza de la Señoría. Tenía 30 brazadas de altura y la base ocupaba las dos terceras partes de la plaza. Era como una pirámide dispuesta en gradas. En el esqueleto de palos donde se colocaban los haces de leña había juegos de pólvora. Allí iban a quemarse las vanidades y cosas lascivas. Durante toda el día en apretada procesión recorrieron los niños la ciudad. Sus cantos llegaban al cielo y flotaban en el aire los estandartes. Iban de casa en casa reclamando lo que habría de llevarse a la hoguera. A la plaza llegaron como ríos desbordados que arrastraran la espuma de las riquezas. Sobre la primera grada vaciaron riquísimas telas traídas de lejanas tierras, bordadas de « figuras impúdicas ». En la grada siguiente se echaron las pinturas, las estatuas y retratos de mujeres bellísimas. En seguida vinieron los tableros de damas y ajedrez, naipes, dados. Más arriba se arrojaron los libros de música, arpas, guitarras, laúdes, timbales, cornetas. En la grada siguiente libros de poetas latinos y vulgares, « todos llenos de lascivia ». Por último, las máscaras, disfraces, antifaces, cosas de carnaval. Había cuadros y esculturas de tanto precio, que el padre Pacifico Burlamacchi, quien describe lleno de entusiasmo el espectáculo que le proporcionaba su maestro, cuenta que un mercader veneciano ofreció por ellas veinte mil escudos... Pero Savonarola no quería dinero sino cenizas.

El día de la quema se anunció con una « bellísima procesión llena de misterio ». Miles de personas se reunieron cantando tantos salmos e himnos « que parecía que los ángeles hubieran venido a habitar en

la tierra con los hombres ». Hubo misa solemne. En la plaza fueron acomodándose primero los niños, que ocupaban las filas más cercanas a la candela. Tras ellos, los más resueltos seguidores del fraile, que portaban banderas con una cruz roja. Resonaron las trompetas. La lengua de fuego subió a los cielos como para decir a la Virgen que Florencia había quemado sus vanidades.

*

Savonarola no era florentino. Como queda dicho, nació en Ferrara. Nada le unía a la tradición de una ciudad a donde llegó ya cumplidos los treinta años. ¿ Nada? Quizás no. En su juventud cierta moza de sangre florentina le clavó un aguijón. Algo tuvo que ver ella con su entrada al convento. En un principio, Savonarola pensó seguir la profesión de su padre, que era médico. Lo que ocurrió lo narra Fra Benedetto, otro discípulo suyo. « En cierta ocasión — escribe Benedetto — puso Girolamo su honesto amor en la hija de un capitán florentino de la casa de los Strozzi que, desterrado de Florencia, habitaba entonces en Ferrara. La moza era bastarda, y no legítima. Un día Girolamo, siendo vecinas sus casas, la habló directamente preguntándole si en el caso de que la pidiera a sus padres para hacerla su legítima esposa, ella querría casarse con él. Sin fijarse en la mancha de infamia de haber nacido de adulterio, ella, soberbia, y con ninguna prudencia, le responde : « ¿ Acaso piensas que la sangre de la gran casa de los Strozzi podría emparentar con la de Savonarola » ? Girolamo, a palabras tan soberbias y para corregir a la moza, observó lo que dice la Escritura : « Responde al estulto según lo que merece su estulticia, para que en aquello que es loco no le parezca que es sabio. « Y así, súbito contesta : ¿ Crees tú que un hijo legítimo de los Savonarola va a casarse con una bastarda como eres tú ? A esto, la muchacha quedó confusa, sin saber qué decir. Y así el amor de Girolamo se convirtió en odio, no hacia la persona de ella, sino hacia su defecto... »

Y se metió fraile. Siete años pasó en el convento de Bolonia. Escribía versos en



GERMAN ARCINIEGAS
(Dibujo de Moreno Villa)

los que pintaba el mundo con los colores más sombríos. Dentro de la soledad del claustro, era el más solitario de los monjes. Escribió un poema — *De ruina Ecclesiae* — en dónde se pregunta : « ¿ Qué ha sido de los antiguos doctores, de los santos de otro tiempo ? ¿ Dónde están la doctrina, la caridad, el candor de antes ? ¡ Todo se ha ido ! ¡ Entró en Roma la soberbia ambición, y todo lo infestó. La Iglesia es una falaz y soberbia meretriz ! »

Su carácter ponía distancias. Era inflexible. Una dureza natural excluía el trato fraternal con él. Se sentía nacido para la lucha brava. Al final de su vida le siguen muchedumbres de partidarios fanáticos que se ofrecen por él para ir a la hoguera a probarle su adhesión, pero no se le conocen amigos simples, cordiales. De Ferrara salió sin dejar ni un amor ni un amigo. Su carrera es lenta. Sus sermones más repelen que atraen. La primera vez que llega a Florencia se le brinda la mejor oportunidad : predicar la Cuaresma en San Lorenzo, la iglesia de los Médicis.

Allí acuden los humanistas, las mujeres extraordinarias, el mejor auditorio que a lo largo de los siglos pueda imaginarse en ciudad alguna. Para ellos, Savonarola ofrece una doctrina dura, sin calor. Poco a poco el público se aburre. Los últimos sermones los predica al vacío. Savonarola sale de Florencia con una sensación de fracaso.

De ahí en adelante la pasión va poniendo fuego en sus palabras. Cuatro años más tarde le oye predicar en Pavía Pico de la Mirandola, y ese volcán que echa llamas en el púlpito le arrebató. Se apresura a escribir a Lorenzo el Magnífico. Le dice que es indispensable que Florencia oiga a este hombre. Pico — el genio precoz de su tiempo — era grande amigo de Lorenzo. Los atrevimientos de su libro le habían puesto en conflicto con la Iglesia, y Lorenzo había interpuesto, para defenderle, todos sus eficaces recursos. Ahora, con la carta de Pico entre sus manos, Lorenzo hace que Savonarola venga a Florencia. Otra vez el fraile aparece en el púlpito. Su primer sermón en la catedral lo dirige directamente contra Lorenzo.

Le invitan para que hable en la capilla del palacio de la Señoría. Va allí, y predica : « Aquí no me siento dueño de casa como en la Iglesia. He de ser más urbano y mesurado : como Cristo en casa del fariseo. Os diré, sin embargo, que todo el mal y el bien de la ciudad provienen de quien esté a la cabeza, y por eso es tan grande la responsabilidad de sus pecados, aun los veniales. Si él llevase un buen camino, la ciudad sería santa... Los tiranos son incorregibles, porque son soberbios, aman la adulación, no quieren reparar el mal que han hecho. Dejan obrar a los malos funcionarios, se pliegan a la lisonja, no oyen a los miserables, no condenan a los ricos, pretenden que los pobres y los campesinos trabajen para ellos, corrompen el sufragio, venden las gabelas para gravar más al pueblo... »

Como se ve, Savonarola entra en la lucha política con un programa que está a la vista de todos. Su lucha va a ser tan violenta frente a los Médicis de Florencia,

como frente al papa de Roma. Los dominicanos de San Marcos quedan cautivos de su magia y le eligen prior. Este convento fué una fundación de los Médicis. Cosme el viejo, el Padre de la Patria, confió su construcción a Michelozzo, discípulo de Brunelleschi, y por años sostuvo a los frailes. Lorenzo seguía esa tradición de su abuelo. Cuando se elegía nuevo prior en San Marcos, era costumbre que éste hiciese una visita al Médicis. Savonarola pasa por alto esta cortesía. Los frailes se la recuerdan. Les pregunta : ¿ Quién me ha elegido, Lorenzo o Dios ?

— Dios.

— Si es así, no tengo nada que ver con Lorenzo.

Lorenzo dice : « Es curioso : es un forastero que ha llegado, y no viene a saludarme... » Pero piensa : Si la montaña no viene a mí, iré a la montaña. Va al convento. Como siempre ha hecho, pasea por el huerto, dialoga con los frailes. Savonarola, contra la costumbre, no lo toma en cuenta. Se le acercan los frailes :

— Padre Prior ; ahí está Lorenzo...

— ¿ Ha preguntado por mí ?

— No, padre prior...

— Entonces, nada tengo que ver con él...

Por tercera mano, Lorenzo deposita una larga suma de ducados en la alcancía del convento. El día de abrirla, Savonarola lo hace acompañado de otros frailes. Encuentra las monedas de oro. Es obvio que vienen de Lorenzo. Las hace a un lado, toma solamente lo menudo y dice : con esto basta para las necesidades del claustro ; lo demás, llevadlo para los pobres de la cofradía de San Martín...

Lorenzo no quiere combates, ni los quieren los grandes ciudadanos de Florencia. Cinco de los más ilustres, entre quienes está Guido Antonio Vespucio, van a ver al fraile. Este los recibe con una mirada de fuego, y a ellos se les atora el discurso. Savonarola se les adelanta. — Vais a decirme que venís de vuestra propia voluntad. ¡ Mentís ! Lorenzo es quien os manda. Decidle que haga penitencia de sus pecados, porque el Señor no tiene miedo a nadie y no respeta a los príncipes de la

tierra... Yo puedo ser un forastero, y Lorenzo un ciudadano, si queréis el primero de la ciudad. Pero yo debo quedarme aquí y Lorenzo irse.

Quando Lorenzo muere y Savonarola le sobrevive, se recuerdan por los savonarolianos estas últimas palabras pronunciadas : ¡ Se cumplió la profecía !

*

La escopeta que maneja Savonarola es de dos cañones. Con uno dispara contra Florencia, con el otro contra Roma. Si de Roma ha dicho que es la meretriz que está arruinando a la Iglesia, de Florencia afirma que es una cueva de ladrones y pecadores. Si a Lorenzo le trata en los términos ya indicados, al papa le cuelga el calificativo de Faraón. Lorenzo ha logrado que a su hijo se le haga cardenal siendo casi un niño : va a ser nada menos que el papa León X. Savonarola, cuando va a predicar sobre estas cosas, dice que ha tenido en sus visiones diálogos con Dios. El mismo califica de « terrificam predicationem » su sermón sobre los negocios de la Iglesia. Presenta al clero ávido de ganancias, pagado de las ceremonias exteriores, haciendo de los beneficios un mercado y olvidando la vida interior del espíritu. « Los padres — dice — sacrificando ante este falso ídolo, dedican sus hijos a la vida eclesiástica, porque así consiguen beneficios y prebendas. Y así habréis oído decir : ¡ Feliz de aquella casa que logra una buena canorjía ! Yo os digo que día vendrá en que se diga al revés : ¡ Pobre de ella !... Preferid que vuestros hijos sigan el camino común, antes que emprender el peligroso de la vida religiosa. Ahora no hay gracia, no hay don del Espíritu Santo que no se venda o no se compre. En cambio los pobres están oprimidos por todos los impuestos, y cuando se presentan a responder de sumas que no alcanzan a pagar, los ricos les gritan : ¡ Dadnos el resto !... Y los que tienen renta de cincuenta deben pagar ciento de impuesto, mientras los ricos pagan muy poco, porque los impuestos se fijan arbitrariamente. Cuando la viuda va a llorarles, le dicen : ¡ Vete a dormir !

Cuando el pobre se les duele, le dicen :
¡ Paga ! ¡ Paga !... »

*

Al ser expulsados los Médicis, Savonarola, que ha precipitado el derrumbe, debe suministrar las bases de la nueva constitución y aun tiene que tomar parte en el servicio público. El rey Carlos VIII de Francia ha invadido a Italia, marcha sobre Florencia, y Savonarola lo saluda como al brazo de Dios que viene a devolver la salud de la ciudad. Se cumple una profecía que él ha formulado desde el púlpito. La ciudad le envía para que vaya como embajador a saludarle y haga menos dura la carga de su paso por el territorio florentino.

Giuliano Salvati, el gonfaloniero de Florencia, suplica a Savonarola escriba un tratado o discurso sobre el gobierno de los Estados, y particularmente sobre el florentino. Trataremos de resumir las ideas de Savonarola, usando de sus propias palabras.

Hay gobiernos pésimos y óptimos. Aunque Dios dió al hombre inteligencia y libre albedrío para que escogiese, como su inteligencia es débil, necesita para regirse de la ayuda de otro, y de leyes que le refrenen. El hombre se inclina al mal. Cuando es goloso, lo es más que animal alguno. La lujuria le lleva a extremos que no conocen las bestias, y las supera en crueldad en las guerras. Tiene soberbia, ambición, envidia. Así, para lograr el bien común ha habido que establecer un gobierno. Algunos convinieron juntarse para dar a uno solo el cuidado de la comunidad y fundaron lo que se llama un reino ; otros, no pudiendo aceptar el gobierno de uno, decidieron que gobernasen los mejores y más prudentes de la comunidad : fué el gobierno de los elegidos o los óptimos ; otros quisieron que la cosa permaneciese en manos de todo el pueblo, a lo cual se llamó gobierno civil, porque pertenecía a todos los ciudadanos.

En sí, el gobierno de uno, es óptimo, pero sería pésimo impuesto a un pueblo

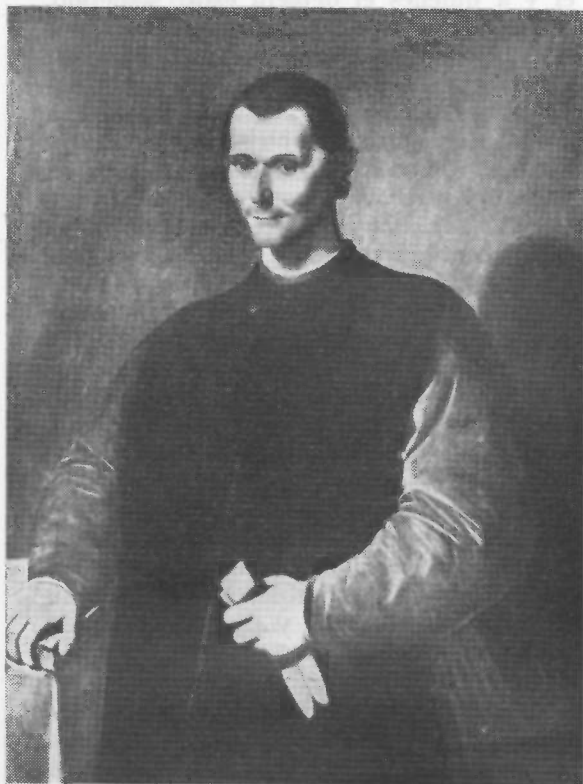
inclinado a las disensiones, porque llevaría a la persecución, y muerto el príncipe el pueblo se entregaría a la guerra civil, y quien se adueñara del poder se haría tirano. Por eso, los pueblos que naturalmente no pueden tolerar el gobierno de uno, buscan el de los elegidos, y si aún éste no les cuadra, el del todo el pueblo. Florencia, por ejemplo, no aceptaría un rey, solución buena para naciones serviles, donde no hierve la sangre ni florece el ingenio, como las orientales. Los florentinos tienen demasiado ingenio, y son animosos y audaces. No toleran ni siquiera el gobierno de los elegidos, de los óptimos. Su solución está en el gobierno popular, civil, que ahora han recibido no de los hombres sino de Dios. La Voluntad Divina se lo ha dado gracias a las oraciones de los buenos, de las mujeres. El gobierno civil se dirige contra el tirano. ¿ Cómo es el tirano ? (Aquí, donde Savonarola dice « tirano » es para que se lea « Médicis »). Veamos el retrato savonaroliano) :

El tirano es soberbio. No sólo quiere colocarse por encima de quienes son sus iguales, sino de quienes son mejores que él y a quienes él debiera estar sometido. Es envidioso. Le entristece la gloria de los otros. No puede oír elogiar a nadie, aunque a veces lo disimule, y le alegra oír ignominias del prójimo. Raras veces se encuentra uno que no sea lujurioso. Es avaro y ladrón. Roba a la república y roba al pueblo. Usurpa las cosas del común y las de los particulares, unas veces con cautela, otras abiertamente. (Esta puede ser una alusión al dinero que Lorenzo tomó del Monte de las dotes). Tiene virtualmente todos los pecados del mundo. No hay parte de su alma que no sea depravada. Como sus fines son malos, no hace sino cosas malas y si hace alguna buena no es por hacer el bien sino, por la fama, para ganar amigos que le apoyen. Como es el diablo el rey de los soberbios que no piensa jamás sino en maldades, y si de pronto dice una verdad o hace un bien todo lo ordena a sus malos fines y soberbia, así es el tirano. Es más astuto, malo y diabólico cuando se disfraza de ángel para dar el golpe más certero.

Trata el tirano de aparecer religioso y

aplicado al culto divino, limitándose a las cosas externas, como ir a la iglesia, dar limosnas, edificar templos y capillas. Conversa con los religiosos y simuladamente se confiesa con quien de veras es religioso para parecer observante, pero de otro lado ataca a la religión usurpando beneficios y dándoselos a sus seguidores y cómplices, y buscándolos para sus hijos, usurpando así los bienes temporales y los espirituales. Despoja a las viudas y a los huérfanos. No se puede hacer nombramiento alguno, ni arreglo entre ciudadanos, en que no inter venga. Quiere ser el primero hasta en las cosas mínimas, como ganar las justas o correr caballos, ganando los premios con fraude y engaño. Tiene amistad con los príncipes extranjeros para hacerse más fuerte en su casa. Tiene espías, y rufianes que le consiguen las mujeres e hijas de los otros. En los grandes convites, por caminos secretos, lleva las mujeres a ciertas habitaciones, donde también se practica la sodomía, al extremo de que no hay joven de buena apariencia que pueda considerarse segura...

MAQUIAVELO (Foto Viol'et)



Con toda claridad, Savonarola señala el principio de las mayores desgracias para Florencia en el año 34, que fué cuando Cósimo de Medicis, el Padre de la Patria, regresó a Florencia después de su destierro. Ahora, con las nuevas leyes que Dios ha dado a la república, Florencia podrá ser el paraíso, y quien favorezca la vuelta a la tiranía cometerá el pecado más grande del mundo.

*

Guido Antonio Vespucio, había sido le embajador de Lorenzo de Médicis ante el rey de Francia cuando la guerra entre la Iglesia y Florencia (a esta embajada fué Guido Antonio llevando de secretario a Américo Vespucio) ; luego fué embajador ante el papa, para restaurar la amistad entre los dos Estados e intervino directamente para conseguir los beneficios que llevaron al cardenalato al hijo de Lorenzo. Había tratado de buscar un acuerdo entre Savonarola y Lorenzo, mas a la muerte de éste y después de la caída de Piero se convirtió en la cabeza del partido de los óptimos que estaban contra el fraile. A la tesis de Savonarola opone la de un gobierno que en rigor puede considerarse como el gobierno representativo. Guido Antonio había visto funcionar un gobierno popular en Siena, y lo había considerado absurdo. Sólo a través de gentes escogidas era posible, según él, tener un gobierno estable. Las asambleas multitudinarias de Savonarola conducirían, en su concepto, a la demagogia y la anarquía. Era aquel un jurisconsulto de rara firmeza en sus conceptos. Florencia toda lo respetaba. Le había hecho gonfaloniero ya una vez, y volvería a escogerlo después de la caída de Savonarola. Los amigos del fraile le guardaban profundo rencor, pero no se atrevían a tocarle. Había servido a la república, a los pintores, a los comerciantes con grande eficacia. Guicciardini nos ha dejado reconstruídas en un gran discurso las razones que Guido Antonio opuso a las de Savonarola cuando se discutió el cambio de la constitución florentina. El proyecto de Savonarola lo defendió Pablo Antonio Soderini. Guido Antonio, al responderle, dijo en síntesis lo siguiente :

« Si el gobierno que describe Soderini hubiera de producir los frutos que él anuncia ningún buen ciudadano osaría combatirlo, pero no puedo creer que un gobierno entregado totalmente al pueblo pueda ser origen de tanto bien. Lo que la razón y la experiencia me indican, y los autores confirman, es que en las masas no puede hallarse la experiencia, la prudencia y el control necesarios. Y así los ignorantes se colocan por encima de los que saben, los dañados sobre los buenos, los que nunca han manejado nada sobre los que tienen la tradición de los negocios. Si no podemos esperar de un juez incompetente decisiones justas, de la muchedumbre tampoco vendrá un juicio prudente y una elección certera sino en casos excepcionales. Si se equivocan quienes han dedicado su vida al servicio público, ¿ no habrán de equivocarse quienes jamás han estado en él ?

« Los miembros del gobierno popular no se contentarán con gozar los legítimos frutos de la libertad, sino que aspirarán a tener todos los honores y a deliberar en todas las cosas. Si la opinión de todos, en todos los asuntos va a pesar lo mismo, ¿ qué puesto va a reservarse a la virtud y al valor en manos de la muchedumbre ? Extendiendo a las masas una ambición inmoderada, quedará el poder en manos de quienes carecen de conocimientos y capacidades. Ellos serán la mayoría, y las opiniones no se pesarán sino que se contarán. Lo que prudentemente se ha trabajado quedará derogado por leyes apresuradas o insensatas.

« Si tal gobierno, en todo tiempo sería peligroso, lo sería más ahora, cuando se sale de una tiranía ; porque está en la naturaleza del hombre que cuando ha estado sometido por la fuerza a un extremo, se precipite al opuesto sin detenerse en el justo medio. Caeríamos entonces en otra tiranía, y cuanto más peligrosa es la ignorancia, más pestilente es la tiranía, porque tiene la malicia como norma y ley, y gobierna sin control y sin reglas.

« Florencia no acaba de nacer hoy, ni es la primera vez que se da una consti-



SAVONAROLA (Foto Anderson-Viollet)

tución. Ahora su organismo está enfermo, y si nuestro punto de partida para mejorarlo es malo, crecerán los desórdenes con el tiempo en vez de llevarnos a ninguna perfección. Aquí tenemos ejemplos que ver en la historia. Los desórdenes populares en Roma condujeron a la dictadura militar, y Atenas cayó bajo el yugo extranjero por haber entregado a la muchedumbre los negocios del Estado. No veo por qué no haya de poder restablecerse en la ciudad la libertad por medio del parlamento. Allí todo se entrega a la decisión de los magistrados que no se eligen para toda la vida, ni por unos pocos. De acuerdo con la tradición de la ciudad, eligiendo a los magistrados por la mayoría y renovándolos por suerte y no sometidos a la voluntad de los partidos, entregaríamos los negocios públicos a los hombres más entendidos, experimentados y responsables. Lo otro sería como entregar la salud de un enfermo no a un médico sino a un ignorante... »

En un principio, Savonarola impuso su sistema. Con su gente en la calle y sus sermones desde la catedral, su poder resultó irresistible. Pero el experimento no condujo a ningún éxito. Se alió Florencia al rey francés que invadió a Italia, se hizo a un lado de sus antiguos aliados en Italia y, sin ganar nada, perdió la fuerza que le habían dado los Médicis a lo largo de la más hábil labor diplomática. El haber condenado a muerte a los cinco eminentes florentinos que se creyeron simpatizantes del regreso de Piero de Médicis arrojó una mancha imborrable sobre el gobierno multitudinario. Por último, la resistencia de Savonarola al papa, no aceptando la invitación que le hizo para ir a Roma, y luego la violencia de sus invectivas contra Roma, autorizaron al pontífice para prohibirle la predicación primero, y luego para excomulgarlo. La suerte de Savonarola quedó por esto en manos de sus adversarios políticos. Al propio Guido Antonio Vespucio vino a corresponder el inclinar la balanza. Pero no hay que olvidar que todo el peso de la decisión venía de Roma, y que si Savonarola, en vez de ser juzgado en Florencia, lo hubiera sido ante el Vaticano como en un principio lo pedía el papa, su suerte no hubiera sido mejor.

La herencia política de Savonarola se tradujo en tal anarquía en Florencia, que ya no se halló solución adecuada en el antiguo sistema de los gonfaloneros a corta duración, y se eligió gonfalonero vitalicio. Los pronósticos de Vespucio se habían cumplido con rigurosa exactitud. Mejor que las profecías de Savonarola.

*

Maquiavelo fué un espectador de todo este debate. Desempeñaba, entre 1494 y 1498, un puesto oscuro de escribiente en la Señoría. Su amigo de todo este tiempo, y compañero de oficio era Agustín Vespucio, probable pariente de Guido Antonio. Entre ellos hicieron política menuda. Antonio Vespucio, el hermano mayor de Américo, fué elegido entonces para un puesto más alto : notario de la Señoría.

Maquiavelo tenía veinticinco años. Un primo suyo era fervoroso savonaroliano. El, en cambio, seguía las prédicas del fraile con fina atención y escepticismo. Lo encuentra oportunista y temeroso. Observaba que había dejado el púlpito de la catedral para ocupar el de San Marcos, temeroso de que en la nueva Señoría triunfaran sus enemigos. De sus últimos sermones, Maquiavelo da cuenta minuciosa a Ricardo Bechi en una de sus cartas familiares. « El fraile ha dividido — le dice — en dos bandos a los florentinos. Los unos, que militan bajo Dios, que son él y sus secuaces ; los otros, que están con el diablo, son sus adversarios... Los buenos, son los que le siguen : los perversos y obstinados, sus adversarios... Quien quiera prender al fraile o excomulgarlo o perseguirlo no quiere otra cosa sino hacerse tirano. » Después de que Savonarola ha dicho todo eso y ha fulminado terribles amenazas para mover al pueblo contra la Señoría que puede serle contraria, la Señoría — agrega Maquiavelo — resulta que se dirige al papa en favor del fraile. Con esto, el fraile « muda de capa » y trata de unir a todos contra el papa. « Según mi opinión, se mueve según sople el viento, dándole a sus engaños el color que más convenga ».

Cuando viene el juicio y la condenación de Savonarola, Maquiavelo recoge las noticias en estas palabras que aparecen en sus extractos de las cartas a los X del gobierno : « El papa, por no ser condenado a pagar los gastos, y también porque así lo quería, quedó muy contento de que Fra Girolamo no se enviase a Roma (para seguirle allí el juicio), sino que Su Santidad enviase quien los examinase (en Florencia) como se lo pedía la Señoría, y como se hizo... El 24 de mayo fué quemado Fra Girolamo con Fra Domenico y Fra Silvestro... » Y eso es todo.

Vienen entonces las dificultades del nuevo gobierno, que lucha contra las semillas de anarquía que ha dejado la revolución savonaroliana. Se esfuerza Guido Antonio Vespucio, cuando se le elige gonfalonero, por reducir a un orden el gobierno florentino, y con voces y pataleo

tratan de impedirle que hable los antiguos partidarios del gobierno popular. Por último, viene el gobierno de Piero Soderini, elegido gonfaloniero vitalicio. Si Soderini hubiese tenido la astucia del zorro y la garra del león, las virtudes del príncipe que Maquiavelo aconsejaba, Soderini habría sido una buena solución. Pero el hombre resultó un tonto.

La corriente natural de las cosas produce el regreso de los Médicis. Esta vez no sólo vuelven a ser señores de Florencia, sino que el cardenal, hijo de Lorenzo, es consagrado papa. Lorenzo, el hijo de Pedro el Desventurado, tiene de nuevo en sus manos la suerte de los florentinos. Maquiavelo, desde la llanura de su condición popular, le ve en la cima de la fortuna, como un príncipe, y quiere acercarse a él con un regalo que le haga grato al poderoso. Escribe para él *El Príncipe*, el perfecto manual de gobernar racionalmente, sin escrúpulos, haciendo el zorro cuando sea necesario hacer el zorro, y el león cuando haya que hacer el león. Si este nieto de Lorenzo el Magnífico sabe leer el tratado que le escribe Maquiavelo, Florencia podrá alcanzar la grandeza de una monarquía. Hay que hacer un Estado fuerte, armado, calculador. Maquiavelo no ha pensado como Savonarola que la misión del Estado sea la salvación de las almas por la penitencia, sino su propia conservación. Las leyes se las da el propio Estado, y no la inspiración divina. Dios pone los medios, pero deja al libre albedrío el resto. « Dios no quiere hacerlo todo por no quitarnos el libre albedrío, y la parte de la gloria que nos toca a nosotros ». El Estado se apoya en las buenas leyes y en la fuerza. « Todos los profetas armados vencieron y los desarmados se arruinaron... Así le pasó al hermano Girolamo Savonarola, que echó a perder su nuevo orden porque la multitud comenzó a no creerle, y él no tenía los medios de mantener firmes a los que le habían creído, ni de hacer creer a los incrédulos ». Savonarola da en su tratado de gobierno una serie de normas morales basadas en los pecados que veía en los Médicis. Esto, para Maquiavelo, es pueril. Lo que debe tenerse en cuenta es el fin del Estado. No hay que

ser del todo buenos, porque se anda entre el hombre, que tiene más vicios que virtudes; lo importante es aparentar algo que satisfaga a la mayoría. El pueblo se paga de lo que está al alcance de sus ojos, y no sabe lo que en el fondo sea el príncipe. Algún príncipe de ahora no hace sino hablar de la paz y de la fe — dice Maquiavelo —, y no cree ni en una cosa ni en otra, y si las hubiera observado, habría perdido o su reputación o su gobierno.

Es demasiado conocido *El Príncipe*, para insistir sobre él. Lo que no siempre se ha observado es hasta dónde es una respuesta a Savonarola, no por la doctrina que hallase en el tratado del fraile, sino por la revolución que había producido en Florencia. Maquiavelo tenía que desplegar la más fina inteligencia para fijar ante el Médicis que volvía al gobierno el objeto final del gobierno, que sólo podía alcanzarse sin escrúpulos, pero con talento. Había que ser cruel, pero graduando la crueldad de acuerdo con las necesidades. Hay crueldades bien practicadas, y crueldades mal practicadas. César Borgia es cruel para probar que hace de los hombres lo que le da la gana, y esto no le parece tan mal. Sin aludir al sacrificio de los cinco florentinos que se juzgaron partidarios de Piero de Médicis, bajo el imperio de Savonarola, indirectamente queda presentada esa crueldad como el tipo de la mal practicada. La parece admirable el rey Fernando el Católico, porque usa la religión como disfraz para desatar las guerras contra los moros, en que funda su fama, y luego por la « piadosa crueldad con que expulsa de su reino y despoja a los marranos, ejemplo que no puede ser ni más admirable, ni más raro. » Así han de ser los príncipes para triunfar. Su triunfo será la grandeza de la patria.

El tratado *El Príncipe* no le fué de ninguna utilidad a Lorenzo de Médicis, que si comenzó prometiendo mucho, pronto mostró ser un pobre vástago de su ilustre estirpe. No supo hacerse querer de los florentinos, y pasó a la otra vida sin gloria. El papa León X encarga entonces a Maquiavelo un nuevo tratado de gobierno. Esta obrita debería leerse siempre al

mismo tiempo que *El Príncipe*. Es la técnica maquiavélica aplicada, no ya el gobierno de uno solo, sino al de la república. No hay que pensar, definitivamente, en príncipe para Florencia. Maquiavelo dice que ya ha escrito bastante sobre los principados : ahora hay que pensar en la república. La república debe ser toda una apariencia de gobierno representativo, que en el fondo quede dominada por uno sólo : por el Médicis, por el propio papa León. Este ensayo maquiavélico es una obra extraordinaria de ingenio político, destinada a que quede en mano de los Médicis « tanta autoridad como la que tenga todo el pueblo de Florencia ». El papa nombraría a los ocho de la guardia, a los dos comandantes del ejército, a los escrutadores que sacarían siempre triunfantes a los suyos, etc., hasta que « el ejército y la justicia quedaran entre sus manos, y las leyes a su disposición ». La república sería así como una monarquía...

*

Los Estados totalitarios se han formado en nuestro tiempo un poco con la teoría de Maquiavelo, un poco con la técnica de Savonarola, combinando en proporciones

adecuadas la exaltación del pueblo con el cálculo político. Se ha usado la palabra « mística » para explicar lo que debe hacerse con la masa. Pero se ha corregido la dirección moral que señalaba Savonarola, con las reflexiones inspiradas por Maquiavelo. La tercera posición, la de Guido Antonio Vespucio, se ha olvidado. Los historiadores suelen referirla a la escuela de los gobiernos oligárquicos. En realidad, se trataba de una fórmula de gobierno representativo. Pero las ideas de los tres protagonistas tienen hoy la misma actualidad de la época en que se expresaron, y en cuanto a los sistemas, poco se ha avanzado. La expulsión de los marranos por Fernando el Católico, que tanto admiró Maquiavelo; la hoguera de Savonarola en que se quemaron los libros; la organización combativa de los niños; los asesinatos políticos para gobernar por el miedo; las confesiones arrancadas mediante la tortura; el príncipe que habla de la paz sin creer en ella; los sistemas de espionaje, etc., son cosas que francamente no parecen de los siglos XV y XVI sino del XX. Estamos trabajando hoy aún con las mismas palabras...

GERMAN ARCINIEGAS

Reflexiones

sobre el hombre soviético

POR MANÈS SPERBER

« **C**ON la boca miente, pero sus fauces dicen la verdad ». Esta frase de Nietzsche conviene de manera insospechada al régimen totalitario. A cada instante afirma éste ser la encarnación perfecta de la unanimidad inquebrantable de todo el pueblo, del 99,5 % de los ciudadanos. Pero este mismo régimen vocifera día y noche que la traición le acecha y le amenaza por todas partes ; y cierra las fronteras herméticamente, descubre diversionistas, saboteadores y espías en las chozas de los obreros agrícolas, en las fábricas y en los despachos de los ministros. Proclama que es invencible, asegurando que su porvenir es ilimitado, y al mismo tiempo tiembla ante el peligro de que alguien pueda pronunciar una palabra de menosprecio. Este régimen que tiene un poder infinito sobre el destino físico de todos los ciudadanos, se asusta de lo que éstos puedan pensar. En ninguna parte como en el Estado totalitario se trabaja con tanta energía y de manera tan sistemática en la conquista de las almas. Conviene, pues, examinar el efecto de esta acción incesante que, desde 1917, se viene ejerciendo en la U.R.S.S.

Todos los habitantes de la Unión Soviética menores de 45 años — es decir la gran mayoría de la población — son el resultado de una educación escolar y

extraescolar, de una propaganda y de una agitación infatigables, cuyo monopolio absoluto les permite influir en la mente y en el alma de todos los seres humanos, a partir de la primera infancia. Todo lo que pudiera competir con el sistema oficial o siquiera provocar dudas acerca de su valor, todo lo que no sirve para glorificar al régimen, es rigurosamente eliminado.

Los jefes de la Unión Soviética y sus lacayos propagandistas proclaman por todo el mundo que su país es la representación de la sociedad socialista, fundamentalmente distinta de todas las demás sociedades, y superior a ellas en todo : es decir que es la patria del *hombre nuevo*. Y de acuerdo con la teoría que ese Estado dice encarnar, debería ser así, puesto que, según Marx, « la realidad social (*das gesellschaftliche Sein*) es la que determina la conciencia ». Como fenómeno esporádico y extremadamente raro, podría imaginarse a un hombre socialista que se estableciera, con carácter de precursor, en la sociedad capitalista ; pero el materialismo histórico es incapaz de admitir la existencia de una sociedad socialista que no produzca automáticamente hombres nuevos. Engels, al interrogarse acerca de la posibilidad de abolir el capitalismo sin necesidad de una revolución, llega a la conclusión de que de todos modos la revolución sería inevitable,

porque sin ella los hombres no conseguirían liberarse de « vieja mugre » que llevan en sí.

Si se aplican los principios del marxismo a la Unión Soviética, se advierte que ésta se halla muy lejos de haber producido el hombre nuevo, por lo que se hace preciso escoger entre dos conclusiones posibles : 1) o la U.R.S.S. no tiene nada de país socialista, a pesar de la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción ; 2) o los principios cardinales del materialismo histórico son falsos, y no es cierto que la realidad social determine la conciencia, ni que a una infraestructura cambiada corresponda forzosamente una superestructura transformada en la misma proporción. El argumento según el cual hay que dejar transcurrir cierto lapso de tiempo para que ese proceso de la adaptación superestructural se realice, podía aplicarse a la U.R.S.S. hace 30 o 25 años, pero hoy día nada lo justifica. En 1925, se buscaban excusas en « la terrible herencia zarista » ; pero, ulteriormente, el régimen ha descubierto que todo lo grande y bello de nuestra civilización se debe precisamente a la Rusia de los zares...

*

Los moribundos, un instante antes de cerrar los ojos para siempre, y las madres que se retuercen en los dolores del parto en el momento que precede al alumbramiento, tienen que votar para elegir a candidatos sin contrincantes designados de antemano ; los campesinos, los obreros y los empleados agotados por una jornada fatigosa, se reúnen en el lugar de trabajo para proclamar su acuerdo entusiasta con las últimas medidas adoptadas por el gobierno, para suscribir los empréstitos de Estado o para pedir la ejecución inmediata de unos acusados, que ayer aún celebraban con la misma unanimidad. De esto podría inferirse que el hombre soviético es un político apasionado, en tanto que en el lado de acá de la cortina de hierro, la política constituye para la mayoría de los ciudadanos una serie de sucesos rara vez sensacionales y pronto olvidados, una cuestión secundaria y que sólo les preocupa de verdad cuando afecta directamente a sus intereses inmediatos.

Evidentemente, lo asombroso de este frenesí político permanente del hombre sometido al régimen totalitario es que no guarda ninguna relación con la realidad, que se expresa en gestos condenados a permanecer sin sentido. Es una función de teatro presentada por unos comparsas que ni siquiera tienen derecho ni posibilidad de conocer la obra, porque los que la representan efectivamente y en secreto son los protagonistas. Para los comparsas no es más difícil glorificar a esos protagonistas que pedir su muerte infamante, puesto que saben que todo se realiza sin su intervención. Hacen la *mímica* de la participación, pero no participan en nada.

Desde las épocas más remotas, todo régimen tiránico salido de una revolución, que después de la victoria se transforma en contrarrevolución, tiene las mismas características : al principio existe un verdadero entusiasmo que lanza al pueblo, incluso a las personas que hasta entonces habían sido indiferentes, a la arena política. Pero este entusiasmo desaparece en el gran pesimismo que sigue a la victoria, pervertida y vaciada de su sentido original. Y este es el momento que los nuevos amos aprovechan para obligar al pueblo a *imitar* lo que ayer pudo ser auténtico, y a representar a continuación una innoble parodia del drama sublime. Farsa trágica y humillante, que se parece el grito voluptuoso de una prostituta completamente frígida. El pueblo obediente, que tiene que seguir dando muestras de un entusiasmo de ercargco, acaba por ser políticamente frígido. Dirá todo lo que el régimen quiera, puesto que las palabras carecen ya de sentido y sabe que, de todos modos, el hablar no sirve sino para perder al que dice la verdad.

Frente al secreto con que el poder absoluto encubre sus maquinaciones e imposturas, se establece el secreto de las almas, que la policía totalitaria vigila y persigue, pero que no puede destruir, sin exterminar también los cuerpos. La policía sabe evidentemente que la participación del pueblo no es auténtica, que detrás de ella se esconde una indecible apatía política, hecha de desánimo, de miedo y de esperanzas, cruel y cínicamente destruidas. Y trata de provocar en el hombre la expresión de su parte más secreta que, como un tercer

estrato, se refugia en la más recóndita intimidad del ser : la hostilidad contra el régimen, el odio tácito contra los amos, que duerme tal vez en un estado de inconsciencia. Es preciso despertarla para que se traicione y se la pueda aniquilar. He aquí uno de los significados de esos procesos famosos, y en particular de la gigantesca locura organizada durante los años 36-38, conocida con el nombre de *yejovtchina* (furia).

El hombre nuevo tenía que haber salido de la alienación : el hombre emancipado, que es objeto de la historia, al enfrentarse sin esperanza con las instituciones y las potencias dominantes que, con engaño, se han elevado al rango de sujetos, se convierte a su vez en sujeto, se hace dueño de su destino y de la historia. Su conciencia y su voluntad se identifican en la vida social que practica, pero que ya no *soporta*. El marxismo presenta, pues, la emancipación del proletariado como el fin de toda alienación. Pero el hombre soviético vive en una alienación superior a todas las conocidas hasta ahora en los tiempos modernos. Vive no sólo alienado del poder absoluto que le domina « en su nombre », le explota, le humilla y le aplasta, sino también forzado a alienarse a sí mismo, hasta donde la naturaleza humana lo permite. Socialmente, se ve obligado a ser un *esquizoide*, a llevar una doble vida : en todo lo que mira hacia el exterior, *parece lo que no es*, pero en su fuero interno *es lo que no parece*.

Donde mejor se refleja esta realidad es en la literatura rusa fabricada según los preceptos de Jdanov, que es la aplicación de lo que llaman « realismo socialista », como *lucus a non lucendo*. Representa a los hombres, no tal como son, sino como deben parecer para iluminar la línea decretada por el clan dirigente. Si quiere encontrar seres reales y vivos, el lector ruso ha de volver a las novelas de autores que murieron hace 50 ó 100 años : Tolstoi, Tchejov, Víctor Hugo, Dostoievski, Carlos Dickens... En esas obras busca la parte inconfesable de sí mismo, como una especie de consuelo que le es indispensable. También lo busca en la amistad, que le permite ser fiel a sí mismo, y en el amor : en los lugares recónditos de su vida privada, tanto más pre-

ciosa, cuanto que las condiciones externas la hacen más difícil, y que sabe la expone a la destrucción.

Pero, ¿ por qué no se rebela ? Porque se encuentra solo frente al Poder, como cada uno de los doscientos millones de solitarios. El mayor éxito de los métodos totalitarios es el aniquilamiento de todos los lazos sociales verdaderos entre los hombres, aniquilamiento que obtienen no sólo por la acción de una policía todopoderosa y omnipresente, sino también gracias a la desconfianza generalizada, que hace temer a cada individuo las consecuencias de cualquier gestión política que no haya sido oficialmente ordenada. Es muy frecuente el caso de que un individuo, al tratar de reunir voluntades, se encuentre con la provocación policiaca. La depuración, los procesos espectaculares, las campañas en favor de la llamada vigilancia, es decir de la delación frenética, sirven ante todo para inspirar a cada ciudadano el sentimiento de que debe abandonar la menor esperanza de poder salir de esta soledad en que se atomiza todo un pueblo.

Ahora bien, nadie soporta fácilmente vivir con la conciencia de que capitula constantemente por cobardía, de que cede por la voluntad de conservarse. Mediante un proceso psíquico que permite oportunamente falsear la percepción, se llega en primer lugar a desplazar las acciones, y después a confundir las causas con los efectos, acabando por tener el convencimiento de que se hacen ciertas cosas a las que se está obligado, porque se quiere hacerlas, o al menos porque da igual hacerlas o no. Cuando el hombre abandona la lucha contra los que le humillan, empieza a querer identificarse con ellos para escapar de este modo al sentimiento de la propia degradación. Con frecuencia el vencido, para soportar su derrota, necesita pensar que sus vencedores son invencibles y que lo serán para siempre. De ahí nace esa extraña complicidad que parece unir a los oprimidos con sus opresores, a la víctima con su verdugo. Eso es indudablemente un fenómeno de depravación, pero gracias a la compartimentación de la doble vida, no tiene efectos duraderos sobre las almas.

Al lado de la complicidad, y bajo el disfraz de ésta, se desarrollan formas curiosas de protesta, que se expresa de modo indirecto, y sabe responder a la leyendas que el régimen trata de imponer, por medio de argucias que permiten divulgar la verdad. Se transmite una noticia al oído, precediéndola de la fórmula protectora : « ¡ Ah, qué mentirosos son esos imperialistas ! Al parecer, pretenden que... » Y, seguidamente, se da la información que sirve para desvirtuar un embuste de la propaganda oficial. Y el vecino responde : « Evidentemente, es una mentira tan descarada, como esta que oí ayer, y de la que no creo ni una palabra ». Y transmite otra noticia. Todos comprenden perfectamente que esos calificativos, formulados en los términos de la jerga gubernamental, carecen de sentido. Pero todos emplean ese lenguaje que Lenin, en tiempos del zarismo, llamaba « el lenguaje secreto de los esclavos ». En un sentido muy poco hegeliano, es altamente dialéctico, y con frecuencia sitúa la tesis en el lugar de la antítesis, confundiéndola con la síntesis. La campaña encarnizada contra « el objetivismo » ha tenido un éxito completo. Las palabras han perdido su significación propia y la modifican según los cambios que experimenta la línea. Pero esta *corrupción semántica* sirve también para la oposición sorda, y de este modo el hombre soviético puede expresar su repugnancia en los términos de un entusiasmo ficticio.

A la corrupción semántica corresponde la deformación que los totalitarios hacen sufrir a la lógica. La primera regla de su lógica enseña : ni el juicio, ni la decisión, ni la acción están sujetos a error. El error es una excusa inadmisibles, inventada por el criminal, el enemigo secreto, cuando se ve descubierto. Si en uno de esos famosos cambios de frente, el partido modifica sus juicios, de la noche a la mañana, eso es dialéctica. Pero el que ayer ya dijo lo que los jefes no han admitido hasta hoy, es un traidor. ¿ Cómo ? ¡ Tenía razón ! No, no se tiene razón contra el partido, que es la trinidad : la única fuente de verdad, la verdad misma y su solo defensor.

Evidentemente, el hombre soviético sabe que *errare humanum est*, pero acepta considerar como un crimen lo que fuera de allí

sólo sería un error. De ahí la permanencia del sentimiento de culpabilidad, que le facilita sin duda el inculparse de crímenes que jamás ha cometido. Todo habitante de un país totalitario vive en situación provisional, su situación puede terminar en cualquier instante, es un traidor, un espía, un saboteador en potencia. Para que lo reconozca él mismo, basta con que la policía le detenga.

La segunda regla de la lógica totalitaria es consecuencia de la primera : los hechos no son los hechos, salvo cuando son reconocidos como tales por quien tiene atribuciones para ello. En cambio, es un hecho todo lo que el régimen considera como tal. Cualquier otro concepto es producto de un objetivismo cosmopolita, imperialista y fascista (o como decían los nazis, en otro tiempo : judío, internacionalista y plutócrata).

Por último, la tercera regla dice : el que no está, en todo, completamente de acuerdo con nosotros, es nuestro enemigo encarnizado. Lo que no es idéntico es diametralmente opuesto. No hay matices ni transiciones. Los unos — *nosotros* — *siempre* tienen razón en *todo* ; los otros *siempre* se equivocan en *todo*. Es evidente que ellos — *los otros* — lo saben, pero no lo reconocen, porque son unos indecentes, al servicio de intereses sórdidos.

Esta lógica se apoya en la dialéctica, y, sin embargo, no es posible imaginar una manera de pensar más ajena a la dialéctica que la de los totalitarios. No cabe duda de que pone en peligro el desarrollo, tanto del sentido de la justicia, como del de la verdad, y de que enseña a despreciar, y a detestar todo lo que es diferente. Además, esta lógica destruye la piedad y la base misma de la solidaridad humana (George Orwell lo ha demostrado del modo más convincente y alucinante en su libro 1894).

*

Si el crimen crapuloso no ha desaparecido ni siquiera disminuído en la U.R.S.S., se explica en primer lugar por la inmensa miseria material del pueblo, luego por el hecho de que las diferentes olas de depuración han destruído innumerables hogares de familias y lanzado a un *no man's*

land social a las mujeres y a los niños, que se han convertido en parias. A esto hay que añadir un fenómeno aterrador: la ausencia de una simpatía activa en favor de los débiles, de los perseguidos y de las víctimas. En vista de que el régimen trata el menor signo de tal simpatía como un acto de hostilidad contra él, se precisa tanto valor para practicar la solidaridad, como para lanzarse a una rebelión. « ¡ Ahorcad a mi marido ! Yo ignoraba que fuese un traidor ; pero ya que le acusáis, debe de serlo... ¡ Ahorcadle ! » declara la mujer. Pero tampoco ella se salvará, ni nadie vendrá en su ayuda. « Decís que mi padre es un traidor, pues me avergüenzo de ser hijo suyo... ¡ Ahorcad a mi padre ! » exclama el hijo, pero tampoco habrá piedad para él.

Algunos países europeos conocieron en otro tiempo la ocupación por los ejércitos del zar ; la última guerra abrió a los ejércitos soviéticos el camino hacia el corazón de Europa. Se ha podido, pues, observar de cerca « al hombre socialista » en millones de ejemplares de su especie. La mayor parte de sus rasgos hacían pensar de modo sorprendente en el soldado del zar : atraído irresistiblemente por todos los bienes de que podía apropiarse impunemente y con tendencia a destruir todos los demás ; salvaje y cruel cuando estaba borracho, a menudo sentimental y sinceramente emocionado, al despejarse de su borrachera. En cuanto no se lo impedían una disciplina severa y las prohibiciones categóricas, cometía robos, saqueos, destrucciones insensatas y violaciones bestiales. Este contacto ha demostrado a los obreros de Viena y de Berlín que los productos de la educación staliniana no tienen decididamente nada de común con el hombre nuevo de la sociedad socialista, que anunció el marxismo. La parte más consciente del proletariado de los países donde ha permanecido el ejército rojo, ha sacado las consecuencias oportunas y se ha hecho irreconciliablemente antisoviética. La posición de combate del Partido Socialista de Austria y la revuelta obrera que tuvo lugar en Alemania oriental son los efectos de la convicción de que la Unión Soviética explota y degrada a sus ciudadanos y disminuye su esencia humana, y de que sólo el derrumbamiento de ese régimen por la

revolución podrá abrir el camino de la libertad a los oprimidos.

Pero, ¿ acaso el totalitarismo no destruye para siempre la noción, el sentido y la necesidad de la libertad ? He aquí el problema angustioso que se plantea al psicólogo.

Otro régimen que también se jactaba de perdurar durante mil años, ha desaparecido al cabo de doce, en medio de un diluvio de sangre y cieno. Si el régimen nazi no ha llegado a ser tan totalitario como el inspirado por Stalin, es porque le faltó tiempo. Pero no por ello fué menos liberticida, y en muchos aspectos, todavía más monstruoso y despreciable. Después de su caída, la mayoría de los nazis, y con más razón aún los alemanes que no eran nazis, declararon que en el fondo de su corazón sentían repugnancia por los métodos hitlerianos. Afirmación sin duda oportunista, pero que no obstante puede ser cierta. Este súbito cambio de actitud refleja precisamente la existencia de la parte secreta del ser, que permitió al antiguo nazi justificarse ante su propia conciencia, en cuanto se produjo una nueva coyuntura que le animó a hacerlo.

El hombre es capaz de abandonar la libertad, sea por efecto de un oscurecimiento de la conciencia, sea porque se enfrenta con un peligro que amenaza su vida o por lo menos su existencia social. Pero en este caso, ya no puede dejar de darse cuenta de que, una vez privado de la libertad, se encuentra desvalorado. El hombre, cuando no está oprimido, ignora fácilmente la importancia que tiene ser libre, pero cuando se ve obligado a renegar de sí mismo y de su dignidad, aprende a apreciar la libertad. En la parte secreta del alma, la libertad es inalienable. Esta es la razón de que todos los regímenes tiránicos estén condenados de antemano, pues es imposible deshumanizar al hombre de manera definitiva. Las victorias del mal no son sino rodeos episódicos, pagados con sufrimientos incalculables, y con pérdidas de tiempo, en un camino que, desde los comienzos de la historia, conduce hacia la libertad.

MANÈS SPERBER

PÍO BAROJA Y SU NOVELA

POR S. SERRANO PONCELA

ALGUNAS revistas literarias españolas, han celebrado recientemente el acontecimiento de haber cumplido Pío Baroja ochenta años de vida. Por supuesto, este homenaje contiene sustancias ocultas que quizá los mismos celebrantes (cuando menos algunos de ellos), de hallarlas, se sorprenderían. Porque lo que subraya el hecho, entre otras cosas quizá menos importantes, es un cierto tipo de admiración al veterano, digamos al viejo león del 98, que aún conserva algo de melena cuando tantos a su alrededor se la cepillaron y cortaron *ad usum Delphinis et Eclessiae*. Quiero decir sin eufemismos que Pío Baroja es hoy, con sus claudicaciones, su disparatario judeo-masónico y « demás ralea », el único « maestro » que conserva un perfil arisco, anárquico y por supuesto anacrónico en España. A veces, por medio de actos inocentes o fallidos, una comunidad o un grupo manifiesta sus anhelos ocultos. Esta, quizá, ha sido una de tales ocasiones. El homenaje a Baroja tiene algo de discreto desafío, respuesta muda y alegre de pajarilla ante un escritor que conserva, aunque deshilachados y mustios, ciertos flecos de libertad.

Ya parece posible llevar a cabo con cierta perspectiva —la que conceden sus obras completas— (Baroja, hoy, escribe repitiéndose y saqueando relieves del viejo

almacén), una estimativa del *corpus operarum* de don Pío. Hay necesidad se subrayar algunas torceduras de su árbol novelesco y poner en claro determinados errores repetidos por la crítica. Las notas que van a continuación no pretenden ser un estudio orgánico sino una toma de posición, un andamiaje alzado exclusivamente para futuras averiguaciones y estudios: No tiene la literatura española un buen repertorio novelesco. En otra ocasión he tratado el tema con más detalle y quisiera evitar el enojo de la repetición (1). Sin embargo, se decía entonces, con sus adecuadas razones demostrativas, lo siguientes: « Si hiciéramos una revisión del catálogo de las novelarías hispanas no con criterios didácticos o estilísticos tan sólo, sino también metafísicos y en parte sociológicos buscando ejemplares de ese tipo de creación imaginaria comprometida con el mundo y la condición humana, testimonio del *homo universalis*, capaz de trascendencia ontológica por vía de la existencia angustiada o de los valores, sean éstos religiosos, éticos, etc., dentro de una peculiar estructura estética, veríamos que fuera del *Amadís de Gaula*, *Don Quijote*, *Lazarillo de Tormes*, *El Buscón*, la densa « selva

(1) S. Serrano Poncela: *La novela española contemporánea*. (LA TORRE, N.º 2. Rev. de la Universidad de Puerto Rico, S.ºn Juan, 1952).

selvaggia » de Galdós, *La Regenta*, lo mejor de Baroja y algo de Unamuno, no hay más novela española que pueda trascender las bardas domésticas ». Tan parco catálogo exige, en cierto modo, una mayor condescendencia al enjuiciar y de aquí la aceptación en bloque de Baroja — de todo Baroja — como novelista de primera magnitud ; cosa que hasta la fecha se viene haciendo. A fin de evitar que este juicio excesivamente generoso, en el que incurrimos los españoles por la razón antes apuntada, se convierta en materia canónica, quizá fuera oportuno manifestar aquellos reparos formulables que evidencian dónde están las cualidades y defectos del catálogo barojiano y en última instancia la razón por la cual Baroja, *primo inter pares* en España, no puede aspirar a las primeras filas de esa inmortalidad académica donde se encuentran asentados, por ejemplo, Cervantes, Balzac, Galdós, Dickens, Tolstoi, Dostoiewski, Proust, James, Conrad (y posiblemente se encontrarán en su día novelistas como Mann o Faulkner, pongamos por caso).

Las tres Gracias del novelista

Tres dones, tres *fadadas que fadaren* o si se quiere tres Gracias deben acompañar al gran novelista desde la cuna de su primer relato para que pueda entrar en la categoría mencionada. La proporción de buena-ventura novelesca que cada una de ellas, conceda a su ahijado, decide el puesto a ocupar en el escalafón y obvio es decir que la ausencia de todas significa la ausencia total de novelista y de novela. Estas tres gracias son : la primera, una *capacidad de invención* para relatar haciendo uso de esas conexiones entre la vida real y lo imaginario a que se refiere Conrad cuando dice : « el mundo de los vivos, tal como es, contiene maravillas y misterios y casi justificaría el concepto de que la vida es un estado mágico » (2), la segunda, una *capacidad de desdoblamiento*, o sea, de crear personajes capaces de vivir su vida propia por medio de una dinámica interior en virtud de la cual éstos se hagan a sí mismos actuando, viviendo ; y la tercera,

un peculiar *humor o temple* (como queramos llamarlo) en el novelista del que se desprenda una personal visión, una filosofía del mundo capaz de dotar a todas sus novelas de cierta atmósfera unitaria, ciertas leyes, cierto *pathos* dramático sin posibilidad de confusión con el de otro escritor.

Inventiva y acción en Baroja

No hay duda de que Baroja es un ahijado de la primera. Pone capacidad inventiva y yo diría que excesivamente. Cuando don Pío comienza un relato nunca sabemos adónde irá a parar ; qué peripecias sucederán a sus personajes, en qué esquina de lo imprevisible anclarán sus cuerpos en *perpetuum mobile*. Es posible que tampoco lo sepa él. A veces sus novelas ofrecen demasiado a la vista una trama improvisada ; cierta suerte de irreflexión y ligereza perjudiciales, cuyo modelo más a mano encontramos en libros como *Laura o la soledad sin remedio* o *El hotel del Cisne*. En su trilogía *El gran torbellino del mundo* tiene lugar algo semejante, y dentro de la unidad de trama que impone la figura de Aviraneta, acaece lo mismo con esa gran tenia literaria que se titula *Memorias de un hombre de acción*. Mas, por regla general, Baroja maneja bien su cualidad inventiva de episodios, característica de todo buen novelista y el vivir discurre por sus páginas torrencialmente. En *El mundo es así*, por ejemplo, nos encontramos sucesivamente en los medios terroristas rusos, en Europa occidental y en España, después en París. La vieja ciudad de Córdoba en *La Feria de los discretos* incuba toda clase de emocionantes sucesos para entretener al protagonista y cuando los personajes de *La dama errante* escapan de Madrid por un atajo, bajo la sospecha de complicidad con el anarquista que acaba de poner una bomba al paso de los reyes españoles, padecen aventuras de folletín antes de llegar a Londres. Por otra parte, el censo barojiano es infinito, porque los personajes de Baroja, a veces, ocupan una página o unas líneas y desaparecen para siempre. Hay de todo en tan extraordinaria comedia humana española que más semeja guiñol o retablillo ambulante : militares, funcionarios públicos, intelectuales, artistas, curas,

(2) J. Conrad : *The Shadow Line*, prefacio (Traduc. español *La línea de sombra*. Emecé. Buenos Aires, 1950).

labriegos, terroristas, aristócratas, prostitutas, vegetarianos, teósofos, diputados, comerciantes, toreros, y además, pertenecientes a todas las nacionalidades, pues Baroja posee facundia suficiente para caracterizar a un inglés, un chino, un zulú o un esquimal con cuatro rasgos de manual escolar y el resto de imaginación. Después, el escenario está cambiando continuamente, como cambiaba en los dramas de Luciano Comella u otros epígonos del teatro clásico español: viejos lobos de mar tienen a su cargo presentarnos tierras exóticas (*Santhi Andia, Los pilotos de altura, El capitán Chimista*, etc.); las ciudades europeas son lugares muy frecuentados por sus vagabundos y charlatanes (Amsterdam, Lieja, Roma, París, Londres, etc.). Puede trasladarnos desde el Vaticano a un pueblo

BAROJA, por Picasso (1901)
(Archivos « Ir dice », de Madrid)



español sin solución de continuidad (*César o Nada*). El tiempo histórico tampoco le obstaculiza mucho: véase toda la serie de Aviraneta o esa recreación de atmósfera siglo XIX que tiene lugar en *Los últimos románticos*.

El personaje, como silueta china

Y es que para Baroja, sea cual sea la novela que abramos al azar, el tema propuesto se reduce a vivir obrando, andando, haciendo algo sin meditar demasiado, por puro capricho, a una ciega dinamicidad que compensa con su furia el vacío vital. De aquí esa curiosa sensación de vendaval que producen los movimientos de sus criaturas novelescas, a la vez que esa superficie plana, a dos tintas, de sus caracteres nunca profundizados. Son siluetas de teatro chino, discurseadores y andarines a quienes vemos hacer movimientos, gesticular y afanarse sin saber nunca bien sus íntimas razones. A veces, el ventarrón cesa, las hojas caen inertes al suelo, se hace el silencio y todo queda en un intento de galvanización de la vida dentro de un almacén de trapeo, donde Baroja se mueve tan a gusto como Maese Pedro dentro de su retablo.

No hay personajes en las novelas de Baroja, entendiendo por personajes esos tipos humanos, con una vida en segundo grado como decía Unamuno, que hacen, viviendo, su novela. Sus libros no son casi nunca ese total ámbito cerrado en que el novelista se ha de sepultar y sepultarnos. La expresión anterior debe ser esclarecida diciendo lo siguiente. Cuando el novelista auténtico comienza a urdir su creación, ha de proceder como el gusano de seda cuando se encierra en su capullo, aislando totalmente la morada y muriéndose dentro, para renacer en sus personajes él y distinto a la vez. Y en este ámbito cerrado, conseguir la *presencia directa de la vida* en vez de la *narración* de la vida. Entiendo por presencia directa de la vida el hecho de que el personaje se vaya creando a sí mismo, haciendo su existencia como un proyecto de libertad, sin que el novelista le lleve de la mano y le dirija como a un sonámbulo. Si *Don Quijote* es la primera novela que se escribe en el mundo, lo es

precisamente por esto ; porque Cervantes descubre el secreto de hacer vivir a los personajes sus propias responsabilidades y destino. Cervantes no nos dice : he aquí un tipo insensato, medio entreverado de loco y cuerdo que anda por el mundo en compañía de otro, no menos entreverado que él ; ambos tienen mucha gracia y producen a la vez cierta melancolía. No. Cervantes se calla. Comienza diciendo : « En un lugar de la Mancha... vivía un hidalgo. » Y héte aquí al hidalgo que aparece en escena, Cervantes se retira y Don Quijote empieza a vivir a su modo ; entra, sale, habla con unos y otros, monologa, se contradice. Le vemos hacerse poco a poco, al modo como cada uno de nosotros se siente a sí mismo. Dostoiewski, en su *Crimen y Castigo* no nos dice que Raskolnikow es un ambicioso convertido en asesino con remordimientos. Simplemente, Raskolnikow mata, su conciencia se enturbia y se purifica por sí misma ; le vemos vivir al crimen. La ciencia elabora definiciones ; la vida materia bruta, informe, que se hace haciéndose. La novela es vida, ni ciencia ni técnica. Por eso, lo importante de una novela no es la trama sino *el hacerse* de ella. En *La Regenta* de Clarín hay cerca de cuatrocientas páginas sin que pase nada ; sólo asistimos a la lentísima gestación de un tremendo drama psicológico que se va a resolver, en catarsis de episodios, durante las últimas cuarenta páginas del libro. A este respecto, la técnica de Dostoiewski es ejemplar : aparece el personaje precedido de una pequeña presentación, algo así como una tarjeta de visita. Lo mismo que sucede cuando, en la calle o en el domicilio de un amigo, alguien nos presenta a alguien : Don Fulano, arquitecto ; Don Mengano, periodista. Vemos al tipo ; es rubio o moreno, tiene un diente de oro, se ríe al hablar, fuma mucho. Y eso es todo. Luego, el personaje de Dostoiewski como el personaje callejero se comportan de otro modo, nos comienzan a desconcertar, hablan de sí mismos y de otros, desnudan su alma gradualmente, les vamos conociendo de sorpresa en sorpresa como a las gentes en el trato diario. En este sentido se dice que la novela auténtica es una sorpresa para el propio novelista y que éste no domina sus personajes más

que parcialmente. El Augusto Pérez, de Unamuno, que al final de *Niebla* se traslada a Salamanca a protestar ante su creador del trato que recibe, es un símbolo de tal independencia.

Baroja no consigue esto. Lo que se salva de sus novelas es la garra relatora del novelista, su presencia latente o en primer plano en todas las páginas del libro. En efecto, en todas las criaturas barojianas sin distinción de sexo y edad, categoría intelectual o social, hay algo de Baroja. Y estas criaturas de perfil, incompletas en profundidad, que ofrecen apenas escorzos o detalles psicológicos en muchos casos defectuosos, obedecen a un sistema de movimientos también muy peculiar del novelista. Podríamos decir que el orbe novelesco barojiano —y esto ya lo vió bien Ortega y Gasset en su estudio crítico sobre Baroja (*El Espectador*. I)— está compuesto por dos especies únicas : los charlatanes y los vagabundos. Hablar y andar, he aquí lo importante de ellos. No hay novela suya donde la vida no se dé *narrada* en vez de *vivida*. Los personajes van y vienen contados por Baroja ; se aposentán en ventas, mesones, hoteles, toman automóviles, ferrocarriles y barcos ; cruzan aldeas, ciudades, montañas, llanuras de acá para allá. El error de perspectiva se produce en virtud de la constante conversación de unos con otros, pero en el fondo el diálogo es un monólogo barojiano. Baroja nos dice : este tipo es así o de otro modo ; tiene tal o cual atributo ; tal o cual tic característico. Pero cuando pedimos la expresión auténtica, independiente, el tipo la soslaya. Claro está, nuestra afirmación resulta extremada. A lo largo de la serie de Aviraneta, éste da su tipo. También lo consigue por ejemplo César en *César o Nada*, o Fernando Osorio en *Camino de perfección*. Quizá alguno más. Pero el acierto se produce cuando el personaje novelesco, por alguna razón temperamental, es proyección de Baroja tal como él es o como quisiera ser. Una ausencia completa, demostrativa de lo anterior, se da en los personajes femeninos, con excepción quizá de *La Canóniga*, porque en las novelas de Baroja no hay mujeres. ¿ Dónde hallar una perfección análoga a la de los tipos psicológicos stendhalianos : Matilde de la

Mole o Mme. Renal de *Le Rouge et le Noir* o la Sanseverina de *La Chartreuse de Parma* ?

Humor o temple barojianos

Por el contrario, encontramos muy acusado en Baroja lo que he denominado *temple* o *humor* ; es decir, un peculiar modo de entender la vida y proyectarse en ella ; una elemental ontología de la existencia y una axiología puesta a su servicio. Claro está, con las salvedades que el uso de tales vocablos estrictamente filosóficos exige cuando se trata de un novelista. Para Baroja, lector de Schopenhauer en primera mano y de Nietzsche a través de resúmenes y glosas, la existencia es una fuerza destructiva contenida por la voluntad de vivir que se transforma en acción. Este torrente ciego, caído en el mundo, carece de explicación y no es necesario procurársela tampoco con excesivo interés, ya que le puede suceder al curioso lo que sobreviene a Andrés Hurtado, protagonista de *El árbol de la ciencia*, cuya preocupación por dotar de sentido a la existencia le lleva, voluntariamente, a dejar de existir.

La novelística de Pío Baroja tiene fama de ser arbitraria y cruel, cuando en realidad lo que hace es reflejar estos y otros aspectos de la vida. Con la hosquedad habitual en este escritor, lo ha repetido muchas veces : « el mundo es así », mi única virtud es la de no saberlo disimular. ¿ Y qué quiere decir « así » para Baroja ? Pocos escritores han tenido la oportunidad de presentarse al desnudo, en forma más desprovista de *arrière-pensée*, tal como Baroja lo lleva a cabo en sus *Memorias*. Estos farragosos y a la vez divertidos volúmenes carecen de valor literario y parecen ser el resultado de un soliloquio de viejo, dictado, en ratos perdidos, a su secretaria ; los temas se reiteran machaconamente, como si el autobiografiado quisiera reparar hasta su última costura y repasar las costuras a los demás. Pero en sus *Memorias* encontramos ratificados y aclarados puntos de vista que circulan por su novelística en boca de diversos personajes. « Yo evidentemente soy —manifiesta— lo que se llama un agnóstico... Me reprochan mucho ser

pesimista. Soy, efectivamente, un pesimista teórico respecto al Cosmos. No creo que la vida humana tenga objeto fuera de sí misma... » « Soy un hombre que ha salido de su casa por el camino, sin objeto. He seguido mi ruta al azar...; iban brotando de aquí y de allá caras torvas, miradas hostiles, gentes en guardia, que apretaban et garrote entre las manos huesudas... Durante mucho tiempo esta soledad me llenaba de angustia e inquietud... Ahora, en el río confuso de las cosas, veo mi existencia como algo que ha sido y ha llegado a su devenir. Y cuando el Destino quiera interrumpirla, que la interrumpa ; yo, aunque quisiera protestar, no protestaría. » Las diatribas de Baroja contra la existencia podrían llenar, entresacadas de sus novelas, un grueso volumen. A pesar de lo cual, toda su obra respira curiosidad ardiente por los hombres : « en la humanidad no hay ni puede haber más que el hombre ». Cada hombre para Baroja es un solitario ; construye su propia armadura vital y se encierra en ella : « Estoy convencido de que somos todos islas inabordable, con acantilados cortados a pïco ». Irrenunciablemente obligado a proyectar su vida sobre el mundo, ama al mundo y le repele a la vez : « El mundo entero es un cuerpo sin vida, un cadáver grande, y los hombres somos sus tristes gusanos, que lo vamos royendo hasta que la muerte acaba con nosotros. » Como el hombre no encuentra imperativos morales *a priori* se ve obligado a construirlos provisionalmente, conforme va viviendo : « el individuo no es lógico, ni bueno, ni justo : es, nada más. Todo lo individual se nos presenta siempre mixto con absurdos de perspectiva y contradicciones pintorescas ; contradicciones y absurdos que nos chocan porque intentamos someter los individuos a principios que no son los suyos. »

Este « humor » barojiano se proyecta en muchas otras direcciones dando a su obra el carácter de un *vademecum* opinante. Pocas serán las cosas sobre las cuales Baroja no hable, a veces sin saber de ellas, a veces exagerando su punto de vista hasta la impertinencia. Podríamos extender el comentario a territorios tales como el paisaje, la mujer, la creación artística, la política, los hispano-americanos,

los toros, la medicina, etc. De aquí, el que sus novelas sean un continuo y graneado fuego, desde las troneras de cada protagonista, contra el alrededor. Hay en todo novelista hispano una veta escondida de moralista, un clérigo regañón y sábelotodo repartiendo excomuniones o bendiciones y no podía faltar en don Pío. En este aspecto, su obra sí es legítimamente española y por ende intraducible a otras lenguas sin perder, al hacerlo, una de sus dimensiones.

Consecuencia natural de lo anterior es el agnosticismo de Baroja. La mancha de tinta más visible en su historia; aquella que le segrega de la comunidad beata hispana, es su actitud frente a la Iglesia. El « humor » barojiano ha sido siempre (y sigue siendo, aunque amortiguado) anticlerical y decir anticlerical en España quiere significar una actitud hostil y peyorativa frente a la Iglesia española, y nada más. Por supuesto, un pensamiento nutrido de los relieves del positivismo filosófico, tal como se da entre los hombres del 98, no puede pasar fácilmente al ámbito de la creencia, salvo que se produzcan acontecimientos exteriores de tipo, diríamos, milagroso y en Baroja esto no se ha producido. Así, lo que destaca en su novelística y lo que dota a toda ella de un sabor muy peculiar es su inquina contra el clero español. Posiblemente sea España el país que produce más anticlericales no ateos, es decir, gentes que creyendo quizá en Dios y hasta en los dogmas católicos, detestan a la Iglesia local que los representa, no entendiendo la buena razón de que el Señor no es responsable de sus brazos en la tierra. En su primera novela *Camino de Perfección* percibimos esta atmósfera de acritud y diatriba al hablarnos del colegio de escolapios de Yecla como « un lugar de tortura » y una « laminadora de cerebros », o cuando el protagonista reflexiona con respecto al valor estético de la liturgia, o cuando describe la procesión de Marisparza. En *Silvestre Paradox* el anticlericalismo tomó proporciones de literatura clerófoba al estilo de aquella publicación coetánea al novelista que gozó de tanta popularidad en los medios mesocráticos hispanos, titulada *El Motín*. Sus descripciones de canónigos no tienen des-



PIO BAROJA (1954)
(Archivos « Indice », de Madrid)

perdicio : « Don Martín era un tipo terrible; sabía los cánones al dedillo, pero era borrachón, jugador, mujeriego y vivía maritalmente con su ama que se llamaba Socorro y a quien llamaba socorros mutuos para incendios ». O (el canónigo) « tenía la faz estúpida de un animal cebado y se pasaba la vida jugando al tute con la hija de la patrona ». En sus referencias frecuentes a ritos y ceremonias eclesásticas, encontramos párrafos como los siguientes : « la buena señora se hallaba en el exclusivo y crítico momento en que una untura en los pies y en las narices sirve para que el alma de los hombres

suba a las celestes regiones ». Ante expresiones de la creencia popular que considera supersticiosas se manifiesta de este modo : « Sacó un escapulario de la Virgen del Pilar y lo acercó a los labios de la enferma. Aquello fué de una eficacia inaudita ; al momento, Doña Justa torció la cabeza y dejó de alentar ». Humor grueso, de chafarín, pero muy revelador del anticlericalismo hispano, al que no han podido diluir ni borrar de las formas de vida peninsulares.

Hubo también en Baroja, durante bastante tiempo, un antiespañolismo de tipo generacional ; una suerte de protesta frente a todo lo que significaba entonces (y significa ahora, corregido y aumentado) la España oficial. Este es otro de los rasgos más acusados de « humor » que registran todas sus novelas impregnándolas de un peculiar tinte polémico. *Camino de Perfección*, *Silvestre Paradox*, *El árbol de la ciencia*, *César o Nada* son exponentes de lo que quiero decir. Descripciones, a veces crueles, de la vida de los pueblos, puesta en solfa de los tipos de la España de pandereta, anticasticismo. Fernando Osorio, el protagonista de *Camino de Perfección*, entra en un hospedaje provinciano : « en el cuarto que le destinaron había colgada en la pared una escopeta y una guitarra ; encima, un cromo del Sagrado Corazón de Jesús. Ante aquellos símbolos de la brutalidad nacional comenzó a adormilarse... » El retorno a la « españolidad » es la tónica de sus últimas obras, principalmente

de sus Memorias, donde la vieja manía europeizante se le ofrece como algo sobremano ridículo, siguiendo con ello la ruta Unamuno-Azorín. « Yo pienso —ha escrito en uno de estos divertidos volúmenes— y ahora me afirmo más en mis ideas, que los únicos que podemos dar un sentido, hacer una nueva civilización con caracteres propios con esa vieja raza ibérica, nacida probablemente en las orillas del Mediterráneo, somos los españoles... Nuestro plan debía ser constituir un gran imperio euro-africano, imponer nuestras ideas en la Península y luego irradiarlas por todas partes. » Hay un punto de inversión entre anticasticismo y casticismo situado más o menos en el año 1922, representado —si buscamos para ello un ejemplo concreto— por el monólogo del protagonista de *El amor, el dandysmo y la intriga* : « Mi sensibilidad patriótica fué un hecho nuevo que surgió con la lectura en que se denigraba constantemente a España. En España no se podía vivir una vida relativamente civilizada, ni comer, ni dormir. España era un país imposible. Los españoles, al parecer, éramos una excepción en el mundo : malos, crueles, sanguinarios, incultos, indisciplinados, de color negro y cobardes. Sin embargo, cuando fui leyendo biografías, encontré que los tipos históricos españoles valían lo que los de otros países y que muchas veces los superaban. »

S. SERRANO PONCELA

EN PROSA

POR JORGE GUILLEN

EL ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA

« ... qué esfuerzo del caballo
por ser perro,
qué esfuerzo del perro por ser golondrina... »

Federico. — Voy a escribir una gran tragedia :
la del arzobispo de Constantinopla que se quiere
desconstantinopolizar. ¡ Y no puede !

« ... qué esfuerzo del perro por ser golondrina,
qué esfuerzo de la golondrina por ser abeja,
qué esfuerzo de la abeja por ser caballo. »

LOS ATRACADORES

Boston. Sábado por la mañana. Gran vestíbulo
de gran hotel. Hilos de novelas se anudan con
tanta corrección que no se advierten.

Entre el despacho de flores y el de cigarri-
llos, entre los que observan poco y los que se
van con calma, de repente irrumpe...

Agil, veloz, tajante, una cuadrilla. Se sitúan
en sus puntos de eficacia los enmascarados.
A la agresión multiplica la estupefacción.

Ya el cajero entrega los miles de dólares de
la semana. Nadie chista. Ya los atracadores
huyen sobre cálculos de fuga.

Huyen, huyen, huyen con sus Monedas y se pre-
cipitan hacia el Optimo Fin los más desespera-
damente burgueses : éstos, tan apresurados.

No se atienen a reglas, las violan — con tal
vigor asumen las ambiciones de todos. ¡ Dinero
hacia Vida Confortable !

DE UNA ELEGANCIA

Adolfo V. el Delicado está visitando a Félix
III el Poliglota, y el protocolo apenas se in-
sintía por la ribera hospitalaria.

¡ Oh Tajoya marino, oh mansiones con escalina-
tas hacia follajes regios ahora, hacia fuentes
de ninjas — infantas en su fábula !

El río dice siempre « as memorias gloriosas de
aquellos reis » muertos, y susurra — ya no en
su portugués — esperanza a los quizá futuros.

Sonriéndose van Adolfo y Félix con una corte-
stía de tantos siglos que reverdece natural co-
mo la rama de esta primavera.

¡ Ay, el mundo se nos rompe a diario en injus-
ticias y justicias, y los reyes sin trono es-
peran junto a ríos ilustres !

Félix y Adolfo pasean, sonrien hacia el Tajo.
« Inclínai por un poco a magestade », les dice
Camoens, reverente.

TACITO CLAMOR

En el tren, por la tarde, el verano llega a producir, industria feroz, una como sustancia que se comunica abrasando. ¡ Yo me ahogo !

El sol no permite ver la vida, y velando cortijos borra perfiles. Se pierden montes en manchas. Solo imperan muros desde su cal. ¡ Sur !

Ni este vientecillo naciente de la ventanilla refresca, sujeto a la onda quemante del campo, de la parada en la estación : Averno sin moral.

Abatidísimos, divisamos al alcance de nuestra angustia a otros que se consumen en este común calor : catarvas estivales.

Morenos por herencia, grises en la luz, pálidos de fatiga, los trabajadores levantan la mirada y lo columbran todo. ¡ Todo está lejos !

Ningún clamor. La tarde, que es del cielo y del señorío, abrumba a los ahora encorvados. Trabajar es también sufrir. ¡ Gran deber !

RUINAS CON MIEDO

No, no es posible recoger todos los escombros. Hay demasiados. Y así quedan entre el horror de la luz y una vida cotidiana.

La ciudad se sobrevive esforzándose frente a la quietud de las piedras, sacadas de quicio y de juicio a nivel del gran tormento humano.

Y entre las formas intactas, que el Azar (alguien no-hombre) salvó, todavía duele a tanta resquebrajadura aquel paso de los monstruos.

Los monstruos han pasado... ¿ Pasado ? Se nubla el aire en que sufren las paredes mutiladas. ¿ Volverán los monstruos ?

Públicos esqueletos aún guardan fibrillas vivientes. ¿ Volverán a volar los enviados de la Razón con sus alas de Arcángel Providencial ?

Hórridas ruinas sin belleza : ruinas con el temor de no ser ni su angustia, junto al filo infernal que dispone el Arcángel.

LA CONFIDENCIA SOBRE EL MURO

¿ Quién habrá trazado sobre el muro figuras, palabras que quieren ser obscenas, y por eso lo son, y escandalosas, con voluntad provocativa ?

¿ Qué artista evoca, provoca, convoca desde su caverna con esos balbuceos rupestres, y a qué hombre cavernario se dirigen ?

¿ A qué hora de soledad acaso nocturna, en qué paréntesis de fugitivo pudo un lápiz ceder a la obsesión del obseso y solicitar, precisar ?

¿ Cómo pasa invisible, sin nombre ni semblante, por qué jamás es sorprendido ese tan solo, tras la puerta reservada a los « Caballeros » ?

¿ Llegará a ser cuerdo o lo parecerá en los restantes días el extraviado confidente ? Cuál será su existencia cotidiana ?

¿ Qué vida inconfesable, qué dolor y delirio, qué absurdos, qué esperanzas — las últimas — están latiendo en esa confianza de infeliz ?

RAYO DE LUNA EN EL CIRCO (I Fratellini)

Querria el payaso aparecer bajo el haz amable que le proyecta el cielo del circo. ¡ Oh luna ! Luce el fulgor, se acomoda el gracioso y el rayo se le escapa, flotante más allá.

Dos o tres veces se redobla el chasco ante la estrellada seda azul del gracioso.

¡ Ah ! El rayo se detiene. Y precipitándose el gracioso con un martillo lo clava. ¡ Oh luna !

JORGE GUILLEN

La obra de Camilo José Cela*

Es una situación extraordinaria para un escritor en la emigración tal como yo — o, en palabras más directas, para un refugiado antifranquista que ha encontrado un nuevo hogar en Inglaterra — el escribir una introducción para la obra de un autor español que no sólo vive y escribe dentro de la España de hoy, sino que hasta pertenece a la casta gobernadora y ha luchado en el campo de los vencedores de la guerra civil. El hecho de que lo estoy haciendo con convicción, gustosamente, es la mejor prueba de la fuerza intrínseca existente en la obra de Camilo José Cela. Que yo sepa, es el único escritor eminente que ha surgido en España después de la guerra civil, y este libro suyo, *La Colmena*, es la novela más importante, vista tanto como obra de arte que como documento social, que hasta ahora se ha escrito tras la cortina invisible que sigue aislando a España del resto del mundo. He usado con intento las palabras « se ha escrito », porque sería inexacto decir « se ha publicado » : aun para Camilo José Cela, ocupando un puesto privilegiado, ha sido imposible publicar este libro dentro del país, y el lector atento encontrará pronto las razones de ello.

En la cubierta de papel de la primera edición — publicada en Buenos Aires — de *La Colmena*, el mismo Cela explica su método literario :

« Mi novela *La Colmena*, primer libro de la serie *Caminos Inciertos*, no es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad. Mienten quienes quieren disfrazar la vida con la máscara loca de la literatura. Ese mal que corroe las almas ; ese mal que tiene tantos nombres como queremos darle, no puede ser combatido con los paños calientes del conformismo, con la cataplasma de la retórica y de la poética. Esta novela mía no aspira a ser más cosa — ni menos, ciertamente — que un trozo de vida narrado paso a paso, sin retenciones, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre. »

(*) Introducción a la edición inglesa de *La Colmena*, de Camilo José Cela. ("The Hive", Gollancz, Londres 1953, y "The Hive", Farrar, Strauss, Nueva York, 1953.

Este trozo particular de vida está sacado de la existencia diaria del pueblo de Madrid en el año 1943, un año sombrío no sólo para los países sometidos a la violencia de la guerra, sino también para España sometida a la violencia de una dictadura « no-beligerante ». Cela escoge como escenario central de su narración — si es que puede llamarse una narración a una serie de breves episodios, semejantes a instantáneas fotográficas — un café de barrio no lejos del centro de Madrid. Desde allí va siguiendo los pasos de sus personajes — nada menos que ciento sesenta de ellos, según su propia cuenta — en sus momentáneos encuentros con otro en una de las calles azotadas por el frío del invierno o en una sórdida casa de vecinos. Sin caridad y completamente sin retenciones, como él mismo proclama, exhibe el contenido miserable de sus vidas : hambre, codicia, miedo, fracaso, deseo, malicia, presunción, pobreza, náusea y ternura torpe, todo ello expresándose a través de diálogos mínimos y de mínimas acciones. Pero la nota dominante es hambre, mejor dicho, hambre y miedo. Es una existencia vergonzosa y vergonzante que deja al lector con un mal sabor en la boca, con una especie de amargura sucia, y que sin embargo provoca en él una piedad tan enorme que le limpia. No ; a Cela no se le puede acusar del uso de lo que él llama los paños calientes del conformismo. La vida que retrata lleva consigo un olor de podre, y los comentarios generales que salpican allá y acá sus páginas no bastan para suavizar la acusación implícita en ellas.

Es, según creo, de singular interés que haya surgido en la España de Franco precisamente esta novela, escrita precisamente con esta técnica. En una auto-explanación dada en la cubierta de papel donde suele publicarse la propaganda de la editorial, Cela llega a decir :

« Pienso que hoy no se puede novelar más — mejor o peor — que como yo lo hago. Si pensase lo contrario, cambiaría de oficio. »

Esta afirmación rotunda y dogmática, que llega a ser un postulado de que sólo una novela escrita con este método de presentar un « trozo de vida » tiene valor hoy en día, será rechazada

por muchos escritores, incluyéndome yo mismo, aunque considere que también pertezco a la corriente realista. Sin embargo tiene un hondo punto de verdad refiriéndose a la España de hoy. Hablando de España, hay que descubrir una vez más la superficie de la vida y describirla con toda su característica fealdad, antes de que el escritor pueda lanzarse a la exploración de la « patrie intérieure ». Dicho de otra manera, cualquier novela psicológica española escrita en nuestros días sería falsa, desequilibrada, si en ella no se incluyera el dominio violento del hambre, de la miseria y de la falta de seguridad en todos sus aspectos cotidianos. Tal vez está ahí una de las razones por las cuales el realismo español moderno hiere a tantos lectores que no son españoles. Les parece tener una crudeza innecesaria, porque su propia existencia y su propia literatura están en otra etapa de su evolución. Recuerdo una conversación con una amiga sueca sobre una novela española, parecida a *La Colmena* por ser también « despiadada » e « incomfortable ». Me dijo que, aunque ella, personalmente, había llegado a sentir un significado humano general tras el escenario español, la mayoría de los lectores suecos no llegaban a ello « porque entre nosotros la vida de familia ya no es así, de ninguna manera ». Las palabras clave eran, evidentemente, « ya no... ». El hambre y la miseria que llenan las páginas de *La Colmena* « ya no » forman parte del mundo en que viven los lectores ingleses. Aquí, los sentimientos íntimos de las gentes « ya no » están bajo la presión del hambre de fumar o del hambre de una comida caliente, tan fuerte que llega a ser una obsesión. Ni están ya bajo la presión del miedo omnipotente de una persecución por las autoridades. « Ya no », dentro del mundo que nos complacemos en llamar el mundo libre...

*

Sin embargo, a pesar de su españolismo, el libro de Cella es universal en tanto que es una obra de arte genuina. Los sentimientos de los hombres y mujeres insignificantes que nos muestra en sus crueles instantáneas están torcidos o envenenados por la específica atmósfera social, pero siguen siendo sentimientos humanos, de ningún modo limitados a la España de hoy ni al llamado temperamento español. Para cada lector que no se limite a ver las descripciones externas y la sátira, la ira y la compasión encendidas de Cella hablarán un lenguaje internacional.

El método narrativo y el estilo de *La Colmena* pueden constituir una barrera difícil de franquear. Cella va y viene en diferentes planos del tiempo, vuelve sobre sus pasos para contar el mismo incidente bajo un ángulo distinto, y usa siempre para esto el tiempo presente. Utiliza los términos corrientes del madrileño popular y

frases de doble sentido que muchas veces son tan locales que la traducción es punto menos que imposible y hay que adivinar su sentido preciso. Y, por otra parte, Cella es un poeta. Su prosa tiene manierismos, tal como la repetición constante, que tienen tanto que ver con ritmo y música como con énfasis psicológico. No todos estos artificios son acertados en el original español, pero forman una parte tan importante del estilo y la visión de Cella que ni se los puede dar de lado por ineficaces, ni suprimirlos en la traducción. Al fin y al cabo, Cella usa la técnica realista y su estilo medio coloquial deliberadamente, a fin de mostrar el *pattern* de la vida tal como él lo entiende, subjetivamente, personalmente y hasta, si se quiere, románticamente, como la lucha de seres humanos desamparados con la náusea amarga de cada día. Si estoy repitiendo palabras tales como « náusea » y « amargo » es precisamente por su importancia en el propio vocabulario de Cella, en esta poesía suya llena de dolor.

*

Camilo José Cella nació en 1916 en Galicia, el rincón noroeste de España donde aún predomina la sangre celta. Su lugar de nacimiento fué el viejísimo pueblo El Padrón, la Iria Flavia de los romanos. Por el lado materno hay en la familia sangre de Cornualles. Antes de tener los veinte años, es decir, antes de la guerra civil, Cella escribió poesías que están influenciadas por los más prominentes poetas jóvenes de los treinta. En 1945 publicó estos poemas tempranos en una edición limitada, bajo el subtítulo « Poemas de una adolescencia cruel » y el título *Pisando la dudosa luz del día*, título que es una cita del gran poeta barroco Luis de Góngora. Los dos temas aludidos en el subtítulo y el título iban a dominar toda la obra de Cella: la crueldad dolorosa de la vida y la incertidumbre del mundo visible. Sus poemas están llenos de una amargura y dolor que alcanzan notas mucho más agudas que las normales en un adolescente. Están cuajados de dioses y hombres brutales y sus víctimas, delicadas, jóvenes, indefensas. Visto a distancia, su mundo es un mundo mórbido; pero mucho de ello no era más que una realidad terrible en vísperas de la guerra civil:

...y hay húmedos cadáveres que se pudren a solas por las noches sin luna...

Cella luchó en el ejército del general Franco durante la guerra civil e ingresó en la Falange. Acá y allá en su más reciente prosa hay referencias secas a la lucha y a una herida que recibió, pero no se encuentran huellas de un partidismo superficial. En 1942 publicó la novela que le hizo célebre: *La Familia de Pascual Duarte*. Hasta entonces sólo había publicado poemas y cuentos cortos en revistas, y algunos artículos. *La Familia*

de *Pascual Duarte* fué traducida a varios idiomas, incluyendo el inglés, pero en ningún sitio logró producir el impacto — en ningún otro sitio podía producirlo — que logró en España.

*

La historia de Pascual Duarte está escrita en la más violenta tradición del realismo español. Está contada en primera persona por un asesino en vísperas de su ejecución. La vida de Pascual está de tal forma cuajada de violencia insensata que el lector siente náuseas. La pobreza embrutecedora en la cual el protagonista pasó su niñez no puede llevar a otro fin que a explosiones de locura ciega, pero en el lector la piedad se encuentra estrangulada por el mismo amontonamiento de horrores. Y sin embargo, cada detalle — aunque no el trazo que los une — tiene su contraparte en los pueblos hambrientos de Extremadura de donde Pascual surgió. Es una víctima de fuerzas que no puede entender; está en prisión mentalmente mucho antes de estarlo físicamente. Comienza su historia con las palabras: « Yo, señor, no soy malo... » y Cela, en su papel de « editor » de la última confesión de Pascual Duarte, nunca contradice esta patética queja. Hay en el libro una especie de apéndice contando el arrepentimiento final del asesino, y una « nota del transcriptor » inicial, explicando que él publica estas memorias como un aviso: ¿ Ves lo que hace? Pues hace lo contrario de lo que debiera. Pero el libro entero desmiente esta apología fácil, o tal vez satírica, que puede tener la misma finalidad que los piadosos desenlaces de las viejas novelas picarescas, es decir, ser una coartada intelectual ante los poderes constituidos.

El destino de esta novela en España tiene gran interés. El mismo Cela cuenta la historia en un prefacio a la cuarta edición hecha en 1946. Parece que le había pedido al novelista Pío Baroja que escribiera un prólogo para la primera edición, y Baroja no sólo se negó sino que dijo a Cela que mejor haría en no publicar el libro: « No, mire, si usted quiere que lo lleven a la cárcel, vaya. » Cela continúa: « A la cárcel no fui, pero la novela fué retirada. »

No explica las razones por las que fué retirada, ni tampoco el método seguido para ello, pero por lo menos las razones son obvias. En la atmósfera estancada de la España de Franco al principio de los años cuarenta, cuando funcionaba un sistema complicado de censura que oprimía a los editores y ordenaba retirar del mercado los libros considerados indeseables, *Pascual Duarte* debió tener un efecto electrificador sobre los que lograron un ejemplar, relativamente no muchos, porque las ediciones eran reducidas y el precio de los libros prohibitivo para todos con la excep-

ción de una minoría muy pequeña. De pronto había surgido una novela escrita en un estilo directo y brutal, que descubría llagas repugnantes en un momento en que casi todos los libros escritos en prosa se ocupaban de temas convencionales y de ninguna manera provocaban pensamientos rebeldes. Creo que puede uno permitirse el lujo de pensar que únicamente la posición de Cela en la burocracia falangista le salvó de molestias más serias, y esto es decir las cosas delicadamente.

En todo caso, cuando el libro llamó la atención fuera de España y ejemplares de la edición argentina comenzaron a circular dentro del país, se permitió que apareciera una nueva edición en Barcelona, con una introducción del famoso e influyente Dr. Marañón. Además, Cela había publicado mientras tanto otros trabajos menos provocadores, y empezaba a tener prosélitos entre los escritores más jóvenes. Desde luego la batalla dejó cicatrices en él: Cela dedicó la cuarta edición de *Pascual Duarte* a sus enemigos. Es decir, la novela está dedicada « A mi amigo Victor Ruiz Iriarte » y aún la cuarta edición conserva esta dedicatoria original; pero agrega: « Dedico esta edición a mis enemigos, que tanto me han ayudado en mi carrera. » También dice en su prólogo titulado *Una breve historia de esta novela*: « Yo creo que gran parte de la expectación que produjo fué debida a que llamaba las cosas por sus nombres. Cuando un ambiente está oliendo a algo, lo que hay que hacer, para que se fijen en uno, no es tratar de oler a lo mismo sólo que más fuerte, sino simplemente, tratar de cambiar el olor. » Esto tan cuidadosamente expresado aunque las palabras parezcan rudas, es indudablemente un punto de protesta y rebeldía.

*

La segunda novela de Cela, *Pabellón de Reposo*, se publicó en 1943. Es totalmente distinta de *Pascual Duarte*, pues se trata de una sucesión de impresiones líricas y elegíacas sufridas en un sanatorio, donde los tuberculosos tienen que aprender a confrontarse con su propia desintegración sin tan siquiera el consuelo de disminuir el horror de ello. No conozco nada sobre la vida privada de Cela, pero todo el libro muestra una experiencia personal, no de segunda mano. Sin embargo no es un libro logrado; aunque algunos de sus capítulos y episodios conmueven y convencen, la clave menor de resignación amargada, en la que el libro está escrito, no es el lenguaje propio de Cela. Lo que me parece lo más importante en esta novela es la experiencia espiritual que existe en su fondo; la dolorida indiferencia que se adquiere cuando se familiariza uno con una muerte que se acerca lentamente; y la lástima mezclada con furia hacia las mil maneras con las

cuales la gente se hiere entre sí, por encima del dolor inevitable que cada uno sufre por la vida y por la muerte. Estos elementos de indiferencia, piedad y rabia impregnan desde entonces lo mejor de los escritos de Cela.

No cuenta la tercera novela, *Nuevas Aventuras de Lazarillo de Tormes*, entre sus mejores, pero los críticos españoles la alabaron con una especie de suspiro de desahogo. No es más que un « pastiche » del célebre clásico de nuestra picaresca — ya *Pascual Duarte* tenía algo de un « pastiche » de picaresca — contando las aventuras de un descendiente moderno del prototipo en la España rural con sus pueblecitos inmutables, enquistados en el tiempo. En el caso de este libro, la tradición consagrada permite el detalle brutal, las palabras crudas fundidas en un estilo sutil, y hasta las visiones de mendigos de pueblo, de tal manera que el tema repetido del hambre pueda aceptarse, con un poquito de buena voluntad, como un viejo hábito español, lo cual, en realidad, es así.

Ningún otro escritor inglés ha expresado esto en palabras tan claras como Gerald Brenan en el prefacio a su obra magistral *The Literature of the Spanish People*, cuando dice : « Así, ésta es la literatura de un pueblo que casi nunca ha conocido la seguridad ni una vida cómoda. Leyéndola, uno tiene que chocar inevitablemente con el hecho de que desde la Edad Media hasta el siglo XVIII la nota de Hambre suena persistente a través de sus novelas... »

Pues bien, esta nota de Hambre no desapareció con el siglo XVIII, ni en la realidad española ni en su literatura. Sigue sonando, apenas dulcificada por ademanos pulidos, a través de las novelas del siglo XIX de Benito Pérez Galdós ; habla desde las páginas del joven Pío Baroja en los primeros años de nuestro siglo ; da gritos en las novelas de Ramón J. Sender entre los años veinte y treinta. Y es Camilo José Cela quien la hace sonar, escribiendo sobre la España de Franco mismo, hasta que su sonido penetra tan agudamente como el de una campana tocando a muerte, en un libro chiquitín que — para mí al menos — es una obra maestra : *Viaje a la Alcarria*.

*

En apariencia, este librito es el diario de un viaje a pie a través de una zona de Castilla la Nueva, montañosa y casi desierta, en la cual castillos moros y palacios antiguos se desmoronan lentamente en ciudades atrofiadas, mientras las aldeas en las cimas sombrías de los cerros defallecen de hambre y los pueblos en los valles pueden permitirse el lujo de tener alegría porque sus tierras tienen agua y por ello cuentan con la seguridad del pan de cada día. Cela escribió lo que vió, en un lenguaje hermoso, terso, límpido.

Llegó a aprender en qué pueblos podría encontrar algo que comer y en qué posada le servirían una comida : el conocimiento más importante de todos los conocimientos humanos en un distrito donde el hambre impera. Anotó en su diario que a las gentes de un pueblecito colgado en la ladera de un cerro pelado les llaman « los cuclilleros » (cuclilleros) porque dicen que duermen en cuclillas, para no perder un momento en las mañanas cuando corren a trabajar desesperadamente en sus campos míseros. Anotó la exclamación de su espolique cuando llegaron a un pueblo próspero : « ¡ Aquí sí que hay riqueza !... ¡ Vaya si la hay ! En Sacedón no es como en otros pueblos ; aquí, quien más, quien menos, todos se van a dormir con la panza llena. » Cela estuvo en Pastrana, donde Felipe II mantuvo la que fué su amante, la Princesa de Eboli, enclaustrada en su propio palacio, ahora almacén y oficina del Servicio Nacional del Trigo. Se abrió camino a través de los zarzales hasta la gruta donde una vez vivió San Juan de la Cruz, y escuchó los lamentos por glorias pasadas de labios de gentes que se toman muy en serio a sí mismas, pero que ya no tienen la voluntad de hacer algo para el presente o el futuro. Fotografizó una vieja y bella fuente, pero sólo después que el alcalde de Pastrana se encargó de que se desatrancaran las tuberías y el agua corriera de nuevo, ya que otra cosa hubiera sido una vergüenza para el pueblo ; gracias a la llegada de un forastero con una cámara fotográfica, las mujeres pudieron volver a llenar sus botijos cerca de casa... Le echaron de una posada por herir el orgullo de sus dueñas preguntando, inocentemente, dónde estaba la bombilla eléctrica de su cuarto, descubriendo así la miseria de las mujeres. Y encontró en la Alcarria al heraldo del Progreso, el eslabón más importante con un mundo de relativa abundancia, en la persona de un viajante de comercio que iba en bicicleta a través de los caminos de herradura donde el autobús no podía arriesgarse y nadie soñaba todavía con un automóvil particular.

Con todo esto Cela fabricó la urdimbre de su tapiz, de colores sombríos ; la trama está tejida con sus encuentros con individuos. Yendo él mismo como un viajero a pie, mal vestido, con un morral al hombro, las gentes le aceptaban como un hombre, no como un escritor de la capital. Y así se encontró con personajes bizarros : hombres consumidos por la envidia, el fracaso y una anticuada arrogancia de casta ; hombres refugiados tras aficiones particulares, como el doctor de pueblo que había contado todas las especies aromáticas que crecen en la Alcarria ; ¡ setecientas ! Cela compartió el queso y la leche de cabra y a veces, con suerte, el pan de gentes tan obsesas con su trozo de tierra que no podían pensar más que en el riesgo y en las calidades del terruño de

que vivían. En hombres y mujeres roídos por la pobreza, el abandono y la soledad encontró una fortaleza simple y elástica que había echado de menos en la capital, en las casas de vecindad, donde « gentes honestas ahorran durante meses enteros, quien sabe si aun durante años enteros, para comprarse una alfombrita para los pies de la cama... »

Al igual que en *La Colmena*, tras las descripciones tersas de la jornada de Cela por la Alcarria aparecen reacciones amargas y una sentimentalidad desesperada; pero es como si el viento de los cerros y el aroma de las setecientas hierbas aromáticas secadas por el sol las hubieran aireado y perfumado tan bien que no hubieran quedado olores agrios en ellas. Lo mismo que otros escritores españoles desde Unamuno a nuestros días, Cela parece incapaz de encontrar gente limpia, sincera y fuerte en parte alguna, y mucho menos en Madrid, con excepción de los cerros y los llanos inmutables. El contraste entre la atmósfera de *Viaje a la Alcarria* y *La Colmena* es tan violento que he creído necesario escribir largamente sobre este corto libro de viaje, por creer que puede servir de ayuda para acercarse al mundo espiritual de Camilo José Cela.

*

La Colmena describe gentes que llevan en sí el estigma de la ciudad, de sus casas de maderas cerradas y sus falsedades abiertas, gentes entrelazadas o ligeramente relacionadas. En cada uno de estos individuos existe, más o menos fuerte, una chispita de inspiradora ansia, pero la existencia de cada uno carece de finalidad y sentido, está frustrada o moralmente mutilada: así ve Cela el mundo de la ciudad. En su viaje a la Alcarria, sin embargo, encontró gentes cuyas vidas, aunque pobres y miserables, poseen dignidad y objeto.

Al principio de este libro de viaje cita parte de un poema de Antonio Machado, el gran poeta que murió poco después de haber cruzado la frontera francesa con los soldados de la derrotada España Republicana; un poema que en su primera parte podría también servir como lema para *La Colmena*:

*En todas partes he visto
cavavanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra...*

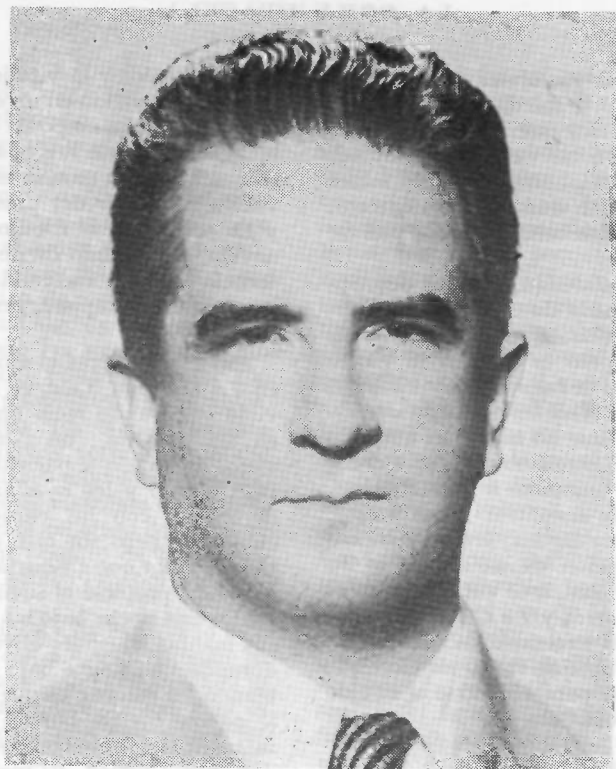
La desconsoladora fealdad de la vida tal como Cela la ve en Madrid (y esta es una fealdad que escapa a cualquier turista o visitante afanado

en ver el color y la vitalidad de España), puede haberle convertido en un escapista, en su manera peculiar, ya que no podía convertirse en un revolucionario. Desde luego, en su viaje a la Alcarria escapó a un mundo estático. Pero después ha vuelto a escribir del presente lleno de hambres y ha producido el dibujo complicadísimo de su novela, penetrando desde este presente hasta la esencia humana escondida debajo, lo que no es una tarea de escapista, pero tampoco un realismo superficial.

Imagino que tras el mosconeado de los zánganos en *La Colmena*, Cela ve la figura heráldica del viejo vagabundo recio que encontró — soñó — en La Alcarria; un Sancho Panza llegado a viejo, comedido y paciente: « El viejo tiene el pelo blanco y los ojos azules y brilladores. Va derrotado, con las carnes pobre, escasamente cubiertas, pero sin aire de mendigo... El viejo tiene un olor que alimenta, un olor tibio, pastoso, que hace propicio el sueño. » Los dos durmieron juntos una noche bajo las estrellas, compartiendo sus mantas. Después el viejo dijo: « Y si hemos dormido una noche bajo la misma manta, cambiando los calores, es que ya somos amigos, ¿ no le parece? » Su burro, viejo, tiñoso, lleno de mataduras y sabio como su amo, se llama, absurdamente, Gorrión. El viejo no tiene más bienes, pero le preocupa el destino del burro después de su muerte. Ha dictado la frase « Cógeme, que mi amo se ha muerto », a un boticario de pueblo que la ha escrito en un papel, con letra redondilla, como el último testamento del viejo. Este papel va escondido en la albarda del burro; tan pronto como su amo sienta cercana la muerte, echará de su lado al burro, en busca de un nuevo y desconocido amo. Mientras tanto, hombre y burro andan vagabundos por los caminos polvorientos antes de que salga el sol, sin prisa, serenamente vivos. El viejo aceptará alguna chapuza cuando necesite un poquito de dinero. Cela le encuentra más tarde vaciando un pozo negro, y porque son amigos, el viejo le ofrece la mitad de sus ganancias: ni pobreza ni humillación exterior pueden manchar esta firme dignidad humana.

La profunda amargura de *La Colmena* radica en la pérdida de la dignidad humana. Pero esto no es toda la historia, ni aun en la España de hoy. La manera propia de Cela contando una fracción — una fracción importante — de la verdad perturbadora es, a pesar de todo, un acto de rebeldía y un acto de fe. Y a esto, tanto como a su arte, no debemos negarnos.

ARTURO BARRA



CIRO ALEGRÍA

CALIXTO GARMENDIA

DEJAME contarte, — le pidió Remigio Garmendia a Anselmo, levantando la cara. Todos estos días, anoche, esta mañana, aún esta tarde, he recordado mucho... Hay momentos en que a uno se le agolpa la vida... Además, debes aprender. La vida, corta o larga, no es de uno solamente.

Sus ojos diáfanos parecían fijos en el tiempo. La voz se le fraguaba hondo y tenía un rudo timbre de emoción. Blandíanse a ratos las manos encallecidas.

— Yo nací arriba, en un pueblito de los Andes. Mi padre era carpintero y me mandó a la escuela. Hasta segundo año de primaria era todo lo que había. Y eso que tuve suerte de nacer en el pueblo, porque los niños del campo se quedaban sin escuela. Fuera de su carpintería, mi padre tenía un terrenito al

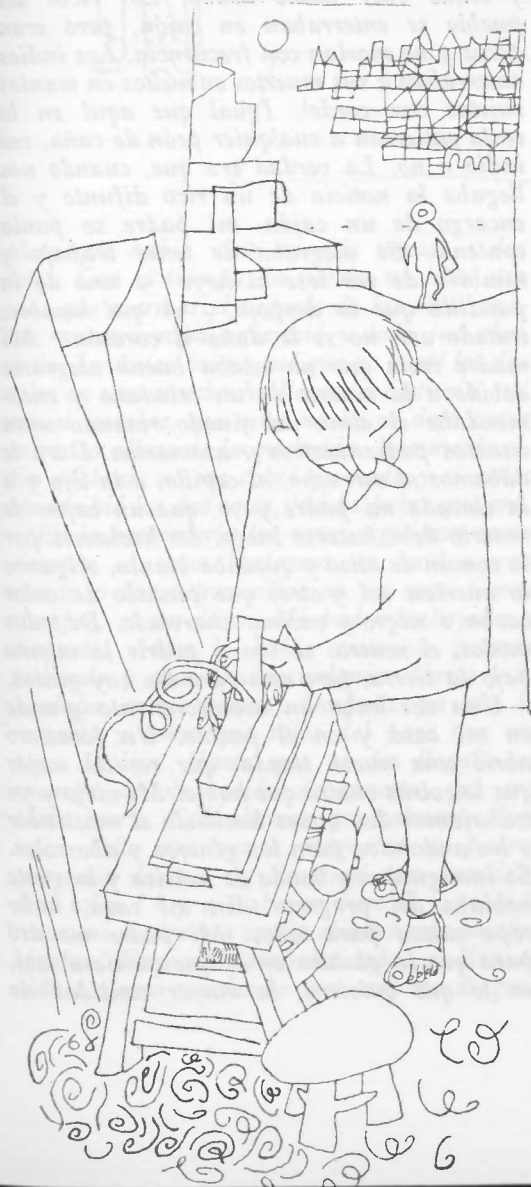
lado del pueblo, pasando la quebrada, y lo cultivaba con la ayuda de algunos indios a los que pagaba en plata o con obritas de carpintería: que el cabo de una lámpa o un hacha, que una mesita, en fin. Desde un extremo del corredor de mi casa, veíamos amarillear el trigo, verdear el maíz, azulear las habas en nuestra pequeña tierra. Daba gusto. Con la comida y la carpintería, teníamos bastante, considerando nuestra pobreza. A causa de tener algo y también por su carácter, mi padre no agachaba la cabeza ante nadie. Su banco de carpintero estaba en el corredor de la casa, dando a la calle. Pasaba el alcalde. « Buenos días, señor », decía mi padre, y se acabó. Pasaba el subprefecto. « Buenos días, señor », y asunto concluido. Pasaba el alférez de gendarmes.

« Buenos días, aljérez », y nada más. Pasaba el juez y lo mismo. Así era mi padre con los mandones. Ellos hubieran querido que les tuviera miedo o les pidiese o les debiera algo. Se acostumbran a todo eso los que mandan. Mi padre les disgustaba. Y no acababa ahí la cosa. De repente venía gente del pueblo, ya sea indios, cholos o blancos pobres. De a diez, de a veinte o también en poblada llegaban. « Don Calixto, encabécenos para hacer este reclamo. » Mi padre se llamaba Calixto. Oía de lo que se trataba, si le parecía bien aceptaba y salía a la cabeza de la gente, que daba vivas y metía harta bulla, para hacer el reclamo. Hablaba con buena palabra. A veces hacía ganar a los reclamadores y otras perdía, pero el pueblo siempre le tenía confianza. Abuso que se cometía, ahí estaba

mi padre para reclamar al frente de los perjudicados. Las autoridades y los ricos del pueblo, dueños de haciendas y fundos, le tenían echado el ojo para partirlo en la primera ocasión. Consideraban altanero a mi padre y no los dejaba tranquilos. El ni se daba cuenta y vivía como si nada le pudiera pasar. Había hecho un sillón grande, que ponía en el corredor. Ahí solía sentarse, por las tardes, a conversar con los amigos. « Lo que necesitamos es justicia », decía. « El día que el Perú tenga justicia, será grande. » No dudaba de que la habría y se torcía los mostachos con satisfacción, predicando : « No debemos consentir abusos. »

Sucedió que vino una epidemia de tifo, y el panteón del pueblo se llenó con los muertos del propio pueblo y los que traían del campo. Entonces las autoridades echaron mano de nuestro terrenito para panteón. Mi padre protestó diciendo que tomaran tierra de los ricos, cuyas haciendas llegaban hasta la propia salida del pueblo. Dieron de pretexto que el terreno de mi padre estaba ya cercado, pusieron gendarmes y comenzó el entierro de muertos. Quedaron a darle una indemnización de setecientos soles, que era algo en esos años, pero que autorización, que requisitos, que papeleo, que no hay plata en este momento... Se la estaban cobrando a mi padre, para ejemplo de reclamadores. Un día, después de discutir con el alcalde, mi viejo se puso a afilar una cuchilla y, para ir a lo seguro, también un formón. Mi madre algo le veía en la cara y se le prendió del cogote y le lloró diciéndole que nada sacaba con ir a la cárcel y dejarnos a nosotros más desamparados. Mi padre se contuvo como quebrándose. Yo era niño entonces y me acuerdo de todo eso como si hubiera pasado esta tarde.

Mi padre no era hombre que renunciara a su derecho. Comenzó a escribir cartas exponiendo la injusticia. Quería conseguir que al menos le pagaran. Un escribano le hacía las cartas y le cobraba dos soles por cada una. Mi pobre escritura no valía para eso. El escribano ponía al final : « A ruego de Calixto Garmendia, que no sabe firmar, Fulano. » El caso fué que mi padre despachó dos o tres cartas al diputado por la provincia. Silencio. Otras al senador por el departamento. Silencio. Otra al mismo presidente de la República. Silencio. Por último mandó



cartas a los periódicos de Almagro y a los de Lima. Nada, señor. El postillón llegaba al pueblo una vez por semana, jalando una mula cargada con la valija del correo. Pasaba por la puerta de la casa y mi padre se iba detrás y esperaba en la oficina de despacho hasta que clasificaban la correspondencia. A veces, yo también iba. « ¿ Carta para Calixto Garmendia ? », preguntaba mi padre. El interventor, que era un viejito flaco y bonachón, tomaba las cartas que estaban en la casilla de la G, las iba viendo y al final decía : « Nada, amigo. » Mi padre salía comentando que la próxima vez habría carta. Con los años, afirmaba que al menos los periódicos responderían. Arizmendi me ha dicho que, por lo regular, los periódicos creen que asuntos como esos carecen de interés general. Esto, en el caso de que los mismos no estén en favor del gobierno y sus autoridades y callen cuanto pueda perjudicarles. Mi padre tardó en desengañarse de reclamar lejos y estar yéndose por la alturas, varios años.

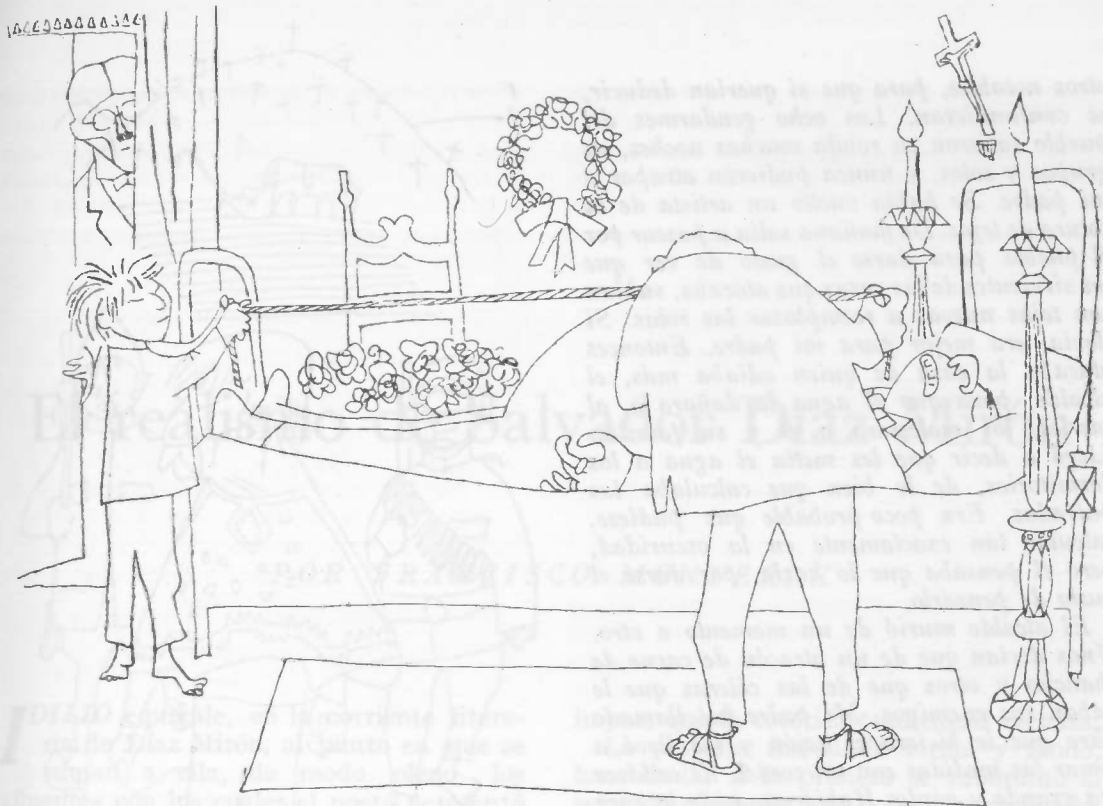
Un día, a la desesperada, fué a sembrar la parte del panteón que aún no tenía cadáveres, para afirmar su propiedad. Lo tomaron preso los gendarmes, mandados por el subprefecto en persona, y estuvo dos días en la cárcel. Los trámites estaban ultimados y el terreno era de propiedad municipal legalmente. Cuando mi padre iba a hablar con el Síndico de Gastos del Municipio, el tipo abrió el cajón del escritorio y decía como si ahí debiera estar la plata : « No hay dinero, no hay nada ahora. Cálmate, Garmendia. Con el tiempo se te pagará. » Mi padre presentó dos recursos al juez. Le costaron diez soles cada uno. El juez los declaró sin lugar. Mi padre ya no pensaba en afilar la cuchilla y el formón. « Es triste tener que hablar así — dijo una vez —, pero no me darian tiempo de matar a todos los que debía. » El dinerito que mi madre había ahorrado y estaba en una ollita escondida en el terrado de la casa, se fué en cartas y en papeleo.

A los seis o siete años del despojo, mi padre se cansó hasta de cobrar. Envejeció mucho en aquellos tiempos. Lo que más le dolía era el atropello. Alguna vez pensó en irse a Almagro o a Lima a reclamar, pero no tenía dinero para eso. Y cayó también en cuenta de que, viéndolo pobre y solo, sin influencias ni nada, no le harían caso. ¿ De quién y cómo podía

valerse ? El terrenito seguía de panteón, recibiendo muertos. Mi padre no quería ni verlo, pero cuando por casualidad llegaba a mirarlo, decía : ¡ Algo mío han enterrado también ahí ! ¡ Crea usted en la justicia ! » Siempre se había ocupado de que le hicieran justicia a los demás y, al final, no la había podido obtener ni para él mismo. Otras veces se quejaba de carecer de instrucción y siempre despotricaba contra los tiranos, gamonales, tagarotes y mandones.

Yo fuí creciendo en medio de esa lucha. A mi padre no le quedó otra cosa que su modesta carpintería. Apenas tuvo fuerzas, me puse a ayudarlo en el trabajo. Era muy escaso. En ese pueblito sedentario, casas nuevas se levantarían una cada dos años. Las puertas de las otras duraban. Mesas y sillas casi nadie usaba. Los ricos del pueblo se enterraban en cajón, pero eran pocos y no morían con frecuencia. Los indios enterraban a sus muertos envueltos en mantas sujetas con cordel. Igual que aquí en la costa entierran a cualquier peón de caña, sea indio o no. La verdad era que, cuando nos llegaba la noticia de un rico difunto y el encargo de un cajón, mi padre se ponía contento. Se alegraba de tener trabajo y también de ver irse al hoyo a uno de la pandilla que lo despojó. ¿ A qué hombre, tratado así, no se le daña el corazón ? Mi madre creía que no estaba bueno alegrarse debido a la muerte de un cristiano y encomendaba el alma del finado rezando unos cuantos padrenuestros y avemarias. Duro le dábamos al serrucho, al cepillo, a la lija y a la clavada mi padre y yo, que un cajón de muerto debe hacerse luego. Lo hacíamos por lo común de aliso y quedaba blanco. Algunos lo querían así y otros que pintado de color caoba o negro y encima charolado. De todos modos, el muerto se iba a podrir lo mismo bajo la tierra, pero aun para eso hay gustos.

Una vez hubo un acontecimiento grande en mi casa y en el pueblo. Un forastero abrió una nueva tienda, que resultó mejor que las otras cuatro que había. Mi viejo y yo trabajamos dos meses haciendo el mostrador y los andamios para los géneros y abarrotes. Se inauguró con banda de música y la gente hablaba del progreso. En mi casa, hubo ropa nueva para todos. Mi padre me dió para que la gastara en lo que quisiera, así, en lo que quisiera, la mayor cantidad de



plata que había visto en mis manos : dos soles. Con el tiempo, la tienda no hizo otra cosa que mermar el negocio de las otras cuatro, nuestra ropa envejeció y todo fué olvidado. Lo único bueno fué que yo gasté los dos soles en una muchacha llamada Eutimia, así era el nombre, que una noche se dejó coger entre los alisos de la quebrada. Eso me duró. En adelante no me cobró ya nada y si antes me recibió los dos soles, fué de pobre que era.

En la carpintería las cosas siguieron como siempre. A veces hacíamos un baúl o una mesita o dos o tres sillas en un mes. Como siempre, es un decir. Mi padre trabajaba a disgusto. Antes lo había visto yo gozarse puliendo y charolando cualquier obrera y le quedaba muy vistosa. Después ya no le importó y como que salía del paso con un poco de lija. Hasta que al fin llegaba el encargo de otro cajón de muerto, que era plato fuerte. Cobrábamos generalmente diez soles. Déle otra vez a alegrarse mi padre, que solía decir : « ¡ Se fregó otro bandido, diez soles ! » y a trabajar duro él y yo, y a rezar mi madre y a sentir alivio hasta por las virutas. Pero ahí acababa todo. ¿ Eso es vida ? Como muchacho que era, me disgus-

taba que en esa vida estuviera mezclada tanto la muerte.

La cosa fué más triste cada vez. En las noches, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, mi padre se echaba unas cuantas piedras bastante grandes a los bolsillos, se sacaba los zapatos para no hacer bulla y caminaba medio agazapado hacia la casa del alcalde. Tiraba las piedras, rápidamente, a diferentes partes del techo, rompiendo las tejas. Luego volvía a la carrera y, ya dentro de la casa, a oscuras, pues no encendía luz para evitar sospechas, se reía, se reía. Su risa parecía a ratos el graznido de un animal. A ratos era tan humana, tan desastrosamente humana, que me daba más pena todavía. Se calmaba unos cuantos días con eso. Por otra parte, en la casa del alcalde solían vigilar. Como había hecho incontables chanchadas, no sabían a quien echarle la culpa de las piedras. Cuando mi padre deducía que se habían cansado de vigilar, volvía a romper tejas. Llegó a ser un experto en la materia. Luego rompió tejas de las casas del juez, del subprefecto, del aljérez de gendarmes, del Síndico de Gastos. Calculadamente, rompió las de las casas de

otros notables, para que si querían deducir, se confundieran. Los ocho gendarmes del pueblo salieron en ronda muchas noches, en grupos y solos, y nunca pudieron atrapar a mi padre. Se había vuelto un artista de la rotura de tejas. De mañana salía a pasear por el pueblo para darse el gusto de ver que los sirvientes de las casas que atacaba, subían con tejas nuevas a reemplazar las rotas. Si llovía, era mejor para mi padre. Entonces atacaba la casa de quien odiaba más, el alcalde, para que el agua la dañara o, al caerles, los molestara a él y su familia. Llegó a decir que les metía el agua a los dormitorios, de lo bien que calculaba las pedradas. Era poco probable que pudiese, calcular tan exactamente en la oscuridad, pero él pensaba que lo hacía, por darse el gusto de pensarlo,

El alcalde murió de un momento a otro. Unos decían que de un atracón de carne de chanco y otros que de las cóleras que le daban sus enemigos. Mi padre fué llamado para que le hiciera el cajón y me llevó a tomar las medidas con un cordel. El cadáver era grande y gordo. Había que verle la cara a mi padre contemplando el muerto. El parecía la muerte. Cobró cincuenta soles, adelantados, uno sobre otro. Como le reclamaron el precio, dijo que el cajón tenía que ser muy grande, pues el cadáver también lo era y además gordo, lo cual demostraba que el alcalde comió bien. Hicimos el cajón a la diablo. A la hora del entierro, mi padre contemplaba desde el corredor cuando metían el cajón al hoyo, y decía : « Come la tierra que me quitaste, condenado ; come, come. » Y reía con esa su risa horrible. En adelante, dió preferencia en la rotura de tejas a la casa del juez y decía que esperaba verlo entrar al hoyo también, lo mismo que a los otros mandones. Su vida era odiar y pensar en la muerte. Mi madre se consolaba rezando. Yo, tomando a Eutimia en el alisar de la quebrada. Pero me dolía muy hondo que hubieran derrumbado así a mi padre. Antes de que lo despojaran, su vida era amar a su mujer y su hijo, servir a sus amigos y defender a quien lo necesitara. Quería a su patria. A fuerza de injusticia y desamparo, lo habían derrumbado.

Mi madre le dió esperanza con el nuevo alcalde. Fué como si mi padre sanara de pronto. Eso duró dos días. El nuevo alcalde



le dijo también que no había plata para pagarle. Además, que abusó cobrando cincuenta soles por un cajón de muerto y que era un agitador del pueblo. Como se lo quisiera tomar, esto ya no tenía ni apariencia de verdad. Hacía años que las gentes, sabiendo a mi padre en desgracia con las autoridades, no iban por la casa para que las defendiera. Con este motivo ni se asomaban. Mi padre le gritó al nuevo alcalde, se puso furioso y lo metieron quince días en la cárcel, por desacato. Cuando salió, le aconsejaron que fuera con mi madre a darle satisfacciones al alcalde, que le lloraran ambos y le suplicaran el pago. Mi padre se puso a clamar : « ¡ Eso nunca ! ¿ Por qué quieren humillarme ? ¡ La justicia no es limosna ! ¡ Pido justicia ! » Al poco tiempo, mi padre murió.

CIRO ALEGRIA
(Dibujos de Barto!)

El realismo de Salvador Díaz Mirón

POR FRANCISCO MONTERDE

IDILIO equivale, en la corriente literaria de Díaz Mirón, al punto en que se suman a ella, de modo pleno, los afluentes con los cuales el poeta acrecentó su caudal, en *Lascas*. Por esto es el más representativo de los poemas en que la objetividad, el elemento descriptivo predomina, en tal etapa de su evolución, de modo consciente.

Fondo y forma, que constituyen para él, de acuerdo con la expresión lírica de sus convicciones acerca de preceptiva literaria, unidad indivisible — según la fórmula « forma es fondo » —, presentan en « Idilio » esa lograda conjunción, como algo inseparable. Una acertada elección en cuanto a métrica, le permite esa libertad relativa, dentro de lo voluntariamente limitado, al adoptar un ritmo, flexible en su rigidez: prometedora apariencia del verso libre con que el modernismo avanzado destruye el monótono fluir melódico, en la estrofa, sin romper su interior armonía.

Escoge Díaz Mirón, para este poema, un ritmo saltante y cantante que ya por sí solo sugiere, en sus alternativas, un propósito de travesura, despreocupación y desenfado burlesco. Al estudiar la métrica e innovaciones díazmironianas, se examina en detalle ese ritmo que combina versos de doce, diez, nueve y seis sílabas, armónicamente, a pesar de la mezcla de pares e

impar, que la retórica tradicional rechaza.

La perfecta fusión de forma y fondo, hace dudar si la primera se subordinó al segundo o si se impuso a éste; pero lo adecuado de una y otro, al asunto del poema, es indudable.

*

La raíz del tema — prescindiendo de la sugestión del título, que lo haría arrancar de Teócrito — podrá hallarse al profundizar, si existe la deliberada intención de extraerla de la entraña remota en que germinan todas las ficciones, en el fondo común: el Egipto fecundador; la India, aleccionadora de Grecia, de la cual llega al presente, remozada por intermediarios modernos.

El clasicismo lo encontró elaborado, en la aurora helénica de la novela corta, en *Dafnis y Cloe*, levemente frenado el ímpetu primitivo, que aún alarmaba a su divulgador *ad usum Delphini*, don Juan Valera, con descontento de la autora de *Morriña*, la franca doña Emilia Pardo Bazán, que hubo de reprochárselo.

Bernardin de Saint-Pierre fué quien entregó al romanticismo a los adolescentes, lavado el rostro en aguas exóticas: de *Paul et Virginie*, inocentes culpables, proceden las parejas de los idilios juveniles,

románticos y posrománticos, en América y en España. La *María* de Isaacs incuba, castamente, sin pensarlo — en ambas acepciones — el « Idilio » de Núñez de Arce, entre otros.

Contra este último, quizás, iba a reaccionar Díaz Mirón con su poema, en el cual el acíbar intencionalmente vertido por el autor de *Lascas*, neutralizaría la abundante miel, diluída en lágrimas, del sonoro épico-lírico de *Gritos del combate*.

*

A esa posible reacción de quien trataba de librarse, y librar a otros, del contagio de Núñez de Arce — cuyo influjo llegaba hasta Sierra y Darío — se debe probablemente el hecho de que el *realismo* díazmironiano se acentúe en la expresión poética, de intento cruda, en algunos pasajes descriptivos de su « Idilio » con el que quiere marcar un retorno « dannunziano » a lo primitivista.

Díaz Mirón, como en otros de sus poemas preferentemente objetivos, sitúa en primer término a la hembra : Sidonia. Bárbara — o barbarizada por el medio — a pesar de su origen, o por él mismo, si quiere recordar a alguna de las « vírgenes » de los relatos de d'Annunzio, de tierras bárbaras, dentro de su tradición latina.

La dosis de exotismo romántico-modernista, es mayor que en « Dea » — hija de francés y criolla — porque Sidonia descende de una pareja de inmigrantes.

A los reproches que prevé, por las notas naturalistas de su « Idilio », Díaz Mirón sale al paso en la « Epístola joco-seria » de *Lascas*, para curarse en salud, con los versos iniciales de esa poesía, en que habla de la realidad circundante aleccionadora de doncellas.

Mas en ese « idilio », sólo sugerido, al final del poema, por el antecedente de la unión de las bestias, el amor ovejuno, lo mismo que en « Pepilla », no hay trama ni conflicto exterior — o interior, como en el idilio de Othón ; es sólo un fluir *natural* de los hechos cuya trasposición literaria origina el poema.

El asunto — ajeno, gastado por los realistas de todas las literaturas — es sólo a manera de escalón en que el poeta se apoya al ascender hacia lo descriptivo. Su mayor



SALVADOR DIAZ MIRON

(Dibujo de Bartolf)

interés radica en la plástica, en la realización del paisaje costeño.

Los versos iniciales ubican la acción :

*A tres leguas de un puerto bullente...
...al que a un tiempo la gloria y el clima
adornan de palmas la frente.*

La descripción del « casucho acubado », que

*...apoya un costado
en el tronco de un mango copudo,*

conduce a la imagen grotesca siguiente :

*...resulta montera
con borla y al sesgo sobre una mollera,*

que prepara al lector, al abrir la puerta a las inmediatas.

El ambiente real del « Idilio » está apuntado con abundancia de elementos que,

para integrarlo, se dirigen a los sentidos — olfato y vista — ofensivamente. Con ellos y las imágenes, prepara el « humus » germinador. La flora contribuye a crearlo. Allí están

el cardón, el nopal y la ortiga

flora que puede soportar, victoriosa,
la furia del soplo del Norte.

La descripción del amanecer, y sus efectos subjetivos, dan tregua a la enumeración, antes de pasar de la flora a la fauna, con el « pesado alcatraz », que

*grave y lento discurre al soslayo,
escudriña con calma grotesca,
se derrumba cual muerto de un rayo,
sumérgese y pesca.*

En seguida, el elemento humano, que, no sólo pintoresco, local, da la tónica debida al cuadro :

*Y al trolar de un rocín flaco y mocho,
un moreno, que ciñe moruna,
transita cantando cadente tontuna
de baile jarocho.*

La aliteración — moreno, moruna — y la pródiga sucesión de voces en cuyas sílabas predomina la *t*, tintineante, en el penúltimo verso, constituyen aciertos magníficos de sugestión localizadora, que hasta cierto punto completa, al confirmar aquélla, el último de los citados versos. Aunque estaría cabal sin él — y lo está, desde luego, en su categoría poética — trasciende, de lo nacional a lo universal, en otros aspectos.

Así van alternando en el poema las sugestiónes auditivas y plásticas. Tras el gorjeo con que el ave acalla el

monótono y acre gangueo,

otra imagen plástica : el « monolito pagano »,

*un buey gris en un yermo altozano
mira fijo, pasmado y absorto
la pompa del orto.*

La presencia de Sidonia anima el conjunto. No es la belleza « idílica » tradicional, perfecta. Con sus contrastes aporta, igualmente, un nuevo patrón estético — también aprovechado, más tarde, por la pintura mexicana — : tiene perfecciones, aún

románticas, en la descripción poética, por los convencionalismos tradicionales — algunos de ellos, neoclásicos : « labios turgentes », cuello de tórtola, ojos de zafiro, coral de las encías — ; sólo, en vez de perlas, los dientes

*...recuerdan, en curvas de granos,
el maíz cuando tierno en la espiga.*

En contraste con aquellas gracias
*la nariz es impura, y atesta
una carne sensual e impetuosa.*

El resto corresponde al patrón clásico-romántico.

Antecedentes vitales, con toques bruscamente realistas y notas de ternura romántica, a ratos sentimental, preceden a consideraciones de carácter social, filantrópico — neoclásico, por ello — y la descripción prosigue, como preámbulo de los « idilios » paralelos : el bestial y el humano inminente.

Como preludeo, los pareados — casi « haikai », no superado por haiyines posteriores — el jeroglífico poético-realista del ave sanitaria del trópico,

*...un vil zopilote resbala,
tendida e inmóvil el ala,*

que cierra, con su reiteración — cortina que se corre, oportuna, a pesar del propósito inicial, realista — el poema, tras la sucesión de imágenes que completan el decorado y sugieren la atmósfera, el clima propicio. Algunas, eficacísimas, en flora y fauna, como éstas :

*Entre dunas aurinas que otean,
tapetes de grama serpean,
cortados a trechos por brozas hostiles,
que muestran espinas y ocultan reptiles.*

Las metáforas y descripciones marinas son insuperables.

*

El « Idilio » díazmironiano, donde

*el paisaje, con varia verdura
parece artefacto de talla y pintura,
según está quieto en el oro »,*

no es fondo de primitivo — a pesar de ese oro — sino relieve o más bien friso policromo, digno de situarse en el extremo

opuesto al « Idilio salvaje » de Othón, que es la maestría del matiz, en la morocrcmía del desierto, en el árido norte.

Ese paisaje veracruzano, cuycs elementos absorbió la ávida retina del niño y cuycs pormenores retuvo el cerebro del adolescente, antes de que los integraran el joven y el adulto con percepciones de la despierta sensualidad, está a la vez recordado y revivido — esto es, recreado — por el poeta. Aun incierto en las poesías iniciales románticas, librescas, aparece a trechos en *Lascas*, antes de la síntesis realizada en « Idilio ».

El paisaje sentido en él, ya no aspira a abarcar una amplitud panorámica de vastos horizontes : más bien es el cuadro de caballete bien construído, que enmarca lo deseado, previa limitación del campo que se observa : el breñal, el alcor y la choza, en primer término ; el camino, en el yermo ; las dunas, el mar y el cielo, con el sol ascendente.

El poeta lo vivió, antes de revivirlo, y lo aspiró, con el salobre olor marino, antes de que intentara pintarlo :

*Un prestigio rebelde a la letra,
un misterio inviolable al idioma,
un encanto circula y penetra
y en el alma es edénico aroma.*

Con una mezcla de añoranzas e impresiones, lo fija en su « Idilio », donde se funden las nostalgias del porteño en los cuatro años de prisión, y las sensaciones de libertad gozosa, antes y después del cautiverio : el último hálito de brisa, antes de que lo detuvieran los « esbirros », y el primero que le dió la bienvenida al quedar libre.

Los cuatro poemas descriptivos en los cuales, simbólicamente, la mujer es centro único, eje de emociones y sensaciones, tienen como tema — no por el azar, por las circunstancias — impulsos frenados, sublimación o proyección de anhelos contenidos, de los que también sabía el cautivo en su castidad atormentada por visiones de aquellas que tentaban a los anacoretas.

*

El « Idilio » de Díaz Mirón marca el primer acto de presencia del paisaje marino,

con rasgos propios, definidos, en la lírica mexicana, donde el alto valle de la Meseta Central atrae y concentra la atención del viajero y crea perspectivas a la meditación del indígena absorto.

La aportación llega oportunamente : cuando la poesía modernista — poesía diurna, en oposición a los nocturnos románticos — empezaba a palidecer en las medias tintas y los matices delicados.

El azul victorioso, juvenil en que navegó aquella barca exploradora de la revista en que era timonel Manuel Gutiérrez Nájera, empezaba a convertirse en el gris y el amarillo otoñales, gracias a los poetas europeizantes de la *Revista Moderna*.

« Idilio » fué, con su paisaje de plétora sensual, una vigorosa, tonificante inyección, para la anemia colectiva. Su vital, remozadora savia corrió, de la raíz al tronco, del tronco a las ramas, de las ramas a las hojas.

Así fué como la aprovecharon aún los hijos de los hijos de los poetas modernistas. Ese « Idilio » no sólo fecunda, en Rubén Darío, el « Estival » de *Azul...* : su acción llega hasta el presente, a través del posmodernismo.

*

Inconforme, como Othón, con una poesía desarraigada, suave y morbosa, por satañismos huysmanianos y otras complicaciones : « art nouveau », « fin du siècle », en las cuales — a la inversa de aquel poeta clasicista — ha participado con veleidades modernistas, Díaz Mirón reaccionó, como solía hacerlo : violento, contundente.

Tal reacción literaria, es la de su *realismo* poético, en « Idilio » contra una poesía blanda, la suya enérgica ; en vez de lo ajeno, lo propio, en el paisaje ; a lo irreal, a lo falso, opone lo real, lo verdadero. Es cierto que tal actitud equivale, en el fondo, a un regreso — tardío — a las preocupaciones positivistas, comtianas ; mas él no enarbola de nuevo la bandera del positivismo, con el lema « Amor, orden y progreso », que don Gabino Barreda grabó en la Preparatoria.

Díaz Mirón, lo sabemos bien, no hace literatura experimental ni toma apuntes mientras pasea : prefiere monologar —

aunque no lo escuchan, porque habla, ante todo, por el placer de oírse — y más que en los tratados de fisiología, se documenta en la misma existencia.

En el *realismo* de sus poemas — tan diferentes de los poemas de Núñez de Arce y los grandes y pequeños poemas de Campoamor — si asoma a veces lo romántico, sentimental, no hay margen para convencionalismos. Por no transigir en lo convencional de aquéllos, su vocabulario llega a veces a los peligrosos confines en que cualquier deslizamiento hace perder el equilibrio, y el poeta, al resbalar por el fácil declive, cae en la prosa — aunque esté versificada —, en el prosaísmo imperdonable.

Para evitar la caída, se apoya Díaz Mirón, por una parte, en la poesía de firmes alas, segura de su vuelo. A la vez, su léxico, día a día renovado — aun con extremos — es igualmente enérgico. En *Lascas*, su devoción a la verdad, le obliga a emplear palabras justas, expresiones exactas, dentro de la calidad poética, literaria. En « *Idilio* » hay voces que sólo aparecían frecuentemente en volúmenes escritos en prosa ; y algunas de ellas, sólo en tratados de fisiología, cuando no en los de anatomía, no artística sino topográfica. El empleo de tales palabras pudo lastimar, si no ofender, a los mesurados, tímidos

representantes del llamado « buen gusto », en literatura.

La intención del poeta, sin embargo, no era provocativa, contendiente. En *Lascas* no había propósitos combatientes ni miras beligerantes : había sólo una definida, la de sanear el ambiente y fortalecer la poesía anémica, mediante la oportuna aplicación de ese tratamiento, basado en un sano y vigorizante *realismo*.

*

Esa lección, dada por un maestro de literatura fuera de las aulas del bachillerato, no iba destinada a sus discípulos ni fué escuchada por muchos de sus colegas. (Alguno de los que la oyeron en privado, en tertulias y charlas — monólogos más que diálogos — como Rafael Delgado, la aplicó, únicamente, a la prosa ; mas no a las poesías).

Pero una lección así, dictada con saludables intenciones de salvar a la enferma, por caminos de sana revivificación, a veces llega a aprenderse más tarde ; una vez practicada con fortuna la operación, pasada ya la convalecencia.

FRANCISCO MONTERDE

« El mexicano Salvador Díaz Mirón (1853-1928) influyó en poetas tan célebres como Darío y Santos Chocano. En rigor, Díaz Mirón, autor de *Lascas* (1901) — como Martí y Justo Sierra — pertenece a la frontera del modernismo. Romántico primero, tanto por su imitación de Byron y Hugo como por su romántica línea de conducta que lo llevó a batirse en duelos, fué luego un perfeccionador de la forma. Sin embargo, fundamentalmente, el modernismo no surgió del ejemplo de un solo precursor aislado, sino de la acción de dos tendencias profundamente arraigadas y ampliamente separadas : por una parte, el deseo de una nueva expresión artística en una joven generación americana, y, por otra, la inspiración en ciertas técnicas europeas. »

ARTURO TORRES RIOSECO : La gran literatura iberoamericana.

ANDRÉS BELLO

y la unidad del idioma español

POR GUILLERMO DE TORRE

MUY recientemente, al comentar cierto libro de un valioso ensayista argentino, donde se capta de defender la « libertad » del idioma en América, clamando por su « evolución » y « autonomía », sólo se defienden esclavitudes y estancamientos, volvía a mí el recuerdo de una antigua observación. Y es que en las actitudes críticas frente al idioma suele darse un caso curiosamente paradójico : quienes intentan contrariar su « genio », dándoselas de revolucionarios, son quienes sostienen al cabo la doctrina más retrógrada, y viceversa. Por ejemplo, en la polémica habida hace más de un siglo entre Sarmiento y Bello, hoy es éste último el más moderno, aquel cuyos puntos de vista tienen más próspera vigencia. Tachado entonces de « retrógrado absolutista » por el impetuoso argentino, el calmo venezolano, defensor de las formas culturales y generales del lenguaje, resurge ahora con cierto nimbo precursor en el mantenimiento de la unidad idiomática.

Sin duda, el papel más airoso, de apariencia más atractiva y brillante queda reservado, ayer como hoy, a los « antiacadémicos », a los polemistas discrepantes. Por tal motivo, siguiendo tan fácil tradición, en el curso de un litigio aparentemente clausurado, pero que de hecho se reabre periódicamente, son tan ingeniosas

y parecen deslumbrantes las « heterodoxias » idiomáticas de cierto autor contemporáneo, antes aludido. Puesto a combatir el supuesto « anquilosamiento » del castellano en España y a exaltar la « modernización » constante del castellano en América (como si un idioma vivo cambiara únicamente en una de las partes donde se habla), ese autor asume en cierto modo la actitud del fraile maniqueo, quien inventa con todas sus piezas un Diabolo ilusorio con el fin de darse así el gusto de desbaratarlo mejor. Y para el autor aludido ese ente imaginario cobra corporeidad en una « Silla Absoluta de la Lengua Castellana » instalada en Toledo... Reconozcamos al menos que la metáfora es peregrina, pues lo que así trata de designarse no es otra cosa que la Academia de la Lengua.

Ahora bien, lo que ese ingenioso mitómano parece ignorar es que en la realidad — cotidiana e intelectual — del idioma en España sucede precisamente que es a la Academia en principio a quien suele otorgarse menos crédito. ¿ Por qué ? Las causas son múltiples y complejas, pero sugerir que en su raíz está la peculiar indisciplina cultural de la « gente hispánica », enemiga de normas, aliada con la rutinaria presión social — vertical, mas de arriba abajo, y no al revés, como en otros mundos — queda ya apuntada una pista que puede

encaminar hacia más completas elucidaciones. El hecho positivo es que pocas entidades sufrieron — sin duda con injusticia en muchos casos — tantas burlas y censuras como la Academia de la Lengua, y que respecto a su *Diccionario* nunca se aceptó allí que dijera la última palabra. Figurarse a la Academia como la suprema e inapelable legisladora del idioma — « fijar » y « registrar » son cosas distintas de sancionar — es típica imaginación ultramarina..., o de aquende el mar, dicho desde este lado. Frente a sus dictámenes, o sobre sus acuerdos, está el habla viva de los cultos y el ejemplo de los grandes escritores, verdaderos hacedores del idioma.

Contrariamente, por parte de quienes insisten en imaginarse endriagos intimidantes desde América, no parece quizá suficientemente sabido que la única Gramática en España poseedora de crédito y autoridad es precisamente la que escribió un americano, un venezolano-chileno de pro, don Andrés Bello. A modo de testimonio personal, recordaré que cuando siendo muchacho hube de frecuentar alguna temporada las clases que daban en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, el primer libro que me recomendaron, como de uso imprescindible, fué la *Gramática* de Bello, con las anotaciones de Cuervo. Por donde se demuestra palmaria-mente que una Gramática « destinada a los americanos » fué en la metrópoli « sojuzgadora » del idioma donde vino a encontrar su más efectiva y menos reticente aplicación.

*

Gran delicia reencontrarnos hoy con aquel libro canónico en la espléndida colección de las *Obras Completas* de Andrés Bello que ha comenzado a publicar el Ministerio de Educación de Venezuela, con sobrio atuendo y ejemplar pulcritud tipográfica bajo el patrocinio de una junta prestigiosa. Esta edición definitiva de la *Gramática* de Bello acrece su importancia merced a un valioso estudio preliminar del malogrado Amado Alonso, donde se examinan de modo acabado sus valores. Complementariamente, en la misma serie,

se ha publicado también otro tomo conteniendo los *Estudios gramaticales* de Andrés Bello. Lleva aquel un prólogo tan vivaz como erudito — alianza no común — de Angel Rosenblat, quien traza una cabal historia de las vicisitudes ortográficas experimentadas por nuestro idioma.

Andrés Bello es moderno en cuestiones idiomáticas, anticipé antes. Y en efecto, la conclusión última que, por mi parte, extraigo de su relectura no es otra sino una afirmación actualísima : el triunfo de la unidad lingüística española. Andrés Bello entrevió genialmente hace más de un siglo, en 1847, que la vitalidad y aun la grandeza del castellano en América fincaba en mantener su unidad, por encima de pequeños matices diferenciales, alabando « las inapreciables ventajas de un idioma común »; en suma, oponiéndose a su fragmentación, a su conversión en una multitud de dialectos regionales. ¿ Centralismo ? No ; universalismo, frente a localismo. Ecumene contra provincia. Porque Bello intuía — y hoy lo comprobamos tan inequívocamente como nunca — que no es la raza, ni ninguna otra monserga juegofloresca, lo que ata, sino el idioma. No el hecho biológico — con todos sus equívocos racistas —, ni menos aún el político — tan variable y deleznable siempre — sino la realidad espiritual expresada en el Verbo.

¿ Era quizá Andrés Bello un intransigente acartonado, un purista irreductible ? Más bien todo lo contrario. « No es un purismo supersticioso — escribía textualmente — lo que me atrevo a recomendarles ». Y agregaba : « El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocables flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben ». Muy aguda y certeramente adivinaba que el verdadero riesgo, « el mayor mal de todos — escribía —, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es

la venida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín ».

*

Tan « terrorífico supuesto » — compartido y aun estimulado, durante cierto tiempo, por otro gran filólogo, don Rufino José Cuervo — no se cumplió, como a la vista está; pero lo que no es tan notorio es que la argumentación que permitía tal presagio estaba mal planteada. Y esto último es lo que ha aclarado con su gran saber don Ramón Menéndez Pidal en un ensayo inserto en su libro *Castilla, la tradición, el idioma*, cuya lectura atenta debe recomendarse a quienes se sienten aquejados por el prurito escisionista. Bello y Cuervo partían de un concepto naturalista, no cultural, del idioma. Consideraban las lenguas como organismos biológicos, sujetos a las leyes fatales de la evolución, sin ingerencia del hombre. Pero ya entonces comenzaba a imponerse otro punto de vista: la concepción de la lengua como un hecho social, a la par que como una actividad espiritual humana, que vive indefinidamente mientras cuenta con el culto de la sociedad. Imaginar ocasos alegando el ejemplo de la corrupción del latín es un error mayúsculo. Menéndez Pidal recuerda los siglos de letargo cultural, de aislamiento entre las varias partes del Imperio Romano, que fueron necesarios para que ese fenómeno llegara a producirse. Hubo interrupción de comunicaciones, escasez material de lectura y un agotamiento mental que determinaron la muerte de la literatura antigua, seguida de un prolongado vacío en el cultivo del latín literario. Como salvo un cataclismo — y sin olvidar las recientes amenazas atómicas; pero en tal caso los afectados seríamos los sujetos hablantes y no sólo el idioma o los idiomas... — no hay perspectiva racional de que tales circunstancias se repitan, ningún apoyo tiene « la vanidad seudopatriótica de un idioma no

nacional a secas, sino nacional de esta o de la otra república », ya que en tal supuesto — escribe Menéndez Pidal — « no surgiría un único idioma, sino varios, como varios surgieron en cada provincia, en España, Francia e Italia... »

*

Del mismo modo también hubo de desvanecerse cierta amenaza contra la unidad del idioma, surgida medio siglo después. Ciertamente es que el libro de Abeille *El idioma de los argentinos*, pues a él aludimos, asumía más bien los caracteres de una bufonada: su perpetrador no vacilaba en proponer la supresión de la enseñanza del castellano en las escuelas, reemplazándose por el guaraní, el quichua y una dosis mayor de francés... Quien desee solazarse — o entristecerse a ratos — viendo a qué extremos de cortesanía pueden llegar los halagos al más ingenuo nacionalismo, acuda no al inencontrable engendro de aquel clérigo francés, sino a otros dos libros más aseQUIBLES: *Nuestra lengua* de Costa-Alvarez y *Babel y el castellano* de Arturo Capdevila, donde se desmonta y pulveriza pieza por pieza aquel fantástico artificio.

Particularmente, en el último de los nombrados, encontrará además la explicación psicológica de tales pujos autonomistas lingüísticos, ecos tardíos, manifestaciones retrasadas de los movimientos que originaron la independencia política americana. Y sobre todo erróneas, pues tendían a hacer buena una confusión imposible entre soberanía política y « lengua propia ». « Pero la nacionalidad — escribió certeramente Américo Castro, afrontando el tema — no afecta en modo alguno a los asuntos idiomáticos; puede haber esclavitud con idioma diverso y altiva independencia con habla idéntica ». Los mejores, los más solventes escritores de los diversos países americanos que encararon este problema no llegan a conclusiones diferentes, oponiéndose por modo unánime a cualquier caprichoso antojo secesionista. Nos lo dice, con palabras vibrantes, Capdevila en el libro antes nombrado. « Desnuda verdad — escribe — de nuestros días: no cuenta la América española con otra unidad que la del común idioma. La unidad religiosa no

tiene ninguna eficacia actual (ni existe), y en cuanto a la unidad del régimen político, muchos de sus pueblos han renegado del inmenso bien de la democracia, ya que la dejaron ofender y profanar por menguados tiranuelos. No queda más que el idioma ». Nos lo corrobora, desde el vértice de otra generación distinta, Jorge Luis Borges en un libro titulado, sin duda por antífrasis, *El idioma de los argentinos* : « Desertar porque sí de la casi universalidad del idioma para esconderse en un dialecto chúcaro y receloso — jerga aclimatada en la infamia, jerigonza carcelaria y conventillera, que nos convertiría en hipócritas al revés, en hipócritas de la malvivencia y la ruindad — es proyecto de malhumorados y rezongones ».

*

Hace no muchos años, cuando a raíz del colapso librero producido por la guerra de España y continuado por la incomunicación europea que causó la guerra mundial,

ANDRÉS BELLO



se inició el auge editorial americano, Amado Alonso sintióse impelido a adelantar esperanzadas opiniones sobre « la inmediata nivelación del idioma ». Sostenía que el « único centro de regulación idiomática », en lo sucesivo ya no estaría en España, y que la « lengua general » recibiría aportaciones desde los nuevos centros editoriales, surgidos particularmente en la Argentina y en México. Consideraba que inclusive en el idioma de las traducciones habría de tenderse a la nivelación de diferencias y matices verbales no sólo respecto a España, sino a los demás países americanos.

¿ Se han cumplido tales predicciones ? Quizá no haya transcurrido aún bastante tiempo para dar una respuesta categórica, pero el caso es que no vemos surgir muy claros indicios de tal nivelación. Son muy pocos los que espontáneamente se muestran dispuestos a ceder en sus preferencias sentimentales, disfrazadas de razones lingüísticas, rehuyendo localismos ; si bien no dejan de comprender el radio estrecho que éstos poseen, y que los hace ininteligibles al topar con la frontera más próxima. Porque una cosa es legitimar — como sugería ya Andrés Bello en el prólogo de su *Gramática* — « accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada », y cosa muy distinta es dar carta de ciudadanía en el mundo del común idioma a voces y locuciones venidas de abajo, de los más ínfimos estratos sociales, productos de la desidia y la ignorancia.

Cotejando someramente las relaciones que suelen exhibirse de voces presentadas como « neologismos » o supuestos peculiarismos, pronto caemos en la cuenta de que en su mayor parte son todo lo contrario, son arcaísmos y vulgarismos... Respecto a los arcaísmos, nada hay que alegar en su contra, y el criterio más sensato continúa siendo el que sostenía Bello : « hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas y que subsisten tradicionalmente en Hispanoamérica ¿ por qué proscribirlas ? ». Arcaísmo es también notoriamente el *voseo*, pero de naturaleza distinta y consecuencias reprochables. El hecho de que haya prosperado en ciertos países americanos, mientras fué eliminado en España desde el siglo XVI, constituye

un fenómeno ligado con la desigual expansión de la cultura peninsular. Américo Castro en *La peculiaridad lingüística rioplatense* y Arturo Capdevila en *Babel y el castellano* han explicado con razones históricas el motivo de su anómala supervivencia. El escritor argentino mencionado escribe concretamente : « México y Lima fueron y son las grandes metrópolis del *tú* y los mayores centros de su expansión. En Lima y en México, tal como ocurriera en España, la adopción del *tú* fué un fenómeno de cultura y buena crianza, al paso que en lo restante de América el triunfo del *voseo* en las masas populares no fué sino una imposición del general atraso ». Y por muchas razones — sentimentales o más bien sentimentaloides — con que quiera defenderse, reputándolo poco menos que una insustituible connotación afectiva, el caso es que el empleo del *voseo*, con la malaventurada y aun irreconocible deformación de los verbos que implica, suscitará siempre en muchos el efecto de un ruralismo, de cierto elementalismo mental.

*

El ensanchamiento, la postulada « modernización » del idioma no ha de venir por esos caminos, ni tampoco por el de las deformaciones sintácticas a base de construcciones galicadas o anglicadas. Ni el insufrible « es por eso que... », ni las sistemáticas construcciones pasivas pasarán nunca de ser jergas propias de la pedantería ignorante o de las agencias cablegráficas... Contra esas y otras maneras de agravio, contra los falsos envaramientos de la lengua escrita por los seudocultos, y contra su relación y guirigay populacheros, escorias de la resaca inmigratoria, ha vuelto a alzarse

últimamente Arturo Capdevila, disparando un buen surtido de ingeniosas flechas desde su *Despeñaderos del habla*.

Purismo, estancamiento, dirán al punto los recalcitantes. Por nuestra parte replicaríamos simplemente : puridad, esto es, pureza, propiedad y contemporaneidad. Porque si bien es cierto que hay principios inmutables, no lo es menos que cada siglo, cada época de la cultura, tiene su lenguaje y su estilo propios. Nadie pretende inmovilidades. Ningún gran escritor dejó de pedir — o tomarse — licencias y ensanchamientos idiomáticos. Desde Cervantes — cuando censuraba, en el prólogo de *La Galatea*, a quienes en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana — hasta el Padre Feijóo, cuando en *Cartas eruditas* reclamaba nuevas voces. Desde Ambrosio de Morales (*Discurso sobre la lengua castellana*) hasta Unamuno. Este último, hace ya medio siglo (*Ensayos*, III) reclamaba « un sobrecastellano, lengua española o hispanoamericana » que acortara las distancias entre la lengua hablada y la escrita. Esta posibilidad, esta perspectiva donde las divergencias locales y culturales puedan encontrar su vértice, ofrece hoy como ayer horizontes más fértiles que las de cualquier aldeanismo disidente. Recordemos además que entre tantas coerciones como asedian al escritor contemporáneo, uno de los pocos campos donde puede seguir moviéndose a su antojo, sin tropezar con púas, es el idioma. Las vallas gramaticales, una vez reconocidas, más que obstáculos pueden ser trampolines. Porque no deberá olvidarse que, en último extremo, antes que la Gramática está la Estética.

GUILLERMO DE TORRE

Mis recuerdos del Führer

POR LUIS DE ZULUETA

LA primera vez que ví a Hitler fué en la Opera Kroll de Berlín, donde iba a celebrarse no recuerdo ya cuál de aquellas ceremonias espectaculares a que tan aficionado era el régimen nazi.

Ocurría esto a mediados de 1934. Yo acababa de llegar a la ciudad como embajador de la República Española y, aunque todavía no había presentado mis credenciales, allí me encontraba ya, en el vestíbulo del teatro, junto a los otros representantes diplomáticos, esperando la llegada del Führer. De pronto, sonaron fuera las trompetas. Hitler debía de estar entrando en el edificio. Por cierto que, en ese momento, me asaltó un escrúpulo. De acuerdo con el protocolo — puesto que cada país establece el suyo — ¿ sería inevitable saludar con el brazo extendido realizando el, para mí, tan repulsivo ademán fascista ?

Aún no tenía yo amigos a quienes consultar, entre mis nuevos colegas. Pero, como el Nuncio es el jefe del cuerpo diplomático, y, además, el Vaticano miraba con muy poca simpatía al nazismo, le hice resueltamente a monseñor Orsenigo una rápida pregunta sobre el caso. Mas su respuesta, de una suave vaguedad eclesiástica, no resolvía mis dudas. El tiempo urgía y, ya impaciente, le dije : « Pero usted, señor Nuncio, ¿ qué hace en estos casos ? » — « Yo... bendigo », me contestó sonriendo.

El ejemplo me pareció más para admirado que para imitado. En esto Adolfo Hitler entró en el recinto. Saludé inclinando la cabeza pero sin levantar el brazo, y noté que no era el único en adoptar esta solución.

Tiempo después, con motivo del solemne entierro del embajador de Turquía, pude ampliar mis observaciones sobre ese pequeño tema de cortesía cancilleresca. Desfilando en el fúnebre cortejo por las principales calles de Berlín, nos encontramos más de una vez ante alguna gran bandera alemana que reclamaba nuestro saludo. Pero éste se efectuaba en un estilo de diplomática anarquía. El Nuncio, en efecto, prodigaba sus bendiciones ; algunos embajadores, como los de Italia o el Japón, por ejemplo, extendían el brazo ; otros, nos quitábamos el sombrero ; los de Inglaterra y Francia, como vestían de uniforme con espadín al cinto, se llevaban militarmente la mano a la sien, y el camarada Chinchuk, embajador de Rusia, pasaba de largo, distraído, con las manos en los bolsillos del pantalón...

Pero volvamos a Hitler. Mi primera impresión — y esa impresión primera suele ser reveladora — fué la de que « el hombre fuerte » del nacionalismo alemán era un sujeto de constitución débil y de tipo muy poco nacional, muy poco alemán. En sus

primeros años debió de haber sido un niño raquítico y enfermizo. Nacido en la frontera, creció como un súbdito del imperio austriaco, mosaico de las más variadas nacionalidades. Toda su vida fué una tremenda reacción subconsciente contra estos dos hechos. Necesitaba convencerse a sí mismo, aun a través de un mar de sangre, de que poseía la fuerza de un titán. Por otra parte, tenía que persuadirse de que él era el más alemán de los alemanes.

Dice en su libro, contando las impresiones de la niñez : « Me vi obligado a aceptar con secreta envidia — ¡ cuánto nos revela esta confesión de envidia reprimida ! — el hecho de que no todos los alemanes podían tener la dicha de pertenecer al Imperio de Bismarck ». Por eso él había de desquitarse más tarde fundando un Tercer Imperio, más grande que el de Bismarck, más grande que el de Carlomagno.

Es una realidad muy generalizada, y que invita a la reflexión, esta del carácter poco nacional de los más vehementes propulsores de los nacionalismos. Quien es muy nacional lleva la patria tan dentro de sí, la considera tan consustancial con su propia persona que no necesita hablar de ella. A un general prusiano, de perfil de águila, germano cien por ciento, le oí exclamar criticando las teorías racistas : « ¡ Tánta literatura para decirme que yo soy alemán ! »

El nazismo alemán se basa esencialmente en tres libros : el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, del conde de Gobineau, un aristócrata francés ; *Los fundamentos del siglo XIX*, de H. S. Chamberlain, un inglés, hijo de un almirante británico, y *El mito del Siglo XX*, de Rosenberg, un báltico nacido en Estonia, estudiante en Riga, arquitecto en Moscú.

El nacionalismo francés encontró su máxima expresión literaria en Maurice Barrès, nacido en los Vosgos ; un fronterizo, un hijo de « los bastiones del Este ». Sabido es que Mustafá Kemal, el padre de la Nueva Turquía, no era un turco, sino heredero de las más diversas razas del Próximo Oriente. Stalin no era propiamente un ruso, sino un georgiano, y Lenin por parte de su madre, era de origen alemán. El intransigente, fanático apóstol

de la independencia de Irlanda, de Valera, es hijo de un español. Y el nacionalismo español, por su parte, halló su personificación más destacada en Ramiro de Maeztu, hijo de un vasco y de una inglesa.

No es sorprendente, pues, que Hitler, el fundador del Tercer Reich, no fuera un alemán auténtico sino un « limítrofe ». Después de todo, el creador del Primer Reich, Carlomagno, era un germano afrancesado que no usaba la legendaria barba flotante sino el típico bigote galo. Y sobre el artífice del Segundo Reich encuentro en el libro de Bernal Newman, *The New Europe*, esta delatora frase : « *Bismarck mismo descendía de una familia de esclavos del Elba* ».

*

Por razón de mi cargo, hube de hablar repetidas veces con Hitler, primero como canciller y luego, muerto el presidente Hindenburg, como jefe del Estado alemán.

No es fácil explicar lo que era una conversación con el Führer. Digámoslo de una vez : Hitler no dialogaba. Por mi propia experiencia y por las manifestaciones de otros representantes extranjeros, puedo afirmar que Hitler era incapaz de ese maravilloso producto de la humanidad, de esa flor de la civilización que llamamos el coloquio. El hombre es el animal que dialoga. El civilizado es, además, quien ha sabido hacer del diálogo un arte, una de las bellas artes.

Entendámonos. El « Reichskanzler » Adolfo Hitler era, en sus relaciones con los diplomáticos, un hombre no sólo correcto sino cortés. Les oía atentamente, contestaba a todas las cuestiones, les trataba con su natural frialdad, pero con la extremada deferencia del gobernante que, recién llegado al poder, se esfuerza en tener un buen ambiente en los medios internacionales. Pero... Procuraré explicarme. Yo he tenido alguna vez, con persona residente en localidad donde no había teléfono, una conversación por telégrafo. Le dictaba al empleado mis palabras ; el aparato funcionaba, y al poco tiempo veía yo desenvolverse una tira de papel azul con la esperada respuesta. Volvía yo a dictar... La conversación resultaba perfecta, acorde, pero mecanizada. Era un coloquio deshu-

manizado, como podrán ser los de los robots del mundo futuro. Pues algo así era hablar con Hitler. El coloquio tomado taquigráficamente y leído después, parecería normal. Pero en la realidad viva, el interlocutor tenía la sensación de que entre el Führer y él había algo así como una invisible, pero impenetrable muralla de cristal.

Lo tremendo de Hitler es que no era humano. He oído decir que a veces reía con una carcajada convulsiva. Pero jamás le vi sonreír. El Mariscal Hindenburg, a pesar de sus años, su autoridad y su prestigio, era humano, rudimentariamente humano. Mussolini era humano, demasiado humano.

Montaigne estimaba la amistad como la mejor condición de una persona. Habría detestado a Hitler, porque éste nunca tuvo un amigo, ni siquiera un pariente querido. Su compañero, su « alter ego » era Roehm, y lo asesinó por sorpresa en aquel siniestro 30 de junio de 1934. Pocos días después, presencié desde la tribuna diplomática la sesión del Reichstag en la que el Führer intensamente pálido y con el mechón de pelo caído hasta las cejas, relató cómo había hecho matar a Roehm casi en su presencia y cómo mandó ajusticiar a setenta y tantas personas más — « porque no le habían sido fieles » — en aquella cruenta jornada.

El totalitarismo, así en Alemania como en Italia, en Rusia, o en China, ha invertido la relación entre el hombre y el Estado. Decía un pensador alemán de los mejores tiempos, que no hay que « estatificar » al hombre, sino humanizar al Estado. Lo opuesto es lo que realiza el régimen totalitario. El Estado no es para el hombre, sino el hombre para el Estado. Fórmula impía, atentado contra el espíritu. Destruye lo humano en el hombre y acaba por arruinar un día al Estado mismo. Recordemos a este propósito la sentencia evangélica acerca del sábado, cuya inobservancia castigaba la antigua ley hebrea con la pena de muerte : « El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. »

Lo sorprendente es que el totalitarismo, en su menosprecio del hombre, ha aceptado el mito del superhombre. El superhombre es el Führer, o el Duce, que nunca se equivocan y que exigen la ciega obediencia

de sus pueblos. El superhombre es un Lenin, o un Stalin, cuyos cadáveres embalsamados y expuestos en el mausoleo de Moscú son objeto de un culto en el que Isaac Deutscher, el autor de *Rusia después de Stalin*, ve una supervivencia de la magia primitiva.

Mussolini ha contado que cuando, ya en sus últimas jornadas, se hallaba prisionero en la Maddalena, recibió el día de su cumpleaños, como regalo de Hitler, una hermosa edición de las obras completas de Nietzsche con dedicatoria autógrafa del Führer. El obsequio es simbólico. La filosofía nietzschiana del superhombre, cayendo en mentes no filosóficas, se convierte en una bomba atómica intelectual. Zaratustra se trueca en profeta de la catástrofe. Hitler, superhombre, significa no una nueva moral, sino el fin de toda moral : la arbitrariedad, la violencia, la agresión, la guerra ; millones de judíos científicamente asesinados ; millones de hombres muertos en el campo de batalla ; un mundo pervertido, envenenado, destruido.

*

Contra una opinión muy difundida, no creo yo que Adolfo Hitler fuera un hombre extraordinario. No era un genio ; ni siquiera como muchos piensan, el genio del mal.

No poseía una grandeza demoníaca. Hay un curioso libro, alemán por cierto, publicado hace ya un siglo, *La estética de lo Feo*, — « Aesthetik des Haesslichen » — de K. Rosenkranz, en el que se estudia lo que paradójicamente podríamos llamar belleza de lo feo, considerándola como « aquella especie de perfección que aparece en lo satánico ». Pues bien : esa perfección invertida que nos impresiona en el Luzbel de Milton, y aún en el monstruoso Satán de Dante, no existía en una personalidad tan mediana y vulgar como la de Hitler. Aunque desencadenó la catástrofe del mundo, no se destacaba con una superioridad luciferina.

No. Hitler era un hombre mediocre. Como Stalin, cuyos mejores biógrafos destacan junto a su brutal energía su insignificancia intelectual. En Hitler no acentuaba un pensamiento, ni una conciencia, ni un carácter. Ni siquiera un carácter

como en Stalin. Congénitamente débil, Hitler provocó la tragedia, como antes apuntábamos, para persuadirse a sí mismo de que acumulaba una energía titánica. Era la íntima reacción contra un subconsciente sentimiento de inferioridad.

Una de las personas que en aquel tiempo habían tratado más al Führer y mejor lo conocían, era el embajador francés. En un despacho enviado a su gobierno, M. François Poncet describió este carácter, o, mejor dicho, esta falta de carácter de Hitler. Lo pinta el embajador como un sujeto sin dominio de sí mismo, que pasa rápidamente de la exaltación a la depresión. Es un hombre tornadizo, disimulado contradictorio, inseguro « Changeant, dissimulé, contradictoire, incertain... »

No era un carácter ; tampoco era un pensamiento. Su famoso *Mein Kampf* no pasa de ser un breviario de ciencia superficial y política popular. En su construcción de la doctrina del partido no hay ni una idea original, ni un concepto profundo. El nacionalsocialismo es un plagio del fascismo italiano. La misma organización totalitaria del Estado, igual nacionalismo imperialista, las mismas milicias políticas, los mismos desfiles, el mismo saludo con la mano en alto, las mismas camisas que cambian sólo de color cuando en vez de negras son pardas...

Ni un carácter, ni un pensamiento ni mucho menos una conciencia. Discutiendo un día con Hitler el citado embajador François Poncet, le dijo éste que la persecución de los judíos provocaba la reacción de la conciencia humana. « ¿ La conciencia ? » gritó el Führer irritadísimo. « ¿ La conciencia ? »... « Es también una invención judía »... « Auch so eine jüdische Erfindung ».

Al llegar aquí, es muy posible que en el ánimo del lector se dibuje una natural objeción. Si Adolfo Hitler no era más que una medianía ¿ cómo se explica que lograra adquirir una influencia tan poderosa sobre un pueblo, después de todo, inteligente y culto como el alemán ? Sin entrar a discutir ahora las cualidades especiales de ese pueblo, ni las circunstancias anormales en que se encontraba después de la derrota de 1918, la explicación del « caso Hitler » podría hallarse en el hecho de que en su

persona coincidían tres condiciones que debían asegurarle el éxito.

La primera de ellas : Hitler influía sobre la masa precisamente porque él mismo pertenecía a esta masa humana. La conocía, la sentía, la interpretaba, la llevaba dentro de sí ; podría hablar en nombre de ella en este siglo de las masas. Uno entre millones, situado en el límite borroso entre la clase media más modesta y el proletariado, sabía cómo llegar al alma del « hombre pequeño », económicamente apurado, políticamente descontento, socialmente deprimido, nacionalmente humillado, vitalmente inseguro del día de mañana.

He visto en Alemania una fotografía de una inmensa muchedumbre congregada en Munich, en 1914, escuchando cómo se le anunciaba, desde el balcón de un edificio oficial, la declaración de guerra. En aquel mar de cabezas, un círculo trazado mucho tiempo después, destacaba una, la de un joven anónimo, perdido entre la multitud : Adolfo Hitler. Salido de la masa, tenía sobre ella la fuerza que de ella misma recibiera.

Segunda condición : el Führer era un formidable orador popular. Mediante el micrófono, el poder del demagogo se ha agigantado en nuestro tiempo. Yo oí a Hitler pronunciar un discurso en el campo de Tempelhof, un Primero de Mayo, ante un auditorio de más de un millón de personas, y he de confesar que el efecto de aquellos párrafos — que leídos en casa dirían muy poco — era impresionante.

Y la tercera condición del omnipotente Führer consistía en que éste creía ciegamente en sí mismo, creía en su destino, en su obra, en el mito del Tercer Reich. Si Mussolini era un político astuto, Hitler era un fanático. Por cierto que la palabra « Fanatiker », empleada en sentido de aprobación y encomio, aparecía frecuentemente en las arengas del Führer. Y cuando éste afirmaba que el nazismo sería un régimen para mil años, lo creía a pie juntillas. La fe es siempre una fuerza, aunque una fe irracional pueda ser, como en este caso, fuerza siniestra de propia ruina y de universal estrago.

Al final de la guerra, Adolfo Hitler se hundió para siempre entre los escombros de la cancillería en Berlín.

Sabido es que hay dos versiones acerca de la desaparición del Führer. Según la encuesta inglesa, la del « Intelligence Service », Hitler se suicidó. De acuerdo con la investigación rusa, llevada a cabo bajo las órdenes del general Jukov, Hitler huyó y ha sobrevivido a la catástrofe del Reich. Para el caso, es lo mismo. El amo de Alemania ha muerto. Si Hitler reapareciera, no encontraría apoyo ni aun entre los mismos que continúan siendo nazis. No reviviría siquiera los « cien días » de Napoleón fugado de la isla de Elba.

El peligro para el mundo consiste hoy en la existencia de un hitlerismo sin Hitler. Ese sí es un fenómeno actual, tenaz, poderoso : trata de abrirse paso, sordamente, en Alemania ; persiste en muchos países ; triunfa y domina en algunos, y no deja de presentarse, con mayor o menor fuerza, incluso en las propias naciones democráticas.

¿ Qué es en sustancia el hitlerismo ? Tiene infinitos aspectos ; es un camaleón que varía de color según los diversos lugares, tiempos y circunstancias. Hay un hitlerismo rojo, como hubo el pardo y el negro. — « ¿ Qué es lo que ha visto usted en Rusia ? », le pregunté a un eminente socialista español a su paso por Berlín, de regreso de una visita a la URSS. — « ¿ Qué es lo que he visto ? », me respondió. « Lo mismo que usted ve aquí ». Pocos años después, el pacto Ribbentrop-Molotov confirmaba esta opinión.

Para descubrir la esencia del hitlerismo aunque cambien sus colores, hay que estudiarlo frente al problema de la libertad. El gran progreso de la política, que ha permitido trocar el elemental apetito del poder en una función moral, consistió en el reconocimiento de que el hombre, cada hombre, y aun el último y más miserable de los hombres, es una persona jurídica, un ser en posesión de derechos que en ningún caso deben serle negados.

El Estado puede exigir del individuo, para el bien común y el mejoramiento

social, determinados servicios y contribuciones. Pero ha de respetar la zona intangible de los derechos del hombre ; no puede profanar el tabernáculo de su conciencia. « La persona del Rey es sagrada e inviolable », se lee en algunas Constituciones monárquicas. Ahora bien : en su modesta esfera, toda persona es sagrada e inviolable. Cada hombre es un rey, porque es un hombre libre.

Lo primero es la libertad. Mas la esencia del hitlerismo, la del totalitarismo, consiste precisamente en la negación de este primer principio. Se opone a él con saña, con violencia. Frente al Estado totalitario, el hombre individual no goza de libertades, ni de derechos. La persona puede ser injustamente sacrificada al interés, real o supuesto, del Estado. El Estado pretende identificarse con las masas, que el hitlerismo siempre maneja, fingiendo que son la comunidad, que son el pueblo. « Conviene que un hombre muera por el pueblo », había dicho ya Caifás. Esta monstruosa sentencia totalitaria condenó a muerte a Jesús. Por una horrible paradoja, Adolfo Hitler aplicó a los judíos la máxima del antiguo pontífice de Israel « Conviene — vino a decir — que seis millones de hombres mueran por el pueblo alemán ».

Negada la libertad humana, se ha forjado con ello el primer eslabón de la odiosa cadena. El Estado es un dios ; no tiene deberes ; no está limitado por ninguna norma ética. Pero, en la realidad, el Estado totalitario se confunde con el partido único. Los demás partidos no cuentan, no existen. En el hitlerismo la discrepancia es un crimen. El Estado es el partido, y el partido es el gobierno y el gobierno es el jefe, el guía, el déspota. El segundo eslabón es la dictadura.

Estado amoral, jefe omnipotente, tienden de modo inevitable al dominio, a la conquista, al imperialismo. No hay más ley que la fuerza. La historia tiene su inmanente lógica. Si en el primer anillo de la cadena suprimimos la libertad, el último eslabón será la guerra.

LUIS DE ZULUETA

La Conferencia de Caracas, hora crítica del panamericanismo

POR ROMULO BETANCOURT

ENTRE los días 1 y 29 de marzo se celebró en Caracas la X Conferencia Interamericana. Ubicada entre las reuniones de Berlín y Ginebra de las grandes potencias, fué ese un evento que desbordó a lo regional americano. Adquirió dimensión universal. De ahí que la opinión pública y la prensa de otros continentes, de manera especial las de Europa, adoptaran una inusual actitud de interés frente a los debates caraqueños. Ese interés fué vivo, ardiente y controversial en América desde meses antes de reunirse la Conferencia, y sus centros focales previos resultaron dos: las características «sui generis» del régimen gobernante en el país-sede, en Venezuela; y el temario de la reunión.

Escenario inadecuado y agenda insuficiente

La Organización de Estados Americanos (O. E. A.) — nombre que adquirió el sistema regional panamericano después de ser elaborada, en la IX Conferencia (1948), la Carta de Bogotá — se basa sobre explícitas normas democráticas. En las Conferencias de Chapultepec (1945) y de Río de Janeiro (1947) se había insistido en que la comunidad americana era de pueblos libres, pero fué en la Conferencia de Bogotá donde esos enunciados adquirieron el solemne carácter de lo codificado en un pacto internacional. El artículo 5 de la Carta de Bogotá, en cierto modo el texto definidor del sistema regional inter-americano, era muy explícito en sus apartes d) y j). Sus textos no se prestan a

equívocos: « *La solidaridad de los Estados americanos, y los fines que ellos persiguen, requieren la organización política de los mismos sobre la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa* ». « *Los Estados americanos proclaman los derechos fundamentales de la persona humana sin hacer distinción de raza, nacionalidad, credo o sexo.* »

Nada más contrario a esos enunciados que la estructura y procedimientos del gobierno anfitrión de la Conferencia.

El régimen venezolano es producto de un golpe de cuartel, realizado el 24 de noviembre de 1948, contra el gobierno constitucional presidido por Rómulo Gallegos. Ese gobierno era expresión política del Partido Acción Democrática, cuya Presidencia ejerzo. Por venezolano y por dirigente del Partido derrocado, soy confesamente parcial en el debate sobre las características y conducta del régimen actual de mi país. Prefiero, por tal circunstancia, apoyar en testimonio ajeno mis propias conclusiones.

La Cancillería de Estados Unidos dijo bastante, a ese respecto, en un folleto de reciente fecha (abril, 1953). Se titula: *Venezuela, oil transform a nation* (Department of State Publication 4946. *Inter-american Series* 45). En él se lee: « La Junta (Revolucionaria de Gobierno) dominada por el Partido Acción Democrática (bajo la Presidencia de Rómulo Betancourt) ejerció el gobierno provisional durante la elección de Asamblea Constituyente. Esta elección realizada en 1946, y las de 1947 — para elegir Presidente, Congreso y Asambleas Legislativas

de los Estados — significaron un amplio respaldo popular para el vasto programa de A. D. de reformas políticas, económicas y sociales. Bajo la Administración de Rómulo Gallegos, el candidato de A. D. que triunfó en las elecciones presidenciales, trascendentales avances económicos y sociales estaban en marcha. Las garantías constitucionales fueron generalmente, si no universalmente, respetadas ». Después de referirse al « abrupto fin » del régimen democrático por el « golpe militar » del 24 nov. 1948, continúa diciendo la publicación del *State Department* : « Bajo la nueva Junta, fué suspendida la garantía constitucional de los derechos civiles, los líderes políticos y sindicales de A. D. encarcelados o exilados, y el Partido mismo puesto fuera de la Ley ».

Después de cuatro años de gobernar bajo permanente estado de sitio, los militares de Caracas llamaron a elecciones, en Nov. de 1952. Serafino Romualdi, un líder de la *American Federation of Labor*, enjuicia así lo que sucedió entonces : « Después de 4 años de régimen dictatorial, la junta venezolana corrió el riesgo de llamar a elecciones, después de ilegalizar al partido mayoritario. Cuando los votos fueron contados, el gobierno había sido derrotado en proporción de 2 á 1. Entonces, a las 3 de la madrugada, todos los locales electorales fueron ocupados, las urnas de los votos recogidas, una estricta censura impuesta y los más destacados líderes del partido de la oposición arrestados o deportados. El recuento de votos se hizo entonces en secreto, y dos días después, el gobierno anunció que había ganado. La farsa electoral fué tan burda que ningún observador responsable pudo ser engañado ». (« *Washington and latin-american reaction* », en « *New Leader* », Nueva York, set. 1953).

A esos antecedentes, se añaden hechos evidentes en vísperas de la X Conferencia : millares de secuestrados políticos rebosaban las cárceles venezolanas ; rígida censura cercenaba la libertad de prensa, e inconfundibles métodos totalitarios eran aplicados, para administrar y gobernar, por el presunto gobierno anfitrión.

Se desató entonces en los países democráticos una intensa campaña de opinión. Tendía a condicionar la reunión en Caracas a que ese gobierno modificara su conducta y demostrara con hechos la intención de respetar los derechos humanos. Ambas Cámaras legislativas en Chile ; parlamentarios de todas las tendencias en Uruguay ; treinta Senadores mexicanos ; la Organización Regional Inter-americana de Trabajadores — con veintitantos millones de afiliados —, los intelectuales liberales, etc., coincidieron en ese plan-

teamiento. Y cuando resultó evidente que la reunión se haría en Caracas, inmodificada la situación política allí prevaleciente, Costa Rica rehusó públicamente su asistencia al evento.

El Presidente del democrático país centroamericano, José Figueres, había sido el jefe de una guerra civil librada en 1948, contra un gobierno aliado al comunismo local. Su régimen tiene definida ubicación en el campo occidental. Y la no concurrencia a Caracas la explicó en un histórico documento, del cual es este párrafo definidor : « Una respetable corriente de opinión considera que en América se están librando simultáneamente dos luchas : la guerra global contra la agresión exterior, y el conflicto interno entre democracia y dictadura. Durante medio siglo se atendió casi solamente a la lucha global. Tácitamente se ha pedido a los pueblos tener paciencia ante la opresión interna y mantener su fe en la democracia, mientras se eliminan los peligros externos. Nosotros tenemos el convencimiento de que los pueblos no aguantan más posiciones de su problema inmediato, que es el de su propia libertad, en aras de una libertad del mundo para ellos abstracta y remota. ¿ Cómo pueden ellos perder los derechos que no están disfrutando ? »

Y como otro elemento de descontento en los sectores democráticos, en vísperas de la reunión de Caracas, surgió el de la exclusión de la agenda de algunas cuestiones vitales, entre ellas la del estudio de arbitrios para desarrollar y fortalecer la democracia representativa. Con buida ironía, dijo el Instituto Uruguayo de Derecho Internacional que se trataba de eludir temas « cuyo solo debate asumiría, en ese sitio, el carácter de una injuria a los deberes de la hospitalidad ».

La infiltración comunista en América eje del debate político

El Departamento de Estado había anunciado, y ello era congruente con la estrategia internacional de esa Cancillería, que en Caracas iba a debatirse en primer plano el tema de la infiltración soviética en el continente.

El propósito confeso de ese planteamiento era el de « implementar » la resolución XXXII, aprobada en la Conferencia de Bogotá. Había sido votada por unanimidad y en ella se condenó al comunismo internacional y « a cualesquiera otra forma de totalitarismo ». En los debates, se puso en claro que se trataba de situar en la picota, conjuntamente, al stalinismo, al falangismo y al neo-facismo militarista.

Refiriéndose a una participación mía, como jefe de la delegación venezolana en Bogotá, para que se diese su redacción final a la resolución XXXII, escribió la Revista « *Fortune* », de Estados Unidos (abril, 1949) : « Logró, además, que la Conferencia modificara una resolución anticomunista, haciendo que se condenara por igual a los totalitarismos de derecha y de izquierda ; así se subsanó una infortunada omisión del proyecto de resolución ».

Y para defender personalmente su nueva versión de ese acuerdo de Bogotá, viajó a Caracas el señor Foster Dulles.

La que se ha llamado « Resolución de Caracas » fué votada al fin, después de prolongada tramitación. En sus líneas fundamentales, es la misma de Bogotá, con la muy peculiar circunstancia de que desapareció de su texto toda alusión o crítica a los totalitarismos diferentes del soviético. Y con otras derivaciones, como esa de que no recibiera la adhesión unánime de los asambleístas, como sí la tuvo la de la IX Conferencia. Guatemala votó en contra y se abstuvieron México y la Argentina. El jefe de la delegación uruguaya, doctor José Mora Otero, dijo en un discurso que había votado « sin entusiasmo alguno » esa Resolución, y razonó el origen de su desgana. Combatir el totalitarismo asiático y cerrar los ojos, públicamente, frente al que campea por sus fueros en otros pueblos, era una actitud inconsistente y llamada a merecer muy escasa adhesión colectiva.

Este planteamiento interpretó, con clarividencia, el sentir de las mayorías populares del continente. Esas no sienten simpatía alguna por los métodos totalitarios de gobierno, y por eso los partidos comunistas, legalizados o clandestinos, cuentan con escasa militancia y su radio de influencia es reducido. Pero no se muestran dispuestas a aceptar la peregrina concepción de que deben hacer causa común con sus déspotas y opresores, por la sola razón de que éstos se proclamen anti-comunistas y adalides fervorosos del Mundo libre.

La delegación de Uruguay presentó una moción para que se excitara a los gobiernos a decretar amnistías en beneficio de los secuestrados políticos. La votaron afirmativamente México, Brasil, El Salvador, Bolivia y Chile. Dijeron « no » muy lógicamente, los gobiernos dictatoriales y algún otro que sin serlo hizo causa común con ellos, por razones poco explícitas. Y se abstuvieron algunos, entre ellos Estados Unidos y Guatemala, que en esta oportunidad no pugnaron, sino que coincidieron.

Otra modalidad del debate político, muy sugeridora de reflexiones, fué la coincidencia

plena de la delegación del gobierno de Guatemala con la tesis de las dictaduras de derecha, en torno al principio de no-intervención. Al terminar su discurso inaugural el Coronel Pérez Jiménez, en el cual afirmó con énfasis que cada gobierno puede hacer dentro del territorio bajo su *mando* lo que le venga en ganas, el más apresurado en felicitarlo fue el Canciller Toriello, jefe de la delegación guatemalteca. Y difícil resulta comprender cómo a estas alturas, cuando existen las Naciones Unidas y la O. E. A., cuando están en vigencia las Cartas de San Francisco y de Bogotá, pueda proclamar ningún gobierno americano una versión criolla del *espléndido aislamiento* inglés de los días de la Reina Victoria, que en América tuvo su adecuado exégeta en el déspota paraguayo Rodríguez Francia, quien anuralló a su país, a piedra y lodo, de todo contacto e interdependencia con los demás Estados.

En síntesis, el debate político en torno a la Declaración de Caracas, que ya ha sido bautizada con el nombre de « Doctrina Dulles », podría resumirse así :

1º La resolución aprobada se diferencia sólo en matices de forma de la de Bogotá, pero la debilita la especie de « luz verde » que en ella se establece para el neo-fascismo militarista, y, en general, para todo totalitarismo que no tenga cuño soviético.

2º La actitud reticente de algunos gobiernos democráticos de América Latina para suscribirla no implica simpatías suyas hacia el bloque oriental, sino lealtad al sentimiento popular, que no entiende, ni podría entender, cómo el repudio a los regímenes violadores de los derechos humanos opere en una sola dirección.

3º El fervoroso apoyo de los despotismos americanos a esa resolución es sólo oportunista acomodado a la política oficial de Estados Unidos, y en los países bajo su puño de hierro se concilian el anti-comunismo palabrero con actitudes de tolerancia hacia las actividades pro-soviéticas y de implacable persecución a los movimientos democráticos mayoritarios y adversadores ideológicos del comunismo (los *adeistas* de Venezuela, los *apristas* peruanos, los *auténticos y ortodoxos* cubanos, etc.).

4º El principio de no-intervención salió fortalecido, porque la acción colectiva lícita y conveniente, en defensa de principios jurídicos supranacionales, como son los derechos humanos, no se ha ejercitado en fávour de pueblos oprimidos por dictaduras de derecha. Cuando los gobiernos de América, todos los gobiernos de América,

critiquen a quienes violen esos derechos — como se ha hecho en las Naciones Unidas con la Unión Soviética, con Hungría, con Sudáfrica — tendrán autoridad moral, y sólo entonces, para decir si un gobierno pone en riesgo la seguridad continental, orientando su política exterior de acuerdo con los *slogans* rusos.

El álgido debate económico

En el debate político, la delegación de Estados Unidos tuvo aliados y contrincantes. En el económico, el frente polémico latino-americano fué notorio.

No sería justo decir, sin embargo, que las dificultades que iba a confrontar la delegación de Estados Unidos en Caracas, en el campo de las relaciones económicas interamericanas, eran la sola consecuencia del poco interés demostrado en esta materia por el Gobierno republicano. Se trata de una situación de vieja data, que se ha venido aplazando y empeorando en el transcurrir de los años.

En la primera Conferencia Inter-americana de post-guerra, la de Chapultepec en 1945, presionaron las delegaciones latino-americanas para que fuese discutido a fondo un ajuste económico entre las dos Américas. No se pasó allí de platónicas declaraciones, y el asunto se refirió a una próxima reunión. Se realizó la de Río de Janeiro, en 1947, y en ella también fué eludido el tema. Se fijó a Buenos Aires como sede de una reunión especial, con la cuestión económica como tema único de la agenda. Y llegó la IX Conferencia, la de Bogotá, en 1948, sin que esfuerzo alguno se hiciese visible para realizar el tantas veces aplazado evento.

En la capital de Colombia se acordó que la Conferencia económica debía realizarse en Buenos Aires dentro de una fecha improrrogable de seis meses, a partir de la clausura de aquella reunión. Y la resolución respectiva perfiló un propósito definido: el de que en esa Conferencia especializada no sólo se votaran acuerdos abstractos, sino que culminara en concretos ajustes. Asistirían a ella los Ministros de Hacienda y Economía. Y de sus deliberaciones debía surgir un entendimiento entre Estados Unidos y los demás países del continente sobre una serie de cuestiones, entre ellas dos muy importantes: el de la estabilidad de precios de las materias primas y el del respaldo del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y del Banco de Exportación e Importaciones, a programas estatales.

Fuó dicho en los debates de Bogotá que la aspiración de los pueblos y gobiernos de Amé-

rica Latina era la de que la Conferencia Económica tuviera sentido similar al de la realizada en Europa en vísperas del Plan Marshall.

Esa Conferencia tampoco tuvo lugar, y mientras tanto se hicieron agudos algunos problemas enraizados en lo económico. Países productores de materiales estratégicos (Chile, con el cobre; Bolivia, con el estaño) confrontaron dificultades de precios y mercados. Despuntó en el Congreso de Estados Unidos una poderosa corriente proteccionista, empeñada en limitar con altas barreras aduaneras la importación de algunos productos latino-americanos (lana, petróleo, etc.). Los Bancos semi-estatales que operan en Estados Unidos no demostraron mayor entusiasmo por la financiación de planes gubernamentales en Hispanoamérica y se hizo especial énfasis en que la inversión privada era el mejor método para el desarrollo de las economías sub-desarrolladas del Sur de Río Grande. Y contra esa tesis no ejerció mayor influencia la constatación hecha en 1953 por la CEPAL, un organismo especializado de las Naciones Unidas, de que en los seis años de post-guerra analizados para entonces (1946-1952), las inversiones extranjeras en América Latina fueron de alrededor de un mil doscientos millones de dólares, mientras que las exportaciones de capital por concepto de dividendos, intereses, etc. pasaron de los cinco mil millones de dólares. De donde resulta que veinte países en trance de poner en actividad su potencial de riqueza ven salir al exterior anualmente cinco veces más dinero del que les ingresa para incrementar sus atrasadas economías.

Estos antecedentes explican el clima tenso, y violento a ratos, en que se desarrolló el debate económico. El señor Foster Dulles, en una intervención, tuvo el tacto de adoptar una actitud discreta y flexible. Dijo: « Hemos oído en esta Conferencia una serie de reclamos económicos dirigidos contra Estados Unidos. No me siento ofendido por ello. Este es el lugar donde debemos hablar francamente, como amigos, y es mejor decir las cosas y no que queden flotando en las mentes ». (*The New York Times*, marzo, 14).

Desembocó el debate en una nueva perspectiva de reunión de la Conferencia Económica. Se fijó para antes de fines de 1954 y con sede en Río de Janeiro. Y es de esperarse, para bien de las relaciones inter-americanas, que esta vez sí culmine en hecho cumplido la reunión tantas veces pospuesta.

La cuestión colonial

Otro tema crucial fue éste. Diecinueve delegaciones votaron una declaración condenando

el colonialismo en el continente. Es decir, la totalidad de las delegaciones latino-americanas. Estados Unidos se abstuvo.

Este problema fué también debatido, intensamente, en la IX Conferencia. Resulta incomprendible para los pueblos hispano-americanos que en un continente de Repúblicas seis millones de americanos vivan sometidos a la rectoría metropolitana de potencias extra-continetales. En Bogotá se creó una Comisión de Territorios Dependientes, con encargo específico de estudiar el « status » de todas las regiones bajo colonaje y de presentar sus conclusiones a una Reunión de Consulta de Cancilleres.

En los años corridos de entonces a hoy, acontecimientos muy reveladores se han producido. En Martinica y Guadalupe, posesiones francesas, han ganado los comunistas sucesivas elecciones. Luego, en fecha más reciente, surgió la crisis en la Guayana Británica. Es bien sabido que en esa posesión inglesa el Gobernador Savage suspendió la Constitución y declaró comunista al partido mayoritario, liderizado por Jagan.

No es cuestión de discutir si esta imputación era cierta o no. Admito que no he llegado a acopiar información que me permita opinar a fondo. Pero de ser ciertas las conclusiones a que arribó el gobierno de Georgetown, resultaría que en tres posesiones coloniales el partido comunista ha agrupado ya bajo sus consignas a mayorías populares. En un continente donde ese tipo de organización política tiene tan escasa gravitación sobre las masas —acaso con la sola excepción del Brasil— resulta muy sintomático el fenómeno. Revela que colonialismo engendra comunismo.

En todo caso, incuba ímpetus indetenibles de independencia nacional. Y lo revela bien lo sucedido en Belice, la Honduras Británica de Centro América. En elecciones celebradas en abril, 1954, casi el 70 % de los votos favorecieron a un partido católico independentista.

De donde resulta que no sólo es absurdo que mientras en todos los continentes el colonia-

lismo haga crisis menos en América, sino también peligroso en muchos casos. Masas expoliadas económicas y ansiosas de auto-determinación pueden resultar víctimas fáciles de las maniobras del Cominform.

Sin embargo de todo esto, Estados Unidos — que en Asia propició la independencia de Filipinas y en América ha auspiciado el sistema de Estado Libre Asociado en Puerto Rico— enfrentó su solitario voto abstencionista a la moción anti-colonial aprobada en Caracas.

« Ciertos gestos valen la pena de ser hechos, pero no los gestos inútiles », dijo editorialmente *The New York Times* al comentar esa resolución; y agregó: « una colonia debe ser preparada para la independencia ». Pero es evidente que sólo una subterránea y poderosa corriente de opinión, que abarca en su totalidad al ámbito hispano-americano, puede determinar que aun gobiernos dictatoriales y siempre anuentes a votar con Estados Unidos, lo hicieran en esta oportunidad en forma diferente. Y habría que agregar cómo se parece demasiado esa teoría de la « preparación » previa de las colonias para la conquista del autogobierno y la plena autonomía, a la que esgrimieron en el siglo XIX Gran Bretaña y España contra los empeños libertadores de Washington, Jéfferson, Bolívar y San Martín.

Además de estos puntos focales, otra cuestiones también se debatieron en Caracas. Las del asilo diplomático y la situación de los exilados políticos, por ejemplo, merecieron tratamiento adecuado. No se tomaron medidas para evitar que los gobiernos persigan a los hombres por sus ideas políticas, pero cuando menos — resulta melancólica la constatación— se cuidó de suavizarles su suerte.

Este es, en apurado esquema, el balance de la Conferencia Inter-americana. Al repararlo, se aprecia lo adecuado del título con que lo encabezara.

ROMULO BETANCOURT

La intervención de la U. R. S. S. en la economía de sus satélites

POR PAUL BARTON

EL Kremlin trata de reanudar e intensificar las relaciones comerciales de su imperio con el mundo exterior. Es particularmente significativo el hecho de que no sólo sean los rusos, sino también los representantes de los países satélites los que, de nuevo, se presenten en los mercados. Este fenómeno parece trascendental para el porvenir de estos países, en lo que concierne a su vida económica y asimismo en cuanto a sus relaciones con la U. R. S. S. Y es que su aislamiento, comparativamente al circuito económico mundial, aun permitiendo a Moscú explotarlos a saciedad, tenía como objetivo, al mismo tiempo, su avasallamiento político.

Para poder juzgar el alcance real de sus tentativas actuales para reemprender los intercambios con el Occidente hay que examinar la importancia y los aspectos de la integración económica de esos países en el imperio soviético, tal y como fué hasta el presente dirigida por el « Consejo de ayuda mutua económica » establecido en Moscú, en enero 1949.

Política de discriminación

El efecto más evidente de la acción de ésta institución en la economía del bloque soviético consiste en una disminución gradual de los intercambios comerciales con el resto del mundo. En relación al volumen de canjes efectuados en 1938 entre la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria de un lado, y el resto de Europa, del otro, los de estos últimos años representan los porcentajes siguientes : importaciones de los seis países mencionados : 66 % en 1949, 64 % en 1950 y 60 % en 1951 ; en cuanto a las exportaciones, 36 % en 1949, 33 % en 1950 y 29 % en 1951. En lo que se refiere al comercio de los seis países con el

conjunto del « mundo capitalista » — por lo tanto con todos los otros países, excepción hecha de China — los porcentajes correspondientes son de 51 % en 1950 y de 49 % en 1951 para las importaciones, de 31 % en 1950 y de 29 % en 1951 para las exportaciones.

La propaganda staliniana se esfuerza en presentar esta disminución del comercio con el « mundo capitalista », como el resultado de la discriminación puesta en práctica por los Estados Unidos en contra del bloque soviético, a consecuencia de su negativa a participar en el Plan Marshall. Son innumerables los observadores que propagan esta afirmación sin tan siquiera tratar de averiguar su fundamento ; lo cual no impide que sea completamente falsa. El mismo Stalin la ha desmentido formalmente, declarando en su último artículo titulado *Los problemas económicos del Socialismo en la U. R. S. S.* : « El mercado único universal se ha disgregado, lo cual hace que existan actualmente dos mercados mundiales paralelos, opuestos el uno al otro. Tengamos presente que los Estados Unidos y la Gran Bretaña junto con Francia han contribuido, desde luego involuntariamente, a formar y a consolidar un nuevo mercado mundial paralelo. Han sometido al bloqueo económico a la U. R. S. S., a la China, y a los países de democracia popular en Europa, que no formaban parte del Plan Marshall, creyendo así poderlos ahogar. En realidad, lejos de perecer, el nuevo mercado mundial se ha consolidado. No obstante, lo esencial no consiste aquí en el bloqueo económico, sino en que en la postguerra esos países se han asociado económicamente y han organizado la colaboración y la mutua ayuda económica. » (Subrayamos nosotros.)

Es, pues, de la política de discriminación practicada deliberadamente por el « Consejo de ayuda », de donde proviene esta evolución. Las actividades de este organismo, fundado a

principios de 1949, se reflejan en las estadísticas, desde 1950 aproximadamente. Ahora bien ; es a partir de esta fecha cuando los intercambios con el Oeste empiezan a aflojar de modo sistemático : entre 1948 y 1949 las importaciones del bloque soviético procedentes de los países de Europa occidental han aumentado de 59 % a 66 % su volumen de antes de la guerra.

Intervención del Kremlin sobre el comercio exterior del glacis

Aunque la cantidad de intercambios entre el Occidente y el bloque soviético disminuye, no por ello hay que suponer que tenga que ocurrir lo propio con cada país del bloque, individualmente. La parte de la U. R. S. S. aumenta vertiginosamente, desde la institución del « Consejo de ayuda », mientras que la de los países satélites disminuye. En la totalidad del comercio efectuado entre los países de Europa oriental y los de Europa occidental, la parte perteneciente a Rusia ha evolucionado de la siguiente forma : para las importaciones procedentes de Europa occidental, 21 % en 1949, 27 % en 1950, 25 % en 1951 y 38 % en el transcurso del primer semestre de 1952 ; en cuanto a las exportaciones con destino a Europa occidental, 18 % en 1949, 23 % en 1950, 34 % en 1951 y 46 % durante el primer semestre de 1952.

Y no es eso todo. La importancia de los intercambios entre Rusia y el Occidente tiende a aumentar incluso en valor absoluto. Mientras el comercio de 18 países europeos con los Estados satélites, disminuyó aproximadamente en un 20 % durante el periodo que va desde el comienzo del año 1951 a mediados del año 1952, los intercambios de esos 18 países con la U. R. S. S. aumentaron, durante el mismo periodo, en un 40 %.

En efecto, las exportaciones de los países satélites son encaminadas hacia Moscú, que a su vez exporta una parte más o menos considerable de las mismas. Se ha podido comprobar más de una vez que los rusos exponen en los mercados mundiales mercancías procedentes de países satélites. Tocante a Alemania del Este, incluso se pueden encontrar, en las estadísticas comerciales de los países de Europa septentrional, cifras concretas : en 1950, de la totalidad de productos de Alemania del Este, exportados a Dinamarca, 39 % pasaron por manos de los rusos ; para Suecia, la cifra correspondiente era de 49 % y para Finlandia era incluso de 85 %.

Hay una serie de procedimientos que permiten a los rusos retirar de esas reexportaciones unos beneficios extraordinarios. Los precios aplicados en los intercambios comerciales entre los diferentes países del bloque oriental, no corresponden

en modo alguno a los precios en vigor en el interior de uno u otro de los Estados interesados. Y, lo que es aún más grave, suele suceder que son inferiores incluso al precio de coste.

Planificación efectuada en los países satélites por los pedidos rusos

No es únicamente con miras a desvalijar sistemáticamente a los países satélites como Moscú intenta asegurarse el monopolio del comercio exterior de los mismos. Este monopolio le permite dirigir, mediante pedidos imperativos, toda la vida económica de estos países.

Los planes de producción establecidos en los países de glacis han sido radicalmente modificados en el transcurso de 1950 y 1951, y ello en función de las exigencias formuladas al respecto de esos países por sus nuevos tratados comerciales con la U. R. S. S. Tanto es así que el índice de producción industrial que hay que alcanzar al término del plan sexenal polaco ha sido aumentado de 190 a 258 (1949-1955). En Checoslovaquia, el índice de la producción industrial previsto para 1953 ha sido elevado de 157 a 198 (1948-1953). En Bulgaria, el plan revisado ha previsto para 1952 una producción industrial superior en 16,5 % a las evaluaciones iniciales. En Hungría, el índice de producción de la industria pesada se ha fijado para 1954 en 310 en lugar de 186,4 (1948-1954).

La relación de causa a efecto que existía entre los acuerdos con Moscú y la revisión de los planes ha sido definida sin ambages por el ministro del Comercio exterior checoslovaco, después de la firma, el 22 de febrero de 1950, de un acuerdo concerniente a los intercambios durante el año 1950 : « Incumbe a nuestras exportaciones, declaró, un papel de una importancia considerable, particularmente a las de productos de industria de construcciones mecánicas pesadas y de mecánica de precisión. Nuestra producción tendrá que orientarse aún más hacia esos productos. »

Dos días después de haber firmado éste acuerdo, se anunció oficialmente la necesidad de aumentar bruscamente la capacidad de las industrias que fabrican los artículos pedidos por los rusos y disminuir la producción de los demás, los cuales, desde el punto de vista del Kremlin, carecían de interés.

Nivelación económica

Las revisiones de los planes de producción emprendidas bajo la égida del « Consejo de ayuda » demuestran otra tendencia : la de nivelar, a

través del glacis, la tasa del aumento anual del volumen global de la producción. Por ejemplo, los siguientes aumentos fueron prescritos para 1952: Checoslovaquia 21 %, Polonia 22,3 %, Bulgaria 24,4 %, Hungría 25 %, Rumanía 25,5 %. Esta nivelación es más sorprendente si consideramos que anteriormente había diferencias considerables entre las tasas de aumento impuestas a los diferentes países satélites; diferencias para las que se tenía en cuenta el grado de su industrialización. Ello se ve claramente, sobre todo si comparamos el crecimiento anual de la producción industrial en Checoslovaquia, país precisamente muy industrializado, y en el conjunto del glacis, donde la agricultura predomina: 1948, Checoslovaquia, 18 %; glacis, 28 %; 1949, Checoslovaquia, 15 %; glacis, 23 %; 1950, Checoslovaquia, 16 %; glacis, 24 %. En un país en el cual la industria es ínfima, todo crecimiento, como es natural, se traduce en un porcentaje muy elevado. El resultado es que la producción industrial aumenta considerablemente no sólo en Hungría o en Rumanía sino también en Grecia, a pesar de que ésta no sea un satélite del Kremlin. Por lo contrario, un país industrial como es Checoslovaquia, y también la zona soviética de Alemania, no podría aumentar sus producciones al mismo compás, a menos de una rebaja radical de la calidad.

En realidad, la política llevada a cabo por el « Consejo de ayuda » no ha tratado jamás de coordinar las economías de los países del bloque oriental en el sentido de una distribución racional de las distintas tareas de la producción. Su principio directivo ha sido siempre la nivelación, tanto de la cantidad como de la calidad de la producción industrial. Con el propósito de imponer este principio, Moscú no ha dudado un momento en reducir el nivel técnico de la producción de los países desarrollados y ponerlos a la par de los países atrasados. Aquéllos se ven obligados, por ejemplo, a ceder gratuitamente a éstos patentes y licencias, incluso cuando la explotación de las tales patentes impide al donador una salida de sus productos: en el momento preciso en que los checos se han visto obligados a reducir su tradicional producción de coches y de calzado, sus patentes han sido entregadas a la nueva industria polaca del calzado y del automóvil. Otro ejemplo: el « Consejo de Ayuda » impuso en 1950 a Checoslovaquia que aumentase la producción de la construcción mecánica para poder entregar, entre otras cosas, el equipo necesario para la instalación de nuevas fábricas de calzado en Polonia y de tejidos en Hungría, así como, al mismo tiempo, daba orden a los checos de disminuir la producción de sus propias industrias de tejidos y de calzado, para liberar la mano de obra, las materias primas y el equipo necesarios para el aumento de la construcción mecánica.

Los ejemplos que acabamos de citar parecen indicar que a Moscú no le interesa rebajar el nivel de la producción en sus satélites desarrollados más que allí donde pueda ser útil a la industrialización de los satélites retrasados y de la misma U. R. S. S. Pero existen otros casos para los cuales esta explicación no es valedera. Por ejemplo, el « Consejo de ayuda » ha prohibido a Checoslovaquia la reconstrucción de varios altos hornos considerablemente deteriorados, cuya utilización supone una cantidad respetable de interrupciones y necesita de constante vigilancia, conservación y reparaciones. Por otra parte, se ha impuesto a la siderurgia de este país la utilización de minerales de baja ley y se le ha reprochado el hecho de que su consumo de cobre representaba, en 1950, poco más o menos, 2 % en comparación con el consumo de material laminado, mientras que en la Unión Soviética, esta proporción no es más que de 1 %.

Existe una razón suplementaria para que Moscú zape el nivel económico de sus satélites más desarrollados. El glacis europeo es una aglomeración de países que se encuentran en diversos grados de desarrollo económico. El « Consejo de Ayuda » se constituyó con el propósito de asegurar la dirección única y centralizada de los negocios del glacis. Cae de su propio peso que las dificultades de ésta forma de dirigir, aumentan en proporción a la diversidad en cuanto a su estructura económica de los países en cuestión. No se pueden aplicar medidas generales. No obstante, hemos visto que la preocupación de uniformidad manifestada por el « Consejo de Ayuda » va hasta igualar la tasa de aumento de la producción industrial, sin tener en cuenta que se trata tan pronto de países agrarios en pleno esfuerzo de industrialización, como de países provistos de un gran desarrollo industrial o como los que se mantienen entre los dos extremos. Es, pues, necesario reducir, con la máxima rapidez posible, todos estos países al mismo nivel técnico y económico. Es muchísimo más fácil equiparar el nivel de la zona soviética de Alemania o de Checoslovaquia al nivel búlgaro que viceversa.

Invasión de los « especialistas » rusos

El « Consejo de ayuda mutua económica » ejerce una fuerte presión sobre todos los países satélites para obtener en todas partes empleos directoriales para los « managers » rusos. « La U. R. S. S. — podemos leer en la *Izvestia* de Moscú del 3-4-1950 — comunica a los países de democracia popular sus experiencias sobre la edificación socialista. Los especialistas soviéticos elaboran los planes y los proyectos aplicados en las empresas de los países amigos. »

A menudo la propaganda oficial intenta justificar esta invasión tecnocrática declarando que los técnicos autóctonos no son ni bastante numerosos, ni suficientemente experimentados para hacer funcionar las fábricas de su país en el momento de la industrialización acelerada. Cuando se comprueba que la misma invasión se produce en países como Alemania y Checoslovaquia, sabemos ya a qué atenernos. Lucien Laurat, en un libro que lleva por título *Del Komintern al Komintern* declara con justeza: « Al igual que la Inglaterra del pasado colocaba a sus funcionarios privilegiados en la administración de la India, la U. R. S. S. de hoy día hace mantener parte de su casta privilegiada, por las naciones del glacis. Los funcionarios ingleses, aún poseían sobre la mayoría de los indios la superioridad de saber administrar mejor que ellos: en las relaciones entre la U. R. S. S. y el glacis, ocurre precisamente todo lo contrario. »

Estos « expertos » son abundantes. No se puede, sin embargo, juzgar de su influencia desde un punto de vista únicamente cuantitativo. En primer lugar, ocupan posiciones-clave, lo cual les permite el control o bien de todo un sector de la economía nacional en cuestión o de un eslabón de primera importancia. Además, en lugar de dispersarse de un sitio para otro, se agrupan en cada sector en una jerarquía autónoma. O sea que, transmitiéndose unos a otros los informes y las órdenes, pueden pasar por encima de los « managers » autóctonos.

Este sistema ha encontrado su forma más acabada en Checoslovaquia, en la persona de un tal Julius Maurer, de nacionalidad eslovaca. Este hombre emigró a la U. R. S. S. en 1925, a los 29 años. Siendo miembro del P. C. (b) de la U. R. S. S., trabajó de tornero durante tres años y ascendió en las filas de la burocracia económica desde 1929. Seguidamente estuvo empleado en el Comisariado de Finanzas de la U. R. S. S., frecuentó la Academia de planificación, asumiendo distintas funciones en la administración económica de Moscú, etc. Al final de la guerra, Maurer fué movilizado e hizo la campaña de Eslovaquia en calidad de « trabajador político » del Ejército rojo. A la evacuación de Checoslovaquia por el Ejército rojo, se quedó en el país. El 1º de agosto de 1952, Maurer fué nombrado ministro de la Industria de construcciones mecánicas pesadas, y el 2 de febrero de

1953 fué relevado de éste puesto y « encargado de una misión especial con jerarquía de ministro », tal como se puede leer en el comunicado oficial. En realidad fué trasladado a Moscú para representar a Checoslovaquia en el « Consejo de Ayuda ». Un miembro de la casta directorial rusa, que se había infiltrado en la burocracia económica checoslovaca, acabó en ésta forma por ser el representante permanente de Checoslovaquia cerca del « Consejo de Ayuda » económica en Moscú. En el plan económico es una verdadera contrapartida del caso del mariscal soviético Rokossovski, el cual, con el pretexto de su origen polaco, fué « prestado » a Polonia para acaparar la dirección de su ejército.

*

El aspecto de la intervención de Moscú en la economía del glacis, tal como acabamos de describirlo, demuestra que se impone una prudencia extrema cuando se trata de prever las consecuencias políticas eventuales de la reaparición en los mercados de los representantes de los países satélites. Hemos visto que las restricciones impuestas por el « Consejo de Ayuda » a sus intercambios con el Occidente constituyen sólo un aspecto, entre otros, de su servilismo económico. Cierto es que incluso la influencia decisiva ejercida por los pedidos soviéticos sobre los planes de producción de los países del glacis podía ser atenuada, hasta cierto punto, en caso de que el comercio de estos países con el Oeste se amplificara de forma notable. Pero los intercambios Este-Oeste no pueden perjudicar ni la nivelación de la industria de los satélites, ni el control ejercido por los « especialistas » rusos.

Por el contrario, la economía del glacis está en la actualidad tan sólidamente dominada por la U. R. S. S. que podemos preguntarnos si ésta no se halla en condiciones de cambiar, sin gran peligro, su política: de transformar los satélites en agentes comerciales suyos en los mercados occidentales, en lugar de entrometerse en sus propios intercambios con los países del Oeste. Muchos de los obstáculos con que tropiezan los rusos en esos mercados, podrían ser allanados de esta manera.

PAUL BARTON

EL CONVIDADO DE PIEDRA

POR EDUARDO CABALLERO CALDERON

A pesar de la rapidez de las comunicaciones aéreas y de la creciente permeabilidad de todas las fronteras nacionales, todavía el Nuevo y el Viejo Mundo se desconocen mutuamente como en los remotos tiempos de las carabelas. Los conceptos geográficos se han modificado en las capas cultas de los países americanos, en los cuales la geografía universal suele estudiarse con más provecho que en los países europeos. En éstos el desconocimiento físico y espiritual del Nuevo Mundo persiste igual que en la época del descubrimiento. Aun las personas cultas tienen en Europa la misma idea vaga y nebulosa que expuso Colón a los Reyes Católicos cuando volvió de América : que ella es un mundo fabuloso y lejano, salvaje y desconocido, sin otro interés que el de las materias primas que produce. Para los europeos la historia americana carece de importancia en sí misma, y sólo la tiene en cuanto causa profundas perturbaciones en Europa al transformar las teorías cosmográficas del siglo quince, al dilatar el Imperio Español en el siglo dieciséis, al soplar un caliente aliento tropical sobre la arquitectura barroca en el diecisiete, al introducir el « buen salvaje » como elemento sociológico y literario en el dieciocho, al quebrantar el Imperio Español en el diecinueve y al derramar, en el veinte, con generosidad inusitada,

una catarata de dólares sobre naciones castigadas por dos guerras tremendas.

Los americanos, en cambio, conocemos a Europa, pero no la consideramos un organismo vivo sino la carroña de un animal prehistórico. En un reciente artículo publicado en España, decía el Conde de Foxá a su regreso de América :

« El mundo europeo, suntuario y jerarquizado, a pesar de sus socialistas y laboristas, les parece a los americanos medieval y arcaico... Les damos la impresión los europeos, aunque no nos lo digan, de habitantes de un museo de figuras de cera. »

Y en un número navideño de *Les Nouvelles Littéraires*, a propósito de « Moulin Rouge », que no es una película norteamericana sino inglesa, decía el crítico G. Charensol : « *Moulin Rouge* nos prueba hasta qué punto es difícil franquear el foso que separa a América de Europa. Aun este París que vinieron a fotografiar aquí mismo, no es el nuestro, y en él no reconocemos su espíritu ni su atmósfera, como si el director de la película lo hubiera reconstruido en Hollywood. Tenemos una vez más la prueba de que el deseo de hacer el bien no es suficiente. »

Existe una diferencia fundamental en el desconocimiento mutuo de americanos

y europeos. El de los americanos proviene de ignorancia, de impreparación cultural, de ausencia de tradición histórica, pero en ningún caso de falta de interés. En cambio a Europa no le interesa América sino por el oro y las materias primas que puede despachar, y por los artículos industriales y los excedentes humanos que puede recibir. De los Estados Unidos necesita la técnica, la maquinaria y los dólares; de Suramérica el petróleo, el café, el wolfram y los plátanos. A los americanos seduce extraordinariamente este museo de cera de que habla el Conde de Foxá, aunque, como escribe Charensol en *Les Nouvelles Littéraires*, su París sea tan falso y acomodaticio como el de «Moulin Rouge». Nosotros realmente adoramos a Europa, viva o muerta, y todos hemos soñado alguna vez con vivir en París. Posiblemente buscamos lo más internacional y menos europeo, aquéllo que reposa en museos y en bibliotecas y se ofrece a los turistas en los cabarets y en los teatros, que no es propiamente lo vivo, lo entrañable y lo actual. A los europeos no les hace gracia el que se les considere como curiosidad y documento; pero esta visión es fácil de corregir mediante la educación, e individualmente la modifica quien pasa una temporada en Europa, no sólo visitando museos y bailando en los cabarets sino mezclándose con los hombres y conversando con ellos.

Más difícil es llevar a la mente de los europeos la idea de que América es un fenómeno humano y social de mayor envergadura que su creciente capacidad de derramar dólares en los cabarets de París, en los colmados típicos de Sevilla y en los monumentos venerables de Roma. El europeo rechaza en bloque la idea de América, y su concepto geográfico del mundo apenas comenzó a modificarse cuando llegaron las tropas norteamericanas a París, en la guerra pasada, para salvar a Europa del desastre. No le interesa América como conglomerado humano, ni como parte integrante de su mundo occidental, ni como retaguardia de su cultura cristiana, ni como retoño de su espíritu grecolatino, ni como porvenir de su confusión actual. En dos palabras sucede lo siguiente: los americanos vemos mal a los

europeos, pero al fin y al cabo los vemos; en cambio los europeos ni nos quieren ni nos pueden ver.

*

Analícemos un poco más estos conceptos que, en los últimos diez años y por obra de la guerra, se han ido modificando sustancialmente. Hace cinco años se reunió en Ginebra una conferencia de intelectuales a quienes se sometía para su estudio esta pregunta: ¿Qué es Europa? Tenían por fin estas discusiones, a las cuales asistieron Julien Benda, Bernanos, Jaspers, Spender, Guehenno, Flora, Rougemont, Salis y Lukacs, plantear el problema que hoy se presenta con caracteres trágicos a todos los europeos, así hayan nacido en España como en Italia o en la Alemania Occidental. No queda a estos pueblos más solución, en un futuro cada vez más próximo, que la de reunirse o integrarse en una superación, bajo la égida de un superestado, porque de lo contrario cada uno de ellos sería incapaz de hacer frente a la creciente expansión de Rusia y al inevitable predominio económico de los Estados Unidos. Y coinciden con estas conferencias de intelectuales, otra de las cuales se reunió en Madrid el año pasado, con los intentos de Adenauer en Alemania, de Bidault en Francia, de Churchill en Inglaterra, del partido demo-cristiano en Italia, por dar forma orgánica y estructura jurídica a esa necesidad, más que a ese ideal, de la unidad europea.

Jean R. de Salis, en una de sus conferencias de Ginebra recordaba una frase profética de Tocqueville:

« Dos grandes pueblos, que parten de puntos diferentes, se adelantan hacia el mismo objetivo: los rusos y los americanos. Los otros parece que hubieran alcanzado los límites que les trazó la naturaleza y marchan en una carrera de obstáculos de la cual no puede perverse nada. Para alcanzar su objetivo los americanos se fían en la fuerza y en la razón del individuo, mientras que los rusos concentran en un solo hombre todo el poder de la sociedad. Los americanos tienen por principal medio de acción la libertad, y los rusos la servi-

dumbre. Su punto de partida es diferente. Sus ideales son distintos. Pero es lo cierto que cada uno de ellos parece llamado, por un secreto designio de la Providencia, a tener algún día en sus manos el destino de la mitad del mundo. »

Los políticos piensan lo mismo que los intelectuales, sólo que éstos no logran ponerse de acuerdo sobre el problema esencial de si existe un hombre a quien pueda calificarse de europeo, o si no hay sino súbditos o ciudadanos que están irrevocablemente destinados a ser franceses, ingleses o españoles. Este planteamiento inicial del problema tiene mucha importancia, y no es mera divagación bizantina, porque si evidentemente Europa es un espíritu, hay que convenir en que éste se reparte y se divide en las lenguas de fuego de los distintos países que integran y componen este pequeño apéndice del Asia que se asoma al Mediterráneo. Pero este problema, que despierta por igual el interés de los políticos que se reúnen en Bonn o en Ginebra, de los militares que planean las bases de una estrategia periférica en Londres o en París, y de los escritores y filósofos a quienes preocupa el saber si existe una conciencia europea, a nosotros los americanos nos interesa menos que el de si existe una conciencia hispanoamericana o si nos encontramos en una vía muerta y desusada. Nosotros estamos consolidando y estabilizando una serie de conciencias regionales que dentro de pocos años pugnarán abiertamente con la realidad de los tiempos nuevos que tiende a volverse de tipo continental. De Hispanoamérica no se habla en el mundo europeo, ni siquiera se habla en los Estados Unidos. Comienza a preocupar la unión de los pueblos árabes, la comunidad de los pueblos hindúes, la estructuración de los pueblos eslavos, la posible federación de los pueblos de Europa; pero de Suramérica nadie habla. Nosotros no somos ni siquiera un problema, sino un cero a la izquierda, una cantidad despreciable desde el punto de vista del espíritu y de la cultura, y una posibilidad remota a la luz de las teorías estratégicas en el caso de que un nuevo conflicto armado de proporciones continentales nos situara en la posición del flanco débil de los Estados Unidos.

Enantes hablaba de que en Europa se desconoce en general a los americanos; y ahora insisto en decir que aun en América se ignora a los hispanoamericanos. Y yo confieso que me duele, en mi calidad de ciudadano de Hispanoamérica, el hecho de no pesar y no contar en los destinos de un mundo que pugna por integrarse y que en Europa, como dije en otra parte, busca afanosamente la estructuración de una conciencia total que se sobreponga a las conciencias regionales. ¿ En qué consiste, pregunto yo, que a nosotros, que somos ciento veinte millones de habitantes y ocupamos una sexta parte de la tierra poblada, no se nos tenga en cuenta ni siquiera en función del porvenir? ¿ Acaso no lo tendremos nunca, y no podemos aspirar a tenerlo a juicio de quienes política, económica, cultural y militarmente disponen a su antojo del mundo contemporáneo y están quebrándose los sesos para organizar y disciplinar el que ha de venir? »

Tal vez parezca prematuro y ridículo en estos momentos, y al margen de las reuniones internacionales que discuten el caso de Europa y no le ven otra solución posible que la de federarla o unificarla, el que los hispanoamericanos levantemos el dedo para decir que también existimos y pensamos, y deseáramos saber qué puesto se nos concedería bajo el sol en el caso de que ese sol fuera ruso, norteamericano o europeo. Pero creo que si no como ciudadano de un continente desarticulado y borroso, al menos como hombre que tiene una conciencia de sí mismo, me asiste el derecho de meter baza en este asunto. Creo que muchos escritores hispanoamericanos se encuentran en mi mismo caso, sobre todo ahora, cuando se halla reunida en Caracas una Conferencia Panamericana. Todos estamos persuadidos de que el único papel que podríamos representar en el complicado escenario del mundo, sería el de recordar que frente a los continentes, a los pueblos, a las naciones que tratan de agruparse, Hispanoamérica ofrece una realidad precaria y débil, pero evidente: la de hombres que antes que colombianos o chilenos, peruanos o uruguayos, sólo desearían ser hombres. Nuestro papel sería el de quienes se levantan en nombre del

hombre para decir al mundo entero : « No por la historia, ni por la raza, ni por la lengua, ni por la economía, pedimos la palabra. Sólo pretendemos pedir que se recuerde al hombre y recordar que Hispanoamérica es la única tierra en el mundo donde el hombre todavía puede florecer. »

*

Porque es lo triste que hemos perdido hasta el nombre. América — Norteamérica — se encuentra en todas partes ; pero Hispanoamérica queda demasiado lejos. América — Norteamérica — está presente en las pantallas de los cines de Roma y de Madrid, en las primeras páginas de los diarios rusos y franceses, en las transmisiones radiales de Londres y Bruselas. Se halla en las conversaciones internacionales de Bonn, negocia con los chinos en Corea, vuela en los cielos descampados de Indochina, monta guardia ante el palacio imperial de Tokio. Está con los marineros que llegan a las bases militares de España, con los soldados que custodian las fronteras orientales de Europa, con las autoridades de Trieste, con los automóviles americanos en que ruedan los Jefes de Estado de Suramérica, con los aviones comerciales que transportan millones de turistas a la Tierra Santa, con las torres de acero que hincan su gigantesca aguja hipodérmica en el Golfo Pérsico, con las medias nylon que venden los contrabandistas judíos en las ruinas de Atenas. América — Norteamérica — bulle en el pensamiento de los rusos, se interpone en las discusiones de la Asamblea francesa, tácitamente asiste a las deliberaciones del Parlamento británico, y se encuentra en las reuniones del Vaticano donde Su Santidad bendice a las estrellas de cine que llegan « a que las vean que lo vieron o cuando lo veían ».

Norteamérica asiste a todos los consejos de administración a los cuales preocupa el alza de salarios y la escasez de las materias primas ; se asoma a todos los escaparates de las tiendas que tienen algo que importar y que vender ; entra en todos los hoteles donde el metro y la unidad de medida de los huéspedes son el dólar y el « traveller's

check ». Se la ve en todos los monumentos más o menos auténticos de la antigüedad griega, romana, gala, española o germana, y en todos los santuarios religiosos en los cuales nunca falta un rebaño de rumiantes de tarjetas postales y de goma de mascar. Está en el estruendo de las motocicletas, los automóviles, las dinamos, los trenes subterráneos y los ferrocarriles eléctricos ; en el tráfago de los muelles marítimos y en el apresuramiento de los aeropuertos internacionales ; en el aire, en el mar, en el cielo y en el fuego de los laboratorios de energía nuclear. Adonde quiera que llega, se le tiende una mano que implora su limosna ; y cuando se va, se la vuelve a llamar. ¡ Dichosa América, de la cual podría decirse, parodiando un viejo cuento, que como Dios está en todas partes y en ninguna se la puede ver !

En cambio Hispanoamérica, o Latinoamérica, o Suramérica, dejó de existir y se convirtió en una entelequia de los emigrantes gallegos, en una ficción internacional para las votaciones de la O.N.U., en un vago término de comparación de los representantes de la OEA, en un vulgar símbolo de lo pintoresco en los escenarios de barriada. Se requiere una gran catástrofe aérea para que aparezca en los noticiarios de cine, o el nacimiento de un monstruo para que asalte los periódicos, o el estallido de una revolución para que la mienten en la radio. Es un lugar remoto y salvaje del cual llegan a veces, como llovidos de las nubes, unos cuantos seres morenos y melancólicos que se emborrachan en los cabarets y dan escándalo en los bares. Es un lugar que gasta dólares, pero no los produce, que se deja engañar por todo el mundo pero no engaña a nadie, que importa cosas porque no crea nada ; que existe, en fin, puesto que hay gentes extrañas que allá viven, y es una tierra de nadie. Está dividida en una veintena de bodegas que llevan nombres extraños y de confusa memoración, como Uruguay y Paraguay, Bolivia y Colombia o Columbia, Costa Rica y Puerto Rico, que internacionalmente se confunden con el café, el petróleo, el cobre, el oro, las esmeraldas y los plátanos. Suramérica naufraga diariamente en los periódicos que no la nombran,

en los cines que no la reflejan, en las radios que no la mientan. Su oportunidad de ser y de existir parece caducada por ahora, pero el ahora histórico suele durar de doscientos a quinientos años según los clásicos ejemplos de Asia y Africa, y los más recientes de Norteamérica y Oceanía.

Hay países que arden en el infierno, como Rusia ; o que están a las puertas del infierno, como Yugo eslavía y la Alemania Oriental ; o que padecen en el purgatorio como Inglaterra ; o que resplandecen en el cielo, como los Estados Unidos. Sólo hay un continente que esté en el limbo, y es Suramérica. Se halla fuera de todo tiempo y lugar, aunque seguramente no lo sepa. Vive en el seno de Abraham, esperando que algún día la saquen de allí para recibirla en el cielo, quiero decir en los Estados Unidos. Quedamos en verdad los suramericanos a mayor distancia del cielo que los

rusos o que los indostanes, quienes recibirán el castigo de la bomba atómica o si se arrepienten serán salvados con el anzuelo de los dólares y del Plan Marshall. Por lo menos esos réprobos o esos convencidos de última hora ingresarán en la historia universal contemporánea en el capítulo destinado al génesis de la nueva era atómica. Nosotros estamos irremediablemente en el limbo, poblado de criaturas inocentes que se quedaron sin bautizar. Estamos demasiado lejos, como esas aldeas que mueren y se pudren porque las dejó de lado el ferrocarril.

En resumen, tal es en la actualidad la situación de América respecto de Europa, y la de Hispanoamérica respecto de América.

E. CABALLERO CALDERÓN

Keyserling, en su exploración de los diversos pueblos del globo, debía encontrar en los de América Latina los más próximos a su tumultuoso temperamento. Porque su pensamiento nacía de su temperamento ; su pensamiento era enteramente físico y biológico. Este filósofo telúrico vibraba antes de ser. Su conciencia debía su despertar, ante todo, al contacto de las energías cósmicas. Y se concibe que el lugar más apto del planeta para suscitar en él esta conmoción inicial no podía ser sino el continente iberoamericano con su tropical caos del tercer día de la creación. Allí debía sentir como ocurrieron las cosas in principio : esas comarcas no son solamente una « reserva » de especies vegetales y animales en estado salvaje, un National Park, un trozo de espacio, sino un trozo de tiempo donde podemos volver a empezar la experiencia de las emociones primordiales y de las primordiales creaciones.

J E A N C A S S O U : El mensaje de las letras Hispanoamericanas.

Efectos del maquinismo en un pueblo de los Estados Unidos

A LREDEDOR de nuestra casa, situada en la parte alta del Estado de Nueva York, hay prados, jardines y huertas ; pero más allá de esta pequeña zona de cultivos, la selva ha vuelto a invadirlo todo. Sin embargo, nuestra granja, que tiene más de cien años, ha sostenido a cuatro generaciones ; y cuando la población de Roxborough alcanzó su mayor florecimiento, allá por la mitad del siglo XIX, nuestra propiedad era sólo una entre los cientos de granjas del término municipal de la ciudad. Actualmente, en todo Roxborough, apenas somos media docena de familias las que aún vivimos de la agricultura. Poseemos nuestras huertas ; algunos criamos gallinas, y los que tienen una vaca son los menos ; pero la mayor parte de lo que comemos procede de los mostradores y estantes de los grandes almacenes de alimentación. Por lo que se refiere a nuestros vestidos, los escogemos en los catálogos y los pedimos por correo, o los compramos en los almacenes de la ciudad. Las ruecas, los telares y las cardadoras de nuestros antepasados ya sólo satisfacen la codicia de los anticuarios. Nos traen el combustible a domicilio en camiones ; y la leña que quemamos en la chimenea es difícil de obtener y resulta casi tan cara como en las ciudades.

Estos son los signos de una revolución que se ha efectuado en dos direcciones. Hoy día, la agricultura se practica en todas partes, y en ella se emplean cada vez menos hombres y más máquinas, en condiciones que con frecuencia se asemejan a las que caracterizan a la industria de producción en serie. Aunque vivimos en el campo, nos alimentamos de productos que vienen de California, Tejas, Florida y Nueva Jersey, lo mismo que si habitáramos en Troy, Albany o Nueva York. En general, la mayoría de nosotros vive directa o indirectamente de la industria ; unos porque trabajan en las fábricas de la capital del distrito, y otros porque suministran productos a los veraneantes o satisfacen las necesidades de los que tienen sus ocupaciones en la ciudad. Las pequeñas aglomeraciones han sido absorbidas por la organización en gran escala de la vida moderna.

Nuestro modo de vivir actual ha sido posible gracias a una serie de máquinas, lo mismo que sucede a los habitantes de los grandes centros. La única diferencia que existe es que la mayor parte de las máquinas son de nuestra propiedad particular en vez de pertenecer a una organización impersonal gigantesca. El inquilino de una casa de vecindad tiene asegurados los servicios de agua corriente, de luz, de calefacción, de higiene y de transportes, mientras que nosotros nos los hemos de procurar por nuestra cuenta. Pero, así y todo, en muchos aspectos, nuestra situación se parece a la de los millones de seres que residen en los bloques de apartamentos, que se han multiplicado en las afueras de las ciudades, y nos hallamos más cerca de esos inquilinos que de las gentes que vivían en estas tierras hace veinte años.

Si contamos los automóviles, las bombas aspirantes, las segadoras de césped, los refrigeradores, los aspiradores y las máquinas de lavar, nuestra familia dispone por lo menos de una docena de motores, y lo mismo podemos decir de cada uno de nuestros vecinos. Para muchos habitantes de la ciudad, el automóvil es una máquina indispensable, ya que gracias a él no se encuentran ante la disyuntiva de trabajar en la ciudad o irse a vivir al campo. Pero el coche no es solamente una solución para el trabajo. Para nosotros en Roxborough, como para millones de norteamericanos, el automóvil es el fundamento de nuestra vida social, y viajamos en él tanto para nuestro recreo como para trasladarnos a los lugares donde se encuentra la clase de recreo que buscamos. Para nosotros, lo mismo que para otros muchos, el automóvil ha alterado las costumbres en las relaciones entre hombres y mujeres, y la mayor parte de la vida familiar debe organizarse teniendo en cuenta la posibilidad de disponer del coche, o de los coches. Además, para los que tienen algunos conocimientos de mecánica, y en Roxborough son numerosos, el coche es un motivo de interés intelectual y uno de los tópicos más animados de conversación.

Después del automóvil, la electricidad es la que más ha contribuido a revolucionar la vida

en Roxborough. Hace apenas veinticinco años que las primeras líneas de cables llevaron la energía eléctrica a la ciudad, no sin haber tenido que vencer antes una oposición fanática. Nosotros mismos, por hallarnos bastante lejos de la línea principal, pasamos varios veranos e inviernos sin electricidad. Para mi mujer y para mí, las lámparas de petróleo no constituían ninguna novedad, porque estábamos familiarizados con ellas desde niños, y todavía recordamos el entusiasmo que nos produjo la instalación de la luz eléctrica en nuestra casa. Cuando estalló la primera guerra mundial, la electricidad sólo representaba un alumbrado más seguro, más adecuado y más regular. Pero cuando, en 1937, se generalizó el empleo del fluido eléctrico mediante el establecimiento de líneas subsidiarias, la bomba automática, el refrigerador, la máquina de lavar, el ventilador y, eventualmente, la cocina eléctrica y la calefacción facilitaron grandemente los trabajos domésticos. El tendido de líneas ha subido hasta las colinas, después de terminarse la segunda guerra mundial, llevando consigo todas estas comodidades, así como los nuevos medios de esparcimiento. Cuando, por alguna razón, falta la corriente, lo que más lamentan muchos es la ausencia de la televisión. Y si esta ausencia no nos desespera demasiado, entonces echamos de menos el gramófono automático y la radio.

Como puede verse, la vida rural se parece cada día más a la vida urbana, y esto es cierto no sólo para las pequeñas ciudades como la nuestra, que ha pasado a ser una especie de suburbio, sino también para las comarcas agrícolas que alimentan a la nación. En la región lechera del oeste de Nueva York, en la zona del maíz y en la del trigo, en los sectores de California y de Florida dedicados al cultivo de los frutos, los agricultores, además de la maquinaria destinada a economizar mano de obra por valor de miles de dólares en las labores del campo y en los establos, disponen de toda clase de comodidades y lujos en sus hogares. El automóvil y la electricidad han modificado la vida rural hasta en las regiones agrícolas más pobres.

*

Las comodidades y los lujos deben pagarse, y es natural que para tenerlos hay que estar en condiciones de adquirirlos. En otras palabras, la revolución no es sólo técnica, sino también económica. Durante los peores años de la depresión, pasábamos los veranos en Roxborough y los inviernos en la ciudad; y así tuvimos ocasión de observar que las víctimas de la crisis se defendían mejor en Roxborough. Los que se quedaban sin trabajo en la ciudad carecían de todo recurso; pero en Roxborough un hombre sin empleo

tenía siempre la solución de cultivar algo de tierra, ir a cortar leña y hacer pequeños trabajos eventuales. Su situación era más soportable, no sólo porque él y su familia comían mejor, sino también porque no estaba completamente ocioso. Si ahora volviera a producirse otra crisis, los que vivimos en Roxborough aún lo pasaríamos mejor que los habitantes de la ciudad; pero nuestras condiciones de vida serían peores que las de los que residían aquí en 1930. Esto es parte del precio que pagamos por haber entrado en la corriente de la organización moderna.

Pero lo que hemos ganado en otros aspectos no podemos subestimarlos los que hemos tenido la mirada puesta en la ciudad durante veinte años. La prosperidad no debe medirse solamente en función de los motores y de los aparatos domésticos, sino también, y muy especialmente, en función de las satisfacciones humanas que dicha prosperidad permite. El hombre que por estar bien pagado puede vivir confortablemente, está menos expuesto a claudicar de su dignidad. Las mujeres liberadas de parte de sus trabajos domésticos, que disponen de más tiempo libre y de dinero suficiente para gozar de su holgura, parecen más jóvenes y más lindas. Todos, hombres, mujeres y niños tienen mejor aspecto y, por consiguiente, mejor salud, porque están mejor nutridos y pueden permitirse el lujo de estar bien atendidos por médicos y dentistas. Si bien es cierto que algunos consideran más importante poseer un aparato de televisión o un coche nuevo que el arreglo de su dentadura o que repintar su casa, la mayoría acaba por reconocer, más pronto o más tarde, que es indispensable visitar al dentista y pintar su vivienda.

A medida que nuestra ciudad se ha convertido en una especie de suburbio, su población se ha hecho también más heterogénea. Muchos de los nuevos habitantes de Roxborough trabajan en las fábricas, lo mismo que la mayor parte de los autóctonos. Pero también contamos entre los recién llegados con trabajadores de cuello blanco y con hombres dedicados a profesiones liberales. Todavía no se ha producido la estratificación de las clases sociales. Como en cualquier otra ciudad, en Roxborough, abundan las pequeñas agrupaciones, pero su composición varía constantemente, y rara vez parecen basarse en la clase de trabajo, en la importancia de las rentas o en el grado de cultura de los individuos. Y si juzgáramos por los automóviles estacionados frente al ayuntamiento, cuando se celebra una sesión municipal, podría creerse que la mayor parte de los allí reunidos disfrutaban de una situación próspera.

La desaparición de las líneas divisorias entre las clases no es sólo peculiar de Roxborough, sino que puede observarse en toda la extensión

de los Estados Unidos de América. La supresión de estas diferencias se advierte, sobre todo, en el vestir. En otoño de 1952, asistí a una reunión en Troy, para oír a Stevenson, y observando a los que aplaudían, supuse que una gran parte del auditorio estaba constituida por miembros de sindicatos ; pero por el modo de vestir no era fácil distinguir entre el simple obrero y el individuo de la clase media. Esto se explica en parte por el hecho de que, en general, los obreros ganan lo suficiente para vestir bien. Pero ésta no es la única explicación. Por lo regular, en nuestra sociedad actual se considera de mal gusto que las ropas que se llevan a diario puedan servir de signo distintivo de la condición social o de la fortuna. Si hace falta una mirada muy experta para establecer una diferencia entre un modelo original de vestido de noche y una imitación cara, o entre esta imitación y el modelo que está al alcance de cualquier empleada de almacén, es totalmente imposible distinguir una muchacha rica de una pobre cuando ambas visten el traje azul de mecánico.

Sin embargo, todavía subsisten algunos convencionalismos. Los trabajadores de cuello blanco usan habitualmente cuello y corbata, pero no siempre llevan americana. Y existen restaurantes que no admiten a los hombres sin chaqueta ni corbata, ni a las mujeres vestidas con desaliño. Pero estos prejuicios también desaparecen paulatinamente. Cada cual viste como quiere, y las diferencias que aún perduran tienen su origen más bien en el gusto de los individuos que en su condición social. Ni aun los vestidos caros, cuyo valor sólo pueden apreciarlos entendidos, hacen sentir a los menos afortunados, como solía suceder en otros tiempos, que sus dueños son diferentes o pueden ser de mejor condición.

*

En las sociedades más estables de épocas pasadas, en que las diferencias de clase eran generalmente aceptadas, existían ciertos medios para simbolizarlas. Los norteamericanos nunca hemos estado muy familiarizados con estos símbolos, y esta es probablemente la razón de que en ciertos periodos se hayan hecho resaltar con tanta insistencia. En los años que siguieron a la guerra civil, propicios a la creación de grandes fortunas, los nuevos ricos se creyeron obligados a ostentar su riqueza, y se inició una etapa que Thorstein Veblen calificó de dilapidación espectacular. El hombre que reunía un millón, construía una casa fastuosa, demasiado grande para él y su familia, y tomaba más servidumbre de la necesaria. A medida que crecía su riqueza, su tren de vida, su coche particular, su yate, sus vestidos y los de su mujer, sus colecciones de

arte, sus obras filantrópicas, toda su vida servían para proclamar su fortuna.

Hoy día, los que dilapidan espectacularmente no son ya los industriales, ni los financieros, sino las estrellas del cine y de la radio y la aristocracia parasitaria. Aun cuando son muchos los que envidian a esas figuras por sus piscinas, el esplendor y la extravagancia de sus centros de recreo, figuras que la publicidad ha exaltado, casi todo el mundo se da cuenta de que su riqueza carece de importancia y que es casi tan efímera como la del que gana en las carreras de caballos, en la lotería o en cualquier juego de azar. Estas gentes no se nos imponen, pues para nosotros son una especie de animales de lujo, que nos complacemos en mirar.

Aun cuando el número de las personas muy pobres y el de las muy ricas sea relativamente menor que hace 25 ó 50 años, todavía existen en este país enormes desigualdades económicas, que nos parecen menos importantes que en otros tiempos. Esto es debido a que casi todos hemos mejorado de posición, y por consiguiente no sentimos tanta amargura ante el bienestar de los demás. Pero a ello contribuye también el saber que ahora los ricos están abrumados por los impuestos y que existen diversos medios para frenar su poder ; y los ricos, en vez de ostentar su superioridad económica, parecen avergonzarse de ella y se esfuerzan por asegurarnos que no son distintos de nosotros. Así, pues, todos vamos a nuestras ocupaciones ajenos al menor sentimiento de inferioridad y libres de resentimiento.

*

Como ya dijimos antes, la mayoría de los hombres aptos trabaja en las fábricas. Su semana es de cuarenta o cuarenta y cuatro horas, en vez de cincuenta y dos, sesenta y hasta setenta y dos, que era la corriente en el siglo XIX, y hasta bien entrado el XX. Muchos de ellos efectúan trabajos que ponen a contribución el cuerpo y el espíritu ; pero en esta época, en que no existe el paro obrero, no se puede mantener todo el día a un hombre con la mirada fija en la herramienta. Es muy probable que se le conceda una pausa para tomar un café, y no ha de temer que le echen a la calle porque vaya al lavabo o fume un cigarrillo. Cuando nuestros obreros de Roxborough vuelven a sus hogares no están exhaustos, sino que pueden dedicarse muy bien a pequeños trabajos caseros, o irse a una fiesta, a un baile o quedarse en casa contemplando la televisión. Casi todo el mundo contrae deudas, porque no se gana bastante para todo lo que las familias necesitan ; pero es muy raro que se retire de casa del cliente, por falta de pago, un auto o un aparato comprados a crédito. Todos

tienen acceso a una parte de las cosas buenas de la vida y tienen conciencia de ello.

Son pocos, en cambio, los que piensan en las responsabilidades y en las obligaciones que impone la sociedad moderna. Pagan sus cuotas sindicales con el mismo automatismo, y si se detienen a pensar en ello, con el mismo resentimiento con que pagan los impuestos. Casi todos consideran al gobierno y a los sindicatos como males necesarios, y los tienen más presentes que a los grandes directores o a los dueños de las empresas. No sienten animosidad alguna contra esos patronos remotos, porque apenas se dan cuenta de que existen. Su indignación se reserva para las cosas pequeñas, como la observación injusta de un capataz, la estupidez de un compañero, el precio o la calidad de la comida en la cantina. No creo que sean muchos los que encuentren gran satisfacción en el trabajo, y no obstante ninguno lo considera como una obligación sin sentido. (Cuando un hombre llega a tener esa impresión, busca otro empleo). Todos los trabajos de que oigo hablar exigen cierta experiencia y habilidad, lo que inspira a los obreros respeto para sus compañeros y para sí mismos. Por ello, aun cuando la jornada de trabajo resulte a veces tediosa, el regreso al hogar permite al obrero hacer una carrera en moto, y llegar a casa en buen estado de ánimo.

*

Para las mujeres de Roxborough, la revolución ha sido aún más definitiva. Si necesitan o desean trabajar, tiene a su disposición empleos variados. La mayor parte de las mujeres de menos de cincuenta años han trabajado durante cierto tiempo, y muchas continúan aún en sus empleos. Las muchachas solteras esperan trabajar antes de casarse y, a veces, hasta un par de años después; pero es rara la que trabaja toda la vida, y ninguna lamenta dejar el empleo cuando empieza a tener familia. Algunas, no obstante, vuelven a colocarse cuando los hijos ya no necesitan de sus cuidados; pero es más frecuente que lo hagan por aburrimiento, que por necesidad de ganar un sueldo.

Pero lo que representa el mayor cambio para las mujeres de Roxborough es la revolución que se ha operado en sus hogares con la adquisición de las máquinas para economizar trabajo. Esta revolución ha sido rápida en todas partes, pero en Roxborough se ha producido en el espacio de diez o doce años. Hemos pasado casi de un salto de la era en que la mujer tenía que acarrear el agua, barrer y sacudir las alfombras, fregar los platos de toda la familia y conservar los alimentos en la frequera, a una época en que puede disponer de múltiples servidores mecánicos. A no ser que tengan hijos pequeños, las mujeres

de Roxborough gozan diariamente de algunas horas de descanso, durante las cuales pueden, naturalmente, estar muy ocupadas, pero ya no es con las obligaciones de otro tiempo. En este aspecto, puede asegurarse también que las condiciones de la vida rural se aproximan a las de la vida urbana, y que las diferencias de clase se están borrando igualmente. Cuando yo era muchacho, una mujer no se consideraba realmente en buena posición si su marido no disponía de medios para sostener una doméstica, por lo menos. Huelga decir que ni las familias de los obreros, ni las de la clase media modesta tenían servidumbre. Pero un hombre de negocios o de carrera no creía haber triunfado en la vida, mientras su mujer tuviera que efectuar por sí misma los trabajos del hogar. Hoy día, con los numerosos empleos bien pagados y agradables que se ofrecen a las mujeres, el disponer de obreras para el hogar se ha convertido en un verdadero lujo. Se observa que en las esferas más elevadas de la escala social y financiera, las mujeres van recurriendo paulatinamente a las máquinas para aligerar su trabajo y tener más horas de libertad, lo mismo que hacen las de Roxborough.

*

Hace un cuarto de siglo que empezó a iniciarse la producción en serie, y el procedimiento del trabajo a la cadena, ideado por los especialistas de la eficiencia, amenazaba con lo que parecía ser una nivelación intolerable de la mano de obra. El hombre era considerado como una máquina y no como un ser humano. Pero pronto se advirtió que resultaba más económico tratar a las máquinas como máquinas y a los hombres como hombres. El trabajo puramente mecánico resulta siempre más barato, si se ejecuta con máquinas, lo que deja a los seres humanos en libertad para realizar tareas más variadas, que exigen más iniciativa, y que la máquina no puede efectuar. Por otra parte, los hombres, por medio de sus sindicatos y de sus actos individuales destinados a afirmar su personalidad, encuentran la posibilidad de resistir a la tiranía y a la monotonía del trabajo a la cadena. Y en tanto que el hombre pueda disponer de tiempo libre, no es probable que se convierta en un robot. Hasta el que ejecuta una función única durante toda la jornada, cuando vuelve a su casa se dedica a las actividades más variadas.

La uniformación de los productos es la base de la industria moderna. Sus efectos pueden ser buenos o malos; pero siempre hay la probabilidad de que se encuentre el medio de eliminar estos últimos. Si, por ejemplo, la industria panificadora logra imponer a la nación un pan uniforme e insípido, surgen en seguida panaderos indivi-

duales que fabrican un pan mejor para los que quieran pagarlo ; y cada día son más numerosas las amas de casa que dedican parte de sus horas libres a confeccionar la repostería por sí mismas. Todos los grandes almacenes de alimentación se parecen entre sí, pero todos disponen de una diversidad de productos tal, que asombraría a un tendero de la generación pasada. Las revistas que venden en dichos almacenes indican que la dieta del norteamericano medio es cada vez más variada, más adecuada al gusto individual y más cosmopolita, hasta el punto de que pudiera creerse que nos estamos convirtiendo en una nación de gastrónomos.

Y lo que es cierto en relación con la comida, lo es también en cuanto a la mayor parte de los productos de la industria moderna. La escasez de viviendas, que fué consecuencia de la depresión y de la guerra, ha traído consigo, en esta época de encarecimiento de la producción, la construcción de casas en serie, generalmente defectuosas, feas y monótonas. Pero, aún en el peor de los casos, esos edificios son preferibles a las antiguas viviendas de las ciudades industriales ; y no cabe duda de que la producción en serie puede perfeccionarse. Por otra parte, la expansión de Roxborough prueba que son muchos los que no quieren alojarse en los grandes bloques de viviendas, inconveniente que han podido salvar gracias al automóvil.

Muchos críticos han visto en las diversiones en serie — cine, radio y televisión — la mayor amenaza de nivelación intelectual. Es indiscutible que estos adelantos han introducido un elemento de uniformidad en la vida norteamericana, ya que nos dan hechos nuestros héroes, nuestras locuciones y nuestros chistes ; y ejercen su influencia en nuestros gustos y en nuestros valores. Es posible que este género de uniformidad, que reúne a un pueblo muy disperso, no sea malo en sí, aun cuando se efectúe sobre la base de un nivel cultural inferior. Pero en todo caso, los críticos olvidan que estos medios suministran pasatiempo a individuos de gustos muy diversos y que, por otra parte, los productos derivados, como los discos micrograbados, han venido a enriquecer las posibilidades de aquellos, cuyos gustos difieran de los de la mayoría de sus semejantes.

Quizás sea una ley del desarrollo industrial el que las máquinas empiecen por esclavizar a los hombres, para liberarles después. Lo que presenciábamos en los Estados Unidos de América es un indicio, si no es una prueba, de que el industrialismo, cuando alcanza las esferas técnicas superiores, puede suministrar la abundancia que, en otro tiempo, pareció un sueño utópico, y que

sobre esta abundancia se funda una civilización en la que las oportunidades son casi universales y los privilegios especiales están reducidos al mínimo. Nuestra revolución, como todas las revoluciones, ha ido acompañada de muchos sufrimientos y ha originado muchos males, pero al fin vemos la posibilidad de que lo bueno supere a lo malo.

Es evidente que muy pocos de mis vecinos de Roxborough están descontentos de su suerte. Saben que no viven en un paraíso. Tanto ellos como sus familias están expuestos a las enfermedades y a los accidentes ; es frecuente que maridos y mujeres se entiendan mal, y que los hijos constituyan a menudo un problema. No pasa día que no traiga sus inquietudes y sus disgustos. Pero ésta es la sociedad en que les gusta vivir, en la que el trabajo es abundante y bien pagado, y que ofrece muchas cosas a cambio de dinero. Su concepto de la vida puede parecer materialista, como nos echan en cara algunos europeos ; pero, con su dinero, el norteamericano se organiza una vida más fácil que la de muchos europeos de cualquier nación o clase social.

Cualesquiera que sean sus problemas personales, para ellos sólo existen dos problemas sociales, pero éstos les preocupan profunda y constantemente : la posibilidad de una depresión o la de una guerra. Se dan perfecta cuenta de que ambas podrían destruir una gran parte de lo que para ellos tiene más valor en la vida. Los que tienen más de veinticinco años han conocido directamente la depresión. Y las privaciones y el miedo, que dominaron a principios del cuarto decenio de este siglo, dejaron su huella hasta en los más jóvenes. Por lo que se refiere a la guerra, hace sólo ocho años que las bombas atómicas cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki, y supongo que muchos de mis vecinos dedican diariamente un pensamiento a la posibilidad de que caigan algún día sobre Nueva York, Washington o Schenectady.

*

Claro está que todo el país se encuentra en la misma situación, y que tanto la depresión como la guerra significarían el final del capítulo que, como pueblo, estamos escribiendo ahora. Como no existe ninguna seguridad de poder evitar una depresión, y es todavía más dudoso que podamos evitar una guerra, nuestro experimento puede considerarse, hasta ahora, como una tentativa. Pero el hecho de que pueda verse interrumpido o pueda llegar a un feliz término, no le quita nada de su significación.

Aun prescindiendo de la depresión y de la guerra, sabemos que pagamos un precio por lo que tenemos, pero creo que la mayor parte de

mis vecinos no lo encuentran demasiado elevado. Este precio puede calcularse por las penalidades y los esfuerzos propios del funcionamiento de una sociedad moderna. Estos esfuerzos y estas penalidades resultan más sensibles cuando se viaja, pongamos por caso, desde Astor Place, hasta la calle 125, en el metro de la Avenida Lexington, de Nueva York, a las cinco y media de una tarde calurosa del mes de agosto; o si hay que ir en automóvil, en medio de una borrasca, en un día de noviembre, desde la fábrica situada en la parte sudeste de Detroit hasta un bloque de casas de un suburbio del noroeste. ¿Quién es capaz de calcular este precio en irritación y contrariedades, sin mencionar el peligro para la vida y los miembros, que ha de pagar cada uno de los millones de habitantes de los suburbios, cuando el hogar y el trabajo se hallan separados por largas distancias? Sin hablar de los accidentes que registran los periódicos, ¡cuántos golpes han de soportar las familias que toman los trenes suburbanos, en un domingo, para ir a pasar el día en la playa o en el campo! No es extraño que haya muchos accidentes. Pero afortunadamente la humanidad es tenaz y, como dirían muchos de mis vecinos, podemos resistirlo todo.

Una sociedad moderna es necesariamente una sociedad altamente organizada, y esta organización es dolorosa, hasta cuando es eficaz; pero lo es doblemente en caso negativo. El « corre y espera » de la guerra se refleja constantemente en la vida civil. El instrumento de la organización es la burocracia, y el *sine qua non* de la burocracia, el formalismo administrativo. Uno de mis vecinos, que ha conducido durante más de treinta años su propio camión de transporte, comenta amargamente los reglamentos del Estado, cada vez más numerosos y más complicados, que se aplican a su género de trabajo. Él considera que todos estos reglamentos son inútiles; pero lo indudable es que resultan enojosos. Los errores de la burocracia, ya sea la del Gobierno de los Estados Unidos o la de la Guardia de Montgomery, constituyen siempre uno de los motivos de conversación más frecuentes en Roxborough.

Nuestro concepto de la sociedad moderna se basa en las obligaciones legales, en los acicates económicos y en la persuasión. Esta toma generalmente la forma de publicidad; y el hombre anuncio es uno de los productos característicos de nuestra civilización. Como la producción en serie es sólo posible cuando se puede contar con un número de personas que desee la misma cosa, al mismo tiempo, la publicidad bajo cualquier forma es indispensable. Pero el asalto constante a que está sometida nuestra sensibilidad, parece excesivo. Afortunadamente, muchas personas se han hecho una especie de inmunidad contra la

coacción, y un escepticismo contra las solicitudes; pero no por ello deja de estar contaminada la atmósfera.

La voz sonora del hombre que anuncia nos recuerda que esta civilización es, en cierto modo, una civilización comercial, y lo que importa es precisamente el modo. Desde 1920 a 1930, no solamente se ha reducido el volumen de los negocios, sino que también ha declinado su prestigio. La expansión del gobierno ha creado nuevas carreras ajenas a los negocios, y muchos jóvenes consideran el servicio del Estado como más interesante. A medida que los funcionarios del Estado y la mano de obra organizada han ido adquiriendo fuerza, los negocios han perdido importancia a los ojos del ciudadano medio. El estímulo del beneficio sigue siendo una fuerza primordial, pero muchos consideran que el concepto de « seguridad » es más poderoso que el de « beneficio ». Por otra parte, a medida que se extiende la prosperidad, se aceptan de peor gana las condiciones económicas que prevalecían hasta ahora. Entre mis vecinos, hay algunos comerciantes ávidos de ganancia; y su capacidad para hacer rápidamente fortuna se comenta siempre con una especie de admiración envidiosa; pero hay muchos que no ven ninguna razón para hacerles la competencia. Les parece muy bien que estos comerciantes locales tengan tanto afán por acumular dinero; pero ellos no quieren molestarse, mientras puedan evitarlo. Y por lo que tengo entendido, piensan lo mismo en relación con los grandes magnates de los negocios, cuando se les menciona en los periódicos.

Nadie es bastante necio para creer que el estado de cosas que prevalece actualmente en los Estados Unidos es perfecto. Ya es mucho que tengamos algún indicio de que la revolución industrial se ha hecho, al fin y a la postre, para servir los intereses de todo el mundo, o de casi todo. Nos estamos aproximando a un género de vida que, durante mucho tiempo, fué el objetivo de las luchas de la humanidad. En este período de hegemonía norteamericana en los países occidentales, nuestros amigos podrán preguntarse si somos lo bastante discretos para hacer buen uso de nuestra fuerza; pero nuestras extravagancias no deberían cegarlas — ni a nosotros tampoco — en cuanto al verdadero significado de lo que está acaeciendo en los Estados Unidos. Aquí, y no en Rusia, es donde ha progresado más la gran revolución de nuestro tiempo. Aún en el caso de que un desastre viniera a interrumpir nuestro experimento, el grado de desarrollo que hemos alcanzado debería ofrecer una esperanza a la humanidad, mientras ésta sobreviva.

GRANVILLE HICKS

In memoriam :

JORGE DE LIMA

POR STEFAN BACIU

EL día 15 de noviembre de 1953, a las once y media de la mañana, falleció, después de largos sufrimientos, aquel que fué, sin duda alguna, uno de los más grandes poetas y escritores del Brasil moderno : Jorge de Lima, hombre múltiple, artista de siete instrumentos, que parecía haber descendido a la tierra desde un renacimiento en cuyo símbolo vino a convertirse él mismo.

Añ morir lacerado por el cáncer, después de una vida de poco más de sesenta años, Jorge de Lima deja en la cultura brasileña, y también al mismo tiempo en la de todo el continente sudamericano, un hueco que no será cubierto tan pronto, pues el poeta fué una personalidad verdaderamente excepcional. No cabe en estas líneas, cuyo propósito es tan sólo informativo, un análisis de la extraordinaria actividad de Jorge de Lima, pues el acometer tal empresa exigiría un estudio profundo, que tal vez va a ser realizado en breve plazo por alguno de los íntimos amigos del poeta, que fueron asimismo grandes conocedores de su obra, por ejemplo José Fernando Carneiro, Luis Santa Cruz, Murilo Mendes o el gran crítico y ensayista Alceu Amoroso Lima. Por nuestra parte sólo deseamos dar a conocer esta triste noticia, triste para todos, pues el gran escritor, cuya obra fué igualada únicamente por su singular figura humana,

era uno de aquellos brasileños que buscaban de modo permanente contactos con los poetas y los artistas de todos los países americanos, a fin de llevar a cabo lo que se llama una fraternidad intercontinental, basada en un profundo conocimiento de la obra y del autor al mismo tiempo.

Conocido en amplios círculos, Jorge de Lima deja una obra de importancia nada común : su « Obra Poética », publicada en vida del poeta y que abarca una producción ciertamente impresionante, no sólo debido a su poderosa capacidad de creación, sino también a su profundo sentido, sin igual en la lírica moderna de América. Novelista de raras posibilidades (basta citar su novela *Calunga*, en cuyas páginas el nordeste brasileño vive con una fuerza dramática que sólo se encuentra en las obras de los grandes prosistas, como José Américo de Almeida, Raquel de Queiroz o Graciliano Ramos), fué igualmente un fino o inteligente crítico, un agudo ensayista, un cuentista de los más originales, un pintor supra-real apreciado por los buenos conocedores de la auténtica pintura, un escultor lleno de fuerza y de calor humano, un médico que a causa de su bondad fué llamado el « médico de la inyección gratuita », un espíritu siempre inquieto, conquistado en cierto momento de su vida por el lado humano de la política. Pero,



JORGE DE LIMA

antes que otra cosa, Jorge de Lima fué un hombre fuera de lo común, un hombre sin par en esta tierra de mamíferos sin vocación y sin signos distintivos.

El gabinete médico de Jorge de Lima, esta vastísima morada tan bien evocada por el poeta Carlos Drummond de Andrade en una crónica publicada en la prensa brasileña, constituyó durante muchos años un centro de atracción en la vida social y literaria de la capital federal del Brasil. Allí, en aquellas grandes salas ornadas por los cuadros del artista, junto a los más modernos aparatos de la medicina, en una mezcla verdaderamente única de objetos de arte, de libros llegados de todos los países de la tierra (recuerdo muy bien que una mañana encontré encima de la mesa de

trabajo del poeta paquetes venidos de Haití, de la Argentina, de Yugoslavia, del Ecuador y de Méjico, pues en todos estos países contaba Lima con sólidas amistades), de objetos de cerámica popular y de arte religioso, allí vivía y se movía el poeta, haciendo su poesía, atendiendo a sus enfermos, escribiendo sus libros, dictando sus cartas, revisando sus pruebas, oyendo la música de un viejo realejo olvidado en un rincón. Había allí de todo y para todos, pues, al igual que su poesía, el alma de Jorge de Lima no conocía fronteras.

América del Sur fué siempre la pasión de Jorge de Lima. Recuerdo perfectamente con cuanto calor humano, con que auténtica devoción literaria me hablaba de su editor y traductor argentino Vicente Berrieri; de Benjamín Carrión, del Ecuador; de Pablo Antonio Cuadra, de Nicaragua, que en cierta época proyectó publicar, en Managua, una colección antológica de la obra de Jorge de Lima. Y aún hoy oigo su voz cuando me anunciaba que había recibido nuevos mensajes de Rafael Heliodoro Valle, de Rodrigo Miró y de otros escritores de América.

No ha sido, por consiguiente, mera casualidad que Jorge de Lima fuese uno de los poetas del Brasil más traducidos a otros idiomas (no se trata sólo de su poema mundialmente célebre « Essa Negra Fuló », cuya versión castellana, hecha por Alfonso Reyes, es frecuentemente recitada en todos los países por Berta Singerman) y cuya obra rebasó las fronteras de su país desde hace mucho tiempo. Fué Lima una personalidad poética viva y completa en las más pura acepción de la palabra, y entre los admiradores incondicionales de su poesía se contaba también el novelista Georges Bernanos, tan severo en sus críticas cuando de poesía se trataba.

Con respecto a Jorge Lima, fué Bernanos de aquellos que no regatean los elogios, como puede advertirse en el espléndido prefacio que escribió para los « Poemas » traducidos por Florindo Villa Alvarez (Editorial Konfino, Río de Janeiro, 1952). Vale la pena de hacer notar, desde este punto de vista, una pequeña obra de la bibliografía de Jorge de Lima, escasamente conocida, pero que reviste la mayor importancia, no tan sólo para poder apre-

ciar las relaciones humanas entre Bernanos y su amigo, sino también para conocer la época brasileña de la vida de Bernanos. Trátase de una edición limitada de las cartas escritas por Georges Bernanos al poeta brasileño y publicadas por este en edición no destinada a la venta, bajo el título de *Cartas inéditas de Georges Bernanos*, Río de Janeiro, 1953. En un prefacio de una página apenas, el poeta brasileño declara, pocos meses antes de su muerte, la razón por la cual se decidió a editar el libro, afirmando con modestia que se trata únicamente de « despertar los recuerdos de los compañeros que Bernanos conoció en el Brasil ». Sin embargo, la obra es mucho más que eso, pues el interesante texto epistolar aparece completado con algunas páginas iconográficas y con facsímiles que transforman el librito, que no llega a setenta páginas, en un documento literario de los más interesantes, cuyo mensaje no suscitó bastante atención en los demás países de América y sobre todo en Europa.

Vino la muerte de Jorge de Lima, a pesar de que el poeta pasó meses y meses de dolores y sufrimientos, como una terrible sorpresa para todos, y tengo la convicción de que en muchos países del continente la penosa noticia es desconocida todavía, debido a la llamada dificultad de comunicaciones literarias, que yo llamaría, con más razón, indiferentismo y falta de interés de los círculos literarios, con pocas excepciones que con brevedad podrían enumerarse.

*

Pocos días antes de su muerte, le visité por última vez en su domicilio, en la Avenida del Atlántico, de Río de Janeiro. Bien sabía yo que los médicos no le concedían más que unas semanas de vida, y sabía también que, como médico que era él mismo, conocía el fatal diagnóstico, que era ya una sentencia. No quise, empero, dejar traslucir mi emoción, y entré en su cuarto, medio a oscuras, preguntándole

con naturalidad, como siempre le preguntaba cuando nos encontrábamos :

— ¿ Cómo va, Jorge ?

Desde su rincón, donde una pequeña cama cobijaba su cuerpo, que era sólo una sombra cenicienta, me llegó su voz, su voz de siempre, pero más triste y más apagada que en mi visita anterior : — « Estoy mal, muy mal. » Hablamos luego sobre libros y poetas, sobre las pruebas de una traducción en alemán de poemas escogidos, que yo acababa de entregar al editor, y cuando quise irme el poeta retuvo mi mano y no me dejó salir.

Seguimos hablando todavía, y en cierto momento de la conversación le entregué el programa de una conferencia que la poetisa y ceramista paraguaya Josefina Pla acababa de dar, sobre su gran libro *Invencción de Orfeo*, en la Universidad de Asunción, en el Paraguay. Jorge de Lima tomó el programa, lo miró un instante, y después cerró los ojos, apretó el papel sobre su pecho y permaneció así unos minutos. Sólo abrió los ojos de nuevo cuando entró en el cuarto su hija Teresita, y entonces yo le dije que había recibido una carta de Julián Gorkín, en la que me pedía su colaboración para el próximo número de *Cuadernos*. El semblante del poeta se iluminó súbitamente, llamó a su hija y me dijo : « Cuando pase un día mejor, escribiré algo para la revista. » (No sé aún ahora si se engañaba a sí mismo o si aún esperaba un milagro.) Y dirigiéndose luego a su hija, le pidió : « Escribe en el cuadernito : Artículo para *Cuadernos*, de París. »

Fué el último proyecto del gran poeta. El último proyecto no llevado a término, pues cuando Jorge de Lima prometía alguna cosa, siempre cumplía su palabra.

Una semana más tarde moría Jorge de Lima. Moría para el Brasil y para América. Moría, para nunca desaparecer.

STEFAN BACIU

El movimiento comunista en América Latina

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

Dos jóvenes latinoamericanos, de la zona del Pacífico, regresan a América del Sur. Cuando salieron de su país eran gentes « de orden ». Temían a los partidos populares de entraña democrática auténtica. Deseaban dedicarse el uno a la pintura, el otro a las letras. Tres años en Europa los devuelven cambiados. Naturalmente, no se adherirán a los partidos populares y auténticamente democráticos, que controlan a las mayorías nacionales, sino que se afiliarán a un partido que, en Europa, tiene el espesismo que dan la desesperación material y la esperanza cuasi ultraterrena de un posible Paraíso en la tierra : el comunista. Mas, al contacto con América, comprueban que el comunismo latinoamericano es distinto, sin mística, hecho de maniobras torvas y torpes, exento de empuje multitudinario. Toda su fuerza consiste en unos cuantos « slogans » : « contra el imperialismo yanqui », « por la paz universal », etc. Los jóvenes se sienten desorientados y desencantados. No vacilan en decirlo a quien quiera oírles. Sin embargo, en esos momentos, como para aliviar las penas de estos dos decepcionados, surge en la prensa el noticiario sobre la Conferencia de Caracas. Gran despliegue contra el comunismo : gran despliegue verbal, se entiende. Lo grave es que parte la ofensiva de autócratas iracundos, que jamás reco-

nocieron libertad ni bonanza a su pueblo. Los dos jóvenes empiezan a rectificarse « ab absurdo ». A punto de abandonar el buque moscovita en que los embarcó su esnobismo, deciden permanecer a su bordo vista la compañía que les aguarda en tierra. El caso no es único, ni raro.

Otro episodio : Hace ya un par de años, se reunieron en un almuerzo informal un alto funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos y varios prominentes políticos sudamericanos, uno de ellos expresidente de la República y notable periodista. El primero puso el punto en la campaña contra el comunismo. El segundo, hombre tranquilo, moderado, de raíz más bien capitalista, objetó : « Lo que pasa es que estamos hablando dos idiomas distintos. Tanto ustedes como nosotros rechazamos el comunismo moscovita como una forma más de imperialismo, como una doctrina exótica, como un sistema de vida inaceptable. Pero ustedes le están dando fuerza por un simple error de perspectiva. Ustedes lanzan una tremenda campaña entre nosotros contra el cáncer, y es útil y justa, pero ocurre que nuestra mortalidad proviene de la tuberculosis, el primer mal al cual se debe atacar, y, claro, aunque atacar el cáncer es razonable, lo urgente para nosotros es atacar a la tuberculosis. De ahí que no les prestemos oídos. Ustedes

quieren que los acompañemos en su campaña contra el comunismo, pero nosotros queremos, *primero*, acabar, con las dictaduras, que engendran el comunismo. Si ustedes dan a las tiranías ostensibles y confesas trato de democracias, la reacción del hombre común será desconfiar de la democracia, seguir odiando a la tiranía y buscar el remedio por otro camino. »

Estos dos episodios, verídicos y elocuentísimos, sirven de base para lo que sigue, no extraído de informes oficiales, que también conozco, ni de textos teóricos, sino de una larga experiencia vivida pie a pie, en la pelea.

*

¿ Existe comunismo en América Latina ? Sí. ¿ Es fuerte ? Depende. ¿ Era más fuerte ? Sí. ¿ Se ha debilitado por acción de la propaganda democrática ? No. ¿ Pudo ser menos fuerte ? Muchísimo menos. ¿ Quiénes lo mantienen con o sin su voluntad ? Las dictaduras, el atraso económico y la propaganda errónea, trasunto a su turno, de la errónea política de los Estados Unidos respecto a la América Latina.

No quisiéramos señalar casos concretos, por obvias razones, pero se impone. Además, el hecho de que uno de los personajes de uno de los casos, el expresidente y gran novelista venezolano Rómulo Gallegos, figure en nuestro Comité de Honor, nos obliga, en cierto modo, a lealtad para con él.

Gallegos fue electo por más de 800.000 votos libérrimos, en las primeras elecciones directas para presidente de la República que se hayan celebrado en Venezuela. Su partido, nacido de la oposición a la tiranía de Juan Vicente Gómez, creció hasta copar la inmensa mayoría de los cargos parlamentarios. ¿ Cómo, en nueve meses, un régimen así pudo caer casi sin combate, y qué actitud tenía con los comunistas y éstos con lo que sobrevino ? Acción Democrática, el partido de Gallegos, fundado y dirigido por Rómulo Betancourt, se distinguió como un partido de masas, adverso a la oligarquía y al comunismo. Dispuesto a entenderse en pie de equidad con los capitalistas norteamericanos, monopolizadores del

petróleo venezolano, a su turno riqueza casi única del país, tanto como el estaño en Bolivia o el cobre y el salitre en Chile, el azúcar y el tabaco en Cuba. Para derribar a un partido así deben actuar por lo menos la mayor parte de los elementos combatidos por aquél. En este caso, la oligarquía y los intereses petroleros, validos de un ejército habituado a ser parte del cuerpo deliberante de la nación. Los comunistas se encargaron de ablandar el ambiente. Introducidos subrepticamente en círculos del partido de gobierno y en los de la oposición católica, crearon disturbios personales, suscitaron conflictos de conciencia y provocaron choques sociales, de suerte que el partido de gobierno, cuando ocurrió el golpe, estaba comenzando a ser minado por desconfianzas internas. Gallegos acusó, en el primer día, a los capitales norteamericanos de su caída. No tuvo igual acritud para con los comunistas, que habían sido los sembradores de odios y de descrédito entre los propios de A. D. Producido el golpe de octubre de 1948, los comunistas sufrieron muy poco. Aunque declarados fuera de la ley, como A. D., de hecho siguieron publicando sus periódicos y hasta ganaron cargos municipales, ya que la tendencia de los gobernantes de turno era procurar que creciera un partido de masa para neutralizar a Acción Democrática, contando con que, en determinado instante, sería más fácil deshacerse de los comunistas que de A. D. Desde luego, no figura en este cálculo el hecho de que « deshacerse de un partido » no implica « deshacer el partido », y que las alas arrendadas al comunismo, al cabo de un tiempo podían confundirse con alas propias, y, por tanto, ser usadas para vuelos por cuenta particular, como empieza a ocurrir.

El caso del aprismo peruano es semejante. Si algún partido, durante treinta años, sin tregua alguna, ha contendido con los comunistas, peleándoles metro a metro el terreno hasta vencerlos, fue el Apra de Haya de la Torre. En la actualidad, proscritos ambos partidos del Perú, se da el caso de que los comunistas cuenten con tres puestos en el Senado y cuatro o cinco diputados so capa de otras denominaciones. También los oligarcas piensan allí que es más fácil deshacerse del comunismo

que del aprismo. Pero para disimularlo se empieza por una peligrosa mistificación que puede conducir a los inadvertidos (voluntariamente o no) a cometer irreparables errores, cuyo peso en la historia política y social de América Latina puede ser muy profundo.

*

Cuando jóvenes comunistas, exorcizados en Europa, ven que sus colegas latinoamericanos se preocupan más de atacar a los partidos populares democráticos que a las derechas oligárquicas y plutocráticas, y que éstas, a su vez, prefieren contar como aliados a los comunistas, y no a los hombres de mente liberal, no tienen otro remedio que sentirse horrorizados y expresarlo, permitiendo así descubrir una de las más interesantes curvas del desencanto político.

Claro está que les retiene su reciente afiliación y el temor de que se les tilde de « macarthistas », término equivalente a un grueso insulto en la jerga soviética del día, así como en la yancófila no hay peor agravio que llamarlo a uno « criptocomunista ». Pero, como la realidad y la sindéresis no tienen por qué someterse a exageraciones verbales, ni temer a las palabras sino a los hechos, cada vez se abre con mayor hondura y se advierte con mayor precisión la sima ideológica en que nos debatimos y el pánico reverencial a los conceptos, por encima del respeto a las realidades.

De hecho, nada conviene más a los comunistas que la subsistencia de las dictaduras. Cuanto más férreas, mejor para ellos, porque despiertan la desesperación del hombre amante de la libertad, y porque ablandan, hasta convertirlo en cera dispuesta a recibir cualquier cuño, al hombre deseoso de vivir en paz ; los dos, excelente caldo de cultivo para cualquier afirmación extremista, sea fascista o comunista.

Otro hecho es la subsistencia de tremendas desigualdades económicas, que dividen a un país en dos naciones : la del que todo lo tiene y que de todo disfruta, y la del que nada tiene y de nada puede gozar. Este acarrea, por capítulo de reacciones psicológicas e insatisfacción material, una desesperación cabalgante, cuya salida inevitable es uno de los dos extremos : fascismo o

comunismo, lo que explica el repunte del neofascismo en Europa, así como cierto tipo de nacionalismo-colonialista en América Latina.

Tenemos, pues, que el antidoto más urgente contra el totalitarismo (fascista o comunista) consiste en elevar el nivel de vida de las masas, pero sin sacrificar su libertad. Haya de la Torre decía, desde 1941, que el problema básico de la política de hoy es eliminar la aparente incompatibilidad entre libertad y pan. Los tiranos que dan pan suelen quitar la libertad ; los demagogos que dan libertad suelen no ocuparse del pan. En América, concluye Haya, por razones mil (entre otras nuestro territorio, tipo de producción, número de pobladores, medios de comunicación, tradiciones culturales, etc.), es más posible que en parte alguna del mundo juntar ambos terminos, y tener *pan con libertad*. Aquí viene un tercer punto digno de meditarse.

*

Los Estados Unidos tienen pan y libertad. No pueden entender, absortos en su facilidad básica, no pueden entender cómo los demás son capaces de soportar la existencia sin uno u otro de estos elementos. Para un norteamericano medio, no se concibe vivir un minuto sin poder hacer lo que le viene en gana, aunque se halle condicionado por el medio ambiente. Tampoco, sin disfrutar de un nivel de vida inmensamente superior a todos los conocidos en la historia. Sin recurrir a estadísticas, de fácil acceso por lo demás, ello es indudable. Así surge una de las fuentes de malentendidos y « quid pro quos ».

Los norteamericanos, mucho más insulares e introvertidos — políticamente hablando, no psicológicamente, por cierto — que cualquier otra gente del universo, pretenden medir a todos con su misma medida. Cuando los periodistas se rien de que instalen puestos de coca-cola en París, hornillos para « hot-dogs » en Italia, y busquen películas de « cow-boys » en Alemania, cometen un craso error. Los norteamericanos son así, no sólo por niños, sino por que conciben el mundo como una extensión superficial de su país, y no admi-

ten nada mejor que lo que ellos tienen. Sin leer algunos fundamentales análisis psíquicos de John Dewey, H. L. Mencken y Jorge Santayana (entre los que recuerdo), basta observar la vida que pasa para corroborarlo. Por tanto, el norteamericano considera a Europa y a América Latina como incorrectos porque viven su propio estilo de vida. Quisiera, en un afán muy característico de todo pueblo fuerte y encerrado en sí mismo, que sólo su estilo prevaleciera.

Si se limitasen a los modos de subsistir sería mucho, pero no tanto como cuando se refieren a problemas de política general. Por ejemplo, en la conferencia de Caracas, el secretario de Estado ha propuesto que todos los países de América Latina favorezcan el capital privado y la libre empresa. En otros términos, la vuelta al manchesterianismo. Grave error. Los países fuertes, de economía sana y con abundancia de materias primas o dólares para adquirirlas, pueden darse ese lujo, y aun así, en circunstancias difíciles apelan a los controles, como tuvo que hacerlo F. D. Roosevelt frente a la crisis de 1932. Los países con déficit alimenticio, carencia de todas las materias primas necesarias, sin industria pesada, con falta de dólares, no pueden ir a la libre empresa sin deformar su economía, o sin producir una distorsión social que desemboca en mayor riqueza para los ricos y mayor pobreza para los pobres. El caso típico voceado hoy en América Latina sobre los buenos resultados de la libre empresa es el Perú. Historiemos el caso en pocas líneas.

Cuando Perú exportó grandes cantidades de materiales estratégicos, o sea entre 1939 y 1943, debió establecerse el Control de Cambios para impedir la evasión de divisas. Se hizo al revés: se estableció cuando ya el desangre estaba producido: en 1943. El dólar oficial y único permitido en las transacciones comerciales costaba seis soles cincuenta centavos (S. 6,50). Así se mantuvo hasta diciembre de 1946. Para ello el Estado subvencionó ciertos productos como mantequillas, aceites, carne, trigo. El dólar tusiata alcanzó en esa fecha a sólo 6,99. En 1947, disminuido el control, el dólar llegó a 8 y tantos. En 1948, a 12 soles. En 1949, bajo

la Junta Militar, saltó a 18 y hasta 22,50 por dólar. Entonces, para romper los efectos de un control ya muy vejado, se estableció el cambio libre. Con ello el dólar se estabilizó en 15,50. Pues bien, terminado el conflicto de Corea, el dólar ha repuntado (con cambio libre) a 22,20 y hace un mes a una media de 21. O sea que los efectos del cambio libre no fueron los que produjeron el bienestar de los exportadores, sino la guerra de Corea. Para mantener el cambio libre, el Banco de inversiones y el Departamento de Estado han prestado 25 millones de dólares al Banco de Reserva del Perú, con la condición de no alterar el sistema de cambio libre. A su turno el costo de la vida ha subido en ese lapso de tiempo en más de un 100 por 100. El libre cambio, la libre empresa prueban así que en países de economía dependiente no tienen los mismos efectos que en países de economía autónoma o autosuficiente.

Ningún partido u organización de tendencia democrática y popular prohija en América Latina el sistema de libre empresa. Les corresponde ese papel a los grandes capitalistas criollos, cuya mentalidad política por lo común fué próxima al fascismo hasta 1945, y no desdeña coludirse con el comunismo para neutralizar a los grupos democráticos de sus respectivos países. De donde resulta la paradoja de que los Estados Unidos secundan los manejos comunistas en América Latina, a través de los círculos de las oligarquías y plutocracias criollas.

Dialécticamente, no hay un sistema o método que sirva igualmente en todas partes. Esos unilateralismos, trasuntan cierto mecanicismo histórico, típico de los imperios. La Carta de las Naciones Unidas propugna, no sólo para los países independientes, sino hasta para los territorios no autónomos y aun a para los en fideicomiso, la conservación y acentuación de sus modos de vida. Sabia actitud que conviene no abandonar en los hechos.

Pero los Estados Unidos (es decir sus esferas oficiales) no pueden entender aún que la repulsa al comunismo sea, a la vez, actitud de vigilancia y defensa frente a las exigencias demasiado premiosas de ciertos círculos capitalistas. No han reparado en que el mundo, por mucho que estratégi-

camente aparezca dividido en dos sectores, contiene, sin embargo, no una tercera posición, (que eso ha sido, por lo común, argumento demagógico, sobre todo entre nosotros) sino una posición autónoma, realista, equidistante de todo extremismo.

*

En esta pugna, se han introducido numerosas cuñas verbales.

El noble y claro antimperialismo que propugnamos desde 1924 muchos sectores de América, bajo la inspiración primordial de Haya de la Torre, que redescubrió este hecho, se encuentra hoy en grave riesgo por las implicancias y especulaciones que en torno a él se producen. El mismo Haya dice que ahora conviene analizar el vocablo para ver quien quiere favorecerse con él, y si se trata de una actitud temporal y oportunista o de una posición raigal, permanente.

El comunismo está usando « pro domo sua » el lema antimperialista, sin importarle el antimperialismo, porque, si bien incita a atacar al norteamericano, en cambio abre las puertas al moscovita. Y a nosotros, entiéndase bien, lo que nos interesa es nuestra autonomía y nuestro progreso material y espiritual. Ahora bien, para obtener ese progreso necesitamos libertad efectiva, democracia auténtica, mejor trato económico, homogeneidad entre la palabra y la acción. Nos repugna, de partida, que se denomine democracias a las dictaduras; nos corrompe que se alineen como miembros de un frente democrático continental, autócratas de la edad

de piedra; nos rebaja que se nos considere carne de cañón ideológica, por unos o por otros. Queremos formar un frente *interamericano*. Comulgamos con la política de buena vecindad. Creemos en los « pueblos-continentes », según la expresión de Antenor Orrego. En consecuencia, estimamos que entre Estados Unidos y Sudamérica debe existir una alianza sincera, fecunda, sobre las bases de la democracia y de la paridad. Estamos seguros de que la unidad de los 160 millones de norteamericanos y los 165 millones de centro-sudamericanos es fundamental para el equilibrio del mundo, y que este crecimiento nuestro, estadísticamente el doble de los demás continentes, crea deberes ineludibles.

El comunismo no nos va a engañar con sus consignas baratas, buenas para mentes colonizadas. Tampoco nos seduce cierto tipo imperial con sus descubrimientos de un mundo que dejó de existir hace cien años. Para nosotros, el mundo sobrevivirá en la medida en que individual y colectivamente reinen la dignidad humana, la libertad de expresión y de conciencia, la igualdad de oportunidades económicas, el perfeccionamiento técnico y el progreso integral dentro de un molde que se llama civilización occidental, a la que, de un modo u otro, con atenuantes o sobras, pertenecemos de raíz y destino. Y a la que no renunciamos, porque comulgamos con sus ideales y porque estamos seguros de que nada ni nadie nos podría apartar de nuestra ruta.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Un país de misterio en el corazón de América del Sur

POR LUIS TERAN GOMEZ

POR su conformación topográfica, por la variedad de sus climas, por su alejamiento de las corrientes de civilización y progreso, por las costumbres y modo de ser de sus habitantes, Bolivia es un país extremadamente original y digno de ser conocido. En su altiplanicie árida y de dimensiones infinitas, el frío entumece y la única música es el silbido eterno del viento; en las tierras del noroeste y del oriente, que lindan con el Brasil y el Perú y también con el Paraguay, el calor es tan abrasador y deprimente, que no permite la fácil aclimatación del hombre blanco; en los valles el clima es templado, la vida apacible y el crecimiento demográfico bastante apreciable. Estas son las características más visibles de este maravilloso país que ofrenda todos los productos que requiere el hombre para su subsistencia. Mas, de otro lado, justo es decir que Bolivia es asimismo una tierra de misterio, de un misterio que exacerba y anonada.

Un examen circunstanciado del ambiente medio, deja comprender que entre la naturaleza y el hombre no existe atracción; los habitantes de este país, quechuas y aymaras, no se conceptúan como partes integrantes de su madre tierra, de la que los vio nacer y crecer, porque cada ser humano, en el meridiano donde se encuentre, no piensa sino en abandonar su solar nativo e ir a otros lares en pos de aventuras. Las estadísticas, con su frialdad numérica,

afirman que miles de obreros y campesinos emigran a la Argentina, Brasil y Chile, para no retornar más. El viajero acucioso, comprueba que en cada ser viviente de este inmenso país, duerme una esfinge que no habla, que no ríe ni sonríe, pero que rumia sus penas y sus alegrías en un silencio profundo. Tanto el habitante del trópico, del valle o de la puna fría, es huraño e introvertido. No posee la vivacidad y el espíritu abierto y franco de los chilenos, paraguayos y brasileños. Tanto se ha remarcado que el pueblo boliviano ha permanecido siempre esclavizado, no obstante de haber obtenido su independencia política, que, hoy, es justo pensar, que las transformaciones sociales y económicas a las que ha sido sometido, puedan influir en alguna manera en el cambio gradual de su idiosincrasia. Ojalá que esto ocurra a breve plazo.

En un estudio sociológico sobre Bolivia, ha dicho el escritor Joh Gunther « que la mayor parte de los bolivianos, varía en el tipo de su carácter, que va de la extrema apatía, la cual llega casi al punto de la inmovilidad física, hasta una irritabilidad nerviosa intensa, que puede exteriorizarse súbitamente a causa de la altitud. Ningún carácter tan impenetrable como el del boliviano ». Sergio Miranda Carrington ha dicho del ruso que la inmensa altiplanicie en que habita hace su espíritu reconcentrado y taciturno; que el personaje típico ruso es el mujik, producto de la estepa y

que este medio ha contribuído poderosamente a modelar su alma, constituída por una confusa mezcla de misticismo, tristeza, crueldad y resignación. De aquí que el habitante que puebla la meseta andina y el trópico boliviano, tenga una gran similitud con el mujik ruso. Empero, esa apatía, esa impenetrabilidad y esa reconcentración del boliviano común, que degenera muchas veces en despecho, crueldad y resentimiento, bien puede atribuirse al enclaustramiento en que vegeta, a la falta de contacto con gentes más civilizadas y cultas, al ningún conocimiento que tiene de otras latitudes en las que los hombres poseen un sentido muy elevado y humanista de la vida.

En Chile, Uruguay, Argentina y Brasil, la inmigración seleccionada, ha sido un factor de gran trascendencia para el mejoramiento de la raza, así como para el surgimiento de sus industrias, de su comercio y de su cultura. De ahí que en Bolivia es de necesidad urgente, y hasta un imperativo irrenunciable, traer inmigrantes euro-

RAZA ETERNA



peos, portadores de sangre nueva y de costumbres nuevas, aunque para ello haya que erogar muchos millones de dólares. Bolivia con hombres robustos, y fuertes, que tengan ansias de constante superación, podrá ser al correr de los años, uno de los países más progresistas y venturosos de América, ya que para conseguirlo cuenta con enormes recursos que la naturaleza no ha otorgado a otras naciones del mundo. Así, por ejemplo, el estaño, bismuto, zinc, mica, petróleo, quina y caucho, solamente los poseen muy contados países de América. Estas materias primas, en veces llamadas estratégicas, bien pueden ser la base de su industrialización, con el concurso eficiente de grandes capitales, técnicos y hombres de empresa.

Al hacer hincapié en las especulaciones de carácter científico, cabe afirmar que en muchísimos distritos de Bolivia, donde floreciera hace muchos siglos la civilización quechua y amara, existen monumeros arqueológicos que pueden marcar derroteros a los hombres de ciencia y proporcionarles bastante luz en sus investigaciones. Ahí están las ruinas milenarias de Tiahuanacu, a la vera del lago Titicaca, mostrando monolitos pétreos en posición hierática, la puerta del sol plena de jeroglíficos y gran cantidad de piedras labradas que hablan de un pasado nimbado de misterio. No escapa a la curiosidad del estudioso el hecho de que los tallados en piedra, monumentos, tumbas y templos de una época muy anterior a la conquista del Perú, son de factura inferior a los que se han descubierto y restaurado en Méjico, Guatemala y Honduras, lo que quiere decir, que los mayas, chibchas y aztecas llegaron a un grado superior de civilización. Por cierto que no deja de llamar la atención que, siendo el territorio del Bajo y Alto Perú exuberante en minerales de gran valor, los virreyes y conquistadores no se hubieren preocupado, como en Méjico, de construir monumentos de gran envergadura, teniendo para ello esclavos y materiales a la mano. ¿ Sería por carecer de la colaboración eficaz del indio ? ¿ Sería porque la explotación de las minas de plata no les dió tiempo para emprender dichas obras ? La historia poco o nada dice sobre el particular.

Potosí, La Paz, Cochabamba y Oruro, fundadas en el período colonial, han cumplido ya cuatro siglos de existencia. Si acaso estas ciudades, con exclusión de La Paz, no han logrado alcanzar un grado elevado de progreso, ni han podido aún centuplicar el número de sus habitantes, esto se atribuye a que Bolivia, encerrada por la cordillera de los Andes, sin salida al mar, está lejos del mundo civilizado y no recibe aún el influjo renovador de una inmigración escogida. Entre las ciudades de Bolivia, la que mayormente interesa al turista y al investigador, es Potosí, llamada otrora Villa Imperial de Carlos V, pletórica en tradiciones y leyendas a cual más inverosímiles y fascinantes. El ilustre sabio Giulio Aristide Sartono ha dicho de Quito, capital del Ecuador, que será el centro de formación espiritual del arte americano autóctono. A esto, añadimos nosotros, que Potosí, puede también contribuir a esa formación espiritual, por contar con monumentos de gran valor arqueológico y arquitectónico, como la Real Casa de Moneda, los templos de San Francisco y San Lorenzo, las lagunas artificiales, pinturas de santos, reyes y virreyes, infolios y gran cantidad de objetos en los que está patentizada una civilización digna de ser conocida. De lamentar es, que la inercia de autoridades administrativas y eclesiásticas, hubiere incidido para que cuadros, esculturas y obras de arte de gran valor histórico se hayan llevado a países extranjeros para ser vendidos a precios fabulosos. Sin embargo, el viajero que visite Potosí, puede comprobar a poco de su arribo que en esta vieja ciudad están embalsamados cuatro siglos de historia y de fábula !

En otras ciudades de Bolivia hay veneros inagotables para el investigador y estudioso. En La Paz, se conservan todavía edificios coloniales que por su sólida construcción y originalidad arquitectónica merecen ser co-

nocidos. Pero, si al viajero no le atraen los monumentos preincásicos y coloniales, tiene en cambio parajes donde sentir emociones inolvidables y satisfacciones intensas. Una excursión a los Yungas, sólo a ciento ochenta kilómetros de distancia, el turista atraviesa por selvas de eterna primavera y caminos que causan vértigo, para después gozar de un clima delicioso, de frutas sabrosas y de excelentes hoteles. Un paseo a la montaña nevada de Chacaltaya, a corta distancia de La Paz, en cuyas faldas hay una hermosa pista de ski, deleita a quien es amante de dicho deporte. Un viaje al lago Titicaca hace que el turista conozca el santuario de Copacabana, las islas del sol y de la luna y grabe en su mente recuerdos inolvidables. Aquí, el lago sagrado de cabrilleantes aguas donde los indios navegan en sus primitivas balsas de totora (junco lacustre) ; allí en la lejanía el Illimani, el Illampu, el Mururata y el Huaina-Potosí, gigantes funambulescos cubiertos con mantos de nieve que dan majestad y atractivo al paisaje andino.

Todo lo brevemente anotado al correr de la pluma, induce a pensar, que es ya hora de que Bolivia, país de ensueño y de misterio y de grandes riquezas en potencia, procure ponerse al nivel de las demás naciones democráticas y libres de América, con el prodigioso concurso de una inmigración fuerte y laboriosa. Asimismo, será beneficioso que se imprima un impulso efectivo al turismo, teniéndose en cuenta que este privilegiado suelo de viejas tradiciones, ofrece maravillosos paisajes en la altipampa, en los valles y en las selvas tropicales donde el rumor de las aguas y el canto de las aves, son el tributo perenne al Creador del Universo y un llamado a los hombres de buena voluntad.

LUIS TERAN GOMEZ

El Primer Ministro hace una película

POR DAPHNE WHITTAM

No es cosa corriente — y es lo menos que puede decirse — que un primer ministro se nos presente como dramaturgo ; pero lo cierto es que U Nu de Birmania ya escribía obras teatrales antes de ser primer ministro. Por consiguiente, su drama *The People Win Through* (La Victoria del Pueblo), en que se ha inspirado la película del mismo nombre, y que se proyecta actualmente en Birmania, no representa para U Nu el comienzo de una nueva carrera, sino más bien el retorno a un medio de expresión artística, por el que ya sentía vocación hace más de quince años. Empezó a escribir para el teatro poco después de graduarse en la Universidad, durante el período en que fué director de escuela en una región rural. En aquella época, se interesaba profundamente por el análisis freudiano de la conducta humana, y entre sus escritos más notables figuran dos piezas, que se complementan, y que tratan de la incompatibilidad en el matrimonio. Después de ejercer el magisterio por espacio de siete años, volvió a la Facultad de Derecho de la Universidad, e inmediatamente se encontró envuelto en el fermento político de la agitación nacionalista contra los británicos ; agitación que era más intensa, como es natural, entre los jóvenes intelectuales con los que se hallaba en contacto.

A medida que aumentaba la actividad política de U Nu, a quien no se atribuía ningún interés por la vida pública, ya que

sólo deseaba ser escritor, éste empezó a dedicar sus esfuerzos literarios, con creciente intensidad, a fines políticos. Expulsado de la Universidad y encarcelado por sus actividades nacionalistas, se consagró a escribir la más conocida de sus novelas, una historia que tiene como fondo la vida penitenciaria. La primera obra literaria que escribió después de la guerra se titulaba. « ¿ Qué es el marxismo ? », y su propósito era divulgar este credo, en términos de simpatía, en un ambiente en que predominaban los principios budistas. Las obras de U Nu ponían de manifiesto las ideas políticas de que estaba llena su mente, pero sin abandonar por ello la actitud del maestro. Ambas tendencias se fusionaron después en unos trabajos publicados a modo de folletos, cuya finalidad era explicar e interpretar, con lenguaje sencillo, las doctrinas políticas.

La idea que inspiró su obra « La Victoria del Pueblo » nació en un período de trastornos y de desintegración de Birmania. En 1948, o sea dos meses después de haber conquistado el país su independencia, el partido comunista, que había participado en la lucha por la libertad, se volvió contra el gobierno establecido e inició una revolución armada. Esta revolución constituyó un rudo golpe para la naciente República, ya profundamente devastada por la guerra con el Japón, precisamente cuando daba sus primeros pasos hacia la unidad nacional y, como es consiguiente, veía entorpecida



THAKIN U NU
Presidente del Gobierno de Birmania
(Foto Keystone)

su tarea por las debilidades propias de un país que se enfrenta con la necesidad de reorganizar la vida desde sus comienzos, incluso sus fuerzas armadas. Los comunistas se habían apoderado de los mandos en amplias zonas de la nación, y en otras realizaban ataques esporádicos sobre aldeas indefensas. El pueblo desorientado por el nuevo conflicto, cuyos motivos estaba lejos de comprender, se hallaba acosado tan pronto por una como por otra de las fuerzas armadas opuestas y reducido a condiciones peores que las que prevalecieron durante los años de guerra.

Aun cuando « La Victoria del Pueblo », en su adaptación cinematográfica, aparece como un elemento anticomunista, no fué este el objetivo primordial de su autor. Lo que se proponía era demostrar el carácter demoledor y contraproducente de la táctica de apoderarse del gobierno por la fuerza, en lugar de valerse de los procedimientos democráticos. Esta tendencia a

conquistar el poder mediante la revolución armada ha sido siempre una de los aspectos más sombríos de la historia de Birmania. Así es que U Nu se hallaba obsesionado por el temor de que, al lograrse la independencia del país, se repitiera el hecho de que los diferentes jefes políticos se instalaran en el poder por la violencia, en espera de ser derribados a su vez por un rival.

Para demostrar de manera concluyente los males que este método trae consigo, U Nu concibió primeramente la idea de desarrollar este tema a lo largo de tres períodos de la historia, trasladando la realidad presente a una época pasada y terminando en el momento actual. Pero como este procedimiento resultaba muy complicado para llevarlo a la escena, el autor lo abandonó y decidió escribir una sola obra que tratara exclusivamente de la revolución comunista. La prueba de la importancia que atribuía a esta obra la hallamos en el hecho de que la planeó en un momento en que la situación internacional absorbía todas sus facultades. Se dice que escribió la primera escena en el curso de un viaje oficial que hizo a una ciudad situada en el delta del Irrawaddy, aprovechando las escasas horas de descanso que le proporcionaba la navegación por el río. No puede negarse que esta obra es un modelo de propaganda política, o tal vez de educación política, si se quiere emplear una expresión menos odiosa. Para un espíritu occidental, la estructura dramática presenta defectos artísticos de cierto volumen. Pero no debe olvidarse que este drama, así como otros del mismo autor, fué escrito para ser leído y no para ser representado. El moderno teatro birmano no puede compararse con el occidental, ya que por lo regular los autores improvisan sus obras, que suelen ser « sketches » breves y burlescos, y rara vez pretenden hacer dramas de gran trascendencia. En este teatro moderno, se advierte cierta incompatibilidad entre los literatos y los actores, mientras que en el teatro clásico continúan representándose las obras escritas hace poco más de un siglo. No obstante, « La Victoria del Pueblo », incluso como obra destinada más bien a la lectura

que a la representación, perdió gran parte de su carácter primitivo, al adoptar la forma de mensaje político. Abundaban en ella arengas interminables y adolecía de falta de continuidad o de enlace entre las diferentes escenas. En realidad, éstas eran episodios aislados, en los que aparecían personajes sin relieve que, después de declamar su papel, se retiraban para no volver.

La versión cinematográfica, en la que se han introducido adiciones y alteraciones, ha progresado mucho en el sentido de eliminar estos defectos. Ha reunido los fragmentos dispersos, dando forma dramática al conjunto, y ha logrado retener la atención del público birmano, que la considera como un simple entretenimiento. Esto ya constituye por sí sólo una hazaña, puesto que « La Victoria del Pueblo » no se ha realizado según el patrón corriente de las películas birmanas. Los habitantes del país son gentes relativamente sencillas, y sus diversiones tienden a ser inocentes e ingenuas. En general, las películas birmanas (que se proponen francamente satisfacer el gusto de las masas, y rara vez están patrocinadas por los intelectuales), son del género « western » truculento, con sus pícaros audaces, sus héroes y sus heroínas inverosímiles, una fuerte nota romántica y secuencias en que abundan las refriegas violentas. Por consiguiente, « La Victoria del Pueblo », que tiene muchas de las características del film documental, representa un hecho completamente nuevo en el cine birmano.

La versión cinematográfica se aparta, en cierto modo, del tema original de la obra. Lo que se desprende con más claridad de ella, no es tanto la tesis de que la revolución armada es un error, como la desilusión personal del joven intelectual comunista, que constituye la figura central del drama, su consiguiente retirada del partido y la liberación que encuentra en la muerte. Cada uno de personajes principales representa y personifica una de las ideas que el autor trata de desarrollar. La acción empieza la víspera de la insurrección comunista de 1948. El protagonista, Aung Min, hijo de una familia de la clase media, se

siente atraído por las teorías comunistas e ingresa en el partido con la fe ardiente de un joven idealista. En contraste con él, se halla su amigo Aye Maung, también convertido a la doctrina marxista, pero opuesto a la idea de la revolución armada. En el drama, corresponde a Aung Min la misión de exponer el argumento intelectual contra el partido comunista birmano. También aparece el padre de Aung Min, budista ferviente, que simboliza el fondo permanente de la educación religiosa del pueblo y que, sin cesar, reza por la paz, lamentando que su hijo sea un rebelde.

A medida que la escena se traslada a las regiones rurales, donde los comunistas se han lanzado a la revuelta, el drama refleja la desilusión progresiva del joven intelectual. Adscrito en calidad de comisario político a una unidad del « Ejército de Liberación del Pueblo », se indigna ante los excesos cometidos por el comandante de la unidad, un hombre que se impone por la violencia y que no tiene tiempo para ideologías. Este personaje es el tipo del bandido rebelde, muy familiar a los públicos birmanos. Después de muchas tentativas valerosas para acallar sus dudas, en bien de la causa, Aung Min se decide a informar al Comité central del partido acerca de las barbaridades del jefe, convencido de que se permite tales atrocidades por ignorarlas los dirigentes. Pero el momento culminante y decisivo para Aung Min es aquél en que advierte que los dirigentes del partido consideran a este soldado inhumano, no como un monstruo, sino como un instrumento útil.

Entretanto, vemos aparecer en la obra otro personaje simbólico, el joven aldeano que no está influido por la política y que es totalmente incapaz de apreciar los méritos de la propaganda comunista; pero que, al observar la táctica represiva de éstos, siente desbordarse su furia y reúne entre los aldeanos un grupo de voluntarios, que luchará por su cuenta contra los comunistas. Este personaje encarna la tesis expresada por el título de la obra que, traducido literalmente, significa « La voz de la victoria popular », y que implica la repudiación de la revolución comunista, no ya por

el gobierno de los intelectuales, sino por las propias masas de los campesinos.

Cuando termina la exposición de los temas políticos principales y es completa la desilusión del personaje central, el relato avanza rápidamente hacia el desenlace. El comandante de la unidad, que ha tenido conocimiento de la defección de Aung Min, intercepta la huida de éste hacia el territorio dominado por el gobierno y le hiere mortalmente. El drama tiene un final bien definido, quizá de excesiva concreción, con una alusión conmovedora al héroe caído por la salvación de la patria. En la última escena, reaparece el motivo religioso, cuando el anciano padre y la esposa del héroe guían sus pasos hacia el altar familiar, para que cumpla un postrer acto de adoración, antes de morir. Resulta particularmente interesante que, aun cuando la película tenga un tono y un propósito indiscutiblemente anticomunistas, su personaje principal no aparece en ningún momento bajo un aspecto repulsivo. En el curso de toda la obra figura como un idealista sincero, aunque mal aconsejado, y cuando ya está muerto, el amigo dice al hijo único del héroe que su padre ha dado la vida por la patria.

El momento elegido para la presentación de esta versión cinematográfica ha influido de manera definitiva en la buena acogida de que ha sido objeto. Y esta influencia se ha manifestado en dos sentidos. El significado primitivo del drama, es decir la inutilidad de la revolución comunista, ha quedado diluido, en cierto modo. Los años transcurridos desde que se escribió la obra han aportado un cambio en la situación del país, ya que los comunistas han dejado de representar una amenaza grave, y la semilla de la democracia ha podido echar raíces más firmes. Por otra parte, la película ha ganado por el hecho de que la mayoría de los que la ven saben por expe-

riencia personal que los acontecimientos presentados no se han exagerado con fines de propaganda, sino que tuvieron realidad en un pasado reciente. Este conocimiento de lo acaecido proporciona un nuevo incentivo al drama.

Esta película, escrita y realizada para el « hombre corriente », tiene al parecer un positivo interés para las clases sociales a las que se ha destinado ; pero ha sido recibida con menos entusiasmo por los elementos intelectuales. Ello se debe, en parte, a su excesiva simplificación y a los efectos dramáticos forzados que eran indispensables para ponerla al alcance del pueblo. Pero también tiene por causa el desastroso abismo que ha existido, en ciertos aspectos, entre la clase intelectual y el gobierno, en el período que siguió a la independencia. El resultado de todo ello es la acogida un tanto irónica que se reserva, en general, a todo lo que se considera como propaganda a favor del gobierno.

Mientras esto escribo, a mediados de marzo, la película se halla en su cuarta semana de proyección, en uno de los grandes cines de Rangoon, lo que significa que es una de las que más tiempo se han mantenido en el cartel, entre las de mayor aceptación. La única película proyectada este año, cuyo éxito ha superado al de « La Victoria del Pueblo », es « Yadanabon », una adaptación birmana de la novela inglesa « East Lynne ». Según los informes que llegan de otras regiones del país, la película del primer ministro, que se proyecta simultáneamente en cinco de las ciudades más importantes, ha atraído numeroso público, a pesar de saberse que el gobierno tiene el propósito de hacerla proyectar gratuitamente dentro de algunas semanas.

DAPHNE WHITAM

JOAQUÍN PEINADO

POR MICHELLE STUART-BARTOLI

QUIZAS al describir a Joaquín Peinado podría decirse de él que es « el Poeta del Bodegón », de la naturaleza muerta. Más que ningún otro pintor de la llamada generación postpicassiana, él ha sido quien nos ha dado los sencillos objetos de la cocina, de la casa o del estudio como ligados por una profunda relación a la poesía.

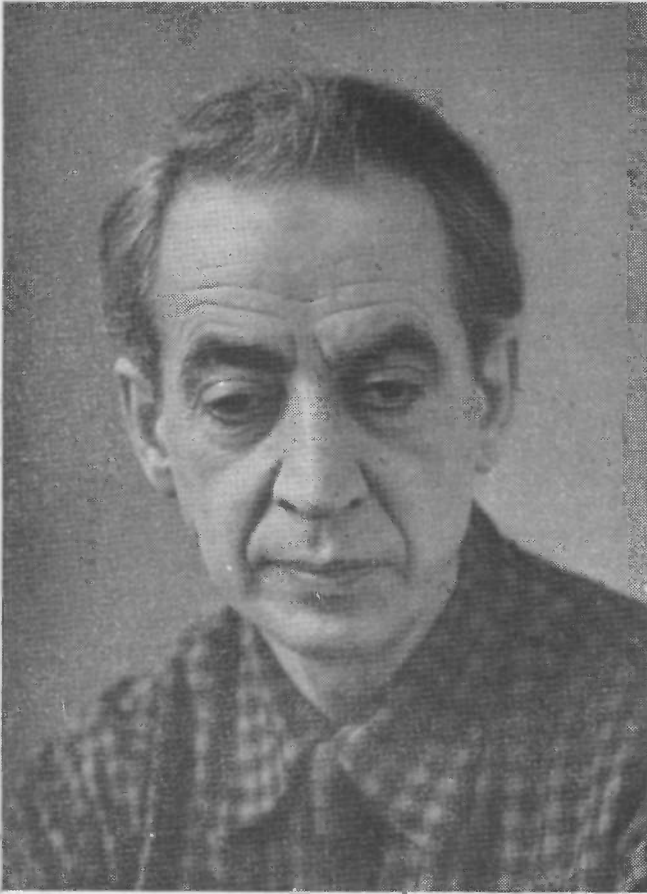
Nacido en Ronda (Málaga), asimismo la tierra natal de Picasso, Peinado hizo sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Más tarde vino a París para estudiar en la Academia Ramson, bajo la dirección de Bissière. Más importantes fueron, sin embargo, las relaciones que mantuvo con el grupo de los pintores españoles que a la sazón había en París. Primero y principal artista de este grupo era Picasso. Peinado ha descrito cómo daba Picasso « sus lecciones sin querer », cual la del siguiente ejemplo, que él nos ha referido: el grupo, formado por Picasso, Peinado, Borés y otros, se hallaba pintando en la Costa Azul. Picasso regresó una noche y se puso a explicarles cómo había visto a una joven inglesa pintando el océano. « Empleaba verde, amarillo, negro, la paleta entera. Y hacía bien. Todo el mundo sabe que el océano es azul. »

Así, bajo la influencia de Picasso, Gris y Braque, nació la pintura de Peinado. Apartándose de los representantes del surrealismo y profundamente atraído por el cubismo, pasó esos años iniciales haciendo experimentos y desarrollando su arte en

aquella dirección. Indudablemente, es la huella del cubismo y su temprana formación clásica lo que ha dejado en él esa inclinación suya tan poderosa a expresarse por medio de la naturaleza muerta. En sus retratos, el modelo se anima, posee personalidad y un interés inquietante. El objeto, en cambio, es tranquilo y conoce bien su lugar. En presencia del objeto, cuya realidad ordinaria ofrece en sí cierta magnificencia, el artista se convierte en una parte integrante del mundo de los objetos. Parece que palpa lo que tiene ante sí, que conoce todos sus más hondos secretos en una atmósfera oscura o a la sombra que arroja al ser herido por una luz anormal. Cada uno de los objetos de Peinado posee su propia vitalidad pictórica e individual; cada cual canta su propia melodía. Su pincel reúne todos estos cantos en un coro que produce una armonía sin disonancias.

Hay un cuadro, pintado en 1949 y actualmente en la Argentina, que nos revela el fondo del artista y la meta que persigue. Es un bodegón, un rincón de su estudio. « En este cuadro — ha dicho Peinado — que tiene tonalidades de ocre y sienas rojas, creo que he encontrado la poesía que debía entrar en todo cuadro. El dibujo de ese cuadro es vago y al mismo tiempo ajustado. Esto quiere decir que se ven las líneas esenciales en unos cuantos trazos rojizos, formando todo ello una armonía de tono. No hay ninguna discordancia. »

Peinado habla de poesía porque es, fundamentalmente, un poeta: un poeta de



JOAQUÍN PEINADO

la forma plástica. Para él la pintura es un problema plástico, una búsqueda de tonos, de valores y de formas, pero con la incorporación del sentimiento poético. Ve el objeto en el espacio, busca su contorno, su luz, nunca su utilidad. Lo que trata de captar es el objeto mismo, en cuanto determinado por su propia atmósfera, y lo que le dice. « La luz — ha dicho Peinado — juega con la botella y la deforma hasta hacer desaparecer su forma original. Entonces da nacimiento a una forma nueva en que la botella se convierte en engendradora de otras formas. » Emplea los objetos libremente, sin copiarlos, pero da la impresión de que nunca pierde contacto con el mundo de la naturaleza, siempre importante. Por último, la concepción que se forja Peinado de la naturaleza muerta culmina en una especie de lirismo pictórico.

Aunque algunos poetas franceses, sobre todo Guillermo Apollinaire y Max Jacob,

han contribuido a la creación de su filosofía, las más profundas influencias las ha recibido de su propio país: fuerzas tales como Antonio Machado, Unamuno y don Ramón del Valle Inclán. Con estos poetas se han desarrollado sus ideas. A través de su poesía encontró su camino plásticamente. Quizás Antonio Machado representara el eslabón más fuerte, por su coincidencia en el uso de objetos sencillos en su expresión artística.

Es evidente que no son los poetas de España los únicos que han dejado su huella indeleble en su obra. Es la propia tierra. Así como la obra de Picasso parece vocear el Mediterráneo, los campos de Peinado cantan la austeridad de Castilla. La línea rígida, la clásica dignidad entre la sutileza de tonos y color, el color transformado por el polvo de los páramos castellanos. Más que ningún otro pintor español contemporáneo, es Peinado el continuador de esa tradición de modulaciones armoniosas de color, esas tonalidades grises que nos han dado Goya y otros grandes pintores españoles. Sus cuadros son silenciosos, terriblemente silenciosos, pero hablan más dentro de su silencio que si estuvieran dotados de voz. Hablan como habla el propio pintor, con elegancia y sensibilidad. Aunque cada bodegón es el producto de una mirada nueva, en todos ellos puede descubrirse un sentimiento de nostalgia, de poética tristeza.

Cuando un pintor se sienta ante su caballete, suele tener en general una idea preconcebida del resultado futuro. Muchos artistas se esfuerzan por retener esta idea; otros dejan que su mano, guiada por una fuerza inconsciente, cambie de idea durante el proceso pictórico. Peinado — lo mismo que Braque — piensa que durante la ejecución de un cuadro la idea original desaparece o se transforma, pudiendo decirse que la mano se encarga de la función del pensamiento, y de esta manera se acaba el cuadro. En otras palabras: mientras Peinado pinta, el cuadro comienza a afirmarse y a cobrar realidad propia. Es posible que sea esta la razón por la que la obra de Peinado es tan personal. Y es que ha puesto en ella su propia alma, y así su temperamento español, sobrio y vigoroso,

da la voz del artista a los objetos más sencillos para cantar su soledad.

En la Europa de hoy existe una fuerte tendencia a pintar lo que se llama « realismo social ». Muchos sedicentes artistas sienten como una obligación el gritar opiniones políticas en sus cuadros. Peinado no siente la necesidad de expresar plásticamente problemas sociales o políticos. Juzga que las masas no son lo suficientemente cultas para comprender el arte y que deben adquirir cultura. ¿ No es ésta una amarga verdad ? La misión del pintor es transmitir una emoción a la persona que contempla el cuadro. El nivel de las masas debe elevarse hasta que sean capaces de sentir esa emoción. Peinado realiza esto al darnos la belleza y el color en las cosas sencillas. No condena a los « realistas sociales » por sus ideas, pues cree que la pintura no puede limitarse a un solo grupo. Pero él, hablando su lenguaje sencillo, ¿ no llega al alma del pueblo más pronto y con menos disonancias que esos que gritan « ismos » en los carteles que llaman cuadros ?

Las obras de Peinado empezaron a hablar a las gentes en 1924, cuando expuso por vez primera en el Salón de Otoño, y de

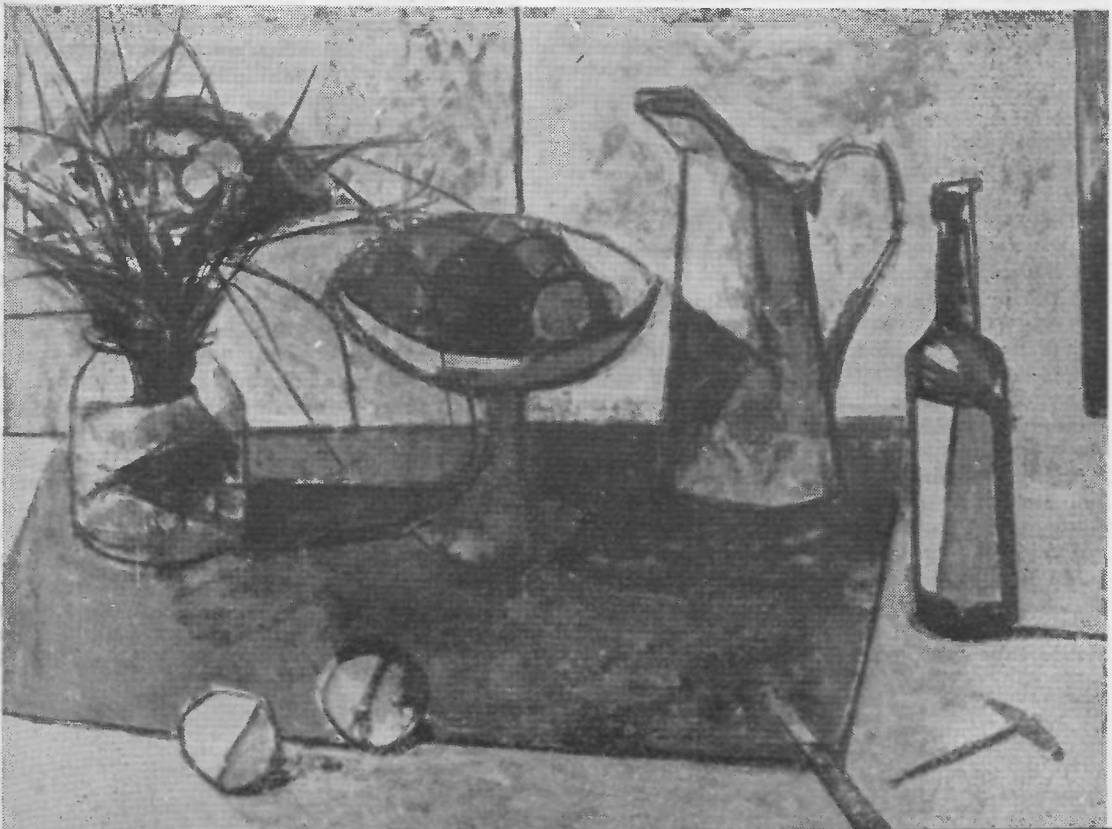
1925 a 1930 en los Independientes y Superindependientes. Desde el final de la guerra ha figurado de manera descollante en las numerosísimas manifestaciones colectivas del arte contemporáneo, tanto en Europa como en América. Han adquirido obras suyas los Museos de Praga, Buenos Aires y Montevideo, y el Estado francés.

A juzgar por su última exposición en la Galería Jeanne Castel (marzo de 1953), todavía conserva esa tristeza poética que ha acompañado su obra a través de los años, pero en su pintura hay mayor seguridad y madurez que nunca. Como ha escrito Jean Bouret, « Peinado pinta bien, con una técnica segura, y un oficio que le permitirá afrontar el juicio del tiempo ».

Joaquín Peinado parte ahora en dirección a las Américas del Norte y del Sur, con objeto de exponer, y al mismo tiempo de asimilar la atmósfera y el color que América tiene que ofrecer. Quizás el « Poeta del Bodegón » traiga consigo a su regreso un nuevo poema, una canción diferente que darnos.

MICHELLE STUART BARTOLI

PEINADO : « El mantel rojo » (1948).



Leopoldo Zea, redescubridor de América

POR VICTOR ALBA

LA filosofía, en América Latina, ha sido siempre abundante y siempre ignorada. Poco se conoce de ella en Europa y casi igualmente poco en la propia América Latina. Investigar la razón profunda de este desconocimiento, de esta indiferencia de los intelectuales hacia la filosofía de su propio continente, sería tarea larga y mejor es dejarla para Leopoldo Zea.

Porque Leopoldo Zea, discípulo de José Gaos, joven, dinámico, inquieto, es un verdadero descubridor de la filosofía latinoamericana. Salvo en Argentina, únicamente en México existe una curiosidad activa por el estudio de los movimientos filosóficos en este hemisferio. Y en Zea esta curiosidad — de la cual es el representante más original y más creador —, se auna con un tipo de investigación filosófica que bien puede considerarse como peculiarmente latinoamericano: la pesquisa de las características esenciales del hombre de cada país. Esto sólo es posible hacerlo en naciones todavía en formación, donde el estudio de los caracteres básicos de la personalidad del hombre nacional ayuda a fijarlos y, a veces, a corregirlos.

De entre los numerosos libros de Zea, dos son dignos de una especial mención y, esperémoslo, de traducción a otras lenguas: *El Positivismo en México* (Colegio de México, 1943) y *América como Conciencia* (Cuadernos Americanos, México, 1953). Además, cabe considerar como obra suya la colección que él dirige *México y lo Mexicano* (Antigua Librería Robredo. 18 vols. México, 1952 y siguientes), inspirada por la segunda de las inquietudes indicadas.

Esta colección — acaso única en el mundo, por sus intenciones —, es el fruto de un conjunto de preocupaciones que se han hecho patentes en los últimos años en México. La principal de todas ellas es la de definir al hombre de México dentro de su original situación de pueblo « marginal », producto de dos civilizaciones aún no plenamente asimiladas. De la

definición de lo que sea el hombre de México se quiere pasar a la responsabilidad que le incumbe como miembro de una comunidad más amplia: la humanidad. Esta preocupación se ha hecho patente en múltiples ciclos de conferencias, discusiones públicas, alegatos en los diarios y hasta en la radio y la televisión. En dicha Colección se recoge este conjunto de preocupaciones. En la misma colaboran investigadores de todos los campos: filosofía, sociología, psicología, historia, antropología y economía, así como literatos y críticos de arte. Zea dice en la presentación de la Colección: « *México y lo mexicano* aspira a ser en el futuro una colección clásica, que simbolice el mejor de los esfuerzos que puede realizar un grupo de hombres, un pueblo o una nación por conocerse y hacerse conocer para que, a partir de este « autoconocimiento », pueda incorporarse, con todas las responsabilidades que esto implica al seno de la comunidad de todos los hombres, con un alto espíritu de comprensión, que éste es el mejor de los signos pacifistas ».

Respecto a *El Positivismo en México*, mejor que cualquier crítica es reproducir el resumen que de este libro escribió el profesor Werner Jaeger. El profesor de Harvard señala, sobre todo, la íntima relación existente en América Latina entre la filosofía y la política, relación forzosa en un conjunto de países que, después de lograr la independencia política, buscaban — y siguen buscando — una independencia intelectual sin la cual no es posible que aporten nada a esa interdependencia indispensable en nuestra época. Dice Jaeger, entre otras cosas: « Su libro ha sido el que más ha contribuido a hacerme comprender la historia espiritual del México moderno, al poner de manifiesto las relaciones existentes entre el desarrollo del pensamiento filosófico y la vida política. Su punto de vista, desarrollado a través del libro con una gran consistencia lógica: la mutua relación entre el estudio de la filosofía positivista en México y la era liberal

que siguió a la gran revolución, es perfectamente convincente para el lector. La transición de la primera a la segunda etapa del liberalismo aparece como natural desde un punto de vista histórico. También aparece comprensible en los detalles del conflicto filosófico entre los antiguos y los nuevos liberales. Barreda se presenta como la figura más interesante dentro de la tendencia que adaptó la doctrina del positivismo francés a las circunstancias mexicanas, especialmente en el campo de la educación. La actitud de usted me parece perfectamente objetiva; pero, naturalmente, antes de estar en aptitud de advertir estas cosas, ha sido menester que haya usted ido en su propio pensamiento más allá de las ideas del período que describe. Este pensamiento, estoy seguro, se expresará por sí mismo en una forma más directa en sus futuros trabajos. Porque no dudo que los hemos de leer algún día y estoy esperando ya los productos de su mente, que está dotada de gran claridad, consistencia e intensidad ».

« No es necesario decirle que simpatizo con su actitud respecto de la historia de la filosofía, que usted busca en cada período con la vista puesta en las condiciones especiales del tiempo que lo produjo. Su libro muestra cómo este punto de vista es especialmente cierto en un caso como el que ha tratado, porque la filosofía del positivismo francés no habría sido importada a México si no lo hubiese así requerido la situación intelectual de la burguesía recientemente establecida ».

América como Conciencia, finalmente, es el más reciente y, acaso, el más ambicioso de los libros de Zea. Ha provocado ya diversas reacciones, entre ellas la de Raúl Haya de la Torre. El autor trata de hacer patente lo que llama a « Conciencia Americana », que se ha venido haciendo presente a través de una serie de peripecias históricas. La toma de conciencia de América se inicia con el mismo descubrimiento y conquista. Al tropezar el hombre europeo con América se inicia una pugna entre lo que aquél imagina que debe ser América y lo que ésta es en realidad. Pugna que se plantea en el alma del hombre americano, fruto de ese encuentro. Hombre que no sabe a ciencia cierta cual es su lugar preciso en el mundo de la cultura. En este libro se habla del conflicto de este hombre y de la forma como va afirmando la certeza de su ser americano hasta llegar a esa conciencia que se hace ya patente en nuestros días a través de diversas manifestaciones culturales. El hombre de América empieza por tomar conciencia de su ser *dependiente*, esto es *colonial*, y de los esfuerzos, primero inconsistentes, después consistentes, para alcanzar su independencia, o sea, la conciencia de su personalidad y de su capacidad creadora. El libro empieza por una justifi-

ficación de esta búsqueda de lo americano y plantea el problema de lo que puede significar la existencia de una cultura propiamente americana. Sigue un estudio sobre la situación vital del hombre americano y luego sobre la forma en que América entró en la conciencia europea, la conciencia que de sí misma va tomando América en la Colonia, en la Independencia política, en la lucha por su emancipación mental y en su preocupación actual por hacer patente una personalidad cultural. Analiza las relaciones entre las dos Américas: la Sajona y la Ibero y termina con lo que puede ser la tarea de esta América dentro de la comunidad cultural universal de que es parte. El autor, al mismo tiempo que hace patente la personalidad de la conciencia americana, muestra también cómo ésta no puede ser sino una forma de expresión de una conciencia más amplia, la del Hombre sin más. El hombre americano es un hombre como cualquier otro, con la misma responsabilidad que corresponde a todos los hombres en la marcha de la cultura. El mejor signo de esta responsabilidad asumida por el americano es esta preocupación suya por definirse, por situarse en el mundo, para saber mejor cuales son sus concretas responsabilidades, cual es su papel, su lugar, sin pretensiones, sin importarle que éste sea un lugar trascendente o intrascendente.

Había que destacar la aportación de Zea a la filosofía y a la historia de las ideas filosóficas latinoamericanas, precisamente porque *Cuadernos* se debe a sí mismo el ser una de las primeras publicaciones que se esfuerzan en hacer salir a la filosofía del círculo cerrado de los especialistas, cosa tanto más necesaria en este continente cuanto que en él la filosofía no es simple labor de erudición y de cogitación, sino afán creador inmediato, instrumento moldeador de una realidad todavía extraordinariamente plástica.

VICTOR ALBA

El nueva obra de Francisco Romero

HAY en el último libro de Francisco Romero, *Filosofía Contemporánea*, un trabajo titulado « Los problemas de la filosofía de la cultura » en el que, con agudeza excepcional desentraña el concepto de la cultura, destaca su significación, esclarece los términos de su problematicidad y fija su posición en el universo cuyo centro y módulo es el ser humano.

Considera Romero que la cultura está constituida por los productos de la actividad del hombre en cuanto es específicamente humana y no puramente animal. Su concepto se opone al

de naturaleza, entendida ésta como el conjunto de los objetos existentes sin la intervención del hombre. De ahí no deduce que la realidad pueda distribuirse en dos grandes porciones: la naturaleza, de un lado, y la cultura, de otro; sino que además ha de reconocerse la existencia del hombre, diferente por esencia de los objetos naturales y diferente también de los objetos culturales. No es naturaleza sino en lo que tiene de materialidad o animalidad; y no es cultura, sino su hacedor y protagonista. En suma, lo que el hombre posee como específicamente humano es el espíritu.

Con tan certera síntesis, Romero establece el hecho cultural en su esencia verdadera, discrimina sus factores determinantes y define con la indispensable precisión el objetivo o resultado. Así la tendencia innata e irreprimible al desarrollo y perfeccionamiento de su propio ser, en lo que el hombre tiene de específicamente humano, en el campo espiritual, constituye la raíz del hecho cultural. De tal tendencia, se derivan necesidades vitales, necesidades del espíritu cuya satisfacción sólo puede alcanzarse por la vía de la actividad humana espiritual aplicada a la naturaleza. Los resultados de esa actividad constituyen la cultura. Por ello, el esquema de la cultura cabría fijarlo en estos términos: *Naturaleza + actividad humana espiritual = cultura.*

Por más que Romero no haga ninguna referencia, el esquema del hecho cultural habrá de impresionar muy especialmente a todo conocedor de la ciencia económica, debido al notorio paralelismo que por fuerza encontrará entre el hecho cultural y el hecho económico, entre los factores determinantes de éste y aquél, entre el esquema de uno y otro.

Ocurre, en efecto, que así como el hecho cultural se refiere a la vida del espíritu, el hecho económico afecta a la vida material. Aquél es resultado de las necesidades espirituales del hombre; el hecho económico lo es de las necesidades materiales. En uno y otro caso la fuente está en la naturaleza; en ambos, es la actividad humana el factor creador; en los dos, se obtiene, como resultado, algo capaz de llenar el fin perseguido, algo valorizado por la impronta humana.

En lo económico, los factores y el resultado reciben denominaciones técnicas de concreta y precisa significación: a la naturaleza, se denomina *tierra*; a la actividad humana, *trabajo*, a los resultados obtenidos, *riqueza*. De esa manera, el esquema de la economía queda establecido como sigue: *tierra + trabajo = riqueza.*

La cultura y la riqueza se nos aparecen así como las dos creaciones humanas que se completan para el objetivo supremo de realizar en su plenitud el desarrollo y perfeccionamiento del hombre.

Con su admirable lección sobre la filosofía de la Cultura, Romero ofrece implícitamente la misma sabia enseñanza a los estudiosos de la economía, estimulándolos a enfocar la materia objeto de su conocimiento, no del modo arbitrario y estrictamente empírico que es hábito inveterado en ellos y que a tantos errores les induce, sino con el debido espíritu filosófico que indaga afanosamente lo esencial y permanente, lo fundamental y característico.

Otros varios trabajos, también sugerentes e incitadores, sobre los que cabría formular reflexiones del más alto interés, contiene el libro *Filosofía contemporánea*, de Francisco Romero. En la imposibilidad de citarlos y comentarlos todos, no queremos dejar de mencionar el que figura a la cabeza de la obra. Se titula « Un filósofo de la problematicidad ». En él se refiere a Nicolai Hartmann y le sirve de motivo para brindarnos otra magna lección, en extremo provechosa para inducirnos a eludir el grave peligro de las soluciones completas y los sistemas cerrados, del « constructivismo », en suma, y para inclinarnos hacia el verdadero objetivo filosófico, el permanente e incansable inquirir de la verdad.

CARLOS P. CARRANZA

« Huasipungo » de Jorge Icaza

OTRA hermosa obra, en el género de la novela indigenista, es *Huasipungo*, del ecuatoriano Jorge Icaza. Fué la iniciación de una vasta producción novelística, laureada en más de una ocasión y consagrada ya como una de las más significativas y meritorias de la literatura criolla.

A su aparición, hace ya veinte años, *Huasipungo* impresionó hasta el estupor a los numerosos lectores que se atrajo. Hoy está conceptualizada como la obra maestra de Icaza y como una de las mejores novelas contemporáneas. A las numerosas ediciones en castellano, de las que la Editorial Losada acaba de presentarnos una excelente, se agregan versiones en francés, portugués, alemán, inglés, italiano, ruso, sueco, chino checo y polaco.

Tanto y tan rápido éxito se justifica plenamente, no sólo por la calidad artística de esta admirable novela, sino especialmente por su contenido, el drama estremecedor de los indios, oprimidos, explotados, vejados, hundidos en una abyección increíble, sometidos a un trato que ni los animales más pacientes y más duros serían capaces de resistir.

El título, *Huasipungo*, evoca las parcelas de terreno en que los indios de la cordillera ecuatoriana

riana levantan sus miserables chozas, cultivan sus parvos sembrados y crían sus anémicos animales. A la pequeña propiedad familiar así constituida, la denominan « huasipungo » y se adhieren a ella con la fuerza de la hiedra, con el ciego cariño de todo ser hacia su cuna y su medio de vida. El « huasipungo » juega un papel de primera fuerza en la novela de Icaza.

Le sirve de escenario una remota aldea de los Andes ecuatorianos y nos descubre una existencia que no pueden sospechar quienes viven en el ambiente civilizado de nuestro siglo.

El eterno drama social de la minoría explotadora y la mayoría explotada se nos aparece en aquellos riscos andinos con la misma forma secular constantemente repetida a lo largo de la trágica odisea del hombre. Se cierra el acceso libre e igual a la naturaleza mediante la apropiación excluyente de la tierra, y el hombre común queda sometido a un trabajo de esclavo, sin otra remuneración que la estrictamente indispensable para que no perezca de inanición.

Lo impresionante del drama ecuatoriano es que esa forma secular y permanente de explotación humana es llevada hasta el extremo límite de la insensibilidad. En el medio económico y social de la cordillera ecuatoriana, el indio es menos que un animal doméstico. Está adscrito a la tierra como los siervos de la gleba: se le compra por mísero precio cual un esclavo; ha de trabajar hasta el completo aniquilamiento; su vida carece de todo valor humano. En su infernal existencia, conoce todas las vejaciones, todas las abyecciones, todas las miserias.

En *Huasipungo*, el señor de la aldea no reconoce a sus indios otro derecho que el de percibir diez centavos diarios. Ni siquiera les permite la permanencia en los « huasipungos », de los que los arroja sin piedad. Ni siquiera les entrega los socorros en grano que por costumbre recibían y que era la única manera de evitar la muerte por hambre.

Lo más abrumador de *Huasipungo* es que el sacerdote católico actúa al servicio y cual cómplice del señor. Abusa de la ingenua superstición de los indios para mantenerlos en una resignación suicida y llega hasta la vileza de extraerles lo último que les queda bajo amenaza de las penas eternas, cuyo fantasma utiliza en su provecho pecuniario, lo mismo que el señor la propiedad de la tierra.

Este tremendo y sobrecogedor drama del indio ecuatoriano, vergüenza de nuestra época, es referido por Icaza con arte soberano de narrador, con valentía ejemplar, con lenguaje crudo y salpicado de términos indígenas, sin recatar la monstruosa inhumanidad que allí se perpetra.

Así *Huasipungo* adquiere caracteres de documento inapreciable y de vigorosa requisitoria, en forma de magnífica novela.

C. P. C.

Los delincuentes en la literatura y en el arte

El ilustre abogado gallego Don Manuel Casás Fernández, hombre de vasta ciencia jurídica y de larga práctica — hace años que celebró sus bodas de oro con la profesión —, ha enriquecido el considerable catálogo de su producción literaria, social y crítica (en el que figuran obras tan interesantes como la titulada *Voltaire, criminalista*), con un nuevo estudio sobre *Los delincuentes en la literatura y el arte*, cuya lectura es como un ameno paseo por los dominios de las letras en todos los países y en todos los tiempos.

Lector infatigable, amante de su profesión, apasionado por las modernas doctrinas que aportan un sentido humano a la ciencia penal, el Sr. Casás pasa prolija revista a la criminología en la literatura universal, comenzando por los tipos gigantescos de delincuentes de la tragedia griega para llegar a los delincuentes de las obras contemporáneas, largo trayecto en el que encontramos capítulos en que se estudian aspectos tan variados como aquellos que se refieren al examen del derecho en las obras de Calderón y de Lope de Vega, al tema de la venganza en la literatura o a la antropología criminal en las obras de Berdiaeff y del profesor Broudel.

La novela rusa, tan pródiga en la descripción y análisis de mentalidades anormales, de seres atormentados por la obsesión del crimen, en personajes sombríos, fuera de la ley y al margen de la ética, — hay un copioso censo de delincuencia desde los hermanos Karamazov hasta los hampones de Gorki — ocupa buen espacio en la obra, de la que no están ausentes, como es presumible, los autores de la escuela Naturalista, pues aun las mismas manifestaciones de delincuencia que pueden extraerse o deducirse de los *Cancioneros* trovadorescos son examinadas y analizadas por el veterano letrado con agudeza y buen sentido.

Esta minuciosa excursión por el campo de la literatura universal, en la que ni la Biblia (seducción de Betsabé, alevoso asesinato de Urías, violación de Tamar por Amnón), ni el Korán, ni los otros libros sagrados quedan libres de escrupuloso registro, no es ociosa o meramente informativa. Toda esta investigación, todo este reportaje literario criminológico — el autor, viejo periodista, no ha de tomar a mal el vocablo reportaje, de ello estamos seguros — conducen a extraer consecuencias acordes con las orienta-

ciones comprensivas y humanas de la criminología moderna, a reforzar sus principios y doctrinas, y, como colofón y resumen, a una cálida, apología de la figura de una insigne mujer gallega, como el autor, Concepción Arenal, cuyo luminoso pensamiento y cuyo sentimiento cristiano acertaron a resumir, en unos libros rebosantes de amor y de alto respeto a los valores humanos, las verdades que constituyen el sólido fundamento de la ciencia penal de nuestros días.

Producto de continuadas y afanosas lecturas, de un copioso archivo, pero ante todo y sobre todo de una vocación profesional auténtica, vehemente, sostenida y aun acrecida a través de una larga y activa existencia, *Los delincuentes en la literatura y en el arte* es de esas obras que nos procuran solaz y provecho: el solaz de una visita al extenso y pintoresco museo del crimen en el mundo de la ficción literaria y el provecho de enseñarnos a mirar con mirada comprensiva y con una palpación generosa en el corazón a los que delinquen, a los que caen fuera de la ley no siempre por exclusiva culpa suya, sino por un complejo de circunstancias a las que a veces nosotros mismos, con inconsciencia y por inercia social, podemos haber cooperado.

Con satisfacción registramos esta nueva muestra de talento crítico y devoción profesional del elocuente y preclaro criminalista gallego.

CESAR ALV AJAR

De los poetas a la poesía

PEPITA TURINA es una chilena de Punta Arenas, la ciudad avanzada en el hemisferio sur. Pepita Turina nos envía desde Santiago de Chile su libro de crítica poética *Sombras y entresombras de la poesía chilena actual*, publicado en aquella ciudad por las Ediciones Barlovento.

Con su verbo pronto y saltarín, eficaz e incisivo, Pepita Turina afronta una tarea nada fácil, convencida, eso sí, de que *lo que se conoce no es más verdadero que lo que desconocemos* y sabiendo además que *el contenido de un estudio sobre poetas reclama, acaso, un contenido poético*. De forma natural y con comprensivo amor Pepita Turina sube y baja, se entremezcla y surge de nuevo de entre siete nombres representativos de la poesía chilena actual. Y es así, burla burlando, como Pepita Turina nos presenta: *la intelectualidad y la filosofía* de Humberto Pérez Casanueva, *el sentido espiritual* de Rosamel del Vall, *la angustia metafísica* de Antonio de Undurraga, *la espontaneidad* de Juvencio Vall, *la fantasta marina* de Jacobo Danke, *la intuición* de Chela Reyes, y *la delicadeza y armonía* de María Siiva Ossa.

DEL VIENTO Y DE LAS NUBES se llama un librito de poemas o, mejor dicho, un poema encerrado en un librito, que nos llega desde San José de Costa Rica publicado por Ediciones El Convivio. Su autor es Salvador Jiménez Canossa.

No sabemos si, intencionadamente, el autor se diluye a través de sus versos como buscando un reflejo casi físico de viento y de nubes. Creemos que el logro no corresponde al intento y, menos todavía, al esfuerzo empleado.

Ilustra: Juan Manuel Sánchez.

LA COLECCION HISPANOAMERICA que al cuidado de Jorge Carrera Andrade publica en París la Librería Española de Ediciones, presenta *Tierra muerta de sed*, libro del venezolano Juan Liscano.

Se nota a lo largo de los poemas que lo integran, que todo ello es fruto de una lentísima elaboración interna. Diríase que Liscano al hablarnos de la sequía de cierta parte de su tierra venezolana, lo hace desde la secreta humedad que se esconde al interior de ese mismo paisaje áridamente mineral. Esto hace posible tantas descripciones exactas, realmente acertadas.

Sin embargo, Liscano cae a veces en lo excesivamente enumerativo hasta el punto de diluir así la esencia de lo que quiere ofrecernos.

Por esas tierras donde el hombre oye zumbiar la luz y en donde la mujer está llena de leche, de bulbos, de estaciones, es la abundancia única del hombre; por esas tierras yermas como la llanura de una Castilla americana, cruza en ocasiones la sombra del indio Vallejo, o tal vez del indio a secas.

ALBERTO ANZOLA es otro poeta venezolano que publica sus versos en Europa, pero no en vano ha elegido para ello la tierra luminosa de Italia, más concretamente la ciudad de Turín. La poesía de Anzola es en cierto modo la antítesis de la de su compatriota reseñado más arriba. Si además añadimos que tampoco Anzola refleja la Venezuela exuberante del trópico, podremos darnos cuenta de hasta qué punto la poesía venezolana de hoy es varia y rica.

Los versos de Anzola tienen mucho de frescura y de pureza de línea, pureza y frescura de fruto verde. Quizás a fuerza de asomarse a los canales de la Venecia del Adriático, en donde se halla afincado desde hace algunos años, Anzola ha trasladado a su poesía un ritmo intermitente de agua que destila y penetra y empapa sus poemas desde cada uno de sus versos. *La piedra que respira* — que así se llama el libro — es más bien una piedra que rezuma.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

« Siempre en capilla » de Luisa Forrellad

ESTA novela, la primera que publica su autora, obtuvo en 1953 el Premio Nadal que convoca el semanario barcelonés *Destino*. Como se trata del Premio de novela más prestigioso entre los que hoy se otorgan en España — una especie de Goncourt, salvando las distancias — *Siempre en capilla* ha sido ampliamente comentada, y los críticos han polemizado sobre ella, aunque casi sin excepción han coincidido en señalar la banalidad y el corte folletinesco de la acción. Otros, más malévolos, han apuntado ciertas semejanzas con *La ciudadela* de Cronin, pero parece cierto que la autora no ha leído nunca a Cronin. En realidad, a juzgar por sus declaraciones al obtener el Premio, que han motivado burlas poco piadosas, Luisa Forrellad no sólo no ha tenido aún tiempo de leer el *Quijote*, sino que su lectura más avanzada no pasa de *Lo que el viento se llevó*. Esto explica, al menos en parte, que su novela roce peligrosamente el folletín melodramático y esté escrita en un lenguaje tomado — como ha señalado algún crítico — del más vulgar doblaje cinematográfico. El tema son los esfuerzos y aventuras de tres médicos que luchan contra una epidemia de difteria, « en determinada ciudad de determinado condado inglés », en el año « mil ochocientos noventa y tantos ». Por supuesto que la autora no ha estado jamás en Inglaterra, y no ha creído necesario, para escribir su novela, documentarse sobre la vida inglesa en tal época. Todo lo ha fiado a su imaginación, ciertamente calenturienta. Cuando un periodista le ha preguntado dónde ha obtenido la documentación médica necesaria, Luisa Forrellad ha confesado que en su experiencia de dos años como enfermera en un hospital barcelonés, y en el *Manual del practicante*, del Dr. García Tornel. Ahora bien, esto no basta para dar veracidad a un relato localizado en Inglaterra a fines del siglo XIX. Las épocas no son intercambiables cuando se trata de asuntos científicos. La autora de *Siempre en capilla* no sólo no ha logrado crear la atmósfera convincente que toda novela exige, sino que sus personajes no tienen la menor consistencia y ofrecen sólo un perfil desdibujado y borroso.

En cuanto al tema, tampoco puede elogiarse su originalidad. Ha sido con frecuencia objeto de múltiples relatos, a través de una literatura más o menos pseudo-científica. Y no pienso, al hablar así, claro es, en *La ciudadela* de Cronin, ni menos en *La historia de San Michele*, el apasionante libro de Axel Munthe, donde creo que está acaso la fuente inspiradora de *Siempre en capilla*. En la novela de Luisa Forrellad hay un

doctor amigo y protector de animales, como el propio doctor protagonista de *La historia de San Michele*. Y otro que, al leer en *The Times* que la fiebre amarilla causa estragos en Bogotá, decide ir allí al instante, abandonando la tranquilidad de su clínica de Londres, al igual que Axel Munthe, en su libro, hallándose de vacaciones en Laponia, lee también en el *The Times* que hay una epidemia de cólera en Nápoles, y renunciando a su descanso toma el tren para Italia.

Creo, pues, que *La historia de San Michele*, el *Manual del practicante* de García Tornel, y la fogosa imaginación de la autora, han cooperado a la realización de ese producto híbrido — bueno como industria — que es *Siempre en capilla*. Si esta novela se hubiese publicado por una autora desconocida, sin apoyo de premio alguno, hubiéramos elogiado de buena gana su habilidad narrativa. Pero un galardón como el Premio Nadal obliga a mucho, y el crítico se ve forzado a una severidad que en otro caso probablemente no emplearía.

ANDRÉS DALE

Homenaje a Pío Baroja

INDICE, la notable revista madrileña de artes y letras, ha tenido el indiscutible acierto de ofrecer al público de lengua española un número-homenaje a Pío Baroja, el cual, en pleno ocaso de su vida, continúa siendo todavía el primer novelista español. Se trata de un número magníficamente presentado y que pretende abarcar toda la vasta obra barojiana en sus diferentes aspectos: crítico, bibliográfico, etc. Bien merecido tiene el viejo Baroja este homenaje literario, sobre todo rendido por una revista española y en la propia España.

Lástima grande que *Indice* haya tropezado con la censura. Esta, si bien ha permitido la distribución de la edición para el extranjero, se opuso a que el número-homenaje en cuestión se vendiese públicamente en España. Así, el loable esfuerzo realizado por *Indice* no ha podido cosechar el éxito merecido.

VIDA DEL CONGRESO

EL CONCURSO INTERNACIONAL DE MUSICA

Ha sido un joven compositor francés, Jean-Louis Martinet, quien ha obtenido, junto con el americano Lou Harrison, el premio de la Obra

del Siglo XX durante el concurso internacional celebrado en Roma bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura.

En la ceremonia de clausura, efectuada en el Capitolio bajo la presidencia del alcalde de Roma, Sr. Salvatore Rebecchini, Igor Stravinsky ha procedido a la entrega de los premios en nombre del Congreso. Han obtenido otros premios el italiano Mario Peragallo, por un concierto para violín y orquesta, y Vladimir Bogel, alemán de origen ruso, y Giseler Klebe, alemán, por dos obras sinfónicas.

El concurso fué concebido en 1952 en París durante el Festival de la Obra del Siglo XX. Su principal objetivo ha consistido en facilitar una audiencia internacional a los jóvenes compositores conocidos ya en su propio país. Han participado en este concurso alrededor de doscientos eminentes críticos, intérpretes y compositores, reunidos en Roma durante diez días.

Citamos, entre las personalidades presentes, a los franceses G. Auric, Y. Baudrier, P. Capdevielle, A. Coeuroy, J. Ibert, Roland-Manuel, D. Milhaud, F. Poulenc, H. Sauguet. Han prestado su concurso las personalidades latinoamericanas siguientes: Leopoldo Hurtado (Argentina), Correa de Azevedo L. H. y Camargo Guarnieri (Brasil), Demirgo Santa Cruz (Chile), Alberto Bolet (Cuba) y Giorgio Szering (México).

Estas manifestaciones artísticas se han celebrado al mismo tiempo bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura y de Centro Europeo de Cultura y de Radiotelevisión Italiana, que se ha encargado de la transmisión de la mayoría de los conciertos. La dirección ha sido asumida por Nicolás Nakokv, secretario general del Congreso.

Jean-Louis Martinet nació en Sainte-Basille en 1914. Es un alumno respectivamente de Charles Kœchlin, de Roger Ducas, de Charles de Munch y de Roger Desormières. Ya había obtenido anteriormente premios de composición musical en 1943 y en 1945.

El jurado de este concurso internacional estaba compuesto por Paul Collaer (Bélgica); Aaron Copland (USA); Roland-Manuel (Francia); Rollo H. Myers (Inglaterra); Geoffredo Petrassi (Italia); Robert Soetens (Francia); Heinrich Strobel (Alemania).

UNA REUNION LATINOAMERICANA EN CHILE

El Comité chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura, de acuerdo con el Comité Internacional, ha convocado a una reunión latinoamericana, que se celebrará en Santiago durante los días del 7 al 13 de junio próximo. Firman la invitación el profesor Nicolai y el escritor Alejandro

Magnet, presidente y secretario respectivamente del Comité chileno.

Han sido invitadas a dicha reunión, entre otras personalidades chilenas, el gran escritor D. Eduardo Barrios, ministro de Instrucción Pública de Chile, y el ilustre abogado Sr. Aldunate, así como el conocido periodista D. Ramón Cortés. El Comité de Valparaíso destacará asimismo dos de sus representantes.

Por Cuba asistirán a la reunión el gran escritor D. Jorge Mañach y el Dr. Mario Llerena (secretario); por Honduras el escritor Carlos Izaguirre y la poetisa Mirta Rinza; por México, el Lic. Salvador Azuela, director de Filosofía de la Universidad Nacional, y el escritor Rodrigo García Treviño, presidente de la Cámara del Libro y secretario del Comité; por Uruguay, el Prof. Roberto Ibáñez, de la sección de Literatura de la Universidad de Montevideo, y el periodista F. Ferrándiz Alborz, crítico literario de «El Día» y secretario del Comité rioplatense.

Como invitado de honor asistirá Germán Arciniegas, profesor de la Columbia University y escritor de fama internacional, que fué uno de los fundadores en Berlín del Congreso por la Libertad de la Cultura. Asistirá asimismo, en representación del Comité internacional, el escritor Julián Gorkin.

En esta reunión se procederá a un estudio de la situación del intelectual y del artista en la América Latina y se trazará el plan de actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura en este vasto continente. De los acuerdos de dicha reunión daremos debida cuenta en un próximo número de *Cuadernos*.

NUESTRO CARNET

• **KARL JASPERS**, el conocido filósofo alemán, cuyas obras comienzan a ser traducidas al castellano, ha publicado últimamente el ensayo sobre Kant que ofrecemos en este número de CUADERNOS.

• **ALBERT CAMUS**, el gran escritor francés, uno de los más altos valores de la intelectualidad europea, nos ha autorizado a publicar uno de los magníficos ensayos que forman parte de su último libro: *L'Été*.

• **GERMAN ARCINIEGAS**, el conocido escritor colombiano, prepara la publicación de una biografía de Américo Vespucio. De sus estudios sobre este personaje y su época es fruto el ensayo que ofrecemos a nuestros lectores.

• **JORGE GUILLEN**, el gran poeta español, autor del célebre *Cántico*, inaugura su colabora-

ción en CUADERNOS con unos poemas en prosa. Es profesor en los Estados Unidos.

• **ARTURO BAREÁ**, escritor español, actualmente en Londres. Es autor de varias obras, entre otras la célebre trilogía que lleva por título *La forja de un rebelde*.

• **CIRO ALEGRIA**, novelista peruano, intérprete de la vida indígena y del paisaje de su país. Es autor de varias novelas, entre otras *El mundo es ancho y ajeno*, traducida a diez idiomas. Prepara una titulada *Lázaro*, que verá la luz a finales de año.

• **GUILLERMO DE TORRE**, escritor y crítico español, autor de numerosos libros, entre los cuales se cuentan *La aventura y el orden* y *Problemática de la literatura*, que es tal vez su obra más lograda. Reside en Argentina.

• **FRANCISO MONTERDE**, profesor en la Universidad Nacional de México, donde enseña literatura iberoamericana y literatura española moderna. Autor de numerosas obras de crítica y erudición, es uno de los más altos exponentes de la cultura mexicana.

• **MANES SPERBER**, ensayista y novelista de origen austríaco. Ha publicado en Francia varias obras; con gran éxito de crítica. Colabora en *Prewes* y otras revistas.

• **ROMULO BETANCOURT**, el ex-presidente del gobierno venezolano, además de hombre político es un distinguido escritor. Prepara un libro titulado *Petróleo y dictaduras en Venezuela*.

• **PAUL BARTON**, sindicalista checoslovaco, actualmente en el exilio. Colaborador en diversas revistas europeas, en las que comenta la actualidad social de los países del Este.

• **EDUARDO CABALLERO CALDERON**, escritor colombiano, autor de *Breviario del Quijote*, *Ancha es Castilla*, *Siervo sin Tierra* y otras varias novelas.

• **GRANVILLE HICKS**, escritor norteamericano, es autor de numerosos libros, entre los que cabe citar *The Great Tradition* (1933), *Small Town* (1946) y recientemente *There Was a Man in Our Town* (1952).

• **LUIS DE ZULUETA**, escritor de sólida cultura, en la actualidad profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Es autor de las siguientes obras: *La edad heroica*, *La oración del incrédulo*, *El ideal de la educación* y *La nueva edad heroica*.

• **LUIS TERAN GOMEZ**, escritor boliviano; colabora en diversas revistas y periódicos literarios de América Latina.

• **DAPHNE WHITTAM**, es miembro de la redacción de *The Nation*, de Rangún. Colabora en diversas revistas de lengua inglesa.

CORRESPONDENCIA

CUADERNOS no es ni quiere ser una revista sectaria, sometida a una línea doctrinal o a una tendencia política determinada; es, por el contrario, una tribuna democrática de confrontación y de intercambio de ideas, de interpretaciones, de rebusca y de exposición de valores culturales y humanos. En ella cada colaborador asume la responsabilidad plena de sus trabajos.

El artículo de P. Parisot « Entre Madrid, Roma y Washington », publicado en el número 4 de CUADERNOS, ha dado lugar a algunas reacciones más o menos motivadas en determinados medios de la emigración española. El escritor y exdiputado español José Antonio Balbontin nos ha enviado una rectificación, que acogemos gustosos. Y publicamos seguidamente una breve respuesta de P. Parisot.

*

« Me ha sorprendido muy penosamente el artículo publicado por Paul Parisot sobre el pacto concertado por los Estados Unidos con el dictador Franco. Confío en que la bien probada liberalidad de CUADERNOS me permita añadir unos comentarios de español dolorido a las apreciaciones de un periodista francés deficientemente informado.

Yo no sé cuáles habrán sido las fuentes de información de Parisot, ni puedo garantizar que las mías sean más verídicas, pero desde luego aseguro que ambas son contrarias.

Por lo que yo he visto desde Londres, la lentitud del desarrollo de las negociaciones entre los Estados Unidos y la dictadura de Franco se debió, principalmente a la oposición decidida del Gobierno británico, punto que ni siquiera aparece aludido en el artículo de Parisot.

Claro es que el Gobierno británico — o mejor dicho, el Foreign Office — realizó esa actuación con el mayor sigilo. El Foreign Office es una institución que, por su propia naturaleza diplomática, opera casi siempre en secreto. Sir Edward Grey (antiguo secretario de Lloyd George), en su libro sobre « La política exterior británica », nos refiere que, al estallar la guerra de 1914, ni el Gobierno inglés, ni el Parlamento, ni el pueblo sabían que Inglaterra estuviera comprometida a defender a Bélgica contra la agresión alemana. Tuvo que revelárselo a todos apresuradamente, en nombre del Foreign Office, Sir Edward Grey, que era uno de los pocos enterados. Si esos pocos se hubieran muerto de repente, al iniciar Alemania su agresión, es posible que Bélgica se hubiese quedado sin defender y que el Káiser se hubiera apoderado del mundo.

El Foreign Office sigue actuando hoy con la misma cautela que en 1914, pues uno de los principios fundamentales de su actividad es el famoso apotegma de Lord Cecil, según el cual « vale más hacer una tontería practicada durante varios siglos que intentar una cosa razonable no ensayada todavía ». Pero, viviendo en Inglaterra, se ha dado uno cuenta, al leer entre líneas los editoriales de los grandes periódicos y escuchar — entre pausas — los discursos de los más destacados gobernantes, que a Inglaterra no le hacía ninguna gracia que los estados Unidos instalaran sus fuerzas navales y aéreas en los alrededores de Gibraltar, acabando virtualmente con el tradicional dominio británico del Mediterráneo.

Ante la resistencia británica, Norteamérica concibió una idea genial — aunque bastante diabólica para los españoles — que consistió en convencer a Franco — con muy fácil esfuerzo — de que se aviniese a permitir la instalación en territorio español de un depósito de bombas atómicas, antes de que estalle la tercera guerra mundial; proposición que habían rechazado con anterioridad todos los demás países del mundo occidental, pero que Franco aceptó sin vacilar — según lo ha revelado públicamente el ministro del Aire norteamericano, Mr. Talbott — porque Franco, en el momento de firmar su pacto con los Estados

Unidos, no se hallaba tan boyante como imagina Parisot, sino despeñándose en el barranco de una nueva crisis económica que amenazaba ser mortal.

Firmado el pacto, y enterado todo el mundo por Talbot del magnífico plan de depositar bombas atómicas en los subterráneos de Franco — tal vez en el « Valle de los Caídos » —, ningún Estado democrático, liberal y cristiano — o laico — del mundo occidental ha proferido la más leve protesta contra el hecho de que se quiera obligar al pueblo español, sin contar para nada con su voluntad ¿ para cuándo guarda Norteamérica su rico stock de « plebiscitos libres » ?) a morir en masa por la prosperidad perpetua de los negocios de Wall Street. Norteamérica no es ya, como siguen pensando algunos, « el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo » con arreglo a la definición de Lincoln, sino más bien « el gobierno de Wall Street, por Wall Street y para Wall Street », según la definición famosa populista Mary Elizabeth Lease. Norteamérica podrá seguir seduciendo a otros países más ingenuos, o menos experimentados; pero al pueblo español no le entra ni le entrará jamás en la cabeza que una lucha emprendida en estrecha colaboración con la tiranía franquista tenga algo que ver con la defensa de la libertad. Si Norteamérica quiere sinceramente el triunfo de la libertad democrática, ¿ por qué no comienza por establecerla en España, cosa que podría hacer — según ha reconocido el falangista Tovar — con un simple « golpe de teléfono » ?

Parece que a todos los Estados liberales, democráticos y cristianos — o ateos — del Occidente les ha parecido muy bien el ingreso de la tiranía franquista en la « Cruzada » liberal; y, es lógico que al beatífico Vaticano le haya entusiasmado más que a nadie, por lo que se apresuró a bendecirlo con un mes de anticipación. El Vaticano como institución « eterna » que es, vive por encima del tiempo. Y así puede permitirse el lujo de suscribir un pacto ajeno antes de que llegue a concertarse. No comprendo cómo ha podido pensar Paul Parisot que el Pacto de Norteamérica con Franco haya sido una consecuencia del Concordato, y no a la inversa. ¿ En qué mundo de ensueño teológico vive Parisot ?

El que desde luego no está conforme con el Pacto es el pueblo español, de cuya presencia en la historia — pasada, presente y futura — se olvida por completo Paul Parisot, para quien, por lo visto, las fuerzas populares y revolucionarias de España no tienen la menor importancia. Estoy seguro de que al pueblo español, en su presente angustia, no le alivian nada los consuelos que Parisot se esfuerza por brindarle. Eso de que España se encuentra demasiado lejos de los bombarderos rusos se halla en abierta contradicción con lo que afirman a diario los técnicos norteamericanos sobre el alcance casi ilimitado, y desde luego irreprimible, de los bombarderos modernos. Y eso otro de que los soldados norteamericanos, podrán, tal vez, liberalizar a España es realmente chocante — para emplear el adjetivo más suave — en boca de un periodista liberal. Jamás se ha visto que los soldados lleven la libertad a ninguna parte, y, en el caso concreto de que aquí se trata, es público y notorio que los soldados norteamericanos serán enviados a España, en primer término para fortalecer el poder tambaleante de Franco, antes de que éste pierda lo que Parisot llama osadamente su « sabio equilibrio ». ¿ Por qué Norteamérica, en vez de enviar a España sus militares, no envía allá sus pensadores libres, aunque ello le indignara a Mc Carthy ?

A pesar de todo, el pueblo español — según noticias que me llegan por mil conductos diferentes — se dispone a luchar con su inagotable heroísmo contra Franco, contra los soldados norteamericanos y contra todo el que trate de ayudarlos. ¿ Qué harán, cuando esta lucha se inicie a lo vivo, los intelectuales de la estirpe de Parisot ? Mucho me temo que algunos de ellos se dediquen lastimosamente a esa tarea que tanto le repugnaba a George Orwell: «tocar el violín mientras arde Roma ».

Como yo no quiero incurrir en este extravío neroniano, anuncio desde ahora que, si la lucha estalla, haré todo lo

que pueda por ayudar a mi pueblo, y que, aunque la pelea no estalle, pensaré siempre que lo que está haciendo y lo que se propone hacer Norteamérica con el pueblo español es un atropello descarado contra la libertad, que incapacita al presidente Eisenhower para erigirse en campeón de la justicia universal. Me parece evidente que, si los Norteamericanos quieren acabar con las dictaduras del mundo comunista, tendrán que extirpar derrota previamente todas las dictaduras del mundo capitalista, empezando por las que los propios Estados Unidos protegen directamente dentro del ámbito de su influencia. De otro modo, la humanidad imparcial pensará, con grave daño para la causa de Norteamérica, que ésta no trata de defender el ideal de la Libertad, sino simplemente los intereses del capitalismo norteamericano. Hay muchos hombres dispuestos a morir por los fueros de la Libertad, pero no creo que exista una sola persona honesta decidida a inmolarse voluntariamente por los desafueros del Capital. »

JOSE ANTONIO BALBONTIN

*

« Mi artículo comentando los acuerdos Madrid-Washington, ha provocado entristecidas o indignadas reacciones en el seno de la emigración republicana. Siempre resulta doloroso apenas a los amigos, pero lo es mucho más el sentirse incapaz de darles gusto. Para esto, creo hubiera bastado con limitarme a juntar mi modesta voz al coro de las lamentaciones furiosas. Mas ello no serviría sino para reforzar la funesta ilusión — refutada ya por una experiencia harto larga — que consiste en creer que la tiranía franquista podrá ser derrocada merced al aislamiento del pueblo español.

Espero se me permita que no prefiera una dictadura neutralista, mantenida al margen del mundo civilizado y nacionalmente soberana, a esa misma dictadura integrada — desgraciadamente sólo en el plan técnico — a la defensa occidental. El problema consiste en suprimir esa dictadura y no en saber si se la prefiere con bases norteamericanas o sin ellas.

Ciertos argumentos contra los acuerdos hispano-americanos no van dirigidos en realidad contra Franco, sino contra el principio mismo de la defensa común occidental. Pueden, por consiguiente, aplicarse tanto a la Gran Bretaña, Francia o a Noruega como a España. Más vale dejarlos a Molotov y a todos cuantos desean ver a la Europa occidental política y militarmente sin defensa ante el totalitarismo ruso.

Según mis informaciones — que al igual que las otras sobre las cuales fundé mi apreciación acerca de los acuerdos de Madrid no pueden ser ignoradas por los republicanos en el exilio — los Estados Unidos, o, como dice el Sr. Balbontín, « Wall Street », « el capitalismo norteamericano », no han pedido a la emigración antifranquista que disuelva sus organizaciones y ponga sordina a sus actividades. Al contrario, la dejan en libertad para desempeñar su papel.

Desde luego, no tengo título alguno para poder dictar a los demócratas españoles su deber. Sin embargo, me parece que su misión y la de los demócratas amigos de la España republicana en el mundo entero no se vería comprometida, sino más bien facilitada, si se esforzaran en romper el aislamiento del pueblo español respecto al pensamiento, al movimiento cultural y al sistema de las libertades de Occidente. ¿ En qué obstaculizan con relación a esto los acuerdos de Madrid ? Al contrario; más bien podrían, bajo ciertas condiciones que corresponde a los hombres libres del exilio determinar, abrir un poco la puerta a una posible reconquista del pueblo y sobre todo de la juventud de España para la democracia. »

P. PARISOT

CUADERNOS

admite suscripciones en las direcciones siguientes :

LIBRERIA MADRID
Bm.é. Mitre, 950
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRAIRIE FRANÇAISE
Estado, 36
SANTIAGO (Chile)

EDITORIAL DEL PACIFICO
Ahumada, 57
SANTIAGO (Chile)

HECTOR D'ELIA
18 de Julio, 1333
MONTEVIDEO (Uruguay)

LA VOZ DE ESPAÑA
Rua Dr. Luiz Barreto, 104
SAO PAULO (Brasil)

DELEGACION DEL CONGRESO
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
Rua México, 158, Sala 304
RIO DE JANEIRO (Brasil)

LIBRERIA SUMA, S. A.
Calle Real de Sabana Grande, 102
CARACAS (Venezuela)

LIBRERIA ARIEL
Donceles, 91
MEXICO, D. F.

ASOCIACION DE ARTISTAS
Y ESCRITORES AMERICANOS
Ave. de los Presidentes, 52
Apartado 1969
LA HABANA (Cuba)

LIBRERIA IBERO-AMERICANA
Avenida "B" n° 32
PANAMA (R. de P.)

DISTRIBUIDORA DE REVISTAS INCA
Apartado 3115-Puno, 264 (Bejarano)
LIMA (Perú)

LIBRERIA YERBA BUENA
Casilla de Correo 131
**SAN MIGUEL DE TUCUMAN
(Argentina)**

LOS AMIGOS DEL LIBRO
Calle Perú esq. España
COCHABAMBA (Bolivia)

LIBRERIA MEJIA BACA
Jirón Azángaro, 712
LIMA (Perú)

LIBRERIA GUATEMALA
5a Ave. Sur N° 1-A
CIUDAD DE GUATEMALA (Guatemala)

INSTITUTO DEL LIBRO
Calle 5a. N° 5-08
POPAYAN (Colombia)

LIBRERIA UNIVERSITARIA
Frente a la Embajada Americana
SAN JOSE (Costa Rica)

AGENCIA INTERNACIONAL
DE LIVRARIA ET PUBLICAÇÕES
119, Rua S. Nicolau
LISBOA (Portugal)

BUCHHANDLUNG ZUM ELSASSER
A. G.
vormals Albert Müller
Limmatquai, 18
ZURICH (Suiza)

EUSEBIO VALDES
Carrera 12, 13-55
BOGOTA (Colombia)

PREUVES



REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY

Secrétaire général : JACQUES CARAT

23, rue de la Répinière, Paris (8^e)

Tél. : EUR. 55-15 à 17. — C. C. P. 178-00 Paris

Le numéro : France et Union Française : 120 fr. - Etranger : 150 fr.

ABONNEMENTS

France et Un. Fr. un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.

Etranger un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

ENCOUNTER

Edited by STEPHEN SPENDER
et IRVING KRISTOL

May 1954

Attila, The Poet Arthur KÆSTLER
From a Japanese Uni-
versity D. J. ENRIGHT
Democracy and its Dis-
contents Herbert LUTHY
D. W. BROGAN, Alan CLUTTON-BROOK,
T.-R. FYVEL, Stuart HAMPSHIRE, Georges
MIKES, Nathan GLAZER, Paul PARISOT,
William PLOMER, Christopher MORRIS,
Edwin MUIR, Mary RICKWOOD,
Daphne WHITTAM.

Please address all correspondence to :
" ENCOUNTER ", PANTON HOUSE,
25 HAYMARKET, LONDON, S. W. 1.

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della
Cultura, piazza Accademia di San Luca
75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural
Freedom, Manekji Wadia Building, 127,
Mahatma Gandhi Road, Bombay I

FORVM

Osterreichische Monatsblätter für Kultu-
relle Freiheit.
WIEN VII
Museumstrasse 5.

8
Septiembre-Octubre 1954

B.D.I.C

REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

8

¿Toca Europa a su fin?

Poemas

La elección de los compañeros

En torno al ensayo

Cuento mexicano

Asia entre Malthus y Marx

Los problemas del sureste asiático

Caudillismo en América Latina

Democracia y cultura

Redescubrimiento de América

La condición humana de Cervantes

S. DE MADARIAGA

OCTAVIO PAZ

IGNAZIO SILONE

M. PICON-SALAS

RAMON RUBIN

RAYMOND ARON

RICHARD LOWENTHAL

JOSE M. MACHIN

R. HELIODORO VALLE

ANITA ARROYO

JOSE DE BENITO

Otros artículos :

La emancipación del pensamiento en el Ecuador, por J. Carrera Andrade. — Xochimilco y sus trajineros, por Joaquín Arderius. — Nacionalismo económico y anticapitalismo primario, por L. Laurat. — Sombras blancas en Africa del Sur, por H. Tingsten. — Dos aspectos de la gran hazaña económica, por Marín Civera. — Dos críticas a la dialéctica, por Julio César Jobet. — Etc., etc.

#P5726

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont.

Secretario general : Nicolás Nabokov

REPRODUCCION DE LOS TEXTOS DE CUADERNOS

Venimos observando que diversas publicaciones iberoamericanas reproducen con cierta frecuencia artículos de Cuadernos como si fuesen colaboraciones especiales suyas. No tenemos nada que objetar a dicha reproducción. Sin embargo, nos oponemos terminantemente a que se deje de citar la referencia de origen, tanto por lo que se refiere a las reproducciones totales como a las parciales.

CUADERNOS



NUMERO 8

REVISTA BIMESTRAL

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1954

SUMARIO

¿Toca Europa a su fin?	SALVADOR DE MADARIAGA.	3
La elección de los compañeros	IGNAZIO SILONE	7
Asia entre Malthus y Marx	RAYMOND ARON.	16
Poemas	OCTAVIO PAZ.....	28
En torno al ensayo	MARIANO PICON-SALAS	31
La batalla de la Cruz	RAMON RUBIN.....	34
La condición humana de Cervantes	JOSÉ DE BENITO	40
Xochimilco y sus trajineros.....	JOAQUIN ARDERIUS	50
Tres etapas principales en el descubrimiento de América	ANITA ARROYO	54
Figuras de la emancipación del pensamiento en el Ecuador	JORGE CARRERA ANDRADE.	58

Cultura y libertad

Democracia y cultura.....	RAFAEL HELIODORO VALLE	65
Caudillismo y democracia en América Latina.....	JOSÉ M. MACHIN	68
Dos aspectos de la gran hazaña económica	MARIN CIVERA.....	74

Crónicas

Nacionalismo económico y anticapitalismo primario..	LUCIEN LAURAT	78
Sombras blancas en Africa del Sur	HERBERT TINGSTEN	83
Los problemas del sureste asiático	RICHARD LOWENTHAL.....	88



Artes plásticas

Vieira da Silva..... RITA REGNIER..... 93

Lecturas

Dos críticas a la dialéctica, por JULIO CESAR JOBET. — Miguel Servet en lengua inglesa, por LUIS ARAQUISTAIN. — Un gran fresco de la Venezuela del 1900, por FERNANDO DIEZ DE MEDINA. — El drama cántaro, o la herejía necesaria, por MARIA ZAMBRANO. — Un testimonio sobre Vorkuta, por E. R. — Las grandes etapas de la política brasileña, por L. M. — Bernardo O'Higgins, el libertador de Chile, por CARLOS P. CARRANZA. — La Lógica y la Filosofía aplicadas a la Economía, por C. P. C. — Una nueva novela de Eduardo Mallea, por I. I. — Juan Liscano, poeta venezolano, por J. M. M. — Ciencia y Partido en la U. R. S. S., por Z..... 96

Vida del Congreso. — Nuestro Carnet.

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>		<i>Países de Iberoamérica :</i>	
Número suelto ...	125 francos	Número suelto..	0,50 dólares USA
Suscripción anual .	650 »	Suscripción anual	3. - » »
	(6 números)		(6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

¿ TOCA EUROPA A SU FIN ?

POR SALVADOR DE MADARIAGA

TOCA Europa a su fin ? Algo habrá cuando se plantea el problema. Sólo a los más lúgubres pesimistas se les hubiera ocurrido la pregunta antes de 1939. A nadie antes de 1914. Los que conocimos la Europa de principios de siglo hemos vivido una época única en la historia. Circulaba el oro por todas partes : la libra esterlina era moneda universal ; y cinco países europeos — Francia, Italia, Bélgica, Suiza y Grecia, formando la llamada Unión Latina — tenían moneda común. Se viajaba de Lisboa a Estocolmo y de Dublín a Constantinopla sin papeles de identidad, y se instalaba uno donde quería sin intervención de la policía. Ni aun en los países más conservadores — con excepción de Rusia — se le hubiera pasado por las mentes al partido más reaccionario que se pudiera prender a un ciudadano más de dos o tres días sin mandato judicial.

En esta Europa libre y pacífica, prosperaban las naciones más creadoras que la historia ha conocido. ¿ Qué había lacras ? Sin duda. ¿ Dónde no las hay ? ¿ Cómo olvidar que en aquella Europa culta y libre, los polacos no gozaban de libertad nacional ? Se daban además períodos de crisis económica, paro, miseria. Pero eran como accesos de fiebre, limitados en el tiempo y en el espacio. El nivel general era alto, se iba elevando de año en año. Europa era en aquellos días el foco de la riqueza. Francia, Inglaterra y Alemania prestaban dinero a todo el mundo, incluso a los Estados Unidos. Europa era tam-

bién el foco de la cultura. Las universidades europeas eran Mecas para los estudiantes de todo el planeta ; y las ciencias, las artes, las letras, la vida social, habían logrado un esplendor jamás visto.

¿ Qué faltaba entonces a Europa ? La conciencia de ser. Aquella prosperidad, aquel esplendor, en su fondo generales y europeos, no se conocían a sí mismos más que bajo sus formas nacionales. La idea de que se debieran tanto al vecino como al de casa no había germinado todavía en los europeos. La prosperidad y el progreso del francés, del inglés, del alemán, les parecían respectivamente fenómenos puramente franceses, ingleses, alemanes. Y en cuanto a su libertad, la consideraban como un hecho nacional mantenido no en colaboración con el vecino sino en contra de él y a pesar de él. Aquella Europa tan próspera y culta, no era tal Europa, sino una familia de hermanas mal avenidas, que, bajo los modales sonrientes y suaves de la paz, ocultaban y acumulaban tremendos polvorines de pasiones explosivas.

Esta situación era en sí claro mentís a la doctrina marxista que sostiene la primacía de lo económico en la historia. Porque, en efecto, hacia 1910, la línea evolutiva europea acusaba un orto de la pujanza alemana precisamente en el terreno de la técnica y de la economía. De haber seguido las cosas como iban dibujándose, Alemania hubiera llegado a alcanzar plena supremacía sobre Europa, y a través de Europa, sobre el mundo, por el mero ejer-

cicio de las artes de la paz. Hamburgo simbolizaba entonces este ascenso de Alemania en lo económico y racional. Pero frente a Hamburgo, se alzaba Berlín : foco de lo militar e irracional. Para Berlín, la idea de que Alemania triunfara por sus hombres de negocios y por sus hombres de ciencia no era aceptable. Alemania tenía que triunfar por sus hombres de guerra. En este duelo dentro de Alemania, precursor de la guerra europea, lo que venció no fue lo racional-económico, sino lo militar - irracional.

Hagamos como Espinosa. No lloremos. No nos indignemos. Intentemos comprender. Aquella Alemania junker y militar, que de un colosal sablazo echó abajo como castillo de naipes la fábrica vistosa de la paz y de la prosperidad europeas, ¿era acaso una Brunhilda que bajaba con casco, lanza y escudo de alguna nube supraterrana ? ¿Vamos también nosotros a olvidar la unidad esencial de Europa ? ¿No vivía, no respiraba Alemania el ambiente europeo ? ¿De dónde le venía a Alemania su apetito de poder y gloria militar, moral, colonial, imperial, si no del espectáculo de aquel poder y de aquella gloria en los países ya logrados ? Cada una de las grandes naciones europeas, y aun algunas menores, en cuanto alcanza su plenitud, se lanza a la aventura imperial : así, España, Francia, Suecia, Holanda, Inglaterra ; de modo que se puede dar como ley histórica que la fase de expansión imperial sigue siempre a la de plenitud nacional. De aquí que los tres países que en la primera guerra mundial asumen el papel de agresores, Alemania, Italia, Japón, sean los únicos tres pueblos que hayan logrado su plenitud nacional en el siglo XIX, los tres hacia 1870.

*

La guerra de 1914-18 fué en su esencia una guerra civil europea. Las grandes naciones salieron quebrantadas de modo irreparable. Ni Francia, ni Italia, ni Alemania, ni Inglaterra volvieron a ser ya en la historia lo que eran en 1914. Desapareció el oro. La libra cesó de ser moneda internacional. Las monedas de la Unión Latina se dispersaron, por depreciación de todas ellas en proporciones de la diversidad

más disparatada. El pasaporte, desconocido antes de 1914, se hizo obligatorio e indispensable, con lo cual se entregaba a los gobiernos un arma formidable contra la unidad de Europa y contra la libertad de los europeos. La desunión y la desconfianza entre los pueblos de Europa aumentó.

Sólo quedaba una esperanza : la que encarnaba la Sociedad de Naciones. Pero aquel esfuerzo para elevar el debate a un plano superior fracasó. La Sociedad de Naciones debió haber sido un principio de federación, si no todavía mundial, por lo menos, europea. Los pueblos de Europa quizá lo hubieran comprendido así. Los gobiernos europeos no alcanzaron a comprenderlo. Los vencedores se empeñaron en mantener intacta la política de poder ; y la gran vencida, Alemania, en vez de ir a Ginebra a exigir la aplicación del Pacto, cedió en mala hora a la tentación de imitar a los vencedores, y, en el templo de Wilson, quiso resucitar a Bismarck.

Todo esto ocurría antes de Hitler, pero preparaba el camino a Hitler. La era nazi ha sido el segundo desastre que ha hundido a Europa. El mundo contempló con asombro cómo uno de los pueblos más inteligentes del mundo se dejaba embaucar por un taumaturgo de palabra insensata e intención criminal. La evolución hacia una unidad europea expresa, que ya se había esbozado aunque tímidamente bajo Briand, retrocedió espantada ante el espectáculo de una Alemania ebria de nacionalismo irracional y destructor. La gran Alemania, centro y corazón de Europa, abjura los dos valores europeos permanentes, la libertad socrática de la inteligencia, la disciplina cristiana de la voluntad, y los encierra y tortura en sus campos de concentración. Este espectáculo hunde a Europa entera en la tristeza y la angustia. Vuelve a encenderse en nuestro hogar común europeo el fuego de la guerra civil. Pero esta vez el mal es mucho mayor en lo físico y en lo moral. Las armas destructoras son mucho más potentes ; la confianza ha desaparecido ante los ataques de Hitler a pequeños países deseosos de conservar estricta neutralidad. La diferencia entre el nazismo y el nacionalismo de la Alemania imperial es de naturaleza y no de grado. Los militaristas e imperialistas que rodean a Gui-

Herro II son de la misma especie que los Kitchener y los Rhodes, los Lyautey y los Delcassé. Los nazis abren un abismo entre Alemania y el resto de Europa. Como consecuencia, ni Europa ni Alemania respiran, porque Alemania sin Europa no se concibe y Europa sin Alemania tampoco.

*

La resurrección de Europa después de la guerra parecía pues resolverse en la resurrección de Alemania y su incorporación a Europa. Problema doble. Resurrección física. Resurrección moral. En el cuerpo de Alemania, la guerra causó mutilaciones irreparables. ¿Qué alemán, qué europeo, qué ser humano no lamentará la destrucción de Dresden? Nuestra Europa ha perdido para siempre joyas urbanas de todos sus países, volatilizadas en el crisol de sus pasiones. Nadie que haya visto las ciudades alemanas bombardeadas se imaginará como ligera la labor de reconstrucción. Pero nadie que conozca el pueblo alemán dudará de su triunfo en este terreno. La reincorporación física de Alemania a Europa se está haciendo día a día con la mayor pujanza y la mayor eficiencia.

Queda su reincorporación moral. Ni los alemanes ni los no alemanes tienen por qué abrigar la menor duda sobre la condición de que depende el porvenir de Europa, su vida o su muerte moral: si Alemania entra plena y sinceramente en una era socrática-cristiana, de libertad de pensamiento y de disciplina de la voluntad, de igualdad sincera y sincero deseo de colaboración con las demás naciones, Europa vivirá, y con ella, Alemania. Si Alemania recae en el militarismo nacionalista antisocrático y anticristiano, más o menos simpatizante con el nazismo, Europa se muere. Y con ella, Alemania.

Este es el nudo de la cuestión. La historia otorga hoy a Alemania una tremenda responsabilidad. Para definirla bien, conviene primero justificar nuestro aserto. Si Alemania retrocede en su evolución a la psicología de la selva y del rebaño que le predicán sus nazis impenitentes, Europa va a una tercera guerra civil, que la reducirá a cenizas. Para que no haya guerra civil, es indispensable que Alemania no la

quiera. Pero para que Europa viva es menester algo más positivo. No basta que Alemania abjure la guerra. Es menester que quiera la paz. Y la paz no es un estado de mera pasividad, sino un movimiento ordenado y armónico de actividad común. En una palabra, para que Europa viva, no basta que Alemania cese de amenazarla con sus hombres de guerra; es menester que coopere a gobernarla con sus hombres de Estado, a guiarla con sus hombres de ciencia, a administrarla con sus hombres de industria. Y para todo esto, es condición indispensable que Alemania reconquiste la confianza que sus nazis le hicieron perder antaño, y sus nazis póstumos, abiertos o solapados, le impiden todavía recuperar.

No se trata sólo de la disposición de Alemania a avenirse a todos los avances de buena voluntad que se le hagan por sus vencedores de ayer; sino de su capacidad para ponerse en primera fila, si no a la cabeza, del movimiento que aspira a crear al fin una Europa verdaderamente cristiana y verdaderamente socrática, es decir una Europa de verdad europea. Los europeos de buena voluntad que visitamos Alemania y observamos a los alemanes, deseosos y aun impacientes de verlos tomar parte activa y dirigente en este movimiento renovador de Europa, observamos con cierta inquietud la persistencia de síntomas desfavorables. Por un lado, oímos en Upsala, en 1952, a un ex-dirigente del partido liberal, el Dr. Middelhaue, abogar con elocuencia por el olvido del pasado; por el otro vemos a Hamburgo, en 1953, celebrar con ostentación el aniversario de su primer bombardeo, lo que lógicamente exige recuerdo y pena por el bombardeo de Rotterdam que el Dr. Middelhaue quiere que olvidemos. Por un lado, contemplamos la labor de reparación que hacen en el terreno de las ideas y los sentimientos, el Presidente Heuss, y en el de la política positiva el canciller Adenauer; por el otro no falta nunca en Alemania quien nos diga « confidencialmente » que si no se hacen tales o cuales concesiones a Alemania, caerán estos gobernantes razonables y volverán los nazis. Exactamente la política de explotación del miedo que se hizo desde 1918 hasta Hitler.

Europa no vivirá si Alemania no se eleva a la estatura que por naturaleza le corresponde en la vida humana. Los países se hacen dignos de gobernar el mundo como los hombres a su patria : no pidiendo más sino dando más. Todo gobierno es una oligarquía ; pero debe ser una aristocracia. Y lo que caracteriza y define al aristócrata (en el sentido puro de la palabra) es que asume espontáneamente más deberes que los demás. Alemania tiene que asumir deberes aristocráticos entre las naciones europeas. No puede seguir a Francia y a Inglaterra ; tiene que precederlas. Por dos razones. La primera es que estas cosas no se imitan sino que se crean. La segunda es que Inglaterra y Francia entran en el movimiento evolutivo hacia una Europa mejor, cargadas con las hipotecas de sus imperios coloniales todavía a medio liquidar ; mientras que Alemania es libre. Si Alemania asume esta labor con un espíritu de reajuste, para podar y tallar la pujanza y el prestigio de sus rivales de ayer, todo estará perdido , pero si se entrega a la obra con un espíritu de creación histórica, Europa vivirá.

*

Pero ¿ y la Unión Soviética ? El peligro soviético es triple : militar ; ideológico ; territorial. El más urgente es el militar. Hay que hacerle frente en el terreno militar. La defensa comprende tres aspectos : el del armamento ; el de la economía ; el de la confianza. No hace falta gastar palabras para demostrar que en todos estos aspectos, la conversión de Alemania a una política europea humana y generosa es un factor capital.

El punto de vista ideológico lleva a una conclusión idéntica. Para tener a raya al comunismo hace falta una ideología de igual o mayor densidad y amplitud. Sólo la construcción de una Europa a la vez libre y una puede elevar el tono moral del occidente al nivel que le permita resistir la presión constante y tenaz del comunismo. Si Alemania recae en su nacionalismo de rebaño, el oeste no podrá resistir la ideología comunista, que sabe llevar la máscara de la universalidad.

Queda el punto de vista territorial. A cualquiera se le alcanza que Alemania no

puede tolerar el verse partida en dos, más que por dos razones de peso : falta de fuerza para reconquistar su unidad por las armas ; y temor (aunque tuviera fuerza) de causar males aún mayores que su propia división. La causa de la unidad y libertad de Alemania no es sólo alemana ; es europea y universal. No habrá hombre consciente y bien nacido que no la haga suya. Pero también aquí hay para los alemanes dos maneras de aspirar a la unidad de su país : la nacionalista y la humana.

Si Alemania se lanza a laborar por su unidad en plena indiferencia para con los demás países europeos que sufren tanto como ella, y aún más, bajo la bota soviética, no habrá Europa. La desconfianza, el desamor para con Alemania, que su política nacionalista del pasado causó en países como Polonia o Checoslovaquia, seguirán envenenando el cuerpo político del Continente ; y la Unión Soviética seguirá oprimiendo a las naciones hoy esclavas. Pero si Alemania concibe su unidad y su libertad como parte integrante y esencial de la unidad y de la libertad de toda Europa, el mundo podrá esperar con confianza el día de nuestra liberación de la pesadilla soviética, y del resurgir de Europa entera.

*

En suma, a la pregunta : ¿ Toca Europa a su fin ? no hay más que una respuesta : el porvenir de Europa depende de Alemania. Si la evolución humana hacia un tipo de hombre menos esclavo de la sangre y de la tierra, más libre en su espíritu, se revela bastante adelantada en el país que por naturaleza es centro y corazón de Europa, comienza para Europa una era de paz, prosperidad y dignidad nunca igualada. Si la evolución fracasa, y Alemania recae bajo el dominio de tipos humanos retrasados ya, casi fósiles, como sus nazis y militaristas, Europa morirá, en su espíritu primero, y luego, totalmente, en su economía.

Esta conclusión en sí, mide la grandeza potencial de Alemania. De Alemania depende que esta grandeza se realice para bien de Europa y del mundo.

SALVADOR DE MADARIAGA

La elección de los compañeros

POR IGNAZIO SILONE

EN el curso de los últimos cuarenta años, la quiebra de algunos de los grandes mitos políticos, que nos había transmitido el siglo pasado, ha colocado a cierta categoría de hombres en una situación espiritual de incertidumbre y de ambigüedad, que está todavía lejos de haberse aclarado. Es una situación surgida directamente de la experiencia, de las luchas, de los cambios sobrevenidos en la vida colectiva y del oscurecimiento de las « luces » que anteriormente guiaron en la acción (en una palabra, de la crisis general del capitalismo y del anticapitalismo), y por esto vuelve a plantear los problemas del comportamiento del hombre de hoy, así como la cuestión primordial que se refiere al sentido de nuestra existencia. No se trata, en suma, ni siquiera en sus aspectos secundarios, de una diversión, ni de una extravagancia literaria ; las preocupaciones no son de orden estético. En ninguna época faltan hombres, que también son respetables, que interpretan a su modo el espíritu del tiempo, según la manera de cortarse el cabello, de anudarse la corbata o de pronunciar la r ; pero para otros, menos afortunados, las coyunturas de las crisis tienen a menudo consecuencias más graves. Para no perder tiempo, y aun exponiéndome a dar una prueba de mal gusto, prefiero empezar por éstos.

En los últimos treinta años, el número de escritores que, en diferentes países, se han dado voluntariamente la muerte ha

alcanzado una cifra que no tiene ejemplo en épocas anteriores. Me parece que la mayoría de estos episodios, aunque en apariencia difieran bastante entre sí, tienen todos un fondo común : lo que Nietzsche llamó el nihilismo de la edad moderna. Cada vez que me pongo a reflexionar sobre la expresión más significativa del sentido de la desesperación, del aburrimiento, de la repugnancia, que son productos de nuestro tiempo, mi pensamiento se dirige, no tanto a los libros de Heidegger, de Jaspers, de Sartre, como a los suicidios de Essenin, de Majakowsky, de Ernst Toller, de Kurt Tucholsky, de Stefan Zweig, de Klaus Mann, de Drieu la Rochelle, de F. O. Matthiessen, de César Pavese y de tantos otros menos conocidos. ¡ Qué desfile de sombras aterradoras ! Prescindiendo de las circunstancias externas invocadas en su tiempo para explicar el fin desesperado de cada uno de esos hombres de talento (la persecución, el exilio, el aislamiento, la miseria, la enfermedad, la anormalidad), basta conocer lo que éstos escribieron o confiaron a sus amigos antes de morir, para encontrar, en último análisis, una idéntica confesión de angustia y de desesperación ante el esfuerzo de vivir y ante su inutilidad.

Debemos ponernos en guardia ante las explicaciones superficiales. Evidentemente, todas las tentativas de culpar por dichos episodios a un régimen político determinado, como causante de los mismos, los desnaturaliza, puesto que, como todos

sabemos, se han producido bajo los regímenes más diversos, en Rusia, en América, en Europa; y aun puede culparse mucho menos la influencia perniciosa de una doctrina pesimista. Majakowsky era el cantor de una revolución victoriosa, y los otros, desde Zweig a Pevese, estaban profundamente arraigados en la tradición humanista o religiosa de su medio de origen. (En cambio, no estaría fuera de lugar invertir completamente el diagnóstico y afirmar, según un conocido canon psicológico, que probablemente algunos de ellos acabaron por sucumbir tan tristemente a la angustia, por haberla excluido de su doctrina y de su arte. La inhibición es más mortífera que la sinceridad). Pero la decadencia de nuestro tiempo ya se inició con anterioridad a las fechas de los trágicos episodios que ahora trato de recordar; y no ha afectado solamente a individuos refinados, de sensibilidad exasperada, aunque, perteneciesen a las clases e instituciones más diversas, sino que tampoco ha perdonado a las clases populares. Nietzsche definió por primera vez esta decadencia y la llamó, como he recordado, nihilismo, dando a esta palabra el sentido que ha conservado, y que es distinto del que le dió Turgueniev en su célebre novela. La guerra y las revoluciones sucesivas han confirmado la profecía de Nietzsche, poniendo en evidencia lo que en su tiempo podía aún estar oculto. ¿De qué se trata? El nihilismo es la identificación de lo bueno, de lo justo y de lo verdadero con el propio interés. El nihilismo es la convicción de que detrás de toda fe y de todas las doctrinas no existe, en el fondo, nada efectivo y que, por lo tanto, lo único que en definitiva importa y cuenta es el éxito. El nihilismo consiste en sacrificarse por una causa en la que no se cree, fingiendo creer en ella. El nihilismo es la exaltación del heroísmo y del valor, independientemente de la causa a que se consagran, equiparando así al sicario con el mártir. Y así sucesivamente.

¿Cómo hemos degenerado tanto? Se suele acusar a la primera guerra mundial de ser la causa y el origen de tantos desastres; pero ¿acaso hubiera estallado esa guerra, si el mundo civilizado no hubiese estado ya en crisis? La guerra no hizo más que revelar la fragilidad de los mitos progresi-

vos, sobre los que se fundaba la civilización capitalista. En los países vencedores, las viejas instituciones se tambaleaban también, debido a las duras pruebas sufridas, y aparecían como organismos en descomposición. Desde estas instituciones, el escepticismo y la corrupción descendieron hasta los fundamentos de la sociedad. De este modo, los valores morales y religiosos tradicionales, imprudentemente invocados para apuntalar los intereses amenazados, quedaron comprometidos también. Ahora me pregunto si será menester volver a demostrar que la restauración autoritaria que se produjo en aquellos años, primero en Italia y en los Balcanes, después en Alemania y en otras partes, fué sólo un remedio que agravó el mal. Parece increíble, pero me aseguran que eso vuelve a ser necesario, como un deber humillante. Pero, ¿cómo podían los conservadores forjarse la ilusión de que el nihilismo iba a ser vencido por una forma cualquiera de tiranía política? El fascismo, bajo todas sus formas, significó, al contrario, la instauración del nihilismo en el poder, puesto que la dictadura más bien reforzó los antiguos instrumentos coercitivos y creó otros nuevos, pero no creó un orden moral, y produjo, con su clima de miedo y de servilismo, la agravación y la exasperación de la decadencia general. En una palabra, el fascismo se imaginó poder curar a los italianos de ese escepticismo empleando la ortopedia. Y en una época en que, como se recordará, los jóvenes abandonaron el uso del sombrero, el fascismo pretendió imponer a todos el yelmo de Escipión. De este modo se instauró una vida pública en la que se ostentaban sentimientos heroicos que carecían de raíces profundas en las conciencias, y el resultado de todo ello fué la expresión ruidosa y gesticulante de las pasiones fingidas o superficiales. Y si bien es cierto que esa naturaleza trágico-carnavalesca del fascismo facilitó ulteriormente su derrumbamiento, también lo es, por desgracia, que creó la ilusión de haber hecho desaparecer simultáneamente el morbo moral del nihilismo, cuyos gérmenes se ocultaban, por el contrario, en las conciencias. Esta es la razón de que, en muchos aspectos, nos hallemos todavía en el mismo punto. Indudablemente, hay cosas que

han cambiado, y de todas las modificaciones la más estimable es, por ahora, esta libertad de hablar de la situación moral del hombre sin necesidad de obedecer a un falso optimismo. (Porque la democracia no podrá considerar nunca el disimulo como una virtud cívica).

Pero la gran dificultad estriba en que el nihilismo no es una filosofía, ni constituye un posible objeto de materia legislativa, ni es un principio de escolástica, ni un modo especial de saludar al prójimo, ni la obligación de emplear un pronombre en vez de otro; al contrario, es un estado de espíritu, que sólo juzgan morboso aquellos que le son inmunes o los que ya están curados de él; pero la mayoría ni siquiera se da cuenta, persuadida de que es una condición que corresponde a un modo de ser perfectamente natural. « Siempre ha sido así, y siempre lo será ».

TODOS conocen la representación que de esta situación del hombre de hoy nos han dado la literatura post-nietzschana y la existencialista, y que puede resumirse del modo siguiente: todo vínculo entre la existencia y la esencia del hombre está roto; la existencia carece de significación que vaya más allá de sus límites; lo humano se reduce simplemente a la vitalidad. Antes de afirmar, desde mi punto de vista, el carácter provisional y caduco de estas representaciones, desearía hacer, en cierto modo, su elogio. ¿Los motivos? Considero que no se puede dejar de admirar la sinceridad, sobre todo cuanto ésta requiere cierta valentía, porque sin la sinceridad no pueden existir ni la moralidad, ni el arte. Además, en mi calidad de escritor, viendo el estado a que han quedado reducidas las cosas, no hallo otro medio, fuera de la libertad del arte, para plantear ante la conciencia de los hombres los problemas que se les escapan, y darles a conocer una imagen de sí mismos más completa que la que el espejo les presenta a diario. Pero la literatura no puede tomar todavía una posición decidida en lo que concierne al nihilismo, y para llegar a ello, creo que el mejor procedimiento es la exploración resuelta de toda la superficie. Esta em-

presa, si bien no está exenta de peligros, no es totalmente inconmensurable. En mi opinión, el que se aventure a hacerlo con absoluta lealtad intelectual y corazón sano llegará, más pronto o más tarde, al extremo límite, y una vez allí, verá abrirse brusca-mente a sus pies el abismo del suicidio, o volverá a descubrir algún sentido valedero de lo humano. Esto no es una hipótesis abstracta, ya que no faltan gentes a quienes ha ocurrido, y no son precisamente ejemplos recientes.

Sin duda conocéis el itinerario de la obra literaria de Ernst Jünger y de Albert Camus. El escritor alemán había llegado a la situación límite del nihilismo en su famoso mensaje *Der Arbeiter* (El Trabajador), en el que anunciaba un nuevo tipo de proletario deshumanizado, standardizado, sin cerebro, sin corazón, sin alma, verdadero robot viviente, protagonista de la palingenesia moderna. Para este obrero, la máxima libertad consistía en tener una función mecánica en la cadena de guerras civiles y de guerras imperialistas en que ya hemos entrado, y que dominarán los próximos siglos. « Sacrificarse por una creencia — escribía Ernst Jünger — quiere decir llegar al límite máximo, independientemente de que esa creencia encierre en ella la verdad o el error. Por el hecho de que esos hombres se lancen a la lucha, aunque sólo constituyan una masa de miedo, que ninguna disciplina ni ningún amor patrio podrían dominar, llevan en sí, como los mártires, el testimonio de una realidad ultrahumana, que está más allá de ellos y en ellos ». Los heroísmos de los robots proletarios invocados por el escritor, hubieran sido tanto más sublimes, cuanto más lejos se hubieran realizado de la tradicional esfera de lo humano, acercándose a la de los motores más perfeccionados. Es una situación límite, más allá de la cual será imposible avanzar. Ernst Jünger se retiró a tiempo, cuando aún no dominaba Hitler. En sus obras sucesivas, entre las cuales recuerdo los títulos *Del dolor*, la novela *Sobre los escollos de mármol*, y el *Diario* de sus campañas de Francia, durante la segunda guerra mundial, su condenación del nihilismo es cada vez más explícita y aparece más humanamente motivada.

La evolución de Albert Camus es distinta, pero análoga. El que relea sus libros podrá comprobar fácilmente la distancia bien definida que existe, por una parte, entre *El mito de Sísifo* y la novela *El extranjero* y, por otra parte, entre la novela *La Peste* y el libro de ensayos *El hombre rebelde*. En *El mito de Sísifo*, Camus había situado la nocón del suicidio al principio del libro, para extraer de ella una respuesta sobre el sentido de la vida. En él, las razones de vivir se definen como francamente irrisorias. « Morir voluntariamente — escribe — supone que se ha reconocido, instintivamente por lo menos, el carácter irrisorio de esta costumbre, la ausencia de toda razón seria de vivir, el carácter insensato de esta agitación diaria y la inutilidad del sufrimiento ». Matarse significa « confesar sencillamente que no vale la pena », y la inutilidad, el absurdo de la vida diaria. El remedio contra ese desolado sentido de lo absurdo le será ofrecido por la compasión. « El mundo en que vivo me repugna — escribirá Camus en *El hombre rebelde* — pero me siento solidario con los hombres que sufren ». La vida de los personajes de la novela *La Peste* ya no se presentará como un desarrollo impasible de hechos arbitrarios y carentes de sentido, sino que es un encuentro compasivo de seres que sufren y se debaten contra un destino común. Uno de los personajes de la novela, el doctor Rieux, encontró a cierto tipo llamado Grand, modesto empleado del municipio, a quien su mujer había abandonado, pero a la que no por eso guardaba rencor. « Desde lejos, miraba a Grand pegado a una vitrina llena de juguetes de madera groseramente tallados. Por el rostro del viejo empleado, las lágrimas se deslizaban sin interrupción. Y aquellas lágrimas emocionaron a Rieux, porque las comprendía y las sentía en el fondo de su garganta. Rieux se acordaba también del día de los esponsales de ese desgraciado, cuando se hallaba ante una tienda de objetos para Navidad, acompañado de Jeanne, y esta se inclinaba hacia él para decirle que estaba contenta. Era evidente que, desde el fondo de los años, la fresca voz de Jeanne volvía a la memoria de Grand. Rieux sabía lo que pensaba el viejo al llorar, y pensaba, como él, que este mundo sin amor es un mundo

muerto, y que siempre llega una hora en que uno siente el cansancio de las cárceles, del trabajo y del valor, para reclamar la vuelta de un ser y el corazón maravillado por la ternura... Aquella desdicha era también la suya, y lo que le roía el corazón en aquel momento era la inmensa cólera que siente el hombre ante el dolor que se abate sobre todos los hombres ». Hasta la rebelión que nace únicamente de la piedad puede devolver su sentido a la vida.

El caso de André Malraux es más singular, porque este epígono francés de Nietzsche ha pasado del comunismo al gaullismo, dando la impresión de que sigue siendo nietzschano. Su tumultuosa parábola parece, en último término, la aventura de un « superhombre » en busca de pruebas y de ocasiones para la propia exaltación ; pero sería injusto considerarla como un cambio externo, propio de un héroe de película. En efecto, desde *La tentación del Occidente*, hasta la *Psicología del Arte*, hay algo más que un cambio de escena. En 1926, Malraux anunciaba también la bancarrota histórica de Europa, « este cementerio donde sólo duermen conquistadores muertos ». La revuelta comunista de los pueblos de color pudo parecerle como una derivación tentadora ; pero su adhesión fué bastante ambigua. En las páginas de *La condición humana*, el sentido viril de la fraternidad alternaba con la embriaguez de la acción pura. En *Tiempos de desprecio* se vuelve a encontrar, con un tono más convencido y angustiado, la invocación a la fraternidad, como la última salvación contra la desesperación nihilista, y la fraternidad está representada por el sacrificio de un compañero desconocido, para salvar al jefe comunista Kassner de la tortura nazi. Pero ese soldado de filas, ¿ había actuado por iniciativa propia o por orden del partido ? ¿ Acaso puede fundarse de otro modo la fraternidad que en la libre elección o en la responsabilidad personal ? « La servidumbre económica es dura, dirá el viejo Alvear en *La esperanza*, pero si para destruirla hemos de reforzar la servidumbre política, militar, religiosa o política ¿ qué me importa entonces ? » Las revoluciones, como los árboles, se conocen por sus frutos.

Ya sé que son ejemplos aislados, y sé también que no basta pareja de golondrinas para hacer una primavera; pero esos casos indican un camino de salvación, una verdadera puerta de escape del nihilismo, que arranca de cierta substancia irreductible y recóndita del hombre.

PERO ahora quisiera reanudar la conversación en el punto que más me interesa y que, por un momento, ha quedado en suspenso. En el fondo, la situación espiritual de que quiero hablaros, presenta afinidades con las que acabamos de recordar; pero esta es la consecuencia de un itinerario distinto y tiene un significado propio. En el punto de partida de ese itinerario no se encuentra casi nunca la meditación filosófica, ni la persuasión científica, sino, todo lo más, una revuelta instintiva contra el ambiente familiar y social. Cierto domingo cesamos de ir a misa, no porque de pronto los dogmas nos aparezcan falsos, sino porque la gente que asistía a ella se aburría y sentía la atracción de los que se mantenían apartados de esta práctica. La revuelta de un joven contra la tradición es un hecho frecuente en todos los tiempos y en todos los países, y rara vez se presenta exenta de ambigüedad. Según las circunstancias, la revuelta puede conducir a la Legión Extranjera, al delito común, al arte cinematográfico, al convento o al extremismo político. Lo que decidió nuestra revuelta fué la elección de los compañeros. Fuera de la iglesia se encontraban los « cafoni ». Y, como enseña la experiencia, una vez consumada la elección, la evolución ya carece de originalidad. Sin oponer resistencia alguna, sino más bien con el fervor bien conocido de los neófitos, se acepta el lenguaje, los símbolos, las normas de organización, la disciplina, la táctica, el programa y la doctrina del partido de los nuevos compañeros. No debe sorprender que las nociones del catecismo y las de los libros de la escuela no constituyan, en la mayor parte de los casos, ningún obstáculo serio para la aceptación dócil de la nueva ortodoxia. En realidad, no se siente siquiera la necesidad de refutarlos, porque los dogmas del catecismo y las nociones de los manuales escolares forman parte del mundo

que se ha abandonado. Estos no son ni verdaderos ni falsos; son « burgueses », hojas secas. La elección es emotiva, carece de lógica. El hecho de que, una vez aceptada globalmente la nueva ortodoxia, reivindique además el carácter de científica y de objetiva no es la incongruencia menor, sobre la que buscaría en vano atraer el juicio crítico del converso. Esta es la regla general. He leído cierto número de biografías de anarquistas, de socialistas, de comunistas y de fascistas y estoy más o menos al corriente de las circunstancias que llevaron al activismo político a numerosos concidos míos: no he encontrado todavía una sola excepción al esquema que acabo de trazar. Y si existen excepciones, deben de ser muy raras. Nos declaramos subversivos o conservadores por motivos que llevamos dentro de nosotros, con frecuencia en términos poco claros. Antes de escoger, somos escogidos, sin que nos demos cuenta de ello; y generalmente, la nueva ideología se aprende más tarde en las escuelas del partido, al que ya, entretanto, uno se ha adherido, por un acto de fe. Por otra parte, y como es natural, en todo símil se desarrolla el proceso inverso, el de la abjuración. La ideología es objeto del mismo trato brusco que se ha reservado al catecismo o a la historia de la patria. En resumen, hablando en términos anticuados, también en el camino del arrepentimiento, la mente va a remolque del corazón o, según la salud del interesado, del estómago.

Pero nosotros no podemos renunciar a darnos cuenta de ello. ¿Qué podían representar los « cafoni » a los ojos de un estudiante, en los años que precedieron a la primera guerra mundial, para que éste abrazara su causa? En realidad, no podía pensar en una carrera política. Por otra parte, no conocía aún la orgullosa profecía de Marx, que saludaba en el proletariado al legítimo heredero de la filosofía moderna. Ignoraba asimismo que, después de las Cinco Jornadas de Milán, Carlo Cattaneo había anunciado la unión, ya indivisible en lo sucesivo, del proletariado y de la libertad, destinados a recorrer juntos la nueva era, como el caballo y el jinete. Y tampoco tenía noticias de la teoría de Rosa Luxemburgo sobre la espontaneidad natural revolucionaria de los obreros; ni de la

teoría de Lenin sobre las fuerzas motrices del progreso en la sociedad moderna ; ni sabía nada de Sorel, ni de otros profetas del nuevo Mesías. Pero si no habían llegado todavía a esta remota región de la Italia meridional las nuevas teorías revolucionarias sobre la misión histórica del proletariado, precisamente en aquellos años, y gracias al impulso dado por los obreros recién regresados de América, aparecían las primeras ligas de resistencia de los campesinos pobres, suscitando miedo y perturbación indecibles. No debe sorprender que el tumulto insólito que percibía un joven, ya descontento en su fuero interno por el ambiente local, llevase a su ánimo una profunda transformación, es decir la convicción de que en una sociedad vieja, cansada, agotada y aburrida como aquella, los pobres representaban el recurso extremo : una realidad cuya compañía habría de ser saludable.

Transcurrían entonces los últimos años de una época en que numerosos hechos parecían confirmar la validez del mito de la misión liberadora del proletariado. La fascinación de este mito excedía mucho del estrecho marco de la política de los partidos. Era la gran alternativa popular para el nihilismo decadente, anunciada por Nietzsche : la promesa de una nueva tierra y de un nuevo cielo. La vida moral, el arte y el pensamiento estaban influidos por ella. Y las crónicas parecían dar razón a Rosa Luxemburgo. En estos años, no se corría aún el riesgo de verse desmentido al afirmar que allí donde actuase una organización obrera, cualquiera que fuese el régimen, el clima o las condiciones sociales, esta organización, a pesar de sus defectos, avanzaría « naturalmente » en dirección de la libertad y de la renovación. Incluso había ocurrido un episodio que se considera clásico en la historia del movimiento obrero, y que parecía creado para demostrar, hasta a los más escépticos, el fundamento de la teoría de Rosa Luxemburgo sobre la espontaneidad liberadora de los obreros. Hacia 1905, en Moscú, la policía secreta zarista, la Ocrana, tomó la iniciativa de promover la fundación de un sindicato obrero, con objeto de atraer a los agitadores clandestinos y detenerles. Estos olfatearon pronto el engaño y se mantu-

vieron alejados de él ; pero el sindicato, a pesar de su origen policíaco, por estar formado por auténticos proletarios, se convirtió espontáneamente en una organización revolucionaria, hasta el punto de que la propia Ocrana se vió obligada a disolverlo.

Pues bien, todos sabemos ahora que, con el tiempo, el mito de la fatalidad del progreso, lo mismo que el de la espontaneidad liberadora del proletariado, se han desvanecido. Las recientes experiencias de los sindicatos nazis, salazaristas, peronistas y, en un sentido más amplio, los reformistas y los cooperativistas, han acabado por convencer de ello hasta a los que se resistían a admitirlo, partiendo solamente de la base de la degeneración del comunismo. Pero ahora, repito, el ocaso de aquel mito constituye una prueba evidente para todo el que quiere tomarse la molestia de estudiar las condiciones del mundo y no se contrae al distrito en que vive. Ya no se trata únicamente de una clase limitada de obreros privilegiados (la llamada « aristocracia proletaria » de los países imperialistas, que sólo es posible por la explotación de los pueblos coloniales) ; ni de las categorías inferiores, todavía plebeyas, que han quedado al margen del proceso de la producción — el « lumpenproletariat » —, sino de las masas normales de obreros. El acontecimiento tiene para los marxistas este significado evidente : el mismo modo de vivir no determina ya un modo de pensar idéntico o afín. La conciencia de clase ya no es un producto natural de la clase. Puesto que se ha creado esta situación, puesto que sobre los problemas fundamentales del hombre de hoy ya no existe, con carácter mundial, una orientación, un pesc, una eficacia unánime del mundo obrero que tienda hacia la libertad, el resultado ha sido una nueva dimensión, no sólo de la vida política, sino también de la espiritual. Espiritualmente, el mundo obrero se ha fraccionado. Y este fenómeno es general. El caballo de Carlo Cattaneo ha derribado al jinete y ha vuelto al estado salvaje. Como ya hemos visto, el obrero puede ser activista de las causas más opuestas : puede ser camisa negra y resistente, verdugo y víctima, o sencillamente, en los países ricos y tranquilos, un filisteo holgazán, sin ideales, asegurado contra el desempleo,

contra la vejez, contra la enfermedad y hasta contra el peligro de que quiebren las sociedades de seguros. Pero, especialmente en los países pobres, y a causa de su relativa sencillez, el proletariado puede ser la presa de los extremistas opuestos. Puede ser todavía Cristo, el pobre Cristo que toma sobre sus hombros los pecados de los demás y se sacrifica por ellos; y puede ser también Barrabás, el innoble Barrabás totalitario, que pisotea todo lo que hay en el hombre de más humano. Sea como fuere, en la escena, desempeña el papel de protagonista. Por la posición que los obreros ocupan en el proceso de la producción, por su número, por su mayor competencia y homogeneidad social, la orientación que en todos los países asumen, constituye el factor decisivo del destino político. No hay otro más poderoso. De él depende la libertad de los hombres, y todo lo demás. Pero puesto que ya no es la clase, sino más bien la conciencia la que decide, habremos de empezar de nuevo.

¿ A qué estado han quedado reducidas las conciencias? Basta mirar a nuestro alrededor. El nihilismo se ha propagado de las clases elevadas a todas las esferas sociales. La epidemia no ha perdonado los barrios populares. El culto del nihilismo, de la fuerza y del éxito es hoy día universal. Y también es nihilista esa cobardía general que identifica la Historia con los vencedores. Los muertos, los débiles ¿ están siempre equivocados? ¿ Estaba equivocado Mazzini? ¿ Dejó de tener razón Trotski, porque fué vencido? ¿ No tuvieron razón Gobetti y Matteotti? Y Gramsci, ¿ empezó sólo a tener razón en abril de 1945? ¿ Dejará de tenerla, si disminuye la fuerza de su partido? Y el miedo de la bomba de hidrógeno, ¿ es el miedo de una razón superior, de una razón más convincente que las demás?

A la común inseguridad personal que representa en nuestra época la consecuencia de la crisis económica y de la invasión del Estado, así como de la política en todos los campos de actividad del hombre, corresponde la busca afanosa, por parte del individuo, de seguridad y protección en uno de los partidos de masa, lo que no excluye el doble juego con el partido ad-

verso, que puede ser el vencedor de mañana. Si las críticas ideológicas y las campañas morales no sacuden la compacidad de los partidos de masa y dejan indiferente a la mayor parte de los afiliados, esto sucede precisamente por el motivo mencionado, y son muy raros los que se adhieren por íntima convicción ideológica. Esta disposición oportunista del individuo, obsesionado por la propia seguridad y la de su familia, va a la par con la tendencia usurpadora de las entidades colectivas. A decir verdad, no sabría indicar cual es la colectividad que pueda considerarse hoy inmune a la lepra del nihilismo. Diríase realmente que la vida de asociación crea la temperatura más favorable para la incubación de sus gérmenes. El mecanismo mortífero es el mismo siempre: cada grupo o institución sale en defensa de un ideal, se identifica rápidamente con él y después hace la sustitución, poniendo el propio interés en el vértice de todos los valores. « El que perjudica al partido está en contra de la Historia ». Los afiliados no se sienten incomodados por esto; hasta encuentran su beneficio en ello. Las ventajas no son despreciables, ya que la abdicación de toda responsabilidad personal es completa. Si, por una desdichada hipótesis, alguno de ellos se siente asaltado por la duda, no tiene más que dirigir una pregunta a la oficina de propaganda. En los casos delicados, la respuesta es enviada a domicilio. Son pocos los que se dan cuenta de que la tiranía de los medios sobre los fines es la muerte natural de otros fines más nobles. Y la reducción del ser humano a instrumento y materia prima da un carácter engañoso a toda pretensión de asegurar la felicidad del hombre.

No existe una imagen más triste de los perseguidos que la de cuando a su vez se convierten en perseguidores. No sé si es muy conocida la carta que Simone Weil escribió a Bernanos, en la primavera de 1938, a propósito de la guerra civil de España. La vehemente acusación del escritor monárquico y católico contra los excesos de la represión franquista en la isla de Mallorca, puede equipararse a la triste confesión de la joven intelectual revolucionaria, que se hallaba como voluntaria en el campo de los republicanos. La carta

no se ha publicado hasta hace poco, y expresa el horror de una mujer sensible por las inútiles matanzas que acompañaron aquellos acontecimientos. Pero ella había asistido a una cosa que le dejó una impresión más penosa todavía que la violencia brutal. Sería difícil citar un testimonio más puro y desinteresado y una evolución más ejemplar.

« No he visto nunca — escribe — ni entre los españoles, ni entre los franceses que vinieron a combatir o a pasear (y estos últimos eran a menudo intelectuales oscuros e inofensivos), no he visto a ninguno que expresara, por lo menos en la intimidad, repulsión o disgusto, o siquiera desaprobadón, por la sangre derramada inútilmente. Usted habla de miedo. Sí, el miedo ha contribuído a estas matanzas; pero donde yo he estado, no he visto que tuviera el papel que usted le atribuye. Hombres, en apariencia valerosos, narraban en el curso de una comida entre camaradas y con una sonrisa fraternal, el modo como habían matado a curas y a « fascistas », palabra de significado bastante amplio. He tenido la sensación de que, cuando las autoridades temporales y espirituales han separado a una categoría de seres humanos de aquellos cuya vida tiene un precio, entonces no hay nada más natural para el hombre que matar a éstos. Cuando se sabe que se puede matar, sin exponerse a castigos ni vituperios, se mata; o por lo menos, se dirigen sonrisas estimulantes a los que matan. Si acaso se experimenta, al principio, un poco de repugnancia, se la disimula y se la sofoca, por miedo a que se la considere como una falta de virilidad. En esto hay un impulso, una embriaguez a la que es imposible resistir, sin un valor moral, que por fuerza debo considerar excepcional, porque no lo he encontrado en nadie. He visto, en cambio, a franceses tranquilos, que yo no había despreciado hasta entonces y que, por sí mismos no hubieran pensado nunca en matar, que se sumergían, con visible placer, en aquella atmósfera impregnada de sangre. Una atmósfera semejante llega hasta a hacer desaparecer el objetivo mismo de la lucha. Porque no se suele formular ese objetivo, si no es relacionándolo con el bien público,

el bien de los hombres; y los hombres no tienen valor ».

Y la carta concluía así :

« Se parte como voluntario, con ideas de sacrificio, y se cae en una guerra de mercenarios, en la que además hay mucha crueldad ».

Naturalmente, no faltarán imbéciles que considerarán la carta de Simone Weil como derrotista; pero la derrota la había precedido ya, como la enfermedad precede al diagnóstico. En este naufragio universal de la moral, ¿ a qué tabla nos podemos agarrar para no hundirnos? Entre los pensamientos de la misma Simone Weil, reunidos bajo el título *La gravedad y la gracia*, se puede leer esta respuesta indirecta, cuya significación sale de la esfera de la política: « es menester estar siempre dispuestos a cambiar de lado, como la justicia, esta fugitiva del campo de los vencedores ».

Claro es que ya estamos muy lejos de la situación sencillísima, en que nos rebelamos contra el ambiente familiar y pasamos al lado de los proletarios. Los proletarios de este mundo ya no están de acuerdo entre sí; ya no encarnan un mito, y si se les acompaña a todas partes y de cualquier modo, se corre el riesgo de acabar donde menos se desea. A la elección inicial, se impone otra suplementaria. Para juzgar a los hombres no basta ya con observar si tienen callos en las manos, hay que mirarles a los ojos. La mirada de Caín es inconfundible. ¿ Estamos al lado de los condenados a trabajos forzados o al de sus guardianes? Es éste un dilema del que ya no podemos evadirnos, porque nos lo imponen los propios verdugos. « ¿ Estáis con nosotros o contra nosotros? », nos intiman. Es menester llamar al pan, pan, y al vino, vino. Nosotros no entendemos sacrificar a los pobres en aras de la libertad, o más exactamente, de los burócratas usurpadores erigidos sobre sus espaldas. La fidelidad a los hombres perseguidos por su amor a la libertad y a la justicia compromete el honor personal. Esta definición vale más que cualquier fórmula abstracta de programa. Para estas luces de luna, ésta es la verdadera piedra de toque.

Lo que se ha dicho debería bastar también para explicar por qué, en general, e

humanismo genérico, literario y filosófico no nos conmueve. Tal vez vuelva una época que le sea más propicia; pero por ahora nos sentimos muy alejados de la serena armonía que esto representa. Parece que en nuestro tiempo, la complacencia de hombre en sí mismo, en lo que concierne a este aspecto, tiene escasos puntos de apoyo. En realidad, el hombre de hoy está bastante mal representado. Una imagen del hombre moderno que no se aparte demasiado del original, ha de ser forzosamente deforme, dividida, fragmentaria, en una palabra, trágica.

Nuestros problemas son limitados. No somos creyentes, ni ateos, y ni siquiera somos escépticos. En la inseguridad y discutibilidad de las premisas metafísicas, y hasta las simplemente históricas, el sentido moral adquiere un espacio insólito y asume además la función de guía del conocimiento. No obstante, queda una cosa concreta que nos salva de un moralismo abstracto. El sentido moral no actúa nunca en una situación de « tabla rasa ». Por lo que a nosotros se refiere, la carga emotiva que impulsa a la elección inicial no está agotada por las decepciones. Fuera de cada partido o de cada iglesia son muchos los que llevan en secreto estos mismos estigmas. Y a pesar de todo, ¿ qué nos queda ? Algunas certidumbres cristianas nos parecen tan enmuralladas en la existencia humana que se identifican con ella. No creo, en absoluto, tener derecho a hablar de fe, sino de una cierta confianza. Esta confianza se rige y se mueve a impulsos de algo más que la compasión de que nos habla Albert Camus. Se rige por la certidumbre íntima de que somos libres y responsables, y se mueve ante la necesidad absoluta de abrirse a la realidad íntima de los demás. La posibilidad de la comunión de las almas,

¿ no es la prueba irrefutable de la fraternidad de los hombres ? El amor de los pobres nace (renace) de esto, como un corolario natural, que ninguna desilusión puede ya poner en duda, a no ser un amor interesado. ¿ Cómo resignarse a que sean sofocadas las posibilidades del hombre ? Creo que la vida moral ya no es concebible fuera de este deber fundamental. Pero esto no debe entenderse en el sentido político de poder o de tiranía. Servirse de los pobres para alcanzar el poder y traicionarlos después, es indudablemente el más inicuo de los sacrilegios, porque los pobres son los más indefensos de los hombres. Y evidentemente, esto no es suficiente para resolver todos los problemas. Debemos confesar humildemente que no poseemos ninguna panacea. Ya es mucho esta confianza que nos permite continuar viviendo. Nuestro cielo está vacío, y este breve círculo de luz nos permite apenas ver donde ponemos los pies para andar.

Esto equivale a decir que la situación espiritual que he descrito no admite ninguna apología, ni ninguna vanidad. Francamente, es más bien un repliegue. Parece un campamento de fugitivos en una tierra de nadie; es un campamento descubierto por casualidad. ¿ Qué queréis que hagan los exiliados de la mañana a la noche ? Pasan lo mejor de su tiempo contando sus historias. En realidad, no son historias divertidas; pero se las cuentan, más que nada, para tratar de comprender.

Ahora bien, mientras subsista una voluntad obstinada de comprender y de comunicar lo que se ha comprendido, quizá no haya razón para desesperar del todo.

IGNAZIO SILONE

ASIA ENTRE MALTHUS Y MARX

POR RAYMOND ARON

DIEZ años atrás, los occidentales no comprendían a los comunistas.

R. D. Roosevelt reconocía a la Unión Soviética el derecho a establecer en Europa oriental gobiernos « amigos », el general Marshall se esforzaba por favorecer un gobierno de coalición entre Tchang Kai Chek y Mao Tse Tung. Hoy, los occidentales han ganado el tiempo perdido y, a veces, dans la impresión de querer comprender a los comunistas mejor de lo que éstos se comprenden a sí mismos.

Estos últimos se creen obligados, en público por lo menos, a dar una interpretación de sus victorias en consonancia con su ideología. Ahora bien, es un hecho que salta a la vista que la revolución de 1917 difiere, en sus líneas esenciales, de ese sobresalto del proletariado contra el capitalismo, con que había soñado Marx, como un momento supremo de la historia humana. Las « revoluciones desde arriba », ejecutadas por los partidos comunistas a favor de la ocupación rusa en la Europa oriental, o la conquista de China por el ejército popular de Mao Tse Tung, no pueden asimilarse a la autodestrucción del capitalismo, víctima de sus contradicciones.

En el curso de estos últimos años, todos hemos observado la distancia que existe entre el mito y la realidad, entre los esquemas marxistas y los acontecimientos. Pero, al mismo tiempo, hemos esbozado, aun en contra de nuestras intenciones, una teoría sociológica de las revoluciones pseudomarxistas en los países insuficientemente

desarrollados. Esta teoría no representa la equivalencia de una necesidad histórica, pero trae consigo tres elementos que, juntos, sugieren la probabilidad y significación del acontecimiento.

Pone de relieve las circunstancias que favorecen este tipo de revolución : el exceso de población en el campo, la supervivencia de un régimen agrario detestado por los campesinos, la miseria en las primeras construcciones obreras alrededor de las ciudades, la conmoción del antiguo orden como consecuencia de la guerra, etc. Atribuye un papel destacado al partido, formación original que no se confunde con ninguna clase social y cuyo estado mayor se recluta, sobre todo, entre los intelectuales, y cuyos dirigentes y militantes responsables son profesionales de la acción política. Por último, reconoce al régimen de democracia popular, cualesquiera que sean el horror y los métodos empleadcs, el mérito de realizar una tarea indispensable : la industrialización de los países insuficientemente desarrollados. El partido comunista substituye a los jefes de empresa, que no existen ; el ahorro colectivo, impuesto por el Estado, permite prescindir del ahorro privado, que el bajo nivel de vida de las poblaciones haría insuficiente ; la disciplina y la ideología, inspiradas en el marxismo-leninismo, crean cuadros sociales y morales adaptados a las necesidades de la sociedad industrial.

La polémica sobre la versión que los stalinianos dan de los acontecimientos ya

no tiene apenas interés, porque los que continúan creyendo en ella no son vulnerables a los argumentos. En cambio, los que en el campo progresista se esfuerzan por fundamentar su actitud en la razón, adoptan más o menos claramente la teoría sociológica que acabamos de esbozar. El comunismo es la expresión de la rebelión contra el Occidente de las masas campesinas de Asia explotadas y hambrientas. Ofrece una especie de sustitutivo del capitalismo, y evita la dominación de las potencias coloniales, que sería la consecuencia inevitable si se recurriese a los capitales extranjeros.

La voluntad de progreso económico es común a todos los países de Asia, lo que no quiere decir que anime a las masas campesinas (nadie sabe nada, y lo probable es que éstas continúen, en su mayor parte, viviendo de acuerdo con la tradición). Las minorías gobernantes que han tomado el poder contra los Occidentales o con el asentimiento de éstos tienen la ambición de dar al nuevo Estado los instrumentos de poder y de mejorar las condiciones de existencia de los pueblos. El porvenir de los regímenes que han sucedido a los imperios europeos depende, a la larga, de los resultados obtenidos en la lucha contra la debilidad y la miseria.

Las contradicciones iniciales del desarrollo económico

Con frecuencia se habla del círculo vicioso de la miseria. La jerga marxista de la dialéctica podría aplicarse fácilmente a la situación de los países insuficientemente desarrollados. Estos países son demasiado pobres para estar en condiciones de ahorrar, y si falta el ahorro, ¿cómo hacer inversiones? Sin inversiones no se puede salir de la pobreza. Pero conviene ir más allá de estas fórmulas corrientes y recordar las contradicciones económicas y políticas, características del desarrollo insuficiente (noción que se emplea de buena gana en relación con las viejas civilizaciones y que indica sencillamente la obsesión de la civilización industrial del Occidente, tomada como norma de la Historia).

El progreso económico exige que la cantidad de los bienes producidos cada año

aumente más de prisa que la población; que el suplemento de producción no se consuma enteramente y sirva para aumentar el volumen de las inversiones y, si es posible, el porcentaje de estas últimas, en relación con la renta nacional. Ahora bien, los campesinos, como consecuencia de su mala alimentación, tienden a consumir la totalidad de la producción suplementaria. ¿Cómo llegará el Estado a imponer un ahorro que debe crecer, por lo menos, al mismo ritmo que la renta nacional, y a impedir que el aumento de las subsistencias sea inmediatamente compensado por el de las bocas que hay que alimentar?

En realidad, el progreso económico exige el traslado a las zonas industriales de la mano de obra excedente en el campo. En algunos casos extremos de exceso de población, la reducción de la mano de obra favorece por sí misma el aumento de las cosechas. Pero basta con que la cosecha se mantenga al mismo nivel con una mano de obra reducida para que la renta nacional aumente, a condición tan sólo de que los obreros venidos del campo encuentren un empleo remunerador en las ciudades. Si la cosecha es la misma, hay que destinar una porción mayor al alimento de las ciudades y es preciso movilizar ciertos capitales para suministrar los medios de producción a los obreros.

Así, esquemáticamente, parece que un régimen soviético habría de poder satisfacer las diversas condiciones indispensables para la industrialización. El Estado es lo bastante fuerte para crear un ahorro importante, aun en contra de los deseos de la población. El ahorro se obtiene al mismo tiempo de los campesinos, gracias a los precios ínfimos a que se pagan los productos agrícolas, y de los obreros, gracias al impuesto sobre las transacciones, que crea, en provecho del Estado, una diferencia entre el precio de compra de los alimentos en los koljoses y el precio de venta a las poblaciones urbanas. La decisión de las inversiones, que en una economía libre depende de una minoría de individuos, no faltará nunca en un régimen comunista, puesto que la adoptan los dirigentes del partido, la ejecuta la administración pública y los activistas y propagandistas se

encargan de inculcarla en las masas. De este modo, la industrialización se convierte en la tarea común de gobernados y gobernantes, la ideología va ganando terreno y suscita una disciplina colectiva y una manera de pensar conforme con las exigencias de la sociedad industrial.

Un régimen democrático está sometido por su esencia a las presiones y a las resistencias de los productores organizados. Pero la fase inicial de la industrialización no se establece sin perjuicios para los intereses reconocidos, ni sin violencia para ciertas costumbres y ciertos derechos. El desarrollo equilibrado de una economía supone una centralización del poder. Pero, ¿es compatible esta centralización con los métodos electorales y parlamentarios ?

¿ No sería posible que un régimen revolucionario no comunista ofreciese la fórmula que se busca para sustituir al comunismo que, por su subordinación a Moscú, su fanatismo ideológico y su terrorismo, rebasa las necesidades históricas y pone en peligro la paz del mundo ? Se concibe que sea un régimen autoritario, pero no totalitario, el que se encargue de la transición entre la economía estancada y la economía progresiva, siempre que no suprima la libertad, con el fin de mantener la situación de los privilegiados, de los propietarios de bienes raíces o de los comerciantes. Sin embargo, un régimen autoritario, aun inspirado por el sincero deseo de favorecer el progreso económico sustraído a la presión de los « dominantes », ¿ podría disponer de la fuerza necesaria para ejecutar y animar un programa de transformaciones profundas, mientras no esté en comunicación con las masas merced a la doble mediación de una ideología y de una organización cuyas ramificaciones se extiendan hasta las aldeas ?

He aquí bosquejados los razonamientos justificativos. Antes de discutirlos, hagamos dos preguntas : ¿ el ejemplo soviético tiene valor de ejemplaridad para Asia ? ¿ Es concebible o practicable otro método ?

El modelo soviético

Recordemos, en primer lugar, que en los últimos veinte años que precedieron a la primera guerra mundial, Rusia logró

salir del « círculo vicioso » del estado de desarrollo insuficiente con la ayuda de capitales extranjeros. Probablemente, en el curso del siglo XIX, el aumento de la población había sido mayor que el de la producción agrícola.

Pero, entre 1900 y 1913, la superficie sembrada de cereales aumentó en un 8 %. Entre 1896 y 1913, las cosechas progresaron en un 38 %, o dicho de otro modo, crecieron más rápidamente que el número de bocas que había que alimentar (de 127 millions a 167, entre 1897 y 1914) (1). La renta nacional aumentó en un 39,4 %, entre 1900 y 1913, y como en este mismo espacio de tiempo la población creció en un 19,1 %, queda una progresión de la renta efectiva por persona de uncs 17,1 %. Suponiendo que la técnica soviética de modernización responda a las necesidades de los países insuficientemente desarrollados, nada autoriza a pensar que esta técnica fuera indispensable para la propia Rusia, que no era en modo alguno prisionera de la dialéctica de la pobreza.

¿ Se han obtenido resultados concluyentes con esa técnica en la Unión Soviética ? No cabe duda de que el resurgimiento de la industria pesada es impresionante. Pero si se considera la proporción entre las subsistencias y la población, la impresión ya resulta distinta. En primer lugar hay un hecho que no ofrece dudas, puesto que lo han confesado los portavoces oficiales del régimen : los efectivos del ganado bovino son inferiores, en 1953, a los efectivos de 1916 (de 58,4 a 56,6), los del ganado ovino son superiores en un 14 % (de 96,3 a 109), los del porcino lo son en un 23 % (de 23,0 a 28,5), aumento que es inferior al de la población (alrededor del 30 %, si se comparan las cifras de 1916 en el interior de las fronteras de 1913, y las de ahora, dentro de las fronteras de 1945). Si contrastamos las cifras actuales con las de 1928, la baja será aún más evidente, ya que los efectivos de bovinos, ovinos y porcinos eran en esas fechas, respectivamente, de 70,5, 146,7 y 26,0. En lo que se refiere a la ganadería, la agricultura soviética no ha mejorado, y allí donde ha habido algún

(1) N. S. TIMACHEFF : *The Great Retreat*. Nueva York, 1946.

progreso, éste ha sido muy inferior al de la población.

Se podría objetar que el atraso en la ganadería es en parte voluntario, porque las calorías de la carne o de la leche son ricas y caras. En la misma superficie, el trigo produce más calorías que el ganado. Con este motivo, el Sr. Sauvy sugiere que la diferencia entre el desarrollo de los cereales y el de la ganadería se explica, en parte al menos, por la preocupación de economizar recursos (2). Es probable que dentro de la producción total de cereales, la parte de los cereales panificables haya aumentado efectivamente. A pesar de todo, las superficies sembradas han aumentado, especialmente, para las plantas industriales (8,4 % del total de la superficie cultivada, en vez de 4,3, en 1913); para las legumbres (7,1, en vez de 3,6), y para los forrajes (14,2, en vez de 2,0). Parece, pues, que el atraso de la ganadería debe imputarse, sobre todo, a la resistencia de los campesinos y a la ineficacia de la técnica empleada.

Sea como fuere, en 1938, según los mejores observadores de la realidad soviética, la cantidad de cereales disponible por persona había disminuído algo, en relación con el año 1913. Admitiendo que en 1952 hubiera una cosecha de 1.050 quintales de grano (cifra obtenida reduciendo en 20 % la cifra oficial de las cosechas antes de su recolección, esa cantidad representa para una población de 210 millones de almas, unos 5 quintales por persona (cifra poco más o menos igual a la de 1913, calculada según los datos del economista ruso N.S. Prokopovicz en 4,9 quintales). Los únicos cultivos que han aumentado mucho más rápidamente que la población son el de la remolacha azucarera y los de las plantas industriales.

Según estas cifras, parece dudoso que la fórmula de Malenkov — « el problema de los cereales ha sido victoriosa y definitivamente resuelto » — sea completamente exacta. El comentario de Khrutchev, en marzo de 1954, para explicar a los obreros que « la producción de cereales no cubre las necesidades crecientes de la población »

(2) A. SAUVY, *Théorie générale de la population*. París, 1952.

parece estar más de acuerdo con los hechos. De 1913 a 1939, la cantidad de grano disponible por persona había disminuído; de 1913 a 1952, es probable que se haya mantenido más o menos al mismo nivel.

Es verdad que, entretanto, se han producido dos transformaciones. La industria ha absorbido, no sólo el aumento natural de la población campesina, sino también una parte de la misma. Una mano de obra reducida en un 30 % o tal vez más, produce las subsistencias en cantidades relativas apenas comparables a las de ayer. Por otra parte, la fracción de las cosechas que colecta el Estado ha aumentado de una manera exorbitante, y ha pasado de menos de 15 %, en 1929, a más de 40 %, en 1938 (3).

Para completar este esquema del método soviético de industrialización, conviene anotar un último hecho. El aumento de la población soviética, en el curso de los últimos 40 años transcurridos desde 1914, se ha visto retardado por una serie de catástrofes históricas. Sin contar las pérdidas de la primera guerra, la población disminuyó en 8,3 millones, entre 1918 y 1929; las pérdidas ocasionadas por el hambre, en 1921, se cifran en 5 millones; los años de carestía de 1933-34 han costado 9 millones de vidas humanas; por último, el total de las pérdidas de la guerra de 1939-35, teniendo en cuenta el déficit de los nacimientos, parece que asciende a 37,5 millones (4). Las guerras civiles, el hambre provocada por las revoluciones y las guerras extranjeras han desempeñado, desde 1914, el papel que Malthus deseaba ver desempeñado por la voluntad moral.

Se puede imaginar que el desarrollo económico hubiera sido distinto sin esas catástrofes históricas. Resulta imposible calcular con exactitud la reducción de las subsistencias imputable a las catástrofes; pero es innegable que, en el curso de ese período, el aumento de la población hubiera tendido regularmente a exceder el de las subsistencias. Cada año la población crece

(3) HARRY SCHWARTZ : *Russias Soviet's Economic*. Nueva York, 1950.

(4) PROKOPOVICZ : *Histoire Economique de la Russie*. París, 1952.

aproximadamente en 3 millones, o sea al ritmo de 1,5 %. No se ha demostrado que la técnica soviética permita una progresión igual en la producción agrícola. Ésta se ha desarrollado bastante de prisa, después del período de hambre de 1933, y a partir de 1945. Pero en ambos casos se trataba de una especie de restauración. En la hora actual, la restauración está probablemente terminada y hay que tratar de mejorar los rendimientos. La experiencia pasada no justifica el optimismo por lo que respecta a la ganadería, ni desvanece las dudas por lo que se refiere a los cereales, a menos que los sucesores de Stalin estén dispuestos a aplicar métodos inéditos.

Marx o Malthus

Si, en sus grandes líneas, ha sido ésta la técnica soviética de industrialización, cabe preguntarse si la antítesis Malthus o Marx de que se sirve el Sr. Sauvy en su *Teoría general de la población*, no conviene más a la ideología que a la verdadera historia. Indudablemente, el comunismo ha logrado trasladar la población excedente del campo a las ciudades y a las industrias; la mecanización de la agricultura ha permitido obtener cosechas equivalentes con una mano de obra reducida. Pero no se comprende qué razón hay para agradecer a Marx esta industrialización que, según el autor del *Manifiesto comunista*, es una función cuya realización correspondía al capitalismo. Si hemos de creer al Sr. Sauvy, la técnica soviética tiene la ventaja de saltar la fase burguesa y evitar la constitución de clases medias que, en períodos de penuria alimenticia, son más temibles por su número y por el consumo de alimentos que una minoría poco numerosa de « dominantes ». Para ser convincente, este argumento exigiría una comparación entre las clases medias de una industrialización burguesa y las de una industrialización soviética, en la misma etapa de desarrollo. La industrialización soviética no crea artesanos, comerciantes, ni industriales, pequeños e independientes; pero crea, con asombrosa prodigalidad, los cuadros técnicos y administrativos, que son también los « medios ». Haciendo un cálculo estrictamente ajustado a la realidad, ¿sería

posible ver si los « interventores », policías y estadísticos del Este son más o menos numerosos que los « independientes » del Oeste? La respuesta a esta pregunta no se ha dado aún con exactitud.

Tampoco nos parece indiscutible la segunda ventaja que invoca el Sr. Sauvy (Op. cit. pág. 249) a favor de Marx y en contra de Malthus. Les democracias populares dedican a las inversiones las rentas de la clase que en otro tiempo fué dominante y rica, y que fué destruída para siempre. También aquí se impondría una comparación entre los privilegiados de ayer y los de hoy. ¿Ha disminuído tanto la parte de la renta nacional consumida por éstos que la amputación de los gastos suntuarios baste para liberar el ahorro necesario para las inversiones en masa? El Sr. Sauvy no lo pretende siquiera, puesto que escribe que la técnica soviética, por lo menos en su primera fase, no se preocupa de elevar el nivel de vida. La verdad es que, cualquiera que sea la contribución para el financiamiento de la industrialización que aporta el impuesto sobre los gastos de los privilegiados, el papel decisivo lo desempeña el ahorro forzoso a que la política de precios y salarios obliga a los campesinos y a los obreros, que habitan en el campo y en las ciudades,

Volvamos a las ventajas que habíamos reconocido inmediatamente a la técnica soviética: las inversiones no tienen el riesgo de verse frenadas por falta de empresarios, el financiamiento no supone la voluntad popular de ahorro, ni siquiera el consentimiento de no consumir. Las inversiones son decididas por el Estado y financiadas por todos los « dominados ».

Evidentemente, esta técnica no posee la ventaja que Marx atribuía en sus sueños al socialismo. Y según la experiencia actual, tampoco constituye una respuesta a Malthus. Ha permitido dar trabajo a la mano de obra sacada de los distritos rurales, y por este hecho, elevar la productividad por individuo de la población campesina. Pero los dirigentes de la Unión Soviética se han visto obligados a aumentar enormemente la parte que retienen de las cosechas. La reforma agraria, al multiplicar el número de campesinos propietarios, había reducido la fracción de la cosecha comercializada.

La colectivización parece que, al principio, fué más bien inspirada por el deseo de forzar a los campesinos a entregar el trigo, que por consideraciones de doctrina. La resistencia que ofrecieron precipitó la ruina temporal de la agricultura, la destrucción del ganado y el hambre de 1933.

En las democracias populares no se han repetido los mismos errores, ni se ha asistido a las peripecias trágicas que fueron las deportaciones de kulaks. A pesar de todo, la experiencia rusa conserva una significación de carácter general. Los planes grandiosos de industrialización, basados en la industria pesada, que no aportan un aumento inmediato y rápido de las subsistencias, obligan a las autoridades centrales a retener un porcentaje más elevado de las cosechas. Como estas entregas no podrían pagarse (el Estado no posee bastantes bienes de consumo) el recurso a la fuerza se hace inevitable. La colectivización en la Unión Soviética ha funcionado como medio de exacción forzosa; pero, hasta ahora, ha fracasado y ha dado resultados mediores como método de desarrollo agrícola.

En términos abstractos, la « contradicción » que no ha superado aún la técnica soviética es la siguiente: desde el momento en que se han suprimido los campesinos propietarios, ya no existen límites para las posibles exacciones; pero el exceso de éstas acaba por agotar la fuente del progreso: el campesino no siente el menor deseo de aumentar las cosechas, porque no puede conservar para sí el beneficio de sus esfuerzos. En otras palabras, cuando se trata de una industrialización rápida, hay que exigir el mismo porcentaje sobre una cosecha aumentada o exigir un porcentaje aumentado sobre una cosecha aproximadamente estacionaria. En la Unión Soviética se han visto en la necesidad de emplear el segundo término de la alternativa para la mayor parte de los productos agrícolas y, en particular, para los cereales y los derivados de la leche. Se ha entrado en el círculo vicioso de las exacciones enormes, que la insuficiencia de las cosechas hace necesarias, y de las cosechas que siguen siendo insuficientes, porque las exacciones suscitan la resistencia pasiva de los campesinos.

Esta experiencia acompañada de catástrofes históricas tan funestas para el plan de aumentar las subsistencias, ¿es verdaderamente ejemplar para Asia, abrumada por una alimentación deficiente? La industrialización que en todos los países occidentales ha ido acompañada de un aumento de la producción y de la productividad agrícolas, ¿no es acaso mucho más ejemplar, para los países insuficientemente desarrollados, que la experiencia soviética?

La industrialización ayer y hoy

Los países insuficientemente desarrollados del siglo XX no necesitan crear la civilización industrial; les basta con imitarla o importarla. En ciertos aspectos, esta transferencia es más fácil que la creación, pero también plantea ciertos problemas que no han conocido los países iniciadores.

Las ventajas de la imitación saltan a la vista: los conocimientos y la habilidad técnica, cuya adquisición y perfeccionamiento han requerido siglos en Occidente, bastará con algunos meses y algunos expertos para introducirlos en el Este. El país insuficientemente desarrollado obtiene o puede obtener el último grito de la ciencia occidental, las semillas seleccionadas, las máquinas agrícolas, las terapéuticas humanas y animales que el Occidente ha conquistado a fuerza de siglos de trabajos de investigación.

Pero estas ventajas van también acompañadas de dificultades, que el hombre de la calle y hasta ciertos especialistas tienen a veces a subestimar. El principio básico de un desarrollo sano es el equilibrio. Pero la tendencia a adquirir máquinas o industrias de 1954 para introducirlas en países, donde el nivel de vida, la estructura social, la distribución de la mano de obra son parecidos a los de la Europa de hace un siglo o dos, es a la vez inevitable y peligrosa. Las máquinas norteamericanas concebidas y fabricadas con miras a reducir la cantidad de mano de obra, ¿responden efectivamente a las necesidades de ciertas economías, que carecen de capital y poseen millones de brazos inútiles?

La atracción que ejerce la economía altamente desarrollada sobre la economía

insuficientemente desarrollada corre el riesgo de manifestarse de dos maneras. En nuestra época de nacionalismos, todos los gobiernos desean poseer el armamento propio de una gran potencia; pero algunas industrias de guerra han llegado a ser terriblemente caras. Los países insuficientemente desarrollados, incluso los muy poblados, pueden elegir entre someterse a una dependencia total del extranjero o procurarse instalaciones onerosas, imitadas del Occidente de 1954, pero que no están en armonía con el ambiente asiático. La creación de determinadas industrias (tales como la del automóvil, la electrónica) sería un mal negocio para las inversiones, en la etapa por que atraviesan actualmente las economías insuficientemente desarrolladas de Asia.

El modelo occidental, y sobre todo el norteamericano, reduce la propensión al ahorro de las colectividades de los demás continentes. El nivel de vida norteamericano, por lo que se puede apreciar viendo a los soldados, a los turistas, a los hombres de negocios y a las misiones diplomáticas, inspira a todos, dominantes y dominados, sentimientos de sorpresa y de envidia. « El efecto de demostración », que ha analizado el economista norteamericano Nurske (5), aumenta la tendencia a consumir entre los pueblos, que adquieren de este modo la conciencia de su pobreza. El hombre de negocios de todos los países libres quiere poseer un automóvil americano, las clases medias descubren, no una mejora de su suerte, a menudo efectiva, sino la inferioridad en que se encuentran en relación con las clases medias de Europa o de los Estados Unidos de América.

El modelo occidental, que agota el ahorro, estimula el consumo, incluso el suntuario, y produce todavía otro efecto, feliz y temible para el equilibrio de las colectividades. La medicina que se introduce en el Japón, en Ceilán o en la India, es la medicina de 1954. Con escasos dispendios, provoca una baja considerable de la mortalidad. Entre la época anterior y posterior a la guerra, la mortalidad ha disminuído casi en un 10 por mil (de 21,4

a 12,6 en Ceilán; de 19,7 a 9,9 en Puerto Rico). El promedio bruto de la natalidad, entre los años 30 y 40, era equivalente al de Europa, antes de 1800. Pero el de la mortalidad era apenas inferior a éste. En todos los países de Europa hubo un período en que la natalidad se mantuvo estacionaria o disminuyó lentamente, en tanto que la mortalidad bajaba con más rapidez. Fué un período de aumento rápido de población. Pero en Europa, esta baja de la mortalidad era debida sobre todo al progreso económico. En ciertos países insuficientemente desarrollados de hoy, esta misma baja se puede atribuir en particular a los progresos de la medicina. « La coexistencia de una mortalidad inferior a 15 por mil y de una natalidad de 40 por mil no es más que una excepción. Pero, en vísperas de la primera guerra, en los países occidentales, la mortalidad era de 15 por mil. Vemos, pues, que numerosos países insuficientemente desarrollados tienen la fecundidad de los países europeos de 1750 y la mortalidad de 1900. Entre ambos hechos hay una distancia de siglo y medio, por lo menos » (6).

Ya hemos visto que la originalidad de la experiencia soviética consiste en haber aumentado las exacciones sobre la producción agrícola más que el volumen de ésta, en haber consagrado la mayor parte de las inversiones a la industria pesada sin acumular los bienes de consumo que hubieran incitado a los campesinos a vender sus cosechas. Si quisiera aplicarse la misma técnica en un país como la India, las eliminaciones de bccas inútiles por las catástrofes históricas, a las que habría que resignarse, rebasarían mucho los 60 ó 70 millones de personas que las guerras, las revoluciones y los períodos de hambre han costado a Rusia, en el curso de los 37 años que han seguido a la Revolución.

La situación de la India

Ni en el aspecto agrícola, ni en el industrial, la situación de la India en 1950 es comparable a la de Rusia en vísperas del primer conflicto mundial. La Rusia de

(5) R. NURSKE: *Problems of capital formation in undeveloped countries*. Oxford, 1953.

(6) SAUVY, *op. cit.*

1913 producía 30 millones de toneladas de carbón, para 170 millones de habitantes. La India de 1950 produce 35, para 350 millones. Rusia producía 3 millones de toneladas de acero, la India produce 1,5. La relación entre población y subsistencias no era igual en la Rusia de entonces que en la India actual. Sería imposible calcular exactamente las calorías consumidas por persona en la Rusia de 1913 y en la India de 1950; pero es indudable que Rusia, que en 1913 disponía por habitante de más cereales y ganado que Francia y que exportaba una fracción de sus recursos alimenticios, no había conocido nada comparable a la reciente evolución demográfica y económica de la India. Desde principios de siglo, el aumento de la población ha sido más rápido que el de la producción de alimentos. Hace veinte años que la población sigue aumentando en 3 ó 4 millones por año y las cosechas de los principales productos alimenticios permanecen estacionarias. La diferencia entre el aumento de la población y el de la producción de la tierra no cesa de acentuarse. De 1880 a 1940, la superficie cultivada parece que ha aumentado en 12 millones de acres, o sea el 5 %, mientras que la población ha aumentado en dos tercios. En lugar de 1,5 acres por persona, la superficie disponible ha bajado a 2/3 de acre. Más de la mitad de los campesinos no poseen tierra alguna. En la actualidad, la superficie total sembrada de cereales alcanza 78,3 millones de hectáreas en la India, contra 104 en la Unión Soviética, para una población de 360 de habitantes, en la primera, y de 215 en la segunda. Toda tentativa de industrializar el país, contentándose con las cantidades de productos agrícolas disponibles ahora, produciría una catástrofe. El único método practicable de desarrollo, sin recurrir a ninguna violencia humana, implica la prioridad de la agricultura.

Estas proposiciones, evidentes en el caso de la India, ¿son también aplicables a la China? Antes de la guerra, la cantidad de calorías consumidas por cada individuo era ligeramente más elevada en la China que en la India. Las superficies cultivadas podían ampliarse más fácilmente. La producción total de cereales excedía, antes de la guerra, de 100 millones de toneladas, o

sea unos 40 millones de toneladas más que en la India. Es probable que la diferencia de población no fuera tan grande. Y no obstante, no es seguro que la China pueda imitar, en esta primera fase, a la Unión Soviética. Ciertos síntomas inducen a pensar que Mao Tse Tung se preocupa de desarrollar, en primer lugar, las cosechas y la industria ligera (textil). Pero parece asimismo que, después de esta primera fase — la de la reforma agraria — los dirigentes tropiezan con el obstáculo clásico: la necesidad de exigir, a modo de impuesto, un porcentaje sobre la cosecha, que no siempre es inferior a lo que representaban las rentas pagadas a los propietarios.

Se puede decir que la base alimenticia de todos los países de Asia es demasiado exigua para que pueda llevarse a cabo la industrialización sin un aumento importante de la producción agrícola. Si un régimen ha de incrementar las exacciones sobre las cosechas estacionarias, pasará por crisis más terribles aún que las que ha sufrido la Unión Soviética. Si se quiere buscar un modelo para la obra económica que se impone en los países de Asia, es probable que no sirvan ni Malthus ni Marx, aun cuando uno y otro tengan en parte razón. Antes bien habrá que recurrir a los que consideran que el origen de toda riqueza está en la tierra: nos referimos a los fisiócratas.

El ejemplo japonés

Existe una experiencia que podría servir de modelo mejor que el ejemplo soviético: la del Japón. A partir de 1870, los dirigentes de la era Meiji iniciaron el desarrollo económico del país sin recurrir durante los primeros años al capital extranjero, pero no sin adoptar la técnica occidental. El rendimiento del arroz pasó de 16 quintales en 1870 a 20 en 1890; a 24 en 1910 y a cerca de 40 en vísperas de la guerra. La cosecha de arroz pasó de 54 millones de quintales en 1881, a 114 en 1920 y a 125 en 1936.

Durante el medio siglo en que llegó a «occidentalizar» su economía, a partir de una base muy inferior a la de Rusia, el Japón logró duplicar la cosecha; hacer

cada año inversiones equivalentes al 12 y hasta el 17 % de la renta nacional; obtener de la agricultura un impuesto que hacia 1880 representaba el 80 % de los ingresos presupuestarios y que se fué reduciendo a medida que progresó la industria.

Por admirable que haya sido el desarrollo de la economía japonesa, acabó al fin como un problema sin solución. En 1872, la población ascendía a 34 millones; en 1896 a 42; en 1918 a 54; en 1943 a 73; y en 1954 a 87. En resumen, el número de habitantes rebasó los progresos hechos en la agricultura, que fueron, no obstante, considerables. La sediciones ocasionadas por el hambre empezaron en 1917, y las importaciones de productos alimenticios, en 1930...

La desproporción entre las subsistencias y la población se agravó enormemente con la tentativa imperialista y con la derrota. Para asegurar hoy día un aprovisionamiento mediocre (2.200 a 2.300 calorías por día) a la población japonesa, el Gobierno ha de adquirir en el extranjero productos alimenticios por valor de unos 500 millones de dólares. Se ha hecho tributario del mercado mundial de arroz y de cereales, y, por lo tanto, de las exportaciones de productos manufacturados. Esta solución, que es la misma de la Gran Bretaña, tiene más inconvenientes en el siglo XX en razón de la política comercial que practican la mayor parte de los países.

No por ello es menos cierto que en el orden económico no ha habido otro esfuerzo comparable al que realizó el Japón entre 1870 y 1930: aumentar las subsistencias un poco más de prisa que la población, que se duplicó en el mismo período en que se renovaban los métodos de enseñanza, se creaban los servicios públicos (ferrocarriles, bancos) de una sociedad occidental y se transfería a las fábricas y al sector terciario el exceso de población (en vísperas de la segunda guerra, la proporción de la mano de obra en el sector primario había bajado a 50 % aproximadamente).

En otras palabras, los dirigentes de la era Meiji consiguieron realizar lo que aún hoy parece extraordinariamente difícil: 1º, extraer de las cosechas una fracción suficiente para el suministro de las ciudades y procurar una parte del ahorro, sin des-

animar a los campesinos en su esfuerzo productivo (después de la supresión del régimen feudal, el impuesto de Estado era muy inferior a la renta pagada en otro tiempo a los daimios y a los samurai, de modo que tanto el arrendador como el labrador tenían interés en aumentar la producción, teniendo en cuenta la manera como se calculaban los entregos a los propietarios); 2º, restringir el consumo, de modo que una fracción importante de la producción aumentada se empleara en inversiones (el rescate de derechos feudales por medio de bonos que la inflación desvaloró, suministró los recursos iniciales; el impuesto, el financiamiento previo inflacionista y el autofinanciamiento de las empresas produjeron los capitales necesarios); 3º equilibrar los diversos aspectos del desarrollo, de suerte que la demanda no faltase para las mercancías salidas de las nuevas fábricas.

¿Cuál es el secreto de este éxito sin precedentes?

La respuesta no parece dudosa: la clarividencia y la resolución de la clase dirigente. Los dirigentes de la era Meiji tuvieron la extraordinaria inteligencia de liquidar la estructura feudal, a pesar de pertenecer ellos a la nobleza, de liberar a los campesinos, de convertir a una parte de éstos en propietarios de la tierra, así como de organizar un sistema de enseñanza general. Comprendieron que la potencia militar no dependía solamente de la posesión de las máquinas de guerra, sino de un conjunto psicológico y social constituido por la técnica industrial, el sistema jurídico, la formación de los ciudadanos y la autoridad legítima del Estado. La clase aristocrática, que bajo el Shogunato era parasitaria, — ya no se batía, y se hacía mantener por los campesinos — suministró no sólo los cuadros del ejército, sino también los universitarios, los de la administración pública y, en parte, los de la industria naciente.

El hecho de encuadrar a la sociedad industrial con un grupo selecto de origen aristocrático y militar no dejó de tener a la larga consecuencias graves. También este fenómeno, casi único en el mundo, me parece que contribuyó a inspirar el deseo de conquistas al Japón moderno, cuyos

gobiernos habían intentado unir a una religión histórica, reanimada artificialmente, y a una moral tradicional las estructuras económicas y sociales imitadas del Occidente.

A pesar de todo, la experiencia japonesa no deja de ilustrar la posibilidad de desarrollar simultáneamente la agricultura y la industria, de imponer a la población un ahorro forzado gracias a los tributos de los campesinos, a los impuestos y al autofinanciamiento, sin necesidad de colectivizar el campo y sin deportaciones y sin terror totalitario. Claro es que durante el período de industrialización los ingresos de las masas no aumentaron al mismo ritmo que la renta nacional, o que la renta nacional por individuo. Con todo, Colin Clark (7) da una estadística, según la cual, a los precios de 1925, la renta nacional debió ascender, entre 1887 y 1925, de 2.925 millones de yens a 12.350; la renta de la agricultura debió pasar de 1860 a 3.260, y la renta de todas las demás actividades de 1.065 a 9.085, de suerte que la renta por individuo pasó, en la agricultura, de 200 a 399, y en las demás actividades, de 205 a 682.

El caso de la India

La situación de la India es, en cierto modo, peor que la del Japón a principios de la era Meiji, como también es peor que la de la Unión Soviética al iniciar los planes quinquenales. En ambos casos, la razón es la misma: el avance tomado por la población sobre las subsistencias, con el resultado de que en el campo existe un excedente de población, y que este excedente de población trae como secuela la división indefinida de la tierra, las deudas que contraen los campesinos y el poder exorbitante de los zamindars. La crisis social — trabajadores despojados de toda propiedad — es la expresión de la crisis elemental: la dependencia de una población creciente de una superficie limitada de tierra cultivable.

Desde el punto de vista económico, las necesidades inmediatas se reducen a tres: aumentar la producción agrícola sin que

los campesinos consuman la totalidad de la producción suplementaria; en términos financieros, obligar a la población a ahorrar un porcentaje creciente de la renta nacional a medida que ésta se incrementa; inducir al Estado o a las empresas a hacer inversiones, no según un plan rígido, sino acoplándose al automatismo del mercado, pero teniendo en cuenta al mismo tiempo las posibilidades de venta dentro y fuera y las exigencias de una progresión armónica. ¿Acaso un régimen como el que tiene ahora la India es incapaz de realizar esas tareas? No lo creo en modo alguno.

Los altos funcionarios que se consagran a la elaboración y a la ejecución del plan de cinco años no tienen nada que envidiar a los funcionarios de los Estados occidentales. Es difícil formarse una idea exacta de la importancia numérica de este selecto grupo administrativo, pero el hecho es que existe. En caso de necesidad, no es difícil obtener el concurso de expertos de otras naciones, sea por mediación de la asistencia técnica, sea por contrato con las personalidades escogidas.

Las capacidades técnicas y administrativas que en el espacio de algunos decenios supo encontrar el Japón, yendo a buscarlas sobre todo en la antigua clase dirigente y aprendiendo en la escuela de Occidente, la India las posee ahora ya, o puede poseerlas dentro de breve plazo. Y las capacidades gubernamentales ¿están ya disponibles? La respuesta es menos segura. Intelectualmente, los dirigentes de los partidos de la India son sin duda iguales o superiores a los de los partidos del Japón o de cualquier país occidental. Pero la capacidad de gobernar no debe confundirse con la de pensar, ni con la de escribir. Exige el arte de manejar a los hombres, la comprensión de las cosas esenciales y, sobre todo, el valor para ejecutar las medidas que se reconozcan como necesarias. Cuando se trata, no de un individuo, sino de una clase o de un equipo, quizá la virtud más rara y más indispensable se manifiesta con el mantenimiento de la solidaridad de grupo por encima de las rivalidades y de los conflictos inevitables. El tiempo transcurrido después de la liberación del país no ha permitido una experiencia muy larga, y la autoridad del Primer Ministro es aún

(7) Colin CLARK: *Conditions of economic progress*. Londres, 1951.

demasiado absoluta para que podamos arriesgarnos a formular un juicio categórico. No obstante, podemos decir que dentro de breve plazo — diez o quince años — hay muchas probabilidades de que el nuevo grupo selecto logre mantener una coherencia suficiente.

En razón de los métodos que aplica o de las fuerzas sociales de que depende, ¿ será incapaz ese grupo de adoptar las medidas que exige el desarrollo del país? ¿ Está el Partido del Congreso en condiciones de llevar a buen término una reforma agraria? Admitamos que esta reforma, y en particular la eliminación de los zamindars, sea en conjunto indispensable. (No hay que olvidar que ninguna reforma de esta clase remedia los males esenciales — falta de tierra y exceso de población — y que la generalización de los minifundios puede inducir a aumentar el consumo en el campo y hacer más difícil el aprovisionamiento de las ciudades). Es indudable que un régimen democrático que no quiera apartarse del camino legal realizará esta reforma con menos rapidez. En la India la reforma depende de los Estados y no del Gobierno federal. Sin embargo, parece que está en vías de realización.

Es mucho más grave el problema auténtico, es decir el del desarrollo de la agricultura. El progreso depende de las inversiones (pantanos de riego), del perfeccionamiento de los procedimientos de cultivo (semillas seleccionadas, método japonés del cultivo del arroz, instrumentos menos primitivos, etc.) y de la difusión de ciertas enseñanzas. Los *community projects* llevan la marca de estas preocupaciones. No ha habido tiempo aún para poder apreciar los resultados. Una vez que se haya llevado a cabo la reforma agraria, el régimen actual es tan capaz de realizar una obra educadora como un régimen autoritario, a condición de que tenga tiempo para ello.

Hay un punto que no carece de importancia, en el que un régimen respetuoso de las creencias se halla en condiciones de inferioridad en relación con un régimen despótico. En cuanto se fija uno como objetivo la mejora de las condiciones de vida de todos, en cuanto se concede valor a la existencia individual y los cálculos de los dñetéticos son aceptados como buenos,

la actitud observada en relación con los animales aparecerá a los ojos de los modernistas como una especie de escándalo. ¿ Debe dejarse que los monos destruyan una parte de las cosechas equivalente tal vez al volumen de los productos alimenticios importados? Y ¿ no podría utilizarse el inmenso rebaño de vacas, incluso respetando la prohibición de matarlas, de manera más útil para los hombres? En la India, lo que entorpece la eficacia de la acción gubernamental no es tanto la resistencia de los privilegiados como la de las tradiciones seculares.

¿ Es qué la acción del Gobierno será capaz de provocar el ahorro necesario? Este es, por el momento, el punto más difícil. La fracción de la producción nacional ahorrada sigue siendo débil: el 5 % de una producción que, al precio del mercado, asciende a unos 80 mil millones de rupias; los ingresos del Estado se elevan al 7 % aproximadamente de la renta nacional (8). En estas condiciones, las dos fuentes principales de ingresos han sido hasta ahora el ahorro de las empresas y el de los particulares, sobre todo, los de la minoría privilegiada. Parece que el Gobierno tiene el proyecto de recurrir al déficit presupuestario para financiar las inversiones, con la esperanza de que ese déficit favorezca la expansión industrial sin provocar la subida de los precios, y siempre que no exceda de cierto volumen.

El régimen actual de la India tampoco es incapaz de tomar la iniciativa de las inversiones de que no quieran hacerse cargo los empresarios. La India cuenta con una clase de empresarios, tal vez poco numerosa aún, que ha comprendido la diferencia que existe entre la carrera tradicional hacia las ganancias y la función moderna del capitalista y del gerente. El sistema mixto que proclama el régimen actual, reúne ciertas condiciones que le permiten adaptarse a las necesidades de la modernización.

En el curso de los años venideros, los préstamos y los donativos podrían aumentar sensiblemente las inversiones. El total

(8) Estas cifras se han obtenido del excelente semanario *Eastern Economist* y del *International Monetary Fund, Economic development with stability*. Washington, 1953.

anual de éstas no pasa de la equivalencia de mil millones de dólares. No es menester que los donativos sean forzosamente abundantes en relación con las economías de los donantes, para que representen una ayuda importante. La indiferencia de los países occidentales en lo que concierne al esfuerzo económico de la India es una prueba indudable, no sólo de egoísmo (que, desdichadamente, es lo corriente en las relaciones entre Estados), sino también de falta de clarividencia. Se puede pensar lo que se quiera de la política exterior del Primer Ministro, pero no es generoso ni inteligente responder a sus declaraciones de neutralismo con la supresión o la reducción de la ayuda económica.

Y una vez dicho lo que antecede, sería un error olvidar que, en último término, lo esencial depende de la India misma. Los donativos permiten compensar durante algunos años los déficit de las cuentas exteriores, pero si se ha de mantener o aumentar el porcentaje de las inversiones en relación con la renta nacional, el ahorro interior ha de acrecentarse en la misma medida que la renta nacional. El porcentaje actual de ahorro (5 % de la renta nacional) es trágicamente débil. Existe el propósito de elevarlo a 6,75 % al final del plan de cinco años. Un donativo de 500 millones de dólares aumentaría en 2 ó 3 puntos el porcentaje de las inversiones en relación con la renta nacional.

La tarea que facilitaría la afluencia de capitales extranjeros seguirá siendo fundamentalmente lo que es : a despecho de la pobreza, a despecho del bajo nivel de vida, dedicar a las inversiones el elemento disponible de una renta aumentada. ¿Acaso un régimen autoritario tiene más posibilidades de alcanzar ese objetivo, o de alcanzarlo más de prisa? Es indudable que un régimen así estará dispuesto a emplear medios violentos, pero ¿serán eficaces tales medios en lo que concierne a los campesinos? Todas las experiencias de Europa nos inducen a dudarlo. En la India — donde hasta ahora se mantiene el orden, donde los

funcionarios competentes no faltan y donde el grupo dirigente es partidario del progreso económico — el régimen democrático debería dar pruebas de una triple capacidad : la capacidad de modificar las relaciones sociales en el campo, a fin de estimular la producción ; la capacidad de modificar un poco las creencias, incompatibles con la occidentalización de la economía, y la capacidad de imponer un ahorro substancial, a pesar de la miseria.

Ya hemos dicho que en los próximos años el Estado de Nehru, heredero del que los ingleses habían edificado después de los Grandes Mongoles, no está amenazado por una victoria electoral de los comunistas. La única amenaza es una desagregación del partido que gobierna. Pero mientras dure el régimen democrático, las masas estarán sometidas a la propaganda de los partidos, a las transformaciones económicas y a la constitución de los Estados lingüísticamente homogéneos. ¿Serán capaces los demócratas de encuadrar a las masas? ¿Se logrará eliminar poco a poco las costumbres o tradiciones que son incompatibles con la civilización industrial e inaceptables por su espíritu? ¿Se podrán suprimir en la India la pobreza, las castas y ciertas supersticiones, sin que la impaciencia y la revuelta exijan una disciplina implacable?

Para transmitir de una sociedad a otra ciertas instituciones, no basta transferir expertos o recetas técnicas ; lo esencial es cambiar el modo de pensar. Los riegos, las fábricas, los aviones no dejarán de afectar a ciertas creencias. Las máquinas no excluyen ni imponen religión alguna ; pero si llegan a destruir la religión de ayer, sin suscitar otra, crean un vacío. El desarrollo económico, utilizando los elementos de la democracia, no supone solamente la eficacia de los gobiernos elegidos y de las asambleas deliberantes ; supone además que los hombres encuentren fuera de la política el objeto de su fe y los principios de la moral.

RAYMOND ARON

POEMAS

POR OCTAVIO PAZ

I

A KOSTAS PAPAIONOU

*A la española el día entra pisando fuerte
Un rumor de hojas y pájaros avanza
Un presentimiento de mar o mujeres
El día zumba en mi frente como una idea fija
En la frente del mundo zumba tenaz el día
La luz corre por todas partes
Canta por las terrazas
Hace bailar las casas
Bajo las manos frescas de la yedra ligera
El muro tiembla y se despierta y levanta sus torres
Y las piedras dejan caer sus vestiduras
Y el agua se desnuda y salta de su lecho
Más desnuda que el agua
Y la luz se desnuda y se mira en el agua
Más desnuda que un astro
Y el pan se abre y el vino se derrama
Y el día se derrama sobre el agua tendida
Ver oír tocar oler gustar pensar
Labios o tierra o viento entre veleros
Sabor del día que se desliza como música
Rumor de luz que lleva de la mano a una muchacha
Y la deja desnuda en el centro del día
Nadie sabe su nombre ni a qué vino
Como un poco de agua se tiende a mi costado
El sol se para un instante por mirarla
La luz se pierde entre sus piernas
La rodean mis miradas como agua
Y ella se baña en ellas más desnuda que el agua
Como la luz no tiene nombre propio
Como la luz cambia de forma con el día.*

II

FUENTE

A BONA Y ANDRÉ PIEYRE DE MANDIARGUES

Habla *deja caer una palabra*
Buenos días he dormido todo el invierno y ahora despierto
Habla

Una piragua enfila hacia la luz
Una palabra ligera avanza a toda vela
El día tiene forma de río
En sus riberas brillan las plumas de tus cantos
Dulzura del agua en la hierba dormida
Agua clara vocales para beber
Vocales para adornar una frente unos tobillos
Habla

Toca la cima de una pausa dichosa
Y luego abre las alas y habla sin parar
Pasa un rostro olvidado
Pasas tú misma con tu andar de viento en un campo de maíz
La infancia con sus flechas y su ídolo y su higuera
Rompe amarras y pasa con la torre y el jardín
Pasan futuro y pasado :
Horas ya vividas y horas por matar
Pasan relámpagos que llevan en el pico pedazos de tiempo todavía vivos
Bandadas de cometas que se pierden en mi frente
¡ Y escriben tu nombre en la espalda desnuda del espejo !
Habla

Moja los labios en la piedra partida que mana inagotable
Hunde tus brazos blancos en el agua grávida de profecías inminentes.

III

A. ANDRÉ BRETON

Infrecuentes (pero también inmerecidas)
Instantáneas (pero es verdad que el tiempo no se mide)
Hay instantes que estallan y son astros
Otros son un río detenido y unos árboles fijos
Otros son ese mismo río arrasando los mismos árboles)
Infrecuentes

Instantáneas noticias favorables
Dos o tres nubes de cristal de roca
Horas altas como la marea
Estrépito de plumas blancas en el cielo nocturno
Islas en llamas en mitad del Pacífico
Mundos de imágenes suspendidos de un hilo de araña

*Y entre todos la muchacha que avanza partiendo en dos
 las altas aguas
 Como el sol la muchacha que se abre paso como la llama
 que avanza
 Como el viento partiendo en dos la cortina de nubes
 Bello velero jemenino
 Bello relámpago partiendo en dos al tiempo
 Tus hombros tienen la marca de los dientes del amor
 La noche polar arde
 Infrecuentes
 Instantáneas noticias del mundo
 (Cuando el mundo entreabre sus puertas y el ángel
 cabecea a la entrada del jardín)
 Nunca merecidas
 (Todos somos indignos
 En una tierra condenada a repetirse sin tregua
 Todo se nos da por añadidura)
 Infrecuentes
 Instantáneas
 No llegan siempre en forma de palabras
 Brota una espiga de unos labios
 Una forma veloz arbore las alas
 Instantáneas
 Imprevistas
 Como en la infancia cuando decíamos « ahí viene un barco cargado de... »
 Y brotaba instantánea imprevista la palabra convocada
 Pez
 Alamo
 Colibrí
 Y así ahora de mi frente zarpa un barco cargado de iniciales
 Avidas de encarnar en imágenes
 Instantáneas
 Imprevistas cifras del mundo
 La luz se abre en las vastas terrazas del mediodía
 Se interna en el bosque como una sonámbula
 Penetra en el cuerpo dormido del agua

 Por un instante están los nombres habitados.*

OCTAVIO PAZ

EN TORNO AL ENSAYO

POR MARIANO PICON - SALAS

LA Universidad Santa María, en Caracas, ha venido desenvolviendo unos concurrecidos coloquios semanales sobre las más varias formas de la Cultura, entre los cuales incluye los llamados géneros literarios. De acuerdo con la destreza y dominio que se atribuye a determinado especialista en determinada rama del Humanismo, se le invita a hablar y discutir sobre su propio coto de caza, aunque acaso el ideal del buen cazador sería que se le permitiese disparar también su escopeta en el campo del vecino. A mí, particularmente, me hubiera sido grato lanzar mi puntería en el campo de la Historia, ya que son los problemas del hombre como ser historiante, los que por el momento me preocupan más. Pero debo contentarme con la clasificación y rótulo que se me dió que es el de « ensayista », y en torno de lo que se denomina « ensayo » apuntarán mis reflexiones.

En Venezuela adolecemos todavía de improvisación y pereza mental, y el rótulo que se coloque a la persona es una manera de eludir el problema de criticarlo y analizarlo, de saber efectivamente qué es lo que contiene y que se puede deducir de su mensaje. A mí ya me pusieron el título de « ensayista », lo que para muchas gentes que tengan la paciencia de leerme o la mayor paciencia de comprenderme, significaría que cada mañana que me siento junto a la máquina de escribir debo secretar un ensayo para no desmerecer de tan honrosa clasificación. El crítico o comen-

tarista no supone que alguna vez me dé la gana de escribir un estudio histórico, un cuento o una novela, o sencillamente un artículo polémico, porque también uno necesita descargar la bilis del alma y hasta romperse la cabeza y sangrar ante un problema menudo de los que no requieran tratarse en prosa platónica, sino conjurarlo con mandobles y guijarros. Parezo condenado a convertir en « ensayo » todo cuanto toco, aunque a veces aspiro a una más simple denominación de escritor que de acuerdo con lo que quiera hacer, elegirá la técnica adecuada. Como escribir es un oficio que únicamente difiere de otros oficios en complejidad y en el repertorio de ideas e información que maneje cada escritor, conocería muy mal mi profesión si sólo pudiera dispararme en trance ensayístico. Es lo mismo que si a un ebanista la clientela solamente le pidiera lechos para matrimonio, y no sillas para sentarse, mesas para comer con los amigos o estante para guardar los libros. Y la mejor lección que puede dar un escritor a quien ya se le fué la juventud y marcha a la otoñal meditación desolada, es trabajar su instrumento expresivo con la misma exactitud y variedad configuradora con que el buen ebanista convierte su pedazo de madera en objeto hermoso y socialmente útil. En la obra del escritor para que sus palabras sirvan y no queden enredadas como aserrín en la garlopa, hay que usar también escuadras e invisibles instru-

mentos de cálculo, porque hasta eso que los románticos desgredados llamaban la inspiración sólo acude al espíritu fecundado por el estudio, la meditación, la congoja. Y así antes que el rótulo con que podemos circular por la vida, entrar o ser expulsados de la Historia literaria, importa saber cómo cumplimos nuestro oficio y si por falta de cultura, de originalidad o de medios expresivos se quedaron en aprendices quienes a los veinte años tuvieron la pretensión de ser maestros. Más que el talento que se revela en determinada obra literaria, provoca aplaudir la problemática dificultad que le dió origen. Sólo con talento no se hubiera podido escribir *La montaña mágica* o los ensayos de Paul Valéry. Y lo importante de la literatura no es la facilidad con que pueda hacerse, aquella hedonista entrega a lo efímero con que triunfan pronto algunos escritores para ser olvidados después, sino la parte de problema, de humanidad angustiada o iluminada que nos ofrezca la obra. La posteridad edifica una especie de Purgatorio de la literatura en que hasta los genios como Víctor Hugo deben pagar por miles de páginas que fueron únicamente oratoria e incontinencia, y don Emilio Castelar se achicharra por haber pronunciado tantos discursos en que las palabras estaban colgando como bejucos, y a Zorrilla se le cobran sus versos fáciles y superficiales y a don José María de Pereda el convencionalismo de sus novelas. En cuanto a los demagogos del Arte, esos jamás verán la beatitud eterna.

Un género literario para quienes ya no se satisfacen con las clasificaciones embalsamadas de la antigua preceptiva, no sólo se diferencia históricamente de otro por la técnica verbal que utilice, sino por la función que cumpla. Si la vida para el hombre es una especie de laberinto en que se debe tomar una decisión y aun ayudar a los otros a buscar las rutas de la conciencia, diríamos que en tres estructuras literarias fundamentales como Poesía, Novela y Ensayo se expresa una vivencia especial del Dédalo terrestre. El poeta con su virtud imaginífica lo siente y expresa en emoción totalizadora; el poeta no discurre porque le basta sacar del fondo de sí mismo el canto de dolor o esperanza que

en él suscita el mundo; subjetiviza el Cosmos y parece devolverlo en el río de la Lírica. El novelista describe en juego de relaciones concretas y particularizadas, en hombres que se llaman Pedro, Juan y Diego — respondiendo cada cual por su nombre, como decía el Catecismo — las consecuencias personales e incluso colectivas que engendró el laberinto con su crónica de amores, lucha económica, crímenes y muerte. A veces — si es un gran novelista — ni siquiera resuelve el problema sino deja asidos los personajes a su insalvable angustia, como esas terribles almas de Dostoievski azotadas por la extrema intemperie. En semejante trance sólo Dios puede resolver una novela dostoyevskiana. La novela se trueca en la forma moderna de la tragedia prometeica.

La función del ensayista — cuando lo es como Carlyle, Emerson, Santayana, Unamuno — parece conciliar la Poesía y la Filosofía, tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudarle a buscar el agujero de salida. No pretende como el filósofo ofrecer un sistema del mundo intemporalmente válido, sino procede de la situación o el conflicto inmediato. Pero ¿es que no participan de lo mismo para encontrar el mundo de las ideas o el mundo de la interioridad, Platón y San Agustín? Y esto explica a veces la falacia o artificialidad de los géneros literarios, pues tanto los *Diálogos* platónicos como las *Confesiones* agustianas participan, simultáneamente, de la naturaleza de la Filosofía y del Ensayo. Es cierto que la mayor insistencia en lo concreto, la visión no sólo intelectual sino también plástica del Universo, marcarán una amable frontera entre el ensayista y el filósofo. Probablemente aquella tarde otoñal inglesa en que el físico Isaac Newton vió caer una manzana, el ensayista acaso se hubiera contentado con describir el hecho y dejar al buen Isaac cargado de cavilaciones; tal vez se atrevería — si no fuese un anacronismo — a anunciar a la *Revista de Edimburgo* que algo y de suma importancia iba a acontecer en el conocimiento del mundo físico, mientras que el filósofo no hubiera abandonado a Newton

hasta que no formulara en lengua clara y distinta las leyes de la atracción universal. Por este camino, diríamos, metafóricamente, que el ensayista escribe cuando ha caído a sus pies una manzana, y cuando con buen olfato de cazador y de poeta advierte que algo va a suceder o está sucediendo. El ensayista como Erasmo parece decir a la Iglesia romana: tengan cuidado que les puede salir Lutero, o como Carlyle a los liberales ingleses: no crean demasiado en la oferta y la demanda porque puede aparecer un vengador de la clase obrera. Quizás el ensayista no se atreva a convertir en leyes toda una serie de síntomas — como puede hacerlo el filósofo —, pero sí los perfilará o describirá. Y esta descripción, por otra parte, no es la del novelista quien la resolvería en las relaciones entre Juan, Diego y María (pues no hay novela sin mujeres, y hasta en los relatos que se consideren más misóginos hay siempre una mujer escondida), sino la inscribirá en una experiencia que siendo muy personal aspira, también, a eso que se llama « realismo ».

Por su propia naturaleza el Ensayo se desarrolla de preferencia en épocas de crisis, cuando el hombre se siente más confundido y están crujendo, amenazantes, — antes de que emerjan otros — los valores de una vieja cultura. Platón, Luciano, San Agustín fueron sucesivos testigos de diferentes crisis del alma antigua, vieron nacer o morir dioses, extraer claridad y certeza de la unánime turbulencia. De la misma manera el buen vecino bordelés Michel de Montaigne, que no aspira a ser un héroe, pero sí una persona iluminada, benévola y sensata, se adelanta a la Filosofía moderna y al futuro pensamiento iluminista, describiendo en sí mismo la suma confusión de la época. Está muy mal que los católicos maten a los hugonotes y los hugonotes a los católicos, pues ninguna religión debe ser exterminadora, es la muy sencilla verdad que deduce cuando al volver a casa, cargado de las trágicas noticias de la calle y sintiendo de nuevo las incómodas punzadas de su mal de piedra, reflexiona junto a su escritorio y relee a Tácito — quien vió carnicerías y violen-

cias parecidas — para explicar a que norma mejor del hombre puede aspirarse.

Considerado así el asunto, todos pudieran escribir ensayos porque todos han contemplado injusticias, pero aparte de que el campo del ensayo no es exclusivamente ético y ni el más vigoroso sindicato de ensayistas aspiraría a cambiar de pronto las múltiples torpezas y atropellos de la especie humana, el problema se transforma en el específico de la Literatura que es cómo las cosas se dicen. Muchos jóvenes se habrían perdido en las calles de Cartago, amado a las cortesanas, adorado a los falsos dioses y recibido después — como extraordinaria luz nocturna, como fuente de profunda interioridad — el mensaje de la nueva religión de Cristo, pero sólo San Agustín pudo escribir las *Confesiones*. Y del mismo modo, entre todas las cartas y testimonios que debieron cruzarse de París a Burdeos durante las guerras religiosas de fines del siglo XVI, se salvan sobre todo las palabras del autor de los *Ensayos* no sólo porque enseñan tolerancia y justicia, sino porque están escritas en aquella lengua que el propio autor llama « succulenta y nerviosa, cortada y concisa, no tanto delicada y peinada como vehemente y brusca »; la lengua que señala la inconfundible personalidad de Montaigne como patrono de todos los ensayistas.

La fórmula del ensayo — ¡ qué sencillo parece esto al apuntarlo! — sería la de toda la Literatura: tener algo que decir, decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los otros hombres, y en lengua tan personal y propia que ella se bautice a sí misma. Así hablamos de la prosa platónica, volteriana, cervantina, unamunesca. Lo demás es el confite suplementario de la retórica, de que ni aun los mayores escritores prescinden del todo como para hacer más social, fácil y asimilable el efecto catártico y explosivo de las grandes ideas y los auténticos libros. También la Literatura como todo producto humano se pone una máscara, que en nuestra edad puede ser una máscara de gases.

MARIANO PICON-SALAS

LA BATALLA DE LA CRUZ

POR RAMON RUBIN

MI pariente, el coronel Rodiles Pulido, no fué un cabecilla cristero como se cuenta ahora y como pretende demostrarlo esa foto que han difundido por ahí y en la que aparece al pie de la cruz, amparándola con su robusto pecho, el claquetín desgarrado, chorreando sangre y con las armas tremolantes y levantadas en ademán de desafío.

Era todo lo contrario ; y los que intentan canonizarle no saben lo que dicen.

El hizo su apoteósica entrada en aquel pueblo una tarde tibia de otoño.

Comisionado por la Jefatura Militar de la Zona para guarnecer esa plaza protegiéndola contra las incursiones de ciertas gavillas de sublevados cristeros que mero-deaban por las sierras inmediatas, llevaba el mando de un regimiento de caballería de la Federación. Y desde el primer momento se mostró un herético de violentas y acendradas convicciones.

Tanto es así que, en su afán de ostentarlo, dispuso que se le anticiparan un sargento y cuatro soldados para que repicasen las campanas del viejo y clausurado templo parroquial a fuer de jubilosa bienvenida a la bizarra tropa anticlerical que comandaba.

Huelga decir que el sarcasmo implícito en tal disposición contribuyó a predisponer los ánimos del católico vecindario en contra de los recién llegados mucho más que lo que de suyo estaban predispuestos.

No obstante, y como aun siendo creyentes fervorosos y partidarios ocultos de la causa ultramontana teníanse por gente de paz y de precarios arrestos, su hostilidad vino a manifestarse sólo a través del silencio torvo con que, ocultos tras los empersianados y celosías de las ventanas, observaban el desfile de la caballada, que iba sacando chispas y golpes metálicos del pedernal del empedrado callejero.

Este recibimiento desagradó al beligerante militar.

Y, resuelto a vengarse de su frialdad, detuvo el regimiento en la plaza pública, comisionando escoltas que recorriesen la población, desde las barriadas más humildes hasta los hogares de los personajes más significados, y convocaran en aquel lugar al vecindario con el fin de endilgarle una explosiva disertación sobre la naturaleza de su cometido y los enérgicos propósitos que le venían animando.

En cuanto tuvo un regular auditorio, consternado y atento bajo el palio verdiazul de las frondas de los eucaliptos que le daban amparo y gracia a la alameda, lanzó una mirada en torno buscando el punto más propio para tribuna. Y creyó encontrarlo en la corpulenta cruz de adobes mal enjarrados, vieja y ramplona joya colonial que, sobre una aparatosa peaña erosionada por las intemperies, la labor corrosiva de los chicuelos y el afán irreverente de los perros callejeros en servirse de ella a modo de letrina,

levantaba su sobria estructura en el centro del jardín.

Sin meditarlo mucho, dirigióse hacia ella, seguido por su estado mayor y arrastrando las rodajas estruendosas de sus espuelas. Y trepándose en uno de sus brazos, se dió a toser desde él conminativamente, reclamando la expectación apropiada al mayor efecto de la catilinaria que, con voz engolada y detonante de instructor de cuartel, dejaría fluir poco después.

Matizada su elocuencia por unas particularísimas facultades de tribuno marcial y por la energía de su pasión partidista, no hubiera sido dable establecer si aquella perorata encajaba en el género de la oratoria ritual o era una florida arenga militar o, tan sólo, una iracunda diatriba. Decía :

— ¡ Compatriotas ! ¡ Mexicanos ! Traigo el mando de este glorioso regimiento y órdenes del Supremo Gobierno de la República para protegerlos a ustedes contra la vandálica amenaza de esa tenebrosa hidra del oscurantismo religioso y de la pérfida reacción clerical ; contra esa babeante bestia ensotanaada que ahoy, como ayer y como



antier y como todita la vida, traiciona repulsivamente a nuestra patria y, afilando sus sanguinarios colmillos de hiena nefasta, se lanza a disputarnos las conquistas de la Revolución con gavillas de fanáticos retrógrados e idólatras sin cacumen, que roban, asesinan y se desviven por mirar a nuestra amada patria agonizando otra vez entre las ensangrentadas manos de una medieval inquisición...

Mientras el coronel se desenvolvía de esta guisa, el vecindario lo escuchaba atónito, cohibido bajo semejante catarata de adjetivos, que a veces le sonaban a grandes verdades y otras a blasfemias. Y una gran parte de él iba procurando distraer su atención de tan sacrilega oratoria repasando mentalmente algún familiar rezo cristiano.

Los soldados, por su parte, advertíanse muy ufanos de la facilidad de palabra de su jefe. Y aunque también repugnasen a sus prejuicios de ingenuos creyentes algunas de las frases que lograban entender, se las disculpaban generosos en gracia a la desenvoltura con que iba administrando la vehemente arenga, a lo rotundos que sonaban los epítetos y a la fama que gozaba de parejo y entrón en la hora trágica de los combates.

El estaba convencido de que cuantos venían escuchando sus palabras tenían que sentirse arrebatados por la misma emoción mesiánica que en su pecho latía. Y embelesado con la furia calcinante de los improperios, llevaba recorrida apenas la mitad de su repertorio de calificativos estigmatizantes contra la hez hedionda y crapulosa del malvado clericalismo, cuando aconteció algo que le hizo abandonar el flagelo y que puso de punta los cabellos de su dócil pero supersticioso auditorio.

El brazo de la vieja cruz sobre el cual se había situado traicionó de súbito sus apariencias de robustez, desplomándose de cuajo y dando por tierra con el sacrilego orador.

Tenía el suceso todo el cariz de un despampanante milagro. Y un estremecimiento simultáneo sacudió el espíritu de la concurrencia. Seguramente Dios Nuestro Señor se había cansado de escuchar tantas barbaridades, y le dió rienda suelta a su justa cólera demoliendo el monumento profanado, para poner como lo puso a aquel pobre

borrego ausente de su redil. Y era casi seguro que cuando el militar pretendiera incorporarse se encontraría tullido y con las entrañas roídas por el fuego divino cuyas iras le alcanzaron...

Sin embargo, los miembros del estado mayor sobrepusieron pronto al temor que también los afectaba. Y, para decepción del auditorio, cuando se aprestaban a levantar al caído, éste se puso fácilmente en pie y se mantuvo rechazando con molestia el apoyo de los subalternos. El derrumbe no había sido de mucha altura. Y, por consecuencia, los magullones que el orador recibiera resultaron de escasa consideración. Era mayor el oprobio que lo atormentaba por lo sucio que quedase y por lo malparada que lucía su dignidad de tribuno.

Al punto se percató Rodiles de que lo significativo del momento iba a hacer que el incidente fuese considerado como una procaz jugarreta de la ofendida cólera divina; y se rehizo presto. Sentía crecer los ímpetus de su heterodoxia bajo la espuela de la adversidad. Y se desprendió de las atenciones de su séquito procediendo, con franco desafío, a encaramarse sobre el otro brazo de la cruz para continuar desde él su fulminea perorata.

No consiguió, sin embargo, hacerlo. Apenas se disponía a incorporarse allá arriba cuando pudo advertir que también ese lado amenazaba cuartearse. Y escasamente le quedó tiempo para realizar un descenso precipitado antes de que el nuevo desplome lo arrastrara consigo y le hiciera dar un segundo costalazo.

Despojada de ambos brazos, la cruz cristiana quedó convertida en pagano obelisco. Pero el aura de su prestigio de milagrosa se consolidó hasta adquirir la consistencia de lo inobjetable.

Por su parte, el maltrecho militar tuvo que ir hacia el costado poniente de la alameda para darle fin a su catilinaria desde lo alto de la escalinata enladrillada del atrio, que parecía menos propicia a facilitar las malas artes de sus celestiales enemigos. Y, efectivamente, desde allí pudo hacer una entonces rencorosa exposición de su escepticismo militante, por más que sus arrestos combativos se vieran ya muy dañados por el previo y doble fracaso y aun cuando su verbosidad fluyese notoriamente empobrecida en cuanto a florilegios ditirámicos.

CON motivo de una visita que verificó a la cárcel pública dos días después, el alcaide de la misma le puso al tanto de la gran importancia que los católicos del pueblo le estaban concediendo a su tropiezo. Y aquel coronel Rodiles convino en que su discurso había llenado una finalidad inversa a la que inspirase la decisión de pronunciarle y en que tenía que encontrar los medios para destruir tal equívoco.

Planeó, pues, un desquite.

Y vino a dar por resuelto que se lo tomaría mandando restaurar la cruz en cuestión, dotándola de una robusta dala del mejor ladrillo disponible para darle solidez a sus brazos y poder utilizarla como tribuna cada vez que, con motivo de alguna de las efemérides patrióticas más señaladas, se le presentase la ocasión de discursar.

Mientras llegaba el cinco de febrero, primera de esas festividades en que le sería dado dirigir la palabra al aturdido vecindario, gozabase de su ocurrencia, discutiendo los pormenores de la misma con el juez civil y el alcaide de la prisión, únicas personas de pensamiento liberal que pudo descubrir en todo el pueblo y de las cuales se hizo amigo rápidamente.

No obstante, los trabajos de reparación de la cruz empezaron a sufrir frecuentes contratiempos. Manos hostiles, con toda probabilidad de los cristeros emboscados o de los partidarios locales de éstos, llegaban al amparo de las sombras de la noche para arruinar los trabajos de restauración ejecutados durante el día... Y tuvo que destacar centinelas que la cuidasen en todo momento.

Cuarenta y ocho horas después, sin embargo, los albañiles desaparecieron.

Mandó buscarlos en sus casas y supo que habían resuelto huir del pueblo en vista de que los cristeros los amenazaban con realizar un escarmiento en ellos y en sus familias si proseguían ocupados en restablecer la milagrosa cruz de la alameda.

En vano el herético militar dispuso fueran hallados. Y en vano, asimismo, trató de sustituirlos por otros al comprobar que se habían marchado muy lejos. Al tanto de lo sucedido, los demás albañiles de la localidad y de las vecinas se negaron a exponerse intentando aquel trabajo ni mediante el más generoso de los estipendios.

Mostrábase el coronel cada vez más frénético.

Hubiera sido en grave daño de su autoridad y de la pujanza de su causa desistir entonces del empeño, pues tolerando tamaña burla incurriría en el desprecio de todos los vecinos. Y se obstinó en llevarlo adelante no importa los esfuerzos que costará su realización.

Por de pronto, convocó en su despacho a las autoridades civiles y a los pueblerinos más conspicuos a fin de prometerles solemnemente que, le pesara a quien le pesase, había de ingenárselas para restablecer aquella cruz aunque, según su pintoresca erudición, tuviera él que convertirse en el Ave Fénix para hacerla resurgir de sus cenizas y no importa que al conseguirlo hubiese de pasar por encima del hediondo cadáver de todos los curas, cristeros y fanáticos del mundo y sus alrededores... Y valiéndose de los magros conocimientos en albañilería que pudo descubrir en uno de sus soldados, le hizo encabezar a un grupo de éstos para que llevase a buen fin la obra, aportando de su peculio personal los fondos necesarios para que la fabricaran maciza y, a la vez, para que la adornasen de modo que luciera lo más vistosa posible, y capaz, con ello, de contribuir al espectáculo de sus arranques de gran tribuno.

Erale preciso salir esta vez adelante, a fin de resarcirse con un triunfo positivo de tantos lamentables fracasos.

Y, protegida la obra noche y día por pelotones al mando de dos oficiales de toda su confianza y bien vigilada la actividad de los artesanos, su erección se vió pronto a un paso de culminar en un éxito rotundo...

Pero algo insólito iba a suceder todavía.

Cierta madrugada, cuando ya la cruz podía darse por casi concluida, el vehemente militar despertó sobresaltado al estrépito de una nutrida balacera. Requirió informes con su asistente. Y éste le trajo la noticia de que un grupo de audaces cristeros había intentado sorprender a la escolta que protegía el monumento, aunque, descubierto a tiempo, estaba siendo eficazmente batido.

Al punto se incorporó, mandando organizar toda la tropa disponible para repeler a los temerarios y darles el merecido escarmiento.

Y fué ello asaz oportuno. Pues, al darse cuenta los sublevados de que el pequeño contingente que comisionasen para sorprender al retén de la alameda y derribar la cruz tenía ya muy escasas probabilidades de lograr su objetivo, optaron por descender de los cerros inmediatos, en donde se hallaban ocultos en número de casi cien, para reforzarlo en su hazaña. Y, al coincidir el grueso de unos y otros, el tiroteo acabó por convertirse en enconada batalla dentro de la propia población.

Debido a la sorpresa del ataque, el coronel Rodiles no tuvo tiempo de organizar la defensa satisfactoriamente. Y comprendiendo que los planes de los cristeros giraban en torno a la destrucción de su obra, optó por abandonar las oficinas públicas, las intendencias, las casas del vecindario y hasta el cuartel, reconcentrando su gente en el punto de la disputa y con órdenes de repeler la agresión a la cruz a cualquier costo.

Esto se tradujo en pérdidas materiales de consideración, ya que los edificios de la Municipalidad y el cuartel, las intendencias y corrales y el local de la cárcel pública fueron ocupados por los cristeros, quienes además consiguieron parapetarse durante dos horas en la torre de la vieja iglesia, desde donde no cesaban de tañer las campanas a rebato en pregón de triunfo, menester al que se consagrarse con verdadera fruición el intolerante exsacristán que los comandaba... Pero, cuando al amanecer se disipó el humo del combate y los atacantes se retiraron a sus cerros llevando todo el botín que pudieron cargar consigo, la cruz de la discordia se conservaba indemne, sin más daño que dos superficiales raspones de bala, de categoría muy similar a la de uno que en la clavícula izquierda cosechara el propio jefe militar cuando bizarramente interpuso su pecho en el afán de protegerla. Y era contemplada con embelesado orgullo por sus defensores.

El heroico coronel quiso que quedara una constancia gráfica de aquella hazaña. Y mandó traer un fotógrafo para hacerse retratar sobre la peaña, al pie de la gran cruz ilesa, con el manchón de la sangre de su herida destacando sobre la hombrera del chaquetín, el cabello alborotado el espadín desnudo en su mano derecha y en

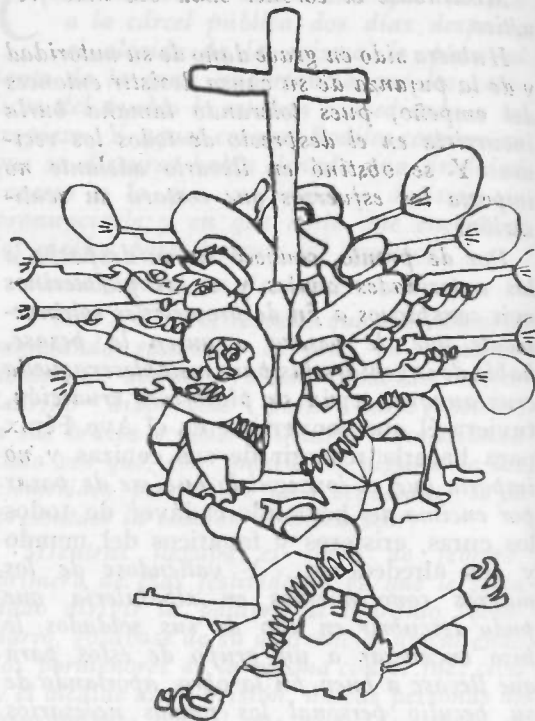
la otra, arrojando todavía el humo de un último disparo por el cañon, la pistola... ¡ Y por eso no es extraño que con el tiempo se haya venido a pensar que se trataba de una versión mestiza de la iluminada doncella de Orleans, defendiendo con su vida y con su sangre el augusto símbolo de la religión !

Después, aquel héroe de la milagrosa cruz de la alameda, marchó por sus pasos a la oficina de telégrafos, donde antes de someter a cura su herida, aún le quedaron bríos para formular el parte del combate que sería transmitido a la superioridad.

CUANDO en la Comandancia Militar de la Zona recibieron tal comunicado, el Alto Mando Regional, entre cuyos componentes era muy comentada la fama de come-curas del coronel Rodiles Pulido, no sabían si éste se había vuelto completamente loco o si los trastornados eran ellos.

Aquel informe explicaba :

« El suscrito, coronel de caballería Fedro Rodiles Pulido, destacado por órdenes de esa Comandancia en esta plaza al mando del 46 regimiento, se honra en informar a esa superioridad que a las cuatro de la mañana de hoy fuimos sorpresivamente atacados por un contingente de cristeros que estimo en más de quinientos hombres, unos a pie y otros a caballo, pero todos perfectamente armados y municionados, y a los que inspiraba el vandálico propósito de derribar una gran cruz de mampostería que, en interés y beneficio del pueblo, ordené levantar en la alameda. La tropa a mi mando no se dejó intimidar por este felón ataque, librándose en las calles de la población un combate que duró dos horas, y en el transcurso del cual hubo que lamentar el incendio por el enemigo de la Presidencia Municipal y el Cuartel de nuestra unidad, así como el vandálico saqueo de las intendencias, la cárcel y algunos establecimientos particulares. Pero la tropa a mi mando pudo alcanzar plenamente el objetivo que se le asignó, defendiendo la cruz en cuestión con valor y coraje ejemplares. Ella y su pedestal salieron intactos, como podrá apreciar esa Superioridad por la fotografía que por separado le estoy enviando. Al amanecer, el enemigo tuvo



que retirarse vergonzosamente batido y sin cumplir su misión; por lo que en su rabia cometió cuantas depredaciones se le ocurrieron. Los atacantes sufrieron treinta muertos y setenta heridos, de los cuales dejaron abandonados en el campo de batalla tres de los primeros, llevándose los demás. Por nuestra parte tenemos que lamentar las siguientes pérdidas : catorce carabinas que estaban en el cuartel ; tres pistolas y doce fusiles que se llevaron de la cárcel ; toda la caballada de la tropa, menos cuatro acémilas, pues las sacaron de los corrales de la intendencia ; seis cajas de parque y algunos uniformes. Hubo además las siguientes bajas : un sargento, un cabo y nueve números de la tropa muertos en combate ; dos soldados y un teniente heridos de gravedad ; seis soldados desertores ; y diez y ocho heridos menores, entre los que me incluyo, y que comprenden soldados y clases. También soltaron a los presos de la cárcel pública, que han desaparecido con ellos, y se llevaron al ciudadano alcaide de la misma y al señor juez civil, por cuyas vidas existen serios temores en el pueblo. La falta de caballada

nos impidió perseguirlos y exterminarlos. Es de temerse que una vez se repongan de su derrota vuelvan a la carga para acabar con la referida cruz ; por lo que someto a juicio de esa Comandancia la conveniencia de enviarme algunos refuerzos que me permitan preservarla como hasta ahora. Atentamente. — Coronel de Caballería Fedro Rodiles Pulido. »

Nadie podía entender aquella extraña actitud del herético militar.

¿ Cómo era posible que abandonase al enemigo una plaza de la importancia de la que guarnecía para ponerse a defender con todos sus bríos una cruz que, por añadidura, había mandado levantar él mismo ? ..
 ¿ Y cómo explicarse que los insurrectos, que llevaban esa cruz por símbolo y divisa, atacaran sin otro fin que el de destruirla ? ..

La melodramática actitud que el militar exhibía en la prometida foto acentuó la incertidumbre y la zozobra. Las conjeturas iban y venían ; y los comentarios chuscos se impregnaban de un temor insidioso a que en el fondo de aquello latiera una traición del informante o, cuando menos, el intento mal pergeñado de encubrir las vergüenzas de una flagrante cobardía.

Resolvieron que era preciso aclarar las cosas. Y se envió un destacamento al mando

de un mayor, que debía hacerse cargo del batallón y remitir el coronel a la Comandancia, escoltado por dos de sus oficiales que servirían de custodios y de testigos durante el juicio que un tribunal militar le estaba preparando.

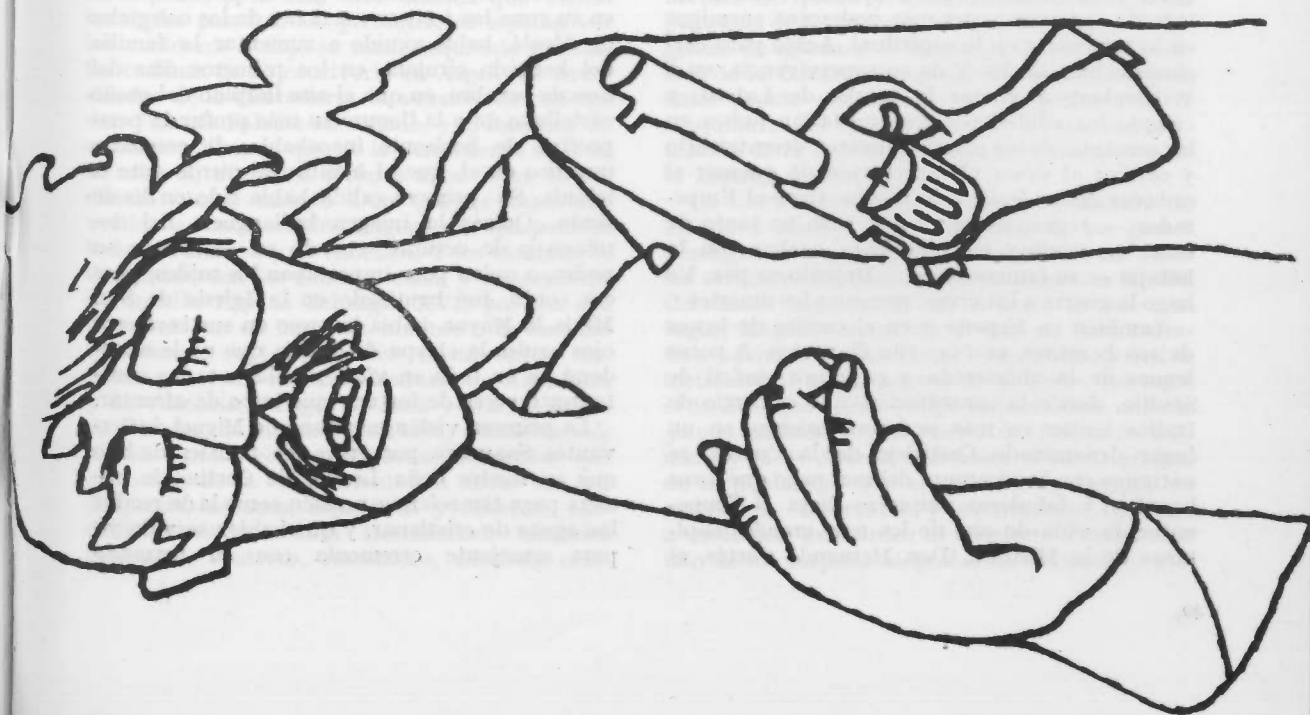
Seguro de la rectitud de su conducta, Rodiles acató respetuosamente esas órdenes.

Pero, una vez ante el jurado, víctima del acoso de los cargos del fiscal y de las declaraciones adversas de sus propios subalternos, cuando oyó la sentencia que lo condenaba a una vergonzosa degradación, su pundonor explotó. Y arrebatándole la pistola al capitán que lo defendía, llevósela a las sienes para escapar de la ignominia por la puertas de un suicidio sobre cuyos pormenores nadie, hasta hoy, se ha ocupado de historiar.

De suerte que quienes hablan de su conversión al bando cristero y quieren canonizarle no saben lo que están diciendo.

Al coronel Rodiles Pulido le sucedió lo que a casi todos aquellos que se dejan arrebatarse en sus pasiones por una fobia cegadora. Su lucha contra los que tenía por mortales enemigos suyos se desnaturalizó, y le hizo acabar peleando, inadvertidamente, por las mismas causas que los inspiraban a ellos.

RAMON RUBIN



La condición humana de Cervantes

HAY años llenos y hay años vacíos de acontecimientos, y aquel de Gracia de 1547 fué de mudanzas importantes en la faz de una Europa atormentada por disputas de príncipes y que sentía la angustia de una honda conmoción en la cristiandad.

Hacia tres años que, en estas tierras de Flandes, un niño que apenas contaba once — Guillermo de Nassáu, el hijo mayor del Conde Nassáu-Dillenburg — pasaba, de ser heredero de una vieja pero modesta casa noble, a titular del Principado soberano de Orange, por la muerte de su primo René, víctima de un proyectil de la artillería ante Saint-Dizier.

Hacia dos (1545) que el Emperador Carlos conseguía, por fin, reunir el Concilio de Trento para intentar la pacificación de la cristiandad, que él había contribuido en importante parte a turbar. Y un año sólo que Martín Lutero, el encendido apóstol de la Reforma, moría y era enterrado en Wittemberg.

En Europa se extinguían en 1547 dos grandes señores: Enrique VIII de Inglaterra, y Francisco I de Francia. El Emperador Carlos ha logrado enterrar a sus más poderosos enemigos en lo terrenal y en lo espiritual. Acaso para cerciorarse bien Carlos V de su supervivencia, va a Wittemberg a visitar la tumba de Lutero, y cuando los aduladores, que no faltan nunca en las cercanías de los grandes, quieren desenterrarlo y ofrecer al César el espectáculo de quemar el cadáver del ex-fraile reformador, tiene el Emperador — seguro de sí mismo, pero no tanto de estar en camino acertado para acabar con la herejía — su famosa frase: « Dejadlo en paz. Yo hago la guerra a los vivos, pero no a los muertos ».

También en España y en el cuadro de honor de sus hombres, es 1547 año de marca. A pocas leguas de la abigarrada y populosa ciudad de Sevilla, donde la contratación y el comercio de Indias tenían su más poderoso asiento, en un lugar denominado Castillejo de la Cuesta, se extingue con la amargura del mal pago que a sus hazañas y fabulosas empresas diera el Emperador, la vida de uno de los más grandes capitanes de la Historia. Don Hernando Cortés, el

conquistador del poderoso imperio de Moctezuma que proporcionara a Carlos V más tierras y riquezas de las que poseía en Europa y en Africa, dejaba de existir cuando preparaba el regreso a las mexicanas del Anahuac, sin haber conseguido que se hiciera justicia a sus calificadas y puntuadas demandas. Perdía España con él al héroe de una epopeya maravillosa que todavía hoy, reconstruida punto por punto, se nos aparece legendaria por su grandeza de ánimo y la sutil inteligencia de su construcción. Mas no podía España quedar sin compensación a tal desgracia y cuando el 2 de diciembre de aquel año, el último aliento se escapaba del cuerpo adolorido y del espíritu atristado de don Hernán Cortés, ya en la universitaria villa de Alcalá, cabe las aguas crecidas en invierno de aquel Henares, en cuyas orillas sembró avena loca el poeta, sonreía al mundo, que iba descubriendo entre tetada y sueño, el cuarto de los hijos del pobre cirujano y sangrador Rodrigo de Cervantes, de linaje tan hidalgo como bolsa exhausta.

El mamoncillo de frente despejada, de cabellos rubios, de mirar alegre, al que arrullaban en su cuna las jocosas canciones de los colegiales de Alcalá, había venido a aumentar la familia del honrado cirujano en los primeros días del mes de octubre, en que el aire límpido del otoño castellano da a la llanura su más profunda perspectiva de horizonte inacabable, de escenario inmenso en el que el hombre se pierde ante la lejanía. Su primera salida había sido en día de fiesta. Quizás la imagen bullanguera del domingo 9 de octubre, cuando en brazos de su padre, a quien poco importaban los ruidos, pues era sordo, fué bautizado en la Iglesia de Sta. María la Mayor, había impreso en sus hermosos ojos azules la chispa de alegría que no le abandonó ya en toda su vida, no obstante los constantes reverses de fortuna que hubo de afrontar.

La primera visión mundana de Miguel de Cervantes Saavedra por entre los pañales de hilo que su madre doña Leonor de Cortina le pusiera para tan solemne ocasión como la de recibir las aguas de cristianar, y que habían servido ya para semejante ceremonia con su hermano

Andrés y con sus hermanas Andrea y Luisa, debió de ser la cara de su padrino Juan Pardo, ia severa traza de algún cancelario de la universalidad que paseaba al sol sus humanidades, las alborotadas cabezas de los escolares que aprovechaban el primer domingo del curso que empezaba, las facciones rugosas curtidas del sol de algún arriero que entrando de Pastrana conducía su recua hacia el mesón, la traza arrogante de un soldado valentón y las sobrepellizas del Bachiller Serrano y el sacristán Baltasar Vázquez que, entre latines y exhortaciones, le habían hecho sentir bajo la rubia pelusa que cubría su cabecilla inquieta y curiosa, el frescor húmedo del agua que lo arrancaba al Limbo. Así, las letras, las armas, la Iglesia, el pueblo sedentario y la imagen del caminante debieron imprimir la primera huella en las tiernas celdillas cerebrales del prodigioso ingenio.

Ya innumerables eruditos han contado su vida, escudriñando los archivos de Alcalá, de Sevilla, de Valladolid, de Toledo, de Madrid, de Esquivias o de Nápoles. Cada dato que se arrancaba a los secretos de la historia ha sido celebrado como un triunfo y la vida privada de Miguel de Cervantes ha seguido el destino de la de los grandes: saciar la curiosa apetencia de los pequeños que, junto a la lumbre, en las horas anchas de los atardeceres y de las veladas invernales, cómodamente arrellanados en una amplia poltrona, se imaginan acompañar en sus venturas y en sus desventuras a los héroes reales que fueron dejando girones de su vida en los zarzales de la selva humana y en las encrucijadas del camino.

Para Cervantes la zarzas son: sus compañeros los poetas, la bala que en la memorable jornada de Lepanto (« la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros ») dejó su mano izquierda muerta, las cadenas de su cautiverio en Argel, las covachuelas de la Contaduría, la avaricia del clérigo don Juan de Salazar su cuñado, y la sordidez de editores y libreros que no le permitieron salir de la miseria, ni en los últimos años de su fecundísimo otoño, cuando Don Quijote caminaba vertido a innumerables lenguas por los pueblos todos de Europa y de América. Y los caminos de Cervantes, son los caminos reales y los senderos de aquella España del siglo XVI, por los que deambulaban en busca de nombre o de fortuna estudiantes sopistas, frailes mendicantes, carreros y arrieros de Extremadura, de Andalucía y de Vasconia, clérigos de misa y olla, soldados de Flandes, de Indias o de Italia, titiriteros, cómicos, labradores, comerciantes, arbitristas que al socaire de la corte intentaban forrar sus faldriqueras, ladrones, espadistas y fulleros, cuadrilleros de la Santa Hermandad, bandidos generosos, cautivos, rescatados, moriscos ocul-

tos bajo disfraz, alcaldes, alguaciles, sofa-sacristanes, venteros, comisarios de las proveedurías, mozas del partido, jaques y valentones.

Las andanzas de Miguel de Cervantes comienzan de muy chico. Apenas sus oídos habían aprendido a escuchar con temor el nombre del Cardenal Martínez Siliceo que gobernaba Alcalá con mano dura, después de haber sido ayo del Príncipe Don Felipe — más tarde el segundo de este nombre — cuando la fama de las calenturas y los carbuncos y las bubas de Valladolid atrajo al cirujano don Rodrigo por ver si de entre tanta miseria en aquella humanidad doliente de la ciudad del Esgueva y del Pisuerga, donde funcionaban la Santa Inquisición y la Chancillería, surgía el remedio para su exhausta bolsa. Y así, correteando junto al carro, oyendo el lloriqueo de su hermano Rodrigo, al que ya Miguel llevaba casi sus buenos tres años, y escuchando las nuevas que por los mesones circulaban sobre las riquezas inmensas del Perú, o el abandono de la Corona por el Emperador, nuestro hombre en ciernes, pasó de la universitaria villa de Alcalá que antes que a él había visto nacer al Arcipreste de Hita, a la señorial ciudad de Valladolid que había sido y anhelaba volver a ser asiento de la Corte. Allí vió los trajinantes que iban a la famosa feria de Medina del Campo; allí escuchó el sonoro castellano que a fuerza de dominio y de genio suavizó él dándole una elegancia de que antes carecía; allí debió de escuchar romances caballerescos y moriscos y allí es casi seguro que aprendió a leer. Con mirada chispeante en la que apuntaba el afán de aventuras seguía Miguel el paso por la acera de San Francisco, de los caballeros, soldados y cortesanos que se disputaban los favores del joven y todopoderoso Monarca. La presencia de los oidores, el orondo aspecto de las gentes de iglesia y el empaque de los funcionarios de la Contaduría mayor del reino, debió de darle pronto una idea de la importancia de la maquinaria del Estado y de la preponderante situación de la Iglesia de Roma en los negocios de la España filipina.

La Corte entretanto se había trasladado de Toledo a Madrid, y en el desfile de las gentes desengañadas que salían de Valladolid en busca del arrimo de los poderosos cortesanos, la familia Cervantes, aumentada con el sexto de sus vástagos, Magdalena, nacida el año 55, pasó carretera adelante el puerto de Somosierra y fué a instalarse al nuevo asiento de la Corte. No tenía el Madrid que el rey Felipe hiciera Corte, más de 30.000 habitantes, y la Puerta del Sol, la de Balnadú y la de Atocha limitaban el casco urbano de la población, que al calor de la fluencia de cortesanos, aspirantes y aventureros comenzó a ensanchar « sin orden ni concierto », como dice uno de los mejores biógrafos de Cervantes, y la

verdad es que acaso a aquel desorden deba Madrid gran parte del tipismo que a nuestros días ha llegado.

En Madrid cursó Miguel sus gramáticas, latina y castellana, alternando el estudio de Nebrija y de Santaella, con alegres correrías por los desmontes en los que aprisa y mal se iban levantando viviendas para dar cobijo a memoria-listas y empleados. Probablemente de esa etapa data su conocimiento y su amor por la obra de Virgilio y, a buen seguro, más de una vez doña Leonor de Cortinas tuvo que ordenar a su hijo Miguel que apagase el velón y dejase para leer en la ociosidad de los días festivos, aquellas aventuras de Esplandián o de Don Galaor, o de Amadís de Gaula que ahuyentaban el sueño de los ojos de nuestro joven quinceañero.

No asienta mucho tiempo sus reales el cirujano sangrador Rodrigo en la Corte del Rey, y entre 1563 y 1564, habiéndose quedado en Alcalá la madre y la hermana de Miguel, Luisa, el padre y el resto de la prole se encaminan a Sevilla. En aquel viaje descubre Miguel por vez primera, con los lentos cambiantes del andar carretero, las extensas llanuras de la Mancha. Se le mete en el alma el paisaje de dilatados horizontes, y a lo lejos ve moverse las gigantescas aspas de los molinos de Criptana, o erguirse en la línea infinita del horizonte la torre de una iglesia. Desde Despeñaperros se abre para él otra España que la de la llanura. Decir el nervio con que el joven viajero debió de atravesar Sierra Morena al observar los temores de su padre, equivaldría a describir la situación de ánimo del caballero del ideal, Don Quijote de la Mancha, cuando a la vista o con el presentimiento de la aventura se afirmaba en los estribos y enristraba la lanza para ponerla al servicio de los hechos gloriosos de la andante caballería.

Dos años en Sevilla a mediados del siglo XVI eran piedra de toque para encauzar o descarriar la vida de cualquier adolescente. Las riquezas que se entraban por el anchuroso Guadalquivir viniendo de las legendarias Indias, congregaban en aquel emporio las gentes más dispares y aventureras: capitanes y patrones de navíos, banqueros italianos y alemanes, buhoneros, carpinteros y calafates, funcionarios del tribunal del Consulado y de la Casa de Contratación, recaudadores, alcabaleros, frailes que iban a embarcarse para evángelizar en los dominios de la Nueva España o del Perú o de la Nueva Granada, pícaros, echadores de cartas, hidalgos y soldados, daban a la capital andaluza el cosmopolitismo y la picardía que hasta entonces no había conocido Miguel. Y esos tipos hubo además de verlos proyectados en la escena al acudir a presenciar las representaciones teatrales del Maestro Lope de Rueda, que de dorador de la catedral se había alzado con el cetro de tablas y tabladillos. Era

fácil, era casi fatal, que un muchacho de su edad (17, 18 años) se dejase despeñar por la cuesta abajo de la picaresca que asomaba la oreja en los alrededores de la catedral, y en los muelles y en Triana y a la sombra acogedora de la Giralda. Miguel, sin embargo, vive intensamente la Sevilla de los años 1565 y 1566, abre los ojos al mundo pintoresco y colorido que le rodea, anota en su magín que la vida es ante todo un contraste de violentos clarososcuros, sueña con la grandeza de la gloria, pero cuando regresa a Madrid hacia comienzos de 1566, con 19 años es Miguel uno de los más aventajados discípulos del Maestro López de Hoyos que habla de él como de «mi caro y amado discípulo», y que entre todos los que tiene, lo elige en 1568 para que en representación de los alumnos de gramática hiciera una elegía en tercetos a la memoria y en honor de la Reina doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, que había muerto en octubre de aquel año.

El azar, que tanto interviene en la vida de Cervantes, le hace encontrarse en la Corte con un condiscípulo de Sevilla, Mateo Vázquez, Secretario del Presidente del Consejo Real y Cardenal obispo de Sigüenza, don Diego de Espinosa. Su amigo le brinda su apoyo; intercede cerca de su patrón para que apadrine los deseos del poeta, y probablemente por recomendación de don Diego, es Miguel nombrado criado de su Eminencia Monseñor, Julio Acquaviva, Camarero y refrendario de S. S. Pío V que había ido a Madrid a ofrecer las condolencias del Papa por la muerte del Príncipe Don Carlos. Terminada su comisión, decide volverse a Roma el enviado de Pío V, y en los finales de 1568, cumplidos los 21 años, Miguel de Cervantes se desgaja ya de su familia y con el séquito del prohombre romano y el agridulce gusto de las aventuras, la espada de hidalgo al cinto y si hemos de creer a Navarro y Ledesma, con su Amadís y su Diana en las faldriqueras, toma la ruta de Valencia cruzando Puerto Lápice, y después de asomarse al viejo mar Latino lo recorre en su litoral pausadamente, desde Valencia a Génova.

Son muchas las jornadas y muchos los mesones, paradores y ventas en que al atardecer entra Cervantes para dar a su cuerpo el bien ganado reposo del camino, y así, de mentidero en mentidero, que lo mismo es decir de posada a posada, aquí con marinos genoveses, allá con soldados y acullá con cómicos, va Cervantes atravesando y conociendo Villareal, Castellón, Tarragona, Barcelona, Perpiñán, Marsella y Tolón, hasta cruzar los Alpes. Los caminos son la gran escuela en que Cervantes aprendió la más humana de todas las humanidades, que es el conocimiento del hombre. Los caminos se iban abriendo ante él como el mejor y más provechoso de los libros.

Desde los pasos de los Alpes, la campiña italiana se extendía a sus pies. De la Corte severa y engolada de los Austrias, saltaba a la tierra en que Bocaccio noveló su Decamerón. La « vida libre de Italia » de que más tarde habla el propio Cervantes por boca del Licenciado Tomás Rodaja (el Licenciado Vidriera), se ofrecía a su juventud animosa, y la visión de Milán y de Lucca y de Génova se gravan en su mente de por vida con los recuerdos de las primeras y jugosas aventuras de amor. Las armas y las letras, las dos grandes ilusiones del joven hidalgo salen a cada paso a su encuentro en aquella Italia de la segunda mitad del siglo XVI. Cervantes anda ya por su cuenta, y la vida acaso regalada, pero inactiva, de criado de un personaje eclesiástico no le seduce. Monseñor Aquaviva ha sido el pretexto para alzar el vuelo de sus ambiciones. Roma, con el eco de sus grandezas, le impresiona primero y le anima después hacia la vida heroica. Dueño de sus acciones sienta plaza en el Tercio del Maestre de Campo catalán, don Miguel de Moncada, que había combatido en la guerra de la Alpujarra; y en la compañía del capitán alcarreño don Diego de Urbina, va de Roma a Ancona, de Ancona a Venecia y de allí a Nápoles para ampliar la recluta en preparación de la guerra contra el Turco. El nuevo soldado, recorre las tabernas de Italia, paladea sus vinos generosos, corre ligeras aventuras, mas en ningún instante la vida no ya libre sino libertina del militar español de aquellos años prende en su espíritu. La ve, la comprende, la disculpa y aun la bordea para sacar el jugo, y sin embargo sabe siempre mantenerse en el límite de una dignidad alegre, que no molesta al compañero, pero que no se deja tampoco arrastrar por él hacia el desenfreno.

Ya Miguel es un hombre.

*

Por eso hemos seguido hasta aquí con relativo detenimiento los primeros pasos de Miguel de Cervantes. Ni cabe, ni es mi ánimo bosquejar siquiera la biografía del autor inmortal de *Don Quijote*. Pero era necesario para estudiar el hombre, para explicarnos su condición humana, el medio, el ambiente y el desarrollo de nuestro héroe cuando las impresiones recibidas preparan y moldean el carácter.

« Leyendo el *Quijote* — dice Azorín — no nos podemos figurar a su autor distinto de cómo fué; pobre, mísero, angustiado, acosado por la necesidad, andando por los caminos perpetuamente, en contacto siempre con la realidad dolorosa. Un hombre rico bienhallado, no hubiera podido escribir el *Quijote*. Diremos más — agrega Azorín — : casi creemos que podrá comprender mejor la obra de Cervantes

un hombre que se encuentre en las condiciones en que Cervantes se encontraba, que otro a quien la vida le sonría y todo en ella le halague. Aparte de lo que hay de innato en el espíritu de Cervantes, puede decirse que esa misma índole de su vida — dolorosa y andariega — contribuye poderosamente a que su libro sea una obra de realidad y no de abstracción; una cosa viva, espontánea, y no una cosa rígida y seca ».

Ajustada visión la de Azorín que corrobora lo dicho nada menos que en febrero de 1615 por el Licenciado Márquez de Torres al que correspondió la censura de la segunda parte del *Quijote* y que en el escrito de aprobación, tras de hacer un cumplido elogio de la obra de Cervantes, escribe : « Certifico con verdad que en veynte y cinco de febrero deste año de seyscientos y quince, habiendo ido el Ilustrísimo Señor Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, a pagar la visita que a su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia, que vino a tocar cosas tocantes a los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de las buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andavan más válidos, y tocando *al* acaso en éste que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, quando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reynos sus confinantes, se tenían sus obras... Fueron tantos sus encarecimientos que me ofreci llevarles que viesen el autor dellas que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras : ¿ Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público ? Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo : Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Diós que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo ».

Si a quien supo describir como nadie tantos tipos humanos ha de concederse crédito, hemos de creer a Cervantes cuando en el prólogo de las *Novelas Ejemplares* hace su autoretrato diciendo : « Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, de frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia

los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies : éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje al Parnaso*... y otras obras que andan por ahí descarradas y quizás sin el nombre de su dueño ; llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra ». Este era pues Cervantes a los sesenta y seis años, tras de esa vida llena de sinsabores de amarguras, de injusticias y de desdichas. Sus ojos seguían siendo alegres. Si no lo hubieran sido, no hubiesen visto jamás la torcedora locura de Don Quijote, ni hubiera podido hacer acmar a sus lectores la sonrisa de simpatía, de comprensión, de humanidad en una palabra, que sólo él y Shakespeare manejaron y dominaron en sus obras. Don Quijote, cuya fe en el ideal sólo extingue la muerte, tiene mucho de su autor, y cuando éste le hace decir al ya entonces caballero de los Leones en el cap. X de la Segunda parte : « En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna », lo hace acordándose del continuado ejemplo de su vida en la que acaso sus menores desdichas fueren haber sido cautivo de los moros y preso cuatro veces sin razón ni justicia, sino por malaventura. Mas la voluntad de Cervantes no se quiebra ni un solo instante a lo largo del infinito camino recorrido. Por eso no cree en los malos augurios y pone en boca del Ingenioso Hidalgo — ingenioso e hidalgo era Miguel — el recuerdo de lo sucedido a Escipión el Africano : « Llegó Cipión a Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados ; pero él abrazándose con el suelo, dijo : No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos ». (Cap. LVIII, 2a. Par.). Y eso es lo que Cervantes hace con la Gloria tras la cual va sin alcanzarla luengos años, primero en el ejercicio de las armas, más tarde, inválido para ejercitarlas por la malaventura física de su manquedad ganada en Lepanto, con las letras. Cervantes se abraza con la Gloria el 7 de octubre de 1571, cuando herido en la mano izquierda y en el pecho continúa luchando hasta oír el grito alegre de la victoria ; sólo entonces el que buscó puesto de destacado peligro hallándose enfermo, y por lo tanto exceptuado del deber de luchar, se abrazó con la Gloria y dejó que su dolor y su cansancio le hicieran perder el sentido.

*

Unos años después, ya cautivo en Argel, el ingenio y el valor de Cervantes no decaen ni un instante. El testimonio de Fray Diego de Haedo

en su *Historia y Topografía de Argel*, escrita cuando Cervantes seguía siendo un obscuro cautivo rescatado, y cuyo testimonio no puede tacharse de adulación a un autor aplaudido y admirado, explica cual es el temple de Miguel en la más dura y cruel de las adversidades. Da cuenta del intento de evasión organizado por Cervantes y que falla por la soplonería de un renegado de Melilla llamado el Dorador, y dice : « Con este aviso los prendieron a todos ; y particularmente maniataron a Miguel de Cervantes, un hidalgo principal de Alcalá — es el único título que Fray Diego encuentra para designarle — que fué el autor deste negocio y por tanto el más culpado. Mandó el Rey (de Argel) que los llevasen a su prisión o baño, porque era costumbre aplicar a él a los cautivos que huían de sus patrones ; pero detuvo en su casa a Cervantes, de quien por muchas preguntas y terribles amenazas que le hizo no pudo jamás saber sino que él y no otro había sido el autor de aquella traza, cargándose como hombre noble a sí solo toda la culpa », y concluye el fraile relator con estas palabras : « ¡ Cosa maravillosa ! que algunos de ellos estuvieron encerrados sin ver luz, sino de noche cuando de la cueva salían, más de 7 meses y algunos 5 y otros menos, sustentándolos Miguel de Cervantes con gran riesgo de su vida, la cual 4 veces estuvo a pique de perdella empalado o enganchado o abrasado vivo por cosas que intentó para dar libertad a muchos ; y si a su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de Cristianos, porque no aspiraban a menos sus intentos... Del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia. Decía Assan Bajá, Rey de Argel, que como él tuviese guardado al estropeado español, tenía seguros sus cautivos, bajeles y aun a toda la ciudad : ¡ Tanto era lo que temía las trazas de Miguel de Cervantes, y si no le vendieran y descubrieran los que le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Argel había ! »

No pudiendo agarrarse Cervantes a otra cosa, que nada poseía, se agarraba a su dignidad inagotable, y ella le valió para librarse de tormentos por la admiración que despertaba en el alma brutal, pero valiente, del Rey Assan Bajá. En la *Historia del Cautivo* el propio Cervantes nos lo cuenta : « Sólo libró bien con él (Assan Bajá) un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar la libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él alguna vez ». Cervantes no se doblega a la desgracia ; sabe sobrellevarla con el legítimo

orgullo de quien tiene razón y sabe que la tiene. Y, como Don Quijote, no escarmienta con la derrota que hados maléficos o encantadores le ocasionan. Su facundia no cesa de trabajar en busca de restituirse a su condición de hombre libre. Y su gran locura razonada, aquella de que más tarde aparece impregnado su héroe, logra convencer a un mercader valenciano, atento a la ganancia de sus doblones, para que se gaste más de 1.300 doblas en comprar una fragata de doce bancos y la ponga a punto a fin de facilitar un medio de evasión. Son más de 70 caballeros de hábito y de título, sacerdotes, frailes y otros cautivos los que intenta sacar de Argel, mas también el delator funciona, esta vez bajo el hábito de un fraile extremeño, Fr. Juan Blanco de Paz, que no contento con desbaratar los planes, acusa después a Cervantes para impedir su rescate por los trinitarios. Pues bien, Cervantes, vuelve a asumir ante Assan Bajá toda la responsabilidad de la loca aventura, permitiendo de este modo que el mercader que en él había creído, no salga castigado, declarado culpable de haber facilitado los medios de la fuga. Su amor a la libertad no se extingue. Don Quijote-Cervantes lo pregona a Sancho al salir de la casa de los Duques, que a costa de crueles burlas, les han dado de comer por unos días : « La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos ; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre ; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida ; y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres ». Parece como si al escribir tales palabras Cervantes recordase, no sólo su afán inextinguible e inextinguido de ser libre, sino también las burlas que en la Corte y en los medios literarios de Valladolid tuviera que soportar en su lucha diaria por la existencia. Por eso continúa : « que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. ¡ Venturoso aquel a quien el Cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerse a otro que al mismo cielo ! »

Y le asistía toda la razón para hablar así. Por gratitud hacia su amigo y protector el buen comerciante de Vitoria don Pedro Isunza, Proveedor General de las Galeras, aceptó él la responsabilidad que forjaron unos cuantos personajes influyentes a los cuales uno de sus ayudantes había en Teba incautado para la Armada ciertas cantidades de trigo. En aquella ocasión Cervantes, sin apoyos y desvalido en los medios cortesanos y judiciales, arremete lanza en ristre para desfacer el entuerto, y con fecha de 1º de diciembre 1592, dirige al Rey este documento que pudiera servir de la más alta ejecutoria de

nobleza de alma : « Yo me he hecho cargodello, que tengo que dar cuenta de todo con lo demás que es de mi cargo, y no es justo que del dicho proveedor (Isunza) ni de mí se diga cosa semejante como la que se opone, ni que dicho proveedor sea injustamente molestado. Y para que se entienda esta verdad, me ofrezco a dar cuenta en esta Corte o donde V. M. fuese servido... y V. M. sea servido que dando yo las dichas fianzas y la cuenta como la ofrezco, el dicho proveedor, ni sus bienes, sea molestado, pues el no debe nada y sobre ello pido justicia ».

Pero la fuerza persuasiva de su argumentación que sirve para convencer al terrible Rey de Argel ; que hace olvidar sus intereses al mercader valenciano Onofre Exarch ; que le sirve para recobrar en Esquivias durante unos días el amor encendido de su rígida esposa doña Catalina de Salazar y Palacios, de la que por sus necesidades había tenido que estar separado durante años, nada puede contra golillas, tinterillos y magistrados, y el expediente continúa, y al morir poco tiempo después, en junio de 1593, don Pedro Isunza, queda de nuevo en la calle. El hombre cuya firme honestidad aprecian en unos días Fernán López de Torres, Francisco de Orduña, Juan Bocache y Gonzalo de Aguilar Quijada, vecinos de Ecija, hasta el extremo de otorgar una fianza por Cervantes, que había llegado a aquella ciudad con la desagradable tarea de reunir bastimentos para la Armada Invencible, no encuentra jamás eco en la máquina inflexible del armazón de la justicia filipina, y la saña de su desventura le persigue implacable, hasta hacerle huésped de la cárcel de Sevilla en el mes de setiembre de 1597.

Cervantes había vivido largamente y varias veces en Sevilla, había visitado sus corrales, el del Olmo, el de los Naranjes y el de D. Juan, le eran familiares las caras y los modos de jaques y matones y ladronzuelos de la ciudad del Guadalquivir, pero no había calado en la intimidad del hampa sevillana. Para eso es necesario que la justicia del Rey Nuestro Señor cometa el desafuero de encarcelarle, y allí ve, día a día, que por jornadas se cuentan las estancias en cárcel; el alma al desnudo de lo más desdichado de la humanidad doliente, la que, como habrá de decir más tarde Don Quijote en la aventura de los galeotes, sin gusto va a padecer penas contra su voluntad ; « y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiesen sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades ». Y es en aquella cárcel en que todo ruido e incomodidad tienen su asiento, donde Cervantes imagina la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Sin hiel, con ironía, sin rencor, con

la más humana de las comprensiones por la desgracia ajena y por la propia, sin bajeza, sino con la elevación prodigiosa del ideal, con el sabor amargo que deja en la boca el haber apurado demasiado un cigarro y que, sin embargo, nos estimula al rato para quemar otro. Ha cumplido sus cincuenta años entre los hierros de una cárcel. Quizás no haya sido ajeno a su tropiezo el hecho de que compusiera un soneto satírico con ocasión del saqueo de Cádiz por las tropas del Conde de Essex, y que recobró el Duque de Medina Sidonia « al día siguiente de haber abandonado la plaza el Conde ».

Treinta años de lucha inclemente le han curtido. En sus ojos alegres se han reflejado las más jugosas y preñadas páginas del libro de la vida. Sus amigos han sido gentes sencillas, como Fr. Jorge del Olivar, el fraile mercenario que se quedó cautivo en prenda por la libertad de otros, Fr. Juan Gil, el trinitario que lo rescató en el momento mismo en que atado al remo de una galera de Assan Bajá iba a partir para Constantinopla, Jerónimo Velázquez, director de una compañía de cómicos, Tomás Gutiérrez, un cómico pobre que varias veces salió fiador de Miguel en Sevilla, Pedro Morales, otro actor modesto, Don Pedro de Isunza, y Mateo Alemán, el autor de la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, con quien trabó conocimiento en la cárcel sevillana. Son esos amigos sencillos los que no le han fallado. Cuando la amistad se desvía hacia los literatos de rango, como sucede con los Argensola, no resiste la prueba. El temor al talento y al ingenio de Miguel, quiebra la simpatía que por él parecieron mostrar. La vida le ha enseñado sus facetas heroicas y menos gratas. Lepanto es ya un recuerdo imborrable pero lejano; en cambio los arañazos diarios de los envidiosos, el desdén de las gentes de la Corte, la breve duración en la escena de sus comedias y entremeses, y la excomunión de la Iglesia que se agrega a las molestias de su proceso, son cura de sal y de vinagre sobre la sensible receptividad del hombre bueno y animoso. Mientras se envían a Indias a pingües comisiones, muchas gentes incapaces, a él se le niegan los puestos que solicita, uno en Santa Fe de la Nueva Granada, otro en Cartagena de Indias, y el último en la Paz, en el Alto Perú.

Las desdichas de nuestro hombre no han tenido un descanso. Parece como si un destino implacable le obligase a cruzar y recorrer los ásperos caminos de aquella España que, de la gloria de su Imperio se lanzaba ya por la pendiente escabrosa y resbaladiza a un tiempo de la decadencia política. Los empleos que a Cervantes se dieron fueron siempre poco lucrativos,

desagradables en su cumplimiento, minuciosos en su ejecución y amenazados de responsabilidades.

Para comer, ha de volver en otra ocasión a los mesones, a las posadas y a las ventas de todo el Reino de Granada, y allí cobrar los atrasos de la alcabala y de la tercia Real. La dificultad de la comisión no le arredra, no obstante los groseros errores de la cuenta que en Madrid le entregaran. La cifra cuyo cobro se le había encomendado era, en realidad, cuarenta veces menor de lo previsto. El favor y las influencias, las concesiones de juros y exenciones la habían reducido, complicando así en mucho la misión del recaudador. Pero su voluntad y su decisión salen con bien de todo, mientras, en sus andanzas a lomo de mula, o jinete en escuálidos rocines de sierra, el paisaje de la Alpujarra, la pintoresca costa malagueña y las grandezas de Granada, le hablan de fabulosas hazañas y de historias, y escucha narraciones, refranes y decires populares al calor de la lumbre, en la gran campana de la cocina del parador en que se entra a fin de dar reposo a los baqueteados huesos.

Cuando llega a Sevilla, cumplida la misión, la experiencia de los caminos le aconseja prudencia en el traslado de dinero, y acude a un banquero de la plaza, Freire de Lima, para que éste le dé una letra de cambio sobre la Corte. ¡ Hasta prudente se ha vuelto el soldado de Lepanto ! Pero maléficos encantadores harán ineficaces sus medidas. En tanto que Miguel, cruzando Despeñaperros hacia el Norte, va camino de Esquivias y de Madrid, el banquero se alza con sesenta mil ducados y se fuga a las Indias. La letra de Miguel no encuentra fondos para ser atendida y a toda prisa vuelve a cruzar los campos de la Mancha para tratar de salvar del desastre lo que sea posible. La justicia complica su existencia y no se concibe, cómo, sin un ánimo más que enterizo, quijotesco, es capaz de remontar en toda ocasión el remolino de la desesperanza, y cómo puede, sin abandonar un instante la lucha despiadada, fijar en su cerebro las imágenes de esa vida que ante él se desliza y que con persistente crueldad le hace su víctima. Cervantes va y viene y vuelve y repasa las oficinas de los contadores que le exigen reintegros por sus comisiones desempeñadas, y sin embargo, cuando al regresar a su casa sería lógico que bramase contra la sociedad que le atenaza y le martiriza, una sonrisa salta de sus ojos a sus labios. Es el recuerdo de un dicho, de un gesto, de un refrán, de una frase oída al pasar, que le sirven de bálsamo y que anota probablemente en el reverso de los borradores de las cuentas, acumulando materiales para sus comedias, sus entremeses o sus novelas. Cada vez más se afirma en él la convicción de la ramploñería ambiente, y quien soñara para España la más

gloriosa ruta y para él alcanzar las cimas de la fama, no puede conformarse. La rebeldía, la bendita rebeldía del genio creador, forja en el más brillante espejo de la literatura la contrafigura del hombre de sus días, y para encontrarla no tiene Cervantes otra cosa que hacer sino meterse dentro de sí mismo, contemplarse y sacarse luego afuera. No ha nacido caballero, como tampoco naciera en esa cuna D. Quijote. ¿Y no sorprende que a Alonso de Quijano el Bueno, Hidalgo de lecturas, le dé el espaldarazo un ventero socarrón y corrido, que de las tierras de Andalucía ha ido a parar a las estepas de la Mancha? A Cervantes, como a D. Quijote lo ennoblecen sus acciones, que a las gentes sensatas pueden parecer desapoderadas. ¿Qué diferencia hay entre jugarse la vida por salvar a sus compañeros de cautiverio para que lo denuncien ellos mismos, o liberar a los galeotes para que lo apedreen?

Hay un pasaje del *Quijote* en el capítulo LIX de la segunda parte, tras la aventura de los toros que lo cocean en el camino de Zaragoza por sostener la hermosura de las doncellas vestidas de pastoras que lo habían invitado y agasajado, que es de los más poéticamente dramático de la obra. « Yo nací, Sancho, para vivir muriendo y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en ésto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas: al cabo al cabo, cuando esperaba palmas y triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisoteado y acoceado, y molido, de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en la gana de comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes ».

*

Ya había Cervantes publicado la primera parte del *Quijote*, cuyo éxito es tal, que se publican, dentro del año de su aparición, cinco ediciones, su nombre corre de boca en boca y de lengua en lengua. La ilusión de Cervantes se ha colmado, aunque su bolsillo continúe flaco. Vive con sus hermanas y su hija (la de sus amores con Ana Franca en Lisboa) en una modesta casa de vecinos en Valladolid, en el barrio del Matadero, en cuyos bajos había una taberna. En la noche del 27 de junio de 1605, Miguel de Cervantes, ya con las barbas de plata, aunque todavía no encorvado bajo el peso de los años y las desdichas, está seguramente trabajando en alguna de sus *Novelas Ejemplares*, de las cuales más tarde habrían de sacar modelo y provecho los autores dramáticos

ingleses, cuando, a pesar del ruido de los parroquianos de la taberna, escuchó agudas voces de socorro en la calle. Nuestro hombre no vacila. Deja la pluma, desciende apresurado las escaleras y encuentra a pocos pasos de la casa a un hombre gravemente herido. De la taberna y de las casas circundantes nadie ha acudido. Todo el mundo sabe lo peligroso de inmischirse en asunto con el que haya de tener que ver la justicia. Con Miguel sólo se encuentra un joven sacerdote y vecino suyo, don Luis de Garibay, hijo de un antiguo amigo de Cervantes, escrupuloso historiador. Entre los dos recogen al herido, que resulta ser un joven calavera cortesano, caballero del hábito de Santiago, don Gaspar de Ezpeleta; lo suben a casa de la madre del sacerdote, llaman al médico y avisan al Juez. El caso es absolutamente claro: D. Gaspar de Ezpeleta ha muerto a manos del marido ofendido de una de sus amigas, que lo ha matado en buena lid, según el propio herido confiesa antes de morir. Hay testigos de haber visto al agresor salir huyendo, pero Su Señoría tiene que demostrar el gran celo de la Justicia y este se manifiesta encarcelando a Cervantes y al cura, y a los familiares de uno y otro. Cervantes, famoso en las armas y en las letras, comedido en sus acciones: al cabo al cabo cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas — como Don Quijote — se ve, como éste, pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos. Los de Don Quijote, al fin y al cabo eran toros de lidia; los de Cervantes son escribanos, golillas, jueces y alguaciles. Don Quijote que sale de sus aventuras, por malparado que en ellas quede, con el ánimo enterizo y bien dispuesto para enfrentarse a la siguiente, tiene en aquella ocasión un verdadero abatimiento, la injusticia del destino se ceba en él. Por eso dice: « Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo la gana de comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes ». Es más que probable que semejante desmayo pasajero invadiera el alma de Miguel de Cervantes. ¡Era demasiado escarnio y demasiado amargo el trago! Si el propio Cristo tiene un instante de desfallecimiento invocando a su divino Padre: « ¡ Señor, aparta de mí este cáliz! », no es excesivo creer que en el temple de acero del alma de Cervantes haya habido también una hora de desmayo; ni es tampoco demasiado aventurado suponer que es ese estado transitorio de abatimiento — tan justo, tan humano que por él pasa Dios una vez hecho hombre, y que él ha conocido con ocasión de la muerte de Don Gaspar de Ezpeleta — el que transfiere al Caballero del Ideal en aquella memorable aventura toda ella impregnada del más alto sentido poético.

En el gran teatro del mundo que es la vida, Cervantes ha vivido el entremés, la comedia, el drama; ha sido personaje de sainete, de epopeya, de comedias de amor y de intriga, de novela de caballería; ha oído todos los ruidos de la batalla, de la algarabía, del patio del mesón, de las alegres tabernas de Italia, de los cantos del campo y de la cárcel, del montar y desmontar de los tablados de la farsa, del mar bravío que azota los bajeles, de los astilleros de Sevilla y de Cádiz, del látigo que azota al esclavo cautivo, del patíbulo que se alza por mandato del Rey Nuestro Señor, del zapateo de la zarabanda, de los apostadores de las galeras, la voz grave de los hermanos que acompañaban al reo pidiendo por el alma del que iba a ser ajusticiado, y la chillona del vendedor de blondas de Flandes, las notas severas del canto gregoriano y las alegres de una zambra gitana, y además todos esos sonidos indefinibles que acompañan al caminante, el de los hierros de su cabalgadura, el silbido del aire, el susurro del bosque, el levantar del vuelo de una perdiz, el chirrido de los ejes de una carreta, el eco de los montes; ha sido estudiante, soldado, cautivo, poeta, autor dramático, comisario de la Invencible, recaudador de la alcabala, preso, y autor de obras de entretenimiento. Esto era mucho, pero en aquellos días en que la aventura se cruzaba a toda hora en los destinos de los hombres, hubo muchas gentes que escucharon idénticos sonidos, que desempeñaron los mismos oficios y quedaron sepultadas en el anónimo, mientras que en Cervantes, la calidad humana, que luego se refleja en su obra formidable y sin par, aprovecha ese caleidoscopio de la vida para engendrar un tipo de carácter único y universal. Y es que Cervantes es ante todo y sobre todo un hombre, un hombre entero. Es que todos esos sonidos y gritos y cánticos y ruidos ha sabido escucharlos dentro de sí mismo y transformarlos en silencios; en el silencio que fecunda y engendra. Ese silencio del que hubo de decir: « ¡ Oh silencio, voz agradable a los oídos donde llegas, sin que la adulación ni la lisonja te acompañen! ¡ Oh que cosas dijera señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! » Son la soledad y el silencio que sirven de troquel a la vida, que pasa y se escapa para los demás, y que él capta y modela y esculpe en el molde sin grietas de su genio, donde los ruidos se separan y se distinguen, se matizan, se afinan y se armonizan. Son los silencios luminosos que escuchaba Beethoven, jugando allá dentro de su alma con el desarrollo y las variaciones de los temas. Es el silencio generoso de la comprensión, que el genio devuelve elaborado en la obra maestra, porque, inevitablemente, ha de verterlo hacia fuera. Es la función suprema de la creación, el parto de las criaturas, la eternización de la especie en la

reproducción fisiológica y la eternización de la fábula o del tipo en la creación cervantina.

El alma humana se ha abierto para Cervantes en todas sus dimensiones. Conoce sus debilidades, sabe comprenderla, y en su espíritu generoso no cabe el rencor. La sana alegría de sus penetrantes y vivaces ojos azules se transforma en la más fina de las ironías, por duro que sea el trance en que se encuentre. El 13 de setiembre de 1598 muere Felipe II en El Escorial; la noticia corre por España como reguero de pólvora. Cervantes, a pesar de ser ya uno de los más conocidos ingenios de Sevilla, se encuentra en la más negra de las situaciones, tanto, que el día 15 de aquel mes, mientras la Corte derrochaba el dinero a manos llenas para las exequias del difunto monarca, Miguel tiene que pedir prestadas once varas de tela para hacerse un traje y una capa con herruelo que substituyan las raidas vestimentas con que se cubre. Busca por aquel entonces su pan en pequeñas operaciones de reventa de provisiones, tratando para ello con los patronos de las goletas y faluchos que arrinan al muelle de Triana en Sevilla, y, probablemente, en algunos de los famosos corrales sevillanos se entera de la grotesca disputa entre los Inquisidores y los Ministros de la Audiencia de S. M., por la que es preciso interrumpir la misa en sufragio del alma del Rey Felipe, y terminarla en la sacristía. La Municipalidad y el cabildo de Sevilla han decidido levantar un tumulto extraordinario. Los mejores imagineros — Berruguete entre ellos — han trabajado en él. Para pintores y carpinteros y ebanistas y tapiceros el trabajo ha sido abundante. Cervantes, sin blanca en el bolsillo, pero como siempre con su aire limpio, y acaso tras las más estrechas necesidades que pasase en su vida fuera del cautiverio, recorre la ciudad con el reciente traje nuevo que no sabe cómo podrá pagar. El martes 29 de diciembre, en una de sus vueltas para llenar el tiempo y distraer su espíritu, entra en la iglesia, y al ver el tumulto levantado a la gloria del Rey fallecido, no puede contenerse. El contraste le estimula y él, lleno de deudas, que por ellas ha sufrido prisión de orden del aquel Rey, cuyo tumulto resplandeciente ha costado más plata de la que fuera necesaria para asegurarse un honesto y decente pasar, se adelanta por entre el público e improvisa ante la admiración de unos y la sonrisa contenida de otros, aquel famoso soneto:

*¡ Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla !...*

en que el punzante y matizado humorismo del poeta se manifiesta, viendo hasta dónde llegan las vanidades de los favorecidos de la fortuna; de esa fortuna terrenal con otros tan pródiga y con él tan avara.

Cervantes, prototipo de hombre desafortunado, no se deja caer jamás en abandono de sí mismo. Sabe — Don Quijote lo dice aun maltrecho en el suelo por los estacazos de los yangüeses — que « siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas ». Su puerta abierta es sin embargo ambiciosa ; es el camino de la gloria a través de la pluma. Su pluma y sus soledades y silencios fecundos son su consuelo. La idea de dejar obra imperecedera le sostiene. Eso es lo que está dentro de él mientras, juguete de un destino adverso, no deja de andar, de andar siempre por los caminos reales y los de andadura. Muchas veces ha meditado en el amor. De él ha gozado con Ana Franca en Lisboa y con Doña Catalina de Salazar su esposa. Mas para Cervantes — en *La Galatea* nos lo advierte—, el amor es un deseo de belleza. « Cual fuere la belleza, tal será el amor. Y porque la belleza es de dos maneras, corpórea e incorpórea, el amor que la belleza corporal amare no puede ser bueno. La segunda tiene dos partes, las ciencias y las virtudes, dignas de igual amor, pues esta es la belleza que se considera con los ojos limpios y claros del entendimiento, mientras que la belleza corpórea se mira con los ojos turbios y ciegos del sentido. ¿ Qué tormentos pueden compararse a los de un amante, aunque vea colmadas sus esperanzas ? Su felicidad estaría en gozar la belleza que desea ; mas pronto se ve que no puede poseerla plena y enteramente, porque no está en la mano del hombre la posesión y el goce absoluto de lo que está fuera de él. Así donde hay amor hay dolor ». Filosofía ésta de Cervantes que nos da de él un retrato moral, corroborado a lo largo de su movida y azarosa existencia. Si ha podido sostenerse sin flaqueza en medio de tanta contradicción, no es por otra cosa sino porque supo siempre mantener su amor por la belleza incorpórea — aquella con que adorna Don Quijote a Dulcinea — cuyo goce absoluto puede encontrarlo en su interior.

Seguro de sí mismo, entero, bondadoso, liberal y veraz, la condición humana de Cervantes resp!andece como una gema que después de arrancada a las entrañas de la tierra, fuera tallada por el más hábil de los artifices :

*Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
al pecho melancólico y mohino
en cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis Novelas un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos...*

dice en *El Viaje del Parnaso*, compuesto al final de su errabunda y dolorosa existencia, y aún agrega :

*Por esto me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique
para dar a la estampa el gran Persiles
con que mi nombre y obras multiplique.
Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño
de la santa virtud total ruina.*

*Con mi corta fortuna no me ensaño,
aunque por verme en pie, como me veo,
y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento aunque deseo
mucho...*

Así es Cervantes : sin modestias falsas reclama lo que de derecho le pertenece, y lo dice unas veces en prosa curialesca de memorial dirigido al Rey, y otras en sus versos autobiográficos del Viaje :

*Jamás me contenté ni satisfice
de hipócritas melindres. Llanamente
quise alabanzas de lo que bien hice.*

Y así llega al final de su vida, viendo que se le escapa y confesando su deseo de vivir : « Ayer — dice al Conde de Lemos, en la dedicatoria del *Persiles* — me dieron la extremaunción y hoy escribo esta : el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir ». Y todavía habla de los trabajos que en proyecto tiene, si milagrosamente saliera con vida de aquella su verdadera encrucijada. Pero cuatro días después de escribir tales palabras, como él mismo dice, « puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte », Cervantes pasa de la vida carnal a la eternidad de la fama. La sed le abrasa, le consume y le mata. Es entonces una sed material que ha substituído la inmensa, la infinita sed de Justicia que toda su vida le acompañó, víctima de tantas desventuras.

Como Camöens, el otro inmortal poeta del sig'lo XVI, en la península, fué hidalgo, poeta, soldado y pobre ; ambos infatigables caminantes, y si Camöens en sus andanzas perdió un ojo, Cervantes en Lepanto quedó manco de la mano izquierda. El poeta portugués fué enterrado pobremente en Lisboa, en el convento de las monjas franciscas de Santa Ana ; el autor del *Quijote* fué, también con pobreza, enterrado en el Convento de las monjas trinitarias de Madrid. Entre las muchas glorias de los siglos XVI y XII de España y Portugal, quede para los cortesanos la vergüenza de no haber a su tiempo comprendido la grandeza de los que fueron verdaderos príncipes.

JOSÉ DE BENITO

XOCHIMILCO Y SUS TRAJINEROS

POR JOAQUIN ARDERIUS

HABLANDO de los vagabundos y turistas llegaremos a Xochimilco.

Cervantes fué un vagabundo de la humanidad y Dostoievski lo fué del individuo : dos buzos de las más hondas profundidades psicológicas.

No fueron ellos solos los que bajaron al subconsciente para hacer novelas, ni tampoco los primeros ni los últimos : mas los cito por ser ellos los dos zahories literarios de mi devoción.

Zahori o buzo, es en la creación novelística para mí la misma cosa : escudriñadores mágicos que sienten y ven cuantas nebulosas se forman en la negrura abismal de las almas para removerlas y sacarlas a la luz del mundo.

Vagabundos, no sólo de la novela, sino también de todas las otras artes, los hay : buzos, zahories, que con los pinceles, el buril, los sonidos o las estrofas, ponen a la sensibilidad, de la mirada, del corazón y del pensamiento humanos, las membranas subterráneas que laten en las entrañas del hombre.

Cuando el artista concibe en ese *minimum* de libertad política que se respira en lo que se ha dado en llamar hoy « pueblos libres », según sea la calidad de la persona, tomará los caminos y las veredas polvorientas, enguijarradas o enlodadas, para ir amenazado por los ladridos y las acometidas de los perros de los cortijos, o por la presencia de alimañas y fieras al cruzar alguna selva ; o

se subirá a un autocar, vagón de ferrocarril o avión para ser atendido por el cortés y diligente servicio de la compañía de transportes : los primeros, si con la manta al hombro, el cayado y el zurrón, son ungidos de vagabundos ; y los segundos, si es que es el turismo lo que van a abrazar.

Aunque sea algo que lo saben hasta los que no saben en qué deben emplear la razón, que se supone les late en la frente, lo vamos a decir : por cada vagabundo en las artes, turistas hay mil.

¿ Y cuando ni esa libertad, de que hemos hablado antes, hay, y el artista no puede ser ni vagabundo ni turista, y lo embarcan en una galera, de galeote, y un tirano lo fuerza a remar ? : el vagabundo no rema por las aguas estéticas, y hace zapatos, o mesas... o se muere boca arriba sobre un jergón, o lo llevan al paredón o a la horca, grávido de delirio de su libertad de expresión ; y el turista, al verse embarcado en la galera, si es que le corre por sus venas algún calor estético y en la mente le bullen lombrices de dignidad de su yo y de la especie, se convierte en una sombra de lo que se haya hecho el vagabundo, y en algunos casos llega hasta fundirse en un auténtico vagabundo en régimen de opresión. Y si es que no le pasa calor ni de artista ni de hombre por las venas, ni en sus sesos se incubaba ningún huevecillo de esencia humana... entonces a remar y a hacerse personaje de plomo y cuerda.



Vagabundos y turistas, no sólo los tienen los caminos del arte ; en la política los hay también ; y en la misma proporción : por un vagabundo, turistas, mil.

Y ahora vamos a hablar de mi vagabundeo por la ciudad de México, para llegar a Xochimilco ; pero en el sentido auténtico, justo, del vocablo vagabundear en el diccionario de la lengua castellana, pues no presumimos ser otra clase de vagabundo : « persona que anda errante ».

Con el vagabundo pasa como con el virtuoso de todas las otras pasiones : los hay de distintas aficiones ; hay vagabundos de tipo internacional, que les seduce cruzar fronteras, con las ruedas del vagón del ferrocarril, o con las ruedas de otra clase de vehículo cualquiera, o con las suelas de los zapatos, o con las callosas plantas de sus descalzos pies ; dependerá del medio de locomoción que emplee, ajustado a su economía, y lógicamente a su clase social.

Hay vagabundos de tipo nacional.

Y los hay también de tipo puramente urbano ; estos hombres, como un servidor, que caemos en una gran urbe y no hay quien nos saque de ella, como no sea un dictador, para andar errantes toda la vida y escudriñar,

buscar y encontrar todo cuanto pueda haber en los cinco Continentes, y que nos pueda interesar, pues somos muy caprichosos, como cazadores, no de las pieles que visten los cuerpos de las cosas, sino de sus corazones, para ponérselos junto al oído y sentirlos palpar como a relojes.

¿ Qué puede tener el mundo entero que no tenga, no para un turista, sino para un vagabundo, Londres, Madrid, París, Chicago, Nueva York, Buenos Aires o México, por ejemplo ?

Una gran urbe, y sobre todo las de cosmopolitismo mayor, es el sueño de un niño en noche de reyes para un vagabundo de cepa : es tener la palma de la mano del mundo, leyendo en ella ; como una gitana la de una señora de esas que les gusta que les digan la buena ventura.

Vagabundar en México es como ponerse una escafandra y zambullirse en los Océanos y bajar a lo más profundo a escudriñar en su total dimensión para navegar por sus tenebrosas y fosforescentes aguas y caminar por las misteriosas arenas de su suelo ; lo mismo puede uno tropezar con peces fabulosos que con monstruosidades de otra clase, que con bellezas fascinadoras... que hasta con vergeles submarinos.

¡ Quién sabe con lo que uno se puede encontrar en los abismos marinos ! En este océano que es México, de humanidad y de cuanto hay creado en la Tierra, uno sale a vagabundear como salen todos los vagabundos : a errar por doquiera, sin rumbo fijo, sin ir en busca de nada para encontrárselo todo ; y todo se encuentra...

Todo se encuentra menos algo que es necesario salir unos cuantos kilómetros, pocos, tomando un tranvía : el maravilloso Xochimilco.

Nunca hemos ido a Xochimilco así de súbito, como a otros lugares del cinturón de México, a los que nuestro vagabundear en un deseo repentino nos ha llevado.

Ir a Xochimilco es para mí un viaje que voy gestando días y días con fruición de catador de emociones, que se recrea y se recrea ante la ilusión de paladear humanidad de la más profunda y misteriosa, servida en preciosa copa cocida en la más vieja y bella cerámica, pintada con unos esmaltes de tanta calidad y de colores tan auténticos como los de la esmeralda, los diamantes, los rubíes, las turquesas y los topacios de más calidad y más quilates.

(C)l. Musco del Hombre. París.



Con frecuencia lo visitamos, y siempre, tanto el viaje de ida como el pasar unas horas en ese paraíso, es una novedad tan sugestiva que nos obliga a repetir y repetir la jira.

Xochimilco es... diremos lindo, para ajustarnos a la castiza expresión del fervor religioso con que el mexicano de raza ama a su tierra. Lindo es en verdad, de una lindeza y de una personalidad únicas. No es como suelen decir algunos : « La Venecia mexicana ».

Xochimilco es impar : impar su fisonomía y su espíritu ; son propios, sin ser el espejo de nada.

¿ Qué es una red de canales ? : el hombre, el ciervo, el caballo y el tigre, por ejemplo, tienen cabeza, tronco y extremidades ; mas... ¿ qué ? : el hombre es hombre, el ciervo es ciervo, el caballo es caballo, y el tigre es tigre.

Maravilloso es Xochimilco, de una fisonomía que no tiene mancuerna en otro cualquier paraje del mundo, pero con ser ello mucho lo que pese en nuestro ánimo, no es ello precisamente lo que nos hace repetir las excursiones.

¿ Qué son sus canales, sus chinampas policromas, sus merenderos con orquestas y bailes, su bullicio de iris, en unos puntos ; su nudo romántico en aquel solitario recodo ; sus trajineras cargadas de músicos mariachis, o de extranjeros turistas, o de la humilde familia que cansada del cotidiano trabajo sale en goce de descanso... ; o aquella amorosa pareja que se aleja... ¿ se aleja ?...

¿ Qué son sus trajineros, remando o en los embarcaderos ofreciendo a tanto la hora de ensueño, en sus peces de madera con el torso de lona como el de las tartanas de Valencia y Murcia ; peces, de los que ellos son el corazón y las aletas de magia que les hace nadar ?

¡ Los trajineros son cosa aparte ! : son los que nos llevan por esa copa de barro, a la que no le encontramos parecido nada más que con la que Salomón pusiera en la mesa de la cámara en donde él pensara con aquella solera de sabiduría, belleza y verdad.

Una fabulosa copa de preciosos metales, labrada, con pedrería de la más fabulosa, rebosante de vino, es Venecia : su parecido lo tiene con la que Nerón tuviera delante, presidiendo sus orgías.

No hace mucho, un nuevo Natá veneciano hizo su aparición desde su gran palacio, con una corte de personajes que ya va siendo polvo de cripta en este siglo : fué como la aparición del espectro de Algo, que en tiempos pasados iba a caballo a lomos de la Humanidad, pero que los hombres van enterrando para encontrar la Paz.

La copa que forma Xochimilco, no da apariciones de esas : son profundas y bellas imágenes bíblicas, que por la poesía y la ciencia humana que encierran están fuera del tiempo, extasiando al espíritu, fascinando a la mirada, y dándole meditación al pensamiento, para sondear en el amor, en la verdad, y en la justicia social : las voces de Ezequiel, Isaías, Job y Daniel, suenan por doquiera ; y los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares de Salomón, surcan el espacio, como salidos de su frente.

Cuando voy por las aguas de los canales de Xochimilco, llevado por los remos de los trajineros, no nos gusta que el sol esté en el cielo, ni siempre espléndido ni siempre embozado por las nubes : nos gusta que en unos momentos funda al paisaje en plata, otros en cobre, y otros en oro ; y hasta algunas veces hemos esperado a que cierre bien la noche para verlo troquelado en hierro.

De las figuras que se nos aparecen por los canales de Xochimilco dos son las que se graban en nuestro espíritu con más fuerza y emoción : la una es de Ezequiel ; la otra de Salomón.

La de Ezequiel : « y la figura de sus rostros era rostro de hombre » : esos perros que saltan de las chinampas al agua, afañosos y tristes, tras las trajineras, en busca de los residuos de comida.

La de Salomón : « paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo



escondido de escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz ; porque dulce es la voz tuya y hermoso es tu aspecto » : esas preciosas muchachas, de belleza oriental, que en sus trajineras individuales vienen a uno, salidas del misterio, a ofrecernos el encanto de sus flores.

¡ Oh, trajineros de Xochimilco ! : magos, brujos, o lo que seáis, que así le hacéis soñar a este expatriado ; si los latidos que saltan en mi corazón se cotizaran en la bolsa de valores como el dólar yo os pagaría, con un millón de ellos, los paseos.

JOAQUIN ARDERIUS

Tres etapas principales en el descubrimiento de América

EN el lento y largo proceso, ya más de cuatro veces secular, del descubrimiento de América — porque América se está descubriendo todavía — podemos considerar tres grandes etapas. Al impresionante hallazgo físico — primer momento — sucedió una dolorosa búsqueda espiritual que no ha terminado todavía y que, a su vez, ha atravesado por dos grandes períodos: el de aclimatación o transformación del europeo trasplantado aquí, aciriollándose desde el primer momento y dando luego el mestizo americano, mezcla de tantas razas. Este segundo gran tramo de la historia de nuestro continente se caracteriza por un predominio de las fuerzas instintivas, afán de dominio, de pasiones y sentimientos antagónicos, chocando con intereses siempre encontrados. Es una lucha tenaz dentro de un molde impuesto. Y la tercera etapa es la situación actual de liberación del calco europeo y búsqueda consciente de los valores autóctonos, en el intento general de afirmar una cultura americana. Si en el segundo de estos períodos predominan las fuerzas volitivas y sentimentales, en el último priman los valores intelectuales. A través de estas etapas de un mismo proceso, el encuentro del hombre de América con su realidad, física primero, social después, y, por último, específicamente cultural — su compleja circunstancia americana — tuvo que asumir en seguida los caracteres del más violento drama de la historia. Extranjero en su propia tierra durante mucho tiempo, por el trasplante de modos y formas de vida que le eran extraños, el indígena se vió sojuzgado de pronto por una civilización extranjera a la que no podía adaptarse rápidamente. Sin poder

asimilarse lo nuevo y ajeno y sin poder abandonar lo viejo y suyo, el indio de América se vió cogido en la tremenda encrucijada de dos impotencias y lentamente fué asumiendo, de un modo inconciente, la única postura que le era dado adoptar: una resistencia pasiva para conservar su ancestro y una resistencia activa — instinto de conservación — para, por múltiples vías —, una de las más expeditas la del arte — ejercer subrepticamente una lenta, pero decisiva influencia de sus costumbres, su idiosincrasia y, en general, de sus hábitos y formas especiales de vida, sobre los conquistadores, a la postre también conquistados.

De esta recíproca influencia, de este natural choque e intercambio de hechos e ideas entre dos orbes enteramente diferentes, civilizaciones tan distintas y visiones del mundo completamente antagónicas, surge América como un producto nuevo, original y diferente de cada uno de sus componentes. El estudio de todos estos ingredientes, tan complejos y diversos, de sus acciones y reacciones, es precisamente el tema central de la tercera gran etapa, de búsqueda consciente de lo americano, en que nos encontramos actualmente enfrascados los hijos de este continente. Si el primer descubrimiento lo fué físico, toma de posesión de un nuevo ámbito geográfico, y su realización dió lugar a toda la literatura hispanoamericana de la conquista, período épico-didáctico o de antecedentes, como lo llama el profesor Raimundo Lazo; el segundo descubrimiento lo fué sentimental, período lírico y romántico, en que se intuye una nueva realidad espiritual, en que una nueva sensibilidad aflora poco a poco del nuevo medio social; y el tercer

descubrimiento — en el que andamos empeñados todavía — lo es intelectual. Conscientemente, los intelectuales americanos se plantean por vez primera en nuestro tiempo — espléndida flor de madurez de la evolución natural del proceso histórico americano — el tema de América, decididos a esclarecer conceptualmente todos sus problemas desde todos los ángulos de visión posibles. Filósofos, historiadores, poetas, ensayistas, novelistas y hombres de ciencia, coinciden hoy en volver su mirada reflexiva sobre nuestra específica problemática americana. Hemos alcanzado la mayoría de edad que, ya desde 1936, proclamaba quien es prueba máxima de nuestra madurez cultural, el universal Alfonso Reyes. Este eximio maestro de las letras mexicanas, uno de los escritores más notables de la lengua española, poeta, ensayista y crítico del más alto rango, y espíritu creador si los hay, encarna el momento actual dentro de la evolución cultural hispanoamericana con proyección de universalidad. Es un anticipo genial de esa *synthesis* que él mismo anuncia como el máximo destino de América dentro del ámbito de la cultura universal.

Con sagacidad profundísima analiza Reyes lo que él prefiere llamar « la inteligencia americana », porque aclara el gran ensayista : « Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno : ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana, sería algo equívoco : ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su misión en la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América ».

Esta indagación la emprende Reyes, junto con otros ensayistas hispanoamericanos : Pedro Henríquez Ureña, el gran maestro de « la búsqueda de nuestra expresión », nombre precisamente de uno de sus ensayos ; los mexicanos Samuel Ramos y Octavio Paz ; el venezolano Mariano Picón-Salas, los colombianos Sanín Cano y Germán Arciniegas ; los argentinos Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Es-

trada ; los peruanos Luis Alberto Sánchez y Carlos Mariátegui, y en Cuba — que tuvo en Martí al más genial precursor — un Lazo, ya citado, un Mañach, y un Lizaso, por sólo nombrar algunos. Este tirarse a fondo a bucear en la personalidad de nuestro continente para deslindar sus verdaderos perfiles, es el resultado de todo un largo proceso inconcluso todavía : el descubrimiento de América.

Primero fué como un deslumbramiento, la realización de todas las utopías. Tras de haber sido presentido por mil atisbos de la sensibilidad, en la mitología y en la poesía, como si fuera una forma necesaria de la mente, América aparece como una *realidad* geográfica, un mundo desconocido. El europeo arriba a un nuevo cosmos del color de la esperanza. La palabra « verde » es una de las que más repite Colón en sus primeras impresiones, especialmente en su *Carta sobre el Descubrimiento*. En ella el Almirante se nos revela, al describir « la más hermosa cosa del mundo », como un acucioso y sutil observador cuando reacciona frente al paisaje americano, desplegado ante sus ojos como un nuevo amanecer de la Creación.

Tras esta « primera página de la Literatura Hispanoamericana », como llama Arciniegas con toda propiedad al *Diario de Colón*, se suceden los relatos de los cronistas, guerreros o misioneros, protagonistas con la espada o con la cruz del gran drama de la conquista. La misma impresión física de maravilla que expresa Colón al escribir « el primer diálogo entre Europa y América », es la que manifiestan Américo Vespucio, el afortunado viajero que supo pintar el Nuevo Mundo con tal arte que entusiasmó a los hombres del Renacimiento ; Hernán Cortés, en sus *Cartas de Relación al Emperador Carlos V* ; Bernal Díaz del Castillo, en su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España* ; y Sahagún y Motolinía, entre los misioneros. Todos estos escritores, y a la vez partícipes de la magna empresa, ven parcialmente lo más atractivo para ellos de América. Sus tierras, sus tesoros, atraen a los conquistadores materiales ; el indio, sus costumbres, tradiciones y lenguas, interesan a los evangelizadores, de acuerdo con su necesidad de conquistar tierras o almas. Pero todos corresponden a

esa primera reacción ante un mundo inédito, a ese primer impacto físico de una realidad geográfica, descubrimiento por vía de los sentidos, ante el cual tienen que actuar con propósitos bien definidos.

Fué una primera manera de ver y descubrir este mundo del color de la esperanza, sueño que se vió realizado como si fuera el mayor de los milagros. Por eso todos los que nos dan fe de él como testigos presenciales, están deslumbrados, materialmente conquistados — ellos que iban en son de conquistadores — por el espectáculo radiante del mundo físico americano. Pero esta realidad externa, nueva, iba pronto a convertirse en escenario del más gigantesco ensayo social que registra la historia. Y la inteligencia americana comienza a dar pruebas de su presencia, débiles al principio, siempre bajo el dominio excluyente de la colonización, más fuertes después, a medida que prende el resquemor criollo, espoleado éste por profundas diferencias sociales, y en que avanza el desarrollo espiritual del mestizo americano. Es la segunda gran cuenca del proceso que venimos siguiendo.

América entonces se nos presenta, a través de aquellos de sus hijos que escriben y expresan sus sentimientos, como una reacción ya más compleja. Estos primeros criollos traducen, de un modo inconsciente pero revelador, un nuevo espíritu, a través, no ya de los ojos materiales solamente o de las necesidades más perentorias, sino de una sensibilidad propia. Su visión del mundo ya no es la europea ni la indígena, sino que va asumiendo notas específicas, determinadas por el medio y las nuevas condiciones económicas, sociales y políticas de la vida americana. Si en el anterior período predominaba la nota narrativa épico-didáctica, en esta segunda gran etapa ya se describe con emoción, se intuyen algunos de los valores y caracteres americanos.

Es el caso del Inca Garcilaso de la Vega, por tantas razones representativo, quien ya nos da, en tono profundamente elegiaco, su personal impresión de América, teñida del lirismo, en sus añoranzas del pasado Incanato, que ha de caracterizar el segundo gran período literario, en el que

brillará, casi exclusivamente, la también criolla Sor Juana Inés de la Cruz.

« Primer criollo », llama Luis Alberto Sánchez al Inca, en cuya personalidad mestiza — hijo de princesa inca y de capitán español — se fundieron amorosamente, comenta Riva Agüero, incas y conquistadores. Lo americano está en él en la materia — como estaba en los cronistas — pero, sobre todo, en el sentimiento, su gran novedad. Los *Comentarios Reales* están transidos de la más pura emoción americanista. Para este gran escritor las cosas americanas no son puras antiguallas — como para un Sahagún que las estudia como un arqueólogo — sino materia viva, conflicto dramático de intensidad trágica, agón espiritual en el que luchan España y América, lo castellano y lo incaico, la cruz y el sol, Cristo y Coricancha, en definitiva, Sebastián Garcilaso de la Vega, el padre, y la palla Isabel Chimpu Ocllo, la madre india. El segundo descubrimiento de América lo harán, pues, los mestizos americanos a través de su sensibilidad ya americana. « A los hijos de español y de india o de indio y española, aclara el Inca, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fué impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena y me honro en él ».

Avanzando en el camino de encontrar esa expresión propia, arribamos a la tercera gran etapa de nuestra hipótesis sobre el descubrimiento de América, la que llamamos más específicamente cultural, por primar los valores intelectuales en ella. El concepto que los americanos tienen de América, lo que Reyes llamó « la inteligencia americana » entra, lograda la independencia política y a partir de Rodó — punto de arranque de esta nueva valoración de lo americano — en una fase analítica. Se trata ahora de una reacción reflexiva frente a todo lo americano, consciente y concretamente puesta de manifiesto. El modernista Rodó, en la cresta del novecientos, se plantea por primera vez el problema de nuestra América poniendo frente a frente, en un estudio comparativo, la del Norte y la del Sur. Bello y Sarmiento

plantean también de distinto modo, el primero fiel respetuoso de la tradición y el segundo, más radical en todo, intentando romper con ella la independencia ideológica de lo nuestro, y representan la madurez intelectual de América. Pensadores, sociólogos y escritores se inclinarán a partir de entonces, en su análisis de nuestra problemática, por los factores negativos y serán pesimistas, como un Bunge, por ejemplo; o por los factores positivos y serán optimistas, como la chilena Amanda Labarca o el peruano Luis Alberto Sánchez, especialmente en su libro *¿Existe América latina?* Pero, de un modo o de otro, ya nadie puede negar nuestra existencia.

Los poetas darán al mundo de las letras el aporte más original de América: el Modernismo, con Rubén Darío a la cabeza de una pléyade brillante. Pero son los ensayistas, los grandes maestros continentales como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, los que, a partir de la Revolución mexicana de 1910 — suceso trascendental que señala un viraje completo hacia nuestra realidad americana con un concepto definido del destino de América —, plantean mejor este nuevo ideal que va de lo nacional a lo universal. Se buscan las esencias, las últimas razones en un estudio analítico sobre nuestras realidades. Se resuelven nuestros problemas con un criterio americano. La legislación social se apoya en los lechos peculiares nuestros y se comienza una nueva era de protección al indígena, preterido sojuzgado y maltratado durante tantos siglos, aun mucho después de la independencia.

El movimiento cultural hispanoamericano actual no puede presentar caracteres más interesantes. Hay verdadera afección por estudiar nuestros problemas a través de todas sus facetas. El mexicano Vasconcelos indaga sobre *La Raza Cósmica*; el argentino Ricardo Rojas sobre el aporte indígena, tan prepotente en el arte, con su sugestiva teoría de la *Eurindia*; la novela americana se ha hecho *americana* por el tema, el contenido y la forma, teniendo como asunto principal la lucha del hombre contra la naturaleza — Rivera, Gallegos,

Güiraldes, por sólo mencionar los más representativos — y hasta los filósofos, con Francisco Romero a la cabeza y Leopoldo Zea, entre los jóvenes, se plantean interesantes cuestiones sobre la Filosofía en América. Pero son, en general, los ensayistas los que, en mi modo de ver, ilustran mejor este momento actual de trasiego de nuestros valores fundamentales para completar el descubrimiento de América. No es que los poetas, los novelistas, filósofos, hombres de ciencia, historiadores y estudiosos del arte y de la problemática americana en general, no contribuyan a esclarecer cada una de las caras del inmenso poliedro iluminado. Todos cooperan a crear ese « nuevo estado moral » a que aspira Reyes a través de un mayor acercamiento entre los pueblos hispanoamericanos. Es que son los ensayistas, por razones propias del género, que tan bien se aviene con nuestro intento de interpretación de una visión del mundo americano, los que dan la tónica de esta etapa del proceso de búsqueda de nuestra expresión. Ellos se han planteado el problema hispanoamericano, ya liberada la palabra del viejo guioncito que era como una cadena para Reyes, de un modo más amplio, humano y general, superados ya los momentos de exacerbado nacionalismo. Como Reyes, estos hombres que hoy se preocupan por nuestra cultura americana, lo hacen con un sentido más universal. Para ellos vale la definición que el maestro diera en una ocasión del americanismo: « esfuerzo para armonizar un continente, en servicio de la humanidad ».

Mientras tanto, observadores extranjeros — a ellos no hemos podido referirnos especialmente en esta ocasión — y americanos siguen en su empeño de descubrir a América. Recuérdese que Humboldt fué, con razón, llamado el segundo descubridor del Nuevo Mundo. La empresa no ha terminado todavía. Es una sinfonía inconclusa que nos sitúa privilegiadamente, como « el verdadero saldo histórico de la humanidad ». Saldo y esperanza con que cuenta, para un mañana mejor, el mundo en que vivimos.

ANITA ARROYO

Figuras de la emancipación del pensamiento en el Ecuador

POR JORGE CARRERA ANDRADE

ESOS dos jóvenes caballeros de peluca empolvada, cuyo retrato aparece en una de las primeras páginas de la famosa *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, son los alféreces de fragata Antonio de Ulloa y Jorge Juan, a quienes el Rey de España encargó colaborar con los Académicos franceses, enviados a las tierras ecuatoriales por Luis XIV. Pero, no hay que llamarse a engaño: bajo la casaca guarnecida de entorchados palpita un noble corazón que se compadece del dolor de los pueblos menesterosos y oprimidos del Nuevo Mundo.

Los dos intrépidos oficiales del Cuerpo de Guardias de la Marina se embarcaron en 1734 para las tierras americanas. En el mes de mayo del año siguiente avistaron Cartagena de Indias, en donde esperaron cuatro meses a la Misión científica francesa, que llegó a mediados de noviembre, y de allí salieron todos juntos para Panamá y luego para Guayaquil y Quito.

Durante su permanencia en este último país, los oficiales españoles hicieron muchos estudios y recogieron innumerables observaciones y datos, con los que escribieron después algunas obras fundamentales para el conocimiento de la vida colonial, entre ellas la *Relación histórica* ya mencionada y las *Noticias Secretas*, que permanecieron inéditas hasta el segundo cuarto del siglo XIX.

El sevillano Antonio de Ulloa tenía veintitún años de edad cuando holló por

primera vez las tierras del Pichincha. Su sangre andaluza corría en oleadas generosas por sus venas y le impulsó a las más altas acciones en favor de la justicia y en defensa de la dignidad del hombre. No habían pasado ocho meses de su llegada a Quito, cuando ya reprobó con palabras altaneras un abuso del Presidente José de Araujo, en un altercado que pudo tener consecuencias irreparables, pues envolvió igualmente a su compañero Jorge Juan y llegó a oídos del Santo Oficio y de la Audiencia. Ambos tribunales abrieron procesos por desacato a los dos ilustres marinos. Jorge Juan alegó que era novicio de la Orden de Malta y, por este hecho, estaba fuera de su jurisdicción. Ocultas y poderosas influencias se interpusieron, y el expediente fué a empolvarse en los archivos.

Ulloa era un escritor infatigable. Desgraciadamente, gran parte de su obra se ha perdido por las circunstancias adversas que rodearon su viaje de regreso a Europa. La nave francesa « Delivrance », en que hizo la travesía del Atlántico, fué presa de las tempestades y de los navíos corsarios. Al caer en manos de los piratas ingleses, el pundonoroso oficial destruyó varios de sus manuscritos y papeles, que podían servir a una potencia extranjera para sus agresiones en el Nuevo Mundo.

Llevado en cautividad a Londres, Ulloa fué puesto en libertad y recibió un trato de honor por los Miembros de la Sociedad

Real. Hizo un viaje triunfal a Suecia. En 1780, fué nombrado Supremo Capitán de la Armada y, en los últimos años de su existencia, se ocupó de la reorganización del Gabinete de Historia Natural de Madrid. Había ya publicado sus *Noticias Americanas* y las *Conversaciones con sus tres hijos*, en que resplandece un « fuego enciclopédico ».

No era menos ilustre la figura de Jorge Juan de Santacilla, guardia marina en la Compañía de Cádiz, que se distinguió en el corso contra los piratas berberiscos. Tenía dos años más que Antonio de Ulloa cuando llegó al país de la línea equinoccial. Su espíritu científico y la disciplina de su vida le condujeron a puestos de responsabilidad y a la ejecución de obras de gran importancia práctica. Al regresar a España, después de diez años de ausencia, desempeñó varias misiones diplomáticas en Londres. Con la gran experiencia que había adquirido en América, construyó luego los Arsenales de Cartagena y del Ferrol, mejoró las minas de Almadén, dirigió las obras de riego, los canales y diques de España, levantó el Observatorio Astronómico de Cádiz. Las Academias de Europa recibieron en su seno con grandes honores al marino eminente, cuya casa se convirtió en la primera Academia gaditana de ciencias.

Dos reformadores sociales

Los activos alféreces de fragata hicieron muchos beneficios materiales a la Real Audiencia de Quito : erigieron el Observatorio de Mira, dirigieron las obras de defensa de Guayaquil contra los piratas y contribuyeron a la mejor organización social del país. De manera especial se dedicaron a recoger datos para informar al rey sobre los abusos del clero y de las autoridades civiles. Dotados de espíritu imparcial, pusieron el dedo sobre la llaga de la colonia. Señalaron las monstruosas injusticias y la corrupción de los poderosos y se conmovieron ante el sufrimiento popular y la situación miserable de la clase indígena.

Durante su permanencia en Quito, Antonio de Ulloa y Jorge Juan vivían en una casa del barrio de San Francisco. Desde allí podían contemplar a su guisa las

idas y venidas de los frailes. Las páginas que escribieron estos observadores sobre la vida licenciosa de la gente de sotana parecen arrancadas de uno de los diálogos del Aretino. ¿ Qué podían hacer estos nobles oficiales sino condenar la corrupción y la codicia de ciertas comunidades eclesiásticas, la fabricación de armas por los jesuítas, las extorsiones de los curas rurales a los indios ? Además, no eran los primeros en denunciar estos abusos : ya un siglo antes Francisco Coreal había osado decir que el país sería más rico « si hubiera menos monjes, que como una plaga de langosta cubren la tierra y engordan de ella, y se tratara a los indios de manera más humana ». Después, en 1725, el Marqués de Castelfuerte había dirigido una carta al rey sobre el escándalo público de los sacerdotes amancebados, y el navegante Frézier señalaba en 1732 esta situación abominable, mientras la Inquisición prohibía el libro de Fray Juan de Almagro, Arzobispo de Lima, en que figuraba una crítica amarga contra los curas de indios. No obstante, la voz de los jóvenes españoles resonó con mayor autoridad y causó un gran revuelo en la colonia.

Los insobornables observadores se conculen, en especial, de la suerte de los aborígenes : « No podemos tratar de los indios sin quedar el ánimo conmovido, ni es posible detenerse en el asunto sin dejar de llorar con lástima la miserable, infeliz y desventurada suerte de una nación que, sin otro delito que el de la simplicidad, ni más motivo que el de una ignorancia natural, han venido a ser esclavos y de una esclavitud tan oprobiosa que comparativamente pueden llamarse dichos aquellos africanos a quienes la fuerza y la razón de colonias han condenado a la opresión servil ».

Los jóvenes alféreces viajan por las provincias, visitan los pueblos y navegan en canoa por los ríos. Miran la procesión de los « camaricos », formada por indios danzantes que conducen carneros enjaezados y cargados de regalos para los curas. Examinan las viviendas y los caminos. Observan las malas industrias de algunos mercaderes españoles. Penetran en los misterios sombríos de los « obrajes », verdaderas cárceles, donde los indios gimen

bajo el látigo de los capataces, sin esperanza de redención : ¡ Infierno sin salida, prisión y tumba !

En las *Noticias Secretas* relatan la historia de don José de Eslaba, Visitador de los obrajés de la Provincia de Quito, quien comenzó su inspección en Cayambe, en donde los propietarios de esas fábricas de tejidos le hicieron presente de unas talegas de plata para ganarle a su favor, manifestándole que en caso de negarse a aceptarlas perdería la vida. El pobre don José se amedrentó, dejó su cargo y tomó la sotana. Igual ofrecimiento y amenaza la hicieron los potentados a Baltasar de Abarca, quien, a pesar de su categoría de Visitador, nombrado por el Marqués de Castelfuerte, tuvo que huir de Quito para conservar su piel.

Otro de los problemas que preocupan a los enviados del rey Felipe VI es el de la situación agraria y minera de la colonia. Para darse cuenta de la realidad, recorren las minas del país : las de oro de Pichincha, las de Alausí, la del pueblo de Nisa — en la jurisdicción de San Miguel de Ibarra —, la de Pachón, cerca de Guachala, las dieciocho minas del Corregimiento de Riobamba, las de oro en grano y polvo de Barbacoas y Zaruma, de Jaén, de Macas y Mainas, las de plata de Sicchos, las de azogue de Cuenca, las minas de cristal de roca, las de esmeraldas — de la región del mismo nombre — de las que « dan testimonio algunas piedras que se suelen encontrar todavía en aquellos mismos parajes, cuya dureza es incomparablemente mayor que la que tienen las que se sacan de las minas del reino de la Nueva Granada y a proporción tienen más brillo y son de mejor fondo que éstas ». En Latacunga, contemplan la mina de Macuche y cuentan que un derrumbe causado por las lluvias había cerrado la boca de la mina dejando sepultados a los negros que la trabajaban. Tiempos después, en 1734, otro derrumbe — originado igualmente por una tempestad — descubrió de nuevo la boca espantosa del antro dantesco.

En cuanto a la situación del agro es todavía peor. Ulloa y Juan expresan que todas las tierras se declararon mostrencas y se las quitaron de este modo a los indios, pobres seres humillados que, a cambio de

la usurpación y los azotes, se vieron obligados a decir « Dios se lo pague » a sus verdugos. En Guachala, los dos reformadores sociales presencian un despojo de tierras a los indios por el hacendado, y sostienen la doctrina de la restitución de una parte del latifundio a las comunidades indígenas : « Hay haciendas en la provincia de Quito que tienen cuarenta leguas de circuito ; así pues, el hacerles restituir un pedazo de tierra proporcionado a su capacidad de una legua, y aunque fuera de dos, parece que no sería disminuirles las posesiones considerablemente ».

Las *Noticias Secretas* deben ser consideradas entre las obras clásicas que tratan de la Real Audiencia de Quito y que han contribuido a despertar el pensamiento libre. Los autores de este *Informe al rey Fernando VI* dicen al comienzo de su obra : « El país de que se trata en estas noticias secretas es el Perú y con más individualidad la Presidencia de Quito... » Infortunadamente, el manuscrito de esta obra quedó « sepultado durante los cuatro últimos reinados », según dice David Barry, quien lo editó en 1826, en Londres. Pero la influencia ejercida, mediante la palabra y el ejemplo cotidiano, por los dos hombres de ciencia y reformadores sociales — honor del pueblo español — durante su permanencia de varios años en Quito, marcó de manera indeleble la conciencia criolla con su lección de libertad.

Ignacio Flores,
primer escritor satírico

En la ciudad de los arenales y los cielos esplendentes hasta producir cegadores espejismos, en Latacunga — la de las casas de piedra pómez — nació Ignacio Flores de Vergara, hijo menor del Marqués de Miraflores. Desde su mocedad dió señales de una clara inteligencia, realizada por los matices más sutiles del ingenio. Joven fantaseador y cordial, fué enviado a la Corte de Madrid para que recibiera una educación esmerada, como ornamento indispensable de su alto rango. Así podía volver, después de algunos años, a lucir por las calles de la Capital de la Real Audiencia de Quito sus blasones dorados al sol de Carlos III.

El noble criollo no frustró las esperanzas de su padre, don Antonio, Coronel de las Milicias Urbanas de la Real Audiencia. Antes bien, desde el primer momento se distinguió en todas las pruebas en que eran necesarias la destreza o la inteligencia. Obtuvo el título de Maestro en Filosofía en 1748 y, después, adquirió conocimientos de altas matemáticas y penetró en el laberinto de la lingüística, llegando a dominar siete lenguas, al mismo tiempo que se ejercitaba en el manejo de las armas y en las tácticas militares. Dueño de una vasta cultura, se impuso muy pronto en el mundo intelectual.

Durante algún tiempo, Ignacio Flores de Vergara fué profesor del Colegio de Nobles de Madrid, hasta que tuvo que prestar sus servicios en el ejército de Carlos III contra los berberiscos y luego contra los ingleses. Estuvo en el asalto de Gibraltar, en la toma de Menorca y en otras menores acciones de armas en América. Su comportamiento extraordinario le valió el grado de Teniente Coronel de los Reales Ejércitos y el título de Caballero Supernumerario de la Orden de Carlos III. Más aún, el rey quiso demostrarle su especial favor designándole Gobernador de las Armas de la Provincia de Moxos.

En 1780, se iluminó todo el Perú con las llamaradas de la rebelión de Tupac-Amaru, que algunos observadores impacientes confundieron con un movimiento general de independencia de las colonias porque tuvo ramificaciones tanto en Charcas como en Quito. Mientras el mariscal José del Valle marchaba contra los revoltosos del Cuzco, Flores era comisionado por el rey para someter a los Catari, en el Alto Perú, y en esa campaña el latacungueño demostró singulares dotes de habilidad y conocimiento de la psicología de los pueblos indígenas, llegando a pacificar la región sin mayor derramamiento de sangre. En recompensa, el eminente criollo fué nombrado Presidente de la Real Audiencia de Charcas.

Y aquí comenzó el primer acto del drama que le costó a Flores la pérdida de la libertad y de la vida. La Audiencia de Chuquisaca quiso castigar de manera ejemplar a los cabecillas indios que se encontraban detenidos en las prisiones : once de ellos

fueron ahorcados en el Prado y catorce mutilados en la Plaza Mayor, el día de carnaval ; y, entre el 17 de abril y el 7 de mayo se ordenó la horca para siete rebeldes y arcabuz a secas para treinta y cuatro... « ¡ Esplendidísimo carnaval y cuaresma edificante! », exclama Gabriel René Moreno en su libro *Ultimos días coloniales en el Alto Perú*.

El Presidente Flores desaprobaba estos excesos de fría y calculada crueldad de la justicia española y en esta actitud le acompañaba la mayoría del pueblo. Dos meses y medio después — o sea en los días 22 y 23 de julio de 1875 — se produjo un hecho de mayor gravedad : el motín de los criollos contra los granaderos del rey. Las muchedumbres marcharon sobre el palacio de la Audiencia con ánimo resuelto de sacudir el yugo de las autoridades españolas. « Se abalanzaron a tambor batiente y toques de rebato sobre la plaza mayor — dice el autor ya citado —, soltaron a los criminales de la cárcel, amagaron el parque y el depósito de pólvora, y, por encima del Presidente, Oidores y justicias a caballo, de respetables criollos que lidiaban por apaciguarlos y de clérigos con santos en procesión, largaron piedras en hondas contra los veteranos de Su Majestad ».

Las turbas fueron dispersadas a cañonazos, mientras Ignacio Flores, solo y sin armas, iba a caballo de aquí para allá, aplacando al pueblo para « evitar la efusión de sangre americana a que se brindaban con ansia los provocados granaderos ». Este gesto magnánimo del Presidente fué el origen de la acusación que los españoles le hicieron de « culpabilidad en el motín ». Las autoridades de Buenos Aires se inquietaron hasta el punto de ordenar a Viedma que se trasladara a Charcas e iniciara la investigación de los hechos. Infortunadamente, el fiscal Arnaiz le había jurado un odio gratuito al Presidente Flores, a quien llama en los autos del juicio de residencia « apadrinador del motín » y le acusa textualmente « de andar persuadiendo ideas poco corrientes al gobierno de estos dominios ». Triunfaron las maquinaciones del inescrupuloso fiscal y el proceso fué enviado a Buenos Aires, de donde se mandó llamar a Flores y se le

encerró en un calabozo, que se convirtió algunos meses después en su propia sepultura.

El secreto de la animosidad española reside en el hecho de que el ilustre latacungueño era muy popular por su espíritu democrático y liberal, atrayéndose la animadversión de los encofetados señores de la Audiencia de Charcas. Además, sus títulos habrían sido ganados por acciones eminentes y méritos auténticos, y la opinión general le señalaba como autor de un libro considerado como un libelo cínico, dirigido contra la sociedad colonial y contra las tradiciones morales del pueblo español. Ese libro, intitulado *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas* se publicó por primera vez en Alcalá de Henares en 1769 y, a pesar de no llevar nombre de autor, dejaba entrever el estilo castizo, la agudeza de la frase, la audacia de las ideas y la singular lucidez del pensamiento de Ignacio Flores de Vergara, lector de los clásicos de Europa en su lengua original y maestro de filosofía.

Los *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas* llevan una breve anotación de mal velado humorismo: « Traducidos del inglés al italiano y de éste al español por D. G. J. V. D. G. Y. M. » Luego, el autor pone un epígrafe de Quevedo: « Verdades diré en camisa, poco menos que desnudas ». ¡ Cosa muy extraña, por cierto, si se tratara de un autor inglés ! Pero el lector avisado no puede engañarse: la lengua original en que se desenvuelve la hermosísima prosa de este libro, de giro sabroso y clásica arquitectura, está delatando su indudable procedencia castellana y, aún más, una noble alcornia que remonta a los maestros del Siglo de Oro.

Flores utiliza el recurso literario, ya muy conocido, del hallazgo de un manuscrito. En la introducción, el supuesto traductor italiano cuenta la historia algo inverosímil de un mercader inglés, natural de Londres, quien se vió obligado a partir precipitadamente de Venecia y olvidó algunos libros y manuscritos en poder del posadero. Nunca volvió a saberse del misterioso mercader, cuyo nombre era desconocido aun en la capital británica. El posadero entregó uno de esos manuscritos a un amigo suyo, quien lo tradujo al italiano.

También escribe un prólogo el supuesto traductor español; pero no explica la forma cómo llegó la versión italiana a sus manos. Se contenta únicamente con dar su opinión sobre la obra: « Es una aguda sátira que, mezclada de documentos morales, ridiculiza los vicios de que todas las naciones abundan... Parece quiso su autor, *ya sea inglés, como él supone, ya de otra provincia, como se cree*, imitar en cierto modo a nuestros nunca bien alabados españoles Quevedo en la sátira, Calderón en los enlaces, Cervantes en las ficciones, Saavedra en las moralidades y Gracián en las críticas, usando de los primores de todos estos en los lugares oportunos... Vertió el autor las sales de esta obra con destino a ciertos dominios de Italia; pero como la mayor parte de los hombres adolecen de una misma enfermedad, pueden casi todos sufrir su efecto en España... »

El escritor satírico expone algunas ideas muy avanzadas para la época. Defiende la educación liberal de los hijos, desapruueba la pena de muerte por robo, critica los programas educativos de la Universidad escolástica, alude finalmente a la mala organización social de las colonias y a los abusos de las potencias colonizadoras. Su gran espíritu de examen, su constante filosofar — justo y profundo sin alarde — su duda cartesiana, su amor por la ciencia, le colocan entre los más notables precursores de la doctrina democrática. Es verdad que Diderot había creado ya hacía algunos años la *Enciclopedia* y que vivían Rousseau, amigo de la naturaleza, y Voltaire, defensor del género humano; pero, de todas maneras, sorprende la amplitud ideológica, la eficacia destructiva y la insurgencia de este libro de viaje — itinerario intelectual más que geográfico — que precede con veinte años a la Revolución francesa.

La narración se abre con un consejo escéptico: « Las acciones ridículas, las extravagancias y la maldad se encuentran sin excepción en todo el mundo; por lo que el abandonar la patria, el experimentar sumos riesgos y el exponer la vida sobre un frágil leño a la discreción de los vientos, son graves peligros que no deben despreciarse por sola curiosidad de ser exploradores de la general locura ».

El argumento de la obra es simple y esquemático : Enrique Wanton se embarca, en compañía de su amigo Roberto, en una nave que disponía su viaje a las Indias Orientales. En el curso de una tempestad, la nave es engullida por las olas. Sobrevivientes del naufragio, los dos amigos se refugian en una isla desierta, en donde por algún tiempo son « modelo de los primeros hombres que habitaron sobre la Tierra ».

Enrique ha salvado, con unas pocas cosas, los *Ensayos* de Montaigne. Después de algunos incidentes, descubren una población en el interior de la isla y se dan cuenta de que han llegado al país de las monas. La capital se llama Simiópolis, en la región de Micancia. La provincia de la costa tiene el nombre de Fastuaria y su capital es émula de Simiópolis. Los naufragos se hospedan en una posada y son aceptados en la tertulia de los vecinos. Poco a poco van entrando en conocimiento de las costumbres del país, de los hidalgos del lugar, de la defectuosa organización social. Los diálogos de los forasteros con los lugareños son ingeniosos y divertidos.

En el estilo de las relaciones de viajes de de la época, Enrique Wanton describe el estado de la cultura del país simiesco, la forma de celebrar las bodas y las exequias, las características de los juegos y los bailes. Uno de los capítulos de la obra tiene el irónico título de « Observaciones acerca de las ciencias de aquellas provincias ». Desde las primeras páginas se transparenta la intención del autor, que no es otra que presentar un cuadro de la vida social de una colonia española en el Nuevo Mundo y el atraso intelectual del pueblo, que no piensa sino en fiestas de máscaras, corridas de toros, juegos de prendas y tertulias.

Sus críticas a las « extravagancias del país » les conducen a los dos forasteros a la prisión y, después de varios incidentes — entre los que se cuentan una aventura en la provincia de Inopiala, un viaje al país de los Maramones y algunos sucesos entre los monos fastuarienses — se ven obligados a emprender el regreso a su patria, lo que efectúan por medio de una máquina o bajel volante. Esta es una adivinación prodigiosa del futuro, ya que precede casi

con dos siglos al establecimiento del transporte aéreo regular entre América y Europa.

La fe en la teoría de la evolución, el amor a los inventos y la defensa de las ideas igualitarias, le colocan al autor de *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas* entre los precursores de Darwin, de los cultivadores de la novela científica, de los pensadores liberales del siglo XIX y de los sociólogos modernos. Mas, la virtud esencial de este libro es la prosa deslumbrante, construída con vocablos justos y matizados, como un mural de azulejos, lleno de figuras animadas. Algunas escenas y reflexiones merecen copiarse :

« Si malos son los caminos, generalmente hablando de todo aquel continente, los de la provincia Egestaria, que era en donde ya habíamos entrado, podía apostárselas a los peores. Trepando sierras y avanzando derrumbaderos, a pocas jornadas, después de un diluvio de incomodidades en las malditas posadas, avistamos una tarde la capital, que aunque parecía estar cerca, no distaba tan poco que no fuese entre dos luces cuando llegamos... » « ... Era aquel lugar de forzosa parada para los que transitaban por aquella carrera, una de las más concurridas del reino ; en virtud de esto el alcalde y el regidor del estado noble, los del general, el escribano, el fiel de hechos, el maestro de niños, el barbero y cuatro o cinco de aquellos republicanos más granaditos y puestos en limpio ocupaban por las tardes el banco del herrador que estaba a la puerta de la posada, un escaño cuyos pies se igualaban con un pedazo de teja que se ponía bajo uno de ellos, y dos o tres sillas despide huéspedes, por ser su asiento de tabla y de lo mismo el respaldo... »

« Una mañana en que el mar estaba sosegado y despejada la atmósfera, salimos costeando encaminados a la ciudad más famosa, rica y de mayor comercio entre las marítimas de aquel reino... Después de algunos sustos originados de la poca seguridad del barco que nos transportaba y de los peligros del camino, cuando los víveres se iban acabando, logramos entrar por su bahía : confieso que me sorprendieron a primera vista hermosura, fortaleza y situación : desembarcamos, por fin, entramos por sus puertas ; y por el favor de nuestro dinero hubo muchos de los monos

que estaban en la playa que a porfía solicitaban servirnos conduciendo las maletas y dirigiéndonos a una de las muchas posadas decentes de que abunda la ciudad... Entre todos, nos declaró más a manos llenas su protección el Señor Plátano, comerciante poderoso y de un corazón muy franco ».

« Estos son los hidalgos comúnmente ; y tan comúnmente que en este pueblo en donde hay catorce familias de ellos, y todas con sucesión, no han salido de entre las paredes domésticas otros que los hijos de un tal Chaparro y los míos... toda su distinción proviene del vientre, de la concepción y del parto ; se mantienen con la ridícula pompa de lisonjearse de que su abuelo fué alcalde, regidor su padre, y él, alguacil mayor, siendo toda su jurisdicción sobre un lugar de doscientas casas, la mitad derribadas, hasta que, finalmente, llega la muerte y tienen la desatinada fortuna de que sus huesos aumenten los que están depositados en la asquerosa y húmeda bóveda de sus mayores. Embobados con esta risible gloria viven así hambreado entre cuatro terrones y entre cuatrocientas trampas, inútiles para sí, inútiles para sus paisanos e inútiles para todo el mundo... »

« Ellos están en astillero y nos buscan por parientes, fuerza es condescender y permitirles este oropel : estos papeles y pergaminos son ejecutorias y escudos de armas de los conquistadores de estos reinos, todos forzosamente descendientes de nuestra provincia : estas más hermosas son las nuestras ; veislas aquí campo de púrpura a la mona de oro rampante entre tres nogales, y el mote que dice : *más es el ruido que las nueces*, lo cual proviene de que mi vigésimo abuelo y sus dos hermanos, viéndose solos y bloqueados dentro de una plaza fronteriza, que era la defensa de todo el reino, tuvieron ardid para hacer creer a un ejército de seis mil titíes que iba a acometerla, que había dentro del recinto de sus murallas muchas huestes armadas... »

Los *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas* no siguen un recorrido geográfico sino que son más bien una excursión

a través de las ideas, las costumbres y las zonas oscuras de la psicología humana. Sus episodios morales forman en conjunto una gran aventura del espíritu. Algunos de sus capítulos demuestran en su autor una penetración extraordinaria, que le acerca a los maestros de la literatura psicológica y a los filósofos franceses, como también a los humoristas modernos, según lo atestigua el ingenioso « Diccionario de voces, compuesto por el señor Tomate », que figura al final del libro, y en el que se encuentran aciertos como éstos : *Holgazanería* : Adorno diario para todos tiempos de gente rica. *Paciencia* : Fruta del país, muy necesaria para el mantenimiento de pobres y desvalidos ».

Después de muerto Ignacio Flores, entre los cuatro muros húmedos de un calabozo de Buenos Aires, su hermano mayor, el segundo Marqués de Miraflores, don Mariano Flores de Vergara, prosiguió efectuando toda clase de gestiones para rehabilitar su memoria, al mismo tiempo que conspiraba contra el poder español en la Audiencia de Quito. Mariano Flores era coronel de Caballería en el Regimiento de Dragones y tenía gran prestigio entre el pueblo. Formaba parte de la Sociedad de « Amigos del País » y se contaba entre los más asiduos contertulios de Montúfar y de Espejo. Fué uno de los que concibió el plan de libertar a los patriotas el día 2 de agosto de 1810. Fracasada la tentativa, los soldados del régimen español, victimaron a los presos y a centenares de hombres del pueblo, mientras una guardia de vista mantuvo prisionero en su propia casa al anciano marqués, enfermo de pesar, hasta el día en que lo enterraron. Así, los dos próceres hermanos tuvieron igual destino : Sólo la muerte les hizo salir de sus prisiones y alcanzar la libertad definitiva, al mismo tiempo que sus ideas volaban como palomas mensajeras por los cielos de América anunciando el amanecer de un mundo libre.

JORGE CARRERA ANDRADE

DEMOCRACIA Y CULTURA

POR RAFAEL HELIODORO VALLE

No está de más insistir en que, hasta la fecha, a pesar de numerosos acuerdos y compromisos de los gobiernos americanos y de las instituciones a quienes ella corresponde, la cooperación intelectual apenas ofrece posibilidades para una realidad futura. Se fundan sociedades que asumen ese deber al instalarse, se convoca a congresos y a deliberaciones de mesa redonda, para identificar deseos y propósitos; y, si bien se ve, todo ello consta en la Carta Cultural de América, en la que los sagrados derechos de autor continúan reclamando el cumplimiento unánime.

De vez en cuando acaece un centenario conmemorativo — Medina, Sierra, Martí — que pone en movimiento a los fieles de tales cultos, y, por lo menos, son ellos los gananciosos, porque se encuentran y se tratan, cambian pareceres, inician amistad y producen trabajos que son fruto de la investigación o la creación. De vez en cuando también hay algún certamen literario o histórico de carácter continental, que culmina en algo beneficioso para dos países, el oferente del premio y el del triunfador. También las becas ponen su contingente de optimismo, forjando amigos que, no por referencias sino por la propia observación, orientan sus vocaciones.

Desde Andrés Bello — el prócer de la cooperación intelectual — bien poco se ha logrado para formalizar en cada país un centro de intercambio a donde puedan

acudir preguntas y respuestas, libros y otras expresiones de la actividad fecunda. Son los bibliógrafos de alerta curiosidad hacia las tareas y las inquietudes de los 21 países americanos, que la demuestran en comentarios y noticias, quienes han hecho, hasta hoy, algo concreto y eficaz que mantiene la lucecita que debiera ser antorcha. La publicación de anuarios bibliográficos — Venezuela, Perú, y especialmente el *Handbook of Hispanic American Studies* — ha contribuido a enriquecer las vinculaciones de los hombres de estudio y a ensanchar la visión hacia una América, en que, si hay diferencias profundas, hay también raíces de acercamiento, intereses que pueden fortalecerse para mutuo provecho, y un fértil subsuelo espiritual en que la historia, la poesía y el derecho han forjado eslabones que deben consolidarse.

Por eso la obra del Instituto Hondureño de Cultura Interamericana — cuyo nombre parece desacertado, porque no hay una cultura de esa clase — merece parabienes y alienta a la esperanza de que, algún día que ojalá no sea remoto, haya en cada país americano un centro de ilustración popular en el que concurren los entusiasmos y las actividades de los exploradores de la Grande América que soñó el historiador Bolton y que desde 1826 se está estructurando jurídicamente.

Mientras los juristas estudian los pro-

blemas que el legislador no supo plantear o se esfuerzan por mejorar las condiciones de la persona humana, el educador — sobre todo el que también escribe para ser escuchado por un auditorio más amplio — debe colaborar con el acervo de sus experiencias, a fin de que la obra del dirigente de la opinión pública y el estadista acondicionen su programa a lo que el educador y el escritor público hacen para elevar el nivel de vida del pueblo y para la integración de la nacionalidad. Pero ello no debe ser sólo con la doctrina y la prédica, sino poniendo de relieve las conquistas de aquellos países en donde el progreso ya tiene un ritmo seguro y cada uno toma del más adelantado lo mejor que puede aprovechar para enriquecerlo, que es lo que otros pueblos, a lo largo de la historia, han hecho en su batalla rumbo a la luz. « El mejor estudio de un americano es América », afirmó José del Valle, hace más de una centuria; y es lo que practican algunos países americanos que ansían organizar su constitución social y económica, aunque hayan tenido muchas constituciones políticas. ¿ Por qué la educación política en Chile ha permitido que esa nación esté, en ese sentido, a la vanguardia en Hispanoamérica y cada vez perfecciona la convivencia de sus ciudadanos? ¿ Cómo ha sabido el Brasil mezclar sus esencias nativas a las de la cultura europea? ¿ Cómo ha sido el movimiento histórico de los Estados Unidos, émulo de su vecino el Canadá, pueblo en crisol que se agiganta cada día por el trabajo y el orden dentro de la justicia? ¿ Cuáles son los fracasos que han sufrido otros países en su afán de enseñar el alfabeto al mayor número de pobladores, antes de nutrir a sus hambrientos y de enseñar a comer a los que están más que hartos? De allí que el viajero o el estudiante hispanoamericano que haya recorrido otros países de nuestro idioma, puedan encontrar en los Estados Unidos el material humano que se necesita para los laboratorios del sociólogo, el historiador y el educador.

Pero lo importante es hacer a un lado los prejuicios que han distanciado a casi todos nuestros pueblos, sobre todo anular los complejos de superioridad o de inferioridad que han ido engendrando la mala

vecindad, la agresión o el localismo exagerado.

Nos conocemos mejor que hace un cuarto de siglo, gracias a numerosos factores de aproximación; pero falta mucho aún para que nos identifiquemos en la obra humana que busca la felicidad y la belleza. Bibliotecas y viajes, la radio y el cine, las reuniones deliberantes, las exposiciones de arte y las jiras de estudiosos bajo el auspicio de becas, han permitido configurar mejor el ideal interamericano, que ya no es utopía, sino invitación a superar los sueños de algunos de nuestros fundadores.

El Instituto Hondureño de Cultura Interamericana ha podido en quince años demostrar que la iniciativa privada al servicio de la comunidad y, especialmente, el saber creador, puede ser evidencia, contando con el mínimo apoyo gubernamental y aprovechando las capacidades dinámicas de quienes convierten en asiduo afán el oficio de servir, aunando las voluntades sin distinguos de ciudadanía. En su calendario anual han participado conferenciantes, autores de obras de arte, aficionados al teatro, cultores de la conversación, becas en el extranjero en favor de estudiantes de ambición elevada, y preceptores que abren las puertas del inglés a quienes anhelan entrar en uno de los vastos mundos del conocimiento.

Aunque se reconoce que México es, para los centroamericanos, su centro de gravedad por antecedentes históricos profundos que datan de los días precolombinos (mayas y mexicanos), que aumentaron la conquista, la colonización y la emancipación política, también se acepta que, por varios aspectos económicos y científicos, se ha aproximado mucho a los Estados Unidos, en donde tienen mercado sus materias primas. En las universidades, colegios y otras instituciones norteamericanas, Honduras ha encontrado fuentes de saber y relaciones valiosas que también los otros países americanos aprovechan y estiman. El hombre de estudio, sobre todo el economista, el médico y cirujano, el biólogo, el técnico en ciencias aplicadas, el bibliógrafo, el arqueólogo y el antropólogo, todos los que trabajan con instrumentos de precisión técnica o sistematizan ideas y hechos, forzosamente acuden a bibliotecas

y laboratorios, libros y maestros de los Estados Unidos, en donde hay interés por colaborar con los países ansiosos de transformación. Hay en México una enorme experiencia histórica, además de institutos de antropología y de cardiología, y de un movimiento de pintura contemporánea que atraen a quien desee construir su cultura o encontrar, por lo menos, la vocación. A los Estados Unidos tienen que acudir los que, con base sólida en el estudio del inglés, deseen conocer en toda su amplitud la obra escrita de los arqueólogos sabios que sintieron la fascinación de Copán y su grandeza maya (Stephens, Maudslay, Morley, entre otros) y todo lo que sus investigadores han revelado del mundo biológico tropical (desde Cabot y Squier hasta Stanley y Twomey).

Esos afanes en pro de la solidaridad tienen ecos de simpatía entre quienes aprecian los frutos que se recogen a lo largo de un camino que, poco a poco deja de ser áspero al evadir la incompreensión de os que, como en todos los tiempos, son la resistencia natural de la tradición retrógrada y de los que siempre miran, con ojos de suspicacia, las actitudes de la generosidad, que sólo emana de la minoría que siempre está formada por los amigos del progreso. Hubo países de la América Española (Cuba, Guatemala, entre otros) n donde funcionó la Sociedad Económica de Amigos del País (la cubana continúa), que no se ocupaba exclusivamente de problemas económicos sino que animaba todo impulso hacia la vida en función de hacer y de servir.

Los pueblos buscan siempre los motivos que atan simpatías para entenderse dentro de aspiraciones que propenden a la paz y la libertad en la cultura, apoyándose en los antecedentes que han creado los hombres de visión nobilísima. Los más pequeños saben corresponder, a la larga, a la generosidad estimulante de los fuertes por su poderío industrial o militar, por su riqueza en explotación o su amor incondicional al trabajo, y ellos también pueden aprender algo nuevo de los que en el lenguaje que emplean quienes son víctimas del complejo de la inferioridad han sido llamados « débiles ». Lentamente se van derrumbando las murallas que habían alzado,

como obstáculos a la amistad internacional, las diferencias de la cultura, la diversidad de las religiones, y también las razas que han dejado de ser un mito gracias a los antropólogos como Franz Boas.

La aptitud para crear ciencia o arte o estilo de vida la tienen todos los pueblos, y los que, como los de América, continúan la línea del progreso que heredaron del Occidente, disputan los dos hallazgos más originales que éste ha recibido desde que, de manos de un iluminado, fué el depositario de la antorcha de la civilización occidental que supo crear — según Francisco Romero — dos supremos hallazgos, que debemos defender : la democracia y la ciencia.

Los pueblos que han ganado grandeza, han sido aquellos que mantuvieron abierta la ventana de la curiosidad hacia el tiempo y la luz. Son muchos los ejemplos que vienen desde el mundo antiguo, el cual prevalece parcialmente como el medieval, en la superstición y la inercia, a medida que los inventos científicos aumentaron el influjo de la bondad y la dicha, no importa que algunos hayan creado problemas que ni el hombre antiguo ni el medieval conocieron, entre otros el de la capacidad para destruir.

El que trabaja la tierra, el que explora el cielo, el que brinda al alfabeto y la imprenta horizontes desconocidos, lo mismo que el héroe que especula ante los enigmas del cosmos y no cesa de luchar contra el dolor, marchan al unísono con el genio y el santo, en la busca del bienestar para todos. Esa es la gran democracia del espíritu. Unidad es la consigna de nuestra época en zozobra, en la que los paladines de la civilización procuran salvar los frutos que maduró la inteligencia, súbdita del amor.

América es nuestra tierra prometida, y los hombres de estudio, los escritores y los educadores han contraído tácitamente el compromiso de enriquecerla para orgullo de todos. Cada esfuerzo que se dirija hacia la solidaridad, forja simpatía fecunda, y contribuye a suprimir prejuicios discriminatorios para dar a la vida la dignidad que sólo puede florecer bajo los auspicios del trabajo y la fe ciega en el progreso.

RAFAEL HELIODORO VALLE

Caudillismo y democracia en América Latina

EN un libro reciente sobre América Latina, que merece ser leído con atención, el escritor Tibor Mende hace una acertada observación de la manera como muchos europeos ven aquella extensa parte geográfica del continente americano. Dice él : « Para la mayoría de la gente, América Latina es todavía — como lo era para mí antes de este viaje — un concepto bastante vago y confuso : un país donde los generales conspiran y preparan golpes de Estado ; en que los indígenas con sombrero de paja tocan la guitarra ; de donde se importa el tango, la samba y el café, y donde los ricos pueden ir a pasar exóticas vacaciones. Cualquiera que haya podido ser la validez de esta creencia hace un siglo, el cuadro tiene poca relación con la realidad contemporánea » (1).

Es atinada la certera observación del escritor. Numerosos intelectuales del llamado viejo Mundo, influenciados por historiadores y sociólogos que no pudieron ni han podido — o no han querido — interpretar la fenomenología latinoamericana, se han dejado cegar por las nocivas exterioridades que presentan las repúblicas de latino-américa y le han achacado características lejanas a la verdad. Con el mismo lente con que los turistas miran los paisajes, monumentos y ciudades, parte de la intelectualidad europea — con más razón otras capas sociales de Europa — han creído que los pueblos de habla española no han podido — ni pueden — por diferentes causas, abrazar los principios latentes de toda civilización y por ende están todavía condenados a los gobiernos fuertes,

despóticos, donde la voluntad de un caudillo superior se impone como consecuencia de su inadaptación a las normas evolutivas de progreso.

Si a la Historia pudiera considerársela como fotografías placas o como sucesión de simples hechos a los cuales no hay que profundizar ni buscar su razón de ser, esa opinión que sobre América Latina tienen muchos sociólogos pasaría como válida, sin objeción alguna. Pero la historia y la realidad son más complejas que sus falsos intérpretes. Lo cierto es que los pueblos latinoamericanos desde la propia época colonial dieron manifestaciones de su declarada aptitud para las artes, las letras y en general para avanzadas formas de composición política. Ni siquiera hace un siglo podía tenerse concepto erróneo de la substantividad latinoamericana. Humboldt observa en la Academia de Nobles Artes de México una colección de obras maestras « más bella y completa que ninguna de las de Alemania » y dice que encontró en las familias de Caracas un « decidido gusto por la instrucción, conocimiento de la literatura francesa e italiana y notable predilección por la música que cultivan con éxito ». Depones habla del carácter vivo y penetrante de los criollos de Tierra Firme. Y contestes están los que han estudiado con ánimo desapasionado y científico nuestra estructura social de la Colonia, en reconocer la importancia que para la vida política tuvieron los Municipios.

Durante la lucha de independencia ese espíritu de cultivo, de culturización, es también palpitante en nuestras sociedades. El hecho mismo de que se le haya atribuido a dicha lucha influencias políticas y culturales entonces en boga en Europa,

(1) TIBOR MENDE : *L'Amérique Latine entre en scène*. Editorial du Seuil. Paris, 1953.

demuestra la certitud de esta opinión. Con este aditamento : el Mundo ha debido considerar en aquel momento que en América se jugaba el destino de la libertad humana, lo que hizo exclamar al inspirado Chateaubriand : « Si el nuevo Mundo se hace completamente republicano, perecerán las monarquías del viejo Continente ».

Pero sobreviene la etapa posterior a la batalla emancipadora. Corren los años siguientes a 1830. Y comienza a escribirse y a decirse — ¡ de repente ! — que las repúblicas hispanoamericanas carecen de disciplina para la evolución social. Como brote inesperado, dirá Germán Arciniegas, se nos descubrió el salvaje que llevábamos en el fondo del alma. Lo más curioso — y lo peor — es que también muchos de nuestros compatriotas admitieron la tesis de la « adaptación » de los pueblos de América. De allí ha surgido toda una literatura tendiente a explicar las causas del caudillismo — « gendarme necesario », « jefe absoluto », « tirano benefactor » — que constituye la llamada interpretación pesimista de la Sociología hispanoamericana, la que envuelta en discutibles teorías ha olvidado, en el análisis, lo esencial, lo fundamental de nuestras masas : su gran apego a la Democracia.

*

En nombre de un exagerado positivismo y alrededor de las teorías de Hobbes, de Taine, del Conde de Gobineau, de Spencer, Le Bon, Gidding, etcétera, se ha tejido en América Latina esa Sociología del pesimismo. Se han invocado razones diversas para su justificación : el determinismo geográfico, la condición de nuestras razas, la herencia española, el atraso cultural y la psicología bárbara de nuestros pueblos. Se ha considerado el caudillismo como fenómeno típico de nuestras costumbres políticas y sociales. Sin embargo, los objetivos — las buscadas soluciones — difieren, en muchos casos, del planteamiento. Porque algunos, al reconocer el caudillismo como esencia de nuestra idiosincrasia, lo combaten buscando mejores fines sociales para nuestros pueblos. Otros, al contrario, han exaltado sus excelencias, sus benefi-

cios, su necesaria existencia en la formación de nuestra nacionalidad.

Domingo F. Sarmiento, que escribe su obra *Facundo* para combatir la tiranía de Rosas en Argentina, hace derivar el predominio del Caudillo de la imposición del campo — pampa, desierto — sobre la ciudad. « El hombre de la ciudad — escribe — viste traje europeo, vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes ; allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto ; el hombre del campo lleva otro traje que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos, sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas : parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro ». De las pampas argentinas saldrán, según el autor de *Facundo*, los caudillos que impondrán su barbarie después de la guerra de independencia. « Había — agrega — antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles ; dos civilizaciones diversas : la una española, europea, culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena ; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen y después de largos años de lucha la una absorbiese a la otra » (2).

Para Sarmiento el caudillismo es un mal que proviene de la « civilización bárbara americana, casi indígena ». Para exterminarlo se hace imprescindible importar la civilización, la cultura europea.

Con este criterio de importación europea coincide el escritor Juan B. Alberdi. Pero la tesis de Alberdi va más lejos aún : no se contenta con el aporte cultural de Europa, pide la presencia de su raza. Precoriza la inmigración en gran escala. Su frase « gobernar es poblar » se hará un estribillo constante. Poblar es civilizar. « Mas para civilizar por medio de la población es preciso hacerlo con poblaciones civilizadas ;

(2) DOMINGO F. SARMIENTO : *Facundo*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1938.

para educar a nuestra América en la libertad y en la industria es preciso poblarla con poblaciones de la Europa más adelantada en libertad e industria, como sucede en los Estados Unidos » (3). El autor de *Bases* se parcializa por la inmigración inglesa. En su libro *Luz del Día en América* repetirá : « La ley inglesa es libre porque el inglés es libre. ¿ Queréis copiar su libertad ? No copiéis su ley, copiad la persona del inglés, es decir, sus costumbres, su modo de ser ». En cambio el español es incapaz de realizar hasta en su propia patria. Tampoco la población mestiza, que es casi primitiva

Lucas Ayarragaray también considera la europeización de América Latina como único medio para su transformación política y social, de su camino hacia la evolución, porque « las ideas como la sangre para ennoblecerse deben filtrarse a través de las generaciones ». El caudillismo es producto de un determinismo étnico. Halló consagrada su arbitrariedad en la tradición y en los hábitos predominantes. La incapacidad política de América Latina se debe a la mestización de las razas conquistadora e indígena. Por eso su diferencia con la América del Norte : « Cuando América del Norte cortó sus vínculos con Inglaterra, encontré con experiencia y hábitos suficientes incorporados a la nueva entidad y con los gérmenes de una democracia representativa. ¡ Cuán distinta perspectiva ofrecía nuestro pasado ! Si los nativos tornaban hacia él los ojos, solamente vislumbraban oprobio y tiranías » (4).

Por último, en la obra *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge, prologada por José Ingenieros, ambos escritores mantienen la necesidad del inmigrante. Del inmigrante de Europa, salvación para la libertad. Porque para Bunge el hispanoamericano se adapta al caudillismo como resultado de su mezcla psicológica. El latinoamericano es fruto de tres razas : la indígena, la española, la negra. A las « taras

psicológicas » de una se agregaron las otras, se acumularon los defectos, y el despotismo — producto del más activo en una sociedad perezosa — se engendró.

En el prólogo, José Ingenieros no está en total acuerdo con el juicio de Bunge. Piensa aquél que circunstancias económicas deben tomarse en consideración. « La pereza, como sus tributarias, la tristeza y la arrogancia, no es una causa primordial, sino una manifestación psicológica germinada sobre algo más hondo. La pereza es un fenómeno secundario, como el caciquismo lo es de la política. No depende el uno del otro ; ambos están subordinados a condiciones de ambiente, y en particular, a las economías creadas por el feudalismo colonial ». La europeización es el remedio, la panacea contra nuestros males, sesgo para lograr el avance, si bien Ingenieros — haciendo resaltar el fatalismo geográfico — condena a las naciones hispanoamericanas situadas en zonas intertropicales donde sólo pueden habitar gentes de color.

*

Pero los apologistas del caudillismo, los escritores del despotismo, son Francisco García Calderón y Laureano Vallenilla Lanz. Son los cantores de la dictadura. De ellos vienen los calificativos de « dictador necesario », « gendarme necesario », « César democrático ». Para ellos el Caudillo es la constitución positiva de los países latinoamericanos. Ambos asientan que éste es expresión de la realidad social de Hispanoamérica. Puesto que nuestros pueblos — argumentan — son anárquicos, anarquismo que se desarrolló aún más en la guerra independentista, necesitan de la mano dura del dictador para gobernarlos. El Dictador es así creador del orden, del progreso material, de la riqueza y del bienestar. « Los grandes caudillos — dice García Calderón — abandonan toda abstracción : su espíritu realista los lleva a levantar el comercio, la industria, la inmigración, la agricultura. Imponiendo una larga paz, favorecen el desenvolvimiento de las fuerzas económicas ». El Caudillo, además, compendia la vida, la historia de nuestras repúblicas. En tal sentido, para

(3) J. B. ALBERDI : *Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina*. Talleres gráficos argentinos L. J. Rosso.

(4) LUCAS AYARRAGARAY : *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*. J. Lajouana y Cia. Buenos Aires.

estudiar América nada mejor que estudiar la biografía de sus caudillos que personifican, en un momento dado, las virtudes y los vicios de sus pueblos : « El espíritu nacional se concentra en los caudillos, jefes absolutos, tiranos bienhechores. Ellos dominan por el valor, el prestigio personal, la audacia agresiva. Ellos representan a lo vivo las Democracias que los deifican » (5).

Vallenilla Lanz estima que aun después de asegurada la independencia de América, « la presevación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes, sino a los caudillos prestigiosos y más temibles, del modo que había sucedido en los ampamentos ». Páez, Francia, García Moreno, Rosas, Porfirio Díaz — de Venezuela, Paraguay, Ecuador, Argentina y México — son hombres que « ejerciendo una autoridad tutelar han realizado durante cien años en toda la América, el principio fundamental del gobierno formulado por el Libertador desde 1815 : « Los Estados americanos han menester de los cuidados paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra » (6).

No defienden sino se oponen estos escritores a la europeización de Latinoamérica. Alzan el grito, llamemos, de la « latinidad » o de la « criolloría ». Proclaman como deber primordial la protección del espíritu latino de los países hispanoamericanos. García Calderón llega a considerar peligrosa la influencia de la raza anglosajona. La América española no debe destruir sus tradiciones sino contrariamente conservarlas frente a las nuevas influencias de Europa o de Estados Unidos. Vallenilla insurge contra los « ideólogos » que han querido transplantar « instituciones extrañas » funestas para « la tranquilidad, la prosperidad y la evolución nacionalista y civilizada de estos pueblos ».

*

Síntesis del pensamiento americano — del pensamiento parcializado, digamos — es, pues, la consideración de que el cau-

(5) F. GARCÍA CALDERÓN : *Les démocraties latines de l'Amérique*. Ernest Flammarion. Paris.

(6) LAUREANO VALLENILLA LANZ : *Cesarismo Democrático*. Tipografía Garrido. Caracas, 1952.

dillismo obedece a nuestra idiosincrasia. Es un fatalismo que hemos cargado — y debemos cargar — por causas varias. Así lo reconocen, unos para impugnarlo, otros para glorificarlo. Para los últimos todo intento de combate no es más que majadería, transposición de ideas extrañas, ilusionismo ideológico que no encajan en la realidad de nuestros pueblos y que, más bien, perjudican la marcha de nuestra nacionalidad de la cual el Caudillo es fiel reflejo. Para los primeros la solución está en la europeización de América Hispana mediante la inmigración humana y cultural.

Las conclusiones por exclusivistas pecan de fatales y anticientíficas. Pensar que Hispanoamérica es manantial de dictaduras por la sola razón de que su raza no ha recibido suficientemente la sangre de Europa y el acervo cultural de este Continente, es desconocer — o querer voluntariamente olvidar — la Historia. Europa, históricamente hablando, ha sido pródiga en gobiernos autocráticos y personalistas. Sin remontarnos muy lejos, en el siglo XVIII el viejo Mundo conoció — cuando América vivía todavía su etapa colonial — odiados regímenes absolutos. En el siglo XIX — cuando América luchaba por su independencia — muchos pueblos europeos estaban sometidos al capricho personal de un mandatario. Y en pleno siglo XX, ¿ no ha conocido Europa totalitarismos ominosos ? Cuando las generalizaciones se hacen movidas por leyes inexactas, irreales, se cae fácilmente en tesis antisociológicas. Sarmiento, Alberdi, Ayarragaray, creyeron que con « colonos de buena raza » podía implantarse la democracia en América, porque ellos ayudarían a resolver el problema étnico de nuestras poblaciones. Europa misma los ha desmentido. No es en la pureza de sangre, ni en el color de la piel, ni en la asimilación de ciertas formas culturales, donde exclusivamente estriba la tendencia — la adaptación — democrática o caudillesca de los hombres, de una sociedad, nación o continente. Por casualidad — y escribo a propósito la advertencia de uno de los mejores escritores de América — muchos de nuestros caudillos — enérgicos dictadores — han sido de pura estirpe europea. « Mosquera en Colombia, por ejemplo, estaba

emparentado con la familia reinante en Francia. Rosas era blanco y de ojos azules. El doctor Francia llevaba en sus venas la sangre de su apellido » (7).

Defender el caudillismo en nombre de la « criolloría » como lo hacen García Calderón y Vallenilla Lanz, es pretender caracterizar a nuestros pueblos con una « cualidad » que por falsa es poco honrosa e inadmisibile. Es generalizar también inexactamente. Es actuar interesada, sectariamente. No se puede deducir una ley sociológica general por el hecho de que algunas de nuestras repúblicas hayan vivido bajo el peso de « gendarmes necesarios ». De igual modo otras han tenido reconocidos gobiernos respetuosos de la justicia y de las libertades públicas. Chile, Uruguay, México, Costa Rica, son pueblos latinoamericanos con semejantes características étnicas, geográficas, psicológicas, etcétera, a la Argentina, Venezuela, Guatemala o Cuba. En aquéllas, largos períodos democráticos han subsistido con su existencia republicana. En éstas, los dictadores han florecido, pero sin que por eso pueda considerarse que la tiranía forma su esencia, su « constitución positiva ».

No. No es lo esencial en la América Latina el fenómeno del caudillismo. Es un fenómeno transitorio y episódico como lo califica Augusto Mijares. Quizás este autor es quien mejor lo ha planteado. « La crítica histórica — dice — debe guardarse de tomar situaciones circunstanciales como realidades definitivas; a base de símbolos y de anécdotas no se puede juzgar a los pueblos; en todas las naciones surgen en los momentos de crisis apariencias negativas y deprimentes, y sería injusto y erróneo convertirlas en exponentes del carácter nacional » (8). La tesis de Mijares es incompleta — a pesar de lo que él aclara al respecto — porque desdeña la interpretación económica que debe dársele al problema del caudillismo. Y es que esa interpretación es imprescindible para conocer el fondo del asunto. Sin llegar al dogmatis-

mo de los que vocean las causas económicas como regidoras de los múltiples fenómenos de la vida universal, se tiene que reconocer que esas causas son predominantes en muchas situaciones de nuestro acontecer social. A la supervivencia de una economía nacional atrasada y a la ayuda de sectores extranjeros, económicamente poderosos, el Caudillo en América ha podido pervivir contra las legítimas aspiraciones de nuestros pueblos.

Y porque ha actuado contra los anhelos democráticos, el « dictador necesario » no ha podido ser el personificador del orden, creador del patriotismo, fomentador de la riqueza y bienestar. Todo lo contrario: su obra ha sido disgregativa. En general carece de un plan para gobernar. No basa su gobierno en un programa de acción administrativa sino en bastardos caprichos personales. La paz que establece es el terror. Simplistamente divide al país en « amigos » y « enemigos ». Carente de ideales, de verdaderas fuerzas morales, sienta su poder en sus instintivas ambiciones de mando. Es rémora del progreso material y espiritual.

*

Lo verdaderamente esencial en los pueblos de América Latina es su afección por los ideales democráticos. Su auténtica expresión son esos ideales. Que no los ha alcanzado integralmente como son sus aspiraciones, cierto. Pero por ellos lucha y por ellos ha luchado siempre. Basta leer las admirables páginas de nuestra historia para convencerse de que el ideal americano ha sido — y es — un tenaz esfuerzo por lograr lo que íntimamente siente el pueblo: la democracia. Toda nuestra época colonial, que tan tranquila ha aparecido para quienes no se han dedicado a desentrañarla detenidamente, fué un grito de reclamo ante la Metrópoli: ¡ libertad! Fué un deseo incontenible de justicia e igualdad. Nuestra guerra emancipadora fué el resultado de ese grito y de ese deseo. Luis Alberto Sánchez señala con razón que « no es posible olvidar que antes de 1810 ocurrieron muchas insurrecciones espontáneas y que éstas conmovieron a todos los círculos, conventos y universidades, encomiendas y capitales de Intendencias, a militares y civiles, a

(7) GERMAN ARCINIEGAS: *Este Pueblo de América*. Fondo de Cultura Económica. México, 1945.

(8) AUGUSTO MIJARES: *La Interpretación pesimista de la Sociología Hispanoamericana*. Ediciones Castilla S. A., Madrid, 1952.

blancos y mestizos, a negres e indígenas, a pobres y ricos, a funcionarios y mercaderes. Las crónicas virreinales registran motines diarios, inconformidad recalcitrante y pública, alzamientos reiterados » (9). Y en su hermosa prosa, Germán Arciniegas escribe : « Si se le buscan antecedentes a las explosiones en favor de la libertad que tuvieron lugar en el siglo XVIII, cuando hubo con los comuneros la revuelta de los campesinos, cuando los esclavos hicieron una revolución por su libertad en Antioquía, cuando los criollos redactaron sus primeros memoriales reclamando los mismos derechos que los españoles de la Península para gobernar en su propia tierra, se encontrará que todas estas cosas estaban latentes en ese siglo XVII que nos ha aparecido tan quieto y sumiso. Y más aún : a tiempo con la libertad, se perfiló entonces la otra característica del espíritu americano : la democracia. Porque esa libertad que entonces se incubaba era la libertad que pedían los de abajo. En el fondo, el blanco, el negro y el cobrizo se daban la mano. El problema, en distintas escalas, era el mismo. La solución era y fué idéntica. Y así como la vida de los árboles está hundida en la tierra y hay que cavar para descubrir las raíces blancas que son caminos iniciales de la vida, en la oscuridad de aquella edad media colonial estaba la raíz de lo que en realidad constituye el espíritu americano. »

Lo que de grande tienen Bolívar y San Martín — principales héroes de la Independencia — es que descubrieron precisamente ese sentimiento democrático que bullía en nuestros pueblos. Por eso se hicieron apóstoles de la libertad. Por eso entregaron sus vidas a la Democracia. No deja de ser una evasiva histórica — un subterfugio interesado — la frase de Vallénilla Lanz cuando, para justificar su tesis del « gendarme necesario », habla de « ley bolivariana ». Bolívar fué un convencido demócrata : sus cartas y proclamas, sus actos y su comportamiento, confirman esta apreciación. « Yo he combatido —

escribe el héroe en carta para Leandro Palacios, en 1829 — por la libertad y por la gloria ; de consiguiente juzgárame de tirano y con ignominia es el complemento de la pena ». « Yo he sido el soldado de la beldad — le dirá a un grupo de damas peruanas — porque he combatido por la libertad que es bella ».

El continente americano nació con vocación democrática. Los llaneros de Colombia y Venezuela, los indios de Ecuador y Perú, el gaucho argentino, el « roto » de Chile, el zambo de Panamá, siguieron a Bolívar y a San Martín, a los realizadores de la Independencia, porque éstos recogieron el ideal que era expresión de aquéllos : el ideal de libertad, por el cual desde hace tiempo luchaban. Si fuésemos a enumerar la lucha del pueblo hispanoamericano con el objeto de comprobar que esa lucha ha sido y es de pura esencia democrática, la enumeración se haría larga ; tendríamos que recurrir — haciendo un gran esfuerzo de abreviación — a los de mayor significado : al levantamiento popular del Paraguay, a la revuelta de los comuneros en Nueva Granada, a la sublevación de Tupac Amará en el Perú, a la rebelión criolla de México, al movimiento de José Francisco León en Venezuela... hasta llegar a la que en la actualidad se libra para enterrar a los tiranuelos de turno. En todo caso, la enumeración sería un bello aporte de lo que es la substantividad latinoamericana.

De cómo es lo esencial en el pueblo hispanoamericano ese ideal democrático, lo testifica también el hecho de que los propios dictadores disfrazan sus ambiciones personalistas y totalitarias hablando de la « defensa de la libertad ». Claro está, el dictador habla para engañar. Miente para establecer su dictadura. Pero miente y engaña con conocimiento, a sabiendas de que en el alma del pueblo palpitan los grandes principios de la democracia.

Hacia ese terreno de lo fundamental en el alma americana deben girar los estudios de nuestros historiadores y sociólogos. Y hacia él, igualmente, deben mirar los ojos de los europeos que quieran comprender la realidad de América.

JOSÉ M. MACHIN

(9) LUIS ALBERTO SANCHEZ : *El Pueblo en la Revolución Americana*. Editorial Americalee. Buenos Aires, 1942.

Dos aspectos de la gran hazaña económica

POR MARIN CIVERA

Si el hombre medio, el hombre corriente, leyera todo lo que los sociólogos escriben sobre él quedaría anonadado y confundido ante la variedad de sistemas y teorías acerca de su valor como ente social. La interpretación que dan de la conducta del hombre en sociedad difícilmente se acomoda a la realidad de la interacción humana. La metodología sociológica deja al hombre irreconocible y confuso. Pero, al fin, ¿dónde está el individuo? Para unos, el ser humano es simple célula del organismo social, sin existencia propia, mera partícula de la organización monstruo que lo agrupa. Sin la sociedad, el hombre no pasa de ser el antropoide que andaría perdido en la selva primitiva. El individuo no existe; sólo cuenta la entidad social. Otros le conceden existencia propia aprovechan de él la iniciativa personal y el impulso biológico para establecer, luego, una suma aritmética global de todas las existencias individuales fundida en el elemento orgánico social, que consideran con vida propia. Algunos más, niegan rotundamente la sociedad para reivindicar al hombre como ente completo, sin otro límite a su libertad que el que nace de su propio deseo. Todo es lícito para el individuo. El bien y el mal es suyo; no hay más coacción que la que le dicta su propia responsabilidad. El es juez de sí mismo; la sociedad, una coacción intolerable.

Organicistas, biólogos, darwinistas sociales, racionalistas, románticos, mecanicistas, teólogos, idealistas y toda la gama de interpretadores sociales dejan al hombre perplejo ante su destino, perdido en la variante del proceso social. La marcha del hombre, para unos, es fatalista, sin que se pueda modificar por los actos volitivos. Será, al fin, lo que determine la condición económica o la serie de interacciones psíquicas, sin salirse de un determinado límite de evolución. Otros creen que la razón puede determinar y aun adelantar el proceso social; basta que se piense y se quiera que así sea. Otras doctrinas, como la marxista, creen en el fatalismo determinante de las condiciones de producción, pero conceden al hombre la voluntad, por el acto revolucionario, de cambiar las condiciones sociales en el momento que se llegue a la madurez del ambiente material. Otros motivos de la actuación humana se mueven entre la gama más dispar y contradictoria: el temor primitivo, la recompensa ultraterrena, el dolor, el placer, la necesidad, lo económico, el impulso energético, etc. Y no digamos las teorías propuestas para aminorar, reducir o abolir la miseria: desde la filantropía humanitarista hasta la concepción científica de la organización socialista, y aun dentro de esta última, la variante del socialismo de Estado, la guildista, la sindicalista y la comunista.

Si observamos la apreciación del concepto del Estado, nos encontramos con afirmaciones radicalmente opuestas. Para muchos, el Estado es la coronación necesaria de la sociedad civilizada : unos le dan poderes absolutos, otros le recortan atribuciones y, finalmente, hay quienes lo niegan rotundamente. Para estos últimos, el Estado es la « bestia negra » de la humanidad.

La bondad y la maldad humanas han tenido defensores y detractores. Desde la teoría de los padres de la Iglesia, las teorías humanitarias o absolutistas del derecho y el contrato rusionano hasta el optimismo anarquista. La « caída », el pecado, modificó el concepto edénico de una primitiva Edad de Oro, donde la felicidad estaba lograda. La perversidad sumió a los seres en la negrura de la desesperación y de la pena ; la miseria ha sido el corolario. Los medios de redención han de seguir un proceso largo de expiación, de fe y de esperanza. La resignación hará la espera menos violenta. Maquiavelo aconseja la combinación de mano dura, astucia y prudencia, pues el hombre sólo aspira a la riqueza y el poder. La ambición no tiene límites : cuanto más se tiene, más se desea ; de ahí las guerras y los conflictos humanos. Finalmente, otros cargan las culpas a la sociedad y sus instituciones ; el hombre en sí es bueno...

La revolución industrial nos trajo grandes beneficios y, a la vez, gran miseria. La sociedad aprovechó lo bueno de la técnica y sujetó el hombre a la máquina. El desenlace final no se ha visto todavía. La sociología moderna ha tenido que enfocar su estudio hacia el gran problema de la actualidad : la miseria y la degradación moral consiguiente. A este respecto, la propiedad está en entredicho. La gran propiedad es inhumana ; la pequeña propiedad quizá esté en pugna con el gran desarrollo de la ciencia y la técnica modernas ; la propiedad colectiva o negación de la propiedad privada tiene muchos partidarios. La felicidad humana del futuro desean los hombres que se base en la ausencia de propiedad. ¿ Pero es esto, en verdad, lo que desean los hombres y lo más consubstancial con su complicada naturaleza ?

¿ Querrán sacrificar su deseo de libertad por la obtención de una felicidad colectiva ?

Estas consideraciones me vienen a la mente por efecto de la lectura de un filósofo poco conocido : el escocés J. S. Mackenzie, partidario de la interacción psíquica. Este autor basaba su teoría en la auto-realización del individuo. Ello podría lograrse por el contacto del hombre con la sociedad. Esta no debe frenar el sentido de responsabilidad individual. Restringe la propiedad y sintetiza su ideal en el tríptico siguiente : libertad, igualdad y aristocracia. Según sus palabras, tiene que incluir el grado de libertad necesario para el desarrollo de la vida individual ; tiene que incluir el grado de socialismo necesario para impedir la explotación y una lucha por la existencia embrutecedora, así como para asegurar a cada individuo el ocio necesario para que pueda desarrollar su vida superior, y tiene, también, que incluir el grado de régimen aristocrático necesario para el avance cultural y para una dirección inteligente de los asuntos sociales. Combinación ideal, si pudiera coincidir con los deseos y posibilidades humanas...

*

En la historia de la evolución económica de los Estados Unidos se observa el poco arraigo que ha tenido la idea socialista. Esta sociedad, cuya meta principal era la del triunfo económico y la posesión y disfrute de bienes materiales y en la que el determinismo de las condiciones materiales se prestaba a la consecuencia socialista, es la que menos ha pensado en la revolución social y en la transformación socialista.

Los emigrantes que formaron esta gran nación iban con la idea de explotar todas las oportunidades y con un inmenso espíritu de aventura, lo cual, por selección natural, forjó elementos de dura estirpe, rebeldes, ambiciosos, con ganas de salvarse de la miseria que dejaban atrás y de poder modelar su espíritu en sus ansias de salvación ultraterrena. El hombre que exploraba el terreno con intención de establecerse sólo pensaba en la posesión, en apropiarse de algo, cuanto más mejor, para satisfacer

su individualidad ; nunca se le ocurrió fundirse en el espíritu colectivo ni menos pensar en la identidad de intereses colectivos. Cuando podía establecerse, lo primero que hacía era bardar el campo, limitarlo con una cerca infranqueable. Es decir, apropiarse, y luego separarse del prójimo, ercastillarse en la defensa de lo suyo, establecer la frontera con el interés ajeno. La necesidad, lo económico, en primer término, pero de apropiación individual, nunca colectiva. Este aislamiento lo convirtió en política sistemática.

En tiempos remotos, los salvajes que disfrutaban de las ventajas de la posesión del suelo, lo primero que hacían era colocar trampas en las proximidades de sus aldeas o bien se situaban en lugares inaccesibles para defenderse mejor de incursiones extrañas. La noción de frontera y de defensa de la propiedad es, al parecer, una idea natural en el hombre.

A los forjadores de Norteamérica no se les ocurrió, aunque la mayoría era de firmes creencias religiosas, formar comunidades de tipo colectivo en la explotación de la tierra, de la misma manera que, andando el tiempo, tampoco pensaron en el establecimiento de comunidades industriales de beneficio colectivo. La esclavitud de la mano de obra importada persistió, y las mujeres y los niños fueron buenas herramientas para producir beneficios al capitalista en ciernes. Ha sido necesario el advenimiento de la complicada y extensa división del trabajo y la mística de la justicia socialista para obligar a la gente a pensar en una nueva ordenación de su conducta social. El hombre, por naturaleza, no tiende a beneficiar al prójimo. Se necesita, para ello, una inmensa superación de sus sentimientos altruistas, una educación de origen socialista, lograda a través de generaciones, o bien una dictadura indefinida que remoldee el alma humana y no permita ninguna transgresión en sus nuevos deberes establecidos por la clase directora.

El colono norteamericano encontró un campo virgen de todo, tanto de derecho como de superstición de casta. La tradición, el rango y las castas europeas no contaban, por lo que el motivo único, la

gran hazaña fué el interés económico y la falta de escrúpulos en la forma de adquirir la riqueza personal. El éxito estribaba en el dinero : con él se podía lograr el poder y el prestigio. La economía superaba en fuerza a la religión, y aun ésta ayudaba al reforzamiento de adquisición material. En un manual de banca se podía leer que los primeros banqueros fueron los dioses, actuando los sacerdotes y las sacerdotisas como sus depositarios y pagadores. El templo del Sol, de Babilonia, era uno de los muchos templos que actuaban como bancos, tanto en la aceptación de depósitos como en la concesión de préstamos. El sentido moral de la comunidad no condenaba tampoco la larga jornada de trabajo en la industria incipiente. La religión apoyaba la constante laboriosidad y aconsejaba la disciplina y la obediencia ; la diversión equivalía a la holganza y, como se sabe, ésta llama al vicio.

Cuando quedó formada la nación y no hubo nuevas tierras que explotar y empezó la industria, comenzaron, naturalmente, los abusos, las desigualdades y las rapiñas. Sin embargo, se rechazó la idea del cambio revolucionario. Siempre se ha notado en el pueblo norteamericano una aversión intelectual, y aun moral, hacia la redención socialista. El pueblo transige con su organización social mientras el rejuugo económico sea limpio y no impida las oportunidades de aprovechamiento. Con la aparición de las primeras compañías por acciones, y luego la gran sociedad anónima, las clases sociales, salvo la más mísera, al invertir sus ahorros, sentían la satisfacción de ser partícipes en el trabajo nacional. Únicamente se han resentido ante los grandes fraudes de la alta finanza, pero tampoco esto les ha llevado al deseo de un profundo cambio social. Sólo han tratado de combatirlo por la filantropía y algún ejemplo aislado de utopía social y de vida en común, que, naturalmente, no ha tenido buen éxito.

Sin embargo, ha habido sociólogos que han analizado la teoría marxista, pero no han traspasado los límites de un socialismo emocional e intelectual, salvo algún novelista contemporáneo de tendencia proletaria. Entre aquéllos, el más representativo, a mi juicio, es Thorstein Veblen,

partidario, a final del siglo pasado, de una especie de socialismo reformista. Bien intencionado y buen conocedor de los abusos económicos de su país, hizo una crítica acertada de las condiciones económicas y morales. El norteamericano, que vive en una sociedad fundamentalmente industrial, es afortunado por completo si su triunfo implica « un valor con cierto dejo moral derivado de la eficiencia emprendedora del hombre ». Es decir, que su sentido de casta respetable se basa en el ascenso a otra clase por el logro de riqueza. La ostentación ante el vecino es uno de los estímulos principales. En otros países juegan este papel el nacimiento, las clases establecidas y otras barreras tradicionales. En Estados Unidos, y casi en toda América, el triunfo es el económico, el buen éxito en sí.

Veblen aceptaba un materialismo dominado por la presencia del espíritu humano consciente. Aunque combatía la alta finanza y el abuso, no creía en la revolución violenta. Suponía que con la alta tributación, los salarios altos y la reducción de la jornada de trabajo, así como la nacionalización gradual de las industrias-clave, se llegaría a la supresión del capitalismo. Admitía también la propiedad privada del

suelo en una medida razonable. En su conocida obra *Teoría de una clase ociosa* expone la jerarquía de las clases de supáis en esta forma : las más estimables son las que se relacionan con la propiedad ; la banca y la abogacía, como subordinadas ; las actividades mercantiles, en lugar más secundario, pues representan menor propiedad y menos utilidades ; finalmente, el pequeño comercio y la mano de obra, como base precaria más baja.

El determinismo económico no lo niegan en absoluto, pero reconocen, como mayor motivo de la conducta humana, el factor psicológico, llamado por Veblen « curiosidad ociosa ».

He aquí cómo un pueblo que comenzó una experiencia totalmente económica, se desarrolló al colmo de la saturación capitalista y no ha desembocado *fatalmente* en el socialismo. El único síntoma notable es la intervención estatal cada vez más intensa, que tal vez llegue con el tiempo a una dictadura de clase industrial, atemperada por el lema de su Constitución política : libertad, sentido común, interés propio y cooperación.

MARIN CIVERA

« Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja : tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿ Locomotora con caldera que la haga andar y sin freno que la detenga a tiempo ? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos : por el exceso de freno, y por el exceso de caldera. »

JOSÉ MARTI (1891).

Nacionalismo económico y anticapitalismo primario

POR LUCIEN LAURAT

EN Africa, en Asia y en América Latina, algunos pueblos, hasta ahora dependientes y tributarios, han levantado el estandarte de la rebelión contra las potencias — Inglaterra, Francia y Estados Unidos — cuya hegemonía les parece cada vez más insoportable y exasperante. Esta rebelión no se ha limitado solamente a pueblos sometidos hasta hace poco a un estatuto colonial (India, Indochina, Próximo Oriente) y constituídos en Estados independientes desde hace pocos años; ha invadido también naciones que disfrutaban, desde hace mucho tiempo, de la soberanía más completa y cuya dependencia es únicamente de orden económico y financiero, cual es el caso, entre otras, de las naciones de América Latina. La desconfianza y la aversión respecto de la influencia extranjera son tan fuertes, que incluso la ayuda ofrecida en virtud del punto IV del programa Truman es rechazada con mucha frecuencia, aunque emane de una potencia cuyas tendencias anti-colonialistas — ¡Francia e Inglaterra saben algo de esto! — se han ejercido activamente desde el final de la guerra.

Ante todo dos ideas primordiales: el nacionalismo y el anticapitalismo, inspiran esta rebelión sedicente anti-imperialista. Decimos bien: *sedicente* anti-imperialista, porque como por casualidad nos encon-

tramos con que la mayor parte de las naciones sublevadas contra la hegemonía de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia, manifiestan muy poca repugnancia respecto del imperialismo soviético.

Bien sea Perón, Mosadeq o el Pandit Nehru, la Indonesia o la Liga árabe, sólo se muestran quisquillosos denunciando «el imperialismo occidental». En cuanto al otro, el que subyuga, espolia, saquea y extermina, desde Viena y Berlín hasta Pekín y Cantón, no se le critica lo más mínimo. En el mejor de los casos se consiente en mantener la balanza igual entre ambos, fingiendo olvidar, o quizás olvidando realmente, que el imperialismo esclavista de Stalin ha avasallado y exterminado en un cuarto de siglo tantos, si no más, seres humanos que el imperialismo capitalista en trescientos años.

*

Las verdaderas afinidades de los que dirigen la rebelión sedicente anti-imperialista no son en modo alguno dudosas. No son, evidentemente, de orden doctrinal: ni el Pandit Nehru, ni Perón, ni menos todavía Mosadeq, se inspiran en las «Obras completas» de Stalin, y los jefes, más o menos feudales de la Liga árabe no son unos fervorosos de la revolución proletaria.

Es cierto que el recuerdo de la opresión colonial de antaño impulsa a esos pueblos contra las potencias capitalistas que no han renunciado a su dominación política hasta hace poco tiempo, y que conservan aún fuertes posiciones económicas y financieras. Los rencores, siempre vivos, determinan posiciones que en la O.N.U. y en otras partes lanzan, con frecuencia, los delegados de esas naciones, en una comprometedor promiscuidad con los representantes del Kremlin. Pero este frente común de circunstancias no es debido al paralelismo de dos oposiciones de esencia distinta, que ha creado las afinidades ideológicas que se perciben y adivinan más de una vez en muchas manifestaciones políticas y diplomáticas de los mantenedores del anti-imperialismo no soviético. Estas afinidades ideológicas tienen otras raíces, que un examen profundo de esas ideas primordiales nos permitirá descubrir. Estas dos ideas primordiales son, como decíamos hace un instante, el nacionalismo y el anticapitalismo.

*

Existe una diferencia sorprendente, fundamental, entre las reacciones nacionalistas de Asia, de Africa y de América Latina y el nacionalismo que hemos visto manifestarse en Europa a principios de nuestro siglo entre los pueblos englobados, contra su voluntad, en Estados por los cuales aquellos se sentían oprimidos. Las aspiraciones de estos pueblos eran, ante todo, de orden cultural y tendían a obtener la plena libertad de desarrollo de su civilización nacional; es la lucha por las costumbres propias y por la enseñanza de la lengua nacional, base de la civilización nacional, lo que constituía fundamentalmente el primer plano. Sólo una ínfima minoría de flamencos reclamaba la independencia total, es decir la disgregación del Estado belga; la inmensa mayoría de flamencos no eran separatistas, sino sencillamente autonomistas. En la monarquía austro-húngara, con excepción de las nacionalidades cuyo centro de gravedad se encontraba en Estados vecinos (italianos, serbios, rumanos), la mayoría se limitaba a reivindicar la igualdad de derechos y la

autonomía cultural; fué hacia 1917, y ayudadas por la guerra, cuando las tendencias separatistas se impusieron entre los checos, los croatas, los eslovenos, los polacos y los húngaros, y cuando la consigna de la independencia y de la soberanía totales adquieren una fuerza irresistible. La misma observación puede hacerse en lo que concierne a la mayoría de las nacionalidades del Imperio zarista.

Todavía hoy, la lucha contra la opresión nacional reviste en Europa aspectos ante todo culturales y, por consiguiente, realmente nacionales en el más amplio sentido de la palabra. La reacción es singularmente viva contra la intrusión rusa en el terreno de la lengua (y de la civilización en general), incluso en la Europa esclavizada detrás del telón de hierro, donde se resiente con profundo dolor la pérdida de la soberanía y el dominio administrativo del imperialismo soviético. En Europa occidental apenas hay opresión nacional y la cuestión de la defensa contra la amenaza de desnacionalización únicamente se plantea en España, donde catalanes y vascos sostienen una lucha desesperada contra la dictadura de Franco para preservar su patrimonio cultural y su existencia nacional.

En las regiones actualmente sublevadas contra la hegemonía europea y norteamericana, la reacción nacionalista no reviste ninguno de los aspectos que acabamos de caracterizar. En América Latina, la civilización y la lengua jamás han estado amenazadas por ninguna potencia extranjera, e incluso la demagogia de un Perón tendría dificultad para hacer admitir a los argentinos que el gobierno de los Estados Unidos piensa en deslatinizarles para imponerles desde la escuela la lengua y la civilización yankis. En la India, el nacionalismo está tan poco ligado a los problemas culturales — ¿existe, por otra parte, una civilización nacional india? — que se ha adoptado sin ninguna clase de repugnancia la lengua inglesa como idioma oficial del Estado. Ni Francia, ni Inglaterra, ni Holanda, intentaron jamás, en sus antiguas colonias, sustituir con sus lenguas y sus civilizaciones a las lenguas y civilizaciones indígenas. Incluso los anticolonialistas más intransigentes deben de reco-

nocer que las civilizaciones indígenas, lejos de sufrir por causa del régimen colonial, han aprovechado de él gracias al retroceso del analfabetismo, lo que ha supuesto una difusión de la civilización nacional en las masas populares. Si los franceses, los ingleses y los holandeses se impusieron en sus antiguas colonias, no fué en manera alguna para sustituir las lenguas indígenas. Si la lucha de los checos en Austria-Hungría y la de los polacos en Prusia y en el Imperio ruso existió; si la de los catalanes y vascos en España, y la de los ucranianos, la de los letones, etc., en la U.R.S.S. sigue siendo una lucha verdaderamente nacional para la salvaguardia, para la supervivencia de la civilización nacional y contra la sustitución de la lengua nacional por un idioma extranjero brutalmente impuesto, no es lo mismo, ni muchos menos, en Africa del Norte, en Asia Menor, en Persia o en la India.

*

El sobresalto nacionalista en aquellas regiones donde hoy prevalece un anti-imperialismo tan fácilmente pro-soviético no tiene, por consiguiente, absolutamente nada que ver con la defensa de una civilización nacional, que nadie amenaza. Tampoco tiene nada que ver con la aspiración a la soberanía nacional, ya que ésta existe actualmente (salvo en una parte del Africa del Norte, donde, por otra parte, sus premisas se hallan en vía de elaboración). No es tampoco un nacionalismo ofensivo o expansivo, tendiente a anexar territorios y poblaciones, y a imponer por la fuerza sus instituciones y sus modos de ser a sus vecinos. Lo que le caracteriza en la mayoría de los casos, es la conjunción de la xenofobia (que con frecuencia se alía en el mundo musulmán con el fanatismo religioso) en las masas retrasadas e incultas con la manía de grandezas y una indómita voluntad de independencia total y utópica en los círculos dirigentes. Ya que esta independencia existe en la actualidad en el plan político y diplomático, se intenta realizarla en el económico. En la mayor parte de los casos, la xenofobia de un populacho retrasado sirve de pivote al nacionalismo económico de algunas

clases dominantes. La Persia de Mosadeq proporciona la más clásica ilustración. Los mismos elementos se encuentran nuevamente, si bien más esfumados y alterados por numerosas influencias típicamente locales, en todos los países presa de la revuelta nacionalista.

*

Este sobresalto nacionalista, que no tiene nada de lingüístico ni de cultural, es de tipo esencialmente económico, por lo menos en el espíritu y en las intenciones de los promotores de estos movimientos. Este rasgo se encuentra singularmente señalado en la Argentina de Perón y en la Persia de Mosadeq, pero se encuentra algo de él todas partes, en la actitud desconfiada, en muchos casos francamente hostil, respecto del capitalismo extranjero en general y del punto IV del programa Truman en particular. El anti-imperialismo proclamado a voz en grito es al mismo tiempo anticapitalismo.

En la mayor parte de estos países el capitalismo nacional es demasiado débil para que pueda hablarse de un reflejo de defensa del mismo contra el capitalismo extranjero. Este anticapitalismo está inspirado, según los casos, en intereses feudales y pequeño-burgueses, y con frecuencia en ambos a la vez (¡ Persia !). Nada hay nuevo bajo el sol: reléase en el *Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels, el capítulo consagrado a los diferentes matices y tendencias socialistas que se afirmaban en vísperas de 1848, y allí se encontrará — especialmente en los párrafos relativos al socialismo feudal y pequeño-burgués — una descripción bastante fiel de algunos rasgos del anti-imperialismo de hoy. La única diferencia reside en que el anticapitalismo actual, en las regiones de que hablamos, se opone al capital extranjero, lo que le confiere aspectos y una fraseología nacionalista menos acusadas que hace un siglo.

A este anticapitalismo primario le falta todavía mucho para haber comprendido que no puede vencerse al capitalismo *más que quebrantándolo*, es decir sólo después de haber dejado al capitalismo la ocasión

y el tiempo de crear las condiciones indispensables para la realización de un orden social superior. Aunque el marxismo de Marx-Engels haya sido rebasado hoy día en muchos aspectos (mucho más por la evolución económica y social que por la crítica de sus adversarios), una de sus tesis principales continúa siendo más sólida que nunca, porque está confirmada sin cesar por los hechos: a saber, que el capitalismo no puede dar nacimiento a una sociedad mejor — que la mayor parte de nuestros contemporáneos llaman socialista — sino hasta después de haber llegado a la cima de su desarrollo y al término de su completa evolución. Toda tentativa para realizar el socialismo antes de término ha conducido, hasta ahora, a terribles fracasos; a abortos que se saldan con la esclavitud de Estado, con el totalitarismo y con una miseria acrecentada por aquellos mismos a quienes este socialismo de charlatanes quería conducir a la tierra prometida, por el atajo milagroso de la dictadura. Esta, por otra parte, es sólo necesaria para hacer soportar al pueblo las privaciones que se le quieren infligir en nombre del socialismo.

Decepciona terriblemente tener que consignar que la humanidad es incapaz de sacar provecho de las discusiones y controversias del pasado, e incluso de las experiencias concretas ya realizadas. Es preciso que las verdades debidamente comprobadas y establecidas, que se creían definitivamente aceptadas, sean descubiertas de nuevo, siempre de nuevo, en olas de sangre y de lágrimas. Incluso eso que se llama la « élite » se muestra incapaz de enterarse y cuando, por una casualidad excepcional, un teórico profundo y honrado como Bujarin deja entrever que ha comprendido, recibe una bala en la nuca. De esta manera es como el anticapitalismo primario y ciego, despreciando las advertencias de la historia y de los pensadores, no cesa de causar sus estragos a través del mundo.

Hace ya sesenta años que los marxistas rusos — Axelrod y Plejanov a la cabeza, y el joven Lenin con ellos — se esforzaban en hacer comprender, a sus adversarios narodnikis que Rusia debía pasar a través del purgatorio capitalista antes de poder

entrar en el paraíso socialista. En octubre de 1917, Lenin lanzó por la borda las verdades que había predicado y se le metió en la cabeza realizar el socialismo evitando el purgatorio. Su método no ha evitado el purgatorio al pueblo ruso, salvo para lanzarlo a un infierno sin fin, que sólo los ignorantes o los depravados se atreven a calificar de « paraíso socialista ». No habiendo dejado al capitalismo el tiempo para desarrollar las fuerzas productivas, los bolcheviques fueron obligados en primer término, distribuyendo equitativamente la miseria, a realizar un socialismo de repartidores (el « comunismo de guerra »), para instaurar a continuación una nueva sociedad de clases, peor que el capitalismo, a fin de desarrollar fuera de tiempo las indispensables fuerzas productivas en condiciones mucho más onerosas y menos racionales que lo hubiera hecho el capital.

Ni Perón ni Mosadeq se inspiran, evidentemente, en principios leninistas-stalinistas. Pero su hostilidad hacia el capital (en este caso extranjero) les impulsa — o les ha impulsado — a recurrir a métodos similares. Al igual que los bolcheviques, se niegan a pasar por el purgatorio capitalista. Para Argentina y para Persia, este purgatorio capitalista no puede, claro está, ser otro que el del capital extranjero, por consiguiente un purgatorio « imperialista ». Para sustraerse a él deben rechazar la aportación y la ayuda del capital extranjero, a reserva de arrancar por la violencia a las masas populares el indispensable fondo de acumulación a las que es preciso — ¡ nobleza obliga ! — reducir el nivel de existencia a su más simple expresión. La « nacionalización » de los pozos de petróleo por Mosadeq ha condenado a los obreros, y no solamente a los obreros, a una miseria atroz. El « justicialismo » de Perón no ha hecho otra cosa que « justificar » la indigencia.

El anticapitalismo primario se combina con el nacionalismo económico. He aquí el lazo de unión que explica, hecha abstracción de ciertas oportunidades diplomáticas, las afinidades que indiscutiblemente existen entre la política económica de la U.R.S.S. y la del anti-imperialismo virulento que prevalece en la mayor parte de las regiones

calificadas hoy de poco desarrolladas. Esta evolución no tiene nada de imprevisto para quienes analizan concienzudamente estos fenómenos desde hace mucho tiempo. He aquí, por ejemplo, lo que puede leerse en el prólogo de la edición española de mi resumen de la *Acumulación del Capital* de Rosa de Luxemburgo :

« A semejanza de lo que ocurre en todas las regiones del mundo, la expansión irresistible del capital choca asimismo en la América Latina con dos fuerzas hostiles que, aun cuando se acoplen pasajera-mente, opónense diametralmente, sin embargo, una a la otra. El capital tropieza al mismo tiempo con la resistencia desesperada de las formaciones patriarcales — formaciones que implacablemente aniquila en su avance de apisonadora — y del proletariado industrial, la creación y multiplicación del cual hállanse indisolublemente unidas a toda su existencia. Ahora bien, mientras las primeras sólo pueden combatirle con intenciones reaccionarias, esforzándose en sostener una economía atrasada contra un modo de producción superior, el segundo

opone al capitalismo el principio aún más adelantado de la producción socialista. *Anticapitalismo no siempre significa socialismo ; razón por la cual la acción popular en la América Latina contra la penetración del capital extranjero no es siempre revolucionaria, sino con frecuencia reaccionaria.*

« Los países latinoamericanos se encuentran actualmente en una situación en que las viejas formaciones sociales hállanse ya harto quebrantadas para resistir eficazmente a la penetración capitalista, en tanto que el proletariado moderno no es aún lo bastante fuerte para ponerse a la cabeza de la lucha anticapitalista, dándole una orientación socialista, esto es, progresiva. »

La gran desgracia nace de que, en nuestra época, muchas gentes consideran al anticapitalismo más estúpido y más reaccionario como socialismo auténtico. Esta confusión nada tiene de sorprendente en Persia o en Guatemala. Pero desgraciadamente está demasiado difundida incluso en Europa.

LUCIEN LAURAT

« Aquí toco el punto capital : no hay una América Latina unida. Como dijo Madariaga, frente a los Estados Unidos del Norte estamos « los Estados Desunidos del Sur ». Por eso no nos ayudamos en absoluto unos a otros. Por eso no tenemos ni sombra de un mercado común, como lo tienen, aunque compitan entre sí, los Estados de la Unión. Por eso no ayudan los combustibles de unos países latinoamericanos a la industrialización de otros. Por eso somos todos vendedores de materias primas a los Estados Unidos al precio que ellos fijan. Por eso, en buena medida, son pobres nuestros pueblos ; y por pobres, incultos. Por eso la democracia se hace en ellos difícil, y los gobiernos dictatoriales encuentran pretextos para imponerse. Por eso : porque abandonamos enteramente, en aras de un realismo miope, los « sueños » videntes de un Bolívar y de un Martí ».

JORGE MAÑACH : Contestación a Mr. Robinson. (*Revista Bohemia*, 1954.)

Sombras blancas en Africa del Sur

LA dominación blanca en Africa del Sur se vió reforzada, en 1948, con la victoria del Partido Nacionalista, cuyas decisiones y proyectos se inspiran en la idea de que los blancos son los tutores, los guardianes y los educadores de las razas sometidas. Aun cuando los indígenas, los mestizos y los indios se hallan sujetos a las mismas medidas, observando el conjunto de la situación se destaca con un relieve especial la posición respectiva de los blancos y de la inmensa mayoría negra.

Representación de los indígenas

La supremacía blanca constituye el pivote del sistema. En 1910, cuando fué creada la Unión, sólo los blancos tenían derecho de voto en Natal, en Transvaal y en el Estado Libre de Orange. En la provincia del Cabo, por el contrario, los indígenas, los indios y los mestizos podían votar si disponían de ciertos recursos: 75 libras de renta anuales, o 50 libras en bienes raíces. Los estatutos de la Unión estipulaban que este derecho de voto no podría limitarse más que mediante una decisión de las dos Cámaras, adoptada por una mayoría de dos tercios. No obstante, cuando en 1930, en la provincia del Cabo, el derecho de voto se hizo extensivo a las mujeres, las de raza no blanca quedaron excluidas. Y en 1936, el derecho de sufragio restringido que poseían los indígenas en la provincia del Cabo fué derogado definitivamente, por la mayoría legal de dos tercios.

Los cincuenta mil mestizos de la antigua colonia inglesa que responden a las condiciones financieras prescritas han conservado hasta ahora el derecho de voto; pero en diversas ocasiones, en el curso de estos últimos años, el Partido Nacionalista ha hecho todo lo posible para privarles de él, en razón sin duda del « principio » de que las elecciones generales deben ser de la incumbencia exclusiva de los blancos. Además, este partido no ignoraba que los votos de los mestizos van generalmente a la oposición, representada por el *United Party*, lo que priva tal vez al Gobierno de cuatro o cinco puestos. Ahora

bien, el número de mestizos aumenta rápidamente, y cada vez son más los que reúnen las condiciones del sufragio censatario.

Con este motivo se ha entablado una lucha de procedimiento entre el Parlamento, de mayoría nacionalista, y los magistrados encargados de velar por el cumplimiento de la Constitución. No habiendo podido reunir el Gobierno la mayoría de dos tercios legalmente indispensable para retirar el derecho de sufragio a los mestizos, se tomó una decisión por mayoría simple, pero la Corte suprema la declaró nula y anticonstitucional. El Gobierno hizo adoptar la decisión de conferir en este caso al propio Parlamento los poderes que hasta entonces había tenido la Corte suprema, después de lo cual el Parlamento, en ausencia de la oposición que se había retirado, declaró constitucional la supresión del derecho de voto a los mestizos. No por ello dejó de anular estas decisiones la verdadera Corte suprema. Este conflicto de competencias fué sin duda el más reñido que ha tenido lugar desde el advenimiento del Gobierno nacionalista y, en la actualidad, esta cuestión se halla sometida al examen de una comisión formada por representantes de todos los partidos. El Gobierno, a su vez, se ha comprometido a imponer de una u otra forma la abolición del derecho de sufragio de los mestizos.

En las elecciones generales (con excepción de la situación especial de que disfrutan los mestizos de la provincia del Cabo), sólo la minoría blanca tiene derecho a votar. No obstante, en el Parlamento, la representación de las demás razas existe de manera indirecta. En la Cámara de los Diputados, los indígenas del Cabo pueden elegir en votación separada tres representantes, de entre determinados jefes o personalidades adineradas. Por otra parte, en el Senado los indígenas poseen cuatro delegados para todo el país. Pero estos parlamentarios deben ser de raza blanca, y para ciertas cuestiones de particular importancia (voto de confianza, relaciones con el Commonwealth británico), no pueden tomar parte en la votación. Algunos de estos representantes blancos de la población indígena, tales como el

Senador Brooks, de Natal, y los esposos Ballinger, del Cabo, han demostrado ser hábiles y enérgicos portavoces de la mayoría negra.

Para los negros existe otra posibilidad para expresar su opinión, hasta cierto punto. Así es como en 1936, fué constituido un Consejo indígena especial, en parte elegido y en parte designado por el Gobierno; pero las críticas cada vez más vivas que oponía a la política del Gobierno le hicieron considerar indeseable. Se le convocaba cada vez con menos frecuencia y, en 1951, acabó por ser suprimido definitivamente. Unos cuantos consejos locales, designados por el Gobierno, con fines de propaganda, en las reservas indígenas, representan una especie de Parlamento. En realidad, no tienen ningún poder efectivo, dado que, hasta para las cuestiones secundarias de que han de tratar, la decisión final corresponde siempre a los funcionarios blancos, dirigidos por el Ministro de Asuntos Indígenas, que está investido de poderes ilimitados.

Se ve, pues, que en el terreno político, la dominación blanca es prácticamente absoluta.

Pasaportes y restricciones

La segregación completa en todos los aspectos ya es un hecho definitivamente establecido, que el Gobierno nacionalista ha extendido y reforzado considerablemente. En 1953, con la ley sobre los « servicios separados », se dió el último paso en este sentido. Hasta entonces, la jurisprudencia autorizaba a los habitantes de color a utilizar las salas de espera, los retretes y otros locales reservados a los blancos, si no había en el lugar otros servicios equivalentes para ellos. La ley de 1953 hace desaparecer la necesidad de estos « servicios equivalentes », con lo que queda sancionada la costumbre corriente, que consiste en expulsar a los negros de la fondas de las estaciones, de los autobuses o las salas de espera, hasta cuando éstos no disponen de locales o de medios de transporte especiales.

Todos los indígenas de sexo masculino están obligados a llevar una carta de identidad, y, en general, una serie de papeles denominados comúnmente *pasaportes*, tales como permiso de trabajo, certificado de situación fiscal, permiso de entrar en determinadas zonas, permiso de circular después de ciertas horas, etc. El establecimiento molesto y humillante de esos pasaportes, que deben renovarse todos los años por centenares de miles, y su exigencia continua por parte de las autoridades, es uno de los medios más eficaces de importunar puesto al servicio de la política racial. Por término medio, los indígenas de las ciudades deben pasar cada mes un día, por lo menos, en las oficinas donde se expiden los pasaportes, y en una ciudad como Johannesburgo, las detenciones de indígenas por haber olvidado

algunos de esos documentos se cuentan diariamente por centenares. Este sistema burocrático, presentado como una consecuencia natural de la necesidad de asegurar el orden público mediante la vigilancia de la población negra, es una de las características de la dominación blanca más profundamente detestadas.

En el curso de los últimos decenios, se ha producido una considerable agravación de las restricciones, en lo que concierne a las relaciones sexuales entre las diferentes razas. La primera medida radical que prohíbe las relaciones extraconyugales entre blancos e indígenas, data de la Ley sobre la Inmoralidad (Immorality Act) de 1927, que preveía penas infamantes (cárcel, etc.), para los contraventores. Pero el Gobierno nacionalista ha ido mucho más lejos con las leyes de 1949 y de 1950, que castigan todas las relaciones sexuales entre blancos y no blancos. Por lo que se refiere a las relaciones conyugales, se puede decir que dichas leyes se limitan a consagrar una costumbre existente, puesto que de todos modos el número de matrimonios mixtos no excedía nunca de unos centenares por año. En cambio, las relaciones extraconyugales, principalmente entre hombres blancos y mujeres mestizas, eran bastante corrientes; y después de la promulgación de las nuevas leyes, las delaciones con motivo de estos « delitos contra las costumbres » han tomado tal incremento que algunos autores las describen en varias obras recientes. Por esta misma razón, se ven en los alrededores de la Ciudad del Cabo los furgones de la policía persiguiendo a los enamorados de razas distintas. Este género de denuncias ha dado lugar a que se castigara a personas que ya sostenían relaciones desde mucho tiempo atrás.

Las diferentes disposiciones legales que se acaban de citar son los signos más destacados de la segregación y de la dominación de los blancos. Pero lo mismo si se trata de la enseñanza que de las condiciones de trabajo, del derecho de propiedad, del ejercicio de un oficio o de una profesión liberal, sin hablar de otros muchos aspectos de la vida, la separación y la opresión raciales son sistemáticas.

Un feudalismo racial

En la Unión Sudafricana se evalúa en unos ciento diez mil el número de los blancos propietarios de explotaciones agrícolas, a los que hay que sumar unos diez mil intendentes, jefes de equipo o similares. Esta clase de los agricultores blancos que junto con sus familias ascendía en 1950 a 430 mil personas, representa el 17 % de la población blanca, mientras que hace treinta y cinco años constituía el 45 %. La superficie total de estas propiedades, equivalente a las tres cuartas partes del territorio de la Unión, es de

90 millones de hectáreas, de las cuales sólo una décima parte está cultivada, y el resto se ha dejado para pastos. Por término medio, cada uno de estos agricultores posee 800 hectáreas, y se les puede considerar más bien como terratenientes que como campesinos.

La población activa blanca cuenta unos 200 mil funcionarios, en particular los de los ferrocarriles que, con sus familias, representan probablemente una cuarta parte de la población blanca. La industria, las minas y la construcción ocupan un poco más de 350 mil blancos, casi todos jefes de equipo u obreros especializados, con sueldos muy estimables. Los restantes trabajan principalmente en el comercio y en las profesiones liberales.

La población negra se divide en tres grupos : una cuarta parte, o sea 2 millones o 2 millones y medio, trabajan como obreros agrícolas o como jornaleros en las propiedades de los blancos ; 3 ó 4 millones viven en las reservas indígenas, que abarcan 12 millones de hectáreas, es decir algo más de la séptima parte de la superficie atribuida a 110 mil blancos. Los otros 2 ó 3 millones de negros establecidos en las ciudades son en su mayor parte domésticos o mozos de almacén. Los obreros de color ocupados en las minas, la industria y las empresas comerciales se evalúan en cerca de un millón. Esta cifra tan importante se debe al hecho de que en las ciudades predominan los hombres adultos (donde hay doble número de hombres que de mujeres, ya que éstas permanecen en las reservas), y también a que hay ciento o ciento cincuenta mil obreros negros procedentes de regiones exteriores de la Unión y en particular de Batsutolandia y de Swazilandia. Señalemos, a título de comparación, que entre 1910 y 1946, los negros establecidos en las ciudades han pasado de 500 mil a 1 millón 700 mil. Estas dos cifras reflejan una de las revoluciones industriales más rápidas que el mundo ha conocido. Mediante inversiones considerables en las empresas, a menudo semipúblicas, el Estado sudafricano ha acentuado esa evolución. La producción de oro y de diamantes ha quedado más bien estacionaria, y representa hoy aproximadamente el 12 % de la renta nacional.

En lo que concierne a los mestizos y a los indios, diremos simplemente que se les encuentra en las ciudades poco más o menos en la misma proporción que los blancos, y que, lo mismo que los negros nacidos en la ciudad, trabajan sobre todo en la industria.

Un estudio que data de 1936 — el único que he podido procurarme — demuestra que, en esa época, el 74 % de la renta nacional correspondía a los blancos, es decir al 20 % de la población. Es probable que, en lo esencial, la situación se haya modificado poco. Los blancos son casi siempre ricos, y casi siempre, también, los

negros y los mestizos son pobres. En cuanto a los salarios y condiciones de trabajo, de acuerdo con las cifras correspondientes a 1952, los trabajadores blancos ganan, por término medio, en la industria 500 libras al año ; los negros, 112 libras, y los mestizos, 189 libras. En las minas, los blancos cobran unas 800 libras al año, y los negros 70, además de estar alimentados y alojados en barracas. Los domésticos negros, que suman unos 300 ó 350 mil, perciben salarios de 3,6 libras mensuales, por término medio. En la industria, según diferentes estudios, los salarios que reciben los negros son insuficientes para que puedan sostener a su familia, ni aun dentro del nivel mínimo estricto, por lo que la mujer ha de trabajar también fuera de su casa. La mayoría de los negros ocupados en las fábricas de Johannesburgo, y que están casados, viven normalmente en chozas donde se amontonan seis o siete personas en una habitación única y se alimentan casi exclusivamente de puches de maíz.

La política gubernamental es la que crea o mantiene la disparidad entre los niveles de vida. Todos los empleos públicos, salvo los más humildes, están reservados a los blancos. Los únicos a que pueden pretender los de color instruidos son los de maestros para las escuelas de los hijos de los no blancos ; pero haciendo un trabajo idéntico, han de contentarse con el 50 ó el 60 % del sueldo que cobran los maestros blancos. Ciertos cargos considerados como particularmente difíciles y bastante bien pagados sólo pueden ser desempeñados por blancos. Entre estos trabajos figuran el manejo de las máquinas en las minas, la mecánica en general (todo montador blanco va acompañado habitualmente de un ayudante negro) y la construcción. Sin embargo, desde 1951, bajo la presión de la crisis de la vivienda, ha debido permitirse a los negros trabajar en la construcción, pero sólo cuando se trata de edificios destinados a los indígenas. Los negros no tienen derecho a la huelga, y las diferentes tentativas que han hecho fueron reprimidas por la policía y por la tropa. Es indudable que existen sindicatos en los que están agrupados los negros por decenas de millares — en ciertos casos dirigidos por blancos —, pero tienen pocas posibilidades de ejercer presión alguna para mejorar los salarios o las condiciones de trabajo. Una ley promulgada en 1953, estipula en efecto la forma de resolver los conflictos del trabajo, en los que se encuentren implicados hombres de color : *por decisión de las autoridades, sin que los obreros puedan hacerse oír*. Los trabajadores blancos han contribuido a mantener la discriminación racial en este aspecto, y los « afrikanders », por ser cada día más numerosos entre la clase obrera, no han tardado, en dominar en los sindicatos.

Las reservas indígenas son una antigua institución que, en estos últimos tiempos, ha tomado

tanto más valor ideológico, cuanto que ha disminuido su importancia práctica. Las leyes prescriben que el Estado tratará de ampliar la superficie destinada a las reservas, mediante la compra de propiedades « blancas » y prohibiendo a los blancos que posean tierras en determinados territorios, así como a los negros que las tengan en territorio « blanco ». El objetivo que se persigue es dar a las reservas una superficie de 17 millones de hectáreas, en vez de los 12 millones que tienen en la actualidad. Se habla incluso de conceder a los negros un « hogar nacional », para que puedan desenvolverse en él de acuerdo con su propia naturaleza. En lo porvenir, las reservas podrían convertirse en territorios autónomos e independientes.

Mano de obra disponible

Con frecuencia estas ideas se envuelven en una especie de mística de la vida artesana y de la vuelta a los orígenes; pero esto no pasa de ser un embeleco. La realidad es que millones de negros, aglutinados en los alrededores de las ciudades, se convierten, de un plumazo, en « huéspedes temporales » de sus chozas que, topográficamente, pertenecen a la jurisdicción de esos famosos hogares negros, que habrían de llegar a ser las reservas. Prácticamente, los territorios indígenas son depósitos de mano de obra, donde sus habitantes no tienen medios de vida, y de donde a menudo más de la mitad de la población masculina emigra hacia las ciudades en busca de trabajo y de subsistencia. La autonomía que existe en ciertos lugares es puramente ilusoria, dado que las decisiones corresponden siempre, en última instancia, a los funcionarios blancos. El rendimiento de la agricultura y de la ganadería en las tierras concedidas es extremadamente flojo: un tercio o un cuarto del que producen las explotaciones blancas, que a su vez es escaso en comparación con el que se obtiene en Europa y en América. De hecho, las famosas reservas, a pesar de estar por completo dedicadas a la agricultura, han de importar productos alimenticios. Hasta ahora, las diversas tentativas para implantar industrias en esas regiones, con objeto de suministrar trabajo allí mismo a los indígenas, han dado resultados poco alentadores.

Las causas de este marasmo son motivo de incesantes polémicas. Los blancos lo atribuyen de buena gana a la pereza de los negros, así como a su tendencia a producir la mayor cantidad posible de ganado, sin preocuparse de su calidad (las mujeres se compran con cierto número de reses). A esto se contesta, en primer lugar, poniendo de relieve la insuficiencia de las tierras y afirmando que una familia no puede vivir con sólo cinco o seis hectáreas; después, demostrando

que el Estado ha efectuado enormes trabajos de acondicionamiento para favorecer las explotaciones de los blancos, pero ha dejado a las reservas en un abandono total. No cabe duda de que ambas explicaciones encierran una gran parte de la verdad. Y en todo caso, es indiscutible que los negros de las reservas — lo mismo que los de la Unión entera — no pueden, en absoluto, subsistir con lo que producen esos territorios, y es engañar al público pretender hablar seriamente de segregación territorial, no concediendo a los negros más que una séptima parte de las tierras utilizables, para reservar el resto a los blancos mediante una distribución irrevocable.

La tendencia a la segregación reaparece en la ley, violentamente controvertida, de la *agrupación por zonas* (« Group areas act »), que el Gobierno nacionalista hizo adoptar en 1950. De una manera general puede decirse que esta ley autoriza al Gobierno, y en particular, al Ministro del Interior, a prescribir traslados de población, con objeto de separar todo lo posible los grupos raciales que residen en un territorio, para conseguir que en las ciudades haya barrios — o en el campo, distritos — exclusivamente blancos, negros o mestizos. Esta ley, que hasta ahora sólo se ha aplicado en una escala muy reducida, no ha tenido nunca más efecto que el de obligar a los no blancos a abandonar ciertos territorios especialmente conocidos por su buena calidad, o prohibirles instalarse en ellos. Así, por ejemplo, en la actualidad, se trata de expulsar a la población negra, que cuenta más de 75 mil almas, del barrio de Sophiatown, en Johannesburgo. Situado como un enclave en territorio blanco, Sophiatown es el « barrio elegante » de los negros de Johannesburgo. Si la expulsión llegara a realizarse, éstos, como sucedió ya anteriormente con la mayor parte de sus congéneres, serían transferidos a las afueras de la ciudad, lo que permitiría infligirles, al mismo tiempo, la segregación, el tabuco y un trayecto mayor para ir al trabajo. Un plan semejante elaborado para la ciudad de Durban, tendrá por efecto el traslado de 150 mil indios, mestizos e indígenas, sin molestar más que a 3 mil blancos. Una vez más, la teoría de la segregación queda sólo reducida a un pretexto para que los blancos puedan seguir ejerciendo su opresión.

El problema de la enseñanza

En la enseñanza se han hecho grandes progresos, cualesquiera que hayan sido los Gobiernos, incluso en relación con las poblaciones de color. Sin embargo, la diferencia en las posibilidades prácticas para estudiar sigue siendo inmensa, sobre todo entre los blancos y los negros, y

dentro de poco tiempo, lo será más aún. Según las cifras de 1949 (las últimas que existen), la cantidad gastada por el Estado en favor de los blancos es de 19 millones de libras, contra 9 millones, para todas las demás razas reunidas. A razón de 500 mil escolares blancos y 900 mil de color, corresponde a los primeros, por término medio, un gasto de 50 libras por alumno, y a los segundos, de 10 libras, solamente. Mientras los indios y los mestizos reciben en general un simulacro de instrucción, la asistencia a la escuela de los pequeños negros es del 40 al 50 por 100. La vida escolar de los blancos es de ocho a nueve años, como mínimo; la duración de los estudios para la gran mayoría de los negros, no pasa de tres a cuatro años. Se evalúa en el 15 % la parte de la población negra que sabe leer y escribir el inglés y el « *afrikaans* ». En cuanto a la enseñanza superior, los no blancos están excluidos de ella, salvo en la Universidad de Natal, donde tienen clases separadas, y en las del Cabo y de Witwatersrand, donde pueden estudiar en compañía de los blancos. Existe, además un « colegio » para no blancos en Fort-Hare, que está principalmente destinado a la formación de maestros, y cuenta con tres o cuatrocientos estudiantes, de los cuales el 90 %, aproximadamente, son negros. En realidad, casi todos los negros que reciben una instrucción superior se encuentran reunidos en Fort-Hare.

Algunos de los proyectos que el Gobierno ha hecho adoptar o preparar para lo porvenir comportan, o por lo menos parecen implicar, una agravación de la situación para los no blancos. La « *apartheid* » (separación) será obligatoria en la Universidad, declaró en diciembre el Primer Ministro, y la cuestión se halla sometida al estudio de una comisión especial. Pero todavía tiene mucha más importancia una ley aprobada el año pasado, según la cual la enseñanza destinada a los indígenas se sustraerá a la competencia de las administraciones provinciales y pasará a depender, en adelante, del Departamento de Asuntos Indígenas de la Unión Sudafricana. Esta medida administrativa ha ido precedida de investigaciones y debates que dejan entender claramente que su propósito es transformar por completo la enseñanza dada a las poblaciones de color.

Hasta ahora, y muy especialmente en las escuelas de misioneros, se instruía a los negros y a los mestizos gracias a los subsidios suministrados por las provincias. Es indudable que en dichas escuelas se daba preferencia al aprendizaje y al trabajo manual, pero en general se trataba de dar la misma instrucción que en las escuelas reservadas a los blancos. Y esto es precisamente lo que el Gobierno quiere impedir. De acuerdo con el criterio de éste, la instrucción

de los negros debe estar de acuerdo con su naturaleza, es decir con la naturaleza que le atribuyen los blancos. « La enseñanza dispensada a los indígenas debe estar en consonancia con los objetivos del Estado », afirmaba el Ministro Verwoerd en la Cámara. Y se quejaba, además, de que con una educación falseada se hacía de la población negra una masa de amargados y descontentos y se ponían en peligro las buenas relaciones que existían entre las diferentes razas en el Africa del Sur. « Unos años que sean partidarios de la igualdad racial, sólo inspirarán a los negros esperanzas engañosas, proclamaba por otra parte, y esta es la razón de que los negros instruidos que ahora se encuentran se imaginan ser superiores a los de su propia raza. » Estas declaraciones, junto con otras muchas, son el indicio evidente de que el Gobierno se dispone a limitar, a vigilar con más detención, la enseñanza dada por los misioneros. Demuestran asimismo que tiene el propósito de sistematizar la instrucción de los negros para que « permanezcan en su lugar », inculcándoles el sentimiento de su inferioridad y la necesidad de la obediencia racial. Como consecuencia de ello, la instrucción superior quedará reservada exclusivamente para aquellos que, en opinión del Gobierno, ofrezcan todas las garantías. Además, se ha indicado claramente que la enseñanza en inglés y en « *afrikaans* » se dará en lo sucesivo, de preferencia, en bantú para la formación puramente profesional, y como es natural, limitándola a los oficios más bajos. Existe la impresión de que ya en la escuela se adiestrará de manera especial a los indígenas, con objeto de prepararles para una vida de oprimidos. Es indudable que esta ley, aplicada de acuerdo con las directivas que acabamos de mencionar, constituirá el golpe más duro que el nacionalismo ha dado hasta ahora a todas las aspiraciones indígenas de mayor equidad.

Seguramente habría muchas más cosas que decir acerca de las disposiciones de la dominación blanca, tales como la prohibición del llevar armas, extendida hasta las navajas de más de diez centímetros, la prohibición de reunirse más de diez personas, sin autorización especial; la desigualdad de las penas aplicables a los blancos y a los negros; la amplitud de los poderes dados a la policía; la concentración de la asistencia social y médica únicamente en beneficio de los blancos. Pero, con lo que antecede, basta ya para demostrar que los blancos de la Unión Sudafricana, aun cuando se llamen portadores de una civilización altamente cristiana, humanitaria y democrática, han pasado a ser maestros en la técnica de la dominación racial.

HERBERT TINGSTEN

Al margen de la reunión de Ginebra

Los problemas del sureste asiático

POR RICHARD LOWENTHAL

NO hace muchos meses aún que nos preguntábamos las ventajas que, para el Oeste, podrían derivarse de los síntomas de debilidad que se observaban en la Unión Soviética, y que se habían hecho más evidentes desde la muerte de Stalin. La Conferencia de Berlín seguía siendo objeto de discusiones, sobre todo en lo referente a las cuestiones siguientes: ¿Fue un error conceder un «respiro» a los rusos con esas negociaciones? O por el contrario, ¿permitirían las negociaciones la esperanza de obtener algunas concesiones, o deberíamos contentarnos con estabilizar durante algún tiempo el «statu quo» entre las fuerzas comunistas y las no comunistas? En todo caso, parecía que nosotros teníamos la opción, y los hombres de Estado occidentales se felicitaban por haberse «apoderado de nuevo de la iniciativa».

¡Qué lejos parece ahora todo esto! La transformación de la escena mundial no es efecto de ningún cambio dramático en la conducta de las potencias comunistas, sino la consecuencia inevitable de haberse trasladado la atención desde Europa, región donde somos relativamente fuertes, al Asia, donde somos evidentemente débiles. No falta, por supuesto, quien sostiene que la reunión de la Conferencia de Ginebra es la causa de que se haya precipitado el aumento de los suministros de armas por parte de China al Viet-min, y que sólo los éxitos militares debidos a esos suministros,

junto con la incertidumbre moral que produjo el anuncio de la Conferencia, habían creado una situación crítica en Indochina. Pero esto es apartarse de la verdadera cuestión. Las fuerzas expedicionarias francesas no han tenido nunca probabilidades de volver a conquistar una preponderancia efectiva en Indochina, y se pudo prever que, ante la imposibilidad de obtener la victoria definitiva, llegaría un momento en que el pueblo francés se negaría a continuar la guerra. Este era el punto débil que hizo inevitable la crisis. La Conferencia de Ginebra fijó simplemente la fecha.

Pero es que esa debilidad no se halla limitada al caso especial de Indochina. Las divergencias entre las potencias occidentales y las dudas en el interior de cada una de ellas, que se han manifestado en esta ocasión, no son sino la expresión del dilema fundamental de la política occidental en Asia. Ese dilema no es forzosamente insoluble; pero hasta ahora apenas se ha planteado. Para todos nosotros, representa una fuente de tremendos peligros, y no disponemos de mucho tiempo para encontrar una solución.

*

Ese problema puede resumirse en cuatro fases: Primera, la incesante expansión comunista en Asia encierra el grave peligro de que el predominio de las fuerzas mundiales pase a manos del *bloque* comunista.

Segunda, es imposible contener esa expansión, a menos que las naciones independientes de Asia dispongan de la suficiente fuerza militar para paralizar la evidente agresión comunista, así como de la suficiente voluntad política para resistir a otras formas de expansión. Tercera, en la actualidad, no existe en el continente asiático una fuerza militar adecuada para contrarrestar la potencia de la China comunista, ni es probable que llegue a crearse en los próximos años, merced a los esfuerzos de los asiáticos. Cuarta, toda tentativa de crear desde fuera, con la intervención occidental, la fuerza necesaria para mantener el equilibrio, resulta sospechosa para la opinión independiente de Asia, y por consiguiente, ofrece el riesgo de minar la voluntad de resistir a la expansión comunista.

Las discrepancias que existen actualmente entre la política norteamericana y la británica no se deben a ninguna diferencia efectiva de intereses, sino al hecho de que cada país, basándose en su experiencia particular, ha dirigido su atención sobre un aspecto distinto de dicho dilema. Norteamérica, que se halla a la vanguardia del mundo no comunista, ha sido la primera en comprender toda la importancia del problema militar; la Gran Bretaña, gracias a los vínculos del Commonwealth que la unen a la India, se da perfecta cuenta de la dificultad política. Por consiguiente, visto desde este país, el dilema común del Occidente se presenta como la necesidad de encontrar una « solución intermedia » entre el intervencionismo norteamericano y el neutralismo indio, es decir, entre Dulles y Nehru.

*

Ante todo debemos asegurarnos de que se trata de un verdadero dilema.

Hasta ahora, pocos pueblos, a excepción de los Estados Unidos de América, admiten de buena gana el criterio de que el avance comunista en Asia implica el peligro de una dominación totalitaria mundial; y las exageraciones de la propaganda, según las cuales la pérdida, siquiera sea de una parte de Indochina, marcaría ya el destino

del Occidente, no contribuyen a mejorar la situación. Sin embargo, la importancia de la anexión de la Europa oriental a la esfera soviética, así como de la victoria comunista en China, estriba precisamente en el hecho de que dicha dominación mundial ha entrado en el terreno de las posibilidades; y si se produjera otro avance considerable, tal como una victoria comunista a través del Sudeste asiático, seguida de un período suficientemente prolongado para permitir la organización y el desarrollo de los recursos de la región, esa dominación se haría más probable. En verdad, esto es lo que se está realizando con la guerra fría. La porción del mundo dominada por los comunistas se ha extendido tanto que nos vemos obligados a vivir bajo una doble amenaza: la de una dictadura mundial o la de una guerra mundial.

Es fácil perder de vista tan terrible realidad, si sólo se observan las situaciones aisladas, y se afirma — con perfecta justicia — que en Indochina, por ejemplo, deben tenerse en cuenta otros muchos factores, además de la lucha entre comunistas y no comunistas. En efecto, los factores son siempre complejos, pero la influencia de la victoria comunista en el equilibrio de las fuerzas mundiales es sencilla. También resulta fácil objetar que el mundo comunista no necesita forzosamente permanecer monolítico; incluso un régimen totalitario puede estar sujeto a cambios internos, y pueden surgir conflictos de carácter nacional según el modelo de Tito entre Estados comunistas. Pero, tanto los cambios internos como los conflictos nacionales son más probables en un imperio comunista, cuya expansión haya podido contenerse con éxito. La ruptura de Tito se produjo cuando se detuvo el avance comunista en Europa, y las últimas tentativas para atenuar los rigores del régimen en Rusia — a raíz de la muerte de Stalin — reflejaban la opresión que el esfuerzo destinado a superar el rearme occidental ejercía sobre la economía soviética y sobre la de sus satélites. En una sociedad comunista que se extiende victoriosamente pueden producirse todavía transformaciones y ocurrir conflictos internos, pero por ahora no hay indicios de que eso vaya a suceder, y parece que los éxitos de los últimos meses han bastado

para que el régimen ruso vuelva a establecerse sobre el molde staliniano.

Se niega asimismo que sea necesario disponer de una fuerza militar adecuada para contener la expansión comunista, alegando que los regímenes comunistas son menos agresivos que los fascistas; que aquéllos sólo desean vivir en paz, para realizar la enorme tarea de su reconstrucción interna, y por lo tanto, no constituyen un peligro para los que no les molestan. La historia nos enseña que los regímenes comunistas son efectivamente menos aficionados que los fascistas a *jugar* con la agresión — aunque ya han hecho algunas partidas, como la de Finlandia y la de Corea — porque están convencidos de que el tiempo trabaja para ellos; sin embargo, la historia nos dice también que dichos regímenes han demostrado ser capaces de contener su afán de proselitismo más tiempo que ninguna otra revolución de la época moderna, pero que no resistirán a la tentación de avanzar cuando observen que las fuerzas adversas han dejado un vacío en sus fronteras. Desde que los ejércitos de Mao Tse Tung han triunfado definitivamente en el interior de China, han encontrado una especie de vacío militar a su alrededor; y también, desde entonces, la propaganda comunista se ha intensificado en toda Asia, acompañada de terrorismo y respaldada por la fuerza militar de China. Cuando se inició el ataque en Corea, no quedaba allí ningún americano para provocar a los comunistas, como tampoco los había en Indochina, cuando Pekín reconoció al Gobierno del Vietminh; y la única provocación que ofrecía el Tibet era su falta de defensa. En Ginebra, el primer efecto de la ausencia de un pacto defensivo del Sudeste asiático ha sido la reclamación de que se admita a las representaciones de los gobiernos rebeldes de Laos y de Camboja, que ni Pekín ni Moscú habían reconocido hasta entonces. Su único título consiste en el hecho de que ahora las fuerzas comunistas del exterior pueden invadir impunemente ambos Estados.

Por último, no existe ninguna perspectiva inmediata de que ese vacío militar se colme con fuerzas asiáticas independientes. Algunos de los Estados-naciones reciente-

mente creados en Asia, tales como Birmania e Indonesia, distan aún mucho de ser dueños de la situación en el interior de sus países respectivos; ninguno de ellos cree que puede economizar, en cantidad suficiente, los recursos necesarios para un esfuerzo defensivo; hay otros, como la India y el Pakistán, que gastan en querrelarse una parte considerable de sus energías, y que están muy lejos de darse cuenta del peligro que les amenaza. La Conferencia de Colombo, con sus propósitos prometedores y la futilidad de sus resultados prácticos, ha ofrecido la medida exacta, tanto de la importancia que una política a largo plazo tiene para esos países, como de su inmediata impotencia militar.

*

Desde el punto de vista militar, es absolutamente irrefutable que las circunstancias son propicias para concluir un pacto de seguridad entre las potencias occidentales, Australia, Nueva Zelandia y todos los Estados asiáticos que quieran participar en la defensa del Asia sudoriental, parte del dilema sostenida por Dulles; pero la solución política opuesta, o sea el aspecto sostenido por Nehru, no es menos sólida.

El avance comunista se apoya siempre en una mezcla de argumentación política y apoyada por el terror; pero la dosis exacta de cada parte varía según la época y el lugar. Por lo tanto, el esfuerzo necesario para contener ese avance debe fundarse igualmente en estas dos clases de energía. Bien es verdad que la persuasión desarmada es impotente contra las tiranías armadas del siglo XX; pero también es cierto que las armas son inútiles mientras los que las lleven carezcan de la voluntad de resistir. En ciertos casos puede ocurrir que incluso una población desarmada sea capaz de desafiar con éxito la opresión comunista, si cuenta con una moral bastante elevada para evitar la infiltración, y si la agresión amenaza con provocar represalias por parte de los aliados de los rebeldes, como sucedió en Berlín; pero cuando falta la voluntad de resistir, hasta la amenaza de represalias deja de surtir efecto.

En la mayor parte de los pueblos de Europa occidental, esa voluntad de resisten-

cia ha tenido tiempo de desarrollarse ; pero en los pueblos del Sur y del Sudeste de Asia sólo está empezando a germinar. Estas naciones acaban de salir de la dependencia colonial, están luchando todavía para crear una organización estatal apropiada a la nueva situación, y al mismo tiempo se están debatiendo con los ingentes problemas que plantea la modernización industrial y la reforma agraria. En una palabra : se hallan en un estado de fermentación revolucionaria y, hasta ahora, han tenido pocas oportunidades para aprender a distinguir una auténtica revolución nacional del producto fabricado por el Kremlin. Después de varios años de combatir a las guerrillas comunistas, la mayor parte del pueblo birmano sabe hacer esta distinción ; pero en el Vietnam no lo saben aún. Hasta el Gobierno de la India, a pesar de que ha de luchar contra el comunismo en el interior del país, se niega todavía a reconocer que la expansión comunista es un problema internacional.

Por consiguiente, con objeto de conocer la naturaleza de la amenaza comunista y para poder contenerla, es tan indispensable desarrollar la conciencia política entre las naciones de Asia como crear un contrapeso militar. Al mismo tiempo, cualquier indicio de que las potencias occidentales tratan de intervenir en Asia como « protectores » no solicitados de los pueblos del continente, reavivaría el recuerdo de los gobiernos coloniales y podría retardar el desarrollo de este conocimiento y comprometer el resultado. Nadie comprende esta situación mejor que las potencias comunistas, que ya dirigen toda la fuerza de su propaganda contra los planes occidentales destinados a la conclusión de un pacto defensivo del Sudeste asiático, no sólo porque éste sería una barrera militar contra su expansión sino también porque, desde el punto de vista militar, ese pacto es vulnerable a sus ataques. La consigna « Asia para los asiáticos » tiende a conservar la actual preponderancia indiscutida de las fuerzas comunistas en Asia, excitando los sentimientos neutralistas y anti-imperialistas de las naciones independientes de aquel continente contra todo plan occidental que favorezca la seguridad colectiva.

Así como en la Gran Bretaña la forma particular de cerrar los ojos a la evidencia consiste en subestimar la gravedad de la amenaza militar, la forma típica que tienen los norteamericanos de engañarse a sí mismos consiste en quitar importancia a la gravedad de los obstáculos que se oponen a una resistencia eficaz. Por lo tanto, el hecho de que algunos países asiáticos hayan firmado acuerdos militares con los Estados Unidos se considera como una prueba de que allí existe ya el propósito de resistir, y el « neutralismo » se acepta como una especie de enfermedad específica de la India, sin querer reconocer que la opinión pública japonesa, por ejemplo, es tan neutralista como la de la India ; que Filipinas y Pakistán no quieren contraer compromisos relacionados con la defensa de cualquier otro país, y que la actitud de la Corea meridional y de Formosa, basada en la experiencia que cada una de ellas tiene del comunismo en acción, no debe tomarse como normal general. La verdad es que el neutralismo de Asia, en contraste con Europa, es la expresión típica de la fase actual de su desarrollo político, que sólo se podrá superar cuando las naciones de aquel continente hayan adquirido su propia experiencia.

Este no es un problema de propaganda occidental, en el sentido técnico de la palabra, sino de política occidental. En los Estados Unidos predomina aún la ilusión de que basta con poner los elementos técnicos al servicio de una causa justa para que la verdad se imponga. En los países no totalitarios, donde la propaganda no es unilateral, por muy hábil y abundante que ésta sea, sus efectos son siempre limitados, a menos que se funde en hechos evidentes y confirmados por la experiencia. Esta es la razón de que la propaganda « pacifista » de los comunistas haya resultado tan ineficaz mientras se proseguía la lucha en Corea y de que prendiera mejor después del armisticio. El arte de la política, distinto de la técnica de la propaganda, consiste precisamente en crear situaciones que permitan a los pueblos indecisos conocer por experiencia propia dónde reside el verdadero peligro para su libertad y su independencia.

*

Evidentemente, el dilema de la política occidental en Asia no tiene fácil solución, pero nos permite sacar algunas conclusiones que nos indiquen, por lo menos, la dirección en que habremos de buscarla.

Primero, no podemos esperar que ningún acuerdo basado en negociaciones será duradero en Asia; o mejor dicho, que lleguemos a concertar ningún acuerdo tolerable contra toda nueva agresión comunista, a no ser que estemos dispuestos a apoyarlo con la fuerza. En la situación actual de Asia, esto significa que, en caso necesario, las fuerzas occidentales habrán de estar dispuestas para luchar en defensa de los Estados asiáticos que deseen nuestra ayuda. No podemos rehuir estos deberes, si queremos sobrevivir como países libres. Pero sólo podremos asumirlos si nuestra política tiende al mismo tiempo, mediante reformas constructivas, a reducir al mínimo el peligro de que se pueda lograr una agresión desde el interior, y a fomentar un desarrollo que permita a los pueblos de Asia asegurar su propia defensa lo antes posible.

Segundo, todo pacto colectivo para la defensa de Asia sudoriental deberá limitarse concretamente a la defensa de los Estados asiáticos, y sólo cuando éstos lo soliciten. Deberá estar exento del menor matiz de « colonialismo », y deberá excluir asimismo toda idea de oposición, desde fuera y por la fuerza, contra las revoluciones que ya se hubieren producido. La razón para ello no es que las revoluciones comunistas se consideren como una « cosa buena », porque aun en los casos en que traen algún alivio para males anteriores no tardan en provocar los males que les son peculiares, sino porque no estamos preparados para asumir para este fin los riesgos

de una guerra moderna, ni la opinión neutral está preparada para aceptarlos. El reconocimiento del Gobierno comunista de China, como participante en un acuerdo asiático, no sólo nos daría ocasión para obtener más garantías por parte de los comunistas, sino que serviría también para demostrar a los neutrales de Asia la naturaleza defensiva de nuestros propósitos. En el caso de que los Estados Unidos de América no quisieran acceder a este reconocimiento, el propósito defensivo debería estar claramente definido en la alianza, y en consecuencia, su objetivo debería limitarse mediante pactos regionales.

Tercero, deberá estimularse a los « neutrales » asiáticos para que asuman su propia responsabilidad en la defensa de la paz. Deberíamos ver con buenos ojos que estableciesen un armisticio dentro del marco de las Naciones Unidas o bien como consecuencia de un acuerdo directo entre los beligerantes. También deberíamos hacerles comprender cuánto nos complacerá que, cuando quieran y puedan hacerlo, asuman en nuestro lugar la responsabilidad de garantizar la seguridad de los Estados que ahora buscan la protección de una alianza occidental. La realidad es que nosotros no tenemos intereses específicos occidentales que defender en Asia, ni deseamos atraer con dicho fin a los neutrales asiáticos. Nuestro único objetivo es evitar nuevos avances del comunismo, y para ello bastaría que los neutrales de Asia estuvieran dispuestos a defender su propia causa. Sólo el día en que la política occidental logre hacer ver con claridad esta actitud a la opinión asiática, estaremos en camino de resolver este dilema.

RICHARD LOWENTHAL

ARTES PLÁSTICAS



VIEIRA DA SILVA

POR RITA RÉGNIER

UN cuadro de Vieira da Silva es como un mosaico de gemas, con las que están contruídos los dédalos por donde andamos en sueños. Mundo angustioso y tierno, mundo de cosas que fueron miradas con pasión, olvidadas luego y que renacen un buen día de las profundidades de lo subconsciente, a voluntad del pincel...

Vieira da Silva ocupa un lugar aparte en la pintura contemporánea. Rechaza que

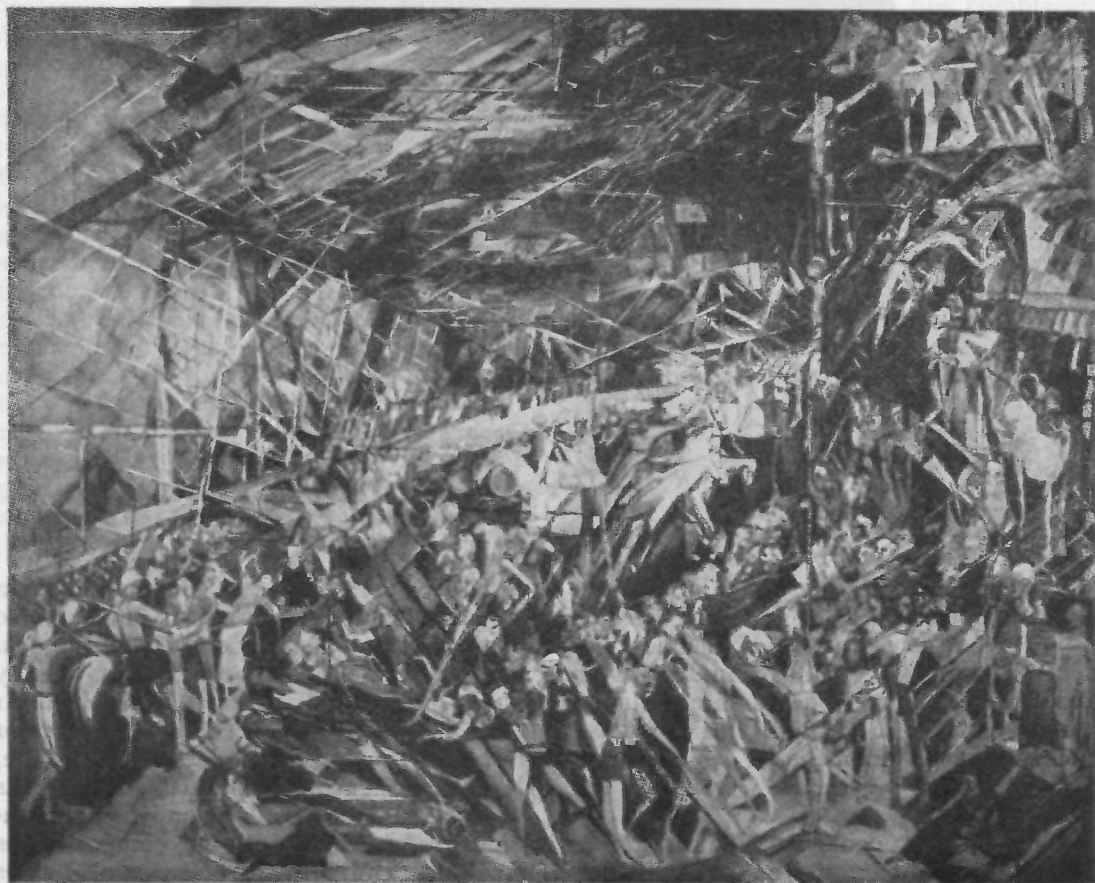
se la considere como una pintora abstracta y, no obstante, nos muestra un universo desencarnado, de donde el hombre y su marco habitual quedan eliminados. « Estoy obsesa por el urbanismo » — suele decir ella. Y es ciertamente, en efecto, el rigor lineal de las ciudades muertas del Oriente, la caprichosa geometría de las vistas aéreas y las perspectivas de arquitectura límpidas lo que evocan esas composiciones insólitas. Universo desencarnado, hemos

dicno, pero cuán sensible, sin embargo. Esta pintura nace de sí misma, tan sencillamente como un poema, sin pretexto, sin tener que recurrir a la ayuda de la visión exterior. No gusta Da Silva poner títulos a sus cuadros: la precisión del título limita el carácter, infinito al mismo tiempo que indefinido, de esas visiones de un mundo que se sitúa en los confines de la realidad. Para ella no hay sino « composiciones » surgidas de sus reminiscencias.

Charlando con Vieira da Silva he comprendido que la fuerza poderosa de esas reminiscencias la dominaba hasta el punto de haberla conducido en unos cuantos años a transformar notablemente su pintura. Fué revelada ésta al público parisiense en 1949. La artista portuguesa acababa de llegar de Río de Janeiro, donde había

pasado los años de la guerra. Y ese público parisiense quedó sorprendido y encantado de sus cuadros, plenamente impregnados entonces, como dijo muy bien un crítico, de una « atmósfera a lo Kafka ». Atmósfera creada por inconsistentes muros fragmentados, por enlosados sin principio ni fin, que, en galerías de pesadilla, llevaban irresistiblemente la vista a profundidades de abismo. La tercera dimensión perdía allí el valor de engaño que le estaba tradicionalmente asignado. Sin ayuda de ningún subterfugio, el espacio llenaba el lienzo y se convertía en el asunto mismo del cuadro. Los sorprendentes cuadrículados, las líneas desconcertantes en un principio se ajustaban con implacable rigor en esta « perspectiva activa ». ¿ Debemos lamentar la sed de espacio, el deseo de lo ilimitado,

VIEIRA DA SILVA: "La guerra" (1942).





VIEIRA DA SILVA : " Las torres de vidrio ".

la austeridad que presidían la elaboración de esas construcciones sin par ?

Vieira parece abandonarse hoy a la poesía que nace de las visiones antiguas : el intrincado enredo de las calles, el mosaico de los tejados que ella ha contemplado desde la ventana de su taller, las verjas de los jardines públicos mil veces recorridos, y, accidentalmente, la extensión invadida por las aguas devastadoras han venido a ocupar ahora en sus lienzos el lugar de aquellas perspectivas de atracción invencible y de los abismos sin fondo... Pero, hay que reconocerlo, el urbanismo, hoy como ayer, está presente siempre.

Paralelamente a esta evolución de la inspiración — acercamiento hacia lo humano — y del estilo — dispersión de las líneas —, su paleta ha perdido algo de su austeridad, y el color cubre más el lienzo : los azules dominan, duros, exaltados de amarillo y de blanco, como en

« Las torres de vidrio », que han figurado en la Bienal de Sao Paulo, o bien suavizados y grises sobre el fondo de nacarada blancura de « Juegos de niños », que he tenido la suerte de haber podido contemplar momentos antes de su partida hacia la Bienal de Venecia. El amor al azul es el recuerdo enternecido de las viejas casas portuguesas, revestidas de azulejos de loza hispano-morisca, en los que revolotean esos angelotes azules que inspiraron en otro tiempo, tan felizmente, a los artesanos de Delft.

María Elena Vieira da Silva, mujer dulce y serena, portuguesa de nacimiento, momentáneamente brasileña, parisiense desde su juventud y cuya madurez no pertenece a ninguna patria artística, a la que reivindican Portugal, Brasil y Francia, sabe preservarse de cualquier influencia, y su pintura no tiene vínculos con ninguna otra. Vieira da Silva no está más próxima al pintor que prefiere — Matisse — que a los objetos que la rodean : las mil cosas originales y estrambóticas de que su taller está lleno no dejan la menor huella en sus cuadros. No busca tampoco la inspiración en la naturaleza o en los seres : no necesita más que del recogimiento en su taller tranquilo y cerrado, y de la buena música, para poder recrear, a solas consigo misma, las visiones de su universo y construir sus ciudades de espejismo y ensueño.

Mejor que observando el escenario de su vida cotidiana, es oyéndola hablar sobre su pintura cómo se comprende la dependencia mutua del arte y de la artista, esa necesidad de evadirse para crear — evasión en la posesión del espacio o en la representación de oscuros recuerdos. A medida que la artista se expresa lentamente y como a pesar suyo, es como va desprendiéndose de su conciencia la concepción de su arte, que, cual verdadera pintora, quiere que sea expresión espontánea de meditaciones y de obsesiones mal definidas...

RITA RÉGNIER

Dos críticas a la dialéctica

POR JULIO CÉSAR JOBET

EN 1940 apareció en Santiago de Chile un voluminoso libro del sabio alemán Georg Nicolai : *La Miseria de la Dialéctica*. En aquella época tuvo una resonante actualidad en vista del pacto Molotov-von Ribbentrop, que selló la alianza de Hitler y Stalin durante casi dos años, a pesar de la lucha dramática entre el comunismo y el nazismo hasta el momento mismo de firmarse aquel documento. Las vicisitudes posteriores de la guerra mundial, a partir de junio de 1941, cuando la invasión de Rusia por los ejércitos de Hitler la obligó a pasarse al campo de las democracias, despertaron en la opinión mundial una gran simpatía por los sacrificios y heroísmos del pueblo ruso y, al mismo tiempo, sepultaron a las grandes obras que denunciaban el régimen soviético como tiránico y enemigo abierto de la democracia. De nuevo, al término de la guerra, se produce un vuelco en contra de la U.R.S.S. por sus tremendos apetitos imperialistas, y por su afán de opresión y despotismo y de aquí surge el interés por conocer aquellas obras que analizan y señalan los peligros soviéticos para la libertad y la democracia.

La lectura de *La Miseria de la Dialéctica* es de una impresionante oportunidad, pues suministra una profunda base teórica para entender la enemistad irreductible de la U.R.S.S. hacia los países democráticos y el odio del comunismo hacia todos los movimientos de avanzada social no sujetos a su férula. Para Nicolai, en el marxismo, proclamado oficialmente la doctrina del gobierno soviético, se mezclan dos métodos que son directamente opuestos : el dialéctico y el científico. Y a separar esta mezcolanza heterogénea tiende primordialmente su obra, defendiendo a Marx, el científico, de su peor enemigo, Marx el dialéctico. La aportación más importante de Marx científico es su concepción del materialismo histórico que, en su esencia, significa que los métodos de las ciencias naturales

son aplicables a todo y, por eso, a lo social ; el concepto material de la historia corresponde al principio general de las ciencias naturales. Y por la utilización consecuente de este método se puede llegar a establecer el socialismo. Este, en su concepción más general, significa la firme resolución de realizar en lo posible todas las consecuencias que, razonable o científicamente, podemos sacar de la solidaridad del género humano. En cambio, el materialismo dialéctico, o sea el hegelianismo revitalizado por Marx, es el peor obstáculo para avanzar hacia el socialismo científico.

Aquí Nicolai lleva a cabo un análisis detenido, profundo y despiadado de la filosofía de Hegel, poniendo al descubierto, y en ridículo, sus afirmaciones absurdas y sus contradicciones de todo orden. Según Nicolai, el filósofo Hegel es políticamente reaccionario, espiritualmente clerical y científicamente antiempírico, y pudo gloriarse de haber complementado la reacción que la Santa Alianza mantenía con las bayonetas, por sus artes dialécticas, brindando a los potentados sus tres grandes conquistas : la restauración de la metafísica, del dogma y del absolutismo. Hegel, como antiempírico, elabora su sistema por «seguridad inmediata», lo que viene a ser como una renovación del argumento ontológico de la escolástica reemplazando a Dios omnipotente por Hegel omnipotente. El método hegeliano, o dialéctico, no sirve para nada creador y con él se puede comprobar lo mismo que el carbón es verde o que es violeta ; que se es antinazista uniéndose en alianza con el nazismo ; que se es defensor de la libertad implantando una feroz tiranía. En la adhesión a la dialéctica y no al materialismo histórico, radica la explicación de las desviaciones comunistas y de sus actitudes variables, que pasan con velocidad inaudita de una posición determinada a la opuesta, sin pudor ni disimulo.

En los tiempos actuales las tres conquistas

hegelianas : la metafísica, el dogma y el absolutismo, se levantan de nuevo en forma de avasallamiento y servilismo de grandes masas, dictaduras de partidos únicos y policías secretas hasta caer en el totalitarismo. No es un hecho casual la rehabilitación de Hegel que hiciera el nazismo, pues fué el apologista del Estado prusiano, y que la dialéctica se haya establecido como ciencia oficial en la U.R.S.S.

A causa de la dialéctica han degenerado las culturas alemana y rusa; la primera hasta eclipsarse por largo tiempo y la segunda viviendo momentos de confusión y crisis. La dialéctica es veleidosa y giratoria; permite encontrar la verdad que nos gusta y conviene. Si en la U.R.S.S. se restableciera la libre discusión con seguridad la dialéctica se vendría al suelo. El nacionalismo y el dogmatismo comunistas derivan de la dialéctica, pues ésta y el nacionalismo están unidos por la raíz común del misticismo. Con la dialéctica se forman solamente partidistas, al revés de lo que sucede con la ciencia, que forma ciudadanos. El doctrinarismo dialéctico lleva a cometer inconsecuencias como la de comprobar una mutación incansante, pero que no se admite en la propia doctrina, y la de creer que posee la verdad para siempre, que todo está contenido y explicado de antemano en los libros sagrados. De esta suerte, el comunismo tiene una raíz mística que lo ha llevado a constituirse en Iglesia, reemplazando la gastada trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo por la igualmente intocable de Marx, Engels, Lenin, y tratando de cuadrar el triángulo con Stalin en el papel de María.

La ideología de Hegel sobre el Estado la heredaron la Alemania de Hitler, ya destruida, y la U. R. S. S. Para Hegel y también para el stalinismo, el individuo no vale nada frente al Estado; de ahí que tanto en el nazismo como en el soviétismo exista idéntica adoración por el Estado y su dictadura. Como consecuencia directa de dicha exaltación se forma el partido único, y éste, al igual que el Ejército y la Iglesia, tiende a automatizar a los individuos para hacerles olvidar su facultad de pensar y arrastrarlos con consignas administradas por el jefe de propaganda y vigiladas por la policía secreta.

Nicolai hace la distinción clara entre Marx científico (defensor del materialismo histórico y del socialismo) y Marx dialéctico (padre del comunismo), y llega a afirmar que los dos peligros más grandes para el socialismo son : de una parte, la mixtificación dialéctica en el dominio ideológico; y de otra, el oportunismo innato en la actividad del hombre. El materialismo histórico es un método que puede ayudar fecundamente a superar ambos escollos, ya que a más de reconocer la importancia decisiva de lo material en la vida humana, exalta la importancia

soberana de la voluntad humana, de donde deriva su acción consciente para transformar la sociedad apresurando los cambios urgentes. Para él, la más sublime tarea del hombre racional es acelerar de modo voluntario lo que debe venir necesariamente. Este desmenuzamiento lo realiza Nicolai con el objeto de reivindicar el socialismo como la finalidad actual de la sociedad y del hombre : « En nuestros días la noción posible del socialismo se ha simplificado hasta concretarse en una finalidad de ennoblecimiento de la especie humana, por medio de la sociedad, y en un método de dominar la economía que se ha tornado demasiado complicada por medio de un plan general, en beneficio de la sociedad total. La economía planeada incluye entonces de sí misma el socialismo internacional, puesto que un plan general es incompatible con la iniciativa privada y lo mismo con la soberanía ilimitada de los Estados aislados. »

El socialismo debe aprovechar exclusivamente el Marx científico y eliminar el dialéctico. Debe continuar sirviéndose de la ciencia y aprovechar todos los hechos que una ciencia verdadera nos enseña, pero debe terminar con la creencia de ser él mismo una ciencia, porque esta actitud « no le ayuda y sólo le crea cadenas doctrinarias, en los momentos en que él necesita de toda su libertad para luchar eficazmente por sus ideales ». Georg Nicolai opina que no debemos tener temor ante esta afirmación, pues « la ciencia verdadera no puede ser reaccionaria, ni siquiera en manos reaccionarias; la ciencia es revolucionaria y exactamente lo opuesto a la dialéctica ».

El denso y variado libro de Nicolai, del que hemos trazado una escueta reseña, nos entrega una convincente explicación de los continuos y desatentados virajes del comunismo dialéctico, a la vez que nos suministra una base firme para creer en su derrota por el socialismo, como etapa superior de la sociedad, donde imperen efectivamente la justicia y la libertad.

Los puntos de vista de Nicolai con respecto a Hegel y al comunismo encuentran una sorprendente confirmación en las penetrantes observaciones que hace Bertrand Russell en sus *Ensayos Impopulares*, el cual, con seguridad, no conoce el volumen de Nicolai, editado en Chile y todavía no traducido al francés ni al inglés. Bertrand Russell, al igual que Nicolai, vapulea de firme a Hegel, advirtiéndole previamente que su filosofía « la expresó con tanta oscuridad, que la gente pensó que debía ser profunda ». Se la puede explicar con lucidez en palabras sencillas, pero entonces su absurdidad es manifiesta. Hegel encontró « la naturaleza de la realidad gracias a un proceso puramente lógico llamado *dialéctica*, que consiste en descubrir contradicciones en las ideas abstractas y corregirlas haciéndolas menos abstractas. Cada una de tales ideas abstractas es

concebida como una etapa en el desarrollo de la *idea* y la última etapa es la *idea absoluta*... (« En la que no hay contradicción, y que, por lo tanto, describe el mundo real »). Para Hegel el curso de la lógica y el curso de la historia eran, en términos generales, idénticos y así lo hace notar Russell: « Cosa rara, por algún motivo que Hegel jamás divulgó, el proceso temporal de la Historia repite el desarrollo lógico de la dialéctica. » Distintas naciones han corporizado las etapas de la idea que la dialéctica alcanzó en tales épocas. Y desde la caída de Roma sólo los alemanes han sido los únicos portaestandartes de la idea y, ya en 1830, estaban muy próximos a comprender la idea absoluta. Según Russell, el éxito de este « fárrago de disparates » es sorprendente, aunque explicable entre los alemanes, porque les halagaba su autoestima.

Bertrand Russell expresa que un sistema autocrático, tal como el propugnado por Hegel, sólo es teóricamente justificable sobre la base de un dogma indiscutido. Y precisamente las afirmaciones de Marx sobre la dialéctica han sido consideradas sin discusión y llevadas a la categoría de dogmas en la U. R. S. S., hecho reñido con la propia sociología marxista, que está basada en la

ciencia, puesto que todo dogma inmutable es anti-científico.

Si es verdad que los sistemas de dogmas sin cimientos empíricos, como los de la teología escolástica, del fascismo y del comunismo stalinista, tienen la ventaja de producir un alto grado de coherencia entre sus discípulos, también es inevitable que el dogmatismo conduce a la tiranía totalitaria y domina, entonces, sobre el terror y el miedo, tratando de aplastar las individualidades para transformar a cada ser en una simple unidad en la masa o rebaño.

De aquí que el dogmatismo sea el más terrible « enemigo de la paz y una barrera insuperable para la democracia ». En un estado totalitario y policiaco asentado en dogmas y en el terror, la ciencia y la filosofía, el arte y la literatura, se tomarán apéndices sicofánticos del gobierno, huecos, estrechos y estúpidos », y quien « no logra seguir las evoluciones de la dialéctica oficial con suficiente agilidad está perdido ».

Por las razones señaladas, Bertrand Russell proclama que es obligación de todos defender la libertad de pensamiento, la libertad de investigación, la libertad de discusión y los sentimientos humanos.

Miguel Servet en lengua inglesa

ESTA nota bibliográfica es suplementaria a mi artículo sobre Miguel Servet, publicado en el nº 6 de esta revista, por si a algún lector le interesara conocer sus escritos no teológicos traducidos en una lengua moderna. Como es sabido, todas las obras de Servet son extremadamente raras — de algunas de ellas no quedan más que tres o cuatro ejemplares — en unos casos porque las tiradas fueron muy cortas y en otros porque varias Inquisiciones europeas no se contentaron con quemar su cuerpo o su efigie, sino que además condenaron a la hoguera sus libros, para preservar la ortodoxia cristana, católica o protestante, del contagio de sus herejías religiosas y sociales. Muchos libreros y lectores, que guardaban obras suyas, se apresuraron también, varones prudentes, a destruirlas, al saber el castigo que se le impuso al autor por el fuego sagrado y purificante, no fuera que recayesen sobre ellos sospechas de complicidad herética: era una precaución elemental para huir literalmente de la quema.

Pero los tiempos se han renovado. Hoy apenas lee nadie la mayor parte de los libros ortodoxos contemporáneos de Servet, y en cambio se buscan con afán los suyos heterodoxos o cientí-

ficos, por ser más actuales que nunca. Por la gran rareza de los ejemplares salvados del ígneo fanatismo inquisitorial, de cuya posesión se envanecen unas pocas bibliotecas públicas y colecciones particulares privilegiadas, su consulta es difícil para los estudiosos distantes de esos repositorios bibliográficos. Por otra parte, todas sus obras están escritas en latín, una lengua mucho menos familiar ahora que en el siglo XVI, aun para personas de extensa cultura general, que ven más provecho en el estudio de las lenguas modernas, lo que aumenta las dificultades de la consulta. Entre los muchos homenajes en letra impresa y en mármoles y bronce que se han rendido a Servet en los últimos cien años, falta el más importante: una reedición completa de sus obras latinas, con su traducción al frente en una o varias lenguas vulgares. España, su patria, es la más obligada a ese homenaje póstumo; pero mientras dure el predominio de la Iglesia en el régimen español actual, no hay que pensar en eso. Esperemos que lo haga algún día y pronto alguna otra nación.

Entre tanto, la American Philosophical Society, de Filadelfia, nos ha dado un anticipo estimable, por lo menos en el propósito, de la gran

edición bilingüe o plurilingüe futura. Se trata de una traducción inglesa de los escritos profanos, por así decirlo, de Servet, con el título siguiente: « Michael Servetus. A Translation of his Geographical, Medical and Astrological Writings with Introduction and Notes by Charles Donald O'Malley, Stanford University. » La obra fué publicada en Londres, 1953. Los textos traducidos son seis: los pasajes más notables de los comentarios y notas de Servet a la Geografía de Ptolomeo (edición de 1535); la Apología contra Fuchs (1536); los Jarabes (1537); la controversia en favor de la Astrología (1538); la segunda edición de la Geografía de Ptolomeo (1541), y la circulación de la sangre descrita en la *Christianismi Restitutio* (1553). Colaboraron con el profesor O'Malley, como correctores de la traducción, varias personas que, según él reconoce honradamente, le señalaron « muchas inconsistencias, raros usos gramaticales de sintaxis, y en general aportaron alguna calidad literaria allí donde antes faltaba. » No obstante las correcciones recibidas, la calidad literaria de la traducción deja bastante que desear. La lengua inglesa, ya de por sí nebulosa, flotante e imprecisa como pocas, lo es mucho más en esta traducción al interpretar un latín como el de Servet que, aparte su mayor o menor pureza y elegancia, tenía que adaptarse a temas científicos poco trillados hasta entonces. El traductor parece ser un especialista competente en ciencias médicas; pero desde luego no es un estilista en lengua inglesa. En general su lenguaje es bastante pedestre y confuso, no sabemos si por culpa del original o por culpa suya. Por esto es de lamentar que con la traducción no se hayan publicado también, confrontándola, los textos latinos.

En cambio sobran muchas opiniones peyorativas del traductor sobre el traducido, que revelan una especie de invencible antipatía personal. Habla del « egotismo y jactancia desagradable » de Servet, de sus « actos pueriles y estúpidos », de su « necia hostilidad a Calvino ». Pero de Calvino apenas tiene otra cosa más grave que decir sino que « supo que Miguel Servet y Miguel Villanovano (su pseudónimo) eran una y la misma persona y que, como consecuencia, hizo que esta información llegase a las autoridades de Viena » (Francia). Eso es todo lo que se le ocurre para justificar, « como consecuencia », una de las más viles delaciones que registra la historia. Con razón le reprocha Stanilas Kot que tales juicios son impropios de un estudio científico (« Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance, Travaux et Documents », tomo XVI, Ginebra E. Droz, 1954, página 226).

Esta antipatía, al parecer, le lleva asimismo a depreciar los conocimientos médicos de Servet como puramente literarios o librescos, sin base de experimentación personal. Pero la « Apología

contra Fuchs » y « Los Jarabes » se publicaron cuando Servet tenía veinticuatro y veinticinco años respectivamente. ¿ Qué práctica médica se le puede exigir a nadie a esa edad ? ¿ Y cuántos eran los médicos maduros que en ese siglo osaban aventurarse en trabajos anatómicos con cadáveres, casi siempre prohibidos por motivos religiosos ? Y, sin embargo, el propio O'Malley cita el testimonio siguiente de Günther de Andernach, de la facultad de Medicina de París, publicado en 1539: « Tuve como primer ayudante (en trabajos de disección) a Andreas Vesalio... Mi segundo ayudante fué Miguel Villanovano. » Este testimonio, tan honroso para Servet, que es mencionado por una de las grandes autoridades anatómicas de la época a la par del luego ilustre Vesalio, no le permite a O'Malley admitir que su descubrimiento de la circulación pulmonar de la sangre fuese obra de sus experiencias y observaciones directas. Supone gratuitamente que lo obtuvo por deducción teórica del estudio de la obras de Galeno, que anduvo muy cerca de llegar a descubrimiento tan genial y revolucionario como el de Copérnico en otra esfera científica. En último término, a su juicio, lo mismo da que el primer descubridor sea el español Servet, el italiano Realdo Colombo u otro cualquiera: ello sólo interesa a la vanagloria nacionalista de los países respectivos. « Tal debate — escribe — es ocioso porque el tiempo estaba maduro para el descubrimiento, y en un sentido muchos participaron en él. »

Lo mismo puede decirse y se dice de todos los grandes descubrimientos, incluso del de América: si no hubiera sido Colón, otro navegante cualquiera la hubiera descubierto. Pero da la casualidad que siempre es uno el primero que descubre, aunque ello carezca de importancia para los demás y sobre todo para aquellos cuyas nacionalidades vivían aún culturalmente muy remotas del descubrimiento. En última instancia se puede admitir que los grandes descubrimientos son casi siempre el resultado de un individuo genial en función de una nacionalidad de alta cultura: el de Colón, genovés, gracias a la ciencia náutica hispano-portuguesa del siglo XV; el de Copérnico, polaco, gracias a la ciencia astronómica de Italia en el siglo XVI, donde adquirió los principios de su teoría heliocéntrica; el de Servet, español, gracias al adelanto de las ciencias biológicas en la Francia de su tiempo. Pero también eso tiene alguna importancia para la historia de la cultura, aunque los individuos de pueblos sin cultura o de cultura tardía lo nieguen. El señor O'Malley, a juzgar por su nombre, debe ser irlandés o descendiente de irlandeses, un pueblo donde hasta ahora apenas ha habido más cultura que la literaria. Tan vanidad nacionalista es la jactancia de descubrimientos científicos vinculados a una nación por los autores

que los hacen o por la cultura nacional que los hace posibles, como el resentimiento histórico de pertenecer a una nacionalidad sin cultura científica y sin descubridores. La primera es positiva; la segunda, negativa.

Con todo, O'Malley ha prestado un buen servicio a la divulgación de los escritos de Servet en una lengua moderna, a pesar de los comentarios poco sagaces e inoportunos y los mezquinos regateos mencionados, que deslucen su labor. El lector científico encontrará en este libro el texto completo en que Servet describe la pequeña circulación de la sangre, inserto donde menos se esperaba, en su obra de teología *Christianismi Restitutio*, que había de ser la causa de su muerte en el quemadero calvinista de Ginebra. La Apología contra Leonhard Fuchs y en favor de Symphorien Champier, maestro de Servet, es un cuadro animado y pintoresco de la batalla poco menos que campal entre la Medicina árabe, mal leída o mal traducida del griego, y la griega auténtica, recuperada en buenos textos y traducciones latinas del Renacimiento.

Uno de los temas que entonces se disputaban más destempladamente, como era costumbre en las polémicas de aquel siglo, que hacen amables aun las más feroces del nuestro, versaba sobre si la sífilis o el mal francés o el mal napolitano, como también se la llamaba — cada nación procuraba piadosamente endosársela a sus vecinas — era lo que los griegos entendían por *lichen*,

o una enfermedad nueva, de importación americana. Servet ataca a Fuchs por atribuir a Champier la opinión de que es enfermedad helénica. No; Champier ha sostenido siempre que se trata de una enfermedad reciente y que es además el signo con que la cólera divina castiga justamente los pecados de los europeos.

En este opúsculo, dedicado al Maestro Carlos a Stagno, protonotario de la iglesia y del consejo de Lyon, Servet ataca también al médico y botánico alemán Fuchs por ser luterano, hombre perverso que sólo cree, como todos los de esa secta, en la salvación por la fe y no por las obras, y como « impiamente ultraja a la Iglesia católica — dice — no puedo reprimirme de escribir algo en defensa de esta Iglesia, como hace un hijo por su madre ». Miguel Villanovano, hereje casi escaldado después de las peligrosas correrías de Miguel Servet por Suiza y Alemania años antes, quiere sin duda vivir en paz con la Iglesia en Francia. Era evidentemente una actitud de sumisión táctica, propia de su compleja personalidad, nada pueril, contra lo que O'Malley piensa. Pero de poco le sirvió en 1553: la madre en Francia sería cruel con aquel hijo problemático e indómito, insobornable en el fondo de su conciencia. Aunque fué mucho más cruel la madre calvinista de Ginebra. Todas las iglesias fueron Medeas con él.

LUIS ARAQUISTAIN

Un gran fresco de la Venezuela de 1900

MARIANO PICON SALAS es uno de los mejores ensayistas de la América del Sur. Y sin duda, con Rómulo Gallegos y Uslar Pietri, constituye la trinidad señera de las letras venezolanas.

Envuelto en sus mocedades en luchas por la liberación nacional contra el tirano Gómez, tuvo que vivir largos años en el exilio, especialmente en Chile, donde labró su pedestal, de escritor. De aquel tiempo emergen sus primeras obras, briosas, líricas y de un gran sentido crítico.

La historia, la sociología, el ensayo lo atraen por igual. Dotado de un penetrante sentido olfativo, en esta América nueva, inconstante y veleidosa, Picon Salas ha cuajado en recio pensador. Su pensamiento alto, robusto; su sensibilidad alerta al mensaje del tiempo y del terruño; su prosa viva y musculosa, le han ganado innumerables admiradores en todo el continente. Es un « pionero », en el sentido profundo del vocablo,

pues supo desbrozar la selva tropical y dar normas de buen gusto, de rectitud moral, de investigación científica. Al remontar los 50 años, es ya un maestro de la cultura sudamericana.

Recordamos sus primeros libros: *Odisea de tierra firme*, *Formación y proceso de la literatura de Venezuela*, *Registro de huéspedes*, tan primorosos, tan precisos, tan sutiles, extraña mezcla de filósofo y de poeta, de cronista culto, atento a todas las incitaciones de la vida. Después nos dará *Pedro Ceaver*, o *El Santo de los Esclavos*. Ese magnífico libro que es *De la conquista a la independencia*, tratado de análisis histórico y social, que ha influenciado a una generación de ensayistas de América. Luego su biografía de *Miranda*, aguda y zahorí. Su delicioso *Gusto de Mexico*. Su bien estructurada *Dependencia e independencia en la historia hispano-americana*. Su vibrante y fina *Comprensión de Venezuela*. Y a estos libros recios y atrayentes, se añade una inmensa tarea

periodística y revisteril, centenares de artículos que enriquecen su acervo de fecundo hombre de letras.

*

El gran escritor venezolano, acaba de lanzar su último libro que esperamos será su « opus magna », pues es realmente una superación, en fondo y forma, de su vigorosa producción literaria. Se trata de *Los días de Cipriano Castro*, nombre poético, delicado, que embosca la hirviente tempestad de aquellos tiempos en que Venezuela se forjaba a golpes de yunque.

Después de leer esta hermosa y fuerte obra, es lícito afirmar que estamos ante un gran fresco histórico y sociológico de la Venezuela de 1900, que es, al propio tiempo, un vívido reflejo de la realidad surgente de nuestro pasado sudamericano. Como Van der Meersch pinta la Francia de hoy, Picón Salas revive magistralmente la Venezuela al apuntar el siglo XX.

Y nos habla, con el poder persuasivo de su pluma, de Cipriano Castro, aquel sombrío y megalómano dictador que en tiempo y estatura sólo fué el trágico anuncio de Juan Vicente Gómez, tirano mayor en duración y horrores. Tétricos ejemplos de aquel *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, sin duda inspirado en los caciques políticos de las calientes tierras americanas. El relato de Picón Salas es tan fascinador, su estilo tan vívido, su conocimiento del medio y del poblador tan absoluto que no se suelta el libro hasta doblar la última página. Ni la novela ni el cuento podrían superar el fuerte dramatismo, las contradicciones y perplejidades indecibles, el trágico acontecer de la vida criolla, como lo hace esta biografía magistralmente articulada, digna de figurar al lado de los estudios psicológicos de Ludwig o de Zweig.

La gran virtud del libro consiste en que trasciende el escenario y el tipo locales, para erigirse en arquetipo de todo un continente. Encarna el medio telúrico, el medio social, los personajes humanos, la vida rica y febril del Nuevo Mundo — en 1900 — por encima de las fronteras y modos regionales. Este Cipriano Castro, esta Venezuela que pinta el autor con mano maestra al despuntar la centuria, pueden ser cualquiera de los caudillejos sud-americanos del pasado, cualquiera de las pequeñas repúblicas que aun no terminaron de organizarse. La lección del crítico es, pues, dura, inflexible: mirémonos en el pasado para superar las fallas del presente. Y este mensaje viene dicho con la altura moral y la elegancia formal de un auténtico humanista.

Si descontamos las figuras egregias de los Libertadores, el tiempo heroico de la Independencia, y algunos próceres, civiles, los sudamericanos no tenemos figuras ejemplares. Abun-

dan, más bien, los contra-tipos. Los anti-héroes. Personajes absurdos, arbitrarios, que niegan la condición de nobleza del alma humana. Uno de ellos fué Cipriano Castro, y al contarnos su caprichoso destino, el ensayista venezolano ha buceado en la oceanografía de América, porque aún subsisten mucho de ese ruralismo providencialista y milagrero; compadrero, pseudo-mesiánico, fácil a la ambición, á la violencia, la perfidia y los encumbramientos insensatos. Cierta que Castro y su tiempo es lo pasado, lo que estamos aprendiendo a superar, pero cierto también que esto es lo que debemos aprender, porque forma parte de nuestra herencia, del torrente atávico que va moldeando hombres y pueblos. Esta historia patética, a veces asombrosa, mezquina y risible a veces, la narra Picón Salas con la técnica y recursos del gran escritor. Los ambientes son precisos, ricos de luz, de perfiles, de matiz. Los personajes están captados con línea firme y ajustada. El protagonista recortado en escorzo inimitable: extraña mezcla de caudillo y de histrión, que su biógrafo analiza agudamente. El libro se encrespa de intuiciones y de aciertos. No es sólo la Venezuela de 1900 la que desfila por sus páginas; es toda nuestra América, la del Centro, la del Sur, con sus pintorescos caciques, sus generales y doctores, ese confuso mundo de instintos, desórdenes y traiciones que recién comenzamos a superar después del primer tercio de siglo.

*

Descontada la probidad histórica del relato, su notable enfoque crítico, el libro tiene la amenidad y la potencia dramática de una novela. Castro, Gómez, Matos, el mocho Hernández, González Pacheco son figuras balzacianas. ¡Qué intrigas, batallas, deslealtades, pequeñeces en medio de la adulación y el provincianismo seculares! Gran señor del estilo, con exactitudes de periodista y « croniquer », el autor lleva su narración con soltura. Sabe ver, sabe contar, sabe transmitir su mensaje con certeras descripciones y vigorosos análisis humanos. Es un libro de vigor torrencial, creación de didacta y de artista, hecho para varias lecturas. Un gran libro, de un gran escritor, sobre un hombre muy pequeño que sólo el azar encumbró al poderío.

Para quienes busquen la verdad de América a través del arte y de la historia, nada mejor que esta obra estupenda del ensayista venezolano, tan rica en ejemplaridades éticas y estéticas, tan apretada en la lección sociológica, tan fuerte en el cromatismo lírico y local. Decir que se ve a los personajes como fueron en vida es acaso su mayor elogio. La garra del creador literario es admirable.

Los días de Cipriano Castro es uno de los libros más profundos y de mayor belleza estilística que

se han escrito en el hemisferio sur. Podría resistir gallardamente el parangón con las mejores producciones de Europa y de Nortemérica. Y acaso sea éste el mejor galardón para su autor, don Mariano Picón Salas, en quien saludamos — de muchos años atrás — a uno de los guías preclaros del pensamiento y de la cultura continentales.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

El drama cátaro o la herejía necesaria

UNA de las cuestiones más apasionantes de la historia de las religiones es la de las herejías. Su conflicto con la ortodoxia triunfante manifiesta un conflicto en el seno de la misma religión, y además pone de relieve las relaciones de la Iglesia — de toda Iglesia — con el poder político y aun podríamos decir con la «ortodoxia histórica», de aquello — cultura, tradición, ética y formas de vida — que en la historia se está construyendo. Conflicto que constituye el centro mismo de la tragedia de la historia de Occidente.

El libro de Fernand Lequenne, *Le Drame Cathare ou l'Hérésie Nécessaire* cuenta la historia de una de las herejías más importantes y esenciales de Francia y aun de Italia y de su país de origen, Bulgaria. Es el equivalente del Iluminismo y Quietismo de la Península Ibérica. Los dos hunden sus raíces en el Oriente, se nos figura, porque en cuanto al catarismo es así y sobre todo porque... se aparta de la ortodoxia europea. Un fondo de gnosticismo sobrevive en las dos, pero lo que sentimos como más esencial e íntimo es que se trata de dos formas de cristianismo en que aparece en forma conmovedora — una voz que el corazón y la conciencia cristiana no pueden dejar de escuchar — una relación distinta del cristiano con el mundo, con el poder, con la historia; relación que depende naturalmente de la posición del cristiano.

Cátaro, como es sabido, quiere decir puro, perfecto: «Sed perfecto como vuestro Padre que está en los cielos» es la palabra del Evangelio que servía de respuesta a la pregunta de todo perplejo, de todo angustiado. Pues perplejidad y angustia han invadido a menudo la conciencia del hombre europeo. Maimónides escribió la *Guía de perplejos* y hoy echamos de menos una *Guía de angustiados*.

Mas, justamente el punto que trata de esclarecer el libro de Lequenne es ese de la supuesta exigencia de perfección. Según él, se trata de una

aspiración, de un camino, no de una exigencia farisaica. La estructura íntima de la Iglesia cátara así lo manifiesta al recoger dentro de si dos clases de fieles: los simplemente adheridos y aquellos otros que se habían considerado con fuerza para recibir el bautismo del Espíritu, lo que recuerda inevitablemente las dos clases de pitagóricos y lo que recuerda el «camino estrecho», el «camino de perfección» de los místicos ortodoxos (quiero decir a lo absoluto de la exigencia no en cuanto a la forma de la exigencia misma).

Pero común a todos los cátaros era el desasimiento del poder, de los históricos quehaceres, o quizá, ¡quién sabe!, si el ensueño de una *historia pura*. Y esto, una *historia pura*, ¿no estará en el fondo también de todas o varias de las más importantes disidencias históricas de algunos de los países de Europa, España por ejemplo? Reiteradamente han sido derrotados grupos de hombres que en la apasionada historia de España parecen haber querido otra cosa que la «oficial». Los últimos somos nosotros, los vencidos de esta guerra civil. Sería precipitar la cuestión — tan abismática, tan delicada — asimilarnos a los cátaros o a los quietistas. No es cosa simple, puesto que además fuimos y seguimos siendo exponentes de una conciencia histórica despierta y hasta de una voluntad de hacer o rehacer la historia desde ella; de una aceptación plena de la historia que nos librara de todo delirio de grandezas. Quédese el tema para otra ocasión... Sólo quería apuntar la honda angustia que este drama cátaro despierta, angustia que nos avisa de que se trata de algo que se relaciona con el centro de la historia de España y de Europa: el tener que hacer la historia con la violencia; a todo lo que obliga la conquista y la conservación del poder; el que algunos lo hayan perdido por no haber usado a tiempo de la violencia en cualquiera de sus grados y manifestaciones.

MARIA ZAMBRANO

Un testimonio sobre Vorkuta

ES un lugar lejano, de clima áspero y de durísimas condiciones de vida, situado a los 68° de latitud, dentro del Círculo Polar y a unos 50 kilómetros del Mar Artico soviético. La temperatura desciende hasta 46° bajo cero. Y las condiciones son tales que cuando el zar Nicolás I ordenó una investigación respecto de las riberas de los ríos Pechura y Vorkuta, en busca de un lugar que sirviese de campo de exilio,

recibió como informe : « Ningún ser humano puede esperar vivir allí ». El abandonado proyecto zarista fué tomado y realizado por el Gobierno de Stalin. Hoy, como para demostrar que el Politburó es un poco más fuerte y más duro que el zarismo, existe en Vorkuta un campo de concentración en el que trabajan unos 150 mil obreros esclavos ; la inmensa mayoría de ellos dedicados al laboreo de las minas de carbón que alimentan la industria de Leningrado.

En Vorkuta ha vivido durante tres años y medio, como penado, el Dr. Scholmer, conspicuo miembro del Partido Comunista alemán y uno de los combatientes encarnizados del hitlerismo. Doctorado en las Universidades de Bonn y de Basle, el Dr. Scholmer trabajó entre 1940 y 1944 en el Instituto de Radiología de la Universidad de Leipzig, hasta que la Gestapo descubrió sus actividades, lo arrestó y lo arrojó en un campo de concentración nazi. En 1945, el cautivo fué liberado. Como dirigente comunista pasó a ocupar un elevado puesto en el Ministerio de Sanidad del gobierno de la Alemania del Este, bajo control soviético. En 1948 el jefe superior del Dr. Scholmer, Paul Konitzer, fué arrestado y poco después, en abril de 1949, el propio Dr. Scholmer se vió capturado por la policía secreta, juzgado sumariamente y condenado a 25 años de trabajos forzados. La condena debía cumplirla en la Unión Soviética y en el campo de concentración de Vorkuta. Ha vivido en esta inhóspita región tres años y medio. Con motivo de la Conferencia de Berlín, después de la muerte

de Stalin y de la liquidación de Beria, el médico alemán fué amnistiado y conducido a Alemania del Este. Aprovechando un casual cambio de trenes, se escapó hacia Berlín Oeste.

El antiguo comunista ha apurado una experiencia inolvidable. Y ha querido transformarla en testimonio tan doloroso como claro, en exhibición de sucesos acaecidos después de la muerte de Stalin y en un lugar del que son pocos quienes retornan a la vida que conoce el mundo occidental. El testimonio del Dr. Scholmer forma un libro que ha titulado *Vorkuta*.

El libro narra la vida, el trabajo, la tortura, la desesperación y las esperanzas enloquecidas de los millares de cautivos. Pero, lo más importante, es la descripción objetiva, emocionante y dramática de la huelga insurreccional de los penados de Vorkuta ; huelga de forzados en un campo de concentración soviético, que llega a paralizar la vida industrial de una zona tan importante como Leningrado ; huelga revolucionaria, desesperada y quizás sin esperanza, desarrollada en la clandestinidad, dirigida por comités de huelga, organizada en cada galería minera, en cada barraca, en cada tramo del transporte ; huelga sangrienta y trágica con arengas, descargas de ametralladoras, sevicias feroces, sangre, tortura y muerte.

Los personajes captados por el testimonio son seres vivos : el general Maslenikov, hombre del M. G. B., Ministerio de Seguridad del Estado, el gran explotador de la mano de obra esclava de la Unión Soviética ; el general Derevianko, con su elegante uniforme, sus cordones y jinetas dorados, sus condecoraciones y su sonrisa, haciendo matar, torturar, engañar y someter a los huelguistas. Y, en el fondo oscuro, los huelguistas, sus dirigentes, sus mártires, sus traidores. Hay un capítulo apasionante, que llega a la alucinación y a la frontera de la locura : cuando los penados siguen con el aliento contenido las peripecias que rodean la agonía de Stalin y la retardada historia de la histórica apoplejía y de la muerte del dictador. El libro alcanza en pasajes como este una tónica desgarrante, a la vez que fría y mondana de todo patetismo.

El testimonio del Dr. Scholmer, fervoroso y apasionado comunista de otros días, tiende el mérito de la objetividad, de su áspera melancolía y, sobre todo, de su actualidad, ya que registra el proceso de la crueldad staliniana después de la desaparición de Stalin. Si hay cambios internos en los campos de concentración, son los que registra el libro del Dr. Scholmer : la conspiración, la huelga, el movimiento insurreccional y la capacidad humana de rebelión.

E. R.



Las grandes etapas de la política brasileña

TRES años de enseñanza en la Universidad de Sao Paulo han dado al profesor Charles Morazé una sólida experiencia de la vida brasileña. El autor había sido invitado a dar unos cursos de Ciencia política a los estudiantes de la famosa escuela paulista, y tuvo la prudencia de no profesar como maestro dogmático, sino investigar con sus alumnos el método capaz de interpretar la enorme complejidad, la extraordinaria abundancia de situaciones y de evoluciones del « continente » brasileño. El escollo se evitó, no con intención, sino de hecho. Lo que se espera del europeo, resume Morazé, « es que enuncie en términos claros posiciones que los propios actores han renunciado a formular, sabiendo cuán falsa es toda fórmula en esos países de lujuriente crecimiento ».

La experiencia nos ha proporcionado un libro (1) relleno de hechos, de descripciones, de fenómenos todos ellos interpretados gracias a prudentes comparaciones con las evoluciones europeas, pero corregidas inmediatamente merced a la intervención del factor tiempo. Aquí, su ritmo es el de los impulsos bruscos, de las llamadas repentinas, de los atajos. Los conceptos, las clasificaciones de Europa, son frutos de la historia europea; emplearlos como instrumentos de medida, como elementos de aproximación no significa aplicarlos maquinalmente y someter las realidades originales a esquemas preestablecidos. Recreando la atmósfera de los Brasiles, subrayando las diferencias de épocas de las distintas regiones, definiendo ciertas constantes de la vida tropical, e incluso caracterizando la conducta de los hombres políticos y de sus clientelas, Morazé limita todavía nuestra tendencia a exportar nuestras categorías de ideas.

De este modo resulta útil, adoptadas las debidas precauciones, la definición de las grandes etapas de la historia político-social brasileña. Hasta 1930, la evolución es lenta, el poder político central, débil y preocupado sobre todo en mantener un equilibrio entre rivalidades, entre grandes Estados, en establecer una difícil compensación entre las ambiciones de las poderosas familias de terratenientes, dueñas casi absolutas de sus territorios, de sus poblaciones y de sus administraciones. Los remolinos de ideas y sus prolongaciones revolucionarias alcanzan tan sólo a los círculos intelectuales, sensibles, pero sin

(1). Charles Morazé : *Les Trois âges du Brésil*. Armand Colin, Paris 1954.

una real aprehensión de los acontecimientos. Imperio, República, tendencias liberales o positivistas se suceden, o se combaten, mientras que la estructura del Estado sigue siendo alimentada por el « pool » de los intereses regionales. La influencia europea en el terreno de las ideologías no puede en modo alguno corresponder a las situaciones brasileñas económicamente retrasadas. Desde el instante en que esas ideologías son adoptadas oficialmente, no hacen sino poner en evidencia las contradicciones entre principios y hechos.

Muchas revueltas anuncian los nuevos tiempos. El rápido desarrollo de un centro industrial —Sao Paulo— decidirá la victoria. El *Estado Novo* nace cuando importantes porciones del país están señaladas, no ya por la agricultura, sino por la industria. Entonces, Getulio Vargas sabrá captar las nuevas fuerzas, especialmente las del joven proletariado, sin dejar de proseguir, llegado el caso, el juego sutil de los « poderes moderadores ». Al mismo tiempo, el rápido desarrollo del país favorece su popularidad. Su dictadura se hace inútil, pero su nombre sigue siendo el símbolo permanente de un presente ya arraigado que condiciona el porvenir.

Es él quien volverá en 1950, a pesar de la coalición de sus adversarios, en el caos de las fuerzas antiguas y modernas, desencadenadas, porque el Brasil ha llegado a ser un país de ciudades tanto como una nación de centros campesinos y porque encarna, con razón o sin ella, este nuevo equilibrio. Se despiertan ya, aunque sólo en los centros urbanos, los partidos socialistas y cristianos, antiguas agrupaciones hinchadas de golpe con nueva savia.

Estas etapas no señalan aún el camino del país entero. Son verdaderas para algunos Estados, falsas para otros. No es posible una mirada de conjunto. A pesar del notable esfuerzo de Morazé, anunciador de estudios fecundos, aún termina, modesto frente a las inmensas riquezas a explotar : « Es difícil curar el Brasil ».

L. M.

Bernardo O'Higgins, el libertador de Chile

EN la gesta de la independencia americana, descuellan sus principales artífices como figuras históricas de primer orden. Si nos ceñimos al sector hispánico del continente nuevo, una de sus personalidades más interesantes, aparte naturalmente los dos grandes, San Martín y Bolívar, es Bernardo O'Higgins.

Consagrado como prócer máximo de la nación chilena, se le han dedicado numerosos estudios de todo tipo y de diverso mérito, tanto de compatriotas suyos como de extranjeros. Muy ligado a la historia argentina, en su etapa primera de combate por la emancipación, compréndese la atención hacia O'Higgins en estas tierras del Plata.

Entre los diversos libros argentinos que tratan de su personalidad y de su acción, no debe olvidarse el que C. Galván Moreno escribió hace más de un decenio y que ahora ha sido reeditado.

Sin pretensiones excesivas, el autor se ha limitado a recoger los hechos que van jalando la existencia de O'Higgins y los acontecimientos en que tuvo participación activa. Galván Moreno ha procedido con criterio de verdadero historiador, documentándose en las mejores fuentes y ateniéndose con serena imparcialidad a la estricta realidad de los sucesos.

Se advierte, acaso, la ausencia de un estudio más a fondo de la personalidad de O'Higgins en cuanto a sus rasgos característicos, su significación histórica y su influencia verdadera sobre los destinos de Chile. Pero con los elementos que Galván Moreno aporta en su estimable libro, cualquier lector medianamente avisado podrá captar los elementos determinantes del carácter de O'Higgins y formarse cabal idea de lo que fué y de lo que hizo.

Estaba muy lejos, en efecto, de ser una personalidad complicada, de esas que por sus varios trasfondos, resultan enigmáticas a fuerza de nebulosas y aun contradictorias. Por el contrario, O'Higgins reveló siempre un carácter sencillo y transparente, crédulo y confiado, próximo con frecuencia a la ingenuidad. Más que por sus dotes intelectuales, sin que ello signifique regatearle algunas muy apreciables, O'Higgins destacó por sus cualidades morales. El valor personal, el espíritu de sacrificio, el patriotismo sentido con fervor, la lealtad hacia las personas y las ideas fueron los rasgos que más enaltecen a esta noble personalidad.

Se explica así una característica que todos reconocen y exaltan en la vida de O'Higgins: su adhesión firmísima, podría decirse incondicional, al general San Martín. Conocedor de la capacidad estratégica y organizadora del argentino, de sus méritos y virtudes, el chileno se identificó con aquél y le prestó una colaboración preciosa, que en determinados momentos, como la preparación de la expedición al Perú, resultó decisiva para el éxito de la empresa.

! Pero la lección que principalmente se desprende de la vida de O'Higgins es el error en que incidió al asumir las funciones de supremo gobernante de Chile en cuanto se conquistó su independencia. Esa flaqueza de O'Higgins es demasiado frecuente entre los caudillos militares de

todos los tiempos. Se libró de ella el general San Martín y tal es uno de los rasgos más admirables y enaltecedores de su egregia personalidad. Por lo general, los éxitos que conquistan en el campo de batalla y los servicios que prestan con la espada los embriagan y desvanecen de tal suerte, que acaban por perder la noción de sus obligadas limitaciones y se rinden a la equivocada idea de que, así como supieron conducir hombres regimentados y llevarlos a la victoria, lo mismo podrán dirigir la vida nacional desde el gabinete del gobernante. Los generales son incapaces de comprender que, por razón de su mismo oficio, son los menos aptos para el gobierno de los pueblos. Acostumbrados al mando absoluto, a la disciplina ciega y al predominio de la fuerza como recurso definitivo para la solución de los conflictos, se forman un espíritu rígidamente ordenancista, esencialmente autoritario, que rechaza el razonamiento, la discusión libre y la persuasión, para inclinarse hacia el « ordeno y mando ». En el mejor de los casos, se limitan a dejar gobernar a un favorito.

Salvo excepciones muy contadas, los vencedores de las grandes empresas bélicas han sido malos gobernantes. Washington lo fué muy mediocre; Grant, pésimo; Bolívar, detestable. En nuestros mismos días, casos como el del general de Gaulle y el de Eisenhower confirman la regla. No puede sorprender, por ello, que también O'Higgins fracasara tan completamente en el gobierno de su país.

CARLOS P. CARRANZA

La Lógica y la Filosofía aplicadas a la Economía

EN la copiosa producción editorial argentina de este último decenio, hoy harto contraída, no han estado ausentes los libros que enfocan la realidad económica y social de nuestro tiempo. Además de numerosas obras traducidas, han visto la luz trabajos de autores argentinos y de residentes en este país; y no se han ceñido al estudio de las cuestiones internas, sino que han abordado aspectos generales de la economía mundial y aun han profundizado hasta la esencia misma de los fenómenos económicos.

Hace ya más de un lustro, atrajo especialmente la atención el libro *La Economía mundial en las tinieblas*. Su autor, el profesor argentino Carlos Becker, experto de la Oficina Internacional del Trabajo, combatía en su obra al intervencionismo del Estado y a toda suerte de dirigismo. Con abundante copia de poderosos argumentos, ponía de relieve lo deleznable de seme-

jante sistema y defendía el liberalismo económico, del que con razón advierte que se comienza por tener un concepto completamente erróneo.

Unos años después, otro relevante profesor argentino, el jurista y economista doctor Antonio Manuel Molinari, nos ofreció un libro excepcional, titulado *Por qué muere la libertad*. En él estudia la función del factor económico en el desarrollo de la civilización y, a través de numerosos y convincentes ejemplos históricos, destaca el decisivo papel desempeñado por América en la economía europea, al absorber las tierras libres del nuevo mundo los excedentes de población europea carentes de ocupación.

Tenemos que registrar ahora la aparición de otro libro, notoriamente distante del mérito poco común de los dos anteriores; pero que interesa por la circunstancia de referirse a un aspecto fundamental de la ciencia económica. Denomínase *La Lógica y la Filosofía, aplicadas a la Economía* y lo ha escrito el doctor Rodolfo Fuertes. En el sugestivo y prometedor título de su trabajo, anuncia un estudio de la mayor trascendencia, que importa sobremanera esclarecer.

Porque el estudio de la economía ha de realizarse, no sólo con criterio estrictamente científico, ateniéndose a la observación de los hechos de manera que no se avance un solo paso sin que la experiencia confirme los principios y las teorías, sino que además debe discernirse con precisión y exactitud lo que se denomina « elemento constante » de la economía, discriminando lo que es esencial y permanente de lo meramente circunstancial y transitorio. En otras palabras, debe procederse con auténtico espíritu filosófico y no con criterio de arbitrio oportunista.

De ahí el papel trascendental de la Lógica y la Filosofía en el campo de la Economía, y de ahí lo mucho que importa fijarlo, comprenderlo y seguirlo. Intentos para realizar esta urgente e imprescindible tarea no han faltado; pero ni los anteriores trabajos, de diversos pensadores, ni el libro que comentamos logran cumplidamente tan alto y trascendental objetivo.

Por lo general, lo difícil de la tarea impulsa a la solución fácil, cual es la de constreñirse a recoger los principios económicos de los más reputados maestros en la materia o a reunir las opiniones de ciertos filósofos sobre unos cuantos problemas de la ciencia económica.

Esto último es lo que, en puridad, ha efectuado el doctor Fuertes en su obra *La Lógica y la Filosofía, aplicadas a la Economía*. Enfocar de esa suerte la función de la filosofía en la economía constituye, en principio, un error. Lo que importa, no son las opiniones de los filósofos sobre las cuestiones económicas, sino el espíritu filosófico con que debe asomarse al campo de la economía. Pero el error es doble si, como le ha ocurrido al autor, no resulta acertada la selección

de pensadores cuyos puntos de vista económicos se han recogido, sino que se recurre ya a filósofos medioevales de una superficialidad e incompreensión desoladoras en punto a la economía, ya a contemporáneos de mediocre talla, cuyo desconocimiento de los rudimentos de la ciencia económica resulta realmente asombroso.

Por contera, el libro adolece de otro defecto, muy común en estas latitudes, cuando no se trata de la pura literatura y que también hubimos de lamentar no poco en España: es la inclinación irreprimible a las citas y transcripciones hasta extremos inadmisibles. Al lector no se le ofrece así un pensamiento original ni un criterio elaborado personalmente. El libro se limita a exhibir una desbordante erudición y un diluvio de citas; es decir, una recolección de opiniones ajenas. Y francamente debe reconocerse que no es tan secundaria tarea lo que justifica la aparición de un libro.

C. P. C.

Una nueva novela de Eduardo Mallea

LA Editorial Losada, de Buenos Aires, ha enriquecido su magnífica colección « Novelistas de España y América » con una obra del escritor argentino Eduardo Mallea sin duda alguna uno de los más notables novelistas argentinos contemporáneos.

Esta última producción de Mallea lleva este título sencillo: *Chaves*. Y viene a ser — continuando así la línea emprendida con su anterior novela, *La sala de espera* — la expresión de la depuración novelística lograda de manera tan feliz por este gran escritor argentino. En *Chaves* la integración de los diversos elementos alcanza una grata originalidad, por lo que puede afirmarse que Eduardo Mallea ha entrado ya en una nueva fase en el desarrollo de su larga obra, fase que se nos antoja preñada de grandes posibilidades.

Chaves es la breve historia del proletario zarandeado por las desgracias personales, hombre taciturno al que acompañan el recelo y la malquerencia que provocan su tenaz mutismo. La tragedia de esta vida simple y sencilla, envuelta siempre por la soledad y el silencio, queda plasmada de manera harto sensible; tanto es así que el lector se compenetra fácilmente con el drama interior del protagonista. A decir verdad, la historia de *Chaves* es la del hombre caído en una existencia de constantes contrariedades y fracasos. Su silencio tenaz es la propia reacción

contra una sociedad que no le ofrece perspectivas de salvación espiritual.

Agradecemos a Eduardo Mallea esta nueva muestra que nos ofrece de su portentoso talento de escritor a la par fuerte y profundo.

I. I.

Juan Liscano, poeta venezolano

LA poesía, para que adquiera formas de perdurabilidad y sea expresión de la auténtica belleza, debe unir a la hermosura y armonía del verso el contenido esencial de lo humano; debe ella manifestar la interdependencia entre la propia vida del poeta, su estilo y su actitud frente a los problemas sociales. En realidad, no se puede hablar de poesía — de verdadera poesía — si no están enlazadas esas tres principales condiciones que constituyen la estética y la eternidad de la obra literaria.

Juan Liscano, venezolano, en su libro *Poemas*, publicado en bilingüe — español y francés — por las Ediciones Seghers de París, nos demuestra cómo pueden consustanciarse esas tres condiciones de que hablamos. Conocemos la vida del poeta, el profundo amor por su patria y los hombres, el ritmo de su pureza idiomática. El libro es una colección de versos de tres obras del autor: *Contienda* (1942), *Humano Destino* (1947), y *Tierra muerta de Sed* (1954). Las tres acusan una continuidad literaria que hace de Liscano uno de los mejores poetas de América Latina.

Liscano es sobre todo un poeta social. A su lirismo le vierte la realidad de su tierra, el drama de su gente, el dolor colectivo. Su canto es siempre un canto vinculado a la humanidad. Hay matices en los poemas de *Contienda*, *Humano Destino* y *Tierra muerta de Sed*. Matices en el lenguaje, en la versificación, en la seguridad de expresión. Pero de 1942 a 1954, han corrido 12 años. No obstante, la misma preocupación humana, el mismo interés del drama del hombre frente a su tierra, de su tierra ante el mundo, del mundo en el tiempo, forman la unidad de los versos de *Poemas*.

En *Contienda* canta al hombre redivivo y dice:

Amo a mis hermanos y a sus hijos de frágiles miembros,

y a las mujeres de vientre suave con quienes comparten el lecho.

Al mediodía, cuando miro el sol irradiante y azul,

encuentro las miradas de mis hermanos ausentes.

Al hombre también le dirá en *Humano Destino*: «Una estrella profunda, limpia, brilla en el cielo... ¡hermanos de la tierra, mirad, mirad la

estrella!» Y es que para Liscano la estrella es símbolo de libertad.

En «*Tierra muerta de Sed*» las imágenes de los dos libros anteriores serán más descarnadas, pero es que también más descarnada es la realidad de su patria «muerta de sed» de justicia. Es una descripción del paisaje de su pueblo, «descarnado y ardido paisaje — mundo yermo, lunar, acabado —, todo costras, escombros, detritus», donde «tiene la sed sus veneros», y donde igualmente «sin embargo aquí pulsa la vida».

Juan Liscano mira, a pesar de la angustia que vive su tierra, el día en que la vida allí pulse íntegramente. Es ese el mérito de su poesía social, de una poesía que como dice el escritor Jorge Carrera Andrade, «no se deja profanar por el prosaísmo, trampa y sepultura muchas veces del arte al servicio de las multitudes».

J. M. M.

Ciencia y Partido en la U. R. S. S.

EL dirigismo científico imperante en la U. R. S. S., o sea, para ser más claro y preciso, el sometimiento de las ciencias a las directivas impuestas por la camarilla dirigente del Kremlin, ha venido ofreciendo en los últimos años una serie de manifestaciones concretas que no dejaron de sorprender vivamente la imaginación de los países occidentales, poco acostumbrados a ver supeditadas las ciencias — sobre todo las llamadas exactas — a las necesidades políticas de un régimen.

Esta acción de someter el pensamiento científico a unas normas ajenas a todo cientificismo, no ha dejado de provocar violentas polémicas en la propia U. R. S. S., saldadas por lo general en la forma policiaca como se saldan allí todos los problemas que chocan con el supuesto interés inmediato del Estado. Dramático ha sido y es, a este respecto, el destino de la mayor parte de los sabios rusos a quienes su espíritu de libre investigación y crítica impidió someterse a las directivas del partido imperante. ¿Qué culpa tengo yo — exclamó uno de ellos, el físico Frenkel — si el electrón no se conduce con arreglo a los preceptos del materialismo dialéctico? » Pero esto es una herejía que la iglesia stalinista no puede tolerar.

La serie de cuadernos mensuales que viene ofreciendo la asociación francesa «Les Amis de la Liberté», se ha enriquecido últimamente con un magnífico opúsculo intitulado *Science et Parti en U. R. S. S.* Se trata de un estudio en el que

se proporciona al lector una documentación amplia y objetiva que permite hacerse una idea del conflicto o serie de conflictos que se han producido en la U. R. S. S. entre las distintas ramas de la ciencia y la dirección del partido comunista ruso. El interés de este cuaderno es enorme, tanto por el tema que emprende como por la manera de emprenderlo, a base de una documentación hasta ahora difícil de obtener por las dificultades de la lengua rusa y por la escasez de traducciones.

La conclusión de *Science et Parti en U. R. S. S.* es la siguiente: « El conflicto del partido y de la ciencia en la U. R. S. S. pone una vez más de manifiesto una verdad que el Occidente se inclina a olvidar: todo atentado a la libertad de pensamiento por parte de las autoridades estatales rebaja el nivel de la creación intelectual, cuando no la mata pura y simplemente. »

Z.

Las revistas

DIÓGENES (Nº 5), revista publicada con el concurso de la UNESCO, ofrece a sus lectores un artículo del Dr. Grcgan sobre cultura superior y cultura de masas, tema tratado con anterioridad en la misma revista por el Sr. Macdonald.

CUADERNOS AMERICANOS (Nº 3), de México, dedica una buena parte de sus páginas a la última conferencia interamericana celebrada en Caracas. Es de señalar también una obra póstuma del gran poeta español Pedro Salinas, titulada *Los Santos*.

BOLIVAR (Nº 29), órgano del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, da cabida en sus páginas a un estudio de Marino Hierro Belmonte sobre Xavier Zubiri y la situación de la inteligencia.

ANALES (Nº 337), órgano de la Universidad Central del Ecuador, ofrece un temario múltiple e interesante. En sus *Cuadernos de Arte y Poesía* publica un poema de nuestro colaborador Jorge Carrera Andrade y un texto desconocido de Federico García Lorca.

RAZON Y FE (Nº 677), revista española publicada por la Compañía de Jesús, discute los principios del Congreso por la Libertad de la Cultura y se refiere a CUADERNOS, estimando que nuestra revista es buena para la espuerta de la basura.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Nº 54), de Madrid, reproduce el texto de una conferencia pronunciada por José Luis I. Aranguren acerca de la actitud ética y la actitud reli-

giosa. También publica su sección habitual « Brújula de actualidad ».

NOTAS Y ESTUDIOS DE FILOSOFIA (Nº 17), que ve la luz en San Miguel de Tucumán (Argentina) ofrece un apretado estudio de Hernán Zucchi sobre la teoría y la praxis en Ortega y Gasset, así como unos comentarios de Simone Weil al *Timeo*.

INDICE (Nº 74-75), la revista madrileña de artes y letras, ofrece a sus lectores un nuevo número extraordinario, dedicado esta vez a Valle Inclán, tal vez menos fundamental que el anterior sobre Baroja, pero asimismo interesante merced a las fotografías, autógrafos y textos inéditos.

AMERICAS (Nº 7), revista publicada por la Unión Panamericana, ofrece a sus lectores diversas informaciones de interés, entre otras una curiosa nota del Sr. Faber acerca del Quijote en Guanajuato.

ASOMANTE (enero-marzo 1954), revista trimestral editada por la Asociación de Graduados de la Universidad de Puerto Rico, publica colaboraciones de Juan Ramón Jiménez, Guillermo de Torre, Rafael Alberti y otros más.

REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS (Nº 74), de Madrid, publica un largo ensayo de Gerhard Leibholz titulado « Estado y sociedad en Inglaterra », así como los habituales comentarios de carácter internacional de Camilo Barcia Trelles.

POESIA DE AMERICA (mayo-junio 1954), editada en México, continúa ofreciendo en sus páginas un amplio panorama de la poesía iberoamericana.

HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA (Nº 40), la lujosa revista publicada por la Dirección de Información y Propaganda de la Presidencia de la República de Colombia ofrece diversos estudios, magníficamente ilustrados, sobre arte colonial e historia de América.

REVISTA HISPANICA MODERNA (1953), de la Universidad de Columbia de Nueva York, publica notas sobre hispanismo y una documentada bibliografía hispánica; asimismo ofrece a sus lectores unos estudios sobre Luis Lloréns Torres.

VIDA DEL CONGRESO

REUNION EN CHILE DE LOS COMITES LATINOAMERICANOS

Durante los días del 6 al 14 de junio tuvo lugar en Santiago de Chile la primera reunión de los Comités latinoamericanos

del Congreso por la Libertad de la Cultura. Los asistentes a esta importante reunión fueron los siguientes : el Dr. Jorge Mañach y el Sr. Llerena por Cuba, el Lic. Salvador Pineda y el Sr. García Treviño por México, Carlos Izaguirre y Mirta Rinza por Honduras, Rubem Braga por el Brasil, el Prof. Roberto Ibáñez y el Sr. Ferrándiz Alborz por Uruguay, Ramón Cortés, Alejandro Magnet, Jaime Castillo y Carlos de Baráibar por Chile. Asimismo concurren a las principales sesiones diversos invitados de otros países iberoamericanos. Julián Gorkin, Redactor Jefe de *Cuadernos* tuvo la representación de la Secretaría Internacional.

En el curso de esta reunión se discutieron diversos problemas relacionados con las actividades generales del Congreso por la Libertad de la Cultura, así como los inherentes a América Latina. Todos los delegados reafirmaron que el objetivo más importante de nuestra organización consiste en defender con ahínco el derecho de expresión y el de difusión del pensamiento. A este tenor se aprobó una resolución referente a la circulación del libro entre todos los países de habla española.

Una de las más importantes decisiones tomadas, fué sin duda el lanzamiento de un *Manifiesto* dirigido a todos los intelectuales y artistas libres de Iberoamérica. En el mismo se reitera la adhesión de los reunidos a los principios del *Manifiesto a los Hombres Libres* suscrito hace cuatro años en Berlín por la asamblea fundadora del Congreso por la Libertad de la Cultura. A continuación se alude a las presentes circunstancias internacionales, que todavía hacen más imperativo hoy el llamamiento expresado en pro de la defensa activa de la libertad y la cultura, tan consustancialmente relacionado, y la busca de soluciones nuevas y constructivas a los problemas de nuestro tiempo. Se subraya que la obligación de actuar alcanza no sólo a los escritores, artistas y hombres de ciencia, sino a cuantos consideren que la libertad es indispensable para que los hombres puedan realizar su destino, sean profesionales, estudiantes, obreros o de cualquier otra clase o categoría. Termina el llamamiento anunciando la preparación de una

futura reunión más amplia de Comités iberoamericanos « a los hombres libres y a los que quieren volver a serlo : a todos los que están resueltos a restaurar, a salvar, a ampliar las libertades que representan el valor de la vida ».

*

La presencia en Santiago de Chile de las diversas personalidades que asistieron a esta reunión, fué aprovechada para la celebración de diversos actos y conferencias públicas. Jorge Mañach habló en la Universidad sobre « Vigencia de Martí » ; Carlos Izaguirre dió una conferencia sobre poesía hondureña ; Mirta Rinza ofreció un recital de poesías ; el Prof. Ibáñez habló también en la Universidad acerca de la poesía de Herrera y Reissig ; Salvador Pineda se refirió a Moreles.

COMITE AUSTRALIANO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Recientemente ha quedado constituido con sede en Sydney y corresponsales en todas la grandes ciudades del país, el Comité Australiano del Congreso por la Libertad de la Cultura. Se propone publicar un boletín y pronto inaugurará una serie de conferencias.

La dirección está formada por Sir Jihn Latham, antiguo rector de la Universidad de Melburna ; el Sr. Justice T. M. Barny presidente del Tribunal industrial ; el Sr. Campbell, director de *The Australian Quarterly* y del Instituto de Estudios Políticos ; el Sr. Past, presidente del Instituto de Estudios Internacionales ; el Dr. Ian Clunies-Ross, presidente de la Organización de Investigación Científica ; el Dr. J. C. Eccles, profesor de Fisiología ; el Sr. Fox profesor de Filosofía ; el Sr. Gibson, presidente del Tribunal Supremo de Tasmania ; el Sr. Goossens, director del Conservatorio de Música de Sydney ; Sir Kerr Grant, profesor de Física en la Universidad de Adelaida, y, por último, el Sr. Maloncy antiguo embajador de Australia en Moscú. La secretaria está a cargo del Sr. H. R. Krygier, representante del Congreso por la Libertad de la Cultura.

NUESTRO CARNET

● SALVADOR DE MADARIAGA nos honra una vez más con su colaboración ; el ensayo que ofrecemos a nuestros lectores es el texto de una conferencia radiada que pronunció en Stuttgart (Alemania), en abril último.

● OCTAVIO PAZ, escritor y poeta mexicano, autor de varios libros de poesía y de ensayos. Citemos, entre varios más, los siguientes : *A la orilla del miedo*, *Libertad bajo palabra*, *¿ Águila o Sol ?* y *Antología de la poesía mexicana*, editada por la UNESCO.

● MARIANO PICON SALAS, distinguido crítico y ensayista venezolano, autor de una obra ya vasta. Acaba de publicar *Los días de Cipriano Castro*, libro del que damos cuenta en este mismo número de *CUADERNOS*.

● RAMON RUBIN, escritor mexicano, lleva publicados once libros : cuatro tomos de cuentos mestizos, uno de marinos y otro de indios, y cinco novelas. Dirige la revista *CREACION*.

● JOSE DE BENITO, escritor español, reside fuera de su país desde el final de la guerra civil ; actualmente ocupa un importante puesto en la UNESCO.

● JOAQUIN ARDERIUS, novelista español, con residencia en México, es autor de numerosas novelas : *Mis mendigos*, *Así se fecundó Zaratustra*, *Yo y tres mujeres*, *El comedor de la pensión de Venecia*, *Crimen*, etc., etc.

● ANITA ARROYO, joven escritora cubana, desempeña la cátedra de Literatura hispano-americana en la Universidad de la Habana.

● J. M. MACHIN, joven periodista y crítico venezolano, con residencia en París.

● RAFAEL HELIODORO VALLE, escritor hondureño, antiguo profesor en la Universidad Nacional de México, es embajador de su país ante el Gobierno de los Estados Unidos.

● MARIN CIVERA, escritor español, reside en México. En España había dirigido la revista *ORTO* y otras publicaciones.

● RICHARD LOWENTHAL, economista y sociólogo, colaborador regular de la revista inglesa *The Twentieth Century*, y del Semanario *The Observer*.

● HERBERT TINGSTEN, historiador y publicista sueco, director del diario liberal *Dagens Nyheter*, es autor de una monumental *Historia de la socialdemocracia sueca*.

CUADERNOS

ha adquirido cierto número de ejemplares de la edición francesa de « La Grande Trahison », el sensacional libro de Jesús Hernández sobre la intervención del Kremlin en la guerra civil española. A aquellas personas que nos manden, además de la suya, otra suscripción a la revista, a título de obsequio y libre de gastos de porte les enviaremos un ejemplar de este libro, cuyo precio en librería es de 495 francos.

Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :

SALVADOR DE MADARIAGA

NORMAN THOMAS

Editor : Victoria KENT

El número de julio contiene artículos de
ALBERT CAMUS

NORMAN THOMAS

JOSE MARIA DE SEMFRUN

SIN PERMISO DE LA CENSURA

(Noticias directas de nuestro corresponsal en España)

Editoriales y resumen de noticias

Precios :

U. S. A. Suscripción anual \$ 3

Europa e Hispanoamérica \$ 2

IBERICA PUBLISHING CO., INC.

112 East 19 Street - New York 3, N. Y. (U. S. A.)

CUADERNOS

está a la venta en las direcciones siguientes :

LIBRERIA MADRID
Bmé. Mitre, 950
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRAIRIE FRANÇAISE
Estado, 36
SANTIAGO (Chile)

EDITORIAL DEL PACIFICO
Ahumada, 57
SANTIAGO (Chile)

HECTOR D'ELIA
18 de Julio, 1333
MONTEVIDEO (Uruguay)

LA VOZ DE ESPAÑA
Rua Dr. Luiz Barreto, 104
SAO PAULO (Brasil)

DELEGACION DEL CONGRESO
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
Rua México, 158, Sala 304
RIO DE JANEIRO (Brasil)

LIBRERIA HACHETTE
Rivadavia, 739-745
BUENOS AIRES (Argentina)

LIBRERIA ARIEL
Donceles, 91
MEXICO. D. F.

ASOCIACION DE ARTISTAS
Y ESCRITORES AMERICANOS
Ave. de los Presidentes, 52
Apartado 1969
LA HABANA (Cuba)

LIBRERIA IBERO-AMERICANA
Avenida "B" n° 32
PANAMA (R. de P.)

DISTRIBUIDORA DE REVISTAS INCA
Apartado 3115-Puno, 264 (Bejarano)
LIMA (Perú)

LIBRERIA YERBA BUENA
Casilla de Correo 131
**SAN MIGUEL DE TUCUMAN
(Argentina)**

LOS AMIGOS DEL LIBRO
Calle Perú esq. España
COCHABAMBA (Bolivia)

LIBRERIA MEJIA BACA
Jirón Azángaro, 712
LIMA (Perú)

LIBRERIA GUATEMALA
5a Ave. Sur N° 1-A
CIUDAD DE GUATEMALA (Guatemala)

INSTITUTO DEL LIBRO
Calle 5a. N° 5-08
POPAYAN (Colombia)

LIBRERIA UNIVERSITARIA
Frente a la Embajada Americana
SAN JOSE (Costa Rica)

LIBRERIA LEDESMA-ROSITO
Avenida Pellegrini, 461
ROSARIO (Argentina)

AGENCIA DE PUBLICACIONES
Mejía, 446
QUITO (Ecuador)

EUSEBIO VALDES
Carrera 12, 13-55
BOGOTA (Colombia)



PREUVES

23, rue de la Pépinière, Paris (8^e)

REVUE MENSUELLE LITTÉRAIRE ET POLITIQUE

entend défendre et illustrer la liberté la plus gravement menacée dans notre siècle : celle de la réflexion critique et créatrice, rebelle aux propagandes et aux mots d'ordre partisans.

PREUVES

publie chaque mois : des essais, des études, des textes littéraires d'écrivains libres, français et étrangers ; des informations inédites et des commentaires sur l'actualité politique, intellectuelle et artistique dans le monde.

ABONNEMENTS :	{	France et Un. Fr.	un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.
		Etranger	un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

ENCOUNTER

Edited by STEPHEN SPENDER
et IRVING KRISTOL

July 1954

- Reminiscences of Chilhooop Dylan THOMAS
- Virtue and the Censor Bertrand RUSSELL
- Thoughts on Painting Lucian FREUD
- V. H. AUDEN, A. J. AYER, Daniel J. BOORSTIN, Vilem BERNARD, Irving KRISTOL, Erik de MAUNY, George MIKES, Stephen W. POLLAK, S. RAJEE, Philip SHERRARD, C. V. WEDGWOOD.

Please address all correspondence to :
" ENCOUNTER ", PANTON HOUSE,
25 HAYMARKET, LONDON, S. W. 1.

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della Cultura, piazza Accademia di San Luca 75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural Freedom, Manekji Wadia Building, 127, Mahatma Gandhi Road, Bombay !

FORVM

Osterreichische Monatsblätter für Kulturelle Freiheit.
WIEN VII
Museumstrasse 5.

+

Noviembre-Diciembre 1954



REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

9

La virtud y el censor
Sobre la libertad de pensamiento
Vida y poesía de Miguel Hernández
El detenido (cuento)
La arquitectura en Latinoamérica
Los dos polos del arte
Sanz del Río y el krausismo
La pintura en el Perú

BERTRAND RUSSELL
ROSA ARCINIEGA
GUILLERMO DE TORRE
LUIS MERINO REYES
MAURICIO GOMEZ
ADOLFO SALAZAR
RODOLFO LLOPIS
M. SUAREZ-MIRAVAL

Problemas de nuestro tiempo :

Los ingleses y las guerras mundiales
Francia y sus problemas
La experiencia de Guatemala

LUIS ARAQUISTAIN
HERBERT LUTHY
JULIAN GORKIN

Otros textos de :

FRANCISCO AYALA, FERNANDO VALERA, GUSTAVE STERN,
MARIA ZAMBRANO, STEFAN BACIU, CARLOS P. CARRANZA, ETC.

4125926

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas la trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en el mes de junio de 1950, reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont.

Secretario general : Nicolás Nabokov

REPRODUCCION DE LOS TEXTOS DE CUADERNOS

Venimos observando que diversas publicaciones iberoamericanas reproducen con cierta frecuencia artículos de Cuadernos como si fuesen colaboraciones especiales suyas. No tenemos nada que objetar a dicha reproducción. Sin embargo, nos oponemos terminantemente a que se deje de citar la referencia de origen, tanto por lo que se refiere a las reproducciones totales como a las parciales.

CUADERNOS

NUMERO 9

REVISTA BIMESTRAL

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1954

SUMARIO

La virtud y el censor	BERTRAND RUSSELL	3
Los ingleses y las guerras mundiales	LUIS ARAQUISTAIN	7
Francia o la democracia y sus inconvenientes	HERBERT LUTHY	16
La unidad de Europa y los nacionalismos.....	OLDEST	26
El control actual de la economía política	FRANCISCO AYALA	36
Vida y poesía de Miguel Hernández	GUILLERMO DE TORRE .. .	39
El detenido (cuento)	LUIS MERINO REYES	45
Sanz del Río y el krausismo	RODOLFO LLOPIS	50
Posición de la arquitectura moderna en Latinoamérica.	MAURICIO GOMEZ MAYORGA	57
Los dos polos del arte : espejismo e intuición.....	ADOLFO SALAZAR	61

Cultura y libertad

La crisis funcional de nuestra civilización.....	FERNANDO VALERA .. .	69
Libertad de expresión y libertad de pensamiento ...	ROSA ARCINIEGA	74
Los 50 años de Pablo Neruda	J. G.	79

Crónicas

La República Federal de Bonn.....	GUSTAVE STERN.....	82
La experiencia de Guatemala : Una política de la liber- tad en Latinoamérica	JULIAN GORKIN	88

Artes plásticas

La pintura en el Perú contemporáneo M. SUAREZ-MIRAVALL 94

Lecturas

La obra de Mariano Picón Salas, por MARIA ZAMBRANO. — Un libro político de gran actualidad, por STEFAN BACIU. — La esencia de los nacionalismos, por CESAR ALVAJAR. — Poesías inéditas de Rosalía de Castro, por C. A. — Momentos y aspectos de la cultura argentina, por CARLOS P. CARRANZA. — Una Historia del Humanismo, por C. P. C. — Los protestantes en España, por C. A. — Dos ensayos sobre la nación panameña, por J. M. MACHIN. — Una Historia de Venezuela, por J. M. M. 98

Las revistas. — Vida del Congreso. — Nuestro Carnet.

PRECIOS

<i>Francia y Unión Francesa :</i>		<i>Países de Iberoamérica :</i>	
Número suelto ...	125 francos	Número suelto..	0,50 dólares USA
Suscripción anual .	650 »	Suscripción anual	3. - »
	(6 números)		(6 números)

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

LA VIRTUD Y EL CENSOR

POR BERTRAND RUSSELL

LA censura de las obras literarias, que existe bajo diferentes formas en todos los países civilizados modernos, persigue dos fines principales : impedir que el pueblo tenga opiniones políticas y evitar que piense en los problemas sexuales. Por lo regular, la censura cumple mejor el primero de estos cometidos que el segundo. En muchos países, donde se ejerce una severa censura política, el Gobierno logra hacer olvidar a la generalidad de los hombres y de las mujeres todo lo que concierne a la política, hasta que se produce una revolución, cuya responsabilidad recae en personas que por efecto de la censura previa carecen de preparación política. Sin embargo, en Inglaterra, desde el siglo XVII, el hecho de tener ideas políticas ha constituido una virtud, excepto durante un breve período que coincidió con la Revolución francesa. Pero Inglaterra no se ha quedado atrás en lo de poner armas legales en las manos de los mojigatos viejos y sensuales, con esperanza de que dichas armas bastarían para disuadir a los jóvenes de preocuparse de las cuestiones sexuales.

Además de la jurisprudencia referente a la prohibición de publicaciones obscenas, hay otros dos estatutos : uno que regula la venta de dichas publicaciones y otro concerniente a su distribución por medio del correo. El primero de estos estatutos es la ley relativa a las publicaciones pornográficas, de 1857, según la cual toda persona puede presentar una denuncia ante

un magistrado o ante el juez de paz, si considera pornográfica cualquier obra que un librero tenga a la venta. El magistrado puede dictar entonces un auto de registro, que conduce a la confiscación del libro en cuestión ; y corresponde al propietario del mismo demostrar que no es obsceno. Si éste no logra convencer al magistrado, el libro es destruido. El otro estatuto es la ley postal de 1908, que considera como un delito enviar textos pornográficos por correo.

Ambos estatutos pueden dar lugar a abusos y, en efecto, han tenido a veces consecuencias ridículas. Me imagino que la mayor parte de los lectores ingleses se sorprenderán al enterarse de que el criterio adoptado para discernir lo que es pornográfico es mucho menos liberal en Inglaterra que en los Estados Unidos de América. Los *Studies in the Psychologie of Sex* (Estudios sobre la Psicología Sexual), de Havelock Ellis, y *Ulysses*, de Joyce, fueron proscritos en este país, pero no en Norteamérica. Es evidente que toda tentativa de definir legalmente la pornografía ha de tropezar con grandes dificultades, puesto que dicho concepto resulta vago y, además, varía según la edad y el nivel de instrucción de cada uno. El criterio legal, dado por el presidente de sala Cockburn, en 1868, es que debe dilucidarse « si la tendencia del texto, al que se atribuye carácter obsceno, es depravar o corromper a aquellos cuyas mentes están abiertas a

dichas influencias inmorales y en cuyas manos pudiera caer una publicación de este género ». En la práctica, esto significa que, legalmente, es obscena toda publicación que pueda escandalizar al magistrado a quien corresponda juzgar el caso. Yo mismo he oído condenar como obsceno por diversos motivos un folleto que trataba de la reglamentación de la natalidad. Uno de estos motivos era que en el texto se sugería la posibilidad de que las mujeres gozaran en las relaciones sexuales. Miré al magistrado y comprendí que tal sugestión debía estar en pugna con su propia experiencia. No constituye una defensa señalar que la publicación de referencia se propone la divulgación de una cuestión de interés público, como es el evitar la superpoblación. Tampoco puede permitirse predicar la virtud, cuando para ello se describe minuciosamente lo contrario. Un magistrado, aunque sea ignorante, estúpido y casi analfabeto tiene poder para prohibir todo lo que le escandalice.

Un hecho acaecido recientemente en la isla de Man ha llevado a conocimiento del público esta cuestión. La « Boots' Library » fué procesada por haber puesto a la venta dos novelas calificadas de obscenas. Como consecuencia de este hecho, he leído ambas novelas, lo que de otro modo no hubiese efectuado nunca. Una de ellas trata de un hombre que tiene ciertas veleidades amorosas, a pesar de ser feliz en su matrimonio. Se presenta a ese hombre como un ser desdichado a causa de su tendencia a un vicio que, tarde o temprano, habrá de conducirle al desastre. A mi entender, esta obra tiene un carácter perfectamente moral, y debería recomendarse por su calidad edificante, prescindiendo de su mérito literario. La otra novela tiene un tono más elevado todavía. El protagonista es un norteamericano sencillo, oriundo de una aldea puritana de la Nueva Inglaterra en la que se ignora el vicio. Este hombre tiene la desgracia de enamorarse de una aristócrata inglesa de dudosa virtud. Al final, después de muchas desventuras debidas a su pasión culpable, el hombre sucumbe de pronto a una crisis moral, bajo cuya influencia pasa del adulterio al asesinato. Como todo el mundo sabe que es peor faltar al séptimo

mandamiento (1) que al sexto, esta novela debe figurar entre las que exaltan la moralidad.

Es creencia general que, en la mayor parte de los casos, su conocimiento conduce a un juicio seguro. No obstante, hay dos excepciones: el comunismo y la sexualidad. En este país, hasta ahora, no se ha dado aún el caso que se registra en Norteamérica de que sea sospechosa toda persona muy versada en el comunismo, y se estima que la dirección de la Unión Soviética debería dejarse en manos de los que desconocen por completo esta doctrina. En Inglaterra prevalece una actitud idéntica respecto de las cuestiones sexuales. Un hombre que conozca a fondo estas cuestiones es un hombre « indecente », y su familiaridad con las cosas obscenas puede haber embotado en él la susceptibilidad moral. Casi todos los jóvenes, especialmente durante los primeros años de la adolescencia, se interesan mucho por los problemas sexuales, y este interés se agudiza con la necesidad de rodearlos de misterio. Pero muchos de ellos, cuando llegan a la edad madura y se convierten en ciudadanos respetados que gozan de una cierta posición en la sociedad, logran olvidar por completo lo que fueron siendo muchachos y se imaginan (hay que suponer, sinceramente) que, si las publicaciones pornográficas se mantienen alejadas del camino de los jóvenes, sus mentes sólo albergarán ideas elevadas. Los que no consiguen imponer esa ley del olvido a sus recuerdos no son considerados como personas perfectamente pulcras, a menos que sepan callarse. De este modo, desde el punto de vista social, se crea una especie de reino del terror, gracias al cual se fomenta el criterio de que la corrección en las cuestiones sexuales sólo puede mantenerse mediante la ignorancia.

Sorprende el número de personas que, cuando se ven obligadas a reconocer la existencia del sexo, olvidan todo lo que han aprendido en otras esferas. De una manera general, ahora se admite que durante la época de la « ley seca » hubo en los Estados Unidos de América más borracheras que

(1) El autor ha querido, sin duda, referirse al quinto mandamiento, pero no al séptimo. (N. d. T.)

antes o después de su vigencia. Se puede aplicar el mismo razonamiento en relación con la obscenidad. El hecho de estar prohibida la hace atractiva y excita los apetitos que, de otro modo, se saciarían fácilmente.

Lo que tiene de más vituperable la prohibición de eso que los magistrados califican de obsceno es que impide el estudio serio de cuestiones de gran importancia social, cuyo conocimiento debería divulgarse intensamente. Tomemos como ejemplo la prohibición decretada en este país contra *The Well of Loneliness* (El Pozo de la Soledad). Este libro trata, de manera seria y digna, un problema que interesa personalmente a una gran parte de la población, y del que se desentienden totalmente las personas que se reputan « respetables ». Resulta intolerable que los mojigatos puedan situar por encima del Código leyes que admiten como un axioma el que existen cuestiones importantes, cuya ignorancia es verdaderamente deseable y cuyo conocimiento debe evitarse en lo posible. Es cierto que a este respecto en Inglaterra estamos aún mejor que en otros países. En España, por ejemplo, no se puede publicar ninguna novela que trate del adulterio. Ignoro si esta prohibición se extiende a la *Iliada*. En Francia, considerada comúnmente como muy liberal en lo que concierne a estas cuestiones, la propaganda a favor de la reglamentación de la natalidad es ilegal. En Inglaterra subsiste el criterio de que, si bien deben « curarse » las enfermedades venéreas, sólo pueden « evitarse » mediante una conducta virtuosa. La creencia de que es conveniente mantener la ignorancia en materia sexual causa enormes perjuicios irremediables; pero, además de estos perjuicios irremediables, existe la difusión de la timidez y del oscurantismo, consecuencia inevitable de considerar pernicioso cualquier conocimiento.

Existe otro argumento en contra de la censura y es que, por muy liberalmente que se defina la obscenidad, siempre se encontrará medio de condenar muchas de las obras maestras del arte. Si Shakespeare viviese ahora, tendría que mutilar considerablemente su obra ¿Qué editor toleraría algunas de las observaciones que hace el Rey Lear en la escena 6ª, del cuarto acto ?

No me atrevo a citarlas; pero el censor no ha podido impedir todavía que el lector las busque. Hay pasajes en la Biblia a los que no me atrevo siquiera a referirme. Muchos de los cuadros y estatuas que hay en el mundo, reconocidos como obras cumbres, son obscenos, si nos atenemos al espíritu de la ley, y si se mandasen fotografías de ellos por correo, cualquier funcionario postal positivista tendría derecho a destruirlas. En realidad, tendría derecho a destruir los originales, pero afortunadamente éstos no se mandan por correo.

Tal vez se admita que algunas de estas consecuencias son algo absurdas; pero se puede decir que el único remedio posible no consiste en modificar la ley, sino en ir haciendo más liberales a los magistrados. Y hay que reconocer que esta esperanza es muy remota. El inconveniente que tiene cualquier tentativa legal para resolver esta cuestión es la dificultad de definir la obscenidad en la literatura. En la industria cinematográfica, resulta mucho más sencillo; un beso no debe prolongarse más allá de cierto número preciso de metros; un vestido de señora debe empezar debajo del cuello, guardando cierta proporción con la totalidad de su estatura. Estas normas son exactas y definitivas; pero es más difícil inventar algo igualmente preciso para tener a raya a los poetas y a los novelistas. No veo ninguna posibilidad de modificar la ley, para impedirle que perjudique lo mismo desde el punto de vista artístico, que en lo que se refiere a la divulgación de los conocimientos útiles. Por mi parte, si me dejaran hacer, aboliría toda la legislación relativa a esta materia. Es posible que durante los dos primeros años que siguieran a esta abolición se produjera una inundación de imágenes « inmundas »; pero si no se ejercía ninguna prohibición respecto de ellas, las gentes se cansarían pronto, a excepción de algunos individuos de acentuada tendencia en este sentido. En la actualidad, el gusto por la pornografía es casi universal entre los jóvenes; pero entiendo que es debido al misterio y a la prohibición de que es objeto. Si se estudiaran en las escuelas los problemas sexuales, los alumnos los encontrarían tan aburridos como los comentarios de César.

Sin embargo, no me atrevo a esperar que una medida tan radical, como es la derogación total de las leyes contra la pornografía, pueda llevarse a la práctica. Por lo tanto, debemos preguntarnos si existe algún medio que permita hacer menos perniciosa esta legislación.

Es posible introducir ciertas modificaciones para mitigar los males que acabamos de examinar. La primera de ellas habría de ser que, en cualquier proceso por razones de pornografía, el autor y el editor tuvieran derecho a ser parte. Actualmente, si un tímido librero es procesado por este motivo, tratará de arreglar el asunto con el menor ruido posible, y de este modo puede causar un perjuicio al autor y al editor, que éstos hubieran podido evitar, si hubieran sido parte en la defensa. La segunda enmienda que yo sugeriría es que todos los casos de pornografía deberían sustanciarse ante los jueces y no ante los magistrados. La tercera enmienda de cierta importancia consistiría en declarar en la ley que el demandado tiene derecho a solicitar el testimonio de un experto, para demostrar que la obra en cuestión tiene un mérito literario o un propósito laudable, y el juez tendría el deber de tomar debidamente en consideración tal testimonio. En lo que se refiere a la ley sobre las obras pornográficas enviadas por correo, los funcionarios de este servicio no deberían tener derecho a destruir las que ellos considerasen obscenas, hasta que hubiese recaído una decisión legal que condenase la obra en cuestión. Conozco a una señora que reside en la región rural del sur de los Estados Unidos de América, autora de una autobiografía, cuyo manuscrito hube de leer. Era una obra seria, en la que se narraban ciertas circunstancias indeseables que merecían ser conocidas. Fué aceptada por un editor de París, que envió las pruebas a Inglaterra, donde se encontraba la autora. Esta no recibió nunca dichas pruebas, pero sí la visita de unos funcionarios de Scotland Yard, que la amenazaron con denunciarla por obscenidad, fundándose únicamente en que había relatado hechos que, a juicio de la policía, debían permanecer en la sombra. Intervinieron

numerosos amigos suyos y la salvaron de un proceso; pero el libro no se editó, y ella hubo de abandonar Inglaterra. Casos como éste revelan la posibilidad de una intolerable tiranía policíaca.

Ignoro si las modificaciones que he sugerido, destinadas a mitigar el rigor de la ley, tendrían probabilidades de llegar hasta el Código. Por supuesto, que los que se consideran a sí mismos defensores de la moral las combatirían, porque esos hombres parecen persuadidos de que nadie, a excepción de ellos, puede ser virtuoso, si no permanece en la ignorancia. Esta creencia es la que constituye la raíz del mal. En tiempos de Galileo se la alegó como una razón para condenar el telescopio, porque este instrumento procuraba un conocimiento que los escolásticos consideraban pernicioso. La oposición al conocimiento ya no tiene la misma fuerza que tuvo en otro tiempo, pero los que defienden la oposición se baten todavía en una acción de retaguardia. Podrá decirse que es absurdo pretender que el estado actual de la legislación constituye un serio obstáculo para el conocimiento de las cuestiones sexuales, y no faltará quien se refiera a libros tales como los que tratan de las encuestas de Kinsey para refutar mi afirmación. Ahora bien, las encuestas de Kinsey son extensas y eruditas, y el Sr. Kinsey, con un arte consumado, ha logrado dar a este tema una apariencia fría y austera. No hay duda de que son estos hechos los que justifican la tolerancia otorgada a su trabajo. Pero el conocimiento de los problemas sexuales no debería ser patrimonio exclusivo de algunos eruditos especializados, ya que estas cuestiones desempeñan un gran papel en la vida de todo el mundo, y la ignorancia es causa de muchos sufrimientos innecesarios para numerosas personas, como, por ejemplo, para todos los escolares a los que los maestros han dicho que la masturbación conduce a la locura. No es con la ignorancia, ni mucho menos con una falsedad exagerada, como se puede crear una virtud digna de este nombre.

BERTRAND RUSSELL

LOS INGLESES

Y LAS GUERRAS MUNDIALES

POR LUIS ARAQUISTAIN

Es inevitable otra guerra mundial ? Esto se preguntan en el mundo entero cientos de millones de gentes angustiadas. Los cataclismos históricos, ¿son tan inevitables como los de la naturaleza ? Eso piensan los filósofos fatalistas de la historia. Para ellos, el determinismo histórico es tan ineluctable como el determinismo cósmico. Para otros, las leyes de la historia, si existen, son contingentes. Sin explayarnos en especulaciones filosóficas, que no son de este lugar, hay una prueba evidente de que no todas las guerras son inevitables. La mayor parte de las guerras se emprenden porque el agresor está convencido de que su victoria es segura o por lo menos probable. Si supiese de antemano que le espera la derrota, ¿se lanzaría a la guerra, no siendo demente ? Si Guillermo II de Alemania en 1914 y Hitler en 1939 hubieran podido prever que las grandes potencias industrialmente mejor organizadas se coligarían contra ellos, ¿hubieran provocado las dos guerras mundiales ? Seguramente que no. Es, pues, la flaqueza de la razón humana, la incapacidad de conocer previamente todas las consecuencias de nuestros actos, la causa determinante de la mayoría de las guerras.

Pero no toda la culpa de una guerra se ha de atribuir siempre y exclusivamente al agresor. A veces ocurre que en una contienda internacional interviene un beligerante con el cual no contaba el agresor, porque el enemigo inesperado no quiso,

por un motivo u otro, comprometerse paladinamente, proclamando a tiempo su decisión de no permanecer neutral en determinadas condiciones, lo que en muchos casos hubiera evitado la guerra. En algunas ocasiones, hubiera bastado un simple gesto o una palabra oportuna de una gran potencia neutral para disuadir a otra de arriesgarse a una aventura temeraria. Los ejemplos abundan en la historia ; me limitaré, por razones de brevedad, a citar unos pocos de nuestra época.

¿ Fué inevitable la guerra franco-prusiana de 1870 ? Hay dos testimonios valiosos contemporáneos que lo niegan y que culpan de ella a la actitud inhibitoria de los ingleses. Uno es de un diplomático británico, Sir Robert Morier, secretario de la legación inglesa en la corte de Darmstadt, capital del gran ducado Hesse-Darmstadt. « La guerra — sostenía Morier — pudo haberse evitado si, durante veinticuatro horas, el pueblo inglés hubiera dado muestras de tener un espinazo ; pero ya es demasiado tarde » (1) . Quería decir el censor de su gobierno que si Gran Bretaña hubiera amonestado a Napoleón III, no habría habido guerra. Con esta opinión coincide la de un alemán que detestaba a Morier por su liberalismo, lo que hace suponer que la coincidencia no se fundaba en simpatías personales o políticas, sino en una observación objetiva de la realidad histórica. El alemán era Bismarck, a

(1) Arthur Hassall : *The History of British Foreign Policy*, página 248.

quien por su alteración del telegrama de Ems, la mayor parte de los historiadores le han hecho responsable de aquella guerra. Y, sin embargo, Bismarck le dijo a lord Augustus Loftus, representante diplomático de Inglaterra en Berlín, estas palabras significativas : « Gran Bretaña debió haber prohibido a Francia lanzarse a la guerra ; estaba en situación de hacerlo y sus intereses y los de Europa lo reclamaban » (2).

Características de la diplomacia inglesa

Lo que sí hizo entonces Gladstone, jefe del gobierno inglés, fué *exigir* de Francia y Prusia que respetasen la neutralidad de Bélgica, y la respetaron. Para Inglaterra, Amberes ha sido desde hace muchos siglos una de sus fronteras en el continente europeo. No es el tratado de Londres de 1831, que garantiza la neutralidad belga y que fué suscrito por Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, lo que explica el interés de los ingleses por la independencia de Bélgica : es su antiguo y constante interés estratégico por las costas de ese país, tan próximas a las suyas, lo que dió origen al tratado y a considerarlo como sagrado e inviolable. Sin embargo, en 1914 Inglaterra *no* *exigió* en ningún momento antes de comenzar las hostilidades que las tropas alemanas se abstuvieran de pisar el territorio de Bélgica.

De esto no hay ninguna duda. Alemania no había ocultado sus propósitos bélicos. Como se recordará, el 28 de Junio de 1914 fué asesinado en Sarajevo, Servia (hoy Yugoslavia), el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del trono. El gobierno servio no tuvo ninguna participación en aquel acto. Castigó a los culpables : tres fueron ahorcados y otros tres, menores de edad, murieron posteriormente en la cárcel. Dió a Austria todas las explicaciones que podía dar un Estado independiente e inocente. Nada satisfizo al gobierno austriaco : quería la guerra con Servia, justamente para destruir su joven independencia. Rusia, por motivos raciales, se consideró obligada a apoyar a Servia. Alemania, aliada de Austria, movilizó contra Rusia. Francia, como aliada de Rusia, era enemiga potencial de Alemania. En este encadenamiento de anta-

gonismos, la guerra parecía inevitable. Pero había una incógnita que Alemania quería despejar antes de intervenir en una guerra de dimensiones europeas : la actitud de Inglaterra.

El 27 de Julio, el canciller alemán Bethmann-Hollweg tuvo una entrevista con Goschen, embajador inglés en Berlín y le hizo la proposición siguiente : En caso de guerra, a cambio de la neutralidad británica, el gobierno alemán se comprometía a mantener la integridad territorial de Francia, aun cuando fuese victorioso. En cuanto a Bélgica, la conducta de los alemanes dependería de lo que hicieran los franceses. ¿ Y las colonias francesas ?, preguntó el embajador con curiosidad significativa ; al parecer le interesaban más que la seguridad de Francia. A esto contestó el canciller que no podía garantizar nada. No había, pues, ningún equívoco en los designios de Alemania : atacaría a Francia, y si triunfaba, no la desmembraría, pero le arrebataría las colonias. Eventualmente, también invadiría Bélgica.

¿ Qué respondió Inglaterra a este tosco pero franco chalaneo alemán ? Nos lo dice Edward Grey, ministro inglés de Negocios Extranjeros a la sazón : « La respuesta era clara : no la había. Si tomábamos el acuerdo de permanecer neutrales, nos era forzoso, después del cebo ofrecido por Bethmann-Hollweg, permanecer neutrales sin condiciones » (3). Eso es todo. En su contestación a Goschen el 30 de Julio, Grey no es más explícito : « Sería un deshonor aceptar lo que propone el canciller sobre Francia y Bélgica. Nosotros debemos conservar nuestra entera libertad de acción según lo que parezcan exigimos las circunstancias ». Como el avestruz, metía la cabeza bajo el ala del silencio y la indecisión.

El libro de Grey no tiene otro objeto que justificar la irresolución británica, que fué probablemente la causa más decisiva de la primera guerra mundial y que tantas y tan severas censuras de propios y extraños, anticipos de la sentencia final de la

(2) Hassall, obra citada, pp. 287-8.

(3) Cito de la edición francesa : *Mémoires de Edward Grey, vicomte de Fallodon*. Paris 1927, p. 303.

historia, le atrajo a aquel gobierno. « Francia y Rusia insistían con una lógica incontestable — se excusa Grey en sus Memorias — en que, aun en el caso de que no pudiéramos prometerles nada, no debíamos dar la impresión a Alemania, o permitirle creer, que no intervendríamos en ningún caso. En cada crisis que se produjo desde 1905, se le había dicho a Alemania que, en mi opinión, si sobreviniera una guerra, nosotros nos veríamos arrastrados al lado de Francia. Goschen le hizo la advertencia a Bethmann-Hollweg y yo a Lichnowsky (embajador alemán en Londres). Era imposible ir más lejos ». Por no poder o no querer ir más lejos entonces, tuvo que ir mucho más lejos después : a la guerra.

En las crisis de 1905 y 1911, los avisos de Inglaterra tuvieron bastante claridad y energía para que los alemanes los entendiesen y envainasen su espada. En 1914, las advertencias de Edward Grey nunca se expresaron en términos suficientemente inequívocos y terminantes para que los alemanes no tuvieran la menor duda, y aun las vagas que él hizo eran una opinión puramente personal, como él mismo confiesa. Ni aun en su discurso del 3 de Agosto en la Cámara de los diputados, víspera de la invasión de Bélgica por Alemania — uno de los discursos de consecuencias más graves en la historia del mundo —, se atreve a emplear un lenguaje categórico. Dice haber comunicado al embajador francés en Londres, el día anterior, que en caso de que la escuadra alemana salga al mar del Norte y ataque a los puertos franceses de esas costas y a los buques mercantes franceses que navegan por esas aguas, la escuadra inglesa considerará como un deber protegerlos. (Esto era en compensación, por acuerdos anteriores entre los dos países, de que la escuadra francesa permaneciese en el Mediterráneo). Pero nada dice de lo que hará Gran Bretaña si Francia es atacada por tierra, que era lo que a Alemania más le interesaba averiguar.

Declara también que su gobierno había teleografiado al de Berlín y al de París informándoles que necesitaba *saber* si estaban dispuestos o no a respetar la neutralidad de Bélgica ; que el francés había contestado que sí y el alemán que

no podía responder nada para no revelar sus planes militares, lo que ya era suficiente relevación para quien no estuviese deliberadamente distraído. Pero no les informó al mismo tiempo que si la respuesta no fuera afirmativa e indubitable, Gran Bretaña iría a la guerra contra el agresor, cualquiera que fuese, como hizo Gladstone en 1870. Más tarde, después de pronunciado su fatídico discurso, Grey da lectura en el parlamento del ultimátum, acabado de recibir, en que Alemania exige de Bélgica el tránsito libre de sus tropas, y todo lo que se le ocurre decir al prudente ministro es este monumento de ineficacia diplomática, culminación de toda una serie trágica de indecisiones y ambigüedades : « Yo no puedo sino afirmar que el gobierno está completamente dispuesto a tomar en seria consideración esta noticia. Me abstendré de todo comentario ». Todavía, a última hora, el discreto silencio ; la duda de Hamlet, por algo tan popular en Inglaterra ; sólo una « seria consideración » ante la paz del mundo en peligro mortal. El gobierno inglés resolvió el 4 de Agosto enviar un ultimátum a Alemania, *exigiendo*, ahora sí al fin, una respuesta satisfactoria sobre la neutralidad de Bélgica antes de media noche. Pero ya era demasiado tarde : los ejércitos alemanes habían invadido aquella misma mañana el territorio belga.

El gobierno alemán no creyó nunca que los ingleses intervendrían en defensa de Bélgica y Francia. De haberlo previsto, todo induce a pensar que en Agosto de 1914 no hubiera habido guerra. Ciertamente, los políticos y militares de Berlín no eran unos linceps psicológicos ; pero las reservas y sibilinismos de los ingleses, su pertinacia en mantener su cacareada « libertad de acción », cantilena que no se le caía de la boca y de la pluma a Edward Grey con amigos y adversarios, y el empeño de no comprometerse jamás aun a riesgo, casi cierto, de que se hundiera el mundo, no permitían a los alemanes predecir otra cosa. Tampoco fueron muy linceps los ingleses en darse cuenta del engaño en que con sus ambages e inhibiciones estaban induciendo a los alemanes. El engaño fué mutuo : el neutralismo bri-

tánico alentó la agresión de Alemania, segura de la neutralidad inglesa, y los preparativos y anuncios bélicos de los alemanes fueron recibidos por los ingleses como baladronadas, como un *bluff* más, como el de 1905, cuando el Kaiser desembarcó en Tánger, y el de 1911, cuando el crucero alemán « Panther » ancló en Agadir (Marruecos francés). Fué la tragedia de los errores recíprocos, fruto de cabezas poco inteligentes.

La primera guerra mundial no era inevitable, aunque Asquith, entonces jefe del gobierno inglés, trate de demostrar lo contrario en un capítulo de su libro (4), otra apología *pro domo sua*, como el de Grey. « Bethmann-Hollweg — escribe Asquith — ha negado que Alemania hubiese contado con la neutralidad de Inglaterra ». Eso fué lo que dijo el antiguo canciller alemán ante una comisión del Reichstag después de la guerra. No podía llamarse a engaño tras el evento : hubiera sido confesar su poca perspicacia, y a nadie le agrada pasar por tonto. Pero contra esa tesis está lo que el propio Bethmann-Hollweg declaró al embajador inglés en Berlín al comunicarle éste que su gobierno estaba en guerra con Alemania a partir de la media noche del 4 al 5 de Agosto : « ¡ Por un simple papel mojado (el tratado de la neutralidad belga), Gran Bretaña va a hacer la guerra a una nación con la cual la unían vínculos de sangre y la cual no deseaba otra cosa que ser su amiga ! » La sorpresa y la indignación que revelan estas palabras y el tono, « hirviendo en cólera » — según el embajador —, con que las pronunció, no parecen corresponder al conocimiento de algo que años más tarde se daba por descontado. La verdad se la dijo Bethmann-Hollweg el 5 de Agosto al embajador inglés y no a los diputados alemanes después de la guerra. Pero hay otro testimonio aún más fehaciente y valioso : el del almirante alemán Tirpitz en sus Memorias. Honradamente lo recoge Edward Grey en las suyas en estos términos :

« Von Tirpitz pretende que hubiera sido necesario dar a entender a Alemania en 1914 un aviso análogo al que Lloyd George dió en 1911 durante la crisis de

Agadir. Lloyd George obró en 1911 por propia iniciativa ; en 1914, él, como otros, se mostraron tanto menos dispuestos a asumir semejante responsabilidad cuanto que estaban firmemente decididos a oponerse a toda acción de este género, hasta el momento en que la invasión de Bélgica provocó en ellos un cambio ». Esto es verdad, pero no toda la verdad. Según confiesa Winston Churchill en uno de sus libros, tres cuartas partes de los ministros se oponían a la intervención. Sólo abogaban por ella el primer ministro Asquith, lord Haldane, Grey y el propio Churchill, que entonces era liberal. No todos los ministros neutralistas lo eran por pacifismo. Pacifistas absolutos no había más que dos : lord Morley y el anti-guero obrero John Burns, que dimitieron al declarar la guerra Gran Bretaña a Alemania. Los demás vacilaban por cálculo. Temían una derrota política. También estaba dividida la Cámara de diputados, pero no era una votación parlamentaria adversa lo que intimidaba al gobierno. En vísperas de la guerra, los jefes conservadores del partido de la oposición comunicaron al gobierno liberal que estaban dispuestos a secundarle en caso de intervenir en favor de Francia. « Se leyó este mensaje (en consejo de ministros) — cuenta Grey en su libro — y se le dió de lado : aunque traía un concurso útil, no podía influir en nuestra decisión ». La decisión era no decidirse nunca cuando aún era tiempo y podía ser eficaz. Lo que el gobierno temía era la opinión pública, profundamente pacifista y árbitra de los partidos políticos.

De la belicosidad al pacifismo

No fué siempre así el pueblo inglés. Pocos le han igualado en belicosidad exterior, lejos de sus fronteras. En territorio francés sostuvo una de las guerras más largas de la historia : la famosa de los Cien Años (1337-1453). Vuelve a reanudarla contra Francia desde fines del siglo XVII hasta principios del XIX, durante otros cien años, con algunas intermitencias. Puede decirse que hasta después de las guerras napoleónicas los ingleses han vivido en guerra permanente con casi todos los pueblos de Europa, ya para impo-

(4) H. H. Asquith : *La genèse de la guerre*. Paris, 1924.

nerles su hegemonía, ya para abatir sucesivamente la española y la francesa, o para tener a raya o anular potencias menos peligrosas, pero rivales en tierra o mar, como Rusia y Holanda.

Al terminar las campañas contra Napoleón, comienza la evolución pacifista del pueblo británico. El historiador francés Jacques Bardoux nos ha dejado una estadística elocuente : de 1689 á 1815, Inglaterra tuvo 63 años de paz y 63 de guerra, un promedio de una guerra cada dos años ; de 1815 á 1900, tuvo 81 años de paz y 4 de guerra, un promedio de una guerra cada 20 años (5). Hasta la revolución francesa, las guerras habían sido relativamente fáciles, cómodas y poco costosas para los ingleses. Su poder naval defendía sus islas, no holladas nunca por una potencia extranjera desde la invasión normanda en 1066, y destruía en todos los mares las escuadras de sus rivales. Si intervenía en alguna guerra terrestre, lo hacía con ejércitos de soldados profesionales, voluntarios ingleses o mercenarios extranjeros, generalmente alemanes. Los ejércitos de la revolución francesa y del imperio, entre otras muchas cosas, revolucionan también el arte de la guerra : por primera vez en la Europa moderna son los pueblos en masa los que combaten. Y en 1807, por primera vez en la historia de Gran Bretaña, el ministro de la guerra Castlereagh implanta el servicio militar obligatorio, que no vuelve a establecerse hasta la primera guerra mundial, en Mayo de 1916 : desde Agosto de 1914, el servicio había sido voluntario.

Las guerras empiezan a costar demasiado en sangre de la nación y en dinero. Antes de la guerra de independencia de los Estados Unidos, la deuda nacional británica ascendía a 150 millones de libras esterlinas, cifra que entonces parecía exorbitante. Después de aquella guerra, se elevó a 260 millones, carga que Adam Smith y sus contemporáneos la consideraban insufrible. En 1816, la deuda había subido a 860 millones de libras, un tercio del capital de la nación, magnitud astronómica para aquel tiempo. Durante las

guerras con Francia, para hacer frente a los gastos militares, hubo un impuesto sobre la renta, que el gobierno se apresuró a abolir al restablecerse la paz y a restaurar el viejo sistema de impuestos indirectos. Es decir, que la mayor parte de la deuda nacional tenían que pagarla las gentes más pobres del país, que eran la mayoría y las que cargan con los impuestos indirectos. Este doble tributo de la bolsa y de la sangre estimula el pacifismo de los ingleses.

Este es el origen principal, en el siglo XIX, del « espléndido aislamiento » de Inglaterra frente a la Europa continental y de su política de expansión en Asia y Africa, que era barata para el erario y resarcía con un segundo imperio del perdido en América. Sin embargo, esta nueva política de conquista inquieta también a la clase obrera, a una parte de la burguesía liberal y a no pocos conservadores ; a unos porque en un régimen librecambista, como el que preconizaban, las colonias son inútiles para la nación, y a otros porque a la larga toda política colonial es foco de futuros rozamientos internacionales y acaso de guerras, como se vió confirmado por el grave incidente anglo-francés de Fashoda en 1898 y la guerra anglo-boer de 1898-1900. « Las colonias — decía el político conservador inglés Disraeli — son muelas de molino colgadas a nuestro cuello ».

Como resultado de este largo y hondo movimiento pacifista, mezcla de instinto de conservación, de cálculo económico y de concepción idealista o romántica de la historia, que venía elaborándose desde la caída de Napoleón, en Agosto de 1914 la inmensa mayoría del pueblo inglés no estaba preparado mentalmente para la guerra y sobre todo para una guerra que iba condensándose en torno de un remoto y turbio incidente balcánico. « Al diablo con Servia », escribía el semanario inglés *John Bull*, uno de los más populares. Las iglesias anglicanas lanzaban anatemas desde los púlpitos : el obispo de Lincoln predicaba que « sería una traición a la civilización y un desastre para el pueblo que Gran Bretaña se asociase a la espantosa guerra ». El partido laborista, recordando el acuerdo de la Internacional Socialista

(5) Jacques Bardoux : *Essai d'une psychologie de l'Angleterre : les crises belliqueuses*. Paris, 1906, p. 301.

de Stuttgart en 1907 y de Copenhague en 1910, de que había que evitar la guerra por todos los medios, incluso el de la revolución, organizó grandes mítines en todo el país y uno gigantesco en Trafalgar Square de Londres, el domingo 2 de Agosto, que terminó con una solemne declaración escrita protestando de que el gobierno inglés pensara solidarizarse con Rusia.

La perspectiva de combatir al lado del zarismo ruso, por su alianza con Francia, era lo que más soliviantaba a la clase obrera y a muchos liberales. A. G. Gardiner, una de las plumas más brillantes de la época, publicó el 1 de Agosto en el periódico liberal *Daily News*, de Londres, un artículo titulado « Por qué no debemos luchar », donde se hacía esta sorprendente predicción : « Si aplastamos a Alemania y hacemos de Rusia el dictador de Europa y Asia, será el mayor desastre que le haya acontecido jamás a la cultura y civilización de Occidente ». Falló la profecía en la primera guerra mundial, para la cual fué escrita, pero se ha cumplido con creces después de la segunda.

La inmadurez internacional de la democracia inglesa

Era difícil para el gobierno inglés declararse a tiempo, pública e inequívocamente, decidido a intervenir si Alemania atacaba a Bélgica y Francia, cuando el pueblo estaba aferrado a la cándida ilusión de que en una guerra de la magnitud de aquella de 1914 podía mantenerse neutral, sin peligro ulterior para su existencia, en su insularismo geográfico e histórico. Ese pueblo es uno de los que menos conocen la vida y la psicología de las demás naciones y de las fuerzas profundas que mueven a los Estados. Tantos siglos de seguridad en sus islas y un detestable sistema de propaganda demerática, que consiste en seguir servilmente a las masas populares en sus errores y falsas ilusiones, en vez de instruirlos en el conocimiento de las realidades presentes del mundo, hicieron creer a los ingleses que podían permanecer tranquilos al margen de la historia, envueltos olímpicamente en el manto de la neutra-

lidad. No se daban cuenta aún, ni tampoco más tarde, de que en esta era nuestra de Estados y guerras mundiales la neutralidad de las grandes potencias y aun de la mayor parte de las menores es una utopía.

Era difícil, pero no imposible. Pudo el gobierno inglés haber dicho a Alemania : « ¡ Cuidado ! No toques a Bélgica ni a Francia, o yo intervendré en la guerra ». Y prometerle al mismo tiempo una revisión de todo el régimen colonial de Africa. En la guerra de 1914, los alemanes, pleróticos de alto capitalismo, buscaban colonias en ese Continente : ya vimos más arriba la reserva que el canciller alemán hizo de las colonias francesas en su oferta al embajador inglés. Inglaterra había reconocido como legítimas esas aspiraciones alemanas : en 1898 los dos países llegaron a un acuerdo secreto para repartirse las colonias africanas de Portugal, una nación para quien, por su atraso capitalista, sus enormes posesiones de ultramar son más bien una carga abrumadora que una fuente de riqueza. Pero el acuerdo no prosperó por vacilaciones de los gobernantes ingleses, siempre temerosos de ofender a la opinión pública nacional e internacional con actos impopulares, aunque sean equitativos. Es lo más probable que esa oferta británica, en respuesta a la que hizo Bethmann-Hollweg, hubiera evitado la guerra de 1914. Entre evitar aquella guerra atroz y una redistribución razonable de los territorios de Africa no cabía la menor duda, desde el punto de vista de la paz y los intereses comunes del mundo. El gobierno inglés no se atrevió a hacer ese gesto y ésa es su gran responsabilidad en aquella guerra.

No fué hipocresía, flaqueza de que se acusa frecuente e injustamente a los ingleses. Fué más bien cobardía moral. Pocos pueblos estarán dotados de tanto valor personal como el británico ; pero a la hora de las grandes decisiones ante lo desconocido, pocos habrá también tan dubitativos y medrosos. En este caso, es muy verosímil que tampoco fuera todo cobardía moral. Las últimas elecciones generales habían tenido lugar en 1910. La duración normal de la Cámara de los comunes es de cuatro a cinco años. En

1914 se estaba, pues, en vísperas de nuevas elecciones. Había que tener cuidado de no hacer nada desde el gobierno que comprometiese al partido liberal ante el pueblo soberano. En un pueblo ilustrado en política internacional, una amenaza de guerra, que hubiera evitado la guerra, la premiaría el cuerpo electoral con una resonante votación victoriosa. En Inglaterra, una amenaza así en 1914, aunque hubiera salvado la paz, es probable que hubiera sido castigada con una gran derrota electoral de los liberales, por belicosos y provocadores. Esta consideración explica la actitud indecisa del gobierno de Asquith hasta el último minuto del 4 de Agosto. Prefirieron correr el albur de una guerra europea y luego mundial a la certeza de perder unas elecciones. Un triunfo electoral era más importante que la paz del mundo. Esta es la primera gran tragedia histórica determinada por la inmadurez de una democracia en política internacional. Inmadurez política de las democracias no quiere decir que haya que destruirlas, como proclaman y practican los autócratas de derecha e izquierda, sino que hay que educarlas en la dura escuela de la verdad, contra toda política utópica, como es el pacifismo unilateral, por impopular e ingrato que sea este oficio.

La contumacia inglesa

La segunda gran tragedia ocurrió en 1939. Los hechos, por más recientes, están menos olvidados y sólo los recapitularé sumariamente. En 1914, Ramsay Macdonald, presidente del partido laborista, combatió públicamente la intervención de Gran Bretaña en la guerra y por ello tuvo que dimitir ese cargo. El pueblo inglés, despertado a la realidad histórica por el traumatismo de la invasión de Bélgica, que amenazaba sus costas, pasó rápidamente de su ingenuo pacifismo a una belicosidad a ultranza, hasta el último hombre y el último chelín. Durante toda la guerra, Macdonald, que no rectificó su ambigua actitud, fué tildado de antipatriota y traidor. En las elecciones de 1918, perdió el distrito que había representado muchos años. Vuelve

a ser derrotado en una elección parcial en 1921. En las elecciones generales de 1922, logra ser reelegido al fin. Dos años más tarde, en 1924, Macdonald, el pacifista, el antipatriota, el traidor, es nombrado jefe del primer gobierno laborista que ocurre en la historia de Gran Bretaña. Al cabo de diez años, la opinión pública inglesa volvía al punto de partida de 1914: a un pacifismo sin condiciones, absoluto.

Inglaterra renuncia a su espléndido aislamiento: dirige la Sociedad de las Naciones. Pero no quiere rearmarse. El gendarme de la paz sería esa organización, pero tampoco le dan armas sus asociados. La Sociedad de las Naciones sería un polizone inerte, como son los polizones ingleses. En 1935, la Unión de la Sociedad de las Naciones, sección inglesa, organizó una consulta o referéndum privado, un *peace ballot*, para conocer lo que pensaba el pueblo británico sobre los fines de esa institución internacional. Resultado: once millones y medio de votos en favor del desarme total y universal. Los sucesivos gobiernos, el de Macdonald en 1924, el conservador de Stanley Baldwin en 1924-1929, el segundo de Macdonald en 1929-1931, el llamado nacional de Macdonald en 1931-1935, el de Baldwin en 1935, que Neville Chamberlain presidió después hasta 1940, todos ellos estuvieron condicionados en su política internacional por esta ola de pacifismo. No podían ni en realidad querían hacer nada frente a las agresiones que se sucedieron vertiginosamente. A Macdonald — antes y después de su deserción del partido laborista —, Baldwin y Chamberlain sólo les interesaba mantenerse en el poder. Se excusaban de su inacción internacional, frente a las provocaciones de los Estados totalitarios de Italia y Alemania, en el pacifismo del pueblo británico y en el ángel de la guarda de la paz, la Sociedad de las Naciones.

Los agresores se apresuraron a aprovecharse de tan favorable coyuntura internacional. En 1932, Japón invade Manchuria. En Marzo de 1935, Hitler restablece el servicio militar obligatorio en Alemania, violando el tratado de Versalles. En Octubre de 1935, Mussolini ataca a Abisinia; la Sociedad de las Naciones, sacudiendo

su somnolencia por primera vez, acuerda imponerle sanciones económicas, o sea cortarle los suministros de petróleo — de sanciones militares ni hablar — ; pero ni aun aquello se cumplió, ni era otra cosa que una farsa convenida para tranquilizar a los pacifistas : a comienzos de ese año, el gobierno de Baldwin hizo saber al Duce que, si respetaba los intereses británicos en aquel país, no se le molestaría en su aventura. En Marzo de 1936, Hitler vuelve a violar el tratado de Versalles y el de Locarno además, ocupando la zona desmilitarizada de Renania, sin más que una leve protesta de Francia. En Julio-Agosto de 1936, Mussolini y Hitler empiezan a enviar fuerzas armadas contra la República Española, e Inglaterra preside el Comité de no intervención, que impide al gobierno constitucional adquirir en el extranjero armas para su legítima defensa, como tenía pleno derecho. En Marzo de 1938, Hitler anexa Austria, y en Septiembre del mismo año se dispone a hacer lo mismo con Checoslovaquia : Neville Chamberlain corre a Alemania para apaciguarle con unos cuantos miembros de esa nación ; pero Hitler apetece el cuerpo entero y en Marzo de 1939 se lo apropia por completo, ya sin protesta de nadie. En Abril del mismo año, para ir redondeando su « impero », Mussolini ocupa Albania.

Hitler desea más botín : le ha llegado el turno a Polonia. Neville Chamberlain se da cuenta al fin de que las súplicas amistosas no bastan con un dictador de ese calibre ; de que, al contrario, tomándolas por pusilanimidad, excitan su apetencia y su megalomanía. Hay que hablar con palabras duras y terminantes : si Hitler ataca a Polonia, Gran Bretaña irá a la guerra. Si se hubiera usado ese lenguaje cuando Abisinia, cuando Renania, cuando España, cuando Austria, cuando Checoslovaquia, hubiera sido posible detener a las dictaduras italo-alemanas en su carrera. Con Polonia, ya era demasiado tarde. Hitler cree que las amenazas de Chamberlain, aquel primer ministro con aire de tendero de Birmingham, son un *bluff* británico, un *practical joke*, un bromazo en acción. ¿ Cómo podía esperarse otra cosa de quien había recibido, estoicamente,

sin pestañear, tantos golpes de mala ley, aunque fuese en cabeza ajena ? Hitler no conocía esta frase de Bismarck : « En diplomacia, la manera más segura de engañar a las gentes es decirles la verdad, porque nunca la creen. » Chamberlain no quería engañar a Hitler con su verdad, pero le engañó por haberla callado tanto tiempo y ante tantas agresiones. La guerra de 1939 fué el castigo de tantos silencios anteriores, lo mismo que la de 1914.

Entre los documentos secretos del gobierno alemán que se presentaron al tribunal de Nuremberg por los crímenes de guerra, hay uno extraordinario como testimonio del estado de ánimo de Hitler en vísperas de su asalto a Polonia. Es una alocución que dirige a los generales del alto mando alemán el 22 de Septiembre de 1939 (6). Les habla de las circunstancias favorables que concurren para acabar sin riesgo con Polonia : la coexistencia de tres grandes personalidades amigas, la suya, la de Mussolini y la del general Franco, y el pacto, a punto de firmarse, con Rusia. « Nuestros adversarios — agrega — son gusanillos. Yo los vi en Munich. » Hitler se queja de que algunos malos alemanes dijeran a los ingleses después de la liquidación de Checoslovaquia : « El Führer se salió con la suya porque vosotros perdisteis vuestros nervios, porque capitulasteis demasiado pronto. » Y él comenta : « Esto explica la actual propaganda de guerra. Los ingleses hablan de guerra de nervios. Un elemento de la guerra de nervios es hacer creer que aumentan los armamentos. ¿ Pero es real el rearme británico ? » No, no lo era y Hitler lo sabía tan bien como Chamberlain.

Las amenazas de Chamberlain eran pues, propaganda de guerra, guerra de nervios, vana palabrería. Eso pensaba Hitler. Para reforzar su tesis, les hizo esta otra confidencia a sus generales : « Polonia quería un empréstito inglés para su rearme. Pero los ingleses sólo le concedieron un crédito, para asegurarse de que los polacos comprasen en Inglaterra, aunque ésta no puede suministrarles nada. Eso demuestra que Inglaterra no apoyará real-

(6) Heinz Holldack : *Was wirklich geschah — Die diplomatischen Hintergründe der deutschen Kriegspolitik*. Munich, 1949, documento XXXII.

mente a Polonia. La situación de Inglaterra en el mundo es muy precaria. No correrá ningún riesgo ». En esa ilusión se fué a la guerra y al desastre. Aquella guerra fué la segunda gran tragedia que hubo de sufrir la humanidad por culpa del error que cometieron los ingleses con su política de tolerancia y apaciguamiento con los agresores, y del error en que con esa política indujeron a los agresores, haciéndoles creer que no se batirían.

Otra vez el cortejo de las dictaduras

Al parecer los ingleses no quieren escarmentar con dos guerras mundiales. Otra vez va adquiriendo gran volumen un movimiento popular británico que se opuso a participar en la guerra de Corea, porque a su juicio era una guerra americana ; que no quiso saber nada de la guerra de Indochina, porque en su opinión era una guerra franco-americana ; que se opone al rearme de Alemania y mira hostil al pacto del Atlántico ; que repudia toda garantía de seguridad colectiva de que no forme parte Rusia, cuya política de partición en Corea, Indochina, Alemania y Austria, apoyada en sus enormes armamentos, es precisamente la causa de todos los proyectos de defensa del resto del mundo ; que da más crédito a las palabras de paz, de concordia y convivencia de los Estados comunistas que a los hechos suyos que las desmienten ; que, alentado por esas palabras sin prueba, envía emisarios apaciguadores a Moscú y Pekín, del mismo modo que lord Haldane iba a Berlín en 1912 y Neville Chamberlain a Berchtesgaden y Munich en 1938. La historia no se repite : continúa.

Este movimiento pacifista a toda costa se está polarizando en Inglaterra en torno de Aneurin Bevan, dirigente del partido laborista. Como en 1914 y entre las dos guerras mundiales, los ingleses están utilizando de nuevo los antagonismos internacionales al servicio de sus rivalidades en política interior. Bevan aspira a desplazar a Clement Attlee de la dirección del partido laborista, y el renacimiento de este pacifismo unilateral, crédulo, simplista y mal informado es una corriente propicia

a sus designios. No crea él la corriente : se pone de'ante y se deja empujar por ella. No es un guía teórico o táctico, sino un cazador de oportunidades, como lo fué siempre Ramsay Macdonald, aunque se equivocó en 1914. Si Bevan consiguiera levantarse con la jefatura del partido laborista y en las próximas elecciones con la del gobierno, las posibilidades de evitar otra guerra mundial disminuirían en proporciones catastróficas. A su vez, Attlee, hombre perspicaz y sin ambiciones personales, temiendo que el partido y los sindicatos se le vayan de las manos y se entreguen a una política fatal para la seguridad de Inglaterra y del mundo, tiene que seguir a Bevan en su papel de cortesano de dictaduras ahora conversas, de palabra, a la convivencia internacional. De ahí el viaje conjunto a Pekín, nueva Arcadia pacifista, de paso por el Kremlin, ahora regido también por apasionados convivientes cosmopolitas.

El gobierno conservador, por su parte, tampoco quiere mostrarse demasiado desafecto a las potencias comunistas. Hay que prepararse para las próximas elecciones, que ya no pueden tardar, como Asquith y Edward Grey en 1914 y Baldwin en 1935. Esta es la diplomacia inglesa tradicional, como la definía Winston Churchill en 1936, entonces en la oposición, aludiendo a la de Baldwin : « sólo decidida a ser indecisa, resuelta a ser irresoluta, firme en ser inestable, sólida en la fluidez, omnipotente para ser impotente. » Una diplomacia honrada, sin duda, llena de buena fe, profunda y sinceramente amante de la paz, pero que los dictadores agresivos comprenden mal y toman su pacifismo y sus ramos de olivo por señales de imbelicismo, de flaqueza de ánimo, cuando sólo es flaqueza del entendimiento. Tal diplomacia nos llevó a dos guerras mundiales. ¿ Estará incubando la tercera ? De Baldwin es esta frase : « Una democracia va siempre detrás de un dictador con dos años de retraso. » La inglesa, en esta era de despotismos mundiales, parece que va con un retraso de siglos. No se da cuenta de la psicología de las dictaduras hasta que tiene sus garras cerca del cuello.

LUIS ARAQUISTAIN

FRANCIA

o la democracia y sus inconvenientes

POR HERBERT LUTHY

EN Francia, la política figura en primer lugar y después viene el Estado. Ambas cosas son distintas.

Hace varios años que Francia está buscando una organización política viable, sin encontrar ninguna ; y el observador, que sólo ve la fachada — el gabinete, el parlamento y los partidos —, se pregunta cómo es posible que un país, con una situación política tan caótica, pueda existir, y mucho menos pretender ser una gran potencia. Esto se explica por el hecho de que la administración del Estado francés funciona tan bien — o mejor dicho, para bien o para mal, con una rutina tan automática — que la única esfera de actividad que concede a la política es la de una ideología pura e inocua.

Si abrimos un manual de la Constitución francesa apenas encontramos una mención, salvo tal vez incidentalmente en alguna nota marginal, de ninguna de las grandes instituciones que son la verdadera base de la estabilidad de Francia. Pero, en cambio, contiene la exposición de una doctrina abstracta, de una lógica brutal, según la cual toda soberanía emana del pueblo, que expresa su voluntad mediante la elección de los diputados y de los senadores ; el Parlamento, ingeniosamente dividido en Cámara y Senado — motor y freno — formula la voluntad del pueblo por medio de leyes, decretos y resoluciones ;

y el Gobierno, que es responsable ante el Parlamento, traduce esos decretos en órdenes administrativas a los funcionarios que se encargan de llevarlas a la práctica. No existe mención alguna de los ministerios, que son lo permanente, cuando los ministros, que son lo efímero, desaparecen ; ni se habla del Consejo de Estado, que tiene una jurisdicción soberana sobre el aparato administrativo y es el único que con su jurisprudencia establece el verdadero contenido de las leyes dictadas por el Parlamento, y merced a su función directa de eterno consejero de los gobiernos acaba siempre por imponer la línea de conducta, y además porque tiene autoridad y tenacidad, en tanto que el Gobierno carece de ambas. Tampoco se cita el Estado Mayor General de la Administración de las Finanzas, que tiene facultades para interpretar el presupuesto y reglamentar las cuestiones relacionadas con el Tesoro, de manera tan autocrática como el Consejo de Estado hace con las leyes. Y esto es debido a que ninguna de estas instituciones « emana del pueblo », sino que son el mecanismo del Estado, de la monarquía absoluta, que el Primer Imperio llevó a su extrema y lógica perfección. Con la caída de las testas coronadas, la verdadera soberanía ha quedado vinculada a ese mecanismo, que trabaja en segundo término, sin pretensiones y en el anonimato, pero que es una monarquía sin rey.

Esta administración ha modelado a su imagen y semejanza toda la vida del país. Ningún municipio podrá instalar una conducción de aguas, pavimentar una carretera o hacer reparar el tejado de la escuela antes de que la operación haya sido aprobada, con sello y firma, por seis autoridades superiores sucesivas de la administración central, desde el Subprefecto hasta la Tesorería de París. Si en todos los negociados dan pruebas de buena voluntad, esta autorización tarda un año, por lo menos ; pero como en alguno de ellos surja la menor duda, es menester renunciar definitivamente a la obra. Toda la jurisprudencia del Consejo de Estado consiste en denegar sistemáticamente a los ayuntamientos cualquier solicitud, lo mismo si se trata de construir unos baños públicos, que de montar un servicio de recogida de basuras.

*

Se podría escribir una historia de Francia, tomando como base el desarrollo de su administración, siempre rectilínea, prosaica, tenaz y apolítica, en el sentido más estricto de la palabra ; una administración que ejerce sus funciones de una manera pedante, sin imaginación y que, observando las debidas formalidades y sin perder nunca de vista el porvenir, acaba por recuperar todo lo que la política dinástica o ministerial ha dejado perder. Porque, en lo tocante a veleidat y a falta de visión, los políticos franceses, lo mismo cuando se ha tratado de sus reyes y sus cortesanos, que de sus hombres de Estado y de las asambleas populares, rara vez se han diferenciado mucho de los de cualquier Estado balcánico. Ha habido períodos — entre los cuales se cuentan algunos de los más felices de la historia de Francia — en que el Gobierno del país dependía de la elegante irresponsabilidad de un tahir o de las mezquinas argucias de un leguleyo. Uno de esos períodos fué el siglo XVIII, durante el cual los últimos monarcas del antiguo régimen se dedicaron a malbaratar un imperio, a transformar el tesoro del país más rico de la época en un casino público y a entregar al mejor postor los empleos y los honores del reino ; tal fué

el Segundo Imperio, semejante a una opereta de Offenbach, pero sin el desenlace feliz de éstas ; así fueron también los últimos decenios de la Tercera República, ese idilio pastoral entre las dos guerras mundiales... Pero todos estos males dejaron intactos los fundamentos, y en el peor de los casos el daño sólo fué pasajero, y una vez pasada la tormenta, estos períodos de frivolidad fueron precisamente los que se convirtieron en el recuerdo del « bon vieux temps ».

Este es el milagro de Francia. El Estado quedó inmunizado contra la política de sus propios dirigentes, y ya fué imposible desviarlos de los surcos profundos que la rutina había dejado en el camino. Cuarenta reyes y casi otras tantas revoluciones y « golpes de Estado » se han sucedido en el país ; pero desde la época de Felipe Augusto en adelante, un ejército creciente de funcionarios, jurisperitos, amanuenses y contables ejerce su vigilancia para evitar que caduque ningún derecho, que se desperdicie irremisiblemente ninguna oportunidad o que se pierda ninguna inversión de manera irremediable.

La continuidad que esta administración ha asegurado es, ante todo, la continuidad de la administración misma, que ha sobrevivido a todas las dinastías, a todas las revoluciones y a todas las catástrofes. Detrás del constante cambio de fachada de la monarquía feudal, absoluta o liberal, de imperios y repúblicas, las grandes instituciones y corporaciones del Estado — y, por consiguiente, el propio Estado — han seguido siendo esencialmente las mismas. La « noblesse de robe » del antiguo régimen y los « Grands Corps d'État » de la República son los mismos por su espíritu y por su condición. A través de los corredores ennegrecidos por el tiempo y fríos como la tumba del Palacio de Justicia de París, que es el antiguo « Parlement » real, deambulan reencarnadas las mismas figuras de cuervo, con las mismas togas y los mismos armiños, con las mismas caras y los mismos gestos que Daumier inmortalizó, y que él mismo consideraba como fantasmas del pasado. La judicatura, si bien es más lenta y menos segura que los « molinos de Dios », en los grandes torneos verbales de « éloquence judiciaire », puede trabajar bajo

los reflectores de la publicidad, que coloca al gran abogado al mismo nivel que las lumbreras de la literatura, del teatro y del cine ; pero los consejos supremos que fiscalizan al propio Estado — su legislación, sus finanzas y sus relaciones con el individuo — quedan sustraídos a las miradas del vulgo, y ningún soplo de aire viene a agitar el polvo venerable de los siglos que los cubre. El Consejo de Estado no titubea en interpretar una nueva ley aprobada por la Asamblea Nacional, sobre la base de las proclamaciones o del reglamento de policía de Francisco I o de Luis XIII ; y al reglamentarla de este modo, dirige la innovación propuesta por los conductos seculares. Hasta los años que precedieron inmediatamente a la guerra, el Tribunal de Cuentas llevó los libros de la República con la misma complicación de papeles, las mismas plumas de ave y la misma confusión de libros que la Cámara de Cuentas del último Capeto ; y sólo descubrió las máquinas de escribir y de calcular a partir de la segunda guerra mundial.

*

La vida gris y pobre de la mayoría de los pueblos y de las ciudades de provincia de Francia, cuya arquitectura lleva los testimonios de la vitalidad y de las grandezas pasadas, es la obra de esa burocracia centralista. Ella ha trazado el mapa de las carreteras y de los ferrocarriles de Francia, para formar una tela de araña centrada en París, y todo, hombres, productos y energías, queda apresado en esta red. Ha agotado el país y ha arrastrado la fuerza vital hacia la capital.

Apenas existe una empresa, grande o pequeña, que no se considere obligada a mantener, a costa de gastos enormes, una oficina central en París, el lugar de prestigio, de las relaciones útiles, y al mismo tiempo, donde los contactos personales inevitables con los cuerpos administrativos permiten llegar a desenredar la terrible maraña burocrática. Hasta la agricultura de este país de campesinos se ha orientado hacia París ; y cuando no puede establecer relaciones con la « red de París », se fosiliza como una

economía de aldea arcaica y cerrada. Más de la mitad de la renta nacional de Francia se halla concentrada en nueve departamentos, una décima parte del país, centrados alrededor de París ; los mismos nueve departamentos que durante el siglo pasado monopolizaron todo el aumento de la población de Francia, incluso el aportado por la inmigración, mientras que el resto del país se ha ido despoblando gradualmente, desde la segunda mitad del siglo XIX.

Para todos los fines prácticos, la mitad de Francia se halla excluida del sistema moderno de mercados, en donde no está representada ni como país productor, ni como país comprador. Francia, tierra de campesinos por excelencia, carece en absoluto de una organización de mercados provinciales. El mercado para los productos agrícolas es ese monumento de la permanencia, más asombroso que las reliquias administrativas tradicionales, que se llama « Les Halles » de París, ese congestionado, desbordante y pintoresco vientre de París, situado de manera fantástica en el centro de la gran ciudad, cortado de todo sistema ferroviario, rodeado de estrechas callejuelas, en las que se atascan los camiones y las carretillas. En una vasta zona alrededor de « Les Halles » las arterias del tráfico están abarrotadas de vehículos que transportan montañas de cajas, de banastos y de reses muertas, procedentes de la estación y del matadero. Las frutas, formando altas pirámides, inundan todas las calles inmediatas. Cada noche, un distrito entero de la ciudad queda transformado en un basurero de pescado, de sangre y de restos de vegetales en descomposición. La capacidad de los depósitos es tan insuficiente que, en los meses de calor, una cuarta parte de los alimentos allí acumulados se avería.

Pero este lugar es sagrado. Aquí tenía ya su mercado, en el siglo XII, la pequeña ciudad de los Capetos ; aquí construyó Napoleón III las naves del mercado actual que, como muchas antigüedades francesas, fueron obras maestras a la vanguardia de la técnica, maravillas de la época de las primeras armazonas de hierro. Durante el siglo que siguió al Segundo Imperio, se logró ampliar las instalaciones exactamente

en una quinta parte, porque ya no quedaba más espacio disponible. Entretanto, la obra de vanguardia del pasado se ha convertido en un arcaísmo y en una ridiculez económica, y constituye tal vez la herencia más absurda que los siglos de centralización han legado a Francia.

El transporte, desde cualquiera de las estaciones de París hasta el mercado central de « Les Halles », cuesta más caro que desde el rincón más apartado del Sudeste de Francia hasta la capital ; es más, la caja de tomates de Cavaillon, la lechuga de Perpiñán y la col de Bretaña, no sólo deben recorrer todo París, sino también atravesar las angosturas del centro de la ciudad ; deben realizar el viaje de 700 y hasta 1.400 kilómetros, con cinco transbordos, desde el tren al camión, de éste a la carretilla, hasta el mercado central, y regresar en la misma forma al tren, trayendo además consigo la suciedad y la podredumbre de « Les Halles », para ir a parar a Burdeos o a Lille, que están a 300 ó 400 kilómetros de distancia de su región de origen. Las transacciones en la confusión nocturna de este centro fantasmagórico escapan a todas las posibilidades de una estadística detallada, pero se estima, en general, que un tercio, si no la mitad, de los productos traídos de provincias, se reexpiden cada día a otras provincias, con el gravamen de los gastos inútiles de carga y descarga y de las ganancias de los intermediarios de ese depósito.

Aquí es donde de desliza el margen exorbitante entre los precios excesivamente bajos que se pagan al productor y los elevadísimos que paga el consumidor en Francia. Todas las tentativas para establecer una reglamentación inteligente de los precios son rechazadas por esta fortaleza inexpugnable. En el otoño de 1952, un intento de transportar una parte, por lo menos, del comercio de « Les Halles » a los modernos y espaciosos almacenes de la zona que rodea las estaciones de llegada de los trenes del Sur, y donde podrían efectuarse las operaciones con la mitad del personal y la mitad de los gastos, fracasó por haber interpretado el Consejo Municipal de París el texto de las antiguas leyes al pie de la letra, y

una vez más quedó legalmente confirmado el monopolio de « Les Halles » que data de más de siete siglos. Porque el mercado central no es solamente una instalación comercial — ya que su carácter absurdo y oneroso ha sido indiscutiblemente reconocido hace muchos años, sino una institución. En ese terrible y estrecho laberinto, cada función, cada posición, cada mesa y cada banco, cada estante y cada pie cuadrado de pavimento sobre el que cabe un banasto, ha sido concedido a lo largo de generaciones a una oligarquía de explotadores, comerciantes, agentes, intermediarios, corredores, tasadores y mozos de cuerda, cada uno de los cuales exige por su parte una contribución, que si bien es totalmente innecesaria, le corresponde por derecho tradicional.

*

Esta estructura administrativa ha marcado con sus huellas el carácter de la burguesía francesa más profundamente de lo que ésta haya podido afectarla al cabo de los 150 años transcurridos desde la Revolución. Porque el Tercer Estado, que en 1789 se proclamó a sí mismo representante de la nación, no era una reunión de industriales y comerciantes, y menos aún de campesinos y artesanos ; lo constituían casi exclusivamente hombres de leyes — jueces, abogados, notarios, consejeros — adiestrados y madurados en el informe aparato judicial que la monarquía había montado en Francia y que, desde la época del establecimiento y distribución, en número sin cesar creciente, de empleos y regalías, se había convertido en la fuente normal de ingresos para el antiguo régimen, complicado hasta el absurdo con altas comisiones y organismos parasitarios. Esta clase social de la cultura, esas « gens de robe », desdichadamente comprimida entre la aristocracia y el estado llano, y profundamente unificada hasta en sus caprichos y extravagancias, suministró casi todo el personal político de la Revolución francesa.

El hecho de que los burócratas leguleyos se hayan apoderado del aparato del Estado es una característica casi tan fundamen-

tal de la Revolución, como el de haberse apoderado de la tierra los campesinos. Por otra parte, el mercantilismo del antiguo régimen fué el que creó la burguesía como clase social. Las grandes fortunas y las dinastías familiares, que son tan típicas del desarrollo económico de Francia, se fundaron en la posesión de los cargos del Estado, o se ganaron patrocinadas por éste — en las manufacturas y monopolios reales, los arrendamientos de las contribuciones, los contratos del ejército y otras actividades del Estado; pero sobre todo en las grandes operaciones financieras emprendidas en nombre de la Corte —, operaciones que durante el siglo XVIII se convirtieron en un saqueo de los bienes del pueblo, organizado por el Estado. Esta tradición del mercantilismo es la que convirtió cada actividad económica importante en un empleo públicamente protegido y generalmente acompañado de la dignidad de ministro, y que tanto dificultó en Francia el nacimiento de la pequeña empresa privada y del verdadero « espíritu del capitalismo ».

*

El cuadro que acabamos de trazar de una historia administrativa esencialmente armoniosa e inmovible, y con un presente determinado por dicha historia, representa una gran parte de Francia, pero no todo su ser, ni mucho menos el conocimiento consciente de sí misma. Mejor dicho, es simplemente una tela de fondo para este conocimiento, que es la prehistoria de lo que cada francés considera su historia verdadera y que empieza en 1789, con una pasión súbita y arrolladora. Todo lo sucedido con anterioridad a dicha fecha se considera como un libro de leyendas. Al principio, las imágenes son amarillentas y pálidas: Vercingetórix y Clodoveo; Carlomagno, el gran antepasado, y Hugo Capeto, el fundador de la dinastía; San Luis, administrando la justicia bajo la encina; Felipe el Hermoso y los relatos de horror de la Torre de Nesle. Después, las imágenes se van haciendo más claras, más animadas, lo mismo que cuando volvemos las páginas de un álbum de familia, y aparecen las fotografías más recientes.

Hasta que, con la reunión de los Estados Generales en Versalles, apunta ya en el horizonte el presente inmediato, agitado y febril. A partir de este momento, desfila una sucesión interminable de escenas dramáticas, en las que el pueblo desempeña ya un papel en la lucha entre la luz y las tinieblas, la libertad y la tiranía, la razón y la sinrazón; en la que asalta la Bastilla, levanta barricadas, grita « vivas » y « mueras », con el mismo ritmo con que suben y bajan las mareas, entre las victorias generosas y las sangrientas derrotas.

Después de 1789, el tiempo ya no se cuenta por siglos, decenios o años, sino por días, días que corresponden a la biografía personal de cada francés y que se invocan en todos los discursos y manifiestos, sin necesidad de añadir el número del año. Todo el que no ha crecido en medio de esta historia, y no conoce estas fechas como las de los aniversarios de sus próximos parientes, se siente algo aturdido cuando en una reunión pública se invita a los nuevos señores feudales a hacer su 4 de agosto, cuando se invoca el espíritu del 10 de agosto, o cuando se hace un llamamiento al pueblo para defender la República contra un nuevo 18 Brumario o un 2 de diciembre, un 16 de mayo o un 6 de febrero. En estas ocasiones, se tiene la impresión de que se trata de miembros de una misma familia que discuten sus experiencias personales, una familia que durante seis generaciones no ha enterrado a ninguno de su progenie.

Y es que todas estas fechas no representan recuerdos históricos, sino la actualidad inmediata. Siempre que cada pocos meses se declara a la República en peligro y se organiza la « defensa de la República », se siente que lo que está en peligro y se va a defender es algo muy distinto de la forma parlamentaria del Gobierno, que durante siete años — salvo en algunos círculos románticos y salones aristocráticos — no ha sido discutida por nadie, ni por ninguna causa, a no ser por la de su propia impotencia. La República que siempre está amenazada, porque nunca se ha realizado, es la de los principios del 89, de los derechos del hombre, de la libertad, la igualdad y la fraternidad, de la Razón y la Virtud, es la obra que dejaron sin termi-

nar los antepasados, ante cuya magnífica concepción, todas las repúblicas efectivas aparecen como débiles parodias. La gran Revolución y todas las pequeñas que la siguieron dejaron tras de sí, como una herencia, el mito de la Revolución inacabada que, una y otra vez, impugna la legitimidad de cualquier régimen existente. De este modo, la gran epopeya nacional se representa en formas y fórmulas que apenas tienen relación con el presente y sus problemas, pero sí la tienen extraordinaria con los grandes y emocionantes recuerdos. La historia se ha convertido en ideología pura, es la ideología revolucionaria de un país conservador, que está en constante paradoja.

Es evidente que el credo jacobino del partido radical socialista, por ejemplo, ese pilar de la Tercera República y tal vez de la Cuarta, de los notables que penetran en las asambleas locales o nacionales, con rótulos tales como republicanos de extrema izquierda o socialistas independientes, ya no asustan a nadie. No obstante, todos pretenden ser hijos de la Revolución, y desde el inofensivo radical, hasta el comunista omnipresente, pasando por el sacristán ilustrado de Clochemerle, sólo existen grados de una sola y misma filosofía de la vida. Herriot y Cachin, Daladier y Thorez no tienen dificultad para encontrar un lenguaje común; y es un hecho que amplios grupos de electores, especialmente en el Sur, donde se emborrachan de elocuencia, desde los radicales a los comunistas, han votado en un solo bloque, sin darse cuenta siquiera de la distinción que existe entre ellos, confusión que parecería imposible entre los liberales y los comunistas de otros países. Pero Francia no tiene una tradición liberal, y su práctica del liberalismo es en realidad una aceptación tácita e imprecisa — una traición o una corrupción, como dirían los jacobinos — de la ideología revolucionaria. La realidad y la retórica corren juntas, pero nunca se encuentran.

« La Révolution est un bloc. » Esta frase famosa de Clemenceau ha pasado a ser el credo de los políticos y escritores franceses, así como de los profesores de Historia; éstos no quieren conseguir nin-

guna derogación del gran mito, que se transmiten de generación en generación, entero y sin digerir. Una parte de este « bloc » es la revolución tal como la exaltan todos los portavoces oficiales de la República y todos los oradores revolucionarios de la izquierda; la Revolución que proclamó los derechos del individuo, los derechos del hombre, la soberanía popular, la libertad y la igualdad, y que barrió todos los derechos feudales, los privilegios de clase y muchos antiguos abusos e inmoralidades. La otra parte es el curso frenético de esa Revolución, que nunca se atrevió a llevar a la práctica los derechos humanos, ni la soberanía popular; que creó docenas de instituciones modelo y jamás las puso en vigor; que empezó asaltando una Bastilla vacía, y continuó llenando las otras cárceles del país hasta la saturación; que industrializó el proceso de la convicción y la ejecución; que fué la primera en crear la « Democracia del Pueblo » del Terror y de la unanimidad obligatoria, de los delitos ideológicos y de la delación como deber supremo del ciudadano; que proclamó la liberación de los pueblos y cubrió a Europa de Estados satélites regidos y saqueados desde París. Y sin embargo estas dos partes de la Revolución forman « una e indivisible », como la República misma; deben ser aprobadas o rechazadas en « bloc », y las convicciones republicanas se demuestran con este Sí o este No omnímodos.

*

La estructura estatal fosilizada del absolutismo y la ideología fosilizada de la República jacobina son partes de la misma herencia histórica, y ambas están igualmente alejadas de la democracia liberal. Existen muchas razones para la influencia comunista en Francia; pero el hecho de que el comunismo haya podido aclimatarse tan bien en el mundo ideológico de la izquierda francesa y ésta aparezca tan naturalmente como su heredera legítima, no es un misterio, ni siquiera un problema, porque tienen el mismo origen. Como ideología, el comunismo no tiene sus raíces en el movimiento de la clase obrera, sino en la utopía jacobina; e incluso la combi-

nación que presenta el Partido Comunista francés de chauvinismo y de subordinación a Rusia se puede explicar perfectamente como una proyección: la gran Revolución, que empezó hace 150 años en Francia, y quedó inacabada, se ha terminado en la Unión Soviética; allí está instalada ahora la verdadera república y, aun cuando los informes de la propaganda anti-comunista fueran exactos, no podrían alterar la fe de los que en la escuela se familiarizaron con la dictadura del Comité de Salud Pública y el reino del Terror, como símbolos de vigilancia republicana. En el mundo de las abstracciones ideológicas y de los libros de imágenes románticas de la historia en que vive la izquierda francesa, la revolución bolchevique no es sino la última y más perfecta de todas las revoluciones gloriosas de Francia; y todas las discusiones sobre ella apenas tienen más valor que cualquiera de esas disputas retrospectivas de familia entre girondinos y montañeses, partidarios de Dantón y de Robespierre, « communards » y hombres de Versalles, que todavía son combatidos apasionadamente por historiadores e idealistas, y que, no obstante, sólo representan matices de opinión en el seno de una familia republicana única. Aquí tampoco se puede trazar una línea divisoria, sin que se tambalee todo el mundo envenenado de la mixtificación revolucionaria, un mundo sin el cual no es imaginable la vida política de Francia, del mismo modo que no lo es su vida de sociedad sin su vino.

Así sucede que este país, profundamente conservador, no tiene ningún partido de esta denominación. Y esto no es mera idiosincrasia de nomenclatura. La verdad es que en los debates de la vida política francesa nadie ha experimentado nunca la necesidad de ese mínimo indispensable de discusión seria y objetiva, de discriminación entre lo que es factible y lo que no lo es, de respeto para sus adversarios, de moderación en el tono y de sentido de la responsabilidad, sin lo cual un Estado democrático no podría sobrevivir, si los asuntos nacionales estuvieran realmente determinados por los argumentos políticos.

Pero, en el mejor de los casos, lo que se determina en esas batallas reñidas con

tanta pasión es un cambio de ministros en París. La irresponsabilidad de esas polémicas políticas va pareja con su ineficacia. Las decisiones prácticas, desde el presupuesto de la menor aldea pirenaica hasta la distribución de los fondos del presupuesto nacional o el gobierno de un imperio mundial, son cuestiones que incumben a una jerarquía administrativa, virtualmente aislada de todas las fluctuaciones políticas. Y aun cuando esta administración acepte alguna vez, bajo la presión del Parlamento, un acuerdo con el ministro, puede permitirse aguardar que el ministro desaparezca con todas sus nociones, y venga a sustituirle otro más flexible.

Tomemos un ejemplo: toda la legislación social del torbellino radical socialista de principios de siglo, que fué aprobada por el Parlamento, firmada por los ministros responsables y publicada oficialmente con fuerza de ley, ha dormido en los archivos durante treinta años, hasta que al fin cayó en el olvido, sin que se haya intentado nunca ponerla en vigor; es decir que no llegó nunca a la fase de aplicación administrativa. El ministro puede conceder favores, dedicar una atención especial a los intereses de sus electores o de los electores de sus amigos más inmediatos en el Parlamento, recomendar subsidios o establecer contratos; puede distribuir, en particular, generosamente, varios centenares de cintas de la Legión de Honor, que la lista anual de honores de su Ministerio pone a su disposición; eso es todo lo que le consiente el reglamento del juego parlamentario. Pero no le está permitido llevar a cabo una política personal, que por lo demás, no podría ensayar por falta de tiempo. La función principal de los ministros sucesivos es actuar de estabilizadores entre el Parlamento de « extrema izquierda » y el Estado de « extrema derecha »; y un buen ministro, respetado por su rectitud es el que — invirtiendo el principio constitucional que le considera como el ejecutor de la voluntad del pueblo representado en el Parlamento — se convierte en el portavoz y defensor de los funcionarios competentes de su Ministerio, contra la incompetencia y la demagogia del Parlamento. Pero lo

mismo da que sea bueno o malo, flexible o recalcitrante, su papel de estabilizador le agotará pronto ; el desgaste de los gobiernos es una parte del precio de este sistema, en que el poder ejecutivo se ve ineluctablemente aplastado entre un Parlamento que se considera como el Gobierno y una administración que se estima, sin tener derecho para ello, como el Estado.

Durante los setenta años de República, puede decirse que Francia no ha tenido nunca una mayoría eficaz en el Parlamento, ni una coalición gubernamental que pudiera ponerse de acuerdo, por lo menos, sobre los principios de una política coherente ; como tampoco ningún Gobierno ha dado tiempo para elaborar y presentar una política de esta clase. Francia no está gobernada, sino administrada ; y precisamente, la aparente inestabilidad política es la garantía de la estabilidad y de la inmortalidad del Estado administrativo. Gracias a esta división del trabajo, la política puede llegar a ser sin peligro el campo de batalla de la ideología, de la abstracción, de los extremismos, del alboroto y de la demagogia. Nada de esto afecta a la existencia de Francia en tanto que Estado. La actividad política se anula por sí propia. La condición previa, lo mismo que el resultado de la destemplanza retórica, es que la máquina no funcione.

*

Pero existe otro aspecto de la elevación del debate político hasta las regiones de la ideología pura. Ni el pueblo de Francia, ni sus hombres políticos, aun cuando admiren la elocuencia tradicional jacobina, están en absoluto constituidos por idealistas exaltados. El ciudadano francés se halla armado de un saludable escepticismo y de un realismo calculador. Tiene perspicacia e intuición para distinguir los principios de la realidad práctica. Pero ni es partidario de los principios ni de la práctica. Lee cada día su periódico, sin creer una palabra de lo que dice, y después de saborear su prosa durante años, es muy capaz de votar en contra de todas las opiniones del periódico. Pero el hecho de desconfiar, en principio, de todas las informaciones, no hace más dignas de

crédito las suyas propias. A veces con razón y otras sin ella, considera a los políticos que aparecen ante él para solicitar su voto como payasos ambiciosos, si no es algo peor ; pero aunque esta apreciación sea axiomática, no contribuye a sanear el ambiente político.

La frase según la cual el ciudadano francés tiene el corazón a la izquierda y la cartera a la derecha, es probablemente exacta. Sin embargo, no es fácil saber si, con el tiempo, su cartera se encuentra en mejores condiciones que su corazón. Una transacción entre ambos — combinando la generosidad del principio con la mezquindad de la práctica — no produce el equilibrio, sino la tergiversación. En realidad, lo opuesto a una ideología de altos vuelos, está representado no por la conciencia cívica de un realismo conservador, sino por una caterva de intereses particulares, locales y mezquinos, cuya despreocupación por el interés general de la nación es, si fuera posible, más radical aún, y tiene indudablemente mayor alcance que la demagogia política más desenfadada.

En el Parlamento, a medida que la ideología pasa de los bancos de la izquierda a los de la derecha, se va haciendo más insípida, y la representación de los intereses particulares, más fuerte y concentrada. Pero esto no son más que proporciones y no líneas divisorias. Es cierto que los representantes de los grandes grupos financieros e industriales han preferido ocupar por tradición el « centro izquierda » de la Cámara, ese pequeño grupo selecto y extraordinariamente impreciso, que a lo largo de la historia de la Tercera República, y a pesar de su escaso número, ha mantenido el equilibrio parlamentario y ha constituido una cantera inagotable de ministros. Sin embargo, los campeones de los intereses de los productores de vino, del alcohol como combustible, del cultivo de la remolacha, de los tenderos o del transporte por carretera se hallan distribuidos entre todos los bancos y partidos, desde la izquierda a la derecha, y su invencibilidad se debe al carácter indeterminado de su organización y al hecho de que su solidaridad queda estricta-

tamente limitada a los intereses particulares de sus clientes, intereses que están desprovistos de cualquier otra norma económica o política, y que se pueden defender con la más completa irresponsabilidad. El diputado puede llevar el corazón a la izquierda y la cartera a la derecha con la misma facilidad que cualquier otro ciudadano ; y el radical tradicionalista que reclama en el mismo pasaje retórico la soberanía de la nación y del individuo, la libertad de empresa, la protección para el comercio al por menor, la reconciliación de las naciones, la frontera del Rin, un presupuesto equilibrado y, sobre todo, subsidios del Estado para el consumo del alcohol y la adquisición pública de los excedentes de vino, es probable que no haya advertido la incoherencia de su filosofía.

*

Cuanto más limitada y fragmentaria sea esa representación de los intereses particulares, menos probable será el que se pueda poner en contacto, no digamos en conflicto, con los grandiosos principios profesados. Salvo en raras excepciones, nunca se trata de defender sistemáticamente intereses de grupos que están organizados con carácter nacional, o por lo menos concebidos sobre una base nacional, ya que tal defensa exigiría por lo menos una determinada amplitud de miras y de política. Al contrario, cada diputado, cualquiera que sea el partido a que declare pertenecer y cualesquiera que sean las opiniones generales que sustente, defiende los deseos de sus electores locales y, especialmente, los de las personalidades influyentes que figuran entre ellos, por separado, caso por caso y sin relacionarlos entre sí. A este nivel no se producen jamás conflictos de conciencia entre un entusiasmo ardiente por el progreso, en general, y el mantenimiento artificial de todos los privilegios tradicionales, en particular.

La Constitución francesa no comprende ninguna disposición relativa a la representación de los diferentes distritos por los diputados respectivos. En teoría, cada diputado representa una sexcentésima parte anónima de la nación, que es una e

indivisible. Pero, precisamente, esta extrema centralización y la supresión de toda autonomía, de toda autodeterminación local y regional, no ha dejado a los intereses locales otro medio para exponer sus opiniones que el Parlamento nacional, donde vienen a embrollar los problemas generales de la política de la nación, cuando sería más práctico resolverlos en parlamentos provinciales. Si París, por medio de sus Prefectos y Subprefectos, domina la política local hasta los más remotos confines de las provincias, ¿ qué otra solución tienen los habitantes de las aldeas sino llevar sus problemas locales a París, valiéndose de sus diputados ? Como consecuencia de ello, el Parlamento de la República, Una e Indivisible, se transforma en un mosaico de seiscientas disputas, tan pronto como el debate pasa ocasionalmente de las nobles parrafadas sobre las cuestiones de principio a los problemas corrientes de carácter económico, administrativo y financiero.

La política y la legislación que son el fruto de este proceso tienen una incoherencia que no es efecto de la conspiración de nadie, ni siquiera de ese grupo que constituye el blanco de la elocuencia radical, las « doscientas familias », y que obsesiona la imaginación popular como si fuera el origen de todos sus males. Este perpetuo cambio de las constelaciones tiene como consecuencia inmediata la formación de coaliciones y de combinaciones de campanario, miopes e incongruentes, lo que da lugar a que cada problema de la economía francesa se trate sin amplitud, trozo a trozo, día por día y caso por caso, hasta llegar indefectiblemente a la línea de menor resistencia. Este espíritu es el que ha defendido todas las « situaciones consagradas » contra las alteraciones que impone la técnica moderna ; ha distribuido los subsidios y las garantías del Estado a todas las ramas de la industria que ven amenazado su sistema rutinario ; ha transferido los déficit y los excedentes de producción a las cargas públicas y ha defendido tenazmente un sistema fiscal arcaico, que se ha convertido para la mitad de la población en una exención virtual de los impuestos, a cambio de doblar las exacciones de la otra mitad.

De todas estas transacciones de « quid pro quo » no ha surgido jamás una norma de carácter general. Gracias a la importancia que la mayoría de diputados concede a los distritos rurales, « los intereses de los campesinos » han sido siempre sagrados ; las exoneraciones de impuestos de que goza la agricultura — lo mismo que las profesiones liberales de donde salen las personalidades dirigentes de las pequeñas ciudades y de los pueblos, de las organizaciones políticas y los propios diputados — han sido siempre inviolables ; la protección a los agricultores y un sistema abusivo de subsidios se han precipitado en ayuda de las explotaciones más atrasadas e improductivas. Con todo este charlatanismo remunerativo para los electores y económicamente ruinoso, la Tercera República no ha desarrollado, ni siquiera proyectado un programa agrícola coherente, y ha permitido impávida que la mitad de la agricultura del país se arruine, degenere y se desintegre. Y se advierte la misma falta de previsión en sus entusiasmos por la asistencia social. El famoso sistema de protección a los inquilinos, al cabo de un período de treinta años, ha dado por resultado la ocupación casi gratuita y garantizada contra toda expulsión de viviendas y casas por inquilinos establecidos en « permanencia » ; la depreciación de las inversiones francesas en bienes inmuebles ; una nueva generación casi desesperada por falta de viviendas, para constituir un hogar, símbolo de una mentalidad que protege descaradamente los intereses particulares y carece totalmente de comprensión para los hechos concomitantes y sus consecuencias. El modo que tiene el Parlamento de trabajar al día, como una « Cámara de Intereses », puede reducirse a una fórmula sencilla, o mejor dicho, simplista : aprobar los gastos y rechazar los impuestos. Curiosa subversión del origen

y de la razón de ser de las instituciones parlamentarias.

La práctica parlamentaria se ha adaptado exactamente a la esfera limitada, dentro de la cual el Estado administrativo permite cierta libertad de acción a los gobiernos que se van sucediendo ; no la libertad de proponer, y mucho menos de llevar a la práctica un programa político coherente, sino la libertad de otorgar a los grupos de electores privilegios, concesiones, ascensos, condecoraciones, una atención especial para sus asuntos particulares, en una palabra, unas cuantas migajas, grandes o pequeñas, de la mesa, de la economía nacional. Y en vista de que, en efecto, constituye parte de las atenciones y deberes del diputado por el departamento de la Creuse arrancar al presupuesto de la República el empleo de un guardabosque para el pueblo de Chénérailles-en-Combrailles, esto le deja muy poco tiempo para examinar más detenidamente los complicados problemas de política general. Para ello habrá de contentarse con el alegórico tesoro de las certidumbres ideológicas y de los cuadros históricos. ¡ Dejemos a los expertos el cuidado de resolver estas cosas definitivamente ! El político corriente, lo mismo si pertenece a la « derecha » que a la « izquierda », o en el caso más favorable, al « centro » que coquetea con los otros dos, tiene capacidad para defender, alterna o simultáneamente, las opiniones más contradictorias, con el mismo fervor y la misma elocuencia. Y esta capacidad sólo es comparable con la de su auditorio para aprobar a todos ellos con entusiasmo igualmente sincero.

Después de todo, dicen guiñando el ojo, ya sabemos lo que es eso.

HERBERT LUTHY

La unidad de Europa y los nacionalismos

POR OLDEST

DEBEN constituir los nacionalismos o constituyen en realidad un insuperable obstáculo a las consecuencias políticas que pueden y deben derivarse de la unidad de Europa ?

Los elementos directores del Movimiento europeo, en todas sus diversas manifestaciones, con mayor convicción cuanto más amplia y profunda es su visión del problema, no lo creen : y por ello no se les puede acusar de dejar margen a las confusiones. Pero, no falta en muchos países en que la cuestión más apasionadamente se discute, quien con ingenuas propagandas que resultan imprudentes, o buscando adrede el confusionismo, llegan a producirlo con el inocente señuelo de ventajas no precisadas de posibles unificaciones de hecho, que otros interpretan como atentatorias a las respectivas culturas e indiosincracias nacionales. Temores quizás de poca trascendencia en los grandes países europeos. Peligrosos en los países de peso específico menor que en el conjunto habrán de tenerlo, y de importancia, en la Europa futura.

El peligro en este punto procede de la confusión que precisamente constituye su antecedente acerca de lo que por nacionalismo debe entenderse. ¿ No tendrá alguna utilidad empezar por hacernos cargo de lo que se quiere decir, al usar esta palabra ?

El nacionalismo

De unos años a esta parte, se vuelve a hablar insistentemente de nacionalismos. Es imposible leer la información extranjera o los comentarios de política internacional de ningún periódico bien informado, sin leer cuatro o cinco veces en cada número las palabras *nacionalismo*, *nacionalistas*.

A veces, se les achaca la culpa de las dificultades que retardan o hacen imposibles reali-

zaciones de ideales, que se juzgan generosos, y que tropiezan con reales o supuestos egoísmos nacionales. Para algunas personas, tienen la actualidad que les dan las luchas violentas que en algunos países se sostienen entre elementos yuxtapuestos o sobrepuestos. Nótese que en general se habla de nacionalismos concretos : en esta o aquella parte del mundo. En cambio, no es frecuente la referencia al nacionalismo como una idea superior, por encima de la anécdota, que la hoja cotidiana menciona y a veces juzga con la superficialidad de la apreciación improvisada.

El nacionalismo se puede sintetizar. En el tiempo y en el espacio, en el transcurso de los años, y en la amplia extensión de la tierra habitada, se observan manifestaciones de un espíritu especialísimo. Son diferentes unas de otras, en la forma concreta, pero cabe atribuirles una esencia común. No tienen, en general, relación alguna entre ellas, cada una de por sí, ansiosa de soluciones propias ; pero, aunque escape a la fugaz percepción de mucha gente distraída, no cuesta mucho comprender, que unas y otras manifestaciones, tan y tan separadas, deben tener una razón especial común.

Y no obstante, es frecuentísimo que se hable de nacionalismo, sin haberse hecho de él un estudio general y menos aún, de las complejidades que a veces, excesivamente, presentan sus casos concretos. De aquí provienen en una parte considerable las dificultades que a muchos asustan en el planteamiento de problemas internacionales. Por esta razón, después de parecer desaparecido del primer plano de las grandes cuestiones que agitan la opinión internacional, reaparece el nacionalismo en la preocupación de los pensadores, siempre naturalmente tentados por la obsesión de los problemas permanentes. Y en la de los hombres de Estado y en general de todos los hombres políticos, a la

fuerza obligados a ocuparse y a conocer lo que un día u otro han de intentar resolver.

Reconociendo el gran valor de la política americana, nadie podrá negar que una de sus pocas fallas tiene su origen en el relativo desconocimiento en que ha vivido, y en parte aún vive, del factor nacionalista en regiones inmensas de los grandes continentes a que llega su acción poderosa. Después de su independencia, los Estados Unidos no han tenido en su casa problema nacionalista alguno. Los norteamericanos presumen, y con razón, de no tener prejuicios nacionalistas. Su propia nación se ha formado con aluviones inmensos de gentes de todas las razas, de todas las nacionalidades, de todas las religiones y culturas, y en su horno inmenso han podido fundirse creando su propia nacionalidad en una amalgama impresionante de elementos distintos. Pero esto mismo que constituye su fuerza, ha hecho que de momento a lo menos — y en estas materias, los momentos tienen duraciones muy largas — no hayan tenido la facilidad de comprender y sobre todo de aquilatar el valor de los nacionalismos ajenos.

La falta de esta facilidad, se nota a menudo, en la política americana en sus rozamientos con otros pueblos, así en Europa como muy especialmente en Asia, donde, dicho sea en su descargo, es preciso reconocer la enorme dificultad del tratamiento de los nacionalismos. Y quizás también en América. La dirección en general es buena, pero a menudo adolece de olvidos de los nacionalismos de otros pueblos, grandes o pequeños. Y en las complicaciones internacionales, los pequeños son a veces tanto o más peligrosos que los grandes. Con la preocupación de la economía, y el fomento de la riqueza propia y aun del generoso deseo de fomentar la ajena, se prescinde a veces de los sentimientos. Hay algo en el mundo, además del dinero. Los individuos y los pueblos, a pesar del deseo vivo del enriquecimiento, tienen una sensibilidad, que no se puede tocar sin grandes miramientos. Y en América como en Europa, como en Asia, como en Africa — novísima fuente de quebraderos de cabeza para todos — la sensibilidad se traduce en manifestaciones que con razón o equivocadamente reciben su nombre del nacionalismo. Y el político y el publicista americano se encuentra a menudo con la novedad de unas dificultades procedentes de una fibra sensible, cuya existencia no presumía, o había pensado poder suavizar fácilmente a fuerza de dólares.

Hay algo con que hoy se cuenta poco en el gran juego internacional. Además del factor económico, y del factor militar, pilares uno y otro de la efectiva independencia de los Estados, hay que contar con los sentimientos nacionales de cada pueblo. Y los sentimientos nacionales no son más que la máxima expresión del nacio-

nalismo. Todo hombre de Estado, en funciones o en aspiraciones, reconoce la interdependencia de los tres grandes factores. Pero la máxima capacidad del dólar, como supremo símbolo del factor económico, y el máximo prestigio de la bomba atómica, símbolo altamente significativo del factor militar, y en un sentido más superior aún, del factor técnico, a menudo dejan excesivamente arrinconado el factor sentimental, simbolizado en esta palabra, aludida casi despreciativamente, de nacionalismo. Esto, irradiándose a toda la prensa y a toda la política universal.

Pero hoy en todos los países, hay quien piensa por sí mismo, observa las equivocaciones y estudia la posibilidad de las enemistades. Y no por vía de rectificación aparente, en contraproposiciones de amor propio, sino en aceptación de la lección que dan las claras realidades, se empieza a comprender el valor de los sentimientos nacionales de los demás, otra vez, en un plano de general interés. Y así, reaparece el interés por el nacionalismo en dos aspectos. Por una parte, como factor que dificulta la realización de determinados ideales. Y por el contrario, como factor de incógnita importancia efectiva en la gran lucha, fría aparentemente hoy, desgraciadamente con posibilidades de ser mañana muy caliente, en sangre, entre la civilización y el poderío cristiano-occidental y la civilización y el absolutismo de Oriente.

Porque los nacionalismos existentes en Europa, si fuesen mal juzgados y erróneamente combatidos, podrían convertirse en rémoras difíciles para la unión de todos los países europeos. Si se dejara de apreciarlos en su exacto valor; de suavizar la exageración de sus sentimientos y de utilizarlos como fuerzas activas, en hábil acomodo y justo reconocimiento de sus derechos, pueden caer bajo la explotación habilidosa de los que son maestros en utilizar, dó quiera, los elementos negativos que perciben. En cambio, todos los nacionalismos que realmente existen — no es nacionalismo todo lo que a sí mismo se da este nombre — pueden ser los más eficaces sostenedores de la gran fuerza espiritual europea, impulsora y mantenedora de la gran unión que se desea.

El factor nacionalista y la unidad de Europa

Esta importancia aparece en dos sentidos, uno que puede llamarse negativo y otro de gran valor positivo.

Es el primero el que llama la atención en mayor grado, al observador superficial. A cada paso que se da, en la obra de Unión de Europa, se tropieza con obstáculos, que se atribuyen a los nacionalismos. Se trata del estrechamiento

de lazos económicos, y al surgir las defensas de los que temen ser perjudicados, se habla enseñada de los egoísmos nacionales. A estos asimismo se atribuyen las preocupaciones que a veces tienen los elementos militares, ante las organizaciones que se proponen de las fuerzas armadas de Estados distintos, con la gravedad de los problemas de mando, de organismos, de ordenación de armamentos, etc., que en su enorme complejidad, tienen algún derecho a que sobre ellos se mantengan opiniones diversas. A los mismos supuestos egoísmos, se atribuye la resistencia de este o aquel Estado a la dejación de sus funciones concretas, en ciertos casos.

En gran parte, se trata de dificultades que mejor se atribuirían a los Estados que a las naciones mismas. En todo caso, es preciso hacerse cargo de que los intereses creados no se dejan sacrificar fácilmente, si tienen alguna fuerza. En parte, además, tienen ciertas razones a su favor. Todos los organismos se han creado y se han desarrollado y ejercen sus funciones, con sujeción a planes y expansión de idealidades que se han creído justas. Todo país, por otra parte, tiene su economía propia. Los Estados, en el ejercicio de su función de representación nacional, no pueden abandonar de cualquier manera la riqueza de su país. Los economistas demostrarán, en ocasiones, que ésta o aquella fuente de riqueza, que se cree en peligro, saldría por el contrario beneficiada con determinados acuerdos; y es posible que tengan razón. Pero también puede suceder que se equivoquen, y los meramente prácticos acierten mejor que los científicos. Pero todo ello demuestra que no es que los intereses nacionales deban estar, ni estén, en contradicción forzosa con la idealidad europea; sólo demuestra que así en su parte de interés como en la parte sentimental, todo ha de ser tenido en cuenta. Y que en estas y otras materias, los famosos egoísmos nacionales, en realidad los nacionalismos, no son contradictores forzosos de la unión de Europa, sino elementos con los que hay que contar. No constituiría remedio el propósito de su aniquilamiento, siempre difícil, sino el esfuerzo para suavizar encontronazos y hallar soluciones de concordia. Siempre lo mismo: conocer las realidades para tratarlas adecuadamente.

Esto es lo único que importa hacer en el aspecto positivo. En Europa existe, vivo o latente, mucho nacionalismo que no todos tienen en cuenta. Y en paz y en guerra tiene, en conjunto y en cada una de sus expresiones, un valor incalculable para la unidad de Europa. Si de las idealidades nebulosas descendemos a las realidades del buen sentido, habremos de convenir en que la fuerza actual de la idealidad europea proviene del íntimo sentimiento de que

puede librar a los pueblos de civilización occidental de un anegamiento de pueblos eslavos y asiáticos. Pero si los pueblos temen ser aniquilados por invasiones de otros, es porque sienten su vida propia, que no quieren que desaparezca. Les atrae entonces la unión con aquellos que se les parecen; descubren sus afinidades, en un sentido íntimo de sus culturas, y sienten un espíritu europeo común a todos ellos, como las esencias de su común civilización. Precisamente porque cada uno de ellos tiene su propio espíritu tradicional, viene adquiriendo un espíritu europeo.

La contraproposición de estos dos espíritus, si fuera posible, sería funestísima para ambos. En cambio, su armonización permite la alianza perfecta del ideal y del interés. Todo esto se siente algo confusamente. Pero está en la realidad. Y se vé mejor quizás todavía en los pueblos pequeños que en los grandes: en los países en que por circunstancias diversas el espíritu nacional está en mayor eferescencia, que no en los grandes países en que el Estado, perfectamente nacional, cuida ya en general acertadamente de estos problemas vivos.

Los países pequeños viven en la dolorosa ansiedad del porvenir incierto. Unos, porque con sus problemas de vida política interior, acertadamente resueltos, sus economías prodigiosamente equilibradas, su promedio de bienestar social asegurado, su cultura propia en ascensión y extensión constantes, temen perder lo que tanto les ha costado conseguir. Así, los países escandinavos; así, Holanda y Bélgica y Dinamarca y Finlandia, la Confederación helvética... Otros, porque tienen una idea vaga de que una organización superior europea les permitiría obtener el reconocimiento de personalidades, hoy de difícil obtención. Otros, porque viviendo esclavizados por las consecuencias de la gran guerra última, pesan con fundadísimo motivo la mayor ventaja de una esperanza en la organización de una Europa en que pudieran tener entrada, que no en las siempre peligrosas esperanzas de una nueva guerra de liberación, en que no podrían llegar a la victoria sin haber antes pasado por la tristísima situación de víctimas.

Pero, aun en estos últimos casos, ¿cómo olvidar el papel importantísimo de estos nacionalismos, hoy esclavizados, y que no obstante, en el desgraciado caso de una nueva guerra, serían los aliados naturales de los porta-estandartes de la civilización occidental? No es posible pensar seriamente en el porvenir de Europa, en sus contingencias militares, sin apreciar debidamente la influencia que habrían de tener estos países en caso de una contienda bélica entre Oriente y Occidente. Corto de vista ha de ser quien no sepa verlo desde un punto de vista

occidental, cuando tan claramente se vé desde Oriente, donde es posible que su existencia sea apreciada tan decisiva que ha podido detener actos de audacia en momentos de serio peligro para Occidente. Los nacionalismos fronterizos constituyen temible barrera para un agresor oriental, que se expondría a las posibles consecuencias de enemigos decididos a su propia espalda, con los riesgos consiguientes en sus comunicaciones.

Muchos lo habíamos pensado e incluso lo habíamos escrito, hace tiempo. Pero, de un año a esta parte, ha pasado a constituir una lección conocida. No sólo la revelaron los acontecimientos de la Alemania Oriental, en junio del año próximo pasado, expresión explosiva del sentimiento nacional alemán contra el tirano extranjero; sentimiento que la opresión no apaga, sino que enciende a la quieta, más grave todavía. Y sentimiento, que sería absurdo olvidar que si existe y se demostró, en actos de verdadero heroísmo, en la población de la Alemania Oriental, necesariamente ha de existir en Bohemia y en Polonia y en Hungría y en los países bálticos y en todos aquellos otros esclavizados, separados por el justamente llamado telón de acero.

La comprobación de esta importancia de los nacionalismos respectivos en toda aquella importantísima parte de Europa, nos fué confirmada por las revelaciones del error para él gravísimo en que Hitler incurrió durante su guerra con la U. R. S. S., explicado por un publicista alemán, Peter Kleist, y que nos ha llegado en un artículo interesantísimo de Pierre Dominique en una revista francesa. En los primeros avances de los ejércitos alemanes, al comenzar su guerra, Hitler pudo contar durante bastante tiempo con los pueblos sojuzgados. De la relación de aquellos hechos — tan poco conocidos — se desprende un doble error. El de los nacionalismos centro-orientales, incluso dentro de la Unión Soviética, que tuvieron la buena fe de creer que Hitler salvaría sus respectivas patrias oprimidas por el comunismo soviético; y el de Hitler, al creer que era tan poderoso que podía simplemente anexionar aquellos países a su personal Imperio, no dando importancia a los sentimientos patrióticos de los que le ayudaban.

Una serena atención a aquellos hechos hace ver claramente como los acontecimientos se desarrollaron con la lógica que acompaña a las realidades. Los espíritus nacionales, dominados por la fuerza en todos sus más vivos sentimientos, habían de aferrarse a lo que podía haber sido para ellos áncora de salvación y que fué por la ceguera de Hitler clavo ardiente. Hitler, cegado por su propio nacionalismo, perturbado y desnaturalizado por las locuras racistas, no

supo percibir el valor inmenso que para su propia causa podían tener los nacionalismos lituano, estonio, ucraniano, letón y demás que sentían su misión de aliados naturales contra la opresión soviética. Los errores que la Historia registra han de ser hoy severamente considerados, para dirigir bien las políticas que harán la Historia futura.

Serviría de poco intentar ahora una deducción de lo que habría podido suceder si Hitler, en vez de querer convertir aquellos países en provincias alemanas, hubiese reconocido, alentado y ayudado las nacionalidades diversas que encontraba a su paso. Importa mucho menos lo que entonces habría podido ocurrir que la lección que da lo que ocurrió. Y la lección es la de la trascendencia que en un momento dado puede tener la clara percepción de los valores de los sentimientos de los pueblos. Y el error que supone su desprecio en horas críticas, y su desconocimiento en todo tiempo.

El factor nacionalista en todo el mundo

Y aunque sólo de pasada, para no apartarme excesivamente del objeto de este ensayo, no se olvide que el sentimiento nacionalista no es un factor importante de la vida política solamente en Europa. Lo es en todo el mundo.

Usando o sin usar la palabra nacionalismo, en un gran número de Repúblicas americanas se está creando el espíritu realmente nacional. Pasaron de colonias a repúblicas, y como tales tuvieron plena e independiente soberanía. Pero, ¿qué es lo que cubría su forma estatal? ¿Son todas y cada una de aquellas Repúblicas, verdaderas naciones, ya erigidas en Estados? ¿O son únicamente unas Sociedades políticas, que están plasmando su existencia que en buena doctrina puede llamarse nacional? No interesa, de momento, la opinión que pueda tener el que esto escribe. Para confirmar el aserto de que los problemas nacionalistas siguen teniendo su actualidad, basta la constatación del hecho de que se discuta. Y de él, derivar las naturales consecuencias.

¿Y qué se ha de decir de estos renacimientos asiáticos y africanos, que tantos quebraderos de cabeza están proporcionando de unos años a esta parte, a los hombres de Estado de los países más importantes del mundo? En Asia y en Africa, las reivindicaciones autóctonas se acogen, casi constantemente, al tecnicismo corriente en Europa y la mayor parte de los movimientos se sirven de la palabra nacionalismo. ¿Con precisión rigurosamente científica? Algunos lo dudan. Pero nadie sabe encontrar otra palabra que pueda ser usada mejor, como

denominación común de tantos y tantos movimientos.

Pero lo importante es que el imperialismo ruso, con el pretexto de la expansión del comunismo, se aprovecha de la exaltación de los nacionalismos africanos y asiáticos. Los propaga, los adula, y cuando interesa los ayuda en múltiples formas. Y en tanto, algunos de los países de civilización occidental están pagando dolorosamente la falta de percepción de los renacimientos sentimentales de tantos pueblos, sobre cuya espiritualidad habían ejercido su prestigio. Pero que perdieron en gran parte, por efecto de las grandes catástrofes de este medio siglo que han puesto en duda la antes indiscutida superioridad del hombre blanco.

Por una razón u otra, es evidente que los problemas nacionalistas siguen teniendo en todo el mundo palpante actualidad.

Confusiones acerca del concepto del nacionalismo

Quando se trata de conceptos políticos, es muy frecuente la confusión. ¿Será porque intereses distintos crean contradicciones entre lo que cada cual entiende con determinadas palabras? Democracia, libertad, soberanía... Objeto de definiciones en número enorme, no sería fácil decidirse por ninguna de ellas.

Lo mismo sucede con la palabra nacionalismo, derivado de los conceptos de nación y nacionalidad, también de tan difícil definición. En estos últimos tiempos, la significación de la palabra nacionalismo suele cambiar según los pueblos. Y aun dentro de un mismo pueblo, aparece a menudo con significación distinta, según las tendencias políticas de las personas que las pronuncian. Aquí significa una reivindicación de derechos de los que se consideran oprimidos por una autoridad gubernamental, y allá consiste en un espíritu de expansión ilimitada, que los gobiernos amparan, dirigen y aprovechan. Aquí puede dar lugar a desórdenes públicos y violencias de orden interior, y allá, provocan agresiones armadas de unos Estados contra otros Estados.

El nacionalismo, o los nacionalismos, como me parece más exacto decir, se presentan a veces como expresiones de un sentido o de una simple doctrina política para la reorganización de la vida interior de un país, y otras como problemas de reconstrucción de Europa, hoy ya de Asia y de Africa. Dentro de un mismo pueblo, ora representan aspiraciones que hablando con la precisión posible de estos términos políticos, podrían llamarse conservadoras, ora por el contrario, constituyen las banderas de extremismos revolucionarios.

Ante las exageraciones de palabra y violencias de acción de ciertos nacionalismos, a menudo se levantan, y no es extraño, las protestas de espíritu ponderados que no obstante no se opondrían a sus esencias bien comprendidas. El confuisionismo es general. Y, como es siempre de temer, no falta nunca quien de él se aproveche. ¿Quiere esto decir que las palabras nacionalismo y sus derivados se usan arbitrariamente? Lo que puede darse como más cierto es que muchas veces, hombres diversos, aun muy lustrados, no reconocen el mismo sentido a una misma palabra.

Y es que la confusión en los mismos hombres políticos y en los publicistas más ilustrados proviene a veces del hecho de que en cierto sentido y en determinadas ocasiones se use indistintamente uno u otro vocablo. Muchas veces se habla de manera indistinta de la Nación española y del Estado español, de la Nación francesa y del Estado francés, del Estado italiano y de la Nación italiana, etc., lo que puede inducir a creer que las palabras Nación y Estado sirven para expresar un concepto constantemente idéntico. Y esto, si no se dan otras explicaciones, puede dar lugar a confusiones. Es que en principio el Estado es el organismo representativo de la Nación. En cierto sentido el Estado es considerado como la misma Nación — lo que antes muchos autores llamaban solamente la Sociedad — en su organización política. Se considera así, tan frecuentemente, que la ciencia jurídica que se ocupa de las relaciones entre los diferentes Estados y de los derechos y obligaciones de los ciudadanos en caso de intervenciones de Estados distintos no es conocida con el nombre que propiamente le correspondería de Derecho interestatal, sino de Derecho internacional, tanto cuando se trata del público como del privado. De modo que en absoluto no puede decirse que sea un ignorante ni un distraído quien en ocasiones baraje ambos conceptos.

No incurriré en la equivocación de atribuir a mis lectores la ignorancia de la distinción entre Nación y Estado. Ni por lo tanto entraré en definiciones innecesarias acerca de éste y de aquélla. A los efectos de este ensayo baste recordar algunos hechos patentes e indiscutibles. Irlanda era una Nación cuando todavía formaba parte del Reino Unido de la Gran Bretaña. La solución de su problema empezó cuando Gladstone y otros políticos videntes comprendieron el principio *Ireland a Nation*. Existe pues un Estado nacional cuando la Nación ha visto reconocidos los derechos que sostenía y las atribuciones que reclamaba. Polonia era ya una Nación cuando hasta hace una cuarentena de años estaba repartida entre los grandes imperios alemán, ruso y austro-húngaro. Pasó a

Estado después de la guerra de 1914-1918, al reconocérsele la independencia. Hoy Polonia, sigue siendo una Nación, pero por su sujeción a la tiranía soviética se ha de poner en duda que constituya un Estado nacional.

En buena doctrina, el Estado es la Nación organizada políticamente. Y los órganos del Estado son los que regulan la vida legal de la nación. Pero pueden darse casos, de hecho se han dado, se dan y probablemente se darán, de que existan Estados que, por exceso o por defecto, no correspondan a una Nación. Esto es lo que origina conflictos y provoca complicaciones.

Los conceptos Estado y Nación, son distintos, pero no pueden ser considerados separadamente. Y no obstante, pueden darse casos en los que estén en contradicción. He aquí el caso trágico de tantas naciones que viven detrás del telón de acero, que se encuentran representadas por Estados en pugna abierta con ellas. Las naciones polaca, húngara, checa, lituana, rumana y tantas otras tienen su propio enemigo en el Estado, que funciona oprimiendo y tratando de destruir los elementos característicos nacionales. Cada una de dichas naciones tiene sus sentimientos religiosos, su concepto del Derecho, sus aspiraciones nacionales, su espíritu vital en las expresiones de patriotismo, su organización peculiar de la familia, su sentido de la cultura propia, sin bastarle el simple respeto al uso del lenguaje, o sea un conjunto de elementos que diferencian a cada nación de las demás, dándole fisonomía y personalidad. Empero, el Estado dirigido por inspiraciones extranjeras, actúa combatiendo cruelmente la vida y el espíritu nacional.

La necesaria distinción entre Nación y Estado hace comprender las tragedias que viven tantos pueblos de Europa. Sin ella no se entenderían sus sufrimientos. Ni las reservas de vitalidad y de posible resurrección con que puede contar la causa de la civilización occidental.

¿Cuándo existe una nación?

Un estudio sereno y sin prejuicios del hecho nacionalista, considerado en general y como síntesis de los nacionalismos diversos, explica la formación de las naciones, doctrinalmente hablando.

Una nación existe en virtud de la permanencia, en un largo período histórico, de un pueblo (es decir, de una multitud de hombres acostumbrados a su convivencia) en un determinado territorio. Así quedan definidos los tres elementos esenciales: el personal, el territorial y el histórico. El hombre, la tierra y el tiempo. Sin estos tres elementos no se concibe una nación. Habrá un pueblo. Habrá un Estado. Existirá

cualquier otra entidad política. Pero no lo que en el lenguaje moderno se llama una Nación.

Ni aun aquellos tres elementos bastan para darla por existente. Pero son indispensables para que exista. En una Nación ha de haber un pueblo, una sociedad política donde durante siglos hayan convivido hombres en una existencia común que les habrá permitido crear y conservar unas costumbres, unos hábitos de vida, unas reglas de coexistencia que habrán acabado por constituir su derecho, consuetudinario o formulado en textos escritos. Pero este pueblo, para llegar a ser Nación, ha de haber estado asentado en un territorio determinado, más o menos limitado por ríos o montañas o mares, importa poco el detalle.

Puede haber vivido en una llanura casi indefinida y sus límites nacionales estarán donde haya acabado su ocupación; o en una comarca geográfica natural, delimitada por unas fronteras naturales que habrán quizás impedido que otros pueblos le invadieran y se confundieran con él, o que su propio exceso de población se extravasara más allá de las altas montañas, de los ríos caudalosos o del brazo de mar que lo separa del resto del mundo. Y el pueblo ha de haber vivido en un territorio determinado, no accidentalmente, no de pasada, sino en una continuación histórica durante centurias a lo menos, el tiempo preciso para que se efectuara la misteriosa transfusión de influencias del elemento humano y del elemento geográfico, la mística unión del pueblo a la tierra, mediante la amorosa propiedad de la tierra que enorgullece al pueblo.

Un pueblo que no ha vivido una historia de asentamiento en un territorio determinado, científicamente no es una Nación. Durante muchísimos siglos ha existido un pueblo judío, desparramado por el mundo; pero no podía hablarse de una nación judía... Y, si se le adjudicaba este calificativo, se usaba impropriamente. Aun ahora es más exacto hablar del Estado de Israel que de la nación judía. Y del mismo modo no constituyen Nación los pueblos acostumbrados a la vida nómada, que trasladan sus tiendas y sus rebaños a donde quiera si en un momento dado piensan que encontrarán más facilidades para su subsistencia. No es menospreciarlos negarles el carácter nacional; pero éste supone un arraigamiento. Las raíces se clavan en la tierra. Como asimismo no puede llamarse Nación a cualquier colonia constituida a lo lejos, ni siquiera después de haber obtenido su independencia política. Hay en realidad un período, más o menos largo, en las gestaciones de la nacionalidad que no se improvisa con la simple ruptura del vínculo político, sino que se irá definiendo y caracterizando después del largo asentamiento en la nueva tierra de los

hijos de una Nación madre ; nacionalidad que nacerá quizás de una fusión de elementos personales inmigrantes y aborígenes, pero muy especialmente de la fecundación material y espiritual de la tierra nueva por el pueblo nuevo.

La obra lenta de la historia, al actuar sobre el pueblo y su tierra, llega a formar la nacionalidad, que aparece vibrante con el sentimiento de Patria, que, cuando ya existe, se extiende a todos y cada uno de los elementos nacionales. Pero entre tanto actúa sobre éstos. En el curso de la historia se forma el idioma, en una transformación incesante de las maneras de expresión : ya que las lenguas, mientras viven, no se estabilizan jamás de una manera definida, sujetas siempre a las leyes de su propia evolución o a las mayores o menores influencias de otras culturas. Se forma un derecho, mediante la definición por las costumbres populares o por las decisiones de los elementos directores de su vida, de las reglas que se comprenden necesarias para facilitar la convivencia social y el mejor aprovechamiento de los bienes que la naturaleza ofrece, con los menores conflictos y obstáculos. Se caracteriza una cultura, mediante el desarrollo de las misteriosas fuerzas espirituales que en sí tiene toda colectividad y que por impulso instintivo da su propio sentido a las letras, a la música, a las artes plásticas, a las construcciones, a la filosofía, a la política, a cuanto constituye la espiritualidad. Crea unas determinadas concepciones de la vida moral y de la economía y de las comodidades de la vida. influye en todo, coloreándolo todo con su tinte nacional que históricamente viene destilando, dirigiendo todas las matizaciones, en fuerza de su propia orientación o adaptando a su manera, en asimilaciones de características variadas, ajenas influencias. Pues no hay que olvidar que la humanidad, aunque separada en pueblos y naciones, vive en un sistema de vasos comunicantes, al que ni queriéndolo puede parte alguna de ella substraerse indefinidamente.

Así, por obra histórica de la formación de las nacionalidades, creados y caracterizados sus elementos, se puede llegar a comprender su existencia. La nación existe ya cuando tiene alma. Pero el alma nacional no se le da desde fuera ; es un producto de sí misma. Nace con ella y con su evolución se desarrolla. Y con su existencia se puede dar por afirmada.

Véase como no es tan difícil, como algunos han pretendido, definir la nacionalidades. La mayor parte de los confusionismos provienen, o de la distracción con que el hombre moderno propende a servirse de las palabras, o de los prejuicios, a menudo interesados en poner en duda la existencia de elementos de hecho, de indispensable comprobación. Pero para el hombre de doctrina y para el espectador imparcial de

la vida, donde quiera aparecen algunos de los distintos elementos de nacionalidad antes mencionados — idioma, derecho, cultura, etc. — con características propias, distintas por consiguiente de las de los demás pueblos, y se siente en la conciencia popular una afirmación más intuitiva que reflexiva del propio ser, o si se quiere, donde en el conjunto del pueblo anida un sentimiento que le da la conciencia de su personalidad, y de ser, por lo tanto, diferente de los demás, puede ya decirse que existe una Nación.

Una nacionalidad es en rigor un principio espiritual. Un escritor alemán lo ha dicho rotundamente : « En vano se querrá dar una definición geográfica, etnográfica o filológica ; la existencia de los pueblos no está en las razas ni en las lenguas, sino en las almas ; la nacionalidad es propiamente un *Volksgeist*, es un espíritu social o público ».

Los tres estados diversos de un nacionalismo

La determinación de las circunstancias que definen el hecho de la nacionalidad es necesaria para tener un criterio básico, al examinar serenamente los conflictos políticos que el hecho puede provocar. Porque, cuando existe una nación, lo que no es más que un hecho, ¿ qué derechos puede tener ? ¿ Cómo conviene resolver sus consecuencias ? Dejando aparte lo que políticamente cada nación pueda reclamar, ¿ pueden existir fórmulas que faciliten la solución de los problemas de los intereses contrapuestos de las diversas naciones ?

Las aspiraciones nacionales, alegadas como derechos, crean los diversos nacionalismos. Y estos nacionalismos pueden encontrarse en tres situaciones diferentes. Esta diversidad de situaciones es una de las causas principales del confusionismo con que se juzgan los problemas nacionalistas. Porque de la situación diversa en que se encuentren depende la desorientación en que muchas personas los estudian, al encontrarse con que un sentimiento que si aquí es esencial y externamente conservador, allá es agresivo y revolucionario. Y un mismo sentimiento, en un mismo pueblo, puede ser prenda de paz en ciertos momentos de la historia, y causa o peligro de guerras en otras épocas.

Muchas gentes se han acostumbrado a dividir todas las tendencias que tienen relación con las cuestiones políticas en derechas e izquierdas, en conservadores o revolucionarios. ¿ Cómo van a comprender la unidad superior de una doctrina que en un país de Europa se presenta como conservadora, sostenida enérgicamente por los Gobiernos y por todas las autoridades, y en otro

país vecino actúa como revolucionaria, se propone destruir una organización gubernamental y es considerada como criminal por los Gobiernos legalmente constituidos ?

Un concepto exacto de lo que el nacionalismo es, permite comprenderlo fácilmente. La aspiración de una nacionalidad a su reconocimiento y al ejercicio de los derechos que de éste se derivan puede, evidentemente, encontrarse en el estado de combate para obtenerlo; en el de satisfacción después de haberlo obtenido, y en el de expansión hasta el abuso y la tendencia a imponer su propia vitalidad. En el primer caso puede fácilmente llegar a una actividad revolucionaria si encuentra demasiado cerradas las válvulas de su propio desarrollo. En el segundo, da generalmente poco que hablar, pues las personas y los pueblos satisfechos, contentos de su suerte, procuran seguir su propia vida ofreciendo pocos motivos de preocupación a los demás. En el tercero, la propensión a una expansión excesiva de un nacionalismo ha de provocar necesariamente fricciones primero, choques después, y no es de extrañar que guerras más adelante con otros nacionalismos.

Es fácil comprender el primer caso, recordando sólo el hecho reciente del nacionalismo irlandés durante su épica lucha con Inglaterra hasta el triunfo del principio *Ireland a Nation*, y la constitución del *Eire*, hoy separado completamente de la Gran Bretaña. El siglo XIX y los primeros años del XX conocieron las más variadas formas de la insurrección de un pueblo contra sus gobiernos. Las mayores violencias fueron conocidas. Se dieron los más emocionantes casos de mártires por la patria. A todo se acudió para impresionar a un pueblo sentimental y admirador de todos los idealismos, como es el pueblo inglés. Pero, los hombres de hoy, al apreciar el espíritu conservador en el mejor sentido de la palabra del pueblo irlandés, una vez obtenida su independencia, difícilmente se explican que ésta haya sido el fruto de uno de los movimientos nacionalistas más subversivos, más revolucionarios que registra la Historia.

Las generaciones actuales han podido presenciar en un período histórico relativamente breve uno de los muchísimos nacionalismos europeos en los tres estados. Su ejemplo dará más luz acerca de las realidades aludidas que muchas consideraciones de orden doctrinal.

El pueblo checo, dominado por Estados vecinos fué recobrando lentamente la conciencia de su personalidad nacional. Destruído el reino de Bohemia y absorbido el país en el Imperio de Austria-Hungría, durante mucho tiempo la nacionalidad checa pareció inexistente. Como tantas otras de Europa. Al igual que las demás, no obstante, tampoco había muerto. Dormía tan sólo aletargada. Unos cuantos espíritus

selectos se propusieron un día despertarla. Hubiera muerto como sus dominadores creían y la obra de la reaparición de Bohemia habría sido imposible, porque los hombres pueden crear pero no resucitar. Dormía la nación checa y la acción continuada e inteligente de una pequeña selección de hombres primero, y de grupos activos después, llegó a darle otra vez la conciencia de su personalidad. Y el movimiento nacionalista checo fué afirmándose vigorosamente durante muchas décadas. Tres cuartos de siglo de la historia del Imperio de Austria-Hungría presenciaron las luchas por el reconocimiento de la nacionalidad bohemia. El nacionalismo bohemio vivió durante muchísimo tiempo en el estado de propia defensa, en oposición a los que pretendían dominarlo y le impedían su desarrollo natural al negarle el reconocimiento de la personalidad checa y el ejercicio de los derechos que tal reconocimiento lleva consigo.

Acabó la guerra de 1914-1918. Se habló mucho del principio de las nacionalidades y se quiso proceder a la reconstrucción política de Europa, acatando este principio, y en su conformidad se pensó en organizar nuevos Estados, principalmente con los despojos de la liquidación del secular Imperio Austro-Húngaro. Y uno de estos Estados fué Checoslovaquia. Pero este nuevo Estado, que como Estado nacional, si se hubiera tenido solamente en cuenta al principio de las nacionalidades, debía haberse limitado a la Bohemia, es decir, a la consagración en Estado de la Nación checa, fué constituido en otra forma muy distinta por una serie de consideraciones de otros órdenes.

Por lo que fuera, lo que debía ser el paso de la Nación checa al que antes he llamado estado de satisfacción, mediante el reconocimiento de su personalidad política y su consagración en Estado nacional, se convirtió en la creación de un nuevo Estado de mosaico nacional, en que trocándose los papeles respecto del mosaico austríaco, el pueblo checo tenía la hegemonía que en Austria habían tenido los alemanes. El nuevo Estado checoslovaco, creado por una vaga interpretación del principio de las nacionalidades, que se supuso en combinación con el de la autodeterminación, no fué la nación checa, organizada en Estado nacional checo, sino un Estado compuesto de la nación checa unida más o menos circunstancialmente con la eslovaca y con retazos de nacionalidad alemana, polaca, húngara y ucraniana.

Verdad es que pueblos de procedencias distintas pueden vivir unidos dentro de un Estado federal o de una Confederación. Así viven alemanes, franceses e italianos en la Confederación helvética. Pero es indispensable un espíritu común, que constituye el más fuerte de los aglutinantes; un espíritu común, que en un nuevo

Estado creado con la convivencia de elementos nacionales profundamente diversos, podía llegar a forjar una nueva vigorosa nacionalidad. En un Estado unitario dominado por una sola de las naciones que lo componen es muy difícil crearlo, y cuando los artificialismos oficiales parecen hacer creer que se ha creado, después de generaciones, la realidad hace ver que no había habido más que una ilusión. En cambio la convivencia con los lazos de un federalismo bien concebido, sobre todo en un Estado joven, produce al cabo de los siglos un doble convencimiento: el de la seguridad del desarrollo de la vida interior, según las propias orientaciones de cada grupo nacional federado y el de la seguridad exterior, por la mayor garantía del conjunto respecto a la que podrían tener por separado cada uno de los miembros.

Me he referido al caso checo, a pesar de que no quisiera que se pudieran interpretar estos juicios como censuras a los patriotas de aquel país, porque el ejemplo de su historia facilita muchísimo la comprensión de la posible existencia de los tres estados en que los nacionalismos pueden vivir. El de satisfacción es, afortunadamente, el caso de buen número de Estados nacionales europeos, sin necesidad de continuarlos en lista. El de defensa y agresión moral o violenta, es el caso de tantos y tantos otros que contribuyen, quizás inconscientemente, a crear las verdaderas dificultades, a la unidad de Europa y a la eficacia de los esfuerzos que se emplean para llegar a ella.

Las ventajas y los peligros de los nacionalismos

Si todo nacionalismo ha de encontrarse en uno de los tres estados mencionados — el de reivindicación y lucha por su reconocimiento, el de satisfacción o el de expansión agresiva — parece evidente que en buena doctrina y en buena política práctica ha de procederse al esfuerzo para hacerlos llegar todos al estado de satisfacción. Es lo natural y lógico. La continuación de un nacionalismo determinado, en cualquiera de los otros dos estados, supone el mantenimiento de un peligro que puede ser grave: en Europa como en todas partes. La inmensa mayoría de las guerras no tienen otra causa. El nacionalismo en estado de lucha para su afirmación y reconocimiento, es el enemigo natural encarnizado de otro nacionalismo más prepotente, que le domina y le impide el triunfo. Su prolongado mantenimiento en tal estado es una invitación a la violencia con todas sus consecuencias desastrosas.

Y lo mismo sucede con el asentimiento al estado agresivo de los nacionalismos ya excesivamente

fuertes. Es triste achaque que los más fuertes pretendan devorar a los más débiles. Los pueblos que se han considerado más fuertes, han tenido siempre propensión a devorar a los que poco podían defenderse. Es la historia de la humanidad. En nuestros tiempos ha cambiado algo la forma de su manifestación, pero en la esencia no hay cambio.

Es evidente que no es fácil situar a todos los nacionalismos en el ideal estado de satisfacción, precisamente porque para ello es necesario que cada uno quede libre de las codicias de otros nacionalismos, y él, por su parte, se haga superior a cualquier tentación de ejercicio de su poder sobre otros más débiles. Pero yo no pretendo con este modesto ensayo haber hallado la panacea que cure todos los males de la humanidad. Solo se trata de señalar la orientación, sin cuyo conocimiento no tendría valor, ni siquiera la mejor buena voluntad.

La guerra de 1914-1918, con sus precedentes de las guerras balcánicas, constituyó una demostración de los peligros de los nacionalismos insatisfechos. No precisa un examen detallado de los hechos que la precedieron. La anterior demostración quedó corroborada por el convencimiento general que presidió la hora de la paz, con el deseo que dominó los tratados de respetar el principio de las nacionalidades. Dejemos aparte la cuestión difícil — y en este trabajo, inoportuna — de si se supo o no resolver bien. Lo que importa es reconocer que la Europa de 1914, con tanto problema nacionalista en ebullición, pagó cruelmente el olvido del que he expuesto como imperativo de la doctrina aplicable para el aseguramiento de la paz: la buena solución de sus problemas.

En cambio, la guerra de 1939-1945 constituyó la demostración evidente de los peligros de los nacionalismos agresivos. El nacionalismo alemán, avivado por la imaginación calenturienta de Hitler, con su formidable fuente de sugestión, los provocó. Después de aparecer como un simple nacionalismo reivindicativo, es decir, en el primero de los tres estados mencionados, cuando se presentó sólo con el ideal del bloque de todos los pueblos de lengua alemana — al que los mismo anglo-sajones no sabían qué oponer — pronto descubrió su ímpetu agresivo, pasando al tercer estado, en que un nacionalismo es más peligroso para todos. Sufrir todavía el mundo sus terribles consecuencias, con las repercusiones más impensadas. Y es que en estas gravísimas cuestiones, cuando una explosión se produce, es imposible un cálculo, ni ligeramente aproximado, de las consecuencias posibles.

Pero ¿es que es un simple sueño el de colocar a todas las naciones o, a lo menos, a un número muy importante de ellas, en el ideal estado de satisfacción?

Existen en Europa, y en el resto del mundo, muchos nacionalismos que viven en perfecto estado de satisfacción, ni envidiados ni envidiosos, recordando al poeta. Muchos más tienen sus problemas de orden interior, o de dificultades de expansión al exterior, pero sin que lleguen a constituir verdaderas pugnas de nacionalismos. Inglaterra supo vencerse a sí misma, cuando después de tantas y tantas luchas con Irlanda acabó por resignarse y accedió, de momento, a su amplísima autonomía y finalmente a su independencia. Pero ha hecho mucho más Inglaterra. La creación de la *Commonwealth*, maravillosa invención política que hemos visto nacer y desarrollarse, sin que casi nadie se diera cuenta del valor real de una constitución absolutamente antisistemática, pero robusta y fecunda, a pesar de los peligros que aún ha de pasar. Hizo más, he dicho, porque la *Commonwealth* se ha anticipado a los posibles estados de violencia de los nacionalismos en estado de defensa y ha dado al mundo la pauta de la sustitución de las luchas por las variedades, por su reconocimiento y superación en una más alta unidad.

Quedan por fin las soluciones más difíciles aún en la práctica, pero quizás de eficacia, en la orientación, que se dibujan en las aspiraciones a dar un contenido político, al ideal de la unidad de Europa.

Es evidente que en cuanto esta idealidad salga de la esfera espiritual y pueda empezar a resolver el problema político, no podrá pensarse en resolverlo más que uniendo a las naciones mediante lazos federativos. No ciertamente dando un valor que no tenían a las equivocaciones filosóficas de Proud'hon, sino recurriendo al sentido a la vez tradicional y realista, siempre algo presente en la vida de la humanidad culta : a la esencia federativa de la unidad por medio de la alianza de las variedades, de que tuvieron una intuición los pueblos helénicos ; que realizó sin darse cuenta quizás la Corona de Aragón y Cataluña, en los siglos medios ; que establecieron y supieron conservar los Cantones helvéticos ; que organizaron hace cerca de dos siglos los fundadores de la Unión Norteamericana... Siempre esencialmente llegando a las unidades, mediante el respeto y clara percepción de sus

propios intereses y derechos, de las diversas variedades.

Pero si estas orientaciones aparecen ya constituyendo la más eficaz de las contribuciones a la paz, nótese cómo contrastan con la acción contraria del imperialismo ruso, que tenazmente prosigue la política inversa, doctrinal, sentimental y prácticamente : la de aplastar todos los nacionalismos que pueden oponerse al suyo propio y, en cambio, excitar por todos los medios imaginables, todos los nacionalismos que puedan perjudicar a los Estados que constituyen estorbo a su supremacía universal. Y ello, reconózcase, por los medios más hábiles, a menudo sinuosos, que cabe utilizar.

La recomendación de que se facilite la satisfacción de los nacionalismos legítimos, seguramente constituye allí una imperdonable herejía, merecedora de las más severas « depuraciones ». Con temible hipocresía — si esta palabra sigue teniendo la misma acepción de expresión de sentimientos fingidos — se quiere hacer creer en la existencia real de una unión federal de pueblos libres, cuando ni son libres las Repúblicas soviéticas, ni es federal el régimen autocrático del Gobierno de la U. R. S. S. Pero no solamente las diversas nacionalidades que la componen no viven en estado de satisfacción, sino que están dominadas tiránicamente, sin disfrutar del menor respeto a sus características espirituales. Y hay más. Cuantas naciones, hasta hace poco independientes, han caído en sus garras y viven hoy detrás del llamado telón de acero, han perdido por completo toda su verdadera personalidad, sin que se les consienta la menor expresión auténtica de sus sentimientos, ni defensa alguna de sus propios intereses. Y, finalmente, aún constituye un mayor peligro para la paz del mundo la excitación constante de todos los nacionalismos, que el imperialismo soviético aprovecha en todas partes como arietes agresivos contra los gobiernos que no se le someten.

Sería lamentable para el mundo de civilización occidental no saber ver los caminos a seguir, cuando tan clara y consecuentemente lo saben ver los que dirigen la política mundial desde el campo contrario.

O I, D E S T

El control actual de la economía política.

POR FRANCISCO AYALA

POR diversos caminos se ha llegado hoy a una situación político-económica que nos ofrece el espectáculo de una pluralidad de Estados constituídos como unidades económicas cerradas, y contrapuestos los unos a los otros. Por lo pronto, cada uno de esos Estados hubo de acentuar sus rasgos de empresa económica que eran débiles cuando, en la época liberal, podía estimarse al Estado como una grande y compleja cooperativa de servicios. Implacablemente y, a veces, con gran rapidez, asumieron actividades industriales en medida creciente, concurriendo con la iniciativa particular, o suplantándola de hecho y también de derecho. La actividad del Estado en cuanto empresa económica, aun concebida en régimen de libre competencia, es tan pujante por razón de su poder, que difícilmente podrá resistir a ella la iniciativa particular. Pero es que, además, a los recursos derivados de puras actividades económicas del Estado se agregan los recursos económicos de que éste dispone en su condición de « poder público ». En tal calidad recauda impuestos diversos para sostener sus servicios, que repercuten indirectamente sobre la vida económica del país. Estos recursos fiscales han debido ampliarse en la medida en que dichos servicios crecían, con un crecimiento debido en gran parte a los progresos de la técnica.

Pero el sistema de los impuestos en una sociedad industrial, no sólo afecta indi-

rectamente su economía, sino que también ejerce una influencia directa sobre la evolución y estructura económica de dicha sociedad, puesto que, quierase o no, sus efectos llegan a ser colosales. En la práctica, se procura ejercer esa influencia y encauzar el desarrollo en direcciones que responden a criterios de política social, entendida ésta ahora en forma muy amplia. Resumidamente, cabe dar idea de ello diciendo que revoluciones sociales intertadas antes mediante la violencia y sólo en mínima parte logradas a costa de desórdenes y sangre, pueden llevarse hoy a cabo mediante simples reformas contributivas cuyo alcance sociológico apenas perciben ni siquiera quienes las ordenan. Así, y por este camino, el Estado es dueño de reajustar mediante operaciones casi imperceptibles la estructura de la sociedad económica, como un director de empresa reestructura o transforma y hace evolucionar sus propias organizaciones industriales, sólo que en términos incomparablemente mayores, y con una eficacia multiplicada en virtud del carácter totalitario que asume la empresa económica del Estado con su revestimiento de poder público.

Por otra parte, los Estados modernos han vuelto a poner en juego, para gobernar la vida económica de los respectivos países, todos los recursos de que ya echara mano el mercantilismo, si bien reforzados, ahora, ampliados y ejercidos con tal grado de refinamiento, tan implacablemente, que

en comparación suya la política económica de las monarquías absolutas del siglo XVII llega a parecernos hasta cierto punto liberal, si no en la intención y en los procedimientos, por lo menos en los resultados.

En efecto, las aduanas, principal instrumento del mercantilismo, son un recurso rudimentario en comparación con las estrictas y complejas regulaciones del comercio exterior establecidas por los regímenes totalitarios, cuyos ejemplos extremos serían la Alemania nazi y la Rusia soviética, pero que, más o menos, prevalecen hoy en todos los países. A través del monopolio del comercio exterior, montado mediante un complejo artificio de controles, toda la economía nacional se hace depender de las decisiones del gobierno, ya que, cualesquiera sean los esfuerzos realizados, y por drásticas que resulten las medidas impuestas a la población, la autarquía no pasa de ser, en el nivel técnico de la economía industrial, un sueño insensato para la casi totalidad de los Estados actuales, pues dicho nivel exige como imperativo ineludible integraciones económicas en un plano que rebase los territorios de las soberanías políticas presentes. De un modo competitivo en vez de cooperativo, y con todas las deficiencias y desórdenes que ello impone, los Estados tienen que buscar esa integración y ajustar su economía a la economía ajena. Por eso, los gobiernos respectivos, al regular el comercio exterior, están determinando la estructura de la economía nacional entera y decidiendo, de manera directa o indirecta, acerca de cada uno de sus aspectos.

Por si fueran pocos los recursos que el control del comercio exterior le confiere al Estado, todavía vienen a completar el cuadro de una colosal empresa totalitaria doblaba de poder político la multitud de regulaciones autoritarias en materia de economía introducidas bajo los más diversos motivos o pretextos, y muchas de ellas, desarrollo también de medidas ensayadas en su día por el mercantilismo. Esos conjunto de prescripciones — racionamiento de materias primas, con el sistema de cupos o contingentes para las industrias diversas y de concesión de

prioridades, control de precios, régimen de subsidios, manejo del crédito y Banca, regulaciones del uso de la propiedad inmueble y, en fin, racionamiento de suministro a los particulares de bienes de consumo — implica, en suma, una verdadera regimentación de la vida económica. Si recordamos todavía las posibilidades nuevas — aludidas antes — que proporciona a los poderes públicos el desarrollo asombroso del sistema impositivo, permitiéndoles cumplir enormes alteraciones en la estructura económica de un país de manera sutil y casi imperceptible, pero inexorablemente eficaz, tendremos, bosquejada la imagen de esa gigantesca y complejísima empresa económica, dirigida por las instancias centrales del gobierno y su organización burocrática, que es el Estado moderno.

A esto hay que agregar todavía las facultades del poder público en materia de moneda. Es este un punto en el cual resulta muy significativa la evolución histórica. Originalmente la moneda no fue sino una mercadería que se toma como medio de pago por razones de comodidad, y la acuñación que el Estado le prestaba no pasaba de ser una garantía formal abonada por las mismas razones. El monopolio de la acuñación está basado en consideraciones de orden público. Por ello, hasta fecha bien reciente se reconocía la obligación del banco emisor de entregar oro en pasta a cambio de billetes (representativos a su vez de moneda acuñada), siempre que el particular lo exigiera. Pero el privilegio de acuñación de moneda, reservado al poder soberano por razones de orden público, llega a convertirse en otra de las grandes palancas del poder para influir sobre la vida económica. La mercadería básica, el metal precioso, oro y plata, cuyo encaje en el banco oficial responde de la moneda representativa o simbólica, desaparece, y es sustituido por el respaldo de poder del Estado, que ahora se considera — y en verdad lo es — dueño de la respectiva economía nacional. No hay que decir hasta qué punto puede modificarse ésta en su estructura interna — para no hablar de otras alteraciones — con el manejo del monopolio del dinero. La política monetaria y de cambios de los países

totalitarios se ha asemejado, a veces, a las operaciones, de un prestidigitador de circo.

Mas, como estas colosales empresas económicas son, al mismo tiempo y sobre todo, Estados políticos, los criterios de poder, ajenos por esencia al criterio estrictamente económico, se superponen y prevalecen en ellas de modo resuelto en la orientación de la economía al hacer que ésta, en lugar de encaminarse hacia el incremento de la riqueza y el aumento del bienestar, se encuentre dirigida hacia el desarrollo del poder del Estado y, en definitiva, pase a ser « economía de guerra », de guerra actual o potencial, « fría ». Por supuesto, las interferencias y reenvíos entre economía y política son muy complejos ; pero lo decisivo es, en esta fase, la primacía indiscutible de los fines políticos sobre los fines económicos. Si el período de la economía nacionalista arranca del « socialismo de guerra » inaugurado en 1914, la perspectiva de la guerra, o la guerra efectiva durante el segundo gran conflicto de 1939-45, han completado el proceso de transformación de la economía mundial en una pluralidad de economías nacionales en conflicto.

El problema que esto plantea es, sin duda, uno de los problemas centrales de la sociedad presente, y puede formularse en los términos de inadecuación entre la tecnología moderna y la organización política internacional, remanente de fases anteriores. Los Estados actuales fueron producto de aquel gran despliegue técnico que determinó el tránsito desde la Edad Media hasta la Edad Moderna ; pero quedaron fijados en las proporciones de las monarquías renacentistas, y en esas proporciones permanecen hasta hoy (salvo los dos grandes cuerpos políticos tardíamente crecidos al este y oeste de Europa : Rusia y Estados Unidos) ; mientras que el desarrollo técnico proseguía con velocidad creciente hasta fomentar aquella economía mundial que había llegado a desplegarse en la era del liberalismo, y que corres-

pondría bien a las condiciones tecnológicas de la época.

Ahora bien, una vez cumplida esa gran expansión a todo lo ancho del planeta, los ulteriores, incesantes y cada día mayores progresos técnicos, al trabar más y más la economía mediante interrelaciones estrechísimas, exigieron con apremio regulaciones crecientes y, por último, lo que es necesidad indispensable de una realidad económica tan entrelazada, solidaria y sensible : la planificación. Diversos factores históricos, y de modo muy principal la circunstancia de no hallarse disponible unidad política más amplia que los Estados renacentistas (en un punto de nuestra evolución cultural donde prevalecen los valores políticos por encima de cualesquiera otros) llevaron a manos de esos Estados el poder de dirección que era inexcusable, pero que hubiera exigido estructuras más amplias — en verdad, una de proporciones mundiales, pues la planificación desde sectores independientes y rivales no puede tener otro efecto en el mejor de los casos que eliminar el desorden del plano nacional para transferirlo, agravado, al plano de las relaciones económicas internacionales.

Y así se ha llegado al resultado incongruente, en que ahora nos debatimos, de un conjunto de economías nacionales cerradas que, sin embargo, se apoyan en supuestos técnicos ligados a un mucho más dilatado ámbito económico, y que sólo a condición de organizarse sobre más amplias bases podrán conservar su nivel actual.

El camino para salir de esta situación está ya a la vista : no es otro que el de la constitución de unidades político-económicas mayores, y la descentralización de servicios mediante un régimen de autonomías ; el camino — para citar un ejemplo muy destacado — de la Mancomunidad Europea del Carbón y del Acero.

FRANCISCO AYALA

Vida y poesía de Miguel Hernández

UN buen día de 1934 apareció en nuestras tertulias literarias de Madrid un poeta-pastor. Digo poeta-pastor y no pastor-poeta, porque de esta última especie pintoresca, pero sin sustantividad literaria, ya había surgido años atrás algún espécimen pronto olvidado. Por el contrario, la incorporación de Miguel Hernández Giner — tal se llamaba el recién venido — dejará una huella duradera. Miguel Hernández Giner : así, repito, con sus dos apellidos, estaban firmadas las primeras poesías que de él habíamos leído en las revistas. No deja de ser significativo que poco después omitiera el segundo, contrariamente al uso más frecuente en España por parte de aquellos que llevando en primer término un vulgar y corriente « Pérez », « González », « Martínez » o « Hernández », tienden a diferenciarse acompañándolo de un apellido materno menos frecuente. ¿ Hubo en ello algo deliberado ? ¿ Tendía — más o menos conscientemente — Miguel Hernández a *indiferenciarse* en el nombre, a ser hombre común, terruñero, a hacerse « barro », « viento del pueblo »... ?

*Me llamo barro ; aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino.*

Vestido con un traje de pana, la cabeza rapada (aquella cabeza — escribió Adolfo Salazar — que parecía una patata recién arrancada de la tierra), las facciones rústicas y las maneras urbanas, no muy largo de palabras, pero abundante de sonrisas, el muchacho veintiaño pronto disipó cualquier prevención y conquistó todas las simpatías. Venía de Orihuela — ciudad alicantina, con tradición y aureola literarias : la « Oleza » de *Nuestro Padre San Daniel* y otras novelas de Gabriel Miró —,

donde nació en 1910 ; era, o había sido hasta hacía poco, verdaderamente un pastor, cuidando las majadas del rebaño paterno. Sólo durante muy pocos años, al parecer, había asistido a un colegio de jesuítas. Después, el campo, las lecturas, algunos pocos amigos, fueron sus únicos maestros. Entre ellos, un poeta joven de la misma Orihuela, Ramón Sijé, prematuramente malogrado, había cumplido cerca de Hernández funciones de mentor, insuflándole el gusto de la poesía clásica y recogiendo sus primeras poesías en una revista, *Gallo crisis*, de orientación católica y gustos arcaizantes.

Venía de Orihuela Miguel Hernández, pero no por primera vez. Ya dos años antes había hecho un intento para quedarse en Madrid. No lo consiguió. Se desquitó — desquite lírico — escribiendo una de sus más felices poesías, « Silbo de afirmación en la aldea ». Una nueva paráfrasis del *Beatus ille...* de Horacio, a través de la célebre oda a las virtudes campesinas de Fray Luis de León. Miguel Hernández abomina de los engendros mecánicos de la ciudad y añora nostálgicamente la simplicidad pastoral :

*¡ Ay, cómo empequeñece
andar metido en esta muchedumbre !
¡ Ay ! ¿ dónde está mi cumbre,
mi pureza y el valle del sesteo
de mi ganado aquel y su pastura ?*

Pero ahora, en este nuevo arribo, la ciudad no le será tan hosca. Ya no es un desconocido. Trae un libro bajo el brazo : *Perito en lunas* (1933). Al leer en la *Revista de Occidente* la elegía que Miguel Hernández dedica a Sijé, Juan Ramón Jiménez le ha señalado con una flecha admirativa en el periódico *El Sol*, lla-

mándole « el extraordinario muchacho de Orihuela » ; *Cruz y Raya* inserta su auto sacramental « Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras ». De suerte que Miguel Hernández podrá lograr sus deseos y quedarse en Madrid, alterando trabajos varios ; entre ellos, la redacción de algunos artículos que José María de Cossío le ha confiado para su enciclopedia *Los toros*. El pastor cambiará la honda por la pluma. Pero ¿ y el poeta ? : ¿ cómo evolucionará ? Mejor dicho : ¿ Qué significación tiene ya en aquel momento su poesía ? ¿ La vuelta que supone es una tendencia a redopelo, una restauración anacrónica ? No, indudablemente ; pues en Miguel Hernández hay algo más — contra lo que rumorean algunos — que un simple lector apasionado de Góngora y de Garcilaso, que un espíritu nutrido en los tomos clásicos de Rivadeneyra ; hay, más allá de sus asimilaciones, una voz personal, un acento bravío, hondo, mezclado con transposiciones y técnicas de las últimas escuelas. Para situarlo debidamente será menester — aunque de forma muy somera — reconstruir aquel momento poético español de 1935.

Un momento poético, unas guerrillas

Mas, pensándolo bien, ¿ será necesario hacerlo ? Pues sucede que sobre pocos temas literarios se ha escrito y se sigue escribiendo tanto en nuestro idioma como sobre aquella generación poética y las que siguieron. Ante esa abundancia crítica y ese desbordamiento apologético, podría pensarse que la poesía lírica lo llenó todo, con menoscabo y silencio para los cultivadores de otros géneros. Artículos a granel, antologías y revistas cantan y exaltan sin medida las hazañas de los liróforos. Algunos de ellos han llegado a calificar estos años como un « nuevo medio siglo de oro de la poesía española ». ¿ Será que el espíritu de « clan », el entusiasmo mutuo de sus protagonistas les ha llevado quizá a supervalorizar méritos, a estirar listas y agotar genealogías ? Lo menos que podemos replicar es que, en rigor, falta todavía distancia para establecer una objetiva perspectiva histórica ; y tan abundantes relaciones, tan generosas listas de poetas

quizá pudieran reducirse a cuatro o cinco esenciales : Federico García Lorca y Rafael Alberti, Jorge Guillén y Pedro Salinas, así apareados por ciertas afinidades, dejando suelto a Vicente Aleixandre, quien años después cobraría preeminencia. Más suelto e impar aún queda un poeta como León Felipe, que sólo con la guerra, dramatizando « la poesía del éxodo y del llanto », daría plena medida de su grandeza. En calidad de maestros o precursores : Juan Ramón Jiménez, Unamuno y Antonio Machado, incorporados por los nuevos a sus antologías como ascendientes directos y suprimiendo otras figuras y escuelas intermedias.

Ya aquella generación poética de 1926, junto a sus aportaciones propias, había mostrado cierto cansancio de las últimas fórmulas, incorporadas pocos años antes, tendiendo hacia atrás la vista con otro estilo de innovar. Desde la modernidad a ultranza del ultraísmo hasta las resurrecciones de Góngora y de Garcilaso, pasando por ciertas infiltraciones surrealistas, la poesía había ensayado muy diversos virajes. A nadie, por lo tanto, podía sorprender que Miguel Hernández, en su *Perito en lunas*, volviese a las octavas reales, del mismo modo que Jorge Guillén había restaurado antes — muy personalmente — otro metro semiolvidado, las décimas. Porque innovar puede ser tanto lanzarse hacia el pretérito más olvidado como hacia el futuro más imprevisible.

Pero la guerra vino a quebrar aquellos esfuerzos, del mismo modo que rompió la continuidad de otros procesos más capitales. Y aunque aquella guerra calamitosa y general se desdoblara luego en una « guerrilla » literaria, donde se oponían nombres poéticos, confrontando la abundancia de los exilados y la parvedad de quienes quedaron en España, preferamos no ahondar abismos ni perpetuar escisiones, pues de hecho, al pasar los años, también los últimos se rehicieron, mediante la incorporación de nuevas figuras. Quien desee documentarse por lo menudo, también en lo que se refiere a los últimos años podrá hacerlo satisfactoriamente sin más que apelar a algunas de las numerosas antologías que siguen proliferando ; para



MIGUEL HERNANDEZ
(Dibujo de Prieto)

los exilados, *Poetas libres de la España peregrina en América* (Buenos Aires, 1947), por Horacio J. Becco y Osvaldo Svanascini, o *Las cien mejores poesías españolas del destierro* (México, 1945), por Francisco Giner de los Ríos; para los peninsulares, mencionemos sólo la última y más concisa *Antología consultada de la joven poesía española* (Valencia, 1952); finalmente, y en contraste con las anteriores, abarcadora de todos los lados y orientaciones, una vastísima: *Panorama de la poesía española moderna* (Buenos Aires, 1953), por Enrique Azcoaga, que reúne unos trescientos nombres...

Por cierto, en contraste con tal superabundancia nominal, se ha dicho que ésta no guarda paridad con la gravitación efectiva de la poesía; se ha escrito — por uno de ellos — que «nunca hubo en España más poetas y menos lectores de poesía», alegando la escasísima difusión de sus obras, y atribuyendo tal plétora o inflación al hecho de que la poesía es un «vicio impune»; más claramente, la única válvula de escape no controlada que puede escapar a las mallas de la censura. Mas tampoco aquí sería legítimo hacer caso a los mali-

ciosos, ya que precisamente ciertas expresiones de disconformismo, de tácita rebelión, se han abierto paso — con tanta valentía como belleza — a través de algunos poetas. Sin contar aquellos que no recatan su intención y conciben su canto como una protesta, «expresando un sentimiento de rebelión contra la injusticia social, el absurdo y la miseria de la existencia» — según ha escrito un crítico ecuaníme, José Luis Cano, refiriéndose a algunos de los más nuevos, como Gabriel Celaya, Victoriano Cremer, Eugenio de Nora, José Hierro, Blas de Otero... — bastaría recordar ciertos libros poéticos publicados en la misma España, de título ya muy explícito, como el anónimo *Pueblo cautivo* (1946) y la *Antología cercada* (1947) de varios poetas canarios. De suerte que tales expresiones tienden a borrar, al menos parcialmente, las diferencias y terminologías polémicas establecidas por otros, entre «poesía peregrina» y «poesía conformista», entre «poesía desterrada» y «poesía soterrada», ya que en la realidad de los hechos, todos, o los más sensibles y mejores, aparecen a la postre unificados por comunes sentimientos. Echando abajo murallas, ha escrito uno de ellos, Victoriano Cremer:

No España, tuya o mía.

¡ España, nuestra !

Geografía interna, trasvasada en halago de materna entereza.

Porque todos son hijos de tu carne y tu sangre, sueños de tu vigilia, cuchillos de tu vela...

Y, en suma, reconozcamos que el «dolorido sentir» manifestado unánimemente ante la muerte injusta de Miguel Hernández no reconoció fronteras y hubo de alcanzar en todos los sectores parejas lamentaciones.

Sino sangriento

Pero siguiendo cierto orden reconstruyamos, evoquemos ahora las etapas principales de su vida y obra, las estaciones de su «sino sangriento». He ahí precisamente el título de un poema suyo turbadoramente premonitorio:

*De sangre en sangre vengo
como el mar de ola en ola*

*Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo a mi venida,
me dieron a mamar leche de tuerca,
zumo de espada loca y homicida,
y al sol el ojo abrí por vez primera,
y lo que vi primero era una herida
y una desgracia era.*

Hace algunos años, al estudiar la poesía de Federico García Lorca, hube de señalar la continuidad del *fatum* indeclinable, de cierta obsesión trágica en su obra. Exploración semejante cabría hacerse en el caso de Miguel Hernández. Superada su etapa de aprendizaje — la de *Perito en lunas* —, publica en 1936, pocos meses antes de la guerra española, *El rayo que no cesa*. Aunque este rayo sea el de la pena y el dolor amorosos, vertidos elegíacamente, lo cierto es que algunas de sus estrofas alcanzan una resonancia patética más general. Desde la primera poesía, iniciada con aciago presentimiento :

*Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida*

hasta otras donde se compara con un toro, « nacido para el luto » y marcado en el costado por un hierro de dolor infernal, terminando con un poema titulado « Vecino de la muerte », en el cual afirma que quiere ser tierra, no polvo :

*Y es que el polvo no es tierra.
La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo,
dispuesto a ser un árbol, un volcán y una*
[fuente.

*Mi cuerpo pide el hoyo que promete la tierra,
el hoyo desde el cual daré mis privilegios de*
[león y nitrato
a todas las raíces que me tiendan sus trenzas.

Estalla la guerra. Miguel Hernández, fiel a su sangre, paga el tributo debido a su pueblo. Se alista al principio como simple soldado y zapador de trincheras, recita luego en los frentes, hace poesía de combate. De ahí brota su libro *Viento del pueblo* (Valencia, 1936) y las pequeñas piezas de circunstancias *Teatro en la guerra*, publicadas un año más tarde. Al terminar la lucha, en marzo de 1939, Miguel Hernández estaba en Madrid. Pudo huir — se asegura — como otros o refugiarse

en una embajada. Pero doblegado íntimamente al sino adverso, o deseando reunirse con su mujer y su hijo, prefirió marchar a Orihuela. « Allí nada me pasará », aseguró a un amigo, Antonio Aparicio, quien ha contado estos trances. Contrariamente, víctima de rencores vengativos, le reconocieron y fué detenido. Logró escapar, sin embargo, y huyendo de su pueblo natal llegó a la frontera portuguesa, donde nuevamente se le apresó. Desde allí empezó su peregrinación de cárceles : Huelva, Sevilla, Madrid. Una vez más, empero, logra huir. Acude en Madrid, a fines de 1939, a una embajada suramericana donde habían hallado refugio varios compañeros suyos. Pero en virtud de causas todavía oscuras, no le concedieron asilo. Volvió entonces a caer preso. Y comenzó el desenlace de su « sino sangriento ». ¿ Qué delito pudo imputársele ? Sólo el más imperdonable en días de represión : era un *vencido*. Condenado a muerte en un principio, luego a cadena perpetua, recorre varias cárceles. Tales penalidades y sufrimientos derribaron en poco tiempo aquel fuerte árbol campesino. Le atacó, tras el tifus, una tuberculosis galopante. Apiadados, varios amigos de la nueva situación intercedieron por él. Lo único que lograron fué su traslado a un clima más benigno : Alicante. Allí, en la cárcel de esa ciudad, expiró el 28 de marzo de 1942. Superflua, irreverente, sería cualquier apostilla. El mismo poeta se había anticipado dramáticamente a ponerla en un poema titulado « Las cárceles », escrito pocos años antes :

Las cárceles se arrastran por la humedad del
[mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados :
buscan a un hombre, buscan a un pueblo,
[lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan.

*La libertad se pudre desplumada en la lengua
de quienes son sus siervos, más que sus*
[poseedores.

*Romped esas cadenas y las otras que escucho
detrás de esos esclavos.*

*Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
Ata duro a ese hombre : no le atarás el alma.*

*Son muchas llaves, muchos cerrojos, injus-
[ticias :
no le atarás el alma.*

*Un hombre aguarda dentro de un pozo sin
[remedio,
terso, conmocionado, con la oreja aplicada.
Porque un pueblo ha gritado ¡ libertad ! vuela
[el cielo.
Y las cárceles vuelan.*

Pero aunque la cárcel no volara en la hora final de Miguel Hernández, su recuerdo, sí, vuela y se remonta : víctima inocente — y por ello simbólica —, como Federico García Lorca.

Miguel Hernández dejó inéditos dos libros sustanciales : *El hombre acecha* y *Cancionero y romancero de ausencias*. Sólo fragmentariamente han sido incluidos en la edición de *Obra escogida*, publicada por Aguilar (Madrid, 1952). Felizmente, nosotros tenemos a la vista copias completas de esos libros y de varios poemas inéditos, libres de expurgos efectuados por la censura. Censura que si no pudo acallar enteramente cierto clamor de las más despiertas conciencias literarias, en España y América, impidió, no obstante, la publicación completa de un libro homenaje — crítico y biográfico — escrito por Juan Guerrero Zamora, del cual sólo ha llegado a aparecer un anticipo o resumen de pocas páginas, bajo el título de *Noticia de Miguel Hernández* (Madrid, 1951).

Su verdadera fisonomía

Contrariamente a lo que piensan y han escrito algunos apologistas sectarios, predispuestos a asimilarse todo, no creemos que Miguel Hernández alcanzara su verdadero clima poético en la guerra. La soportó, supo conllevarla con hombría, pero no extrajo de ella sus mejores notas, sus más reveladoras poesías. Inútil, pues, hacer de él un sectario, un militante comunista — apenas un « compaignon de route » ocasional —, ateniéndose únicamente a ciertos poemas de circunstancias, perfectamente sinceros por lo demás, pero que no rebasan el nivel común de las efímeras vibraciones contagiosas. Miguel Hernández, por su autodidactismo, por su

ingenuidad, era dócil a todas las influencias. Del mismo modo que pocos años antes, en sus comienzos, se había mostrado maleable al adoctrinamiento católico y a las preferencias clásicas de su mentor Ramón Sijé, después, envuelto en el torbellino de la guerra, prestó su voz a las consignas del momento. La prueba está en cuán impersonales, como escritas al dictado, suenan, ciertas poesías suyas, hechas con ocasión de un rápido viaje a Rusia, donde las fábricas y los tractores aparecen según modelos consabidos... Y por el contrario, puede advertirse cuán rebosantes de auténtico sentimiento se hallan otras poesías dedicadas no a ensalzar símbolos según recetas, sino a expresar íntimas vivencias : la traslación implacable de los « desastres de la guerra » y las ruinas del odio. De esta suerte, *Cancionero y romancero de ausencias* — escrito de 1938 a 1951 — viene a ser el reverso absoluto de *Viento del pueblo* y de *El hombre acecha*. No es que Miguel Hernández se desdijera de las afirmaciones y las imprecaciones, productos de la lucha, lanzadas allí ; no es que renegara en modo alguno de su condición popular, de la solidaridad con las pobres gentes, con los heroísmos sufridos ; pero precisamente por esto mismo sentía en carne viva las ofensas de la guerra en los seres y en la tierra, y su nostalgia más honda se cifraba en la paz. Caminando por la ancha herida de España, el poeta ve los pueblos desolados, barridos, sólo con viejos :

*La vejez en los pueblos.
El corazón sin dueño.
El amor sin objeto.
La hierba, el polvo, el cuervo
¿ Y la juventud ?
En el ataúd.*

Su corazón se imantaba hacia el amor, no al odio. Por eso los *leit-motifs* capitales que, junto a la guerra y la muerte, predominan en sus postreros y más expresivos poemas, son : la mujer, el hijo. « Odio, vida, ¡ cuánto odio ! — sólo por amor ». El odio arrebató al poeta todo aquello que ama : « todo lo que significa — golondrinas, ascensión, — claridad, anchura, aire, — decidido espacio, sol ». De ahí su abominación final de la guerra y su exaltación

del amor, viendo cómo « tristes guerras », aquellas en que « no es el amor la empresa ». Y en cierto momento, se vuelve hacia el cuerpo de la « Madre España » — título de una patética poesía —, abrazándose a él « como el tronco a su tierra » y gritando: *Decir madre es decir tierra que me ha parido; es decir a los nuestros: hermanos, levantar; e; es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo sangre.*

¿ Cómo pudo tomar nadie por enemigo a quien así cantaba? ¿ Cómo no se le abrieron de par en par todas las puertas, evitándole una muerte cruel? Porque Miguel Hernández, ni siquiera en sus cantos de circunstancias, especuló nunca con el odio o incurrió en fanatismos, del mismo modo que tampoco se prevaleció de la lucha, haciendo de ella plataforma personal o ideológica. Los « vientos del pueblo » que, según su decir, le traían y le llevaban, esparciéndole el corazón, impulsábanle a afirmar únicamente su hombría, su sentido de la libertad; « sólo quien ama, vuela », según cantó, en un poema de afirmación individualista, titulado « Cada hombre ».

Y junto al amor de la mujer y el amor a la libertad, el de la tierra, « el último rincón », cantado por Miguel Hernández en un poema que asume valor testamento:

*Allí quisiera tenderme
para desenamorarme.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, nadie.*

Su teatro

Su madurez poética fué segada en la primera granazón. « Poesía natural y sabia », se ha dicho de la suya. Exacto. Su calidad reside en la atinada amalgama de ambos elementos — la riqueza espontánea y el fondo popular aliados con la manera culta y aun culterana por momentos — renovando, en un plano más estricto, el milagro y los hallazgos de Federico García Lorca. A semejanza de éste, ¿ había también en Miguel Hernández positivas dotes dramáticas, hubiera sido un gran creador teatral? Difícil pronosticarlo con

exactitud. Ateniéndonos a lo que dió, a las dos únicas obras teatrales que de él nos quedan, sólo cabe admirar su talento asimilador y cierto virtuosismo estilístico.

Leyendo el auto sacramental *Quien te ha visto y quien te ve* creeríamos hallarnos por momentos ante un hábil remedo, un brillante trasunto de Calderón. Fluyen cadenciosamente las décimas, las octavas, alternadas con metros populares como romances y seguidillas. Las figuras alegóricas que aparecen — la Inocencia, los Deseos, los Cinco Sentidos — responder más bien a una visión convencionalmente literaria que a otra cosa. En su segundo ensayo teatral, la comedia *El labrador de más aire*, ya no es Calderón sino Lope de Vega el inspirador; ya no es *El gran teatro del mundo*, sino *Peribáñez* y *Fuenteovejuna* los modelos lejanos. Como en esta última, hay unos labradores oprimidos, hay un señor de horca y cuchillo, que quiere convertir su capricho en ley. Hay asimismo escenas pastoriles, riñas de mozos, cuadros rurales, cancioncillas intercaladas. Pero todo ello no transpuesto a un mundo y a un plano suficientemente reales, sino quieto, cristalizado, irreal, como piezas de museo. Parece, pues, en definitiva, un ejercicio que, si bien primoroso, no rebasa aquel estadio. Superando reminiscencias, venciendo la fascinación de modelos estáticos, quizá hubiera logrado Miguel Hernández hacer un teatro vivo, auténtico, de savia popular y expresión culta, alcanzando así, en este género, una madurez pareja a la que conquistó en su poesía.

No pidamos lo imposible, dada la brevedad de su vida; atengámonos al legado cierto de su lírica admirable, escuchando el eco de su voz libre y patética, cuyo sentido último va más allá de todas las desfiguraciones; y sepamos medir la magnitud de su pérdida irremplazable, pues como el mismo Miguel Hernández escribió ante el sacrificio de Federico García Lorca:

*Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en sus entrañas.*

GUILLERMO DE TORRE

EL DETENIDO

POR LUIS MERINO REYES

BUENAS tardes, don Victoriano, dijo el detective, un hombre pelirrojo con cara de conzajo. Y penetró en el jardín.

— Buenas tardes, respondió Victoriano abriendo desmesuradamente sus ojos tímidos, a la vez que estiraba su rígida mano derecha.

— Vengo a saludarlo, don Victoriano, a ver si vamos donde mi comisario, prosiguió el detective, que mostró su placa.

— ¿Donde el comisario? ¿Y para qué?

— No sé exactamente... Tal vez algo sin importancia. Es preferible que vaya; así quedará desocupado.

— Bien, repuso Victoriano. Si Ud. me asegura que es por un momento, lo acompañaré.

El detective calló. Una conducta afable, repleta de astucia determinaba sus movimientos: una cortesía esmerada, sonriente y cruel, de gato con el ratón.

— ¿Me permitirá que avise a mi mujer?, habló Victoriano. Está en el interior de la casa.

— No tengo inconveniente, siempre que yo lo acompañe y me entregue Ud. su carnet de identidad.

Victoriano introdujo la mano derecha, más blanda ahora, en el bolsillo de su chaqueta, extrajo el carnet y se lo entregó al detective. Después sacó su cigarrera de plata y le ofreció un cigarrillo. El muchacho revisó minuciosamente el carnet y aceptó el cigarrillo que Victoriano encendió. Ambos comenzaron a fumar como si transitaran por un proscenio. Victoriano empujó la puerta del comedor y entró lentamente, sin

disimular el embarazo de sus movimientos. Alrededor de la mesa circular estaban su mujer rubia y los niños más grandes. La mujer irguió el rostro fatigado y aguardó las palabras del hombre. Los niños gritaron «papá» e hicieron sonar sus cucharas en el borde de las tazas.

El sol de media tarde relumbraba en el aparador de vieja caoba. Era el último recuerdo de la madre de Victoriano, a quien cuidó con ternura de hijo único hasta sus últimos suspiros, y cuyo fantasma le perseguía aún en las mismas calles donde vivieron, en la edad feliz de su adolescencia y juventud. ¡Qué lejanos estaban esos tiempos!

Después vino la pobreza que le traspasó el ánimo. La tarde en que conoció a su rubia mujercita, veinte años menor que él, y le prometió matrimonio, sólo tenía cien pesos en el bolsillo, un terno de ropa y una muda interior que debía lavar noche por medio. Pronto se encendió su prosperidad como llama envidiable. Sus amigos lo vieron cruzar las calles céntricas en automóvil; asistir a las funciones de teatro, irse a la orilla del mar si hacía calor. El automóvil era su delirio, su juguete. Con el suceder de los meses, lo cambió por otros hasta alcanzar uno con las proporciones de un raudo edificio. Al observarlo sus parientes, creían que su mujer había aportado una dote inmensa, acumulada en las faenas campesinas por sus padres. No descubrían que sus hermanas trabajaban para subsistir.

Victoriano deseaba ser alguien, codearse de igual a igual con las amistades aristocráticas del colegio. ¡Qué goce comparable al de invitar a su gorda tía, sin otro tema de

conversación que sus buenas amistades, con su hijito Federico, adocenado que siempre hablaba en falsete como maestro de ceremonias ! Y su primita morena y sensual, que se quedaba de perfil, como garza encantada. El apenas los necesitaba para dar un baño de linaje a su propio desamparo social. ¿ Qué pensarían de su electrola maravillosa, de su refrigerador y del tren eléctrico de los niños ? ¡ Acabarian disgregados por la envidia !

Durante la enfermedad de su madre, ninguno de los parientes fué a visitarla ; temían impresionarse ; pero cuando su tío murió, Victoriano canceló sus funerales, sin alardes, como si satisficiera un profundo anhelo de generosidad y ternura.

— ¿ Volverás pronto Victoriano ?, exclamó la mujercita con suave y astuta voz.

— En un momento, dijo el hombre y salió a la calle con el detective.

Ambos subieron al lujoso automóvil, Victoriano accionó el motor y avanzaron hacia la jefatura de policía. Era un día de sol en invierno, corría una brisa fría ; mas de las ropas colgadas, de los niños que jugaban a la pelota, de los vehículos en movimiento provenía un fulgor cálido, estimulante.

— Dígame Ud. ahora para qué me necesitan, preguntó Victoriano con avidez.

El detective explicó paciente :

— Haga Ud. memoria... ¿ Cómo sabe si al atar cabos recuerda ?

Victoriano tuvo, después de esas palabras, una brusca certidumbre y, como si eludiera el diagnóstico de una odiosa enfermedad, arguyó :

— Mire Ud. Yo lo garantizaría con todo lo que tengo, si me diera plazo hasta el lunes. Ya estamos a viernes. ¿ Qué me dice ?

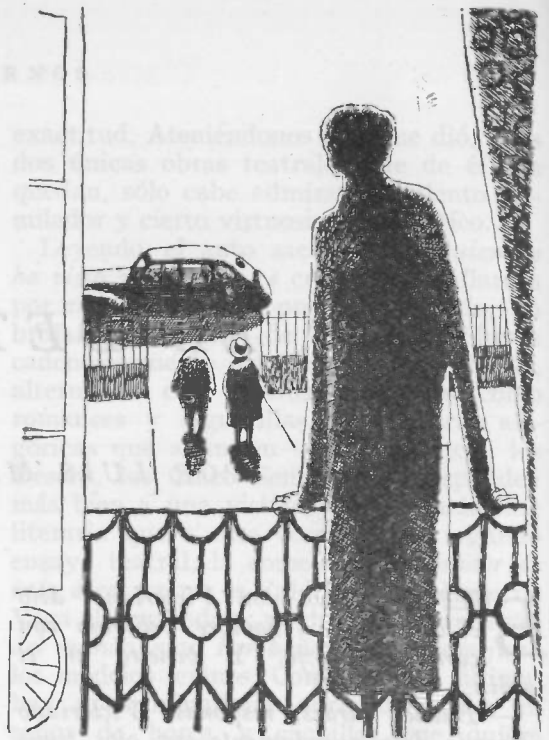
— Quizá si es mejor que no, habló el detective, siempre afable.

El automóvil avanzaba por el parque vecino a la jefatura. El sol había descendido y, a pesar del ruido del motor, se escuchaba el fragor atormentado del río. La cara blanca y rubia del detective brillaba como juguete de celuloide.

— ¿ Ud. cree que el asunto será rápido ?

— Hablará con mi comisario y quedará despachado...

Ahora la voz era fría ; Victoriano no



alcanzó a captarla. Sólo pensaba en su automóvil ; no había donde guardarlo si lo retenían.

— Colóquelo aquí, le indicó el detective ; y le mostró un costado del edificio policial.

Victoriano se detuvo, cerró los vidrios y las puertas con prolijidad ; en seguida guardó las llaves con cierto aplomo ; consultaba a cada instante su reloj. Su acompañante le hizo franquear las rejas de la jefatura.

El comisario era hombre regordete, moreno, de pómulos sonrosados ; el pelo crespo de su cabeza astuta caía hacia los lados como melena.

— ¿ Ud. es Victoriano Rosas... ?, le dijo como si deletreara el nombre.

— Sí. Fué un agente a buscarme a mi casa y me dijo que concurriera a la jefatura por unos minutos. No me explico de qué se trata...

— ¿ No se explica ?

El amable detective se había esfumado por los pasillos, y estaba solo Victoriano frente al comisario, fustigado por su lenguaje tenso y desdeñoso que disminuía su personalidad y lo reconcentraba en sí mismo.

— ¿ No recuerda, continuó el comisario, que fué Ud. contador de una fábrica de géneros ?

— Por cierto, lo fui hasta hace algún tiempo, cuando me retiré voluntariamente.

— Se retiró ; después de estafar un millón de pesos, afirmó el comisario.

Victoriano sintió el apoyo doloroso de su delito y se atrevió a balbucear un lenguaje histriónico, con la garganta apretada por la emoción.

— ¡ Tendrán que comprobarlo ! No puede detenerse de improviso a una persona, sin darle tiempo para que avise a los suyos, y aquí hacerle un cargo gravísimo.

— ¿ Comprobarlo ?, exclamó el comisario sonriendo. Está comprobado. Durante dos meses han trabajado peritos especiales y no falta ninguna prueba.

Victoriano pensó vagamente en la primera vez, cuando mediante un juego ingenioso de cheques cayeron en su bolsillo treinta mil pesos ajenos ; después todo siguió en forma imperceptible, hasta olvidarse de que el dinero era de otros. Viajaba en automóvil, su mujercita se vestía elegantemente, los niños poseían buenos juguetes, las enfermedades eran atendidas por espléndidos médicos. El positivo de su habitual existencia desesperada con postergaciones y puertas en las narices.

— Deseo avisar a mi familia, murmuró con humildad.

— Por ahora es imposible, dijo el comisario.

— ¿ Podría saber por qué ?

— Está Ud. detenido e incomunicado.

Al escuchar estas palabras, Victoriano pensó en las rejas de la entrada y se puso a reír. Aquello no duró más de un minuto ; al reír, exclamaba, como si repitiera una muletilla : — ¡ Yo detenido, yo incomunicado ! ¡ Qué absurdo !

El comisario no reparó en esta crisis y comenzó a ojear los papeles que había sobre su mesa. Fruncía las cejas y su rostro ambiguo delataba, con rigor impasible, el cumplimiento de un mandato misterioso. Después comprimió un botón y entró un muchacho delgado y moreno, que observó a Victoriano como a su presa.

— Llévelo, ordenó el comisario.

La situación de Victoriano varió como si su imagen se reflejara en un espejo cóncavo. Ya no era un ciudadano a quien la Policía protegía ; estaba, al contrario, aprehendido por ella en resguardo de los demás ciu-

dadanos, de aquellos que a esas mismas horas andaban en sus automóviles, subían por los ascensores o bebían té en un salón del centro.

(Hacia poco tiempo que había invitado a la muchacha morena de cintura de avispa, a quien amaba furiosamente, al restaurante vegetariano. Ella sabía agradecerle con efusión sus obsequios y su rubia mujercita nunca sospechó nada ; de saberlo, se habría convertido en una gata salvaje.

Victoriano avanzó por corredores oscuros. En una oficina, el muchacho que lo custodiaba lo hizo despojarse de sus anillos, del reloj, de la billetera, de su cigarrera de plata, de los tirantes y hasta de los cordones de los zapatos. Su dignidad humana ya no existía. Luego le introdujeron en un calabozo, de esos que Victoriano sólo había visto en las películas. Aquello sí que era tenebroso y frío ; sin los tirantes, se aferraba a su íntimo pudor con las dos manos. Un poco que las distendiera y los pantalones se caían al suelo. El agente cerró la puerta metálica con llave. Estaba solo. Descubrió el ventanuco de la puerta, con unos orificios ; un sucio cilindro, sin estanque de agua, que renovaba sus hedores ; una palangana incrustada en el muro y el camastro con un destripado colchón. Las pestilencias se iban y volvían, revolviéndose en la boca de su estómago. Serían las ocho de la noche y aún no comía, ni bebía un trago de agua.

Una linterna se proyectó en los agujeros del ventanuco. Victoriano gritó fuertemente y la luz se recogió sin que su portador replicara. Era menos que un animal, un objeto, una basura de cierto peligro. Afuera sonaban pasos y quejidos roncós. Nadie se encontraría en condiciones idénticas a la suya ; habría asesinos, inmundos ladrones. El delinquía por primera vez, despedazado por la soledad y la incompresión, ansioso de montar una casa con una mujer joven que le dijera ¡ pobre mi ñato !, idéntica a su madre. Lo desesperaba llegar de visita y ser desdeñado por su falta de dinero. Cierta es que trabajaba y subvenía a sus gastos, mas sin dinero sus parientes lo despreciarían, asqueados del origen humilde de su mujer. Había que obtener dinero, dinero a manos llenas. Sin embargo, el delito pudo ser evitado... Habría bastado la resignación a sus posibilidades económicas y el cobro

de los trabajos extraordinarios, efectuados con abnegación a la fábrica, como alivio para su conciencia.

Ya su mujer estaría inquieta. A pesar de sus íntimos esparcimientos, nunca alteraba sus hábitos precisos de almorzar y comer a las 12 y a las 8 en punto. Comenzaría a intranquilizarse y llamaría a sus parientes ; divulgaría un secreto que convenía ocultar. ¿ Y quién podría creer en su delito si conocía su proceder intachable, sus amistades aristocráticas y hasta su señorío auténtico, llevado en la sangre ? Otro haz de luz penetró por el ventanuco y esta vez una frase resonó interrogativa : — ¿ Desea cama ?

— Sí, sí, entre Ud.

La puerta se abrió y surgió un hombre calvo y amarillo, vestido con un mugriento delantal blanco. Su barba a medio crecer enflaquecía su rostro.

— ¿ Desea cama ? Vale cien pesos...

— Por cierto que sí. Abajo tienen mi dinero. ¿ Podríamos fumar un cigarrillo ?

El hombre calvo sacó un paquete arrugado de su delantal y escogió tres cigarrillos con sus manos de uñas negras. A Victoriano le interesaba, principalmente, conversar, acordar un recado para su casa, saber dónde estaría su automóvil y si era usado por otros. ¡ Qué horror ! Su mujer tenía una guagua de pocas semanas y durante la noche enloquecería de miedo. Dió el número de su teléfono. En seguida, aspiró el humo con angustia. No tenía fósforos y debía cuidar la brasa.

— Avisaré más tarde, dijo el hombre. Ahora es imposible ; pasadas las diez ya es más fácil.

El hombre calvo no desperdiciaba su tiempo y esquivó la cortesía desesperada de Victoriano, después salió del calabozo y echó el cerrojo de la puerta. La cama llegaría en un momento. Cuando la llevaron y el detective apuntó la luz de la linterna, Victoriano se sujetó los pantalones y recibió a los visitantes como dueño de casa. Otro hombre dejó caer el bulto de la cama. Victoriano revisó las ropas, apenas más limpias que los jergones del camastro y tuvo una idea que creyó original. Con las sábanas cubrió el retrete a fin de mitigar sus miasmas y se durmió. Hacía unas horas estaba en la casa dispuesto a festejar su cumpleaños,

sus cuarenta y tres años. El dinero lo hizo casi feliz, aunque en los últimos meses estaba muy nervioso ; intuía que sería descubierto y andaba pálido, fijos los ojos al frente, sin soltar el cigarrillo de los labios

Mientras Victoriano descansaba, en la Jefatura de Policía no había reposo ; pasos y gritos de hombres atronaban el ámbito ; hasta que los gritos decrecían y voces rápidas, duras, repletas de expresión, reiniciaban las interrogaciones.

Victoriano despertó con el baldear de los pisos y también con el frío que endurecía sus escasos músculos. ¿ Qué había soñado ? Se sorprendió al hilvanar palabras disparatadas, su cabeza penetró en una zona de círculos movedizos y se rindió extenuado.

Evitando la caída de los pantalones, se aproximó al ventanuco y sin lograr distinguir nada, sintió el frío húmedo de la mañana. En esta posición, lo sorprendió la llegada de los detectives que lo condujeron a la misma oficina de la vispera. Al recibir los cordones de los zapatos, los tirantes de sus pantalones, su reloj, su billetera, su cigarrera y su paletó, se encontró otra persona, un hombre que comenzaba el día con esperanza. Se lavó animoso la cara, se mojó los cabellos y se reclinó en un escaño. Tres harapientos esperaban ceñudos ; uno de ellos se apretaba un hombro dolorido. Un maquinista de tranvías estaba en un rincón con una pierna sobre otra. Era muy blanco y tenía los ojos sanguíneos. Sonreía con seguridad en sí mismo. — ¿ Está por algún accidente ? , se atrevió a preguntarle Victoriano. — Por una muerte, repuso el hombre. — ¿ Y cómo se las arreglará ? — Me saca el abogado de la Compañía. No tuve culpa...

Fueron puestos en fila y conducidos al juzgado. Las rejas de la Jefatura se abrieron cautelosas ; atrás iba un detective con una libreta. La amplia calle resonaba con el paso de los vehículos, los chiquillos voceaban los diarios ; el maquinista de tranvías fué saludado por un compañero de uniforme. Bajo las ramas de un árbol, algunas mujeres observaban en silencio ; una llevaba un crío. El sol alegraba sus miserables vestimentas. Victoriano pensó en su pobre mujercita. ¿ Cómo habría pasado la noche ? Buscó en alguna esquina su automóvil, sin verlo. Indudablemente per-

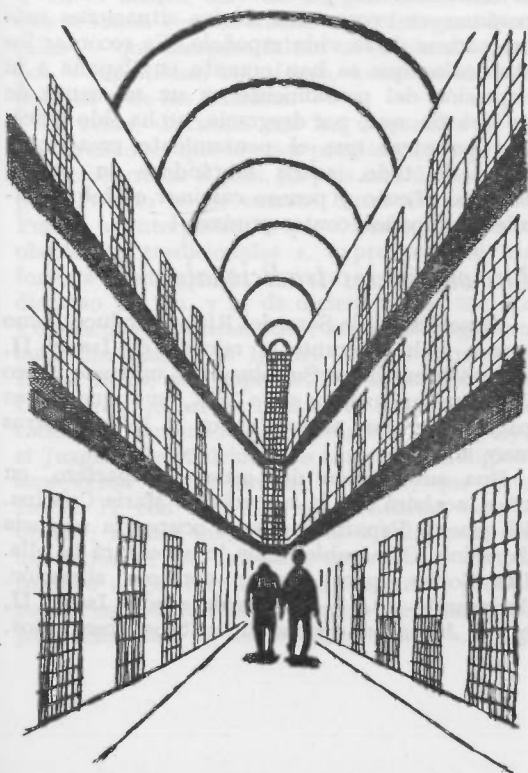
manecería donde lo dejó la tarde anterior, al llegar con el detective, pero no lo descubría. Estaba desorientado, como si lo hubieran batido dentro de un tonel. Al pasadizo del juzgado llegaba una extraña luz, como a su hogar de tiempos idos, una de esas casas que siempre arrendaba su madre en los barrios más viejos y señoriales. Un muchacho pálido se paseaba fumando con avidez; llevaba las manos en los bolsillos y sus ojos no parecían servirle, velados por una neblina de pensamientos. Entre el corredor y las oficinas había una reja más frágil que la bronceada de la jefatura. Ahí surgió la cara de zorro del abogado de la fábrica, el que, seguramente, dirigió la pesquisa. Sus bigotes rubios brillaban, bajo sus ojos claros, como las cerdas de una escobilla.

— Es preferible que confiese todo al juez, dijo sin saludar a Victoriano.

— Así lo haré, repuso éste. Estoy decidido.

Vió llegar a su primo Rodrigo. El siempre tenía líos de cheques con la Justicia y ahora brotaba la ocasión de moralizar y de propagar su delito. Victoriano no se explicó, al comienzo, la visita de Rodrigo. La confusión entorpece su cerebro; pero avanzó a saludarlo. El abogado se interpuso con brutal terquedad y le gritó:

— Está Ud. incomunicado, señor...



Victoriano se apartó de Rodrigo y balbuceó el nombre de su mujer.

— Ya lo sabe todo, expresó Rodrigo. Está afuera en el vestíbulo; pero no hables con ella.

— ¿Está tranquila?, alcanzó a preguntar Victoriano.

— Sí, Victoriano, no te preocupes, repuso Rodrigo; matizaba de ironía su voz enronquecida.

Golpeó un cigarrillo en su caja de fósforos y se alejó.

Victoriano confesó su delito al juez, con amontonamiento de pormenores. Tenía la impresión de que al descargarse de su culpa, quedaría libre física y moralmente. El juez dialogaba con cierta vaga ternura como si fuera su maestro o su partidario. No había prisa ni hostilidad en ese hombre delgado, anguloso, de cara larga y manos huesudas que limpiaba el cristal de sus anteojos de gruesa armadura negra con un blanco y perfumado pañuelo. Mientras Victoriano proporcionaba detalles de su ingeniosa estafa, advertía que bajo esa máscara generosa había una frialdad de páramo, una indiferencia total a su persona y un meticoloso interés por ciertos detalles condenatorios del delito.

Victoriano abandonó la sala del magistrado. No quiso mezclar a nadie en el proceso. Creía ser otro; recordaba sus confesiones de la infancia, en el colegio religioso, cuando, después de ellas, venía la comunión, con ruido fino de campanillas y un desayuno de té con leche y pan migoso. A tal punto se creía un personaje que no pensaba en que desde ese momento, al serle suspendida la incomunicación, terminaba su libertad y se abrían los trámites del proceso.

Contenido en su estructura de hombre frágil, empezó a sollozar cuando llegó Rodrigo con un paquete de bebidas y alimentos, y recordar que hacía muchas horas que ayunaba. Rodrigo lo consoló con frivolidad: — No te aflijas, Victoriano, habló; te has portado como un hombre...

— Aceptemos que no tengo cómplices, dijo Victoriano.

El gendarme murmuró con lenta bondad, mientras medía la elegancia de Rodrigo: — No debe ponerse nervioso... Y condujo a Victoriano al interior de la cárcel.

LUIS MERINO REYES

Sanz del Río y el krausismo

DON Julián Sanz del Río es quizá el hombre que más ha influido en la formación del pensamiento español contemporáneo. Su influencia fué intensísima de por vida. La continuó ejerciendo con no menor fuerza después de su muerte prematura, a través de la ardorosa y fiel devoción de sus discípulos, que fueron muy numerosos y que se desparramaron por toda España. Se ha mantenido viva a través de los agitados períodos de la vida nacional. Y aún ahora mismo, en estas horas penosas del actual acontecer de España en las que el pensamiento pugna por evadirse de la campana neumática en que se le aprisiona, voces amigas y enemigas de lo que representa y significa la obra de don Julián Sanz del Río, acusan la pervivencia de sus influencias.

Para los propósitos que informan este trabajo, no habrá modo de hablar de don Julián — como con respetuosa familiaridad le llamaban sus discípulos — sin pensar en don Francisco Giner de los Ríos, que fué su más fiel continuador. Como no se podrá hablar de don Francisco — también le llamaban así con respetuosa familiaridad sus discípulos —, sin pensar en don Manuel Bartolomé Cossío, su filial proseguidor. Don Julián, don Francisco y el Sr. Cossío, constituyen una familia espiritual. Los tres fueron universitarios, profesores, educadores. Cada uno de ellos, dentro siempre de una misma comunidad de pensamiento, nos ofrece su fuerte personalidad. Cada cual de ellos, sin quebrantar esa unidad espiritual, sino enriqueciéndola, acentuará su preocupación personal en una dirección determinada. Predominantemente filosófica, don Julián; más sociológica y pedagógica, don Francisco; más pedagógica y estética, el Sr. Cossío. Los tres, liberales avanzados; pero alejados voluntaria y discretamente de la política militante. Los tres merecieron el respeto de las personas honestas de todas las formaciones políticas; pero los mejores amigos de don Julián estaban en el partido progresista; don Francisco, republicano de corazón y de cabeza, tenía grandes amigos en el republicanismo activo, y el Sr. Cossío, también republicano de

corazón y de cabeza, los tenía, además, en el socialismo. En estos tres hombres podemos centrar los momentos decisivos de un mismo pensamiento, que se inicia en don Julián y se cierra — en cuanto a ciclo — en el Sr. Cossío. Cada uno de ellos actúa, sin romper la continuidad, en horas históricas distintas. Don Julián, en la época de Isabel II, don Francisco, en la Restauración, y el Sr. Cossío, en las postrimerías de la monarquía y en los días entusiastas de la República.

Las obligadas limitaciones de este trabajo, no permiten abarcar en él, a la vez, la obra de estos tres españoles meritísimos. Por eso este ensayo de ahora se limita a divulgar — no sin restricciones — la labor de uno de ellos nada más, la de don Julián. Tiempo y ocasión habrá para que divulguemos igualmente la de don Francisco y la del Sr. Cossío.

Hablar de Sanz del Río y de su influencia en la formación del pensamiento español contemporáneo, es evocar una de las situaciones más dramáticas de la vida española. Es recordar los obstáculos que se han opuesto en España a la expresión del pensamiento en un momento de su historia, que, por desgracia, no ha sido único. Es demostrar que el pensamiento creador, a pesar de todo, acaba labrándose su propio camino. ¡ Lento y penoso caminar el del pensamiento español contemporáneo !

Los obstáculos tradicionales

La actividad de Sanz del Río se produce, como hemos dicho, durante el reinado de Isabel II, la « reina castiza ». Su reinado es un trozo típico de lo que fué nuestro siglo XIX, en el que tantas páginas heroicas se escribieron al lado de otras muy abyectas.

Una sublevación del general Espartero, en 1840, acabará con la regencia de María Cristina. El general Espartero pasa a ocupar la regencia del reino. Otra sublevación lo expulsará de ella. Las Cortes, para acabar con esa situación, declaran — 1843 — mayor de edad a Isabel II, que a la sazón apenas si contaba trece años.

Forma gobierno un progresista, Salustiano Olózaga, que obtiene de la reina el decreto de disolución. Los moderados se asustan. Quieren evitar las elecciones. Para ello acusan a Olózaga de haber arrancado de viva fuerza a la reina el decreto famoso. Exoneran a Olózaga de la Presidencia del Consejo de Ministros « por motivos graves a mí reservados », como dirá el decreto que autoriza con su firma el general Serrano. Hace falta un ambicioso y audaz que se atreva a sostener públicamente la acusación. El ambicioso y audaz, surge : es González Brabo. Su reprochable conducta le vale una cartera de ministro. Aquella injusticia dejará amargo sedimento en el alma de Olózaga. Será el prólogo de un drama. El epílogo lo encontraremos años después, en Alcolea, con el triunfo de la Revolución que destronará a la reina. La reina comenzó su oficio con González Brabo y con lo de Olózaga ; fué su primera locura. En 1868 desterrará a los generales unionistas ; será su última locura. Con González Brabo, también acabó Isabel II su oficio de reina.

Durante su reinado, tres partidos se disputan la hegemonía de lo que dió en llamarse « la cooperativa del poder ». A la derecha, están los « moderados », a los que se van incorporando los carlistas renegados. Los moderados son absolutistas, impopulares, furiosamente clericales. A la izquierda, están los « progresistas ». Son profundamente liberales, ingenuos ; dominan en la mesocracia y les acompaña gran parte del pueblo. Todavía más a la izquierda, hay un pequeño grupo de republicanos : son los « demócratas ». Y en el centro, hay un conglomerado híbrido que se llama « unión liberal ». Lo integran generales — que tampoco faltan en los demás partidos — agiotistas, tráfugas, aventureros de la política y de las finanzas.

La reina, distraída con las camarillas y con las diversiones que le eran peculiares, no percibe lo que ocurre en el país. El país está descontento, pero Palacio no se entera. Entre Palacio y el Pueblo se interponen lo que Olózaga llamó « los obstáculos tradicionales », expresión que hizo fortuna desde que la lanzara en su memorable discurso del 11 y 12 de diciembre de 1861. Los « obstáculos tradicionales », según Olózaga, eran las influencias de la Iglesia : la del franciscano Padre Cirilo, arzobispo de Toledo, la del Padre Claret y la de Sor Patrocinio, la « monja embaucadora », condenada por milagrera en 1836 por el Juzgado de Madrid. Esas influencias religiosas impusieron el Concordato de 1851, que firma Isabel II con Pío IX, sin consultar con las Cortes ; hacían quemar libros « peligrosos » en los atrios de las Iglesias ; negaban el entierro católico a los liberales ; purificaban el profesorado ; establecían la « censura de fronteras » para toda clase de libros « sospechosos »... Todo

ello, como entonces se decía, constituía el imperio de la « mojigatocracia ».

Los « obstáculos tradicionales » eran, además, según Olózaga, las influencias de las « camarillas », que eran varias : la del rey consorte, la de la reina, la de la reina madre... Eran las influencias de los favoritos : Arana, Puig Moltó, Miguel Tenorio, Obregón, Marfiori y tantos más, ante cuyas « libidinosas veleidades », como entonces se decía, cerraba los ojos don Francisco de Asís, que encontraba consuelo en sus monjitas de las Salesas. Estas camarillas, estos siniestros personajes intervenían en todas las intrigas, entraban a saco en la Hacienda nacional y hacían y deshacían los gobiernos a su antojo. Los « obstáculos tradicionales » declararon guerra a muerte al partido progresista. El partido progresista aceptó el reto. Sabía que combatir dichos « obstáculos tradicionales » equivalía a combatir la dinastía de los Borbones encarnada en la persona de Isabel II. En esa lucha que va a comenzar, Olózaga será el Verbo y el general Prim la Espada.

Los textos vivos

Obstáculos tradicionales... Intervención de los militares en la política... Y, además, la permanencia casi continua de los moderados en el poder. Durante el reinado de Isabel II, salvo muy contados eclipses — el del bienio progresista (1854-1856) y algún que otro gobierno de Unión liberal — los moderados ocupan constantemente el poder. Y cada vez que a él retornan, vuelven más sectarios y más feroces que antes. Aunque ya eran de por sí suficientemente reaccionarios, todavía recibieron el refuerzo de los carlistas, más o menos renegados. Esos nuevos elementos formarán su extrema derecha. Palacio Valdés los definió como « falange inquieta de fogosos mancebos que constituyen hoy la política de la Iglesia ». También se les llamaba « neo-católicos », título que comenzó por exasperarles y acabaron reivindicándolo como un honor. Esta falange inquieta de fogosos mancebos, estos neo-católicos volvieron sus ojos a la Universidad madrileña. ¿ Qué podían temer de ella ? En dicha Universidad se había creado una cátedra de « Ampliación de Filosofía y su Historia » para cuyo desempeño nombraron el 26 de enero de 1854 a don Julián Sanz del Río. Este explica en ella la filosofía de Krause, que había estudiado en Heilidelberg y que trabajaba afanosamente por españolizarla. Las ideas que vierte Sanz del Río en su cátedra, constituyen una feliz novedad en aquel ambiente adocenado de la Universidad de entonces. La forma monográfica de sus cursos, contrastaba con la rutina de las clases de otros profesores. La juventud universitaria, tan deseosa de renovarse espiri-

tualmente se sintió rápidamente atraída por las ideas nuevas que profesaba Sanz del Río. Y tanto o más que las ideas, le impresionaba la manera cómo Sanz del Río entendía y practicaba su función docente. A pesar de su gravedad un tanto solemne, no repelía el diálogo sino que lo provocaba. Su lenguaje técnico acrecía el interés. La unción casi evangélica con que trataba los problemas, aumentaba la cordial adhesión de sus alumnos. Respetaba en ellos, como imperativo de su propia conciencia, la más absoluta libertad intelectual. Quería, sobre todo, que aprendiesen a filosofar. Se preocupaba no sólo de informarles, sino de formarlos espiritualmente. Todo ello era nuevo en aquella vieja Universidad. No es extraño, pues, que los alumnos sintiesen por el Maestro verdadera devoción.

Los cursos de Sanz del Río no interesaban solamente a la juventud universitaria. Su aula se veía siempre concurridísima por un auditorio especial. Entre sus alumnos figuraban nombres sobradamente conocidos: Francisco de Paula Canalejas, Federico de Castro, Nicolás Salmerón, Romero Girón, Gumersindo de Azcárate, Linares, Giner de los Ríos, Tapia, Sales y Ferré, Ruiz de Quevedo, etc.; exministros como Luis María Pastor profesores universitarios como Fernando de Castro y Emilio Castelar, ingenieros, escritores, ateneístas...; ¡Sanz del Río había revolucionado la Universidad! Y no sólo la Universidad, pues de su curso se hablaba y discutía en el Ateneo y en las tertulias. Sanz del Río, a quien ya comenzaban a llamar « el Sócrates español » continuaba y completaba su magisterio en su « Círculo de estudios », aquel reducido grupo de amigos que se interesaban por conocer la filosofía alemana, que se reunían en la calle de la Luna, en casa del abogado Simón Santos Lerín y que fué agrandándose, aunque siempre voluntariamente restringido, hasta constituir el « Círculo filosófico » de la calle de Cañizares. Allí, una vez al mes, racionalistas y católicos liberales, « discutían fraternalmente de problemas graves ». Allí administraba Sanz del Río el « santo sacramento de la palabra ».

Sanz del Río, que era Doctor en Derecho civil y canónico, decidió doctorarse en Filosofía para ponerse en regla con la Administración. Lo hizo en 1856. Su tesis se titula *Cuestión de la Filosofía novísima*. En ella precisa su doctrina. Constituye una declaración de principios. Aunque la tesis, cual sucede con esa clase de trabajos, circuló poco (la publicó una revista, *La Razón*, en 1860), no por eso dejaron de inquietarse los neo-católicos. Más se inquietaron cuando vieron que el discurso de apertura del curso universitario de 1857-58, corría a cargo de Sanz del Río. En ese discurso trató de « *Lo que debemos a la enseñanza recibida de los siglos pasados y lo que esperan de la nuestra los futuros* ». En ese discurso, después

de insistir en los principios de su filosofía y de exponer sus ideas pedagógicas, termina dirigiéndose a los futuros maestros y profesores, para decirles que « ante todo, tienen que enseñar la Verdad; propagarla, cueste lo que cueste; su conducta debe honrarla, ya que son sus ministros; y deben estar dispuestos a vivir y a sacrificarse por ella. Así lo exige el bien de las generaciones venideras y el bien de la Sociedad ».

Los neo-católicos creen que ha llegado el momento de dar la batalla al krausismo y a los krausistas. Primero, en el terreno de las ideas. De ello se encarga Juan Manuel Ortí y Lara, profesor del Instituto de Granada y más tarde catedrático de la Universidad Central. Ortí y Lara publica un folleto impugnando dicho discurso. Para Ortí y Lara, la Metafísica de Sanz del Río es puro panteísmo; su Moral, sólo tiene de bueno lo que en ella hay de Moral cristiana; todo lo demás, es malo. Queda, pues, declarada la guerra a quienes « profesan doctrinas anticatólicas y dan una enseñanza heterodoxa, capaz de viciar el corazón de la juventud ». Los neo-católicos no se detienen ahí. Sentenciarán definitivamente que « el krausismo es el foco de infección de la sociedad contemporánea ». La polémica gana la calle. Los periódicos neo-católicos desencadenan una campaña violenta. *El pensamiento español*: que dirige Francisco Navarro Villoslada, será el más agresivo. Es la tribuna de Ortí y Lara, quien publicará en él « Las cinco plagas de la enseñanza: la educación inadecuada, la superficialidad de los estudios los textos muertos, los textos vivos y el monopolio universitario ».

¡ Los textos vivos! Es decir los profesores. Los textos vivos son mucho más dañinos que los textos muertos, esto es, los libros. Para los libros, existe, afortunadamente, la censura. Para los profesores, desgraciadamente, no existe censura alguna.

La libertad de cátedra

Esta no existe, porque el gobierno no cumple con su deber. ¿ No hay, desde 1851, un Concordato, cuyo artículo segundo establece « que la enseñanza en las universidades, colegios y escuelas públicas y privadas de toda clase, se ajustará a los principios de la religión católica, y que no se pondrá impedimento alguno a las autoridades eclesiásticas para que puedan cumplir con su deber de velar por la pureza de la doctrina, la fe, las costumbres y la educación religiosa de la juventud? ¿ No existe igualmente una ley de Instrucción pública, la Ley Moyano, de 1857, cuyo artículo 296 establece que « cuando un prelado diocesano advierta que en los libros de texto o en las explicaciones de los profesores, se emiten doctrinas perjudiciales a la buena educa-

ción religiosa de la juventud, dará cuenta al gobierno, quien instruirá el oportuno expediente ? Por todo ello, los neo-católicos pedirán al gobierno que « purifique » la Universidad, destituyendo a los profesores heterodoxos que están envenenando a la juventud. Hay que acabar de una vez y para siempre con los « textos vivos ». Y en su prensa van denunciando, uno tras otro, esos textos vivos, Castelar, Canalejas, Figueroa, Esperabé Lozano, Fernando de Castro, Sanz del Río...

La campaña contra los textos vivos adquiere singular violencia en 1865. Sin olvidar a los demás, demuestran particular predilección en sus ataques por Castelar, a quien acusan de dar en la Universidad una enseñanza panteísta. Un hecho, en absoluto ajeno a su función docente, será explotado por los neo-católicos y sancionado por el gobierno moderado que presidía el general Narváez. Veamos : a principio de año, dicho gobierno lanza una nueva ley sobre el Patrimonio Real, para determinar los bienes que debían constituir un mayorazgo anejo a la Corona, y los que debían estimarse personales de la reina, y proceder a su venta. Narváez anuncia que la reina cedía a la Nación el 75 por 100 de esa venta, más los jardines del Buen Retiro, a fin de convertirlos en parque público. Narváez aireó el rasgo de la reina. Hubo, incluso, un homenaje nacional. Castelar, desde su periódico, *La Democracia*, comentó el homenaje con su famoso artículo « El rasgo ». Demostró que no sólo no regalaba nada la reina, sino que, por el contrario, todavía se quedaba con el 25 por 100, ya que aquellos bienes no eran suyos sino del pueblo. El gobierno se enfada. Hace expediente a Castelar, como profesor, por ese artículo periodístico, y lo separa de su cátedra. El Rector de la Universidad — Montalbán — se niega a cumplir la orden ministerial. El gobierno destituye, a su vez, al Rector, sustituyéndolo con un profesor neo, con el Marqués de Zafra. Los estudiantes quieren desagrar al Rector destituido, y le ofrecen una serenata. El gobierno ametralla a los manifestantes. Son los sucesos que la historia registra con el nombre de « La noche de San Daniel ». Aquella sangre inocente ahogó al gobierno. El 21 de junio, el general O'Donnell sustituyó al general Narváez con un gobierno de unión liberal. Los profesores destituidos, vuelven a sus cátedras.

Ni la caída de Narváez, ni la sangre vertida la noche de San Daniel, aminoraron los furios de los neo-católicos. La campaña contra los textos vivos, continúa. Más aún, la Iglesia se decide a intervenir abiertamente. La Congregación del Índice declara por Decreto de 26 de septiembre de 1865, « libro prohibido » *El Ideal de la Humanidad para la Vida*, de Krause, que Sanz del Río había traducido, anotado, comentado y

publicado... cinco años antes. Ese decreto vino a servir admirablemente la campaña de los neo-católicos. Para éstos, la condenación del libro se extendía igualmente al traductor, es decir, a Sanz del Río. Siendo así, ¿ cómo podía consentirse que siguiese explicando en la Universidad un profesor condenado por la Iglesia ? El gobierno debía hacer lo mismo que había hecho la Iglesia : condenarlo, expulsarlo de la Universidad. El asunto fué llevado al Parlamento. Hubo interpeleación. De ella se encargaron dos diputados de Navarra, tierra de carlistas, que hablaron de las doctrinas krausistas, del panteísmo que se enseñaba en la Universidad.

Sanz del Río, despreciando el aspecto político de la cuestión, se hizo fuerte en el terreno que le era más familiar, el filosófico y el canónico, rechazando la acusación de irreligiosidad de que se le había hecho objeto. Ya en la *Carta y cuenta de conducta dirigida al profesor de Filosofía D. Tomás Romero de Castilla*, discípulo suyo y católico, sostenía que se podía ser cristiano, incluso católico, y profesar la filosofía krausista. Pero para aquellos bárbaros neo-católicos no valían sutilezas. Había que acabar con el « foco de infección » krausista. La ocasión de conseguirlo no se hizo esperar. La sublevación del Cuartel de San Gil — 22 de junio de 1866 — que costó más de 200 muertos y más de 600 heridos, y la brutal represión que trajo consigo, acabó con el gobierno O'Donnell. Le sustituyó nuevamente en el poder el general Narváez. Y con Narváez, ocupó la cátedra de Formento, de la que dependían los servicios de instrucción pública, el tristemente célebre Manuel de Orovio. Diez días después de haberse posesionado de su cargo, Orovio lanzó al personal docente una Circular — 20 de julio de 1866 — en la que decía : « La religión católica es la religión del Estado ; lo ha sido siempre en España. Atacar el catolicismo, es herir lo que hay de más profundo y delicado en nuestra organización social ; es conspirar contra el decoro de la patria. Quien tal haga, sobre caer desdichadamente en impío, se acredita de mal español. En este punto, el gobierno, en interés de la enseñanza y en interés del profesorado, está dispuesto a declararse inexorable. »

Los profesores quedaban advertidos ; el gobierno estaba dispuesto a ser inexorable con ellos. Así fué. El 22 de enero de 1867, Orovio lanza un Decreto mucho más fuerte. No sólo impone la censura para los libros de texto, para los programas de curso y para los apuntes de clase, sino que se obliga a los profesores a que hagan por escrito profesión de fe católica, monárquica y dinástica. El Decreto produjo la emoción que puede suponerse. El Rector de la Universidad de Madrid, Marqués de Zafra, convoca Claustro extraordinario para el 17 de

marzo, a fin de suscribir dicha declaración. Don Julián Sanz del Río, estimando que lo que se le pedía era contrario a la libertad de conciencia y a la libertad de cátedra, y extraño a la jurisdicción del Estado, se negó a concurrir a la reunión y a firmar la declaración. La misma actitud adoptan Nicolás Salmerón y Fernando de Castro.

El Rector inicia expediente a Sanz del Río el 31 de mayo. Lo termina el 31 de agosto. Pasa al Consejo de Instrucción pública, al que Sanz del Río vuelve loco con sus escritos de descargo. Pero el Consejo, como era de esperar, condena a Sanz del Río. Lo condena, no sin dedicarle en los considerandos grandes elogios, elogios al filósofo y elogios al profesor; pero le condena « porque la autoridad de la Iglesia lo ha condenado ya, y, por ello, constituía un peligro nacional ». Sanz del Río protestará contra el fallo ante el Ministro, en carta de 29 de febrero de 1868. Su destitución, así como las de Fernando de Castro y de Salmerón, produjeron, dentro y fuera de España, impresión enorme. Sirvieron para agrandar aún más el profundo malestar que existía ya en los medios universitarios que no tardaría en manifestarse. Francisco Giner de los Ríos, que acababa de obtener la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional, renunció a ella por solidaridad con el Maestro. La Universidad de Heidelberg, unánimemente, le envió un mensaje de simpatía, que suscribieron 63 profesores. El Congreso de Filosofía, que se reunió poco después en Praga, bajo la presidencia de Leonhardi, protestó contra la destitución de Sanz del Río, afirmando que la libertad del pensamiento y del espíritu es condición indispensable para toda ciencia verdadera y para la dignidad humana. Y su antiguo discípulo de los días de Heidelberg, el filósofo ginebrino Federico Amiel, rompiendo su largo silencio, le escribirá una carta llena de emoción, confesando con amargura que el sentido teocrático de la política española la incapacita para todo progreso.

Sanz del Río se aleja, pues, de la Universidad. Se refugia en sus discípulos. Pero su alejamiento durará poco. En el mes de septiembre de aquel mismo año de 1868, la Revolución acabará con la monarquía borbónica. En el gobierno provisional que se forma, habrá un ministro, Figueroa, que era uno de los « textos vivos ». La Revolución de septiembre, que tanto debía a los krausistas, repone automáticamente en sus cátedras a los profesores destituidos y les entrega la dirección de la Universidad.

Filosofía hecha carne

Pero ¿quién era Sanz del Río, que inspiraba odios tan profundos y adhesiones tan encendi-

das? ¿Qué clase de Filosofía era la suya, que tan nefanda era para unos y tan esencial para otros?

Nace Sanz del Río el 13 de marzo de 1814 en Torrearévalo, provincia de Soria, uno de los lugares más desolados de Castilla. Sus padres, labradores, mueren prematuramente y Sanz del Río queda huérfano a los trece años. Su tío Fermín, canónigo de la catedral de Córdoba, lo recoge y cuida de su educación. Lo ingresa en el Seminario conciliar de Santa Pelagia. Todo hacía pensar que se consagrara a la Iglesia. Del Seminario cordobés pasa al Colegio del Sacromonte de Granada, donde continúa sus estudios de Derecho canónico y de Derecho romano. Los prosigue en Toledo, donde vive ahora su tío el canónigo. Y en 1836 llega a Madrid para terminar sus estudios de Leyes en la Universidad que, trasladada de Alcalá, comienza a funcionar en 1837. Sanz del Río, pobre y estudioso, consigue se le dispense el pago de matrículas y derechos de examen.

La vocación eclesiástica que pareció advertirse en él, hizo crisis en Granada. Cuando llega a Madrid, sus preocupaciones son de orden jurídico. Allí ingresa en la « Sociedad Económica de Amigos del País », de gran abolengo liberal, y que al decir de Gil de Zárate era « el refugio de los hombres progresivos » en aquellos tiempos tan contradictorios. Allí conoció a Navarro Zamorano, Alvaro de Zafra y Arrazola, con quienes se reunirá para leer y estudiar los libros extranjeros que, tras la muerte de Fernando VII, dejaba pasar la censura de fronteras. Uno de esos libros era el *Cours du Droit naturel ou Philosophie du Droit*, que Ahrens acababa de publicar. El libro le produce profunda sensación. Acostumbrados a la filosofía escolástica oficial, el libro de Ahrens les descubre un mundo nuevo. Y por Ahrens, conocieron a Krause. Sanz del Río se siente atraído por esa filosofía nueva, humana. Navarro Zamorano se consagrará a traducir el libro. Sanz del Río presenta una « Memoria » al Ministro justificando la necesidad de crear una cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad Central. Pero las zozobras ministeriales no permiten al gobierno ocuparse en las Universidades.

Hubo que esperar ocasión más propicia. Esa ocasión fué la reforma de la enseñanza que en 1843 hace el ministro progresista Pedro Gómez de la Serna. Se crea una Facultad completa de Filosofía en la Universidad de Madrid y en ella la cátedra de Historia de la Filosofía, que se confía, interinamente, a Sanz del Río. Mas como todavía no puede tener alumnos, se le encarga vaya a estudiar a Alemania durante dos años. « Al confiar a usted la cátedra de Historia de la Filosofía — dirá la comunicación oficial, que redacta el propio Sanz del Río —, con obligación

de visitar las principales escuelas alemanas para que perfeccione sus conocimientos en esta ciencia, el gobierno cuenta con que sabrá usted cumplir los deberes, tan grandes como sagrados, a que se ha comprometido usted en orden a la ciencia y al país ».

Sanz del Río, pues, fué el primer becario español que sale al extranjero para ampliar estudios. Hasta entonces, los españoles que salían al extranjero, lo hacían como exilados políticos...

Sanz del Río emprende su viaje en julio de 1843. Pasa por París, donde se entrevista con Victor Cousin. De la entrevista no guarda buen recuerdo. El filósofo francés le decepciona. De París marcha a Bruselas, donde vivía refugiado el profesor Ahrens, cuya Universidad le había confiado una cátedra de Derecho natural. Ahrens aconseja a Sanz del Río que vaya a Heidelberg, la meca del krausismo, donde profesaban dos grandes discípulos de Krause: « Uno, dedicado a la Metafísica pura: Leonhardi, yerno de Krause; el otro, de orientación puramente práctica y positiva: Roeder. »

La impresión que le producen estos maestros, y las resonancias que la doctrina krausista allí explicada provocan en su espíritu son profundas. Así se lo dirá a su protector José de la Revilla, en carta de 30 de mayo de 1844. « Le aseguro mi resolución inmutable de consagrar todas mis fuerzas, durante toda mi vida, a estudiar, explicar y propagar esta doctrina, en la medida en que pueda ser conveniente y útil a nuestro país. Ciertamente, convendrá tener en cuenta las circunstancias, ya que se trata, sobre todo, de ideas que son esencialmente prácticas y aplicables a la vida individual y pública; pero por encima de estas consideraciones, yo tengo la íntima y definitiva convicción de la verdad de esta doctrina de Krause. Esta convicción no nace de motivos puramente externos, cual de la comparación de este sistema con otros que ya conocía yo, sino que la crea directa o inmediatamente la doctrina misma, que yo la encuentro en mí, como la encontrará infaliblemente toda persona que sin prejuicios, con voluntad sincera y con espíritu libre y sereno, la estudie, no desde tal o cual punto de vista aislado, parcial, sino en su ser, uno, idéntico, total ».

En Heidelberg, Sanz del Río vive en casa del profesor Weber, donde también viven Amiel y Foerster, con los que trabará fraternal amistad. Allí le llega la noticia del fallecimiento de su tío el canónigo, que le afecta profundamente. Sanz del Río pide autorización al gobierno español para regresar. Se la conceden. Después de un año y cuatro meses de ausencia, en noviembre de 1844, vuelve a España. Se refugia en Illescas, donde su tío le había dejado una pequeña herencia. Vive allí con sus dos hermanas. En 1845, el ministro José Pidal reorganiza la enseñanza. Se crea la

cátedra de Ampliación de la Filosofía. El ministro le ofrecerá desempeñarla. Sanz del Río declina el nombramiento. No se siente suficientemente preparado para ello; quiere seguir trabajando hasta lograr la perfecta preparación que todo profesor consciente de la reponsabilidad de su misión debe tener. Así se lo escribirá al ministro.

Sanz del Río, durante diez años, retirado en Illescas, yendo tan sólo una vez por mes a Madrid para asistir a las reuniones de su Círculo filosófico, se consagra a repensar el krausismo, adaptándolo a la manera española. Durante ese tiempo, traducirá *La psicología*, de Ahrens; la *Parte analítica* y *El Ideal de la Humanidad para la Vida*, de Krause; el *Curso de Historia Universal*, de Weber; la *Historia de la literatura alemana*, de Gervinus... Al mismo tiempo, escribirá algunos ensayos propios. Justamente en 1849 quiso publicar un *Resumen de Filosofía*, que pensaba editar como primer volumen de una biblioteca dedicada a la filosofía alemana. Pide al Consejo de Instrucción pública el correspondiente dictamen. « En modo alguno y bajo ningún concepto — dirá la Comisión dictaminadora — puede aprobarse ni admitirse semejante trabajo, sino guardarse como una de tantas muestras del punto, a que, en ocasiones, puede llegar el desarreglo del entendimiento humano... »

Afortunadamente, en aquel tejer y destejer de la época, en enero de 1854, se crea la cátedra de Ampliación de la Filosofía y su Historia, nombrando para desempeñarla a Sanz del Río. Esta vez, acepta. La desempeña, como hemos visto, hasta que el ministro Orovio lo destituyó, en febrero de 1868. En 1845, cuando el gobierno quería que enseñase, Sanz del Río no acepta por creer que no estaba suficientemente preparado para ser profesor. En 1868, cuando Sanz del Río quiere enseñar por creerse ya preparado para hacerlo, el gobierno no quiere que enseñe. En 1845 como en 1868, Sanz del Río es leal para con su conciencia y fiel a su doctrina filosófica. « La filosofía no tiene valor de ningún género — decía el Maestro — si no nos sirve para vivirla en la vida, para realizarla en nuestra conducta... »

El 12 de octubre de 1869, moría Sanz del Río. Aunque había sido enemigo de toda clase de exhibiciones, su cadáver fué expuesto en el Paraninfo de la Universidad. Anté él desfilaron el pueblo madrileño durante todo el día 13. El 14 se le enterraba en el cementerio civil del Puente de Toledo. En ese mismo cementerio, pero en el sector católico, está enterrada su mujer. La Iglesia, como tantas veces más, separaba después de morir a quienes en vida habían podido vivir juntos. El nuevo Rector de la Universidad, su discípulo Fernando de Castro, ante una muchedumbre inmensa congregada en el cementerio

civil, pronunció la oración fúnebre. Fernando de Castro vestía todavía traje talar. Junto a Fernando de Castro se encontraban otros dos discípulos del Maestro, que también habían vestido el traje talar: Tomás Tapia y Francisco Barnés. Tres eclesiásticos que abandonaron la Iglesia por encontrar en el krausismo el refugio espiritual que su conciencia les demandaba y que aquella no les ofrecía.

Una filosofía y una reforma

¿Qué es, pues, el krausismo? Nadie pretenderá que con unas cuantas líneas hagamos una exposición de la filosofía krausista, cuando tantos y tantos libros se han escrito para explicarla. Contentémonos, para los fines de este trabajo, con indicar tan sólo su esquema.

Krause llama a su sistema « racionalismo armónico ». Según él, el proceso de nuestro conocer se inicia mediante una fase, que llama *Análisis*, y se continúa, completa y termina con otra fase, que llama *Síntesis*. Conocer es, ante todo, conocerse. Nosotros tenemos la intuición inmediata y absoluta de nosotros mismos, de nuestro Yo. Concentrándonos en nuestro Yo, advertimos que consta de cuerpo y espíritu. Advertimos igualmente que hay otros cuerpos. El conjunto de esos cuerpos forma la Naturaleza. La Naturaleza y el Espíritu, constituyen la Humanidad. Naturaleza, Espíritu y Humanidad son tres « infinitos relativos ». Esos tres infinitos relativos se limitan recíprocamente. Necesitan de una síntesis superior que los coordine. Esa síntesis superior es el Ser, Dios: un « infinito absoluto », eterno, perfecto. El análisis nos ha conducido a la noción del infinito absoluto. Contemplémosle. Es la vida perfecta, sueño de la Humanidad. Perfecta en sí. Perfecta en nosotros, que alcanzaremos todo el bienestar posible si consagramos nuestra vida a la gloria de Dios.

Ahi termina el análisis, mas no el trabajo del filósofo. Ahora, por un trabajo deductivo, la *Síntesis*, se « recompone y reconstruye toda la obra analítica anterior ». Si el análisis nos ha llevado hasta Dios, la *Síntesis*, descendiendo desde Dios, nos conducirá a la explicación total del mundo, lo que dará lugar a la serie de ciencias que existen, de las cuales, la más importante es la Filosofía. La ciencia, pues, nos mostrará el orden armonioso del universo. Encontrar esa armonía y hacer que ella reine en la humanidad, es quehacer esencial e indeclinable de la filosofía práctica. Ese es el mensaje que el krausismo trajo a los españoles.

No faltan quienes se han extrañado ante el fenómeno, aparentemente insólito, de que una

filosofía importada y por añadidura alemana, consiguiese en España tan inusitado éxito y lograrse penetrar tan hondo en la vida española. Quienes han experimentado semejante extrañeza, no han debido meditar mucho acerca de dicho fenómeno. Este no se explica solamente y mucho menos totalmente, como una reacción del partido progresista contra la filosofía oficial del partido moderado. El krausismo es, ante todo, una filosofía mística, con una moral estoica. Y ambas cosas tienen una espléndida tradición española. Por eso, con razón, cuando Sanz del Río llega a Heidelberg y se familiariza con la doctrina krausista, puede escribir a don José de la Revilla su « íntima y definitiva convicción de la verdad de esta doctrina... que yo la encuentro en mí ». La inspiración de Krause fué, en realidad, un excitante. El fondo, la substancia del krausismo, estaba en España. El krausismo se enlaza con nuestro misticismo y despierta la tradición universalista y humanitaria de nuestro senequismo y el internacionalismo jurídico de nuestros teólogos del siglo XVI.

Giner de los Ríos nos dirá que « Sanz del Río aspiraba a enseñar, no una filosofía; no a propagar una doctrina hecha y concluida, articulada y cerrada, literal, primera condición de la llamada escuela filosófica — son sus palabras mismas — sino a indagar libremente la verdad ». Y el Sr. Cossío lo confirmará al decir que « el krausismo nos enseña a filosofar en vez de enseñarnos una filosofía ». Las circunstancias del momento histórico en que aparece el krausismo, favorecieron indudablemente su eclosión. Aquella Iglesia fanática, intolerante, descristianizada y militante, tenía que provocar una reacción; aquella sociedad española desmedulada, apática, ajena a la evolución de los tiempos, necesitaba un revulsivo; aquel Estado en manos de camarillas degeneradas que hacían de la corrupción y de la violencia métodos de gobierno, pedía a voz en grito una reforma; aquella enseñanza anquilosada, dominada por el Concordato, exigía una transformación profunda.

Remedios a tantos males y soluciones a tantos problemas estaban prefigurados en ese vasto movimiento krausista. Sus discípulos se encargarán de demostrarlo, que no en balde, desde Heidelberg, Sanz del Río, en su carta de 30 de mayo 1844, adelanta « que se trata, sobre todo, de ideas que son esencialmente prácticas y aplicables a la vida individual y pública ». La vida individual y pública española ha tenido ocasión de confirmarlo por propia y fecunda experiencia.

RODOLFO LLOPIS

Posición de la arquitectura moderna en Latinoamérica

POR MAURICIO GOMEZ MAYORGA

EL deseo de ejercer la arquitectura seriamente dentro del panorama latinoamericano (estamos escribiendo desde México) nos conduce a este puñado de notas, por medio de las cuales pretenderíamos precisar las condiciones de este ejercicio profesional tales como se entienden para los fines de una tarea de largo alcance; de una labor de servicio público que definitivamente dé la espalda a la concepción urbano-académico-liberal de la práctica arquitectónica. Estamos en Latinoamérica, y ese es un dato técnico que debe integrarse fundamentalmente en nuestros programas. No se trata de una actitud sentimental o nacionalista: los técnicos modernos debemos servir a nuestro país, o a nuestro continente por la buena razón de que en ellos estamos.

Cuando los arquitectos que ejercemos en México, o en cualquiera otra de las ciudades de la América hispana, nos enfrentamos a la cotidiana lucha de convencer al cliente, ya sea un particular, o un gobierno, de que la arquitectura es necesaria; de que constituye un servicio público y no un lujo, y de que debe estar en manos de arquitectos, pensamos con desaliento en lo lejos que nos encontramos aún de una gran arquitectura a escala nacional, útil para millones de hombres, y que fuera auspiciada por los gobiernos con la misma convicción con que se lanza una campaña para vacunar a un país en el caso de una epidemia. Es curioso que entre nosotros la

arquitectura en general, y muy especialmente la arquitectura moderna, requiera todavía justificación y disculpa, cuando es justamente su vasta ausencia lo que resulta sin justificación ni disculpa.

¿Cuál es el panorama de Latinoamérica? ¿Cuáles son los determinantes que el arquitecto encuentra para llevar a cabo su tarea? No conocemos en realidad sino el gran problema de México, pero tenemos suficientes datos para suponer que la situación de la América hispana, por lo que se refiere a la arquitectura, sea muy semejante en la mayor parte de los países que integran este continente. Siempre partiendo de lo que sabemos, creemos que las circunstancias capitales de planteo del problema arquitectónico en la América hispana son las siguientes:

1º Población escasa y heterogénea, dividida lingüísticamente; irregularmente estratificada en grupos étnicos y clases sociales. Subsistencia de formas de sociedad colonial junto con estructuras propias del capitalismo decadente.

2º Predominio de la población rural indígena, con un coronamiento de clase blanca, capitalista y de tendencia europea.

3º Coeficiente de mestizaje creciente, y absorción de elementos de reciente inmigración.

4º Subdesarrollo económico, social y técnico.

5° Agricultura atrasada y débilmente productiva. Recursos naturales inexplorados y desconocidos, o bien, mermados por una explotación irracional y apresurada.

6° Centralización de poderes gubernamentales dentro de regímenes borrosamente democráticos o claramente dictatoriales. Gobiernos meramente políticos y anticuados, con un sentido inmediato y exhibicionista de la tarea política, demagógicamente nacionalistas, carentes de una visión de largo alcance sobre problemas sociales, técnicos y económicos.

7° Colonialismo industrial. Industria incipiente y de preferencia extractiva. Ausencia general de industria pesada. Desconocimiento de procedimientos avanzados de fabricación y de construcción. Escasez de obreros especializados, de instalaciones adecuadas y de profesionales de la técnica. Ausencia de inventores e investigadores en la tecnología. Predominio de las artesanía sobre las fabricaciones.

8° Vías de comunicación insuficientes y anticuadas, como consecuencia del fuerte relieve montañoso, de los ríos, pantanos y desiertos, y del bajo nivel económico y técnico.

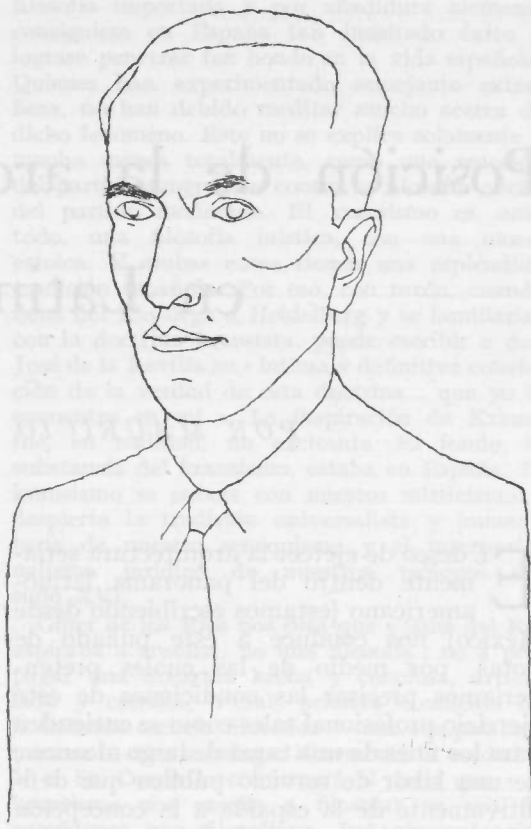
9° Desconocimiento de los mercados externos e internos. Débiles relaciones comerciales y culturales dentro del continente.

10° Vida urbana poco desarrollada. Predominio de las pequeñas poblaciones mal servidas municipalmente y mal comunicadas con el resto del país. Frecuentemente, una sola ciudad (la Capital generalmente) hipertrofiada con respecto a las demás poblaciones y al medio rural.

11° Analfabetismo, alta mortalidad infantil, corta duración de la vida, alta morbilidad; endemias, epidemias y epizootias.

12° Lastre tradicional. Ausencia del sentido de contemporaneidad. Desvinculación con lo universal. Falta de sentido histórico. Persistencia de un folklore infantilista y estereotipado. Religionismo regionalista e idólatrico. Incultura colectiva.

13° Disonancia entre los residuos de los diferentes pasados históricos y un presente



MAURICIO GÓMEZ MAYORGA

occidental no absorbido ni entendido aún. Contradicción entre los caciquismos y caudillismos de origen colonial y precolonial y las formas más modernas de convivencia política.

El conjunto de vectores anotado arriba no pretende ser completo ni estar exento de duplicaciones o contradicciones. Tampoco se intenta como un análisis social y económico, que pecaría de apresurado y generalizante tratándose de un continente como el nuestro, y que debería realizarse por especialistas, sino tan sólo como la impresión de conjunto que un arquitecto mexicano tiene del medio que lo rodea, considerando sumamente probable que las circunstancias indicadas sean en general las mismas en toda la América nuestra, aunque algunos países — Costa Rica, Chile, Uruguay y Argentina — puedan presentar hasta cierto punto siluetas diferentes.

Dentro de este complejo y desalentador marco histórico, geográfico, político y social, los poquísimos arquitectos que ejercemos en Hispanoamérica (en México hay solamente 500 para 25 millones de habitantes y 2 millones de kilómetros cuadrados) pretendemos promover y realizar tareas de arquitectura, urbanismo y planificación que nos parecen fundamentales, urgentes y fuera de toda discusión, pero que el público y las autoridades en general ven con indiferencia, con incompreensión y a veces con hostilidad.

Para enfrentarnos a la tarea americana partimos del hecho de que la arquitectura no es un arte ni un lujo para grupos privilegiados de las grandes concentraciones urbanas. Afirmamos que la arquitectura — la arquitectura *moderna* — ha de entenderse como un *servicio público*, y debe precisamente abarcar con plenitud aquellos conjuntos subdesarrollados que vegetan en la inmovilidad de tradiciones caducas y en el aislamiento casi completo de los valores y de los bienes. Piensa el que esto escribe que lejos de cultivarse los aislacionismos regionalistas y las tradiciones periclitadas, debe el técnico contemporáneo — el médico, el ingeniero y muy especialmente el arquitecto — irrumpir en esos dominios del subdesarrollo, y producir efizamente y con un sentido de coordinación aquellos servicios tales como habitaciones, hospitales, escuelas y centros comunales que precisamente rompan con los elementos negativos que aíslan y petrifican a la población rural.

Entre nosotros, el cotejo entre este milenario mundo rural, anclado en su ayer y antier por los elementos más negativos de lo tradicional y de lo regional, contrasta violentamente con un mundo urbano, en gran parte falso y de reciente creación que no hace sino copiar las formas más externas de la civilización y de la cultura occidental. Pese al tono general de subdesarrollo que hemos señalado, esas pocas ciudades presentan el mismo gigantismo y las mismas lacras de aquellas de los países de régimen capitalista maduro (o hipertrofiado), de gran industria y de alto coeficiente urbano. Nuestras ciudades (México está a la vista con tres millones de habitantes y un cre-

cimiento anual de más de 10 %) presentan graves síntomas de congestión urbana, de hipervalorización de la tierra, de insuficiencia y, simultáneamente, de costo excesivo de los servicios municipales. La velocidad y el desorden de crecimiento de nuestras capitales están destruyendo las zonas aledañas de abastecimiento agrícola, con lo cual se encarecen los productos alimenticios; al mismo tiempo se encarecen y dificultan los transportes y las subsistencias. La ausencia de zonificación parece ser un denominador común, y es también consecuencia de un crecimiento patológico cuya potencia y velocidad, lejos de ser un síntoma de « progreso » no son sino clara indicación de la falta de madurez del gran fenómeno urbano en estos países. La misma hipervalorización de la tierra (esto a su vez es consecuencia de la actitud típicamente española de fe ciega en los bienes raíces, y de la escasa capacidad de ahorro del hispanoamericano) conduce naturalmente, por desequilibrio de las funciones urbanas, a la extrema minusvalía de las zonas del extra-radio, vecinas generalmente a las instalaciones industriales y ferroviarias. Entonces, se presenta el mismo terrible fenómeno de las ciudades de los países adultos: los « slums », es decir las zonas de gangrena urbana, al margen de los servicios públicos, en las que prosperan la morbilidad y la delincuencia, que no son sino la misma cosa.

Frente a todo este complejo panorama, ¿cuál debe ser la actitud del arquitecto moderno? Es difícil decirlo en tan breve espacio. Intentaremos solamente bosquejarlo:

1º Ponerse en un plan rigurosamente técnico, al margen de un concepto sentimental de la historia.

2º Conocer profundamente el medio en que va a actuar, e integrar ese conocimiento en programas concretos de trabajo.

3º Abandonar la tradición liberal del ejercicio de la arquitectura, incorporándose disciplinada y orgánicamente a conceptos generales de planificación.

4º Partir de que el medio puede y debe ser modificado. Programar no sólo el cono-

cimiento de lo que *es*, sino la voluntad de lo que *debe* ser.

5° No *idealizar* las limitaciones ambientales anotadas arriba; no considerarlas como invariantes inevitables en el planteo, ni como ingredientes de nacionalidad, sino como vectores negativos que es preciso modificar a toda costa.

6° Impulsar ante las autoridades y el público el conocimiento de la arquitectura moderna, no como arte, ni meramente como ejercicio académico-liberal de una profesión, sino como técnica racional, socialmente útil; indispensable para la solución en gran escala de los problemas ya señalados de habitación, escuelas, hospitales, etc.

7° Entender la arquitectura como una técnica estrechamente asociada a los problemas económicos, políticos y sociales.

8° Promover la acción arquitectónica y urbanística hacia el campo, con el objeto de ir disminuyendo la enorme diferencia de niveles de vida entre lo urbano y lo rural.

9° Adoptar una actitud simultáneamente respetuosa y crítica respecto al pasado histórico y su arqueología. No permitir nunca que lo arqueológico suplante a una arquitectura viviente, y tampoco permitir que el pasado paralice la voluntad de futuro de la tecnología.

10° Promover las relaciones técnicas y de intercambio informativo entre los profesionales y estudiantes de los diversos países de América-Latina, para tomar contacto con los problemas comunes, y para entender este continente como un conjunto de

regiones naturales y culturales, no como una partición arbitraria de dominios políticos.

*

Como puede advertirse, todo lo anteriormente dicho rompe, en primer lugar, con un concepto demasiado optimista de Hispanoamérica que es frecuente sostener en estos países, y en segundo, con la idea artística y liberal de la arquitectura que muchos arquitectos tienen todavía en el mundo entero. Naturalmente, las notas anteriores no implican una forzosa renuncia a las clásicas actividades arquitectónicas en las ciudades grandes y medianas: la residencia, el edificio de oficinas o de apartamentos, el hotel, etc. Esas obras son importantes y útiles, y deben estar en manos de arquitectos con criterio moderno y responsabilidad profesional. Pero lo más importante, aquello que nos ha servido de centro para estas líneas, es darse cuenta de que los tiempos son otros, y de que nuestra América Latina, lastrada por sus regionalismos, sus tradiciones y sus menudas politiquerías, no se ha puesto aún en conjunto a la altura necesaria para asumir la próxima responsabilidad histórica; probablemente, la del milenio entrante, tan sólo a un puñado de años de distancia.

Creemos firmemente que el arquitecto, el urbanista y el planificador tienen mucho que hacer en esta tarea americana, y creemos que de su ambición técnica y de su capacidad de futuro depende la silueta de América para los tiempos que vienen. Ojalá que la historia nos dé la razón.

MAURICIO GÓMEZ MAYORGA

LOS DOS POLOS DEL ARTE : ESPEJISMO E INTUICION

POR ADOLFO SALAZAR

AVIADOS quedan los historiadores que creen — si es que existe alguno — que las cosas pasan o han pasado dentro de la lógica, ciencia de grandes merecimientos, pero que en su sentido vulgar y casero es lo que se entiende por sentido común. La Historia no tiene nada que ver con el sentido común. Si tiene un sentido, y eso está por ver, debe estar situado en otro plano menos pedestre del que todos hollamos con nuestras plantas, el paso de las cuales, sin embargo, es el camino de la Historia. Hace cuarenta y cinco años que Guillermo Worringer, entonces un estudiante de Filosofía, escribió una tesis sobre el sentido del Arte. Su teoría produjo una honda conmoción en Alemania. En gran parte, la crítica contemporánea, lo que puede llamarse la filosofía del arte, tiene en aquella tesis un punto de arranque. Incluso en nuestros países latinos, donde se lee mal el alemán (y el de Worringer no es fácil de leer), su memoria sobre *Abstraktion und Einfühlung* ha causado tan honda conmoción que no puede concebirse la existencia de un escritor o de un escrito crítico que la ignore. Sin embargo, ese librito que apenas llega a un centenar de páginas, hace sólo unos meses que ha visto la luz de la imprenta en lengua castellana. (1)

Las ideas que conmueven al mundo — las de Worringer conmovieron al mundo intelectual en este medio siglo — flotan en una atmósfera especial y, en muchos casos,

producen su efecto sin necesidad de que se recurra directamente a ellas. Pero ¿qué razones pudo haber para que no se tradujese antes a nuestra lengua un librito del que todo el mundo está hablando hace cuarenta años ? Realmente, ahora que aparece en la edición mexicana, vemos que, aún sin leerlo, había producido todo su efecto ya ; había derramado todo su contenido ; sin saber cómo, todas las gentes que nos interesamos por el fenómeno físico y metafísico que llamamos Arte, habíamos apurado sus doctrinas. Y ahora que tenemos delante sus escasas páginas nos parece que viene a contarnos el cuento de la buena pipa. Algo que teníamos muy sabido y que, a lo mejor, nos parece que se nos había ocurrido a nosotros mismos.

Es la suerte de las ideas. De las ideas que tienen esa suerte : la de ser fecundas. A la primera lectura nos desconcierta su novedad. Más tarde, cuando ya han labrado nuestro fuero interno, nos sorprende, en una nueva lectura, ver que se han convertido en lugares comunes. Las ideas no pueden esperar más que nuestra ingra-

(1) Las traducciones española e inglesa del libro de W. Worringer *Abstraktion und Einfühlung* han aparecido simultáneamente en 1953. La inglesa, por Michael Bullock (Routledge, Londres) bajo el título comúnmente aceptado de *Abstraction and Empathy* ; la española, por Mariana Frenk (Fondo de Cultura Económica, México), bajo el título, un tanto arbitrario, pero al que parece haber dado el autor su conformidad, de *Abstracción y Naturaleza*.

titud. Las tratamos como si fuesen ampollitas que contuvieran la droga milagrosa que todo lo cura, y que podemos comprar en la farmacia por unos cuantos centavos. Descubierta la aspirina, la penicilina, la estreptomocina « et alia » resulta la cosa más simple recetárnosla a cada dolor de cabeza o recetársela al vecino. ¿ Qué cosa respecto de la abstracción en el arte, o de ese « Einfühlung » que todavía se nos resiste a traducirlo llanamente, porque creemos que nunca se nos ocurrió la idea que expresa el sustantivo alemán en nuestras mentes latinas ? Todos los días estamos barajando esos conceptos, más o menos deteriorados, pero de Lipps, de Riegl, de Worringer no nos acordamos para nada. Apurado el contenido de la ampollita tiramos a la basura el continente, y con precaución, no sea que nos corte los dedos.

El librito de Worringer es muy capaz de hacernos esas cortaduras si no sabemos manejarlo. Si la Historia, a lo menos la Historia de las Ideas; que debería caminar con cierta lógica, hubiera marchado de acuerdo con esta ciencia, la tesis que Worringer escribió hace cuarenta y cinco años habría debido aparecer, traducida a nuestro idioma, antes de la que Manuel García Morente publicó en Madrid, en 1925. *La Esencia del Estilo Gótico* (1), posterior a aquélla, se adelantó en nuestras lecturas. La verdad es que las ideas fundamentales en *Abstraktion und Einfühlung* están contenidas en esa otra obra, e incluso desarrolladas con mucha mayor claridad y alcance. Tal vez por saberlo, los editores en lengua española no creyeron necesaria la traducción de la tesis fundamental, con el resultado, que ahora, acabo de decir, y su aspecto de cosas obvias, enteramente sabidas.

La cuestión de traducir al castellano las obras donde se desarrolla el pensamiento alemán me ha preocupado siempre. Y su misterio. Por el tiempo en que Morente traducía el libro de Worringer sobre el arte gótico y la *Decadencia de Occidente*, de Spengler, apareció en Madrid cierta

Filosofía de la Historia, de un profesor Schneider, si no me equivoco. La traducción se hizo famosa por su literalidad, escrupulosa e incomprensible. Alguien leía un párrafo del original alemán. Luego leía su traducción : todas las palabras originales estaban allí. El pensamiento, no. Se había evaporado, y en su lugar aparecía una especie de estropajo o zacate filosófico que nos llenaba la boca de babas a quienes pretendíamos deglutirlo, convirtiéndonos en rumiantes de alta prosapia intelectual. Sólo lográbamos percibir la tesis del autor, según la cual Hitler debía desencadenar una nueva guerra porque únicamente así podría verse que el resultado de la guerra de 1914-1918 había sido meramente provisional. La cosa resultó como lo que tasara un sastre. No sé si Hitler o el historiador salieron con ganas de repetir su experiencia.

¿ Por qué, entonces, ocurría que *La Esencia del Estilo Gótico* o la *Decadencia de Occidente* resultaban de una claridad perfecta en su traducción ? Recuerdo ciertas frases burlonas de Ortega, que no quiero repetir. Pero Morente nos decía que el secreto de traducir el pensamiento alemán consiste en que hay que proceder por perifrasis. Toda buena traducción es perifrástica, pero si viene del alemán es de una necesidad primaria. Hay que *traducir explicando*, y no porque el lector latino sea un zoquete, sino por la índole misma del pensamiento alemán y de su lenguaje.

Cada palabra, en efecto, tiene en su idioma su propio timbre, que, como en el fenómeno musical, está compuesto por resonancias, esta vez intelectuales ; resonancias de ideas anteriores, asociaciones de ideas previas. Tales resonancias son muy distintas en los idiomas latinos respecto de los germánicos. A ningún pensador latino sobre materias de arte se le habría ocurrido decir que la solución del problema consiste en un fenómeno de *transmisión del sentimiento* (« einfühlung », de « fühlen », sentirse en, sentir la propia personalidad como tranvasada en la obra de arte que se contempla, o como si dijéramos más claramente, jugando del vocablo, no sólo en un acto de « einfühlung » sino de « einfüllen », la acción de rellenar un continente vacío, la obra de arte en este caso,

(1) El título en español resulta demasiado categórico. Debería haber sido : « Problemas de la forma en el Gótico ».

con nuestro propio sentimiento, como se transvasa un líquido en una botella. Enseguida explicaré por qué no se le habría ocurrido, a mi entender; pero lo milagroso de la teoría de Lipps consiste en haber descubierto que en el proceso del arte romántico rellenas la obra que tenemos frente a los ojos o ante los oídos con emanaciones subconscientes de nuestros propios deseos o experiencias sentimentales. Lo que en alemán resulta la elegante teoría de la « *Einfühlung* » resultaría en castellano muy ordinaria denominándola o traduciéndola como la « teoría del relleno », comparando a la obra de arte con un saco de ropa usada, razón por la cual fué necesario inventar (a la alemana) la palabra « *endopatía* », que necesita previamente que se la explique, o más finamente, la llamada « *proyección sentimental* ». Apenas propugnada por Lipps, todo el mundo se acogió a su tesis como a una tabla de salvación. Con ella se aclaraba todo, al parecer, y qué más podían pedir los filósofos y críticos perezosos, amigos de que se lo den todo hecho y les eviten una recaída en la funesta manía de pensar. La tesis de Lipps amenazó con convertirse en una plaga. Un joven estudiante de Munich se propuso poner un dique a la fácil corriente. La contratesis de Worringer causó sensación en el mundo intelectual alemán. Y esta sensación es lo que a mi juicio distingue sobre todo a los pueblos « fundamentalmente » cultivados de los que sólo lo están superficialmente. Sobre este punto creo útil hacer algunas reflexiones a las que seguirán otras acerca de sendas teorías, la de Lipps y la de Worringer, puesto que son las que tenemos más a mano.

Worringer, Simmel

y sus coetáneos

Worringer mismo explica la génesis de su escrito acerca de lo que Lipps llamó « *einfühlung* » y de lo que él llama « *abstraktion* » en el prólogo que escribió en 1948 para una reimpresión de su tesis, que había visto la luz de la imprenta en una edición privada en 1908. La Alemania de los primeros años del siglo, y el mundo entero,

sobre todo en su aspecto intelectual (en el moral también), estaban tan lejos del mundo actual que sorprende pensar que no hayan pasado aún cincuenta años. Transcurrir el tiempo no es lo mismo que avanzar. Mudar las cosas de sitio no supone un mejor orden. Medio siglo pasado desde la juventud de Worringer, ¿supone que se haya alcanzado un nivel de pensamiento más maduro y mejor cimentado? La tesis del filósofo alemán ha sido fructífera, pero todos los que manejan hoy esos vocablos suyos al hablar del arte, ¿entienden, realmente, sus propios conceptos? En la Filosofía como en las técnicas artísticas, es corriente ver que se adoptan pronto los vocablos o los procedimientos sin que a su manejo acompañe una comprensión justa. Incluso, a veces, los vocablos originales se llenan de un contenido distinto, que sólo consigue enredar y confundir las cosas. De todos los pintores que han aceptado hoy (un hoy que tiende velozmente a alejarse) la técnica del cubismo, ¿cuántos son los que han entendido la profunda razón que, hace ya casi medio siglo, asistió a Picasso y a Bracque? De todos los músicos dodecatonalistas que hoy creen seguir las huellas de Schoenberg, ¿cuántos lo hacen movidos por sus propios motivos? ¿Y cuántos artistas de nuestros días se percatan de que el remedo es una actitud artística tan inocente y tan innocua como el calco o la « copia del yeso » en las academias? Worringer advierte del error de juzgar o estimar las cosas cuando el tiempo y el lugar han cambiado. Es útil, por lo tanto, limpiar las adherencias parasitarias, a fin de que las superposiciones no enturbien la real superficie de las cosas, pero hay que advertir que en la historia del pensamiento estas variaciones que se van introduciendo en las ideas originales por la labor de « erosión » del tiempo, los hombres y los lugares es un fenómeno universal y constante. La traducción y edición mexicana del librito de Worringer, medio siglo después de escrito, es como digo, útil para fijar « sus » ideas. Entre tanto, su « voluntad de pensamiento » (hablando a la alemana, como se dice una « voluntad de expresión » o « de arte ») ha ido perdiendo los dientes de su lima y, al vulgarizarse, se ha simplificado, se ha

hecho más comprensible dentro de los términos de un sentido común que, así dicho, de pronto, parece antípoda de la atormentada sindéresis alemana (por lo menos en sus traducciones).

Lo que me emociona en la narración que Worringer hace acerca de cómo nació su teoría (y creo que le pasará lo mismo a los escritores que estimen su oficio con seriedad) es ver la actitud del mundo intelectual en la Alemania de comienzos de siglo. Un estudiante de Filosofía, perdido en una fría sala del viejo museo parisiense del Trocadero, está meditando confusamente acerca de ciertos detalles de la escultura gótica. De repente, siente que sus ideas se aclaran y que toman un cuerpo de doctrina. El agente catalítico ha sido la entrada en la sala, a falta de un rayo de sol, de un venerado maestro en las artes de pensar : Georg Simmel, en aquella época en el esplendor de su magisterio. El estudiante se guarda su secreto ; cuando lo redacta por escrito, logra imprimirlo en una imprentita de un amigo. La tesis de Worringer, aún impresa en esta forma semiprivada, conmueve a las gentes intelectuales. Paul Ernst, un poeta a quien le va bien el apellido, se hace su portavoz. Simmel mismo escribe al joven Worringer, y éste se ve tratado por el maestro en un plano de igualdad. Seguramente que Simmel no llamaba a Worringer « lieber Kollege » o « Geherter Oberprofessor », puesto que todavía no lo era, y no estaba « recibido » por la entidad que suministra tan honrosos títulos ; pero conviene anotar el hecho, cuando lo que se acostumbra en nuestros tiempos y en nuestras sociedades, frívolas y falaces, es ver el fenómeno contrario de jóvenes recién salidos del cascarón, con toda la inocente pedantería de su neofitismo, que armados de su diploma, se sitúan en el plano de quienes han adquirido su maestría, no por lo convencional de un examen ante un tribunal de amigos, sino por el esfuerzo de largos años de trabajo. Incluso Worringer habla en el tono, que hace sonreír un poco, de la época en que aún no podía llamarse « doctor ». El sentido reverencial de los títulos, sean académicos, sean aristocráticos, sean bancarios (como Ramiro de Maeztu hablaba del « sentido reverencial del dinero » parodiando ale-

manamente a nuestros clásicos y su decir de que « dineros son calidad ») es uno de los prejuicios más arraigados en las sociedades doctas, como la alemana, y más todavía en las que no lo son. Los títulos pasan por moneda corriente entre las gentes perezosas que no quieren tomarse el trabajo de averiguar quién es quién y optan, cómodamente, por confundir lo que se es con lo que se tiene. Una repasadita a Schopenhauer viene bien de cuando en cuando ; pero el viejo filósofo que, a quienes le preguntaban qué títulos tenía, respondía que el de sus libros, aunque detestaba ver que la Filosofía se convertía en profesión pedagógica, no había escapado al prejuicio de creer que la Filosofía puede conferir una categoría doctoral.

Este sistema de evaluación intelectual y social es un neto resabio de las sociedades capitalistas y aristocráticas. Tener un título de doctor, de ingeniero o de sagrados cánones, significa que la supuesta capacitación técnica que da el título se ha adquirido en organizaciones científicas a las cuales solamente tienen acceso las gentes de cierta posición social (las llamadas « gentes acomodadas » en el lenguaje de la burguesía, que es vocablo que alude tanto a la comodidad como al hecho de acomodarse dentro del engranaje de las utilidades). A la capacitación que se presume va unida la disciplina en las ideas adquiridas y es garantía de que no presentarán síntomas de subversión. Por eso el autodidacta, el franco tirador es un ente altamente sospechoso, e incluso un posible competidor de los profesionales que han adquirido, brillante o penosamente, sus títulos. No se echa de ver que por cada autodidacta distinguido hay mil titulados sin distinción.

Las ideas que han conmovido al mundo (según dice una frase hecha) son de dos especies. Las ideas que requieren una organización técnica para que puedan realizarse y las ideas que solamente necesitan encontrar una cabeza capaz de recibirlas. Las primeras suelen confundirse con las simples invenciones, o aplicaciones, industriales. Las de la segunda clase son ideas en libertad, que no necesitan llevar el marchamo de ninguna universidad o facultad que faculte su autenticidad y garantice su eficacia. El pensamiento, que significa que

la actividad de pensar ha cuajado en una manera o una forma, es una función dinámica de la mente, o del ánimo que, según la materia en donde se informa, toma unas veces el aspecto de ideas lógicas, o científicas, o poéticas y artísticas. La Música es el resultado de pensar con formas sonoras. La Poesía, con formas verbales « sui generis ». La pintura, con formas coloreadas. Más difícil es aclarar que la Arquitectura es el resultado de pensar con formas tectónicas, formas que resultan del equilibrio y juego de materiales graves : todo ello unido, música, pintura o arquitectura por un elemento indefinible (o indefinido), inaprehensible por la virtud sublimante de sus esencias, que es lo que se considera como « estilo ». Ni el propio Worringer ha logrado definirlo, sino todo lo más, según se dice en Geometría, trazar su figura por puntos. Pero creo que se deducirá claramente de las definiciones anteriores que el efecto que las varias artes producen sobre la facultad dispuesta para recibirlo, en el individuo, no puede ser considerado como consecuencia de un « einföhlung » o, dicho en vulgar castellano (pero correcto e incluso académico), de « enllenado », por la acción previa de « enllenar » la cavidad receptora de nuestro espíritu con materias sentimentales vagantes. A esta actitud, propia del aficionado romántico, opone Worringer su teoría de la « abstraktion ». Mas de las mismas definiciones anteriores que rechazan su explicación como « einföhlung » se deduce que la actitud abstraccionista es igualmente limitada y que la tesis de Worringer peca por carta de menos como la de Lipps pecaba por carta de más. Veremos si puedo explicarlo.

Percepción y apreciación en el arte

El criterio según el cual el centro de gravedad en la apreciación de la obra de arte se había trasladado, en « einföhlung », desde el objeto artístico al sujeto que lo contempla no pasa de ser uno de tantos, entre esos descubrimientos miríficos, según los cuales hay en los cuadros (pongo como ejemplo) una perspectiva que mete los objetos hacia dentro, en contraste con el

dicho vulgar que los ve « saliéndose del cuadro ». O bien que existe una « concentración hacia afuera », lo mismo que existe una « concentración hacia adentro », por un proceso milagroso que transportaría el centro de las cosas, como el hueso de un durazno, desde su interior hacia el pellejo. Como yo no soy un filósofo, sino un hombre vulgar, no me valgo para entender las cosas de uno de esos « Diccionarios filosóficos » o « de Filosofía », y los hay desde Voltaire hasta Pérez y García, sino que cuando no tengo mucha seguridad en lo que significa un vocablo recurro a un diccionario de los más corrientes, donde me encuentro, en este caso, que lo « concentrado » es lo « internado en el centro de una cosa ». Yo no creo que las cosas del arte tengan un centro y una superficie, un hueso y una piel, sino que esos términos son maneras de hablar. El « bulto » o el « fondo », en la tercera dimensión de las pinturas, resulta de una ilusión óptica, según como el pintor maneja los efectos de la luz, ya que, en todo cuadro, no existen más que dos dimensiones ; de manera que es en el espectador y en su capacidad para admitir el engaño artístico, donde radica el « efecto » que produzca la pintura, no en la realidad de unos objetos que nunca están pintados « realmente », sino « ilusoriamente ». Todo lo que se dice de los pintores realistas, naturalistas, del realismo de Velázquez (que solamente pintaba marchas) son términos convenidos dentro de la crítica y no hay que entenderlos más que muy relativamente.

Cuando contemplamos el rostro de una de las damas enanas en « Las Meninas », si acercamos los ojos, sólo veremos en la realidad de la pintura unos horribles pegotes de colores. Por eso decía mi amigo Delaunay que Velázquez pintaba con una sustancia que no puedo decir. Delaunay, con su « deformación profesional », no sabía ver la pintura, no se dejaba engañar por la ilusión en que consiste todo arte, por la « fata Morgana » que decía Schopenhauer, y no veía las pinturas de Velázquez con los « ojos del espíritu », como corrientemente se dice, sino con su sentido visual más crudo y directo. Por eso veía solamente manchas de pintura donde nosotros logramos ver rostros, feos o bonitos, de enanas o de

infantas, que es lo mismo para el caso. Ver y entender son dos cosas diferentes, lo mismo que oír y entender. Nosotros oímos y entendemos cuando nos hablan en nuestro idioma y cuando nos dicen cosas comprensibles para nuestra inteligencia. Se oye con los oídos, se entiende con el seso : esto está claro. ¿ Podemos decir que entender una conversación es un fenómeno de « *einfühlung* » ? Parece que es exagerado afirmarlo, y sin embargo hay veces en que entendemos al revés las cosas que nos dicen y es menester replicar « yo había entendido tal o cual cosa ». Hay, pues, una « *fata Morgana* » que interviene en la percepción de las cosas y otra en cómo las entendemos o apreciamos. « Percibir » los elementos que entran en juego en el arte es un asunto. « Apreciar » ese juego, es otro. Si nosotros, que no somos pintores profesionales, nos dejamos engañar por los pegotes de pintura que salieron de la paleta de Velázquez y vemos en ellos ángeles o demonios, el fenómeno no radica en la llamada obra de arte sino que está dentro de nosotros. Vemos lo que Velázquez quiere, no lo que se pinta en nuestra retina. La « *fata Morgana* » es, propiamente Velázquez, que hace el papel de ilusionista o taumaturgo y nos obliga a ver lo que él (y no nosotros) hemos metido en el saco de la ilusión artística. Si a esto lo llamamos un fenómeno de « *einfühlung* » tendremos que reconocer que es el artista el rellenador, o el enllenador, como se dice en castellano : no nosotros, que seguimos dócilmente al mago y no rellenamos nada. Al contrario, nosotros somos los rellenados.

Sucede que, con la herencia de muchos siglos de contemplación artística y del ejercicio de ver y oír, podemos ver una forma humana en un pedazo de piedra blanca o rojiza porque, simplemente, lo ha trabajado un escultor que, mejor o peor, ha reproducido en el bloque los rasgos que caracterizan a la figura humana. Cuanto mejor lo haya hecho, es decir, cuanto más de cerca haya seguido al modelo natural, menor será nuestro trabajo para reconocerlo, menor el trabajo que tendrá que realizar nuestra « *fata Morgana* » doméstica. Ver un Apolo o una Venus en un bloque de mármol pentélico nos parece la cosa más natural del mundo. Sin embargo, los griegos

no lo veían así, porque los dioses no tienen esa lividez lunar. Por eso mandaban a Fidas que pintarrajease a su Zeus, y ellos sólo percibían un aspecto agradable en el Partenón pintarrajeándolo de azul y rojo, como nuestras barracas de feria. Muchos siglos más tarde, en plena época gótica, había aún necesidad de policromar las esculturas, no para que pareciesen más « reales », sino para que produjesen la ilusión o el efecto que es la función que llena el arte. Digo « llena » con intención, relacionándolo con el concepto rellenatorio de Lipps.

Me parece que Worringer exagera cuando dice que en la representación « naturalista » de los primitivos no había un proceso artístico, porque reconoce como arte « sólo aquello que, brotando de necesidades psíquicas, satisface necesidades psíquicas ». Pero los pintores « naturalistas » de Altamira o de Cógul no decoraron sus paredes simplemente con el fin de pasar el rato. Podemos admitir que lo hicieron por un proceso « animista », que les presentaba en formas de animales las protuberancias rocosas de la caverna, o con el propósito de propiciar a las divinidades en una buena cacería, o a fin de fijar gráficamente en las paredes (y así seguimos haciéndolo hoy, los que descendemos de las cuevas de Altamira o de las rocas levantinas) las enormes gestas de sus arqueros, de sus danzas de iniciación varonil, de sus elegantes modas femeninas o del descubrimiento glorioso de los panales de miel. ¿ No se trataba aquí de « necesidades psíquicas » ? Entonces, qué, ¿ fisiológicas ? ¿ Hay que esperar, entonces, a que se presente, como dice Wickhoff, el « encantador » balbuceo infantil de la estilización », con frase y concepto que a mi me parecen monstruosos ? Porque la « estilización » supone una fase en el espíritu humano de tanto refinamiento y equilibrio como la invención de una melodía o de una pareja de versos asonantes o consonantes. Si encontramos esos « balbuceos » perfectos de forma (!) en el arte de los pueblos llamados primitivos es por razones que intentaré explicar en otro artículo. El arte que se considera objetivo en los objetos estilísticamente decorados responde a otros caminos espirituales, ni más ni menos elevados que los que respon-

dieron en épocas anteriores (al parecer) al deseo de representación naturalista : sólo que el natural (como en Velázquez) era la ilusión de entender como gamos o personas unas rayitas que estaban imbuídas del dinamismo propio a la acción animal o humana. ¿Dinamismo? Nos acordaremos de esta palabra. Por el momento bastará con dejar sentado (y paulatinamente lo iremos confirmando) que no existe arte objetivo, o « abstrakto », ni arte subjetivo o « enllenado », por la simple razón de que el arte consiste en el juego y equilibrio de ambas cosas : fuerzas espirituales, mejor dicho.

El arte como proyección intelectual ; el proceso del estilo

El proceso de percepción en el arte es, pues, puramente subjetivo. El de la apreciación lo es también : en esto, el arte se parece a todo lo que es sujeto de conocimiento. Otra cosa hubiera sido absurda. La obra de arte sin el rayo con que la ilumina la inteligencia humana es un objeto inerte. No hay en la obra de arte, como tal objeto, más que un problema : la relación entre la materia y la forma ; el único problema al que el artista tiene que atender. Los llamados propósitos hacia los que tiende el arte, son simplemente adjetivos, no sustanciales con él. El arte puede destinarse al servicio de la religión, en la Música y en las Artes plásticas ; al servicio de la sociedad aristocrática, como ocurrió en gran parte en los siglos XVII y XVIII ; o de la sociedad burguesa, en el XIX ; o, como ahora intentan los demagogos, al servicio del pueblo. Pero el pueblo lo es todo, la sociedad entera, y el arte ha estado siempre al servicio del pueblo, lo que equivale a decir que ha estado al servicio de la sociedad, o, en un sentido más extenso, al servicio de la humanidad, se trate de sociedades versallescas o bantúes. Esto parece una verdad de Pero Grullo, porque el arte se destina a los seres humanos y no a los batracios o a las amibas, pero parece que hay gentes que no lo advierten y que se empeñan en construir teorías filosóficas o socialistas que no resisten al menor soplo.

Percibir en sus cualidades objetivas la obra de arte es un ejercicio que depende

de la educación y de la práctica. Históricamente puede demostrarse que la simple percepción de esas cualidades materiales ha seguido un proceso de desarrollo de las facultades en que se basa la percepción. El proceso va desde la pura visión del objeto como fenómeno óptico (en el caso más sencillo) hasta la percepción de una representación del objeto tal y como el artista desea se perciba. Es decir : el artista pinta en la superficie del lienzo o de la pared una mancha, con una forma determinada. Por lo pronto, el ojo ve tal mancha, pero, inmediatamente el dueño del ojo se da cuenta de que aquella mancha le está presentada con una intención especial, que responde a una voluntad humana y no es, como las demás manchas que impresionan su retina, simples resultados del color y de las formas de los objetos que pueblan el campo de la visión. Por decirlo un poco en broma, a fin de que se entiendan mejor las cosas mediante un símil, el espectador procede un tanto como el torito ante el cual se agita un trapo. Mientras el trapo no se agita, el animal no se mueve. Indudablemente se pinta su forma y tal vez su color en su retina, pero esta pintura le deja indiferente. Desde el momento en que el trapo se agita delante de él, percibe que hay una voluntad tras de ese trapo y « acude al engaño ». En cuanto el espectador advierte que detrás de la mancha pintada en la pared o en el lienzo hay una « voluntad de comunicación », más tarde una « voluntad de arte », pone en movimiento sus facultades intuitivas y « aprecia » (como segunda potencia del « percibir ») que aquella mancha « quiere » representar un venado o un búfalo. En el verbo « querer » está comprendido todo el proceso. El artista « quiere » representar tal o cual cosa y el espectador « quiere » recibir o admitir la voluntad del artista. En esa doble corriente consiste el proceso del arte, que es « arte » solamente después de haber sido « comunicación », cuando las figuras se proyectaban en el muro con el primer sentido gráfico de escritura.

Por la reiteración de los rasgos técnicos en esa escritura nace un aspecto nuevo que es parejo al simbolismo con que se llenan, primeramente, de un contenido expresivo. Inicialmente la grafía es la manera de

objetivarse la voluntad de comunicación de una manera visible (y no solamente audible, como en otras artes). Viene, tras de esa fase, un aspecto nuevo en el cual los rasgos expresivos tienen un valor propio como tales rasgos, no por su cualidad simbólica. La grafía asciende al plano superior de la caligrafía. (Querría poner como ejemplo la escritura árabe, parte sustancial de su decoración). La voluntad de comunicación se ha convertido en voluntad de arte. Un utensilio ha intervenido poderosamente en la trasmutación de valores: aparece el fenómeno del « estilo ». Es el « estilo » lo que, por una virtud o fuerza especial, solamente perceptible para la inteligencia cultivada por el ejercicio de la apreciación artística, da cohesión, organización, a los diversos aspectos con que se presenta una serie de rasgos propios del objeto artístico que, de otro modo, aparecerían dispersos o inconexos. Sin duda este factor, el « estilo », apela a un centro muy especial de la apreciación artística, y es un fenómeno altamente inteligente; pero, en su inicio tiene exclusivamente una razón técnica. La misma etimología de la voz « estilo » nos recuerda que es el utensilio (repito la palabra, porque el estilo no deja de ser utensilio, en su fase más elevada tanto como en la más elemental) que servía a los hombres antiguos para inscribir sus rasgos gráficos en una tableta. El mismo símil que hace del estilo o punzón un elevado concepto de arte habría podido hacerse con la palabra « cincel », u otras análogas que representan el útil del que se sirve el artista para realizar su obra de arte. Objeto exclusiva y puramente técnico. Es decir, que el estilo, entendido ya como alto concepto artístico, nace de la circunstancia puramente material, ilimitadamente técnica. Si luego se llena de un contenido más rico intelectualmente es porque la inteligencia, con el ejercicio, como las dinamos, aumentan en fuerzas que separan tan considerablemente (por seguir el símil griego) a la luz eléctrica de la chispita que producía, frotándolo, el « elektrón » clásico.

El estilo es, en el arte, lo que la personalidad en el individuo. Decir como Wœlfflin, que sin duda influyen en la creación del estilo las circunstancias exteriores de la naturaleza del material y de la técnica con que está manejado, pero que el estilo responde siempre « a un determinado sentimiento de forma » no es decir nada, ya que deja las cosas como antes. Todo objeto creado por el arte responde a un determinado sentimiento de forma. El estilo es producto de un movimiento de más alto voltaje, en la inteligencia. Anótese para cuando veamos que el proceso artístico, como « proceso » que es (del viejo vocablo latino, « procedo » que significa avanzar, adelantar, marchar hacia adelante en el espacio o en el tiempo), reconoce la existencia de un motor, de algún agente dinámico que lo pone en movimiento. Si se entiende por « *einfühlung* » esta manera con que nuestra capacidad de apreciación artística hace caminar las obras de arte (de por sí inertes), el concepto de Lipps es congruente, pero me parece que se le ha convertido en un expediente facilitón de una estética para escuelas.

En seguida veremos cuál es el concepto que Worringer le opone. Por el momento, vale recalcar que, concebir el estilo como una fase avanzada en la evolución del dinamismo espiritual en que radica la apreciación del arte, no se opone a entenderlo como una consecuencia de la reflexión o proyección, no sentimental, sino intelectual, en la cual consiste, en parte a lo menos, el proceso de la « *einfühlung* », y aquí se ve el inconveniente de traducirlo cómodamente como « proyección sentimental ». ¿ Pero es que el estilo estriba en un concepto abstracto de determinadas formas no sentimentales (como son, en cambio, principalmente, las de la Poesía y la Música) ? Me parece que la mayoría de las veces en las que se habla de arte abstracto no se sabe lo que se dice, y esto es lo que quiero explicar en otro artículo.

ADOLFO SALAZAR

La crisis funcional de nuestra civilización

POR FERNANDO VALERA

ESTA ahora de moda estudiar las colectividades como si fueran organismos vivos. La analogía brinda sin duda maneras de expresión particularmente afinadas para describir los fenómenos sociales e históricos ; mas ha de ser a condición de que no se abuse del tópico y de que no se tomen por hechos reales las que no son sino elegantes figuras retóricas de antiquísimo y muy ilustre linaje. En la *Guía de los descarriados* practica ya Maimónides con notable acierto el método analógico para esclarecer los acontecimientos de la sociedad y aun del universo, comparando el microcosmos que es cada hombre, con el macrocosmos que es el mundo. Spengler funda su sistema en una sentencia que encierra la clave de su filosofía : « El medio por el cual concebimos las formas inertes es la ley matemática ; el medio por el cual comprendemos las formas vivientes, es la analogía. De esta manera distinguiremos en el mundo *polaridad y periodicidad* ». Quiere decir que la ciencia de lo histórico, de lo viviente, es el conocimiento y descripción de los períodos o ciclos en que se manifiesta toda vida, lo mismo la individual que la colectiva.

Aceptando el artificio, si bien a sabiendas de que lo es, podría obtenerse algún provecho comparando la vida de una sociedad humana — una civilización, una nación o un imperio, por ejemplo — a la de un ser vivo. Ello nos permitiría hacer hincapié, por manera de ana-

logía, en dos fenómenos esenciales para la existencia y conservación de la vida. Es el uno la *intercomunicación* con el alrededor, la ósmosis que según algunos fisiólogos constituye una de las funciones más simples y primarias de todo proceso vital; es el otro la unidad y armonía de órganos y funciones en el organismo sano.

En efecto, sin el continuo comercio con el medio ambiente sería imposible la continuidad y permanencia de cualquier función vital, desde la urgente e inaplazable de respirar hasta la menos perentoria de nutrirse. Cada organismo está como sumergido en un alrededor con el que ha de intercambiar actos y substancias, para permanecer y para desenvolverse. Sin diálisis, sin intercomunicación, no hay vida posible. Así también las sociedades, desde el clan elemental hasta la más compleja civilización y el más dilatado Estado, viven, se desarrollan y alcanzan esplendor en la medida que comercian con su alrededor, y decaen, se enquistan o perecen cuando se aíslan del resto de la humanidad, ya sea materialmente con murallas de la China, ya políticamente con cortinas de hierro ; ora administrativamente con montañas de expedientes, pasaportes, visas, certificados y contingentes, ora en fin espiritualmente con prejuicios racistas y nacionalistas que estorban el remozamiento de las tradiciones, instituciones, leyes y costumbres.

El conocimiento de estas verdades es tan antiguo como la historia. Ya Tucí-

dides, hace veinticuatro siglos, atribuía el esplendor de la ciudad de Atenas a su mayor comunicabilidad, a que estuvo más abierta al extranjero. La estampa del ateniense « que siempre cree que se gane algo con asomarse al mundo » es una de las más hermosas que jamás haya pintado la pluma del hombre. Por su parte Cicerón explica el engrandecimiento de Roma achacándolo a la buena costumbre de asimilarse las instituciones y creencias de los pueblos con quienes se comunicaba, incluso los vencidos. El sentido de comunicabilidad alcanza su apogeo, como luego veremos, en la civilización mediterránea, de que son herederos la cristiandad y el mundo occidental, y ello explica también la mayor vitalidad y la prolongada hegemonía de los pueblos euramericanos.

El otro fenómeno vital aplicable al estudio de la historia es el de la unidad orgánica y funcional del ser, que en sociología llamaríamos *solidaridad*. Desde este punto de vista, el antagonismo desenfrenado de las clases sociales o de las instituciones políticas en el seno de una civilización puede ser interpretado como síntoma alarmante de enfermedad o decrepitud. En las teorías de Toynbee, la decadencia de una sociedad se inicia con una diferenciación y culmina en una secesión. La diferenciación tiene lugar en el cuerpo de la civilización decadente cuando comienza a perder el impulso creador de sus buenos tiempos, que inspiraba y producía la alianza espontánea del pueblo. « Entonces, la civilización enferma paga la pena de su falta de vitalidad desintegrándose en una minoría dominante, que gobierna con opresión creciente, pero que ya no dirige, y un proletariado que acepta el desafío, adquiere conciencia de sí mismo y se decide a salvar su propia alma viviente. »

Más la formación de un proletariado no asimilado al cuerpo social y en proceso de secesión, puede ser comparado al cáncer o al tumor maligno que medra a costa de la vida del organismo, hasta destruirlo y destruirse. La lucha de clases que la teología marxista ha elevado a fórmula de la dialéctica materialista de la historia, recupera desde este punto de vista su auténtico sentido en el síndrome de la patología

social contemporánea. Pero la desintegración del pueblo en castas rivales, con su natural secuela : la lucha de clases, debe ser interpretada como un defecto de circulación en el interior del cuerpo social. No hay antagonismo ni lucha de clases posible cuando la fluidez del medio social permite que las clases se renueven incesantemente, mediante la ascensión de los más aptos y el descenso de los incompetentes ; es decir, cuando las clases se fundan en la diferenciación natural de funciones, más compleja cuanto más evolucionada la sociedad, sin constituir castas enquistadas como elementos parasitarios y aisladas del conjunto del pueblo por murallas de privilegios. En una sociedad vigorosa y sana, rige la enseñanza de Alfonso el Sabio : « Cuydan algunos que pueblo es llamado la gente menuda, así como menestrales e labradores ; e esto non es así. Pueblo es el ayuntamiento de todos los homes, comunalmente ; de los mayores, de los medianos e de los menores, ca todos son menester, e non se pueden excusar porque se han de ayudar unos a otros para que puedan bien vivir e ser guardados e mantenidos ». (Partida II, T. X, ley I).

*

En otros ensayos míos (*Reivindicación de la civilización mediterránea*, « Mediterrani », México, 1944 ; *Vida y obra de Maimónides*, Ed. Orión, México, 1946) he tratado con alguna extensión el problema general de la civilización mediterránea. Extracto de aquellos trabajos la afirmaciones que aquí no puedo examinar :

a) Las concepciones nacionalistas son inadecuadas y artificiosas cuando se trata de estudiar la historia de la cultura. No hubo culturas francesa, española, italiana, etc., hasta época muy reciente ; hubo la civilización mediterránea en el mundo antiguo, y la cristiandad en la Edad Media.

b) Por don de la naturaleza, el Mediterráneo fué siempre como una inmensa calzada abierta a todos los rumbos. No hay sistema de comunicación que ofrezca las facilidades, la elasticidad de un Medi-

terráneo, para la convivencia e intercambio cultural de los pueblos. Los desiertos y las cordilleras separan ; el Mediterráneo une y aproxima a las gentes ribereñas. Las culturas mediterráneas están, por ley geográfica, obligadas a convivir, a interpenetrarse y confundirse. La civilización mediterránea tuvo que ser necesariamente humana y universal, católica, ecuménica. No puede darse aquí el caso de los uniformes imperios asiáticos, naturalmente unitarios, totalitarios, despóticos. El Mediterráneo es la morada del hombre como hombre ; la variedad, la libertad, la república, el derecho.

c) La civilización mediterránea tuvo conciencia de su universalidad, esto es, de la variedad y riqueza de elementos que se unían mediante el continuo y libre comercio, merced al cual pudo extenderse la vida de la *urbe* a todo el *orbe*. « Tú, oh Roma, hiciste de tantas naciones diversas una sola patria ; de lo que era un *orbe*, hiciste una ciudad », exclama Rutilio Numaciano en su *Itinerario*, I, V. 66.

En el ambiente intelectual del mundo clásico se respiraba el convencimiento de que el esplendor de aquella civilización sin precedentes se manifestaba con signo distintivo en la comunicabilidad o comercio libre, frecuente y seguro entre sus más opuestas comarcas : « las islas no tienen ya soledades, ni los arrecifes peligrosos para el navegante. Por doquiera viviendas ; por todas partes pueblos, leyes, vida », comenta el severo Tertuliano. Pero donde mejor se resume, a mi juicio, la conciencia propia del genio mediterráneo es en el estupendo panegírico de Claudiano donde, en magníficos versos que no habría desdeñado Ovidio, se lee : « [Roma] llamó ciudadanos a los que había vencido y anudó con cadena de amor los opuestos confines del *orbe*. A su pacífico genio debemos todos el poder hallar patria bajo extranjeros cielos y el poder cambiar impunemente de morada » (*Hujus pacificis debemus legibus omnes... quod cunctigenis una sumus*).

Hasta el advenimiento y triunfo del cristianismo, la universalidad se formó por fusión y confusión de las tradiciones y culturas de todos los pueblos mediterráneos. ¿ Quién puede discernir hoy

dónde empieza y acaba la aportación de cada pueblo al acervo común de la ciencia, la religión, el arte o el derecho del imperio ? Correspondió al cristianismo recoger ese caudal de civilización y forjar una civilización orgánica que, comenzando por la cima — Dios —, descendiese hasta las criaturas más desvalidas y desamparadas, para constituir una sola humanidad.

Cabe preguntarse si la disolución del imperio romano pondría término al carácter ecuménico de la civilización mediterránea, y si la calzada abierta del mar se cerraría a los hombres, a raíz de las invasiones de los bárbaros del Norte, primero, y de los bárbaros del Sur — los árabes — después. Por lo que se refiere a aquéllos, ya Ozanam en su olvidado y magistral ensayo sobre *La instrucción pública en los tiempos bárbaros* demostró que las invasiones de los germanos no interrumpieron la evolución que experimentaba la civilización mediterránea, en trance de transformarse en la naciente cristiandad, heredera del patrimonio cultural del agonizante mundo clásico. La comprobación de esta teoría ha invitado a algunos historiadores modernos a rectificar la pauta que establecía en la invasión de los bárbaros del Norte la divisoria entre las Edades Antigua y Media, buscando una nueva divisoria en la avalancha del Islam que desgajó de la cristiandad a toda la orilla meridional del Mediterráneo.

Mas el mejor conocimiento de la Edad Media ha demostrado, cada día con mayor copia de testimonios, que no hubo entonces entre los pueblos cristianos, o entre éstos y los árabes, un aislamiento comparable al que se practica en nuestro tiempo entre los mundos rivales de aquende y allende la Cortina de Hierro. Por lo que se refiere a la cristiandad, sabido es que el ideal de la Iglesia católica, universal, prevalecía venturosamente en la Edad Media sobre los particularismos de razas, reinos y naciones que hoy tienen a los pueblos y a los hombre más alejados entre sí que en los tiempos de los peregrinos andariegos. Según los historiadores que se han ocupado en investigar estas cosas, medio millón de peregrinos circulaban anualmente por el camino de Santiago, y más de dos millones de romeros visitaron

la tumba de San Pedro con ocasión de celebrarse el primer Año Santo. En lo que atañe a la comunicación, entre moros y cristianos, aun en los tiempos de más enconada rivalidad, anteriores a las Cruzadas, millares de peregrinos frecuentaban cada año los Santos Lugares, a la sazón en poder de los sarracenos. En el año 1064, Guillermo, Obispo de Bamberg, conducía siete mil en una sola peregrinación a Jerusalén.

En realidad, el mundo árabe y la cristiandad estuvieron siempre mucho más entrelazados de lo que suele pensarse. En la Edad Media, nada importante acontecía en el Islam que no levantara inmediatas resonancias en la cristiandad y en la judería, y viceversa. He podido comprobar esta comunicabilidad entre las tres religiones mediterráneas — Cristianidad, Islam, Israel — en mis lecturas de filosofía mística. Las grandes corrientes espirituales se desarrollan con tal paralelismo en las tres religiones, que más parecen ramas de una misma civilización que tres civilizaciones distintas y rivales. Las inquietudes, las escuelas, los movimientos teológicos y filosóficos, se corresponden en ellas. ¡ Cuántas páginas de los grandes místicos cristianos son mera traducción de textos árabes y hebreos ! Hasta las más sutiles y bellas imágenes del « Castillo Interior », de « Las Moradas », de los « Abecedarios Espirituales », de « Los Itinerarios del Alma a Dios », y de las « Subidas al Monte Carmelo », vienen de antiquísimo linaje que remonta, a través de los escritores árabes y hebreos, a los Padres de la Iglesia, a las « Eneidas » de Plotino, y quién sabe a qué otros insondables vereres de la más remota antigüedad.

No se puede tener cabal idea de lo que acaece en el Mediterráneo durante la Edad Media cuando, encerrándose el historiador en sus recentísimas y deleznable concepciones nacionalistas, pierde la perspectiva de la comunicabilidad que el Mediterráneo siguió ofreciendo a los pueblos establecidos en torno a sus márgenes y que, a través de los grandes ríos y calzadas naturales, se extendía por las comarcas y países centrales de Europa, Africa y Asia Menor.

Y llegamos, ya sin espacio suficiente para desarrollarlo ampliamente, al aspecto actual del tema. Es innegable que los grandes viajes marítimos de españoles y portugueses inician la que llamo Era Planetaria de la Civilización. Con atisbo genial, el gran Camoëns — el más insigne de los poetas épicos de la Edad Moderna — abre su poema de *Os Lusíadas* con aquella octava real que termina :

*Cesse tudo o que a musa antiga canta
que outro valor mais alto se alevanta.*

La audacia de navegantes y conquistadores primero ; los progresos de la navegación marítima después, y los de la aviación recientemente, han extendido al planeta entero las condiciones prácticas de comunicabilidad que antes se limitaban al orbe de la civilización mediterránea. Fruto de esa mayor comunicabilidad fué el esplendoroso progreso del hombre en el siglo XIX, cuando la hegemonía de las ideas liberales permitía sacar todo el beneficio político y cultural de las nuevas circunstancias. Gracias a la libertad de expansión y comunicación, pudieron conocerse ciclos de cultura casi ignorados hasta entonces, o que sólo se conocían por lejanas e imprecisas referencias, y pudo hacerse el portentoso inventario del patrimonio planetario de la cultura humana.

Durante el siglo XIX, y hasta la guerra de 1914, fué verdad para el mundo entero el paregórico que Claudiano escribiera para el orbe romano : en medio de una paz universal, sólo turbada de vez en cuando por guerras episódicas y limitadas, los más distantes pueblos formaban una sola familia, los hombres todos podían encontrar patria bajo los más apartados cielos, y cambiar impuramente de morada.

Otro fenómeno igualmente importante caracterizó al ciclo liberal de la civilización moderna : la comunicabilidad interna de la estructura social, como consecuencia de las grandes revoluciones políticas y religiosas. Rompiendo la costra de una estructura petrificada y estratificada, que señala la decadencia de la Edad Media, el medio social se hizo tan fluido y elástico que permitía la comunicabilidad libérrima entre las clases y funciones sociales, en un perpetuo y agitado movimiento de

ascenso, descenso y desplazamiento de los hombres, por razón de sus propias aptitudes y vocaciones.

Pero las dos guerras universales de 1914-18 y de 1939-45, iniciaron el nuevo método de *taponamiento*, y se comenzó a interceptar la comunicación de hombres y mercancías entre los Estados nacionales en que, por un anacronismo político absurdo, aparece organizada la sociedad en la época del avión, de la televisión y de la energía atómica, malogrando las grandes ventajas y beneficios de la nueva técnica. Para ir en avión de la ciudad de México a la de Matamoros, ambas en territorio mexicano, pasando por el aerodromo de Brownsville, en Estados Unidos, he tardado yo en 1945 más tiempo que si hubiese hecho el viaje a caballo en tiempo de Hernán Cortés, o a pie en la era precortesiana, merced al expedienteo fronterizo impuesto por la superstición nacionalista. La apoteosis de esta superstición es la monstruosa cortina de hierro que escinde a la humanidad en dos mundos antagónicos e irreconciliables, sin otra salida previsible, de no desgarrarse a tiempo la cortina, que la guerra y la desolación universales.

Los hombres, las mercancías, el dinero, los libros, las ideas, se estrellan contra las murallas burocráticas y fronterizas que interrumpen la normal circulación y producen los terribles trastornos que aquejan a la civilización moderna: superpoblación en unos lugares, subpoblación en otros; super y subproducción, cesantía, crisis, desequilibrio económico, desorden social y, en último extremo, hambre, odio y guerra.

Paralelamente a ese taponamiento de la circulación exterior, el predominio de las prácticas totalitarias ha creado, con el subterfugio de política de seguridad social, una serie de trabas que dificultan la comunicabilidad en el interior de cada Estado e impiden la natural adscripción de los hombres a las funciones y servicios por razón de sus vocaciones y aptitudes. Créase así, artificialmente, ese proletariado no asimilado al cuerpo social, con tendencia secesionista, de una parte, y de otra, una casta dominante « que domina, pero ya no dirige », precisamente porque

está aislada del conjunto del pueblo. Es decir, créase así la lucha de clases, que no es la causa determinante de la dialéctica histórica, sino la consecuencia de una política errónea, diagnosticable y rectificable a voluntad de los hombres, en cuanto éstos se liberen de las supersticiones totalitarias que les tienen envueltas con brumas las luces del entendimiento.

A grandes rasgos he intentado diagnosticar la crisis funcional de nuestra civilización. Se plantea ahora la cuestión de si es posible un tratamiento adecuado o si debemos resignarnos a la decadencia inevitable. Por mi parte, no creo en la fatalidad de la historia, sino en la energía del espíritu que la forja. Naturalmente, si la crisis funcional de nuestra civilización — que bien pudiera ser crisis de crecimiento — obedece a deficiencias del sistema de comunicabilidad, tanto en el espacio como en la estructura social, habría de buscarse el remedio inventando y organizando la libre y fluida circulación de hombres, mercancías, servicios y vocaciones, y derribando las trabas o disipando los prejuicios que, por una parte, tienen dividido al mundo en minifundios políticos incompatibles con los adelantos de la técnica moderna, y por otra, van camino de petrificar la estructura de la sociedad, a beneficio de las castas, clases, subclases y oficios, reductos de la vagancia y de la incompetencia. Y esto, a pretexto de supuestas medidas de seguridad y protección del capital, la empresa y el trabajo nacionales.

Como Bernanos, entiendo que el destino no se sufre, se hace. Mas para hacer el destino, la inteligencia necesita liberarse antes de la superstición totalitaria, en sus dos modalidades, fascista y comunista. En esencia, esta superstición bicéfala representa la renuncia del hombre a su propia condición de ser libre, moral y responsable; el holocausto de la Idea en aras de la Materia informe; la dispersión de la energía o fuerza intrínseca del entendimiento para dar forma y vida a los acontecimientos y a las cosas.

FERNANDO VALERA

LIBERTAD DE EXPRESION Y LIBERTAD DE PENSAMIENTO

POR ROSA ARCINIEGA

TODO parece indicar que cuando el hombre ha hablado y habla — hoy más que nunca — de « libertad de pensamiento », quiere decir « libertad de expresión », « libertad de emisión del pensamiento », toda vez que, según resulta evidente, al pensamiento no se le puede privar de libertad ; es, en sí mismo, incoercible ; es, esencialmente, libertad. El pensamiento, dentro de su propio ámbito interior, no puede ser sometido a brida desde el exterior. Hasta sus profundas comarcas, hasta el « reino » amurallado donde domina como señor absoluto, no puede llegar dominador alguno externo con pretensiones coactivas.

Esto es algo reconocido hasta popularmente desde siempre. « En el pensamiento propio nadie manda », nos recuerda ya el vetusto adagio vulgar. Al pensamiento, desde fuera, se le puede aniquilar, juntamente con la aniquilación de la persona en que aquél alienta y vive — y esto es lo que hicieron y hacen las antiguas y modernas inquisiciones con sus hogueras y sus refinados métodos técnicos —, pero no aherrojar ni constreñir mientras aliente y perdure. En esto último : en aherrojar el pensamiento, en constreñirlo, en impedir, mediante feroces procedimientos aduaneros, que saliera de su recinto amurallado, ha consistido usualmente la labor de los poderes constituídos — o de ciertos grupos sociales dominantes —, frente al noble empeño de otros hombres egregios por exteriorizar lo que pensaban.

La historia, apenas sin intervalos, está jalonada de estas dramáticas y desiguales batallas entre opresores y oprimidos del pensamiento — que es donde reside la verdadera opresión. De una parte, estaba el Estado — el grupo dominante — con sus « verdades » ya hechas, con sus credos, con sus dogmas, con su moral, con sus cómodos conceptos considerados intangibles e inmunes a toda posible revisión. De la otra, el intelectual, el pensador con el descubrimiento de alguna nueva « verdad » o, al menos, con la duda escéptica acerca de las verdades oficiales, de los conceptos mostrencos, y con el firme designio de someterlos a prueba y rigurosa revisión. La lucha era por impedir y frustrar ese designio. Lucha a veces cruenta y sangrienta, que constituyó — que constituye — un oprobio para la humanidad. Hasta Grecia, la « libre » Grecia, la « democrática » Grecia, cuya gloria fué el pensar y el pensarlo todo aparentemente sin tapujos, valladares y fielatos, nos suministra amargas muestras de esa faena represiva. Sócrates, condenado a la cicuta, es el ejemplo más visible de estas luchas a muerte entre el pensamiento y los aherrojadores del pensamiento ; es el *inri* vergonzoso inscrito sobre el frontis de la cultura de la Hélade y, por tanto, de la cultura occidental. Pero su caso no es único. Entre otros, Diágoras, Progtágoras, Diógenes de Apolonia, Teodoro « el ateo » y hasta el propio Aristóteles conocieron el exilio por emitir pensamientos contrarios al pensamiento oficial e imperante.

Conocida es la exclamación del último de estos hombres eminentes al abandonar Atenas. Huyó — dijo o vino a decir — porque no quiero que esta ciudad vuelva a mancillarse con otra injusticia como la cometida con Sócrates.

Lo que históricamente viene después de eso en el occidente no necesita circunstanciada recordación. Es de tal volumen y tan trágico, que está en la mente de todos — de todos aquellos a quienes les alcanza la memoria histórica a más allá de anteayer. Más que decir « lo que se ha hecho » por mantener encarcelado, engrilletado al pensamiento, habría que preguntar « qué es lo que no se ha hecho », qué lo que no se ensayó y realizó a lo largo de dos mil años por tener recluso en sus mazmorras interiores a ese desventurado « Segismundo ». Todas las hogueras fueron pocas para asfixiar al pensamiento dentro de su castillo roquero. Lo extraño, en tales circunstancias adversas, no es que el pensamiento haya sufrido retrocesos, y caminado, luego, a pasos lentos y entre bruscas y dolorosas detenciones ; lo extraño es que haya podido avanzar un ápice siquiera ; lo extraño es que, mediante coyunturas especiales — coyunturas que algunos creyeron ilusoriamente ya definitivas — pudiera gritarse libremente, pedirse, exigirse como conquista inalienable, la « libertad de pensamiento ». Esto ocurrió — culminó — a mediados de la centuria pasada.

En esas alturas temporales pareció, hubo apariencias de que la libertad de pensamiento era una conquista definitiva. Los grupos sociales dominantes parecieron haber entrado también por lo que se llamó « la buena senda del progreso ». Pues el progreso — el progreso alcanzado en tan corto espacio de libertad — ¿ no era la mejor demostración de que sólo quitando cadenas al cautivo se lograban avances prodigiosos en todos los frentes de batalla de la vida ? Los poderes temporales — ya que no los espirituales — quitan, pues, los herrumbrosos cerrojos de la vieja cárcel, y el intelectual, el pensador, el científico, sin miedos ya y sin argucias para burlar las antiguas represiones, empiezan a actuar en completa autonomía.

Se proclama y se acepta legalmente desde arriba la « libertad de pensamiento » en todas sus formas y manifestaciones : « libertad de opinión », « libertad de ideas », « libertad de cultos », « libertad de prensa », etcétera.

Pero — y aquí retomamos nuestro tema — ¿ por qué se insiste en la denominación de « libertad de pensamiento » y no en la de « libertad de emisión del pensamiento » o « libertad de expresión », que es lo que, en buena ley, habría que pedir, toda vez que al pensamiento, en cuanto tal, ya hemos visto que no se le puede privar de libertad, no se le puede someter a coacción ? Es una mera costumbre, un hábito, una razón de economía verbal lo que nos lleva a confundir e involucrar ambos conceptos ? ¿ O realmente existe algún motivo profundo, poco explicado, casi diríamos inconsciente, que mueva a mantener en pie esa expresión aparentemente equívoca ? ¿ Hay alguna íntima experiencia, alguna intuición más honda que los claros razonamientos, en virtud de la cual los hombres que padecieron largos siglos la privación de la libertad mental y quienes en nuestro siglo hemos vuelto a padecerla, « sabemos », « sentimos » que, aun siendo el pensamiento incoercible, hay formas, maneras, métodos sutiles de coaccionarlo por encima y más allá de su propia expresión o exteriorización ; que lo que en otras centurias se hizo y hoy se hace fué y es algo más que quitar la palabra al contrincante, más que reducirlo a mudez y gran silencio : intentar una penetración en sus intenciones y en su fuero, invadir sus dominios interiores, realizar un allanamiento por la fuerza de lo que ya desde antiguo se llamó « el sagrado de la conciencia » ?

Nos parece que esa intuición y esa íntima experiencia existen, que son reales y que a ellas se debe la persistencia del dictado « libertad de pensamiento » en lugar de « libertad de expresión » como sería lo apropiado en el caso de no haber más que esta última forma de interdicción espiritual. Cuando la ola represiva se halla en sus comienzos o es meramente pasajera, circunstancial, con una simple privación de la libertad de expresión basta. Basta con amordazar al antago-

nista, al no conforme, basta con privarle de la voz, de la palabra oral o escrita. Todo lo que se quiere, todo lo que se le exige es que no hable, que no suscite diálogo o polémica, que « no haga oposición ». Los pensamientos del opositor no importan con tal de que no se exterioricen. Esos pertenecen a su « conciencia », al « sagrado de la conciencia » ; de allí no deben, no pueden salir, y mientras no salgan, no interesan, no molestan. Es un asunto de mera faena policial. Se castiga al « delincuente », al que infringe la ley. A quien se somete a ella, a quien se inclina ante sus dictados — en este caso, a quien calla — se le deja ir tranquilo. Las intenciones no cuentan. El pensamiento reprimido del « delito » no es delito. El « delincuente » sólo lo es al delinquir.

Pero cuando aquella ola represiva alcanza su culminación y su apogeo ; cuando las inquisiciones lo son a fondo y de verdad, cuando su carácter de hecho transitorio y circunstancial se trueca en otro de permanencia y de fijeza, cuando, según ocurrió en otro tiempo y ha vuelto a acontecer hoy, se planean « sumisiones », dominaciones espirituales a perpetuidad — o para « mil años », o para un par de centurias ; en todo caso, sin esperanzas de término —, entonces el procedimiento cambia ; es otro y más refinado el método. Entonces no hay ya eso que podríamos llamar « política de concesión » ni salvedad. El ojo inquisitorial, ese ojo « que me mira a toda hora », que espía en eterna vela, que penetra la conciencia ; el ojo de la clásica deidad que va al fondo del pensamiento y no a la exteriorización del pensamiento, que juzga y castiga no sólo los actos exteriores, los hechos materiales y cumplidos, sino también los « pensados », los imaginados e ideados — esos que se denominan en términos religiosos « los malos pensamientos » — ese ojo se convierte entonces en ineludible, en inesquivable esbirro del pensar y aun del sentir. Su dominación va más allá del mundo espacial y temporal donde de cumplen los actos de la vida ; se introduce en el mundo del espíritu, en el castillo de la intimidad de las conciencias para domeñarlas a su antojo.

Todo aquel que haya sabido leer, que sepa leer, con agudeza mental en el fondo

y no en la superficie de los viejos procesos inquisitoriales — incluso en los de la joven América —, o en aquellas « Instrucciones para el descubrimiento y persecución de herejes », sabe también con qué sorprendente perfección, con qué arte depurado se ejercitó esa tarea represiva del pensamiento en sí mismo y no en su sola expresión. Salvo raras excepciones, o en casos individuales de locura y heroísmo, el pensamiento heterodoxo no se expresaba ; no existía oposición manifiesta ; ni siquiera insinuada. El pensamiento heterodoxo era el más peligroso contrabando ; había que ocultarlo bien en los sotabancos de las almas, en los subterráneos del espíritu. Pero hasta ellos llegaba el ojo implacable y vigilante. ¿ Cómo ? ¿ A través de qué escondidos vericuetos ? Es sencillo : de los vericuetos indicados por el más leve acto material. Todo acto material, toda actitud, todo comportamiento humano — esto lo ignoraba sistemáticamente la psicología de aquel tiempo, pero lo presentía, lo adivinaba — revela un estado de conciencia, es el signo denunciador de una íntima toma de posición ideológica. Los actos, hasta los más nimios, denuncian al ser humano.

Había, pues, que vigilar bien todos los actos : el acto de decir y de mirar ; el acto de reaccionar agudamente por un gesto ante una excitación externa o el de caer en laxa indiferencia ; el acto de mover las manos o el de volverse hacia el oriente en cierta hora ; el de ayunar o el de rezar ; el de entornar los ojos en la iglesia frente a determinadas ceremonias y el de probar en la uña el filo de la cuchilla antes de inmolar alguna res ; el acto de ponerse camisa limpia en señalado día de la semana o el de pulir con esmero los cacharros de cocina en ciertas fechas. El acto se vigilaba, se espía atentamente, mas no en cuanto tal acto material, sino en tanto que expresión indicadora y delatora del pensamiento recóndito, que es al que se quería coartar y aplastar en su raíz. Incluso la ausencia sospechosa de ciertos actos externos — en quienes había motivos para creer que *debían* realizarlos — podía ser tomado como acto negativo o simulador y conducir, por consiguiente, al pensamiento original atisbado y perseguido. Lo que se perseguía y condenaba no era el hecho —

el acto — de « judaizar », de « islamizar », de « herejizar », de no creer, sino el pensamiento íntimo que aquellos hechos revelaban en la conciencia del judío, del mahometano, del hereje o del no creyente. El pensamiento es el que debía ser constreñido, privado de libertad ; nadie debía pensar como no se quería que se pensase ; no tendría que haber más pensamiento que los queridos y admitidos por la ortodoxia oficial. Etcétera.

Parejamente, y con perfección mucho más técnica, es lo que se ha vuelto a ensayar en nuestro siglo, en nuestro tiempo. Los días en que el problema se planteaba como una lucha abierta entre los poderes constituidos por impedir la emisión del pensamiento y un grupo de opositores por expresarlo, están ya lejos y han sido superados en su radical ingenuidad. Ya no se trata de aquella situación según la cual, « los Estados (de fuerza) sólo se muestran favorables hacia aquellas formas de acción cultural que facilitan la conservación de su poder, pero persiguen con odio irreconciliable toda manifestación que vaya más allá de las barreras trazadas por ellos ». Todo eso — esa actitud — supone todavía un régimen de represión completamente exterior, periférico, extraconciencial ; no va aún al pensamiento mismo, a la raíz del pensamiento. Al pensamiento se le combate ahora por métodos psicológicos más depurados, más técnicos. Se trata de suprimirlo en su propia madriguera. « El pensamiento, según frase de Napoleón, es el enemigo del soberano ». Por consiguiente, hay que declararle la guerra total.

En las modernas « inquisiciones », el opositor en cuanto tal, es decir, como opositor manifiesto, no se tolera ; no existe. El mismo se autosuprime. El mismo *sabe* que no le es posible existir (sin que haya — y aquí está la paradoja — ninguna ley expresa, escrita, proclamada, que lo prohíba). No pretende, no intenta ya siquiera expresarse porque sabe que eso no es posible. No tiene opción para ello. La censura, como mecanismo represivo externo, resulta absolutamente innecesaria. Hay otros mecanismos menos aparatosos y más directamente eficaces. Una simple « orden

general del día » basta. Y esa orden dice : « No hay, no puede haber más que *una sola forma* de expresión : la ortodoxa. Fuera de ella, el silencio ». Intentar trascender ese muro de los silencios resulta vano e inofensivo ; es perecer, supone la aniquilación, la « muerte civil » por todos los procedimientos, principalmente por el económico.

Dominada así la « zona exterior », el ojo inquisitorial se enfrenta con el mundo interno del individuo, sin cuya dominación no habrá conquista ni victoria. Viene, entonces, la silenciación del pensamiento en sí mismo, mediante lo que se llama ya « el control sutil del estado de espíritu » ; viene la labor de penetración en las honduras del alma. A esto se llega, en un principio, por el pánico. El pánico, en todas sus formas y maneras, es el arma más eficaz para domeñar las oposiciones íntimas, la *intransigencia interior*. El pánico bloquea los resortes expansivos de la conciencia. Mediante el terror, el hombre llega a no pensar, a no poder pensar. No piensa ; se siente paralizado, incapacitado para alargar su brazo, para tender siquiera la vista hacia el « árbol de la fruta prohibida », es decir, del pensamiento. Pero además, el hombre actual sabe que, aun inexpresado, aun oculto, el pensamiento se delata, delata. Delata a través de la conducta, de los actos menos susceptibles aparentemente de sospecha : una mirada, un torcer la cabeza, un gesto indiferente, un aplauso poco cálido, una tibieza en la adhesión o un exceso de entusiasmo en la adhesión a las doctrinas ortodoxas.

Para evitar que esos actos delatores se produzcan, lo mejor es, pues, no pensar, acoger voluntariamente el pensamiento, relegarlo a las oscuras mazmorras del inconsciente. Hay que rechazar los pensamientos adversos a la ortodoxia — los « malos pensamientos » que dicen los catecismos — ; y en este caso, todos son malos pensamientos, todos pueden denunciar, delatar... He aquí la principal función de autodefensa del ciudadano aterrado. Función de autodefensa. Todo lo que pueda serle útil para ese plan autodefensivo, de ocultamiento, queda fuertemente grabado por él en el umbral de la conciencia a fin

de que surja en el momento oportuno mediante actos « espontáneos », automáticamente, como un instinto. Ese instinto terminará así por hacerse consubstancial al « pensamiento », modificará la forma de pensar. En lugar de los propios pensamientos, bien visibles y en el primer plano de la conciencia se ponen los *slogans* que día y noche martillean las propagandas oficiales, hasta que vayan deslizándose poco a poco en la conciencia, hasta que vayan formando el pensamiento, hasta que acaben por ser el *pensamiento*. Un pensamiento superpuesto, pero pensamiento al fin que, a corto o largo plazo, sustituirá al pensamiento original. Se imitan entonces, sin esfuerzo, las actitudes ordenadas, los gestos recomendados, los saludos y consignas, los tópicos y frases colectivas que tienen la virtud de disimular en un principio los verdaderos pensamientos, pero que terminan por constituirse en el propio pensamiento. El ciudadano, antes libre, se torna así en eso que ya se llama « el ciudadano mecánico », el ciudadano maquinal y con alma de *robot*. Descargas electrónicas, producidas a lo lejos, dirigen sus movimientos. La obediencia a la voz de los comandos es precisa, exacta, matemática. Las resistencias interiores han cesado. Y si algunas quedan — las de ciertos intelectuales por ventura — para éstas tiene el ojo vigilante, el ojo que todo lo mira, otros procedimientos eficaces : el del « compromiso », en primer término. Comprometer, hacer que se comprometan con un acto, con un gesto, con una confesión, con una adhesión, con una firma, con un documento colectivo, con un homenaje, con una lección obligada en la cátedra « sobre »... con una asistencia o con una inasistencia, con una palabra o con silencio, pues todo es igual y lo mismo. Obligar a comprometerse de tal modo que ya no quepa rectificación o aclaración, que equivalga a un solidarizarse sin retrocesos, sin retorno, o con difíciles retornos que

impliquen una flagrante apostasía. El « comprometido » ya no tiene opción a la fe si manifiesta otra cosa ocultamente ; ha dejado de pertenecer — a veces, ¡ casi siempre !, por el plato de lentejas que le es tan necesario — a la pequeña legión de los *verdídicos*, a parvo cenáculo de las conciencias que saben vivir esa « existencia de autenticidad », tan reclamada por las actuales filosofías.

Esas conciencias « auténticas », esas conciencias erectas, esas que no se doblegaron, por muy pocas que ellas sean, parecen estar ahí para indicarnos que es error insistir en el dictado « libertad de pensamiento », en lugar de « libertad de expresión » (del pensamiento) ; que el pensamiento es autónomo y rigurosamente incoercible bajo cualesquiera circunstancias. Lo han probado los « mártires » de las hogueras pasadas y presentes...

Es verdad. Su ejemplo y su testimonio patentizan la invulnerabilidad de ese principio. Pero si, reducidas al silencio, amordazadas desde fuera, autoamordazadas por fuerza mayor, esas conciencias nada expresan, nada pueden expresar ; si callan, si no emiten pensamientos, ¿ por qué se las persigue entonces ? ¿ Por qué tan atentamente las espía el ojo vigilante ? ¿ Por qué caen sobre ellas, de modo tan especial y tan sañudo, los rigores represivos ? Sólo puede ser « por lo que piensan », por sus propios y enclaustrados pensamientos, por su pensamiento en sí, todo lo más por lo que significa su pensamiento silencioso. Se las persigue únicamente « por pensar ». Y en este sentido es indudable que cuando el hombre de otras centurias habló — y el de hoy habla más que nunca — de « libertad de pensamiento », también tienen su razón y sus motivos profundos. No es una frase vacía de contenido. Responde a una realidad.

ROSA ARCINIEGA

LOS 50 AÑOS DE PABLO NERUDA

POR J. G.

PABLO NERUDA es, indiscutiblemente, un gran poeta. Uno de los más grandes poetas de Iberoamérica, tierra de poetas, y aun del mundo actual, más propio del reportaje y del relato crudos que de la lírica y la épica. Casi estoy tentado de decir que Neruda *fué* un gran poeta, pues desde que se ha forzado a hacer versos dirigidos, bajo y sobre consiguas, su calidad, según una opinión cada vez más extendida, ha declinado mucho. En efecto : ¿ hasta qué punto un poeta que deja de ser libre, para someterse a una cortesanía totalitaria, tiene derecho a seguir creyéndose un verdadero y auténtico poeta ?

Cuando en su *Canto general* sus ancestros araucanos se levantan, con legítima y justiciera iracundia, contra los conquistadores españoles y, confundiendo pasado y presente, contra las tiranías y las opresiones, contra los soldados de hierro y sus perros antropófagos, me siento fraterno y solidario suyo. Pero en seguida pienso en los conquistadores del brutal Stalin, en sus milicianos de la NKVD y en sus perros de los campos de concentración que medio cubren la inmensa extensión soviética, y siento indignación contra el poeta militante que encubre y justifica todo eso. No pocas de las estrofas de *España en el corazón* me llegan, español, a lo más hondo ; pero inmediatamente me acuerdo de la puñalada traperera del Kremlin al pueblo español, preludio al pacto Hitler-

Stalin, y la cólera me gana todo. Quisiera respetar y admirar al poeta, pero tras él veo al instrumento comunista y mi respeto y mi admiración se truecan en desprecio y en ira.

A medida que Neruda ha ido bajando en calidad poética, ha ido subiendo en endiosamiento. Hay en ello, dentro de la lógica totalitaria, una correlación de causa a efecto : Neruda ha declinado en calidad poética porque ha consentido en convertirse en uno de los dioscecillos del firmamento staliniano. Ahora bien : lo que le interesa al stalinismo no es el poeta en sí o como tal, sino el dioscecillo en torno al cual se ha creado un culto religioso que, por medio de « la cadena de transmisión » de que hablara un día Stalin, debe servir a un culto superior absoluto : el del hombre-dios del Kremlin. En efecto, a medida que el comunismo ha ido perdiendo la razón de ser, la representación de la justicia, la moral en acción, ha ido necesitando más y más su sustitución por los bonzos y la ciega fe en ellos. En cada país trata de crear, a fuerza de propaganda, un bonzo político o intelectual, que recibe su gracia — y sus medios de sustentación — del dios único y omnipotente del comunismo. Este representa en nuestro tiempo, por otra parte, la pérdida de toda medida normal o natural de las valoraciones. Para él nada vale en sí o de por sí ; todo cobra o pierde valor, todo merece ser o existir o deja de mere-

cerlo según le sirva sin chistar o se le oponga. Los que le sirven son exaltados hasta el frenesí, glorificados, divinizados; los que se le oponen son menospreciados, calumniados y destruidos o amenazados de destrucción el día del triunfo.

Pablo Neruda es, desde hace unos cuantos años, el dioscello latino-americano número uno en la jerarquizada religión staliniana. Ya veremos luego que no ha conquistado esta preeminencia como poeta tan sólo. Sus libros son traducidos a los idiomas que aconseja una bien dirigida propaganda y editados a gran costo. En su patria — me refiero a su patria de nacimiento, no a la de su adopción ideológica y política — le rinden pleitesía los comunistas y comunizantes; asimismo, diciendo olvidar al militante para ver tan sólo al poeta — aun cuando ambos se confundan ya —, incluso se la rinden muchos que no tienen nada que ver con el comunismo. Cuando viaja a través de tres continentes — y viaja cada vez que Moscú decide reunir un cónclave para encubrir, bajo el griterío en torno a la Paz y a la Cultura, su estrategia agresiva y esclavizadora —, todos le inciensan y se inclinan ante él. Y últimamente ha recibido, con ocasión de sus cincuenta años, su consagración definitiva.

Cincuenta años no son muchos para la consagración de un poeta normal o independiente; no ocurre lo mismo cuando se trata de un poeta comunista, pues Moscú quiere sacarle jugo al capital puesto en él durante largos años. Los jefes del anticapitalismo lo capitalizan todo; para ellos los viejos tienen un relativo interés y prefieren hacer sus inversiones en hombres de edad media y, como hacen las compañías de seguros, lo más sanos posible. Quizá porque yo me he convertido en un demócrata, no creo que el cincuentenario del natalicio de un hombre capaz de hacer buenos versos constituya un extraordinario acontecimiento físico-literario. Prefiero, por otra parte, que los aniversarios — sobre todo cuando se trata de auténticos grandes hombres — se celebren modestamente, en familia o a lo sumo entre amigos del mismo pueblo. Pero cuando veo que para el aniversario de Neruda se han congregado en Santiago una cincuentena de « amigos »

de tres continentes — un « amigo » por cada año de edad — y con un gasto de varios millones de rublos que estarían mejor empleados en pan y patatas para los obreros rusos, chinos o polacos, mi indignación es doble: ante la escandalosa inmodestia y ante la evidencia de que ahí hay gato encerrado.

Para celebrar a Neruda han hecho un larguísimo vuelo los ya inevitables intelectuales chinos: el famoso « camino de Yenán » de Mao Tsé Tung se ha convertido en el camino de Santiago. A Santiago ha volado también mi ex amigo Ilya Ehrenburg, ex bohemio anticomunista de Montparnasse convertido en pontífice de las letras soviéticas y en agente de la MVD. (Contaré en otra ocasión la historia de esta conversión). No iba Ehrenburg con las manos vacías: le llevaba a Neruda el Premio Stalin, consistente en unos cinco millones de pesos chilenos — un millón por cada diez años de vida del laureado. El millonario soviético ha convertido así en millonario a su compadre chileno. Repárese en este hecho: auténticos millonarios entre los poetas y los escritores sólo se encuentran hoy en esa religión anticapitalista que es el comunismo.

Para vivir estupendamente, como corresponde a un auténtico bonzo, no necesitaba Neruda los millones del Premio Stalin. Ya por su cuenta, y con una habilidad mucho más propia de un político que de un poeta lírico y épico, había llegado a solucionar bastante holgadamente su problema material. En medio de las flores y de la inflamada retórica del aniversario, nos lo refiere en una de sus « crónicas literarias » el viejo y probo crítico chileno *Alone*. A lo largo de su vida y de sus frecuentes viajes por todos los mares del mundo, Neruda había logrado reunir dos abundantes colecciones: una, hartamente natural, de libros, y otra, por demás extraña, de caracoles. Se le ha llamado por esto último « hombre de muchas conchas ». Un buen día decidió, con aparente y generosa espontaneidad, hacer donación de sus dos tesoros a la Universidad de Chile. El efecto psicológico-propagandístico fue inmenso. No tardó en enfriarse un tanto cuando se supo que de la rica mansión del poeta no iba a salir, al menos mientras

viviera, ni un libro ni un caracol. La Universidad le nombró conservador perpetuo de sus tesoros en su propio museo o vivienda. ¿ Conservador honorario ? En modo alguno : cuando un comunista se decide a ser conservador, es con su cuenta y razón. Por conservar sus propias colecciones en su propia casita, sin miedo a las lluvias y a los vientos andinos, el poeta-político aceptó una buena pensión vitalicia. Aceptó más : para no tener que distraer su inspiración poética ni renunciar a sus viajes políticos, aceptó un conservador ayudante con otro sueldo. Yo no sé de ningún otro poeta, ni tan sólo en el mundo comunista, que haya logrado redondear una combinación así. ¿ Cómo debe envidiarle mi ex amigo Ilya Ehrenburg !

Yo que conozco un poco, desde dentro y desde fuera, la mecánica del comunismo, me atrevo a pensar que para la concesión del Premio Stalin han pesado tanto o más los méritos político-diplomáticos de Neruda que sus méritos — para mí indiscutibles — de poeta. Y él, en medio de su infatuación, lo sabe tan bien o mejor que yo. ¿ Ignora acaso la forma como el Kremlin trataba y trata a los verdaderos poetas rusos, a aquellos sobre todo que quisieron permitirse el lujo rarísimo en la URSS de salvar su alma independiente ? Essenin, Bloch, Mayakoski, desesperados, tuvieron que buscar su liberación en el suicidio. ¿ Y cuántos poetas — y novelistas, y filósofos, e historiadores, y hombres de ciencia — han sido condenados a morir en los campos de concentración ? La lista produciría espanto : por su número y por la obra que se ha asesinado en ellos. ¿ Les ha dedicado un pensamiento Neruda en medio de su fastuoso aniversario ? ¿ O se ha habituado a ahuyentar los pensamientos desagradables ?

El Kremlin trata muy bien, en cambio, a los poetas diplomáticos extranjeros,

sobre todo cuando le sirven incondicionalmente a costa de los gobiernos democráticos. Del Neruda diplomático me limitaré a citar tres actuaciones que conozco bien. Siendo cónsul en Francia al término de la guerra española, procuró que sólo fueran a Chile los refugiados seleccionados por una comisión comunista, operación que, muy a pesar suyo, no le salió como quería. Siendo cónsul en México en 1941, a espaldas de su embajador y de su gobierno le extendió visa, con nombre falso, al pintor Alfaro Siqueiros, comprometido en el intento de asesinar a Trotski y bajo la acción de la justicia mexicana. La tercera actuación ha sido de consecuencias más graves y se ha descubierto recientemente. Hace unos meses aparecieron asfixiados en su habitación de París Joaquín Olasso y su esposa Dolores García. Los conocí muy bien a los dos en mis tiempos de militancia comunista y estuve a punto de ser su víctima más tarde. Al frente de la Jefatura de Policía de Barcelona, en el período del auge comunista, Olasso se cargó de crímenes como agente y espía de la NKVD. Después del éxodo español y con una identidad falsa, su esposa entró a ocupar un cargo de confianza en el Consulado de Chile en París. Ocupando este cargo ha muerto, al lado de Olasso, en circunstancias harto misteriosas. Grande ha sido la sorpresa al descubrirse su verdadera identidad y el papel que venía llenando desde hacía cerca de quince años. Los periódicos de París se han ocupado ampliamente en el asunto y una revista le ha dedicado un amplísimo estudio. Fué el cónsul Neruda quien, obedeciendo a indicaciones superiores, le dió dicho cargo de confianza. Apagados apenas los ruidos del fastuoso cincuentenario, el poeta Neruda debería dedicarle un poema lírico a su misteriosa muerte.

J. G.



LA REPÚBLICA FEDERAL DE BONN

POR GUSTAVE STERN

LA República de Bonn constituye seguramente uno de los fenómenos más extraños de este período de postguerra tan accidentada. Antes de la guerra se sabía muy vagamente que Bonn era una ciudad renana, muy pequeña, burguesa, ciudad universitaria bastante adormecida, lugar más bien de apacibles vacaciones, pero en modo alguno un centro político. En la actualidad, Bonn se ha convertido, indudablemente, en un lugar importante de la política europea donde gobierna el canciller Adenauer, cuyo prestigio ha rebasado ampliamente las fronteras alemanas.

Fenómeno extraño : ¿ Quién hubiera dicho, al día siguiente del cataclismo mundial, que Alemania renacería tan rápidamente de sus ruinas hasta ser considerada como un copartípe importante en el escenario político europeo, sino mundial, y que un canciller alemán pasaría por uno de los miembros más seguros de la alianza atlántica ? Se cree soñar, recordando que hace 12 años una importante personalidad política americana proponía reducir Alemania al estado de un país agrícola...

Pero tratemos de comprender este fenómeno. Se explica en parte por el estallido de la guerra fría que siguió a la conflagración mundial : de la noche a la mañana, Alemania se convirtió en un envite tan importante que los dos adversarios en el escenario político mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética, se propusieron hacer de Alemania, abatida por el cataclismo, un aliado : los Estados Unidos pensaban en un verdadero copartípe, los rusos en convertirla, en un

objeto, pero en un objeto de la mayor importancia. Por consiguiente, fué la rapidez con que se transformaba una alianza, concertada en tiempo de guerra, en una hostilidad más o menos consciente, lo que en ese momento determinó la posición de Alemania tal como se presenta a la hora actual.

Conviene recordar lo que fué la Alemania de los años 1945-46 : las grandes ciudades en ruinas, el país cortado en dos, una parte del territorio anexado por Polonia, el sector oriental ocupado por las tropas soviéticas, millones de refugiados arrastrándose por las carreteras y encontrando un precario refugio en las ciudades superpobladas de la parte occidental, después de haber padecido la población una sangría extraordinaria. Verdaderamente, era difícil en ese momento no concebir en términos pesimistas el porvenir de un país que se aprestaba a pagar caros los sueños locos de un conquistador con desmesuradas ambiciones.

El « milagro » económico

Y sin embargo, se ha producido un « milagro » : la Alemania occidental, reducida después de la guerra a una nación extremadamente pobre, no sólo ha recuperado sino que actualmente ocupa una posición tal, que sus vecinos inmediatos y la propia Gran Bretaña temen su « dinamismo » económico y ven con cierta aprensión aparecer en los mercados mundiales productos alemanes de primera calidad.

¿ Cómo se ha producido este « milagro » eco-

nómico ? ¿ Cómo es que la República Federal posee una estructura económica sana en oposición a otros países europeos, singularmente Francia ?

Existe desde luego, la ayuda extranjera, sobre todo norteamericana, que ha sido importante en extremo. Esta ayuda ha actuado como poderoso estimulante, y sin ella el arranque económico hubiera sido inconcebible. No fué el « plan Morgunthan » de parcelación de Alemania el que se adoptó, sino finalmente una política de apoyo financiero, esencialmente condicionado por consideraciones políticas.

Pero la experiencia en otros países ha demostrado que una ayuda extranjera puede resultar ineficaz si no está apoyada, en el interior, por medidas severas. Como medida de esta clase se hacía necesaria la reforma monetaria, decidida el 20 de Junio de 1948. Esta yuguló las tendencias inflacionistas y creó cierto equilibrio económico del que se derivaba la confianza de la población en los fundamentos del nuevo Estado. Una política de crédito extremadamente audaz por parte de las autoridades contribuyó, a su vez, a poner de nuevo en marcha la máquina económica del país.

Otros factores vinieron a corroborar la tendencia hacia el renacimiento económico : en primer término, las inmensas necesidades de la reconstrucción, que concebidas en lo sucesivo sobre una base monetaria sana, acabaron por su parte por estimular toda la actividad económica.

El « milagro » económico se completó con un factor no despreciable : las cualidades intrínsecas del pueblo alemán, cuyo ardor por el trabajo no ha podido ser roto por la guerra y las destrucciones. La clase obrera aceptó ponerse de nuevo al trabajo sin p'antear, por el momento, atrevidas reivindicaciones sociales. Esto es una comprobación que no implica ningún juicio moral.

Los partidos políticos

Hay, en el fondo, un segundo « milagro », que es el de la rápida construcción de un Estado federal basado en partidos políticos coherentes. Únicamente se explica en razón a que el tercer Reich de Hitler no consiguió jamás tomar posesión completa del « alma » alemana : doce años de totalitarismo no fueron aparentemente suficientes para « atomizar » a un pueblo que tenía sólidas tradiciones socialistas y conservadoras, que se manifestaron inmediatamente al fin de las hostilidades.

Desde luego, el « peligro comunista » considerado como muy grande al terminarse la guerra, se desvaneció rapidísimamente. Este fenómeno se

debe esencialmente a dos factores. La campaña del tercer Reich contra la Unión Soviética había puesto en contacto a millones de alemanes con la realidad rusa. El comunismo alemán, que representaba antes de 1933 una fuerza no despreciable en Alemania, jamás se ha repuesto de este contacto. Los soldados alemanes, vueltos a sus hogares, dieron cuenta a sus conocidos de lo que habían visto, y ocurrió exactamente el mismo fenómeno que pudo observarse en los años treinta cuando los obreros alemanes, enviados para trabajar en la industria soviética, regresaron a su país enemigos encarnizados del sistema bolchevique, llegando hasta a hablarle ello en las reuniones nazis...

Una impresión igualmente profunda y duradera ha resultado de la presencia soviética en el territorio alemán : el choque de dos civilizaciones rompió, sin la menor duda, las bases del comunismo en Alemania. El hecho de que los rusos llegasen como conquistadores crueles, crueles sobre todo con respecto a la clase obrera, añadido a la experiencia vivida en Rusia, explica el hecho de que en la República federal voten por el partido comunista apenas el 5 % de los electores.

En conjunto, cuatro formaciones políticas alemanas se reparten la influencia de los electores alemanes : El partido social-demócrata (SPD), el partido cristiano-social (CDU), el partido liberal (FDP) y el partido alemán (DP). En esta enumeración hacemos abstracción de algunos grupos políticos de menor importancia.

La social-democracia alemana, que agrupa aproximadamente una tercera parte de los electores de la República Federal, representa, desde 1945, el gran partido de oposición. Constituye una organización sólida de 650.000 miembros, y es un partido esencialmente obrero, seguido efectivamente por la mayoría de la clase obrera. Y en el fondo, es el único partido alemán que se liga directamente al siglo pasado y, más cerca de nosotros, a la desgraciada República de Weimar.

Este partido, bajo la dirección de Kurt Schumacher, ha hecho un gran esfuerzo para desprenderse de cierto oportunismo y del pseudo-marxismo. Schumacher, último tribuno de la social-democracia, quería crear un partido que rebasara el medio obrero y se transformara en un « partido popular », arrastrando con él a algunos medios opuestos hasta ahora al socialismo. No ha conseguido su deseo, si se hace abstracción del hecho de que algunas cabezas de la burguesía liberal y del protestantismo vinieron a reforzar las filas de la social-democracia.

Resulta, en el fondo, que el socialismo alemán ha roto únicamente con una sola tradición : aquella que en todas las circunstancias defiende

la primacía de la política interior. Schumacher concebía el papel de la social-democracia como gran campeón de los intereses nacionales e internacionales del pueblo alemán, inaugurando así una política que, concebida desde el primer instante como una gran maniobra táctica en el plano interior, debería conducir a adoptar posiciones nacionales, incluso nacionalistas, y en todos los casos no europeas.

En el plano interior, la social-democracia alemana no ha hecho ningún esfuerzo de imaginación. Reclama, naturalmente, una mayor justicia social, pero su programa económico y social, si bien prevé algunas medidas de socialización y de nacionalización muy vagas, no ofrece, en el momento actual, ninguna alternativa admisible al programa neo-liberal del Ministro de Economía, Doctor Erhard. En la actitud de la social-democracia advertimos esta tendencia hacia la « restauración », que este mismo partido descubre, con cierta razón por lo demás en otras formaciones políticas de la República Federal.

Queda por señalar que los sentimientos democráticos de los miembros de este partido y de los que le siguen son sinceros, y que la social-democracia alemana es, sin duda, uno de los bastiones más maduros de la democracia alemana.

El partido cristiano-social (CDU), partido del canciller Adenauer, que gobierna desde el final de la guerra, es una formación muy compleja. No cabe duda alguna de que está dominado y apoyado financieramente por los medios industriales de Renania y del Ruhr y que el propio canciller Adenauer, casi octogenario, está ligado muy estrechamente a esos medios.

Lo que es nuevo y, no carece de importancia, en la vida de la República Federal, es el hecho de que el antiguo partido del Centro, que fué exclusivamente católico en la República de Weimar, ha sido sustituido por una formación que incluye de igual modo católicos que protestantes. Esta circunstancia se explica por dos fenómenos. En primer lugar, por la lucha común de los católicos y protestantes contra los excesos anti-religiosos del hitlerismo, lo cual estrechó después de la guerra los lazos entre ambas confesiones. Luego, porque la burguesía alemana tenía el designio, habida cuenta de las perspectivas políticas imprecisas, de crear un bloque sólido para impedir una debilitación de sus posiciones, terriblemente lastimadas por el tercer Reich. Veremos, cuando hablemos de la influencia católica y protestante en Alemania, que los esfuerzos de unidad solamente han dado resultados parciales. Hecho igualmente importante : el CDU, que obtuvo en las elecciones de Septiembre de 1953, más de 12 millones de votos (ocho mi-

llones fueron a la social-democracia) reúne en su seno elementos obreros, ejerce cierta influencia en el interior de la central sindical única (DGB) y es, sobre todo, un « partido popular » como jamás lo fué ningún partido de base confesional en Alemania.

En el terreno de la política interior, el canciller Adenauer, jefe indiscutido de este partido, ha optado por una política social y económica « ortodoxa ». En política exterior, se ha inclinado resueltamente hacia una política europea, y es a causa de este hecho por lo que no ha podido realizarse la síntesis deseada por muchos en Alemania : una colaboración entre socialistas y cristianos demócratas que habría dado asientos más sólidos a la República Federal. El « gran cisma » en Alemania se explica más bien por el hecho de que los dos mayores partidos han tomado posiciones diametralmente opuestas en el plano de la política exterior, y no por causa de la política interior, social y económica. La social-democracia, obsesionada por el deseo del restablecimiento de la unidad alemana (por el instante irrealizable), espera, mediante la incorporación de la Alemania oriental y sus centros obreros de Turingia y de Sajonia, conquistar la mayoría y tomar las riendas del poder.

En tanto que el CDU se presenta como un partido conservador moderado, aunque agitado interiormente por distintas corrientes sociales e intelectuales, el partido liberal (FDP) es, a pesar de su denominación, un partido tenazmente conservador que se sitúa a la derecha del CDU. Mientras que sólo una minoría de este partido representa las verdaderas tradiciones del liberalismo — las del Presidente de la República Federal, Theodor Heuss, intelectual y culto historiador — la mayoría del partido se inclina hacia un nacionalismo fuertemente reaccionario que aspira esencialmente a agrupar la derecha del CDU, el FDP y todo lo que es conservador en Alemania, bajo el estandarte « negro, blanco, rojo », bandera de los « nacional-alemanes » del difunto Hugenberg en la República de Weimar. Este partido, esencialmente « laico », no puede contar con el apoyo de la gran burguesía católica y protestante ; pero su papel puede llegar a ser extremadamente importante en la medida en que, bajo un impulso social-demócrata, nazca el deseo de un estrechamiento en los distintos medios de la burguesía alemana.

Queda el partido alemán (DP), que con el CDU, el FDP y el partido de los refugiados (cuya influencia carece ya de importancia) forma la coalición gubernamental. Este partido que se liga a la tradición de los « guelfos » de Hannover constituía, en la Alemania imperial, la oposición conservadora al Estado de Bismarck. Una gran parte de la derecha alemana, desacreditada en

parte por su colaboración con los nazis, pasó a las filas del partido alemán, sumergió así a los elementos conservadores y ella misma fué sumergida por antiguos nazis, tanto más cuanto que la tentativa de reconstrucción de un partido neo-nazi (SPD) se saldó con un fracaso, y finalmente con la prohibición de ese partido del que la mayor parte de sus adherentes pasaron al partido alemán.

Su importancia descansa en el hecho de que, para el canciller Adenauer, constituye el sobrante necesario para formar una mayoría gubernamental. Pero mientras que el partido liberal había obtenido más de tres millones de votos en últimas elecciones legislativas, el partido alemán no logró alcanzar más que 800.000 votos.

Los comunistas y algunos de sus aliados hablan del peligro « neo-nazi » en Alemania. Es seguramente indudable que en la República Federal existen residuos del fascismo hitleriano. Tampoco puede ser discutido que algunas personalidades que desempeñaron un papel en el Reich « milenario » han logrado incrustarse en el aparato de la República Federal. Es evidente que este hecho constituye un cierto peligro para el joven Estado, que ha tenido que dar sus primeros pasos en condiciones extremadamente difíciles.

¿ Existe un neo-nazismo ?

Pero conviene distinguir entre la propaganda malévola y la realidad. La realidad es que las tentativas de reconstrucción de partidos nazis se han liquidado con fracasos resonantes. El comandante Remer, jefe del prohibido « partido socialista del Reich », ha desaparecido del escenario político amoscado por el pueblo alemán, que en la elecciones se pronunció en la proporción del 80 % en favor de los partidos auténticamente democráticos.

Además, no existe a la hora actual « clima » político favorable para una reconstitución del nazismo. El plebiscito en favor de Adenauer, que era lo que constituían las elecciones de Septiembre de 1953 en Alemania, fué ante todo una aprobación de la estabilización política, económica y financiera, sino de la política exterior del canciller, que tiende hacia una reconciliación franco-alemana. Los votos socialdemócratas, aun siendo en suma la expresión de una desconfianza con respecto al conservadurismo oficial del equipo gubernamental, son ante todo la expresión de una voluntad auténticamente democrática, resueltamente hostil a toda aventura neo-nazi.

El peligro real que, en determinadas circunstancias, podría amenazar a la República Federal,

no es un neo-nazismo de tendencia hitleriana, sino más bien una conjunción de la derecha parlamentaria con ciertos defensores de ideas autoritarias que que se enmascaran tanto en el partido liberal como en el partido alemán. Este peligro se ha revelado en estos dos partidos y ha conducido a crisis que finalmente no han creado separaciones netas. Lo mismo en el partido social-demócrata que en el partido social-cristiano se levantan voces para aconsejar un acercamiento entre ambos partidos, que sería la garantía más segura contra un peligro nacionalista, que es real. Pero, por el momento, tal acercamiento es inconcebible por el foso, al parecer infranqueable, que existe entre las concepciones « europeas » de ambos partidos.

Católicos y protestantes

Hemos hablado de la conjunción entre protestantes y católicos en la República Federal, que dió como resultado la creación de un partido común a los ciudadanos de ambas confesiones. Las relaciones entre las dos Iglesias son de una importancia cierta en la vida de la sociedad alemana. Al lado de otros problemas, preocupa apasionadamente a numerosas personalidades del protestantismo alemán el volver a ser mayoritarios en el interior del Estado alemán, puesto que ya no lo son a causa de que las regiones esencialmente protestantes se encuentran bajo el dominio de los rusos. Y no es en modo alguno un azar el que hayan sido algunos representantes de la Iglesia protestante, tales como el pastor Niemöller, Heinemann y otros, los que con el deseo de trabajar por la reunificación alemana han adoptado finalmente posiciones « neutralistas », o incluso comunistas.

Es esta una preocupación que se parece a la de la social-democracia, la cual tomando también sus deseos por realidades sacrifica una política europea constructiva con la esperanza de ver a los rusos abandonar la Alemania Oriental. Así se explica que el difunto jefe de la social-democracia Kurt Schumacher, hubiera conseguido que se adhirieran numerosos protestantes al partido socialista.

De lado protestante, se reprocha al canciller Adenauer el « sacrificar » a los protestantes de la Alemania del Este a las probabilidades de la « pequeña Europa ». Este resentimiento se percibe hasta en las filas del CDU, partido del propio canciller Adenauer, en el que eminentes personalidades como Ehlers, Presidente del Parlamento, se prestan voluntariamente a « acercamientos » ilusorios con los Ulbricht y Grotewohl, dirigentes de la zona oriental de Alemania.

Sea lo que fuere, no hay duda de que la divi-

sión de Alemania ha conducido a una preponderancia del catolicismo, matizado algunas veces de clericalismo, que es vivamente sentido por los protestantes. La querrela escolar contribuye a envenenar las relaciones entre las Iglesias, insistiendo el clero católico en el principio de la escuela confesional, con preferencia a la escuela mixta, en la que los escolares católicos y protestantes reciban una educación común.

Los sindicatos

Al lado de los partidos y de las Iglesias, los sindicatos han conquistado un lugar preponderante en la República Federal. Con cerca de seis millones de miembros, el sindicalismo alemán fué considerado largo tiempo como el verdadero bastión de la democracia alemana. Mientras que en el período prehitleriano, el sindicalismo alemán se separó en dos organizaciones distintas, socialista y cristiana (los socialistas eran ampliamente mayoritarios), la organización sindical DGB, creada después de la guerra, supo imponerse como central única en la que socialistas y cristianos « coexisten » más o menos pacíficamente.

Más o menos, porque los elementos cristianos han intentado en diversas ocasiones levantar el estandarte de la sublevación contra la abrumadora mayoría socialista de la central sindical, la cual, siéndolo oficialmente neutral, no deja de adoptar en la práctica la política social-demócrata, de igual manera que, a la inversa, numerosos sindicalistas cristianos inspiran y continúan inspirando su acción en la actitud del partido cristiano-social.

No obstante, el sindicalismo alemán puede prevalerse de algunas realizaciones importantes. La más importante es la de haber obtenido en la industria metalúrgica y minera el principio de la co-gestión de las empresas; lo que teóricamente constituye un paso hacia cierta democratización en las relaciones entre los « copartícipes sociales » (como se dice en Alemania), aunque la realidad cotidiana de la co-gestión constituye más bien una « colaboración de clases » que un verdadero golpe a la omnipotencia de los industriales. También se pondrá en el activo de los sindicatos el haber obtenido el restablecimiento de determinadas leyes sociales abolidas por el régimen hitleriano, y haber protegido a la clase obrera en su conjunto contra los excesos de un patronato extremadamente duro y difícilmente presto a concesiones cuando no se le obliga de manera imperiosa.

Ya hemos dicho que una de las explicaciones del « milagro » económico debe buscarse en el hecho de que la clase obrera se mostró presta, al

siguiente día de terminada la guerra, a aceptar un trabajo despiadado sin pedir en lo inmediato la compensación en el plano social. El movimiento sindical entero adoptó esta actitud. Tan sólo recientemente, cuando la DGB se dió cuenta de la necesidad de obtener para sus miembros una participación efectiva en el « milagro » económico en forma de salarios más elevados, es cuando desencadenó huelgas que constituyen sin duda alguna el comienzo de una lucha encarnizada entre los « copartícipes sociales ».

El hecho de que la social-democracia se encuentre en la oposición ha dado lugar a cierta hostilidad entre los sindicatos y el gobierno, el cual ha adoptado netamente posición en favor del patronato. Además, el sindicalismo alemán se encuentra a disgusto en la posición que se siente obligado a tomar. En el período prehitleriano, la social-democracia, representada en el Gobierno, era el representante político natural del sindicalismo y elaboraba sus reivindicaciones, en tanto que los socialistas se encargaban de hacerlas triunfar en el Parlamento. En la actualidad, no actuando ese mecanismo y estando los socialistas en la oposición, la DGB experimenta enormes dificultades para impulsar su acción.

Por consiguiente, el sindicalismo alemán se halla ante opciones temibles. Es esencialmente democrático y está firmemente decidido a defender la forma parlamentaria de la democracia, pero actúa en una atmósfera hostil a causa de la intransigencia patronal y de la desconfianza del Gobierno por lo que a él se refiere. La suerte de la República Federal dependerá, en gran parte, de la actitud ulterior de los sindicatos.

La política europea de Bonn

Desde que la elaboración de la Comunidad europea atraviesa una crisis seria, los adversarios de la misma han comenzado a agitarse y a discutir toda la política del canciller. No deja de sorprender el que los ataques más fuertes contra Adenauer procedan del partido liberal (F. D. P.), que con el C. D. U. forma parte de la coalición gubernamental que dirige la República Federal. Recordemos que que el F. D. P. representa a los medios industriales, los cuales por razones comerciales sienten la tentación de una aproximación con el Este. Hasta el presente, las tendencias nacionalistas y antieuropeas han hallado su más sólida base en el interior de dicho partido, particularmente en Renania-Westfalia, que es uno de los centros de la industria alemana.

El diputado liberal Karl-Georg Pfeleiderer es uno de los portavoces de estos medios. Con una

habilidad perfecta, no ha cesado de oponerse a la política europea de Adenauer, mas no en nombre de un principio nacionalista sino aprovechándose de un argumento que tiene su importancia : la necesidad de establecer relaciones diplomáticas « normales » con la U. R. S. S. para obtener en el Este los mercados de que Alemania tiene necesidad. Ahora bien, Pfleiderer no está solo. Se siente sostenido por eminentes hombres de su partido, entre otros por Thomas Dehler, jefe del grupo liberal en el parlamento de Bonn. Una « comisión oriental », creada por industriales del Ruhr, le ha prodigado asimismo los mayores elogios. Y fué de acuerdo con este grupo que Pfleiderer hizo estallar su « bomba » al proponer el envío a Moscú de una misión diplomática acompañada — o precedida — de una delegación de industriales. Esta propuesta es el punto culminante de una encarnizada campaña contra la « pequeña Europa ».

La crisis de la política europea ha debilitado sin duda alguna la posición del canciller Adenauer y de todos los que — a diferencia de Pfleiderer y sus semejantes — han construido su política con la visión de una reconciliación franco-alemana, base de una comunidad europea. Mientras las elecciones del 6 de Septiembre de 1953 aparecieron en parte como un plebiscito de esta política, las celebradas recientemente en Renania-Westfalia fueron un éxito para dos movimientos « anti-europeos » : el partido liberal y el partido socialdemócrata.

Otros signos de debilitamiento de las posiciones europeas en Alemania evidencian un estado de espíritu que amenaza con contrarrestar seriamente la acción de los partidarios de la política europea, si es que éstos no logran en lo inmediato algunas realizaciones concretas.

★

Es evidente que en este breve resumen sólo podemos esbozar, muy sumariamente, algunos rasgos de la República Federal alemana. No

hemos hablado de su « ambiente » intelectual, ni de la prensa, del cine y del teatro. Sobre todo, tampoco hemos hablado de Berlín, antigua capital del Reich, asunto que exigiría una crónica especial, en igual medida que Berlín puede pretender una situación única. Asimismo el problema de las potencias de ocupación exigiría un estudio que rebasaría, con mucho, el marco de este trabajo.

En conclusión, lo que queremos subrayar es esto : la joven República Federal, salida de los dolores de la guerra y de las destrucciones, ha demostrado su vitalidad, habiendo sobrevivido a la dislocación de las estructuras del Estado alemán. A pesar de los estragos del hitlerismo, ha podido formarse una sociedad en la que el elemento democrático constituye la base fundamental. Es evidente que Bonn no puede ser el centro de toda Alemania. Pero la República Federal, tal cual es, ha sabido mostrar, frente a la opresión que reina en la zona oriental, que una democracia se puede afirmar incluso en un país que ha conocido un sistema totalitario con rasgos odiosos y ambiciones desmesuradas.

Seguramente no es una democracia perfecta. Pero las democracias perfectas son más bien raras. A pesar de todo, es indiscutible que en la República de Bonn todas las tendencias políticas, religiosas, filosóficas y sociales pueden enfrentarse libremente ; la social-democracia y los sindicatos, aun siendo los adversarios del Gobierno conservador actualmente en el Poder, saben que conservan enteras sus posibilidades y que su actividad no padece ninguna traba. Es esto concretamente lo que distingue una democracia real de una democracia popular.

Queremos terminar con esta afirmación, ya que precisamente los defensores de las democracias populares abruman diariamente a la República Federal, calificándola sin reparos de « dictadura ».

GUSTAVE STERN

La experiencia de Guatemala

Por una política de la libertad en Latinoamérica

POR JULIAN GORKIN

EL gran escritor y demócrata cubano Jorge Mañach ha dicho que los sucesos de Guatemala han constituido « un drama americano ». Así es. Yo diría que el drama de Guatemala queda incurso en el drama tradicional de la América Latina y que a él ha venido a mezclarse ahora el tremendo drama universal de nuestro siglo : el de comunismo y anticomunismo. Por pequeño que sea un país y por alejado que esté — o parezca estar — de los grandes centros de perturbación internacional, cuanto en él acontece de importancia está determinado por el drama de nuestro mundo o se integra fatalmente en él. Las partes y el todo se interdeterminan y se confunden ; era posible hablar antaño de las guerras civiles como fenómenos más o menos circunscritos en los cuadros nacionales, pero hoy forman parte — como se vió ya en España — de la guerra civil universal en un determinado punto político-estratégico del orbe. ¿ Berlín, Corea, Guatemala ? Batallas de la misma contienda mundial. Y los neutralismos, continentales, nacionales o individuales, resultan por eso mismo ilusiones de otros tiempos. Quien no comprende el determinismo universal de nuestro tiempo no puede comprender con exactitud los hechos aparentemente parciales. De esto tardaron en darse cuenta muchos de los actores del drama español y muchos de los espectadores de entonces. ¿ Se han dado cuenta los del drama guatemalteco ? Lo dudo mucho.

Lo de Guatemala viene de lejos y puede ir aún lejos. Es un episodio que encuentra su origen profundo en la histórica realidad latinoamericana. Y si no se corrige o se remedia fundamentalmente esa realidad, resultará más un comienzo que un fin. Conviene estudiarlo por eso con la máxima objetividad y honradez. En torno a ese episodio los estados pasionales y las aberraciones polémicas han dividido a la opinión interamericana y mundial en dos bandos. Ha pretendido el uno que el peligro comunista guatemalteco no ha sido más que un pretexto para que el Departamento de Estado, en apoyo de la « United Fruit » y de acuerdo con los países reaccionarios centroamericanos, ahogara la revolución agraria y democrática que se estaba realizando en Guatemala ; ha replicado el otro que la cuestión fundamental consistía en aplicar la reciente resolución de Caracas en contra de la infiltración comunista y en liquidar su primer foco efectivo en Latinoamérica. Por encima de las pasiones polémicas y de la parte de verdad que pueda contener cada uno de los alegatos, lo importante a mi juicio consiste en comprender el problema real y de conjunto. Me refiero al problema latinoamericano y no tan sólo al guatemalteco. Porque lo conozco a fondo, yo soy un adversario irreductible del totalitarismo comunista — y de todos los totalitarismos habidos y por haber — ; pero no se trata, sin embargo, de plantearnos la cuestión del comunismo y del anticomunismo en sí,

sino respecto de una situación determinada tanto en Latinoamérica como en el mundo.

Me encontraba en Chile y en el Uruguay durante el desarrollo de los acontecimientos de Guatemala. Me sorprendió la forma violenta y casi unánime que revistió la reacción de los elementos democráticos de estos países en favor de Arbenz. La misma o parecida se produjo en México, en Cuba, en algún otro país. Los elementos comunistas y comunizantes habíanse movilizado activamente en toda la América Latina en favor de los gobernantes guatemaltecos y muchas de sus consignas propagandísticas — y de sus bulos — hacían mella en la conciencia pública; sin embargo, la reacción de los sectores democráticos no podía ser un producto exclusivo de esa movilización, ya que la mayoría de ellos no son comunistas si bien les creo tibiamente armados contra el comunismo. ¿A qué obedecía su reacción? La comprensión de este fenómeno me parece de fundamental importancia no sólo para la América Latina, sino para el mundo de nuestros días.

Un terreno abonado para el comunismo

Tanto la experiencia histórica como la realidad que conocen la mayoría de los países latinoamericanos ofrecen un terreno abonado para la propaganda y la acción del comunismo. Esos pueblos se sienten exaltadamente orgullosos de sus luchas pasadas contra la dominación española y de la conquista de su legítima soberanía nacional. De ahí su nacionalismo muchas veces exacerbado, más fuerte por lo general que la solidaridad panamericana e incluso que la solidaridad entre países vecinos de una misma religión y una misma lengua. Son todos ellos esencialmente antimperialistas, si bien es verdad que el concepto de imperialismo, repetido en todos los tonos desde hace décadas, constituye ya mucho más un artículo de fe que un claro discernimiento de lo que representa exactamente en nuestro tiempo. Lo cierto es que todos los que esgrimen la bandera nacionalista y antimperialista encuentran eco en ellos. Y los comunistas, que sirven hoy al imperialismo más brutal y rapaz jamás conocido y que aprueban en su nombre la

supresión de las nacionalidades detrás de la cortina de hierro, tratan de monopolizar esa bandera lo mismo en Latinoamérica que en Asia.

Para la mayoría de esos pueblos, la soberanía nacional no ha representado hasta ahora ni una auténtica independencia económica ni una verdadera libertad política. Emancipados del colonialismo español, durante cerca de siglo y medio han sido víctimas de las rivalidades y de la explotación de los capitalismo extranjeros bajo una nueva forma de colonización económica y financiera. Las *colonias* extranjeras — de acuerdo con los caudillismos indígenas — han venido ejerciendo un control efectivo de los Bancos, de las fuentes de riqueza y de las empresas industriales — generalmente extractivas — y comerciales. Estas *colonias* han desarrollado las economías — o ciertas ramas de las mismas, — pero han hecho muy poco o nada por solucionar los problemas económicos y culturales de los pueblos. Y la realidad ha sido y sigue siendo ésta: grandes y prósperas urbes en medio de unos pueblos atrasados y míseros; unas minorías ricas, exageradamente ricas, al lado de unas masas proletarias — principalmente en el campo — exageradamente pobres, misérrimas, primitivas.

Salvo en contadísimos países, el ejercicio de la democracia se ha hecho así muy difícil en el conjunto de la América Latina. Los más de ellos no han conocido — y no conocen todavía — más que los caudillismos, principalmente de tipo militar. La falta de una formación civil y cívica y de unos partidos con tradición y con contenido democráticos, le han conferido un papel preponderante al Ejército, a sus coroneles y generales. Los caudillos militares fueron muy populares en el pasado, en la época de la independencia y de la institucionalidad; pero en el presente son profundamente impopulares. Tanto los pueblos como sus « élites » intelectuales desconfían instintiva o conscientemente de ellos. En Castillo Armas, el coronel guatemalteco exilado y rebelde, no han podido ver los latinoamericanos al « libertador de su país de la dictadura comunista », sino a un nuevo y eventual caudillo militar en lucha contra la legalidad democrática representada por

Arbenz ». Y tras él han visto, además de la « United Fruit » y del Departamento de Estado, a los dictadores militares de Nicaragua, Santo Domingo, Venezuela... En una palabra : su antimperialismo y su anticaudillismo, perfectamente explicables, les ha ocultado y les oculta el evidente peligro comunista.

En medio de este panorama, en la América Latina han aparecido dos nuevos factores de importancia cada vez mayor : las organizaciones sindicales y las minorías intelectuales. Teniendo en cuenta la forma como se han desarrollado la economía y la política en la mayoría de esos países, ni las unas ni las otras han gozado generalmente de una verdadera independencia respecto de los poderes públicos. Con frecuencia las organizaciones sindicales — obreras y campesinas — llenan un papel político fundamental y hasta se sustituyen muchas veces a los partidos políticos. La experiencia de Perón representa en síntesis una amalgama de militarismo y sindicalismo. La experiencia de Paz Estensoro en Bolivia tiene una base fundamentalmente sindical. Los comunistas tratan de apoderarse de la dirección de los sindicatos. En el período de Cárdenas, el instrumento comunista Lombardo Toledano gozó de gran influencia al frente de la CTM. Lo mismo ocurrió con el líder comunista cubano Lázaro Peña, al frente de la CTC, en el primer período presidencial de Batista. Y como veremos luego, el pequeño partido comunista guatemalteco — de mil miembros al comienzo había pasado a tener a lo sumo tres mil — empezó a apoderarse de la situación de su país cuando logró adueñarse, con la complicidad de Arévalo primero y después de Arbenz, del monopolio sindical.

Los comunistas tratan de influenciar asimismo a las « élites » intelectuales. Los Pablo Neruda (Chile), Jorge Amado (Brasil), Nicolás Guillén (Cuba), Alfaro Siqueiros (México), diosencillos obligados de los grandes Congresos « en favor de la Paz y la Cultura », son hábilmente aprovechados en tal sentido. Cuando no organizan excursiones a los países del bloque soviético — preferentemente a China — organizan recepciones de intelectuales comunistas, principalmente chinos. La exaltación de

China, símbolo del antimperialismo y de la revolución nacional bajo la dirección del comunismo, se ha convertido en el caballo de batalla de los comunistas iberoamericanos. En general han sabido asimilarse éstos la táctica del « camino de Yenán », correspondiente a los países « atrasados », que tan buenos resultados le dió a Mao Tsé Tung. En la mayoría de los países dictatoriales una fracción comunista colabora con los gobernantes mientras otra, al parecer de oposición a la primera, trata de incrustarse en las organizaciones democráticas y populares. Aplican la táctica de los « equipos de recambio », cuya única finalidad consiste en ganar siempre. En la línea general y constante, al servicio de la política exterior del Kremlin, todas las fracciones actúan de acuerdo.

Una revolución democrática frustrada

Desde 1839, Guatemala había conocido cinco dictaduras sucesivas. El último dictador, el general Jorge Ubico, gobernó durante catorce años a la manera feudal : él mandaba y todos los demás, sus siervos, debían obedecer. Cada vez que los obreros, reducidos a la peor miseria, reivindicaban un aumento de salario, los acusaba de « comunistas ». Sin proponérselo identificó así comunismo y defensa obrera.

A la caída de Ubico en 1944, y tras un corto intermedio, asumió la presidencia Arévalo. Durante su largo exilio en Argentina había mantenido estrechas relaciones con los socialistas ; habíase apartado de ellos al fin para caer bajo la influencia del peronismo. No tenía que romper ya nunca sus relaciones con Buenos Aires. En realidad sentíase atraído por una doble influencia : la peronista y la comunista. Esta amalgama es mucho más frecuente de lo que se cree en algunos países latinoamericanos ; se basa en la falta de una sólida conciencia democrática y en el odio común contra Norteamérica. Con tal de que sirvan a sus objetivos político-estratégicos, el comunismo acepta fácilmente tales amalgamas.

No obstante esto, Arévalo representó el comienzo de una revolución democrática en Guatemala. Dotó al país de una Consti-

tución parlamentaria, inició una indispensable reforma agraria y emprendió la lucha contra la « United Fruit », empresa bananera monopolista con tentáculos en toda la América Central. Cierzo es que la « United Fruit » sólo representa el 10 % de la producción guatemalteca y que la principal base del país es el café. Pero la economía guatemalteca dependía y depende fundamentalmente de los Estados Unidos : estos compran el 76 % de su producción total y le venden el 64 % de lo que consume. Sus divisas, por otra parte, están bajo el control del dólar. La reforma agraria constituía la base de todo progreso democrático en un país en que un 2 % de la población poseía alrededor del 70 % de las tierras explotadas. El antiyanquismo y la reforma agraria ofrecieronles a los comunistas una magnífica plataforma.

La preponderancia comunista comenzó con Arévalo y se consolidó con Arbenz, que sucedió al primero en 1951. El tiempo juega aquí un papel de primer orden. Durante la primera parte del período de Arévalo, Moscú necesitaba imprescindiblemente la alianza y la ayuda de los anglosajones ; en la segunda parte de dicho período inició, por el contrario, su agresiva estrategia de la « guerra permanente » contra las democracias occidentales. En el período de Arbenz había decidido ya centrar su política en el aislamiento de los Estados Unidos. Junto con Europa y con Asia, en sus planes cobraba una importancia de primer orden la América Latina. En Asia, la estrategia combinada de la U. R. S. S. y de China tenía como finalidad el debilitamiento de las metrópolis europeas y de su aliado norteamericano ; en Latinoamérica había que procurar crearle toda suerte de conflictos a los Estados Unidos con el fin de distraer lo más posible su atención de los asuntos europeos y asiáticos. Guatemala podía ser el primer foco iberoamericano, la Indochina o la Corea de mañana. Conviene apuntar aquí una observación : anticomunistas cuando se trata de la suerte de la Alemania Oriental, de Polonia o de Checoslovaquia, los sectores democráticos latinoamericanos parecen dejar de serlo cuando se trata de sus propios países. Tiene esto una explicación : para ellos la U. R. S. S. y China

están muy lejos y, por su relativa fuerza numérica, los partidos comunistas iberoamericanos no constituyen un peligro inmediato. Quizá no han comprendido todavía bien que la estrategia de Moscú y Pekín es de efectos mundiales y que, en la situación concreta de sus países, unos partidos comunistas minoritarios, pero bien dirigidos y disciplinados, pueden convertirse en auténticas bombas explosivas. Añadiré sinceramente que con su anti-comunismo cerrado — y las más de las veces negativo — y la falta de una auténtica política democrática y positiva en la América Latina, los Estados Unidos hacen muy poco por avivar la comprensión de dichos sectores.

Arbenz llegó al poder gracias a una coalición política, denominada el Frente Democrático Nacional de Guatemala, en la que el partido comunista constituía el elemento dinámico. Con anterioridad se había suprimido, mediante un alevoso asesinato, a un concurrente prestigioso y de carácter independiente : el coronel Francisco Javier Arana. Había sido éste uno de los principales jefes en la lucha contra el dictador Ubico. Arana tenía tras de sí al Ejército antiubiquista y anticomunista ; Arbenz al partido comunista. El asesinato de Arana les dejó el camino libre a Arbenz y a los comunistas. ¿ No quedaban irremediablemente ligados por este hecho de sangre ? La sangre es un elemento fundamental en la política comunista ; de ello sabemos algo los republicanos españoles y los polacos, los checoslovacos, los húngaros... Y lo saben mejor que nadie los rusos.

La principal preocupación de los comunistas, con el decidido apoyo de Arévalo primero y de Arbenz después, consistió en apoderarse — ya lo hemos señalado anteriormente — de la dirección de los sindicatos. Tanto la Confederación General de Trabajadores (100.000 afiliados) como la Confederación Nacional de Campesinos (110.000 afiliados) cayeron íntegramente en sus manos. Para ello alternaron las medidas de corrupción y de absorción con las de terror. Guatemala acabó siendo el único país americano donde los comunistas monopolizaron la dirección obrera y campesina. Me permitiré citar un caso típico

que conocí personalmente. En la segunda mitad de 1948, y por verdadero azar, descubrí que la Legación de Guatemala en París era el centro de enlace entre el Kominform y los partidos comunistas centroamericanos. Tuve incluso un violento altercado, que no provoqué yo, con el encargado de negocios, Víctor Manuel Pellecer. El mismo día le mandé una carta certificada al Presidente Arévalo pidiéndole una satisfacción. Queriendo evitar el escándalo, Arévalo me la dió : por medio de un cable que conservo me anunció la fulminante destitución de Pellecer. Con el nuevo encargado de negocios la Legación de París siguió siendo un centro kominformista y Pellecer pasó a más altos destinos : diputado, secretario de los asuntos agrarios (puesto clave de la reforma agraria), uno de los líderes sindicales y el organizador de las milicias comunistas armadas.

Negar que los comunistas guatemaltecos eran dueños de los resortes efectivos del poder me parece absurdo. Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con la invasión de Castillo Armas — y yo creo que había otra manera de resolver la situación — ; lo que no se puede es negar la evidencia. Arbenz y Toriello no eran seguramente militantes comunistas disciplinados — el segundo, sobre todo, es de origen burgués y católico —, como tampoco lo eran Negrín y Alvarez del Vayo en la época del auge comunista en la zona republicana española ; pero eran, a la vez, prisioneros e instrumentos del comunismo. Yo no sé si ellos hubieran podido deshacerse de los comunistas en el caso de quererlo ; los comunistas hubieran podido deshacerse, de convenirles, de ellos. (Como se deshicieron, cuando les convino, de los ingenios Benes y Masaryk). En determinados períodos — y en ciertas circunstancias — los comunistas prefieren disponer de una dócil y benévola fachada ; lo que cuenta para ellos son los resortes efectivos del poder. Y éstos los tenían en sus manos, sin lugar a dudas, en Guatemala.

Durante la conquista de esos resortes, los comunistas practicaron un terror más o menos discreto y con apariencias de legalidad. Después, al avvicinarse la crisis, aplicaron el terror en gran escala : detenciones, deportaciones, torturas, asesinatos.

Cometían sus fechorías a cubierto de la Guardia Civil y de la Guardia Judicial, como las cometieran un día en España a cubierto del S. I. M. (Servicio de Investigación Militar) y del aparato policiaco legal, intervenido y prácticamente dominado por ellos. « Guatemala parecía la Barcelona de fines del 38 », me ha asegurado un pintor y periodista español que, en calidad de refugiado, ha vivido en la capital guatemalteca durante varios años. Los numerosos casos de terror que conozco se asemejan extrañamente a los que conocí personalmente en las « checas » españolas y a los que se aplicaron más tarde en los países hoy satélites. Los mismos métodos, la misma técnica, idéntica inspiración. Respondía esto a una lógica elemental : un partido que no contaba al comienzo más que con un millar de miembros y con unos tres mil más tarde, en medio de una población católica de más de tres millones de habitantes — cerca de trescientos mil en la capital —, no podía defender las posiciones ocupadas más que por el terror. Terror y política comunista han ido siempre de par.

¿ Eran populares los comunistas ? Quizá gozaron de cierta popularidad un día, pero con sus abusos de poder la habían perdido. Todo demuestra que se habían hecho, incluso, extraordinariamente impopulares. Aprovechándose de esa impopularidad, el Ejército, que había intentado sublevarse ya a raíz del asesinato de Arana, preparaba un levantamiento contra ellos. Al tener barruntos de ello, el exilado Castillo Armas invadió el país al frente de un par de centenares de hombres. Arbenz no capituló ante él, sino ante el Ejército regular. Los jefes comunistas no fueron capaces de organizar su defensa ; sólo pensaron en correr en tropel hacia las embajadas. Sabían que no podían contar con el favor de las masas populares, pues de haber contado con él hubiera sido muy otra su conducta.

Llegamos así a una primera conclusión por demás lamentable y triste : que una revolución democrática, que debía servir a los intereses populares, ha sido malograda por la intervención comunista al servicio de la política exterior y de la estrategia del Kremlin. Ciertamente es que, para la

conquista y el afianzamiento de sus posiciones, los comunistas guatemaltecos habíanse servido de consignas y de realizaciones básicamente justas. La principal de ellas, la reforma agraria. Pero eso responde a la táctica general del comunismo en su marcha hacia el poder. Para su conquista se sirven siempre de un programa y de unas consignas que se apresuran a traicionar una vez en él. Hablan de democracia mientras les sirve de trampolín ; se apresuran a suprimirla en cuanto están arriba. No se trata para ellos de servir a los pueblos, sino de servirse de los pueblos para unos fines ajenos e incluso contrarios a éstos. Y en caso general, tanto cuando imponen su dictadura como cuando provocan el establecimiento de una dictadura reaccionaria, los sacrificados son los pueblos. La última víctima de esta trágica realidad es Guatemala.

¿ Y ahora qué ?

Podría terminar ahí este artículo ; prefiero terminarlo recogiendo unas voces más autorizadas que la mía. El gran colombiano Germán Arciniegas, en su libro *Entre la libertad y el miedo*, dice cosas como estas : « Bajo la Guatemala de Ubico el peón resultaba una bestia de carga tan ventajosa que hacía considerar las carreteras como un lujo innecesario : el sudor del indio, que no ganaba diez centavos al día, era la gasolina más barata del mundo. De ejemplos parecidos está poblada — y poblada de sombras — gran parte de América. » « Hasta bien avanzado este siglo, los campesinos vivieron en condiciones nada mejores que las que tuvo el indio antes de que Colón cruzara el Atlántico. Aún hoy, las enfermedades tropicales y la falta de educación no le permiten al hombre común producir de acuerdo con su capacidad. » Y finalmente : « Desde la América Latina nos parece que las democracias no están aprovechando su gran arma revolucionaria — que también han de tenerla — que es la libertad. Es en ese centro vital donde precisa situar la lucha en vez de ir helando las conciencias con el espectro de la guerra fría. La libertad no puede colocarse a la defensiva. Al canto

del martillo ruso de paz y esclavitud, hay que oponer el canto de otro martillo que cante justicia y libertad. »

No discrepa Jorge Mañach, sino al contrario. En su artículo citado al comienzo dice : « No hay evidencia alguna de que el comunismo libere a los pueblos, ni como pueblos ni en sus unidades individuales. Lo que sí suele hacer el comunismo es aprovecharse del deseo de independencia que los pueblos tienen. Pero la conclusión lógica de tales premisas no es que ese deseo de independencia deba ser ahogado. La conclusión es que no se les debe dar a los pueblos la impresión de que tal afán sólo puede ser satisfecho por la vía comunista. En otras palabras : o la democracia, volviendo por sus principios y por su propia coherencia interna, se hace compatible con la libertad colectiva e individual, o la democracia está, a la larga o a la corta, condenada. Esa es la grave cuestión que le estamos planteando a los Estados Unidos los demócratas del mundo entero. Sabemos que no es para ellos una cuestión fácil de resolver ; pero sabemos también que el resolverla contra la sensibilidad de los pueblos y contra sus intereses vitales es la peor de todas las soluciones posibles. »

Quiero repetir, por mi parte, que lo de Guatemala puede ser más que un fin un comienzo. Si el triunfo del anticomunismo hubiera de conducir a una nueva dictadura caudillista, al sistema semifeudal de antes de 1944, al predominio del capital extranjero y al mantenimiento de las masas en su condición de miseria y de ignorancia, el triunfador sería el comunismo. Para que no lo sea es necesario elaborar y aplicar una auténtica política de la libertad en el conjunto de la América Latina. De elaborarla y de aplicarla deben encargarse sus « élites » intelectuales, sus formaciones políticas democráticas, sus organizaciones sindicales libres... Con la colaboración y la ayuda de todo lo que de democrático y progresivo tienen los Estados Unidos, Europa, Asia. Tenemos un mundo que defender. Pero para que valga la pena defenderlo tiene que ser habitable y digno.

JULIAN GORKIN

La pintura en el Perú contemporáneo

POR MANUEL SUAREZ-MIRAVAL

No fué bajo muy buenos auspicios, que digamos, como nos recibió el siglo XX en el campo de la plástica. La Literatura (y digo poesía, digo novela, digo tal vez cuento y no digo ensayo) había buceado hondamente en nuestra colectividad. Si bien es cierto que el problema indígena, por ejemplo, asumía caracteres cada vez más apremiantes — por económicos, por sociales, por humanos —, su planteamiento estorbaba un juicio sereno y desapasionado. Por otro lado, todo un cúmulo de novedades y filosofías distraían las inteligencias y las jóvenes sensibilidades del Perú. La generación novecentista, aquella que más tarde recordaría Manuel Ugarte con algo de pesadosa frustración, y Rodó, Darío y algún otro, se dispersaba en las declaraciones de largo vuelo, en las acogidas clamorosas y en las marchas triunfales. Nuestro gran vecino del norte, que acababa de obtener en Cuba un lugar más para su geografía económica, impulsaba en los proyectos desmesurados y en los planes ambiciosos la ejecutoria de un ímpetu continental. El siglo XX, se decía, tenía que comportar un nuevo hombre, una nueva sociedad, un nuevo cariz intelectual. Pero las verdaderas raíces se mantenían soterradas y pospuestas. En el Perú, clave y entraña de esta América Morena, las corrientes diversas azotaban sólo superficies. Pocos, muy pocos, divisaban el signo distante. La inquietud, honda y manifiesta, se incubaba en otros terrenos. Fué la política y la rebeldía consiguiente, las que representarían el papel principal. Pero la sensibilidad artística, la emoción estética (latente en un Chocano, en un Ureta, en un Valdelomar, en un Vallejo, en un Eguren) no asomaba en nuestros « ateliers » ni en nuestras pinacotecas. Eran él « oficio », la manera académica, el canon de siempre, los que dictaminaban en última instancia las representaciones figurativas de nuestros pintores o escultores (de los grabadores, mejor no hablar). Fué un período que se caracterizó por la fidelidad al modelo, por la respe-

tuosa configuración del motivo, por el acatamiento a la arista o al ángulo más escondidos. En la escultura, por ejemplo, empezamos a plagarnos de Famas, Victorias, Triunfos y, más que nada, los infaltables « héroes ecuestres ». No se concibe, por un momento, que el soldado o el hombre de acción puedan estar sin el caballo. El napoleonismo y el calco de los modelos oficiales europeos, prevalece una vez más, sin atenuantes. Hubo, sin embargo, una saludable influencia: tras largos años de permanencia en Europa volvió al país, convertido en un maestro del oficio, el pintor Daniel Hernández. Su retorno produjo, entre otras cosas, la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Con el tiempo, un semillero de artistas aparecería en el horizonte nacional. En tanto, fué el poderoso impacto de Hernández el que condicionó las ambiciones de los pintores peruanos. Hernández traía en sus retinas una amorosa devoción a la línea suave: más Ingres que David, su modo tendía a las pinceladas tenues, al repaso del matiz, al decorado insistente de la forma, al escrupuloso y sostenido enfoque de la figura. Por eso, en una Lima que añoraba excelencias de cortesanía añejas, una pintura de hermosas mujeres, de actitudes tranquilas, de gestos lánguidos, tenía que consubstanciarse con vetas paralelas. Ello implicó el primer movimiento de reacción artística. Era cuestión de esperar el tránsito del director de la Escuela. A su debido tiempo, José Sabogal asumió el directorado del plantel educacional. Y ello constituyó — a pesar de que los críticos no nos hemos puesto de acuerdo en todos los detalles y consecuencias — el primer atisbo de la conciencia nacional: el indigenismo.

Pues, bien. El indigenismo asomó en las telas de José Sabogal como una revelación inesperada a fines de la segunda década de este siglo. En un comienzo, fueron estudios aislados de figuras, lo que propiamente se ha denominado después pintoresquismo o folklorismo; luego, empezaron a rellenarse los cuadros con un sentido

decorativo antes que creador; al último, lógicamente, se había confectionado una escuela de visión costumbrista o turística, sin mayor repercusión estética y sin apreciables aportes a la pintura peruana. Pero fué un hombre salido de estos mismos cauces el que, sin embargo, viró en definitiva la concepción y la riqueza plástica de sus cuadros: Vinatea Reinoso. En él aparece el equilibrio entre la temática y la solución técnica, entre el asunto y la forma, entre la concepción y el desenvolvimiento. La muerte de Daniel Hernández, por otra parte, eliminó cualquier oposición de tipo académico. Y un buen día nos encontramos con una pléyade vigorosa y pujante en las telas y murales del Perú. Es claro que en esto último se ha efectuado bien poco. Pero el Estado en el Perú se caracteriza por una total y supina ignorancia en lo que atañe a cuestiones de cultura. No extrañe, pues, que un Ministro de Educación ordenara empastelar y destruir un mural del pintor arequipeño Teodoro Núñez Ureta, no hace más de tres años. Por otra parte, el ningún apoyo oficial y particular motiva la inercia de nuestros muralistas que no pueden desplegar sus actividades ni dar margen amplio a sus concepciones.

Tranquilamente pueden contarse unos diez o doce pintores peruanos de primera línea — sin pretender atribuirles excesivas dimensiones continentales — en el Perú de hoy: Juan Manuel Ugarte Eléspuru, profesor de la Escuela Nacio-

J. A. DAVILA: "Tejedores de redes."



nal de Bellas Artes; Ricardo Grau, ex-director de la misma Escuela; Sérvulo Gutiérrez, Sabinó Springett, Alberto Dávila, Carlos Quispez Asin, Teodoro Núñez Ureta, Julia Codesido, entre los más sobresalientes. También son dignos de mención, Juan Pereira, Carlos A. Castillo, Ricardo Sánchez, Enrique Kleiser (nacionalizado peruano), Macedonio de la Torre, González Gamarra y, entre los recién egresados de la Escuela de Bellas Artes, Reluz, Bracamonte Vera, Espinoza Dueñas, Caso Gómez, y algunos otros. La corriente indigenista, por su parte, sigue manteniendo a su frente a José Sabogal, a quien acompañan Aquiles Ralli, Enrique Camino Brent, Camilo Blas, entre los más conocidos.

Juan Manuel Ugarte Eléspuru condensa, hasta el momento, un influjo telúrico y la pasión serenamente translúcida del hábito autóctono y el oficio justo. Apegado sin estridencias a las barricadas indoamericanas — en su posición de independencia creadora —, representa el más firme baluarte de las tentativas que en este suelo se hagan para ordenar, en mérito a influjos hondos y valederos, las rutas de nuestra plástica. Su pintura, que no gusta de la variada gama cromática, se impregna de un colorido cercano a la tierra que nos sustenta. Tal vez sea el único que viene imprimiendo un sentido progresivamente enriquecedor a su derrotero pictórico. En 1953 obtuvo los primeros premios en los Concursos organizados por la Municipalidad de Lima y la Galería del mismo nombre. En ambas oportunidades, una visión del Perú eterno asomaba en sus telas. Es una concepción del elemento nativo a base de bien estructuradas alineaciones distributivas y de ineludibles conceptos geométricos que disimula con sabia mano y pincelada dócil. Es en los ocres y en los azules en donde enristra su lanza. Su contenido pictórico halla justa equidistancia con su aspiración de visión cósmica y ámbito americano.

Ricardo Grau, es toda una feria del color. De educación europea, ha traído — a su vuelta al Perú — una visión diáfana y limpia del cromatismo espacial. Condiciona, sin revuelos, y con la mayor soltura ejecutiva sus más ricos contrastes como base de una ligereza y una técnica que le es favorable. Es quien ha impreso más conmociones al empaste de caballete y quien, asimismo, ha extraído al color sus más variadas combinaciones, base de un indesmentible sentido estético. Grau utiliza esta materia de sus cuadros como personaje principal de sus asuntos. Impelido por ello, al crítico a ordenar en rigor desacomtumbrado la tonalidad visual. Con Grau hemos incorporado la luz — algo ausente de nuestros pintores de la Costa como elemento imprescindible. De un poderoso instinto, confía solamente a sus ojos, sin desmedro de otros considerandos de encuadre o perspectiva, las más duraderas im-



CARLOS A. CASTILLO : "Figura en Verde"

presiones. Podría vincularse a la escuela cubana, si él no hubiere aportado, además, cierta sequedad voluntaria. Da la impresión de esconder más colores y de no haberlos sacado todos a relucir.

Sérvulo Gutiérrez ha sido siempre la intuición genial. Autodidacta, de bohemia existencia (que no ha excluido el pugilismo entre sus primeras experiencias y profesiones), él ha aunado la distribución y el colorido en un mismo plano. Puede presentar dos etapas claramente definidas : una, que lo halla en la dimensión casi extraordinaria, y en que ingresa en nuestra plástica con pinturas de grande aliento e impecable factura ; y otra, la última, en que incurre en desagradables experiencias, más propiamente experimentos, que vienen a ser como una vuelta en noventa grados, y que nada añaden, por el contrario disminuyen, su maestría de los primeros tiempos. Pero Sérvulo es paradójico. Ni todos sus trabajos de la primera época delataban la misma manera, ni todos los cuadros de la última acusan ese retroceso. Su última exposición (a mediados de 1953) como que ha querido demostrar su voluntad de contrastes agudos, casi estridentes. Pero el trazo, el dibujo, la brevedad de sus diseños básicos es siempre la misma.

Sabino Springett, residente en Francia durante buen número de años, posee la mayor disciplina técnica de nuestro conjunto pictórico. Comenzó especializándose en el « affiche ». Agotó cuanto premio se instauró en el género. Ello le valió para su concepción posterior. Se acostumbró a la parquedad expresiva, al máximo de efecto con el mínimo posible de elementos, a la distribución paulatina del color (sin agruparlo o amontonarlo), a la repasada leve pero decisiva, al concepto integral del trabajo, a la precisión invaluable en el buen y limpio ejercicio del esbozo previo, a la facilidad en el sombreado, a la cadencia isócrona de sus manchas yuxtaponiendo, antes que mezclando, los pigmentos. Ultimamente ha empezado a pintar el paisaje de nuestra Costa Norte. Paisaje que teníamos al alcance de la mano, pero que como muchas cosas del Perú sólo mereció nuestras espaldas. Springett ha incorporado un paisaje que su paleta ha tornado bello.

Alberto Dávila, ganador del último Premio Nacional de Pintura, ha hecho una sorprendente pero segura carrera. Egresado hace pocos años de la Escuela Nacional de Bellas Artes, guardó un silencio de seis años que empleó en adquirir maestría, seguridad, firmeza y concepción propias. Ha logrado transparentar el ansia de este pueblo, sin recurrir a la demagogia o al cartel. Su pintura es casi geométrica. Obsesionado por la elipse y la parábola, adelgaza sus personajes hasta reducirlos a líneas de referencia, en una aproximación a Giacometti que no le afecta mayormente. Dávila es sumamente fértil en las combinaciones inesperadas de los colores vecinos al ultravioleta. El espectro le ayuda en los grises, en los verdes, que distribuye cautamente en sus ejecuciones. Dávila tiene, quizá, la manera o el estilo más identificables entre los pintores peruanos de hoy.

Carlos Quíspez Asín, de estudios en España y Francia, ganador de un premio destacado en una exposición de pintura en Viña del Mar (Chile), se mantiene hace mucho tiempo fiel a cierta manera de concebir en mérito al armonioso geometrismo, fruto de una especial sintonía con las armonías rígidas que cierta corriente europea de la primera trasguerra mundial hizo universal. Denota una evidente aproximación a los efectos cristalinos, a todos aquellos reflujos que aparecen de las confrontaciones entre el amarillo y los colores alegres. Su manera, adusta y parca en el dibujo, se ilumina con tonalidades de gradación estudiada, configurando así estudios que aceptan cierta hegemonía figurativa y un resultado asaz epicéntrico. Se le considera el más capaz de nuestros muralistas.

Teodoro Núñez Ureta, acuarelista destacado, lleva en las pupilas esa predisposición al paisaje de todos los artistas de su tierra. Provincia

pródiga en regalos de color, la campaña arequipeña es un insistente reclamo para el artista atento. Núñez Ureta, sin trasponer los linderos de la genialidad, ha realizado las mejores acuarelas peruanas de los últimos tiempos. De sólida base teórica, dotado de cierta autocrítica en la ejecución, dispone sabiamente sus efectos y logra aproximaciones notables en los resultados e intenciones que constantemente inaugura en su modalidad ejecutoria. En los últimos tiempos ha incorporado protagonistas a sus esquemas puros y a sus estudios del color.

Julia Codesido, la más dotada de la escuela indigenista, ha impreso su huella en varios discípulos (Aquiles Ralli, por ejemplo). La caracteriza cierta sobriedad en la línea, que configura perfiles definidos, sin complicidades de color, y antes por el contrario regula discriminadamente sus volúmenes plásticos. Es en el sepia y el gris oscuro donde ha revalidado los fueros de la escuela. Talentosa y hábil, Julia Codesido es uno de nuestros firmes valores pictóricos.

Juan Pereira, ganador de un concurso patrocinado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, representa un vigor y una creación evidentes, sin evadirse de los marcos de las escuelas contemporáneas. Carlos A. Castillo ha desembocado en una ajustada ecuación de la línea y del color que linda con lo grotesco. Este « goyismo » puede resultarle favorable si evita la anécdota. Posee buena pupila distributiva y seguro pulso para el apunte.

Cota Carvallo es una pintora, ganadora del Premio Nacional de Pintura, que recurre a una

combinación bastante enriquecida del color. En sus telas predomina una fuerte personalidad conceptual, de muy precisos retóques y con una asiduidad que se reitera en la pincelada, sin perjuicio del logro último.

Ricardo Sánchez es otro de los artistas que finca en el colorido la válvula de escape para sus intentos. Peca, a veces, en la composición abigarrada, pero siempre es un equivalente cromático el que dispersa la sensación de amontonamiento de sus motivos centrales o llamativos.

Enrique Kleiser es poseedor del apunte rápido, la visión esquemática y la ejecución coherente. De este modo, sus « gouaches » o sus acuarelas y aun sus óleos, sintetizan muy peculiares instantes de plástica novedosa.

Macedonio de la Torre es la inquietud personificada. Incapaz de concebir un planteamiento definitivo, es el artista peruano que más ha buceado en todos los terrenos y campos de la expresión estética. Sus ensayos (eso es su pintura) le han colocado, frecuentemente, al lado de los abstractos o los cubistas. Sin embargo, trasciende de su empeño un fuerte impulso creador y telúrico.

Los jóvenes, varios de ellos en Europa o en otros países americanos, están tratando de encontrarse. El camino hacia el Arte, entendido éste como aspiración o impulso sensible, es un viaje hacia nosotros mismos. Todo lo que del Hombre emana ha de volver a él. Ineluctable sino que debemos salvaguardar. Porque no hay Arte impercedero que se aparte del Hombre.

MANUEL SUAREZ MIRAVALL

CAMINO SANCHEZ: "Mansicheras"



La obra de Mariano Picón Salas

POR MARIA ZAMBRANO

SUELE ser dramática y fecunda la acción de detenerse a recoger en el momento de la madurez la obra completa en un solo volumen o lo más importante de ella. Por que toda obra es — a lo menos para su autor —, más que logro, signo de lo que se propuso, de lo que creyó de seguro que haría, porque tendemos los mortales a contar con el tiempo, como si éste pudiese detenerse a esperarnos cual un buen amigo. Y tiene mucho de confesión este gesto de recoger la obra pasada cuando se está en el momento justo de ofrecer lo mejor, lo más logrado: es examen de conciencia y profesión de fe. Humildad y orgullo de aceptarse a sí mismo tal como se logró ser; y un como desprenderse de ello para quedar libre de proseguir la ruta. La confesión bien cumplida abre el porvenir.

Todo ello aparece en el ánimo del lector de este volumen de *Obras selectas* del escritor venezolano Mariano Picón Salas (1). Incluso se ve corroborado por lo que figura como introducción del libro: « Pequeña confesión a la sordina », que tiene valor por sí mismo y que despierta el apetito de un libro especie de confesión intelectual de esa generación a la que pertenece Picón Salas.

No faltan las « confesiones » en la literatura hispanoamericana, directas o traspuestas; desde el Ariel ya clásico hasta la *Historia de una pasión argentina* de Millea, pasando por el *Ulyses* de Vasconcelos, el escritor hispanoamericano muestra la necesidad de escribir para aclararse a sí mismo la visión de la vida y de las cosas, para descubrirse a sí mismo. Confesión que es también itinerario, viaje alrededor del mundo de las realidades y las ideas. Y el escribir así constituye una de las maneras más legítimas, más justifi-

cadas de la acción de escribir: búsqueda de la realidad propia y del orden en que está enclavada, re-creación de un mundo hecho para poder no sólo vivir en plenitud, sino algo más; conseguir esa liberación sin la cual el futuro queda asfixiado; abrir cauce al mundo que quiere nacer.

« Confesión a la sordina » es un esquema de confesión e itinerario que expresa por tanto la unidad de una vida a través y en sus múltiples actividades, y la unidad íntima de este libro compuesto por diversos géneros literarios. Un relato: « Viaje al amanecer »; un cuento: « Los Batracios »; dos retratos-biografías: « Mirandá » y « Pedro Claver, el santo de los esclavos »; estudios de historia de Hispanoamérica; todo un libro sobre Venezuela; visiones panorámicas de Chile, Perú y Argentina; una serie de ensayos sobre México, sobre Europa y sobre la perspectiva americana; finalmente, artículos sobre la civilización actual.

Más toda esta pluralidad de temas y aun de géneros, dibuja los círculos concéntricos de esta exploración del universo a partir de sí mismo, de la situación concreta en que la vida nos ha hecho nacer. Esos círculos concéntricos que el pensamiento de todo hombre, hispanoamericano o no, e incluso escritor o no, debería recorrer para alcanzar la conciencia necesaria. Conciencia que aparece constantemente a lo largo de todas las páginas como la característica esencial, diría yo, de este escritor. Y ello es importante donde quiera que se dé, pero quizá aún más en la geografía espiritual de Hispanoamérica. No vamos a reprocharle al hispanoamericano su pasión, requisito indispensable y primero de toda obra y de toda actitud creadora. Mas el fruto de la pasión debe ser la lucidez que sólo a fuerza de pasión se logra; disciplinada pasión. Así ha sido también en Europa y donde quiera que miremos

(1) Mariano Picón Salas: *Obras Selectas*. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1953.

cuando la pasión ha encontrado, a fuerza de ser guiada por la inteligencia, su cauce, entonces una cultura ha entrado en su originalidad, en su mayoría de edad.

En medio del camino acecha el peligro, el tremendo peligro de toda vida individual o colectiva: que la pasión se desparrame o se encharque, se represe en agua muerta; que el río vaya por un lado y el cauce por otro. Y no habrá acción que pueda sustituir a esta del escritor que va abriendo cauce a la pasión para transformarla en conciencia, que es lo que encontramos justamente en este volumen de *Obras Seleccionadas* de Mariano Picón Salas.

Más la conciencia se ejercita en muchas maneras, lo cual explica que un escritor en ciertas situaciones de su vida y de la vida histórica a que pertenece necesite de varias sino de todas ellas, necesite de diversos géneros literarios. No es lujo, sino necesidad de expresar adecuadamente cada etapa del camino, de abordar cada episodio esencial del drama que es toda vida. Y lo más importante, lo más decisivo en una vida es el tiempo; los diversos tiempos que se entrecruzan y confunden y que es necesario separar, ordenar para con ellos tejer la vida una, la vida hecha conciencia. Y diversos tiempos se articulan en la obra de Picón Salas. Abre el volumen al igual que en la vida, el tiempo fabuloso que llama de Maricastaña con « Viaje al Amanecer », el tiempo mitológico de la infancia. Y si toda infancia es hacedora de mitos, lo será más aún la que transcurre en lugares tan mitológicos cual la Mérida venezolana, como cualquier lugar de la prodigiosa América hispana cuya historia hundió sus raíces en una, por lo menos, doble mitología: la aborigen y la llevada por los españoles de la Península — tan mitológica a su vez — y aún diríamos de otra: la mitología engendrada por las increíbles hazañas, glorias y horrores de la conquista y la colonización. Apropiarse ese tiempo, esa mitología, es hazaña a su vez indeclinable.

La « Vida de Pedro Claver, el santo de los esclavos » recupera el pasado histórico de Venezuela diríamos que en su mayor intimidad, pues la historia tiene sus secretos, sus entrañas; pasado entrañable que es necesario revivir y actualizar. ¿Qué será de una historia desprendida de las entrañas? Todo en ella se volverá irrealdad, oquedad, defecto terrible de tantos historiadores, de tantos hombres de acción política que rememoran tan sólo los hechos vigentes, los hechos llamados « históricos »..., y como se necesita de más, este vacío viene a ser llenado por las demagogias de diverso género con la leyenda inventada, con la tradición contrahecha, con el falso mito, puesto que también en mitos hay falsedad.

Mientras que el revivir el pasado entrañable deja libertad, ganancia de conciencia para enfrentarse con lo problemático. Pues la historia como la vida individual en esto, se articula entre dos planos: lo entrañable, íntimo, la historia del corazón y lo problemático, la historia de los problemas. O en otros términos: tradición — tiempo poético — y conciencia de los problemas.

Y los problemas van apareciendo a lo largo en este libro, los problemas de la historia de hoy, en forma articulada e incluso armónica. Los problemas específicos de la situación histórica de Venezuela, de los países de Hispanoamérica que son centros de historia. La vinculación también problemática de Hispanoamérica al « Viejo Mundo », la filialidad que una vez reconocida y aceptada abre el porvenir, el porvenir donde la propia originalidad se manifieste y cuaje.

Y todo ello en un lenguaje limpio, ceñido, poético a veces, siempre medido, que corresponde fielmente a la acción, domado por una firme voluntad de hacerse cauce y orden.

MARIA ZAMBRANO

Sobre el destino del siglo XX

POCAS obras, entre las últimamente publicadas, pueden calificarse con mayor justicia de libros de la hora presente, como este del escritor español desterrado Julián Gorkin, que acaba de ver la luz en Santiago de Chile y que se titula *De Lenin a Malenkov — El destino del siglo XX*. Simultáneamente con la edición original, publicada ahora en la capital chilena, hizo su aparición en París la versión francesa, y en breve plazo deberá salir de las prensas la edición inglesa, a la que seguirá otra alemana. Esto significa que el libro más reciente de Gorkin obtiene el buen éxito que merece. Cuatro mil ejemplares agotados en menos de tres semanas, en Chile, es un índice elocuente, que no puede pasar inadvertido, sobre todo cuando se trata de un país tan influido por la propaganda del Kremlin como la República chilena.

Este excelente éxito que está alcanzando *De Lenin a Malenkov* no nos causa la menor sorpresa, pues Julián Gorkin es un escritor cuyos libros fueron siempre acogidos por la crítica y por la opinión pública con el mayor interés. Tan pronto como los hombres libres, los verdaderos demócratas reconocían de modo público que las páginas de este escritor combatiente encerraban un análisis serio y bien fundamen-

tado del momento político, sus adversarios (y, por fortuna, Gorkin los tuvo siempre) le atacaban con los argumentos del arsenal comunista, que en ocasiones llegaron hasta la agresión personal. Dicho de otro modo : cada obra de Gorkin fué una señal de alarma, un grito de alerta. Este flamante trabajo suyo a que hoy nos referimos reviste, sin embargo, un carácter un tanto diferente y trascendental.

El destino del siglo XX es, entre los libros de análisis crítico del momento en que vivimos, aquel que con más fuerza se impone, por efecto de la gran capacidad analítica de su autor y, al mismo tiempo, por su sólida experiencia adquirida en una lucha diaria, tenaz como muy pocas conocemos.

No sé si puede discernirse mayor elogio para esa notable obra de Julián Gorkin que el que supone la afirmación de que su prosa parece *hablada*. Tan directo y atrayente es el estilo del escritor, que en este trabajo llega a la madurez, no sólo en su vigor expresivo, sino, al propio tiempo, en su visión realista y certera de las cosas y del mundo. Libro substancioso y cautivador a la par, *De Lenin a Malenkov* es uno de los más perspicaces análisis de nuestra época y de su cortejo de supersticiones, de errores, de « tabús » y sofisticas ideologías, que Gorkin conoce como pocos observadores del fenómeno político y social.

En una época en que el miedo reina entre los pueblos y domina a los hombres, Gorkin no teme sacar la careta que oculta la auténtica faz de muchas ideas preconcebidas, y llama a las cosas con su nombre verdadero. Desde este punto de vista, creo poder afirmar que la recientísima obra de Gorkin es no sólo un libro de actualidad en el más estricto sentido, sino también un trabajo útil, fructuoso, en el aspecto de que, sin duda, ayudará eficazmente a disipar la mentira en que nos vemos forzados a vivir, ora en los países democráticos que todavía aceptan la « coexistencia de los dos mundos », ora en el mundo soviético, que ha elevado la mentira a la categoría de una nueva religión. Gorkin liquida esa estúpida doctrina en el capítulo *la mentira de la coexistencia*, de manera tan contundente y convincente que, después de su lectura, sólo los stalinistas y los inocentes incurables continuarán creyendo en esa falsedad comunista, favorecida por el mundo occidental amedrentado.

Demuestra Gorkin, una vez más, en esta obra, para la que todo elogio me parece poco y toda recomendación insuficiente, que no tiene miedo a las llamadas posiciones arriesgadas, ni a la verdad desnuda y cruda. En fin de cuentas, considera que alguien debe haber en este mundo que tenga el valor de afirmar con claridad y sin ambages cosas como éstas : el comunismo stalinista constituye la mayor amenaza contra los

pueblos libres y no hay lenguaje de apaciguamiento, ni conferencias o tratos que puedan resolver el enorme peligro que se cierne sobre la humanidad. Únicamente una actitud firme y decidida será capaz de disipar esa amenaza que hoy oscurece el horizonte del mundo.

En una era de pactos y de compromisos, caracterizada por Pan Mun Jom, por Ginebra y quizás por un nuevo Locarno, Gorkin afirma todo esto con alto civismo, apoyándose en una férrea lógica y también en una de las documentaciones más completas y exactas que se han publicado acerca del mundo soviético.

Ignoro cuantos libros de actualidad y de utilidad parejas a este de Julián Gorkin han salido a la luz en estos últimos tiempos. Tampoco sé cuantos ensayistas han tenido oportunidad de recoger tan profusa documentación de primera mano como Julián Gorkin. De él me basta saber que, además de su acreditada y extraordinaria experiencia, ha podido contar con testimonios de participantes directos en la vida soviética como « El Campesino », Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado. Gorkin no es un crítico que conoce sólo este o el otro aspecto del asunto, sino que lo domina plenamente, tiene de él una visión de conjunto, y de tal modo es como ha podido trazar un panorama integral que no vacilamos en calificar de impresionante.

Este libro de actualidad está destinado a lograr una amplia difusión. No hay duda de que despertará un interés general que ha de rebasar los países en que fué publicado en principio, pues el peligro que Gorkin señala no conoce fronteras ni continentes. Se trata de un peligro único, inminente, gravitando sobre un mundo al que le ha llegado la hora de despertar.

STEFAN RACIU

La esencia de los nacionalismos

AL terminar la lectura del libro en que el senador de España don Luis Durán y Ventosa estudia los nacionalismos, sus virtudes, desviaciones y peligros, pensamos que se podrá estar de acuerdo o no con sus opiniones y discrepar acaso de apreciaciones epistémicas, pero lo indudable es que estas páginas que acabamos de leer arrojan luz vivísima sobre un tema en el cual la confusión se ha encarnizado, rodándolo de nieblas.

La claridad — de conceptos y de exposición — es el mérito descolante de este libro que, partiendo de concretar los elementos fundamentales de una Nación — un pueblo, una tierra en que se asienta y una permanencia histórica de

ese pueblo en esa tierra — y de señalar los otros elementos deducidos de esos tres esenciales que confluyen a perfilar las características nacionales, aborda el estudio objetivo de los nacionalismos en sus posiciones de *defensa*, de *satisfacción* y de *expansión* y apunta las soluciones posibles para las aspiraciones nacionalistas legítimas y fundadas.

El examen atento de ciertos nacionalismos europeos, como el checo, que pasó por todos esos estados o situaciones, lleva al autor a analizar los errores cometidos en la organización de las nuevas nacionalidades y le da ocasión de expresar sus preferencias por el sistema federal, el más adecuado, en algunos casos, para evitar choques entre los pueblos que entran a componer el nuevo Estado y, sobre todo, para suscitar un espíritu común susceptible de convertirse con el tiempo en un auténtico espíritu nacional. Por lo que atañe al peculiar problema de los nacionalismos en la Península ibérica — peculiar porque el proceso político español se desarrolló en forma diferente al de los demás grandes Estados del Occidente europeo y llegó a nuestro siglo en condiciones a ningún otro similares —, el Sr. Durán y Ventosa, cuya significación política es harto conocida, se muestra, acaso por esto mismo, extremadamente prudente. Recoge en apoyo de la realidad innegable de una España varia, integrada por elementos múltiples que le proporcionan un más rico patrimonio, pensamientos tan poco sospechosos para los que ven siempre en el nacionalismo una veleidad separatista, como los de Menéndez Pelayo y José Antonio Primo de Rivera. Y se limita a subrayar por su cuenta que las variantes nacionales subsistentes al lado de la nacionalidad castellana pueden ser resueltas en una superior unidad.

Tras de precisar el principio de las nacionalidades y el de la auto-determinación, refuta la tesis de que el mundo se encamine hacia la uniformidad, pone en evidencia las aportaciones de los pueblos diversos al progreso humano y, en un capítulo copioso en hechos y en argumentos, demuestra que la existencia de los nacionalismos permitió crear la civilización y defenderla contra el cosmopolitismo revolucionario, al oponer el concepto de patria natural al de la humanidad-patria supuesta del hombre como predicán el anarquismo y el comunismo.

Los capítulos finales del libro conciernen al perjuicio que puede derivarse de la forzada supresión de las nacionalidades, al nacionalismo en la vida interior de los pueblos y a los peligros que emanan del nacionalismo o de sus desviaciones, por ejemplo, el racismo, que en Alemania no fué en rigor otra cosa que un

supernacionalismo germánico apoyado en una reviviscencia pagana.

Dada la época en que el libro fué escrito, es natural que se encuentren en él pareceres que deben ser reconsiderados. Hoy sólo podríamos estimar a Hitler y a Mussolini como hombres extraordinarios en política, en el sentido peyorativo con que suele decirse de un personaje que es « tristemente célebre ». En cambio, la doctrina de que la violencia en el aspecto internacional es nociva aun para los nacionalismos triunfantes que en ella se apoyan sistemáticamente, ha sido confirmada por los hechos. La supremacía de las fuerzas espirituales, no sólo en el orden moral, mas también en el de la eficacia, es una de las consecuencias consoladoras que el Sr. Durán y Ventosa deduce de su sensata y docta exposición.

En suma : reputamos muy fructuosa esta obra, en que se estudia con serenidad y perspicacia uno de los más trascendentales problemas de nuestra época, poniendo en la tarea ideas claras servidas por un estilo también claro, ágil y sin nada de esa engolada afectación que con frecuencia perjudica a los ensayos políticos.

CÉSAR ALVÁJAR

Poemas inéditos de Rosalía de Castro

EL bibliotecario de la Academia Gallega don Juan Naya Pérez, que une a su acabado conocimiento de la obra de Rosalía de Castro una vieja amistad familiar con los deudos de la incomparable cantora de Galicia y de su esposo, el gran escritor e historiador don Manuel Murguía, acaba de hacer una aportación muy valiosa — que difícilmente podría realizar otra persona en quien no se dieran juntas ambas circunstancias — a la historia de la literatura española, en cuyo periodo romántico brilla Rosalía de Castro como estrella de primera magnitud.

Naya Pérez saca a la luz, en primoroso volumen que honra a las Ediciones Monterrey, de Pontevedra, encargadas de la impresión, varios poemas gallegos y castellanos de aquel delicado poeta lírico, procedentes unos de manuscritos que se conservan con devoción en el Palacio Municipal de La Coruña, y otros hasta ahora trasapelados en la baraúnda de los libros y documentos de Murguía, que sobrevivió a su esposa muchos años. Con estos poemas publica varias cartas íntimas de Rosalía, sumamente reveladoras de su temperamento y que

el autor del libro examina con claro sentido crítico y comenta con tino y agudeza.

Aspectos de que muy poco se sabía — la amistad de Rosalía y de su marido con Bécquer, espíritu muy afín al de la poetisa gallega —, incomprensiones y hostilidades con que la autora de « Follas Novas » tropezó en su propia tierra, vida familiar de la escritora, preocupaciones íntimas, presagios tristes de aquella alma torturada, etc., etc., tienen en las páginas de este libro esclarecimiento y adecuada glosa, de notoria utilidad para el estudio de la gran figura, sin contar otras cartas dirigidas por sus amigos a Murguía — archivero en Simancas cuando Rosalía escribió algunas de sus poesías llenas de nostalgia de la tierra —, que son excelentes cuadros de costumbres y sucesos de la época.

Bien se advierte que la obra está hecha con amor. Con amor y con una información muy exacta y celosa, que realza la importancia intrínseca de los documentos inéditos revelados, con noticias, juicios y apreciaciones a los que la idoneidad del Sr. Naya Pérez, que estriba en su erudición y se refuerza con las afortunadas circunstancias especiales señaladas al principio, confieren una sólida autoridad.

Un libro, en suma, de alto interés para la historia de las letras españolas y gallegas.

C. A.

Momentos y aspectos de la cultura argentina

CONSTITUYE una contribución por demás valiosa para el conocimiento de la cultura argentina el último libro que acaba de ofrecernos Roberto F. Giusti con el sello de la Editorial Raigal. No se trata de un estudio completo, orgánico y sistemático, sino más bien de una colección de ensayos y monografías que suministran materiales de primera mano para ese estudio que algún día habrá de realizarse.

La cultura argentina, pese a la juventud de esta nación, impresiona del modo más favorable cuando se la contempla desde cerca. Sin que haya alcanzado una plenitud de madurez, hace ya tiempo que exhibe frutos bien logrados, que autoriza las mejores esperanzas para un futuro no lejano.

Una de sus características más atrayentes y encomiables es el espíritu de permeabilidad a las mejores influencias, la amplitud en la comprensión de los valores ajenos, la facultad de asimilación y de transformación que le permiten una creación original y propia, expresión de lo típicamente autóctono y nacional. Revela

Argentina, en lo cultural, algo semejante a lo que realiza en lo étnico. A diferencia de otras zonas americanas, como México y el Perú, no puede hablarse de una cultura precolombiana en las tierras del Plata. Su cultura actual es de raíces netamente europeas, de elementos e influencias estrictamente occidentales. Mas así como otros pueblos hijos de Roma supieron crear sendas culturas de rasgos propios inconfundibles, del mismo modo la cultura argentina va cobrando personalidad de perfil acusadamente nacional. A explicarlo y comprenderlo nos ayuda sobremedera el exquisito libro *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, debido a la pluma, cargada de merecidos honores y prestigios, de Roberto F. Giusti, el ilustre escritor y crítico argentino. Cerca de medio siglo de trato directo con las letras y con los autores, de docencia y comentario, de periodismo y creación, capacitan especialmente a Roberto F. Giusti para hablarnos con firme autoridad de aspectos tan expresivos e interesantes como los que aborda en este libro.

Encabézalo con un ensayo titulado « Panorama de la cultura argentina en el siglo XIX », en el que traza un esquema de los factores constitutivos de la cultura argentina a través del período en que va formándose y adquiriendo los rasgos que han de terminar por caracterizarla. Con su certera visión y su espíritu insobornablemente justiciero, Giusti no cede a la adocenada vulgaridad de renegar del siglo XIX, sino que, con harta razón, lo considera como la centuria que más cuenta en la formación nacional y cultural de la Argentina.

Del mismo tono y noble comprensión es el trabajo referente a la influencia que el pensamiento, las letras y el arte italianos han ejercido sobre la cultura argentina. Y constituye una documentada a la par que deliciosa evocación de lo que fué el mundillo literario y artístico de Buenos Aires a fines del pasado siglo el capítulo en que relata la vida y empresas del viejo Ateneo porteño.

La que podríamos considerar segunda parte del libro está dedicada a rememorar las tertulias literarias y los escritores porteños de comienzos del presente siglo. Son breves cuadros, como el de la librería de Moen, el café de los Inmortales, los suicidios de escritores y el Almorzáculo, o rápidos y concentrados retratos de grandes figuras, como Roberto Payró, José Ingenieros, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni y Florencio Sánchez, magistralmente dibujados por una pluma que maneja el castellano con dominio envidiable y que provienen de un espíritu elevado y generoso, delicado y humano, como es el de Roberto F. Giusti.

Signo distintivo y alma del libro es la profesión de fe en la cultura argentina, fundada en el conocimiento del pasado, que Giusti formula, con el aditamento de que será así a condición de que se la permita desenvolverse en libertad.

CARLOS P. CARRANZA

Una historia del humanismo

IMPRECISO, cual es, el término « humanismo », tanto en cuanto a su contenido como en lo atinente a la dimensión histórica de su desarrollo, préstase a los más diversos juicios y comentarios. El común de las gentes no posee sobre él sino un concepto harto nebuloso, muy necesitado de mayor y mejor información, de concreciones esclarecedoras. Labor de erudito muy versado y de crítico certero, sólo puede ser acometida con éxito cuando se poseen los extensísimos conocimientos de Giuseppe Toffanin, el ilustre historiador italiano especializado en esta materia.

Su obra *Historia del Humanismo* (Editorial Nova, de Buenos Aires) es probablemente la mayor suma de noticias, datos y documentos reunidos sobre tan fascinante tema. Trátase de un trabajo reciente, de elaboración no poco complicada y difícil, incluso irregular y nada frecuente. Porque se da en él la singular circunstancia de que, de las tres partes que comprende, fué primeramente escrita la segunda, la más extensa, ceñida al estudio del humanismo italiano. Las polémicas que suscitó sugirieron a Toffanin la conveniencia de agregarle las otras dos.

La que ha pasado a ser primera parte versa sobre lo que Toffanin califica de primera rebelión racionalista. Se refiere, en ella, a la presencia del racionalismo científico que los árabes habían traído a Occidente, como reacción contra la aureola religiosa extendida en torno a la sabiduría y como afirmación de que la razón humana se basta a sí misma, sin auxilio sobrenatural alguno, para gobernarse, gobernar y progresar. La descripción de este movimiento, desarrollado a través del glorioso siglo XIII, llena toda la primera parte, titulada « El siglo sin Roma ». La conclusión a que llega Toffanin es que la oposición de Roma a Atenas basta para atestiguar que el espiritualismo humanista pudo sentirse con derecho a contraponerse al naturalismo científico del siglo XIII porque, más que un sueño de retóricos, fué una verdadera idea.

La segunda parte, denominada « El humanismo desde el siglo XIII al XVI », constituye el cuerpo principal de la obra y abarca los

tiempos del Renacimiento italiano en que se marca la oposición al racionalismo naturalista del siglo anterior y la fe afirma su alianza con la sabiduría. La herencia clásica hasta Santo Tomás, las corrientes anteriores a Petrarca, las grandes figuras de Petrarca y Boccaccio, el llamado humanismo vulgar, la filosofía del humanismo, las corrientes antihumanistas y el fin del humanismo son los temas abordados en esta segunda parte. Toffanin coincide con la opinión de que el ideal que el humanismo asumió del medioevo y que lo renueva fué la paz, por lo que, para los humanistas, la paz es, no una fórmula mística, sino la meta prefijada a la retornante sabiduría.

En la tercera parte, bajo el título de « El fin del logos », Toffanin amplía el campo de su contemplación y análisis. Entiende que, con la nueva filosofía, la herejía naturalista comienza de nuevo a sobresalir, y advierte cómo dentro del mismo cristianismo surgen tendencias, cual el jansenismo y el luteranismo, que fueron arrastradas a proclamar la inutilidad de la sabiduría antigua. Materias principales de esta tercera parte son el estudio del humanismo como expresión suprema de la vida espiritual del Renacimiento italiano, su irrupción en Francia, Inglaterra y Alemania y la influencia ejercida sobre ellas, su conversión de italiano en europeo, con los que denomina cuatro evangelistas de Europa : Tomás Moro, Erasmo de Rotterdam, Guillermo Budé y Luis Vives, y los cuatro evangelistas de la Reforma : Lutero, Melancton, Zwinglio y Calvino, para terminar con los herederos del humanismo y con el neohumanismo. En definitiva, Toffanin duda de que exista todavía la fe en el hombre y, sobre todo, de que posea el vigor con que pudo hacer frente a las primeras rebeliones contra el humanismo. A su juicio, la fe fué ayudada por la sabiduría durante los quince primeros siglos del cristianismo. Hoy, al cabo de cuatro siglos de hundimiento, ha desaparecido el puente entre la razón del hombre y el logos-Cristo.

En su conjunto, la *Historia del humanismo* de Toffanin es un libro denso, repleto de la más cuidada y selecta información, sobre el gran movimiento espiritual a que se refiere, de concentrada y original doctrina interpretativa, rico en sugerencias e incitaciones. Su lectura es un tanto abstrusa, más que por la índole de los conocimientos tratados y las opiniones desarrolladas, por el método poco feliz que ha empleado el autor, cortado constantemente con extensas transcripciones, que imprimen un carácter heteróclito a la exposición del pensamiento, e interrumpido incesantemente por incisos y desviaciones que destruyen la ilación y dificultan la atención del lector.

La traducción adolece también de visibles defectos e incorrecciones, particularmente de criollismos e italianismos que estropean el estilo. La edición, en su aspecto material, es excelente.

C. P. C.

El protestantismo en España

LA actitud del catolicismo español frente a la minoría protestante de España, llega a extremos de intolerancia inconcebibles en nuestra época. Tan es así, que los católicos de otros países — Francia, Dinamarca, Suiza, y hasta la revista *América*, que en los Estados Unidos dirigen los jesuitas norteamericanos — han expresado su disconformidad contra una persecución que, bien mirado, resta autoridad a los católicos cuando justamente se lamentan de la opresión de que se les hace objeto en otras tierras, donde ellos reclaman clamorosamente una libertad que dentro del territorio español se esfuerzan en hacer que se niegue a quienes no profesan su doctrina.

El pastor Delpech, gran conocedor de España, donde realiza misiones evangélicas, ha escrito, por iniciativa del Consejo Ecueménico de las Iglesias y del Comité internacional « Pro Hispania », un folleto en francés, en el que recoge la mayor suma de documentación sobre este tema que hasta ahora se ha publicado. Gran mérito del autor es su objetivismo y serenidad. Ni una sola vez emplea palabras fuertes al reseñar los actos de intransigencia cerril del clero español, que en ninguna otra parte del mundo se registran. Hace bien el pastor Delpech en extremar su prudencia y en dejar a los lectores el cuidado de escandalizarse, porque es difícil que ninguna persona verdaderamente civilizada llegue al final de esas páginas sin sentir un movimiento de viva indignación ante los hechos fielmente relatados.

C. A.

Una interesante Historia de Venezuela

EL joven escritor y ensayista venezolano, J. M. Siso Martínez, acaba de publicar en México por intermedio de la Editorial « Yocoima » una obra de positivo valor histórico y pedagógico: *Historia de Venezuela*, que abarca los hechos que dieron formación a este país desde su descubrimiento por Cristóbal Colón

hasta nuestros días, pasando por las diversas etapas que formaron su constitución republicana.

Siso Martínez es, además de buen escritor, un pedagogo de experiencia. Varios años de enseñanza en la Universidad de Caracas y en los Institutos de Secundaria, le han dado la madurez necesaria para la creación de obras de verdadero contenido. Precisamente su especialización es la Historia, la Literatura y la Sociología. De ahí que su libro sea fruto de la investigación, del estudio y de la penetración sociológica de los fenómenos históricos. Y que esté escrito en un estilo hermoso, raro en la mayoría de los estudios de esa índole.

Para la elaboración de la *Historia de Venezuela* su autor no desechó ningún dato importante que tuviera fundamento científico. Recogió las primeras informaciones de los descubridores, las crónicas coloniales, las cartas y proclamas de los republicanos y monárquicos, hasta los artículos de prensa que se han publicado en relación con la historiografía venezolana. Metódicamente supo enlazar todos estos datos y darles estructura orgánica. Porque para Siso Martínez la historia no es pasiva sino activa. No puede quedarse en la simple recolección de ciertos documentos, sino ir más lejos: elaborarlos, formarlos de manera que a través del pasado el hombre pueda explicarse conformemente el presente y el futuro.

J. M. MACHIN.

Dos ensayos sobre la nación panameña

DIÓGENES de la Rosa es una de las mejores plumas de Panamá. Escritor político, lo es también de la historia. Su prosa, elegante y fuerte, transita la lógica de la articulación. Así nos los hace observar en *Tamiz de noviembre*, dos ensayos sobre la nación panameña que han sido editados por el Municipio de la ciudad del Istmo.

Tamiz de Noviembre contiene, además de un discurso pronunciado por el autor en el Concejo Municipal de Panamá, el trabajo premiado por éste con motivo del concurso abierto en la celebración del cincuentenario de la República istmeña. Tanto el discurso como el trabajo poseen unidad temática, esto es, la historia de la separación de Panamá de la República de Colombia y su fundación como país libre, independiente de la metrópoli.

Diógenes de la Rosa basa su estudio en el proceso histórico de los Cabildos, institución genuinamente hispánica transportada a América por los colonizadores españoles. Y, en atención a este proceso, hace derivar el movimiento

separatista del Istmo en 1903. « Instalada en Panamá la capital de Castilla del Oro — dice — su Cabildo disfrutó de señalados privilegios que defendió siempre orgullosamente. Sus reclamos y pleitos llenan muchas páginas en los archivos coloniales. Igual que en las demás colonias americanas, la centralización absolutista impuesta por los monarcas españoles de ambas dinastías, la austriaca y la borbónica, deprimió al Cabildo. Algunos autores afirman que el régimen de tipo militar que impuso la corona en el Istmo causó apagamiento casi completo de sus instituciones municipales. El aserto, no obstante, parece excesivo si no olvidamos que el Cabildo de Panamá participó activamente en diversos aspectos y momentos de la vida colonial ». Los ediles panameños del 3 de noviembre, ante el recrudescimiento de los métodos centralistas colombianos, también reaccionarán pidiendo la separación.

Pero no queda ahí el estudio de la Rosa. Otras causas — poderosas y modernas — intervienen en la secesión de Panamá. El escritor resume los factores señalados por el historiador Pablo Arosemena, y añade otro de suma importancia. Tres causas, pues, a su parecer llevan a la separación: la geografía — ya señalada por don Pablo —, las dificultades y tropiezos que nacieron de la adhesión de Panamá a Colombia en 1821, y la « expansión de los Estados Unidos hacia el Sur y hacia el Pacífico ». Porque interesada Norteamérica en la comunicación del Atlántico y el Pacífico, ya en crecimiento su poderío, favoreció y ayudó a los separatistas con quienes pudo negociar para la apertura del canal de Panamá.

Los ensayos de Diógenes de la Rosa son de innegable valor para la comprensión y conocimiento de la historia del Istmo.

J. M. MACHIN

Las revistas

POESIA DE AMERICA (nº 2, 1954) presenta un sumario en el que colaboran los más distinguidos poetas de Latinoamérica. Publica también una jugosa nota sobre el poema de Gabriela Mistral « Lámpara de catedral », que dió a conocer nuestra revista hace unos meses.

MAIRENA (nº 2), es otra revista de poesía, « no la revista de un grupo ni de una poética, sino de todos los poetas y de la poesía », según declaran los editores. En el sumario, poemas de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Ungaretti, Valverde, Luis Cernuda, etc., etc.

PAPEL LITERARIO « EL NACIONAL » da una imagen de la actividad literaria sudamericana y de la poesía venezolana.

ATENEO (nº 65). Sobresalen los estudios de Adolfo Muñoz Alonso y de John T. Reid acerca del arte y de las traducciones, respectivamente.

CRISIS (nº 3), revista española de filosofía. Entre otros estudios, es de señalar uno de Francisco Sevilla Benito titulado « La fe en Don Miguel de Unamuno ».

SUR (nº 228), la magnífica revista argentina dirigida por Victoria Ccampo, ofrece en este número una breve nota de Jorge Luis Borges, unos poemas de Vicente Aleixandre y de Muñoz Larreta, y diversos trabajos críticos, entre otros uno de Emilio Sosa López acerca de la poesía y del pensamiento místico de San Juan de la Cruz.

HISPANIC AMERICAN REPORT (nº 6, 1954), revista publicada por la Universidad Californiana de Stanford, prosigue su tarea de información sobre el desarrollo económico, principalmente, en España, Portugal y América Latina.

SABER VIVIR (nº 108) es, según se anuncia en la solapa, un número polémico. Es de señalar un ensayo de Ramón Gómez de la Serna sobre el surrealismo y otro de Jorge Romero Brest acerca del arte abstracto y concreto.

CLAVILEÑO (nº 27), revista de la Asociación Internacional de Hispanismo, editada en Madrid. En su sumario se ofrece un ensayo de Melchor Fernández Almagro sobre Meléndez Valdés, otro de Everett W. Hesse sobre Moreto en el Nuevo Mundo y un estudio de Xavier de Salas acerca del Greco; asimismo amplía bibliografía de temas españoles.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA (nº 103), editada por el Ministerio de Educación de Venezuela, con amplio sumario que abarca la poesía, las letras, los libros y un panorama de las ideas. Señalemos un estudio de Benjamín Carrión titulado « Hacia la primera novela ».

INSULA (nº 104), sigue siendo la interesante revista de siempre. En este número sobresale un magífico estudio de Mario Maurín que lleva por título « Tema y variaciones en el teatro de Salinas ». Su suplemento está dedicado a Bertrand Russell, nuestro eminente colaborador.

CUADERNOS AMERICANOS (nº 4, 1954), la revista mexicana dirigida por Jesús Silva Herzog, publica, entre otros numerosos trabajos, uno de nuestro amigo Germán Arciniegas sobre la novela de Rómulo Gallegos; también son de señalar los estudios de Guillermo de Torre y de Alvaro Fernández Suárez.

LA TORRE (nº 6), revista general de la Universidad de Puerto Rico, con artículos de Francisco Romero, Francisco Ayala, Pedro Salinas, Ricardo Gullón y otros más; bibliografía puertorriqueña, española y mexicana.

DATOS Y CIFRAS (nº 7-8, 1954), editado por la Organización Regional Interamericana de Trabajadores de la CIOSI, ofrece interesantes estudios y cuadros estadísticos sobre el desarrollo industrial de la América Latina.

THEORIA (nº 7-8) revista de teoría, historia y fundamentos de la ciencia publicada en Madrid. Se trata de una publicación de sumo interés, en la que colaboran hombres de ciencia del mundo entero. Es de señalar el editorial, que lleva por título « El espíritu de la Ciencia », en el que se alude con toda simpatía al Congreso celebrado el año último en Hamburgo en torno al tema « Ciencia y Libertad » y que fué patrocinado por nuestra organización internacional.

IDEA (nº 20), revista peruana de artes y letras dirigida por nuestro colaborador Manuel Suárez Miraval. Ofrece un amplio panorama de la actividad intelectual en América Latina.

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA (nº 1, 1954), editada conjuntamente por el Colegio de México y la Universidad de Harvard; entre otros trabajos de carácter filológico que publica es de señalar uno de Edward Glaser sobre las referencias antisemitas en la literatura peninsular de la Edad de Oro.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (nº 55), editados por el Instituto de Cultura Hispánica. En su sumario sobresale un estudio de Rafael Heliodoro Valle sobre las ciencias históricas en América y otro de Rafael Ferreres sobre la interpretación de un poema de Antonio Machado.

VIDA DEL CONGRESO

LA REUNION DE SANTIAGO DE CHILE

En el ánimo de sus organizadores, la reunión de Santiago de Chile se proponía objetivos por demás modestos : más que de una reunión espectacular tratábase de un primer contacto entre representantes de los Comités iberoamericanos con el fin de establecer un plan de trabajo de cara al porvenir. Los resultados obtenidos han sobrepasado el objetivo inicial, gracias principalmente al espíritu de organización del Comité de Chile y al arraigo que en el transcurso de un año ha alcanzado en los medios intelectuales chilenos. El informe presentado por su secretario, Alejandro Magnet, mereció la felicitación unánime de los delegados y fué tomado como modelo para las actividades de los otros Comités. Recibió a los delegados y departió amablemente con ellos el Sr. Presidente de la República, acompañado por su Ministro de Relaciones Exteriores y por su Jefe de Protocolo. Jorge Mañach (Cuba), Roberto Ibáñez (Uruguay), Salvador Pineda (México), Carlos Izaguirre (Honduras) y Julián Gorkin ocuparon las tribunas del Salón de Honor de la Universidad y de la Casa de la Libertad. Hablaron asimismo en el Teatro de Valparaíso, cuyo Comité dispondrá en breve de un local propio. La Asociación de Escritores y el Pen Club de Chile organizaron un gran banquete en honor de los delegados. Organizó otro el Centro Republicano Español de Santiago. En fin, la prensa de Santiago y de Valparaíso reflejó diariamente las actividades de los asistentes a la reunión.

Por aclamación fué aprobado el informe del delegado internacional, dando clara cuenta de los objetivos del Congreso por la Libertad de la Cultura, de sus actividades desde su fundación en 1950 y de la procedencia de sus medios materiales. Los secretarios de los Comités hicieron seguidamente sus informes sobre la composición de los mismos, sus actividades pasadas y las posibilidades que se ofrecen en sus respectivos países. En sesiones especiales, los delegados escucharon dos importantes informes sobre la situación de la intelectualidad en la Argentina y en Bolivia.

La conferencia registró con satisfacción este doble hecho : el Consejo de Honor de *Cuadernos*, formado por figuras continentales, está integrado en parte por eminentes refugiados políticos ; otros refugiados, huidos de sus países sometidos a dictaduras, forman parte de los

Comités de Chile, México, Uruguay. A través de ellos la intelectualidad de sus países mantiene un nexo con la cultura libre y creadora. Adhiriéndose al homenaje continental que debe rendírsele en breve al gran novelista venezolano Rómulo Gallegos, la reunión simbolizó en él la obra de creación iberoamericana.

Los países latinoamericanos deben conocerse entre sí y estrechar cada vez más sus lazos. A tal fin se aprobó la resolución favorable a la libre circulación del libro iberoamericano, que publicamos más adelante. Y se acordó un intercambio permanente de informaciones entre los Comités y de conferenciantes interamericanos, así como un intercambio de conferenciantes entre Europa e Iberoamérica. Los Comités se comprometieron, por otra parte, a organizar conferencias y mesas redondas periódicas con el fin de abordar los grandes problemas de interés continental y universal. Otro de los acuerdos importantes fué el de apoyar decididamente toda acción que redunde en beneficio del libre desarrollo de la cultura continental, desenmascarando y combatiendo, por el contrario, todas aquellas que encubran una penetración o una justificación del comunismo o de cualquier otra influencia totalitaria.

Se abordó ampliamente lo referente a *Cuadernos*. Terminado su informe al respecto, su Redactor Jefe invitó a los reunidos a hacer las críticas y las sugerencias que creyeran convenientes. Los reunidos felicitáronse del alto nivel alcanzado por la revista, del magnífico plantel de colaboradores latinoamericanos y universales reunido en torno suyo y de su carácter independiente y de tribuna libre. Todo esto ha contribuido a deshacer no pocas suspicacias y a prestigiar al Congreso por la Libertad de la Cultura. Se apuntó el deseo de que la revista establezca un mayor equilibrio entre los temas iberoamericanos y los de orden universal. Y se acordó intensificar la difusión tanto de *Cuadernos* como de *Prewes*.

Finalmente, y por aclamación, se aprobó el « Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina » que reproducimos más adelante, no obstante que la prensa de lengua española lo ha publicado profusamente. En él, como se verá, se glosan los puntos principales del Manifiesto de Berlín y se hace una adaptación de los mismos a la situación y a las necesidades latinoamericanas.

RESOLUCION SOBRE LA LIBRE CIRCULACION DEL LIBRO IBEROAMERICANO

CONSIDERANDO :

1. — Que el principal vehiculo de la cultura es el libro ;

2. — Que el libro, además de su aspecto cultural, tiene también, necesariamente, el carácter de mercancía ;

3. — Que a los intelectuales libres nos interesa el desarrollo de la industria editorial del libro hasta el máximo grado posible ;

4. — Que en distintos países de habla castellana y portuguesa existen barreras arancelarias, cambiarias, ideológicas y de otras índoles que dificultan la circulación del libro y lo encarecen ;

5. — Que en algunos países de Latinoamérica el costo del transporte más habitual del libro, que es el postal, resulta excesivamente alto ;

6. — Que existen acuerdos tanto de la UNESCO cuanto de la reciente Conferencia Interamericana de Caracas, conforme a los cuales el libro y todos los demás vehiculos de cultura deberán gozar de toda especie de franquicias y aun de ayuda, tanto en su circulación cuanto en su comercio.

Por todo lo anterior,

LA PRIMERA CONFERENCIA INTERAMERICANA DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA RESUELVE :

I. Realizar una acción permanente que tenga como coronamiento la desaparición de todos los obstáculos que dificultan o encarecen la circulación del libro en general, y especialmente del impreso en español y en portugués, entre todos los países

en que se hablan estos idiomas, de manera que toda esta amplia zona del mundo llegue a constituir un mercado del libro en que éste circule sin dificultades de ningún género y en el que a las divisas-libros no se les pongan limitaciones de especie alguna ;

II. Realizar gestiones para que todos los gobiernos de los mencionados países patrocinen un intenso intercambio de libros salidos de las plumas de sus escritores, a fin de que la producción intelectual de cualquiera de ellos se pueda conocer ampliamente en todos los demás ; y

III. Como los obstáculos que existen para la libre e intensa circulación del libro son distintos en los diversos países :

a) Debe crearse un centro general que coordine las labores que nos ocupan, el cual quedará a cargo del comité local del Congreso por la Libertad de la Cultura que para el efecto se designe ;

b) En todos los países en que existan o se creen comités del Congreso por la Libertad de la Cultura, sea solos o bien uniéndose con otros intelectuales o agrupaciones de éstos, emprenderán una campaña tendiente a lograr los fines que esta resolución expresa. Al efecto podrán aliarse pública o privadamente, para los fines citados exclusivamente, con las organizaciones gremiales de editores o librerías que en los respectivos países existan y que acojan estos acuerdos con simpatía ;

c) En los países en que por cualesquiera circunstancias no existan ni puedan crearse comités de nuestro Congreso, se buscará la ayuda de los intelectuales que más afinidad tengan con éste.

UN ASPECTO DE LA SALA DE CONFERENCIAS



Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina

AL concluir sus tareas la reunión de Comités Latinoamericanos del Congreso por la libertad de la Cultura, efectuada en Santiago del 7 al 13 de junio de 1954, los delegados asistentes convienen por unanimidad en la siguiente declaración :

Reiteramos nuestra plena y fervorosa adhesión a los principios del Manifiesto de los Hombres Libres, suscrito hace cuatro años en Berlín por la Asamblea Fundadora del Congreso por la Libertad de la Cultura, agrupación internacional de escritores, sabios y artistas, que no depende de ningún gobierno ni grupo político y que se propone, como único objetivo, defender la libertad del espíritu creador y crítico en el mundo civilizado.

Las circunstancias hoy observables en el ámbito internacional, confirman, a nuestro juicio, las apreciaciones que de un modo expreso o implícito se hicieron en aquel documento, y le dan carácter aún más imperativo y urgente a la exhortación que en el mismo se dirigió a todos los hombres libres del mundo para que se movilizasen en defensa de la libertad y en busca de « soluciones nuevas y constructivas a los problemas de nuestro tiempo ».

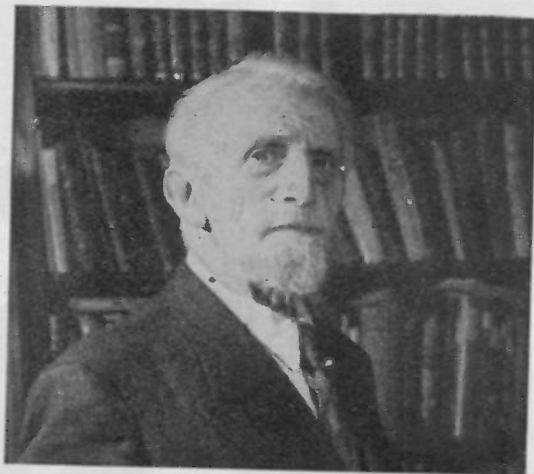
Presidía aquel memorable documento la convicción de que la cultura no consiste solamente en la preservación y comunicación de determinados saberes o técnicas, ni en el mero ejercicio de alguna forma de investigación y de expresión, sino que estriba radical y esencialmente en la aptitud del espíritu para fecundarse a sí mismo con la mayor variedad posible de experiencia y de ideas y después fecundar con su propia madurez a la sociedad dentro de la cual se mueve. De ahí que en aquel manifiesto se estableciese una ecuación indispensable entre la defensa de la cultura y la defensa de la libertad. Se explica así también que fueron principalmente escritores y artistas de distintos países y, por cierto de reconocida eminencia, los que aquella declaración firmaron, ya que por especial exigencia de su vocación y de su oficio, son los hombres dedicados a las tareas de la inteligencia y de la sensibilidad creadora los llamados a situarse a la vanguardia en la defensa de la libertad. Muy desvalida quedaría esa defensa, sin embargo, si no concurrieren a ella todos los hombres y mujeres, cualquiera que sea su dedicación, que sientan el disfrute de la libertad como condición indispensable a la dignidad de su vida y a la seguridad y prosperidad de sus labores.

Subrayamos también que en el Manifiesto de Berlín quedó implícitamente señalada la relación consustancial que existe, no sólo entre la libertad y la cultura, sino también entre ellas y la paz, así como el hecho de que esos valores sólo pueden asegurarse mediante el control popular del poder público, característico de la verdadera democracia.

Todos estos valores y los mecanismos de que ellos se sirven, andan hoy sujetos en ciertas zonas del mundo a las más fementidas falsificaciones ; pero ello no hace más que acentuar la necesidad insoslayable de que los hombres de pensamiento libre restauren el sentido universal y genuino de esos conceptos. Creemos que la democracia está, desde hace tiempo, necesitada de semejante tarea y que a ello en buena parte se debe la merma de su fe y de su confianza en sus propios principios.

No es que los principios democráticos no sean racionalmente válidos en sí mismos. Se asientan en las dos inclinaciones más nobles del hombre, que han sido también las más fecundas históricamente ; a saber : el aprecio de la libertad y el respeto a la opinión discrepante. De tales sentimientos se deriva naturalmente la norma política de que, ante la multiplicidad y la variedad de las opiniones, le corresponda el ejercicio de la autoridad pública a la que se vea mayoritariamente sustentada. Estos principios no son perfectos en su operación, pero tienen una fuerza natural de razón y de respeto a la persona humana, no superada por ninguna de las doc-

GEORGE F. NICOLAI





JORGE MAÑACH

trinas que a ellos se oponen, y la experiencia del mundo ha demostrado ya que no es más culta, más feliz ni más humana la sociedad que de ellos se aparta.

Por impaciencia generosa ante la lenta o la incompleta realización de esas normas, o por la misma disposición característica del espíritu democrático a acoger las ideas renovadoras y a someterlas a la experiencia histórica, la democracia ha ido cediendo terreno, perdiendo fe en sus convicciones y hasta comprometiendo el vigor de las instituciones que en ella se basan. En consecuencia, creemos indispensable e inaplazable suscitar de nuevo el entusiasmo democrático y no sobre bases retóricas, sino apoyándolo en la evidencia de que el mundo se ha ido haciendo trágico y torvo en la misma medida en que los ideales de la democracia han sido abandonados o deformados.

Es preciso, además, tomar clara conciencia de que estos ideales no están indisolublemente adscritos a ninguna fórmula cerrada e inerte de organización política o económica en el orden funcional, a ninguna clase social determinada, a ningún parcial sistema de intereses. Si algún marco de ideas hay que se haya mostrado efectivamente capaz de impulsar las renovaciones sociales, es precisamente el de la ideología democrática genuina. Esa capacidad y destino de la democracia dista mucho de estar agotada y sólo conoce un límite en el futuro, que es el de que todas las reformas sean compatibles con el principio de la democracia.

Definir, sin embargo, los conceptos y los modos de acción de la democracia no es lo esencial. Un rígido conceptismo pudiera serle fatal en la práctica a la democracia misma. Esta necesita de la máxima flexibilidad y agilidad para su propio desenvolvimiento y preservación. Lo

importante no es teorizarla, sino sentirla : amarla en su espíritu y su autenticidad vital, y defenderla apasionadamente de quienes no la amen.

La defensa de la libertad ha de disponer ella misma de una libertad plena. Ha de estar libre para responder con procedimientos adecuados a la naturaleza de los peligros que contra ella se conjuren y a las circunstancias en que esa defensa se plantee. Consideramos, por ejemplo, que el principio esencialmente democrático de respeto a las minorías ha de seguir consagrando el derecho de todas las opiniones a ser expresadas y escuchadas : pero no implica el que a una opinión notoriamente anti-democrática se le permita traducirse en acción contra la democracia misma.

Para que los estados democráticos tengan, empero, autoridad moral ante sí y ante su propio pueblo con que justificar esa legítima defensa, lo primero es que sean realmente democráticos en su espíritu y en su ordenamiento institucional. Cuando no lo son, la amenaza anti-democrática de que se defienden se amerita ante los ojos del pueblo, y la causa de la libertad resulta así, en definitiva, doblemente perjudicada.

Esta es una de las razones por las cuales denunciamos y condenamos la existencia actual, en la América Latina, de gobiernos de origen espúreo y de factura dictatorial, cuya naturaleza y procedimientos repugnan a la conciencia libre. La miseria moral que tales regímenes crean en los pueblos que los padecen, constituye por sí sola el vivero de resentimientos más propicio para recibir y hacer fructificar la semilla de otros autoritarismos de armazón ideológica más firme y de consecuencia sociales no menos reprobables, disimuladas bajo una

ALEJANDRO MAGNET





ROBERTO IBÁÑEZ

pretensión de redención social y política.

La solidaridad de todos los pueblos de este hemisferio, y en particular de los que pertenecen a la misma estirpe cultural, es el más caro de nuestros objetivos. Pero ese ideal se ve actualmente obstaculizado por la existencia de aquellos regímenes y por las actitudes que los amparan. En las relaciones intergubernamentales se tiende a ignorar esas situaciones, y con frecuencia a aprovecharlas para determinados cálculos diplomáticos, políticos y hasta económicos, a espaldas de la conciencia y de los intereses genuinos de nuestros pueblos. Es forzoso señalar también, aunque con carácter más excepcional, el hecho de que la defensa sincera de esos intereses populares y nacionales se ve en ocasiones enturbiada por la colaboración de fuerzas políticas intrínsecamente adversas a la verdadera democracia, y no es menos de lamentar que la prevención contra semejante peligro se confunda con el amparo a determinados intereses económicos contrarios, por su parte, al libre desenvolvimiento de las sociedades americanas.

Ante una variedad semejante de situaciones, la causa de la solidaridad verdadera de nuestros pueblos sólo podrá adelantarse mediante la compenetración y colaboración de los hombres libres del hemisferio: de los que nos oponemos con igual energía al despotismo doméstico y a la coacción extranjera, cualquiera que sea su pretexto o su signo ideológico.

Defender la libertad y la democracia es hoy deber insoslayable para todo hombre de conciencia libre. La neutralidad o la inercia son otras tantas formas de irresponsabilidad. Parcelar el esfuerzo es, por otra parte, debilitarlo y, muchas veces, frustrarlo. Estimamos, por eso, llegada la hora de que los voceros y susten-

tadores de la democracia como estilo de vida, se conozcan y se relacionen por encima de mares y fronteras. En particular, los escritores, los hombres de ciencia, los artistas, por la índole universal y comunicativa de sus labores, han de estrechar sus relaciones de conocimiento mutuo y de asistencia cultural y moral, y ello no sólo entre los países americanos, sino también entre éstos y los de otros continentes, señaladamente los de Europa.

Insistimos, sin embargo, en que a esta movilización y compenetración democrática han de concurrir cuantos se reclamen del ideal de libertad, cuantos sientan y piensen que ésta no es sólo una palabra raída, o un vago concepto histórico, sino una exigencia real del espíritu humano, de cuya satisfacción depende el que los hombres puedan realizar lo mejor de su propia naturaleza y elaborar su más noble destino.

Para esta colaboración tienen singulares títulos los estudiantes, los profesionales, los obreros y, en general, todos aquellos que de hecho resultan más vulnerables por los abusos del poder. A ella están llamados muy señaladamente los exilados políticos, víctimas frecuentes hoy día de la violencia y arbitrariedad que afligen al mundo. Por lo general, el desterrado es un milite de la libertad, que ha perdido una batalla, pero continúa dispuesto a librar otras. Su situación misma suele dar testimonio de una superior calidad como ciudadano y como hombre. Los demócratas de los países menos infortunados que el suyo, hacen bien en abrirle los brazos y en sumarlo a su propia tarea de libertad.

La movilización de que hablamos es hoy más inaplazable que nunca. Sería inútil, a más de peligroso, desconocer que el totalitarismo de izquierda, es decir, el comunismo, está avan-

CARLOS IZAGUIRRE



zando de un modo cada día más impresionante. Se extiende unas veces por la fuerza de las armas, otras por la acción conspirativa superiormente organizada y la invasión preparatoria de las conciencias, que se aprovecha de la debilidad o del vacío en la fe democrática en ellas; otras veces, en fin, progresa el comunismo al calor de los justos resentimientos que se han ido acumulando en los pueblos por condiciones seculares de explotación doméstica o extranjera. Ante la realidad de ese avance comunista, las democracias más caracterizadas no siempre se defienden con la suficiente coordinación o integridad nacional, minadas como muchas de ellas están por la presencia del enemigo en su propio suelo o por la trasnochada supervivencia de viejas rivalidades y recelos.

En ocasiones, los procedimientos defensivos contra el comunismo contraen los vicios propios del mal que se proponen combatir. En forma más o menos acentuada vuelve así a medrar en el mundo el totalitarismo fascista, vencido antaño en los campos de batalla, superviviente en algunos países de Europa, imitado en otros de América, y presto siempre a levantar cabeza en los demás, bajo la inspiración de esa fauna inextinta de espíritus soberbios inclinados a imponer sus dogmas y sus modos de vida a costa de la libertad ajena. Es penoso comprobar que esta resurrección totalitaria, no menos estragadora que el comunismo para la dignidad, la libertad y la felicidad del hombre, se ve no pocas veces auxiliada por la torpeza defensiva de las democracias más poderosas.

Ante todas estas asechanzas, los delegados firmantes resumimos el espíritu y propósito de nuestra reunión instando a los hombres de conciencia libre en todos los países de nuestro hemisferio a que sumen su entusiasmo y su

JULIAN GORKIN



SALVADOR PINEDA

esfuerzo a la tarea que, presidida por insignes personalidades de nuestro tiempo, se ha impuesto el Congreso por la Libertad de la Cultura. Los exhortamos a que constituyan comités nacionales, o se asocien a los ya existentes, y a que se mantengan informados de la orientación y la marcha de esta agrupación mundial, leyendo las revistas que le sirven de órganos, señaladamente la revista « CUADERNOS », gemela de la revista « PREUVES », ambas editadas en París. Esa lectura les permitirá apreciar que este movimiento, sustentado económicamente por organizaciones de carácter y composición internacional, inequívocamente acreditadas en su ejecutoria democrática, está abierto a todos los matices de opinión y de crítica, sin más denominador común que el principio de la libertad, y sin vinculación a ningún interés o designio que no sea el de movilizar y solidarizar las conciencias alertas del mundo para la preservación de la cultura por la libertad y de la libertad por la cultura. Como el manifiesto de Berlín, hace cuatro años, este documento americano más modesto, preparatorio de una venidera reunión más amplia de los comités latinoamericanos, se dirige a los hombres libres y a los que quieran volver a serlo; a todos los « que estén resueltos a restaurar, a salvar, a ampliar las libertades que representan el valor de la vida ».

RUBEM BRAGA (Brasil); JORGE MAÑACH, MARIO LLERENA (Cuba); GEORGE F. NICOLAI, RAMON CORTES, ALEJANDRO MAGNET, JAIME CASTILLO (Chile); CARLOS IZAGUIRRE, MARTA RINZA (Honduras); SALVADOR PINEDA, RODRIGO GARCIA TREVIÑO (México); ROBERTO IBAÑEZ, F. FERRANDIZ ALBORZ (Uruguay); JULIAN GORKIN (Comité Mundial).

● **BERTRAND RUSSELL**, es uno de los grandes maestros del pensamiento científico, particularmente de la filosofía matemática, y también uno de los grandes espíritus libres de nuestro tiempo. Premio Nobel en 1950, Bertrand Russell es miembro fundador del Congreso por la Libertad de la Cultura.

● **ROSA ARCINIEGA**, la distinguida escritora peruana, es autora de varias novelas y de dos biografías magníficas en las que ofrece las figuras de dos antiguos rebeldes españoles en el Perú : Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre.

● **OLD EST** es el seudónimo de un distinguido escritor político español, que ha escrito numerosos trabajos sobre los problemas del nacionalismo.

● **MAURICIO GÓMEZ MAYORGA**, arquitecto mexicano, catedrático de urbanismo y de técnica de la arquitectura en la Universidad Nacional de México. Escribe sobre arquitectura y urbanismo en publicaciones mexicanas desde 1939. Tiene publicados varios libros de poesía, y realiza investigaciones de matemática superior.

● **RODOLFO LLOPIS**, profesor español, antiguo Director General de Enseñanza. Tiene escritas diversas obras de carácter pedagógico y político. En la actualidad es Secretario General del Partido Socialista Obrero Español.

● **GUSTAVE STERN**, periodista muy versado en los problemas alemanes. Colabora en *Preuves* y en otras publicaciones.

EN LA CASA DE LA LIBERTAD DE SANTIAGO

El Comité de Santiago de Chile, que organizó una magnífica serie de foros el año último en la « Casa de la Libertad », ha empezado a desarrollar un excelente plan de actividades para la presente temporada.

El prestigioso crítico literario chileno « Alone » desarrolló, el 20 de agosto, una excelente conferencia sobre « La evolución de la literatura en Chile ». La « Casa de la Libertad » se vió abarrotada de público ; un centenar de personas se quedaron sin poder entrar.

Con anterioridad había ocupado la misma tribuna el gran poeta Julio Barrenechea, cuyo reciente libro de poemas *Diario Morir*, ha alcanzado un éxito extraordinario en Chile.

En fin, el 30 de agosto se inauguró, en el Salón de la « Casa de la Libertad », una exposición con 26 óleos de Juan Casanova Vicuña, que se ha visto muy concurrida.

“ ALONE ”



Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :

SALVADOR DE MADARIAGA

NORMAN THOMAS

Editor : Victoria KENT



El número de agosto contiene artículos de
ROBERT J. ALEXANDER
VICTOR ALBA
JOSE MARIA DE SEMPRUN

SIN PERMISO DE LA CENSURA

(Noticias directas de nuestro corresponsal en España)

Editoriales y resumen de noticias



Precios :

U. S. A. Suscripción anual \$ 3

Europa e Hispanoamérica \$ 2



IBERICA PUBLISHING CO., INC.
 112 East 19 Street - New York 3, N. Y. (U. S. A.)

PREUVES

23, rue de la Pépinière, Paris (8^e)

REVUE MENSUELLE LITTÉRAIRE ET POLITIQUE

entend défendre et illustrer la liberté la plus gravement menacée dans notre siècle : celle de la réflexion critique et créatrice, rebelle aux propagandes et aux mots d'ordre partisans.

PREUVES

publie chaque mois : des essais, des études, des textes littéraires d'écrivains libres, français et étrangers; des informations inédites et des commentaires sur l'actualité politique, intellectuelle et artistique dans le monde.

ABONNEMENTS :

{	<i>France et Un. Fr.</i>	un an : 1.200 fr. ; six mois : 650 fr.
	<i>Etranger</i>	un an : 1.500 fr. ; six mois : 800 fr.

ENCOUNTER

Edited by STEPHEN SPENDER
et IRVING KRISTOL

September 1954

In Mansfield Park..... Lionel TRILLING
What is Africa to me ? Richard WRIGHT
Rhe Venice Biennale.. David SYLVESTER
The Cleveland Street
Scandals G. Bernard SHAW
Max BÉLOFF, Alan BULLOCK, Christopher
HOLLIS, James JOLL, J. B. PRIESTLEY,
David RIESMAN, Christopher SYKES, Leo-
nard WOOLF.

Please address all correspondence to :
" ENCOUNTER ", PANTON HOUSE,
25 HAYMARKET, LONDON, S. W. 1.

LIBERTA DELLA CULTURA

Associazione italiana per la Libertà della
Cultura, piazza Accademia di San Luca
75, Roma.

FREEDOM FIRST

organ of the Indian Committee for Cultural
Freedom, Manekji Wadia Building, 127,
Mahatma Gandhi Road, Bombay I

FORVM

Osterreichische Monatsblätter für Kultu-
relle Freiheit.
WIEN VII
Museumstrasse 5.



CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO,
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY

Redactor Jefe : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Victor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadalupe AMOR, Luis ARAQUISTAIN, Joaquín ARDERIUS, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Arturo BAREA, Rómulo BETANCOURT, E. CABALLERO CALDERON, Albert CAMUS, Isa CARABALLO, Jacques CARAT, José CARNER, Adolfo E. CARPIO. Carlos P. CARRANZA, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamin CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Michel COLLINET, Nicola CHIAROMONTE, Fernando DIEZ DE MEDINA, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Manuel GAMIO, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, Natalicio GONZALEZ, Jorge GUILLEN, Roberto IBAÑEZ, Manuel de IRUJO, Karl JASPERS, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, Lucien LAURAT, José LINS DO REGO, Juan LISCANO, Rodolfo LLOPIS, Salvador de MADARIAGA, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Thomas MANN, Juan MARICHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Gabriela MISTRAL, Francisco MONTERDE, Federica MONTSENY, Nicolás NABOKOV, Victoria OCAMPO, Octavio PAZ, Mario PEDROSA, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Henry POULAILLE, Eudocio RAVINES, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, Pastor del RIO, Francisco ROMERO, Denis de ROUGEMONT, Ramón RUBIN, Claudio SANCHEZ-ALBORNOZ, José Ma. de SEMPRUN GURREA, Ramón J. SENDER, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Upton SINCLAIR, Stephen SPENDER, Manuel SUAREZ-MIRAVAL, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Luis TERAN GOMEZ, Guillermo de TORRE, Fernando VALERA, Rafael Heliodoro VALLE, Bertram D. WOLFE, Maria ZAMBRANO, Luis de ZULUETA, y otros más.